



NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY  
LIBRARY





Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
Kahle/Austin Foundation





OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA





OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO VI



MADRID  
Tipografía de Archivos. Olózaga, 1.  
1928





## PRÓLOGO

Las veinte comedias que componen este tomo VI de las *Obras de Lope de Vega* son de la misma rareza que las anteriores, porque ninguna de ellas se ha vuelto a imprimir desde el siglo XVII. Daremos breve noticia de la procedencia de cada una y de sus ediciones.

### I. La fundación de la Alhambra de Granada.

Esta comedia se publicó en un tomo de *Seis comedias de Lope de Vega*, impreso en Lisboa en 1603 (1). Pero aunque esto diga la portada y aunque

(1) *Seis comedias de Lope de Vega Carpió, cuyos nombres dellas son estos.* | 1. *De la destrucción de Constantinopla.* | 2. *De la fundación de la Alhambra de Granada.* | 3. *De los amigos enojados.* | 4. *De la libertad de Castilla.* | 5. *De las hazañas del Cid.* | 6. *Del perseguido.* | Con licencia de la Santa Inquisición y Ordinario. | En Lisboa. | Impreso por Pedro Crasbeeck. | Anno MDCIII. | Con privilegio de diez años. | A costa de Francisco López.

4.º menor; 2 hojas prels. y 272 texto; pero debe advertirse que desde el folio 99 salta la numeración al 200, en lugar de 100; de modo que el tomo tiene exactamente cien hojas menos de las que ostenta. El texto acaba en el vuelto del folio 272 con estas palabras: "*Fin de la Comedia del Persiguido.*" | LAVS DEO."

Port.; vuelta en bl. En la hoja 2.ª aprobación de Frey Manoel Coelho, sin fecha.—Licencia para imprimir del Consejo: Lisboa, 20 de mayo de 1602.—Otra del ordinario: 6 junio 1603.—En el vuelto de esta hoja el privilegio (Lisboa, 9 noviembre 1602) dice que Francisco López, librero, morador en Lisboa, pidió que se le concediese el privilegio para

"o liuro de Comedias de Lope de Vega, que o dito Francisco Lopez diz que ajuntou, & de outros autores de que na dita petição faz menção", lo cual se le concede.

Esta edición se creyó ser la primera de este libro; pero como el mismo Lope de Vega dijo que aunque suena impresa en Lisboa fué hecha en Madrid, se supuso la existencia de una impresión anterior madrileña, a la que, por encubrir el fraude de publicar comedias ajenas sin permiso de sus dueños, se pusiese pie de imprenta de Lisboa. Algo extraña era la hipótesis, por cuanto esta edición es positivamente portuguesa, como lo prueba el sinúmero de lusismos y erratas de igual clase de que está plagado, lo cual prueba que Lope no vió este tomo. Y daba mayor fuerza a esta opinión el hecho de aparecer primero en la Biblioteca Ambrosiana de Milán y luego en la Cívica de Hamburgo sendos ejemplares de la presunta edición madrileña, cuya portada dice: *Seis Comedias de Lope de Vega Carpio, y de otros autores cuyos nombres dellas son estos: ...*(Como en la anterior.) *Con licencia de la Santa Inquisición y Ordinario* |

con cierta obscuridad lo confirme el privilegio, es lo cierto que de Lope de Vega sólo se hallan en este tomo dos comedias indubitadas, que son: *Los amigos enojados* y *El perseguido*, reimpresas ambas; la primera en el tomo III de esta colección, y la segunda en el XV de la primera serie de estas comedias de Lope, publicada también por la Academia.

El texto de la comedia, como los demás del tomo en que se halla, está bastante maltratado por los tipógrafos portugueses, que a veces hacen sustituciones de palabras imposibles hoy de restablecer sin el auxilio de otro texto. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito de la *Fundación de la Alhambra*; pero es copia moderna del tomo impreso en 1603.

En cuanto a la propiedad de esta comedia nos parece muy aventurado atribuírsela a Lope. Aunque no carece de pasajes tiernos y escenas cuya delicadeza no parecerían mal en una obra suya, la poesía es premiosa y forzada, cosa incompatible con la natural fluidez de Lope; el poeta aspira constantemente la *h*, lo cual le señala como andaluz; aprovecha demasiado el encuentro de vocales, aun las débiles, para remediarse en cuanto al número de sílabas del verso.

El fondo de la obra puede decirse que es el amor conyugal llevado hasta el crimen. Doña Juana de Luna los comete por salvar a su marido. La calum-

---

*En Madrid | Impreso por Pedro Madrigal |  
año MDCIII | Con privilegio de diez años.*

No tiene preliminares, sino que de la portada y su vuelta blanca pasa al folio primero con el texto. Pero el insigne hispanista don Antonio Restori, para quien la bibliografía dramática española no tiene secretos, ha demostrado, en su reciente y precioso *Saggi di Bibliografia teatrale spagnuola*, que la edición madrileña no es más que la lisbonense, privada de preliminares, y a la cual, en un número dado de ejemplares, se agregó la nueva portada. Todos los lusitanismos que contiene la edición de Lisboa y que tanto afean las comedias que contiene, se hallan literalmente en la falsa edición madrileña, errores y erratas imposibles de cometer por un impresor castellano y madrileño, por más señas.

Además, el editor y librero de Lisboa Francisco López era español, de seguro; las compañías que de continuo entraban en Portugal irían dejando en sus manos comedias manuscritas de las que representaban, y cuando cre-

yó conveniente imprimiría seis de las que serían más famosas, a las cuales, por más encarecerlas, dió el nombre de Lope de Vega, ya famoso en toda la península. No hay que olvidar tampoco que en el privilegio se dice que López, editor, había reunido las tales comedias, y si hubiera edición madrileña anterior lo hubiera callado. Hay, pues, que concluir con que Lope de Vega no vió el tomo lisbonense, y le pareció que, como sucedió en adelante, los editores portugueses sólo reimpresían libros estampados antes en España. Precisamente, al mismo señor Restori se debe otro de los más importantes hallazgos relativos a Lope de Vega que lo prueban, como fué el del único ejemplar, aún hoy conocido, de la primera edición de la primera parte de las *Rimas* de Lope (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604), que Restori halló en la Biblioteca de Cremona, cuando todos creían que la edición más antigua de estas *Rimas* era la de Lisboa, por Pedro Crasbeeck, 1605; pero la cual es un simple plagio de la edición sevillana.



nia y muerte de la mora Hálíma es obra suya, así como la puñalada al Rey de Granada, a que se arroja cual nueva Judit, porque el Monarca había condenado a muerte al inocente esposo de la dama.

El asunto parece de libre invención del poeta, y sólo al principio se refiere al título de la comedia, que parece va a ser el nudo del asunto, y más con la introducción del niño Dieguito. Se conoce que el autor fué variando su plan según se le fueron ofreciendo, cada vez más fuertes, los episodios de los dos cónyuges y la dureza del Rey granadino (2).

## II. El galán Castrucho.

Se imprimió por primera vez esta comedia en 1614, en la *Parte IV* de la colección especial de Lope de Vega, de la cual se hicieron tres ediciones diferentes en Madrid, Barcelona y Pamplona, dos de ellas en el mismo año, lo cual prueba la gran popularidad y difusión que alcanzaba el teatro de Lope (3).

(2) La leyenda que se apunta al principio de la obra parece común de otros pueblos.

(3) *Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar del | Santo Oficio. | Sacadas de sus originales. | Quarta parte. | Dirigidas a Don Lvys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragō, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de | Vaena, Marqués de Poza, Condè de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Señor de 'las | Baronias de Velpuche, Liñola, y Calonge, Gran Almirante de Napoles. | Año* (Escudo del Impresor) 1614. *| Con privilegio. | En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. | A costa de Miguel de Siles librero. | Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 296 numeradas (pero son 322, por los muchos errores); signat. A-Aa-Ss.—Port.; v. en bl.; Títulos de las comedias que van en esta quarta parte; Tasa, a petición de Gaspar de Porres (3 ½ mrs. cada pliego): Madrid, 14 de marzo de 1614; Erratas (no hay): Madrid, 11 de marzo de 1614; Aprob. de Tomás Gracián Dantisco: Madrid, 11 de enero de 1614; Aprob. de Fr. Juan Bautista, trinitario, calle de Atocha: 20 de diciembre de 1613; Privilegio por diez años a Gaspar de Porres: Madrid, 5 de febrero de 1614; Dedicatoria de Porres al Duque de Sessa; A los lectores, Texto.

Contiene: Laura perseguida, fol. 1; El nuevo mundo descubierto por Cristoual Colón, folio 29; El asalto de Mastrique, por el Príncipe de Parma, fol. 53; Peribáñez y el Comendador de Ocaña, fol. 72; El genoues liberal, fol. 102; Los torneos de Aragón, fol. 130; La boda entre dos maridos, fol. 157; El amigo por fuerza, fol. 177; *El galán Castrucho*, fol. 189; Los embustes de Zelauro, fol. 216; La fe rompida, fol. 243; El tirano castigado, fol. 272.

La dedicatoria al Duque y el prólogo a los lectores, de Porres (autor de compañías), demuestran que esta edición se hizo con acuerdo de Lope. Porres dice que estas doce comedias las tuvo él originales; con que habrán sido representadas por sus compañías, o Lope le habrá dado nuevas copias.

La segunda edición de este tomo es:

*Doze | Comedias de | Lope de Vega | Carpio familiar | del Santo Oficio. | Sacadas de sus originales. | Quarta parte. | Dirigidas a Don Lvys Fernandez de | Cordoua... (como en la de Madrid) | Año* (Escudo del Impresor) 1614. *| Con licencia del Ordinario. | En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, al Call. | A costa de Iuan de Bonilla, Mercader de libros.*

4.º; 4 hojas prls. y 312 foliadas. Port.; v. en bl.; Títulos de las comedias; a la vuelta la Tasa; en la hoja 3.ª las dos aprobaciones de

Dióle primitivamente en *El Peregrino en su patria* (1604) el título más exacto de *El rufián Castrucho*; pero, al publicar la comedia en 1614, pareciéndole poco decorosa la voz *rufián*, la sustituyó por la que ahora tiene. Esta comedia procede de *La Celestina*, en cuanto a los tres personajes principales, que son: la encubridora, la dama cortesana y el rufián Castrucho. Lo demás de la obra pertenece a la vida soldadesca y de guarnición en Italia, donde pasa la acción, y se resuelve con un enredo final que Lope pudo ver en los cuentistas italianos, según viene a indicar al decir, en la pág. 66:

Al fin, entre las cosas que derrama  
de algunos libros que traslado y copio,  
quiero poner la burla que se ha hecho  
a tres hombres de tanto nombre y pecho.

Los dos primeros actos son preciosos por las graciosas escenas y los dichos saladísimos de los tres principales personajes, copia fiel y cómica de la realidad, no exenta de crudeza.

### III. La gallarda Toledana

Esta linda comedia se estampó en la *Parte XIV* de la colección propia de Lope, impresa en 1620, y otra vez al año siguiente, y ambas en Madrid (4). *La gallarda Toledana* es una comedia de enredo y de costumbres de

Madrid y en el verso otra de Barcelona (por el obispo), de 26 de abril de 1614, y en la hoja 4.<sup>a</sup> la dedicatoria de Porres y la advertencia a los lectores. El texto el mismo. Todas las comedias empiezan plana, y ésta es impar.

La tercera impresión es la que sigue:

Doze | Comedias de | Lope de Vega Carpio. | Familiar del Santo Oficio. | Sacadas de sus originales. | Qvarta parte. | Dirigidas a Don Lvy's Fernan- | dez de Cordoua... (como en las anteriores) | Año (Escudo del Impresor) 1624. | Con licencia. | En Pamplona, por Iuan de Oteyza, Impresor del | Reyno de Navarra.

4.º. 4 hojas prels. y 296 foliadas. Port.; V. en bl.; Títulos de las comedias; Erratas: Pamplona, 16 de agosto de 1624; Licencia del Consejo de Navarra a Nicolás de Asiayn, Pamplona, 16 de agosto del mismo 1624; Dedicatoria al Duque y Advertencia "A los lectores" de la edición de Madrid. El texto por el mismo orden; cada comedia empieza en plana par o impar, indistintamente.

(4) *Parte catorze | de las Comedias de | Lope de Vega Carpio Pro- | curador Fiscal de la Camara Apostolica, y su No- | tario, descrito en el Archiuo Romano, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | A quien van dirigidas dize | la siguiente pagina. | Año (Escudo del Impresor) 1620. | Con privilegio. | En Madrid, por Iuan de la Cuesta. | A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendense en su casa, en la | Calle Real de las Descalças. (Al final del tomo.) En Madrid. | Por Iuan de la Cuesta. | Año M. DC. XX.*

4.º; 4 hojas prels.; 313 foliadas (sólo son 291, por los varios errores en la numeración) y la hoja final.

Port.; a la vuelta la Tabla de las comedias; en las hojas siguientes: Suma del privilegio al autor por diez años: Madrid, 26 de diciembre de 1609. Tasa (74 pliegos a 4 mrs.): Madrid, 12 de junio de 1620. Erratas: Madrid, 7 de junio de 1620. (El licenciado Murcia de la Llana, corrector, dice que no tiene nin-



la clase media acomodada de Madrid, en la cual aparece usado el famoso disfraz de la heroína en traje masculino aquí con alguna mayor verosimilitud que en las imitaciones de Tirso, puesto que no es una dama burlada que corre tras de su seductor para traerle al buen camino, sino una joven medio desposada por la familia, pero que no conoce ni de vista al galán, su futuro marido, de quien es igualmente desconocida; así es que puede impunemente presentarse ante él y urdir sus intrigas con menos peligros y dificultades. El recurso que emplea es el usual de enamorar y trastornar la cabeza de su propia rival, haciéndole consentir en una cita nocturna, a la cual, no sólo no acude, sino que introduce otro galán amante algo postergado de la misma dama, que de este modo se ve comprometida a casarse con él, mientras que ella, a su vez, se encierra con su tornadizo esposo, el cual, como es de presumir, queda muy contento de la sustitución que se le ofrece.

Esta comedia fué escrita hacia 1602 probablemente, y de seguro después de 1601 y antes de 1606, pues se dice en ella repetidas veces que el suceso ocurre a poco de ausentarse la Corte de Madrid para Valladolid, donde permaneció los cinco años corridos que median entre las dos fechas. Debe de

guna.) Licencia del Vicario de Madrid, Dr. Andrés de Aresti: Madrid, 23 de octubre de 1619. "El Teatro a los lectores": Lope se queja de la grosería del público, que silbaba las obras a troche y moche. Texto.

Contiene: Los amantes sin amor. Representóla Morales. Dirigida a D. Pedro Fernández de Mansilla, alcalde de casa y corte: fol. 1; La villana de Xetafe. Representóla Valdés. Dirigida a D. Francisco López de Aguilar; folio 26 v.; La Gallarda Toledana. Representóla Granados. Dirigida a D. Francisco Pacheco, pintor; fol. 55 v.; La corona merecida. Representóla Granados. Dirigida a D.<sup>a</sup> Angela Vernegali; fol. 76 v.; La Viuda Valenciana. Representóla Mariana Vaca. Dirigida a la Sra. Marcia Leonarda; El Caballero de Illescas. Representóla Ríos. Dirigida al Maestro Vicente Espinel y su maestro; Pedro Carbonero, tragicomedia en tres actos. Representóla Granados. Dirigida a D. Diego Félix Quixada y Riquelme; El verdadero amante. Representóla Ríos. Dirigida a Lope de Vega, el Mozo; Las almenas de Toro. Representáronla Morales y Jusepa Vaca. Dirigida a D. Guillén de Castro; El bobo del Colegio. Representóla Tomás Fernández.

Dirigida a D. Lorenzo Vander Hammen y León; El cuerdo loco. Representóla Granados. Dirigida a D. Tomás Tamayo de Vargas; La Ingratitud Vengada. Representóla Osorio, el autor antiguo. Dirigida a D. Fernando Bermúdez y Carvajal.

La segunda edición de esta parte es:

*Parte catorze | de las Comedias de Lope | de Vega Carpio, Procura- | dor Fiscal de la Camara Apostolica y su Notario, | descrito en el Archivo Romano, y Fa- | miliar del Santo Oficio de la | Inquisición. | A quien van dirigidas dize | la siguiente pagina. | Año (Escudo del Impresor) 1621. | Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. | A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendese en su casa en | la calle Real de las Descalças. (Al final:) En Madrid. | Por la viuda de Fernando Correa | Montenegro. | Año M.DC. XXI.*

4.º; 4 hojas prels.; 313 foliadas y una del colofón. Port.; v. con la "Tabla de las comedias"; Suma del privilegio al autor por diez años; Madrid, 26 diciembre 1609. Los demás prels. lo mismo que en la anterior. Tiene infinitos errores de foliación. Las comedias van por el mis-

ser, por tanto, anterior al *Don Gil de las calzas verdes* y otras comedias de Tirso, en que se emplea el mismo recurso cómico para enredar la acción del drama.

En este de Lope, que es todo lozanía y frescura, versificación fácil y alegre, ambiente poético, ingenio y agudeza por doquiera, no obstante las inverosimilitudes anejas al asunto, tiene además muchos pormenores y episodios llenos de interés y de agudeza. En el acto primero hay una curiosa descripción de la Casa de Campo, con sus bosques, lagos, jardines, que Felipe II había mandado hacer algunos años antes, y que era, a la sazón, que podía fácilmente visitarse, gran novedad para los madrileños, que contemplaban extasiados las mil cosas exóticas e indígenas que encerraba aquella finca de placer, casi dentro de Madrid.

En su dedicatoria al célebre Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, recuerda Lope que Pacheco le había pintado y puesto en su famoso libro de retratos “como suele Naturaleza el lunar en las hermosas”; y aunque ya en el poema de la *Jerusalem libertada* le había agradecido el favor en una octava real, todavía se creía obligado a reiterarle su gratitud dedicándole *La gallarda Toledana*, que hubiera estado mejor si el pincel del artista le diera vida antes que el poeta con su pluma.

#### IV. El Genovés liberal.

Apareció impresa esta comedia en la *Parte IV* de la colección de Lope, impresa en 1614, y otra vez años después (5). Es drama en alto grado interesante, por la gigantesca lucha entre el amor y el honor, personificada en dos férreos caracteres. Lo mismo Alejandra que Octavio son dos figuras morales de extraordinaria elevación moral y de suprema belleza dramática.

El ilustre escritor italiano señor Restori, en un erudito trabajo sobre *Genova en el teatro clásico de España* (6), examina con su habitual acierto esta comedia y señala sus fuentes. Fundió Lope en una dos narraciones distintas: una de G. B. de Udine, en su novela titulada *Lacrimosa historia de dos*

mo orden que en la anterior y comienzan indistintamente página par o impar. Folios 1, 26 v., 55 v., 76 v., 99 v., 124, 151, 195, 218 v., 243, 266 v., 293. Es impresión hecha a plana y renglón de la anterior.

(5) Véase *El galán Castrucho*, nota (3) de este prólogo.

(6) *Genova nel Teatro classico de Spagna.*

*Discorso letto per la solenne inaugurazione degli Studi nella R. Università di Genova il giorno 4 Novembre 1911 dal Dott. Antonio Restori, Professore Ordinario di Lingue e Letterature neolatine.* Genova, Società Tipo-Litografica Ligure E. Oliveri & c. 1912.—Folio, 45 ps.: Véanse ps. 24-28.



*amantes genoveses*, según la cual Pablo Fornari, al volver de su destierro halla casada por voluntad paterna a su amada Minetta de Oria con otro, e intenta, por cuantos medios le sugiere su amor, aunque en vano, vencer su honestidad, asunto que, con vario resultado, se halla también tratado por el mismo Lope y otros. La que en el fondo tiene mayor semejanza con la obra de Lope es una novela del Bandello (7), según la cual un joven caballero genovés llamado Luchino Vivaldo se enamoró de una artesana de la ciudad, llamada Gianchinetta, a la que no pudo vencer ni aun ofreciéndole casarse con ella. Hízolo la joven con un marinero que con frecuencia estaba ausente de Génova, sin que cesase la persecución amorosa de Vivaldo ni la resistencia de ella. Pasados varios años y cuando Gianchinetta tenía ya dos o tres hijos y Vivaldo se había casado con una señora de su clase, coincidió una larga detención en el extranjero del marido de la muchacha con una carestía en Génova que puso a punto de morir de hambre a la pobre familia de Gianchinetta. En su desesperación resolvió ésta ir a ver a Vivaldo y obtener su protección, aun a costa de su honra; pero el nobilísimo caballero, sin aceptar recompensa tan costosa, llevó a la joven al lado de su mujer, para que, más honestamente, fuese ella quien la socorriese con abundancia.

Este asunto, que será cuento popular en todos los países europeos, fué convertido por Lope en un tema más artístico, elevando la categoría social de la dama; juntando el antecedente de haber sido amante y amado de ella antes del casamiento, para que el triunfo de la virtud fuese más heroico, añadiendo el detalle del propósito final de morir la dama apenas obtuviese el socorro de Octavio, y para darle carácter histórico engarzó este suceso con la sublevación genovesa de 1507 contra el poder de Luis XII de Francia y contra la nobleza que seguía su partido, a la que el pueblo desterró (uno de los nobles que era el marido de Alejandra), y eligió duque (*doge* o *dux*) al tintorero Paolo da Novi, al cual como dice Restori, Lope, con su genial intuición, aunque condenando la furia popular, supo juzgar con gran elevación de ideas, reconociendo en aquella figura la pureza de su vida y sus ideales de libertad y de justicia.

La comedia de Lope es posterior a 1604, pues sólo aparece citada en el *Peregrino en su patria*, de 1618, aunque, como se ha visto, fué impresa cuatro años antes.

---

(7) Matteo Bandello, *Le novelle. Parte seconda; novella xxvi*.

## V. Guerras de amor y de honor.

No se cita esta comedia en el *Peregrino* ni aparece incluída en ninguna de las *Partes*, así de LOPE como de otros autores. Se imprimió suelta a fines del siglo XVII, y de esta clase se hallan ejemplares en algunas bibliotecas, como el Museo Británico (procedente de Chorley, y antes quizá de Durán) y en la Biblioteca ducal de Parma. Nuestro correspondiente don Antonio Restori, constante favorecedor de la Academia, nos envió una excelente copia de este texto, igual al del Museo Británico.

Don Pedro Salvá (*Catálogo*, p. 607) poseyó otra edición diferente y algo más antigua, pues dice en el encabezado que representó, es decir, estrenó la comedia el actor, cabeza de compañía, "Prado" (Antonio de). Este ejemplar desapareció en la venta de la Biblioteca, hecha en París en 1891, y, por tanto, no pudimos hacer el cotejo, que sería muy útil para enmendar quizás algunos lugares defectuosos del texto que aquí se reproduce. En Madrid había ejemplares de una u otra edición en el siglo XVIII, pues se halla mencionada la obra como de LOPE en el *Catálogo de Medel* (1735), quien acaso la tendría de venta. Hoy no conocemos ninguno. Durán tuvo un ejemplar que se cita en la página 93 del catálogo que se hizo en 1864 (*Memoria de la Biblioteca Nacional*; Madrid, 1865), cuando el Estado compró para la Nacional esta preciosa colección; pero, como es sabido, la mayor parte de las comedias sueltas de LOPE en ella contenidas, o no llegaron a nuestra Biblioteca, o desaparecieron a poco de la misma. En cambio, casi todas las que llevan iguales títulos fueron adquiridas muchos años después, con las demás de M. Chorley, por el Museo Británico, donde se hallan.

Que la obra pertenece a LOPE DE VEGA no puede dudarse después de leída; y aunque dice al final que es "verdadera historia" y primera parte de otra que ofrece, no cumplió esta promesa ni el asunto deja de ser una leyenda genealógica de la Casa de Córdoba, cuyo ensalzamiento tanto importaba al protegido de don Luis Fernández de Córdoba, perteneciente a la familia del Martín Alfonso de la obra.

LOPE, alterando los tiempos y los sucesos, establece los de esta comedia en tiempo del rey San Fernando, en que no hubo ningún Martín Alfonso de Córdoba; le atribuye el socorro de la Peña de Martos, heroicamente defendida por la Condesa, mujer de Alvaro Pérez de Castro, que, efectivamente, sucedió, aunque de otro modo, en tiempo de San Fernando. Pero le adjudica



igualmente la conquista de Archidona, suceso que no ocurrió hasta cerca de dos siglos más tarde (1431); y, en fin, el señor de Vizcaya le casa con su hija y heredera doña Aldonza de Haro. Lo que da más carácter genealógico a este asunto es el episodio o hecho tan propio de esta clase de literatura (recuérdense los orígenes de los apellidos *Pimentel*, *Sarmiento*, *Girón*, *Moscoso*, etc.), que fué así. Murmurando algunos cortesanos de que siendo Martín Alfonso tan joven se le encomendase una empresa tal como el cerco de Archidona, diciendo que sólo debía entablarlo aquel a quien se le tuviese derecho un peine en la barba, Martín Alfonso, cogiendo uno bien fuerte se lo clavó en la mejilla, causándose grandes heridas, y por ello recibió el apodo de “el de la barba”, o “el de la barba de acero”.

El verdadero Martín Alfonso de Córdoba, señor de Alcaudete, Montemayor y Dos Hermanas, vivió en la primera mitad del siglo XIV, en tiempo de Alfonso XI. Hay muy pocas noticias de él, aunque se supone que ya en edad proveya asistió a la batalla del Salado (1340), y se casó, efectivamente, con doña Aldonza López de Haro, hija del señor de Vizcaya (8).

Lope escribió esta comedia hacia 1610, en que empezaron sus amistosas relaciones con el Duque de Sessa (cuya protección disfrutó el poeta hasta su muerte) por la insistencia con que habla de la expulsión de los moriscos como suceso reciente y que, efectivamente, llevó a cabo Felipe III en dicho año.

La obra, aunque es de guerras de moros y cristianos, interesa por el hermoso carácter de Martín Alfonso, que luchando entre su amor a una hermosa esclava mora y del deber de caudillo, vence el honor en su noble pecho y se desprende de la esclava para ofrecérsela intacta al principal murmurador de su conducta.

## VI. El Hamete de Toledo.

Hállase esta célebre y bárbara tragedia en la *Parte IX* de la colección especial de LOPE DE VEGA, impresa en Madrid en 1617, y luego en Madrid otra vez en 1618 y en Barcelona en este mismo año, y desde entonces no sabemos que se haya vuelto a dar a la estampa (9).

Es obra de la segunda época de LOPE, pues no aparece citada más que en

(8) Bethencourt: *Hist. genealóg. de la monarquía esp.*; t. IX, p. 230.

(9) *Doze comedias de Lope de Vega, sacadas de sus originales por el mismo. Dirigidas al Excelentísimo señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Du-*

*de Sesa, Soma y Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Palamos y Oliuito, Vizconde de Izna- jar, Varon de Belpuche, Liñola, y Calorje, gran Almirante de Napoles su señor. Novena parte. Año (Escudo del Sagitario, con la leyenda Salubris sagita a Deo*

la edición del *Peregrino*, de 1618, y el suceso debió de haber ocurrido realmente, pues sólo así se comprende que LOPE se haya atrevido a mostrar al público tantas atrocidades sin poesía ninguna, ni otro fin que ensalzar el sacramento del Bautismo, que borra y limpia todos los pecados, aun los horrendos crímenes del esclavo Hamete.

Los dos primeros actos forman una deliciosa comedia de costumbres de moros y cristianos, con música, cantarcillos y baile; pero en el tercero, no obstante la tierna escena con que comienza, se adivina que algo espantoso va a suceder como, en efecto, sucede. Sin embargo, desde que el esclavo, como

*missa*) 1617. | *Con privilegio.* | *En Madrid.* Por la viuda de Alonso Martín de Balboa, | *A costa de Alonso Pérez mercader de libros.* (Al final:) *En Madrid,* | *En casa de la viuda de Alonso Martín.* | Año M.DC.XVII.


4.º; 4 hojs. prels. y 300 foliadas. Signat. A-Pp, de a 8 hojas, menos la primera y última que son de 4. Port.; vuelta, "Títulos de las Comedias".—Lic. del Ordinario; Madrid, 1.º de abril de 1617; Tasa (66 pliegos, a 4 mrs. cada uno): Madrid, 13 de julio de 1617.—Erratas (ninguna): Madrid, 9 de julio de 1617; Murcia de la Llana.—Privilegio por diez años al autor: Madrid, 27 de mayo de 1617.—Dedicatoria suscrita por el autor.—Prólogo de LOPE.—Aprobación de Juan de Piña: Madrid, 28 de abril de 1617.—Texto a 2 col.—Colofón.

Comedias: La prueba de los ingenios, fol. 1.—La doncella Teodor, fol. 27.—*El Amete de Toledo*, fol. 55.—El ausente en el lugar, fol. 79.—La niña de plata, fol. 102.—El animal de Hungría, fol. 130.—Del mal lo menos, fol. 156.—La hermosa Alfreda, fol. 179.—Los Ponces de Barcelona, fol. 206.—La Varona castellana, fol. 229.—La dama boba, fol. 256.—Los melindres de Belisa, fol. 276.

En su aprobación dice Piña que este tomo había sido ya aprobado por el Secretario Tomás Gracián Dantisco y el Maestro José de Valdivielso.

En el prólogo dice LOPE que este es el primer tomo que imprime él mismo por sus originales y seguirán los demás, a causa de los abusos que con sus obras cometían editores e impresores de tal modo que aquellas comedias era imposible llamarlas suyas.

Este tomo fué reimpresso en Barcelona con el siguiente título:

Doze | comedias | de Lope de Vega. | Sacadas de sus originales, por el mesmo. | Dirigidas al Excelentissimo | señor don Luys Fernandez de Cordoua y Aragon, Duque de Sesa | Soma, y Baena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Palamos, y | Oliuita Vizconde de Iznajar, Varon de Belpuche, Liñola, y | Calonje, gran Almirante de Napoles, su señor. | *Nouena parte.* | Año (Escudo del impresor: )

1618 | *Con licencia.* | *En Barcelona, por Sebastian de Cormellas, y a su costa.*

4.º; 4 hojas prels. y 300 foliadas; signats. A-MmI.

Port.; vuelta en b.—En la hoja 2.ª "Títulos de las comedias que van en esta Nouena parte." La prueba de los ingenios (fol. 1); La doncella Teodor (fol. 27); *El Amete de Toledo* (fol. 55); El ausente en el lugar (fol. 79); La niña de plata (fol. 103); El animal de Hungría (fol. 131); Del mal lo menos (fol. 157); La hermosa Alfreda (fol. 181); Los Ponces de Barcelona (fol. 207); La varona castellana (fol. 231); La dama boba (fol. 257); Los melindres de Belisa (fol. 277). En el vuelto de esta hoja están: Aprobación del Dr. Cetina: Madrid, 1.º de abril de 1617; Tasa (4 mrs. pliego) Madrid, 13 de julio de 1617; Erratas: (ninguna) Madrid, 9 de julio de 1617.

En la hoja 3.ª: Aprobación del Maestro Fray Onofre de Requesens, Prior del Convento de Santa Catalina: Barcelona, 3 de diciembre de 1617; Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sanz. En el vuelto: Dedicatoria de Lope.

En la hoja 4.ª Prólogo del mismo, y en el vuelto, Censura de Juan de Piña: Madrid, 28 de Abril de 1617.



fiera desenjaulada, empieza a cometer asesinatos sin motivo, ya el interés dramático desaparece y le sustituye el terror, que prepara el aspecto religioso del resto y del desenlace. El drama poético termina con el asesinato de la inocente doña Leonor, figura llena de encanto y dulzura, como LOPE sabía diseñarlas.

Esta obra produjo mucho efecto en el público español, y algunos años más tarde se compuso, representó e imprimió un nuevo *Hamete de Toledo*, obra del sevillano Luis de Belmonte y de don Antonio Martínez de Meneles, los cuales introdujeron grandes modificaciones en la de LOPE. Suprimieron buen número de personajes, que como se ve, en ésta son cerca de cuarenta, dando los asesinatos posteriores al de doña Leonor en relación, y no en acción; ampliando lo que se refiere a los amores de Hamete y Argelina, a la cual se supone esclava de los mismos dueños de Hamete y circunscribiendo la acción a Toledo y sus cercanías. Pero si la obra gana en sencillez y regularidad pierde en la salvaje grandeza que respira el drama de LOPE (10).

Y no mucho después se hizo una parodia de esta obra por tres ingenios que no se nombran, la cual sería quizá representada ante Felipe IV, a quien divertían estas burlas. Los autores van siguiendo paso a paso el drama de Belmonte y Martínez, que es el único que conocieron, tornando en ridículos todos los pasajes más cruentos y hasta los que al final toman carácter devoto. No carece de gracia, antes tiene muchos pasajes chistosos y alusiones agudas a obras y cosas del tiempo (11).

## VII. La hermosa Alfreda.

Esta comedia imprimió Lope muchos años después de escrita y representada en la *Parte novena* de las suyas (12) en 1617. Teníala ya en 20 de marzo de 1601 como de su caudal el autor de compañías Gaspar de Porres, para

(10) *El Amete de Toledo* (Comedia famosa) de Belmonte y D. Antonio Martínez. Ocupa el octavo lugar (folios 154 a 178 vuelto) del tomo *Primera parte de comedias escogidas: Madrid, Domingo García y Morrás; 1652. 4.º; 4 hojas prels. y 266 foliadas*. Se reimprimió en el tomo *Parte quarenta y vna de famosas comedias de diversos autores. Impreso en Pamplona. Por Ioseph del Espíritu Santo* (Es edición de Madrid, hacia 1680) 4.º; 2 hojas prels. y 266 ps., más 126 hojas. Ocupa el décimo lugar de las del tomo, con el título de *Comedia famosa. El Hamete de Toledo. De Belmonte y Don An-*

*tonio Martínez* (folios 59 a 82).

(11) Se imprimió en la *Parte veinte y nueve de Comedias nuevas; Madrid, Ioseph Fernandez de Buendía, 1668; 4.º, 4 hojas prels. y 464 ps.*, el número 8 de ellas, con el título de *El Hamete de Toledo, comedia famosa, De tres Ingenios*. Se han cambiado los nombres de los personajes, excepto el del protagonista; pero D.<sup>a</sup> Lorenza responde a D.<sup>a</sup> Leonor; Don Marcos es Gaspar Suárez; Marina es Argelina, etc. Hay nuevo Un estudiante que hace un corto papel al final.

(12) Véase la nota (9) que antecede.

quien había compuesto Lope y recibido por ella quinientos reales. Y como otro autor de compañías, Baltasar de Pinedo, se hubiese hecho con una copia de la comedia, Porres le obligó, por documento público, a no representarla, bajo diversas penas pecuniarias (13).

Es obra de la juventud de Lope, como lo prueba el carecer de gracioso y hallarse citada en la primera edición del *Peregrino en su patria*, aunque con el título de *La hermosura de Alfreda*, que luego se cambiaría al ponerla Porres en escena.

Tiene esta pieza dramática todo el aspecto de no ser de invención del autor sino tomada de algún libro de cuentos, probablemente italiano.

Aparte de la inverosimilitud de estar seis años oculta y disfrazada Alfreda, teniendo un padre duque para ampararla y que, como es natural, ansiaría verla, tiene este drama mucho interés, aunque todos los caracteres, salvo el del Rey, son algo falsos. Alfreda supo, a los pocos momentos de casada, la felonía de su marido y no huyó de su lado, sino que continuó seis años en buena armonía con él, no obstante su tiranía y villana conducta. Sólo cuando ve al Rey se acuerda de que le había amado, y con demasiada precipitación y abandonando a sus hijos se va en su compañía. La muerte repentina del Conde es un pobre recurso, aunque necesario para desenlazar un asunto que había llegado a ser insoluble por los medios artísticos.

Hay, con todo, lindas escenas aisladas y pasajes de pormenor muy bellos, y toda la obra tiene aquella gracia ingenua que poseen las obras de la juventud de Lope.

### VIII. La Hermosura aborrecida.

En la segunda edición del *Peregrino* (1618) y no en la de 1604 se cita esta obra, lo cual prueba que lo es de la madurez de su autor, quien la imprimió en 1617, y por esta edición se hizo otra en Barcelona en el mismo año (14).

(13) Pérez Pastor: *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1901; 8.º; p. 53.

(14) *El Fenix* | *de España* | *Lope de Vega* | *Carpio, Familiar del Santo* | *Oficio*. | *Septima Parte de sus* | *Comedias. Con Loas, Entre-  
meses,* | *y Bayles.* | *Dirigidas a Don Luys Fernandez* | *de Cordoua, Cardona, y Aragõ, Du-  
que de Sessa, Duque de Soma, Duque* | *de Baena, Marqués de Poça, Conde de Cabra, Conde  
de Palamos,* | *Conde de Oliuito, Vizconde de*

*Yznajar, Señor de las* | *Baronias de Belpuche, Linola, y Calonge,* | *gran Almirante de Napo-  
les.* | *Año* (Escudo del impresor, con el grifo a la izquierda, sin el globo con alas) 1617. | *Con privilegio.* | *En Madrid. Por la viuda de Alonso Martín.* | *A costa de Miguel de Siles, mercader de libros.* | *Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

4.º; 4 hojas prels. y 298 foliadas (por error dice 306). Signaturas A-Pp.

Portada; v. en blanco.—En la hoja 2.ª: “Ti-



Hay también un manuscrito antiguo (15) de este drama, todo lo cual se ha tenido presente ahora en la reestampación presente, y así y todo el texto ha tenido que quedar defectuoso en algunos lugares. Es imposible comprender no trabajando sobre ellas lo estragadas que están estas impresiones del siglo XVII; cuanta meditación, estudio, comparaciones y rebuscas obligan a emprender al que por primera vez trata de publicar uno de estos textos y con harta frecuencia todo es tiempo y esfuerzo perdidos.

tulos de las comedias que van en esta séptima parte." El villano en su rincón, fol. 1; El castigo del discreto, fol. 25; Las pobreza de Reynaldos, fol. 49; El Gran Duque de Moscovia, fol. 75; Las Pazes de los Reyes, y Judía de Toledo, fol. 99; Los Porceles de Murcia, fol. 121; *La Hermosura aborrecida*, fol. 145; El primer Faxardo, fol. 169; La Viuda, casada y donzella, fol. 193; El Príncipe despeñado, fol. 214; La Serrana de la Vera, fol. 240; San Isidro de Madrid, fol. 263. *Entremeses*: Los Habladores; La cárcel de Sevilla; El Hospital de los podridos. *Loas*: Loa en alabanza de la Humildad; Otra loa (*comparando la mujer buena con la abeja y la mala con la araña*); Otra loa (*El Farsero*); Loa en vituperio de la mala lengua. *Bailes*: Baile del Duque de Humena; Baile de Don Jaime; Baile del Caballero de Olmedo, compuesto por Lope de Vega.

Tasa (75 pliegos y medio, a 4 mrs. = 8 rs. y 30 mrs.) Madrid, 9 de noviembre de "seiscientos y seys" (*sic*); Erratas: Madrid, 8 de noviembre de 1616: Murcia de la Llana; Aprobación del Lic. Alonso de Illescas: Madrid, 16 de junio de 1616; Aprobación del Maestro Vicente Espinel: Madrid, 26 de julio de 1616. Dice que el Consejo mandó ver las partes VII y VIII. Privilegio por diez años a Francisco de Avila, mercader, vecino de Madrid, para imprimir las partes VII y VIII: San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616. Dice que Avila había comprado a Baltasar de Pinedo, autor de comedias y a María de la O, viuda de Luis de Vergara, autor también de comedias, 24 comedias de Lope de Vega, que eran las de las dos partes presentadas, pidiendo privilegio por veinte años.—Dedicatoria de Miguel de Siles al Duque de Sesa. Se conoce que Avila vendió el privilegio a Siles.

En el mismo año se reimprimió en Barcelona, con este título:

*El Fenix | dc España | Lope de Vega. | Car-*

*pio, Familiar | Del Santo Oficio. | Septima parte de sus | Comedias. Con Loas, Entremeses, | y Bayles. | Dirigidas a Don Luys Fernandez | de Cordoua, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque | de Baena, Marques de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palamos, | Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Sr. de las | Baronías de Belpuche | Liñola, y Calonge | gran Almirante de Napoles. | 75 ½ | Año (Escudo del grifo sobre el rombo y debajo el globo con alas) 1617. | Con licencia. | En Barcelona, en casa de Sebastian de Cormellas | al Call, y a su costa.*

4.º; 4 hojas prels. y 302 foliadas.

Port.; v. en bl.—Hoja 2.ª: Aprobación del Maestro Espinel (para las partes VII y VIII) Madrid: 26 de julio de 1616.—Vuelta: Aprobación del Licenciado Alonso de Yllescas. Madrid, 16 de junio de 1616.—Hoja 3.ª: Tassa (a 4 mrs. pliego): Madrid, 9 de noviembre de 1616.—Vuelta: "Títulos de las comedias que van | en esta 7.ª parte." | El villano en su rincón, fol. 1.—El castigo del discreto, fol. 25.—Las pobreza de Reynaldos, fol. 49.—El Gran Duque de Moscovia, fol. 75.—Las pazes de los Reyes, Judía de Toledo, fol. 99.—Los Porceles de Murcia, fol. 121.—La Hermosura aborrecida, fol. 145.—El primer Fajardo, fol. 169.—La Viuda, casada y donzella, fol. 193.—El Príncipe despeñado, fol. 219.—La Serrana de la Vera, fol. 243.—San Isidro de Madrid, fol. 165.—"Las Loas, Entremeses y Bayles van al fin | destas Comedias".—Hoja 4.ª: Dedicatoria al Duque de Sessa, por Miguel de Siles. Sin fecha. Vuelta en blanco.—Texto. Los Entremeses y demás piezas son los mismos de la edición de Madrid.

(15) Bib. Nacional de Madrid. Manuscrito 15.038 (antiguo M-181). *La Hermosura aborrecida*. Letra del siglo XVII, muy clara, pero sin ninguna advertencia.

*La hermosura aborrecida* es una novela en acción: tantos son los sucesos que se acumulan en los tres actos del drama, que el autor termina

prometiéndole al senado  
para después de algún tiempo  
darle la segunda parte  
de tan extraño suceso.

¡Y tan extraño! Toda la obra es un conjunto de inverosimilitudes e impropiedades; pero el acto tercero excede en esto a los demás, pues vemos un cirujano-mujer que medio por milagro cura al Rey Católico de la herida que le produjo Juan de Cañamares, y convertido luego en juez informador o pesquisidor no menos que de un virrey de Navarra, que era a la vez su esposo. Este recurso de ser una mujer juez de su marido lo volvió a emplear LOPE DE VEGA en la comedia de *El juez de su causa*.

### IX. Los hidalgos del aldea.

Con ser de muy apacible y agradable lectura esta comedia y escrita y versificada con suma perfección, no entró en la imprenta más que una vez en la *Parte docena* de las del autor que se dió a luz en 1619 en esta corte (16). La comedia aparece citada en el *Peregrino* de 1618, lo cual indica que no es de la juventud de LOPE, sino que pertenecerá a la primera decena del siglo XVII. LOPE dice al final:

(16) *Dozena | Parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio. | A Don Lorenzo de Cardenas | Conde. de la Puebla, quarto nieto de don Alonso de | Cardenas, Gran Maestre de Santiago. Año* (Escudo del Mecenaz: dos lobos pasantes uno sobre el otro y orla con castillos y leones alternados) 1619. *| Con privilegio. | En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. | A costa de Alonso Perez, Mercader de libros.*  
4.º; 4 hojas prels. y 280 fols.

Port. A la vuelta: "Tabla de las comedias que se contienen | en esta dozena parte."—Ello dirá, fol. 1; La sortija del olvido, fol. 24 vuelto; Los enemigos en casa, fol. 47; La cortesía de España, fol. 70; Al pasar del arroyo, fol. 95; *Los hidalgos del aldea*, fol. 118; El Marques de Mantua, fol. 141; Las flores de don Juan y rico y pobre trocados, fol. 165; Lo que ay que fiar del mundo, fol. 188; La firmeza en

la desdicha, fol. 213 v.; La desdichada Estefanía, fol. 240 v.; Fuente Ovejuna, fol. 262 v.

*Hoja 2.ª*: Fe de erratas (ninguna): Madrid, 14 de diciembre de 1618: Lic. Murcia de la Lla-na.—Tassa (4 mrs. pliego: 71 pliegos = 284 mrs.): Madrid, 22 de diciembre de 1618.—*Vuelta*: Aprobacion de Vicente Espinel: Madrid, 15 de agosto de 1618.—Suma del priuilegio (por diez años, a Lope): San Lorenzo el Real, 6 de octubre de 1618.—*Hoja 3.ª*: Dedicatoria de Lope (elogios generales sin fecha).—*Vuelta*: Otra dedicatoria en verso de Lope: firma en ambas.—*Hoja 4.ª*: "El Teatro" (prólogo).

Esta misma tirada u otra exactamente igual se repitió en el mismo año, sin más diferencia que suprimir en la portada el escudo del Conde de la Puebla por otro del impresor, con el Sagitario y la leyenda en torno de la figura: "*Salvbris sagita a Deo missa*." En lo demás son exactamente iguales.



Y aquí acaba la comedia,  
donde su autor pintar quiso  
*Los hidalgos del aldea.*

Eso sólo es esta pieza, en la que no hay más acción que la tentativa del Conde Albano para seducir a la honrada y altiva Finea, llevada con tanta parsimonia que bien se ve no ser más que el pretexto para ir presentando los diversos caracteres. Tienen bastante variedad y hasta puede observarse que ya aparece el tipo que luego se llamó *figurón*, es decir, la caricatura de un carácter real y ya algo singular por sí mismo. Es el hidalgo ridículo por su vanidad sin tener en que fundarla ni por su riqueza, pues carece de bienes, ni por sus prendas morales. También es digno de notarse el tipo del alcalde villano y rico, con su desprecio hacia la aristocracia de la sangre, ideas que parecen un poco atrevidas para aquel tiempo y que solo en LOPE podían hallarse, pues como dice Menéndez Pelayo en LOPE se hallan todas las cosas.

Y nada más hay que decir de esta curiosa pieza dramática sino que el asunto es todo invención de su fecundísimo autor.

## X. El hijo sin padre.

En cambio, esta obra parece tomada de algún libro caballeresco, adicionada por LOPE en lo que toca al lugar de la escena, que en su mayor parte, trasladada a España. Menciona esta comedia en su segundo *Peregrino* de 1618, y se imprimió en Madrid, en 1640, en una *Parte XXIV* que hoy no conocemos, pero que vió y describió don Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova*, en el artículo de LOPE DE VEGA. Sobre ella se habrá hecho la edición suelta, única que ha llegado a nosotros, pues para nada debe contarse un manuscrito del pasado siglo XIX que poseyó Durán, hoy en la Biblioteca Nacional, copia del impreso.

Este parece ser por su aspecto de la segunda mitad del siglo XVII, y es bastante correcto, como se ve por las pocas notas que ha necesitado (17).

## XI. El hombre por su palabra.

Es comedia de la madurez de LOPE y así no aparece citada antes del *Peregrino* de 1618 y fué impresa en la *Parte veinte*, de Madrid en 1625, reim-

(17) *El hijo sin padre.* | Comedia famosa | gran diferencia del tamaño y forma de las  
De Lope de Vega Carpio. 4.º; 17 hojas sin | letras del encabezado. Además en el siglo XVII  
numerar. Parece edición madrileña; al menos | se imprimían pocas comedias aún en Sevilla.  
puede asegurarse que no es sevillana, por la |



presa en el mismo año y en 1627 y 1629 y en Barcelona en 1630, a pesar de lo cual es rara como todas (18).

(18) *Parte | veinte de | las comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica. Dividida en dos | partes. | Qui ducis vultus, & non legis ita libenter, | Omnibus inuideas, Liuide, nemo tibi. | Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda) *1625. | Con privilegio. | En Madrid, Por la Vivda de Alonso Martín. | A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago. (Al fin:) En Madrid | Por la viuda de Alonso Martín. || Año M. DC. XXV.*

4.º; 4 hojas prels. y 298 fols.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: “Titvlos de las | Comedias, y a quien van | dedicadas.”—1. La discreta venganza. A la Duquesa de Frías (folio 1).—2. Lo cierto por lo dudoso. Al Duque de Alcalá (fol. 27, por errata dice 19).—3. Pobreza no es vileza. Al Duque de Maqueda (folio 51 v.).—4. Arauco domado. Al Marqués de Cañete (fol. 76 v.).—5. La ventura sin buscalla. A D.ª María de Vera (fol. 102).—6. El valiente Céspedes. Al Conde de Villamor (fol. 125 vuelto).—7. *El hombre por su palabra*. Al Relator Diego de Molino (fol. 153).—8. Roma abrasada. Al M. Gil Gonzalez de Avila (folio 177).—9. Virtud, pobreza y mujer. Al Caballero Marino (fol. 202 v.).—10. El rey sin reino. Al Capitán Contreras (fol. 226 v.).—11. El mejor mozo de España. A Pedro Vergel (fol. 253).—12. El marido más firme. A Manuel Faria de Sosa (fol. 274 v.). Ocupa toda la hoja y el resto de la 3.ª

*Vuelto*: Suma del privilegio (por diez años a Lope): San Lorenzo, 3 de noviembre de 1624.—Fee de erratas (ninguna): Madrid, 17 de enero de 1625: Licenc. Murcia de la Llaná.—Suma de la Tassa (4 mrs. pliego), Madrid, 18 de enero de 1625 (75 pliegos y medio).

*Hoja 4.ª*: Aprobación, del Licenciado Juan Pérez de Montalbán: Madrid, 29 de septiembre de 1624.—*Vuelta*: “Aprobación del insigne ingenio en letras divinas y humanas, el Dr. Mira de Amescua, Capellan de su Alteza.”

Madrid, 5 de octubre de 1624. Estas dos aprobaciones son notables por el elogio a Lope que en ellas se hace.

Al final de la tabla dice: “V. m., señor Lector, se entretenga con estas Comedias lo mejor que pueda hasta la parte veintiuna, si no es de aquellos retorcidos que miran en el mundo en el mapa y así le juzgan breve; que bien sé que los ingenios cándidos desearán que como tuve vida para escribir mil y setenta comedias la tenga para imprimirlas.—*Lope Félix de Vega Carpio.*”

La segunda impresión de esta *Parte* se hizo en 1627, como dice la portada que sigue:

*Parte | veinte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Dividida en dos | Partes. | Qui ducis... | Año* (Escudo del Sagitario con la leyenda) *1627. | Con privilegio. | En Madrid, Por Iuan Gonçalez: | a costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago. (Al fin:) En Madrid, | Por Iuan Gonçalez. | Año de M.DC.XXVII.*

4.º; 4 hojas prels. y 298 fols.; sign. A-Pp.

Port.; v. en bl. y los demás prels. exactamente como en la edición de 1625.

Salvá (*Catál.* núm. 1469) menciona esta misma edición, sin más diferencia que decir en el colofón: “Juan Gonçalez”; se habrá sustituido la hoja final por otra. La 3.ª es:

*Parte | veinte de | las comedias de | Lope de Vega Carpio, | Procurador Fiscal de la Camara | Apostolica | Dividida en dos | partes. | Que ducis metus... (etc.) | Año* (Escudo del Sagitario, con la leyenda.) *1629. | Con privilegio. | En Madrid, Por Iuan Gonçalez, | A costa de Alonso Perez Librero del R. N. S. Vendese en sus casas | en la calle de Santiago.*

4.º; 4 hojas prels. y 298 (por errata dice 289) foliadas.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: “Titvlos de las | Comedias, y a quien van | dedicadas. |” Los demás preliminares exactamente iguales en todo a los de la primera edición. Los folios de las comedias coinciden con los de la 1.ª edición, excepto la 9, que empieza en el folio 203 (por errata dice 193), y la 12, que empieza al folio 275.

La última impresión de esta *parte veinte* es la que sigue:

Aunque esta comedia fué escrita para justificar el proverbio que le sirve de título, tiene bastante interés y el asunto está tratado con discreción y habilidad. Además hay escenas muy lindas como aquellas en que intervienen Federico y Lucinda, tan del gusto de LOPE y de los que hoy las leen.

Se habrá notado en la página 363 el pasaje:

Y porque yo vuestra' tierra  
descansar, no oprimir quiero,  
traigo por lastre el dinero,  
*que es el nervio de la guerra.*  
En éste sólo se encierra  
el poder de tierra;  
con él la pienso acabar,

que no parece sino que fué escrito en nuestros días.

## XII. La honra por la mujer.

En una de las *Partes* de comedias de LOPE llamadas extravagantes o de fuera de Madrid se estampó ésta en 1633 (19) y de ella dimanó una suelta de fines del mismo siglo. Pero existe también un manuscrito anterior de esta obra fechado en 1622 (20) y no muy anterior será esta interesante y agra-

*Parte | veynte | de las Comedias de | Lope  
de Vega Carpio, Procura- | dor Fiscal de la  
Camara | Apostolica. | Dividida en dos partes. |  
"Qui ducis..." etc. | Año (Escudo del impresor)  
1630. | Con Licencia de los Superiores. | En  
Barcelona en la Empreñta de Esteuan Liberòs. |  
A Costa de Rafael Vines.*

4.º; 4 hoj. prels. y 298 fols.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª* "Aprobación y Licencia", de Fray Tomás Roca y "Claresvalls Vica. Gene.": Barcelona, 11 de octubre de 1630.—Suma de la tassa (la de Madrid).—*Vuelta*: la Aprob. de Montalban.—*Hoja 3.ª* Aprobación de Mira.—*Vuelta*: "Titvlos de las comedias, y a quien van dedicadas.": El índice es el mismo que la de Madrid, 1625, y los folios los mismos que en ella, de la que es reimpresión a plana y renglón.

(19) *Parte | veynte y quatro | de las comedias  
del Fenix de España | Lope de Vega  
Carpio. | Y las mejores que hasta | aora han  
salido. | A Don Diego de Virto de | Vera Capitan  
de Infanteria Española. | (Un jarronci-  
to.) Con licencia, y privilegio. | En Çaragoça,*

*por Diego Dormer, | en la Cuchillería, año  
1633. | A costa de Iusepe Ginobart Mercader  
de Libros. (Esta portada con orla.)*

4.º; 4 hojas prels. y 36 fols. Sign. A-Gg.<sup>2</sup>

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: "Titvlos de las comedias contenidas | en este Libro."—1. La ley executada; 2. Seluas y bosques de amor; 3. Examen de Maridos; 4. El qué Dirán; 5. La honra por la mujer; 6. El amor bandolero; 7. La mayor desgracia de Carlos V y hechizera de Argel; 8. Ver, y no creer; 9. Dineros son calidad; 10. De quando aca nos vino; 11. Amor, pleito y desafío; 12. La mayor victoria.

*Vuelto*: Licencia: Çaragoça a 25 de enero de 1631; Aprobacion de Diego de Morlanes: Zaragoza, 17 de febrero de 1631.—*Hoja 3.ª*: Privilegio: Zaragoza, 18 de Hebrero de 1631 (Acaba en la primera mitad del vuelto).—*Hoja 4.ª*: Dedicatoria por Iusepe Ginobart: Zaragoza, 16 de febrero de 1633 (Nada de curioso).—Texto.

(20) Bib. Nac. Ms. 17.109. "La honra por la mugcr. Escriuiose en cien poçuelos a 9 de nouiembte de 1622. Luis Gomez." Copia toda de su mano, seguramente para el teatro.



dable comedia, una de las más estropeadas por los editores. El manuscrito enmienda muchas lecciones erradas, como se ve en el apéndice, pero no todas.

Es muy hermoso y bien trazado el carácter de la condesa Margarita y noble con dignidad el de su marido. La escena de la locura de la Condesa en el tercer acto es muy semejante a la de Benzoraque de *La fundación de la Alhambra*.

### XIII. La ilustre fregona.

Empecemos por declarar que, a nuestro juicio, esta comedia no es de LOPE DE VEGA (21). Pero habiéndose publicado en un tomo antiguo que contiene otras suyas y con su nombre, no podíamos dejar de incluirla en esta colección, que comprende las dudosas, para que el lector inteligente juzgue teniendo a la vista, sobre todo siendo, como es, pieza de mucha rareza (22).

Además LOPE tiene ya su *Ilustre fregona* en la comedia de su edad juvenil, que con el título de *El mesón de la corte* ha sido publicado en esta misma colección (Madr., 1916, I, 278), cuyo asunto es poco más o menos el mismo, como lo es el de otras obras en prosa y verso y de cuentos populares que versan sobre la honrada muchacha que abandonada al nacer por sus padres sirve de criada en una casa, sea mesón o no, hasta que la *casualidad*, preparada por sucesos, que son los que suelen variar en cada caso, halla a la familia de elevada clase y marido a su gusto.

La comedia *La ilustre fregona*, tomada de la novela de Cervantes de

(21) En un estudio anterior acerca de *Los hermanos Figueroa y Córdoba* (Madrid, 1919, 4.º) di, como todos, por de Lope esta comedia. Entiéndase, pues, rectificada esta opinión ahora, con mejor estudio. El señor Oliver Asín, en un breve pero sabroso artículo sobre los orígenes de la novela cervantina (Véase *Boletín de R. Acad. Esp.*, abril de 1928, páginas 224-231), también cree que no es de Lope la comedia *La ilustre fregona*.

(22) Se halla en la *Ventiquatro | parte perfecta | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San | Iuan. Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de sus verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí han salido. | A don Bernardo de Velasco y Roias (Rojas), | Secretario del Secreto del Santo Oficio de la Inquisicion | del*

*Reyno de Aragon. | 66. | Año (Escudo del Mecenas) 1641. | Con privilegio. | En Zaragoza: Por Pedro Verges.*

4.º; 4 hojas prels. y 259 foliadas.

Port.; v. en bl.—Hoja 2.ª: "Titvlos | de las comedias | que contiene este | libro. | —Guardar y guardarse.—La hermosa fea.—El Cautivo de Olmedo.—El Bastardo Mudarra.—La ilustre Fregona.—El Nacimiento de Christo.—Los Ramírez de Arellano.—Don Gonzalo de Cordoua.—San Nicolas de Tolentino.—Los peligros de la ausencia.—Servir a buenos.—Barlan, y Iosafa.—Vuelta: Imprimatvr.—Censura del Dr. Juan Francisco Andrés: Zaragoza, octubre 16 de 1640.—Hoja 3.ª: Privilegio del Virrey de Aragón a Pedro Verges, impresor, por diez años: Zaragoza, 17 de octubre de 1640.—Hoja 4.ª, Dedicatoria de Pedro Verges: Madrid, 12 de agosto de 1641.—Texto.

igual título es de relativa antigüedad, puesto que ya la menciona en 1630, don Alonso de Castillo Solórzano en su linda novela de *Las Harpías de Madrid*, por cierto que atribuyéndola resueltamente a Lope de Vega y añadiendo que fué representada (estrenada) por *Amarilis*, o sea María de Córdoba, la mejor actriz de aquel tiempo (23).

Sin embargo, no creemos hallar en esta obra los rasgos poéticos de aquel gran ingenio; ni hubiera Lope descendido a plagiar tan servilmente una obra ajena (24).

Años después, cuando ya la memoria de Cervantes y aun de Lope se había ido perdiendo en la de la generación siguiente, no tuvo tantos escrúpulos don Diego de Figueroa y Córdoba quien no sólo tomó de la obra de Cervantes el asunto de su comedia *La Hija del mesonero* (25) sino que tuvo presente y aun aprovechó algunos pasajes de *La ilustre fregona*, a la cual mejoró bastante. Introdujo además diversos episodios de su invención, que dan realce a esta comedia, escrita y versificada con el buen gusto propio de aquel excelente poeta dramático.

Y a los comienzos del siglo XVIII tomó también por su cuenta este asunto don José de Cañizares en su comedia *La más ilustre fregona* (26), en la cual, según costumbre, plagia al principio la atribuída a Lope, aunque luego cambia el giro del argumento de la pieza, que viene a ser burlesca en los dos primeros actos, y en el tercero adquiere caracteres de drama, con pistoletazo y herida, si bien acaba todo felizmente (27).

(23) "La comedia... es del Fénix del orbe Lope de Vega Carpio, intitulada *La ilustre fregona* y es tal que durará algunos días con lo bien que representa aquel papel la mayor cómica que ahora se conoce que es *Amarilis*" (*Las Harpías de Madrid*; edición de Madrid, 1907, 8.º; p. 84.)

(24) No creemos que esta comedia pueda ser la del poeta valenciano Vicente Esquerdo, que cita D. Justo Pastor Fuster en su *Biblioteca valenciana* (I, 235), pues dice que fué "representada en 1.º de julio de 1619" y Castillo Solórzano se refiere a vna que era nueva en 1630.

(25) Se imprimió primero en el *Pensil de Apolo, en doze Comedias de los mejores ingenios de España Parte catorce* (de Escogidas). Madrid, Domingo García Morrás, 1661, 4.º En encabezado tiene este título: *Comedia famosa,*

*La hija del mesonero; fiesta que se representó a sus Magestades en Palacio, Por D. Diego de Figueroa y Cordoua.* Hay además una impresión suelta de Madrid, Antonio Sanz, 1746, 4.º, a nombre del mismo D. Diego.

(26) Existe en la Biblioteca Nacional un manuscrito en parte autógrafo de Cañizares, con fecha de 1709 (V. *Catálogo de piezas de teatro manuscritas*, por D. Antonio Paz y Melia. Madrid, 1899, 4.º; p. 242.) Años después se imprimió suelta: ya la cita Medel en su *Catálogo* (1735), pág. 56: y ésta fué la que reprodujo D. Ramón de Mesonero Romanos, en el tomo II, ps. 591-612 de sus *Dramáticos posteriores a Lope de Vega*, en la *Biblioteca de Autores españoles*.

(27) Para más pormenores de estas obras, véase mi citado artículo sobre los *Hermanos Figueroa y Córdoba*, ps. 24 y sigs.



## XIV. La ingratitud vengada.

Esta comedia que aparece citada en la primera edición de *El Peregrino*, de 1604, es obra de la mocedad de LOPE, lo que se comprueba por la mención que hace de su estreno: "Representóla Osorio, autor antiguo." Fueron dos hermanos Francisco y Rodrigo Osorio que ya representaban hacia 1580. Cervantes, en su *Quijote* (28), recuerda con elogio esta comedia, citándola al lado de su *Numancia*, de *El mercader amante*, de Aguilar; *La enemiga favorable*, de Tárrega, y cosa singular, en el mismo pasaje en que zahiere el sistema dramático de LOPE DE VEGA.

Pero éste no la imprimió hasta 1620 en *Parte catorce* (29) de sus comedias, dedicándola a don Fernando Bermúdez y Carvajal, de quien se muestra reconocido. Por el poco arte con que está dispuesta esta comedia, parece más bien la copia de un suceso real a que el autor quiso dar forma dramática. Tampoco sobresale por la corrección de estilo ni por la belleza de los versos.

Muy mozo debía de ser LOPE al escribir esta obra, cuando se atrevía a decir de sí mismo cosas como las que siguen:

PADRE. Esotro es medio poeta;  
y por mi fe, mi señor,  
que da un recado mejor  
que la mejor alcahueta.

OCTAVIO. ¿Cómo te llamas?

BELARDO. Belardo.

OCTAVIO. ¿De dónde eres?

BELARDO. Montañés.

OCTAVIO. ¿Cantas?

BELARDO. Sé poner un tres.

OCTAVIO. A fe que es pícaro pardo (30).

Este curioso pasaje nos indica lo aniguo que era en LOPE su seudónimo o nombre poético de *Belardo*.

## XV. El ingrato.

No se halla citada en el *Peregrino* esta obra, lo cual nos lleva a presumir que es una de las compuestas por LOPE DE VEGA en los últimos años de su vida. Confirma esta sospecha la nota que tiene la más antigua edición conocida de esta obra, que dice: "Representóla Antonio de Prado" y este actor no fué cabeza de compañía hasta 1622, cuando más pronto (31).

Fué impresa la primera vez en una *Parte XXIV* de LOPE (Madrid,

(28) Parte primera, capítulo XLVIII.

(29) Véase la nota (4) de este prólogo.

(30) Págs. 468 y 469 del presente volumen.

(31) *Actores famosos del siglo XVII. Sebastián de Prado y su mujer Bernarda Ramírez*, por E. Cotarelo. Madrid, 1916; 4.º, pág. 49.

1640) que vió don Nicolás Antonio, pero del cual hoy no se conoce ningún ejemplar. De esta primitiva impresión será copia una suelta, sin lugar ni año, de la segunda mitad del siglo XVII (32). Por esta edición se hizo muchos años después otra, impresa en Sevilla, ya bien entrado el siglo XVIII, pero atribuyéndola a don Pedro Calderón de la Barca (33).

El asunto de esta comedia es puramente novelesco, quizá tomado del italiano, pero tratado con mucho talento; versificado con primor y con bien conducido interés.

Buena le hubo de parecer la comedia al dramaturgo lusitano don Juan de Matos Frago, que después de mediar el siglo XVII se la apropió, con solo intercalar algunos versos no mejores que los de Lope y cambiarle su título por el de *El Ingrato agradecido*, con el cual se habrá representado muchas veces aunque no obtuvo la honra de la impresión hasta nuestros días (34).

## XVI. El ingrato arrepentido.

Comedia de la primera época de LOPE, cuyo título aparece registrado en la primera edición del *Peregrino* (1604) y cuya primera representación hizo el autor antiguo Nicolás de los Ríos, que falleció muy viejo en 1610.

No se imprimió hasta 1621, que tuvo cabida en la *Parte XV* de LOPE (35)

(32) No he logrado ver esta rarísima impresión, que por su encabezado parece sevillana y que puntualmente describe el Sr. Don Harry Clifton Heaton en su lindísima edición de *El ingrato agradecido*, de Matos Frago. De ella he tomado el encabezado que lleva nuestra edición, pues siendo idénticas en lo demás, ésta y la en que se atribuye la obra a Calderón, no hemos querido privar al lector de la noticia que da sobre el autor o director que la puso en escena y nos sirve para fijar aproximadamente la fecha del estreno de la comedia de LOPE.

(33) *El ingrato*. | *Corona de Comedias*. | *Comedia famosa*. | *De Don Pedro Calderon*. (al final, dice:) *con licencia En Sevilla, a costa de Joseph Antonio de Hermosilla, Mercader de Libros, en la calle de Genova | donde se hallaran otras | diferentes*.—4.º; 32 ps. numeradas. Hermosilla, imprimía entre 1725 y 1738.

(34) *El ingrato agradecido* by Juan de Matos Frago. Edited from the manuscript in the Biblioteca Nacional, by Harry Clifton Heaton, Corresponding Member The Hispanic So-

cicty of America. Printed by order of the Trustees. New York, 1926.

8.º; lxiii-180 ps., con 4 láms. El prólogo y las notas son muy eruditos y escritos con recto juicio y conocimiento de la materia.

(35) *Decima quinta | parte de | las Comedias de | Lope de Vega Carpio, procv- | rador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigidas a diver- | sas Personas. | Año* (Escudo del Sagitario) *1621. | Con privilegio. | En Madrid. Por Fernando Correa | de Montenegro. | A costa de Alonso Perez mercader de libros.*

4.º; 4 hojas prels. y 304 foliadas; signats.: A-Pp. 4.

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: “Títulos de las comedias de esta decimaquinta parte | y a quien van dirigidas: | (1) La mal casada, a don Francisco de la Cueva y Silva, fol. 1. (Representóla Riquelme).—(2) Querer la propia desdicha, a Claudio Conde, fol. 27 (Representóla Riquelme).—(3) La vengadora de las mujeres, a Fenisa Camila, folio 49 (Representóla León e



dedicándola a don Rodrigo de Tapia, hijo del Secretario del Rey, Pedro de Tapia y famoso en todos los ejercicios caballerescos. Al mismo había dedicado Cervantes su *Viaje del Parnaso* en 1614.

La comedia o mejor drama del *Ingrato arrepentido*, cuya acción pasa en Italia, debe de haberse tomado de algún libro de historias o cuentos de aquel país. Tiene mucho movimiento, pero poco arte en la distribución y desarrollo de los episodios. No escasean tampoco las inverosimilitudes, como la de residir tanto Florela, disfrazada de hombre, en la casa de Lisardo sin que ni éste ni su mujer ni su hermana descubran el engaño.

hizo la Vengadora Maria Alcaraz famosamente).—(4) El Cauallero del Sacramento, a don Luis Brauo de Acuña, Embaxador de Venecia, fol. 71 (Representóla Balbin).—(5) La Santa Liga, a Aparicio de Oribe, Secretario del Duque de Osuna, fol. 97 (Tragicomedia. Representóla Pinedo y a Scim famosamente).—(6) El fauor agradecido, a Pedro de Tapia, del Consejo de su Magestad, fol. 122 (Representóla Vergara).—(7) La hermosa Ester, a doña Andrea del Castrillo, señora de Benaçura, fol. 150 (Representóla el famoso Sanchez con notable autoridad y aplauso).—(8) El leal criado, a don Francisco de Solís, fol. 174 v. (Representóla Vergara).—(9) La buena guarda, a don Iuan de Arguijo, fol. 203 (Representóla Riquelme).—(10) Historia de Tobías, a D.<sup>a</sup> María Puente Hurtado de Mendoza y Zuñiga, folio 229 v. (Tragicomedia. Representóla Riquelme).—(11) El ingrato arrepentido, a don Rodrigo de Tapia, fol. 254 v. (Representóla Rios).—(12) Cauallero del milagro, a Pedro de Herrera, fol. 279 v. (Representóla Vergara).

*Vuelta*: Tassa. (a 4 mrs.; 77 plicgos con principio y fin = 9 reales y 2 mrs.) Madrid, 17 de diciembre de 1620.—Fee de erratas (ninguna) El Lic. Murcia de la Llana: Madrid, 15 de Diciembre de 1620.

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Aprobacion de Maestro Espinel: Madrid, 24 de septiembre de 1620.—Suma del privilegio a Lope, por diez años: San Lorenzo, 24 de octubre de 1620.

*Vuelta*: “El Teatro a los lectores”, que ocupa además toda la hoja 4.<sup>a</sup>—Dice que Lope imprimía las comedias que le volvían a las manos porque otros no lo hiciesen peor, aunque

él no tenía tiempo de corregirlas. Añade que llevaba a la sazón compuestas “nouecientas y veynte y siete” (927) incluyendo los autos.

Es cosa bien extraña que el mismo Alonso Pérez costeara otra impresión de este mismo tomo y en el mismo año, aunque en otra imprenta. Son ediciones distintas, empezando por la portada, que dice:

*Decimaquinta | parte de | las comedias de | Lope de Vega Carpio, Procu- | rador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigidas a diversas | personas. | Año* (Escudo del Sagitario) *1621. Con privilegio. | En Madrid. Por la viu- da de Alon- | so Martin. | A costa de Alonso Perez Mercader de libros.*

4.<sup>o</sup>; 4 hoj. prels. y 296 foliadas; signats. A-Pp. 4.

Port.; v. en bl.—*Hoja 3.<sup>a</sup>*: “Titulos de las comedias desta decima quinta parte, y | a quien van dirigidas.” (Las mismas que en la anterior; pero la foliación es: 1, 24 (v.), 47, 68 (v.), 94, 118, 145 (v.), 169, 169 (v.), 222 (v.), 247, 271 (v.)

*Vuelta*: Tassa (4 mrs.; 75 pliegos, con principio y fin = Ocho reales y 28 mrs.) Madrid, 17 diciembre 1721.—Fee de erratas (ninguna) Madrid, y Deziembre 15 de 1620: El Licenciado Murcia de la Llana.

*Hoja 3.<sup>a</sup>*: Aprob. de Espinel.—Suma del privilegio (como el anterior).

*Vuelta y hoja 4.<sup>a</sup>* (como el anterior).

Si la fecha de la *Tassa* no está equivocada se deduce que este tomo fue impreso no en 1620 para salir el 21, sino en 1621 y se puso a la venta en 1622.



## XVII. La intención castigada.

Debe de corresponder a la última época de la vida del autor este interesante drama; en él quizá quiso LOPE aludir a algún suceso real de la corte de Felipe IV, donde tantos abusos de poder de esta clase se cometieron. No se halla mención de esta obra en ninguno de los *Peregrinos* y fué estampada por primera vez en una de las *Partes extravagantes* de Lope, precioso tomo impreso en Zaragoza en 1630, el cual contiene otras piezas muy raras, aunque algunas no son de LOPE (36).

Aunque el texto de esta comedia esté bastante estropeado, se ve que es de las mejor versificadas de su autor. El carácter de Blanca es bellissimo, enérgico y dulce a la par. Tampoco es malo el del Rey, en quien riñen cruda pelea sus pasiones con sus instintos de rectitud y nobleza. Es de las obras de LOPE que más agradan y satisfacen en la lectura.

## XVIII. El jardín de Vargas.

El carácter desenvuelto de la labradora Mari Ramos de esta obra pudiera inducir a que esta obra fuese de la juventud de LOPE; pero dificulta la admisión de esta hipótesis el hecho de que no aparezca citada en ninguna de

(36) (Orla) *Parte | veynte y dos | de las comedias | del Fenix de España | Lope de Vega Carpio. | y | las meiores que hasta | aora han salido. | A la Ilustrissima señora | D. Ana Martinez de Luna, Condesa de Morata, Marquesa de la Balueña, Señora de la Varonia de Aran- | diga, y del castillo de Illueca. | Año (Escudo de dicha señora) 1630. | Con licencia y privilegio. | En Çaragoça: Por Pedro Verges. | A costa de Iusepe Ginobart, Mercader de Libros. (Al fin:) Con privilegio, | En Çaragoça: Por | Pedro Verges. | Año 1630.*

4.º; 4 hoj. prels.; 255 foliadas y la del colofón.

Port.; V. en bl.—*Hoja 2.ª* “Titvlos de las comedias contenidas en | este volumen: 1. Nunca mucho costó poco (fol. 1).—2. Di Mentira, sacaras verdad (fol. 22).—3. La Carbonera (fol. 47).—4. La amistad y obligacion (fol. 67).—5. La Verdad Sospechosa, y por otro titulo, el Mentiroso (fol. 88 v.).—6. Quien bien ama

tarde oluida (fol. 110 v.).—7. Amar sin saber a quién (fol. 135).—8. El Marques de las Nabas (fol. 157 v.).—9. Lo que ha de Ser (fol. 175).—10. La lealtad en el Agrauió (fol. 195).—11. En los indicios la Culpa (fol. 217 v.).—12. La intención castigada (fol. 239 v.).

*Vuelta*: Aprobacion y licencia: Zaragoza, a 11 de noviembre de 1629. — *Imprimatur*: El Doctor Francisco de Peña, V. G.—Aprobación: En Çaragoça a 12 de Deziembre de 1629: Diego de Morlanes.

*Hoja 3.ª*: Privilegio (repite los títulos de las comedias) Zaragoza, 20 de deziembre de 1629: Don Fernando de Borja = *Vuelta*: Dedicatoria de Iusepe Ginobart: Çaragoça, 16 de abril de 1630.

*Hoja 4.ª* (Continúa la dedicatoria que acaba en la mitad del recto de esta hoja).

*Vuelta*: “Un amigo de Lope, | al lector: Prólogo (Nada de particular) = Texto.

las ediciones del *Peregrino*. Sólo se imprimió suelta en edición que parece de fines del siglo xvii (37).

La gracia medio inocente, y no poco maliciosa de la villana, influyó sin duda en algún copista anónimo de esta obra para darle el título de *La gata de Mari Ramos*, por las razones que claramente se deducen de la comedia. Pero de esta copia sólo se conservan en nuestra Biblioteca Nacional los dos primeros actos que convienen con el texto impreso (38). Pero LOPE quiso darle el título del impreso, como se ve por los últimos versos de la obra.

El asunto debe de ser todo de la invención de LOPE; pero debe de fundarse en alguna tradición de la villa de Vargas, en Toledo, o en alguna ruina de palacio o jardín que existiese en su tiempo.

### XIX. Jorje Toledano.

Hállase esta comedia impresa en la *Parte xviii* del autor, de la cual se hicieron cuatro ediciones en 1621 y 1622 y así y todo no es menos rara que las demás (39). Pertenece esta comedia a la juventud de LOPE, ya que apa-

(37) *El Iardin de Vargas. | Comedia | famosa. | de Lope de Vega Carpio. |* Sin lugar ni año; 17 hojas sin foliar. Pudiera ser edición sevillana.

(38) Bibliot. Nac. Ms. 16085. Empieza, sin más título: "1.<sup>a</sup> Jornada de la Gata mariramos. Salen..." etc. Pero al principio de la segunda ya dice: "La gata de Mari ramos." La letra del manuscrito es de la primera mitad del siglo xviii.

(39) *Decima septima | parte de | las comedias de | Lope de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y | Familiar del Santo Oficio de | la Inquisicion. | Dirigida a diversas Personas. | Año* (Escudo del Sagitario) *1621. | Con privilegio. | En Madrid. Por Fernando Correa | de Montenegro. | A costa de Miguel de Siles mrcacader de libros. Vendase en su casa, en la | calle Real de las Descalças.*

4.<sup>o</sup>; 4 hojas prls. y 312 fols. (Erratas en la numeración de las ocho últimas.) Signaturas A-Qq. Port.; v. en bl.—*Hoja 2.<sup>a</sup>* "Tabla de las comedias decima septima parte."

1. Con su pan se lo coma. Dirigida a la Ilustrisima señora dona Francisca Labrador, folio 1. (Representóla Valdés.)—2. Quien más no puede. A D.<sup>a</sup> Ana María Margarita Roig,

Marquesa de Villagor, fol. 29. (Representóla Pedro Cebrián.)—3. El soldado amante. A la señora doña Ana de Tapia, fol. 44. (Representóla Osorio.)—4. Muertos biuos. Al Licenciado Salucio de Poyo, fol. 83. (Representóla Villalba.)—5. El primer Rey de Castilla. A Don Fernando de Ludeña, fol. 112. (Representóla Vergara.)—6. El domine Lucas. A Iuan de Piña, fol. 131. Representola Melchor de Villalva.)—7. Lucinda perseguida. A Emanuel Sueyro, fol. 162. (Representóla Melchor de León.)—8. El Ruiseñor de Sevilla. Al Lic. D. Francisco de Herrera Maldonado, fol. 187. (Representóla Ríos.)—9. El sol parado A don Andres de Roças, fol. 209. (Representóla Ríos.)—10. La madre de la mejor. A don Fray Plácido de Tosantos, obispo de Guadix, fol. 235. (Representóla Riquelme.)—11. Jorge Toledano. A Iuan Pablo Bonet, fol. 260. (Representóla Porras.)—12. El Hidalgo abencerraje. A D.<sup>a</sup> Ana de Piña, fol. 281. (No dice quien la representó.)

*Vuelta:* Aprobación del maestro Espinel: Madrid, 20 de octubre de 1621.

*Hoja 3.<sup>a</sup>:* Tassa (4. mrs. pliego; 79 pliegos = 316 mrs., 9 reales y 10 mrs.) Madrid, 27 de enero de 1621.

*Vuelta:* Suma del privilegio. (A Lope, por



rece citada en la primera edición del *Peregrino en su patria* y porque en la dedicatoria que de ella hizo al célebre Juan Pablo Bonet, autor del *Arte de hacer hablar los mudos*, “la cosa más ingeniosa, sutil y inaudita que vieron los siglos pasados, verán los porvenir y tendrán los presentes”, dice el mismo LOPE que es “de las antiguas” suyas.

Y como además añade que hizo el papel de Jorge Agustín Solano, “aquel insigne representante de Toledo, a quien, en la figura del galán, por la blandura, talle y aseo de su persona nadie ha igualado”; y en el encabezado de la comedia agrega que la estrenó la compañía de Gaspar de Porres o Porrás, sabiendo, como sabemos, que Solano entró en la compañía dicha en mayo de 1595, resulta muy probable que en dicho año se estrenase esta comedia (40).

Esta comedia, tan novelesca como curiosa, es de las que se leen con mayor interés por no adivinarse el desenlace hasta el final; y aun después de casada Laudomia no se ve cómo puede Jorge quedar satisfecho, lo cual se consigue con el reconocimiento de su padre; cosa que aunque muy usada era aquí precisa. Las escenas que se suponen en Argel son las mejores de la comedia, por lo gallardamente que se exponen, aunque no sean muy originales. El carácter de Jorge es muy dramático y hermoso. LOPE debió de querer pintarse en él tal como querría ser.

## XX. El Juez en su causa.

De esta comedia hay dos textos impresos muy diferentes. Uno el que se halla en la *Parte XXV*, de Lope de Vega, impresa en Zaragoza, que es el que debíamos preferir (41) y otro en una *Parte XXVIII de varios autores*, tam-

diez años.) San Lorenzo, 31 de octubre de 1620. Fe de erratas (ninguna). Madrid, 25 de enero de 1621. El Lic. Murcia de la Llana.

*Hoja 4.<sup>a</sup>*: Prólogo al Lector.

En este mismo año se imprimió esta parte en Madrid, por la viuda de Alonso Martín. Hay ejemplar en el Museo Británico.

En 1622 se repitió la edición en Madrid por la viuda de Fernando Correa, en lo demás exactamente como la de 1621; y también la reprodujo la viuda de Alonso Martín. De modo que fueron cuatro las ediciones de esta parte en dos años.

(40) PÉREZ PASTOR: *Nuevos datos acerca del histrionismo español*, Madrid, 1901; pág. 42.

En 1597 estaba ya Solano con Ríos, y en 1600 vuelve a la compañía de Porres; pero ya entonces LOPE había compuesto muchos centenares de obras.

(41) *Parte veinticinco, | perfeta, y verdadera, | de las comedias del Fenix | de España Frey Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de Sã Juan, | Familiar que fue del Santo Oficio de la Inquisicion, Pro- | curador Fiscal de la Camara | Apostolica. | Sacadas de sus verdaderos originales, | no adulteradas como las que hasta aquí se han publicado. | A Don Francisco Antonio Gonzalez Xi- | menes de Vorca, Señor de Berbedel, antes de Tigenique, | 71 |* (Escudo del Mecenás) *Con licencia. | En Çaragoça, Por*

bién de fuera de Madrid; pero más antigua y quizá mejor en muchos pasajes (42). Pero como las variantes son muchas y en el texto entorpecerían la lectura, ha parecido mejor llevarlas al apéndice, hasta que en su día pueda hacerse un texto crítico con entrambas.

Esta comedia es antigua entre las de LOPE, pues aparece nombrada en el primer *Peregrino*, de 1604. En el encabezado de la edición más antigua se añade que la representó Avendaño, sin duda el padre, *autor* de fines del siglo XVI.

Es de aquellas obras que por su enérgico desgarró y atrevimiento llegan a interesar hondamente al lector; y por su falta de arte y regularidad revelan la increíble rapidez con que concebía y desarrollaba sus argumentos aquel monstruoso ingenio. Casi todos los personajes principales son caracteres de mucho relieve.

Presumimos que LOPE habrá compuesto *El Juez en su causa* a poco de regresar con los restos de la *Armada invencible*, a juzgar por lo riquísimo que es en términos de náutica, que tendría aún en la memoria, y por lo que en esta pieza se repiten las expediciones marítimas.

EMILIO COTARELO Y MORI.

la *Viuda de Pedro Verges*, Año 1647. | *A costa de Roberto Devport.*

4.º; 4 hoj. prels. y 556 ps.; signats., A-Mm<sup>3</sup>. Al fin: "Con licencia, | En Zaragoza, Por la Viuda de Pedro Verges | Año de M. DC. XXXXVII."

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Censura del doctor Juan Francisco Andrés: Zaragoza, 29 de marzo de 1647.—Licencia: Zaragoza, 8 de abril de 1647. Imprimatur: D. Michael Marta, Regens.

*Vuelta*: "Títulos | de las comedias | que contiene este | libro."

(1) La Esclava de su Galán (pág. 1).—(2) El Desprecio Agradecido (p. 45).—(3) Aventuras de Don Juan de Alarcos (p. 89).—(4) El Mayor Imposible (p. 133).—(5) La Vitoria del Marques de Santacruz (p. 183).—(6) Los Cautivos de Argel (p. 231).—(7) Casteluines y Montesés (p. 279).—(8) De lo que ha de ser (p. 332).—(9) El último Godo (p. 369).—(10) La Necesidad del discreto (p. 418).—(11) Del Juez en su causa (p. 459).—(12) Los Embustes de Fabia (p. 509).

*Hoja 3.ª*. Dedicatoria a Derport, que ocupa

el resto de los prels., fechada en Zaragoza a 15 de noviembre de 1647.

(42) *Parte | veynte y ocho | de Comedias de | varios autores. | 63 |* (Escudo) *Con licencia, | En Huesca, Por Pedro Bluson, Impresor de la Vniuersidad, año de 1634. | A costa de Pedro Escuer Mercader de Libros.* (Al fin:) *Con licencia. En Huesca, por Pedro Bluson, impresor de la Vniuersidad. Año 1634. A costa de Pedro Escuer Mercader de libros.*

4.º; 3 hoj. prls. y 250 foliadas. Signats. A-KK<sup>3</sup>. (Debe de faltar una hoja en los prels.)

Port.; v. en bl.—*Hoja 2.ª*: Licencia del Vicario de Huesca: 6 de abril de 1633.—Aprobación de D. Diego Amigo: Zaragoza, 27 de octubre de 1633.—*Vuelta*: "Títulos de las comedias."

La despreciada querida.—La industria contra el poder.—El labrador venturoso.—El palacio confuso.—La porfía hasta el temor.—El Juez de su casua.—El zcloso estremeño.—De un castigo tres venganzas.—El Príncipe Don Carlos.—El Príncipe de los Montes.—El Príncipe Escanderberg.—La cruz en la sepultura.

*Hoja 3.ª*: Dedicatoria a D. Antonio Manrique de Luna y Lara.—Texto.

## INDICE DEL TOMO VI

---

	PÁGS.
100.—Fundación de la Alhambra de Granada. . . . .	1
101.—Galán Castrucho. . . . .	31
102.—La gallarda toledana. . . . .	68
103.—Genovés liberal. . . . .	103
104.—Guerras de amor y de honor. . . . .	141
105.—El Hamete de Toledo. . . . .	171
106.—La hermosa Alfreda. . . . .	209
107.—La hermosura aborrecida. . . . .	249
108.—Los hidalgos del aldea. . . . .	288
109.—El hijo sin padre. . . . .	324
110.—El hombre por su palabra. . . . .	354
111.—La honra por la mujer. . . . .	389
112.—La ilustre fregona. . . . .	424
113.—La ingratitud vengada. . . . .	457
114.—El ingrato. . . . .	488
115.—El ingrato arrepentido. . . . .	515
116.—La intención castigada. . . . .	554
117.—El jardín de Vargas. . . . .	580
118.—Jorge Toledano. . . . .	607
119.—El juez en su causa. . . . .	648





COMEDIA  
DE LA  
FUNDACION DE LA ALHAMBRA DE GRANADA

El REY DE GRANADA *Muley*  
*Hacen Habenachar.*

El INFANTE, su hermano.

HALEMA, mora, prima del  
REY.

HASBULEY, *alcaide.*

HACEN, *moro.*

Un MAESTRO DE OBRAS.

Un SECRETARIO, *por nombre*  
ZAIDE.

BENZORAQUE.

DOÑA JUANA DE LUNA.

DIOGUITO, *su hijo.*

LEONARDO, *vaquero.*

PRIMERA JORNADA

(Sale el REY DE GRANADA y un MAESTRO DE OBRAS.)

REY. ¿Y en qué tiempo se dará  
fin a la obra, maestro?

MAESTRO. En treinta años.

REY. Bien está.

¿Y sois en el arte diestro?

MAESTRO. La experiencia lo dirá.

REY. Sí dirá que la experiencia  
descubre la suficiencia  
del que se pone a algún cargo,  
pero temo el tiempo largo  
y querría diligencia.

Que un edificio tan bello  
gustara verle acabado.

MAESTRO. Nuestro Alá puede hacello;  
pídele tú con cuidado  
vida para poder vello.

REY. Pedid lo perteneciente  
y haced lista de la gente  
de que entendéis ayudaros,  
que yo me ofrezco de daros  
el material suficiente.

MAESTRO. Señor, ya ves que una planta,  
cuando la ve antigua el dueño,  
corta la tierna garganta  
de algún perrillo pequeño  
y en sus pies la entierra y planta.

Porque con este calor  
el ya perdido valor  
de nuevo vuelve a cobralle,  
y a su dueño vuelve a dalle  
abundante fruto y flor.

REY. Eso es ya negocio vano;  
satisfaced vuestro intento,

MAESTRO. que a vuestro gusto me allano.  
Señor, para ese cimiento  
quiero un perrillo cristiano.

Búsqueseme con presteza,  
que cortada la cabeza  
en el foso se pondrá,  
y desde allí le dará  
valor a la fortaleza.

Porque en esta nación santa  
destos que adoran a Cristo  
y sus banderas levanta,  
un ardiente fuego he visto  
que a la esfera se adelanta.

Y así, señor, es mi intento  
que al pie del hondo cimiento  
un cristiano se pusiese,  
que de perro le sirviese  
al edificio opulento.

REY. Bien claro se echa de ver  
que en el decir y el hacer  
es vuestra persona sabia;  
eso y el fénix de Arabia  
se os dará, si es menester.

(Sale HACEN.)

HACEN. Benzoraque está en Palacio,  
que en este punto llegó.

REY. Sabéis cuánto le amo yo,  
y decísle tan despacio.

Turbado estoy de contento;  
salgámosle a recibir.

HACEN. No tenemos que salir,  
que ya entra en tu aposento.

(Sale BENZORAQUE.)

REY. ¡Caro amigo!

BENZORAO. ¡Oh mi señor!,  
los pies me da que los bese.  
REY. Alzaos, que si os los diese  
perdería de mi honor.  
¿Venís bueno?  
BENZORAO. A tu servicio.  
REY. ¿Y quédalo el Rey también?  
BENZORAO. Bien.  
REY. ¿Hizolo bien con vos?  
BENZORAO. Bien.  
REY. Con razón le estoy propicio.  
BENZORAO. El lugar hallo revuelto  
y lleno de materiales;  
¿levantas obras reales?  
REY. Hallareisme en obra envuelto:  
aumento esta fortaleza  
que mis pasados labraron,  
que claro en ello mostraron  
títulos de su grandeza.  
Ducientos (1) años y más  
ha que quisieran labralla,  
y yo quiero amplificalla  
por gusto mío no más.  
BENZORAO. Será tu fama extendida  
entre mil naciones varias.  
REY. Al menos me dará parias  
el cristiano a quien las pida.  
¿Dióos el Rey carta?  
BENZORAO. Aquesta.  
REY. Lee y veré qué responde.  
BENZORAO. Bien sé yo que corresponde  
a la tuya en su respuesta.  
Ocho caballos te traigo,  
los mejores que él tenía.  
REY. Siempre en lo que el Rey me envía  
en afrenta con el caigo;  
que un presente que le hice  
pequeño, tan bien lo paga;  
no sé en qué le satisfaga.  
Lee y veré lo que dice.

## CARTA.

“Importante y leal amigo: No puedo dejar de ser tan corto en gradecer mercedes cuanto soy en recibirlas largo; el regalo recibí, cuya magnificencia descubre la largueza del dueño. Ahí va Benzoraque con ocho caballos enjaezados. Gustaré que por curiosidad (no más) se me envíe a decir de dónde tomó principio y di-

(1) En la impresión, “ducentos”, como hecha en Portugal.

rivación esa fortaleza llamarse Alhambra.— Año 1394. El Rey Don Fernando deste nombre tercero.—Yo el Rey.”

REY. Grande nobleza de Rey;  
todo mi reino le diera,  
y mi vida le ofreciera  
por verle guardar mi ley.  
Saber quiere antigüedades,  
propiedad de hombre estudioso.  
BENZORAO. Es por extremo curioso  
de saber curiosidades.  
REY. ¿Vos no supistes decirle  
del modo que aquesto fué?  
BENZORAO. Señor, como no lo sé,  
de nada le satisface (1).  
REY. Pues escribísele ha  
la relación, que es muy justo,  
y por ser cuento de gusto  
quiero contarlo, escuchad:

Después que el primer godo ganó España y Granada mudada dese sitio, de aquesa sierra Elvira, do quedaran muchos de sus cimientos y reliquias, entre otros reyes moros que acudieran a poblar las ciudades españolas, acudieran de Aljufa (ciudad bélica) los Abenhalamares, cuyos hechos publican que es del estirpe clara (2) de nuestro gran Mahoma. Soltán Benhamar (que era uno dellos), viendo (3) que Albenhut, moro soberbio e indómito que en Murcia y su larga comarca residía, hacía grande daño en toda ella, con injusticias mil y robos públicos, vino con poderoso y grande ejército a domar la cerviz de este tirano, en la cual hazaña fué caudillo (4), y le aclamaron por Rey de aquesta tierra. El cual, teniendo della el cetro y silla, viendo este lugar que no tenía fortaleza ninguna ni castillo, fortalecida con aquestas torres, hizo aquesa del sol, que es la primera,

(1) “Satisface” no consueña con “decirle”; quizás el verso fuese “en nada pude servirle”.

(2) Verso incompleto; quizá diría “de la estirpe clara”.

(3) En el original, “sabiendo”, que hace el verso largo.

(4) Verso corto: puede enmendarse diciendo “él fué caudillo”.



y esotras cuatro que están más adelante, y a todas juntas puso nombre y título de Alhambra, por el nombre de su artífice, que fué Benhamar, como ya consta (1). Todo aquesto he descubierto por papeles que guardados están en mis archivos. Agora yo, porque mi nombre y fama se extienda del uno al otro polo, quiero aumentar las puertas desta Alhambra, con torres de gustosa (2) arquitectura, y una por todas muy costosa y célebre, donde mi nombre esté con letra arábica, que diga: Abenhamar labró esta fuerza, teniendo de Granada el cetro y silla, con la fecha del año, porque sepan el Rey que la iabró, cómo y cuando, y un brazo, con su mano y cinco dedos, que se entienda que son los cinco ritos del Alcorán y ley que profesamos; y una llave también que signifique que el que aquestos preceptos bien guardare se le dará la llave y justo premio de cualquiera hazaña que emprendiere. Esta es la fundación de aquesta fuerza, y la ocasión que a su labor me fuerza.

BENZORAQ. El entendimiento estriba, cuento es digno de memoria.

REY. La relación desta historia es bien que al Rey se [le] escriba, que gustará sumamente, como por la suya escribe.

BENZORAQ. Extraño gusto recibe de estas cosas.

REY. Es prudente.

¿Regalos para las damas traeréis de por allá?

BENZORAQ. Señor, bien sabes tú ya que no me abrasan sus llamas.

Ni traigo Dios ni es testigo sino un pequeño cristiano, que vino alegre y ufano de venir acá conmigo.

Tomóme tal voluntad que me rogó le trujese para que la ciudad viese.

REY. ¿De qué años es su edad?

BENZORAQ. De cuatro; ¿hase menester? Gran temor mi alma cobra.

REY. Sí, para esa nueva obra que agora mando hacer.

Que es sangre que bulle y hierve, y así quiero que el cimientito le sirva de enterramiento para que el muro conserve.

BENZORAQ. Suplícote no permitas que tal se haga, señor, que pierde mucho mi honor si tú agora me le quitas.

REY. ¿De qué manera, decí?

BENZORAQ. ¿Será bueno que Fernando diga que en aquesto ando, y que a otra cosa no fuí?

REY. ¿Pues supo el Rey que venía ese muchacho con vos?

BENZORAQ. ¡Misericordioso Dios, tu santo auxilio me envía!

Súpolo el Rey como yo.

REY. Pues escribírselo ha que antes de llegar acá el muchacho se volvió. ¿Eso os daba pesadumbre?

BENZORAQ. Y me la da por extremo, que de este delito temo que se ha de hallar rastro o lumbre.

Que cuando se calle más lo dirá la tierra propia.

REY. Habrá encima tanta copia que no lo diga jamás (1).

Si yo pretendo cubrillo con mayor montón de tierra que la mitad desta sierra, ¿cómo podrá descubrillo?

BENZORAQ. Ya tú lo que digo entiendes; detén la rienda a tu gusto, y advierte que no es justo hacer eso que pretendes.

Que ha días que voy y vengo a la tierra y patria suya: no sea que me lo atribuya.

REY. Quitarme el gusto que tengo...

BENZORAQ. Escucha, señor.

REY. Decí.

BENZORAQ. No hagas tan grande yerro.

REY. Cansáisos en vano.

BENZORAQ. ¡Ah, perro, véngueme el cielo de ti!

(Vase el REY y queda BENZORAQUE.)

BENZORAQ. Ya doña Juana de Luna,

(1) En el original, "ya mas".

(1) Falta una sílaba: pudiera decirse "os consta".

(2) En el original dice "custosa".

consorte mía y señora,  
ha llegado el tiempo y hora  
do nos divide fortuna.

Ocho años ha que Fernando,  
Rey vuestro, me bautizó,  
y por esposa os me dió,  
su nombre y fama aumentando.

Mi hijo y vuestro me truje,  
sin que pudiédeses vello;  
diréis que quise traello  
y que con él me reduje.

Y que con él partí  
de Dios mi alma olvidada,  
y que, cual piedra arrojada,  
a mi centro me volví.

Acuérdome cierto día  
cu que me dijisteis vos  
que daba aflicciones Dios  
a siervos que más quería.

Y que cuando yo me viese  
de alguna dellas ahíto,  
con alma y pecho contrito  
a Dios mi llanto ofreciese.

Quiero, pues, en este paso  
ayudarme deste bien,  
y ofrecer [la] pena a quien  
sabe con cuánta la paso.

Señor, pues en vos confío  
aquesta aflicción que siento,  
sírname de algún descuento  
para el largo alcance mío.

Y si a pediros me atrevo  
tan sumo bien como invoco,  
es por ver que pedís poco  
para lo mucho que os debo.

Vos inocente sufrí  
del cuchillo el rigor duro,  
que padre, amparo y escudo  
ya no le tenéis en mí.

¿Pues para qué hice el bien  
que en mi alma resplandece?  
Buen encuentro se me ofrece;  
malas lanzadas te den.

(Sale HALIMA.)

HALIMA. Benzoraque.

BENZORAQ. ¿Qué quieres?  
Ya sé que sabes mi nombre.

HALIMA. ¿Que aún no quieres que te nombre?

BENZORAQ. Nómbrame cuanto quisieres,  
pero no donde yo esté,  
porque me ofende tu trato.

HALIMA. ¿Cómo, Benzoraque ingrato,  
que tan mal tratas mi fe?

BENZORAQ. Al Infante mi señor  
se la ten, pues que te quiere,  
y sabes que me prefiere  
en calidad y valor.

Y déjame, que bien sabes  
que siempre te aborrecí.

HALIMA. ¡Traidor!, ¿por ver que te di  
de mi corazón las llaves

me tratas de aquea suerte?

Pues guarte de mí, villano,  
que la ajena o esta mano  
ha de darte cruda muerte.

Ya sabes el furor ciego  
de una mujer ofendida.

BENZORAQ. Harto me quita la vida  
verla quitar a mi Diego.

(Sale HACEN.)

HACEN. El Rey pregunta que adónde  
está el pequeño cristiano.

BENZORAQ. Artífice soberano,  
a mis queridas responde.

No ha podido el Rey hallarlo;  
bueno mi remedio va.

Dirasle que por acá  
quedo ocupado en buscarle.

(Vase HACEN.)

BENZORAQ. Quiero partirme al momento  
y trasponerle de aquí,  
aunque venga sobre mí  
a edificar el cimiento.

HALIMA. ¿Sin responder, desafortunada  
te vas? Ardo en ira y rabia.

BENZORAQ. Si mi respuesta te agravia,  
¿qué tengo que responderte?

(Vase BENZORAQUE.)

HALIMA. Yo haré que de ti huya  
aquea prevención loca,  
y el suelo que mi pie toca  
lavaré con sangre tuya.

Y será paga deciente (1)  
cruel más que el áspid libio.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. ¡Halima bella!

HALIMA. Este alivio  
me faltaba solamente.  
¿Qué me quieres?

(1) Así en el original; quizá "decente".

INFANTE. Adoraros  
como a diosa de la vida,  
aunque el resplandor me impida  
la gloria y bien de miraros.

HALIMA. Vete, Infante, poco a poco  
y olvida ese cuidado,  
no vengas de enamorado  
a estar en cadena loco.

INFANTE. ¿Agora conocéis eso,  
que estoy loco y en cadena,  
y que la cadena ordena  
que pierda por vos el seso?  
Aunque si por vos le pierdo  
no es bien que por loco quede,  
antes por perderlo puede  
dárseme nombre de cuerdo.

HALIMA. A lo menos lo serás  
después que de un moro infame  
la vil sangre se derrame  
de quien ofendido estás.

INFANTE. ¿Ofendido yo? ¿De quién,  
si no es desa beldad vuestra  
que a mi amor y fe le muestra  
un desabrido desdén?

HALIMA. Verdad es que mi beldad  
te ofende, pues que por ella  
un bajo moro atropella  
tus prendas y calidad.

INFANTE. ¿Quién es? Declaraos conmigo,  
que me abraso en vivas llamas.

HALIMA. ¿Quién? Benzoraque, a quien lla  
caro y especial amigo. [mas

INFANTE. ¿Posible es que pueda ser tal,  
con la amistad que me tiene?

HALIMA. ¿No sabes que un traidor viene  
con máscara de leal?  
De aquí se fué en este punto,  
dejándome amenazada.

INFANTE. Bien se ve que estáis turbada  
y el rojo rostro difunto.

HALIMA. Después de ofrecirme dones  
de más valor que no el suyo,  
dijo contra el honor tuyo,  
entre otras, estas razones:  
"Deja al Infante y su amor,  
pues más que él te adoro y quiero,  
y sabes que le prefiero  
en calidad y valor."  
Empecé a levantar el grito  
y su castigo intenté,  
y de piedad le dejé,  
por ser tan grande el delito.

Y díjele: "Di, traidor,  
¿no es verdad averiguada  
que ha de ser Rey de Granada  
el Infante, mi señor?  
Que si algún valor cobra  
tu persona y si lo adquiere,  
es porque el Infante quiere  
darte el honor que le sobra."  
Lleno de coraje y furia  
(cuando esto dije) se fué,  
diciendo: "Yo tomaré  
venganza de aquesta injuria."  
INFANTE. ¿Oh Mahoma! ¿Tal sufriste?  
¿En mi ausencia tal deshonra?  
¿Defendiendo yo tu honra  
la mía no defendiste?  
Bárbaro ingrato, ¿qué hacías?  
¿Así guardabas mi honor?  
Apostaré que al licor  
del dios Baco te ofrecías.  
Pero ya que no miraste  
por mi honor, yo con mi mano  
le iré quitar al tirano  
la vida que le dejaste.  
HALIMA. ¿Adónde vas?  
INFANTE. A dar muerte  
[a] aquel atrevido infiel  
HALIMA. Aguarda, que más cruel  
se la darás de otra suerte.  
INFANTE. ¿Pues hay remedio más llano  
por do venganza reciba?  
HALIMA. ¿No sabes ya lo que priva  
Benzoraque con tu hermano?  
¿Y que cuando el crimen suyo  
castigues con su venganza,  
mediante esta privanza  
está cerca el daño tuyo?  
INFANTE. ¿Pues cómo se hará mejor  
sin riesgo de mi persona?  
HALIMA. Diciendo que a la corona  
del Rey tu hermano es traidor.  
Otro remedio más llano,  
y es que le digas al Rey  
que ha negado nuestra ley  
y que se ha vuelto cristiano.  
INFANTE. Este último parecer  
aún lleva mejor camino;  
pero mi hermano imagino  
que no lo podrá creer.  
Que me dirá que es maldad,  
como en efecto lo es,  
y que me mueve interés



de enojo y de enemistad.

HALIMA. Atestigua tú conmigo,  
y yo también lo diré.

INFANTE. Esto y más le probaré  
llevando tan buen testigo.

HALIMA. Anda, ve antes que el Rey coma  
y dile que se alabó  
que en Castilla renegó  
del Alcorán de Mahoma,  
y que en tu amistad fiado  
a ti quiso descubrirse,  
y que allá quería irse  
porque estaba allá casado.  
Luego yo diré lo mismo  
porque te venga a creer,  
que aun diré (si es menester)  
que me hallé en su bautismo.  
Con esto será al momento  
su vil persona quemada,  
sin que a ti te cueste nada  
y saldrá bien nuestro intento.  
Por obra, pues, lo pongamos  
y al Rey el caso contemos,  
porque principio le demos.

INFANTE. Vamos, sol del mundo.

HALIMA. Vamos.

(Vanse, y sale LEONARDO, vaquero.)

LEONARDO. ¡Cautiverio pesado!  
¿Cuándo tienes de dar fin y remate  
a mi vivir cansado?  
No es bien que ya se trate  
de muerte, pues la espero por resca  
Y tú, tiempo ligero, [te.  
¿no sabes tú volar, que vas andando?  
Vesme que desespero,  
y viénesme entregando  
cordel donde me pueda ir ahogando.  
¡Ay, cruz pesada y larga,  
y más para quien jamás (1) espera  
que le deje su carga!  
El cielo no me diera  
otra que fuera un poco más ligera.  
Pero quiero llevalla  
con gozo (aunque conozco que con  
yo mismo y abrazalla, [pena)  
pues el cielo lo ordena,  
y no la he de escoger para ser buena.  
Un moro veo bajar  
de lo alto de la montaña.

(1) En el original, "ya más".

(Sale BENZORAQUE por la costa abajo.)

BENZORAQ. Los moros de la cabaña  
dijeron que aquí ha de estar.

LEONARDO. Las quiebras viene mirando;  
quiero rezar y dejarle,  
empero juzgo (1) llamarle  
por ver qué viene buscando.  
¡Ah de arriba! Ya me oyó,  
y acá endereza el camino.

BENZORAQ. El es; a lo que imagino,  
desde allá me conoció.  
¡Mi Leonardo!

LEONARDO. ¡Juan amigo!  
¿Que tú eras?

BENZORAQ. Sí, yo soy,  
y al cielo mil gracias doy  
por verme a solas contigo.  
¿Cómo dejás allá arriba  
toda la gente del hato?

LEONARDO. Quise bajarme acá un rato  
a llorar mi pena esquiva.  
Que como los que allá dejo  
no es gente que sea prudente,  
burlan de mi ley y gente  
cuando ve que a Dios me quejo.  
Y así, por poder loar  
a mi Dios omnipotente,  
huyendo de aquesta gente  
aquí me suelo ocupar.

BENZORAQ. ¡Cómo me alegre y ufano  
en verte con tanta fe!

LEONARDO. Más lo estoy yo por aquel  
que es muy perfecto cristiano.  
¿Cómo en Castilla te ha ido  
toda aquesta primavera?

BENZORAQ. Bien; pero al cielo pluguiera  
que allá nunca hubiera ido.

LEONARDO. ¿Ha habido desgracia alguna?

BENZORAQ. Una sola, pero tal,  
que en ella empleó el caudal  
la variable fortuna.  
Y sólo he venido aquí  
a que remedio me des.

LEONARDO. Mi vida es poco interés  
para perderla por ti.  
Cuéntamelo, amigo, luego,  
porque en lágrimas me aflijo.

BENZORAQ. ¿Ya sabes que tengo un hijo?

LEONARDO. Ya lo sé; se llama Diego.

BENZORAQ. Pues quiso el hado cruel

(1) En el original, "juicio", por errata.

que a Granada le trujiese  
para que la ciudad viese;  
y apenas entré con él  
cuando el Rey mandó al momento  
(él por su misma palabra)  
que destas torres que labra  
carguen sobre él el cimientto.

Dios sabe lo que sentí  
cuando le oí la sentencia;  
mas antes que en su presencia  
le viese, le truje aquí.

A la hora le llevé  
por valerle de tu amparo,  
adonde a Hacen y a Azaro  
dó estabas les pregunté;  
hubiéranme de decillo,  
y bajo a buscarte luego,  
dejándoles a mi Diego  
con nombre de un esclavillo.

Díjele que en parte alguna  
de agua no me llame padre,  
ni diga que es su madre  
mi doña Juana de Luna.

Vengo a suplicarte ahora  
que le guardes en el hato,  
por ser mi hijo y retrato  
de la que mi alma adora.

Y con palabras de amor  
desos moros le desvía,  
que al fin es niño y podría  
aprender algún error.

Harásle acá cursar  
nuestra fe y doctrina santa,  
que aunque de coro la canta  
se le podría olvidar.

Que el tiempo será muy breve  
que el niño contigo esté,  
porque yo procuraré  
como a su madre se lleve.

Que estará de mí con queja  
(y justa), pues fuí traello  
sin que ella pudiese vello.

LEONARDO. Suspenso el cuento me deja.

¿Supo el Rey que era tu hijo?

BENZORAQ. Ni lo supo ni lo vió,  
porque antes le truje yo.

LEONARDO. De tu trabajo me aflijo;  
pero es fuerza, pues has hecho  
lo más, que es traerlo aquí,  
donde mejor que por mí  
miraré por su provecho.

Déjale, amigo, a mi cargo,

que basta ser hijo tuyo  
para que el regalo suyo  
procure, pues dél me encargo.

BENZORAQ. ¡Oh Leonardo, caro amigo!

¿Tal bien puedo merecello?

LEONARDO. Estoy obligado a hacello,  
pues sigues la fe que sigo.

BENZORAQ. No pensé contigo verme  
inedroso de mi fortuna.

LEONARDO. Di, ¿tráesme reliquia alguna  
de las que sueles traerme?

BENZORAQ. Sí, traigo una imagen bella  
de María y dártela he,  
que mirándola con fe  
ganes perdones con ella;  
que yo por poder ir allá  
nunca de mí ya la aparto,  
porque jamás no me harto  
de besalla y de adoralla.

LEONARDO. Dámela, pues.

BENZORAQ. Vesla aquí,  
y otra como ella me queda.

LEONARDO. ¿Virgen, posible es que pueda  
veros? ¿Tal bien merecí?

Mil veces os miro y beso  
regalando mi memoria,  
aunque de tan suma gloria  
por indigno me confieso.

¿Qué moro es el que allí viene?

BENZORAQ. ¿Moro? ¿Adónde?

LEONARDO. Vesle allí.

BENZORAQ. ¡Ay, desdichado de mí,  
helado el temor me tiene!

El Rey envía a buscarme  
para hacerme matar;  
aquí te puedes quedar,  
que yo pretendo ausentarme.

En este puesto me aguarda  
y pregunta adónde va,  
o qué busca por aquí.  
Queste temor me acobarda.

(Sale DOÑA JUANA DE LUNA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya vengo tan fatigada,  
que un solo paso no diera  
adelante si no viera  
questá tan cerca Granada.

Aún no hay a quien preguntar  
cuánto estará de aquí;  
pero un moro veo allí,  
hacia él me quiero llegar.

Guárdete Mahoma, amigo.

LEONARDO. Amigo, guárdeos a vos,  
porque a mí me guarda Dios,  
cuya ley profeso y sigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Eres cristiano, en efecto?

LEONARDO. Sí lo soy, y en Dios confío.

D.<sup>a</sup> JUANA. Así del esposo mío  
tuviera tan buen concepto.

Que a lo que colijo dél,  
me trajo el hijo que adoro  
porque le heredase moro  
su antiguo tronco infiel.

¿Qué está Granada de aquí?

¿Podré hoy en ella entrar?

LEONARDO. ¿Pues no?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Que tanto ha de (1) estar?

LEONARDO. Legua y media; vesla allí.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Cómo te llamas?

LEONARDO. Leonardo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Nombre es ese de otra ley.

¿Eres esclavo?

LEONARDO. Del Rey.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿En qué entiendes?

LEONARDO. Vacas guardo.

Con su proceder me admira;  
no debe ser desta tierra. (Ap.)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Cómo se llama esta sierra?

LEONARDO. Aquesta es la sierra Elvira.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Esta de enfrente de mí?

Es joya de harto interés.

¿La torre del sol cuál es?

LEONARDO. La primera; vesla allí.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay! Dime, por vida mía,

¿cómo es así intitulada?

LEONARDO. Porque está puesta y fundada  
frontera del Mediodía.

Cuando el mediodía llega  
en ella se suele ver:

esta torre suele ser

reló de toda esta vega.

Y han pronosticado al Rey  
que sin muerte, sangre o guerra,  
han de ganar esta tierra  
los que profesan mi ley.

Y si en efecto se gana,  
que una campana pondrán  
en la torre, y le dirán  
la torre de la campana.

D.<sup>a</sup> JUANA. Así me dijo el traidor,  
que aun nesto trató verdad.

LEONARDO. ¿A qué vais a la ciudad?

¿Sois forastero, señor?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí lo soy, y vengo a vella  
porque me la han alabado,  
y tiéneme aquí admirado  
sin haber entrado en ella.

LEONARDO. Pues para que podáis ser  
de sus grandezas testigo  
irá con vos un mi amigo  
que os muestre lo que hay que ver.

D.<sup>a</sup> JUANA. Estimo aquea amistad.

LEONARDO. Pues aguardad neste puesto,  
que yo volveré bien presto.

D.<sup>a</sup> JUANA. Anda y ve con brevedad.

(Vase LEONARDO.)

D.<sup>a</sup> JUANA. A que venga aguardaré  
este con quien tengo de ir,  
porque me pueda decir  
deste enemigo sin fe.

Quizá con facilidad  
dirá do asiste el tirano;  
que, como dijo el cristiano,  
sabe toda la ciudad.

Que a él propio preguntara  
por él; mas fuera excusado,  
porque un hombre aun ocupado  
no sin razón lo ignorara.

(Sale BENZORAQUE y LEONARDO.)

LEONARDO. Aquí Benzoraque irá  
hasta la ciudad con vos.  
¡Qué mudos están los dos!  
quizás le conocerá.

Suspensos ambos están;  
¿si se han los dos conocido?

D.<sup>a</sup> JUANA. Dime, traidor descreído,  
¿eres Benzoraque o Juan?

BENZORAQ. Juan, y siempre lo seré,  
y Juan pretendo llamarme,  
pues no pudiese salvarme  
sin vivir en vuestra fe.

¿Cómo venís desta suerte,  
doña Juana de mis ojos?

D.<sup>a</sup> JUANA. Principios de mis enojos  
que me han de causar la muerte.

Trajísteme al hijo mío  
y preguntas cómo vengo.

BENZORAQ. Culpa confieso que tengo;  
perdonad mi desvarío.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dime: ¿quisiste traerlo  
sin que le hablase o le viese,  
para que otro moro fuese

(1) En el original, "puede estar", que hace largo el verso.



como tú debes de sello?

BENZORAO. No tratéis desa manera a quien si a vos no os amara y a Dios no reverenciara a Diego no le trujera.

Que si yo le traje acá es por quereros a vos, y aquesto sábelo Dios y el que presente está.

LEONARDO. Pura verdad dice en todo, que con adorar yo a Cristo tan buen cristiano le he visto que sigo su estilo y modo.

BENZORAO. ¿No habéis tenido contraste desde Castilla hasta aquí?

D.<sup>a</sup> JUANA. Ninguno; como aprendí la lengua que me enseñaste...

Porque aunque el morisco traje algún ánimo me dió, no me aventurara yo si no supiera el lenguaje.

BENZORAO. Espada traéis.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y aceros.

BENZORAO. Bien la podéis excusar, que para poder matar bastan esos dos luceros que están sirviendo de flechas en esos dos arcos bellos, pues con ellas y con ellos dejáis mil vidas deshechas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dó está mi hijo me di.

BENZORAO. Ahora los dos iremos adonde está y le veremos, que bien cerca está de aquí.

Tú, Leonardo, parte luego, y ahí, junto a esa cañada, do va el camino a Granada, traerás a mi hijo Diego.

Por amor, que aquesa gente no barrunte alguna cosa.

LEONARDO. Yo voy, y tú y tu esposa me aguardá junto a la fuente.

(Vase LEONARDO.)

BENZORAO. Vamos, pues, con brevedad; veréisle y yo le veré, y después os llevaré a que veáis la ciudad.

Contaréos en el (1) camino un suceso harto extraño.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Cuánto del tuyo o mi daño será, a lo que imagino!

(Vanse BENZORAO y DOÑA JUANA, y sale el REY y el INFANTE, HALIMA y HASBULEY, alcaide.)

REY. ¿Que eso pasa?

INFANTE. Caso es llano, como Halima lo sabe.

REY. ¿Vidose dolor más grave? ¿Qué Benzoraoque es cristiano? ¿Tú estabas también delante?

HALIMA. Delante de mí pasó; que presente estaba yo, con mi señor el Infante.

REY. Y aun por eso defendía el muchacho cristianillo de no entregalle al cuchillo del mando y sentencia mía.

HALIMA. Veo que le trasportó y que salió con su intento.

REY. Su culpa y atrevimiento pagará si vivo yo.

HALIMA. Mi traza si es buena advierte conforme a lo que el Rey muestra.

INFANTE. Fué la traza como vuestra y mía tan buena suerte.

REY. ¡Ah, Mahoma!, ¿no enviaras un rayo del trono tuyo, con que el falso pccho suyo con inclemencia abrasaras?

Estos errores y engaños en Castilla los medró, que ha que le envió yo a ella nueve o diez años.

(Sale HACEN.)

HACEN. Benzoraoque llegó ahora.

REY. ¿Benzoraoque?

HACEN. Sí, señor.

REY. No haga nadie rumor.

HALIMA. Nuestra traza se mejoró.

REY. Alcaide.

ALCAIDE. Señor.

REY. Mirad; cuando Benzoraoque llegue y yo por preso os le entregue, con él de esta industria usad.

Y es que os finjáis con deseo de ser cristiano y que os pese de su mal, porque os confiese que lo es, aunque no lo creo.

Que podrá ser que le acusen

(1) En el original, "nel camino".

aquestos con falsedad  
por alguna enemistad  
y desta venganza usen.

ALCAIDE. No es aquesa industria mala.

HALIMA. Cuanto dijo fuí escuchando.

INFANTE. ¿Y es?

HALIMA. Que se prenda en llegando.

INFANTE. Quedo, que entra ya en la sala.

(Sale BENZORAQUE)

BENZORAQ. Toda Granada he andado  
y ahora acabo de vella,  
y no está el muchacho en ella.

REY. ¿Al fin no le habéis hallado?

BENZORAQ. No, señor; mas yo imagino  
que como ahí fuera quedó,  
que lo que dijiste oyó  
y que se puso en camino.

REY. ¡Hola, Alcaide, aquella espada  
de la cinta le quitá!

BENZORAQ. ¿Por qué, señor?

REY. Porque está  
en vos muy mal empleada.

BENZORAQ. Si el muchacho se ha ausentado,  
¿ha sido mío el exceso?

REY. Que no se os quita por eso.

BENZORAQ. ¿Pues por qué?

REY. Por renegado.

BENZORAQ. ¿Renegado yo? ¿De quién?

REY. De Mahoma; ¿y esto es cierto?

BENZORAQ. ¿Quién se lo habrá descubierto?

HALIMA. ¿Qué te parece?

INFANTE. Muy bien.

BENZORAQ. Señor, ¿búrlaste de mí?

REY. Dos testigos que lo oyeron  
a vos y me lo dijeron.

BENZORAQ. ¿Dónde están?

REY. Veslos allí.

Halima y mi hermano son.  
Mirad si dirán verdad.

BENZORAQ. Si son de tal calidad,  
digo que tícnen razón.

Porque tengo por mejor  
el padecer y morir  
que no haber de desmentir  
al Infante, mi señor.

¿Yo he dicho que soy cristiano?

INFANTE. Halima estaba delante.

HALIMA. Y mi señor el Infante.

BENZORAQ. Si eso es así, yo me allano.

Bien se ha vengado la mora  
y bien cumplió su promesa;

por doña Juana me pesa,  
que dentro en mi alma mora.

Pero saber mi buen celo  
esto me atierra y admira;  
mas a veces la mentira  
es de la verdad anzuelo.

(Llega el REY y quita a BENZORAQUE una imagen  
del seno,)

REY. Para satisfacción mía  
quicro ver qué traéis aquí.  
¿Qué estampa es ésta, decí?

BENZORAQ. Una imagen de María.  
que truje para un cristiano.

HALIMA. ¿Qué propia vino la estampa  
para asegurar la trampa!

REY. Que seréis cristiano es llano.

Certificado me ha hecho  
esta imagen que os he hallado  
y del pecho os he sacado.

BENZORAQ. Del seno sí, y no del pecho.

No quiera el cielo que yo  
te desmienta en cosa alguna.  
¡Ah, doña Juana de Luna,  
ya vuestro Juan se acabó!

REY. Llevadle preso a una torre  
y sus razones se atajen,  
quiero ver si esta imagen,  
en quien fía, le socorre.

BENZORAQ. En ella voy confiado  
y su potestad confieso.

HALIMA. ¿Es bueno padecer eso?

BENZORAQ. ¡Ah, cruel, bien te has vengado!

(Vanse todos, y queda BENZORAQUE y el ALCAIDE, y  
dice el ALCAIDE.)

ALCAIDE. Sabe el cielo, caro amigo,  
si siento tu adversidad,  
y de que es esto verdad  
presento a Dios por testigo.

Creme, pues en tu fe creo,  
que aunque no soy bautizado  
solamente me ha quedado  
de tu fe mi buen deseo.

Y mediante esta igualdad  
si eres cristiano me di,  
demás que te he dicho a ti  
que lo soy en voluntad.

BENZORAQ. No me engañes.

ALCAIDE. Es sin duda  
y del modo que lo digo.

BENZORAQ. Pues no es justo que contigo

esté más mi lengua muda.

Ya tú sabes como el Rey ha diez años que me envía con cartas al rey Fernando desde Granada a Castilla. Habrá, pues, los ocho dellos que quiso mi suerte y dicha (dicha con razón la llamo, pues fuí ciego y truje vista) que vi una cristiana bella, y tan bella que podía dar luz con la de sus ojos al sol, pues quien la da al día. Robóme el alma, aunque entonces fué robo de poca estima, que un alma ciega ya sabes que no es prenda de codicia. Dábame el noble Fernando su lado y mesa continua, y un día alzada la mesa le dije sobre comida que adoraba en la cristiana y que me bautizaría por ganarla y por ganarme con nombre de esposa mía. Holgóse Fernando, y luego me hizo dar el agua y crisma, y él por honrarme en tal acto fué mi padrino de pila. Dióme por mujer y esposa a la que aquí tengo escrita, aunque se vió de tal bien mi humilde persona indigna. Es doña Juana de Luna su nombre, aunque no le imita, porque no es luna ni estrella; sol sí, porque al sol eclipsa. Dióme Dios un hijo en ella, pues estampa es suya y mía, y éste es el que quiso el Rey degollar con mano impía. Está en Granada su madre, de nuestro traje vestida, que vino por él y a ser testigo de mi desdicha. Aquesta es mi historia, amigo, y he gustado de decilla porque ser cristiano quieres, de que me has dado primicias.

ALCAIDE. Grande pasión me has dado y la tengo de tu esposa, pero sólo en una cosa

de tu cuento he reparado.

Y es que cómo acá vivías estando casado allá, aunque es verdad que acá muy poco tiempo asistías.

BENZORAO. La causa de aqueso era (caro amigo Habuley) para aguardar que el Rey que me aprisiona muriera.

Que como son tan amigos Fernando y él, advertí que quedarían por mí los dos Reyes enemigos.

ALCAIDE. Grande nobleza contiene su pecho, ¡oh adversa fortuna!

(Sale DOÑA JUANA DE LUNA.)

BENZORAO. Mi doña Juana de Luna es aquesta que aquí viene.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué es aquesto, esposo amado, gloria mía, en quien adoro?

BENZORAO. A ser el que aquí está moro buen lance habíamos echado.

No os arrojéis de esa suerte, no entiendan que sois mujer.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dime qué puedo perder más que venir a perderte.

BENZORAO. Con todo eso, no es bien que ya que a mí me perdáis, el honor que profesáis lo aventuréis vos también.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿No me diréis de qué modo esto descubierto fué?

BENZORAO. De aquí a la Alhambra os diré de la forma que fué todo.

Tened paciencia, señora, y con Dios os conformá.

ALCAIDE. Ello se remediará, pase aquesta furia ahora.

BENZORAO. Vamos, Alcaide; allá riba dejaréisme aprisionado.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Viendo dolor tan pesado, cómo es posible que viva!

BENZORAO. Que por morir en mi ley siento sumo gozo en mí.

ALCAIDE. De cuanto ha pasado aquí he de darle cuenta al Rey.

(Vase el ALCAIDE y BENZORAO y sale LEONARDO, vaquero.)

LEONARDO. Ya estarán en la ciudad mi amigo Juan y su esposa;



¡qué noble es, qué virtuosa  
y qué gran conformidad  
hay entre ambos a dos,  
que los vi mirando en puntos,  
y qué celo entrambos juntos  
de amor y temor de Dios!  
- Al niño le quiero amar,  
que ha hartado que no le veo,  
porque el paternal deseo  
no se pierda de enseñar.

Dioguito niño.

DIOGUITO. Señor.

LEONARDO. Llegaos acá, hijo mío.  
En que me daréis confío  
para enseñarle favor.

DIOGUITO. Mi madre...

LEONARDO. Agora vendrá.  
Mirad, no la llaméis madre,  
ni digáis que es vuestro padre  
el hombre que os trujo acá;  
sino que sois esclavillo  
y que de un moro os compró.

DIOGUITO. A él se lo digo yo.

LEONARDO. Qué noble es y qué chiquillo.

DIOGUITO. Yo dije que era esclavillo  
de quien me había llevado  
a los hombres del ganado.

LEONARDO. Puen así habéis de decillo.  
¿Entendéis, mi hijo Diego?  
Mirad que así lo digáis,  
que hartado precio le costáis  
de pena y desasosiego.  
¿Qué hacíais?

DIOGUITO. Viendo allí  
lo que los moros hacían.

LEONARDO. Venid acá; ¿y decían  
alguna cosa, decí?

DIOGUITO. Decíanme que negase  
a Cristo y santa María,  
que mi amo me querría  
mucho más si renegase.

LEONARDO. Y, venid acá, chiquito:  
¿qué le respondisteis vos?

DIOGUITO. Yo nada.

LEONARDO. ¡Divino Dios,  
dese poder infinito  
me dad para que profeta  
en esta planta que temo,  
que no la queme en extremo  
el cierzo de aquesta seta.

Y, venid acá, mi hijo.  
Si os tornan a persuadir,

¿qué les habéis de decir?

DIOGUITO. Lo que mi padre me dijo.

¿No se acuerda que en la fuente,  
juntos con él y mi madre,  
esta mañana mi padre  
me dijo que si esa gente  
algo deso me tratase  
diga que no quiero hacello,  
y que en porfiando en ello  
que dellos me desviase?

LEONARDO. Pues así lo habéis de hacer.

DIOGUITO. ¿Quiere darme esa que tiene  
para jugar?

LEONARDO. No conviene,  
porque la podéis perder.  
Y ésta no es para jugar  
porque es imagen de Dios,  
y otra cosa os daré a vos.

DIOGUITO. Pues dème para besar.

LEONARDO. Para besar sí daré:  
besá y ganaréis perdones:  
¿sabéis bien las oraciones?

DIOGUITO. Mejor que no él las sé.

LEONARDO. A lo menos más acetas  
serán a Dios que las mías,  
pues siempre las niñerías  
son con entrañas perfetas.

DIOGUITO. Dème pan.

LEONARDO. Deste que tengo  
aunque es moro yo os daré.

DIOGUITO. No quiero dese.

LEONARDO. Comé  
deste mientras que yo vengo.  
Que si vuelvo de Granada  
y os hallo rezando acá  
os he de traer de allá  
una rosquita pintada.

DIOGUITO. Yo rezaré tanto dello...

LEONARDO. Vámonos, pues, hijo mío,  
y en vos, Dios, espero y fío  
que siervo vuestro he de vello.

(Vanse y sale el REY y el ALCAIDE.)

REY. ¿Que al fin se os descubrió y dijo  
su historia?

ALCAIDE. Y con hartado llanto.

REY. ¡Válgame nuestro Alá santo!  
¿Que el mochachuelo es su hijo?  
¿Y es la cristiana muy bella?  
Ya por ella me desvelo.

ALCAIDE. Harto más que el mochachuelo.

REY. Gustara, Alcaide, de vella.

ALCAIDE. No pasará mucho tiempo sin que la veáis aquí.

REY. ¿De qué manera, decí?

ALCAIDE. Es cuento de pasatiempo. Fingí que la pena suya me afligía en sumo grado, mostrándome allí indignado contra la persona tuya.

Encarecíle primero del modo que te allanabas y del término que usabas con cualquiera forastero.

Díjale que el bueno era; como estaba en aquel traje y hablaba bien el lenguaje que su esposo te pidiera.

Y que de piedad movido le mandases desterrar, sin que tuvieses lugar de dar a su culpa oído.

REY. Traza escogida. Decí, ¿pronuncia bien nuestra habla?

ALCAIDE. Digo, señor, que la habla como si naciesa aquí.

REY. ¿Y estále el traje galano? ¡Ah, si hubiera ya venido! Nada de esto venga a oído de Halima y de mi hermano.

Ni sepan como yo hice con vos esta prevención de allanar la información ni en todo me satisface, sino que entre mí e vos se esté como siempre está.

ALCAIDE. Digo que no lo sabrá persona más que los dos.

(Sale HACEN.)

HACEN. Un mancebo cordobés pide que le des audiencia.

ALCAIDE. Ella viene a tu presencia.

REY. ¿De Córdoba dice que es?

Dile que entre: ya, Hasbulei, me pierdo para ganarla.

ALCAIDE. Tampoco has de adorarla, que has de mirar que eres Rey.

(Sale DOÑA JUANA DE LUNA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Engañada creo que vengo, que éste entiendo que es traidor.

REY. ¿Que ésta es mujer?

ALCAIDE. Sí, señor.

REY. Pues yo por ángel la tengo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Rey supremo, tu grandeza me trae delante de ti.

REY. A mí me lleva sin mí esa divina belleza.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué es eso que dices?

REY. Digo que cuando agora os miré alma y vida os entregué, y así no vive conmigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ah traidor, falso, sin ley, ya lo veniste a decir!

ALCAIDE. ¿Traidor he sido en decir lo que me mandó mi Rey?

D.<sup>a</sup> JUANA. No defiendas tu opinión por guardarle lealtad, que a do se ofrece amistad no es justo que haya traición.

REY. Dejá eso y volvé el rostro, no os mostréis conmigo avara, pues a esa belleza rara me arrodillo, humillo y postro.

D.<sup>a</sup> JUANA. Déjame, tirano, y baste lo que mi suerte me ordena, que es de una pena otra pena y tras de uno otro contraste.

REY. ¿No respondéis, doña Juana...?

D.<sup>a</sup> JUANA. Mi nombre sabe también.

REY. Mitigad ese desdén, sol de la nación cristiana.

Quitad del rostro la mano, manifestaos, pues sois una.

D.<sup>a</sup> JUANA. No dejó cosa ninguna por decir este tirano.

REY. Quitadla.

D.<sup>a</sup> JUANA. No seas molesto; que vendré a tenerte en poco.

ALCAIDE. Mira, señor, que andas loco.

REY. Cordura se llama a eso.

¿Sabéis que a vuestro cristiano quitarle la vida puedo?

D.<sup>a</sup> JUANA. Déjame, yo te concedo la mía y todo, inhumano.

REY. Pues hoy será sentenciado con suma riguridad.

(Sale HALIMA.)

HALIMA. ¿Qué piensa tu majestad hacer de aquel renegado?

REY. ¡Oh Halima, la sentencia voy a pronunciar ahora!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Que esta es Halima la mora...?

HALIMA. No uses con él clemencia.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ni la tenga Dios de ti  
por la potestad que tiene. (*Aparte.*)

REY. Bien sé yo lo que conviene;  
dejadme hacer a mí.

(*Vase el REY y el ALCAIDE, y queda DOÑA JUANA y HALIMA.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Infelice y dura suerte!  
Quiero, ya que aquí llegué,  
esperar, donde sabré  
si la sentencia es de muerte.

HALIMA. ¿Quién es este que aquí está?  
Parece, pues, forastero,  
cortesano y caballero,  
conforme las muestras da.  
Quiero llegarme hacia él,  
que aun no sé qué siento en mí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Aquí se me quedó, aquí,  
esta serpiente cruel.

HALIMA. Mahoma, como desees,  
te guarde y ampare en todo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y él te prospere de modo  
que adonde está te veas.

HALIMA. ¿Eres forastero?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí.

HALIMA. ¿De dónde?

D.<sup>a</sup> JUANA. De mi cuidado.

HALIMA. Basta, que está enamorado  
y aficionado de mí.  
¿Y es lugar buco?

D.<sup>a</sup> JUANA. Bueno.

HALIMA. Digo que por mí se muere.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Esta perra qué me quiere?

HALIMA. Se sabrá que por él peno.  
Yo me quiero declarar.

¿Sabes que mi alma te adora?

D.<sup>a</sup> JUANA. (¡Maldígate Dios por mora!)  
(¡Mirá en qué vino a parar!)

HALIMA. Qué, ¿no has conocido en mí  
que muero porque me quieras?

D.<sup>a</sup> JUANA. Con mayor rigor y veras  
sé que peno yo por ti.

HALIMA. Basta, que me tiene amor.

(*Sale el INFANTE.*)

INFANTE. Halima.

HALIMA. ¡Entrara defunto!...

D.<sup>a</sup> JUANA. Este es, a lo que barrunto,  
el Infante, otro traidor.

HALIMA. A fe por éste no fuera  
¡qué ocasión tenía asida!

INFANTE. Bien estáis entretenida.  
(Yo he de ordenar que ésta mucra.)

HALIMA. Yo sé que traías alarde  
hecho de celos y quejas;  
pues dilo a otras orejas;  
aquí me espera esta tarde.

(*Vase HALIMA corriendo.*)

INFANTE. ¿Lleva aquésta algún demonio?

D.<sup>a</sup> JUANA. Más lleva de una legión,  
que dello da su traición  
evidente testimonio.

INFANTE. ¿Cómo así?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Sois el Infante?

INFANTE. Yo soy hermano del Rey.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Vióse de aquesta sin ley  
otra maldad semejante!

INFANTE. Decidme ya qué maldad  
es aquesta que hecha tiene.

D.<sup>a</sup> JUANA. Remediarle te conviene  
esta gran enemistad.

INFANTE. ¿Enemistad? ¿Pues qué ha hecho?  
¿Ha hablado contra mí?

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo quiero decillo aquí  
porque quede satisfecho.  
Sabréis que esta infame supo  
como yo era cordobés,  
porque habrá dos días o tres  
que aquí en Granada me ocupo.

Y díjome que por cuanto  
de vos estaba ofendida  
os privase de la vida.

INFANTE. ¡Válgame nuestro Alá santo!

D.<sup>a</sup> JUANA. Sus favores ofreció  
por premio desta hazaña,  
y aunque a su embuste y maña  
mi persona concedió,  
fué con intento, señor,  
de hacer esto que hago,  
porque yo nunca me pago  
de ser con nadie traidor.

INFANTE. No sé con qué regradaros  
una amistad tan inmensa.

D.<sup>a</sup> JUANA. Harta paga y recompensa  
es para mí el avisaros.

Y más me dijo otra cosa,  
y fué que si no quería  
hacerlo, que ella os daría  
otra muerte más rabiosa.

Porque en tósigo ardiente  
os la tenía de dar,  
y ansí vendría a quedar



vengada más fácilmente.

Guardaos de ella, no os lo haga,  
que os es cruel enemiga,  
o a otra persona lo diga  
que a su intento satisfaga.

INFANTE. ¿Que al fin con veneno dijo  
que me mataría?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí;  
como os lo digo lo oí,  
y que lo hará colijo.

INFANTE. Pues con su misma invención  
la tengo de despachar,  
porque no venga a quedar  
sin castigo su traición.

Y voy ponerlo por obra,  
perdonad si os hago falta.

D.<sup>a</sup> JUANA. Id, que el perdón que falta  
vuestra amistad lo cobra.

*(Vase el INFANTE.)*

D.<sup>a</sup> JUANA. Y en Dios espero y confío  
que hoy he de verme vengada  
de aquella perra malvada  
que acusó al esposo mío.

Quiero ir, pues, a su presencia,  
que ha rato que no le veo,  
que allá veré a lo que creo  
la temeraria sentencia.

## JORNADA SEGUNDA

*(Sale BENZORAQUE de la torre con una cadena al  
cuello.)*

BENZORAQ. Doña Juana tarda mucho,  
mas ¿qué podrá detenella?  
Aquí estoy sin mí e con ella:  
con dos mil sospechas lucho.

Suerte adversa, ¿has de quitarme  
mi doña Juana de Luna?;  
¿cuándo tienes, di, Fortuna,  
de cansarte y de cansarme?

Véome en esta cadena  
afligido de las gentes  
y olvidado de parientes,  
ques lo que me da más pena.

Véome también cargado  
de mil imaginaciones,  
quel peso de los grillones  
no es tan duro y pesado.

Véome también ajeno  
de la divina hermosura  
de la sancta Virgen pura

que el Rey me quitó del seno.

De verla me consolaba;  
hoy regalo recibiera,  
pues cada vez que la viera  
mil indulgencias ganaba.

Mas mi doña Juana viene;  
el paso trae cansado:  
un frío temor me ha dado,  
casi sin alma me tiene.

*(Sale DOÑA JUANA.)*

BENZORAQ. ¿Negociasteis bien, mi bien?

D.<sup>a</sup> JUANA. Más valiera no haber ido.

BENZORAQ. ¿Qué tan mal ha sucedido?  
¿Quién tiene la culpa?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién?

Mi suerte.

BENZORAQ. Al menos la mía,  
yo sé que diré mejor.  
¿Hasbulci me fué traidor?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí lo fué.

BENZORAQ. Ya lo temía.

¿Que al fin le descubrió al Rey  
mi fe y quién érades vos?

D.<sup>a</sup> JUANA. Quien no guarda la de Dios,  
¿a quién ha de guardar ley?

Según de mí se encendió  
aqueste Rey encmigo,  
no entendí verme contigo.

BENZORAQ. Muy bueno quedara yo.

Que en lo demás, doña Juana,  
ya yo estaba satisfecho  
del valor de vuestro pecho  
y que sois, en fin, cristiana.

D.<sup>a</sup> JUANA. Por no querer conceder  
con su mal fundado intento,  
temo el fin tuyo sangriento.

BENZORAQ. Yo lo quiero padccer.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya me suena en el oído  
la sentencia contra ti.

BENZORAQ. Suene y venga contra mí  
cuando Dios fuere servido.

Sabe Dios lo que sentí  
cuando el día que venistes  
me encontrastes y dijistes  
las palabras que te oí.

Que quisiera más que el centro  
me tragara que encontraros;  
por no venir a escucharos  
vi que fué dichoso encuentro.

Cuando me veáis, señora,  
con la muerte agonizando

y a Jesucristo llamando,  
creeréis lo que os digo 'ahora.

Pues esta hora no sé  
si sabéis de mí quién soy,  
pero confiado estoy  
y lo he estado de mi fe.

Perdonadme si habéis visto  
en mis palabras rigor,  
pues todas nascen de amor  
de la santa fe de Cristo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Esposo y regalo mío,  
perdonadme, pues también  
fué el amor de Cristo quien  
me dió para hablarte brío!

Ya desas palabras siento  
que le amáis con viva fe.

BENZORAQ. Palabras son, mas yo sé  
que no las llevará el viento.

D.<sup>a</sup> JUANA. Un grande temor me da  
que aún hablar no consiente,  
que el Alcaide y otra gente  
vienen ahora hacia acá.

Y entiendo que la sentencia  
os la vienen a leer.

BENZORAQ. ¿Qué se puede ya hacer?  
mi doña Juana, ¡paciencia!

Del valor de vuestro pecho  
ahora clara muestra,  
pues de la palabra vuestra  
ya yo estaba satisfecho.

(Sale el ALCAIDE y ZAIDE, secretario, y dos moros.)

ALCAIDE. Yo no tengo de llegar  
allá, que está mal conmigo.

SECRETAR. Siempre ha sido vuestro amigo.

ALCAIDE. Aquí me quiero quedar,  
que importa por ciertos puntos;  
ídsela vos a leer.

SECRETAR. No lo tengo de hacer  
si todos no vamos juntos.

ALCAIDE. Qué, ¿no haréis por mí aquesto?

SECRETAR. Digo que habéis de ir delante.

ALCAIDE. No es mi ida importante.

SECRETAR. Sí importa.

ALCAIDE. ¡No seáis molesto!

SECRETAR. Vamos, Alcaide, y vení,  
daréis también testimonio.

ALCAIDE. Vamos, pues, con el demonio,  
pues vos lo queréis así.

Sabe el cielo si me pesa  
desto, mas mándalo el Rey.

BENZORAQ. ¡Oh caro amigo Hasbuley,

bien cumplisteis la promesa!

ALCAIDE. Aquel día hice dos,  
que nunca yo las hiciera:  
fué con el Rey la primera  
y la segunda con vos.

Y así no hice maldad  
si la primera cumplí,  
pues fué, cual me consta a mí,  
primera en antigüedad.

BENZORAQ. Basta; yo lo creo, Alcaide.

ALCAIDE. Hice lo que manda el Rey.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ah traidor, falso sin ley!

ALCAIDE. Notificasela, Zaide.

SECRETAR. Estad con oído atento  
mientras leo la sentencia.

BENZORAQ. Ya lo estoy.

D.<sup>a</sup> JUANA. A la paciencia  
la sojuzga el sentimiento.

### SENTENCIA

“Yo, Muley Hacen Abenachar, Rey de Granada y su comarca, etc. Por cuanto Benzoraque, vasallo mío, teniendo yo por tal y por entender que como moro guardaba los preceptos y ritos de nuestro Mahoma, y había renegado dellos y vuéltose a la ley de Cristo, mando que porque no quede rastro ni ensañamiento dellos, cual dicho Benzoraque sea sacado de la Torre del Sol, donde presente está puesto, y sea llevado por las calles públicas con dos pregoneros que vayan manifestando su delito (a los que no lo saben); y así mismo le sea sacada la lengua con que renegó y le sean hechas las tres cruces que los cristianos costumbran hacer cuando se persignan; y mando que le sea sacado el corazón donde cupiesen tales pensamientos, el cual se ponga en la puerta del conclave y audiencia, donde se tratan los casos tocantes al rito de nuestro Mahoma, y quel dicho Benzoraque sea quemado, cuyas cenizas se recojan en una urna de metal, la cual se pondrá en lo alto de la Torre del Sol, donde al presente está, porque a él sea castigo y a los demás ejemplo.—Yo el Rey.”

BENZORAQ. Asentad que lo oigo, Zaide,  
y que a todo estoy dispuesto.

SECRETAR. Seréis testigo de aquesto  
vosotros y vos, Alcaide.

ALCAIDE. Bien podéis adelantaros,  
que aquí me quiero quedar.

SECRETAR. No queríades llegar

y ahora queréis quedaros.

ALCAIDE. Idos ya, no seáis molesto.

SECRETAR. Quedaos hasta la mañana.

*(Vanse todos y queda el ALCAIDE y DOÑA JUANA y BENZORAQUE.)*

BENZORAQ. ¡Quién dijera, doña Juana, que habíades de ver esto!

*(Cae desmayada DOÑA JUANA.)*

BENZORAQ. Desmayada en tierra está. Alzalda, Alcaide, del suelo, pues ha permitido el cielo que os quedádeses acá.

ALCAIDE. ¡Ah, señora; digo, a vos! Entiendo que está sin vida.

BENZORAQ. No está sino amortecida; todo lo ofrezco a mi Dios.

ALCAIDE. ¡Ah, señora!

BENZORAQ. ¡Ah, doña Juana, quién pudiera allá salir! ¿Alcaide, queréisme abrir?

ALCAIDE. Por cierto de buena gana. Bajad, que os abro la puerta porque algún alivio cobre: baje acá a llorarla el pobre, que sin duda ya está muerta.

*(Baja BENZORAQUE de la torre.)*

BENZORAQ. ¡Doña Juana, prenda cara, sol que en mi alma reverbera; así alguna agua tuviera que echarte sobre la cara!

ALCAIDE. Si no te me vas de aquí irétela luego a traer.

BENZORAQ. ¿Tal había yo de hacer fiándote tú de mí?

ALCAIDE. Digo que me das ejemplo a que te guarde amistad, y haber Dios de lealtad fueras tú el Dios de este templo.

*(Vase el ALCAIDE.)*

BENZORAQ. ¡Ah! Doña Juana ya torna. Volved en vos, mi alegría; esta es desgracia mía; la alma ya se le torna!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Esto es sueño o desvarío?

BENZORAQ. ¡Regalo mío, yo soy!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién me llama? ¿Adónde estoy? ¿Estáis ahí, esposo mío?

BENZORAQ. Sí estoy, pues estoy con vos.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién os sacó de la torre?

BENZORAQ. ¿No sabéis ya que socorre al mayor peligro Dios?

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues vámonos ya, vení.

BENZORAQ. Yo no puedo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Pues por qué?

BENZORAQ. Porque di palabra y fe de no ausentarme de aquí.

Aquí me dejó Hasbuley, y pues de mí se confió, aunque él ley no me guardó le, tengo de guardar ley.

D.<sup>a</sup> JUANA. Como cuando sueña alguno que algún tesoro ha hallado, y después de recordado no ve tesoro ninguno,

así, cuando yo te vi que estabas libre soñé, y agora que recordé vengo a hallarme sin ti.

No guardes tanta lealtad, gocemos de la ocasión...

BENZORAQ. No puede mi corazón hacer tan grande maldad.

Desde aquí os podéis partir, y llevaréis a Dioguito, aunque me holgara infinito de verle antes de morir.

Empero allá le veré en la gloria, pues confío en Jesús, Redentor mío, que he de morir en su fe.

D.<sup>a</sup> JUANA. De Granada no me he ir hasta ver resolución.

BENZORAQ. Mejor es, mi corazón, que no me veáis morir.

*(Sale el ALCAIDE.)*

ALCAIDE. Hasta la mezquita fui por ella, mas ya no importa.

BENZORAQ. Merced ha sido no corta, Alcaide amigo; mas di:

¿cómo de mí te fiaste después que al Rey me vendiste, y sin guardas te atreviste dejarme do me dejaste?

ALCAIDE. Yo quiero decillo: advierte como me vi en tu presencia escuchando la sentencia de tan rigurosa muerte.

Todo cuando había hecho ser sin razón conocí,



y apiadéme de ti,  
que tengo de humano el pecho.

Pero como me forzó  
la palabra que di al Rey,  
hube de quebrar la ley  
que a ser fiel me obligó.

Y ahora, si es menester  
mi persona y mi hacienda,  
todo se aventure y venda,  
que yo lo quiero poner.

BENZORAQ. Tarde es ya, mas yo agradezco  
ese ofrecimiento noble.

ALCAIDE. Yo he de usar de un trato doble  
con que a librarte me ofrezco.

Fíate de mí, que juro  
por Mahoma, mi profeta,  
y por su escrita seta,  
cuya ley sigo y procuro,  
de guardarte lealtad,  
pues me la guardaste a mí  
en no ausentarte de aquí,  
que no fué poca amistad.

Advierte, el Rey tiene amor  
a doña Juana, tu esposa.

BENZORAQ. ¡Eso no, que es una cosa  
que no conviene a mi honor!

ALCAIDE. Déjame decir, que yo  
le diré como le quiere,  
y que también por él muere  
y que esto me descubrió.

Mas que fué con condición  
que el rostro no ha de velle,  
por vergüenza o por querelle,  
decir que fué profesión.

Llevarle he a su aposento  
una morilla cualquiera,  
pues en la ciudad y fuera  
asisten de ciento en ciento.

Como esté oculto el lugar  
donde el negocio ha de ser,  
pensará que es tu mujer,  
y así lo vendré a engañar.

¿Qué te parece mi traza?

BENZORAQ. Digo que la traza es buena,  
si así tu ingenio lo ordena.

ALCAIDE. Yo daré a mi industria caza.

Vuélvete tú a la prisión;  
irá tu esposa conmigo,  
para que sea testigo  
de que no hago traición.

Y entrando donde estuviere  
el Rey, fuera aguardará,

adonde de mí sabrá  
todo lo que sucediere.

BENZORAQ. Pues a la prisión molesta  
me vuelvo, en ti confiado;  
vos, señora, con cuidado  
volveréis con la respuesta.

(Vase BENZORAQUE.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Que me place, esposo mío.

ALCAIDE. Tened ánimo, señora,  
que el esposo vuestro ahora  
que se librará confío.

Y aunque algunos os pregunten  
qué hacéis, no les digáis  
como aguardándome estáis,  
porque el caso no barrunten.

D.<sup>a</sup> JUANA. Vamos, pues, que ya tardamos  
por ver qué ha de resultar.

ALCAIDE. Bien hemos de negociar.

(Asómase BENZORAQUE en la torre.)

BENZORAQ. ¿No habéis ido?

ALCAIDE. Ya vamos.

(Vase el ALCAIDE y DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. ¡Ah Fortuna, qué de cosas  
a la memoria me ofreces;  
que he de morir tantas veces  
y muertes tan afrentosas!

La muerte tenía tragada,  
y algo de vida me dió  
lo que Hasbuley concertó,  
mas no ha de aprovechar nada.

Mas la respuesta será  
que el Rey no gustará dello,  
y cuando vuelvo a hacello (1)  
de nuevo me matará.

Ya yo sé que he de sentir  
el rigor de la sentencia;  
vos, Señor, dadme paciencia  
para podella sufrir.

Que ver que me abran el lado  
con inclemencia y rigor,  
pues a vos por mí, Señor,  
os abrieran el costado.

Quiero que cruces me hagan  
y arranquen mi lengua luego,  
y arrojen mi cuerpo al fuego  
y en ceniza me deshagan.

(1) Este verso no hace sentido claro.

Vos padecisteis, mi Dios,  
en sola una cruz por mí,  
y agora se verá aquí  
padecer yo en tres por vos.

(Sale LEONARDO, vaquero.)

LEONARDO. No sé si será verdad  
que a muerte le han sentenciado;  
sí será, que derramado  
anda ya por la ciudad.

Sentado está en la ventana  
de la torre; quiero hablalle  
por saberlo y preguntalle  
qué le hizo de doña Juana.

LEONARDO. ¡Ah, Juan!

BENZORAQ. ¿Eres mi Leonardo?

LEONARDO. Sí lo soy y no lo soy,  
porque en verte tal estoy  
que en breve mi muerte aguardo.

Hoy quiso, amigo, mi suerte  
que vine por ható acá,  
y oí decir que estabas ya  
sentenciado a cruda muerte.

Dime si es verdad.

BENZORAQ. Sin duda,  
y entiendo que será luego.

LEONARDO. Ya, Fortuna, mi sosiego  
en pasión amarga muda.

¿Es posible, Juan amigo,  
que a ti, que consuelo fuiste  
en mi cautiverio triste,  
da muerte el Rey, mi enemigo?

BENZORAQ. Eso, Leonardo, me admira.

LEONARDO. Cuasi el corazón me parte.

BENZORAQ. ¡Ya no podré visitarte  
más en la sierra de Elvira!

Pero consolado estoy,  
Leonardo, con esperar  
que podré a mi Dios rogar  
que te lleve adonde voy.

LEONARDO. Mi fiero dolor me enseña  
su angustia y congoja grande.  
¡Qué mucho que así me ablande  
quien ablandara una piedra!

Yo espero en Dios, Juan amigo,  
que como en el cautiverio  
en lo divino hemisferio  
me tengo de ver contigo.

Ten fuerte; espera en la ayuda  
de Dios.

BENZORAQ. Por ella ruego.

¿Cómo está mi hijo Diego?

LEONARDO. ¡Ah, suerte indomable y cruda!  
Bueno está.

BENZORAQ. ¿Cursa el rezar?

LEONARDO. Bien sabe las oraciones.

BENZORAQ. La imagen de los perdones  
que te di, ¿quién me la dar?

LEONARDO. ¿La tuya...?

BENZORAQ. Me la quitó  
el Rey, perverso y tirano.

LEONARDO. ¿Quién dijo que eras cristiano?

BENZORAQ. No puedo decirlo yo.

Mi esposa te lo dirá,  
aunque está harto afligida.

LEONARDO. ¿Ansí tiénesla escondida?

BENZORAQ. No, que allá en palacio está.

LEONARDO. ¿Qué hace allá?

BENZORAQ. Es largo cuento;  
della lo sabrás despacio.

LEONARDO. ¿Quieres que vaya a palacio?

BENZORAQ. Allá fué no ha un momento.

LEONARDO. A María ves ahí.

BENZORAQ. Atala en ese cendal.

LEONARDO. Ella es todo mi caudal;  
mas con todo vesla aquí.

BENZORAQ. Ya mi esperanza colgada  
se espacia destranza (1) y huelga,  
pues que dese cendal cuelga  
la gloria de mi jornada.

Diré con Pablo divino  
cuando acá arriba os tendré;  
buena contienda acabé,  
ya tuvo fin mi camino.

Simpre esperé, Virgen bella,  
que no moriría sin verte,  
que sería mi estrella en muerte  
quien en vida fué mi estrella.

Que quien de la ceguedad  
me sacó en que vivía,  
a consolarme vendría  
en tanta necesidad.

Mira, Leonardo, que vengas  
a verme por mi consuelo  
antes de mi muerte.

LEONARDO. Harélo.

La imagen huelgo que tengas,  
porque en efecto era tuya.

BENZORAQ. Vete a palacio, que allá  
doña Juana te dirá  
toda mi historia y la suya,  
que me quiero recoger.

(1) Así en el original: quizá deba ser "destrenza".

LEONARDO. Queda, pues, con Dios, amigo.

BENZORAO. El mismo vaya contigo,  
que lo habremos menester.

*(Vase y sale el REY con el ALCAIDE.)*

REY. ¿Que al fin no quiere que vea  
su belleza soberana?  
Pues lo quiere la cristiana  
yo también quiero que sea.  
¿Y vendrá esta noche?

ALCAIDE. Advierte  
que si a esto se ha ofrecido  
es por ver a su marido  
libre de riesgo de muerte.  
¿Quieres eso hacer?

REY. ¿Pues no,  
donde tanto interés gano!  
por Mahoma soberano  
que también reniego yo.  
Salga de la prisión cruda  
y ponedme en ella a mí,  
aunque en ella estoy. Decí,  
¿vendrá esta noche?

ALCAIDE. Sin duda.

REY. Pues haréis que suelto ande  
Benzorao; idlo a soltar;  
mas no salga del lugar  
hasta que yo se lo mande.  
Hágase luego, Hasbuley,  
apostemos una cosa:  
que a Benzorao y su esposa  
haga que dejen su ley.

ALCAIDE. Firmes están como rocas;  
no sé yo.

REY. Si yo les doy  
esta ciudad donde estoy.

ALCAIDE. Serán dádivas bien pocas.  
Estiman tanto su fe,  
que aún cristiano no he visto  
estimar tanto su Cristo.

REY. Norabuena probaré.

*(Sale el INFANTE.)*

INFANTE. ¿Qué hace tu Majestad?

REY. Infante, seáis bien venido.  
¿Cómo hoy no habéis salido  
a ruar por la ciudad?

INFANTE. Un no sé qué que me tengo

REY. Decímelo, si es razón.

INFANTE. Señor, con mi condición  
fácilmente me convengo.

REY. Decímelo si os agrada.

INFANTE. Es cierta malenconía.

REY. Decidle, por vida mía.

INFANTE. Digo, señor, que no es nada.  
(¡ Ah, perra infame, perjura!  
¡ Vos a mí veneno, vos!)

REY. Alcaide, vamos yo y vos  
a tratar de mi ventura;  
que está delante mi hermano  
y no quiero que lo entienda.

INFANTE. Yo haré que no os defienda  
Mahoma de aquesta mano.

REY. Infante, el cielo es testigo  
que siento vuestro dolor.  
¿Mandáis algo?

INFANTE. No, señor.  
Mahoma vaya contigo.

*(Vase el REY y el ALCAIDE y queda el INFANTE.)*

INFANTE. A Leonardo vi ahí fuera;  
con él he de concertar  
a que me venga a ayudar  
en mi traza y que ésta muera.

Antes de entrar le advertí  
que ahí fuera me aguardase,  
o que acá dentro entrase  
en saliendo el Rey de aquí.

Pero ya mi voz le tiene  
de la suerte que le quiero,  
pues que Leonardo, vaquero,  
es aqueste que aquí viene.

*(Sale LEONARDO.)*

LEONARDO. ¿Qué es lo que mandas, señor?,  
porque me quiero ir al hato.

INFANTE. Esto ha de ser con recato,  
que me va en ello mi honor.

LEONARDO. Todo cuanto me mandares  
haré; pronto a todo estoy.

INFANTE. Libertad ganarás hoy  
si en aquesto me ayudes.

LEONARDO. Sin ella y con ella digo  
que cumpliré tu mandado.

INFANTE. Hoy truecas tu bajo estado  
con el nombre de mi amigo.

Vente conmigo y daréte  
la orden que has de tener.

LEONARDO. Vamos, pues me quiere hacer  
el Infante su alcahuete.

*(Vanse y sale HALIMA.)*

HALIMA. La palabra y fe le di  
a mi bello forastero



de verle esta tarde, y quiero  
no desviarme de aquí.

Vendrá, que me tiene amor;  
¿pero cómo ya no viene?  
Si otra mora le detiene...  
Mas no me será traidor.

¿Qué galán, qué bien compuesto,  
qué postura de bonete,  
y la gracia con que mete  
el almaizar, qué bien puesto!

La toca, con qué primor;  
aquellos lazos, qué iguales;  
las plumas aun no son tales  
las con que vuela el amor.

¿Qué pulido el borceguí!  
¿Pues marlota y capellar  
qué costoso de labrar!  
¿Pues el alfange y tahalí...!

Pues ya los ojuelos bellos  
con que el perro me miró,  
que no me hartara yo  
de besarlos y de vellos.

¿Aquella nariz gentil!  
¿Qué boquilla de coral,  
do mi suerte echó el caudal,  
y qué dientes de marfil!

(Sale el INFANTE con un jarro en la mano.)

INFANTE. ¿Suelta, perro!

LEONARDO. ¿Señor mío,  
no me lo destruyas todo!

INFANTE. ¿Vos me tratáis dese modo?  
¿Vos para mí tenéis brío?

LEONARDO. Como el árbol que lo vierte  
lo da ya tan poco a poco,  
pido que me des un poco.

INFANTE. ¿Quieres que venga a ofenderte,  
perro?

HALIMA. ¿Qué es esto, señor?  
¿Leonardo (di) qué te ha hecho?

INFANTE. Estoy por romperte el pecho.

HALIMA. ¿Pues por qué tanto rigor?

INFANTE. Encontréle que enviaba  
este licor a su tierra,  
que se coge en esa sierra  
donde antes Granada estaba.

Y díjome como era  
para conservar la edad.

LEONARDO. Así os dije verdad;  
ojalá no la dijera.

INFANTE. ¿No puedo yo que calléis!  
Quitéselo de la mano,

que quiero, pues tanto gano,  
que dello os aprovechéis.

Tal es, que quien bebe más  
más años se goza y vive,  
fuerzas cobra y recibe  
y no envejece jamás.

HALIMA. ¿Aqueso querías quitarme,  
Infante, de aqueso modo?  
Yo lo quiero beber todo.

LEONARDO. ¿Quieres un poco dejarme?

INFANTE. ¿Ah desleal, atrevido!  
¿Quieres que el pecho te abra?

LEONARDO. No hablaré más palabra,  
todo se lo ha bebido.

HALIMA. Y es dulce, por vida mía.

LEONARDO. Vos lo amargaréis después.

HALIMA. Di, ¿tienes más que me des?

LEONARDO. No más de aqueso tenía.

HALIMA. Las entrañas se me mueven;  
¿qué es aquesto que me has dado?

LEONARDO. Pierde de aqueso cuidado,  
los años son que se embeben.

HALIMA. ¿Traidor, que me has engañado,  
sin tener contra ti culpa.

INFANTE. Tarde llegó la disculpa;  
infame, ya se ha acabado.

HALIMA. ¿Quién me revolvió contigo  
con tan gran falsedad?

INFANTE. Tú mientes y esto es verdad,  
y así digno es el castigo.

HALIMA. Aqueste fuego me aplaca  
si eso puedes, ¡ay de mí!

LEONARDO. ¿Hay quien tenga por aquí  
media arroba de triaca?

INFANTE. ¿Ah infame, perra y perjura!  
dime: ¿ahora fuera bueno  
que me dieras el veneno  
que te di en esta coyuntura?

Muy bien sé lo que yo hago;  
calla y paga tu delito.

HALIMA. ¿Ya no puedo alzar el grito,  
ya me consumo y deshago.

Ya el fuego sujuzga y doma  
mi aliento; ¡ay, triste, ya muero!

INFANTE. Es eso lo que yo quiero.

LEONARDO. Ella está ya con Mahoma.

(Cae HALIMA muerta.)

INFANTE. Agora resta guardalla  
hasta que la noche venga.

LEONARDO. No me hagas más arenga,  
que yo sé do he de llevalla.

¿No dijiste que la cargue  
como que algún hato llevo  
(del ganado) y para cebo  
de los cuervos la descargue?

INFANTE. Así es; agora quiero  
que en mi aposento se guarde,  
hasta la noche bien tarde  
que se eche en el despeñadero.

Leonardo, aguárdame aquí,  
que voy a hacer quitar  
(porque la puedas llevar)  
la gente que hay por ahí.

(Vase el INFANTE.)

LEONARDO. ¡Oh hi de puta, señora;  
acusa, acusa con gana;  
diabólica es doña Juana,  
pues se vengó de la mora.

Todo el caso me contó  
y ahí fuera la dejé,  
de que admirado quedé;  
mas ¡qué bien le sucedió!

¡Caso ha sido peregrino  
que haya pagado la asorda,  
pues la perra no está gorda  
aunque no come tocino.

De aquesta suerte se doman  
pechos falsos y ruines,  
yo os pondré con los mastines  
adonde perros os coman.

Pues el Infante se guarde,  
que ha de pagárselo todo,  
y bien sé yo de qué modo  
que aún (1) agora no es tarde.

A fe que quedó trazado  
entre mí y doña Juana  
que antes de la mañana  
lleve también su recado.

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. Ea, bien puedes llevarla,  
que no hay persona ninguna  
y es la ocasión oportuna.

LEONARDO. ¿Traes con qué cobijarla?

INFANTE. Digo que no es menester,  
en mi aposento la encierra.

LEONARDO. ¡Oh cómo pesa la perra,  
tal hacía de comer!

### TERCERA JORNADA Y ULTIMA

(Sale DOÑA JUANA y dice:)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Que guarda tanta lealtad  
Juan, mi esposo, y tanta ley,  
que por mandado del Rey  
no sale de la ciudad!

Hoy salió de la prisión  
libre; pero dame pena  
ver que en ocasión tan buena  
diga que el irse es traición.

Aunque me puedo alegrar  
en ver que tan pronto esté  
y le guarda tanta fe  
a un Rey que se ha de acabar.

Porque si ésta solicita  
mejor le guardará ley  
a Dios, que es persona Rey  
y quien Reyes pone y quita.

(Sale el ALCAIDE.)

ALCAIDE. ¿Es doña Juana?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí soy.

ALCAIDE. La traza fué razonable,

D.<sup>a</sup> JUANA. Como tuya, inestimable,  
como obligada te estoy.

ALCAIDE. No estáis tal; yo lo debía  
porque la palabra os di  
a ayudaros y cumplí  
la obligación que tenía.

Al Rey dejo desnudando  
y mandóme que os buscase  
y a su aposento os llevase.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Connigo te está aguardando?

ALCAIDE. Como lo prometí yo  
piensa que ha de ser así;  
sólo esta palabra di  
¿y no he de cumplirla?

D.<sup>a</sup> JUANA. No.

ALCAIDE. No, que a buscar la mora  
voy para engañar al Rey.

D.<sup>a</sup> JUANA. Al fin, amigo Hasbuley,  
¿el Rey me quiere y adora?

ALCAIDE. Pierde por vos el seso.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues justo es que le ame,  
aunque mi nobleza infame  
cuando se sepa el exceso.

ALCAIDE. ¿Estáis burlando, señora?

D.<sup>a</sup> JUANA. Más burla fuera burlarle,  
y así yo quiero amarle,  
pues él me quiere y adora.

ALCAIDE. ¿Es posible?

(1) En el original, "inda"; no hay que olvidar  
que esta impresión es de Lisboa.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues porque  
no he de serle tan terrible  
en el caso.

ALCAIDE. No es posible  
que hay mujer que guarde fe.  
¡Qué presto se amarteló  
porque ir por otra me vido!  
De hoy más digo que es fingido  
una mujer decir no.  
¿No es terrible caso aqueste?

D.<sup>a</sup> JUANA. Si está oculto entre los dos...

ALCAIDE. ¿Qué otro podéis hacer vos  
de más daño o que más cueste?

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues nadie no ha de sabello,  
ni mi esposo.

ALCAIDE. ¡Bueno fuera  
que él y todo lo supiera!

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues resuelta estoy a hacello.

ALCAIDE. Ven, pues.

D.<sup>a</sup> JUANA. Aguárda.

ALCAIDE. ¿Qué resta?

D.<sup>a</sup> JUANA. Hacerse más tarde un poco.

ALCAIDE. Digo que me torno loco;  
¿hay más mala mujer questa?  
Pues, señora, yo me voy;  
aguardadme en este puesto,  
que yo volveré bien presto.

D.<sup>a</sup> JUANA. Bien puedes, que yo aquí estoy.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Tan tarde y en este puesto?  
¿No os hace mal el sereno?

D.<sup>a</sup> JUANA. No, porque una traza ordeno  
con que nos libremos presto.  
Ya sabes como quedó  
de llevarle Hasbuley  
por mí una mora al Rey.

LEONARDO. Pues bien...

D.<sup>a</sup> JUANA. Quiero serlo yo.  
Ya le tengo dado el sí  
y al Rey dentro en su aposento,  
y he de admitir su intento  
porque nos vamos de aquí.  
Porque es tanta la lealtad  
de Juan, mi querido esposo,  
que del caso temeroso  
no sale de la ciudad.  
Que porque el Rey le mandó  
que della no se ausentase  
hasta que se lo mandase,  
lo cumplimos él y yo.  
Viéndome yo con el Rey

daréle al fin libertad,  
pues hice su voluntad  
contra mi honor y mi ley.

LEONARDO. Digo que vengo a admirarme  
de tan temerario hecho.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya lo demás está hecho (1).

LEONARDO. ¿Pues lo más?

D.<sup>a</sup> JUANA. Determinarme.  
Ello ha de ser, en efecto.

LEONARDO. ¿Es posible?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sin duda.

Leonardo, la lengua muda.

LEONARDO. Guardaré en todo secreto.

(Vase DOÑA JUANA.)

LEONARDO. ¿Que tú, doña Juana, eres  
de las mujeres ejemplo?  
De hoy más te miro y contemplo  
por infamia de mujeres.

De aquel día que te yo  
vi en la sierra de Elvira  
me acuerdo agora y me admira  
las lágrimas que vertió.

¿Quién dijera que el gemido  
no era todo de llorar  
y de pena de hablar  
y haber visto a su marido?

¡Ah, mujeres, qué temor  
es pensar cómo proceden!  
Sin duda (ninguna) pueden  
hacer polvos la mejor.

No sé desto qué haré.  
¡Válgame Dios que lo oí!  
Esto que ha pasado aquí.  
¿se lo diré o callaré?

No sé cuál intento siga;  
medio entrambos me detiene;  
pero Juan, su esposo, viene;  
será bueno se lo diga.

Mas no, tampoco; maldigo  
quien en vos pone su fe.  
¡Ah, mujeres, rabia os dé!

(Sale BENZORAQUE.)

BENZORAQ. ¡Oh Leonardo!

LEONARDO. ¡Juan amigo!

BENZORAQ. ¿Tan tarde en la ciudad?

LEONARDO. Sí,

que no es sin causa alguna.

BENZORAQ. ¿Has visto mi bella luna?

(1) Quizá deba decir "Ya lo menos está hecho".



LEONARDO. Agora se fué de aquí.

BENZORAQ. ¿Y adónde iba no sabes?

LEONARDO. (Estoy por se lo contar.)

BENZORAQ. ¿Adónde?

LEONARDO. (Quiero callar,  
que estos son negocios graves.)

Digo que hacia el aposento  
del Rey dijo que estaría,  
y que allí te aguardaría.

BENZORAQ. ¿Ha mucho?

LEONARDO. En este momento.

BENZORAQ. Pues avisarla has, Leonardo,  
si acá volviese a buscarme,  
adónde puede hallarme  
o que por allí la aguardo.

(Vase BENZORAQUE.)

LEONARDO. Quiero que la espere allí,  
que si acaso le ve allá  
la maldad no entenderá  
ni que yo se la encubrí.

Quiérome de aquí quitar,  
porque sin duda esta casa,  
donde tan gran maldad pasa,  
hoy se tiene de abrasar.

(Vase LEONARDO y dice el REY de dentro:)

REY. ¡Ah traidor, que me has muerto!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Sólo tú eres traidor!

(Sale el REY y DOÑA JUANA abrazados, y DOÑA JUANA  
metiéndole una daga por el pecho.)

REY. ¡Ah de la guardia! ¡Favor  
al Rey, que está el pecho abierto!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Suelta, perro; irás a ver  
a Mahoma que te aguarda!

REY. ¿No hay nadie aquí de mi guarda  
que venga a me socorrer?

(Sale BENZORAQUE con una espada desnuda.)

BENZORAQ. ¿Al Rey, mi señor, infame  
traidor, no te rindes ya?

D.<sup>a</sup> JUANA. Harto más razón será  
que traidor a ti te llame.

BENZORAQ. ¡Cielos, qué esto que veo!  
¿Es posible que tal haya?

REY. Tenedla bien, no se vaya.

BENZORAQ. Yo he hecho muy buen empleo.

(Sale el ALCAIDE y cuatro moros con las espadas  
desnudas.)

ALCAIDE. ¿Cómo estás de aqueso modo?

REY. Hame muerto aquesa fiera.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Pluguiera a Dios verdad fuera  
aunque yo muriera y todo!

REY. Llevalda presa y vení,  
haréis que me curen luego.

(Vase el REY con dos moros y queda el ALCAIDE  
con otros dos, que tienen asida a DOÑA JUANA.)

BENZORAQ. ¿Posible es que estaba ciego  
y que no lo conocí?

ALCAIDE. ¿Que tal hazaña emprendistes?

¿Que tal corazón tenéis?

¡Cualquiera traición haréis  
pues a aquesta os atrevisteis.

D.<sup>a</sup> JUANA. Fué mi atrevida invención  
matar al Rey con deshonor,  
pues quiso fuese mi honra  
rescate desta prisión.

Que aun no quise que supiese  
mi resolución mi esposo,  
porque en este intento honroso  
a la mano no me fuese.

Porque es al Rey tan leal  
y sirve con tal llaneza,  
que usando de su nobleza  
ha venido a ser mortal.

Sólo a mí me fué traidor  
y para mí fué cruel,  
Alcaide, pues que por él  
voy presa.

BENZORAQ. ¡Mortal dolor!

Verdad es que esos enojos  
yo he sido el que os los di,  
mi bien, mas no os conocí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si abrieras bien los ojos  
conocieras la mujer  
que con pecho de varón  
por sacarte de prisión  
me quise en ella poner.

Que aun porque no me estorbase  
Leonardo mi buen intento  
quise que en su pensamiento  
viva mi afrenta quedase.

Mi vida arrisqué y mi honor,  
que si mi vida arriscara  
solamente, no quedara  
satisfecho bien mi amor.

BENZORAQ. Aunque los ojos abriera  
no importara, si cerrastes  
los vuestros y no dejastes  
luz ninguna con que viera.  
¡Ah, brazo vil, afrentoso;

quién te pudiera abrasar  
no más que por imitar  
aquel romano famoso!

D.<sup>a</sup> JUANA. Quédate adiós, que ya sé  
que tengo de morir luego;  
mira por ti y por mi Diego  
en cuanto toca a la fe.

A Castilla le enviarás;  
de la ley de Cristo vive,  
y aqueste abrazo recibe;  
quizá no te veré más.

(Llevan DOÑA JUANA presa y queda BENZORAQUE loco.)

BENZORAQ. Púsose el sol, ya se puso  
como si yo no le viese.  
¿Quién hizo que se pusiese?  
¿Fué hechizo o intese?  
¿Quién, hombre loco e iluso?

Luna bella, ¿adónde vas?  
¿Vas a ponerte también?  
Luego ya no alumbrarás,  
mira que en ti está mi bien;  
quizá no te veré más.

Pero si ya desespero  
al momento en esta palma  
arrojar el alma quiero,  
que es justo que busque el alma  
su esfera y centro primero.

Ya salió; ¿no esperarás?;  
¿sin despedirte te vas?  
Refrena, alma, el fuerte vuelo,  
que bien poco hay de aquí al cielo:  
quizá no te veré más.

Oigan, oigan do se han puesto  
a comer higos pasados  
las ansias de mis cuidados,  
pues yo os quitaré de ahí presto.  
Y pues descuidada estás,  
vuelve sobre ti y advierte;  
buscaréte hasta la muerte,  
quizá no te veré más.

(Sale LEONARDO.)

LEONARDO. ¿Qué pensativo está el pobre,  
lástima me da de hablalle!

BENZORAQ. ¿He nacido yo en la calle,  
que doy plata y me dais cobre?

LEONARDO. ¡Ah, Juan amigo!, ¿aquí estás?  
¿Sabe Dios si tu mal siento!

BENZORAQ. Allégate aquí un momento;  
quizá no te veré más.

LEONARDO. Sin duda alguna está loco,

cosa es clara y conocida.

BENZORAQ. ¡Doña Juana de mi vida,  
allégate acá otro poco!

(Sale el INFANTE.)

INFANTE. ¡Oh Leonardo! ¿Aquí a la luna  
con Benzoraque?

LEONARDO. Señor,  
estoy mirando un dolor  
do echó el sello la fortuna.

Está Benzoraque loco.

INFANTE. ¡Válgame nuestro Alá santo!  
¿Y qué tanto habrá?

LEONARDO. ¿Qué tanto?  
No ha un cuarto de hora.

INFANTE. ¿Tan poco?

Basta; que sin duda alguna  
el juicio ha perdido  
por esto que ha sucedido  
de doña Juana de Luna.

LEONARDO. Por esto está deste modo,  
que ella era su mujer.

INFANTE. Ya he venido a saber  
de la forma que fué todo.

BENZORAQ. ¿Sola venís por candela?  
Pues bien os podréis tornar,  
que no la habéis de llevar  
que ya se apagó la vela.

Di, ¿tú no la encenderás  
de manera que arda bien?  
¡Mira que en ti está mi bien,  
quizá no te veré más!

(Vase BENZORAQUE.)

LEONARDO. Este es el tema en que ha dado.

INFANTE. Dolor da, el cielo es testigo.  
Oyeme, Leonardo amigo,  
lo que tengo concertado.

Y en ti confiado advierte.  
¿En efecto, has ya sabido  
que mi hermano está herido,  
aunque no lo está de muerte?

LEONARDO. Eso ya lo sé; prosigue.

INFANTE. Pues quiero que ahora acabe;  
aunque este es negocio grave  
más grave es el que se sigue,  
porque yo vendré a reinar  
y a tenerme su corona,  
pues a mi misma persona  
es a quien se la han de dar.

¿Quiéresme en esto ayudar?

LEONARDO. Temerario hecho emprendes;

pero ya, señor, entiendes  
que te tengo de ayudar.

Declárame de qué modo  
le habemos de dar la muerte.

INFANTE. Escucha, de aquesta suerte.

LEONARDO. Di, que atento estoy a todo.

INFANTE. Después que fuere la guarda,  
que nadie allá dentro esté;  
contigo solo entraré,  
dejándote a ti en guarda.

Y así por aquesta vía  
luego al momento entraremos,  
y su vida quitaremos  
con tu persona y la mía.

Y en estando de tal suerte  
que no le puje el aliento,  
saldremos del aposento  
libres de riesgo y de muerte.

Y un criado llamaremos  
al cual, con mano atrevida,  
le quitaremos la vida  
y adentro le meteremos.

Yo diré que al Rey mi hermano  
y tú que al Rey tu señor  
ha dado muerte un traidor  
con fiero pecho inhumano.

Y que a quien la vida suya  
quitó con mano atrevida  
le despojamos de vida,  
muerto por mi mano y tuya.

Como entren unos y otros  
a verlo creará la gente  
que al criado solamente  
dimos la muerte nosotros.

Tras de aqueso vendrá a ser  
que le den a mi persona  
el cetro regio y corona,  
pues yo le he de suceder.

Y si me veo que reino  
con el cetro y su poder,  
de mí puedes disponer  
y mandar todo mi reino.

LEONARDO. Ya tú sabes cómo hice  
que tu gusto se cumpliese  
en que Halima muriese,  
y en todo te satisface.

INFANTE. Ya lo sé, que no lo niego.

LEONARDO. Dísteme seguridad  
que la dulce libertad  
gozaría desde luego.

INFANTE. Sí di.

LEONARDO. Pues aquesa fe

y palabra que me diste  
di, ¿por qué no la cumpliste?

INFANTE. Reinando la cumpliré.

LEONARDO. Pues si algo sucediere  
cuando con el cetro vivas,  
quiero que un papel me escribas  
del modo que yo quisiere.

INFANTE. ¿Tan poca seguridad  
vienes hoy de mí a tener,  
que si reino no has de ver  
segura tu libertad?

LEONARDO. Quiero tenelle conmigo  
no más de para guardalle,  
que yo tengo de ordenalle.

INFANTE. En todo tu gusto sigo.

(Sale BENZORAQUE.)

BENZORAQ. ¿Tengo yo de ir por ellas?  
;Hola!, subidme a traer,  
para empezar de comer  
media docena de estrellas.

Ve tú; tú te quedarás  
para hacerlas freír;  
mira bien que no te has de ir,  
quizá no te veré más.

LEONARDO. Sabe Dios si su mal siento.

INFANTE. Lástima me da y dolor.

LEONARDO. Dame la llave, señor,  
cerraréle en tu aposento.

INFANTE. Vesla aquí, que es cosa llana  
que en él tendrá quietud.

LEONARDO. Luego tendría salud  
como viese a doña Juana.

INFANTE. Imposible es poder vella  
(digo en su primer estado)  
porque mi hermano ha mandado  
que hagan justicia della.

LEONARDO. Dele sin favor el cielo.

¡Ah, Juan, anda acá conmigo!

BENZORAQ. ¿Quién dice que me atosigo  
con sólo medio buñuelo?

LEONARDO. No estés loco, vuelve en ti  
y restaura tu memoria.

BENZORAQ. Pues si a la gloria me mudo  
¿do está doña Juana?

LEONARDO. Sí.

BENZORAQ. Pues si a la gloria me mudo  
ir desarropado quiero,  
que volaré más ligero  
por esos aires desnudo.

Desnúdate ya, ¿en qué estás,  
y así al cielo volaré:



mundo infame, quédate,  
quizá no te veré más.

(*Vanse y sale el REY y dos moros y el MAESTRO y el ALCAIDE.*)

MAESTRO. En trago te viste fuerte  
que pudieras quedar muerto.

REY. Si a asirle el brazo no advierto  
me ha de dar allí la muerte.

MAESTRO. ¿Ella no es cristiana? Basta  
para que a mí no me asombre  
que haga guerra con su nombre  
aquesta maldita casta.

¿Quiés que el cimientó edifique  
en su cuello hondo y duro?

REY. No, porque temo que el muro  
estará de caerse a pique.

MAESTRO. ¿De caer, por qué razón?

REY. Porque tal valor encierra  
que ha de echar el muro a tierra  
si le pulsa el corazón.

Y ese es castigo muy poco  
y ansí pretendo quemalla.

¿La leña hiciste llevalla? (*Al Alc.*)

ALCAIDE. Ya está la leña en el zoco.

REY. La torre crece y se aumenta.

¿El foso acabóse ya?

MAESTRO. De treinta estados está.

REY. ¿Y ha de quedar?

MAESTRO. En cuarenta.

REY. Las torres serán vistosas,  
que pues en la fuerza están  
y a mi gusto ellas serán  
todas bellas y gustosas.

Porque el rey Bensalmahar  
cuando estas torres labró  
no lo supo ni entendió  
que se habían de acabar.

Y labraréislas tan bien,  
que si cristianos vinicren  
y algún asalto emprendieren  
de lástima no le den.

MAESTRO. Haré cuanto me mandares  
para que a tu gusto esté.

REY. Esta ciudad gastaré  
y mil villas y lugares.

Vaya el edificio grave  
y dad muestras desas manos,  
que me venderé a cristianos  
porque la fuerza se acabe.

(*Vase el MAESTRO y sale LEONARDO.*)

LEONARDO. De la plaza vengo ahora,

adonde he visto llevar  
la leña para quemar  
a la infelice señora.

¿Quién dijera, doña Juana,  
que habíais de venir  
a padecer y morir  
entre esta y este tirana.

¿Quién remediarla pudiera  
en tanta necesidad,  
y amansara la crueldad  
del Rey y su furia fiera.

Pero, ¿qué digo? Harélo,  
que es buena la ocasión,  
llego con resolución  
y vendré al fin a hacerlo (1).

Rey y señor.

REY. ¿Oh Leonardo!

¿Tan tarde y en la ciudad?

LEONARDO. Para que tu Majestad  
tenga vida en ella aguardo.

REY. ¿Luego de aquesta herida  
me pretendes tú curar?

LEONARDO. De aquesa no viene a estar  
tan arriscada tu vida.

Otra herida penetrante  
tienes, aunque no la ves.

REY. ¡Acaba, dime qué es!

LEONARDO. Negocio es harto importante.

Yo soy un cautivo fiel  
y no he de hacerte traición,  
ni mi incita el corazón  
a ser contigo cruel.

REY. ¿No me dirás de qué suerte  
esto oculto me tenías?

LEONARDO. Dime, señor, qué darías  
al que estorbare tu muerte.

Y que tu vida estribase  
en sólo su parecer  
y no más de por querer  
de morir te reservase.

REY. Daríale mi corona  
a tan importante amigo;  
¡mi corona!, poco digo:  
¡mi alma, vida y persona!

Y no era paga bastante  
para tan gran interés.

LEONARDO. ¿Esta firma cúya es?

REY. Esta firma es del Infante.

LEONARDO. ¿Cónstate dello?

REY. No tiene

(1) "Hacerlo" no es consonante de "harelo".

ningún género de duda.

LEONARDO. Habla con la letra muda  
y verás lo que contiene.

“Por cuanto Leonardo estaba captivo de mi hermano, concertamos entre yo y él de darle muerte acerba y cruda, y por eso le di esta firma de mi nombre, para que por ella gozando el poder, cetro y corona le dé franca libertad para irse a su tierra, o donde no que la pueda mostrar a todos los del Reino, para que como traidor y alevoso se aparten de mí.—  
EL INFANTE.”

REY. ¡Válgame Alá soberano!  
Alcaide, con brevedad,  
por esta tan gran maldad  
me traed preso a mi hermano.

Traedme aquí el atrevido  
porque me venga a heredar.

LEONARDO. ¿Si me tengo de abrasar  
en el fuego que he encendido?

Señor, aunque concedí  
con tu hermano, fué mi intento  
decirte su pensamiento.

REY. Eso ya lo he visto aquí.

¿Es culpada otra persona?

LEONARDO. No, señor; pero advierte  
otra cosa atroz y fuerte  
hecha contra tu corona.

REY. Dame aquí de todo aviso.

LEONARDO. Señor, es cosa muy cierta  
que Halima también es muerta  
porque conceder no quiso.

REY. ¿Halima, mi prima?

LEONARDO. Sí.

El Infante mi señor  
es de su muerte agresor,  
de que ya me consta a mí.

En su aposento la tiene  
encerrada con su llave,  
porque en el negocio grave,  
ya lo digo, se conviene.

REY. Dame esa llave, Leonardo,  
y tócala tú, Hacén,  
y ve y míralo bien,  
que en saberlo mucho tardo.

(Vase HACEN con la llave y entra el ALCAIDE y el  
INFANTE.)

ALCAIDE. Ya tienes en tu presencia  
al Infante mi señor.

REY. ¿Que firma es ésta, traidor,  
digno de una vil sentencia?

INFANTE. ¡Oh Leonardo fementido!

¿Esta es la palabra dada?

REY. Quitadle luego la espada  
y asídle bien.

ALCAIDE. Ya está asido.

INFANTE. ¡Ah perro infame, sin ley,  
que intentaste tal maldad!

LEONARDO. Perdona, que más lealtad  
debo a mi señor el Rey.

INFANTE. Si este traidor no dijera  
que su auxilio me daría,  
nunca la persona mía  
a ofenderte se atreviera.

(Sale HACEN.)

REY. Hoy verás tu fin sangriento,  
pues vida y honra...

HACEN. Verdad

es que Halima está  
muerta dentro en su aposento.

REY. ¿Que tal hizo tu persona  
a tu prima y deste modo?

INFANTE. ¡Traidor, ya lo has dicho todo!

LEONARDO. Todo lo he dicho, perdona.

HACEN. A Benzoraque le vi  
en el aposento solo,  
y cuando le abrí dejólo  
y acá se vino tras mí.

Y entiendo por cosa llana  
que viene loco, sin seso.

LEONARDO. Está loco del exceso  
que hizo doña Juana.

REY. No lo creyera jamás;  
¿tal furia su pecho doma?

(Sale BENZORAQUE.)

BENZORAQUE. Que es que a bocados te coma,  
quizá no te veré más.

LEONARDO. Aquesta última palabra  
es de su locura el tema.

REY. Será lo que más le quema  
en su pecho y más le labra.

Y entiendo sin duda alguna  
que esta palabra la oyó  
si acaso se despidió  
dél doña Juana de Luna.

BENZORAQUE. ¿Quién es aquesa mujer?

REY. ¿Veis cómo nasce de ahí?

BENZORAQUE. Corred, traémela aquí,  
que me la quiero sorber.

¡Acaba, perro; ¿no vas?  
Pues comienza a desnudarte;

pero no quiero dañarte,  
quizá no te veré más.

REY. No tiene el pobre remedio  
de verla ya en su presencia,  
que está dada la sentencia  
y mi agravio de por medio.

También de aqueste villano  
la vil sangre se derrame,  
y mando que no le llame  
ninguno de hoy más mi hermano,  
sino traidor alevoso  
contra la persona mía,  
pues concertó y pretendía  
hecho tan facineroso.

Tú, Leonardo, pues me has hecho  
tanto bien, pide mercedes,  
porque es mi gusto que quedes  
bien premiado y satisfecho.

De más de tu libertad  
cuanto quisieres me pide,  
y a tu gusto ajusta y mide  
con mi liberalidad.

LEONARDO. Buena ocasión se me ofrece,  
el cielo me ha sido amigo.

REY. No te espante esto que digo,  
que tu lealtad lo merece.

LEONARDO. Señor, quiero que me concedas  
que hoy se me entregue y me dé...

REY. Mira que me enojaré  
si veo que corto quedas.

LEONARDO. A doña Juana, señor,  
y que el rigor tuyo baste.

REY. ¿Otra cosa no hallaste  
que pedir sino mi honor?  
¿Esto me fuiste a pedir  
viendo que mi honra estriba  
en que ésa no quede viva?...

LEONARDO. Tu palabra has de cumplir.

REY. Alcaide, pues así es,  
yo revoco la sentencia:  
id, traedla a mi presencia.

LEONARDO. Beso tus reales pies.

Más has de hacer por mí.

REY. Cuanto quisieres haré  
y mi vida te daré,  
pues eso te concedí.

LEONARDO. Señor, que por te servir  
a Benzoraque y a ella  
para nuestra patria bella  
nos dejes luego partir.

Que ya sabes que es cristiano  
y que no es decente cosa

que viva aquí con su esposa.

REY. A concedello me allano.

LEONARDO. Y al Infante mi señor  
haz también que libre quede.

REY. La vida se le concede  
aunque me ha sido traidor.

Pero por este tal yerro  
y porque otro no me ofenda  
le confisco la hacienda  
con seis años de destierro.

INFANTE. Yo lo concedo; los pies  
me da por tan gran favor.

LEONARDO. Yo también, Rey y señor,  
te pido que me los des.

(Vase el INFANTE y sale DOÑA JUANA con el ALCATIDE.)

ALCATIDE. Ya doña Juana está aquí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Por sierva tuya me ofrezco,  
supremo Rey, y agradezco  
lo que hoy has hecho por mí.

REY. Agradecedlo a Leonardo,  
que por él estáis con vida.

D.<sup>a</sup> JUANA. La mía le está ofrecida.

BENZORAQ. ¿No es doña Juana? ¿Qué aguardo?  
¿Prenda del alma, aquí estás?  
¿Cómo me has venido a ver  
habiéndome dicho ayer  
"quizá no te veré más"?

D.<sup>a</sup> JUANA. Dios lo ha hecho, esposo mío,  
y por El me veis agora.

BENZORAQ. No sin misterio, señora;  
en su potestad confío.

LEONARDO. En verla el juicio ha vuelto.

D.<sup>a</sup> JUANA. Sumas gracias le debéis.

REY. ¿Ah, Benzoraque! ¿Sabéis  
a lo que aquí estoy resuelto?

BENZORAQ. No, mi señor.

REY. Advertid;  
vos, Leonardo y doña Juana  
libres de muy buena gana,  
mañana os podéis partir.

ALCAIDE. Hoy, Benzoraque amigo,  
pues tu gloria se destierra,  
que para tu misma tierra  
sabe que me he de ir contigo.

Que aquí cumplo la palabra  
que prendiéndote te di,  
demás de que siendo en mí  
que Dios en mi pecho labra.

BENZORAQ. Si aquesto tu suerte ordena  
veráste en dichoso estado.

ALCAIDE. Pues tan bien has negociado,



sin duda tu ley es buena.

BENZORAG. Pues, señor, por la mañana  
me determino partir.

REY. Luego al punto os podéis ir  
vos, Leonardo y doña Juana.

Y diréisle al rey Fernando,  
antes que el intento tuerza,  
que una muy famosa fuerza  
le quedo agora labrando.

Y que un signo se halla  
que descubre (aunque es impropio)  
que un Rey de su nombre propio  
ha de venir a heredalla.

Y que con tal alegría  
ya que aquesto sucediese  
que su Majestad lo fuese  
por verle en la ciudad mía.

Y haya esta noche zambra  
y sarao regocijado,  
y este Rey, claro senado,  
fué fundador del Alhambra.

FIN DE LA COMEDIA  
DE LA "FUNDACIÓN DE LA ALHAMBRA".



# LA FAMOSA COMEDIA

## DEL

# GALÁN CASTRUCHO

### ACTO PRIMERO

#### FIGURAS DEL PRIMER ACTO

<p>ESCOBARILLO, <i>que es</i> BRISENA, <i>dama</i>.  FORTUNA.  BELTRANICO, <i>que es</i> LUCRECIA.  TEODORA, <i>vieja</i>.  CASTRUCHO.  DON HÉCTOR, <i>capitán</i>.  DON JORGE, <i>alférez</i>.  DON ALVARO, <i>sargento</i>.</p>	<p>CAMILO, <i>criado</i>.  BELARDO, <i>soldado</i>.  PRADELO, <i>soldado</i>.  GUZMÁN, <i>soldado</i>.  MENDOZA, <i>soldado</i>.  EL GENERAL DEL EJÉRCITO.  UN PAJE DEL GENERAL.  DON RODRIGO, <i>maese de Campo</i>.</p>
---	---

(DON ALVARO, *sargento*; DON JORGE, *alférez*.)

ALVARO.

Vila, señor don Jorge, en una quinta donde fuera del campo está alojada, más hermosa que el sol, cuando nos pinta el alba de colores matizada: una encarnada y venturosa cinta, que a la mejilla hermosa y encarnada hurtó el color, ceñida por su frente, a imitación del arrebol de Oriente.

Los ojos, yo no sé que fuesen ojos, estrellas sí, ni aun pienso yo que estrellas, que quien al Sol quitó sus rayos rojos despreciará comparación con ellas: decir yo que mi alma por despojos ceniza el corazón de sus centellas llenaron, y quedó, será un lenguaje tan ordinario, que su cielo ultraje.

Suspendíme, llevéme, quedé muerto; viví, torné a morir, estoy sin alma, ya con bonanza voy seguro al puerto, ya me detiene la esperanza en calma: alegre y triste estoy, dudoso y cierto, mil esperanzas ya me dan la palma, mil miedos me la quitan, y sin celos, de celos muero, y quéjome a los cielos.

JORGE.

Por Dios, señor Sargento, que no hubiera pintado algún poeta en diez canciones cuando a su dama dilatar quisiera del estrellado Plaustro a los Triones,

tan bien su perfección, aunque estuviera tres meses castigando sus borrones, y que de sólo oíros vuestro cuento me habéis enamorado el pensamiento.

En efeto, la dama es forastera, ¿qué digo forastera?, es castellana, que aquí en el campo nuestro y dondequiera se lleva, como Venus, la manzana; dichoso habéis andado, y de manra que ya la envidia fiera e inhumana os sigue por los pasos que habéis dado; pero tenéis, don Alvaro, mi lado.

Mirad si de mis prendas y vestidos halláis alguna cosa que ofrecella, sean esos baúles descogidos, que alguna gala habrá que guste della; mis criados tendréis apercebidos para servilla, para andar con ella, mi alojamiento siempre estará a punto, que con su dueño os sirve todo junto.

ALVARO.

Beso, señor Alférez, vuestras manos, que basta ser los dos de una bandera, y casi de una tierra y castellanos para hacerme merced de esa manera, que de vuestros respetos cortesanos no menos liberal valor se espera, y mayormente para mí, que he sido yedra, que en vuestros muros he crecido.

El día que yo vi, volviendo al cuento, esta dama gentil, esta hermosura, vi detrás della un negro paramento y una fantasma de la noche oscura: una vieja, señor, bebiendo el viento, que, cual suele la sombra en la pintura, parecía detrás del ángel bello, junto al realce y luces del cabello.

Vi mal agüero en ella.

JORGE.

¿Y halo sido?

ALVARO.

¿Y cómo si lo fué!; porque es la hembra

de mayor interés que ha producido el más villano que la tierra siembra; no hay pez apenas en la red caído cuando parte por parte lo desmiembra, sacándole el dinero con los sesos de la menor medula de sus huesos.

Tiene unos ojos vivos, que parece, que como dos lancetas los aguja, de día duerme, en viendo que anochece sale como murciélago o lechuza; no que a maitines con los frailes rece, porque entre doce y once ronda, y cruza los cuerpos del Real, adonde había los cuerpos del motín del otro día.

Flacas los dos inútiles quijadas, desgarrados los labios de la boca, altas las negras cejas y tiznadas, y en ellas una reverenda toca; las manos de raíces y doradas del oro y plata que recibe y toca; los pechos hasta el vientre, que hay en ellos para cuatro corcobas de camellos.

Quien no la ve aldeando por la calle no ha visto posta, ni serpiente ha visto cuando la cola aciertan a pisalle, como aquesta tercera de Calisto. Sustenta, en fin, su envejecido talle con almidón, sustancias, farro y pisto, y a mi costa también parte sustenta, que como el cardo y pago la pimienta.

Una merced quisiera suplicaros; pero, por Dios, señor, que no me atrevo, porque...

JORGE.

No más; que en todo el obligaros es lo que siempre a los amigos debo; decid luego lo que es.

ALVARO.

Temo enojaros.

JORGE.

Antes agora me enojáis de nuevo. porque habéis de obligarme con mandarme.

ALVARO.

Vuestro valor me obliga a aventurarme.

Aquel vestido con que el otro día de nuestro Emperador en la presencia metistes vuestra guarda y compañía la llevaré, como me déis licencia; que me ha pedido alguna gala mía para cierto disfraz o impertinencia,

y hanme dejado un once, y don Onofre, vacío de ropa y lleno de aire el cofre.

Perdí las dos sortijas de la rifa; la cadena perdí, perdí los ojos con aquel alcorzado, que [se] engrifa copete y barba y mira con antojos.

JORGE.

Quien con aquece mal trapillo rifa merecc tales pérdidas y enojos; pésame, por mi fee, que hayáis perdido, mas quiero hacer que os traigan el vestido. ¡Camilo! ¡Hola, Camilo! (1).

(Entra CAMILO, criado del alférez.)

¿Dónde estabais?

CAMILO.

Aquí, con dos soldados.

JORGE.

Siempre una legua a mis espaldas andas, entre mil bagajeros y criados. El vestido de tela, el de las randas, ya entiendes cuál.

CAMILO.

Ya entiendo.

JORGE.

Ansí doblados, calzones y ropilla saca luego.

ALVARO.

¿Y el capote y sombrero?

JORGE.

Nada os niego.

Dale sombrero, plumas y capote.

CAMILO.

¿Con las piezas?

JORGE.

Con todo ¡mal criado, que ayer era este bárbaro (2) un guillote, y ya se iguala con cualquier soldado!

CAMILO.

¡Qué liberal se muestra el marquesote!

ALVARO.

Allá tengo mi paje embarazado, con el vuestro me iré por que lo lleve.

(1) Verso incompleto en las tres ediciones.

(2) En la edición de Madrid y de Pamplona, "barbero".



JORGE.

Vaya en buen hora, que eso y más se os debe.

ALVARO.

Bésoos las manos.

JORGE.

Yo las vuestras: mira, Camilo, que te vuelvas al momento.

ALVARO.

¡Qué gran nobleza! Vive Dios, que admira.

CAMILO.

Huelgo servir a mi señor Sargento.

(Váyanse DON ALVARO y CAMILO.)

JORGE.

¡Oh vano amor, a cuyo cielo aspira el juvenil ardiente pensamiento, cuál llevas el cerebro deste mozo, pobre de seso y rico de su gozo!

Será, si viene a mano, esta señora alguna ninfa de color quebrado que me deje en el término de un hora de humor el vestidillo inficionado; ¡Oh cuerpo de la pobre pecadora, que el alma de don Alvaro has robado, trátame bien, si pueden oraciones, las inocentes calzas que te pones!

(Entren el capitán DON HÉCTOR, y PRADELO y BELARDO, soldados.)

JORGE. Mi Capitán es aquél, quiérole llegar a hablar.

HÉCTOR. Basta, que el siete y llevar me ha hecho tiro cruel.

Quedóse allá la cadena.

JORGE. ¡Oh, mi señor Capitán! ¿Dónde bueno?

HÉCTOR. Hacia San Juan.

JORGE. ¿Qué lleva?

HÉCTOR. Un poco de pena,

y quiéromela pasar oyendo una misa allí.

¿Que dije?; no estoy en mí: digo que voy a rezar,

porque ya casi anochece. ¡Cuánto la cólera ciega!

JORGE. ¿Cómo el capitán me niega lo que de nuevo se ofrece?

BELARDO. Ha perdido mil ducados y un trencellín de diamantes.

JORGE. En refriegas semejantes tiene tres tantos ganados.

¿De qué se congoja agora?

BELARDO. Ha perdido con un hombre que a veces de oír su nombre se encoleriza y azora.

JORGE. ¿No iríamos por ahí a divertirnos un rato?

HÉCTOR. ¿Qué os ha dado de barato?

PRADELO. Cuatro reales me dió a mí.

JORGE. ¡Mirad con qué sale agora!

HÉCTOR. Y a ti, ¿qué te dió?

BELARDO. Un real, y no lo ha hecho muy mal, que apostaré que le llora.

HÉCTOR. ¿Donde sólo había escudos halló real que te dar?

BELARDO. ¿Cuándo le suelen faltar dos doblones de menudos?

Que siempre, por si ganare, trae las dos faltriqueras llenas de veinte maneras de menudillos que pare.

Con aquestos da barato el gallardo fanfarrón, ganando tanto doblón.

HÉCTOR. Vamos a la plaza un rato.

JORGE. Ya es tarde para la plaza, y mucho mejor iremos a parte donde podremos levantar alguna caza.

Que para el juego amor ciego es la triaca mejor, como también para amor es la ceguedad del juego.

HÉCTOR. ¿Hay alguna novedad?

JORGE. Una mozuela romana hizo ayer tarde ventana y por la noche amistad.

Vuestra merced la verá, que si como el precio fuera, a la Troyana venciera y a Venus.

HÉCTOR. ¿A cómo va?

JORGE. A ducientos españoles.

HÉCTOR. ¿Reales?

JORGE. Escudos digo, y en Roma a probar me obligo que vendía caracoles.

HÉCTOR. ¡Qué caras que se nos venden!

JORGE. Aún ya si tuvieran caras pudieran venderse caras:

caras sin caras ofenden.  
 HÉCTOR. ¿Estáse la Milanesa  
 junto al muro?  
 JORGE. Allá se está,  
 que por él se arrima ya,  
 de flaca que se confiesa.  
 Doña Juanilla está loca  
 de que vino el Capitán.  
 HÉCTOR. Esa es gentil piedra imán  
 que se lleva lo que topa.  
 Gran cuartera es Madalena,  
 su hermana.  
 JORGE. Grande, por Dios.  
 HÉCTOR. Ayer sesteó con dos.  
 JORGE. ¡Oh qué matraca!  
 HÉCTOR. Y qué buena.  
 Pero ya la tiene a cuestras.  
 JORGE. ¿Cuándo?  
 HÉCTOR. Anoche la llevó;  
 aunque hoy se me quejó  
 y le hice grandes fiestas.  
 Tarde es, ¿cenaréis conmigo?,  
 porque después de cenar  
 nos vamos a pasear  
 o a jugar con don Rodrigo.  
 Pradelo, vete adelante,  
 y dirás que a punto estén.  
 PRADELO. ¿Y vendré a avisarte?  
 HÉCTOR. Ven.  
 PRADELO. ¿Dónde?  
 HÉCTOR. En casa de Violante.

(Vanse todos.)

(Entre FORTUNA, dama, y TEODORA, vieja.)

TEODORA.

Hija, si de los viejos  
 no tomáis las costumbres que os enseñan  
 sus dichos y consejos,  
 y tan ligeramente se desdennan  
 de vuestros pocos años,  
 ¡qué tarde lloraréis mis desengaños!  
 Que si cuando el tesoro  
 de ese cabello rubio convirtiere  
 en blanca plata el oro,  
 y en plata falsa, que ninguno quiere  
 aun dar por ella cobre,  
 por necedad y hacienda que le sobre.  
 Y si cuando las rosas  
 de esos graciosos labios y mejillas,  
 gorditas y lustrosas,  
 se vieren como aquestas amarillas,

y los ojos hundidos,  
 detrás de las narices consumidos.  
 Y si cuando los dientes,  
 haciendo fueren horcas en la boca,  
 o cual ojos de puentes  
 se viere la igualdad que agora apoca  
 las perlas ensartadas  
 entre esos dos corales engastadas.  
 Queréis hallar contentos,  
 queréis hallar amigos que os regalen  
 y que beban los vientos,  
 porque con ellos su esperanza igualen,  
 y no la hallando abierta  
 que os bañen de sus lágrimas la puerta.  
 ¡Engañase, bobilla!  
 ¡engañase, bobaza, bobarrona,  
 flaquilla lloroncilla,  
 que luego se amartela y apasiona!  
 ¡Ah, mal haya un azote!

FORTUNA.

Madre, no se congoje ni alborote;  
 no tome pesadumbre.

TEODORA.

Si quiero, y tú lo quieres, desdichada,  
 que aquesa ardiente lumbre  
 de blanca cera y juventud dorada  
 hasta el pabilo quemas,  
 y sin que el soplo de la muerte temas.

FORTUNA.

¡Ya hablamos de la muerte!

TEODORA.

¿Qué cosa es esta, que una moza hermosa,  
 sana, gallarda y fuerte,  
 a conquistar el mundo poderosa,  
 perdida siga a un hombre,  
 qué...

FORTUNA.

¿Qué tiene?

TEODORA.

Qué, ¿aún quieres que le nombre?

Es un picaño, un feo,  
 un público rufián que te ha traído  
 a Italia, con deseo  
 de comerte las carnes y el vestido,  
 que apenas tienes prenda  
 que no la coma, juegue, empeñe o venda.  
 ¿A que piensas que viene  
 al ejército agora este bellaco  
 por codicia que tiene

de hacerte rica en el primero saco?  
 ¡Ay, qué mal que lo entiendes,  
 que sólo aguarda y cobra lo que vendes.  
 Tú aguardarás, cuitada,  
 que sobre desnudarte llegue el día  
 que alguna cuchillada,  
 medida por los puntos de la mía,  
 te calce en esta cara,  
 que tiene en este muslo media vara.  
 Aguardas que te hiera,  
 aguardas que te mate y que se acoja.

FORTUNA.

¡Madre, si yo pudiera!  
 ¡Válame Dios, qué sin razón se enoja!  
 ¡Dígame cómo puedo  
 huír deste hombre?

TEODORA.

Desechando el miedo.

Juntos están agora  
 en aquestas villetas alojados,  
 de gente vencedora,  
 mil Capitanes, quince mil soldados,  
 y al primero que hables  
 hará en tu nombre hazañas memorables.  
 Que eres un angelito,  
 estás en tierra que una castellana  
 vale precio infinito,  
 y no habrá Capitán, que cosa es llana,  
 que cual Leandro en esto,  
 no rompa el mar hasta llegar al sesto.  
 Haréle, si tú quieres,  
 matar a palos y hacer cuartos luego,  
 que no hay por qué te alteres.  
 Santantón se le coma de mal fuego.  
 ¡Ay, muchacha, muchacha,  
 todas las más tenéis aquesta tacha.  
 Amáis lo aborrecible,  
 lo amable aborrecéis, lo provechoso  
 decís que es insufrible,  
 buscáis lo feo, desdeñáis lo hermoso.  
 ¿Qué son vuestros deseos?  
 ¿Qué diablos os halláis en estos feos?  
 ¡Mas ay, amigas mías,  
 estas cañas de azúcar os destruyen!,  
 porque de las vacías  
 ¿cuáles son las valientes que no huyen?  
 ¡Peregrino secreto,  
 pocas veces hallado en el discreto!

(CAMILO, criado del Alférez, con el vestido.)

FORTUNA. Aquí sube un hombre, madre.

TEODORA. ¡Ay, desdichada, si es él,  
 fingir quiero un mal de madre,  
 que no has de salir con él  
 por el siglo de mi padre!

CAMILO. ¿Tengo licencia de entrar,  
 señora, que os vengo a hablar  
 de parte de un caballero?

FORTUNA. Entrad, señor, que no os quiero  
 oído y puerta negar.

CAMILO. El Sargento me pidió  
 que os trajese este vestido.

FORTUNA. ¿No sois su criado?

CAMILO. No.

FORTUNA. ¿Pues de quién?

CAMILO. De otro he sido  
 que el vestido le prestó.

TEODORA. A fe que sois declarado,  
 o no venís avisado.

CAMILO. ¿Qué me habían de avisar?

TEODORA. Que supiérades callar  
 que era el vestido prestado.

Mas yo ya entiendo la flor,  
 por no le dar, como es bueno,  
 quiere fingir el señor  
 que es ajeno, y si es ajeno  
 decid que pierda el temor.

Que se guardará muy bien  
 y se volverá también.

CAMILO. Pésame, por Dios, señora,  
 que en esta opinión agora  
 con nuestro Sargento estén.

Porque, vive Dios, que ha sido  
 del Alférez mi señor,  
 y aun es agora el vestido,  
 que el Sargento os tiene amor;  
 mas ha jugado y perdido.

Esotro está de ganancia,  
 que es un hombre de importancia,  
 don Jorge tiene por nombre,  
 que es el más liberal hombre  
 que hay desde España hasta Fran-

Tiene joyas y cadenas, [cia.  
 telas, cortes y jubones;  
 sortijas, las manos llenas;  
 tiene muy pocas razones,  
 pero las obras muy buenas.

Ayer me dió de barato,  
 por sólo miralle un rato,  
 tres doblones y un sombrero,  
 con unas vueltas de acero  
 y un camafeo retrato.

Mirad ese vestidillo,



y pues es de lo que empresta,  
conoced al hombrecillo.

FORTUNA. No he visto labor como ésta:  
de velle me maravillo.

TEODORA. ¡Ay, hija, qué ricas cosas,  
por cierto linda labor,  
guarnición rica y hermosa;  
¡qué galán es tu señor,  
bobillo!

CAMILO. ¡Oh, vieja raposa,  
cómo se viene al dinero!

TEODORA. Dime, ¿y ese caballero  
sirve alguna dama aquí?  
¿Está enamorado?

CAMILO. Sí.

TEODORA. ¿De quién?

CAMILO. Decírtelo quiero.  
De una mujer que en Milán  
le trujo cierto truhán,  
que después que no la ve  
no la hay que gusto le dé  
de mil que en el campo hay.

Aunque si él os viese a vos  
no hay duda que le tuviese,  
porque yo os prometo a Dios  
que más que un ciento os valiese  
destos doblones de a dos.

Que tenéis una carilla  
tan hermosa y tan gordilla,  
que a mí, con ser un pobrete,  
hasta el alma se me mete  
y el corazón me aportilla.

Y a fe que gaste con vos  
mis tres escudos de paga  
mejor que entrambos a dos.

TEODORA. ¡Ay, amigo, que se estraga,  
y es malo para la tos!

Pero ven acá, gallito,  
barbirrubio, mozalbito,  
¿en mí no podrás tener  
cuatro ratos de placer?

CAMILO. ¡Oh muerte del apetito!

Si me prestases la salsa  
de tu hija, hermosa y bella,  
haciendo una sombra falsa,  
aun pudiera entrar con ella  
sin ahogarme en tu balsa.

¡Mas cómo de otra manera!  
¡qué cien azotes, qué palos!

TEODORA. Anda, necio, considera  
que saben nuestros regalos  
hacer los diamantes cera.

¿Y es malo comer manido,  
como el Príncipe y el Rey  
es de las aves servido?

CAMILO. No comprende esa ley  
a las aves de Cupido.

Que es carne que no se cuece,  
y cuanto más tiesa ofrece  
más sabroso gusto al gusto.

FORTUNA. ¿No es necio?

CAMILO. A lo menos gusto  
de aquello que me parece.

TEODORA. Ea ya, abracémonos,  
que yo apuesto que se haga  
algún hijo entre los dos.

CAMILO. ¡Ay, amigo, que se estraga,  
y es malo para la tos!

TEODORA. ¡Tomad, si sabe pagarse!

FORTUNA. Madre, deje de burlarse  
y sepa su alojamiento.

TEODORA. No te entienda el pensamiento;  
calla, que él vendrá a enredarse.

Yo sé que ya está la liga  
en parte que poco a poco  
se enreda, prende y enliga.  
¿Adónde te alojas, loco?

CAMILO. En la calle nueva, amiga.

TEODORA. Don Jorge, digo.

CAMILO. También.

FORTUNA. Madre, este vestido ten,  
llévale adentro, y el paje  
al punto de aquí se abaje,  
que viene acá arriba.

CAMILO. ¿Quién?

TEODORA. Muestra, esconderéle presto.

CAMILO. ¿Es el Sargento?

FORTUNA. Si él fuera,  
¿qué se aventurara en esto?

(Entrese la vieja con el vestido y váyase CAMILO.)

CAMILO. Adiós.

FORTUNA. Bajad la escalera.  
Descolorida me he puesto.  
¿Cuándo, triste, querrá el cielo  
que salga mi corazón  
de sobresalto y recelo,  
y del poder de un león  
mi pecho de nieve y yelo?

Si ha visto el paje salir  
o si le encuentra al subir,  
a fe que el vestido pobre  
nunca su dueño lo cobre  
ni se le vuelva a vestir.

(Entre el galán CASTRUCHO, con bizarro calzón y co-  
leto, un sombrero de halda grande, capotillo corto,  
y su espada en las manos.)

¡ Oh mi bien !; bien seas venido.  
¿ Qué traes ? Llégate acá.  
¡ Por mi vida ! ¿ Qué has habido,  
que me parece que está  
tu rostro descolorido ?  
¿ Quién te ha dado pesadumbre ?  
¿ Quién entristece la lumbre  
de los ojos de mi cara ?  
¿ Perdiste ?

CASTRUCH. ¿ No es cosa clara  
y de mis manos costumbre ?  
¿ Eso preguntas, Fortuna ?,  
pese aquella de tu nombre,  
aunque con serme importuna  
por tu respeto me asombre  
decille blasfemia alguna.

Lleguéme al cuerpo de guarda,  
donde el mío despoje  
en una gresca gallarda :  
la cadenilla dejé  
revuelta en la banda parda.

Y dejara el asadura,  
que me dejó la ventura  
cual me venga la salud.

FORTUNA. Con gentil solicitud  
nuestro remedio procura.

La cadena me ha jugado.

CASTRUCH. ¿ Qué murmuras entre dientes ?

FORTUNA. Digo que eres desdichado.

CASTRUCH. Cosa que los inocentes  
paguen la vuelta del dado.

Y si empiezo, ¡ vive Dios !,  
de no dejarte ni aun dos  
en esa boca parlera.

¿ Dónde está aquella hechicera ?

FORTUNA. ¡ Malos años para vos !

Guisándote de cenar  
debe de andar, ¿ qué la quieres ?

CASTRUCH. Pues bien la puedes llamar,  
porque hasta los alfileres  
pienso esta noche jugar.

Vuesa merced adivine  
que estoy picado, camine,  
sáqueme cuanto tuviere  
si a espaldarazos no quiere  
que la tulla y arruine.

¿ Qué me mira, relamida ?

Camine, ¡ pesia a Mahoma !

¿ Que no quiere andar ? ¡ Por vida... !

FORTUNA. No me pique.

CASTRUCH. Que la coma  
y entre los dientes divida.

(Entre TEODORA.)

TEODORA. ¿ Qué es esto, hijo ? Detén  
el brazo y cólera fiera ;  
cuanto pidieres te den ;  
no ofendas desa manera  
los ojos que quieres bien.

CASTRUCH. Desvíese allá.

TEODORA. ¿ Conmigo ?

¿ Pues en qué te ofendo, amigo ?

CASTRUCH. Pero diga en qué me agrada...  
¡ Hágase allá, vieja honrada,  
que la pasaré el ombligo !

TEODORA. ¡ Válame Dios !, no es posible  
sino que has perdido.

CASTRUCH. Bueno.

¿ No sabe que es imposible  
dorarme a mí su veneno  
con ese rostro apacible ?

El barbero, aguja y hilo  
la esperan por un estilo,  
si no hacc luego alarde  
de la venta desta tarde.

¿ De qué lloras, cocodrilo ?

¡ Ea, pesia mi linaje ! :  
venga de aquello que trujo  
debajo del brazo el paje.

TEODORA. ¡ Ay, qué gracioso dibujo,  
si fuera punta y encaje !

Venía a saber la hora  
en que el Sargento pudiese  
ver estos ojos que adora ;  
mas no que nada trujese,  
por vida de Teodora.

CASTRUCH. Tengo de hacer un guisado  
de su corazón picado,  
para que esta noche cene.  
¿ Cómo no habla ? ¿ Qué tiene,  
angelito almacigado ?

FORTUNA. Escucho las sinrazones  
con que ya tan sin razón,  
Castrucho, en eso te pones.  
¿ Quién te ha hecho, fanfarrón,  
todo fieros y razones ?

¿ Soy yo, por dicha, tu esclava ?

¿ Esto es lo que me juraba  
esa tu lengua enemiga ?

TEODORA. Tiene razón.

CASTRUCH. ¿ En qué, diga,

quinta agüela de la Cava?

Venga lo que digo luego  
o pondré fuego a la casa,  
porque la abrase otro fuego,  
que ya yo sé que se abrasa  
como yo lo estoy del juego.

TEODORA. ¿Qué te han de dar?

CASTRUCH. Treinta escudos.

TEODORA. Tomáralos en menudos.

CASTRUCH. Menudos corre la tienda.  
¡Miren aquí qué hacienda  
para renta de cornudos!

TEODORA. Aquesa bolsa los tiene;  
toma, y al primer azar  
haz que en otra cante y suene.

CASTRUCH. Pues más que esto me ha de dar,  
porque hoy es fiesta solene.

Venga del oro guardado.

TEODORA. ¿Qué oro, desvergonzado?  
Basta que te tiene, necia,  
Por tesoro de Venecia.

(Meta mano a la daga.)

CASTRUCH. ¡Que aún tienes lengua, pescado!

Aguarde un poco la vieja,  
que yo la asentaré un chirlo  
que cure de oreja a oreja.

FORTUNA. ¡Tente, por Dios!

CASTRUCH. ¿Y a impedirlo  
te vienes tú, mansa oveja?  
¡Desvíate!

TEODORA. Tenle, hija;  
abre el escritorio y dale  
aquella negra sortija.

CASTRUCH. Agradecelde que os vale  
quien os ampara y cobija.

(Entre el capitán HÉCTOR, y el ALFÉREZ y CAMILO.)

HÉCTOR. El ruido nos ha dado,  
señora, ocasión de entrar;  
perdonad si hemos errado,

FORTUNA. Con todo, entrar sin llamar  
pudiera estar excusado.

HÉCTOR. ¿Aqueso juzgáis a mal  
en aquesta ocasión tal?  
¿Quién es este hombre que agora  
os quiso matar, señora?

CASTRUCH. Soy un su hermano carnal.

HÉCTOR. Por cierto así lo parece.  
¿Es soldado?

CASTRUCH. Sí lo soy.

HÉCTOR. ¿Dónde?

CASTRUCH. Donde se me ofrece,  
que para treinta años voy,  
y he servido desde trece.

Sobre Roma con Borbón  
me hallé en aquella ocasión,  
y en Santángel con el Papa  
sobre quitar de la capa  
a Godofre de Bullón.

También he sido estudiante,  
astrólogo y quiromante;  
deme esa mano y verá  
los años que vivirá  
el que lo puede mediante.

JORGE. Oya, que es gracioso humor,  
por mi vida. ¿Es vuestro hermano?

TEODORA. Por tal le tengo, señor.

CASTRUCH. Ya para probar la mano  
da voces el atambor.

Aparéjenme la cena,  
y quédense enhorabuena,  
que llevo treinta del pico,  
y a detenerse tantico  
llevara alguna cadena.

JORGE. Venid acá, por mi vida;  
jugad esto por los dos.

CASTRUCH. Tanto se os alargue y mida  
rogarélo siempre a Dios  
por la merced recibida.

Por el menor eslabón  
os echo una bendición  
y vos a mí dos cadenas;  
si hago dos manos buenas  
mando a mi hermana un jubón,  
que ha días que le merece.  
Adiós, adiós.

(Vase CASTRUCHO.)

HÉCTOR. ¡Bravo humor!

JORGE. Gran bellaco me parece.

¿Queréis hacerme un favor?

FORTUNA. ¿Qué servicio se os ofrece?

JORGE. ¿Es sin falta vuestro tío?

FORTUNA. Sin duda, señor, lo es mío,  
y de mi madre hermano.

HÉCTOR. Por verle alzada la mano  
lo tengo por desvarío.

Ea, por mi fe, señora,  
mirá que tenéis aquí  
tan buenos brazos agora  
que podéis fiar de mí,  
que no viva el hombre un hora.  
Si es acaso espadachín



destos que viven, en fin,  
sin otra renta y caudal,  
no es justo que os trate mal  
y goce este Serafin.

JORGE. Lo que el señor Capitán  
ha dicho debe de ser.  
¿De qué dudosas están?

FORTUNA. Quisiérale responder,  
mas temo lo que dirán.

TEODORA. ¿Qué temes, viendo ocasión  
para que aqueste ladrón  
nos deje vivir en paz?  
Destos cualquiera es capaz  
para dalle un espetón.

FORTUNA. Madre, temo aquel bellaco,  
que si no, yo lo dijera.

TEODORA. Anima ese pecho flaco,  
que honra y provecho mal fuera  
que cupieran en un saco.

Y si no, déjame a mí,  
que yo hablaré por ti.  
¿Hame aqueste de matar?  
¿Quieres por dicha quedar  
sin mi amparo y sola aquí?

FORTUNA. No llores, madre, no llores;  
demos al temor remate,  
que vivo entre mil temores;  
muera porque no te mate  
este laurel de habladores.

Mas pregúntales primero  
qué hombres son.

TEODORA. Aqueso quiero.  
Eso pido y no haya enojos:  
lograda te vean mis ojos  
y libre de aqueste fiero.

HÉCTOR. ¿Hanse concertado ya?

TEODORA. Sí. ¿Quién son vuestras mercedes?

HÉCTOR. El Alférez lo dirá.

JORGE. Mi Capitán es, bien puedes  
hablar adonde él está,  
que debajo de su pie  
está cuanto aquí se ve,  
y él encima de la luna:  
don Héctor es, el de Osuna,  
que primo del Duque fué.

TEODORA. Conozco vuestro valor,  
y bastaba sólo el veros  
para saberlo, señor.  
Breve suma quiero haceros  
de nuestro largo dolor.  
Las dos somos de Castilla,  
de la ciudad de Sevilla;

he criado esta cuitada,  
que me la dejó encargada  
su madre desde chiquilla,  
que murió su buena madre.

HÉCTOR. No llores. ¿Por qué lloráis?

TEODORA. Dios os perdone, comadre,  
y tan buen reposo hayáis  
como el alma de mi padre,  
que murió desesperado.

HÉCTOR. ¿Qué buen lugar le habéis dado!

TEODORA. En efecto, esta chiquita,  
por parecerme bonita,  
hasta agora la he criado.

Hela enseñado a labrar;  
sabe un poco de coser,  
con algo de respuntar;  
sabe escribir y leer  
y por extremo contar.

JORGE. ¿Qué cuenta?

TEODORA. Lo que la dan.

JORGE. ¡Oh, pues esto estad muy cierta  
que todos le acudirán!  
Pero si aquí se concierta,  
mejor partido le harán.

Decid hasta el fin el cuento.

TEODORA. Al fin aqueste ladrón,  
este bellaco sangriento,  
este hablador fanfarrón,  
todo palabras y viento,  
entró en mi casa. ¡Pluguiera  
a Dios que se le quebraran  
las piernas cuando saliera,  
para que nunca tornara  
donde yo le hablara y viera!

Hase alzado con mi hija  
y por el mundo la lleva,  
sin que otro freno la rija;  
y como es bobilla y nueva  
me la mata y desvencija.

Desnúdala cuanto tiene,  
aunque de gran valor sea,  
que jamás a casa viene  
que para aquesto no sea,  
y sólo el callar conviene.

Que porque una vez hablé  
para su defensa yo,  
y a quitársela llegué,  
medio muslo me pasó  
y todo el solfamiré.

HÉCTOR. No llore, madre, no llore;  
que yo le prometo a Dios  
que las costumbres mejore.

TEODORA. Débaoslo, señor, a vos,  
sin que otro favor implore.

Dolcos de este angelillo:  
mirad su rostro amarillo  
y mi cara de cuartago,  
que ha un año que ya no hago  
sino llorar cardenillo.

HÉCTOR. No tengáis de aquesto pena,  
que yo os alzaré del cuello  
aquese yugo y cadena.

TEODORA. Sólo vos podéis hacello,  
cara honrada, cara buena.

Entiérreme Dios con buenos,  
no me dé vida entre malos:  
con éstos se viene a menos,  
los otros hacen regalos,  
de virtud y gracia llenos.

HÉCTOR. ¡Qué bendita es la viejaza!

JORGE. Y pica la zorra muerta  
más que pimienta o mostaza.

(*Entren ESCOBARILLO, criado, y CASTRUCHO.*)

ESCOBAR. El Sargento está a la puerta.

HÉCTOR. Pues entre, que haremos plaza.

FORTUNA. ¡Ay, señor, pobre de mí,  
que la palabra le di  
de irme con él a cenar!

HÉCTOR. Bien se la podéis quebrar  
y echadme la culpa a mí,  
que yo soy su Capitán.

(*Entre el SARGENTO.*)

SARGENTO. ¡Oh, señores! ¿Acá están?

HÉCTOR. Como tordos que desean  
las guindas que colorean,  
sobre que pican y dan.

ALVARO. ¿Vuesa merced no sabía  
que era aquesto cosa mía?

HÉCTOR. No, a fe, que si lo supiera  
o no viniera, o me fuera.

ALVARO. Merced de la compañía.

JORGE. No le he dicho nada yo,  
que el Capitán me ha traído,  
que a cenar me convidó.  
¿Es aquí lo del vestido?

ALVARO. ¿Que no lo supistes?

JORGE. No.

ALVARO. ¿Pues qué hace Camilo aquí?

JORGE. Preguntadme la primera  
camisa que me vestí.  
¡Por Dios, sin razón se altera!

ALVARO. Y ella búrlese de mí.

Tome su manto, camine.  
¿Qué mira? Camine luego.

(*Entrese FORTUNA.*)

HÉCTOR. No hay para qué se amohíne,  
señor Sargento.

ALVARO. Estoy ciego;  
no es mucho que desatine.

Perdonad, señor, por Dios,  
y servíos della vos;  
pero don Jorge no crea  
que en ese gusto se vea.

JORGE. Ea, reportémonos.

HÉCTOR. Tiene razón el Sargento,  
que la convidó a cenar;  
llevadla a vuestro contento,  
y yo os quiero acompañar.

ALVARO. Eso, señor, no consiento;  
yo solo la llevaré;  
beso, señor, vuestras manos.

(*Vase el SARGENTO.*)

HÉCTOR. Basta, Alférez, que se fué.

JORGE. Desvanecimientos vanos  
y dichos sin para qué.

HÉCTOR. Pues por vida de mi vida  
que no ha de llevarla, si es  
Rodamonte quien lo impida,  
hasta que pasado un mes  
de limosna me la pida.

JORGE. ¿Pues quiere vuesa merced  
quitársela?

HÉCTOR. Y aun dejalle  
arrimado a una pared.

JORGE. Pues bajemos a la calle,  
que me hacéis grande merced.

(*Entrese DON HÉCTOR y DON JORGE.*)

TEODORA. Habládose han de secreto  
Alférez y Capitán;  
Zamora queda en aprieto  
si algún rebato le dan  
a aqueste mozo pobreto.

Quiero estar atalayando.  
¡Ah, muchacha! ¿No respondes?  
Deben de quedarse armando;  
de concierto están los Condes  
hermanos, Diego y Fernando.

(*Entre CASTRUCHO.*)

CASTRUCHO.

En dos suertes no más, pese a mi abuelo,

porque engendrarse al padre que me hizo  
y que lo pierda yo con un mozuelo.  
Que ni el dado cargado ni el hechizo  
me sirvan más que al otro su inocencia (1)  
que máquina tan grande, un seis deshizo.  
¿Podrá con mi desdicha mi paciencia?  
¿Adónde vas, Escobarillo?

ESCOBARILLO.

¡Ay triste,  
qué mal que tratan por allá tu ausencia!

(Entre ESCOBARILLO.)

CASTRUCHO.

¿Qué hay de nuevo?

ESCOBARILLO.

Lo vi (2).

CASTRUCHO.

¿Qué es lo que viste?  
¡Vomita luego lo que sabes, perro!

ESCOBARILLO.

Yo lo diré: que así como te fuiste,  
aquella vieja infame, aquel cencerro  
que en la garganta de tu dama suena  
para llamar a su ordinario yerro,  
al que te dió, Castrucho, la cadena  
y al otro Capitán les ha contado  
toda tu historia, de mentiras llena.  
Al fin les ha pedido y enargado  
que te quiten la vida.

CASTRUCHO.

¿Y qué dijeron  
el uno y otro fanfarrón soldado?

ESCOBARILLO.

Hacerte cuatro cuartos prometieron.

CASTRUCHO.

Más que eso entre mujeres hablarían.  
¿Y fueron a buscarme?

ESCOBARILLO.

Juntos fueron;  
y fuera desto, al tiempo que salían  
entró el Sargento que le dió la banda,  
y aunque los dos lo mismo pretendieron,

(1) En los tres textos dice "ignorancia", que no rima con "paciencia" ni "ausencia".

(2) En los tres textos, "Lo que vi", que hace el verso largo.

delante dellos fué por la baranda,  
llevándola a empujones, y yo creo  
que a bofetones la gobierna y manda.

CASTRUCHO.

Ahora es tiempo, ¡ah brazo giganteo!,  
que muestres tu valor. ¿Por dónde iría?

ESCOBARILLO.

Cerca, que aún desde aquí la calle veo.

CASTRUCHO.

Pues alto, Escobarillo, allá me guía,  
que quiero hacer pedazos este mozo  
con mi siempre dichosa valentía.  
Echate al rostro, pícaro, el rebozo,  
y no hagas más que ver, poniendo en lista  
la mortandad de mi cruel destrozo.  
Porque si acaso fueres coronista  
o dieres algún tiempo en ser poeta  
escribas la verdad como de vista.  
¿Has visto por el aire la cometa?  
¿Has visto el trueno horrisono y el rayo?  
¿Has visto el disparar de una escopeta?  
Pues desta suerte a batallar me ensayo,  
y más veloz y mucho más ligero  
doy enemigos al mortal desmayo.  
¡Oh poderoso Dios, ¿qué Orlando fiero,  
qué fuerte Aquiles sobre Troya hizo  
lo que sobre mi dama hacer espero?

ESCOBARILLO.

O me tiene el temor antojadizo,  
señor Castrucho, o el Sargento es éste.

CASTRUCHO.

¡De cólera, por Dios, me atemorizo!  
Tan eiego estoy, que porque no le cueste  
tantas vidas al mundo el meter mano,  
quiero esperar que el fanfarrón se apreste.  
Arrímate a una esquina, que es en vano  
estorbar la venganza y el cuchillo,  
que soy fiero león con rostro humano  
y este pobre Sargento corderillo.

(Arrímanse a una parte CASTRUCHO y ESCOBARILLO,  
El SARGENTO y FORTUNA.)

ALVARO. Para mi satisfacción...

FORTUNA. Creedme, señor Sargento,  
que no es tan de pluma y viento  
mi femenil corazón.

Si Alférez y Capitán  
se me entraron sin licencia,  
¿pude yo hacer resistencia?



ALVARO. Es don Jorge muy galán.  
¿Quién duda que no lo es vuestro?

FORTUNA. ¿Mío, don Alvaro?

ALVARO. Pues  
si le visteis, vuestro es.

FORTUNA. ¿Que cuanto vemos es nuestro?

ALVARO. Por fuerza, aunque no queráis;  
mayormente, que yo sé  
que sólo a busearos fué;  
pero al fin conmigo vais.

Y pues que conmigo os llevo,  
yo os pondré, si vos queréis,  
adonde segura estéis.

(Haga CASTRUCHO muestras de querelle acometer a lo lebrón.)

FORTUNA. Todo aqueso y más os dcho.

(Salgan DON JORGE, Alférez, y dos soldados, MENDOZA y GUZMÁN.)

ALVARO. Tres hombres muy embozados  
a las espaldas nos vienen,  
si ellos malas manos tienen  
no escapamos de robados.

Porque uno para tres  
es muy desigual partido.

JORGE. Este es el que me ha herido.  
Meted mano.

GUZMÁN. ¿Es 'él?

JORGE. El es.

MENDOZA. ¡Muera el ladrón!

ALVARO. ¡Ah, traidores!  
¡Tantos para solo un hombre!

(Los soldados le lleven a DON ALVARO a cuchilladas y quédese DON JORGE.)

JORGE. Vuesa mereed no se asombre,  
que no somos saltadores.

El Alférez soy, mi vida.

FORTUNA. ¿El Alférez?

JORGE. Sí, por Dios.

FORTUNA. ¿No eran amigos los dos?

JORGE. ¿Qué habrá que el amor no impida?

Veníos conmigo, mi bien.

FORTUNA. ¡Ay, señor! ¿Qué gente es ésta?

JORGE. Paréceme que se apresta.

(Entre el CAPITÁN, y PRADELO y BELARDO, sus criados.)

HÉCTOR. ¿Fuése el Alférez?

PRADELO. También.

¡Qué solos nos han dejado!

HÉCTOR. No se fué sin ocasión,

que a fe que está el fanfarrón  
de la ramera picado.

BELARDO. ¡Pesia tal!, sí está.

HÉCTOR. Espera;

ella es, y éste el Sargento,

¡acuchilladle al momento!

PRADELO. ¡Muera el castellano, muera!

JORGE. ¿Tantos a uno, ladrones?

HÉCTOR. ¡Seguilde, matalde!

JORGE. ¡Ay, triste!

(Váyanse todos tras él acuchillándole; quede FORTUNA sola.)

(Sale CASTRUCHO, que ha estado a la mira, la espalda desnuda.)

CASTRUCH. Agora sí que reñiste,  
Castrucho, por seis leones.

¿Qué hace la muy probada?

FORTUNA. ¿Quién es?

CASTRUCH. ¿Ya no me conoce?

FORTUNA. Sino es que se desemboce.

CASTRUCH. A dalle una bofetada.

Yo soy el que la he quitado

a los que de aquí se van,

Alférez y Capitán,

y al Sargentillo alcorzado.

Camine a casa, badana,

FORTUNA. ¡No me des, triste de mi!

CASTRUCH. Eche luego por ahí;  
camine, flaqueza humana.

FIN DEL PRIMER ACTO.

## ACTO SEGUNDO

### FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

ESCOBARILLO.	El GENERAL.
LUCRECIA.	CASTRUCHO.
FORTUNA.	DON JORGE, alférez.
TEODORA.	DON ALVARO, sargento.
DON RODRIGO, Maesse de Campo.	DON HÉCTOR, capitán.
	Un PAJE del GENERAL.

(CASTRUCHO y ESCOBARILLO.)

ESCOBARILLO.

Está media campaña alborotada  
porque el Sargento piensa que el Alférez  
la dama le quitó con sus soldados,  
y el Alférez, señor, lo mismo piensa  
del Capitán; y aunque verdad fué todo,  
en pensar que la dama está escondida  
en la casa y poder del victorioso,

parecen todos tres un mismo engaño,  
que tú la gozas, hablas y requiebras.

CASTRUCHO.

Eso es tener los hombres sangre y cólera.  
Fuera gallinas, no conmigo bríos,  
que de todos aquecos que presumen  
ser gallos de mi dama, antes de un hora  
les cortaré las erestas y haré dellas  
un sabroso potaje y una epítima  
para templar del corazón la furia:  
mal conoces la espada de Castrucho,  
sola en el mundo y heredada de Hércules.

ESCOBARILLO.

¿Hércules trujo espada, o sólo un tronco  
de un roble, abierto por sus propias manos?

CASTRUCHO.

El Tebano es aqueco, piearito,  
y el español el que yo digo agora,  
que no mató las fieras de los campos  
sino que conquistó ciudades y hombres;  
pero vengamos a lo que hace al caso.  
El maese de Campo don Rodrigo  
me dicen que es un hombre apasionado  
por estos que vivimos de la hoja,  
y que en sabiendo que hay algún valiente  
que tenga ya por sus hazañas nombre,  
confirmado en el mundo por su fama,  
le da su mesa y cama y favorece;  
quiero que me conozca y que se informe  
de mis temeridades y locuras,  
y sepa lo que soy con una espada,  
porque con su favor todos aquestos  
huyan de mí, como las brujas huyen  
la siempre verde ruda y amapolas.

ESCOBARILLO.

¿De manera que a eso vienes?

CASTRUCHO.

Vengo

a buscar un eseuco de fortuna  
contra la fuerza, envidia y la malicia.  
¡Oh, pesa tal! El Capitán es éste;  
y me ha visto, sin duda.

ESCOBARILLO.

Pues no huyas,  
que puedes engañarle fácilmente.

CASTRUCHO.

¿Trae cuadrilla?

ESCOBARILLO.

Su ordinaria gente.

(Entre el CAPITÁN, y PRADELO y BELARDO, soldados.)

HÉCTOR. ¿En efecto sospecháis  
que el Alferez la enecontró  
después que allí me huyó  
y el indio eonfirmáis?

BELARDO. ¿Pues quién lo duda, si acaso  
no se la tragó la tierra,  
que en diciendo España y cierra  
alargó la hembra el paso?

Como él la ealie huyó,  
allí donde le perdimos  
mientras a buscarle fuimos  
ella con él se enecontró.

ESCOBAR. Llégame primero a hablar.

CASTRUCH. ¡Calla!

ESCOBAR. ¿De qué estás medroso?

CASTRUCH. ¡Oh, Capitán valeroso!

HÉCTOR. ¡Bravo eneuentro!

CASTRUCH. ¡Bravo azar!

HÉCTOR. ¿Dónde bueno?

CASTRUCH. En busca tuya  
ando desde esta mañana.

HÉCTOR. ¿Cómo?

CASTRUCH. Sabe que mi hermana  
perdió la sobrina suya.

HÉCTOR. ¿Quién, la señora Fortuna?

CASTRUCH. Fortuniea, pesa mí,  
que desde que ayer te vi  
anda corriendo fortuna.  
¿Y cómo donde tú estás,  
que eres digno de una Elena,  
de una Dánae o Alcumena,  
o si hay más que Venus, más,  
un Sargentillo, un medio hombre,  
un tu soldado, que ayer  
tu mano le pudo hacer  
con darle esa plaza y nombre,  
ha de gozar una dama  
que se trujo para ti  
desde España, que hasta allí  
llega la voz de tu fama?

Vuelve, señor, por tu honra;  
que a saber ayer quien eras  
yo hiciera que no tuvieras  
este disgusto y deshonra.

Que luego te la entregara  
para que gozaras della,  
sin que se alzara con ella  
quien... Mas eostarále cara.

Que sin que nadie la pida  
de tu parte, yo le haré  
que lo que es tuyo te dé,  
o le quitaré la vida.

HÉCTOR. ¿Cómo, cómo? ¿Que el Sargento,  
sabiendo que tú traías  
esa mujer, en dos días  
tenga tanto atrevimiento?

¿No eres tñ el hombre que ayer...?

CASTRUCH. Si, señor, el mismo soy,  
que por tu servicio estoy  
en guarda desta mujer.

Yo la truje de Sevilla,  
que en un corro de Guzmanes,  
tratando de Capitanes,  
te dicron la primer silla.

Contaron de tus grandezas,  
de tus liberalidades,  
tus heroicas amistades,  
lauros, hazañas, proezas.

Estaba entonces gozando  
esta muchacha su 'flor;  
enamorando al Amor,  
y en lugar de Amor matando.

Tierna como una patata,  
más colorada que rosa,  
más que el azúcar sabrosa  
y más limpia que la plata.

Duques, condes y marqueses  
desempedrañan su calle;  
mozalbitos de buen talle,  
puntas, tajos y reveses.

Pero desta confusión  
la saqué, a pesar de todos,  
que soy sangre de los godos  
y bramo (1) más que un león.

Y pues la truje hasta aquí,  
tanta tierra y tanta mar,  
tú sólo la has de gozar.  
¡Fuera, guárdense de ahí,  
que voy de cólera ardiendo!  
¿Dónde está el Sargento, dónde?  
Ya la muerte me responde  
que el arco está apercibiendo.

¿Dónde te hallaré después?

HÉCTOR. Paso, que estoy informado  
de que sois muy hombre honrado.

BELARDO. Y harto ligero de pies.

¿No es gracioso el fanfarrón?

PRADELO. ¿Cuándo has visto tú rufián  
que no parezca Roldán  
y sea después lebrón?

¡Pese a tal con el picaño!

HÉCTOR. Belardo, aunque es éste un loco,  
lo que dice no es tan poco  
que no resulte en mi daño.

Ya veo que es hablador;  
pero la mujer me agrada,  
y yo sé que está encerrada  
más de fuerza que de amor.

Vamos los tres a buscar  
este Alférez, que yo sé  
que él me la dará, aunque esté  
hecho de amores un mar.

¿Cómo os llamáis?

CASTRUCH. ¿Yo, señor?  
Castrucho, a vuestro servicio.

HÉCTOR. ¿Y traéis aqueso oficio?  
¿No sabéis otro mejor?

CASTRUCH. Calla, príncipe, que quiero  
que goces de hoy más mil damas  
y que deshagas más famas  
que cortó cabezas Nero.

Traeréte dos mil mozuelas,  
y no de aquestas perdidas,  
sino las de ayer nacidas,  
con su flor como ciruelas.

Vete en paz y goza aquésta,  
que a la tarde la tendrás.

HÉCTOR. Soldados, ¿hay que oír más?

SOLDADOS. No hay en el mundo otra fiesta.

HÉCTOR. Ahora bien, vamos de aquí.

CASTRUCH. ¿Dónde a la tarde estarás?

HÉCTOR. A la plaza me hallarás.

(Váyase el CAPITÁN y los soldados.)

CASTRUCH. ¿Qué te parece de mí?

ESCOBAR. Que todas tus cosas van  
por un camino acertado.

CASTRUCH. ¡Con qué soberbia he hablado  
a aqueste vil Capitán!

¿Puédese ver en el 'mundo  
tal término de tratar?

ESCOBAR. A lo menos de hablar.

CASTRUCH. ¿Qué dices?

ESCOBAR. Que es sin segundo,  
y que hablaste como un Cid.

CASTRUCH. ¿Qué es Cid adonde yo estoy,  
que el Hércules mismo soy  
y el gigante de David?

(Espántese.)

(1) En los tres textos dice "beuo", que parece error evidente.



Guarda, ¡pesia tal! ¿Quién es este que viene hacia aquí?

ESCOBAR. El Sargento es, pese a mí.

CASTRUCH. ¿Aprctaremos los pies?

ESCOBAR. ¿Sicndo tú tan gran gigante, quieres que huyamos de un hombre?

CASTRUCH. ¿Pues he de afrentar mi nombre menos que con otro Atlante?

(Entre el SARGENTO.)

ALVARO. No hay que fiar en la tierra buena fe de amigo ingrato, pues que se usa tan mal trato en el valor de la guerra.

A Fortuna me quitaron ciertos bisoños ayer; maraña dcbió de ser que entre amigos me trazaron.

A los alcances le voy algún fingido, que creo que da rueda (1) a su deseo porque su Sargento soy.

Pues cortaré los pasos aunque pierda el alabarda, pues tan mal la amistad guarda en los amorosos casos.

¿Castrucho no es éste? Sí.—

¿Qué hay de nuevo?

CASTRUCH. ¡Pesia tal!, poco bien y mucho mal.

ALVARO. ¿Y mucho mal? ¿Cómo así?

CASTRUCH. ¿Este Alférez, este nada, este bizarro Sansón, descalzo, con almidón y doncella por la espada.

Este te había de quitar con bellacos en cuadrilla mujer que desde Sevilla te vino a Italia a buscar?

¿Sabes dónde le hallaré?, que le voy a desmentir.

ALVARO. Espera, no te has de ir desuerte.

CASTRUCH. ¡Suéltame! ¡Suéltame, pese a mis males, que no suelo yo comer de más renta que vender las espadas de hombres tales!

¡A ti un Alférez, a ti, que tienes fama en el mundo

de ser un Héctor segundo, que casi te igualo a mí!

¿Por qué me detienes? Deja que esta cólera ejecute.

ALVARO. No es bien que a mí me repunte de traidor nadie en su queja.

¿Que el Alférez era aquel que anoche en cuadrilla vino?

CASTRUCH. El que te salió al camino y dos soldados con él.

Que la vicja, a puntillazos, me ha contado lo que pasa, que fué el concierto en su casa y aun por ventura en sus brazos.

Ea, que a matarle voy.

ALVARO. ¡Detente, loco!

CASTRUCH. ¿Aún me tientes?

ALVARO. Con buenas nuevas me vienes; por darte albricias estoy.

Porque ha no sé cuántos días que encontrarme deseaba con el Alférez, que andaba apuntado en cosas mías.

¡Tan gran traición, vive Dios...!

(Meta mano el SARGENTO, espántese CASTRUCHO.)

CASTRUCH. ¡Válgate el diablo!

ALVARO. Esta espada no está, por dicha, manchada de otro mejor que no vos. ¿En cuadrilla para mí y por quitarme mi gusto? ¿Justo es esto? ¿Aquesto es justo?

CASTRUCH. El diablo te diga sí.

Temblando estoy, Escobar, no me dé algún espetón, que una espada es tentación de hombre enseñado a matar.

ALVARO.

Agora estés, don Jorge, mal nacido, en el cuerpo de guarda, o en la plaza, o con el Capitán, o divertido en ver del rebellín la nueva traza, o estés comiendo, o a placer dormido, o en gresca y juego, o en campaña rasa, que donde quiera volverá manchada de tu villana sangre aquesta espada.

(Váyase.)

CASTRUCH. ¿Fuése ya?

ESCOBAR. ¿Pues no se fué?

CASTRUCH. Míralo bien si ha traspuesto.

(1) Quizá deba decir "rienda".

ESCOBAR. Dígote que sí.

CASTRUCH. Y más presto  
de lo que yo imaginé.

Que a fe que si se esperara  
que por lo mucho que habló  
quizá le asentara yo  
algún chirlo por la cara.

Soldaditos de vinagre,  
que en viendo un hombre se mueren,  
y como estudiantes quieren  
retularse con almagre.

¡Qué vitor y qué nonada!  
Vitor, Castrucho, no más,  
que es el propio Barrabás  
la punta de aquesta espada.

(Entre LUCRECIA, dama milanese, en hábito de hombre.)

LUCRECIA. Por rastro que he traído  
aquí he de venir a hallar  
aquel huésped fementido,  
otro Eneas en dejar  
muerta la segunda Dido.  
¡Oh soldado injusto y ciego!  
A mi deshonor y ruego,  
a ti mismo haces ultraje,  
que en pago del hospedaje  
pones a la casa fuego.

Un Alférez hospedé  
en Milán, de donde soy,  
a quien el alma entregué,  
segunda casa que doy  
para aposentar la fe.  
Más que fe, huésped traidor,  
falso, alevé, engañador,  
que no es fe la fe fingida,  
pues me has llevado la vida  
y a vueltas della el honor.

Gente me mira, ¡ay de mí!  
¿Si han entendido mi engaño?  
ESCOBAR. ¿Buscáis algo por aquí,  
gentil hombre?

LUCRECIA. Busco el daño  
de todo el bien que perdí.

ESCOBAR. ¿Qué perdiste?

LUCRECIA. Quien solía  
servir de noche y de día.

ESCOBAR. ¿Que amo andáis a buscar?

LUCRECIA. Si yo le pudiese hallar,  
más que dichoso sería.

CASTRUCH. ¿Qué es aqueso, Escobarillo?

ESCOBAR. Un gracioso pajecillo  
que busca un amo y asaz

es apropiado el rapaz  
para ser alcagüetillo.

CASTRUCH. ¿De dónde ercs?

LUCRECIA. De Milán.

CASTRUCH. ¿Eres noble?

LUCRECIA. Solía ser.

CASTRUCH. ¿Cómo te llamas?

LUCRECIA. Beltrán.

CASTRUCH. Eres mujer.

LUCRECIA. ¿Yo mujer?

¿Juraréislo vos, galán?

Siempre a cualquier hombre noble  
suele afeminar al doble  
la madre Naturaleza:  
no juzguéis por la corteza,  
que tengo el alma de roble.

CASTRUCH. ¿Cuándo veniste?

LUCRECIA. Anteayer.

CASTRUCH. ¿Has tenido que gastar?

LUCRECIA. Y que jugar y perder.

CASTRUCH. ¿A qué has perdido?

LUCRECIA. Al parar.

CASTRUCH. Propio juego de mujer.

Vive Dios que lo pareces.

LUCRECIA. Santiguaréme mil veces.

Hermano, téngase allá.

CASTRUCH. ¿Este es hombre?

ESCOBAR. ¡Claro está!

¿En eso te desvaneces?

CASTRUCH. ¡Vive Dios que es como oro  
para el oficio!

ESCOBAR. Pues no;  
digo que vale un tesoro.

LUCRECIA. Harto mejor era yo  
para ser de quien adoro.

ESCOBAR. Conciértale. ¿Por ventura  
querrá servirte?

CASTRUCH. Eso quiero,  
aunque en talle y compostura  
parece tan caballero  
cuanto hembra en la hermosura.

Di, Beltrán, ¿quieres estar  
conmigo?

LUCRECIA. ¿Pues no, señor,  
si un amo vengo a buscar?

CASTRUCH. Mientras le hallas mejor.  
me puedes acompañar.

LUCRECIA. ¿No eres soldado?

CASTRUCH. Sí soy.

LUCRECIA. ¿Y de quién?

CASTRUCH. Sin plaza estoy,  
que he venido aventurero

por una mujer que quiero  
a quien el alma le doy.

LUCRECIA. ¿Y tiénesla aquí contigo?

CASTRUCH. Aquí, en cierto alojamiento  
que es rancho de un grande amigo.

LUCRECIA. Ahora con más contento  
a tu servicio me obligo.

CASTRUCH. Pues, sus, alto, aquesto es hecho;  
ya estás conmigo.

LUCRECIA. Y estoy  
de tu valor satisfecho.

CASTRUCH. Valdráte, a fe de quien soy,  
un infinito provecho,  
que esta mujer, Beltranico,  
es mujer.

LUCRECIA. Ya estoy al cabo.  
Ea, que a todo me aplico.

CASTRUCH. Por Dios, igualmente alabo  
tu discreción, gracia y pico.

LUCRECIA. Para decir que es mujer  
destas que hacen placer  
es menester más rodeo;  
¡vive Dios!, verla deseo,  
que quiero echarme a perder.

CASTRUCH. Paso, paso, no tan hombre,  
que no es ese vuestro oficio.

LUCRECIA. Mal me conoces el nombre,  
pues si empiezo a echar de vicio  
haré que el rapaz te asombre.

CASTRUCH. Ea, pues llévale a casa  
porque Fortuna le vea.

LUCRECIA. ¿La Fortuna? ¿Aquesto pasa?  
Rogarle quiero que sea  
en mis desdichas escasa.

ESCOBAR. Llámase la dama así.

LUCRECIA. ¿De veras?

ESCOBAR. Vente tras mí.

LUCRECIA. Guía por aquesta calle.

(Vanse LUCRECIA y ESCOBARILLO.)

CASTRUCH. ¡Qué rapaz 'de tan buen talle!  
Que era mujer presumí.

Ahora, sus, esto se ordena  
a mi gusto, y va en su punto;  
mas si rompe la cadena  
temo que me venga junto  
el galardón y la pena.

Pero si de aquesta suerte  
ordeno a los tres la muerte...  
Mas, ¡ay!, el Alférez viene,  
que le engañe me conviene;  
permítame el cielo que acierte.

(Comienza a dar voces.)

(Entre el ALFÉREZ.)

¿Hase visto maldad tan manifiesta?  
¿Hay en el mundo enredo como aqueste,  
que ordenen convidarle a mesa puesta  
porque la vida al pobre Alférez cueste?  
¿Adónde le hallaré?

JORGE.

¿Qué voz es esta?  
¿Qué Alférez? ¿Qué maldades? ¿Qué hombre  
[es este?  
¡Hola, soldado! ¿Qué decís? ¿Qué es eso?

CASTRUCHO.

Despacio voy para tan mal suceso.

¡No me faltaba más sino pararme!

JORGE.

¡Teneos, por vida mía!

CASTRUCHO.

¿Qué es tenerme?  
Voy a avisar a un hombre que se arme,  
porque inocente entre enemigos duerme.

JORGE.

El hombre y el suceso has de contarme,  
aunque supiese...

CASTRUCHO.

Paso, sin ponerme  
la mano al pecho, y así en breve digo,  
que a don Jorge buscaba.

JORGE.

Ese es mi amigo.

CASTRUCHO.

Pues a éste le ordenan dura muerte  
su Capitán y Alférez (1), y han trazado  
convidalle a comer, que desta suerte  
le dejarán el pecho atosigado;  
mas la verdad, que es invencible y fuerte  
que el mundo juzga del celeste estrado,  
quiere que yo lo escuche y que le avise  
para que viendo el áspid no le pisc.  
¿Conocéis a don Jorge? Encaminadme  
para que luego la verdad le diga.

JORGE.

Paso, yo soy.

(1) Es descuido decir "Alférez" en lugar de  
"sargento", que es de quien se trata; pero el verso  
resultaría largo si no se escribía de otro modo.



CASTRUCHO.

¿Vos?

JORGE.

Yo.

CASTRUCHO.

La mano dadme,  
que bien ha sido de la vuestra amiga.

JORGE.

Tomad, señor, y una cadena echadme,  
que a ser muy vuestro para siempre obliga  
la gran merced que ahora me habéis hecho,  
que eternamente vivirá en mi pecho.

¿Dónde lo oíste?

CASTRUCHO.

¿Cómo adónde? Ahora,  
en este punto y en aqueste puesto,  
que lo trató con intención traidora  
el fiero Capitán.

JORGE.

¡Cielos! ¿Qué es esto?

CASTRUCHO.

Sirven, según entiendo, una señora  
de trató no muy lícito ni honesto,  
adonde pienso yo que os vi una tarde  
con estos hombres, de quien Dios os guarde.

JORGE.

Ya me acuerdo de vos, y por más señas,  
cierta cadena os di.

CASTRUCHO.

Ya está perdida.

JORGE.

Este pensaba dar a aquellas dueñas;  
pero es mejor que vuestros dedos mida.

(Dale un anillo.)

CASTRUCHO.

Con tu nobleza romperás las peñas;  
guárdate de aceptar cena o comida.

JORGE.

Idos con Dios, que he de meter la guarda.

CASTRUCHO.

Respete el suelo lo que el cielo guarda.

(Váyase CASTRUCHO.)

JORGE.

¿Esto se sufre, Capitán ingrato?

¿Sargento, esto se sufre, por ventura?  
¿Que puede haber en hombres tan mal trato,  
y más en el Sargento, que es mi hechura,  
si a traidores imito, si retrato  
su fiera crueldad, injusta y dura?

¿Cómo no me dispongo a la venganza  
con tan bastante causa y esperanza?

Bien sospechaba yo que la cuadrilla  
que aquella noche me quitó la dama  
era del Capitán la gentecilla,  
que desde que la vió la adora y ama:  
no le basta gozalla y persuadilla,  
sino que juntamente se disfama  
con procurar matarme. ¡Santos cielos,  
para tan breve amor tan graves celos!

(Entre el SARGENTO.)

ALVARO.

Don Jorge es éste, yo he de hacer de suerte  
que le retire de este puesto infame,  
no me cueste la vida el darle muerte  
y entre lugar mi sangre se derrame (1).

(Entre el CAPITÁN.)

HÉCTOR.

Tal es la rabia y el coraje fuerte,  
que he de enviar un paje que le llame;  
mas ya no hay para qué, si está en el cuento.  
Don Alvaro es aqueste, y mi Sargento.

JORGE.

Trazando voy de mi venganza el modo.

ALVARO.

¿De qué manera podré yo matalle?

HÉCTOR.

¿También don Jorge? A entrambos me acomodo.  
[do.]

JORGE.

El Capitan es éste, quiero hablalle.  
¿Mas qué digo? De manga viene todo,  
pues don Alvaro viene a acompañalle:  
metamos mano, brazo y defendamos  
la parte de nobleza que heredamos.

(Mete mano el ALFÉREZ y luego SARGENTO y CAPITÁN.)

HÉCTOR.

¿A matarme venís y acompañado?  
¿En que, señor don Jorge, os he ofendido?

(1) Así los tres textos. Quizá deba leerse: "y en su lugar mi sangre se derrame"; y en el verso anterior, será "se" y no "le".

ALVARO.

No basta que la dama me han quitado,  
sino que darme muerte han pretendido.

HÉCTOR.

Es buena libertad la que han usado.  
¿Espada para mí?

JORGE.

¿Tan mal servido  
has sido de don Jorge que esto hagas?  
¿Y a mí también, señor, tan mal me pagas?

(Entre TEODORA.)

TEODORA. ¿Qué es esto, hijos, qué es esto?

¿Espadas desenvainadas  
los tres en aqueste puesto!

HÉCTOR. ¡Hola! Envainá las espadas.

¿Qué me miráis? Luego, presto.

JORGE. No la saco por tu ofensa,  
sino para mi defensa,  
porque me quieres matar.

ALVARO. Y yo la vine a sacar  
por lo mismo que éste piensa (1).

HÉCTOR. ¿Yo matarte, Alférez?

JORGE. Sí,  
sobre quitarme la dama.

ALVARO. De eso me quejo de ti,  
Alférez, pues corre fama  
que me la has quitado a mí.

Y por aquesta maldad  
vine a romper tu amistad,  
que me la has de dar, por Dios.

HÉCTOR. Yo me quejo de los dos;  
mirad quién dice verdad,  
que uno de los dos la tiene,  
y anoche me la llevó.

TEODORA. Paso, hijos, que os conviene,  
que estoy de por medio yo.

JORGE. Mirad la paz que nos viene.

TEODORA. Pues si a mí me ven en medio,  
¿no han de decir sin remedio  
que por mi pie de ternera  
reñís de aquesa manera?  
Sosegaos; búsqese un medio.  
¿Por qué reñís?

HÉCTOR. Madre mía,  
que a tu hija les quité  
dicen con igual porfía.

JORGE. El la tiene, y yo lo sé,  
y aun decir dónde podría.

ALVARO. No la tiene el Capitán,  
que vos la tenéis.

JORGE. ¿Yo?

¿Vos!

HÉCTOR. Ved qué conformes están,  
y a fe que está entre los dos.

TEODORA. Digo que es cuento galán.  
¿Quién lo ha dicho?

HÉCTOR. Castrucho.

TEODORA. ¿Y a vos?

JORGE. El mismo

TEODORA. ¿Y a vos?

ALVARO. Castrucho también.

TEODORA. No es mucho,  
porque él la tiene, por Dios.

HÉCTOR. ¿Qué oigo?

ALVARO. ¿Qué veo?

JORGE. ¿Qué escucho?

TEODORA. Digo que él mismo la trujo  
anoche, y durmió con ella.

HÉCTOR. ¡Oh bellaco!

TEODORA. Es medio brujo;  
harto esta noche por ella  
mis tristes ojos estrujo.

HÉCTOR. ¿Que a los tres nos la ha quitado?

ALVARO. ¿Que esta noche la ha gozado?

JORGE. ¿Que nos burlase a los tres?

TEODORA. Verdad lo que digo es,  
que mis carnes lo han pagado;  
que acostada estaba yo  
y salí con un candil  
a las palmadas que dió.  
Cruces hice más de mil,  
porque la sangre me heló.

Si le hubierais dado muerte  
cuando yo os lo supliqué  
no os burlara desta suerte,  
ni yo, que no lo pequé,  
me viera en trago tan fuerte.

Que porque estaba acostada  
y él fuera de la posada,  
en mis carnes pecadoras  
me pegó más de dos horas  
con una sogá doblada.

HÉCTOR

Ea, soldados, no se sufra aquesto:  
vamos en busca del rufián infame.

JORGE.

Vamos, que no se excusa en cualquier puesto  
que aquella sangre bárbara derrame.

(1) En los tres textos dice "piensas".

ALVARO.

A darle dos mil palos voy dispuesto.

HÉCTOR

Para eso haced que un pícaro se llame;  
mas donde no hay afrenta, pues no cabe,  
mejor será que de una vez acabe.

*(Váyanse los tres, quede TEODORA.)*

TEODORA. Agora quedo contenta,  
que van a darle Santiago:  
de su sangre estoy sedienta,  
y por beberla de un trago  
el corazón me revienta.

¡Muere, tirano, eso sí,  
y déjame libre aquí,  
que si hoy no te acabaran  
tirano te confirmaran  
de aquel ángel y de mí.

Quiero entrar en San Clemente  
mientras pasa tanto mal;  
¿mas qué ruido es este y gente?  
Sin duda es el General.  
No sé si una cosa intente.

Pero quíerola intentar,  
que si me saliere azar  
muy poco puedo perder;  
quiero el manto componer  
y mi rosario sacar.

*(Entre mucho acompañamiento de soldados tras el  
GENERAL, hablando con el Maese de Campo DON  
RODRIGO.)*

Mi señor, con su licencia  
quiero hablar a su Excelencia.

GENERAL. ¿Quién es?

MAESSE. Lo que ves delante.

TEODORA. Una pobre vergonzante.

MAESSE. Honrado talle y presencia.

TEODORA. Por virtud de los honrados.

GENERAL. Denle limosna.

TEODORA. Señor,  
óyame cuatro pecados.

GENERAL. ¿Pecados? ¿Soy confesor?

TEODORA. Iba a deciros cuidados.

Soy una pobre mujer,  
como se me echa de ver.  
Tengo una hija tan bella,  
que dejó de ser doncella  
por no tener qué comer.

No tiene diez y seis años,  
fresca como una camuesa:  
ayer la miré en los baños,

con una pierna tan gruesa,  
y unos pecitos tamaños.

Los pechos son dos manzanas,  
y no hay rosas castellanas  
como las mejillas bellas  
que más coloradas que ellas  
se levanta a las mañanas.

Canta como un serafín,  
habla que no hay más que ver,  
es de la hermosura fin;  
sino lo queréis creer  
trairéla a vuestro jardín,  
donde veréis que a las rosas  
les quita el nombre de hermosas.  
Habla bien, y tañe, y canta  
que es una cosa que espanta,  
sin otras secretas cosas.

GENERAL. Gentil alcagüeta, a fe:  
¿sabéis mi casa?

TEODORA. Muy bien.

GENERAL. Id allá.

TEODORA. ¿Cuándo podré?

GENERAL. Yo haré que el aviso os den  
cuando sin negocio esté.

¿Qué os parece, don Rodrigo?

RODRIGO. Que es extremada la pieza  
y me quiero hacer su amigo.

*(Vanse el GENERAL y los demás, y quede TEODORA  
sola.)*

TEODORA. Guarde el cielo tu cabeza;  
con dos manos te bendigo.

¿Qué amparo de gente pobre!  
Plega al cielo que te sobre,  
como al César, la ventura,  
porque el lugar que procura  
victoriosamente cobre.

Ahora bien; vamos a casa  
a poner mano en la masa:  
demo a Fortuna cuenta,  
que ya quien la pide cuenta  
deste mundo al otro pasa.

*(Vase, entren LUCRECIA, FORTUNA, ESCOBARILLO.)*

FORTUNA. Tan pagada estoy del paje,  
que no me ha hecho otro gusto  
tu amo que a éste aventaje.

LUCRECIA. Ya tengo dama por gusto  
que el tiempo a servir me abaje.

Porque serviros es cosa  
tan agradable y dichosa,  
que no hay reinos que mandar



por quien se pueda trocar.  
 FORTUNA. ¿Por qué?  
 LUCRECIA. Porque sois hermosa.  
 Que esto puede la hermosura;  
 que no hay gloria como estar  
 asistiendo a la luz pura  
 de un rostro que puede dar  
 gloria, descanso y ventura.  
 Si el que más príncipe fuera  
 de mejor gana os sirviera,  
 ¿no he de tener yo a gran bien  
 que por señora me den  
 la que del mundo pudiera?  
 FORTUNA. Beltrán, lisonjero eres.  
 ESCOBAR. ¿He de ponerlos en paz?  
 LUCRECIA. Bien tienes con qué si quieres;  
 por ser hombre eres capaz,  
 que estás entre dos mujeres.  
 ESCOBAR. ¿Qué mormuras?  
 LUCRECIA. Que podrías  
 no meterte en cosas mías.  
 ESCOBAR. Pues cómo, hermano Beltrán,  
 ¿trújeos yo para galán?  
 LUCRECIA. Calla, y serémoslo a días.  
 ESCOBAR. Cómo, ¿no has entrado en casa  
 y alzarte quieres con ella?  
 LUCRECIA. ¿Cuál es el hombre de masa  
 que en viendo una dama bella  
 no se enamora y abrasa?  
 ESCOBAR. Basta, que es muy hombre en todo.  
 FORTUNA. Perdiéndome voy de modo  
 que me enloquece Beltrán:  
 ¿qué bien hecho, qué galán.  
 LUCRECIA. Mas que te pongas de lodo.  
 FORTUNA. Salte afuera, Escobarillo.  
 ESCOBAR. Ta, ta, ya andamos en eso;  
 ¿pero qué me maravillo?  
 que es bello el mozo y travieso  
 y esotra, estoy por decillo.

(Váyase ESCOBARILLO.)

FORTUNA. ¿Que, en fin, eres milanés?  
 LUCRECIA. Ya soy tuyo, no me des  
 otra tierra ni otro nombre.  
 FORTUNA. ¿Es posible que este es hombre?  
 ¿Y para mi mal lo es!  
 LUCRECIA. Esta bellaca está en duda;  
 menester será que agora  
 más vivo al engaño acuda.  
 ¿De qué enmudeces, señora?  
 FORTUNA. Tu lengua me tiene muda.  
 LUCRECIA. Pues que parécete bien,

porque haré que te la den  
 estas manos en un punto.  
 FORTUNA. Mejor lo tomara junto.  
 LUCRECIA. ¿Junto lo quieres también?  
 FORTUNA. Buenas manos tienes.  
 LUCRECIA. Buenas,  
 y buenas me las he dado.  
 FORTUNA. Parecen dos azucenas.  
 LUCRECIA. Ya el tiempo las ha secado  
 y el invierno de mis penas.  
 FORTUNA. ¿Penas has tenido?  
 LUCRECIA. Sí.  
 FORTUNA. ¿Has querido bien?  
 LUCRECIA. Y quiero.  
 FORTUNA. ¿A quién, por tu vida?  
 LUCRECIA. A ti.  
 FORTUNA. Pues cree que por ti muero  
 desde el punto que te vi.  
 LUCRECIA. Pues alto, dure el concierto;  
 si te he muerto, tú me has muerto.  
 FORTUNA. Bésame, para que viva.  
 LUCRECIA. Ea, sube gente arriba.  
 FORTUNA. ¿Cómo?  
 LUCRECIA. La puerta han abierto.

(Entre el ALFÉREZ.)

JORGE.

Aquí, señor don Jorge, el que primero (1),  
 ese me han dicho que se lleva el fruto,  
 y que del árbol cuelgan al postrero.  
 Viendo Castrucho el enojoso luto  
 que por haberos anteayer perdido,  
 de que aun apenas traigo el rostro enjuto.  
 Mostro mi alma, donde habéis tenido  
 más verdadero asiento que en el pecho  
 de ese Sargento, a quien habéis querido:  
 antes que el Capitán, a su despecho,  
 os lleve a fuerza de razón, que es hombre  
 que mira solamente a su provecho.  
 Manda que yo, sin que el temor me asombre  
 de que es mi superior, consigo os lleve,  
 pues ya sabéis mis prendas y mi nombre,  
 y la razón que para ello os mueve.

FORTUNA. Voluntad tuve primero  
 de teneros voluntad,  
 porque ni al Sargento quiero  
 ni fué más nuestra amistad  
 que el interés del tercero.  
 Mi madre gobierna en mí;

(1) Este pasaje está viciado; pero igual en los tres textos.

ésta quita, veda y pone,  
 y pues ella no está aquí,  
 que es la que de mí dispone,  
 podéis perdonarme a mí.  
 LUCRECIA. ¡Ay de mí!, que éste es aquel  
 español bello y cruel  
 por quien ando desta suerte.  
 (Entra TEODORA.)  
 TEODORA. Albricias, hija.  
 LUCRECIA. Si es la muerte (1)  
 que viene a librarme dél.  
 FORTUNA. ¡Oh madre, seas bien venida!  
 TEODORA. Señor Alférez, ¿qué es esto?  
 JORGE. ¡Oh mi Teodora querida!  
 TEODORA. Quítame este manto presto.  
 FORTUNA. Turbada estás, por mi vida.  
 TEODORA. Será de puro contento  
 de ver que muerte le dan  
 a aquel bellaco sangriento  
 por gusto del Capitán  
 en este mismo momento.  
 FORTUNA. ¿Díceslo de veras?  
 TEODORA. ¡Bueno!  
 FORTUNA. ¡Gracias a Dios que has rotpido  
 aquel vaso de veneno!  
 LUCRECIA. No es malo el que yo he bebido,  
 más flojo ni menos lleno.  
 TEODORA. ¿Cúyo es este pajecico?  
 FORTUNA. A casa viene a servir.  
 TEODORA. Por mi vida que es bonito.  
 ¿Sabes leer y escribir?  
 LUCRECIA. Y multiplicar tantico.  
 TEODORA. Bien has hecho; pues, señor,  
 ¿qué buscáis?  
 JORGE. Oídmé acá.  
 FORTUNA. Perdido viene de amor.  
 LUCRECIA. Hablando de oído está;  
 mudádoseme ha el color.  
 FORTUNA. ¿De qué?  
 LUCRECIA. De que es cosa cierta  
 de que llevarte concierta,  
 y es negocio sin remedio,  
 si hay dinero de por medio  
 que he de quedarme a la puerta.  
 FORTUNA. ¿Sabes qué podrás hacer?  
 Conmigo quiero llevarte,  
 y darémosle a entender  
 que es bien que se vaya a parte.  
 LUCRECIA. ¿Y luego?

(1) Verso largo; pero difícil de arreglar.

FORTUNA. Echar a correr.  
 LUCRECIA. Eso llaman dar esquina;  
 pero, ¿adónde dormiremos?  
 FORTUNA. En casa de una vecina.  
 LUCRECIA. Si no, en campaña podremos  
 o al fresco de la marina.  
 TEODORA. Está bien. ¡Hola, muchacha!  
 FORTUNA. ¿Qué mandas?  
 TEODORA. Cúbrete el manto.  
 LUCRECIA. ¡Oh vieja infame y borracha!  
 FORTUNA. El tuyo, no importa tanto.  
 TEODORA. Bien dices, tengo esa tacha.  
 Cuanto hago se me olvida.  
 ¿Estás cubierta?  
 FORTUNA. Ya voy.  
 Beltranico, por tu vida,  
 que me acompañes.  
 LUCRECIA. Yo soy  
 dichoso en que tal me pidas.  
 JORGE. No, no, yo la llevaré.  
 FORTUNA. Antes os iréis delante,  
 y más segura saldré.  
 JORGE. Pues alto. ¡Oh dichoso amante!  
 LUCRECIA. ¡Oh falso amante, sin fe!  
 FORTUNA. Madre, adiós.  
 TEODORA. Ese te guarde.  
 No vengas mañana tarde.  
 FORTUNA. ¡Oh qué noche que me espera!  
 LUCRECIA. No espere pasar carrera,  
 que es yelo el fuego que arde.

(Váyanse todos, quede TEODORA.)

TEODORA. Buena cadena me llevo;  
 ella vale buena suma.  
 Aqueste es pájaro nuevo,  
 y pues que le sobra pluma  
 no es bien que le falte cebo.  
 Entrarme a acostar me place,  
 pues no hay ya quien despedace  
 la puerta, Castrucho muerto;  
 rezarle quiero, si es cierto,  
 un *Requiescat in pace*.

(Entrese TEODORA.)

(Entren el CAPITÁN, y el sargento DON ALVARO.)

HÉCTOR. Digo que tengo sospecha,  
 pues el Alférez se ha ido,  
 que entró la calle derecha,  
 que en juego igual ha sabido  
 lo que la mano aprovecha.  
 ¿No es esta casa?

ALVARO. Ella es.

HÉCTOR. Si puso en ella los pies  
no hay duda llevó la joya,  
que la más cercada Troya  
se rinde con interés.

(TEODORA a la ventana con un orinal.)

ALVARO. ¡Ah de casa!

TEODORA. ¡Agua va

ALVARO. Desviaos.

HÉCTOR. ¡Tarde es ya,  
envistióme!

ALVARO. ¡Oh puta vieja!

HÉCTOR. Callad, no venga una teja,  
que el agua limpiarse ha.

ALVARO. ¡Qué bellacamente huele!

HÉCTOR. Sin duda que está acostada,  
y pues tan presto nos huele  
la mozuela está ocupada,  
lo que en el alma me duele.

ALVARO. Pues no llamaré otra vez.

HÉCTOR. ¡No, por Dios, que estoy muy puerco,  
que es cuero y mea la pez,  
y si a la puerta me acerco  
me arrojarán otros diez.

(Entre CASTRUCHO embozado.)

ALVARO. Un hombre viene embozado;  
¿queréis que le reconozca?

HÉCTOR. Estoy, por Dios, tan mojado,  
que temo que me conozca  
en tal lugar y meado.

Echad luego por ahí.

¡Pese al punto en que salí  
a buscar este rufián!

ALVARO. Vamos, señor Capitán.

HÉCTOR. ¡No me nombres, pese a mí!

CASTRUCH. Hora bien, éstos se han ido;  
que porque no me cogieran  
tan tarde a casa he venido;  
mas si aquí me conocieran  
mayor daño hubiera sido.

Todo está en silencio, bueno;  
Fortuna estará acostada;  
yo me acojo como un trueno,  
que aquesta vieja taimada  
a palos consiente el freno.

¡Ah de arriba! ¡Hola, Escobar,  
Beltranico! ¡Hola, Teodora!  
Ya me canso de llamar.  
¿Posible es que duerma ahora  
la que era grulla en velar?

(TEODORA a la ventana con una toca sucia, antojos  
y un candil.)

TEODORA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

CASTRUCH. El diablo, Castrucho soy.

TEODORA. ¿Aun muerto vienes aquí?  
Con agua bendita estoy,  
alma, ¿qué quieres aquí?

CASTRUCH. Quiero que el diablo te lleve.  
Abre, borracha, que llueve.

TEODORA. ¿Que no eres muerto, Castrucho?

CASTRUCH. ¿Yo muerto?

TEODORA. Tu voz escucho.

CASTRUCH. ¡Abre aquí, cuarenta y nueve!

TEODORA. ¡Traidor! Nuevas me han traído  
que te han muerto a puñaladas:  
si eres diablo revestido  
reliquias tengo colgadas,  
en cuyo nombre te pido  
que huyas, sin volver más,  
de la casa donde estoy.

CASTRUCH. ¡Abre! ¡A los diablos te doy,  
cocinera de Caifás!

Abre la puerta, vejona,  
cara de mona.

Abre, hechicera, bruja,  
la que estruja

cuantos niños hay de teta;  
por alcahueta

once veces azotada

y emplumada.

Abre, mielga con antojos,  
cuyos ojos

ven de noche cual murciélago,  
sucio piélagó

de meneados estantíos,

que esos bríos

te suelen costar más palos

que hay robalos

en el río de Sevilla.

Abre, malilla,

mala, maleta, Mallorca,

que a la horca

vás de noche con candelas,

y las muelas

quitas a los ahorcados,

que aun muertos no están seguros  
de conjuros

y de maldades que haces,

con que deshaces

las nubes, y las arrasas

por donde pasas;

que sin ir a la dehesa,



en una artesa  
sueles hacer nacer berros,  
y a los perros  
hurtas riñendo la tierra,  
porque encierra  
virtud de hacer olvidar;  
que he de quebrar  
la puerta y molerte a azotes.

TEODORA. No te alborotes,  
bellaco, rufián, ladrón  
y gran lebrón,  
que un muchacho de Sevilla,  
Jaramilla,  
te quitó una vez la espada,  
y fué sonada  
tu infamia por toda España,  
y no hay picaña  
que se precie de ser tuya,  
sino que huya,  
porque las hurtas y robas,  
a las bobas;  
esta casa tiene dueño,  
que a buen sueño  
está con Fortuna agora.  
¡Vete en mal hora!

CASTRUCH. ¡Oh vieja de Belcebú,  
que a tú por tú  
te pongas con quien ayer  
te hizo ver  
estrellas a mediodía,  
y aun solía  
desollarte aqueso rostro  
de algún mostro!  
Abre aquí, vieja borracha,  
que a esa muchacha  
la chupas sangre y dinero,  
y eres un cuero,  
que de sola una bebida  
a la comida  
gastas cuarenta bodegas,  
y cuando llegas  
a la noche estás de suerte  
que por verte  
pueden entrar a real;  
hospital  
lleno de mil pestilencias  
e impertinencias;  
dientes de corcho, bellaca,  
cara de haca (1),  
espinazo de cuartago,

que este pago  
me das porque tantas veces  
de los jueces  
he librado esas espaldas.

TEODORA. Hombre con faldas,  
bellaco, medio mujer,  
no has de ver  
esta cadena en tu mano,  
luterano,  
que me dió un hombre esta noche,  
que en un coche  
se ha llevado a Fortunica,  
y va más rica  
que cuando la desnudaste,  
la quitaste  
aquella saya bordada  
que en Granada  
acababa de hacer.

CASTRUCH. Muestra a ver.

(Muéstrasela.)

Abre, amiga de mis ojos,  
y estos enojos  
se queden luego a una parte,  
que quiero darte  
barato de una ganancia  
de importancia,  
que agora en la soldadesca,  
en cierta gresca,  
acabo de hacer muy grande.

TEODORA. No lo mande  
ni lo quiera mi desdicha,  
si por dicha  
hablas como sueles, perro,  
que ese yerro  
está en mi carne enseñado.

CASTRUCH. Pierde cuidado,  
que te quiero como a mí.  
Abre aquí,  
y el diablo me lleve, amén,  
si tan bien  
te hubiere hablado jamás;  
no haya más;  
dame esa mano de amiga,  
y nadie diga  
que entre los dos hay pendencia,  
que en mi conciencia  
que me debes amistad.

TEODORA. Si es verdad  
lo que juras, yo abriré.

CASTRUCH. Sí, en buena fe;  
abre, tía, por tu vida,

(1) En los originales, "aca".

si estás vestida,  
y si no ponte el manto,  
que ya deseo  
darte de lo que he ganado.

TEODORA. Ya has jurado;  
ahora, sus, quiero creerte,  
que de otra suerte  
no me atreviera a bajar.

CASTRUCH. ¿Qué es jurar?  
¿Cuándo has visto juramento  
con buen intento  
en hombre de vida airada,  
vieja honrada?  
Abre, sota; abre, pelota,  
cuello de bota,  
que a fe que pienso ponerte  
de tal suerte  
que escarmientos de burlarme,  
y de mirarme  
te quedes temblando y muerta.

TEODORA. Ya está abierto;  
entra, hijo de mis ojos;  
no haya enojos,  
dame aquesos brazos.

CASTRUCH. Toma,  
vieja mahoma.

TEODORA. ¡Que me mata! ¡Ay, que me ha

CASTRUCH. Ya has abierto, [muerto!  
ahora quéjate al viento.

TEODORA. ¿Y el juramento?

CASTRUCH. No hay juramento.

TEODORA. ¡Ay, traidor!,  
ruego al Señor  
que no te logres, amén.

CASTRUCH. Está bien;  
que maldición de puta vieja,  
como dice la conseja,  
por do sale, por allí entra.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

### ACTO TERCERO

#### FIGURAS DEL TERCER ACTO

ESCOBARILLO, <i>que es BRI- SENA.</i>	TEODORA, <i>vieja.</i>
LUCRECIA, <i>en figura de BELTRANICO.</i>	CASTRUCHO.
FORTUNA, <i>dama.</i>	DON JORGE, <i>Alférez.</i>
DON RODRIGO, <i>Maese de Campo.</i>	DON ALVARO, <i>Sargento.</i>
	DON HÉCTOR, <i>Capitán.</i>
	El GENERAL.
	Un PAJE.

(Entren ESCOBARILLO y LUCRECIA.)

ESCOBAR. Holgádome he de toparte.  
Beltrán, ¿dónde vas perdido,

que desde ayer me has traído  
hecho un loco por hallarte?

Envióme mi señora,  
que anoche dadas las once  
quebré un aldaba de bronce  
por despertar a Teodora.

Que saliendo a dormir fuera  
y compañada contigo,  
volvió dada al enemigo,  
fingiendo una gran quimera.

Que dice que unos ladrones,  
por ser el Alférez ruin,  
le dieron mucho botín,  
y a ti muchos bofetones.

Y que tiene por muy cierto,  
pues el Alférez huyó,  
que algún ladrón te mató.

LUCRECIA. Bien sabe que no estoy muerto.

¡Adiós, amigo Escobar!

¡Quién pudiera hablar contigo!

ESCOBAR. ¿Qué dudas, Beltrán amigo?

¿Qué tienes que me fiar?

Dime lo que es, por tu vida,  
que soy más noble que piensas.

LUCRECIA. Si este mi amor recompensas  
cree que es deuda debida,

que te he cobrado afición,  
y tanta, que en esta parte,  
aunque temo, quiero darte  
las llaves del corazón.

ESCOBAR. Si a hacer aquesto conmigo  
de sola afición te mueves,  
cree, Beltrán, que me lo debes  
y que en el alma te obligo.

Que entre amigos no se cubren,  
y cuando se quieren bien  
sin trato, es porque se ven  
los pechos que se descubren.

¿Qué tienes, por vida tuya?

LUCRECIA. Sabe que Fortuna ayer  
su afición me dió a entender.

ESCOBAR. Condición ligera es suya.

LUCRECIA. Y anoche hicimos concierto,  
para podernos gozar,  
que la había de llevar  
a la marina del puerto.

Consentílo por hacer  
que con don Jorge no fuese.

ESCOBAR. ¿Tienes algún interese  
con don Jorge?

LUCRECIA. Un buen querer.

Al fin le dió cantonada

y a una casa me llevó,  
donde a los dos recibió  
una buena vieja honrada.

Luego los brazos traviesos,  
llamándome un ángel bello,  
me echó mil veces al cuello,  
y pensó comerme a besos.

Pero cierta ocupación  
la color como de gualda  
me hizo volver la espalda  
a la amorosa ocasión.

Fuíme y dejéla, y sospecho  
que cansada de esperar  
se volvió a casa a acostar  
con Castrucho, a su despecho.

Y no he querido volver  
de vergüenza de haber sido  
adónde fuí tan querido  
tan flojo y flaco en poder.

ESCOBAR. Tú vendrás a confesar  
queres capón.

LUCRECIA. ¡No, por Dios!

ESCOBAR. Ea, para entre los dos.

LUCRECIA. ¡Por Dios, que puedo engendrar!

ESCOBAR. Pues habla si eres mujer,  
que con otra estás hablando.

LUCRECIA. ¡Jesús!

ESCOBAR. La que estás mirando.

LUCRECIA. ¡Vive Dios que lo he de ver!

ESCOBAR. Cuando tú quieras podrás;  
pero dime si lo eres.

LUCRECIA. Que entrambas somos mujeres  
encubrillo es por demás.

ESCOBAR. Toca esa mano.

LUCRECIA. Toquemos,  
que a fe que nunca su toque  
a mal pensar nos provoque.

ESCOBAR. Seguramente podremos.

LUCRECIA. Este sí, que es toque franco.

ESCOBAR. Basta, Beltranico amigo,  
¿que pensó dormir contigo?

LUCRECIA. Suerte ha sido, pero en blanco.

ESCOBAR. ¡Cuál quedaría la dama  
habiendo echado tal sota!

LUCRECIA. Como esos mares, agora  
el calor de quien bien ama.

ESCOBAR. ¿Qué te trujo a este lugar  
desde Milán?

LUCRECIA. Un soldado,  
que la palabra me ha dado  
de nunca me la guardar.

ESCOBAR. ¿Y hasle hallado?

LUCRECIA. Sí.

ESCOBAR. ¿Quién es?

LUCRECIA. Reiráste si lo digo:  
don Jorge.

ESCOBAR. Dios me es testigo  
que me pesa que lo estés (1).

Pero mi pleito condeno,  
pues otro me trujo a mí,  
que una noche que le vi  
esa me dejó al sereno.

Bien puedes quererme más,  
que don Jorge es sargento (2).

LUCRECIA. Mientes.

ESCOBAR. No pienses que miento,  
dejemos burlas atrás.

LUCRECIA. ¿Es don Alvaro?

ESCOBAR. Es el mismo.  
¿Quién te dijo el nombre?

LUCRECIA. Ayer  
della lo vine a saber (3).

ESCOBAR. Ese es mi cielo y mi abismo.

LUCRECIA. Alto, pues nos parecemos  
tanto en la vida y historia,  
males, bienes, penas, glorias,  
de hoy más nos comuniquemos.

ESCOBAR. Sea así, y a casa vamos;  
mas, ¿qué dirás a Fortuna?

LUCRECIA. ¿Faltará mentira alguna  
si entre las dos la trazamos?

Ya voy de contento loca.

ESCOBAR. Con más razón lo voy yo.—  
Beltrán, silencio.

LUCRECIA. ¡Pues no!

ESCOBAR. Toca aquesa mano.

LUCRECIA. Toca.

(Vanse. Entren FORTUNA, TEODORA, y Maese de Campo DON RODRIGO.)

RODRIGO.

Como digo, señora, me ha mandado  
que a su jardín aquesta tarde os lleve,  
que por fama de vos está prendado;  
y pues a tan gran príncipe le mueve,  
como es el General, sola la fama,  
esta correspondencia se le debe.

(1) Este verso no hace sentido claro: así en los textos.

(2) Así en los textos; pero parece que este verso no está bien. Debe de faltar algo.

(3) No se dice quién es ella. Indudablemente este pasaje está falto.



FORTUNA.

Madre, ¿que el General me quiere y ama?

TEODORA.

Sí, hija, que le dicho cómo eres gallarda, principal y hermosa dama; mira que ni te espantes ni te alteres de ver su gravedad, y no te esquives si te quisiere dar para alfileres. Dile discretamente cómo vives con la necesidad que no mereces; que sabes leer, y que también escribes. Dile que eres más noble que pareces; no te levantes mucho del asiento, y si te levatares no tropieces. Come algún buen olor para el alicento, no hagas de suerte que te tenga en poco, y si te convidare el instrumento, danza, rogada, diestramente y poco, y cuando llegue a la amorosa danza allí es el ceño y el melindre y coco. No rompa luego en allegando lanza, cuéstele su trabajo, sude y llore, que eso es gustoso, lo que mal se alcanza.

RODRIGO.

¿Habéis hablado?

TEODORA.

Sí, porque decore la crianza y respeto de hombres tales, porque más le convenza y enamore.

RODRIGO.

No he visto extremos en mi vida iguales de mucha fealdad y de hermosura.

TEODORA.

No me contento con tres mil reales.

RODRIGO.

Si no fuera tan vil descompostura siendo tercero saltar la dama, probara con mi resto la ventura. Mas gócela esta vez el que la llama, que yo haré después que se me venga del jardín y sus brazos a mi cama. ¿Qué curso puede haber que no detenga una presa maciza de dinero, o qué arruinada casa que no tenga? Por ser mi General no soy primero, que aun en esto le guardo su decoro.

TEODORA.

El Maese de Campo es caballero

y me dijo que estabas como un oro: hija, sabe vivir; si algo te pide, en pagando la entrada, corra el toro.

FORTUNA.

Si con mis fuerzas y salud se mide, madre, tanto acudir a libertades, quien mucho carga, la salida impide.

TEODORA.

Mocedades, Fortuna, mocedades. ¿Tengo de hacerte otro sermón, Fortuna? ¿Cuándo querrás agradecer verdades! Todas éstas lo maman en la cuna, sin que conozcan de su edad el oro. Vete y no me repliques, importuna. Vístete luego, necia. ¿Lloras?

FORTUNA.

Lloro.

TEODORA.

¿Qué lloras?

FORTUNA.

Aquel pobre pajecillo, que era para estas cosas un tesoro.

TEODORA.

Habránle muerto.

FORTUNA.

No me maravillo.

Recíbele muy bien si vuelve a casa. ¿Qué me mandas vestir?

TEODORA.

El amarillo.

Señor Maese de Campo, mientras pasa de tocar y vestir una hora corta, que poco el sol en este tiempo abrasa, que a pasear se salga nos importa.

RODRIGO.

¡Jesús!, de mil amores aquí aguardo.

(Váyase el MAESE DE CAMPO.)

TEODORA.

Hija, escucha atenta.

FORTUNA.

Madre, acorta.

TEODORA.

Lleva ese cuerpo tieso y más gallardo, graves los ojos, cósete la boca. ¿Qué bajos llevas?

FORTUNA.

El manteo pardo.

TEODORA.

¿Perfumaste las faldas?

FORTUNA.

Y la toca;

todo parece almizcle.

TEODORA.

Eres de perlas,

una curiosidad mucho provoca.

FORTUNA.

Las ligas llevo que es vergüenza verlas.

TEODORA.

¿Cuáles, las verdes?

FORTUNA.

Sí.

TEODORA.

Ponte las rojas.

FORTUNA.

Aún no pudimos acabar de hacerlas.

TEODORA.

¡Calla, necia! ¿De aqueso te congojas?

¿Esas piernas habrán menester galas?

Que sean tuertas, flacas, negras, flojas.

Yo creo que de vicio te regalas.

Ven y pondréte el cuello, la bolsilla.

FORTUNA.

¡No me des, por tu vida, cosas malas!

TEODORA.

¿Y qué sabes tú de eso, rapacilla?

Con sólo la hermosura se enamora.

FORTUNA.

¿Adónde está Castrucho?

TEODORA.

Por la villa;

no tengas miedo dél que viva un hora.

(Váyanse las dos.)

(Entren DON JORGE y CASTRUCHO.)

CASTRUCH. No hay para qué amenazarme  
ni ponerme daga al pecho,  
que parece que lo has hecho,  
don Jorge, por no pegarme.  
¿Que yo te he engañado, dices?

JORGE. ¿Quién sino tú?

CASTRUCH. ¡Bueno es eso!

JORGE. Estoy por perder el seso  
y quebrarte las narices.

Bellaco hablador, ¿no sabes  
que a los tres nos has revuelto?

CASTRUCH. Creo que el diablo anda suelto.

JORGE. ¿Burla a tres hombres tan graves?

¿No dijiste que el Sargento,  
por orden del Capitán,  
me quiso dar solimán?

CASTRUCH. En eso es verdad que miento;  
¿mas no veis que soy burlón  
y me tiene por gracioso?

JORGE. ¡Hi de puta, mentiroso,  
sucio, infame, fanfarrón!

Si no fuera por manchar  
de tan vil sangre la espada,  
te diera una cuchillada.

CASTRUCH. Mejor estará por dar,  
y más que yo la recibo  
como si ya la tuviera,  
que puesta en mi rostro fuera  
como señal de cautivo.

Séllame, príncipe, dame,  
abóllame aqueste rostro,  
que humilde a tus pies me postro.

JORGE. ¡Qué propia humildad de infame!

CASTRUCH. Que me la des te requiero,  
que de mano tan honrada  
más vale una cuchillada  
que de otra mucho dinero.

Mi buen deseo te obliga,  
y aunque tu valor repara,  
haz de suerte que esta cara,  
“don Jorge me fecit” diga.

JORGE. ¿Quién anoche me llevó  
a Fortuna cuando iba  
conmigo?

CASTRUCH. ¡En galeras viva  
si fuí en quitártela yo!

Ese traidor don Rodrigo.

JORGE. ¿Quién, el Maese de Campo?

CASTRUCH. Ese mismo corre el campo  
y es tu mayor enemigo.

JORGE. ¡Cómo!

CASTRUCH. Quiero declararte  
lo que un sujeto acomete:  
que es del Príncipe alcahuete  
y principal por su parte.

JORGE. ¿Pues conoce el General  
esa dama?

CASTRUCH. ¡Pese a mí!,  
conócela como a ti.  
JORGE. ¡Eso no, por Dios, no hay tal!  
Conocerla bien podrá,  
pero en modo diferente.  
CASTRUCH. Hablándote claramente,  
ahora la lleva allá.  
Que antes que subiese arriba  
habló conmigo a la puerta,  
y esta tarde se concierta  
gran jira.  
JORGE. Todo lo priva.  
El es gran competidor,  
pero quiérole avisar  
que le tengo de matar  
como a bellaco hablador  
si esta noche no me trae  
a Fortuna que la goce,  
antes que toquen las doce.  
CASTRUCH. Brava maldición me cae.  
Pero no tengas temor,  
que yo te doy la palabra  
que saltando como cabra  
llame a tu puerta, señor.  
Y digo, que si no fuere  
verdad, que con esa espada  
me des una cuchillada  
donde mejor me estuviere.  
JORGE. Ahora bien; pues quede así.  
CASTRUCH. Ansí queda; vete adiós.  
JORGE. ¿Cumpliráslo?  
CASTRUCH. Por los dos.  
JORGE. Si no, guárdate de mí.

(Váyase.)

CASTRUCH. ¡Vive Dios que si no fuera  
por alborotar el brazo  
que le diera un cintarazo!  
JORGE. ¿Qué dices?  
CASTRUCH. Que te sirviera  
sin que me hicieras agravio.  
¡Vete con Dios, el gallina  
que habla detrás de esquina!  
¡De puro coraje rabio!  
Todos estos mozalbitos  
que no han pasado fortunas  
cogen a un hombre en ayunas,  
cuando ellos están ahítos.  
No saben lo que es llevar  
cólera el hombre cortada;  
ahora sí, ¡pesia a nada!,  
que estoy por ille a llamar.

(Entre el SARGENTÓ.)

Este es. ¡Ah, pléguate diez!  
¿Por dónde podré escaparme?  
ALVARO. ¡Ah, ya no podrá burlarme  
el fanfarrón esta vez!  
CASTRUCH. Otra es esta, pese a mí;  
tras el relámpago el rayo.  
ALVARO. ¡Oh mi señor papagayo,  
de los más lindos que vi!  
¿Cómo va de hablar?  
CASTRUCH. Muy bien,  
a servicio de los buenos.  
ALVARO. No os iréis desta a lo menos.  
CASTRUCH. Vivas mil años, amén.  
Pues bien, príncipe, ¿qué hay?  
¿Qué se suena del intento  
del Emperador?  
ALVARO. ¡Qué viento!  
(Meta mano.)  
Guarda, picarón.  
CASTRUCH. ¡Ay! ¡Ay!  
ALVARO. ¿De sólo mirar la espada  
lloras y tiembblas?  
CASTRUCH. ¿Pues no,  
si he sido la causa yo  
de que esté desenvainada?  
¿Pues por ser tan mal cristiano  
quiere desangrar mis poros,  
espada que contra moros  
relumbrar suele en tu mano?  
Que hazañas con ella has hecho  
en medio de esa campaña  
que de tu sangre se baña.  
Ea, rey, pásame el pecho.  
Tales grandezas escucho  
de tus brazos, que es muy bien  
que a ti la gloria te den  
del haber muerto a Castrucho.  
Cuanto más que si es la dama  
que desees la ocasión  
de hacer esta sinrazón,  
irá esta noche a tu cama;  
que yo la tengo mandado  
que a nadie palabra dé,  
y esta noche la pondré  
con esta mano a tu lado.  
ALVARO. ¿Dasme la palabra de eso?  
CASTRUCH. Pena de una cuchillada  
de trece puntos, bien dada,  
que traspase carne y hueso.



(Entre el CAPITÁN.)

ALVARO. El Capitán viene aquí,  
y te ha de pedir lo mismo.

CASTRUCH. ¡Antes me trague el 'abismo  
que le dé 'segundo sí!  
Mas no te vayas, que quiero,  
pues por ti 'no se la doy,  
que me libres.

ALVARO. Aquí estoy.

HÉCTOR. ¿Aquí estáis vos, caballero?

ALVARO. Déjele vuesa merced,  
que es un pobreto.¹

CASTRUCH. Sí, cierto,  
y no hay que matar un muerto  
de hambre, cansancio y sed.  
Necesidad me ha traído  
a andar en aquestas cosas.

HÉCTOR. Ellas son harto graciosas;  
buena trama habéis urdido.

El diablo la desenrede,  
si no es que vos la cortéis,  
que según la revolvéis  
ingenio de hombre no puede.

CASTRUCH. No hay que cortarme a mí nada,  
que yo estoy presto y a punto  
para...

HÉCTOR. Oídme al punto:¹  
¿dónde está la dueña honrada?

CASTRUCH. Hilando la dejé agora  
uno destos copos grandes  
que llaman pichel de Flandes.

HÉCTOR. ¿A quién?

CASTRUCH. La vieja Teodora.¹

HÉCTOR. No os digo sino su hija.¹

CASTRUCH. Esa ayer te fué a buscar,  
pero púdolo estorbar¹  
cierto juego de sortija,  
de quien ha sido el padrino  
don Rodrigo, y el ahijado  
el General, que ha tomado  
los puertos deste camino.  
No tienes que 'hacerme mal,  
que ahora el Sargento y yo,  
como aquí se concertó,  
matamos al General.

Digo que los dos iremos  
a tu casa aquesta noche,  
y a caballo, a pie o en coche  
a Fortuna llevaremos.

Que él por la gente de guarda  
que don Rodrigo tendrá

dice que espaldas hará  
con su escuadra y alabarda.

(Esté desviado el SARGENTO.)

HÉCTOR. ¿Es lo que dice esto así,  
y que vos la llevaréis?

ALVARO. Verdad es, si vos queréis,  
y si no, perdono el 'sí.

HÉCTOR. ¿Que en efecto irá con vos?

ALVARO. Irá como vos queráis.

HÉCTOR. Mucho en eso me obligáis;  
pues alto; Castrucho, 'adiós.  
Señor Sargento, allá espero.

(Váyase el CAPITÁN.)

ALVARO. No he entendido aquesto bien:  
¿no dijo que a mí me den  
la dama?

CASTRUCH. ¡Pues no! ¡El primero!  
¿Pues entendiste 'otra cosa?

ALVARO. ¿Dijo que allá me esperaba?

CASTRUCH. Sí, a cenar te convidaba.

ALVARO. Hay ocupación forzosa.

Mucho 'debo al Capitán,  
pues luego se fué de aquí.

CASTRUCH. No es mucho dártela a ti  
siendo el primero galán.¹

ALVARO. Aun no lo digo por eso.

CASTRUCH. Pues ¿por qué?

ALVARO. Porque juraba  
de darte, si te encontraba,  
las gracias del buen suceso.

CASTRUCH. ¿Qué gracias?

ALVARO. Dos cuchilladas.

CASTRUCH. ¡Bravamente me escapé!

ALVARO. ¿Qué dices?

CASTRUCH. Que a un turco dé  
esas gracias tan pesadas.

Ahora bien; vete con Dios,  
que a la hora que te digo  
¿será Fortuna contigo?

ALVARO. Esa nos valga a los dos,  
porque adonde aquesa falta  
todo es trabajo, Castrucho.

CASTRUCH. Yo sé que la quieres mucho.

ALVARO. ¿Al fin la traerás?

CASTRUCH. Sin falta.

(Vase el SARGENTO.)

CASTRUCH. Bueno quedo; a gran poder  
de un miedo al fin de morir:  
¿cómo tengo de acudir

a tres con una mujer?

Necio he sido en concertallos  
para un mismo punto y hora;  
pero valdráme Teodora,  
que sabe enfrenar caballos.

Dos mozos tengo, que son  
Escobarillo y Beltrán,  
en el talle y ademán  
de mujeril condición.

A estos dos vestiré  
como mujeres, y luego  
a uno y otro amante ciego  
la palabra cumpliré.

Que al Capitán ya yo tengo  
una vieja que le dar,  
que le sabrá regalar;  
pues alto; ¿en qué me detengo?

Sólo este engaño ha de ser  
el que me ha de remediar;  
mas bueno será pensar  
lo que puede suceder.

Pero alarguemos el paso  
y la ventura se intente,  
que nunca es hombre valiente  
el que mira al fin del caso.

(Váyase CASTRUCHO.)

(Entren el GENERAL, FORTUNA y DON RODRIGO.)

GENERAL. Digo que es pieza de Rey  
y que me agrada en extremo.

RODRIGO. Que se ha enamorado temo:  
¡oh villano amor sin ley!

Si la quiere como muestra  
sin ella vengo a quedarme.

GENERAL. Basta, mi bien, a abrasarme  
la menor perfección vuestra.

Que vuestro gentil donaire,  
más que el amor con sus tiros,  
me obliga a que con suspiros  
encienda mi pecho el aire.

De vos aqueste jardín  
ha hecho una bestia hermosa (1),  
hurtando el color la rosa  
y la blancura el jazmín.

RODRIGO. Rematado está, por Dios.

FORTUNA. No hay obligación que mande  
que me hagáis merced tan grande.

GENERAL. Esto y más se os debe a vos.

RODRIGO. Esto y más merezco yo,

pues pudiendo ser primero,  
gozar como necio quiero  
lo que otro desechó.

GENERAL. ¿Quién os trujo aquesta guerra?

FORTUNA. Un hombre, a más no poder,  
que con nombre de mujer  
me ha sacado de mi tierra.

GENERAL. ¿Y está en el lugar el hombre?

FORTUNA. Sí, señor.

GENERAL. ¿Pues es soldado?

FORTUNA. En aventurero ha dado;  
no le conozco otro nombre

GENERAL. ¿Es hidalgo?

FORTUNA. Es bien nacido.

GENERAL. Bien le debes de querer.

FORTUNA. Ya, señor, ¿qué puedo hacer,  
después de ser mi marido?

Aunque no tengo esperanza  
que la palabra ofrecida  
se verá jamás cumplida.

GENERAL. No perdáis la confianza,  
que yo me ofrezco, si puedo,  
y sí creo que podré,  
hacer que la mano os dé,  
y por fiador suyo quedo.

FORTUNA. Bésoos las manos, señor,  
por bien tan alto, pues es  
el de mayor interés  
y de mi bien el mayor.

Vuestro valeroso nombre  
de hoy más en el alma estampo.

GENERAL. ¡Hola! Maese de Campo,  
haréisme llamar a ese hombre.

RODRIGO. ¿Quieres ser casamentero?

GENERAL. Quiero en aquesta ocasión  
pagarle la obligación  
que desta venida espero.

(Entre un PAJE.)

PAJE.

Aquí ha venido agora el duque Enrico,  
que de parte del César viene a hablarte.

GENERAL.

¡Noramala vengáis!

RODRIGO.

Más norabuena.

GENERAL.

Nunca falta un azar.

RODRIGO.

Para mí ha sido

(1) Así en los tres textos. ¿Será "vista hermosa"?

más que dichoso y más que alegre encuentro.

GENERAL.

Entretenedme, don Rodrigo, un poco esta dama gentil mientras despacho este prolijo y enfadoso Duque.  
¿No dije yo, rapaz, que me negasen?

PAJE.

Sabía ya que estaba su Excelencia desde aquesta mañana en este huerto.

GENERAL.

No recibáis enojos, que ya vuelvo.

(*Váyase el GENERAL.*)

RODRIGO. ¡Ah!, gran ventura he tenido, que a solas nos han dejado; mi alma, con vuestro olvido, para ver si mi cuidado despierta vuestro sentido.

¿Habéis conocido acaso lo que por vos sufro y paso?  
¿No me habéis visto en los ojos los celos, rabias y enojos en que esta tarde me abraso?

¿No veis mi arrepentimiento de haberos traído aquí?

FORTUNA. Veo vuestro sentimiento, pero ya no hay fuerza en mí que venza vuestro tormento.

Quien le tuvo y tiempo aguarda, y viendo la ocasión tarda, pues que no merece silla, como dicen en Castilla...

RODRIGO. Ya entiendo, merezco albarda.

Pero pues sabéis quien soy, cuando hayáis muerto la llama deste a quien sujeto estoy, ¿no vendréis conmigo, dama, a cierto jardín que voy?

FORTUNA. Como mi madre lo quiera y vamos donde me espera, con su licencia iré cierto.

RODRIGO. Pues alto: quede el concierto firmado desa manera.

Dadme la mano.

FORTUNA. Tomad.

RODRIGO. Servíos desta cadena en prendas desta amistad.

FORTUNA. Creed, señor, que encadena la vuestra y mi voluntad.

RODRIGO. Este paje nos ha visto,

que nunca un testigo falta.

FORTUNA. A fe que es agudo y listo.

RODRIGO. El se lo dirá sin falta; con su señor me enemisto. Hernandico.

PAJE. ¿Qué me mandas?

RODRIGO. Como en aquesta ocasión sin juego y dineros andas, toma, juega ese doblón: salte a fuera a las barandas.

PAJE. Vivas, príncipe, mil años.

(*Váyase el PAJE.*)

RODRIGO. La soldura de los daños dicen que es el interés.

FORTUNA. Y el silencio dicen que es de las mentiras y engaños.

(*Entre el GENERAL.*)

GENERAL.

Ya queda aquel prolijo despachado, por vida mía; al cenador entremos, para que os vais después de haber cenado, que más despacio quiero yo que hablemos: a don Rodrigo quedará avisado cuándo tendré lugar.

FORTUNA.

Siempre estaremos mi madre y yo esperando que nos mandes.

RODRIGO.

¡Oh qué bien se negocia! No hay más Flandes.

(*Vanse todos.*)

(*Entre DON ALVARO.*)

ALVARO. Ya son cerca de las nueve y no cumple este Castrucho la palabra que me debe.  
¡Oh, cómo el que espera mucho, juzga largo el tiempo breve!

Llegarme quiero a la puerta;  
¡por mi vida, que está abierta!  
¡Hola! ¿A quién digo?

CASTRUCHO. ¿Quién es?

(*CASTRUCHO saca la cabeza a la puerta.*)

ALVARO. El Sargento, ¿no me ves?

(*Salga cubierto ESCOBARILLO, que es mujer BRISENA.*)

ESCOBAR. Ya te esperaba cubierta.

ALVARO. Dadme, señora, esa mano.



ESCOBAR. ¿Vais contento?

ALVARO. ¿Pues no había?

Ea, adiós, Castrucho hermano.

(Vase el SARGENTO y BRISENA.)

CASTRUCH. Antes que amanezca el día  
descubriréis el pantano.

Ya viene otro aventurero  
a la red, como el primero.

(Entre DON JORGE.)

JORGE. Ellos son hombre y mujer,  
cosa que viniese a ser  
segunda vez majadero.

A esta hora me mandó  
Castrucho venir aquí;  
si es que el Sargento la dió...  
Llamaré.

CASTRUCH. ¿Quién está ahí?

(Asómase CASTRUCHO.)

JORGE. ¿No me conoces?

CASTRUCH. ¿Quién?

JORGE. Yo.

CASTRUCH. ¿Es don Jorge?

JORGE. Sí.

Pucs lleva  
tu dama.

JORGE. ¿De veras?

Sí.

(Sale LUCRECIA vestida de mujer y cubierta.)

LUCRECIA. Véisme aquí.

JORGE. ¿No hay más que os deba?

Vamos, mi bien, por aquí.

CASTRUCH. Allá os aguardo a la prueba.

Sólo falta el Capitán;  
mas ya, como en ccho dan,  
también acude a la red.  
Ce, llegue vuesa merced.  
¿Qué digo? ¡Ah, señor galán!

HÉCTOR. ¿Es Castrucho?

CASTRUCH. ¿No me vc?

HÉCTOR. ¿Cómo el Sargento no vino?

CASTRUCH. ¿El Sargento, para qué?  
Tu dama sale al camino,  
que el otro a buscarte fué.

(TEODORA con manto cubierta.)

HÉCTOR. ¡Oh gloria del alma mía!  
Castrucho, no hay que esperar;  
vcámonos otro día.

CASTRUCH. La vieja lleva a acostar,  
¡qué graciosa niñería!

Ellos van bien despachados,  
pues van todos tres burlados;  
por Fortuna quiero irme,  
y esta noche prevenirme  
de confesar mis pecados.

(Vase.)

(Entre el GENERAL con el PAJE y acompañamiento.)

GENERAL.

¿Que eso me cuentas, y que al fin quedaron  
concertados de verse aquesta noche,  
y una cadena le ha dejado en prendas?

PAJE.

Excelente señor, aquesto pasa,  
y a mí porque callase me taparon  
con un doblón la boca, de la suerte  
que a Efestión (1) el sello de Alejandro.

GENERAL.

¡Que tenga don Rodrigo atrevimiento  
para emprender lo que tan claro sabe  
que puede resultar en mi disgusto,  
y que sabiendo que el lugar no ha dado  
tiempo para gozar de aquesa dama,  
aquesta misma noche se la lleve  
y piense estar con ella a pesar mío!  
¡Hola!

PAJE.

Señor.

GENERAL.

En punto de las nueve  
haced que toquen a rebato, y sea  
fingida con secreto un arma falsa,  
que quiero hacer que salga de su cama  
y deje la mujer a su disgusto,  
que en tanto que viniere a ver qué es esto  
yo haré que dos soldados se la quiten.

PAJE.

Todo se hará, señor, como lo mandas.

GENERAL.

De mucho atrás estamos encontrados;  
que no se ofrece lance que no piense  
que sólo con su azar puede matarse.  
Tóquese al arma luego al punto; ¡hola!,  
sea secreto y una vez tan sola.

(Váyase.)

(1) En los tres textos, dice: "al festion".

(DON RODRIGO y FORTUNA.)

FORTUNA. En deuda os estoy muy grande por acompañarme ahora.

RODRIGO. Basta el ser vos mi señora cuando el amor no lo mande.

De vuestra madre he querido tomar, señora, licencia para aquesta breve ausencia, y por daros gusto ha sido.

Que no sufriera la fuerza del amor, que os tengo tanto, sino ver el alma cuánto vuestra esperanza la esfuerza.

FORTUNA. Sin mi madre no dispongo destas cosas, aunque puedo, que como la tengo miedo toda en sus manos me pongo.

Vuesa merced me perdone y lleguemos a su casa.

RODRIGO. Todo este tiempo que pasa en mayor fuego me pone.

Porque tan gran dilación por hacer mayor el bien podrá matarme también antes de ver la ocasión.

FORTUNA. ¿Tan enamorado estáis?

RODRIGO. Vos misma lo juzgaréis cuando al espejo miréis los ojos con que matáis.

Digo que estoy como un loco.

FORTUNA. ¿Tan presto? ¡Guárdeme Dios!

RODRIGO. Para perderse por vos, el haberos visto es poco.

FORTUNA. Salgamos de aquesta plaza, que hay soldados por aquí.

RODRIGO. ¿Dirá vuestra madre sí?

FORTUNA. Como saliere la caza; porque es más interesable que si en Génova naciera, y sin interés no hay fiera tan dura y inexorable.

RODRIGO. En eso consista el bien que el alma espera de vos.

(Entre CASTRUCHO.)

CASTRUCH. Digo que son estos dos.

RODRIGO. ¿Quién va allá?

CASTRUCH. Un amigo.

RODRIGO. ¿Quién?

CASTRUCH. Castrucho.

RODRIGO. Venga en buen hora.

FORTUNA. Pues, Castrucho, ¿qué hay de nuevo?  
CASTRUCH. Las malas noches que llevo [vo?] por esta vieja Teodora.

FORTUNA. ¿Cómo así?

CASTRUCH. Fuése de casa.

RODRIGO. En efecto, no está en ella: oyó el amor mi querella desde el fuego que me abrasa.

No hay para qué nos cansemos; a mi alojamiento vamos.

(Toquen dentro una caja al arma y voces que digan "arma, arma".)

Paso, deteneos, oyamos.

CASTRUCH. Oíd.

FORTUNA. ¿De qué hacéis extremos?

RODRIGO. ¡Al arma tocan, por Dios!

¡Oh pesar de mi linaje!

O he de hacer a mi honra ultraje o he de perderos a vos.

Pero no os quitéis de aquí, que yo sabré lo que es esto.

Castrucho, guárdame el puesto.

CASTRUCH. Fiad la posta de mí.

(Váyase.)

FORTUNA. No sabe con quien me deja.

CASTRUCH. Ni aun tú lo puedes saber.

¿Qué has ganado desde ayer?

FORTUNA. Pregúntaselo a la vieja.

No estoy en tiempo que pueda sufrir infamias tan grandes.

CASTRUCH. Pues qué, ¿no corre hasta Flandes de nuestro Rey la moneda?

He de asentalle los cinco.

FORTUNA. ¡Estáte quedo, bellaco!

CASTRUCH. ¿Qué te han dado?

FORTUNA. Ya lo saco.

CASTRUCHO. ¡Qué bien la lanza ¡la hincó!

(Entre el SARGENTO.)

ALVARO. ¡Ah, soldados, ea, al arma!

¡A la plaza, pese a mí!

¿Qué hacen parados aquí, que todo el mundo se arma?

CASTRUCH. Tápate.

FORTUNA. Ya estoy cubierta.

JORGE. ¿Es el Sargento?

Yo soy.

CASTRUCH. ¿Dónde bueno?

ALVARO. Acudir voy al arma, que nos despierta.

¡Ah, Castrucho, y a qué tiempo  
me levanto de la cama!

CASTRUCH. Pues qué, ¿gozaste la dama?

ALVARO. Con gran gusto y pasatiempo.

CASTRUCH. ¡Oh, pese a quien me parió!

¡Oh, bellaco Escobarillo!

¡Vive Dios que he de decillo  
a la justicia! ¡Eso no!

Con el muchacho.

ALVARO. ¿Qué dices?

CASTRUCH. Yo me entiendo y tú me entiendes.

ALVARO. ¿De lo que digo te ofendes?

ESCOBAR. Quemado hasta las raíces.

(Entre el ALFÉREZ y el CAPITÁN.)

HÉCTOR. Pasad delante y juntad  
la escuadra de buena gente.

JORGE. ¿Quién es?

ALVARO. ¿Quién va allá?

HÉCTOR. Detente.

JORGE. Muy buen encuentro, en verdad.

¿El Sargento con Castrucho?

HÉCTOR. Castrucho, ¿qué te parece  
de la ocasión que se ofrece?

CASTRUCH. Ahora lo poco es mucho.

HÉCTOR. Bien me pareció la dama.

CASTRUCH. ¡Pesía tal! ¿Ya la gozaste?

JORGE. Como tan bien la ocupaste.

CASTRUCH. ¿Y adónde queda?

HÉCTOR. En la cama.

CASTRUCH. ¿No digo yo que es Teodora  
hechicera hasta no más?  
Y tú, don Jorge, ¿no has  
gozado de tu señora?

JORGE. ¿Teniendo yo lo mejor  
había de estar en eso?:  
¿no soy tan mozo y travieso  
como cualquier amador?

CASTRUCH. Otro bellaco tenemos.

¿A Beltrán no le entregué?

JORGE. Con mis ruegos la causé (1),  
con mis suspiros y extremos.

CASTRUCH. ¿Pues no había de defenderse,  
pesar de quien me parió?  
¿Que en efeto le forzó!  
¡Vive Dios que ha de saberse!

HÉCTOR. ¿Cómo es esto? ¿Estamos todos  
acomodados de dama?

ALVARO. La mía dejo en la cama,

y aun a fe que es de los godos.

JORGE. Yo también dejo la mía.

HÉCTOR. Y yo la mía, ¡por Dios!

ALVARO. ¿Adónde hallaste otras dos,  
Castrucho?

CASTRUCH. En la herrería.

HÉCTOR. ¿Que Castrucho os dió las vues-

JORGE. A mí a Fortuna me dió. [tras?

ALVARO. A Fortuna tengo yo.

HÉCTOR. Tres fortunas son las nuestras:  
yo también tengo a Fortuna.

CASTRUCH. ¡Oh, qué bienafortunados!

HÉCTOR. ¡Engaño es este, soldados,  
pues tenemos tres y una!

ALVARO. Asid aque se picaño  
y vaya alguno por ellas.

HÉCTOR. Pues, ¡sus!, yo voy a traellas,  
que sé es vuestro el engaño.

ALVARO. Id volando, ¡pese a tal!,  
que me tiembla el corazón.

JORGE. ¿Qué has hecho, infame ladrón?

CASTRUCH. Paso, nadie me haga mal,  
que descubriré la fiesta.

ALVARO. ¿Qué fiesta?

CASTRUCH. Fiesta de fuego;  
denme campo franco luego  
o cantaré lo que resta.

ALVARO. ¿Qué has de cantar, sentenciado?

CASTRUCH. ¿Luego Escobar y Beltrán  
no son las damas que han  
el uno y otro gozado?

ALVARO. ¿Yo a Escobar?

JORGE. ¿Yo a Beltránico?

ALVARO. Que sea Escobar, puede ser;  
¡mas, vive Dios, que es mujer!

CASTRUCH. Desá sentencia replico.  
¿Luego confiesas que has  
hecho delito tan feo?

JORGE. Yo a Beltránico no creo  
que pueda ser.

CASTRUCH. ¡Bueno estás!,  
que también pecaste tú.

JORGE. Digo que es, sin falta alguna,  
mujer, y que sea Fortuna  
yo no lo afirmo.

CASTRUCH. ¡Jesú!

Déjenme, que les importa,  
o daré voces al cielo.

ALVARO. ¡Matalde!

JORGE. ¡Estoy hecho un yelo!  
Saber lo que es me reporta.

(1) Así en los tres textos: será "cansé".



(Entre el CAPITÁN con las tres mujeres cubiertas, que son LUCRECIA, que era BELTRÁN; ESCOBAR, que es BRISENA, y TEODORA la vieja, y DON RODRIGO y el GENERAL detrás.)

GENERAL.

En verdad, Capitán, que es buena hora; tú que al Héctor de Troya te prefieres de socorrer al arma guerreadora con una escuadra infame de mujeres, ¿adónde ibas, di, villano, ahora? Responde libremente, no te alteres: ¿Dónde las llevas, dónde? Habla, comienza.

HÉCTOR.

Impídeme, señor, cierta vergüenza. Para decir verdad, este soldado, este Castrucho, este demonio de hombre al Sargento y Alférez ha engañado y a un hombre de mis prendas y mi nombre: por una tres mujeres nos ha dado. Ríase tu Excelencia y no se asombre, porque el más astuto y más experto (1) que tiene aqueste campo.

GENERAL.

¿Cierto?

HÉCTOR.

Es cierto.

GENERAL.

¿Eres tú aquel que trajo aquella dama que vino aquí desde Sevilla?

CASTRUCHO.

El propio.

Yo soy Castrucho el bravo, cuya fama vuela en el mundo, y no con nombre impropio. Al fin, entre las cosas que derrama de algunos libros que traslado y copio quiero poner la burla que se ha hecho a tres hombres de tanto nombre y pecho. Y así, si lo permite tu Excelencia, descubriré estas damas, si hay alguna.

GENERAL.

Para todo, Castrucho, doy licencia.

(Descubre la vieja.)

CASTRUCHO.

Esta gozó don Héctor el de Osuna, porque andando los tres en competencia sobre cuál de los tres goza a Fortuna,

(1) En los tres textos dice "aspeto".

a dos muchachos y esta vieja he puesto de la manera que los ves.

GENERAL.

¿Qué es esto?

(Descúbrenlos a todos.)

RODRIGO.

Estos mujeres son.

ESCOBARILLO.

A tu servicio.

Yo soy Brisena, dama y española, que siguiendo al Sargento he dado indicio de aquesta voluntad, única y sola. Como burlarnos es del hombre oficio, allá en Valladolid, donde enarbola la vez primera su estandarte, díome palabra de marido y deshónrome. Y en hábito de paje, por criado de Castrucho he venido desta suerte, donde con el vestido propio he dado segunda fuerza al juramento fuerte; suplicote, señor, pues has llegado a tiempo tal, si mi justicia advierte tu gran valor, que pues que soy tan buena no quede sin marido en tierra ajena.

LUCRECIA.

Eso mismo, señor, suplico y pido, que con don Jorge, cuando el campo estaba a vista de Milán, como a marido comuniqué las prendas que guardaba. Lucrecia soy; mi padre fué Leosido, artillero mayor, a quien amaba el César tanto como sabes. Muestra tu gran valor en darnos la honra nuestra.

GENERAL.

Buen término, por cierto, de soldados: dar palabra a mujeres tan honradas y dejar a sus padres deshonorados, y a ellas juntamente deshonoradas; pero esta vez han de quedar casados, y ellas de su valor galardonadas: dñenles las manos; yo lo mando y ruego, o, ¡por vida del Rey!, de ahorcarlos luego.

(Dense las manos los cuatro y descúbrase FORTUNA.)

FORTUNA.

Ya que a todas, señor, les das marido,

(1) La edición de Pamplona dice "Leofido"; pero quizá deba leerse "Leonido".

aquí estoy yo, tu esclava, con Teodora.

GENERAL.

¡Oh, señora, a buen tiempo habéis venido;  
cumpliros quiero la palabra ahora!  
Castrucho, informaciones he tenido  
de lo que le debéis a esta señora:  
dadle la mano luego.

CASTRUCHO.

En ello gano,  
y pongo en vuestros 'pies mi boca y mano.

GENERAL.

Yo os doy en dote una ginetá, y quiero  
que seáis capitán de Infantería,  
porque de un hombre tan astuto espero  
que se han de ver grandezas algún día.

CASTRUCHO.

La vuestra ha sido de tan gran guerrero.  
El cielo cumpla la esperanza mía.  
y acabe aquí, porque tardamos mucho,  
vida y costumbres del galán Castrucho.

FIN DE LA COMEDIA DEL GALÁN CASTRUCHO.

# LA GALLARDA TOLEDANA

## COMEDIA FAMOSA

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A FRANCISCO PACHECO, PINTOR INSIGNE

Nacio v. m. con ingenio sin invidia parecenle bien los agenos, celebra los que saben, honra los que supieron, y solicita, no sólo hacer inmortal la memoria de sus escritos, sino también las efigies de sus rostros con sus retratos. Años ha, que en su famoso libro puso v. m. el mío, como suele naturaleza el lunar en las hermosas, para que mi ignorancia hiciese lucir la fama de tantos doctos. No he podido pagar aquella memoria como debo, porque en mi Jerusalem fui breve cuando dije:

Si fueran tus pinceles esta pluma  
V de tu pluma estos pinceles fueran,  
Escribiera o pintara parte, o suma,  
De las muchas que en ti se consideran:  
Tu misma perspectiva las resuma  
Tu pluma y tus pinceles las refieran,  
O gran Pacheco, en quien sin vicio vemos  
Pluma, y pincel de tu virtud estremos.

Y aunque en la direccion desta fabula pudiera dilatarme tiene V. m. en la pintura y poesia tan merecidas alabanzas que todo Elogio excediera, no solo precisos terminos de carta; pero del mayor libro. Preciese la gran patria de V. m. Sevilla, de un hijo tan celebre y por quien aquellas felicisimas edades estan presentes, y los que no hubieren conocido al divino Herrera, a los dos Franciscos, Medina y Pacheco, Figueroa, Cetina y otros iguales (si iguales tienen) todos muertos, y todos vivos, pues por su pluma, y pincel no los podra acabar la codicia del tiempo, viendolos en su libro, le den gracias, y aplique a sus fisionomias sus ingenios. Al de V. m. rico de cuanto es bueno, util, y deleitable ofrezco la comedia, cuyo titulo es la Gallarda Toledana, que hubiera merecido mas propriamente, si ese pincel la retratara y no mi ruda pluma, pero sirva de señal de amor, afecto de mi deseo, y rendimiento de mi obligacion. Dios guarde a V. m.

LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

DON DIEGO DE AVALOS.  
MENDOZA, *su criado*.  
BERNARDA, *dama*.  
LEONARDO, *su hermano*.  
TIRSO, *su criado*.

LARA, *criado*.  
ESTACIO, *caballero*.  
FELICIANO, *caballero*.  
DOÑA ANA, *dama*.  
ROSELA, *criada*.

CLARINO.  
MONTALVO.  
ANDRONIO.

### REPRESENTÓLA GRANADOS.

#### ACTO PRIMERO

(Salen DON DIEGO y MENDOZA, *de camino*.)

D. DIEGO. Mil veces seas, Mendoza,  
bien venido.

MENDOZA. No habrá sido  
menos veces bien venido  
quien de tu presencia goza.

D. DIEGO. ¿Vienes bueno?

MENDOZA. A tu servicio.

¿Vuesa merced cómo está?

D. DIEGO. Del alma y cuerpo te da  
mi alegría claro indicio.

¿De la señora doña Ana  
no me dices nada?

MENDOZA. Creo  
que delante su deseo  
montes y puertos me allana  
para que te llegue a dar  
esta carta.



D. DIEGO. Gran ventura,  
si mi esperanza asegura.  
MENDOZA. Tan segura puede estar,  
que me mandó que en su nombre  
te abrazase.

D. DIEGO. ¡Ay, tanto bien!

(*Va leyendo DON DIEGO la carta en secreto.*)

MENDOZA. Tú lo mereces también,  
por Dios, que eres gentil hombre.  
Y que no la han engañado,  
bien satisfaces tu fama;  
ni mereciera tal dama  
menos galán desposado.

D. DIEGO. ¿Pues qué le dicen que soy?

MENDOZA. Tan gallardo como noble;  
pero visto éreslo al doble.

D. DIEGO. En esa opinión estoy (1);  
pésame, porque alabado  
y siendo lo que tú ves,  
cuando me vea después  
dirá que la han engañado.

¿No me escribe su tutor?

MENDOZA. ¡Ah, sí! Por Dios, fué mi olvido:  
ésta es suya; perdón pido.

(*Dale otra carta.*)

D. DIEGO. No fué, por tu vida, error;  
que escribiéndome doña Ana  
fué justo olvidarte dél.

MENDOZA. Un padre tienes en él,  
con amistad limpia y llana.  
Todas las dificultades  
que sobre el hacienda había  
las allanó el mismo día,  
contra algunas voluntades.

Lee; y advierte que luego  
nos habremos de partir.

D. DIEGO. La del tutor has de oír.

MENDOZA. Dila en voz.

(*Lee la carta.*)

D. DIEGO. “Señor Don Diego:

Ya la partición se ha hecho;  
ya este pleito se acabó,  
que sólo he querido yo  
de vuestra esposa el provecho.

Todos estamos contentos  
de emplearla en vuestro igual,  
con seguro general

de vuestros merecimientos.

Con vuestro poder se hicieron  
las escrituras de todo:

os dirá Mendoza el modo  
y quién son los que os sirvieron.

Gozaréis una mujer  
como el sol.”

D. DIEGO. ¿Que es tan gentil?

MENDOZA. Es un ángel.

D. DIEGO. “Veinte mil (Lea.)  
ducados vienen a ser

los que os tocan, y las casas  
que están a San Agustín.”

D. DIEGO. ¿Que es bella?

MENDOZA. Es un serafín.

Vive el cielo que te casas  
con la mujer más hermosa  
que en Toledo se ha criado,  
y el agua del Tajo ha dado  
blanco puro y tez lustrosa;  
pues discreta no te puedo  
encarecer lo que siento.

D. DIEGO. ¿Qué más encarecimiento  
que decir que es de Toledo?

¿Proseguiré lo demás?

MENDOZA. Como quisieres.

D. DIEGO. “Partid (Lea.)  
luego de Valladolid...”  
No leo más.

MENDOZA. Bien harás.

Toma caballos y parte  
a gozar una mujer  
que no la supiera hacer  
con sus pinceles el Arte.

Porque puesto que es pintura,  
es como la poesía,  
que pinta y habla.

D. DIEGO. ¿Qué día  
llego a gozar su hermosura?

MENDOZA. Si sales hoy, estaremos  
mañana en la noche allá.

D. DIEGO. Más presto el alma estará.  
Mendoza, ¿por dónde iremos?

MENDOZA. Por Avila, por las Navas,  
por el Escorial...

D. DIEGO. No importa  
ser la jornada más corta.

MENDOZA. Ya entiendo: el camino alabas  
de Guadarrama y Madrid.

D. DIEGO. En Madrid tengo que hacer.

MENDOZA. Si hay algo que proveer,  
¿qué falta en Valladolid?

(1) El verso diría “En esa opinión no estoy”;  
pues tal como va arriba contradice lo que sigue y da  
don Diego prueba de escasa modestia.

D. DIEGO. Nada; pero tengo allí  
un amigo que querría  
llevar conmigo.

MENDOZA. ¿Algún día  
te detendrás?

D. DIEGO. Es así;  
que no es bien ir a casarme  
tan solo.

MENDOZA. Tienes razón.

D. DIEGO. Y más siendo obligación  
de tan buen amigo honrarme.  
¿Que es mi señora doña Ana  
tan bella?

MENDOZA. ¿Dudoso estás?  
Pues vive Dios que no es más  
que de un cielo cifra humana.  
Deja, señor, esa duda,  
porque Toledo se precia  
de no tener fea necia  
ni mujer hermosa muda.  
Y pues que la vas a ver,  
cánsate de preguntar.

D. DIEGO. ¡Ay, Mendoza, no es dudar  
el repetir el placer!  
¡Ay, pensamientos; no puedo  
negar que envidia me dais,  
viendo que en un punto vais  
desde mi pecho a Toledo!  
Ni os impide Guadarrama  
ni su aspereza os detiene:  
tal desasosiego tiene  
quien nunca ha visto a quien ama.  
¡Oh grande fuerza de amor!  
Digo, Mendoza, que creo  
que la fama y el deseo  
le engendran mucho mayor  
que la vista y la hermosura.  
Ea, partamos de aquí,  
que ver lo que nunca vi  
es lo que el alma procura.  
Llevaré de mis criados  
los que mejor talle tengan.  
Vengan postas.

MENDOZA. Postas vengan.

D. DIEGO. ¡Ay, si corrieran cuidados!

MENDOZA. Mucho me huelgo de verte  
tan contento de casarte.

D. DIEGO. Quien casa en tan alta parte  
estima su buena suerte.  
Ponte en albricias aquí  
esta cadena, y perdona.  
(Dale una cadena.)

MENDOZA. El oro tu mano abona,  
aunque es hierro para mí,  
con que la traeré de esclavo.

D. DIEGO. Porque yo lo vengo a ser  
de tan hermosa mujer  
mi buena fortuna alabo.  
¿Y cuál hombre tiene el suelo  
que así la pueda alabar?,  
que es acertarse a casar  
la mayor merced del cielo.

(Vanse. Salen BERNARDA, dama, y ROSELA, con som-  
brerillos de plumas y capotillos, LEONARDO, su her-  
mano, y dos criados, ANDRONIO y TIRSO, con una  
cesta de merienda, en la Casa de Campo de Ma-  
drid.)

LEONARDO. Entre esa yerba poned  
esa merienda vosotros,  
y adonde vamos nosotros  
de aquí a una hora la traed,  
que es parte más apacible.

BERNARDA. ¿Pues dónde quieres estar?

LEONARDO. Los estanques es lugar  
más fresco y más conveniente.

ANDRONIO. No hay en la Casa del Campo  
sitio de mayor contento.

TIRSO. El vino es lindo elemento;  
entre estas matas le estampo.

ANDRONIO. Coge, Tirso, desa fuente  
esta cantimplora de agua.

(Dásela.)

TIRSO. Ya voy.

ANDRONIO. Primero la enjagua  
y refresca en su corriente.  
Pondré la nieve en la herrada  
mientras vas.

LEONARDO. ¡Hola!

ANDRONIO. Señor.

LEONARDO. Volvamos, será mejor,  
que está la puerta cerrada.

ANDRONIO. De los estanques lo está  
muy de ordinario; mas quiero  
ir a llamar al portero,  
que por esos cuadros va.

BERNARDA. No entiendo que sin licencia  
del Alcaide querrá abrir.

LEONARDO. A pedirla quiero ir,  
que es más fácil diligencia,  
que a la entrada del jardín  
estaba cuando llegamos.

(FELICIANO y ESTACIO, galanes, que vienen siguiendo a BERNARDA.)

FELICIANO. Mejor cubiertos estamos  
deste esparcido jazmín.

ESTACIO. Desde aquí la podrás ver  
sin que su hermano te vea.

FELICIANO. Mucho el agua te (1) recrea  
para no acabar de arder.  
¡Ay, Estacio, quién pudiera  
ser un verdadero Ovidio  
de su pensamiento!

ESTACIO. Envidio  
tu amor; si posible fuera  
transformáste en Diana;  
gozaras tu dama así.

FELICIANO. Nunca tan airosa vi  
su hermosura soberana.

ESTACIO. El campo y el traje dél  
da a las damas gran donaire.

FELICIANO. ¡Quién fuera, cielos, el aire,  
para transformarse en él!  
Ves aquí un campo de aquellos  
que el Metamorfoseos pinta;  
mira esta famosa cinta  
de arroyos puros y bellos.

Mira por esotra parte  
esos cuadros y vergeles,  
compitiendo en los pinceles  
Naturaleza y el Arte.

Mira aquella Ninfa allí  
y qué pudo su hermosura,  
pues en ser blanca y ser dura  
es mármol y fuente aquí.

ESTACIO. Oye, que se va su hermano.

LEONARDO. Llave y licencia traeré.

BERNARDA. Aquí espero.

LEONARDO. Volveré  
presto.

(Vase LEONARDO.)

ESTACIO. Llega, Feliciano.

FELICIANO. No te alteres de mirarme,  
Bernarda, en este jardín,  
que siendo honesto mi fin  
mi amor te obliga a escucharme.

Párate, sino es cruel,  
que en el campo que estoy viendo  
quisieras ser Daphne huyendo  
y entre mis brazos laurel.

BERNARDA. ¿Quién te ha dicho, Feliciano,  
mi venida?

FELICIANO. El corazón,  
que en sucesos de afición  
nunca profetiza en vano.

Vi el coche a tu puerta; oí  
gran alboroto de fiesta,  
aunque ya, por tu respuesta,  
no lo ha de ser para mí.

No quise preguntar más,  
que esto bastó.

BERNARDA. Vete luego,  
si tu peligro y mi ruego  
bastan a volverte atrás.

Mira que mi hermano es hombre  
que no sufre libertades.

FELICIANO. Ni tú, mi bien, mis verdades,  
con ser de mujer su nombre.

Si yo le viere volver  
también le diré que aguardo  
la llave; que no es Leonardo  
tu esposo o tú su mujer.

BERNARDA. Es mi hermano, y a quien tengo  
en lugar de padrc.

FELICIANO. Agora  
conozco, ingrata señora,  
la desventura a que vengo.

Cuando quisiere enfadarse  
yo diré que soy tu esposo

BERNARDA. Entonces es más forzoso  
de tu locura enojarse.

¿Yo marido sin su gusto  
de Leonardo?

ROSELA. Feliciano,  
no tiene amor; es en vano  
dar a Bernarda disgusto.  
Vete y no le des enojos,  
que amor es sólo querer  
el gusto de la mujer  
en que se ponen los ojos.

FELICIANO. ¡Ah, larga desdicha mía,  
cuándo acabará mi mal!  
Mas siendo el alma inmortal,  
no espere el alma este día.

Tengo mis penas en ella;  
han de vivir muerto yo,  
que esto tiene quien nació  
con tan desdichada estrella.

BERNARDA. ¡Graciosa lamentación!  
Vete entre esos olmos verdes,  
que pienso que hablando pierdes  
después mayor ocasión.

(1) Así en el texto. Quizá deba leerse: "Mucho el alma se recrea."



Que yo me retiraré  
de mi hermano y hablaremos  
donde con menos extremos  
te quiero escuchar.

FELICIANO.

Sí haré

sólo por obedecerte,  
que no por lo que has de hacer,  
porque he venido a creer  
que te deleita mi muerte.

¡Plega a Dios que entre esas fuen-  
de tal manera te miras, [tes  
que por ti misma suspires  
y que su espejo acrecientes!

¡Plega a Dios que de estos secos  
montes, que el sol abrasó,  
te venga a responder yo  
en enamorados ecos.

¡Plega a Dios que vuelta en flor  
quedes por testigo aquí  
de que te has amado a ti  
no teniendo a nadie amor.

Ven, Estacio.

ROSELA.

¿Así le dejas?

BERNARDA. Sí, que es en pública parte.

ESTACIO. ¡Lástima me da escucharte!

FELICIANO. A quien no la dan mis quejas  
no es menester que se apoyen  
en tu honrado proceder,  
que pueden cernernecer  
a las piedras que las oyen.

*(Vanse los dos.)*

ROSELA.

Cruel has andado.

BERNARDA.

¿En qué?

ROSELA. En no le escuchar con gusto.

BERNARDA. ¿Quieres tú que ese disgusto  
hoy a Leonardo le dé,

trayéndome sólo aquí  
para alegrarme y reírme,  
y no sabiendo decirme  
lo que pretende de mí?

¿Responderé a sus papeles  
en cortesía, si ya  
mi amor obligado está,  
a lo que decirme sueles?

ROSELA.

Sólo te digo que dar  
en este lugar a un hombre  
debajo de honrado nombre,  
no ofende en ningún lugar.

Alguna, por recogida,  
nadie sabe que nació,  
y por serlo se quedó

sin casar toda su vida.

¿Nunca has visto los plateros  
colgar en aparadores  
todas las joyas mejores  
a los propios y extranjeros?

Pues la joya de mujer  
en estando retirada,  
¿de quién ha de ser comprada  
si nadie la puede ver?

BERNARDA.

Cuando la joya es de fama,  
con opinión de valor,  
luego lo sabe el señor  
y para vella le llama.

Reniega de las mujeres  
que en aparador están,  
que los hombres te dirán  
en qué estiman sus placeres.

Yo sé que es su condición  
estimar lo que les cuesta,  
y que una mujer honesta  
se casa con la opinión.

ROSELA.

¿Luego el sol pierde hermosura  
por salir todos los días?

BERNARDA.

No; pero saber podrías  
que no estiman su luz pura.

Que cuando en invierno viene  
tras ocho días de ausencia,  
celebrase su presencia  
y en más estima se tiene.

Toda dama cortesana  
tiene, huyendo la opinión,  
la condición del botón:  
que está siempre a la ventana.

Pero la que es principal  
nunca su recogimiento  
le ha quitado casamiento.

*(Entran DON DIEGO, MENDOZA y LARA, criados, todos  
con botas y espuelas.)*

D. DIEGO. ¿No he visto jardín igual!

Por bien empleado he dado  
el haberme detenido.

MENDOZA. El de las postas se ha ido  
de esperar desesperado.

D. DIEGO. ¿No ves que le dije yo  
que entrar en Madrid quería  
de noche?

LARA.

Ya se volvía  
cuando Mendoza llegó.

D. DIEGO. Digo que le dije, Lara,  
que se fuese enhorabuena.

MENDOZA. ¿Pues por qué entrar te da pena

de día?

D. DIEGO. Porque repara  
Madrid, después que no es Corte  
en cualquiera caballero, [(1),  
y por la posta no quiero,  
pues no hay para qué me importe  
alborotar el lugar,  
y que vayan a saber  
si ha de estar o ha de volver,  
mientras la vemos estar.

MENDOZA. Bien dices; pero, por Dios,  
que pensé que algo debías  
por huir el rostro a los días.

D. DIEGO. ¡No, por vida de los dos!  
Tú llevas un desposado,  
Mendoza, que no debió  
honra ni hacienda, que yo  
no tomo nada fiado,  
ni prestado lo he pedido,  
y si juego es mi dinero.

BERNARDA. ¡Qué gallardo caballero!

ROSELA. Sin duda es recién venido.

LARA. Señor, mira qué mujer.

MENDOZA. Calla, Lara, enhoramala,  
que ésta ni otra alguna iguala  
a la que vamos a ver.

No la mires, anda acá,  
sal de la casa del campo.

D. DIEGO. Soy yo imprenta que me estampo  
con cualquiera papel ya.  
Bien puedes dejarme ver.

MENDOZA. A tener tus ojos llave  
te la echara.

D. DIEGO. ¡Mujer grave  
y muy hermosa mujer!

MENDOZA. ¡Qué tan linda, por Dios vivo,  
que vale más un zapato  
de mi ama!

D. DIEGO. Espera un rato.

BERNARDA. El hombre es galán y altivo.

ROSELA. Este debe de pasar  
de camino, y quiso ver  
esta casa de placer,  
para alguno de pesar.  
¿No es bueno que diera un dedo  
por saber si viene o va?

LARA. ¿Piensas tú que toda está  
la gallardía en Toledo?

Yo te digo que Madrid

es reina de la hermosura.

BERNARDA. Pregunta si por ventura  
camina a Valladolid;

que cualquiera que se parte  
me pesa, y más este hombre,  
que es gallardo y gentil hombre.

LARA. Mendoza, señor, es parte;  
yo digo que mi señora  
sea un propio serafín,  
pero ésta en este jardín  
es la primavera ahora.

D. DIEGO. Lara dice bien, por Dios;  
mira, Mendoza, que es bella.

MENDOZA. Es pudrirme, que iré a ella  
y la...

D. DIEGO. Detente.

MENDOZA. Los dos  
os debéis de concertar  
para darme estos enojos.  
Vuelve, doña Ana, los ojos  
desde ese hermoso lugar  
y abrasa con tu Solsticio  
quien no te adora.

LARA. Recelo  
que ha de pedir a Juanelo  
otro segundo artificio.

¿Desde Toledo a Madrid  
sus ojos han de abrasar?

ROSELA. No me atrevo a preguntar  
si van a Valladolid.

D. DIEGO. Este hermoso capotillo  
y el de los ojos, Mendoza,  
algo tiene que retoza  
desto, que no sé decillo.

El sombrero, el aire, el modo,  
por Dios que obliga a mirar,  
y no me puedes negar  
que viene con alma todo.

MENDOZA. ¿Esta condición tenías?  
Tierno eres: ¡yo he topado  
lindo humor de desposado!  
No saldremos en seis días.

A no ser casa de campo  
de un Rey, dijera, don Diego,  
que la abrasara...

D. DIEGO. Mi fuego  
porque no hallaras escampo.  
¿Qué tiene aquesta mujer?

MENDOZA. El es lindo Laumedón;  
a cada conversación  
una grúa es menester.

Vámonos a ver la puente,

(1) Dejó de serlo de 1601 a 1606, entre cuyas  
dos fechas se escribiría esta comedia.

que es un famoso edificio.  
LARA. Dile aquello del Solsticio,  
ansí Dios tu vida aumente,  
porque le abrase esta tarde.

BERNARDA. ¡Deja, necia, hablaré yo!

ROSELA. No me atrevo.

BERNARDA. ¿Por qué no?—  
El cielo, señor, os guarde.

(*Allégase a él.*)

D. DIEGO. Y guarde a vuesa merced.

MENDOZA. ¡Ya trában conversación!  
Enfermo es 'del corazón.

BERNARDA. Hacedme, señor, merced  
de decirme si por dicha  
vais a la Corte.

D. DIEGO. Señora,  
de la Corte vengo ahora,  
y por dicha 'jamás dicha,  
pucs entrando sólo a ver  
estos jardines reales,  
he visto esos celestiales  
ojos, que me han de perder.

BERNARDA. Mire que soy ballenata (1);  
¿y ha poco que estaba aquí  
la Corte?

D. DIEGO. Mire que a mí  
soy cortesano y me mata.

BERNARDA. Como eso suele matar  
a los que van caminando.

D. DIEGO. ¿Soy bestia?

BERNARDA. Fuéme bridando  
el vocablo de matar.

D. DIEGO. ¿Sabe que no matarás,  
es el quinto Mandamiento?

BERNARDA. ¿Mátole yo?

D. DIEGO. El pensamiento.

BERNARDA. ¿El pensamiento no más?  
Pues mande prender el mío.

D. DIEGO. No, sino vuestra belleza.

BERNARDA. Pues prenda a Naturaleza  
o escríbale un desafío.

D. DIEGO. ¿Hay tal cosa? Muerto soy.

BERNARDA. ¿Que de la Corte venía?

D. DIEGO. Y se conoce, a fe mía,  
en lo que cortado estoy (2);  
aunque allá se fué la Corte  
y sólo el yerro dejó,  
algún acero quedó

que tiene un poco de corte.

BERNARDA. ¿Dónde va vuesa merced?

D. DIEGO. A vuesa merced no más,  
que ni adelante ni atrás  
iré.

BERNARDA. Rompa la pared.

D. DIEGO. Coces tengo de tirar,  
¡Jesús!, con tanto desprecio,  
pues a fe que no era el necio  
de los que hay en mi lugar.

Envaine vuesa merced  
la espada, por cortesía.

BERNARDA. ¿Cómo, si la herida es mía?

D. DIEGO. ¡Misericordia tened  
dcste pobre caminante!

BERNARDA. ¿Adónde vais?

D. DIEGO. A Toledo.

BERNARDA. Perdonadme, que no puedo,  
señor, pasar adelante,  
que viene mi dueño allí.

D. DIEGO. ¿Sois casada?

BERNARDA. No, por Dios;  
pero alguno como vos  
me estuviera bien a mí.

D. DIEGO. Me estuviera bien a mí,  
vive Dios, de no quitarme  
de donde estoy, o matarme  
con quien me echase de aquí.

(*Sale LEONARDO, hermano de BERNARDA.*)

LEONARDO. ¿Hombre hablando con Bernarda?

D. DIEGO. Enfadado viene el hombre.

LEONARDO. ¿Quién es este gentilhombre  
que tan atento me aguarda?

¡Lo que parece a don Diego  
de Avalos! ¡Válgame Dios,  
si es él!

D. DIEGO. ¿Leonardo sois vos?

(*Conócense.*)

LEONARDO. ¿No me veis?

D. DIEGO. Llegad.

LEONARDO. Ya llego.

D. DIEGO. ¡Miren adónde nos vemos!

LEONARDO. ¿Dónde con botas y espuelas?

D. DIEGO. Hay un millón de novelas.

LEONARDO. Ni acá falta que os contemos.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué mal hom-  
¿Cómo no me respondéis? [bre!

D. DIEGO. Siempre esa queja tenéis.

LEONARDO. ¿Pues no es razón que me asombre?

D. DIEGO. No, que es río del olvido

(1) Es decir; hija de Madrid o de la Ballena.

(2) Quizá deba decir "en lo cortado que estoy".



la Corte y falta lugar.  
 LEONARDO. ¿Para mí os ha de faltar,  
 siendo a mi amor tan debido?  
 Volvámonos luego a Flandes;  
 pesar de mí, que no había  
 en toda su Infantería  
 otros amigos tan grandes.  
 ¿Así os olvidáis allá  
 de las viejas camaradas?  
 D. DIEGO. En colgando las espadas  
 todo en un silencio está.  
 ¡Vive Dios que os he tenido  
 en el alma y con deseo  
 de serviros!  
 LEONARDO. No lo creo,  
 pues no me habéis respondido.  
 Que a fe que si no muriera  
 mi madre y quedara aquí,  
 Diego, la que veis allí,  
 que a la Corte a veros fuera.  
 Mas no me puedo ausentar  
 hasta casarla.  
 D. DIEGO. Haréis bien,  
 aunque yo pienso también,  
 sólo en verla recatar,  
 que érades vos su marido.  
 LEONARDO. Pluguiera a Dios que pudiera  
 serlo, y que yo mereciera  
 lo que allí veis escondido,  
 que es un alto entendimiento  
 y una virtud singular.  
 D. DIEGO. Dios os la deje emplear  
 con igual merecimiento.  
 LEONARDO. Llegadla a hablar.  
 D. DIEGO. Es razón.  
 LEONARDO. Bernarda, el señor don Diego...  
 D. DIEGO. No digáis más, pues yo llevo  
 a decir mi obligación.  
 LEONARDO. Es mi dueño, y lo ha de ser  
 de nuestra casa.  
 D. DIEGO. Yo os debo  
 la vida, que en vos no es nuevo  
 quererme favorecer.  
 BERNARDA. Seáis, señor, bien venido,  
 que el estaros obligado  
 mi hermano me lo ha contado.  
 D. DIEGO. Estoy tan favorecido  
 que casi estoy vergonzoso  
 y me han salido colores,  
 que sois dos a hacer favores  
 y yo solo a ser dichoso.  
 BERNARDA. La sangre que habéis hallado

tan de vuestra parte ha sido,  
 que al rostro se os ha subido  
 y deso estáis colorado.  
 D. DIEGO. Antes por esa razón  
 descolorir me temía,  
 que si vuestra sangre es mía  
 bajárase al corazón.  
 BERNARDA. Eso fuera tener miedo,  
 y aquí muy seguro estáis.  
 LEONARDO. Paz, señores: ¿dónde vais,  
 don Diego?  
 D. DIEGO. Voy a Toledo,  
 y he venido por Madrid  
 sólo a besaros las manos.  
 LEONARDO. No mienten los cortesanos:  
 a lo que vais vos decid.  
 D. DIEGO. Iba a ver cierta señora  
 con quien casarme quería.  
 BERNARDA. ¡Ay de mí, Rosela mía!  
 LEONARDO. ¿A casaros?  
 D. DIEGO. No sé agora.  
 LEONARDO. ¿Cómo no?  
 D. DIEGO. Nunca la vi.  
 LEONARDO. Pues, hermano, ver primero;  
 no os compren con el dinero,  
 como me quieren a mí.  
 Mas vive Dios que en las vistas  
 dije, volviéndome atrás:  
 "Vade retro, Satanás",  
 como hacen los exorcistas.  
 D. DIEGO. Bien decís; vos y yo iremos,  
 de aquí a diez o doce días,  
 que estas no son niñerías  
 para que luego envidemos.  
 Hay hombre que en estos llores  
 apenas a un avariento  
 oye, envidó un casamiento  
 con poco punto en los oros,  
 cuando quiero, le responde,  
 con el resto de la vida.  
 LEONARDO. Si no es muy vista y oída  
 la que más el rostro absconde,  
 no lo aconsejo a ninguno.  
 ¿Qué os dan?  
 D. DIEGO. Veinte mil ducados,  
 con muchos deudos honrados  
 y cerca del Rey alguno.  
 LEONARDO. Iremos cuando queráis,  
 y yo acabaré una gala;  
 entretanto, de una sala  
 os suplico que os sirváis,  
 donde, a usanza de Madrid,

habrá alcoba y limpia cama,  
aunque no tenga esa fama.

D. DIEGO. Que no replico advertid,  
porque sois mi propio hermano.  
Hablad con Bernarda un poco  
mientras a partir provoco  
cierto hidalgo toledano  
que me ha venido a llamar.

LEONARDO. Id en buena hora.

D. DIEGO. Mendoza,  
lo que un amigo se goza  
cuando otro acierta a topar  
que en los peligros lo fué,  
no tengo que exagerarte:  
a Toledo al punto parte  
y di que albricias te dé  
mi esposa, que antes de un mes  
iré a lo que está tratado.

MENDOZA. ¿Un mes?

D. DIEGO. Estoy obligado  
a los amigos que ves,  
y no me siento muy bueno:  
parte y dile que ya voy.

MENDOZA. Al cabo de todo estoy;  
ni lo apruebo ni condeno:  
liviano me has parecido.—  
Si habías de hacer casado  
lo que has hecho, habréme holgado  
de todo lo sucedido.

Lo que me dices diré.

D. DIEGO. ¿Mendoza, Mendoza, espera!

MENDOZA. Si guardas desta manera  
palabras, firmas y fe,  
haré que se rasgue allá  
lo escrito.

D. DIEGO. ¿Estás enojado?  
Ve y dile que mi cuidado  
no queda durmiendo acá,  
que más presto que tú piensas  
veré a mi esposa.

MENDOZA. Sí haré.

(Vase MENDOZA.)

D. DIEGO. ¿Fuése el necio?

LARA. Ya se fué.

D. DIEGO. Que le he sufrido de ofensas...

LARA. ¿Quédaste aquí?

D. DIEGO. No lo excuso;  
ya al criado despaché.

BERNARDA. Con descontento se fué.

D. DIEGO. En contingencia me puso  
de perderos el respeto.

LEONARDO. Vámonos a merendar,  
que después habrá lugar  
de hablar.

D. DIEGO. Yo os quiero, en efeto.

(Vase LEONARDO y van saliendo FELICIANO y ESTACIO.)

BERNARDA. ¿Vos a mí?

D. DIEGO. Mirad qué tanto,  
que he dejado de ir a ver  
mujer que era mi mujer.

BERNARDA. De vuestra intención me espanto.

D. DIEGO. Señora, no os espantéis,  
pues una nave es más grave,  
y hay quien detenga una nave.

BERNARDA. ¿Pues de mí qué pretendéis  
siendo casado?

D. DIEGO. No soy.

BERNARDA. ¿Pues a qué vais a Toledo?

D. DIEGO. No voy, pues dejarlo puedo,  
que a vos solamente voy.

BERNARDA. ¿Soy yo Toledo?

D. DIEGO. Seréis.

BERNARDA. Y si tan fuerte nació...

D. DIEGO. Cercaros todo, que así  
con el tiempo os rendiréis.

BERNARDA. No se rinde tal ciudad.

D. DIEGO. Es muy ordinario haber  
en ciudades de mujer  
portillos de voluntad.

BERNARDA. ¿Pensáis de entrar por la mía?

D. DIEGO. O morir en la demanda.

ROSELA. Seguidla, que mucho ablanda  
el servicio y la porfía.

(Vanse los tres.)

FELICIANO. ¿Haslo visto?

ESTACIO. Bien lo vi.

FELICIANO. ¿Ah, gentilhombre!

LARA. ¿Quién llama?

FELICIANO. Un pariente desa dama;  
¿mas de dónde viene aquí  
ahora ese caballero?

LARA. De Valladolid.

FELICIANO. ¿Y está  
ahora de asiento allá?

LARA. No mucho.

FELICIANO. ¿Ay, Estacio; hoy muero!  
¿Cómo se llama?

LARA. Don Diego  
de Avalos.

FELICIANO. ¿A qué ha venido?

LARA. No viene aquí.

FELICIANO.                               ; Ya he tenido  
vida! Mas oídme, os ruego.  
                              ¿Va lejos? ¿Va acaso a Flandes?  
ESTACIO.    ¿Tan lejos quieres que fuera?  
LARA.       No, señor; más cerca espera  
                  hacer hazañas más grandes.  
FELICIANO.   ¿Más cerca? ¿Dónde?  
LARA.                                       En Toledo.  
FELICIANO. ¿Pues qué hazañas puede hacer?  
LARA.       Casarse, que es menester  
                  perder al peligro el miedo.  
ESTACIO.    Bien dijo: hazaña es casar;  
                  Casar un lugar se llama,  
                  donde un discreto de fama,  
                  que le pudiera nombrar,  
                  este equívoco escribió:  
                  "Quien pasa por el Casar,  
                  por todo puede pasar."  
FELICIANO. Del lugar se aprovechó.  
LARA.       ¿Mandáis más?  
FELICIANO.                               Esto quería.  
LARA.       Adiós.  
FELICIANO.    El vaya con vos.  
                  Consolado estoy, por Dñs,  
                  de la pena que tenía,  
                  ver que mientras aquí está,  
                  aún no me faltan recelos.  
ESTACIO.    Es condición de los celos;  
                  pero esta noche se irá.  
FELICIANO.    Si la lleva a su posada  
                  muerto soy.  
ESTACIO.       Sí que es galán.  
FELICIANO. Detrás de aqueste arrayán  
                  quiero ver mi muerte amada.

*(Vanse. Salen DOÑA ANA y CLARINO, en Toledo.)*

CLARINO.    Con el ordinario escribe  
                  que otro día se partía.  
D.<sup>a</sup> ANA.    Pues ayer llegar tenía.  
CLARINO.    Detendrase si apercibe  
                  galas para esta ocasión  
                  y otras cosas necesarias.  
D.<sup>a</sup> ANA.    Nacen sospechas tan varias  
                  de principio de afición.  
CLARINO.    ¿Pues estás aficionada?  
D.<sup>a</sup> ANA.    Si es que mi esposo ha de ser,  
                  por fuerza habré de tener  
                  principios de enamorada.  
CLARINO.    ¿Sin verle?  
D.<sup>a</sup> ANA.       Ya no es sin ver  
                  decirme dél tantas partes.  
CLARINO.    En mi mocedad, en artes,

doña Ana, fuí bachiller,  
y supe que no se amaba  
lo que no se conocía;  
mas que si su igual se vía  
lo ausente se imaginaba.

Hombres has visto, y así  
quieres un hombre como ellos.

D.<sup>a</sup> ANA.    Yo imagino algunos dellos  
                  que de buenos talles vi,  
                  y formo en mi fantasía  
                  este rostro que ya quiero.

CLARINO.    Que vendrá esta noche espero,  
                  o mañana antes del día.

Salir quiero a preguntar  
si es que por Visagra entró,  
por ventura se escondió  
por verte.

D.<sup>a</sup> ANA.       Estoy por pensar  
                  que has dado en lo que es más

CLARINO.    Los viejos sabemos más;       [cierto.  
                  mas si te ve como estás  
                  no saldrá ya del concierto.

*(Vase.)*

DOÑA ANA.

¡Oh verdugo del alma, la esperanza!  
Quien sin desesperar un bien espera  
no es hombre, es piedra; que una piedra en cera  
convierte la sospecha en la tardanza.

Conozco, en fin, que quien espera alcanza;  
mas no hay bien, que si espero le quisiera,  
por no esperar, que la esperanza altera  
la paz del alma y la mayor bonanza.

Consume la esperanza poco a poco  
la mejor sangre, y de una en otra duda  
los enigmas difíciles retrata.

¿No te bastaba, amor, ser ciego y loco,  
sino engendrar a la esperanza muda,  
que no dice quien es hasta que mata?

*(Salga MENDOZA de camino.)*

MENDOZA.    Dame, señora, esas manos.

D.<sup>a</sup> ANA.    ¡Jesús! Mendoza, ¿tú eres?  
                  ¿No me abrazas? Pues no quieres  
                  no son mis recelos vanos.

¿Qué es esto? ¿Tristeza en ti?  
No tengo que preguntarte,  
porque con sólo mirarte  
sé que a don Diego perdí.

MENDOZA.    Ya fuera el agravio mucho;  
                  consuelo el suceso tiene.

D.<sup>a</sup> ANA.    Pues dime, ¿don Diego viene?



MENDOZA. Escúchame atenta.

D.<sup>a</sup> ANA. Escucho.

MENDOZA. Salió de Valladolid,  
Corte del Tercer Filipo,  
don Diego de Avalos y Arce  
para casarse contigo.  
Pasó el alto Guadarrama,  
desde cuyo frontispicio  
se ven los campos alegres  
de Manzanares, un río  
a quien da nombre un lugar  
porque allí toma principio  
con Madrid, en bosques franco,  
y en agua aunque clara esquivo,  
a cuya vista se mira,  
entre mil olmos antiguos,  
la hermosa Casa del Campo,  
que este es su propio apellido.  
Donde llegando a las tres,  
que quería entrar nos dijo  
de noche, por excusar  
visitas de sus amigos,  
y despidiendo las postas  
entró en el verde edificio  
a esperar en sus alhombros  
de la noche el manto frío.  
Entramos por un jardín,  
a quien el agua de un risco  
a cada flor daba un caño  
entre arrayanes y mirtos,  
a una casa, aunque pequeña  
lustrosa, que no han querido  
hacerla mayor los Reyes  
porque está enfrente de un rico  
y suntuoso palacio  
que siendo capaz en sitio  
de aposentar a su dueño  
parece a la vista un brinco.  
Luego los hermosos cuadros  
de la primavera vimos,  
dechados de sus labores  
sobre la tierra extendidos.  
Cebando los libres ojos  
en violetas, en narcisos,  
rosas, azucenas, salvas,  
retamas, claveles, lirios,  
todos con hermosas fuentes,  
y de labores vestidos,  
de afeitadas ajedreas,  
de romeros y tomillos.  
Vimos unas salas de agua,  
cuyos techos, guarnecidos

de mil piedras, daban luces  
como rubíes y jacintos.  
Viste las paredes yedra,  
con sus hojas y racimos,  
donde está la cueva antigua  
y el dios del agua marino,  
que sobre juncos y helechos  
eternamente tendido  
hace sudar a las piedras  
agua por dos mil resquicios,  
y cuya puerta acompañan  
dos ninfas en sus dos nichos  
de mármol blanco, y de quien  
hiciera historias Ovidio.  
En medio deste jardín  
se ve de alabastro liso  
la gran fuente que de Italia  
trujeron a Carlos Quinto,  
con ocho marinos dioses  
y cuatro desnudos niños;  
las águilas del Imperio,  
tres tazas, mil artificios,  
que si alcanzara esta edad  
enmudeciera Lisipo  
de ver diversos trofeos  
tan altamente esculpidos.  
Después de otros cenadores  
a diferentes caminos,  
vimos en medio de un mar  
sobre una peña un castillo,  
a quien en torno asostados  
disparaban dos mil tiros:  
en vez de sus fuegos, agua,  
y en vez de balas, granizos.  
Por otras fuentes después  
a cuatro cuadros subimos,  
donde sabrosos frutales  
forman otro paraíso,  
que parece que en cualquiera  
del manzano más propicio  
se han de ver Eva y Adán  
en aquel engaño mismo.  
No digo, por no cansarte,  
lo que en esta casa he visto;  
no de sus estanques hablo,  
por cuyos cristales limpios  
los cándidos cisnes nadan,  
y por cuyos fondos fríos  
habitan carpas y tencas,  
como el ganado en aprisco,  
porque al llegar a sus bosques  
vió don Diego, tu marido,

una mujer principal,  
lindo talle, gentil brío,  
hermana de un caballero,  
con quien dice que ha vivido  
años en Flandes, soldado.  
Háblanse los dos amigos,  
y ofreciéndole su casa,  
muy demudado me dijo  
que ha de partirse a Toledo  
tan locamente perdido,  
que dice que de aquí a un mes  
vendrá a verte.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Que no ha escrito  
don Diego y que en Madrid queda  
dese nuevo anzuelo asido?  
¿Quieres que le culpe?

MENDOZA. Sí;  
pero no, que no te ha visto.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué hombre es don Diego? ¿Podré  
dejarle?

MENDOZA. ¿Al hombre más lindo  
que ha hecho el cielo? Era justo  
por este injusto delito,  
si fuera Toledo mudo.

D.<sup>a</sup> ANA. Sí, que Toledo ha sabido  
mi concierto y escritura;  
hablarán mis enemigos,  
que muchos, para quien yo  
fuí, Mendoza, basilisco,  
viendo ocasión de venganza  
serán áspides conmigo.  
Llámesse acá a mi tutor,  
pero no sepa Clarino  
la liviandad de don Diego.

MENDOZA. Locura de mozo ha sido.

D.<sup>a</sup> ANA. Dado me han el parabién,  
y en casa del Arzobispo  
todos saben por mi pleito  
que hoy espero a mi marido.  
¿Hay tal desdicha? ¿Hay tal cosa?  
Pierdo, Mendoza, el juicio;  
si se muriese don Diego  
no va poco arrepentido.  
Ahora bien; esto es honor.  
Ni mi tutor ni mi tío  
sepan donde voy, Mendoza,  
que tú solo irás conmigo.

MENDOZA. ¿Dónde, señora?

D.<sup>a</sup> ANA. A Madrid.

MENDOZA. ¿Cómo?

D.<sup>a</sup> ANA. En varonil vestido.

MENDOZA. ¿Estás loca?

D.<sup>a</sup> ANA. Estoy corrida,  
que en la mujer son principios.

MENDOZA. Vuelve en ti, que la pasión  
te hace decir desatinos.

D.<sup>a</sup> ANA. Mendoza, di que son hechos,  
que poco importarán dichos.  
Yo he de ir a Madrid, Mendoza,  
y he de ver a mi enemigo.

MENDOZA. Norabuena; pero en traje  
de tus pensamientos digno.

D.<sup>a</sup> ANA. Cuando uno quiere vengar  
una afrenta ¿no es arbitrio  
dejar el vestido propio  
y tomar otro vestido?  
Pues eso mismo haré yo.

MENDOZA. Que lo imagines te pido.

D.<sup>a</sup> ANA. Tengo honra, no me detengo;  
tengo amor, y no imagino;  
no me he de matar, que hay alma;  
yo no soy Porcia ni Dido:  
no es amor para cobardes.

MENDOZA. Antes sí, que amor es niño.

D.<sup>a</sup> ANA. Si sabes que soy mujer,  
¿qué me replicas?

MENDOZA. Replico  
por tu honor.

D.<sup>a</sup> ANA. Aguarda, esposo;  
no puedo decirte mío.

ACTO SEGUNDO

DE LA GALLARDA TOLEDANA

(Salen DON DIEGO DÁVALOS y MENDOZA, de camino.)

D. DIEGO. Admírame que no escriba.

MENDOZA. No escribe porque te aguarda.

D. DIEGO. ¿Queda buena?

MENDOZA. Y tan gallardía  
que al sol de sus rayos priva.

D. DIEGO. No sé, Mendoza, si puedo  
ir tan presto a nuestras vistas.

MENDOZA. Más despacio la conquistas  
que el rey Alfonso a Toledo.

Fuera de Valladolid,  
¿qué disculpa habrá que intentes?

D. DIEGO. Siempre fué cárcel de ausentes  
este cielo de Madrid.

Sus azules paramentos,  
pintados de novedades,  
hasta en libres voluntades  
influyen detenimientos.

Mal anduviste en no hacer  
que me escriba.

MENDOZA. A quien ya viene,  
¿para qué? Y más si no tiene  
cartas a que responder.

Tu venida ha confirmado  
no la haber tú escrito a ella.  
¡Oh si la vieras, más bella,  
con un vestido rosado,  
que sale por Oriente  
el anunciador del día,  
dando mayor alegría  
que el alba su hermosa frente!

Díjele tu enfermedad,  
y enterneciendo los ojos  
vertió en sus claveles rojos  
de perlas gran cantidad,  
cuyas hermosas corrientes  
su boca intentó cogerlas,  
porque guarde tales perlas  
el nácar de tales dientes.

Que si nacen de rocío  
en ellos se engendrarán.

D. DIEGO. Lejos estos necios dan  
deste pensamiento mío.

Y éste que tanto la alaba  
no conoce que me ofende;  
pero es mercader que vende  
y ningún concierto acaba.

Estoy ya tan adelante  
en este mi nuevo amor,  
que este necio embajador  
temo que a Bernarda espante.

¡Ah cielos, qué presto muda  
la voluntad de opinión,  
por mucho que la razón  
intente darle su ayuda!

¿Cómo podré deshacer  
la escritura de doña Ana?

MENDOZA. Hoy nuestra esperanza vana  
quiere un imposible hacer,  
que entendido el pensamiento  
de don Diego, es disparate  
que más mi señora trate  
de esforzar su casamiento.

En la puente la dejé,  
que hasta llevarla esta nueva  
no es justo que a entrar se atreva,  
por muy oculta que esté.

Dios sabe que la he reñido  
el hábito que ha tomado,  
pero es amor desbocado

cuando va siguiendo olvido.

Y si en efecto es locura  
callar y seguir su amor,  
¿qué habemos de hacer, señor?

D. DIEGO. Sólo descansar procura,  
Mendoza, que has caminado,  
y hablemos después los dos.

MENDOZA. Pues adiós.

D. DIEGO. Vete con Dios.

MENDOZA. Harto bien me ha despachado.  
No me quejaré a lo menos  
que me ha detenido aquí.

D. DIEGO. ¿No te vas, Mendoza?

MENDOZA. Sí,  
que de sueño tengo llenos  
los ojos, porque a las tres  
anoche salí de Illescas.

D. DIEGO. Este por nuevas tan frescas  
querrá también su interés.

Por cuenta de la cadena  
podré poner estos pasos,  
que son diferentes casos  
los que amor de nuevo ordena.

Vuelve a las doce a buscarme.

MENDOZA. Rabiando de enojo voy.

(BERNARDA *en alto*.)

BERNARDA. ¡Ah, señor don Diego! ¿Es hoy  
la partida?

D. DIEGO. Vino a darme  
este enfadoso escudero  
nuevas de aquella señora.

BERNARDA. ¿Y de qué se trata ahora?

D. DIEGO. De que tratarla no quiero;  
estoy muy de espacio aquí,  
aunque apriesa me matáis.

BERNARDA. ¿Luego ya no os vais?

D. DIEGO. Si estáis,  
hermosa Bernarda, en mí,  
preguntad al alma cuándo  
y si me parto o me quedo.

BERNARDA. ¿Y qué dirán en Toledo,  
donde os están esperando?

D. DIEGO. Esperen toda su vida  
hasta que su engaño vean,  
que yo voy, porque lo crean,  
dilatando mi partida.

Más cerca hallé mi mujer  
de aquello que presumí.

BERNARDA. ¿Dónde la hallastes?

D. DIEGO. Aquí,  
porque vos lo habréis de ser.



Que a no saber vuestro hermano  
mi tratado casamiento,  
con amigo atrevimiento  
le pidiera vuestra mano.

Pero no quiero que antes  
que en Toledo esté deshecho,  
juzgue liviano mi pecho  
en negocios semejantes,

y porque era quedar mal  
casarme y no dar razón  
donde tuve pretensión  
con dama tan principal.

Esto, y ver tantos desvelos  
de tantos competidores,  
que invidiando mis favores  
me quieren matar de celos,  
hace a mi bien resistencia  
y pone a mi mal temor,  
que es como cisne el amor  
que no sufre competencia.

BERNARDA. ¿Competidores?

D. DIEGO. Ni fuera  
vuestro valor el que debe  
si al sol, al agua, a la nieve  
menos deseos trujera (1).

Pero vos entre los buenos  
amad, señora, el mejor;  
pues tenéis tanto valor,  
estimaos, ojos serenos.

Porque en la opinión que estáis,  
de hermosos y de atractivos,  
más os querrán por esquivos  
que si a cuantos veis os dáis.

BERNARDA. Si yo no doy ocasión,  
¿qué importan sus pretensiones?

D. DIEGO. Con mirar dáis ocasiones  
para tanta pretensión.

Y si ser dueño esperáis  
de alguno, es bien que miréis  
que menos dueños seréis  
mientras más dueños tengáis.

Estad algún tiempo ajenos  
de piedad, mirad con ira,  
porque si cualquiera os mira  
seréis tenidos en menos.

(Salen FELICIANO y ESTACIO.)

FELICIANO. Propuesto traigo estos días  
que en viendo este hombre a estas re-  
ha de entender que mis quejas [jas

nacieron de sus porfías.

Que no contento con ser  
huésped donde puede hablar,  
nos quiere a todos quitar  
la vista desta mujer.

ESTACIO. ¿No decían que a Toledo  
iba a casarse?

FELICIANO. No sé.

Mucho hará si saca el pie  
deste peligroso enredo.

Días ha que vive aquí,  
tantos ha que me da celos.

ESTACIO. Curarse de los desvelos  
es lo mejor.

FELICIANO. ¿Cómo así?

ESTACIO. Hablándole en sana paz  
y diciéndole tu intento.

FELICIANO. ¿Querrá oírle?

ESTACIO. Estará atento  
si es de sentirle capaz.

FELICIANO. Voy.

ESTACIO. Pues al campo le lleva,  
donde oiga el caso hasta el centro.

BERNARDA. Mi hermano viene.

D. DIEGO. Entraos dentro.

Gente viene, cosa nueva  
me parece el allegarse  
tanto aquel hombre a esta reja:  
ya se acerca, ya se aleja  
y comienza a demudarse.

¿Quiere vuesa merced algo?

FELICIANO. Hablar a vuesa merced.

D. DIEGO. ¿Dónde?

FELICIANO. Tendré a gran merced  
que sea en el campo.

D. DIEGO. Allá salgo.

(Vase.)

FELICIANO. El hombre es hombre.

ESTACIO. No hay duda;  
desvíate un poco dél.

FELICIANO. Recio va.

ESTACIO. Vete tras él (1).

FELICIANO. El paso y la color muda.

ESTACIO. ¿Temes algo?

FELICIANO. A sólo Dios.

ESTACIO. El te guíe.

FELICIANO. Aquí me espera.

ESTACIO. Mal sufro, puesto que quiera  
que vayan solos los dos.

Seguirélos, que escondido

(1) En la edición de Correa, "traxera."

(1) En los textos "ve", que hace el verso corto.

desde algún árbol verélos.  
 ; Cuánto pueden unos celos,  
 en risa (1), ausencia y olvido !

(Entra DOÑA ANA en hábito de hombre, con botas  
 y espuelas, y MONTALVO, criado.)

D.<sup>a</sup> ANA. Mira, Montalvo, si acaso  
 parece por la calzada.

MONTALVO. No parece en ella nada,  
 que todo el campo está raso.

D.<sup>a</sup> ANA. Mendoza no considera  
 que en el campo me dejó.

MONTALVO. Si acaso en Madrid topó  
 alguna moza parlera,  
 habrá imitado a don Diego,  
 y en Madrid se habrá quedado.

D.<sup>a</sup> ANA. El tiene gentil cuidado  
 en las cosas que le ruego.  
 ; Cielos ! ; Qué Madrid es éste ?  
 ; Qué liga tienen sus ramos,  
 que apenas hombre enviamos  
 que menos cárcel le cueste ?  
 ; Es, por ventura, la cueva  
 de Salamanca ?

MONTALVO. No sé;  
 allá enhoramala fué  
 el nuestro pece de Esgueva.  
 Mas, por Dios, que no ha salido  
 del (2) laberinto de Creta.

D.<sup>a</sup> ANA. En un alma tan discreta  
 debe de estar escondido.  
 Ojos con que adormeciera (3)  
 puesto en razón estuviera;  
 mas no que sin filos corte;  
 tanto bueno le ha quedado.

MONTALVO. Madrid, señora, parece  
 a un rico, que aunque empobrece  
 queda en razonable estado.

D.<sup>a</sup> ANA. Como es grande, estánle mal  
 calzones a lo flandesco.

MONTALVO. Aquí corre viento fresco;  
 siéntate en este arenal,  
 que solía ser el río  
 que se llama Manzanares,  
 que duerme en caniculares

y despierta en tiempo frío.

D.<sup>a</sup> ANA. ; Cómo puedo sosegar ?  
 Ve a Madrid, Montalvo, corre :  
 la soledad me socorre,  
 bien puedo sola quedar.

Busea en casa de Leonardo,  
 que es donde don Diego posa,  
 a este necio, que reposa  
 cuando yo me abraso y ardo.

MONTALVO. ; Dónde vive ?

D.<sup>a</sup> ANA. A la Pasión,  
 que es donde a mí me la dan.

MONTALVO. Sé que a cuantos allá van  
 les da mal de corazón.

No querría, por Dios vivo,  
 quedarme también allá.

D.<sup>a</sup> ANA. Temiendo lo quedo ya.

MONTALVO. Hora bien, voy por tu olivo,  
 que quiero ser la paloma  
 desta fiera tempestad.

D.<sup>a</sup> ANA. ; Y vendrá ?

MONTALVO. Con brevedad.

D.<sup>a</sup> ANA. Camina.

MONTALVO. Consuelo toma.

(Vase.)

DOÑA ANA.

Bosque del río de Madrid, no puedo  
 hallarme en vuestras verdes soledades,  
 enseñada a decirle mis verdades  
 al gran Tajo, corona de Toledo.

Olmos, bien sé que en vuestros ramos quedo  
 presa, en venganza de otras libertades,  
 que se suelen mudar las voluntades  
 y de las esperanzas nace el miedo.

Conocedme por hombre, fuentes claras,  
 que quien ha de sufrir ha de ser hombre;  
 y tú, que vas huyendo a quien te sigue,  
 ya que eres mi fortuna, ; por qué paras ?  
 Mas como soy mujer temes el nombre,  
 que olvida amada y con desdén persigue.

FELICIANO. Pare aquí vuesa merced,  
 que basta pasar la puente,  
 donde ya no hay tanta gente.

D.<sup>a</sup> ANA. Sauces, mi cuerpo esconded,  
 que vienen aquí dos hombres.  
 Parado se han. ; Qué querrán ?  
 Pero de pendencia están.  
 Ea, brazo, no te asombres;  
 ya eres de hombre; vive Dios  
 que he de hacer lo que me toca.

(1) En la edición de Correa dice "es risa". En  
 ambos el sentido es obscuro.

(2) En la edic. de Correa dicen estos dos versos:  
 Mas, por Dios, que no ha sabido  
 el Laberinto de Creta.

(3) Falta el primer verso de esta redondilla en  
 ambos textos.

(*Entra ESTACIO.*)

ESTACIO. ¡Cuánto el amistad provoca (1),  
pues voy sirviendo a los dos  
contra el término debido  
y el honor de Feliciano!

Pero no ha sido en mi mano.

D. DIEGO. Decidme a lo que he venido.

FELICIANO. ¿De dónde sois?

D. DIEGO. A la puerta  
me lo preguntó la guarda,  
que sospecho que se guarda,  
aunque es la sospecha incierta.

En el campo no hay a quien  
deba decille quien soy:  
basta decir que aquí estoy  
y que soy hombre de bien.

FELICIANO. Yo os hablo con cortesía.

D. DIEGO. Y yo la tengo con vos.

FELICIANO. Importa el hablar los dos  
algo que ya es honra mía;  
y aunque vos no me digáis  
quién sois, os lo diré yo:  
para que el que aquí os sacó  
y por que ocasión sepáis,  
yo me llamo Feliciano,  
soy Ramírez de Madrid.

D. DIEGO. Yo soy de Valladolid,  
a lo castellano, llano;  
y para decirlo en breve,  
don Diego Dávalos soy,  
que en aquella casa estoy.  
¿De estar allí qué se debe?

FELICIANO. Débese considerar  
que puede dueño tener.

D. DIEGO. ¿Hay allí alguna mujer  
que vos podáis sujetar?

FELICIANO. Sujetar no; mas podría  
ser mi mujer.

D. DIEGO. Si lo es,  
respetaréla después  
que sea vuestra, pues no es mía.

FELICIANO. Esta palabra me ha dado  
Bernarda.

D. DIEGO. Pues no hay razón  
que yo impida posesión  
a un hidalgo tan honrado.  
Servilda, que yo os la doy  
de no pretendella.

FELICIANO. En todo

mostráis el hidalgo modo  
de quien sois.

D. DIEGO. Muy vuestro soy.

FELICIANO. Esto quería, no más.  
Adiós.

D. DIEGO. Esperad un poco.

FELICIANO. ¿Queréis algo?

D. DIEGO. No revoco  
la fe, ni lo haré jamás.  
Pero habiendo aquí salido,  
¿cómo quedaré también  
con el lugar, si con quien  
me ha sacado no he reñido?  
Meted mano a vuestra espada.

FELICIANO. Jamás hombre me pidió  
que la desnudase yo,  
que la tuviese envainada.

(*Echa mano y llega ESTACIO.*)

ESTACIO. Aquí tienes un amigo.

D. DIEGO. Que fué traición advertid.

FELICIANO. Nunca hombre de Madrid  
fué traidor, ni yo contigo.  
Estacio, vete en buen hora.

ESTACIO. No habéis de reñir, por Dios.

(*Llega DOÑA ANA.*)

D.<sup>a</sup> ANA. Pues estemos dos a dos,  
que yo sé quien se mejora.

D. DIEGO. ¿Quién sois, caballero?

D.<sup>a</sup> ANA. Un hombre  
que vió aquesta sinrazón.

D. DIEGO. ¿Qué os mueve?

D.<sup>a</sup> ANA. Sola afición,  
que apenas sé vuestro nombre,  
porque desde donde estaba  
ninguna cosa entendí.

D. DIEGO. Yo os agradezco que aquí...

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué aguardas, villano?, acaba.

D. DIEGO. ...me queráis favorecer.  
Teneos.

D.<sup>a</sup> ANA. Es imposible;  
pícome de lo terrible,  
en llegando que ha de ser.  
Vuesa merced se desvíe;  
mataréle aquellos dos.

D. DIEGO. ¿Juntos los dos?

D.<sup>a</sup> ANA. Si, por Dios.

FELICIANO. ¡Oh, qué bien!

D.<sup>a</sup> ANA. ¿De qué se ríe?

Que si le tomó la risa  
por blanco de furia tanta,

(1) En ambos textos "procura", que no rima con "toca".



de su cobarde garganta  
haré la espada camisa.  
¡Fuera digo!

D. DIEGO. ¡Detencos,  
pesar de quíen me vistió,  
que también soy hombre yo!

D.<sup>a</sup> ANA. Yo también en los descos.

FELICIANO. Sosiéguese, gentilhombre;  
mire que es mozo.

D.<sup>a</sup> ANA. Sí soy,  
y aunque sin barbas estoy  
soy tan hombre como otro hombre.

FELICIANO. ¿De dó bueno?

D.<sup>a</sup> ANA. Toledano,  
que puede decir y haccr.

D. DIEGO. Vos me obligáis a tener  
queda la espada y la mano,  
que habéis tomado tal furia  
que sólo por deteneros  
he bajado los aceros  
que levantaba la injuria.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Por qué razón?

D. DIEGO. Porque quiero  
que no riñáis por mí aquí.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues quiero rcñir por mí.

ESTACIO. Paso, hidalgo.

D.<sup>a</sup> ANA. Caballero  
soy, y me pondré mañana  
la de Calatrava al pecho,  
que Su Majestad me ha hecho  
merced.—¡Ay, pobre doña Ana!  
¿Adónde tines el seso?

D. DIEGO. A vuestras mercedes pido  
dejen esto, pues ha sido  
de todo el mejor succso,  
que por allá nos veremos.

FELICIANO. Dondequiera que queráis.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cómo que así lo dejáis?

D. DIEGO. Quedito, no hagáis extremos.

(Váyanse envainando.)

D.<sup>a</sup> ANA. ¿No me dejaréis pelar  
aquel par de gallinillas?

D. DIEGO. Fío de vos maravillas;  
pero volved a envainar,  
que ya los hombres se han ido,  
y decidme qué os movió.

D.<sup>a</sup> ANA. Vuestro talle me obligó,  
que parecís bien nacido,  
y el ver que saliesen dos  
para un hombre.

D. DIEGO. Envainad ya.

D.<sup>a</sup> ANA. Digo que envainado está.

D. DIEGO. Confieso que os debo a vos  
la vida.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Burlas?

D. DIEGO. Oíd.

Botas y espuelas traéis;  
¿vaisos, por dicha, o tenéis  
algo que hacer en Madrid?

D.<sup>a</sup> ANA. Aquí he de estar ocho días,  
que un hombre vengo a buscar.

D. DIEGO. Connigo habéis de posar.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡No, por Dios!

D. DIEGO. Vanas porfías.  
Aquí soy huésped también.

D.<sup>a</sup> ANA. No he visto hombre más gallardo;  
¡ojalá que el que yo aguardo  
me pareciese tan bien!

Por Dios, que si con él voy  
y me arrimo un poco al fuego,  
que he de ser como don Diego  
y quedarme donde estoy.

¡Qué gracia de desposados,  
todos donde van se quedan!

D. DIEGO. Si los cuidados se heredan,  
éste hereda mis cuidados.

Porque si Bernarda ha sido  
tan libre con Feliciano,  
y ya le ha dado la mano  
de que ha de ser su marido,  
no tengo que pretnder;  
mas por hacerle pesar  
quiero a su casa llevar  
quien tantos le puede hacer.

Este mancebo es gallardo,  
más que en mi vida le vi;  
seré su tercero allí  
y que la enamore aguardo,  
de suerte que no la goce  
el villano Feliciano.

D.<sup>a</sup> ANA. Ved el ciego error humano:  
hoy ninguno me conoce,  
y era en Toledo mujer,  
no ha dos días tan querida  
de muchos, cuanto ofendida  
de quien me ha quitado el ser.

D. DIEGO. Mientras en la villa entramos  
quiero que sepas la historia  
desta pendencia.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡En qué gloria,  
ojos atrevidos, vamos!

Plegue al cielo que don Diego  
con quien quisierc se case,

y que la escritura abrase  
y entrambas firmas mal fuego.

D. DIEGO. ¿Cómo es tu nombre?

D.<sup>a</sup> ANA. Don Juan.

D. DIEGO. Pues oye, don Juan.

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ah, cielos,  
ya comienzo a tener celos!

D. DIEGO. Verás en qué punto están  
los pasos por donde fuí  
tan dichoso y desdichado.

D.<sup>a</sup> ANA. Sin duda está enamorado.  
¡Yo soy muerta!

D. DIEGO. Escucha.

D.<sup>a</sup> ANA. Di.

D. DIEGO. Traté por cartas, don Juan,  
un casamiento en Toledo,  
tan rico...

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Válame Dios!

D. DIEGO. ¿De qué te pones suspenso?

D.<sup>a</sup> ANA. Dejé en Toledo unas cartas  
que eran todo mi remedio.  
Prosigue, enviaré por ellas.  
Di, por tu vida: ¿ya es hecho?

D. DIEGO. Tan rico, noble y honrado,  
que cualquiera caballero  
pudiera tener a dicha  
tan honrado casamiento.  
Hubo pleito en los principios,  
pero sosegóse el pleito,  
que era hacienda de menores  
y pesadumbre entre deudos.  
Di poder, hice escritura,  
firméla, y en este tiempo  
envió mi esposa un hombre (1).

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Adónde?

D. DIEGO. A Valladolid.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué es esto, cielos?

D. DIEGO. No creo  
que escuchas de buena gana.

D.<sup>a</sup> ANA. Gana de escucharte tengo;  
pero pensando en las cartas  
tal vez el alma divierto.  
Di adelante, por mi vida.  
¡Válate Dios por el pliego!

D. DIEGO. ¿Hallástele?

D.<sup>a</sup> ANA. No; prosigue,  
y di: el paje o escudero,

¿cómo se llamaba acaso?

D. DIEGO. Mendoza.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué estoy oyendo?

D. DIEGO. Con este y otros criados,  
galas, plumas y deseos,  
de más colores y jaspes  
que puesto el sol tiene el cielo,  
parto de Valladolid,  
y paso alegre y contento  
las cumbres de Guadarrama,  
que fué deste pasto el puesto.  
Llego a Madrid, y a la entrada  
a ver los jardines entro,  
obra insigne del Segundo  
para Felipe Tercero.

Vi una dama, y porque diga  
de amor los altos efectos,  
en un instante tras sí  
me llevó los pensamientos,  
de suerte que hasta las flores  
que pisaban sus pies tiernos  
quisiera que fueran almas  
que salieran de mi cuerpo.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Tan presto?

D. DIEGO. Lo que es milagro  
hace sus efectos presto:  
fué milagro su hermosura,  
y en los milagros no hay tiempo.  
Era su hermano mi amigo,  
llevóme a su casa, y luego  
que vieron mis esperanzas  
celajes de mi remedio,  
envié el paje a mi posada  
diciendo que estaba enfermo,  
y no le mentí, por Dios,  
pues que me dió mal de fuego.  
Olvidéme de mí propio,  
cuanto más de los conciertos,  
y como ladrón de casa  
hice llaves a su pecho.

D.<sup>a</sup> ANA. Agravio hiciste a tu esposa.

D. DIEGO. No la nombres si eres cuerdo,  
pues fué esposa de mis manos,  
y no de mis pensamientos.  
Demás de que no la agravio,  
pues no la he visto.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo creo  
que la tuvieras amor  
si tiene merecimientos,  
que me pareces un poco  
levantado de cerebro.  
Perdona, que soy tu amigo,

(1) Hemos suplido este verso, quitando el que en ambos originales decía: "Envié de espada un hombre en efecto", que además de ser muy largo no hace sentido. Por lo que se añade luego, se ve que Lope lo escribió como nosotros lo corregimos.

si esto ha sido atrevimiento.  
D. DIEGO. Pudiera ser que la amara,  
y que me castiga el cielo  
voy, don Juan, imaginando  
en el fin de mi suceso.  
Hoy el hidalgo que viste  
me sacó al campo.  
D.<sup>a</sup> ANA. Sospecho  
que quiso hacerte traición,  
pues no vino cuerpo a cuerpo.  
D. DIEGO. Díjome que era su esposo;  
yo, viendo, don Juan, el dueño,  
conocí su liviandad.  
D.<sup>a</sup> ANA. Y era bastante el ejemplo;  
y aunque por ser yo tan mozo  
y no pedirme consejo  
me juzgues por loco, escucha  
lo que te digo.  
D. DIEGO. No puedo,  
que ya sé que me dirás  
que deje este loco intento  
y vaya a ver a mi esposa.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿No podrás?  
D. DIEGO. No, que estoy ciego.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿Pues qué has de hacer?  
D. DIEGO. Tú eres hombre  
mozo, galán, caballero;  
llevarte quiero a su casa  
y entenderás lo que emprendo.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cómo?  
D. DIEGO. Enamora esta dama,  
que yo quiero ser tercero.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¡Miren por dónde se traza!  
que aquí todos nos quedemos!  
D. DIEGO. Yo le contaré tus partes.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿Pues qué pretendes?  
D. DIEGO. Pretendo  
que la pierda Feliciano,  
por quien tengo tantos celos.  
Y aun si te quieres casar,  
aunque te cruce los pechos  
la de Calatrava, tiene  
mayores merecimientos,  
y de quince mil ducados  
arriba.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cierto?  
D. DIEGO. Es tan cierto  
como que tú eres don Juan.  
D.<sup>a</sup> ANA. Tendrá muy poco dinero. (Ap.)  
D. DIEGO. ¿Qué dices?  
D.<sup>a</sup> ANA. Que si me casas  
con tan divino sujeto,

te daré mujer más noble  
en dote, en sangre y en deudos.  
D. DIEGO. Tomaréla de tu mano.  
D.<sup>a</sup> ANA. Encaja los mandamientos:  
ésta por ella te doy.  
D. DIEGO. Y yo digo que la acepto.  
D.<sup>a</sup> ANA. Vamos a ver a esa ninfa;  
verás que al primer requiebro  
la convierto en puro azúcar  
y doy con ella en el suelo.  
D. DIEGO. Fiado voy de tus partes.  
Yo pienso hacer un enredo  
con que ninguno la goce;  
altas esperanzas llevo.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¡Válgame Dios, lo que pasa  
por el mundo!  
D. DIEGO. ¿Qué tenemos?  
D.<sup>a</sup> ANA. Las cartas que había perdido  
hallé ahora.  
D. DIEGO. Yo me huelgo.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¿Tu nombre?  
D. DIEGO. Don Diego.  
D.<sup>a</sup> ANA. Vamos.  
D. DIEGO. ¡Brava pierna, lindo cuerpo!  
D.<sup>a</sup> ANA. Así hemos de ser los hombres:  
mirar alto y pisar racio;  
del pie al cabello soy alma,  
porque en viendo un hombre destos  
se arrojan de las ventanas,  
como a guindas, tordos nuevos.  
Soy fuerte como una roca,  
como una pluma ligero.  
D. DIEGO. Poco he querido a Bernarda,  
pues a sus ojos te llevo;  
pero deseo vengarme;  
a vengarme voy dispuesto.  
D.<sup>a</sup> ANA. ¡Por qué notable camino  
vine a topar con don Diego!

(Vanse, y entran LEONARDO con un broquel y una capa de campo y BERNARDA teniéndole la espada, y LARA con ellos.)

LEONARDO. ¿Por dónde fueron los dos?  
BERNARDA. ¡Ay, hermano!  
LEONARDO. Luego vengo.  
BERNARDA. Mirad, señor, que no tengo  
otro amparo sinó vos.  
LEONARDO. Digo que yo vuelvo luego.  
BERNARDA. Muchos salen desa suerte,  
que los detiene la muerte,  
no habiendo bastado el ruego.  
LEONARDO. Sois mujer y no sabéis



qué leyes hay de amistad  
entre los hombres.

BERNARDA. Verdad.

LEONARDO. ¿Pues por qué me detenéis?

BERNARDA. Porque si la ley del gusto  
hace las leyes vencer,  
por dar gusto a una mujer  
me parece que es más justo.

Ya se habrán los dos compuesto  
con la guerra o con la paz.

LEONARDO. ¡Basta, que sois pertinaz!

BERNARDA. Soy mujer y soilo en esto.

Soltad, Leonardo, el broquel.

LEONARDO. Del cielo es este castigo,  
que el pecho es para el amigo  
la defensa más fiel.

LARA. Soltóle, ya no saldrá.

Tres cosas a la mujer  
debe el hombre conceder:

la primera cuando está  
comiendo y la da un regalo,  
y ella le dice: —Por Dios,  
que lo habéis de comer vos,  
que ayer estuvisteis malo.—

La segunda cuando intenta  
salir a algún desafío,  
que le dice: —Señor mío,  
corra ese agravio a mi cuenta.—

También ha de conceder,  
y cuando están acostados,  
que él muestre grandes cuidados  
en cosas de su placer.

Y le detiene y porfía,  
ha de acetar y callar,  
que poco puede durar  
quien destas tres se desvía.

Pésame por mi señor.

BERNARDA. Lara, toma este broquel.

LARA. Importara al dueño dél  
al hombre de más valor.

Pero yo sé de don Diego  
que no ha menester ayuda.

LEONARDO. Lara, la fortuna es muda,  
viejo el tiempo, el amor ciego;  
todos tienen sus mudanzas;  
yo hice mi diligencia,  
pero de aquesta pendencia  
me di la parte que aleanzas.

¿Tiénela en esto mi hermana?

LARA. ¿Cómo lo puedo saber?  
Parientes deben de ser  
desa dama toledana

con quien se quiso casar,  
que no sospecho otra cosa.

(*Entran DON DIEGO y DOÑA ANA.*)

D. DIEGO. Es por todo extremo hermosa.

D.<sup>a</sup> ANA. Tú no lo puedes juzgar,  
que el ciego que nunca mira  
no entiende de la color.

LARA. Don Diego viene, señor.

LEONARDO. Sin duda que fué mentira.  
¡Don Diego!

D. DIEGO. ¡Leonardo!

LEONARDO. El cielo  
sabe con qué pena he estado.

D.<sup>a</sup> ANA. La pendencia le han contado.  
Vuestro disgusto recelo,  
no lo he podido excusar.

LEONARDO. ¿Quién fué y por qué?

D. DIEGO. Feliciano

me ha sacado mano a mano  
al río deste lugar.

Y en la Puente de Toledo  
otro hombre salió a su lado,  
no sé si amigo o criado,  
si fué amistad o fué enredo.

Pero en esta confusión  
llegó aqueste caballero,  
que desnudando el acero  
mostró a mi lado afición  
y valor de tal manera,  
que a todos nos sosegó.

Feliciano se volvió  
y yo quedé en la ribera,  
donde hablé al señor don Juan,  
que pasa a Valladolid,  
que mientras que está en Madrid  
y él y sus deudos se van,

quise, en agradecimiento  
de lo que ha hecho conmigo,  
que en casa de tal amigo  
le diésemos aposento.

Que sé de vuestro valor  
que lo tornéis a merced.

LEONARDO. De su valor lo creed,  
si no lo abona mi amor.

Vuestra merced sea venido  
a esta casa enhorabuena,  
de mil voluntades llena  
con que podrá ser servido,  
aunque de un pobre escudero.

D.<sup>a</sup> ANA. Un rey puede aposentar,  
que es honra deste lugar

y vos un gran caballero,  
y ha me de venir tan grande  
que en ella me he de perder.

D. DIEGO. ¿No es hermosa la mujer?

BERNARDA. A todos desde hoy nos mande  
vuesa merced, mi señor,  
en que podamos servir,  
que esta falta ha de suplir  
de su nobleza el valor.

La casa es poca y estrecha  
para vuestra calidad,  
mas grande la voluntad  
si cuando sirve aprovecha.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo, mi señora, no soy  
tan cortesano que pueda  
dar trueco desa moneda  
con que ya pagado estoy.

Que será volveros cobre  
al oro que me ofrecéis;  
pero, en fin, enriquecéis  
de favor huésped tan pobre,  
que es oficio de vos digno.  
Llegad sillas (1).

D. DIEGO. Mejor fuera  
que aposento se le diera,  
que viene, en fin, de camino.

D.<sup>a</sup> ANA. Toda la noche corrí  
y una mala posta hallé,  
con que cansado quedé,  
aunque fué cuando salí.

Pero bien podré pasar  
hasta la noche.

BERNARDA. No es justo.

LEONARDO. No, porque estaréis sin gusto  
sin dormir ni descansar.—  
¿Dónde está Rosela?

ROSELA. Aquí,  
para serviros, estoy.

BERNARDA. A que os aderecen voy  
donde descanséis.

D.<sup>a</sup> ANA. Por mí  
suplícoos que no os toméis  
trabajo.

LEONARDO. Señor don Juan,  
todos a serviros van;  
descansad y cenaréis;  
que la llaneza es tan grande  
que excusa mis cumplimientos.

Llebadle a los aposentos,  
Lara, que mi hermana os mande;  
y vengan otros criados;  
que le descalcen haced.

D.<sup>a</sup> ANA. Si así recibo merced,  
todos están disculpados.

Ya no le culpo a don Diego  
de que se detenga aquí;  
desde que a Bernarda vi  
tocan los celos a fuego.

Amé a don Diego sin ver  
a don Diego como esposo;  
vile, y vi que era forzoso  
morir quien ha de querer.

Pues no sabiendo quién era,  
dije en viéndole, olvidado  
del que amaba imaginado  
antes que a don Diego viera:

pues ya estoy aquí, los buenos  
nunca vuelven paso atrás;  
pero quien hizo lo más  
sabrás salir de lo menos.

(Vase.)

LEONARDO. ¿Que es tan noble?

D. DIEGO. Lo que os digo  
es infalible verdad;  
besaré a Su Majestad  
los pies, en viendo un amigo.

Y volverá por aquí.  
si pudiédeses coger  
este hombre... No hay más que hacer,  
y dejadme hacer a mí,

que una cruz honra un linaje,  
aunque hay hartas en el vuestro.

LEONARDO. Honrado es, por Dios, el nuestro,  
y perdonad que os ataje,

que ha sido tanto el contento  
de que hayáis asegurado  
con lo que me habéis tratado  
mi alterado pensamiento,  
que lo estimo en mucho más  
que si ya don Juan tuviera  
por mío.

D. DIEGO. ¿De qué manera  
os pude alterar jamás?

LEONARDO. Yo pensé que esta pendencia  
nacida de Feliciano,  
mozo, aunque honrado, liviano,  
fué celosa diferencia.

Y viendo que me ofrecéis  
a don Juan para cuñado,

(1) Parece que estas palabras deban decir las Bernardo o Leonardo como dueños de la casa, y no doña Ana, que acaba de ser admitida en ella.

veo que no sois culpado.

D. DIEGO. Agravio, por Dios, me hacéis.

Pero no quiero quejarne  
de tan justo pensamiento,  
pues tuvo, en efeto, intento  
Feliciano de matarme,  
fundado en celos tan locos,  
valentías y desprecios.

LEONARDO. Porque son tantos los necios,  
son los discretos tan pocos.

Venid, que le quiero hacer  
a don Juan un gran presente.

D. DIEGO. Tratadle como a pariente,  
que por Dios que lo ha de ser.

LEONARDO. Un jaez le quiero dar  
que vale dos mil ducados.

D. DIEGO. De los nobles obligados  
todo se puede fiar.

LEONARDO. Dos espadas de a caballo  
de Francisco Ruiz, de un filo,  
tengo, famosas.

D. DIEGO. Estilo  
me parece el obligallo  
para que os cobre afición,  
aunque no era menester,  
porque es dalle tal mujer  
la mayor obligación.

(*Vanse, y salen DOÑA ANA y LARA.*)

D.<sup>a</sup> ANA. A la puerta le hallaréis.

LARA. ¿Cómo se llama?

D.<sup>a</sup> ANA. Montalvo.

LARA. Estará ya puesto en salvo,  
viendo que refido habéis.

D.<sup>a</sup> ANA. Allí debe de esperarme.

LARA. Voile a buscar.

D.<sup>a</sup> ANA. Es sin duda  
que allí me aguarda, o que acuda  
dentro de un hora a buscarme.

Buenos andamos, amor,  
los que a tu gusto sujetas,  
¿qué voluntades (1) no inquietas?  
¿quién no teme tu rigor?

¡Quién me dijera en Toledo  
que don Diego me burlara,  
que yo en Madrid le buscara  
con tan peregrino enredo!

La casa de mi enemiga  
tengo ya por aposento;

don Diego está muy contento  
de ver que su intento siga.

Pero el caballo troyano  
que ahora está con sosiego,  
pondrá a vuestra casa fuego  
y será su intento vano.

(*Entra ROSELA.*)

ROSELA. Mi señora me ha mandado  
descalce a vuesa merced.

D.<sup>a</sup> ANA. Bueno, a fe. ¡Tanta merced!  
Agradézcole el cuidado.

ROSELA. Siéntese en aquesta silla;  
las botas le quitaré.

D.<sup>a</sup> ANA. No es de mal tallo, a la fe,  
la señora fregoncilla.

(*Siéntase en una silla.*)

Ya estoy sentado; quitadme  
esas espuelas, que creo  
que ha pasado mi deseo.

ROSELA. Ya las quito.

D.<sup>a</sup> ANA. Perdonadme.

Que no parece criado  
de los que truje conmigo.

ROSELA. ¿Tiraré?

D.<sup>a</sup> ANA. Quedito, os digo;  
quedo, que soy delicado.

¡Ay, Jesús, que me habéis muerto!

ROSELA. Tenéis los pies de alfeñique.

D.<sup>a</sup> ANA. Siento que el aire me pique;  
pero hagamos un concierto.

ROSELA. ¿Cómo así?

D.<sup>a</sup> ANA. Veníos acá  
esta noche.

ROSELA. ¡Ay, qué bellaco!

D.<sup>a</sup> ANA. Mas que si un escudo saco,  
¿que la abrazo cuánto va?

ROSELA. Desvíese.

D.<sup>a</sup> ANA. Ea, bobilla,  
hazte niña de las godas;  
como que no sepan todas  
esta amorosa cartilla.

Vive Dios, que si conmigo  
fregoniza a lo lacayo,  
que la he dar al soslayo  
dos mojadas.

ROSELA. Quedo, amigo,  
no se haga fanfarrón.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues abráccme.

ROSELA. No quiero.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Por qué?

(1) En los textos "voluntad", que exige alargar las sílabas para que conste el verso.



ROSELA. Porque es caballero  
toledano y socarrón.

D. ANA. Esfuérzome a parecer  
hombre; quiérola abrazar.  
Hoy por mía has de quedar  
y venme esta noche a ver.

ROSELA. Adviértole que me abraza  
por fuerza.

(Entra BERNARDA.)

BERNARDA. ¡Harto bien, por Dios!

ROSELA. Visto nos han a los dos.

D.<sup>a</sup> ANA. Calla, que yo daré traza  
para que lo tenga a bien.—  
¡Oh, mi señora! ¿Aquí estáis?

BERNARDA. Si tan hombre en casa entráis  
daros quiero el parabién.

D.<sup>a</sup> ANA. Temí que érades casada,  
y diciéndome que no,  
este abrazó me llevó  
de albricias.

BERNARDA. No importa nada,  
que bien merece Rosela  
que tanta merced le hagáis;  
pero ¿por qué me estimáis  
libre, si esto no es cautela?

D.<sup>a</sup> ANA. Porque después que os miré  
me nacieron mil deseos.

BERNARDA. ¿Así os arrojáis? Teneos.

D.<sup>a</sup> ANA. Tenedme asido, a mi fe.

BERNARDA. El lenguaje toledano  
os hace más lisonjero...

D.<sup>a</sup> ANA. A lo toledano os quiero  
y muero a lo cortesano.

BERNARDA. Como hay allá tantas damas,  
traéis los filos agudos.

D.<sup>a</sup> ANA. Hablaran con vos los mudos.

BERNARDA. Ve, Rosela, a hacer las camas  
y enfunda esas almohadas  
que al señor don Juan saqué.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Labrásteslas vos?

BERNARDA. No sé.

D.<sup>a</sup> ANA. A fe que están bien labradas.

BERNARDA. ¡Desviaos! ¿Eso intentáis?

D.<sup>a</sup> ANA. La holanda pensé que asía:  
lo blanco y blando podía  
engañarme.

BERNARDA. ¡Bueno andáis!

Entraos a acostar.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Con quién?

BERNARDA. Con vos mismo.

D.<sup>a</sup> ANA. Ya, por Dios,

que aunque no lo pensáis vos  
dormís conmigo también.

BERNARDA. ¿Cómo?

D.<sup>a</sup> ANA. Si os llevo en mi pecho  
no me lo podéis negar.

BERNARDA. Despierta quisiera estar.

D.<sup>a</sup> ANA. Bueno, por Dios; esto es hecho;  
¡oh blandura de Madrid!

¿Hay cosa más de estimar?

La presa os he de quitar,

traidor de Valladolid;

que ha de ser don Diego mío,  
tarde o temprano.

BERNARDA. ¿Qué habláis  
a solas?

D.<sup>a</sup> ANA. Tan bella estáis,  
que me acerco y me desvío  
como mariposa al fuego.

ROSELA. Celosa estoy, que es galán  
por todo extremo don Juan.

BERNARDA. Que os vais acostar os ruego.

D.<sup>a</sup> ANA. Guiadme vos.

BERNARDA. Por aquí  
habéis de entrar.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Voy seguro?

ROSELA. ¿Mas que la abraza a lo oscuro?

D.<sup>a</sup> ANA. Venid delante de mí,  
que es la luz tan necesaria...

BERNARDA. Ya no me fío de vos.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues segura va. ¡Por Dios,  
que hay llaneza temeraria!

### ACTO TERCERO

### DE LA GALLARDA TOLEDANA

(Salen DON DIEGO DÁVALOS y MENDOZA.)

MENDOZA. ¿Que has andado en esos pasos?

D. DIEGO. Después que a Toledo has ido,  
Mendoza, me han sucedido  
todos estos varios casos.

MENDOZA. Y qué, ¿al toledano tienes  
en casa?

D. DIEGO. Trájele aquí  
por regalarle.

MENDOZA. ¡Ay de mí!

D. DIEGO. Triste de Toledo vienes.

¿Qué nuevas hay por allá?

¿De mí no se trata nada?

MENDOZA. Ya está la novia olvidada.

D. DIEGO. ¡Jesús! ¿Olvidada está?

(*Aparte a MENDOZA.*)

MENDOZA. Estálo de tal manera,  
que no sé della, por Dios,  
porque quedamos los dos  
de concierto en la ribera  
que solo en Madrid entrase.  
Hablé a don Diego y volví,  
pero ya ni estaba allí.  
ni sé que más me esperase.

Que a Montalvo solo hallé  
con este mismo cuidado;  
y así, habiendo imaginado  
que arrepentida se fué,  
dimos la vuelta a Toledo,  
donde jamás pareció,  
y así vuelvo solo yo  
lleno de congoja y miedo.

Donde no hallándola aquí  
pienso que, desesperada,  
hizo más larga jornada.

D. DIEGO. ¿Qué estás hablando entre ti?

MENDOZA. Pensando, señor, estoy  
quién sea ese toledano.

D. DIEGO. Tan galán, que a Feliciano  
con él pesadumbre os doy;  
porque le he dado licencia  
para que a Bernarda hablase,  
aunque me pesa que pasé  
de justa correspondencia.

MENDOZA. ¿Pues qué ha hecho?

D. DIEGO. He sospechado  
que le va queriendo bien;  
y aunque con ella también  
su casamiento he tratado,  
era porque imaginé  
no lo había de sentir,  
y heme pensado morir  
después que lo concerté.

Que mi ánimo es partirme  
a Toledo a ver mi esposa,  
así por ser justa cosa  
como por verla tan firme.

Pero los celos han hecho  
tan nuevos lazos en mí,  
que cuando salga de aquí  
será sin alma en el pecho.

(*Aparte dice.*)

MENDOZA. Esforzar es justa cosa  
este amor, pues la desmaya,  
porque a Toledo no vaya,

donde ya no está su esposa.

Afligido estoy, por Dios;  
a buen tiempo iré a Toledo,  
si a doña Ana hallar no puedo;  
concertar quiero a los dos.

Y quíeranse enhorabuena,  
porque no se eche de ver  
la falta desta mujer,  
a quien ha muerto la pena.

Porque allá con tanta están  
que han aumentado las mías.

(*Sale LEONARDO, hermano de BERNARDA.*)

LEONARDO. Daremos los buenos días,  
don Diego, al señor don Juan.

D. DIEGO. Como fuéredes servido.

LEONARDO. ¿Es Mendoza?

MENDOZA. Sí, señor.

D. DIEGO. Es mi correo mayor.

LEONARDO. Seas, Mendoza, bien venido.  
No paras, nunca estás quedo.

MENDOZA. Soy medio entre dos amantes,  
que no hay lunas semejantes.

LEONARDO. ¿Dónde has estado?

MENDOZA. En Toledo.

LEONARDO. ¿Y cómo queda la esposa  
del señor don Diego?

MENDOZA. Buena,  
porque está con menos pena  
de su ausencia.

LEONARDO. Justa cosa  
merece mayor olvido.

MENDOZA. Que no lo será sospecho,  
y que está medio deshecho  
me dijo anteayer Leonido  
y mi señora doña Ana  
en un monasterio.

D. DIEGO. Haremos  
que ablande tantos extremos  
escribiéndole mañana,  
y el día que ella me vea  
del monasterio saldrá.

MENDOZA. Señor, enojada está,  
pienso que imposible sea.

D. DIEGO. Como esto un marido acaba,  
presto nos habremos de ir.

LEONARDO. Don Juan se sale a vestir.

D. DIEGO. Ya lo está, pues que se lava.

(*Doña Ana con una ropa de levantar y una montera, una valona de hombre, los puños alzados, ROSELA echándole agua con una fuente, y LARA con toalla.*)

LEONARDO. Buenos días, caballeros.

D.<sup>a</sup> ANA. Con tal visita serán  
muy buenos.

MENDOZA. ¿Este es don Juan?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Dónde bueno?

LEONARDO. Sólo a veros.

MENDOZA. ¡Cielos! ¿Que doña Ana está  
en su casa de don Diego?  
Loco estuve, estuve ciego  
cuando la buscaba allá.

¡Lo que sabe esta mujer!

D.<sup>a</sup> ANA. Muestra, Lara, esa toalla.

*(Echale la toalla.)*

MENDOZA. ¿Podré hablalla? Quiero hablalla,  
que ella sabrá responder,  
que mujer tan entendida  
no se turbará de verme.

LEONARDO. ¿Duérmese bien?

D.<sup>a</sup> ANA. Bien se duerme.

ROSELA. ¡Qué manos! Estoy perdida.  
¡Qué cara! Ya no me espanto  
que mi ama pierda el seso.

MENDOZA. ¿Hay tan extraño suceso?  
¿Cómo me olvidaba tanto,  
señor don Juan?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Es Mendoza?

LEONARDO. ¿Conocéisle?

D.<sup>a</sup> ANA. Es grande amigo;  
estuvo un tiempo conmigo.

MENDOZA. Lo que mi alma se goza  
con vos no lo digo aquí,  
que a su tiempo lo diré.

*(Vase poniendo los puños y los botones poco a poco  
DOÑA ANA y prosigue MENDOZA.)*

¿Dónde vais?

D.<sup>a</sup> ANA. Yo no lo sé.  
Para la Corte salí,  
y de aquestos caballeros  
he sido tan regalado  
que a servillos me he quedado.

MENDOZA. ¡Cuánto me alegro de veros!  
Por el hábito miraba.

D.<sup>a</sup> ANA. Allá lo pienso poner.

LEONARDO. ¿Qué más pruebas hay que hacer?

MENDOZA. ¿Es Santiago o Calatrava?

D.<sup>a</sup> ANA. A Calatrava escogí.

MENDOZA. ¡Bueno queda vuestro tío!

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Vístele?

MENDOZA. Es gran señor mío.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué haces, Mendoza, aquí?

MENDOZA. El señor don Diego trata  
casarse en Toledo.

D.<sup>a</sup> ANA. Bien.

MENDOZA. Y sirvo yo allá también.  
¡Qué propiamente retrata *(Aparte.)*  
un caballero discreto!

¡Oh, mujer de gran valor!

D.<sup>a</sup> ANA. Sirves al hombre mejor  
de España.

MENDOZA. Yo os lo prometo.

¿Agrédaos su talle y trato? *(Ap.)*

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, Mendoza, estoy perdida! *(Ap.)*  
No he visto en toda mi vida  
tal hombre; pero es ingrato.

Tomad esta ropa allá. *(Alto.)*

*(Da la ropa.)*

Dame, Lara, un herreruelo,  
capa y sombrero.

LEONARDO. En un vuelo.—

Rosela.

ROSELA. Voy.

LARA. Aquí está.

LEONARDO. ¿Dónde quieres ir?

*(Toma espada y herreruelo.)*

D.<sup>a</sup> ANA. Iré  
a misa a la Concepción.

LEONARDO. Sabed si hay en la Pasión  
misa.

D.<sup>a</sup> ANA. Por allí estaré.  
Veámonos, feo Mendoza.

*(Vase DOÑA ANA, quitándose todos el sombrero.)*

MENDOZA. Siempre os tengo de servir.

LEONARDO. Lara, con él puedes ir.

D. DIEGO. ¡Gentil mozo!

MENDOZA. ¡Hermosa moza!  
No estoy en mí de contento.

LEONARDO. Di, Mendoza: ¿tú has servido  
a este don Juan?

MENDOZA. Suyo he sido,  
y haberle dejado siento.

Su madre me despidió  
por cierta dueña de casa.

LEONARDO. ¿Tiene alguna renta?

MENDOZA. Pasa  
de cuatro mil, pienso yo,  
y tiene bien que heredar.

LEONARDO. Mucho emprendemos, don Diego.

D. DIEGO. Dejalde que esté bien ciego,  
que él mismo os ha de rogar.

LEONARDO. Yo tengo fuera que hacer.



D. DIEGO. Y yo tengo que escribir,  
aunque con vos quiero ir.

LEONARDO. No, que luego he de volver.

(Vanse LEONARDO y DON DIEGO solos.)

MENDOZA. ¿Cómo estamos de la cuenta,  
Rosela, del otro día?

¿Podré pensar que eres mía?

ROSELA. Mucho pierde quien se ausenta.

MENDOZA. ¿Cómo 'ansí, pesia 'a mi abuelo?  
¿Esto tenemos ahora?

ROSELA. Mudándose mi señora,  
también yo me mudo.

MENDOZA. Apelo...

ROSELA. No hay qué tratar, ya no hay cosa;  
como la dejaste en casa.

MENDOZA. En ausencia que no pasa...

ROSELA. Es la mudanza forzosa.

MENDOZA. Desde que vi, lo temía,  
la luna con arrebol.

ROSELA. ¿Por qué piensas tú que el sol  
viene al mundo cada día?

MENDOZA. ¿Por qué?

ROSELA. Porque su presencia  
ausenta dos mil ñublados,  
ladrones y enamorados  
que se atrevan en su ausencia.

MENDOZA. ¿Qué hay de Bernarda?

ROSELA. Que adora  
al toledano don Juan.

MENDOZA. Tiene razón, que es galán.

ROSELA. A cuantos mira enamora.  
¡Ay de mí!

MENDOZA. ¿Suspiras?

ROSELA. Sí.

MENDOZA. ¿Qué tienes?

ROSELA. El mismo mal.

MENDOZA. ¿Pues quiéresle?

ROSELA. Estoy mortal.

MENDOZA. ¿Y él a quién se rinde?

ROSELA. A mí.

MENDOZA. ¿Hátelo dicho?

ROSELA. Mil veces,  
que le descalzo y desnudo.

MENDOZA. ¿No te ha gozado?

ROSELA. Bien pudo.

MENDOZA. ¿Qué hermosos tres almireces!

Si hubiera con qué moler  
jugaran las tres aquí,  
cada una para sí,  
que juntas no puede ser.

En fin, ¿tú me has olvidado?

ROSELA. ¿No es disculpa suficiente  
este ángel?

MENDOZA. Estar yo ausente  
mayor disculpa te ha dado.

En mi vida me enojé  
porque ausente me olvidasen.  
que come dos horas pasen  
bastante disculpa fué.

Pero pésame que alabes  
ese medio hombre.

ROSELA. ¿Medio hombre?

MENDOZA. Y aún le sobra el medio nombre.

ROSELA. Poco de sus cosas sabes.

¿Es valiente como un Cid!

MENDOZA. ¿Aquel niño?, ¿aquel enano?

ROSELA. ¡Bueno es eso! Es toledano  
y trasplantado en Madrid.

MENDOZA. Bravamente comes pollos.  
¡Reniego de mí!

ROSELA. ¡Detente!

MENDOZA. ¿Valiente aquél?

ROSELA. Muy valiente.

MENDOZA. ¡Quedito, molde de tollos!

ROSELA. ¡Estampa de majaderos,  
yo puedo hablar!

MENDOZA. ¡Yo matalla!

ROSELA. ¿Celitos?

MENDOZA. Quiero engañalla.—

Oyete, lechón sin cueros.

ROSELA. Oyete, cuero sin lío.

MENDOZA. Pues señora pesebrera,  
conmigo se estalla a fuera.

ROSELA. No haya más, Mendoza mío,  
que soy tuya.

MENDOZA. ¿El toledano  
vive?

ROSELA. No.

MENDOZA. ¿Pues quién?

ROSELA. Tú.

MENDOZA. Toca.

ROSELA. Camina y calla la boca.

MENDOZA. ¿Qué blanda tienes la mano!

(Vase. Sale FELICIANO, DOÑA ANA y LARA.)

FELICIANO. Sabiendo que aquí vivís  
os espero para hablaros.

D.<sup>a</sup> ANA. Y yo he deseado hallaros  
para ver lo que sentís  
de aquel pasado disgusto.

FELICIANO. Lejos voy de enemistad,  
y dais a mi voluntad,  
señor don Juan, premio injusto.

Creed que soy vuestro amigo.

D.<sup>a</sup> ANA. Si lo supiera no hablara  
desta suerte, antes me holgara  
que tratárades conmigo  
de cosas que os cuestan tanto.

FELICIANO. Cuéstanme el alma y la vida;  
hoy mi esperanza perdida  
a vuestros rayos levanto.

Quiéroos decir lo que pasa,  
aunque abreviando de extremos,  
si es que estar solos podemos.

D.<sup>a</sup> ANA. Lara.

LARA. Señora.

D.<sup>a</sup> ANA. Vete a casa.

(Vase LARA.)

Por aqueste cimiterio  
nos podemos pasear.

FELICIANO. Su cruz os puedo jurar  
que ha sido hallarnos misterio.

Pues de no haberos hallado  
que acabara con don Diego.

D.<sup>a</sup> ANA. Soy su amigo, habladme os ruego  
en sus negocios templado,  
porque es ofenderme.

FELICIANO. Oíd,  
que yo os responderé luego.

D.<sup>a</sup> ANA. Ya escucho.

FELICIANO. Cuando don Diego

Dávalos vino a Madrid  
había más de dos años  
que yo a Bernarda servía,  
y aunque della no tenía  
favores, tenía engaños.

Engaños tan bien fundados,  
que estuvo a pique de ser  
muchas veces mi mujer,  
bien lo saben sus criados.

Si en aquesta posesión  
pudo poner su esperanza,  
no es cosa que agravio alcanza  
al bien de mi pretensión.

Pero si él iba a casarse  
con tanto gusto y contento,  
quitarme mi casamiento  
¿con qué puede disculparse?

Demás que, por Dios del cielo,  
que me dicen que doña Ana  
es un sol en cifra humana  
y un ángel en mortal velo.

¿Qué quiere este hombre casado,  
si la firma al hombre obliga,

que es grande para su amiga  
Bernarda, y yo soy honrado?

Y si palabra me dió  
en el campo, no ha cumplido  
la fe que me ha prometido,  
pues a su casa os llevó,  
donde me dicen que andáis  
della tan enamorado,  
que estáis ya medio casado  
o que casaros tratáis.

Declaradme estos enredos,  
que somos muchos maridos,  
y de tantos escogidos  
han de nacer muchos miedos.

Por Dios, que pues sois don Juan,  
caballero tan honrado,  
tan a vos mismo obligado  
cuanto los nobles lo están,  
volváis por mi honor aquí  
poniendo en esto remedio,  
que a no estar vos de por medio  
nunca lo tratara así.

D.<sup>a</sup> ANA. Que yo disculpe a don Diego  
no es cosa puesta en razón,  
ni que en tanta confusión  
quiera añadir leña al fuego.

Conozco que está culpado  
y que no ha cumplido bien  
con su nobleza y con quien  
le tiene tan obligado.

Que la señora doña Ana  
es mi deuda, y mereciera  
que con su merced tuviera  
correspondencia más llana.

Que ha sido muy grande afrenta  
suya y nuestra haber dejado  
casamiento tan honrado  
por la variedad que intenta.

Y así digo que desde hoy  
seré muy de vuestra parte  
porque deste amor (1) se aparte  
de quien ofendido estoy.

Que cuando le defendí  
en el campo, no sabía  
quién era, y la ofensa mía.

FELICIANO. ¿Pues qué es lo que haréis por mí?

D.<sup>a</sup> ANA. Más de lo que vos pensáis.

FELICIANO. ¿Cómo?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿A Bernarda queréis?

FELICIANO. Tanto como conocéis

(1) En los textos, "honor", que es errata.

de lo que en ella miráis.

Porque sola su hermosura  
pudiera igualar mi amor.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Sufriréis cierto favor  
que hacerme agora procura  
si resulta en vuestro bien?

FELICIANO. Sí, como no pierda honor.

D.<sup>a</sup> ANA. Celoso de vuestro amor,  
quiere estorbar que os la den  
don Diego con un enredo,  
y concierto con Leonardo,  
pintándome muy gallardo  
y lo mejor de Toledo,  
que me la dé por mujer.

El, codicioso de hacienda,  
ha querido que ella entienda  
que puede venirlo a ser.

Ella, pensando que ya  
está acabado conmigo,  
a todo cuanto le digo  
tanto crédito me da,

que esta noche ha de venir  
a mi aposento en secreto.

FELICIANO. ¡Ay de mí!

D.<sup>a</sup> ANA. Si sois discreto  
con vos habrá de salir.

FELICIANO. ¿De qué suerte?

D.<sup>a</sup> ANA. En viendo acaso  
salir a los dos amigos  
que tenéis por enemigos  
habéis de alargar el paso  
y entraros en mi aposento,  
donde yo os esconderé.

FELICIANO. ¿Fiaré de vos?

D.<sup>a</sup> ANA. Soy en fe  
lo que en luz el firmamento.  
Poneos enfrente de casa  
y entraos, porque allí os espero.

FELICIANO. Sois noble, sois caballero.

D.<sup>a</sup> ANA. Diferente amor me abrasa  
que el de Bernarda.

FELICIANO. Eso creo,  
y que veis mis desatinos.

D.<sup>a</sup> ANA. Porque de varios caminos (1)  
voy al fin de mi deseo.

(Entra DON DIEGO y BERNARDA.)

BERNARDA. ¿Vos no lo habéis concertado?  
¿Qué me ponéis culpa a mí?

D. DIEGO. De Feliciano creí

que era caballero honrado  
y que verdad me decía,  
y viéndole vuestro dueño  
hice despertar del sueño  
la loca esperanza mía.

Y para vengarme dél  
el bien le quise quitar,  
y así os intenté casar.

BERNARDA. Los ojos he puesto en él  
como en quien es mi marido,  
y bien nos está, por Dios,  
el casamiento a los dos:  
que no lo impedáis os pido.

Porque así vos cumpliréis  
vuestra palabra en Toledo,  
y yo con mi gusto quedo  
y la merced que me hacéis.

D. DIEGO. ¿Que esto he venido a escuchar?

BERNARDA. Si vos tuvisteis la culpa  
y ella misma es mi disculpa,  
¿cómo me podéis culpar?

No hay burlas donde hay amor,  
que la voluntad se pasa  
como ajedrez de una casa  
siempre a otra casa mejor.

D. DIEGO. ¿Es mejor casa don Juan?

BERNARDA. Por mi fe que es un arfil  
como en labrado marfil.

(Entra DOÑA ANA.)

D.<sup>a</sup> ANA. A solas hablando están,  
y aunque escuchar los quisiera  
los celos no lo permiten;  
las ocasiones se quiten,  
que amando es necio el que espera.  
¡Oh mi señora! ¡Oh don Diego!

D. DIEGO. ¡Señor don Juan!

BERNARDA. ¡Mi señor!

D. DIEGO. Muero de celos.

BERNARDA. De amor  
muero.

D.<sup>a</sup> ANA. En tanto mar me anego.  
¿De qué se trata?

D. DIEGO. Esforzaba  
mi esperanza y derribóla  
sola una palabra.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Sola?

D. DIEGO. ¿Y no bastaba?

D.<sup>a</sup> ANA. Sobraba.

¿Pero qué palabra fué?

D. DIEGO. Decirme que os quiere a vos.

D.<sup>a</sup> ANA. Atrevida fué, por Dios.

(1) Mejor estaría "por varios caminos".



BERNARDA. Es atrevida la fe.

D.<sup>a</sup> ANA. Favoreced a don Diego.

BERNARDA. ¿Vos me lo rogáis?

D.<sup>a</sup> ANA. Yo hago  
sus partes, que así le pago  
lo que le debo.

BERNARDA. Eso niego.

D.<sup>a</sup> ANA. Si él ha rogado por mí,  
¿con qué le puedo pagar?

BERNARDA. Mucho me quiero agraviar  
de que lo digáis así.

Fuera de que ya en Toledo  
le está aguardando su esposa;  
pues a quien ya se desposa  
¿qué esperanza darle puedo?

D.<sup>a</sup> ANA. Tenéis en eso razón;  
pero si él por vos la deja...

BERNARDA. Tendré yo la misma queja  
mañana en otra ocasión.

D. DIEGO. Si a doña Ana vi en mi vida  
ni a doña Ana tuve amor,  
jamás alcance favor,  
Bernarda, en cosa que os pida.

Si desde el punto que os vi  
de doña Ana me acordé,  
como yo pago su fe  
así me paguéis a mí.

Si doña Ana ha merecido  
una carta de mi mano,  
que el indigno Feliciano  
venga a ser vuestro marido.

¿Qué pensáis vos que es doña  
Un demonio para mí, [Ana?  
que cuando león nació  
nació para mí cuartana.

Dé lugar, don Juan, que yo  
por Toledo os aseguro.

D.<sup>a</sup> ANA. Y yo por Toledo os juro  
que cuanto aquí dice oyó,  
y que sabe su intención  
como yo, que aquí le escucho.

BERNARDA. Mucho es su amor.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues si es mucho,  
que le paguéis es razón.

BERNARDA. ¿Qué me mandáis vos que haga?

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, triste, que se entenece! (Ap.)

BERNARDA. Lo que a vos bien os parece,  
bien es que me satisfaga.

Quiero picarle por ver (Ap.)  
si habla de veras o no.

D.<sup>a</sup> ANA. Lengua que tan mal habló (Ap.)  
mereciera enmudecer.

BERNARDA. ¿No decís qué haré por él?

D.<sup>a</sup> ANA. No tiene la voluntad  
ley, ni el gusto calidad;  
bien se emplea todo en él.

BERNARDA. ¿Queréis que le dé una mano?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Qué hicc, triste de mí! (Ap.)

D. DIEGO. Don Juan lo siente.

BERNARDA. Eso sí.

D. DIEGO. Vos, don Juan, teneáis en vano,  
porque en los ojos se os ve  
que os pesa deste favor.

D.<sup>a</sup> ANA. Es celo de vuestro amor  
y es agravio de mi fe.

Digo otra vez que si gusta  
de abrazaros, se lo ruego.

BERNARDA. ¿Que le abraze? Pues yo llevo.

(Pónese en medio.)

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ah, falsa!; ¡ah, traidora!; ¡ah, in-  
Mi sospecha queda cierta, [justa!  
que habiéndote conocido  
ni pueda ser tu marido,  
como tu hermano concierta,  
ni será el mundo bastante  
si Dios no me vuelve a hacer.  
(Bien digo, que soy mujer.)

BERNARDA. ¡Ah falso, traidor amante,  
sólo probarte quería!  
¡En tu vida te he de hablar!

(Vase.)

D. DIEGO. ¡Detenla!

D.<sup>a</sup> ANA. Déjala entrar.

D. DIEGO. ¡Espera, Bernarda mía!

D.<sup>a</sup> ANA. Tente, no vayas tras ella,  
que tengo que hablar contigo.

D. DIEGO. No has hecho oficio de amigo  
con mi honor delante della.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Tratas que sea mi esposa  
y en mi presencia la abrazas?

D. DIEGO. Todas fueron falsas trazas  
y una apariencia engañosa.

Muerto por ella, ¿qué haré?

D.<sup>a</sup> ANA. Gozalla.

D. DIEGO. ¿De qué manera,  
pues no hay cosa que más quiera  
que a ti?

D.<sup>a</sup> ANA. Yo te lo diré.

Sácame, pues tú podrás,  
de la obligación que tengo  
a Leonardo, por quien vengo  
a sentir tus cosas más,

que yo la pondré en tu mano.  
D. DIEGO. Tanto Leonardo me quiere  
que a sí mismo me prefiere;  
digo que a Leonardo allano.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues alto, yo te daré  
esta noche a quien desees,  
donde la hables y veas,  
y haré que contigo esté

D. DIEGO. ¿Cumpliráslo?

D.<sup>a</sup> ANA. Es mi deseo,  
mira si podré faltar;  
vete un rato a pasear,  
que viene Leonardo y creo  
que es mejor que no te vea.

D. DIEGO. Mira que fío de ti.

D.<sup>a</sup> ANA. Para servirte nací,  
aunque tu amor no lo crea,  
que es sin duda que te quiero  
mil veces más que a Bernarda.

D. DIEGO. ¿Qué alma tienes tan gallarda!  
Eres, en fin, caballero.

D.<sup>a</sup> ANA. Mal conoces lo que entablo.

D. DIEGO. Tu esclavo seré.

D.<sup>a</sup> ANA. Camina.

(Vase DON DIEGO.)

¡Qué mal don Diego adivina  
que no siento lo que hablo!

Pues sepa que entablo juego  
en que no goce la dama,  
porque aborrecer por fama  
sólo puede un hombre ciego.

(Entra FELICIANO.)

FELICIANO. Don Diego apenas salió  
cuando por la puerta entré.

D.<sup>a</sup> ANA. Si te vió alguno...

FELICIANO. No sé;  
pienso que nadie me vió.

D.<sup>a</sup> ANA. Entrate en ese aposento,  
y detrás de una cortina  
me aguarda.

FELICIANO. Voy.

D.<sup>a</sup> ANA. Imagina

(Entrase quedito.)

que va en tus plantas el viento.

Trazándose va el enredo;  
galán de Valladolid,  
presto veréis en Madrid  
qué ingenios hay en Toledo.

Buen principio, y favorable.

(Entra ROSELA.)

¿Aquí, amor?

ROSELA. ¿Quiéresme dar  
cuatro dedos de lugar  
para que en mi amor te hable?

D.<sup>a</sup> ANA. Quiero el diablo que te lleve,  
¿hay tan pesada fregona? (Aparte.)  
¿Qué hay, Rosela?

ROSELA. Esa persona,  
hecha de rosas y nieve.  
me trae tan opilada  
que de tristezas me muero.

D.<sup>a</sup> ANA. Pues yo soy como un acero:  
toma acero si te agrada.

ROSELA. A las almas más remotas  
llevarás, don Juan, tras ti.  
No sé qué diablos me vi  
descalzándote las botas.

D.<sup>a</sup> ANA. Como Roldán habré sido;  
eneantado tengo el pie.

ROSELA. Coz de amor sin duda fué,  
pues que con el pie me ha herido.

D.<sup>a</sup> ANA. Al cuero de aquellas botas  
es bien que culpa le den,  
que querer el cuero bien  
es muy propio de pelotas.

Y de que este amor te encarne  
me admiro, aunque considero  
que te ha entrado por el cuero,  
como a los más por la carne.

ROSELA. No pienses que así me aprieta.

D.<sup>a</sup> ANA. Sí harán, de baqueta son.

ROSELA. Hasta el mismo corazón  
se me ha entrado la baqueta.

D.<sup>a</sup> ANA. Digo que quererte es justo,  
y que con tu amor me admiras:  
¿los hombres a los pies miras?  
Vive Dios que tienes gusto.

ROSELA. En mi vida me agradó  
edificio sin cimientos,  
nobleza y bajos intentos  
ni fe que en traición pasó.

Amor con viles empleos,  
culebra con rostro humano,  
pavón con plumas lozano  
y hombre hermoso con pies feos.

D.<sup>a</sup> ANA. Por tu buen gusto esta noche  
hablarte, Rosela, quiero.

ROSELA. Baja, noche, que te espero,  
enluta ese negro coche.

¡Oh clara luna, si agora  
amaras aquel pastor!

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Miren lo que enseña amor!

ROSELA. Señala, mi bien, la hora  
para que te vaya a ver.

D.<sup>a</sup> ANA. A las diez podrás venir,  
y agora te puedes ir  
que tengo un poeo que haer.

ROSELA. ¿No me darás una prenda?

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Mi palabra no lo es?

ROSELA. Es mueho que prendas des  
para que gozarte emprenda.  
Dame esa mano.

D.<sup>a</sup> ANA. Y el vientre

(Toma la mano.)

querrás al uso del rastro.

ROSELA. ¡Ay, mi don Juan, qué alabastro!

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Quieres que Leonardo entre?

ROSELA. Iréme por esta mano  
hasta los brazos.

D.<sup>a</sup> ANA. Bien puedes.

(Abrázanse.)

Bueno, quedo, no te enredes.

ROSELA. ¡Ay, bellaeo toledano!

(Vase ROSELA.)

D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, fregona de Madrid!... (Ap.)  
Ya se fué, bueno va todo.

(Sale BERNARDA sola.)

BERNARDA. ¿Es don Juan?

D.<sup>a</sup> ANA. Yo soy.

BERNARDA. ¿De modo  
que a otro me dais?

D.<sup>a</sup> ANA. Advertid,  
mi bien, que ha sido probaros  
y cumplir con aquel loco,  
porque todo el mundo es poco  
para dejar de gozaros.

Sois el alma desta vida,  
sois primero movimiento  
de mi propio entendimiento,  
sois la cosa más querida  
que mis sentidos conocen.

Los ojos por esas bellas  
luces, porque no hay estrellas  
que como las vuestras gocen.

Los oídos escuchando  
ese ingenio peregrino  
que el instrumento divino  
estuvo perfeccionando.

No hay jardín de varias flores  
como vos, no hay blanda pluma  
como tocaros; en suma,  
sois toda un templo de amores,  
donde el gusto a quien he puesto  
por el último sentido,  
con palabra de marido  
está a gozaros dispuesto.

BERNARDA. Eso basta para indicio  
de vuestro engaño; advertid  
que habéis pasado a Madrid  
de Toledo el artificio.

Por mi vida, que con menos  
ganastes mi voluntad;  
mas nunea tratan verdad  
amores de engaños llenos.

Yo os deseo, y es de suerte,  
que está, don Juan, reducida  
a vuestro gusto mi vida  
y a vuestro desdén mi muerte.

Quiero os creer, porque amor  
es muy fácil en creer,  
y porque en una mujer  
tiene más fuerza su error.

Esforzad vuestro deseo  
con mi hermano, y estorbad  
esta loca voluntad  
que ahora en don Diego veo,  
pues de pasar adelante  
tanto peligro resulta.

D.<sup>a</sup> ANA. Leonardo no difieulta  
mi gusto, y si es importante  
don Diego para impedir  
lo que los dos pretendemos,  
si vos queréis, remediamos  
el peligro por venir;  
que es alta razón de estado  
entre discretos haer  
que el mal, cuando venga a ser,  
venga estando remediado.

BERNARDA. ¿Qué remedio pensáis vos  
que bastará con don Diego?

D.<sup>a</sup> ANA. Darle con la capa, y ciego,  
juntarnos, mi bien, los dos.

BERNARDA. ¿Dónde?

D.<sup>a</sup> ANA. En mi propio aposento;  
y llamando a vuestro hermano  
daros de esposo la mano  
y firmar el casamiento,  
y que don Diego en buen hora  
se vaya con su mujer.

BERNARDA. Peligro puede correr



mi fama.

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Cómo, señora?

Juramento hago al cielo  
de no tocaros la mano.

BERNARDA. Lo que es llamar a mi hermano  
me va quitando el recelo.  
¿A qué hora iré?

D.<sup>a</sup> ANA. A las diez  
me parece conveniente.

BERNARDA. ¿Mi hermano ha de estar presente?

D.<sup>a</sup> ANA. Bernarda, el cielo es juez  
de la palabra que os doy;  
si ofensa os hiciere, digo  
que un rayo sea mi castigo.

BERNARDA. Ahora bien segura voy  
de que habéis de proceder  
como noble en tal lugar.

D.<sup>a</sup> ANA. Segura podéis estar  
como con otra mujer.

(*Vanse. Sale CLARINO y MONTALVO.*)

MONTALVO. Ya estás, señor, en Madrid;  
a muy buen tiempo has llegado.

CLARINO. ¿Por ventura habrá pasado  
doña Ana a Valladolid?

MONTALVO. Si don Diego se volvió  
no dudo que le siguiese,  
pero dudo que volviese  
si no es que la conoció.

CLARINO. La casa deste Leonardo  
¿dónde es?

MONTALVO. Mendoza decía  
que a la Pasión.

CLARINO. Sí sería,  
pues, tanta pasión aguardo.  
En ella estará don Diego  
y él sabrá desta mujer,  
cuyo amor, y amor sin ver,  
fué de nuestras honras fuego.

Era venir en su traje  
esto, que disculpa tiene;  
pero es venir como viene  
deshonra de su linaje.  
¿Hay tan grande atrevimiento?  
¿Hay tal locura? ¿Hay tal cosa?  
¿Una mujer virtuosa  
y de tal recogimiento?

Ciega de locos antojos,  
se puso ajenos vestidos,  
amando por los oídos  
lo que no vió por los ojos.

¿A quién dirán que es verdad  
que no digan que es mentira?

MONTALVO. Mucho desdice la ira  
de la anciana gravedad.

Repórtate y considera  
que no es la primer mujer.

CLARINO. Flaqueza tiene su ser  
desde la mujer primera.

Pierdo, Montalvo, el honor  
en la desdicha presente:  
por amigo, por pariente,  
por anciano y por tutor.

¿Y es posible que le ven  
ojos que no la conocen?

MONTALVO. Por Dios, que la desconocen  
puesto que muy cerca estén.

Porque el brío es varonil,  
que importa en transformaciones,  
y muy de hombre las razones.

CLARINO. Tiene un ingenio sutil;  
pero yo juzgo por ciego  
el que no ve que es mujer.

MONTALVO. Ya lo debe de saber,  
señor Clarino, don Diego.

La noche pasa y las calles,  
aunque grandes y anchas son,  
se escurecen, y es razón  
que en ellas tus quejas calles.

A la mañana podrás  
buscar a Leonardo, y luego  
tendrás nuevas de don Diego  
y de doña Ana sabrás.

CLARINO. No he de dormir en Madrid  
con un pesar tan cruel,  
hasta ver si están en él  
o van a Valladolid.

Camina hacia la Pasión,  
que yo sabré preguntar.

MONTALVO. Luces hay y a quien hablar.

CLARINO. Verdad dices, tiendas son;  
allí nos informarán  
tan bien como a la mañana.  
¿Cómo se llama doña Ana?

MONTALVO. Ella dijo que don Juan.

¿Qué le dirás a don Diego?

CLARINO. Que es don Juan un hijo mío.

MONTALVO. De tu conducta confío  
que le hablarás con sosiego.

CLARINO. Tú verás mi proceder,  
aunque más enojo tenga.

MONTALVO. No hay desdicha que no venga  
por ocasión de mujer.

(*Vanse. Salen DOÑA ANA, que es DON JUAN y MENDOZA.*)

D.<sup>a</sup> ANA. Ya me tienes entendida.  
 MENDOZA. Y me parece muy bien.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Sólo en que en Madrid estén me va, Mendoza, la vida.  
 MENDOZA. No habrá Dios amanecido cuando a Toledo me parta y dé a Clarino esta carta; tú puedes mudar vestido.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Déjame tú hacer a mí lo que tocara a mi parte.  
 MENDOZA. ¿Qué resulta de avisarte?  
 D.<sup>a</sup> ANA. No perdamos tiempo aquí.  
 Yo me entro en el aposento; mira que has de encaminar a Bernarda a otro lugar.  
 MENDOZA. Ya estoy en tu pensamiento.  
 D.<sup>a</sup> ANA. ¿Y sabes lo que has de hacer con don Diego?  
 MENDOZA. Está segura.  
 D.<sup>a</sup> ANA. ¿Ayúdame, noche oscura!  
 MENDOZA. Dime: ¿ha estado sin comer Feliciano todo el día?  
 D.<sup>a</sup> ANA. No, que yo propia le di una conserva.  
 MENDOZA. Eso sí.  
 ¿Y hubo vino?  
 D.<sup>a</sup> ANA. ¡Ay, noche mía!  
 MENDOZA. Entra, no temas.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Temblando pongo en el suelo los pies.  
 MENDOZA. Efeto del temor es.  
 D.<sup>a</sup> ANA. Dí que le estoy esperando.

(*Vase DOÑA ANA.*)

MENDOZA.

Mujer fué la primera que en la tierra puso tanta discordia en los mortales; mujer enseñó letras, con las cuales todas las ciencias el ingenio encierra.

Mujer nos rinde, y nuestros rostros hierra, y pone hasta en las almas las señales; mujer pudo pisar cetros reales, y mujer fué inventora de la guerra.

Mujer con su flaqueza abrasa el mundo; puso por tierra a Troya, a Grecia, a España; la ciencia y la virtud tienen su nombre.

Es ángel, aunque es furia del profundo, y con ser la mujer quien tanto daña, donde ella falta no se alegra el hombre.

(*Sale BERNARDA sola.*)

BERNARDA. Don Juan me ha dicho que está aguardándome Mendoza.  
 MENDOZA. ¿Es Bernarda?  
 BERNARDA. Es quien hoy goza el premio que amor le da.  
 MENDOZA. Entra al primer aposento, que al segundo está don Juan.  
 BERNARDA. En los oídos me dan las reliquias de su acento.  
 MENDOZA. No pases de ningún modo como digo en el primero.  
 BERNARDA. No hay bien como el bien que espero, no hay honor, piérdase todo.

(*Vase BERNARDA.*)

MENDOZA. Entróse; bien se va haciendo.

(*Sale DON DIEGO de noche.*)

D. DIEGO. ¿Es Mendoza?  
 MENDOZA. Mi señor.  
 D. DIEGO. ¿Entró Bernarda?  
 MENDOZA. Y de amor tuyo se va deshaciendo.  
 D. DIEGO. ¿Hay dicha como la mía?  
 ¿Que, en fin, la viste pasar?  
 MENDOZA. Ahora acaba de entrar.  
 D. DIEGO. ¡Qué prolijo ha sido el día!  
 ¡No pensé que se acabara!  
 MENDOZA. Díjome que tengas cuenta que al entrar nadie te sienta; y sobre todo repara que te aguarda en el primero.  
 D. DIEGO. Así lo dijo don Juan.

(*Entrase.*)

MENDOZA. ¡Buenos, por mi vida, van! Esto es hecho; ¿ya qué espero? Voy donde Rosela aguarda, que a don Juan espera ver; a fe que han de conocer la toledana gallarda.

(*Entrase. Salen CLARINO, LEONARDO, MONTALVO con un hacha.*)

LEONARDO. Aquí me podéis hablar, que sin duda le importaba no menos que honor y vida a quien a tal hora llama. Agradeced que os abrieron por respetar vuestras canas, y porque traigo estos días

cierta sospecha en el alma.  
 CLARINO. Yo vengo desde Toledo, señor Leonardo, con ansia de hallar a don Diego aquí, que soy deudo de doña Ana: vame la vida y la honra en hablarle dos palabras.  
 LEONARDO. Ya sé lo que le queréis, y vuestra razón es llana, que habiéndoola dado a vos no fué bien hecho quebrarla. Ya me dijo aquestos días que determinado estaba de ir a Toledo y hacer enmienda de tanta falta.— ¡Hola, llama a ese aposento y llega esa lumbre; acaba!

(Dentro.)

¡Ah, señor don Diego!

D. DIEGO. ¿Quién llama?

LEONARDO. Leonardo llama.

D. DIEGO. Leonardo, si habéis sabido el error de vuestra hermana, siendo mi mujer, ¿qué importa?; yo la tengo y esto basta.

LEONARDO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? ¿Traidor don Diego, en mi casa? Abre o romperé la puerta.

CLARINO. ¡Ay, triste!

MONTALVO. ¡Desdicha extraña!

CLARINO. Nunca yo hubiera venido.

LEONARDO. Traidor don Diego, ¿así guardas la fe dada a los amigos? ¡Págasme bien la posada!

D. DIEGO. Si es mi mujer ¿qué te alteras?

LEONARDO. Cuando yo te la negara, fuera disculpa.

D. DIEGO. Después sabrás, Leonardo, la causa.

LEONARDO. Sal en paz; abre la puerta pues que tu mujer la llamas.

D. DIEGO. Digo que soy tu marido; salgamos juntos, Bernarda.

(Salen DON DIEGO y DOÑA ANA en hábito de mujer.)

LEONARDO. ¿Quién dice que es tu mujer?

D. DIEGO. Bernarda.

D.<sup>a</sup> ANA. Yo soy doña Ana, que he buscado a mi marido.

LEONARDO. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> ANA. Lo que pasa (1).

D. DIEGO. ¿Doña Ana? ¿Pues no es don Juan?

CLARINO. ¡Hija!

D.<sup>a</sup> ANA. ¿Clarino, aquí estabas?

LEONARDO. ¡Hecho notable!

MONTALVO. ¡Famoso!

CLARINO. ¡Gran valor!

MONTALVO. ¡Heroica hazaña!

D. DIEGO. Don Juan, doña Ana, o quien eres, digo que estoy con Bernarda, y que está en ese aposento.

LEONARDO. Alguna desdicha falta. ¿qué dices, don Diego?

D. DIEGO. Digo que estaba dentro tu hermana.

LEONARDO. ¡Ah, Bernarda!

BERNARDA. Aquella voz conozco. ¡Ay, terrible infamia! Pero amores la disculpa; y tu valor quien me llama.

(Sale a fuera BERNARDA.)

D. DIEGO. ¿Ves si tengo yo razón?

LEONARDO. ¡Vil mujer!, ¿con quién estabas?

BERNARDA. Con don Juan, que es mi marido.

LEONARDO. ¿Cómo, si es don Juan doña Ana?

D.<sup>a</sup> ANA. Yo soy doña Ana y don Juan.

BERNARDA. Digo, señores, que estaba con un hombre que está dentro, aunque guardando mi fama.

LEONARDO. ¿Hombre dentro? ¿Cómo es eso? Muestra esa hacha.

D. DIEGO. Ten la espada.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. Yo soy el que dentro estoy, que sólo os debo palabras, porque sólo he pretendido guardar a tu honor la casa. Feliciano soy; ¿qué miras?

D. DIEGO. ¿Qué es esto?

BERNARDA. Señor, yo estaba con don Juan.

D.<sup>a</sup> ANA. Conmigo ha sido, que he dado a todo la traza. Yo tengo culpa de todo, porque viéndome burlada en el hábito que veis

(1) Falta una sílaba al verso, que puede completarse con cualquier monosílaba; por ejemplo: "Yo, lo que pasa."



quise volver por mi fama.  
Y no penséis que esto es sólo;  
que porque Mendoza amaba  
a Rosela, di una industria,  
con que están juntos.

LEONARDO. ¿Qué aguarda  
mi brazo en vengar mi injuria?

CLARINO. Ya es tarde para venganzas.  
Haz como cuerdo, Leonardo,  
pues antes que pierdas, ganas.

LEONARDO. ¡Sal aquí, infame Rosela!

(Sale ROSELA y MENDOZA.)

ROSELA. ¿De qué, mi señor, te espantas?

LEONARDO. De que con un hombre estés.

ROSELA. Conozco que fuí engañada  
del amor de un caballero.

D.<sup>a</sup> ANA. Ya ese caballero es dama,  
que Mendoza está contigo.

MENDOZA. Yo soy, y no pierdes nada.

CLARINO. ¿Hay tan grande confusión?  
¿Quieres que en una palabra  
reduzca a paz esta guerra?

LEONARDO. Sola tu prudencia basta.

CLARINO. Doña Ana y don Diego son  
marido y mujer.

D. DIEGO. Yo estaba  
ciego en los rayos del sol;

mas en mi disculpa clara  
no estimé lo que no vi:  
lo no visto no se agravia;  
si ella quiere, soy su esposo.

D.<sup>a</sup> ANA. La mano le doy.

D. DIEGO. Yo el alma.

CLARINO. Feliciano es caballero.

LEONARDO. Si Feliciano llegara  
a pedírmela, tuviera  
a dicha, darle mi hermana.

CLARINO. Pues dale la mano agora.

FELICIANO. Su esposo soy de Bernarda.

BERNARDA. Del engaño estoy contenta.

MONTALVO. Mendoza y Rosela faltan.

LEONARDO. Yo los caso, y doy en dote  
mil ducados y una casa.

MENDOZA. Valen poco ya en Madrid.

LEONARDO. Casa dondequiera es patria.

CLARINO. Doña Ana, don Diego y yo,  
después que juntos se hagan  
los tratados casamientos  
con amistad confirmada,  
nos iremos a Toledo.

D. DIEGO. Aquí, Senado, se acaba,  
con deseo de serviros,  
la Gallarda Toledana.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE  
LA GALLARDA TOLEDANA.

# LA FAMOSA COMEDIA

## DEL

# GENOVÉS LIBERAL

---

### ACTO PRIMERO

#### FIGURAS DEL PRIMER ACTO

OTAVIO GRIMALDO.	ALEJANDRA, <i>dama.</i>
LEONATO, <i>criado suyo.</i>	DRUSILA, <i>esclava.</i>
CÉSAR, <i>caballero.</i>	MARCELA, <i>dama de Rega-</i>
ORACIO, <i>caballero.</i>	<i>cho francés.</i>
LOMELÍN, <i>caballero.</i>	BRUNETO BERGAMASCO, <i>la-</i>
CAMILO, <i>desposado.</i>	<i>cayo.</i>
FLAVIO, <i>caballero.</i>	

(OTAVIO GRIMALDO, MARCELA, *dama francesa en hábito de lacayuelo*, LEONATO, y otros criados.)

OTAVIO. ¡Oh Génova, patria bella,  
generosa madre mía,  
mil años me aumenta el día,  
Leonato, que allego a vella!  
No porque el ausencia ha sido  
larga, aunque lo es para mí;  
pero por haber en ti,  
Génova noble, nacido.

Que como el hijo que fué  
de la tierra, y que luchaba  
con Hércules, si tocaba,  
tal vez, en su madre el pie,  
dicen que cobraba fuerza  
por cien hombres, yo también,  
que la patria es madre en quien  
la edad se aumenta y se esfuerza.

LEONATO. Por algo más lo dirás,  
pues se ve que el tornasol  
luego que le toca el sol  
esfuerza sus hojas más.

El sol que tu vista alcanza,  
luego que en tus ojos da,  
las hojas creciendo va  
de tu florida esperanza.

Aquélla patria se llama  
donde dicen que está el bien,  
su centro los ojos ven,  
descansa el alma en quien ama.  
¡Qué tendrás de pensamientos

después que llegaste aquí!  
OTAVIO. Luego que a Génova vi  
descansé de mil tormentos.

Y antes que sus edificios,  
famosos muros y almenas,  
quintas de pinturas llenas,  
torres altas, frontispicios,  
jaspes y mármoles puros  
trujesen a mi memoria  
la sangre, el valor, la gloria  
de mis ascendientes claros,  
una casa desta hermosa  
ciudad me representó  
mayor gloria que me dió  
aquella sangre famosa.

No el Grimaldo mi apellido,  
no el Oria, no el Centurión,  
no el Espínola, aunque son  
lo mejor de lo que he sido,  
me han dado aqueste contento,  
sino aquella que tú sabes,  
donde tiene amor las llaves  
de mi propio pensamiento.

¡Ay, Leonato!, si el ausencia  
grande ocasión en mujer,  
hizo lo que suele hacer,  
¿adónde hallaré paciencia?

Medroso estoy de mi dicha,  
celoso estoy de su fe.

MARCELA. Temes sin causa.

OTAVIO. ¿Por qué,  
si el mismo amor es desdicha?

MARCELA. Quien ama no ha de temer,  
sino prevenir el daño.

OTAVIO. ¿Pues qué es el amor?

MARCELA. Engaño  
en manos de una mujer.

Y pues de la voluntad  
dicen que amor es pasión,  
la mejor definición  
es llamarle enfermedad.

Y así, de la misma suerte  
que el enfermo está en la cama,  
ha de esperar el que ama  
o la salud o la muerte.

Estos dos extremos son  
polos, en que amor se mueve.

OTAVIO. ¡Qué poco el amor te debe  
en esa definición!

¡Y ay de mí si estoy mortal  
del peligro desta ausencia!

LEONATO. Marcelo no diferencia  
los medios del bien o el mal.

¿Pero qué puede entender  
un rapaz de la infinita  
ciencia de amor? Ejercita  
la experiencia y no el saber.

MARCELA. ¡Pluguiera a Dios que no fuera  
tanta la experiencia mía!

OTAVIO. ¿Has querido bien?

MARCELA. ¿Sería  
milagro?

LEONATO. Alguna quimera  
te querrá agora contar  
llena de tus burlas frías;  
que por sus truhanerías  
quiere Marcelo privar.

MARCELA. Leonato, si entretener  
a Otavio cuando está triste  
es ser truhán, mal hiciste  
en procurarme ofender.

Mas tu ofensa no me altera;  
sólo te puedo decir  
que se hallará en el servir  
si la envidia se perdiera.

¡Desdichado del que viene  
a tan misérable estado!  
¡Qué de envidias, si es privado!  
¡Qué de enemigos que tiene!

El sol dicen que privaba  
con Júpiter porque vía  
la gran virtud con que el día  
y el mundo clarificaba.

Y los dioses, envidiosos,  
desde la tierra impedían  
la luz, con nubes que hacían  
de humores caliginosos.

Mas Júpiter, como estaba  
de su cielo en la alta cumbre,  
mirando del sol la lumbre  
de la envidia se burlaba.

Creo que me has entendido.

LEONATO. Muy necio, Marcelo, vienes

si acaso por sol te tienes,  
tan bajamente nacido.

Las cintas del capotillo  
los rayos deben de ser;  
mas, pues eres bachiller,  
lacayuelo francesillo,

satisfacer quiero aquí  
a lo que tratas de amor,  
que envidias de tu valor  
ya fuera defeto en mí.

Todas las ciencias del mundo  
por preceptos se deprenen,  
por los maestros se entienden  
que las enseñan, Marcelo.

Pero hacer versos y amar  
naturalmente ha de ser;  
tú no has llegado a querer;  
¿de amor qué puedes hablar?

MARCELA. ¿Por qué no soy yo capaz  
de amar?

LEONATO. Por bajo sujeto,  
indigno, como imperfecto,  
y finalmente rapaz.

MARCELA. Y si te pruebo que puede  
amar un niño y un ciego,  
¿qué dirás?

LEONATO. Pensaré luego  
que lo imposible sucede.

MARCELA. Mira: cuando el amor hace  
las flechas con que nos tira,  
prueba el arco, tienta y mira  
si le agrada y satisface.

Y las que arroja en el viento  
dan a veces con su fuego  
en un niño y en un ciego,  
porque se esparcen a tienta.

Y así el niño dice al ama  
con su media lengua amores,  
y el ciego pide favores  
sin haber visto a su dama.

Y destas flechas podría,  
al derecho o al revés,  
a un lacayuelo francés  
herir alguna algún día.

OTAVIO. Dice Marcelo muy bien;  
déjale, por Dios, Leonato,  
que diga de amor el trato  
y me entretenga también.

Pero ya en la calle estamos  
de mi Alejandra; ¿qué haremos?  
¿Pasaremos?

MARCELA. No pasemos:



por estotra calle vamos,  
que daremos que notar,  
y es justo, Otavio, que entiendas  
que los hombres de tus prendas  
no han de dar que murmurar.

La república famosa  
de Génova te envió  
a Francia, y te confió  
embajada tan honrosa.

Vuelve con autoridad,  
que las cosas del amor  
en los hombres de valor  
desdoran la gravedad.

LEONATO. Ve ahí de qué te ha servido  
dar a un lacayo lugar  
para que te pueda hablar  
descompuesto y atrevido.

Bien muestra lo que ha estimado  
la licencia que le dan,  
pues se sube de truhán  
a consejero de Estado.

Pasa, señor, que a un mancebo,  
aunque repúblico sea,  
no puede ser cosa fea  
ni a sus verdes años nuevo  
tratar de cosas de amor.

OTAVIO. Pasaré, porque a mi esfera  
vengo al fin, aunque no quiera  
del grave oficio el honor.

¡Ay, puertas, adonde vi  
tan venturosos mis pasos  
en mis amorosos casos,  
de que tanta parte os di!

¡Ay, rejas, donde escuché  
su angelical voz divina!

MARCELA. Gran gente viene; camina.

OTAVIO. ¡Ay, Marcelo, no podré!

Porque es tal la suspensión  
del alma en tanto placer,  
que no me pueden mover  
el miedo ni la razón.

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

*(Vayan entrando grande acompañamiento y detrás  
los desposados, CAMILO y ALEJANDRA.)*

LEONATO. Retírate.

OTAVIO. Estoy cobarde.

¿Dónde va este rico alarde,  
tan adornado y compuesto?

LEONATO. En forma de boda viene;  
sin duda es boda, señor.

OTAVIO. ¡Ay, Leonato, que temor

oprimida el alma tiene!

LEONATO. Boda es sin duda; ¿no ves  
los gallardos desposados?

OTAVIO. Apenas puedo, de helados,  
mover los turbados pies.

¡Ay, cielos, qué confusión!—  
¿Conoces la desposada?

LEONATO. Tengo la vista turbada  
y paréceme ilusión.

Míralo tú.

OTAVIO. ¿Para qué?

¡Vive el cielo que es, Leonato,  
mi Alejandra!

LEONATO. ¿Amor ingrato,  
falso trato, injusta fe!

Quítate, señor, de aquí;  
quedaréme yo a saber  
cómo puede una mujer  
en un mes mudarse así.

¡Qué graciosa novedad  
en un mes! ¡Graciosa anduvo!  
¡Harto fué si un hora tuvo  
firmeza en la voluntad!

CAMILO. Hermosa Alejandra mía,  
de vuestro merecimiento  
cualquiera encarecimiento  
notable ofensa sería.

Y así, atreverme no puedo  
a encareceros, mi bien,  
porque los ojos que os ven  
ponen a la lengua miedo.

Que contemplando el valor  
deste celestial sujeto,  
fuera el amor imperfecto  
si no temiera el amor.

Del haberos merecido,  
¡oh, soberana hermosura!,  
doy gracias a mi ventura:  
sólo mi ventura ha sido.

Bien puedo preciarme della,  
pues a vuestro sol llegué:  
con justa causa diré  
que nací con buena estrella.

ALEJANDR. Camilo, aunque resistí  
a la fuerza que me hacían  
mis padres, que conocían  
el valor que vive en ti,  
ya estoy de que a ti me iguales  
tan contenta, que también (1)

(1) Así en los originales; pero quizá deba decir  
"tal bien".

no te encarezco, mi bien,  
por no ofender lo que valcs.

Y así será más forzoso  
decir yo que fuí dichosa  
en ser de Camilo esposa  
que tú de Alejandra esposo.

Entra en esta casa honrada  
del dueño que cobra en ti.  
CAMILO. Ser tu esclavo me honra a mí,  
dulce esposa, prenda amada.

¡Caballeros, celebrad  
este generoso día,  
que todos sois sangre mía,  
pues es sangre la amistad.

Pues soy un noble de tí,  
hónrame, Génova noble,  
que ya lo merezco al doble  
por la que se junta a mí.

Digan los propios y extraños  
parabienes a mi bien.  
FLAVIO. Todos te dan parabién,  
goza a Alejandra mil años.

*(Entranse todos los de la boda.)*

LEONATO.

Señor, vuelve en tu acuerdo. ¿Qué imaginas?  
¿Qué dudas? ¿Que Alejandra se ha casado?  
En lo que ya pasó, ¿qué determinas?

OTAVIO.

Cual peregrino, que del Cita helado  
o del adusto Etíope volviera,  
tal mudanza en su patria hubiera hallado,  
cual cautivo del bárbaro viniera,  
después de haber en la prisión perdido  
los verdes años de la edad primera,  
que hubiera hallado en tan profundo olvido

sus padres, sus amigos y parientes,  
ni le hubieran más daños sucedido,  
que Ulises, que por mares diferentes  
peregrinó diez años, cual Aquiles,  
después de tantos varios accidentes

hallaron en su honor cosas tan viles,  
ni sus competidores tan gloriosos.

¡Oh vanas esperanzas femeniles!

¡Otro dueño tenéis, ojos hermosos!  
¡Ya no seréis de Otavio, prendas mías!  
¡Oh cielos en mi daño rigurosos!

¿Qué no llevan tras sí los breves días,  
que de la mesa de la vida humana  
roban el bien y el gusto como arpías?

¿Es verdad lo que vi?

LEONATO.

Verdad es llana,  
que sólo en el creerla está el remedio  
de tu loca pasión, incierta y vana.

Mira que estando de su calle en medio  
das que decir; ámate y partamos.

OTAVIO.

¡Partir del mundo fuera honesto medio!

LEONATO.

Por lo menos, señor, de aquí nos vamos.

OTAVIO.

Estoy como el que ha visto alguna sombra,  
que la noche formó de peña o ramos,  
que más se acerca mientras más le asombra,  
por no quedar dudoso del engaño,  
si engaño ahora la verdad se nombra,  
y hasta tocarle, aunque temiendo el daño,  
no se quiere partir, ni los pies mueve,  
que es centro del temor el desengaño.

Déjame aquí, que convertido en nieve  
me deshará su sol en agua y llanto,  
pues a esperarla el corazón se atreve.

MARCELA.

¡Divinos cielos, que merezco tanto  
consuelo y bien en tanta desventura!  
¡La tierra beso en vuestro nombre santo!

La gallardía, el talle y compostura  
de Otavio de mi tierra me sacaron,  
que no hay para el amor honra segura.

En fin, mis pensamientos se fiaron  
de este traje en que vengo disfrazada,  
y sirviéndole a Génova llegaron,  
donde el hallar esta mujer casada  
ha de ser mi remedio.

OTAVIO.

¡Oh fiera ausencia!  
¡Oh, nunca yo aceptara la embajada!

Nunca mi patria en esta diferencia  
me hubiera a los franceses enviado.

LEONATO.

Señor, ¿qué dices?

OTAVIO.

Pierdo la paciencia.

LEONATO.

Un corazón heroico, un hecho honrado,  
no se rinde a sucesos de fortuna  
ni tiene el sufrimiento limitado.

¿Qué amor pretende de mujer alguna, sino es amor platónico o otra cosa, que gozalla?

OTAVIO.

Ni hay otra igual ninguna.

LEONATO.

¿Pues qué pretendes de Alejandra hermosa que más fácil no sea, si es casada, y fué del padre fuerza rigurosa?

OTAVIO.

Sí, pero no podré tener entrada para darle a entender mi pensamiento.

LEONATO.

No es firme amor el que repara en nada; la industria es hija del amor.

OTAVIO.

¿Qué intento puedo seguir en conquistar su gusto?

LEONATO.

Yo lo diré.

OTAVIO.

Prosigue.

LEONATO.

Estáme atento.

Pide a su esposo, pues le viene al justo, poniendo casa, que reciba un paje.

MARCELA.

Leonato va trazando mi disgusto.

LEONATO.

Recibirále, y con gallardo traje le darás a Marcelo...

MARCELA.

Envidia pura.

LEONATO.

...abonando sus partes y linaje.

No quieras tu esperanza más segura que en manos de Marcelo, tan discreto, tan cauteloso y que tu bien procura.

Podrá servirte de ladrón secreto, llevará los papeles y recados, pondrá tus esperanzas, en efeto;

dirále por momentos tus cuidados, abriráte las puertas y ventanas, aunque los celos pongan mil candados.

OTAVIO.

Parece que las miro todas llanas, Leonato, con la industria más discreta que inventaron jamás armas grecianas.

Marcelo, del amor que me inquieta has visto las señales en mis ojos, las del alma por ellos interpreta.

En ti vive la paz de mis enojos; tú me has de dar de mi Alejandra bella el triunfo, la vitoria y los despojos.

¡Dichoso tú, que vivirás con ella!

¡Dichoso tú, que gozarás su gloria, infierno en mi esperanza y cielo en ella!

Tus armas apercibe a la vitoria; anima tu gallardo entendimiento y de mi voluntad tendrás memoria.

Que si el fin de mi heroico pensamiento, por ti, por tu valor llega a gozalla, siendo de un bien tan alto el instrumento,

tuya es mi hacienda, y tú podrás mandalla, tú regilla podrás, tuya es mi vida.

MARCELA.

Señor, tu amor me anima a conquistalla.

Y espero que Alejandra, combatida de tu persona y del ingenio mío, quede, a pesar de su valor, rendida.

Seré el caballo, en mi valor confío, que metieron en Troya los de Grecia.

OTAVIO.

Pues aviva el ingenio, afila el brio.

LEONATO.

Fué buena industria.

OTAVIO.

El alma, que la precia, te dará el galardón. Vamos.

MARCELA.

Yo espero, si fuese Tays, que la haré Lucrecia, que soy mujer y por Otavio muero.

(Entrese, y salgan tres caballeros del Senado de Génova, ORACIO, CÉSAR, LOMELÍN.)

ORACIO.

Diga lo que quisiere el vulgo loco, incierto, vario, novelero y rudo, aunque nuestros consejos tenga en poco, que la nobleza ha hecho lo que pudo. Cuando en sus viles amenazas toco miro las Lises del francés escudo,



y conozco que basta por reparo  
del Rey el nombre, en toda Europa claro.

CÉSAR.

Muy bien ha hecho, aunque a la plebe amiga  
siempre de libertad tanto le pesa  
en darse al Rey, que con su amor la obliga,  
Oracio, la nobleza genovesa;  
el vulgo vil lo que quisiera diga,  
los nobles somos de la Lis francesa,  
que el Rey desde París a nadie ofende,  
y en fin de mil contrarios nos defiende.

LOMELÍN.

Nunca los sarracenos venturosos,  
señor César, la hubieran destruído,  
cuando fué por sus hechos hazañosos  
Berengario en Italia obedecido,  
si de algún Rey los brazos poderosos  
la hubieran desde lejos defendido,  
que el nombre sólo fuera de importancia  
de un rey Luis Duodécimo de Francia.

Por no tener de un Rey el noble amparo  
ha sido tantas veces ofendida,  
aunque por las victorias de Ademaro  
fué del opuesto polo conocida:  
su nombre hicieron las grandezas claro,  
y vino a ser tan rica y tan temida,  
que por la industria y la famosa espada  
Génova la soberbia fué llamada.

Mas todas las repúblicas que han dado  
lugar al vulgo en su gobierno y leyes,  
siempre han venido a tan humilde estado,  
que no le iguala el de tiranos reyes.  
¡Que quiera el labrador, que con su arado  
abre la tierra y sigue un par de bueyes,  
regir la multitud de ciudadanos  
sin florecelle el árbol en las manos!

¡Terrible confusión! ¡Y que se atreva  
el que vive en mecánico ejercicio  
a hacer una república tan nueva!  
De (1) bárbaros daremos presto indicio,  
si nuestras leyes mal el vulgo lleva  
y se imagina digno deste oficio,  
agora, que pretende su arrogancia,  
pues estará sujeta a un Rey de Francia.

ORACIO.

Ya tarda Otavio en darnos la respuesta.

CÉSAR.

Ya viene Otavio aquí.

(Entre OTAVIO.)

LOMELÍN.

Seas bien venido.

¿Qué dice el Rey?

OTAVIO.

Su gusto manifiesta,  
y aceta muchas veces el partido.  
A vuestras nobles intenciones presta  
el rey Luis tan piadoso oído,  
que dice, y lo ha mostrado de mil modos,  
que como a hijos os recibe a todos.

Ni dueño o Rey de Génova se llama,  
ni quiere más que ser amparo vuestro,  
mostrando lo que os quiere, estima y ama  
en el favor que de su mano os muestro.  
Ya lo sabéis, Senado, por la fama,  
que es el nuncio del mal o el bien más diestro,  
honró mi cuello para más decoro  
del San Miguel en treinta piezas de oro.

Dióme una gran vajilla y cuatro joyas;  
y a quererme casar me prometía  
hermosura que pudo arder mil Troyas,  
y en sangre noble preferir la mía.

ORACIO.

El estado de Génova que apoyas,  
Otavio, en la francesa Monarquía,  
otro agradecimiento igual te debe,  
aunque le pese a la confusa plebe.

OTAVIO.

Del vulgo, caballeros, la nobleza  
no es justo, no, que viva recelosa.  
Esta es del Rey la carta.

LOMELÍN.

En la cabeza  
y en la boca la pongo.

CÉSAR.

Es justa cosa.

OTAVIO.

Veréis del Rey la singular grandeza  
y el valor de su mano generosa.

LOMELÍN.

Léala Oracio.

ORACIO.

Lomelín la lea.

(1) En los textos dice: "A bárbaros", pero es errata notoria.

LOMELÍN.

Propicio el cielo a nuestro intento sea.

(*Lea la carta.*)

“Nobles genoveses, parientes y amigos míos: por vuestras cartas he sabido cuánto estimáis nuestra protección y amparo, y la Nobleza toda quiere nuestra amistad y compañía en el gobierno; y así digo que, no como Rey, ni dueño, ni señor, sino como un particular ciudadano, acepto el ofrecimiento, y en defensa y amparo ofrezco mis armas y personas, como más largamente me remito a los capítulos tratados.

*El Rey Luis.”*

LOMELÍN.

¿Qué os parece?

CÉSAR.

Que muestra en su blandura el bien que de ella a Génova le espera.

ORACIO.

¿Qué es lo que el vulgo bárbaro procura, que de la protección del Rey se altera?

CÉSAR.

Que no hay para qué hablar de su locura; la injusta libertad del mundo muera y viva el Rey de Francia, señor nuestro.

(*Entrense.*)

LOMELÍN.

Viva mil años.

OTAVIO.

Justo acuerdo el vuestro.

(*Quede OTAVIO y su criado.*)

OTAVIO. Ya, Leonato, que he cumplido con lo que al oficio toca, por quien la muerte a la boca Tántalo del alma he sido, acudamos al remedio de mi libertad perdida, que es república la vida y está del peligro en medio.

No gobierna la razón y quiere amor ser tirano.

LEONATO. No será tu intento en vano ni loca tu pretensión.

Como trazado lo llevas, de su furor sólo siento que, pues amas, no te atrevas sin ir de tu pensamiento.

Marcelo bien instruido de lo que ha de hacer allá... ¿Qué temes (1)?

OTAVIO.

Temo que está mi amor cubierto de olvido.

Que es propio de una mujer que se casa enamorada de otro, mudarse, y gozada, a quien la goza querer.

Que el trato, de quien no sabe otro trato a amar obliga.

MARCELA.

O tu intento se prosiga, o cierra el alma con llave.

Extraño estás. Si es que amas, ¿qué dudas? Y si es que dudas, ¿qué amas?

OTAVIO.

Cuando tú acudas a este amor que temor llamas.

¿No puede ser que, gozada, Alejandra haya olvidado, Marcelo, mi amor pasado?

MARCELA.

Pues alto, no intentes nada.

¿De qué sirve a la ribera del mar estar contemplando el mercader, si pasando, le ha de ser propicia o fiera?

¿De qué sirve al capitán pensar, al acometer, si ha de morir o vencer si tocando al arma están?

¿De qué sirve al que a la mesa está sentado pensar

si ha de perder o ganar, o al que mira si atraviesa?

¿De qué sirve al que pretende sembrar pensar o temer el llover o no llover, cosa que del cielo pende?

Ama sin sospecha alguna; navega, pelca, juega y siembra, que todo llega a manos de la Fortuna.

OTAVIO.

¡Oh, buen Marcelo, mil años vivas! ¡Placer me has hecho!

MARCELA.

¿Qué mal entiendes mi pecho, qué mal sabes mis engaños!

¡Ay, Otavio, que te adoro! Y si de Francia salí tan olvidada de mí y de mi honesto decoro,

(1) En los textos, “tienes”, por errata.

fué pensando declararme;  
mas como adorar te veo  
esta mujer, ya deseo  
en este ser transformarme.

¡Válame el cielo, qué intento!  
Alcahuete vengo a ser  
de un hombre con quien ayer  
trataban mi casamiento.

¡Ah padres, ah hermanos locos,  
causa de mi deshonor,  
que en los consejos de amor  
siempre son los cuerdos pocos!

LEONATO. Al puesto has llegado ya.

OTAVIO. Entra, di que estoy aquí.

(LEONATO se entra.)

LEONATO. Espera.

OTAVIO. ¿Quién, ¡ay de mí,!  
sin esperanza podrá?

(MARCELA y OTAVIO dicen aparte.)

MARCELA.

¿Qué fin puede esperar un loco engaño?

OTAVIO.

¡Cuán imposible y loca empresa intento!

MARCELA.

¿A qué puede llegar mi atrevimiento?

OTAVIO.

Mi mal es propio y mi dolor extraño.

MARCELA.

Al mal le pido el bien, provecho al daño.

OTAVIO.

Yo voy donde me lleva el pensamiento.

MARCELA.

No siento que me pierdo, el dolor siento.

OTAVIO.

¡Oh cuánto me acobarda el desengaño!

MARCELA.

¡Qué fingidos, amor, son tus placeres!

OTAVIO.

Mi daño creo, mi remedio dudo.

MARCELA.

Lo que amas dejas, lo que olvidas quieres.

OTAVIO.

¡Oh, amor, pues fuiste ciego, fueras mudo!

MARCELA.

Con justa causa dicen todos que eres...

OTAVIO.

Ciego.

MARCELA.

Niño.

OTAVIO.

Rapaz.

MARCELA.

Traidor.

OTAVIO.

Desnudo.

(Entren CAMILO y ALEJANDRA y DRUSILA y LEONATO.)

CAMILO. Otavio Grimaldo viene  
a daros el parabién.

ALEJANDR. Hará, Camilo, muy bien  
al bien que Alejandra tiene.

OTAVIO. Estando en Francia ocupado  
mientras trazastes la boda,  
de quien ya Génova toda  
el parabién os ha dado,  
vengo, Camilo, el postrero.

CAMILO. Vos seáis muy bien venido,  
que en mi memoria habéis sido,  
señor Otavio, el primero.—

Tráigannos sillas aquí.

DRUSILA. Sillas, Bruneto (1).

BRUNETO. No vollo (1).  
che tu me comande.

DRUSILA. El rollo  
te estire.

BRUNETO. E a ti cusí.

DRUSILA. Parte presto.

BRUNETO. ¿Portaró  
le sile de li cavay?

DRUSILA. Las de aquella sala tray.

BRUNETO. Adesso, adesso andaró.

OTAVIO. Seáis, Alejandra hermosa,  
muchas veces bien casada,  
porque tan bien empleada  
parece que es justa cosa.  
Bien descuidado venía  
a Génova de que hallara  
vuestra sangre y virtud rara  
con tan buena compañía.

(1) Suplida esta palabra para que conste el verso.

(2) En los textos, "voglo". Enmendado para hacer perceptible la consonancia. Lope habrá escrito "voglio".



Goeísila por muchos años.

ALEJANDR. Para serviros, Otavio;  
que bien veréis, pues sois sabio,  
que es toda la vida engaños.

Lo que no pensaba fué,  
lo que imaginé perdí,  
de quien quiso el cielo fuí,  
vos juzgaréis si acerté.

DRUSILA. Aquí están las sillas ya.

CAMILO. Siéntese vueseñoría.

OTAVIO. Tal es la flaqueza mía  
que bien menester será.

*(Siéntense en tres sillas, y ALEJANDRA en medio de los dos.)*

ALEJANDR. ¿Cómo en París os ha ido?

OTAVIO. Así por acá me fuera.

ALEJANDR. ¿No venís bueno?

OTAVIO. Quisiera,  
señora, no haber venido;  
que el Rey me favorecía  
tanto como ya sabéis.

ALEJANDR. Vos lo merecéis.

OTAVIO. Haeéis  
a mi humildad cortesía.  
¡Qué mal acá me han pagado  
lo que he padecido allá!

CAMILO. ¿Pues no os tratan bien acá?

OTAVIO. Todo lo hallo troeado.

CAMILO. En estas alteraciones,  
donde el vulgo persevera,  
en su libertad espera,  
más con armas que razones.

En todo hallaréis mudanza.

OTAVIO. Y mudanza de tal suerte,  
que si no es para la muerte  
ya no me queda esperanza.

ALEJANDR. No se puede en lo que es fuerza  
guardar a nadie el decoro.

OTAVIO. Una voluntad que adoro  
a que la sufra me esfuerza.

Pero terrible rigor  
es que un hombre vaya a Francia  
y a cosa tan de importaneía  
le nombren cmbajador.

Y que le digan partiendo  
que le guardarán lealtad,  
y que estará la ciudad  
firme, esperando y volviendo.

Y que cuando vuelva halle  
la ciudad alborotada,  
la fe y palabra quebrada

y le obliguen a que calle.

Y aunque forzoso ha de ser  
de la República, digo  
que ha querido ser conmigo  
mudable, como mujer.

Y pues le doy este nombre,  
esto basta entre los dos,  
que por eso me hizo Dios  
noble, caballero y hombre.

ALEJANDR. Quejáislos injustamente,  
aunque mi esposo perdone  
de que a la ciudad abone  
llena de plebeya gente.

Que si euando vos partistes  
esa lealtad prometió,  
mientras pudo la guardó,  
pero no cuando volvistes.

Si quien ha de obedecer  
a la obediencia es forzada,  
¿de la palabra quebrada  
qué culpa puede tener?

OTAVIO. Ya que fuí tan desdichado  
que la ciudad me faltó  
la fe en el tiempo que yo  
estaba más confiado,  
como sólo me prometa  
en lo por venir lealtad,  
le ofrezco mi voluntad  
como primero sujeta.

ALEJANDR. Si tiene dueño, no es justo  
que deje el dueño y os quiera.

OTAVIO. Si guarda la fe primera,  
yo soy dueño de su gusto.

ALEJANDR. Otavio, en leyes de honor  
el que posee es el dueño.

OTAVIO. ¡Mi intento se vuelve sueño,  
ya tiene a Camilo amor!

LEONATO. Calla, señor, y porfía.

OTAVIO. No eseueha; ¿no ves, Leonato,  
la fuerza que tiene el trato?

LEONATO. Es trato el gusto de un día.

OTAVIO. Aunque el término es pequeño,  
muy poderoso le hallo.

LEONATO. Mira que siempre el caballero  
muestra la marca del dueño.

OTAVIO. ¿Qué puedo ya pretender,  
pues verás que siempre ha sido  
la posesión del marido  
la marca de la mujer?

LEONATO. ¿Y qué importa, como ves,  
que un caballo hermoso y bello  
tenga ajena marca y sello

si tú le corres después?

DRUSILA. ¿Y viene vuesa merced de Francia?

MARCELA. A vuestro servicio

DRUSILA. ¿Pues por qué en aqueste oficio?

MARCELA. No me han hecho más merced. Demás que por ser muchacho me asienta bien el capote.

DRUSILA. ¿Caminas?

MARCELA. Voy en un trote cien leguas con un despacho.

DRUSILA. Por mi vida que esa cara no se ha empleado muy bien.

MARCELA. Si yo lo estuviera en quien como es justo me estimara, hombre para todo soy.

DRUSILA. Vente por acá otro día.

MARCELA. Estimo la cortesía; mas dame señas, que estoy incierto de ti.

DRUSILA. ¿Qué cosa te puedo dar importante?

MARCELA. De un amante es el diamante semejanza y prenda honrosa. Dame ese anillo.

BRUNETO. Non sacho lo que parla quel capote.

MARCELA. ¿No me le das?

DRUSILA. Vas al trote cien leguas con un despacho.

BRUNETO. Per Dío que el fanchuleto mi vole pillar la eschiava.

DRUSILA. El regacho me engañaba: era francés, en efeto.

BRUNETO. Ola say tu quel que fay eche somo es minor domo de questa casa (1).

MARCELA. Si tomo esta daga...

BRUNETO. Oimé.

DRUSILA. ¿Qué hay?

BRUNETO. Sino que guardo, per Dío, que col ferro me esbudela.

OTAVIO. Propuse al Rey con cautela, Camilo, el intento mío. Y estimando la nobleza de Génova, concedió los capítulos que yo pedí a su real grandeza. Las mercedes fué esta prenda

que honra y adorna mi pecho, sin otras muchas, que han hecho notable aumento en mi hacienda.

Quísome casar allá con una parienta suya; mas porque mi patria arguya cuán obligada me está, dejé su sangre y belleza, y con mayor voluntad vine a ver su deslealtad en pago de mi firmeza. Dióme cierto huésped mío, hombre de bien, al partir, sólo por verle servir con tal afición y brío, el lacayuelo que veis, que por cosa nueva acá, así galán como está quiero que vos le gocéis.

Este os presento en señal de amor y amistad, Camilo; su gracia, talle y estilo bien merecen dueño igual.

Pensé enviarle a Florencia, y a que os le dé me obligáis, y Alejandra, si me dais para que le dé licencia, este diamante, que allá el Rey me dió de su mano.

CAMILO. Aunque fuistes cortesano, señor Otavio, de acá, como de Corte venís de tal Rey, en honra mía aumentáis la cortesía.

OTAVIO. Si cuanto encierra París, que es de las grandes ciudades del mundo, daros pudiera, mi obligación no cumpliera.

ALEJANDR. Pagáis nuestras voluntades. Y así a los dos nos tened por muy vuestros.

OTAVIO. De los dos, que mil años guarde Dios, espero toda merced.

Pasa adelante, Marcelo; besa a tu dueño la mano.

MARCELO. Mucho pierdo y mucho gano, y a los dos os guarde el cielo, y os dé tanta sucesión, que al levantar de las camas los vestidos a las amas las pongan en confusión.

(1) Así en los textos.

Un mayorazgo posea  
vuestra casa en dicha tal,  
que Capitán general  
desta República sea.

El segundo del capelo  
y púrpura sacra honrado,  
al Sumo Pontificado  
llegue con favor del cielo.

Los demás con tantas glorias  
los deje el tiempo lograr,  
que sean en tierra y mar  
más dichosos que los Orias.

Si me diera a un rey Otavio  
dél me agraviara, por Dios;  
pero dándome a los dos  
no puede llamarse agravio.

Y de mi parte quisiera  
ser prenda de tal valor,  
que se igualara a su amor  
y de algún provecho os fuera.

Mas tal cual soy, sin engaños,  
me ofrezco humilde a los dos:  
guárdeos Dios, y quiera Dios  
que os gocéis por largos años.

CAMILO. Marcelo, en el truco has sido  
tantas veces engañado  
como el que de un alto estado  
a estado humilde ha venido.

Mas cuando no merecieras  
por ti lo que en ti se ve,  
por el que tu dueño fué  
de nuestra casa lo fueras.

(En la cual podrás mandar  
como criado de Otavio.

OTAVIO. Por no sufrir ese agravio  
os dejo de visitar.

(Levántase.)

Y porque a los desposados  
no se han de ocupar las horas,  
Marcelo, casa mejoras  
y con dueños más honrados;

que tengo envidia de ti;  
sirve y mira por mi amor,  
que quedo por tu fiador.

MARCELA. Confía, Otavio, de mí,  
que poco podré, o haré  
que salgas de la fianza.

OTAVIO. Ya me anima la esperanza  
con la virtud de mi fe.

Adiós, Alejandra hermosa;  
adiós, Camilo.

ALEJANDR. El os guarde.

CAMILO. Ir quiero con vos.

OTAVIO. Es tarde;  
acompañad vuestra esposa.

(Háganse cumplimientos y éntrense todos, quedando  
allí MARCELA y DRUSILA.)

DRUSILA. ¿En fin, francés, que te quedas  
en casa?

MARCELA. En casa me quedo.

DRUSILA. Encarecerte no puedo  
cuánto me alegro.

MARCELA. Aunque puedas,  
no igualas a mi alegría.

DRUSILA. ¿De qué la tienes?

MARCELA. De verte.

DRUSILA. Mirado se han de esa suerte  
tu buena estrella y la mía.

MARCELA. Pues qué, ¿parécote bien?

DRUSILA. Dasme un dorado veneno  
con ese donaire.

MARCELA. Bueno.

DRUSILA. Y con los ojos también.

MARCELA. ¿Pues tan presto te ha rendido  
esto que llaman amor?

DRUSILA. Si es rayo amor, su furor  
no puede ser resistido.

Antiguamente miraba  
un galán a una doncella  
seis años primero que ella  
entendiese que la amaba.

Hacía justas, torneos,  
motes, versos y otras cosas,  
a todo el mundo enfadosas,  
para decir sus deseos.

Si en el campo la topaba  
y le daba alguna flor,  
aquel notable favor  
otros seis años duraba.

Concertábanse casar  
y andaban un año en puntos  
antes que durmiesen juntos,  
aunque sobrase lugar.

Por este amor se inventaron  
libros de caballerías;  
mas como ya en nuestros días  
todas las cosas llegaron

a la perfección que ves,  
y cuanto el cielo produce  
a práctica se reduce,  
como a cinco dos y tres.

Si el agua se ha de subir



a un monte, hay instrumento  
que la sube en un momento;  
si un fuerte se ha de batir,

hay un cañón que derriba  
un lienzo de una muralla;  
si uno agraviado se halla  
y es de sangre vengativa

ya no sale a desafío,  
sino diez valientes lleva,  
que primero que se mueva  
le hacen criba y dejan frío.

Si alguno ha de negociar  
por letras o armas honor,  
halla en dineros favor  
y déjase de cansar.

Si uno quicre ser discreto  
murmura a los que lo son,  
porque por murmuración  
le tengan en gran conceto.

Y así el gozar, si es que ha dado  
gusto una dama, remite  
amor, que esta ley permite  
al dinero o al agrado.

Si tú me agradas a mí,  
¿para qué te he traer  
en mirar o responder  
ni andar de aquí para allí?

MARCELA. ¿Válgate Dios por fregona,  
esclava, dama o quien eres!

DRUSILA. Ya están así las mujeres;  
si esto te enoja, perdona.

MARCELA. Antes es tan justa ley,  
que se había de mandar  
aquesto del abreviar  
por premática del Rey.

Si un hombre un negocio tiene,  
¿qué sirve que el tiempo pierda,  
si se acuerda o no se acuerda,  
si conviene o no conviene?

¿Los hombres por qué razón  
del mismo tiempo no aprenden,  
pues abrevia y no le entienden  
todas cuantas cosas son?

Respuesta un Embajador  
pidió a Pompilio Romano,  
y hizo un cerco con la mano  
a sus pies, y no mayor,

diciéndole: Sin que salgas  
de aquí me has de responder.  
ley de discreta mujer,  
entre sus leyes hidalgas,

es abreviar el sí o el no,

o no me agrada o me agrada.

DRUSILA. Si Drusila no te enfada,  
de mí te aseguro yo  
que me agradas en extremo.

MARCELA. Pues alto, dame esos brazos,  
y ate el amor con sus lazos  
esta fe.

DRUSILA. La tuya temo.  
(BRUNETO mire.)

BRUNETO. ¿Ola che cosa?

DRUSILA. ¡Ay de mí,  
Bruneto nos vió abrazar!

MARCELA. ¿Pues industria ha de faltar?

BRUNETO. ¿Que fachetc, voy cusi?

MARCELA. Dile nuevas de su tierra  
y de placer me abrazó.

BRUNETO. ¿Tu sey estato?

MARCELA. Yo  
fui soldado en cierta guerra,  
y cuando niño cautivo.

BRUNETO. Has fachato tu que sey  
cusi te trobo con ley,  
oggi non restarás vivo  
ti amazarao, farfantelo.

MARCELA. Llegá, pícaro poltrón.

BRUNETO. Ti faro mi macarrón,  
ti vollo engotir, Marcelo.

DRUSILA. Entrate y deja esta bestia,

BRUNETO. ¡Há caña, há lladra, há sasina,  
si te pillo en la cuchina  
te faro qual que molestia!

MARCELA. Si algo quiere el lacayazo  
salga fuera, y no hable aquí.

BRUNETO. Guarda, que faró.

MARCELA. ¿Tú a mí?

DRUSILA. ¡Déjale!

MARCELA. ¡Suéltame el brazo!

DRUSILA. ¡Por mí, que te lo suplico!

MARCELA. Ven, que por ti le perdono.

(Entrense ambos.)

BRUNETO. A Dio, que morto sono,  
di questa volta me impico.

Mi moro di gelosía,  
Drusila me ha posto il corno,  
amor per che, tanto escorno  
la povera vita mía.

Qui voy di me, qui te ey facho,  
che me ay posto in questo asedio  
dobe trovaró remedio,  
che per dio qui non sacho.

Donayme la vita amore,

che non poso piú patire,  
e se no mi ay di guarire,  
per che me ay rubato il core?

Perduto son infeliche  
di tanto lusinge straco;  
amor, ¿per che sey bellaco,  
como el español diche?

Ma essendo mi contrario  
rendime il cor traditore  
che si no me rind il core  
me lamentaré al vicario.

FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO

TIBALDO, <i>herrero.</i>	MARCELA.
RUFINO, <i>carnicero.</i>	LOMELÍN.
SIBERTO, <i>sapatero.</i>	JUSTINO, <i>viejo.</i>
ORLANDO, <i>librero.</i>	LEONATO.
PAULO, <i>tintorero.</i>	CÉSAR.
OTAVIO.	ÓRACIO.
ALEJANDRA.	BRUNETO.
CAMILO.	EL REY DE FRANCIA.
DRUSILA.	

TIBALDO, *herrero.*

TIBALDO. Antes perderé la vida  
que sufra que el Rey de Francia  
nuestra libertad impida,  
porque no hay bien de importancia  
con la libertad perdida.

¿Qué importa que haya nacido  
pobre, humilde y sucio herrero,  
si honestamente he vivido?;  
que ese es noble caballero  
que por las obras lo ha sido.

(RUFINO *entre.*)

RUFINO. Al Rey de Francia se da  
de Génova la nobleza;  
a tanto mal viene ya,  
que el laurel de su cabeza  
a los pies de Francia está.

Pues, Génova, aunque me ves  
un humilde carnicero,  
antes que el yugo francés  
oprima mi cuello, espero  
ver en el suyo mis pies.

(SIBERTO, *sapatero.*)

SIBERTO. ¿Vosotros sois la nobleza  
de Génova, y os llamáis

de su gobierno cabeza?  
Pues al Rey de Francia os daís,  
de hoy más seréis su bajeza.

Pueblo y oficios honrados,  
cuerpo desta gran ciudad,  
a defender obligados  
vuestra patria, armas tomad.  
¡Al arma, al arma, soldados!

(*Salgan otros oficiales juntos, los que puedan de otros oficios, todos con armas, alabardas y espadas.*)

ORLANDO. ¡Libertad, libertad!

TODOS. ¡Viva

la libertad de la patria!

TIBALDO. Ea, pueblo genovés,  
ánimo, tomad las armas,  
no sufráis el fiero yugo  
de la soberbia de Francia.  
Que si se dió la nobleza,  
hoy se convierte en infamia:  
los nobles seréis vosotros,  
pues hoy vuestra patria amada,  
libre por vuestro valor,  
su nobleza sola os llama.  
Muera la infame nobleza,  
que vender al francés trata  
nuestra libertad honrosa,  
por tantos años guardada:  
interés los ha movido  
de oficios y de privanzas.

¡Libertad, libertad!

TODOS. ¡Viva la libertad! (1)

SIBERTO. Ea, valeroso pueblo,  
que hoy habéis de ganar fama  
si traéis a la memoria  
las desventuras pasadas.  
De los Duques de Milán  
habéis sido veces tantas,  
pero tantas contra ellos  
habéis tomado las armas.  
Criad Duque entre vosotros,  
pues hay personas honradas  
de quien podéis elegir  
uno que por muchos valga.  
Echemos de aquí los nobles;  
no quede en Génova casa  
de caballero patricio

(1) Este pasaje debió de haberse escrito como  
antes,

¡Libertad, libertad!

TODOS. ¡Viva  
la libertad de la patria!

que de Génova no salga.  
 ORLANDO. Siberto aconseja bien,  
 y pues que los nobles tratan  
 de perder su libertad  
 y entregarse al Rey de Francia,  
 salgan de Génova luego;  
 ¡armas, prevenid las armas!  
 RUFINO. ¡Alto! Demos de improviso  
 en las principales casas.  
 TIBALDO. ¿Cuáles serán las primeras?  
 RUFINO. Los Fiescos primero salgan.  
 SIBERTO. Los Justinianos tras ellos,  
 Fregosos, Adernos, Hazas,  
 Espínolas, Lomelines,  
 Cataños y Pietrasantas,  
 Dorias, Grimaldos, Gentiles,  
 Cibos, aunque honor de Italia;  
 Saulis, Tomaselos, Nigros,  
 Fornaros, Fliscos, Goanas,  
 Guarcos, Montaldos y Mortas.  
 ¿Mas de qué sirve nombrallas  
 si hoy tiene Génova nobles  
 más de setecientas casas?  
 ¡Pueblo, todos salgan fuera!  
 RUFINO. Esta es la primera, aguarda.  
 ¿Quién vive aquí?  
 SIBERTO. Otavio vive,  
 que es de la casa Grimalda.  
 TIBALDO. Cerradas tiene sus puertas.  
 SIBERTO. ¡Rompeldas!  
 ORLANDO. En alto os habla.  
 (OTAVIO habla en alto.)  
 OTAVIO.  
 Honrados oficiales, pueblo amigo:  
 no derribéis las puertas desta casa,  
 que no soy de vosotros enemigo.  
 RUFINO.  
 ¿Cómo que no? ¡Derriba!  
 SIBERTO.  
 ¡Rompe!  
 TIBALDO.  
 ¡Abrasa!  
 ORLANDO.  
 Tú fuiste embajador.  
 OTAVIO.  
 ¿Qué más castigo,  
 si sabéis, ciudadanos, lo que pasa,  
 pues fuí por fuerza, y fuerza de tal suerte,  
 que todos me quisieron dar la muerte?

Vuestra intención apruebo, y que esto es  
 lo probaréis en que tendréis seguro [cierto  
 en esta casa y este pecho abierto  
 un noble amigo, un protector, un muro:  
 de no contradecir vuestro concierto  
 sobre la cruz de aquesta espada os juro;  
 dinero y armas os daré; ¿qué agravio  
 queréis hacerme?

TIBALDO.

¡Viva!

TODOS.

¡Viva Otavio!

OTAVIO.

El cielo os dé tan próspero suceso  
 como merece vuestro intento honrado.  
 ¡Oh amor de una mujer, que tenéis preso  
 un noble, en ocasión de tal cuidado!

TIBALDO.

Tú solo, Otavio, aunque parezca exceso  
 de nuestro amor haberte respetado,  
 hoy quedarás en Génova; mas mira  
 que no hables ni incites nuestra ira.

OTAVIO.

Palabra os doy de ser agradecido  
 mientras tuviere vida, ciudadanos  
 fuertes, al beneficio recibido.

RUFINO.

¿Qué gente es esa?

SIBERTO.

Son los Justinianos.

ORLANDO.

Los nobles vuestras armas han sentido.

TIBALDO.

¡A ellos, no se os vayan de las manos!

SIBERTO.

¡Mueran!

TODOS.

¡Mueran!

OTAVIO.

¡Qué bárbara fiera!

TIBALDO.

¡El pueblo viva, y muera la nobleza!

(Entrese, y dentro finjan una grito de armas y de-  
 fensa, diciendo: libertad, y otros Francia.)



(*Salgan CAMILO y ALEJANDRA.*)

ALEJANDR. Mi bien, ¿desnuda la espada?

CAMILO. Alejandra, aquí hay dos cosas tan violentas y forzosas, que la infaman envainada.

Y aun limpia parece mal, pues fuera justo manchalla en esta baja canalla, a un campo bárbaro igual.

La una, esposa, es la vida que como noble defiende, pues tan cerca estáis oyendo la libertad que apellida.

La otra, que sólo huír del vulgo desesperado es el medio que ha quedado para excusar el morir.

Escoged la que queráis.

ALEJANDR. Que viváis, Camilo mío, y que huyáis, que en Dios confío que a Génova volveréis

tan presto, que el vulgo vano pague a los nobles la injuria, porque de un pueblo la furia es tempestad de verano.

Que aunque tan precipitados van siguiendo su malicia, saldrá el sol de la justicia y esparcirá los nublados.

¡Huid, mi bien! Escondéos del agua mientras que pasa.

CAMILO. ¡Que aun no me valc mi casa!

ALEJANDR. Pero no os vais, deteneos.

CAMILO. ¡Ay, mi bien!, ¿no oís las voces?

DENTRO. ¡Mueran los nobles!

CAMILO. ¿Qué haré?

¿Por dónde me libraré de estos bárbaros feroces?

ALEJANDR. Si como estáis retratado dentro del alma, pudiera esconderos, della hiciera a vuestro cuerpo un sagrado.

Pero pensar que sería seguro, es intento ciego, porque lo parlaran luego los ojos con su alegría.

Aun así, vuestros enojos ¿cómo los puedo excusar que os entrarán a matar por las puertas de los ojos?

CAMILO. ¡Ay, esposa, aún no me dan

lugar para responderte!

Pero si el ausencia es muerte, allá matarme podrán.

(*DRUSILA entre.*)

DRUSILA. ¿Señor, qué haces aquí?

Que el vulgo, de mano armada, vicne con desnuda espada sólo a matarte.

CAMILO. ¡Ay de mí!

¡Qué prisa me da la vida, qué espacio me da el amor!

DRUSILA. Salva tu vida, señor.

ALEJANDR. ¿Quién sufrirá tu partida?

CAMILO. ¿Y quién, mi gloria, tu ausencia?

ALEJANDR. ¡Ay, cielo, que no he de verte!

CAMILO. Pienso que para la muerte tendré, mi bien, más paciencia.

¡Pluguiera al cielo, señora, que no hubiera merecido tu amor por no ver perdido tanto bien en solo un hora.

Nunca mis ojos te vieran, ni mis brazos te gozaran, ni mis deudos te obligaran, ni los tuyos me admitieran.

¡Ay!, que no acierto a partirme y en no me partir no acierto; pero si yo parto muerto, ¿qué hay de matarme a morirme?

Dame esos brazos.

ALEJANDR. ¡Ay, cielo!

(*BRUNETO entre.*)

BRUNETO. ¡O siñore de mia vita, aconchate la partita, que tuto me cupre un gelo!

Partite adeso, siñore, pillate vi qualche escuti, que vano dichendo tutti, amaza lo traditore.

Non bisoño restar qui que fachite desta sorte de clasate la consorte, misero de me.

CAMILO. ¡Ay de mí!

(*MARCELA entre.*)

MARCELA. Tu padre, señora mía, caduco y lleno de gota, de tal suerte se alborota de ver este triste día, que sólo a hablar a Camilo

se ha levantado.

CAMILO. ¡ Señor!

(JUSTINO, *viejo, entre con su báculo.*)

Señor mío, ¿no es error  
usar conmigo ese estilo?

Volveos a vuestra cama.

JUSTINO. Hijo, a rogaros que os vais  
la dejo; no os detengáis  
adonde el amor os llama.

A las voces de la vida  
volved, hijo, la cabeza:  
hoy destierran la nobleza,  
y es la vuestra conocida.

No os quedéis, pues no seréis  
noble; porque si os quedáis  
y vivís, no aseguráis  
la nobleza que tenéis.

El vulgo no ha consentido  
en que Génova se dé  
al Rey de Francia, y no sé  
la ocasión que le ha movido,  
pues en él tuviera amparo,  
y a la nobleza destierra,  
porque una violenta guerra  
¿adónde hallará reparo?

Partid, hijo; salid luego  
de la ciudad.

CAMILO. Padre mío,  
presto en el cielo confío  
pondrá templanza a su fuego.

Yo me voy: quedad con Dios,  
que os conceda larga vida.  
No lloréis, el llanto impida  
que es por mí y que lloráis vos.

No reguéis las nobles canas,  
pues no han de reverdecer.

JUSTINO. Efeto fué del placer  
de mis esperanzas vanas.

Y pues es la muerte el fruto  
y más blancas no podrá,  
de negro las teñirá,  
sacando del alma el luto.

CAMILO. Saca, Bruneto, a la puerta  
deste jardín dos caballos.

BRUNETO. Ohimé que cosa.

JUSTINO. A vasallos  
de Francia pienso que abierta  
tendrá la suya París.

BRUNETO. Siniore, parto con voy?

CAMILO. Sí, amigo.

ALEJANDR. Muriendo estoy;

en fin, mi bien, ¿que os partís?

CAMILO. Tú, Marcelo, pon a punto  
la maleta y el cojín;  
lleve camisas, que, en fin,  
son mortajas del difunto.

ALEJANDR. Yo mesma la quiero hacer.

JUSTINO. Yo quiero verte partir.

CAMILO. Si hay mayor mal que morir,  
ausencia debe de ser.

(*Todos entren; queden solos DRUSILA y BRUNETO.*)

DRUSILA. ¿Cómo no vas a sacar  
los caballos?

BRUNETO. Deh, Drusila.  
se il anima se destila  
in pianto que poso far?

Vedi que mi vado en Franza,  
sensa aver le lamparoni  
gatafura e macarroni  
sene portan mia speranza

DRUSILA. Camina.

BRUNETO. Lasame dire  
cuatro parole e non piu,  
espeta di gracia.

DRUSILA. Orsu,  
¿qué voy dir?

BRUNETO.

El mio desire.

Drusila, in questo nostro vivir piccolo  
fede in amor fu sempre reguardebole,  
ancor que parto, espeta mi amorebole,  
que il anima te resta por testicolo.

Ya temo in questo inar solo un pericolo,  
Marcelo es bel putin, e tu sey debolo,  
se tu le fay del tuo merétebole,  
yo pillo el core, e de una forza empicolo.

Cuando senza di me vendray lo estabolo,  
non te adornare el biso, non te specula,  
guarda, que si per te me porta el diabolo,  
il tuo amante perderas in secula.

DRUSILA.

Digo, Bruneto, que estaré en tu ausencia  
más firme que una roca.

BRUNETO.

¿Ohimé, que ascolto?

restate a Dio, e doname licencia  
che abrachi el bene bebederme e tolto.

DRUSILA.

Haz cuenta que te tengo en mi presencia.

BRUNETO.

Parlame italian si me voy molto.

DRUSILA.

Se tu ti parte, partite in bon hora,  
lo ben que te volliá te vollo ancora.

(*Entrense, y salgan TIBALDO, RUFINO, SIBERTO, ORLANDO y otros oficiales con las armas en las manos.*)

RUFINO. Ya queda nuestra ciudad  
libre de sus enemigos.

TIBALDO. ¡Viva nuestra patria, amigos!  
Decid todos: ¡Libertad!

TODOS. ¡Libertad!

SIBERTO. De varios modos,  
huyendo la muerte airada,  
sin osar tentar la espada,  
salen de Génova todos.

ORLANDO. Ya no queda noble en ella.  
Tan heroica hazaña ha sido,  
que ni el tiempo ni el olvido  
podrán jamás triunfar della.

Resta sólo que podáis  
conservar esta ganancia,  
porque a las armas de Francia  
si se ofrece resistáis.

TIBALDO. Ni sin piloto la nave,  
ni los libros sin maestro,  
ni la espada sin el diestro,  
ni el monte sin quien lo sabe,  
ni el verso sin natural,  
ni sin la causa el amor,  
ni el ganado sin pastor,  
ni el campo sin general,  
ni sin sol el cielo eterno,  
ni sin claridad el día,  
ni el hombre ciego sin guía,  
ni la ciudad sin gobierno.

Así que si no trazáis  
de elegir una cabeza,  
presto veréis la flaqueza  
del edificio que alzáis.

Hacelda, y tendréis un diestro,  
un piloto, lumbré y guía,  
pastor, general, sol, día,  
gobierno, amparo y maestro.

SIBERTO. Dice Tíbaldo muy bien:  
una cabeza se elija  
que nos gobierne y nos rija  
y nos castigue también.

RUFINO. Mas, ¿qué nombre le daremos?  
Duque de Génova es nombre

digno; mas ¿quién será el hombre?

TIBALDO. El más honrado busquemos.

SIBERTO. Buscad el más virtuoso,  
de más ingenio y valor.

TIBALDO. No sé quién pueda mejor  
regir este cargo honroso  
que Paulo, aquel tintorero  
que todos conocéis bien.

RUFINO. De mi voto no sé a quién  
se deba nombrar primero.  
Porque en todos los oficios  
de Génova no hay un hombre  
de tal fama.

SIBERTO. Ese se nombre,  
que tiene heroicos indicios.

Ese sabrá gobernar  
la República mejor  
que la ambición del señor.  
¡Alto! Vámosle a buscar.

ORLANDO. Quedo, que aquí tiene el tinte.

SIBERTO. No importa que esté ocupado,  
que no hay hombre más honrado  
aunque se imagine o pinte.

TIBALDO. Para meter una diosa  
en Roma buscó el Senado  
al que fuese más honrado  
de la ciudad religiosa.

Cebola dijeron que era,  
y así la diosa metió,  
y lo mismo pienso yo  
que hoy nuestra Génova espera.

Que siendo su libertad  
imagen tan estimada,  
hoy la mano más honrada  
la mete en nuestra ciudad.

Id luego por la bandera  
de San Jorge.

ORLANDO. Voy.

TIBALDO. Camiña,  
porque esta seña divina  
se le ha de dar la primera.—  
¿Quién está acá?

(*Salga PAULO, tintorero.*)

PAULO. ¿A quién buscáis,  
pueblo, en esta humilde casa?  
Que si pensáis que es de noble,  
el pensamiento os engaña.  
¿Qué queréis en mi pobreza?  
que si mostrastes las armas  
contra aquellos que las ponen  
en las vajillas de plata,



entrad, que comer quería:  
veréis dos rotas toallas  
y cuatro platos de barro,  
que para el sustento bastan.

Si buscáis a los que tienen  
en las entoldadas salas  
tapicerías flamencas,  
llenas de figuras varias,  
entrad y veréis en una  
unas mal pintadas sargas  
de la historia de Joseph,  
a quien la humildad ensalza.

Si buscáis a los que tienen  
jardines, huertas y granjas,  
con estanques, con albercas  
de cristal deshecho en agua,  
entrad y veréis que tengo  
estanques de tintas varias  
donde tiño lana y seda,  
jardines de mi ganancia.

Si buscáis a los que tienen  
los pajes y maestresalas  
de aquellos ídolos indios  
que en sillas de oro idolatran,  
entrad, veréis mi mujer,  
que con una humilde saya  
rige la pobre familia:  
dos niños y tres muchachas.

Así que yo, ciudadanos,  
o habéis errado la casa (1),  
no soy más que un tintorero  
muy pobre, a quien Paulo llaman.

No me desterréis por noble  
si no desterráis las almas,  
porque si es por noble, luego  
podéis de Génova echalla.

Que fuera de mis costumbres,  
que ni son buenas ni malas,  
no puedo negar que es noble,  
pues es de Dios semejanza.

SIBERTO. Paulo, los nobles quisieron  
sujetarse al Rey de Francia;  
hicieron Embajador,  
llevó Otavio la embajada.

El pueblo no lo consiente,  
y echó a fuerza de sus armas  
de Génova la nobleza,  
y libre y señor se halla.

No se puede gobernar,  
por ser del cielo palabra,  
sin cabeza y dividido.

PAULO. Justa razón y ley santa.

Ya que estáis en este punto,  
buscad un pecho que valga  
para ser gobierno vuestro.

RUFINO. Ya habemos dado una traza.

PAULO. ¿Y cuál es?

RUFINO. Que tú lo seas.

Ven, que Génova te aguarda.  
Hoy eres, Paulo, su Duque.

TIBALDO. Paulo, no repliques nada,  
que te costará la vida.

PAULO. Señores, una palabra:  
yo soy ignorante y rudo;  
miren, por Dios, que se engañan;  
que mal podrá una ciudad  
quien no gobierna su casa.  
Señores Génova tiene  
muchos buenos.

SIBERTO. Paulo, acaba,  
que eres el mejor de todos.

PAULO. Señores, señores...

TIBALDO. ¡Calla!

PAULO. Callaré, pues que queréis.

TIBALDO. Venga esa ropa.

PAULO. Bien basta  
mi vestido humilde.

TIBALDO. Un Duque  
de Génova, honor de Italia,  
no ha de ir con ese vestido;  
viste.

PAULO. ¿Que ponéis tal carga  
en Atlante tan humilde?

SIBERTO. Esa humildad te levanta.

PAULO. Ya estoy vestido, señores.

SIBERTO. Toma en esa mano el asta  
de la bandera famosa  
del patrón de nuestra patria.

PAULO. Jorge santo, ¿quién os puso  
en las manos de una araña,  
si dicen que vuestro nombre  
a las que lo son espanta?

¡Ah, señores! ¿No miráis  
que las naciones extrañas  
infamarán vuestro nombre?

TIBALDO. ¿Pues qué ha de ser la infamia?

PAULO. De que por estar tan vieja,  
en el tinte de mi casa  
hoy habéis dado a teñir  
la libertad de la patria;

(1) Quizá deban leerse estos dos versos así:

Así es que ya, ciudadanos,  
habéis errado la casa:

y el Duque también parece  
que es alguna cosa hurtada,  
que porque no se conozca  
la teñís por disfrazarla.

ORLANDO. Déjate de esas razones.—  
Vaya en hombros a la plaza.

*(Tómanle en hombros.)*

RUFINO. ¡Viva Paulo, nuestro Duque!

— Toca trompetas y cajas.

PAULO. Ciudadanos, plega a Dios,  
aunque no es por arrogancia  
el subir a vuestros hombros,  
que de los mismos no caiga.

TIBALDO. Vaya Vuestra Señoría.

SIBERTO. Y Vuestra Excelencia vaya.

RUFINO. Vaya, digo, Vuestra Alteza.

PAULO. Ved lo que en el mundo pasa:  
ahora granas teñía  
y ya me visto de grana.  
Piezas somos de ajedrez,  
y el loco mundo es la tabla;  
pero en la talega juntos  
peones y reyes andan.

TIBALDO. ¡Viva Paulo!

TODOS. ¡Paulo viva!

TIBALDO. ¡Plaza al Duque!

TODOS. ¡Al Duque, plaza!

*(Entrense tocando cajas y trompetas, y salga MARCELA.)*

MARCELA. Amor, si vuestro deseo  
fué el primero que inventó  
la industria, pues amo yo,  
no me falte el bien que veo.

Si vuestro pincel ha sido  
único en pintar enredos,  
pintad en lejos los miedos  
que impiden el bien que os pido.

Con Otavio se trataba  
en Francia mi casamiento;  
dijéronle al pensamiento  
que el Rey deste acuerdo estaba.

Pensó en él con tanto afeto,  
que de pensar vino a amar;  
que nace amor de pensar  
en las partes del sujeto.

Cesó el casamiento luego  
que se abrevió su partida;  
sentí acabarme la vida  
la dulzura de aquel fuego.

Y puse en ejecución  
la locura de seguille:

mudé el traje, y el serville  
fué la primera invención.

Mas como en Génova hallé  
lo que a Alejandra quería,  
y él la halló casada, el día  
que dió esperanza a mi fe  
quedé en casa de Camilo  
por su traza, a procurar  
que la pudiese gozar;  
y aunque era bueno el estío  
y Camilo es ido a Francia  
huyendo del vulgo loco,  
Alejandra estima en poco,  
con una honesta arrogancia,  
todo lo que no es su esposo.  
Pero a mí no me está bien  
declaralle su desdén;  
pues engañarle es forzoso,  
diréle que quiere hablalle  
y a la ventana saldré,  
que fingiendo que ella fué  
podrá gozarme y gozalle.

*(Entre LEONATO.)*

Leonato es éste.

LEONATO. Marcelo,  
¿qué hay de nuevo por acá?  
¿Cómo sin Camilo os va?

MARCELA. A Otavio me guarde el cielo  
y Camilo nunca vuelva.

LEONATO. Mi señor te viene a ver.

MARCELA. ¡Qué no intenta una mujer  
como una vez se resuelva!

*(OTAVIO entre.)*

OTAVIO. ¡Marcelo del alma mía,  
dame esos brazos!

MARCELA. Señor,  
bien los merece el favor  
desta tu fingida espía.

¡Bravas cosas hay allá!

OTAVIO. ¿Cómo, Marcelo, ha sentido  
la ausencia de su marido?

MARCELA. Poco o nada se le da.

OTAVIO. ¿Ha llorado?

MARCELA. De placer.

OTAVIO. No me engañes, no me animes,  
no me mates.

MARCELA. Nunca estimes...

OTAVIO. ¿Qué?

MARCELA. ...lágrimas de mujer.

OTAVIO. En fin, ¿lloró?

MARCELA. ¿Ves el viento

cómo con las plumas juega,  
o el lienzo del que navega  
por el húmedo clemento?

¿Ves el polvo cuando sube  
de un edificio caído?

¿Ves el humo reducido,  
el fuego en pesada nube?

¿Ves el rastro de la nave  
que de la orilla se aleja,  
o aquella senda que deja  
cuando va volando el ave?

¿Ves el susurro del agua  
en alguna fuente fría,  
las flores al fin del día,  
las centellas en la fragua?

¿Ves cuando el cielo sereno  
suele una nube impedir,  
o lo que sacas de oír  
contar el dinero ajeno?

¿No has visto con sol llover?  
¿No has visto espuma en el mar?  
Pues lo mismo has de pensar  
de lágrimas de mujer.

OTAVIO. ¡Ay, Marcelo, si por mí  
una fingida llorara...!  
Si ha llorado, cosa es clara  
que no se acuerda de mí.

Pérlas de aquel mar de amor,  
anegadme si sois mar,  
que ver por otro llorar  
anega el alma en dolor.

¡Ay, qué de cosas diría  
en sus brazos!

MARCELA. ¡Calla ahora;  
¿no ves que una mujer llora  
por cualquiera niñería?

Yo te juro que si fueran  
las nubes, cuando agua quieres,  
hechas de ojos de mujeres,  
que a pocos ruegos llovicran.

LEONATO. Valiera barato el pan,  
jamás hubiera mal año.

OTAVIO. Dime, y dime sin engaño,  
¿quiérense mucho? Sí harán;  
¿qué lo dudo?: está en razón,  
que son recién desposados.  
Dime, ¿a la mesa sentados,  
muéstranse mucha afición?  
¿Requíébranse? ¿Qué se dicen?  
¿Regálanse?

MARCELA. ¿No es forzoso?

LEONATO. Las preguntas de un celoso

las piedras las solenicen.

OTAVIO. Dos palomos imagino  
que los picos se regalan,  
cuales envidias igualan  
mi celoso desatino.

Dime, ¿acuéstanse temprano?  
¿Duérmense tarde?

MARCELA. Señor,  
en los secretos de amor  
ninguno toca la mano.

No me preguntes así,  
que acostados dos casados,  
basta decir acostados  
para no pasar de allí.

¿Han de tratar, por ventura,  
si baja el Turco o no baja?

OTAVIO. Celos es cosa muy baja,  
saber bajezas procura.

MARCELA. Dos que las manos se ofrecen  
y al matrimonio se llaman,  
gozaránse, si se aman;  
dormirán, si se aborrecen.

Mas déjate de pensar  
desatinos de quien ama,  
que hoy has de hablar a tu dama.

OTAVIO. ¡Ay, Dios! ¿Que hoy la puedo ha-

MARCELA. Ven esta noche a su puerta [blar?  
y canta un poco, pues sabes,  
algunas letras suaves,  
que es voz que al amor despierta.

Mira, no hay tal alcahuete  
como la música

OTAVIO. Es cierto.

MARCELA. Hará que despierte un muerto;  
por las entrañas se mete.

Un hombre rico decía,  
confiado en su presencia  
y hacienda, que en competencia  
sólo un músico temía.

Ella te quiere escuchar,  
y hablarte quiere.

OTAVIO. Marcelo,  
ya no eres mar, eres cielo.

MARCELA. Para quien de celo es mar.

OTAVIO. ¿Será temprano?

MARCELA. Y aun luego,  
que estando ausente Camilo,  
hase mudado de estilo  
y mátase presto el fuego,  
como quien camina en nave.

OTAVIO. Leonato, tú me acompaña.

MARCELA. Canta a la usanza de España,



un tono entre dulce y grave,  
y de ninguna manera  
oses tomar en la mano  
el laúd italiano,  
que la vecindad se altera.

OTAVIO. Dame otra capa y sombrero,  
Leonato; y tú por albricias,  
aunque sé que no codicias  
ni vestido ni dinero,  
toma este anillo, que vale  
mil escudos.

MARCELA. Por ser prenda  
desa mano...

OTAVIO. Nadie entienda  
en casa que Otavio sale.

(Váyase.)

LEONATO. ¡Ah, Marcelo, eso es medrar!

MARCELA. Envidias te harán morir.  
Pero habemos de partir  
lo que habemos de ganar.  
Toma esta cadena.

LEONATO. ¿Es fina?

MARCELA. Era de doña Gimena,  
mujer del Cid.

LEONATO. Será buena.  
Si la madre Celestina  
partiera así la ganancia  
no la matara Sempronio.

MARCELA. Pues no te tienta el demonio,  
que me vuelvo luego a Francia.

LEONATO. ¿Quién te la dió?

MARCELA. ¡Calla, necio!,  
que Alejandra me la dió  
para que le hablase yo  
a Otavio.

LEONATO. No tienes precio.

MARCELA. Paguen el quitar los grillos  
primero que sean jinetes,  
que es ley de los alcahuetes  
el mascar a dos carrillos.

LEONATO. Marcelito de mi vida  
y de mis ojos, seamos  
muy amigos, pues estamos  
en ésta tan abatida.

Seamos dos al mohíno  
y divididos no andemos,  
para que los dos medremos  
y él siga su desatino.

Mira que esto del servir  
es saberse aprovechar,  
porque aguardar al pagar

es aguardar al morir.

Si el que sirve no procura  
mientras sirve aprovecharse,  
después sepa que ha de hallarse  
de pies en la sepultura.

Cuando oyes decir que quedan  
ricos algunos criados  
de seis o diez mil ducados,  
¿piensas tú que los heredan?

Es que mientras han servido  
han al señor desollado,  
y está muy bien empleado  
si avaro e ingrato ha sido.

Ven acá; tú eres muchacho;  
dos vicios has de tener.

MARCELA. ¿Cuáles son?

LEONATO. Juego y mujer.

MARCELA. ¿Mujer?

LEONATO. No tengas empacho.

Vive Dios que has de ir conmigo  
a ver dos mozas, que son  
dos perlas, como la unión  
de Cleopatra.

MARCELA. Iré contigo,  
y harásme grande placer;  
que aunque tengo poca barba,  
no sé qué diablo me escarba  
en viendo alguna mujer.

LEONATO. El es un bello animal.

MARCELA. Así le llamaba Ursón.

Y dime, ¿esas mozas son  
coto o pasto general?

LEONATO. Que no, que es gente de bien.

MARCELA. Esto tengo de virtud,  
de que estimo mi salud.

LEONATO. Seguro conmigo ven.

MARCELA. Dígolo porque hay lisió  
destas de arambel y arca,  
que deja a un hombre más marca  
que le ponen a un frisón.

Y como en la facultad  
soy nuevo y voy para gallo,  
a máscaras de a caballo  
tengo poca voluntad.

LEONATO. De todo salgo fiador.

¿Eres de gordas amigo?

MARCELA. Piérdome, Dios me es testigo,  
que son estanques de amor.

Nada un hombre y halla en qué.

LEONATO. ¿Morena o blanca la quieres?

MARCELA. Lo que quieren las mujeres  
siempre de mi gusto fué.

Y pues con el solimán  
procuran tanta blancura,  
eso es lo mejor.

LEONATO. Procura  
ir esta noche galán.

MARCELA. Esta noche no puede ser (1)  
salir; mañana será.

LEONATO. La mano.

MARCELA. Aquesta la da,  
(Leonato, a aquesa mujer,  
y dile que esté por mía.

LEONATO. Otavio sale.

MARCELA. No más.

LEONATO. ¡Oh, qué mujer gozarás!

MARCELA. ¿Es suelta?

LEONATO. Es como un arpía.

(*Entrense y salgan ALEJANDRA y DRUSILA.*)

ALEJANDRA.

Mil años me parece  
que falta mi Camilo desta casa.

DRUSILA.

Así amor enloquece.

ALEJANDRA.

¡Qué poco dura el bien, qué presto pasa!  
Apenas decir puedo  
que aseguré del desposorio el miedo.

Extraña es la fortuna:  
¡qué ligera en los bienes es su rueda  
y en el mal qué importuna!

DRUSILA.

Algún consuelo de tu amor te queda.

ALEJANDRA.

De tanto bien me avisa.

DRUSILA.

El que de Eneas esperaba Elisa.

¿No dicen que lloraba  
que un pequeñuelo Eneas por consuelo  
apenas le quedaba?

Pues mira cuánto debes hoy al cielo,  
que pienso que acompañas  
de otro Camilo tierno las entrañas.

ALEJANDRA.

No son más que sospechas;  
pluguiese a Dios, por si el ausencia es larga.

(1) Verso largo. Será:

No puede esta noche ser.

DRUSILA.

¡Qué poco te aprovechas  
de tu valor!

ALEJANDRA.

Lo que te he dicho encarga  
a todos los criados.

DRUSILA.

Ya están de lo que mandas avisados.

ALEJANDRA.

Como haya anochecido  
la puerta no ha de abrirse: quede fuera  
quien no hubiera venido.

DRUSILA.

Todos acuden ya desamano.

ALEJANDRA.

¿Pusieron los candados?

DRUSILA.

Los balcones, señora, están clavados.

Del jardín la puerta  
se tapió de la forma que ordenaste.

ALEJANDRA.

Cosa no hubiera abierta  
por donde entrara el sol; pero esto baste,  
no digan que es exceso.

DRUSILA.

¿Luz no quieres tener?

ALEJANDRA.

Noche profeso.

Con velas me alumbrara  
en la mitad del día, si no viera  
que alguno murmurara,  
mientras mi sol a darme luz volviera.

DRUSILA.

A Penélope excedes.

ALEJANDRA.

Pena a lo menos ya llamarme puedes.  
Llámame a Marcelico.

DRUSILA.

El viene aquí.

ALEJANDRA.

¿Recógese la gente?

MARCELA.

Harto se lo suplico.

(*Váyase.*)

ALEJANDRA.

Di que todos se acuesten.

MARCELA.

¡Que esto intente  
una mujer tan moza!

DRUSILA.

Amor ausente en soledad se goza.

Mas dime, vida mía:  
¿cómo, pues presente estás, no quieres  
dar a mi noche día?

MARCELA.

Digo que sois graciosas las mujeres:  
¿en tal recogimiento  
no tiemblas tu amoroso pensamiento?

Vivimos ya por torno;  
están ya las cosas de otra suerte,  
nadie admite soborno,  
ni hay remedio de hablarte ni de verte:  
hay locutorio, hay rejas;  
pues si no puedo entrar, ¿de qué te quejas?

DRUSILA.

Para el ladrón de casa,  
Marcelo, ¿qué aprovechan las paredes?

MARCELA.

Tampoco amor me abrasa.  
Llama Alejandra; perdonarme puedes.

DRUSILA.

Esta noche te espero.

MARCELA.

Pues ábreme, verás lo que te quiero.

(*Entren con hábito de noche OTAVIO y LEONATO.*)

OTAVIO. Dame esa guitarra y mira  
si alguien pasa por la calle.

LEONATO. Por Dios que vas de buen talle.

OTAVIO. ¿Voy bueno?

LEONATO. El mirarte admira.

La luna con afición  
te sigue o viene delante,  
como allá en el monte Atlante  
al pastor Indimión.

OTAVIO. Luego si me abren aquí,  
¿bien seguro podré estar  
de agradar?

LEONATO. ¿Qué es agradar,  
si aquí se mueren por ti?

Para entre los dos, señor:  
una cadena le ha dado

a Marcelo.

OTAVIO. ¿Hate contado  
que le han hecho ese favor?

LEONATO. Yo te digo lo que pasa.  
Canta.

OTAVIO. Cantaré, por ver  
si espanto el mal que ha de ser  
mi muerte.

LEONATO. Llega a su casa.

OTAVIO. ¿De Orfeo qué diferencia,  
si esa piedra arraigo a mí?

LEONATO. Una cosa tierna di,  
que da la noche silencio.

OTAVIO. ¡Qué buena que era, Leonato,  
para auditorio la noche!

LEONATO. La luna en su negro coche  
se para a escucharte un rato.

No tiembles, que se entrará  
Alejandra, si está aquí.

OTAVIO. Bajóse la prima.

LEONATO. Así,  
no tiemblas más, buena está.

Si tiemblas, por Dios bendito  
que no sólo se irá ella,  
pero que aun no quede estrella  
en el celestial distrito.

Sufrirá un hombre hablador,  
un libro sin un conceto,  
un afetado discreto  
y un necio preguntador.

Una mala chirimía,  
un humilde pretendiente,  
un agua en julio caliente  
y una comedia muy fría.

Un cobarde fanfarrón,  
uno que pide prestado,  
uno que jamás lo ha dado  
y un pobre con afición.

Un vos, de quien lo era ayer,  
y aun el de quien hoy es nada;  
una mula mal domada,  
y un criado bachiller.

Una melindrosa fea,  
un mal nacido arrogante,  
una demanda en un guante  
y una humosa chimenea.

Una que pide a maitines  
para una misa atapada,  
una fregona afeitada  
y una villana en chapines.

Una fiesta, estando mal;  
un siempre hidalgo escudero,



un oficial caballero  
y un caballero oficial.

Y desde un palo hasta ciento  
el que pudiere sufrir,  
antes de cantar oír  
que tiemplan el instrumento.

OTAVIO. Y quien te sufriere a ti  
haciendo discurso igual,  
sufrirá que canten mal.  
Oye, que comienzo.

LEONATO. D1.

(Cante.)

OTAVIO. Mirando estaba a Sagunto.

LEONATO. ¡Oh, pesia tal! ¿Eso cantas?

OTAVIO. Pues dime, ¿de qué te espantas?  
¿No es grave el tono?

LEONATO. Pregunto:

¿Qué se le da a la mujer  
más discreta de esas cosas?  
Canta letras amorosas,  
que la incitan a querer.

¿No sabes destas letrillas  
de tan bailadero son  
que en el mismo corazón  
están haciendo cosquillas?

Pues ésas le di, y verás  
que de la reja se arroja.

OTAVIO. Quise pintar mi congoja.

LEONATO. Los donaires quieren más.

(Cante OTAVIO.)

OTAVIO. No me dejéis padecer,  
señora, que si tardáis,  
si no me resucitáis,  
¿qué bien me podéis hacer?

Si no queréis verme muerto,  
no lleguéis, señora, tarde,  
que apenas ya, de cobarde,  
señora, a vivir acierto.

Y pues me dejáis arder  
y en remediarme tardáis,  
si no me resucitáis,  
¿qué bien me podéis hacer?

LEONATO. Has cantado, vive Dios,  
con voz tan sonora y varia,  
que un pájaro de Canaria.

OTAVIO. Tente, no hablemos los dos.

¿Está en aquella ventana  
Alejandra?

LEONATO. No la veo.

OTAVIO. O me ha engañado el deseo,  
luz de mi esperanza vana,  
o es aquello que está allí.

LEONATO. Aquél un cántaro es  
que está al sereno.

OTAVIO. Después,  
mi bien, que tus ojos vi...

LEONATO. Señor, no la digas eso.

OTAVIO. ¿No es ella?

LEONATO. Cuento bizarro,  
que es un cántaro de barro.

OTAVIO. Mi vida, tenéisme preso.

LEONATO. ¿Señor, estás ciego?

OTAVIO. Sí;

o a lo menos abrasado.

LEONATO. Un cántaro has requebrado.

OTAVIO. No yerro en quejarme así.

Que bien puedo en este paso,  
con la licencia de amar,  
un cántaro requebrar,  
pues es agua, y yo me abraso.

LEONATO. Que no se enternezca ruego,  
y nos dé en cabeza o pies;  
mas cántalo si eso es  
socorrer con agua al fuego.

OTAVIO. Nadie sale; ¡vive Dios,  
que Marcelo me ha engañado!

LEONATO. Todo está, señor, cerrado.

OTAVIO. ¿Las dos ventanas?

LEONATO. Las dos.

OTAVIO. Tira una piedra.

LEONATO. ¿Y si doy  
en el cántaro?

OTAVIO. No importa.

LEONATO. Esta fué larga; ésta corta.

OTAVIO. ¡Ah, cielos, perdido soy!

¡Ah, puertas del alma mía,  
tened lástima de mí!

LEONATO. Señor, no hay que hacer aquí;  
vete, que esclarece el día.

OTAVIO. ¡Voime, y vive el cielo, puertas,  
que os tengo de combatir!

LEONATO. Dinero las puede abrir.

OTAVIO. Ya espero verlas abiertas.

Vamos ya, que del Oriente  
las nubes claras están.

LEONATO. Mucho pienso que podrán  
dinero y marido ausente.

(Váyanse.)

(Entren CÉSAR, ORACIO, LOMELÍN, CAMILO, acom-  
pañamiento y el REY LUDOVICO DE FRANCIA, mo-  
zo, y BRUNETO, criado de Camilo.)

REY.

¡Que tal atrevimiento hayan tenido!

LOMELÍN.

De nuestra patria misma el vulgo loco,  
famoso rey de Francia Ludovico,  
ha desterrado setecientos nobles  
porque te dimos la obediencia en Génova.

REY.

Quisiera estar, famosos caballeros,  
Lomelines, Espínolas, Adornos,  
Fregosos, Justinianos, Orias, Fiescos,  
libre de aquestas guerras, que me aprietan  
de la manera que habéis visto agora;  
mas yo os doy la palabra que acabadas  
vaya en persona con mi campo a Génova,  
y de no levantar el cerco os juro  
hasta que os ponga en vuestro antiguo estado  
y castigue del pueblo la insolencia.

CAMILO.

Señor, si por servirte como has visto  
venimos de la patria desterrados,  
duélete de nosotros.

ORACIO.

Claro Príncipe,  
ampara a quien padece por tu causa.

REY.

Digo que si me hallara, caballeros,  
libre de aquestas guerras, este día  
saliera de París y fuera a Génova.

CÉSAR.

Danos la gente, invicto descendiente  
de aquellos Reyes, a quien dió las armas  
el cielo mismo, y en París te queda.

REY.

Yo quiero ir, yo gusto de que vea  
Génova qué señor obedecía;  
en mi Corte podéis entreteneros  
mientras que puedo hacer que no se alaben  
de la desobediencia y arrogancia.

LOMELÍN.

Eres Rey Cristianísimo de Francia.

*(Entrense acompañando al REY, y queden CAMILO y  
BRUNETO.)*

CAMILO.

¡Ay, Bruneto! ¿Qué hará mi esposa bella?

BRUNETO.

Gridar al ciel qui te retorne Otavio  
alichi suoi.

CAMILO.

Estoy perdiendo el seso.

BRUNETO.

Tuti sentimo questa ladra ausencia.

CAMILO.

¿Quieres también? ¿Sabes el mal que siento?

BRUNETO.

Signore, como diche lo Petrarca:  
io amais et amo forte ancora.

CAMILO.

Los españoles en el mal consuelan;  
allá quiero, Bruneto, que te partas  
y lleves unas cartas a mi esposa,  
y le pidas dineros, que sospecho  
que caminan a espacio estos negocios.

BRUNETO.

¡O Dio, bona nova, oimé, que sento  
inflamarse el mio cor per alegreze,  
et adolichersi tutti, i sensi mei!  
¿E cuándo partiró?

CAMILO.

Luego que escriba.

BRUNETO.

Begnini chiel a tutti vi ringracio  
queste favor.

CAMILO.

¡Ay, mi Alejandra bella!

BRUNETO.

¡Ay, caro bene mío! ¡Ay, mi Drusila!  
¿Cuándo te pillara mía lengua il late  
de quella boca e labia in zucharate?

FIN DEL SEGUNDO ACTO

~~~~~

## ACTO TERCERO

## FIGURAS DEL TERCER ACTO

|                 |                       |
|-----------------|-----------------------|
| OTAVIO.         | BRUNETO.              |
| FLORIANO.       | CAMILO.               |
| LEONATO.        | PAULO.                |
| MARCELA.        | TIBALDO.              |
| REY DE FRANCIA. | SIBERTO.              |
| CÉSAR.          | JUSTINO.              |
| LOMELÍN.        | FABIO.                |
| ORACIO.         | EL ALMIRANTE DE FRAN- |
| DRUSILA.        | CIA.                  |
| ALEJANDRA.      | RUFINO.               |

(OTAVIO y FLORIANO.)

FLORIANO.

Notables cosas me refieres.

OTAVIO.

Creo

que en ninguna República del mundo han sucedido iguales.

FLORIANO.

Ya deseo

saber el fin.

OTAVIO.

Cual digo, el iracundo pueblo, precipitado a un hecho extraño, al primero igualó con el segundo.

Hecho Duque de Génova...

FLORIANO.

¡Qué engaño

de las cosas humanas! Mas espero que tarde el castigo y desengaño.

¿A quién hicieron Duque?

OTAVIO.

A un tintorero,

hombre de bien, de tal valor y aviso, que ha parecido un cónsul verdadero.

Este Paulo al principio no lo quiso; pero después que ya se vió estimado mudóse en un Torcato, y de improviso

a Génova, en efeto, ha gobernado, como pudiera Cicerón a Roma, que si a Catón no excede, le ha igualado.

Al bueno premia, al malo oprime y doma, de suerte que ha seis años que el de Francia que se le rinda en paz por medio toma.

Verdad es que otras guerras de importancia le tienen ocupado, y no ha podido castigar desta gente la arrogancia.

Pero ahora me dicen que ha salido de París con ejército famoso.

FLORIANO.

Muchas de aquestas cosas he sabido.

Pero admírame un Príncipe glorioso que no haya reducido la nobleza de Génova al primer estado honroso.

OTAVIO.

Aquí verás de un hombre la grandeza, pues contra un Rey de Francia se defiende habiéndose criado en tal baja.

Las leyces ejercita, porque entiende muchas que Baldo y Bártulo ignoraron, y en la milicia ser Cipión pretende.

Ayer cinco mil hombres alistaron.

FLORIANO.

¡Extraño tintorero!

OTAVIO.

¿Qué mayores

hazañas nuestros Césares obraron?

Ha puesto en sus pendones vencedores con un camaleón una corona:

dicen que por mudarse en las colores, que este animal imita a su persona, pues de teñir en Génova vivía.

FLORIANO.

Su entendimiento el conocerse abona.

Agatocles en alta monarquía, mostrando que era hijo de un ollero, no en platos de oro, en barro vil comía.—

Pero, dejando al Duque tintorero, yo imaginaba hallarte ya casado con Alejandra, aquel tu amor primero.

¿En qué paró tu amor?

OTAVIO.

Aún no ha parado, porque es hijo mi amor de la Fortuna, y no puede estar firme en un estado.

Y porque veas que en mujer ninguna no ha de fiarse pensamiento humano, y que traidoras son desde la cuna, en una ausencia breve, Floriano, la cruel Alejandra cuanto hermosa se casó con Camilo Justiniano.

FLORIANO.

¿Con Camilo?

OTAVIO.

Sí, amigo.

FLORIANO.

¡Extraña cosa!



¿Y está Camilo aquí?

OTAVIO.

Partióse a Francia,  
huyendo de la plebe rigurosa.  
Seguía ausente.

FLORIANO.

Ha sido de importancia.

OTAVIO.

Mas áspera y cruel me trata ahora,  
que crece con los años la arrogancia.

No se ha pasado noche que la aurora  
no me hallase a su puerta suspirando  
hasta que el sol sus blancas hebras dora.

Non e si duro cor, que lacrimando  
no se enternezca, dice el florentino  
poeta, y yo, llorando, muero amando.

No me ha quedado yerba, desatino,  
hechizo, diligencia, ni alcahuete,  
poder humano, ni favor divino.

Pero ella a todo, como el áspid, mete  
la cola en los oídos al encanto,  
y a más amor mayor rigor promete.

FLORIANO.

¿Tentástela con oro?

OTAVIO.

He dado tanto,  
que pudiera dorar los altos muros  
desta ciudad.

FLORIANO.

De su rigor me espanto.

OTAVIO.

Fuera destos hechizos y conjuros,  
tengo un paje en su casa de secreto,  
mas no enternece sus desdenes duros.

FLORIANO.

¿Alejandra es Penélope, en efeto?

OTAVIO.

Sí, pero diferénciase esta ausencia  
en el consuelo más que en el sujeto.

FLORIANO.

¿De qué suerte en consuelo diferencia?

OTAVIO.

Porque todos los años ha parido.

FLORIANO.

Mercedes a su buena diligencia.

OTAVIO.

Sin duda la visita su marido  
de cuando en cuando, y tan secretamente,  
que mis Argos celosos ha dormido,  
aunque ha días que está Camilo ausente,  
porque le hice yo poner espías.

FLORIANO.

¿Qué habrá que un hombre con amor no inten-

OTAVIO.

[te?

Durando estas ausencias y porfías,  
ha venido Alejandra a gran pobreza,  
mas no a valerse de las manos mías,  
que la virtud no estima la riqueza.

FLORIANO.

¡Valerosa matrona!

OTAVIO.

Estoy sin vida.

FLORIANO.

Honra la femenil naturaleza.

(LEONATO *entre*.)

LEONATO.

¿Qué haces desta suerte, que es venida,  
señor Otavio, la francesa gente,  
y está temblando Génova afligida?

¿No sientes el estrépito insolente  
de las máquinas, armas y soldados,  
y las voces del pueblo inobediente?

En tafetanes blancos los dorados  
lirios de Francia, descogiendo al viento  
los parches con los pífaros templados,  
marchan con tan furioso atrevimiento,  
que entrar sin resistencia el muro intentan  
y hacer en la ciudad su alojamiento.

Ya Pablo y su plebeya gente inventan  
nuevas defensas, coronando el muro,  
y su escuadrón armado representan.

Mas los soldados, que del mal futuro  
tan ciertos viven, antes que el contrario  
la soberbia ciudad entre seguro,

roban las casas con estruendo vario,  
diciendo que esto importa a la defensa  
del trigo y del sustento necesario.

OTAVIO.

¿Han hecho a Alejandra alguna ofensa?

LEONATO.

Aquí viene Marcello en busca tuya.

(MARCELA *entre.*)

MARCELA.

¡Oh ilustre Otavio!, en el remedio piensa  
de la pobre Alejandra, y restituya  
tu autoridad el recibido daño  
porque tu grande amor y esfuerzo arguya.

Los soldados del pueblo con extrañío  
furor robaron de su casa el trigo,  
haciendo abrir las puertas con engaño.

Pues si esto hace ahora el propio amigo,  
si roba el ciudadano al ciudadano,  
¿qué se puede esperar del enemigo?

Por ser casa de un noble Justiniano  
dicen que no matarnos se agradezca  
sólo al respeto de su padre anciano.

Tú, pues, porque en tu frente resplandezca  
el laurel desta hazaña, no permitas  
que lo que le amenaza le acontezca.

OTAVIO.

Marcelo, a quien adora solicitas  
los desdenes de aquella ingrata y fiera,  
y a su defensa el mismo amor incitas.

Defenderé su casa de manera  
en tanto que el temido cerco dure,  
y entre Camilo donde ahora espera,  
que todos mis amigos aventure,  
y a su puerta, las armas en las manos,  
la vida que me mata le asegure.

FLORIANO.

Es hecho heroico y obra de romanos;  
que no porque Alejandra honrada sea  
y siempre casta a tus combates vanos,  
está bien que la aborrezcas.

OTAVIO.

Nadie crea  
que no la estimo en más. Vamos, amigos,  
y mi enemiga mi defensa vea,  
que Dios manda querer los enemigos.

(Entrense.)

(*Salgan en alarde los nobles de Génova referidos,  
y otros soldados franceses, el ALMIRANTE DE FRAN-  
CIA y el REY.*)

REY. Caballeros genoveses,  
puesto que me han detenido  
las guerras con los ingleses  
y hasta ahora no he podido  
sacar mis lirios franceses,  
ya que en persona salí  
y estoy, como veis, aquí,

mi palabra doy de ser  
griego en Troya, y que han de ver  
un nuevo Aquiles en mí.

La ciudad está cercada  
por tierra y mar de tal suerte,  
que está la puerta cerrada  
para la vida, y la muerte  
ha de hallar franca la entrada.

A vuestro 'augusto valor  
Estado, casas y honor  
os reduciré de modo,  
que me habéis de hallar en todo  
más amigo que señor.

CAMILO.

Invencible Ludovico,  
descendiente generoso  
de un Carlos y de un Enrico,  
cuyo imperio noble y riego  
hagan los cielos dichoso;

tú que las flores que llevas  
por armas del cielo nuevas  
llenas de sembrar estilo  
desde la Secuana al Nilo  
y desde París a Tebas,

ya sabes que por rendirte  
de Génova la corona  
con ánimo de servirte,  
que es lo que Dios galardona  
y es excusado decirte,

seis años hemos vivido  
más de mil nobles que han sido  
por tu parte aficionados,  
de Génova desterrados  
y de nuestro patrio nido.

Ya, Príncipe generoso,  
que sobre Génova estás  
con ejército famoso,  
la palabra que nos das  
cumple a Génova piadoso.

Por hambre podrás tomalla,  
no a hierro, sangre y fuego,  
que bien puedes la canalla  
de un pueblo, de un vulgo ciego,  
con templanza castigalla.

La hambre crece, el sustento  
falta; así se rendirán.

ORACIO.

Sí, gran señor, que de intento  
de ya rendirse estarán;  
perdonad su atrevimiento.

Haced como Rey y padre,  
que aunque el castigo les cuadre,  
es patria al fin, y no es bien  
que los hijos que la ven

CÉSAR. traigan la muerte a su madre.  
Así, gallardo señor,  
sobre Roma Coriolano  
templó su madre el furor;  
haced vos como el Romano,  
y venceréis su valor.

Aunque con tanta fiera  
nos intentó desterrar,  
bien es que de su bajeza  
se deba diferenciar  
de Génova la nobleza.

LOMELÍN. Señor, poco esperaréis,  
que la hambre poco espera,  
creciendo va como veis;  
esperad, piadoso, afuera  
para que sin sangre entréis.

Que los que nos desterraron  
y seis años nos echaron  
de nuestras casas, señor,  
aunque fué grande el error,  
apenas saben que erraron.

REY. Cuando no hubiera sabido  
de Génova la nobleza  
tan antigua que ha tenido,  
de esa piadosa grandeza  
hoy la hubiera conocido.

Habláis como caballeros,  
nobles de tan gran ciudad,  
que por dos soberbios fieros  
no es justo que en la ciudad  
se ensangrienten los aceros.

Viva vuestro nombre eterno,  
al parangón del Romano,  
que yo a vuestro ruego tierno  
sufriré sol en verano,  
agua y escarcha en invierno,

tarde Génova o no tarde,  
que todo el francés alarde  
y su cólera primera  
han de aguardar a que quiera  
rendirse el vulgo cobarde.

Almirante.

ALMIRANT. Gran señor.

REY. Advertid desto a mi gente.

ALMIRANT. Mal templará su furor,  
que cuanto más oro siente  
es su codicia mayor.

CAMILO. Señor, si aquí dentro están  
mil casas nuestras, no harán  
el daño a los enemigos,  
sino a los propios amigos.

REY. Desarmados entrarán.

No tengáis pena, Camilo.  
Ese, señor, es estilo  
de cristianísimo Rey,  
que al ejecutar la ley  
no se ha de dar todo el filo.

REY. La muralla quiero ver.  
Vamos.

(Todos se van; quedan BRUNETO y CAMILO.)

CAMILO. Bruneto.

BRUNETO. Señore.

CAMILO. ¿Que entrar yo no puede ser?

BRUNETO. Questo Paulo traditore  
non lasa il muro veder.

Fuy a dar la nova filiche  
deste venuta a tua esposa,  
e quel que Paulo se diche  
con escuadra fretolosa,  
que posa intrar contradiche.

Ni anchorque, non valia il fero  
que mal cancaro li veña  
intrar per la fame espero.

CAMILO. ¿Y esa es desdicha pequeña?

¡Oh cielo, en pensarlo muero!

Por hambre habemos de entrar,  
que es la piedad más humana;  
¿pero cómo podré estar  
seguro que esta inhumana  
no pueda en mi casa entrar?

¡Ay, mi Alejandra y mi bien!

¡Ay, mis niños!

BRUNETO. Dic per Dio,  
non vi lamentar.

CAMILO. Que estén  
mis ojos haciendo un río  
y un mar el alma también,  
y que no navegue a ti  
puerto de destierro tanto;  
parece que siento aquí  
de Alejandra el tierno llanto;  
mi esposa llora, ¡ay de mí!

Mis hijos piden sustento;  
digo que sus voces siento;  
que como en el alma están  
oigo que le piden pan  
a mi propio pensamiento.

No lo debe de tener.  
¡Triste! ¿Qué tengo que hacer?  
Mira si puedo, Bruneto,  
entrar dentro.

BRUNETO. Vi prometo.

CAMILO. ¿Qué me puedes prometer?



BRUNETO. Que imposible, signore,  
in casa haverá frumento,  
non vi disfechate il core.

CAMILO. ¡Mátenme, que verla intento!

BRUNETO. ¡Non fachte questo errore!

Declasete de emprender  
la vostra esposa veder.

CAMILO. ¡Si mil picas me reciben  
hoy tengo de ver si viven  
mis hijos y mi mujer!

(Entrese.)

(Salga ALEJANDRA con DRUSILA y MARCELA.)

ALEJANDR. ¡Déjame de importunar!

DRUSILA. Señora, ¿pues qué pretendes?

ALEJANDR. Morir.

MARCELA. ¿Pues qué honor ofendes  
solamente en irle a hablar?

Yo, que te lo defendía,  
soy quien te lo ruego ahora:  
habla, o da lugar, señora,  
que te hable Otavio este día.

Que ha tres que sólo comemos  
yerbas; duélete de ti,  
o destos niños que allí  
hacen piadosos extremos.

DRUSILA. Señora, Paulo y su gente,  
a morir determinada,  
comen y no sienten nada  
de nuestra sangre inocente.

Pues no se quieren rendir,  
ríndete tú a hablar a un hombre.

ALEJANDR. ¡Ninguno a Otavio me nombre!

DRUSILA. ¿Pues qué hemos de hacer?

ALEJANDR. ¡Morir!

DRUSILA. ¿Y tu padre será bien,  
ya que tus hijos no estimas,  
que muera?

ALEJANDR. A infamias me animas.

Muera mi padre, que ya  
está caduco y es corta  
su vida; menos importa  
que mi honor.

MARCELA. ¡Qué firme está!

Con mis celos pretendí  
siempre forzar este intento,  
mas ya, con hambre que siento,  
yo misma soy contra mí.

Nadie diga que hay amor  
que podrá sufrirlo todo,  
que hay males que son de modo  
que su tormento es mayor.

¿Señora, quíeresme oír?

ALEJANDR. ¿Qué quieres?

MARCELA. Piedad no más.

ALEJANDR. Marcelo, importuno estás.

MARCELA. ¿Qué piensas hacer?

ALEJANDR. Morir.

DRUSILA. Bien te cuadró el apellido,  
Alejandra Gentil.

MARCELA. Bien,

que siendo Gentil también,  
hoy muere como ha nacido.

¿Qué más hiciera un gentil?

ALEJANDR. Antes porque soy cristiana;  
que ser a mi esposo humana  
es ánimo varonil.

DRUSILA. ¿De manera que el honor  
de un hombre es más que la vida  
de tanta gente afligida?

ALEJANDR. ¿Pues quién duda que es mayor?

No entra allí de Dios la ofensa.

DRUSILA. Por fuerza le has de ofender;  
¿no te puede Otavio ver  
sin lo que tu miedo piensa?

ALEJANDR. Bien puede, mas la ocasión  
pocos la saben dejar,  
y no me quiero fiar  
de una obstinada afición.

Diez años ha que me sigue:  
cuatro libre y seis casada;  
¿pareceos que en tal jornada  
habrá valor que le obligue?

Cuando estuviere dispuesto  
a que no me ha de forzar  
por temor, me ha de gozar  
de lo mucho que le cuesta.

En muchos no es afición  
esta importuna porfía,  
sino tema de que un día  
vengarán su corazón.

Amor es pleito, y procura  
el hombre siempre vencer;  
la parte de la mujer  
siempre es la menos segura.

Mejor lo estaré yo aquí;  
con sangre sustentaré  
mis hijos, pues sangre fué  
lo primero que les di.

(Vase.)

DRUSILA. Acabósc, no hay remedio;  
determinada se entró.

MARCELA. Yo he de persuadirla.

DRUSILA. Y yo,  
pues ya no queda otro medio.  
¿Qué habemos de hacer mañana,  
pues no sólo falta el pan,  
mas todo el sustento?

MARCELA. Están  
las plazas, Drusila hermana,  
como una playa desierta,  
adonde sólo se ven  
conchas del mar.

DRUSILA. ¿Qué desdén  
muestra, estando medio muerta!

Pésame que la obliguemos,  
Marcelo, a lo que intentamos,  
sino que todos muramos.

MARCELA. Muy buen recado tenemos.

Estoime muriendo ya,  
que apenas un paso doy.

DRUSILA. Con mil vahídos estoy.

MARCELA. Bien será; vamos allá,  
que la porfía alcanzó  
más que el dinero y la espada.

DRUSILA. Una piedra importunada  
dicen que una vez habló.

MARCELA. El seso tengo adormido.

DRUSILA. Yo estoy loca.

MARCELA. Yo sin mí.

DRUSILA. ¡Ay, que me caigo!

MARCELA. ¡Ay de mí,  
que ya no tengo sentido!

(*Entrense, y salga el DUQUE PAULO.*)

TIBALDO.

Tiene, Duque de Génova famoso,  
por la parte del mar treinta galeras  
el Rey de Francia.

PAULO.

¿Luego no es posible  
meter sustento en la ciudad ninguno?.

SIBERTO.

Vuestra Excelencia advierta que la gente  
que importa sustentar son los soldados:  
éstos, que asisten siempre a la defensa,  
es justo que no pasen hambre tanta;  
que los niños, los viejos y mujeres  
mejor podrán pasarse adondequiera  
que la suerte los puso.

PAULO.

¿No se buscan  
las casas donde haber trigo sospechan?

TIBALDO.

Es tan poco, señor, lo que se halla,  
la hambre tanta, el miedo y las confusas  
voces, que apenas, si se junta el pueblo,  
pondrás a cada uno entre los labios  
con que se queja un grano solamente.  
La casa de Camilo se ha robado,  
la de César, Adorno y la de Fabio  
Fregoso, la de Julio Lomelino,  
la de Bautista Espínola y la rica  
de Juanetín, de Fiesco, la de Antonio  
de Oria, y para dos días no han tenido.

PAULO.

Aunque Otavio Grimaldo nos ha hecho  
siempre amistad y socorrido, ahora  
no sé si será bien darle un asalto.

SIBERTO.

Otavio, que es discreto, ha prevenido  
de manera ese miedo, que en su casa,  
que como sabes es tan fuerte en Génova,  
ha puesto la defensa necesaria:  
tiene dentro cien hombres, y cerradas  
las puertas con un fuerte terraplano,  
y si salen algunos no se sabe  
con qué secreta puerta ni por dónde;  
si asoman los soldados con ballestas,  
con fuegos los desvían, de tal suerte,  
que apenas para un hombre en treinta calles.

PAULO.

¿Qué cuerdo ha sido siempre este mancebo!

TIBALDO.

Para que veas que nos ha engañado,  
sabe que ha puesto en las ventanas todas  
banderas blancas con doradas lises  
en escudos azules, y que hace  
que digan en su casa “¡Francia! ¡Francia!”,  
y cada vez que toquen las trompetas.

PAULO.

¿Qué astucia que ha tenido en conservarse  
entre sus enemigos!; mas no importa;  
búsquese en otras casas el sustento,  
que no me pienso dar sino es echándome,  
como el mancebo de Numancia, al foso.

SIBERTO.

De Fabricio Gentil es esta casa.

PAULO.

¿Es noble?

SIBERTO.

¿No lo ves?

PAULO.

Pues luego a él  
se busque el trigo, que éste es enemigo.

TIBALDO.

¡Rompe!

PAULO.

¡Derriba!

TODOS.

¡Trigo! ¡Trigo! ¡Trigo!

*(Váyanse, y entre ALEJANDRA con un báculo sosteniéndose.)*

ALEJANDR. Honor, que sois en el mundo  
cosa de tanto valor,  
que sois vos primero, honor,  
y es el vivir el segundo.

¿Cómo os fundáis en bajezas  
que conservan el vivir,  
que es lo mismo que decir  
que os fundáis en las riquezas?

Vos por vos, no valéis nada,  
que estáis en tela, en brocados,  
en vajillas, en estrados  
en oro y plata labrada.

En el huerto, en el jardín,  
en mesas, en regalados  
platos, en muchos criados  
y en coches, bestias, en fin.

Veis aquí qué sois, honor,  
y en lo que siempre os fundáis,  
que en esto diferenciáis  
al oficial del señor.

¿Pues quién ahora os dijera  
que estáis con hambre, que es cosa  
baja, humilde y afrentosa?  
¡Mirad qué crueldad tan fiera!

A mí no me habéis vencido,  
pero habéisme ya obligado  
a entregarme a un hombre airado,  
de mi desdén ofendido.

Que puede ser que una vez  
puesta en su casa, y tan fuerte,  
me goce o me dé la muerte,  
pues sólo el cielo es juez.

¿Pero cómo digo tal?  
¡Cielos, morir es mejor  
que no quitar el honor  
a un hombre tan principal!

¡Ay, Camilo, esposo mío,  
qué caro me has de costar!

*(Entre DRUSILA con un niño en los brazos.)*

DRUSILA. ¿Señora, en qué ha de parar  
tu locura y desvarío?

Mira este niño, que ya  
de hambre y flaqueza expira:  
sus ojos difuntos mira;  
ya pienso que muerto está.

Mira su cárdena boca;  
duélete desta alma tierna,  
donde apenas ya gobierna  
y casi en los labios toca.

Enciéndele con tu lumbre  
en el humo que le queda.

ALEJANDR. ¡Triste de mí!, ¿que yo pueda  
sufrir tanta pesadumbre?

Bien soy Gentil; que me cuadre  
el nombre es puesto en razón,  
porque éste no es corazón  
ni son entrañas de madre.

Dádmelo acá. Julio mío,  
¿vivís?

DRUSILA. No responde ya.

ALEJANDR. Sangre el alma le dará;  
mi aliento vital le envío.

*(Entre MARCELA con otro niño.)*

MARCELA. Si tienes de bronce el pecho  
y las entrañas de jaspe;  
si te ha dado el Arimaspe  
ese mármol, de que es hecho;  
si eres tigre, mas no eres,  
que más los hijos quisieras;  
si eres mujer o si fueras  
como todas las mujeres,  
sufre el ver volar al cielo  
este ángel.

ALEJANDR. ¡Otro dolor!

Hijos, mi cruel honor  
os pone en tal desconsuelo.

Muera yo primero aquí,  
pues a lo menos diré  
que entre dos ángeles fué  
y que venistes por mí.

¡Tristes niños, que debéis  
a lo que llaman honor!  
un hombre me tiene amor,  
aunque esto no lo entendéis.

Es rico, y sólo en su casa  
tiene pan, tiene sustento



en este grave tormento  
que nuestra Génova pasa.

¿Qué haré? ¿Qué me aconsejáis?

DRUSILA. Tu padre, señora, viene.

(Entre JUSTINO.)

JUSTINO. Amor, hijos, que me tiene  
a morir adonde estáis,  
me trae arrimado así,  
que es el báculo mayor,  
y a quejarme del furor  
que has usado contra ti.

Todo, Alejandra, lo sé,  
que hablar a todos he oído  
de que Otavio te ha querido  
y a Camilo guardas fe.

No hay que negar, esto es cierto,  
y sé que por no llegar  
a hablarle, quieres dejar  
tus hijos y un padre muerto.

Mira; no te digo yo  
que ofendas a Dios con él,  
ni que seas tan cruel  
a quien de ti se fió;

mas que como buena mueras  
y parezcas a tu madre,  
que no fuera yo buen padre  
si otra palabra me oyeras.

Mas ha de ser de una suerte  
que para que vida des  
a tres hijos, que estos tres  
has de librar de la muerte,  
que no lo hago por mí,  
que ya estoy muerto y me pesa  
de vivir, vayas apriesa  
a Otavio, y pídele allí

que por el amor pasado  
tu pobre casa sustente,  
y cuando gozarte intente  
lleva este puñal guardado,  
que éste guardaba yo triste,  
sin saber por qué ocasión,  
y pásate el corazón,  
en que tu valor consiste.

El te dará sepultura  
y a tus hijos de comer,  
sin que llegues a ofender  
tu castidad noble y pura.

Este es honrado consejo,  
no hay otro que aquí te cuadre.

ALEJANDR. Cuando no fuera de padre,  
bastara, señor, de viejo.

A cuatro niños diré  
que doy la vida por Dios,  
que ya estáis tan viejo vos  
que con los tres os pondré.  
Dadme el puñal.

JUSTINO. Dios te guíe.

ALEJANDR. Lleva estos niños allá,  
y si acaso entrare acá,  
di a Camilo que los críe;  
que por guardalle sus prendas  
y partes del corazón  
voy a morir.

MARCELA. Con razón  
que los guarde le encomiendas,  
pues son hijos de tal madre.

JUSTINO. Nietos, esforzad el miedo,  
que yo viviré, si puedo,  
hasta que entre vuestro padre.  
Colgaos en mí mientras sepa  
que llega y su voz oímos,  
que en efecto sois racimos  
de aquesta arrugada cepa.

(Entrense, y salgan OTAVIO, LEONATO y FLORIANO.)

FLORIANO.

Admirados están de que hayas puesto  
tantas banderas blancas en las rejas  
con las armas de Francia.

OTAVIO.

Estoy dispuesto  
a despreciar sus armas y sus quejas:  
espero en Dios que se le rindan presto  
al Rey francés.

LEONATO.

Lo cierto te aconsejas,  
no piense el Rey que de su parte estabas  
y que de la nobleza te olvidabas.

FLORIANO.

Mal lo has hecho en no ir en tantos años  
a París una vez sola siquiera.

OTAVIO.

Hízome aqueste amor tantos engaños,  
que cuando me acordara, no pudiera  
la verde primavera de mis años  
ser Alejandra; mi afición primera  
la tenía de gozalla; lo perdido  
me sepultaron en profundo olvido.

Cuanto más era, Floriano amigo,  
la resistencia y la desconfianza,  
tanto más el amor, fiero enemigo,

aumentaba la tema y la esperanza.  
Alejandra nació por mi castigo,  
y es lo peor que no hay pensar mudanza,  
porque al paso cruel que me aborrece  
crece el deseo y la esperanza crece.

FLORIANO.

¡Espantosa mujer!

OTAVIO.

¿Qué bronce hubiera  
que no se enterneciera y ablandara?  
¿Qué Libia llena de áspides me oyera  
que su veneno en flores no trocara?  
¿Qué piedra dura no volviera en cera?  
No sólo el llanto que bañó mi cara,  
mas la copia del oro despendido.

FLORIANO.

¡Qué tanto amor se pague con olvido!

OTAVIO.

¡Ay, Floriano, tengo un gran consuelo!

FLORIANO.

Holgaré de saberle.

OTAVIO.

Que mi muerte  
se acerca.

FLORIANO.

Eso es mal dicho; guarde el cielo  
tu vida.

OTAVIO.

¿Para qué, en dolor tan fuerte?  
Pues muerto han de llevarme, y en el suelo  
de sus umbrales, que esta fué mi suerte,  
me han de enterrar, y pisenme siquiera  
muerto los blancos pies de aquella fiera.

FLORIANO.

Calla, que eso es locura.

OTAVIO.

Di, Leonato,  
¿cómo la podré ver?

LEONATO.

Es imposible;  
por ahora contéplala en retrato,  
que muestran contra ti furor terrible.

OTAVIO.

¿Morirme sin verla?

FLORIANO.

¡Oh pecho ingrato!  
¡Que no te corresponda!

OTAVIO.

No es posible.

(FABIO, criado, entre.)

FABIO.

Señor, una mujer tu nombre llama  
desde la calle.

OTAVIO.

¿Quién?

FABIO.

¡Y hermosa dama!

Dice que abrir la mandes, que te importa.

OTAVIO.

¿Mujer? Mira quién es, y si es segura  
abre, Leonato, y a la guarda exhorta  
miren no haya traición.

LEONATO.

Nueva aventura.

(Váyanse los dos.)

OTAVIO.

Así los años de mi vida corta,  
esta sierpe cruel, esta perjura,  
así me trata, al cabo de diez años.

FLORIANO.

Amores son por todo extremo extraños.  
¿Qué dieras por gozarla?

OTAVIO.

Si tuviera  
cuanto desde la China hasta Quivira,  
y desde el Sanderson a la ribera  
del mar de Magallanes el sol mira;  
si todo el oro que en su roja esfera  
puede criar con el calor que espira;  
si cuantas perlas hay en caracoles,  
de nácares de varios tornasoles;  
si cuantas piedras ricas en distintos  
minerales, diversas en linaje:  
zafiros, esmeraldas y jacintos,  
crisólitos, diamantes y balajes;  
rubíes, entre grana y sangre tintos;  
girasoles en varios maridajes,  
y en templos, en coronas y en palacios  
carbuncos, amatistas y topacios;  
si cuantas armas, cetros y coronas;  
si cuantos libros, ciencias, años, vidas

están en tantas tierras, y personas  
viera a sólo mi gusto reducidas;  
si, en fin, cuanto se encierra en cinco zonas  
tuviera en mi poder, lo diera ahora  
porque gozara de Alejandra un hora.

(*Entren LEONATO y ALEJANDRA.*)

LEONATO. Señor, Alejandra es  
la dama que viene a verte.

OTAVIO. ¿Qué me dices?

LEONATO. Lo que ves.

OTAVIO. ¡Alejandra, y desta suerte!  
¡Déjame echar a sus pies!

¡Señora del alma mía,  
¿cómo venís deste modo?  
¿No habláis?

FLORIANO. ¡Qué mortal y fría!

OTAVIO. Presto una silla, que todo  
no ha de gozarse en un día.  
¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?  
Mudado traéis el gesto.  
¿Vos en mi casa y así?  
¡Lloved vidas, cielo, aquí,  
para que vuelva más presto!  
¡Ángel! ¡Luz del alma! ¡Hermi-  
¡Mi bien! [na!

ALEJANDR. Otavio.

OTAVIO. Señora.

ALEJANDR. Aquí estoy, humilde y llana  
a tu gusto.

OTAVIO. ¿Por qué ahora?  
¿Si es fantasma o sombra vana?  
Tiéntala tú, Floriano.  
Toca, Leonato, esta mano.

FLORIANO. Que es Alejandra no hay duda.

ALEJANDR. El tiempo todo lo muda.

OTAVIO. ¡Oh, qué favor soberano!  
¿Que conociste mi amor?

ALEJANDR. Siempre yo le conocí,  
y le agradecí mejor;  
la que no tengo no os di,  
porque era ajeno mi honor.

OTAVIO. ¿Pues qué es lo que os trujo aquí?

ALEJANDR. La hambre de la ciudad,  
tres hijos y un padre.

OTAVIO. Así  
¿qué hemos de hacer, voluntad?  
Hablad, pues reináis en mí.  
Gózala. ¿Y si se defiende?  
Fuérzala. ¿Qué haré, razón?  
Tu sangre, tu fama extiende  
en tan honrosa ocasión,

pues darte el laurel pretende.

¿Deseo, qué haré? Gozalla.

¿Razón, qué decís? Dejalla.

¿Amor, dejaréla? No,  
que quien la ocasión perdió  
nunca más vuelve a cobralla.

¿Nobleza, qué hemos de hacer?  
Eternizad vuestro nombre,  
porque aunque está en tu poder,  
sólo arrepentirse el hombre  
queda después del placer.

Pues deleite, ¿qué decís?  
Que al cabo de tantos años  
mal hacéis si despedís,  
por vanidades y engaños,  
la gloria que recibís.

¿Qué decís, noble piedad?  
Que es honra y no vanidad,  
y que es justa obligación,  
pues en lugar de afición  
la trujo necesidad.

¿Pues, cómo? ¿Lo que he seguido  
diez años he de perder?

¿No basta el tiempo perdido?  
¿Mas deleite ha de vencer  
a un hombre tan bien nacido?

¡Eso no! Cese el furor.  
Sentencialdo vos, honor;  
ciega voluntad, miraldo.  
Viva el nombre de Grimaldo  
y muera mi loco amor,  
ya que yela quien me abrasa  
y vive el que fué difunto,  
que en fin lo que llega pasa.—  
Leonato.

LEONATO. Señor.

OTAVIO. Al punto  
lleva esta dama a su casa.

LEONATO. Dale de comer aquí.

OTAVIO. Eso no, que es mal intento:  
no me he de fiar de mí;  
no mudemos pensamiento,  
que anda el deleite tras mí.  
Llévala.

LEONATO. ¿Pues cómo irá?

OTAVIO. En una silla de manos,  
que Floriano irá allá  
y a niños, mozos y ancianos  
sustento les llevará.

LEONATO. Háblala.

OTAVIO. No la he de ver.

LEONATO. ¿Qué importa?



OTAVIO. No puede ser  
que mudemos de consejo;  
si la tengo por espejo  
y volviese a verme arder...  
Vaya luego.

LEONATO. Mi señora,  
ya lo que os han de llevar  
se queda trazando ahora;  
a casa podéis tornar.

ALEJANDR. Con razón Génova adora  
a Otavio. ¿Podré, Leonato,  
besar de Otavio los pies?

LEONATO. ¡No hay tratar deso!

ALEJANDR. ¡Oh retrato  
de Cipión Cartaginés,  
no te sea el tiempo ingrato!  
Que yo con mi voluntad  
jamás lo seré a la tuya,  
pues de tanta honestidad  
quieres que Génova arguya  
tu nobleza y tu piedad.

(Váyase ALEJANDRA.)

OTAVIO. ¿Fuése?

FLORIANO. Otavio, se fué.

OTAVIO. ¿Qué te parece?

FLORIANO. No sé.  
Italia, Francia y España  
celebren tan alta hazaña.

OTAVIO. ¿Esta es hazaña? ¿Por qué?

FLORIANO. ¿Pues no es cosa nunca vista  
que un hombre tras tantos años  
su propio gusto resista,  
y que a pesar de sus daños  
de su apetito desista?

OTAVIO. No; si es noble, noble soy;  
lo que tengo al tiempo doy:  
esto heredé y esto he hecho.

FLORIANO. De tu magnánimo pecho  
admirado, Otavio, estoy.

OTAVIO. Si la he tenido afición  
la quiero con más ternera,  
pues en esta confusión  
para mostrar mi nobleza  
me ha dado tanta ocasión.  
Vamos; llevarás sustento  
a su casa, Floriano.

FLORIANO. Yo no digo lo que siento,  
que al mayor ingenio humano  
le falta encarecimiento.  
Si Génova no te adora  
mucho su valor desdora.

Guarden los cielos tu vida.

OTAVIO. ¡Ay, Alejandra querida,  
mucho más te quiero ahora!

(Vanse; salgan JUSTINO, el viejo, ALEJANDRA y DRUSILA y MARCELA.)

DRUSILA. ¿Tan presto, señora mía,  
y tan alegre y contenta?

JUSTINO. Nunca fué señal de afrenta,  
mi Alejandra, el alegría.  
¿Qué ha sucedido?

ALEJANDR. A sus pies  
os podéis todos echar.  
¡Oh Genovés singular!  
¡Oh Liberal Genovés!  
Apenas oyó decir  
mi necesidad, señor,  
cuando su noble valor,  
que pudo a amor resistir,  
sin mirar un punto más  
me mandó a casa volver.

JUSTINO. ¿Qué pudo Alejandro hacer  
con Dario? Desde hoy estás,  
y está Camilo, y estoy  
obligados a ese nuevo  
Cipión; logra, mancebo,  
tus años; tu esclavo soy.  
¿Hay tal nobleza, hay tal virtud,  
que como ésta pueda ser?

DRUSILA. Sí; pero esto del comer  
¿no importa ya a la salud?  
¿No te trujeras acá  
siquiera en las manos algo?

MARCELA. ¡Ay, Otavio! ¡Ay, pecho hidalgo,  
gracias el alma te da!  
Por el bien que en no gozalla  
me has hecho, morir temía,  
que por vivir me atrevía  
sin tormento a aconsejalla.  
Si te quería, te quiero;  
si te adoraba, te adoro.

FLORIANO. Con el debido decoro  
y la acogida que espero,  
osé entrar en vuestra casa  
con un recaudo de Otavio.

JUSTINO. No hacéis a la casa agravio,  
que su antiguo nombre pasa  
a la de quien vos venís:  
ya no es Gentil, es Grimalda,  
pues con tan noble guirnalda  
de castidad la cubrís.

FLORIANO. Otavio, Alejandra hermosa,

veinte acémilas cargadas  
os envía aeompañadas  
de una escuadra belicosa  
con cien mil ducados de oro  
en escudos y otras piezas.

JUSTINO. ¡Hija, qué extrañas grandezas!  
Alegres lágrimas lloro.

FLORIANO. Mil hanegas traigo en trigo  
y veinte hanegas de pan  
cocido.

DRUSILA. Aún no bastaran.

MARCELA. ¿Eso dices?

DRUSILA. Eso digo.

MARCELA. ¡Calla, necia, que estás loca!

DRUSILA. No lo tengas por antojos,  
que comen muelo los ojos  
y primero que la boea.

FLORIANO. Traigo conservas, gallinas,  
pavos, perdices, capones,  
frutas, conejos, jamones,  
ánades, carnes, cecinas  
y aceitunas españolas.

JUSTINO. Hijos, a comer, no hay más.

ALEJANDR. Tú el maestresala serás.

LEONATO. ¿Tardaréis?

MARCELA. Diez horas solas.

(*Entrense.*)

(*Salgan el REY, los nobles, soldados y el ALMIRANTE.*)

ALMIRANTE.

Tu Majestad advierta que se acaba  
con hambre la ciudad: no lo consienta.

CAMILO.

Señor, si te pedimos piadosos  
que no la entrases con asalto entonces,  
ahora lo contrario te pedimos,  
porque dicen que cubren ya las calles  
los muertos de la hambre, y esta furia  
¿cómo puede igualarse con la espada?

REY.

Tampoco imaginéis, nobles, que Génova  
se podrá resistir: aeometelda,  
que con la hambre no las puertas solas,  
mas se caerán de sí los muros mismos.

CAMILO.

Manda tocar al arma.

REY.

Al arma toca.

CAMILO.

La fuerza es mucha y la defensa poca.

(*Tocan el arma y acometan.*)

(*Salgan huyendo TIBALDO, SIBERTO, RUFINO, PAULO  
y otros las armas desnudas.*)

PAULO.

Ya no queda remedio, el Rey ha entrado.

SIBERTO.

Abriéronle las puertas los cobardes,  
que les faltó valor para la muerte.

RUFINO.

¿Qué haremos, que el huír es imposible?

TIBALDO.

Pedir perdón al Rey.

SIBERTO.

¿De qué manera?

TIBALDO.

Llevándole una joya que le aplaque.

RUFINO.

¿Qué joya puede haber que le contente?

PAULO.

¿Queréisle dar el plato de esmeraldas  
que dió a los ginoveses Balduino,  
rey de Jerusalén, cuando ganaron  
a Tiro en Asia?

TIBALDO.

Aunque esa es gran reliquia,  
porque el Cordero el Jueves de la Cena  
estuvo en él, pudiera contentarle,  
otra queremos dalle que no es santa.

PAULO.

¿Pues cuál tenéis?

TIBALDO.

Del Duque la cabeza.

PAULO.

¿Cuál Duque?

TIBALDO.

Tú.

PAULO.

¿Pues cómo? ¿No me estaba  
seguro yo en mi tinte, ciudadanos,  
cuando contra mi gusto me elegistes  
por gobierno de Génova, por Duque,  
y de ropas de púrpura adornastes?

TIBALDO.

¡Acaba ya!

PAULO.

Tened la furia fiera.

SIBERTO.

¡Matad el tintorero!

TIBALDO.

¡Muera!

RUFINO.

¡Muera!

*(Desnuden las armas todos y salgan con el REY.)*

CAMILO. Aquí está Paulo, señores.

TIBALDO. Preso aquí te lo entregamos.

REY. ¿No diréis "todos estamos",  
pues todos fuistes traidores?

TIBALDO. Queremos darle la muerte  
porque contra ti se alzó.

PAULO. Señor, culpado soy yo,  
pero mi disculpa advierte.

Era un pobre tintorero,  
vinieron de mano armada,  
no pude a la furia airada  
resistir de un vulgo fiero.

Si los goberné en tu ausencia,  
mal aquí me dan castigo.

REY. Tiempo has tenido, amigo,  
de reparar la violencia.

A Paulo y a los demás  
cortad luego las cabezas.

PAULO. ¡Oh ambición, cuando tropiezas,  
siempre con la muerte das!

*(Entre OTAVIO.)*

OTAVIO. Deme Tu Alteza los pies.

REY. ¿Quién es?

CAMILO. Otavio, señor,  
el que fué tu embajador  
de parte del Genovés.

REY. Seas bien venido, Otavio.

ALMIRANT. Antes será mal venido,  
porque dél he recebido,  
Rey invito, un grande agravio.

REY. ¿Cómo?

ALMIRANT. Trájome robada  
mi sobrina.

OTAVIO. Señor,  
si lo ha hecho algún traidor  
de envidia de la embajada,  
o porque en Génova he estado  
mientras otros en París,  
pues por General venís,  
haced como el Rey soldado  
y otorgadme el desafío.

*(Entren MARCELA, DRUSILA y ALEJANDRA.)*

MARCELA. Llegas, que aquí está, señora.

ALEJANDR. ¡Esposo que el alma adora!

CAMILO. ¡Mi Alejandra!

ALEJANDR. ¡Señor mío!

REY. ¿Qué es esto?

CAMILO. Mi esposa es.

BRUNETO. ¡Drusila!

DRUSILA. ¡Bruneto!

BRUNETO. ¡Ah, ladra,  
como estay bela e legrada!

ALEJANDR. Dadme, señor, vuestros pies.

REY. Alejandra, a tiempo cstoy,  
que pagaré lo que debo  
a vuestro esposo.

ALEJANDR. No es nuevo  
en vos; vuestra esclava soy.

CAMILO. Señor Almirante, Otavio  
es mi amigo, y a los dos  
salga otro francés con vos;  
deficndo el propuesto agravio,  
que yo sé que os engañáis.

OTAVIO. No vi en mi vida, Camilo,  
a su sobrina.

ALMIRANT. ¡Qué estilo  
tan lleno de engaño usáis!

MARCELA. Aquí debo de entrar yo.  
Señor, él no está culpado,  
porque la llevó un soldado  
y el hábito la mudó.

ALMIRANT. ¿Qué soldado?

MARCELA. Yo.

ALMIRANT. ¡Traidor!  
¡Prendelde!

MARCELA. Yo soy Marcela.

ALMIRANT. ¡Sobrina!

OTAVIO. ¡Extraña cautela!

REY. ¡Mirad lo que puede amor!

Otavio, hacedme placer,  
pues que indiciado estáis,  
que su honor satisfagáis.

OTAVIO. Recíbola por mujer.

ALEJANDR. Y yo el parabién os doy.

DRUSILA. ¿Era mujer?

BRUNETO. ¿No lo vedi?

DRUSILA. ¡Ay de mí!

BRUNETO. Tu ingano credi.

DRUSILA. Bruneto, tu mujer soy.

CAMILO. A besar vienen tus pies  
los nobles y el Magistrado.  
Aquí se acaba, Senado,  
el *Liberal Genovés*.

FIN DE LA COMEDIA DEL LIBERAL GENOVÉS.



# GUERRAS DE AMOR Y DE HONOR

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY DON FERNANDO.  
DON NUÑO.  
DON LOPE DE HARO.  
MARTÍN ALFONSO.  
PALOMINO, gracioso.

Un ALFÉREZ.  
DOÑA ALDONZA, dama.  
ZARO, rey de Archidona.  
YASIMÍN.  
ZULEMA.

CELINDA, moros.  
VEGA, LORCA.  
Soldados y gente de acompañamiento.

### JORNADA PRIMERA

(Tocan cajas y clarines y dice un ALFÉREZ en el muro:)

ALFÉREZ. Jaén por Fernando, rey  
de Castilla y de León.

DENTRO. Dios le dé la posesión  
por defensor de su ley.

(Vuelven a tocar, y van saliendo todos los soldados  
bizarramente vestidos, y luego DON LOPE DE HARO  
y el REY DON FERNANDO, con bastón.

D. LOPE. Con tal gloria bien pudiera  
Vuestra Alteza descansar,  
viendo al aire tremolar  
su católica bandera  
en los muros de Jaén,  
después de cerco tan largo.

REY. Tenemos oficio y cargo  
que quiere mirarse bien.

Y como en el conservar  
está el bien de la conquista,  
mejor es que un Rey asista  
a regir que a descansar.

No quería que se hiciese  
daño ninguno a los moros,  
ni que por muchos tesoros  
mi palabra se rompiese.

Téngase en esto cuidado.

(Tocan una caja.)

D. LOPE. ¿Qué caja de guerra es ésta?

D. NUÑO. Martín Alfonso ha llegado.

(Sale MARTÍN ALFONSO y PALOMINO, a lo soldado.)

M. ALFON. Yo llego a buena ocasión.

PALOMINO. ¿Qué mejor que buenas nuevas?

M. ALFON. Temprano ha salido el sol;  
deme los pies Vuestra Alteza.

REY. Mejor merecen los brazos  
los caballeros que vienen  
de servir su Rey.

D. LOPE. Señor,  
días ha que en estas guerras  
os sirve Martín Alfonso,  
y muestra bien que fué en ellas  
hijo del Adelantado  
de Andalucía, que hoy tiemblan  
hasta Granada los moros.  
Dióle por muchas empresas  
Córdoba su mismo nombre,  
que Martín Alfonso hereda  
con el valor de su padre.  
He querido daros cuenta  
desto, porque la tengáis  
de sus servicios.

REY. Quisiera  
tener, don Lope de Haro,  
con qué honrarle.

D. LOPE. Tiempo queda  
para que le hagáis merced,  
que os juro que la braveza  
del valor desde mancebo

cuando talamos la Vega  
me causó grande afición.  
REY. De que a vos os lo parezca  
estoy yo maravillado.

D. LOPE. Como un Aquiles pelea.

D. NUÑO. Lo que quiere encarecer  
don Lope, hasta las estrellas  
lo levanta.

D. LOPE. Siendo justo  
no es mucho que lo parezca.

REY. ¿De dónde venís, Martín?

D. LOPE. Mira qué te habla Su Alteza.

M. ALFON. Agora os diré, señor,  
de mi venida las nuevas.

Estando ausente el conde valeroso  
Alvar Pérez de Castro, a quien corona  
Castilla con el árbol vitorioso  
que ciñe los cristales de Elicona,  
con africano ejército orgulloso  
cercó Benhalamar, rey de Archidona,  
la gran Peña de Martos, cierta empresa,  
pues sólo estaba en ella la Condesa.

Cual suele el sol cuando su rostro enseña  
con la primera luz mirar los prados,  
vestidos de la blanca flor de alheña,  
de los lirios azules y dorados,  
así doña Ana desde la alta Peña  
miró los verdes valles, esmaltados  
de los moros vestidos de colores,  
de tan hermoso sol indignas flores.

De las nobles doncellas que tenía,  
coronando de acero los cabellos,  
los muros guarneció, que pretendía  
del Moro hasta la muerte defendellos.  
No fué vana en la industria la osadía,  
pues viéndolas el Rey alarbc en ellos  
presumo que no osaba acometellas,  
como adora la luna y las estrellas.

A los gigantes, finalmente, iguales,  
los moros, gran señor, porque te asombres,  
combatiendo las orbes celestiales,  
pensaron adquirir famosos nombres;  
mas como las mujeres principales  
en el valor compitan con los hombres,  
con flechas les ganaron mil despojos,  
que a ser más cerca fueran de sus ojos.

Súpolo Tello de Meneses, fuerte  
sobrino de don Alvaro, que andaba  
corriendo el campo, y de la misma suerte  
Diego de Vargas, que conmigo estaba;  
y haciendo cara al Moro y a la muerte,  
viendo que si la Peña se ganaba

la llave aventurabas aquel día,  
que te ha de abrir, señor, la Andalucía,  
y que llevar cautiva a la Condesa  
era la muerte del valiente Castro,  
tentamos juntos la mayor empresa  
que ha merecido bronce ni alabastro.  
Estaba entonces la morisma espesa,  
como suelen dejar sangriento rastro  
las amapolas entre varias flores,  
vistiendo los peñascos de colores.

Alvar Pérez de Castro, "Toledanos,  
a mí y a Tello dijo: Caballeros,  
pasemos con las armas en las manos  
haciendo senda entre estos moros fieros."  
¡Oh valor! En efecto, castellanos,  
desnudamos a un tiempo los aceros,  
abriendo entre los moros, hasta el fuerte,  
camino a la fortuna y a la muerte.

Quince dejamos, de cincuenta, muertos,  
y subimos la Peña treinta y cinco,  
como suele el cabrio por inciertos  
peñascos pardos, con ligero brinco.  
En fin, los puentes del castillo abiertos,  
al pavimento celestial propincuo  
entramos treinta y cinco; mas no entramos,  
pues entraron mejor los que dejamos.

Benhalamar, que el campo sobre un bayo  
con aljuba de grana y negra cota  
descubría, fogoso como el rayo,  
que la vaga región del aire azota,  
cubrióse entonces de un mortal demayo,  
y de suerte el ejército alborota,  
que arrojando el turbante de la frente,  
volvió sin honra y despidió la gente.

A Vargas la Condesa agradecida,  
a Tello y aun a mí, que en partes varias  
mi espada vió del bárbaro teñida  
e intrépida correr por las contrarias,  
a espléndido banquete nos convida;  
y coronando el fuerte luminarias,  
desde el campo nos vió cenar el Moro,  
corrido, como va del coso el toro.

REY. Las nuevas son como vuestras,  
y tanto gusto me han dado,  
como dirá mi cuidado  
en agradecidas muestras.

De la Condesa el valor  
bien merece eterna fama.

M. ALFON. Por lo que os estima y ama  
le debéis tanto favor.

REY. ¿Hay aquí algún escudero  
que haya subido con vos?

**M. ALONSO.** Ven, señor, y por Dios  
que te lo enseñaré.

**REY.** ¡Hablándole a un  
rey!

**M. ALONSO.** ¡Digo, que si quieres ver  
de Alarcón.

**PERDUEÑO.** ¡Terrible error!

**REY.** ¿De dónde eres?

**PERDUEÑO.** Señor, soy  
de donde me fuere útil.

Que aunque de Dios vides nacer,  
hablando del rey mi señor,  
¿quién puede ver en el mundo  
a quien los reyes no han mirado?  
En mi nombre, Perdúeo,  
y a cargo de vobis,  
¿quién me puede levantar  
una vez en vuestro camino?

¡Dadme una pequeña aldea  
para a Madrid con nombre;  
de no, pueden hacer también  
cualquier pedernillo mío.

¡Porque viviendo en Tama  
no ha de venir, insigne,  
más valiente pedernillo  
el pedernillo de la fama.

**REY.** ¿Queréis ir a don Martín?

**PERDUEÑO.** ¡Juntos son uno el padre,  
que era dueño de un madre  
mi madre, que haya bien fin.

Las espaldas son cortas  
de darte alor a los dos,  
para servirte a vos,  
día de Santa Lucía.

Y no hecha usado gueros,  
porque yo vió, señor,  
he conocido más que un dote  
y que cuarenta batallas.

No ha hecho en camuflaje  
más estrago una mujer  
que en los muros vuestro hacer  
una frontera y almar.

**REY.** Decidme a mí conde  
que se dé mil maravedíes.

**PERDUEÑO.** Como a los otros pedís  
en la comedia, señor.

Y luego a Dios que Sevilla  
) la llama Granada  
la una es una de alchada  
y la otra es sirva de ella.

**REY.** ¿Quién de vobis, caballero.

**PERDUEÑO.** Yo, señor.

**REY.** ¿Sabéis lo que es?

**PERDUEÑO.** No, señor; pero a vos por  
un alfiler de la primera.

**REY.** ¿De dónde venís del mundo,  
y por qué a los reyes?

**M. ALONSO.** Yo en vuestro mi persona,  
y por los reyes por vobis.

**REY.** ¿Qué quereis, qué quereis?

**M. ALONSO.** Dado que en vuestro vobis.

**REY.** ¿Por qué?

**M. ALONSO.** Por qué la comedia  
de que el rey se burlaba  
en su nombre la pida.

**PERDUEÑO.** Vamon, señor.

**M. ALONSO.** Perdúeo,  
con dellos camuflaje  
la fama a un tiempo mío.

**PERDUEÑO.** Tencia que se vobis  
cuerpo mío de vobis,  
pero no en vobis, señor,  
para se sea a piedad.

Para don Lope de Haro,  
mayordomo de don Alonso,  
como un ángel en bellura  
por boca, y más que el sol claro.

En su nombre de don Alonso,  
un pequeño muy hermoso;  
habiendo de vobis mío,  
que vobis sean (perdúeo),  
y preguntarme por ti;  
cuerpo la vobis mío,  
y perdúeo.

**M. ALONSO.** ¿Queréis algo?  
¿Qué osales hablar de mí?

¿No vobis que es Lope de Haro  
vobis de vobis? Ven,  
que allí hablarémos más bien.

**PERDUEÑO.** Yo vobis en un buen repato.

**M. ALONSO.** Soy un pobre caballero,  
si bien en la vobis igual.

**PERDUEÑO.** Tienen razón, ¿pueda val!,  
no hay vobis como el diablo.

¡Vamon, señor!

**D. LUIS.** Error ha sido, señor,  
dar una empresa a un marqués  
de poca experiencia y alor,  
que en vobis por lo mío  
repugnancia y vobis  
de la guerra los gobiernos  
han de tener hombres como.

**D. LUIS.** Si hay, señor, marqués vobis  
en vobis y en vobis.



bien pueden fiarse dellos  
las empresas de valor.

D. NUÑO. No diera yo tal consejo:  
a toda ley edad larga,  
y barba que por lo menos  
el peine se tenga en ella.

D. LOPE. Yo le he visto y sé que puedo  
fiarme dél.

D. NUÑO. Peleando  
le habréis visto, no rigiendo,  
y es la diferencia mucha.

REY. Bien dice Nuño; pensemos  
quién irá sobre Arehidona,  
y vos decidle que tengo  
otra determinación,  
que deje la gente luego.

D. LOPE. Mejor podrá hacerlo Nuño.

REY. Pues vaya Nuño.

D. NUÑO. Deseo  
tu servicio.

D. LOPE. ¡Brava envidia!

REY. Agradezco tu buen celo.

(*Vanse, y salen soldados en alarde, VEGA, LORCA y  
MARTÍN ALFONSO y PALOMINO.*)

M. ALFON. Pidamos licencia al Rey.

PALOMINO. Bravamente en los balcones  
damas a mirar te pones.

M. ALFON. Cumpló agora con la ley  
de soldado, que después  
cumpliré con la de amor.

PALOMINO. Allí está doña Leonor,  
doña Ana y...

M. ALFON. Déjame, pues.  
Brava tentación te ha dado  
esto de damas.

PALOMINO. Soy tierno.

M. ALFON. En tratando de gobierno  
hay diferente cuidado.

PALOMINO. ¡Oh qué sentencia tan fría!  
Donde no bulle mujer  
es imposible tener  
espíritu ni alegría.

M. ALFON. Las mujeres en la guerra  
afeminan los soldados;  
de campos bien gobernados  
toda razón las destierra.

Pregúntale a Scipión  
la historia de Masinisa.

PALOMINO. Digo que marches aprisa,  
si merece aquel balcón  
pasar sin hacer medida.

M. ALFON. Haré reverencia al sol.

(*Sale DOÑA ALDONZA al balcón.*)

D.<sup>a</sup> ALDON. ¿Dónde bueno, caballero?

M. ALFON. Señora, a Arehidona voy,  
que el rey Fernando me manda  
que con aqueste escuadrón  
le conquiste aquella villa,  
y la palabra le doy  
de no volver sin su llave  
y su Rey moro en prisión.

D.<sup>a</sup> ALDON. Empresa, Martín Alfonso,  
digna de vuestro valor.  
Con cuidado nos tendréis,  
aunque tan valiente sois,  
como mi padre lo dice,  
que no se ofrece ocasión  
en que no os honre y alabe.

M. ALFON. Es don Lope, mi señor,  
tan gran Príncipe, que honra  
con la suya mi opinión.

D.<sup>a</sup> ALDON. Vos sois muy noble y tenéis  
merecido su favor  
por los más famosos hechos  
que se cuentan de español.  
Id a la guerra en buen hora.  
y llevad este listón  
en memoria del cuidado  
que le debéis a mi amor.

(*Echale el listón y vase.*)

M. ALFON. Oídme.

PALOMINO. Bañado el rostro  
en púrpura se partió,  
y no ha querido esperar.  
Adiós. Partamos, señor,  
a matar mundos de moros,  
pues que bastamos los dos:  
tu dándoles mil azotes  
con ese rojo listón  
y yo con aqueste acero,  
imitando tu valor.

D. NUÑO. ¿Está don Martín aquí?

M. ALFON. Sí, señor Nuño, aquí estoy.

D. NUÑO. Perdonad al mensajero,  
que bien merece perdón  
quien de lo que el Rey le manda  
viene a ser embajador.  
Dice que dejéis la empresa  
sólo porque mozo sois,  
que le han dicho que es más grave  
de lo que entones pensó.  
Y no es bien a pocos años  
fiar la reputación

de Castilla y sus hidalgos,  
que tales empresas son,  
aunque vos sois buen soldado,  
para quien pueda mejor  
tener un peine en la barba,  
señal de seso y de honor.

M. ALFON. Decidle, Nuño, a Su Alteza,  
que si porque mozo soy  
no merezco a la frontera  
llevar su rojo pendón,  
es falta que cada día  
el ligero y volador  
tiempo enmendará en los míos,  
siendo más y menos yo.  
Y si por dicha os parece  
que tenéis más fuerza vos  
en el gobierno y los bríos,  
la gente y bandera os doy.  
Adiós, señores soldados;  
capitán llevan mejor;  
déles Dios vitoria y dicha.

(Vase.)

VEGA. No siendo deste escuadrón  
capitán Martín Alfonso,  
perdone el Rey, yo me voy.

(Vase.)

LORCA. Y yo de la misma suerte.

(Vase.)

D. NUÑO. ¡Oigan!

PALOMINO. ¿Qué han de oír, señor?  
¿No sabe que las vitorias  
suelen nacer del amor  
que tiene a su Capitán  
el ejército?

D. NUÑO. ¿Pues yo  
tengo culpa si esto es gusto  
del Rey?

PALOMINO. No, que algún traidor  
le habrá dado este consejo  
contra su buena opinión.  
¡Por vida de Palomino!

D. NUÑO. ¿Qué murmuráis?

PALOMINO. ¡Vive Dios,  
si fuérades igual mío!

D. NUÑO. Hablad claro.

PALOMINO. Claro o no,  
soy honrado y soy hidalgo,  
porque Palomino soy  
desde la primer camisa  
que en el mundo se vistió.

D. NUÑO. ¿Para mí tentáis la espada?

PALOMINO. ¿Pues es esta tentación

algún pecado mortal?  
Tiento y voime. Adiós.

(Vase.)

D. NUÑO.

Adiós.

(Sale el REY y DON LOPE.)

DON LOPE.

Digo, señor, que he visto los soldados  
desbaratados ya.

REY.

Volverán presto,  
pues están por sus tercios alojados,  
Nuño.

DON NUÑO.

A servirte siempre estoy dispuesto.

REY.

¿Marchaba ya Martín?

DON NUÑO.

Desordenados  
llevaba los soldados; y tras esto  
dando el laurel de tus gloriosas famas  
a las vanas lisonjas de las damas.

REY.

¿Sintió el dejar la empresa?

DON NUÑO.

Este soldado  
te debe de enviar.

(Sale PALOMINO.)

REY.

¿Qué hay, Palomino?

PALOMINO.

No sé, señor, si bien aconsejado  
la empresa interrumpiste y el camino  
al mejor castellano que has honrado;  
pues Nuño apenas a decirlo vino  
que por mozo le quitas la bandera,  
que barba que se tenga un peine espera,  
cuando veloz corriendo a su posada,  
un peine toma, y la mejilla abriendo,  
le clava por la barba lastimada;  
“agora sí que se tendrá, diciendo,  
la barba de sangriento humor bañada”.  
El peine de marfil enrojeciendo  
quitándoselo afuera varias gentes,  
cuantas puntas le dió le volvió fuentes.

D. LOPE. ¡Hecho notable, por Dios!

REY. La antigüedad no se honra

con hecho de mayor honra.

Id a llamarle los dos.

D. LOPE. El viene, para que vos  
le deis, señor, la bandera,  
que ensalzar por vos espera.

REY. Tan contento dél estoy,  
que con él solo desde hoy  
me temblará la frontera.

(Sale MARTÍN ALFONSO con la barba ensangrentada.)

M. ALFON. Invicto Rey 'castellano,  
cuyo dorado león  
va rindiendo la nación  
del fiero Moro africano,  
Nuño Pérez Asturiano  
me dijo de vuestra parte  
que dejase el estandarte  
por la poca autoridad  
de los años, que en la edad  
fundó del gobierno el arte.

Yo, viendo que tal defeto  
no era falta de mi honor  
y que no estaba el valor  
a edad ni tiempo sujeto,  
pensé (no sé si discreto)  
cómo tenerse podría  
en la barba que tenía  
un peine, si bien, señor,  
nunca pensé que el valor  
en los cabellos vivía.

Si tuvo la fortaleza  
en la cabeza Sansón,  
está muy puesto en razón  
el gobierno en la cabeza;  
mas fuerza fué, no destreza,  
pues se pudo conocer,  
del fin que vino a tener,  
que poco gobierno alcanza  
quien hizo tal confianza  
del amor de una mujer.

Pensé, en fin, cómo sería  
que la barba me creciese,  
porque el peine se tuviese  
como Nuño me decía;  
y pensé con tal porfía,  
viendo que cosas tan vanas  
las banderas castellanas  
me quitan con deshonor,  
que fué milagro, señor,  
que no me naciesen canas.

En fin, un peine tomé  
y en la barba le metí;

que estuvo más firme allí  
que en los cabellos pensé;  
la carne en sangre bañé,  
con que salieron regadas  
las canas imaginadas,  
aunque de rojo color,  
que las canas del honor  
deben de ser coloradas.

Todo terreno dispuesto  
del arado, más produce;  
de donde claro se induce  
que tendrá canas muy presto,  
que el peine en la barba puesto  
fué el arado que ha de abrir  
la carne para salir  
eso que llaman prudencia,  
si es en el hombre excelencia  
tener menos que vivir.

REY. De manera me ha movido,  
Martín Alfonso, esta hazaña,  
que a la conquista de España  
solo te hubiera elegido.  
Hoy en mi presencia has sido  
un cristiano Escipión,  
sobre la misma elección  
que el Senado le quitara  
las banderas que guiara  
en el romano escuadrón.

Y así yo te considero  
con el valor que a sus pies  
el muro cartaginés  
puso por hecho primero.  
No menos valor espero  
de tu edad, y así es razón  
que el castellano pendón  
llevés, Martín, a Archidona,  
honrando de mi Corona  
el peine de tu blasón.

¿Adónde está la bandera?

M. ALFON. Aquí, señor.

REY. De mi mano  
todo el honor castellano  
con ella darte quisiera:  
toma y parte a la frontera;  
tiemble el Moro hasta Granada,  
y lleva mi propia espada,  
pues es justísima ley  
que se la descienda un Rey  
cuando es tan bien empleada.

La tuya ponerme quiero,  
no porque la pienso honrar,  
mas por saber pelear



con tan valeroso acero.  
Haced como caballero,  
que quien con tales decoros  
ganó famosos tesoros,  
peinando su barba honrada,  
hará peine de la espada  
en las barbas de los moros.

M. ALFON. Juro en ella por blasón  
que para poderos ver  
sus llaves he de traer  
y su Rey moro en prisión.

*(Vanse, y sale YASIMÍN y ZARO, rey de Archidona.)*

YASIMÍN.

Si me cuesta seis años de servirla,  
¿qué te espanta que trate de casarme?

ZARO.

Ya sé tu amor y no me maravilla,  
también le tuve yo.

YASIMÍN.

¿Pues qué te cansa,  
Rey de Archidona, deste casamiento?

ZARO.

Que dejarás las armas, y ocupado  
en tu deseo, perderé un amigo.

YASIMÍN.

Zaro, si yo para vivir contigo,  
pudiendo ir a Cartama por Celinda  
hago que me la traigan a Archidona,  
bastantemente mi lealtad me abona.

ZARO.

Las nuevas de que el Rey de los cristianos  
envía contra mí la más lucida  
gente de sus ejércitos, vengando  
el agravio que hice a la Condesa,  
que imaginé traer de Martos presa,  
me ha dado algún temor, si bien ha sido  
a tiempo que la villa está guardada,  
que mi hermano el Rey desde Granada  
me ha dado alguna gente y municiones.

YASIMÍN.

Si pusieras en Martos los pendones  
de tus lunas azules, esta hazaña  
te hiciera conocido en toda España,  
y al Africa pasara el nombre tuyo.

ZARO.

¿Cómo pude vencer si defendía  
la peña un ángel, que aquel mismo día

con los dos basiliscos de sus ojos  
se llevaba las almas por despojos?  
Tras esto, el bravo Tello de Meneses,  
Diego de Vargas y Martín Alfonso,  
hombres de acero y de diamante duro,  
rompiendo el escuadrón vieron el muro,  
aunque dejaron quince castellanos  
muertos, entre los pics, por nuestras manos.

YASIMÍN.

¿Por qué dejaste el cerco?

ZARO.

Porque estaba  
Fernando cerca, y ya tenía delante  
treinta y cinco murallas de diamante  
en otros tantos hombres castellanos,  
que con piedras y bombas en las manos  
tempestad de granizo parecían.

YASIMÍN.

¿No los seguiste tú cuando subían?

ZARO.

Palabras tienes ya de desposado.

YASIMÍN.

Yo confieso que estoy enamorado  
y que espero mi esposa cada día;  
pero la inclinación, la lealtad mía,  
no me olvidan de ser agradecido  
el deudo y la amistad que te he tenido;  
y si quieres que escriba que no venga  
Celinda de Cartama, haré tu gusto.

ZARO.

Antes en eso me darás disgusto:  
venga tu esposa, yo seré el padrino.

YASIMÍN.

Ya pienso que estará en el camino.

ZARO.

Pues, Yasimín, las siestas prevengamos  
y reine amor, aunque de guerra andamos.

YASIMÍN.

Aunque la adoro, Zaro, a fe de moro  
que más mi amor y tu amistad adoro.

*(Vanse, y salen LORCA, VEGA y CHACÓN, soldados.)*

VEGA. Con notable priesa marcha  
Martín Alfonso a Archidona.

LORCA. Es hombre que no perdona  
sol a julio, a enero escarcha.

CHACÓN. Suenan gente.

VEGA. El eco enseña,  
 Chacón, recelo al oído  
 a este valle resurtido  
 de aquella pelada peña.  
 ¿Si andan moros por aquí  
 y saben que Martín viene?

CHACÓN. No hay cosa que a guerra sueñe;  
 a paz y a contento, sí.

(Salen CELINDA y ZULEMA y músicos de moros.)

ZULEMA. Aquí pasarás la siesta  
 apartada del camino.

CELINDA. Aqueste bosque vecino  
 sombra y frescura nos presta.  
 Y esta fuente bulliciosa  
 también me quiere obligar,  
 que parece que a cantar  
 quiere ayudar envidiosa.

Con el sonoro arroyuelo  
 cante en regocijo igual,  
 pues que de eterno cristal  
 labró su instrumento el cielo.

Entre pizarras se quiebren  
 sus cuerdas dulces y graves,  
 porque entre tanto las aves  
 con dulce voz se requiebren.

Todo se alegra, Zulema,  
 pues que ya no tengo en fin  
 para ver a Yasimín  
 nada en el mundo que tema.

ZULEMA. Bien le debes ese amor.

CELINDA. Más él me lo debe a mí.

ZULEMA. Siéntate, y cantando Alí  
 pasará el tiempo mejor.

(Canta.)

Descansando los claveles  
 en el marfil de sus manos,  
 está la bella Amarilis  
 un arroyuelo mirando.

Contento estaba el cristal  
 de servirle de retrato,  
 y enristeciéndose de ver  
 sus dos estrellas llorando.

Engañóse el arroyuelo  
 en no alegrarse del llanto,  
 pues viendo que paga en perlas  
 será estimado del Tajo.

CELINDA. ¿Quién era, por vida tuya,  
 esa Amarilis?

ZULEMA. Lisardo,  
 un cautivo de tu padre,  
 caballero toledano,

me dió esta letra una noche  
 que la cantaba llorando.

CELINDA. Prosigue, a ver lo que dice.

VEGA. ¿Saldremos?

LORCA. Aguarda un rato.

(Cantan.)

Los trabajos de Amarilis  
 nacen de haberse casado,  
 que las mujeres hermosas  
 son dichosas por milagro.

VEGA. Agora saldremos bien,  
 haciendo verdad el canto,  
 y será esta mora hermosa  
 desdichada por milagro.

LORCA. ¡Mueran todos!

CELINDA. ¡Ay de mí!

ZULEMA. Huye, Alí, que habemos dado  
 por nuestra culpa y descuido  
 en celada de cristianos.

LORCA. Vos sola seréis prisión.  
 Lorca, por Dios, que los galgos  
 nos han dejado la liebre.

(Sale PALOMINO.)

PALOMINO. ¿Qué es esto, seores soldados?

CHACÓN. ¡Oh, mi señor Palomino!  
 Esta daifa hemos pescado,  
 que aquí pasaba la siesta  
 con otros moros cantando:  
 huyeron como gallinas  
 y la presa nos dejaron.

PALOMINO. ¡Por mi vida que es hermosa!  
 Oigan, repartan entrambos  
 estos mil maravedís.

VEGA. Mire voarced que es agravio,  
 que vale más la morisca.

PALOMINO. Ea, pues, vayan tasando:  
 Cien maravedís los ojos,  
 las narices otros tantos;  
 valga la boca doscientos,  
 y otros doscientos las manos.  
 Pues bien quedan cuatrocientos  
 para lo que es el andamio.  
 ¿Parécetes que me hacen  
 mucha merced? Reparando  
 en que esto es comprar melón,  
 que puede ser bueno o malo.  
 Ahora bien, voarced es hombre  
 que importa que le sirvamos;  
 vamos a partir aquesto.

(Vanse.)

PALOMINO. ¿Oye, entiende castellano?

CELINDA. Entiendo que habéis venido para nuestro eterno daño, a enseñárnosle con sangre.

PALOMINO. Pucs mire, soy un hidalgo que me llamo Palomino; con ella seré muy manso si procede como debe.

CELINDA. ¡A mayor mal he llegado!

PALOMINO. No ha de comer alcuzcuz ni pasas; de cuando en cuando dos molinillos de vino con seis pestañas de magro.

CELINDA. No entiendo.

PALOMINO. ¿Cómo que no? Pues yo se lo iré enseñando: sabe que les di por ella lo que me dió un Rey cristiano.

(Sale MARTÍN ALFONSO.)

M. ALFON. Haced alto, y desde aquí iré la gente ordenando.

PALOMINO. Tátese, que este señor es el General, mi amo.

M. ALFON. ¿Qué es eso?

PALOMINO. Acá es cierta cosa que he comprado a unos soldados.

M. ALFON. ¿De mí la encubres?

PALOMINO. ¿Qué quieres? Mi dinero me ha costado.

M. ALFON. Quita los velos, desvía. ¡Oh qué rostro soberano!

PALOMINO. ¿Es muy soberano el rostro?

M. ALFON. No pienso que le ha formado más bello naturaleza.

PALOMINO. Yo no quiero averiguallo, sino que ordenes tu gente y te vayas con Dios, dando ejemplo, como es razón.

CELINDA. Vuestra persona, cristiano, y el respeto que éste os guarda me dan a entender que paso a mejor dueño. ¿Sois vos Martín Alfonso?

M. ALFON. Milagro de naturaleza, yo soy Martín Alfonso.

PALOMINO. ¡El diablo trujo milagros aquí!

M. ALFON. ¿Por cuál rigor de los hados habéis venido a ser presa de mi gente en este campo?

CELINDA. El verte y oírte hablar grande esperanza me ha dado de mi vida y de mi honor; valiente y cristiano hidalgo, soy mujer tan principal, que fuera del rey Fernando puedo obligar a respeto a cualquier moro o cristiano. Grande ha sido mi desdicha; pero ya mi mal no es tanto, que me avisa mi fortuna que basta verme en tus manos. Si quieres en plata y oro mi rescate, desde el Cabo de Buena Esperanza al monte que tiene el cielo en los brazos, no habrá visto más riquezas el sol, porque los vasallos de mi padre te darán...

M. ALFON. Detén, por no hacerme agravio, el acento que entre perlas hacen tus labios hablando. Que no hay tersas margaritas en el Sur, ni el mar Hispano en la insigne Barcelona produce corales tantos; Ceylán ardientes rubíes, diamantes la China, el Cairo frutos, por quien yo te diese, aunque sustentando un campo. En él irás, y hasta ver, y debajo de mi amparo, si se me rinde Archidona o si por ventura paso a la vega de Granada, porque volver a Fernando no puedo sin grandes hechos prometidos y jurados. Palomino.

PALOMINO. ¿Qué me quieres?

M. ALFON. Aquesta mora te encargo.

PALOMINO. ¿Cómo encargo, siendo mía?

M. ALFON. Dejemos burlas, que vamos a conquistar fama.

PALOMINO. ¿Y es esta mora que he comprado la fama desta conquista?

CELINDA. Yo voy, cristiano, a tus manos.

M. ALFON. Y yo, dirélo, en tus ojos, mas con el justo recato que debo a quien soy, y a ser capitán de un Rey cristiano.



PALOMINO. Dame mil maravedís  
y llévala con mil diablos.  
M. ALFON. Yo no quiero más de verla.  
PALOMINO. Si has de enternecerte tanto  
busca otro peinc, que no hay  
más vitoria que el ser casto.



## JORNADA SEGUNDA

(Sale YASIMÍN.)

YASIMÍN. ¡Oh amor, qué extraña pasión  
das a mi dulce esperanza,  
cuando ya tan cerca alcanza  
el fin de la posesión,  
más anhela el corazón  
viendo que amanece el bien!  
¡Ay, bella Celinda, en quien  
están mis glorias y enojos,  
cuanto más cerca los ojos  
más imposibles te ven!

Aquí salgo a recibir  
tu hermosura celestial,  
en tiempo tan desigual  
para poderte servir;  
pero vengo a presumir  
que si el reino de Granada  
no molestara la espada  
de Fernando, en tu venida  
se viera otra vez florida  
tierra de tus pies pisada.

(Sale ZULEMA.)

ZULEMA. Alá te prospere y guardé.

YASIMÍN. ¿Viene mi esposa, Zulema?

ZULEMA. No viene, señor, tu esposa.

YASIMÍN. ¿Cómo no? ¿Dónde la dejas?

ZULEMA. Viniendo, seguramente,  
puesto que en tiempo de guerra  
no es cuerdo el que está seguro,  
quiso dar una siesta

en un prado que cercaban  
álamos, por donde apenas  
para mirar su hermosura  
le dieron al sol licencia.

De cuyos troncos traidores,  
que, revestidos de yedra,  
haciendo clavos las ramas  
colgaban tapices dellas,

salió un escuadrón cristiano,  
que, no hallando resistencia,  
llevó tu esposa cautiva.

YASIMÍN. ¿Dónde?

ZULEMA. Al campo que se dice (1)  
que viene sobre Archidona.

YASIMÍN. ¡Vive Alá, que si cogiera  
esos árboles traidores,  
que de sus verdes labores  
montes de ramas hiciera.

Ni por el diciembre helado  
hiciera tal riza el viento,  
que por su verde ornamento  
mi ofendido brazo airado.

Supuesto que estas mudanzas  
las pagarán mis enojos,  
dándoles fuentes mis ojos  
y el agua mis esperanzas.

¿De quién era el escuadrón,  
perro, que lleva mi bien?,  
que he de hacer que me la den  
y poner en vil prisión  
al mismo Rey castellano.

ZULEMA. De Martín Alfonso oí  
que era la gente.

YASIMÍN. ¡Ay de mí!

¡Ah inconstante bien humano!

¿No es Martín Alfonso aquel  
que Córdoba se apellida?

¿Si le habrán dado mi vida?

¿Si está Celinda con él?

No pudo caer en manos  
de cristiano tan valiente.

(Sale ZARO.)

ZARO. ¿Que viene con tanta gente  
ese honor de los cristianos?

¿Sabes, Yasimín, que ya  
es cierto el cerco, y que viene  
Martín Alfonso, y que tiene  
fama y que temor nos da?

El que los hechos de Aquiles,  
de Muzas y Reduanes  
y otros fuertes capitanes  
hace con los suyos viles.

El que promete a Fernando  
con la gente que le dan  
las banderas y que están  
en Granada tremolando.

Aquel galán caballero  
que hombres y mujeres aman:  
el que de la barba llaman,  
porque la tuvo de acero.

(1) Falta en este verso la asonancia en *ea*.

YASIMÍN. Mientras más, Rey, encareces  
dese cristiano el valor,  
más aumentas mi dolor  
y más tristezas me ofreces.

Mas porque veas que tiene  
más confusión para mí  
de la que te ha dado a ti  
el ver que a cercarte viene,  
y que mi suerte dichosa  
hizo en este punto fin,  
soldados de ese Martín  
tienen cautiva mi esposa.

ZARO. ¿Qué dices?

YASIMÍN. Que ya venían  
con gente de boda y fiesta,  
y que pasando una siesta  
que el sol, envidioso, ardía  
de ver los hermosos ojos  
de Celinda con sus rayos,  
sus pies más floridos mayos,  
sus manos con más despojos,  
nos asaltaron de suerte  
que con furia vengativa  
Celinda quedó cautiva  
y yo en manos de la muerte.

ZARO. ¿Hay semejante fortuna?  
¿Hay tal principio de guerra?  
¿No es posible que esta tierra  
espere vitoria alguna!

¡Oh castellano Fernando,  
que bien me han dado recelos  
que nos persiguen los cielos  
y te vienen ayudando!

No requiere, Yasimín,  
espacio el cobrar tu esposa,  
que esta gente belicosa  
la esconderá de Martín  
por codicia del rescate,  
y es mejor salir tras ellos,  
porque en bien o en mal con ellos  
de que la vuelvan se trate.

YASIMÍN. Intentaré por Celinda  
los imposibles mayores;  
no habrá fuerzas ni rigores  
para que mi amor se rinda.

Que como furioso y loco  
tendrán estas fuertes manos  
a Fernando, a sus cristianos  
y a Martín Alfonso en poco.

No la pienso rescatar  
si solo un escudo toma,  
que a lanzadas, por Mahoma,

se la tengo de quitar.

Y a fe de moro español  
que ha de volver, si me esperas,  
cubierta de sus banderas  
porque no la ofenda el sol.

Que aunque es honrarla con ellos  
en vez de triunfo y laurel,  
han de servir de dosel  
a sus hermosos cabellos.

ZARO. Ponte a caballo que quiero  
ir contigo.

YASIMÍN. Eso perdona:  
no ha de salir de Archidona  
infante ni caballero.  
¿No ves que soy Yasimín?  
Fuerza tengo poderosa  
para librar a mi esposa  
y cautivar a Martín.

(*Vanse, y salen MARTÍN ALFONSO y PALOMINO.*)

PALOMINO. ¿Qué confusiones son éstas  
que todo el camino traes?

M. ALFON. Muy necio estás si no caes  
en cosas tan manifiestas.

PALOMINO. Si es amor no es mal pagado,  
porque esta mora te adora:  
si son amores de mora  
pensamientos de soldados.

M. ALFON. Confieso el quererla bien,  
y que es injusto el amor;  
pero yo tengo valor  
que me defienda también.

¿Marcha el campo?

PALOMINO. ¿No le ves  
tan gustoso de llegar?

M. ALFON. No he pasado por lugar  
que no haya puesto a los pies  
del castellano Fernando.

PALOMINO. Ya se dice que Archidona  
antes de ver tu persona  
está a tus armas temblando.

M. ALFON. ¿Qué lugar es aquél?

PALOMINO. Creo  
que es el famoso lugar  
que llaman Cabra.

M. ALFON. Llegar  
a ver sus muros deseo.

Pero si ocupo la gente,  
dilato la prevención  
de Archidona.

PALOMINO. Con razón  
temes que su gente aumente.

Esta es la sima de Cabra,  
que es de los moros temida  
por encantada.

M. ALFON. ¿Es aquesta  
la que dicen que confina  
con el infierno?

PALOMINO. Los moros  
cuentan cosas inauditas  
desta cueva temerosa:  
finalmente, aunque porfían  
hallarle con cuerdas suelo,  
es la distancia infinita.  
Moros han querido entrar,  
no dentro, porque sería  
aventurar neciamente  
sin esperanzas la vida.  
Pero entre estas altas peñas  
el espíritu de un moro  
que fué alcayde desta villa (1).  
Bien es verdad que se escuchan  
espantosas profecías  
del suceso de los moros  
y los Reyes de Castilla.  
Apártate, que con cuevas,  
encantos, hechicerías,  
muertos, tabiques y locos  
es muy necia valentía  
querer probar el valor.

M. ALFON. Palomino, quien se anima  
para reñir con un hombre  
que tiene defensa viva,  
¿por qué ha de temer a un hombre?  
Entremos, porque nos diga [(2)  
este moro qué sucesos  
la fortuna solicita  
a la jornada que emprendo.

PALOMINO. ¿Cómo entremos? Si la China  
me diese cuantos diamantes  
en sus mineros se crían;  
si la más hermosa dama  
sus brazos y sus caricias,  
no pidiéndome dineros  
(cosa pocas veces vista),  
no hablaría con un muerto.  
¿Yo cuentos con gente fría?  
Dámec y vivos y verás.

(1) Aquí falta algo, porque queda suspenso el sentido.

(2) Así en el original; pero es evidente que en lugar de "hombre" diría "muerto" o cosa parecida. Que se trata de un muerto lo prueba lo que dice luego Palomino.

M. ALFON. ¡Fuera, cobarde; desvía!

PALOMINO. Detén la espada y advierte  
que el aventurar la vida  
no es de capitanes sabios.

M. ALFON. Fuego su infierno vomita;  
pero esta espada será  
el ramo de la Sibila.

(Vase.)

PALOMINO. Cerró con el fuego, entró;  
¿qué majadera osadía!  
voy a llamar nuestra gente,  
puesto que lejos camina.  
¡Ah, señor!, ¿no me respondes?  
Si le ha tragado la sima;  
que se ha casado sospecho,  
pues que no tiene salida.

(Vase.)

(Salen soldados en alarde, DON NUÑO, y gente.)

DON NUÑO.

Parad las cajas, pues la causa abona  
que vais como a morir desesperados;  
haced alto a la vista de Archidona,  
donde sin capitán marcháis, soldados:  
son de cualquier ejército corona  
los capitanes de quien sois guiados,  
que no puede regir naturaleza  
las partes de su cuerpo sin cabeza.

Tengo a ventura que talar la vega;  
por aquí cerca el Rey mi señor pase,  
y que yo en tanto que su campo llega  
a ver el noble vuestro me apartase.  
¿Qué nave sin piloto el mar navega,  
por más que favorable se mostrase?  
¿Adónde está Martín? ¿Quién os conduce?  
¿A qué cabeza el campo se reduce?

VEGA.

¿Dónde queda, valiente Palomino,  
Martín Alfonso, tu señor? ¿Qué es esto?  
¿Saliéronle los moros al camino?  
¿Hanle muerto por dicha, o descompuesto?  
Mira que está aquí Nuño.

PALOMINO.

Un desatino  
a legua y media del infierno ha puesto  
al caballero más leal que ha honrado  
la frente de laurel, de espada el lado.  
Yace entre peñas de un ameno llano  
la gran sima de Cabra, en quien decían  
que hablaba un fiero espíritu africano



a los que para entrar valor tenían.  
Saca la espada el fuerte castellano  
y entre lluvias de flamas que escupían  
los laberintos de aquel monstruo ciego,  
como otro Horacio se arrojó en el fuego.

DON NUÑO.

¿Hay desesperación, furia y locura  
igual a la de aqueste joven fuerte?  
La soberbia le abrió la sepultura,  
y conforme la vida halló la muerte;  
pues yo he llegado a buena coyuntura,  
no os alijáis, que de la misma suerte  
sabré yo conduciros y estimaros,  
y con mayor prudencia gobernaros.

Nombradme capitán, yo sé esta tierra;  
sirvamos a Fernando, que no es justo  
perder reputación, dejar la guerra.

PALOMINO.

Dejar la guerra, Nuño, fuera injusto;  
mas, volviendo a Fernando, ¿en qué se yerra?

DON NUÑO.

Emprender esta empresa a su disgusto.

PALOMINO.

Si va a talar la vega más servicio  
es ir con él.

DON NUÑO.

Soy digno deste oficio.

VEGA.

Eres, pero no quieren los soldados.

DON NUÑO.

¡Dad acá la bandera!

VEGA.

No queremos  
que nos gobiernes tú, que mil honrados  
hidalgos que hay aquí, gobierno haremos.

(Sale MARTÍN ALFONSO.)

M. ALFON. Soldados, ¿qué es aquesto?

VEGA. Que postrados  
a tus pies, generosos te ofrecemos  
las vidas y banderas de Fernando,  
que Nuño Pérez nos está quitando.

M. ALFON. ¿Aquí estás, Nuño? ¿A qué fin  
vienes por estas banderas?

D. NUÑO. Mucho me pesa que quieras  
culparme siempre, Martín.  
Si te tienen tus soldados

por muerto, ¿fué grande error  
que por el Rey mi señor  
fuesen de mí gobernados?

M. ALFON. ¿Pues cómo veniste aquí?

D. NUÑO. Va el Rey a talar la vega,  
y mientras el campo llega  
quise visitarte.

M. ALFON. ¿A mí?

D. NUÑO. A ti, de parte del Rey.

M. ALFON. Pues dile, Nuño, que estoy  
vivo y que a servirle voy,  
que soy noble a toda ley.

Dile que voy sujetando  
esta tierra sin perder  
un hombre, que desde ayer  
sé que ha de ser de Fernando.  
Dile como están temblando  
los moros de mi valor,  
y dile al Rey mi señor  
que tiene en mí Capitán  
a quien obediencia dan  
cinco villas de temor.

Que la visita agradezco  
que por ti me felicita,  
porque tan grande visita  
bien sé que no la merezco.  
Y a ti por ella te ofrezco  
que no la pondré en olvido;  
fineza de amigo ha sido,  
que bien sé yo que al honor  
nunca falta un ruiseñor  
que esté cantando al oído.

Dile que cerca de sí  
tenga tales caballeros,  
no como otros lisonjeros,  
siempre envidiosos de mí.  
Que la palabra le di  
y que saldré con la empresa  
le dirás con voz expresa,  
pues tan bien sabes decir;  
y que tengo de vivir  
por matar a quien le pesa.

D. NUÑO. Martín Alfonso, yo creo  
de vuestro noble valor  
que venceréis sin temor  
las vitorias que os desco.  
Que en los principios que veo  
los fines se echan de ver;  
para mí no es menester  
decirme vuestros intentos,  
porque en tales pensamientos  
se junta el decir y hacer.

La experiencia conocida  
produce cuerdos efetos,  
los capitanes discretos  
no han de aventurar la vida.  
La vitoria merecida  
es del cielo, pues también  
en vos las partes se ven  
de vuestros nobles pasados.

M. ALFON. Acompañalde, soldados.  
al señor Nuño.

PALOMINO. ¡Qué bien!

(Vase VEGA y DON NUÑO.)

M. ALFON. ¡Extraña envidia!

PALOMINO. No vi  
hombre de aquesta intención.  
¿Dónde has estado?

M. ALFON. No son  
para tratadas aquí  
las cosas que oí y [que] vi:  
hasta un Rey por cuya hazaña  
saldrán los moros de España.  
¿Dónde está Celinda?

PALOMINO. Allí (1).

M. ALFON. ¿Qué haré, que muero?

PALOMINO. Enviar  
a su casa esta mujer,  
porque siendo fuerza el ver  
es forzoso el desear.

¿No has visto paje que lleva  
un plato dulce que cuando  
más le va goloseando  
más se empeña y más se ceba?

Y que si se hartara dél  
luego aplacara el deseo,  
pues desa suerte te veo,  
y que va Celinda en él.

¿Qué sirve golosear?

Hártate y come.

M. ALFON. No puedo.

PALOMINO. ¿Pues a qué respeto o miedo  
te puede nadie obligar?

M. ALFON. Palomino, tengo honor.

PALOMINO. Pues envíala de aquí (2).

M. ALFON. Palomino, tengo amor.

PALOMINO. ¡Pesia a tantos palominos,  
tengo amor y tengo honor!  
Determinate, señor,

por uno de dos caminos.

Pide o despide, que enfada  
tener con alma dudosa  
una mujer muy hermosa  
ociosa y enamorada.

M. ALFON. ¿Podrá, dime, error tan grave  
en tanta envidia encubrirse?

PALOMINO. Pienso que vendrá a decirse,  
que todo se dice y sabe.

M. ALFON. Pues llévala a su marido.

PALOMINO. ¿Qué romano Escipión  
no fué en aquesta ocasión  
de tu grandeza vencido?

(Hace que la lleva.)

M. ALFON. Oye.

PALOMINO. ¿Qué quieres hacer?

M. ALFON. Déjala por hoy aquí,  
que no siento fuerza en mí  
para dejarla de ver.

PALOMINO. ¿Pues llevaréla a tu tienda?

M. ALFON. Tampoco.

PALOMINO. ¿Pues qué he de hacer?

M. ALFON. Sólo dejármela ver,  
sin que este mi honor se ofenda.

PALOMINO. ¡Oh, lleve el diablo el honor!

M. ALFON. ¡Ay, soberana hermosura;  
amor que toca en locura,  
ya deja de ser amor!

Celinda, en tus ojos bellos  
compiten amor y honor,  
si bien de parte de amor  
están mis ojos con ellos.

Brava guerra se apercibe  
entre olvidar y querer,  
no sé quién ha de vencer,  
pues si el amor vence y vive

ha de morir el honor,  
y si el honor vitorioso  
vive y vence, que es forzoso,  
ha de morir el amor.

Pues amor no ha de querer  
morir, que a la resistencia  
suele mostrar más violencia,  
pues mi honor, no puede ser.

Hazme un bien, para que puedan  
vivir mi honor y mi amor,  
que es justo que este favor  
tus vitorias me concedan.

Y es que temples la hermosura  
con que me enciendes, y así  
mi amor y mi honor en mí

(1) Faltan dos versos a esta décima, entre el quinto y el sexto.

(2) Falta un verso consonante de éste, antes o después de él.

tendrán igual compostura.

Seré el primero amador  
en quien iguales estén  
amor y honor, pues también  
vivirá tu amor y honor.

CELINDA. Joven valeroso  
por cuyas hazañas  
el Andalucía  
teme ya tu espada;  
Capitán valiente,  
el que las escuadras  
del grande Fernando  
con prudencia manda;  
Córdoba famoso,  
por quien adelanta  
el Adelantado  
su clara prosapia,  
cuerdo en el consejo,  
diestro por las armas,  
fuerte con los moros,  
cortés con las damas,  
mi nombre es Celinda,  
mi patria Cartama,  
mis padres tan nobles  
como desdichada.  
Yasimín, un moro  
que el Rey de Granada  
por pariente estima,  
por valiente alaba,  
pasando a Archidona  
me vió en una zambra,  
que por ser quien era  
la hice en mi casa,  
quedó tan prendado  
que a mis padres habla,  
y con gusto suyo  
mis bodas se tratan.  
Cuando tuvo aviso  
que tu campo marcha  
y sobre Archidona  
se teme que vaya,  
Zaro le previene  
que al momento parta,  
porque la defensa  
pende de su espada.  
Al punto se parte;  
y porque se hallaba  
triste por mi ausencia  
Zaro el rey le manda,  
porque no se vuelva,  
que a casar se vaya.  
Mis padres me envían

con gente de guarda,  
a quien tus soldados  
en escolta aguardan.  
Huyeron mis moros  
temiendo celada,  
que no hay quien resista  
las armas cristianas.  
Dejéronme sola;  
lloré mi desgracia;  
pero ya que veo  
lo que se aventaja  
el dueño que tengo  
al que me esperaba,  
bendigo mi suerte  
y a las claras aguas  
que me dictuvieron  
doy mil alabanzas,  
pues por ellas vengo  
a escuchar que alcanza  
ser mi hermosura  
de ti celebrada,  
si bien me apercibe  
el honor que contabas  
que vencido amor  
muere mi esperanza.  
Que temple me dices  
la beldad que alabas:  
templa tú el rigor  
con que me maltratas;  
y si bien me quieres,  
no engañes al alma  
que sólo te adora,  
pues el ser tu esclava  
solamente estima,  
solamente halla  
por consuelo y gusto;  
pues cuando me hallara  
señora del mundo  
a tus fuertes plantas  
todo lo rindiera,  
porque más preciara  
siendo tu cautiva  
ser de ti estimada  
que todas las glorias,  
pues en ti se hallan,  
y fuera de ti  
todo el gusto acaba:  
todo me es tormento,  
todo me es desgracia,  
que más quiero ser  
cautiva en tu casa  
que con reyes moros



reina en el Alhambra.

M. ALFON. No más, hermosa Celinda;  
que si sola tu beldad  
eautiva la voluntad,  
¿a quién habrá que no rinda  
el verse de ti estimado  
con tantas muestras de amor?  
¿Pero qué es esto, valor,  
tal flaqueza habéis mostrado?  
¿Cuando fuisteis con mujeres...

(Sale VEGA.)

VEGA. Tan cerca pasa Fernando  
su ejéreito gobernando,  
que puedes verle si quieres.

M. ALFON. ¿Qué dices?

PALOMINO. Que está de aquí  
legua y media.

M. ALFON. ¿Con quién fuiste?

VEGA. Con Nuño; a quien causa diste  
para vengarse de ti.

Dijo al Rey que acá tenías  
una mora que adorabas,  
por quien del campo faltabas  
algunas noches y días.

Y que fingiste que entraste  
de Cabra en la sima, haciendo  
valor lo que fué fingiendo  
y en el tiempo la gozaste.

Que halló todos los soldados  
sin Capitán, espareidos.

M. ALFON. Los reyes tienen oídos  
para el bien y el mal guardados.

Ven conmigo, Palomino;  
la mano quiero besar  
al Rey.

VEGA. Bien puedes llegar,  
pues es tan breve el camino,  
y darle satisfacción.

M. ALFON. Vega.

VEGA. Señor.

M. ALFON. Tú nos guía.

VEGA. Vamos.

M. ALFON. La inoeneia mía  
volverá por mi opinión.

(Vanse.)

(Salen el REY, DON NUÑO y DON LOPE.)

D. NUÑO. Siempre os dije la verdad.

REY. De la razón se desvía  
quien los gobiernos confía  
del ingenio en poca edad.  
¿Mora en el campo y por quien

a su honor falta Martín?

D. NUÑO. Eso dicen, y que, en fin,  
no gobierna y quiere bien.

D. LOPE. Comenzó eon tal valor  
Martín Alfonso, que es cosa  
para mí difieultosa  
que su amor venza su honor.

Mas pues don Nuño lo afirma,  
así será la verdad,  
que lo jura su lealtad  
y su sangre lo confirma.

REY. ¿Quién pensara, Lope de Haro,  
que prometiera Martín  
a tal principio tal fin?

D. LOPE. En haber visto reparo  
hazañas de tal valor.

D. NUÑO. Yo hallé, señor, lo que digo;  
mas puesto que soy su amigo,  
sois vos mi Rey y señor.

REY. ¿Qué me aconsejáis?

D. NUÑO. Bien veis  
qué cuenta dió de la empresa.

D. LOPE. De oírle infamar me pesa.

D. NUÑO. Razón será que nombréis  
Capitán que traiga aquí  
esa gente, que si llega,  
mejor talaréis la vega.

D. LOPE. Señor, eseuchadme a mí.

REY. Deed.

D. LOPE. Escribid, señor,  
a Martín Alfonso; oíde,  
que al soldado más humilde  
es justicia, y no favor.

Dé razón de aquesta culpa.

REY. Cuerdamente procedéis.

D. LOPE. Mejor le castigaréis  
si la tuviere (1).

(Salen MARTÍN ALFONSO, VEGA y PALOMINO, de mo-  
ros.)

PALOMINO. ¡Alá, qui vi?

Mira bien cómo los hablas;  
con él están Lope y Nuño.

M. ALFON. A aquesta parte te aparta.

¿Oíráme el Rey desde aquí?

PALOMINO. ¿Eso dudas?

M. ALFON. Pues aguarda.—

¡Ah, caballeros del Rey

(1) Este pasaje está alterado. Este verso proba-  
blemente se escribiría así:

Si no tuviere disculpa.

El siguiente es verso incompleto del principio del  
romance.

de la Corona cristiana!  
 ; Ah, valerosos hidalgos,  
 que las banderolas blancas  
 partís con la Cruz del pecho!  
 REY. ¿Qué dices, moro? ¿A quién llamas?  
 ¿Vienes de paz o de guerra?  
 M. ALFON. ¿Pues no os lo dicen las armas?  
 De guerra vengo, cristianos;  
 que sabiendo que pasaba  
 el Rey a talar la vega,  
 salgo a decir que le engaña  
 el corazón valeroso,  
 que en el Reino de Granada  
 cien mil moros como yo  
 saben vibrar una lanza  
 y arroja esta suerte.  
 REY. ¿Qué quieres?  
 M. ALFON. Que al campo salga  
 Martín Alfonso de Córdoba,  
 el que llaman de la barba.  
 REY. Ese está sobre Archidona.  
 M. ALFON. Pues salga a probar mi espada  
 el bravo Pérez de Castro.  
 REY. Esc está en Martos, que acaba  
 de poblar de gente el fuerte.  
 M. ALFON. Pues salga Diego de Vargas  
 o don Tello de Meneses.  
 REY. Esos adelante pasan.  
 D. LOPE. ¿Moro eres noble?  
 M. ALFON. Yo soy  
 Bencerraje de Cartama.  
 D. LOPE. Y yo soy don Lope de Haro,  
 que soy señor de Vizcaya  
 y mayordomo del Rey.  
 M. ALFON. Contigo no quiero nada,  
 porque he cobrado afición  
 a tus famosas hazañas,  
 y ha días que te rendí  
 la voluntad y la espada.  
 ¿No hay otro que salga aquí?  
 REY. Habla, Nuño Pérez, habla.  
 D. NUÑO. ¿Quieres, moro, Nuño Pérez?  
 M. ALFON. Días ha que te buscaba  
 por fama de tu valor,  
 que has cobrado buena fama.  
 Dicen que eres consejero  
 del Rey.  
 D. NUÑO. Sí soy. Moro, aguarda:  
 retírese Vuestra Alteza.  
 REY. Desde aquellas peñas pardas  
 quicra ver el desafío.

(*Tocan, riñen y cae DON NUÑO.*)

VEGA. Aprieta tocan las cajas.  
 D. NUÑO. Valiente moro, no más.  
 ¿Qué has de ganar si me matas?  
 Yo estoy vencido: esto es guerra;  
 hoy por mí, por ti mañana.  
 Cien doblas te ha de valer  
 mi rescate.

M. ALFON. Nuño, calla,  
 que no te quiero matar.  
 D. NUÑO. Bien hablas lengua cristiana.  
 M. ALFON. Habla bien al Rey de mí  
 pues por envidias me agravias,  
 que yo soy Martín Alfonso,  
 el que llaman de la barba;  
 que si hoy te perdono aquí  
 te castigaré mañana.  
 Vamos, moros.

PALOMINO. ¡Vive Dios  
 que yo no le perdonara!

M. ALFON. Anda.

PALOMINO. Déjame.

M. ALFON. ¿Qué quieres?

PALOMINO. Darle cuatro cuehilladas.

M. ALFON. ¡Quita!

PALOMINO. No hay oro en azul  
 como en envidiosas caras.

(*Vanse, y sale el REY y DON LOPE.*)

REY.

No le dejéis matar.

(*Sale DON NUÑO.*)

DON NUÑO.

Ya el moro es ido.

REY.

¿Qué es esto, Nuño?

DON NUÑO.

El gran valor del moro,  
 que me pudo matar y dejó herido.

REY.

¡Seguidle!

DON NUÑO.

No conviene a tu decoro.

REY.

¿Pues ha de irse así?

DON NUÑO.

¡Fortuna ha sido!

(DON LOPE.)

Yo voy, señor, tras él.

REY.

Daré un tesoro  
porque le alcancen.

(DON LOPE.

¡Bravo moro!

(DON NUÑO.

Honrado;

yo quedo justamente castigado.

(*Vanse, y salen YASIMÍN y ZARO.*)

YASIMÍN.

Bien pudieras dejarme.

ZARO.

No he querido,  
pues vas de dos ejércitos cercado.

YASIMÍN.

¿Qué importa? Que por ver mi bien perdido,  
aquí quiero morir desesperado.

ZARO.

Ya, como hermano, tengo persuadido  
al granadino Rey, viendo el estado  
en que tengo la villa de Archidona,  
que venga con su ejército en persona.

Y que si no, pues no hay estratagema  
como la diversión, venga el furioso  
Muza, traiga a Albayaldos, y Zulema  
sobre Martos su ejército famoso.

YASIMÍN.

Zaro Benhalamar, ya no hay qué tema  
después que aquel cristiano vitorioso  
a mi Celinda tiene, pues es cierto  
que no le queda que temer a un muerto.

El carro de la noche coronado  
de estrellas tiene la mitad del cielo,  
y el de la luna cándida argentado  
rompe con su humedad montes de yelo:  
cuando la rosa aurora al sol dorado  
corra por cercos de oro el azul vello,  
estaremos a vista del cristiano  
batiendo el fresno en la robusta mano.

Salga el más bravo, el más feroz jinete  
que en rojo humor los acicates pinta,  
que corona de plumas el copete  
y que hasta la mitad la cola encinta,  
que yo le haré que el blanco pinabete  
herido manche de color distinta,  
y que Martín Alfonso, el de la Barba,  
cuerpos añada a la sangrienta barba.

(*Sale PALOMINO.*)

PALOMINO. No sé si voy bien o mal  
por esta arboleda espesa,  
perdido de mi señor  
que por esos montes queda.  
Por aquí siento ruido.

ZARO. ¿Quién va?

PALOMINO. ¿Quién quicren que sea?

¿No lo ven? Un moro soy.—  
Yo sé poco de la lengua,  
y aquéstos me han de coger.

ZARO. ¿Dónde vas desta manera  
y con tan oscura noche?

PALOMINO. Voy a llevar ciertas nuevas  
a Zaro, rey de Archidona.

ZARO. Pues yo soy: háblame; llega.

PALOMINO. ¡Pesía tal, perdido soy!

ZARO. ¿De dónde vienes?

PALOMINO. Quisiera  
saber si es verdad.

ZARO. ¿Qué dudas?

Yo soy; llégate más cerca:  
conmigo está Yasimín,  
Alí, Benzaide y Zulema.

PALOMINO. Son muy honrados.—Por Dios,  
que he caído de cabeza  
en otra sima de Cabra.

ZARO. ¿Cómo el Rey, mi hermano, queda?

PALOMINO. Señor...

ZARO. ¿Cómo está mi hermano?

PALOMINO. Cazando estaba cigüeñas  
en Dinadamar, señor.

ZARO. Caza entre los moros nueva.  
Dalisa, Zaida y Celinda,  
¿cómo quedan?

PALOMINO. Quedan buenas.  
Aunque Dalisa tenía,  
de achaque de unas ciruelas,  
un poco de sarna.

ZARO. ¿Cómo?

PALOMINO. No cra más de en las muñecas.

ZARO. ¿Sabe mi hermano que viene  
Martín Alfonso, y que cerca  
a Archidona?

PALOMINO. Ya lo sabe;  
pero la gente que esperas  
está cogiendo bellotas  
entre Córdoba y Lucena,  
y no la puede enviar.

ZARO. Yasimín, ¿cosas como éstas  
no te causan novedad?

PALOMINO. Cogido me han entre pueras.



¡Pobre Palomino! Aquí  
has de morir si no vuelas!

YASIMÍN. Di, moro, ¿cómo es tu nombre?

PALOMINO. ¿Mi nombre?

ZARO. Pues bien, ¿qué piensas?

PALOMINO. Mulcy Palomín me llamo.

YASIMÍN. ¿De dónde eres?

PALOMINO. De mi tierra.

ZARO. ¿Qué tierra? ¿No tiene nombre?

PALOMINO. ¿Pues no?

ZARO. ¿Cómo?

PALOMINO. Aquí me pescan.—  
De Motril soy.

ZARO. ¿De Motril?

Huélgome que de allí seas.

PALOMINO. Motrileño soy, señor,  
donde el azúcar se engendra.  
En Motril la caña dulce,  
cantaba siempre mi abuela,  
y en Málaga la patata.

YASIMÍN. ¿Cómo queda Abenhumeya?

PALOMINO. Nadando, señor, quedaba  
con Fátima en una acequia.

YASIMÍN. ¿Un hombre de noventa años?

El moro no me contenta.  
Zaro, escucha.

PALOMINO. Aquí me pescan.

(Salen MARTÍN ALFONSO, VEGA, y tras ellos DON LOPE.)

D. LOPE. Moro, dos leguas y media  
por alcanzarte he corrido,  
corrido de que pudieras  
vencer delante del Rey  
hombre de tan altas prendas.  
Saca la espada, que pienso  
llevar al Rey tu cabeza  
para vengar a don Nuño.

M. ALFON. ¿Quién eres, cristiano? Espera.

D. LOPE. Yo soy don Lope de Haro,  
si te importa mi nobleza.

M. ALFON. Y yo soy Martín Alfonso,  
que castigué la soberbia  
de don Nuño en este traje.

D. LOPE. ¡Deja que te abraze!

M. ALFON. Deja  
que yo te bese los pics.

D. LOPE. ¡Vive Dios, Martín, que ciegas  
la envidia con tu valor!

YASIMÍN. Mata ese moro, Zulaina,  
que debe de ser cristiano.

M. ALFON. Don Lope, celada es ésta.

D. LOPE. Cerremos, y sea quien fuere.

M. ALFON. ¿Quién va?

PALOMINO. ¡Norabuena vengas!  
Palomino soy, señor,  
a quien estos moros cercan.

M. ALFON. ¡Mueran, don Lope!

YASIMÍN. ¡Aquí, Zaro!

M. ALFON. ¡Ah, perro! ¿Defensa intentas  
donde está Martín Alfonso?

ZARO. ¿Martín dijo?

M. ALFON. ¿Y no le tiemblas?

(Métenlos a cuchilladas y vuelve a salir PALOMINO.)

PALOMINO. Palomino soy, galgazos,  
del palomar de la Iglesia.

## JORNADA TERCERA

(Sale MARTÍN ALFONSO.)

MARTÍN ALFONSO.

¡Arriba, valerosos castellanos!,  
que en los extremos desa blanca peña  
olimos de la sangre soberanos,  
ella laurel, España historia enseña;  
vosotros, de los montes asturianos  
reliquia y gloria, con la roja seña  
habéis de conquistar las Alpujarras  
y poner vuestro nombre en sus pizarras.  
Ea, fuertes soldados; ¿qué tesoros  
como la fama al inmortal camino?  
Yo soy Martín Alfonso.

(Sale PALOMINO.)

PALOMINO.

No son moros,  
sino demonios.

MARTÍN ALFONSO.

¿Qué hay, mi Palomino?

PALOMINO.

Sudando sangre los abiertos poros  
trepan al muro con valor divino  
tus valientes soldados.

MARTÍN ALFONSO.

Bien lo he visto:  
diamantes rompo, mármoles conquisto.

(Sale CELINDA.)

CELINDA. ¿Estás herido, mi bien?

M. ALFON. No vengo, Celinda, herido;

sólo de tu amor lo he sido,  
aunque de mi honor también.

DENTRO. ¡Aquí, valeroso Hacén!  
¡Aquí, Yasimín!

M. ALFON. El puesto  
les ganan.

PALOMINO. ¡Socorre presto!  
No te detengas, señor.

M. ALFON. Guerras de amor y de honor,  
¿dos contra mí? ¿Qué es aquesto?

CELINDA. Si quieres que yo mi vida  
aventure aquí por ti,  
¿qué más gloria para mí  
que verla por ti perdida?

M. ALFON. El alma, a tu vista asida,  
el honor que pierde teme.

PALOMINO. ¿Sufres que te abrase y queme  
la gente el Moro, señor?

M. ALFON. ¡Guerras de amor y de honor!  
¿Dos contra mí? Rendiréme.

CELINDA. Con ser mi patria, querría  
verte, Martín, vitorioso.

DENTRO. Ea, Zaro valeroso,  
hoy ha de ser nuestro día.

M. ALFON. Espera, Celinda mía.

PALOMINO. Mira que ya tu bandera  
el segundo asalto espera.

CELINDA. Hazme, cristiano, un favor.

M. ALFON. Guerras de amor y de honor,  
¡dejadme morir siquiera!

(Vase.)

CELINDA.

Junta las piedras amoroso el trato,  
y los pechos aquí permite apenas;  
quiere amor descansar de tantas penas  
y tócanle las armas a rebato.

Vestido el santo honor de su recato  
tiene las manos de laureles llenas,  
y abrasada la sangre por las venas  
llama el amor deste mi dueño ingrato.

¿Por qué me deja quien me tiene asida  
y soy de quien yo adoro despreciada?  
Y si me quiere bien, ¿por qué me olvida?

Si el honor se descuida, amor se enfada;  
que más quiero vivir aborrecida  
que bien querida para mal gozada.

(Salen MARTÍN ALFONSO y PALOMINO con arcabuces.)

M. ALFON. Escalas haced traer.

PALOMINO. Retira de aquí esta mora,  
porque es imposible agora

de otra manera vencer.

M. ALFON. Celinda, en aqueste asalto  
estriba todo mi honor:  
el ejército de amor  
está de soldados falto.

Aunque ya mi entendimiento,  
mi voluntad y memoria  
sólo pretenden la gloria  
deste honroso vencimiento.

Porque ¿a quién puedo vencer  
si no comienzo por mí?

Retírate, pues, de aquí  
y déjame acometer,

que vengo determinado  
a dar lugar a mi honor.

CELINDA. Era fingido tu amor,  
¡amor, al fin, de soldado!

No quiero impedir tu intento  
ni afeminar tu valor,  
pues dices que con tu honor  
viene ya tu entendimiento.

Y aunque no me previnieras  
ya estaba determinada,  
porque con alma forzada  
no quiero yo que me quieras.

(Vase.)

PALOMINO. Agora sí que podrás  
cumplir con tu obligación.

M. ALFON. Fué delante la razón  
y quedó el engaño atrás.

(De lo alto del muro YASIMÍN.)

YASIMÍN. Cristianos de la campaña,  
¿Martín Alfonso está ahí?

M. ALFON. Sí, moro, yo estoy aquí.

YASIMÍN. ¡Oh ilustre valor de España!

M. ALFON. ¿Quieres algo?

YASIMÍN. Aconsejarte  
que te vayas.

M. ALFON. ¿Pues por qué?

YASIMÍN. Estoy yo aquí.

M. ALFON. Bien, a fe. [Marte!

PALOMINO. ¡Qué Aquiles! ¡Qué Cid! ¡Qué

YASIMÍN. ¿No veis que soy Yasimín?

¿Cómo no me conocéis,  
si soy, como visto habéis,  
vuestra muerte, afrenta y fin?

M. ALFON. Por las espaldas te vi  
una noche, moro honrado,  
y así no estoy obligado  
a conoceros.

YASIMÍN. ¿Tú a mí?

M. ALFON. Si te nombraron huyendo,  
¿cómo lo puedes negar?

YASIMÍN. Una cosa es retirar  
y otra huír.

M. ALFON. Así lo entiendo.

Mas don Lope de Haro y yo,  
Vega y Palomino, fuimos  
quien a veinte acometimos.

YASIMÍN. Fué que Zaro imaginó  
que estábades en celada  
docientos o más; mas quicr  
que sepas que un caballero  
Bencerraje de Granada  
no nació para volver  
la cara a ningún cristiano.

M. ALFON. ¿Pues qué harás?

YASIMÍN. En ese llano  
lo verás.

M. ALFON. Bien puede ser.

YASIMÍN. Pero palabra has de darme  
que tú solo.

M. ALFON. No prosigas,  
porque no es razón que digas  
cosa que pueda afrentarme.

Ven, que, por vida del Rey,  
de matarte he solo yo.

YASIMÍN. ¿Tú sólo?

M. ALFON. ¿Y es mucho?

YASIMÍN. No;

pero si guardas la ley  
de caballero, esta almena  
tu cabeza mostrará  
antes de un hora.

M. ALFON. Sí hará,  
pero de laureles llena.

PALOMINO. Señor moro fanfarrón,  
¿sabe que habla con mi amo?

YASIMÍN. ¡Perros, Yasimín me llamo!  
Desviad el escuadrón  
y sabréis quién soy.

PALOMINO. Desvía

M. ALFON. ¿Qué quieres hacer?

PALOMINO. Tiralle.

M. ALFON. ¡Necio! ¿No es mejor proballe  
y saber su valentía?

PALOMINO. ¡Por el agua de la mar  
que no ha de reñir contigo!

M. ALFON. ¿Pues con quién?

PALOMINO. ¿Con quién? Conmigo,  
que le tengo de matar  
y presentar las orejas  
a la bella Inés, criada

de doña Aldonza.

M. ALFON. Esta espada  
quedara con justas quejas  
si fueras tú, Palomino,  
el dueño desta vitoria.

PALOMINO. Tuya ha de ser cuanta gloria  
se ofrece en este camino.

Necia es la mujer hermosa  
que pretende sin cuidado  
otra más hermosa al lado,  
más bien vestida y curiosa.

Por necio al valiente doy  
que anda de otro acompañado,  
como yo, pues que a tu lado  
no puedo ser lo que soy.

¿Quién hizo aquesto? Martín.

¿Quién mató? ¿Quién derribó?

Martín. ¿Quién entró y venció?

Martín. Todo es tuyo, en fin.

Basta, señor; que la fama  
tordo se ha vuelto por ti;  
Martín dice aquí y allí,  
y aun ella Martín se llama.

Mas dime, ¿saldrá este moro  
a caballo y recto acaso?

¿Ha de hacerle el vulgo paso,  
como hace en el coso al toro?

M. ALFON. El venga, y venga a su gusto:  
habrá más que despojar.

PALOMINO. No sé si te acierte a hablar,  
que temo darte disgusto.

M. ALFON. ¿Cómo?

PALOMINO. Murmurar oí  
que se vuelve el rey Fernando  
a Córdoba; estoy pensando  
que allá sienten mal de ti.

Finalmente, no has de hacer  
esta guerra con honor  
si no dejas la de amor,  
que te va echando a perder.

Muchas veccs pretendí  
persuadirte esta verdad:

vence ya tu libertad,  
y vitorioso de ti,

emprende, como gigante,  
el cielo, si es menester,  
que no has de poder vencer  
con esta mujer delante.

M. ALFON. ¿Eres tú quien habla?

PALOMINO. Sí

M. ALFON. Mejor dijeras mi honor.  
Resuélvete, loco amor,



que hoy has de acabar en mí.—

¿No es don Nuño quien murmura?

PALOMINO. Sí, señor.

M. ALFON. Pues parte luego  
y preséntale mi fuego  
en su divina hermosura.

Dile que no hallé persona  
más digna de su valor.

PALOMINO. ¿Búrlaste, señor?

M. ALFON. Amor,  
este desprecio perdona,  
que quiere mi honor quitar  
la causa a la envidia.

PALOMINO. El cielo,  
reconocido a tu celo,  
mil victorias te ha de dar.

A Nuño a Celinda llevo,  
que será joya bien nueva  
y de tu valor gran prueba.

M. ALFON. Esto a mí mismo me debo.

¿Pero sabrásle decir  
la causa porque la envió  
sin que ofenda el honor mío?

PALOMINO. Bien le sabré persuadir.

Tú verás como le hago  
una elegante oración,  
con que tu ilustre opinión  
y a su envidia satisfago.

No es mi pluma tan bisoña;  
mayores conceptos pare;  
lo que de ingenio faltare  
supliré de carantoña.

Déjame hacer.

M. ALFON. Parte.

PALOMINO. Voy.

(*Vase.*)

M. ALFON. Guerras de amor, esto es hecho:  
parecéis a las que hacían  
los ángeles en el cielo;  
que como pasó sin armas,  
con sólo el entendimiento,  
así queréis que en el mío  
haga esta guerra mi pecho.  
Salga el general amor  
a la campaña soberbio,  
por sus capitanes lleve  
la esperanza y el deseo.  
Forme escuadrón el engaño,  
sargento mayor, y luego  
marche en media luna el campo,  
de sus mudanzas ejemplo.

Varias imaginaciones,  
infantes de mis tormentos,  
formen la cabeza, y vayan  
al lado diestro y siniestro  
otros tantos de mis ansias  
en cuadro, dándole al tiempo  
la bandera entre alabardas,  
que sobre color de celos  
lleve por armas un rayo,  
que de pirámide el seso  
centellas haciendo y jaspes,  
corte las alas al viento.  
Por otra parte mi honor,  
experimentado y diestro,  
forme un escuadrón en cuadro,  
que cuadre el entendimiento.  
La virtud, la fortaleza,  
que tienen valor supremo,  
como capitanes vayan,  
y como alférez, en medio,  
el cuidado, que mil vidas  
se deje quitar primero  
que aventurar por descuido,  
por violencia y por provecho  
la bandera de la fama,  
que traiga en un verde velo  
mil lenguas y ojos pintados,  
con un letrado diciendo:  
“Tantos miran, tantos hablan”,  
para que sepa el discreto  
que están mirando el honor  
con vivos ojos mil necios.  
Acérquense, pues, los dos,  
marchando con buen concierto,  
y fuera de la batalla  
los atambores de celos,  
que siempre causan ruido,  
vengan con amor, sin miedo;  
los del honor también vengan,  
llamados fama y ejemplo,  
y en estando frente a frente  
diga el honor: ¡Caballeros:  
al arma, al arma! ¡Santiago,  
cierra España! ¡Al arma! ¡A ellos!

(*A estas voces salen SOLDADOS, con las espadas desnudas.*)

SOLD. 1.º ¿Dónde es el arma, señor?

¿Salieron moros? ¿Qué es esto?

SOLD. 2.º Aquí vienen las escalas.

M. ALFON. ¿Hay más notable suceso?

Estaba yo fabricando

dentro de mi entendimiento  
guerras de amor y de honor,  
y a estas voces acudieron;  
pero quiero aprovechar  
este valiente deseo,  
que, por dicha, no sin causa  
sus ánimos mueve el cielo.—  
Esperando a Yasimín  
detuve el asalto, y creo  
que le ha detenido el rey,  
si hay rey que se llame miedo.  
El no viene; esas escalas  
poned al muro.

SOLD. 1.º                    Hoy haremos  
                                  alas del valor.

M. ALFON.                    ¡Al arma!  
                                  ¡Ea, soldados!

SOLD. 2.º                    ¡Ah, perros!

*(Tocan, suben al muro, y desde arriba tiran, y luego sube MARTÍN ALFONSO con la bandera, y la pone sobre el muro.)*

M. ALFON. ¡Archidona por Fernando!  
                                  Esta bandera y trofeo  
                                  pongo en el muro. ¡Vitoria!

TODOS.                    ¡Vitoria!

M. ALFON.                    ¡Amor, defendeos!

*(Vase, y sale el REY y DON LOPE.)*

REY.

Mi venida le ha dado salud.

DON LOPE.

Fuera  
vuestra ausencia, señor, causa bastante  
a que en la Reina mi señora hiciera  
mayor efeto el mal.

REY.

¡Moro arrogante,  
espérame a la nueva primavera,  
porque siendo a los tiempos semejante,  
pienso entonces cortar con esta espada  
la verde rama en flor de tu Granada!

DON LOPE.

Nunca, señor, le he dicho a Vuestra Alteza  
lo que me sucedió con aquel moro.

REY.

No volver, Lope, vos con su cabeza,  
mi silencio venció vuestro decoro.

DON LOPE.

La virtud, gran señor, la fortaleza,

la valentía, que no compra el oro,  
siempre en Martín Alfonso ha respetado:  
sabad que fué aquel moro disfrazado.

REY.

¿El que a Nuño venció?

DON LOPE.

Con aquel traje  
vino, señor, a castigar su envidia;  
alcancéle a dos leguas del ejército,  
y sacando la espada, me recibe  
con los brazos y el nombre.

REY.

¡Honrado hidalgo!

(DON LOPE.

Pues sucedió que Yasimín y Zaro  
salieron de Archidona con intento  
de hacer alguna presa en los cristianos,  
y tenían ya preso a Palomino;  
no sé si dél se acuerda Vuestra Alteza.

REY.

Conózcole muy bien.

DON LOPE.

Pues dando en ellos,  
llegamos a los muros de Archidona,  
volviéronles las yeguas, y las yeguas,  
cual viento exceden, andaluzas leguas...

REY.

Nuño viene; callad.

DON NUÑO.

De las fronteras,  
invictísimo Príncipe, han venido  
nuevas que todos andan vitoriosos;  
volvióse Reduán, que defendía  
la entrada de la vega de Granada,  
luego que supo el brío de tu espada.

REY.

¿Qué hay, Nuño, de la guerra de Archidona?  
¿Sabéis alguna cosa?

DON NUÑO.

Es imposible  
que la pueda rendir Martín Alfonso:  
él es un buen soldado, no lo niego;  
dióle el Adelantado su apellido,  
mas no le pudo dar su entendimiento.  
Allá tiene una mora, ¡qué baja!,  
que le olvidó de aquella fortaleza

con que metió por la mejilla el peine,  
mas no hay lugar donde el amor no reine.

REY.

¿Mora un cristiano?

DON NUÑO.

No es razón que ignores  
que aquestos pueden ser solos amores.

REY.

Pésame mucho.

DON LOPE.

¡Extraña envidia tiene!

DON NUÑO.

O morir, o paciencia me conviene.

(Sale CELINDA y PALOMINO con una caja.)

PALOMINO. Aquí está el Rey, y me pesa;  
pero besarás su mano.

CELINDA. ¿Qué puedo temer, cristiano,  
cuando todo mi bien cesa?  
¿Quién hiciera tal crueldad?  
¿Quién me enviara?

REY. ¿Qué es esto?

PALOMINO. Palomino, que está puesto  
al pie de tu Majestad.

REY. Seas bien venido, pues.  
¿Qué hay de Martín, tu señor?

PALOMINO. Que en honra de tu valor,  
pondrá Granada a tus pies.

REY. ¿Vienes dirigido a mí?

PALOMINO. A Nuño, señor, buscaba,  
a quien Martín me enviaba,  
después de besarte a ti  
en su nombre pies y manos.

D. NUÑO. ¿Pues qué me quieres?

PALOMINO. Martín,  
temor de moros al fin  
como valor de cristianos,  
te envía esta bella mora  
por presente desta guerra,  
cuya hermosura esta tierra  
por cosa no vista adora,  
y este freno de caballo,  
que dicen que es el mejor  
en el precio y el valor  
que tuvo rey ni vasallo.

D. NUÑO. ¿Freno de caballo a mí?

PALOMINO. ¿No es presente para dar  
a un caballero?

D. LOPE. Enfrenar

pretende su envidia así.

D. NUÑO. Dile a Martín que agradezco  
la mora y el freno.

PALOMINO. Son  
para una misma ocasión.

D. NUÑO. Lope, la esclava os ofrezco  
para doña Aldonza de Haro.

D. LOPE. Bésoos las manos.

D. NUÑO. El freno  
no sé para quién es bueno.

D. LOPE. Su valor y precio es raro.

REY. Palomino.

PALOMINO. Gran señor.

REY. ¿Que ha hecho Martín de mi espa-

PALOMINO. No la ha tenido envainada, [da?  
ni en olvido tanto amor.

A estas horas ya seréis  
señor de Archidona.

REY. El cielo  
le dé su favor.

PALOMINO. El celo  
de Martín agradecéis;  
pero si no la ha tomado  
será por faltarle yo.

REY. ¡Gran soldado!

PALOMINO. No salió  
de Madrid mejor soldado.

REY. Dile a Martín, Palomino,  
que agradezco su buen celo.

PALOMINO. ¡Mil años te guarde el cielo,  
Cid de la Iglesia divino!

REY. No te vayas sin llevar  
una carta, y dente a ti  
veinte doblas.

(Vase.)

PALOMINO. Será en mí  
voluntad y amor doblar,  
aunque no lo será doble.

D. LOPE. Palomino, di a Martín  
que soy suyo.

PALOMINO. Sois, en fin,  
de aquesta tierra más noble  
de España, señor.

D. LOPE. Tu nombre,  
mora hermosa?

CELINDA. Basta esclava.

D. LOPE. Di.

CELINDA. No sé.

D. LOPE. ¡Dile ya; acaba!

CELINDA. Celinda.

D. LOPE. Mora hermosa, no te asom-  
el serlo de la braveza [bre



mayor que Castilla tiene.  
 CELINDA. Con su nobleza conviene;  
 causas tiene mi tristeza  
 que cualquiera dellas puede  
 matarme.  
 D. LOPE. Vente conmigo.  
 (Vase.)  
 D. NUÑO. Oyes, Palomino amigo.  
 PALOMINO. El nombre, señor, excede  
 a mis méritos, que soy  
 tu esclavo.  
 D. NUÑO. ¿A qué efeto a mí  
 me envía tu dueño aquí  
 su esclava?  
 PALOMINO. Seguro estoy  
 que fué reconocimiento  
 de lo que sabe que os debe,  
 causa principal que mueve  
 para serviros su intento.  
 D. NUÑO. La esclava es prenda de amor;  
 pero un freno...  
 PALOMINO. No os dé enojos,  
 que reparte los despojos  
 de la guerra de su honor.  
 Y si el freno os ha tocado,  
 debe de ser porque vos  
 le pongáis a más de dos  
 que en su ausencia han murmurado.  
 Yo no entiendo alegorías:  
 sé que es freno, y que hay aquí  
 quien le merece.  
 D. NUÑO. De mí  
 se informa el Rey muchos días,  
 y él sabe lo que le digo.  
 PALOMINO. Así lo entiende Martín:  
 que sois noble y sois, en fin,  
 su más verdadero amigo.  
 D. NUÑO. Conmigo a escribirle ven.  
 PALOMINO. Agravios le satisfacen,  
 que los enemigos hacen  
 que vivan los hombres bien.

(Vanse, y salen DOÑA ALDONZA y CELINDA.)

D.<sup>a</sup> ALDON. Puesto que a Nuño agradezco,  
 mora, el haberte enviado,  
 ya de lo que me has contado  
 más que me alegre entrístezco.  
 ¿Pero cómo te casabas  
 con Yasimín a tu gusto,  
 y con deseo tan justo  
 a Archidona caminabas,  
 y le olvidaste tan presto?

CELINDA. Porque el divino valor  
 de Martín halló en mi amor  
 el camino más dispuesto.

D.<sup>a</sup> ALDON. ¿Luego el ajeno deseo  
 a su amor te dió ocasión?

CELINDA. Si le vieras, con razón  
 que me disculparas creo.

Que armado de acero y ante,  
 dijeras, viendo a Martín,  
 que venía un serafín  
 entre nubes de diamante.

Así le pinta la guerra  
 a Marte en humano velo,  
 cuando es estrella en el cielo  
 que no soldado en la tierra.

Pues si tras esto me dió  
 de su alma tanta parte,  
 de amar a Martín o a Marte  
 ¿qué culpa te tengo yo?

D.<sup>a</sup> ALDON. Martín Alíonso, en efeto,  
 te amó tanto?

CELINDA. Fué locura.

D.<sup>a</sup> ALDON. Merécelo tu hermosura;  
 pero no fué amor perfeto,  
 pues a Nuño te envió.

CELINDA. Dicen que era su enemigo,  
 y que a la envidia conmigo  
 vista y engaños cegó.

Que como de los enojos  
 del toro el hombre se escapa,  
 serví a la envidia de capa  
 para cegalle los ojos.

D.<sup>a</sup> ALDON. Retírate, que después  
 hablaré en tu libertad.

CELINDA. Cautiva la voluntad,  
 el alma también lo es.

Piérdanse humanos tesoros;  
 más quiero (pues que son vanos)  
 ser cautiva entre cristianos  
 que ser señora entre moros.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> ALDON. ¡Qué bien Martín ha estimado  
 en mi ausencia mi listón,  
 por cumplir la obligación  
 de ser amante y soldado!

Pero aquesta mora miente,  
 pues a Nuño se la envía,  
 aunque ésta fué bizarría  
 de un corazón tan valiente.

¡Ay, amor, y qué cobarde  
 esta flaqueza te encuentra!

(Sale DON LOPE.)

D. LOPE. ¿Sabes como dicen que entra  
Martín Alfonso esta tarde?

D.<sup>a</sup> ALDON. ¿Viene vencido?

D. LOPE. ¿Vencido?  
¡Vitorioso!, y con tal fama,  
que el invencible se llama  
sobre el famoso apellido  
que Córdoba dió a su padre.

D.<sup>a</sup> ALDON. Voile a ver entrar.

(Vase.)

D. LOPE. Verás  
que no pudo honrarle más  
España, su ilustre madre.  
Con peregrina afición  
a aqueste hidalgo he mirado.

(Sale el REY y DON NUÑO.)

REY. Martín Alfonso ha llegado.

D. NUÑO. Y de las cajas el son  
el Betis vicne alterando  
por donde está más dormido;  
licencia, scñor, te pido  
para partirme en llegando,  
que me envían a llanar  
de mi tierra.

REY. No es razón  
iros en esta ocasión,  
que daréis que murmurar.

D. NUÑO. ¿Yo, señor?

REY. Aquesto basta.

D. NUÑO. Y basta ser gusto vuestro,  
forzado contento nuestro.

REY. ¿La envidia qué no contrasta,  
qué no vence, qué no ofende?

D. LOPE. Ya viene Martín, señor.

REY. ¿Tenéisle amor?

D. LOPE. Grande amor.

D. NUÑO. El Rey mi afrenta pretende.

(Tocan, y salen YASIMÍN, ZARO, MARTÍN ALFONSO,  
PALOMINO y gente.)

M. ALFON. Dame, invictísimo Rey,  
los pies.

REY. ¡Los brazos, Martín!

M. ALFON. Llegad, Zaro y Yasimín.

ZARO. Fernando, honor de tu ley,  
aquí está el Rey de Archidona.

YASIMÍN. Y aquí Yasimín el bravo,  
de Martín Alfonso esclavo  
en gloria de tu Corona.

REY. ¿Al fin, Zaro, las grandezas  
por la Condesa han cesado?

ZARO. Este invencible soldado  
fué laurel de tus grandezas.

PALOMINO. ¿Y Palomino no es nada?

REY. ¡Oh, Capitán!

PALOMINO. De tu boca  
vive el cielo que me toca  
ser un Héctor por la espada.

REY. Pues, Martín, la que yo os di,  
¿qué la habéis hecho?

M. ALFON. Señor,  
en fe de vuestro valor  
veinte mil moros vencí.  
Rendí a Zaro, a Yasimín (1),  
siete banderas, en fin,  
a vuestras plantas postré.

Poned los pies en sus lunas,  
pues sois de Castilla el sol.  
REY. Vos, Hércules español,  
con más famosas columnas  
que las que él en Cádiz puso.

M. ALFON. ¿Queréisme oír?

REY. Ya que os veo,  
¿qué he de oír?

M. ALFON. Sólo el deseo  
que a serviros me dispuso.

Entre las villas, señor,  
que rendí con vuestra espada,  
adorando en sus mezquitas  
la Cruz de la Iglesia santa,  
fué Cabra, lugar famoso;  
y por la sima de Cabra,  
celebrada y aun temida  
entre los moros de España,  
quise ver aquel secreto:  
saqué, señor, de la vaina  
el acero, que por vos  
ánimo y valor me daba.  
De fuego y humo cubierto  
entré, donde vi una sala  
con la quietud que si fuera  
vuestro toledano Alcázar.  
“¡Oh tú, cristiano valiente  
(me dijo una voz, que hablaba  
en un fantástico moro  
cubierto de tocas blancas),  
mira estas paredes, mira,  
a quien y por quien aguardan

(1) Falta el primer verso de esta redondilla, que diría:

A Archidona conquisté,  
o cosa parecida.

los cielos que destos reinos  
 echen la gente africana.”  
 Entonces miré los lienzos  
 que la alta sala adornaban:  
 en Guadalete a Rodrigo,  
 huyendo de la batalla;  
 llegar los moros con ira  
 a Galicia y las montañas,  
 de quien Pelayo salía,  
 y de su tronco estas ramas:  
 Favila, Alfonso, Fruela,  
 Aurelio, Sylva, el que llaman  
 Alfonso el Casto, Ramiro,  
 Ordoño y el que la fama  
 con nombre de Magno Alfonso  
 a las estrellas levanta;  
 García, Ordoño Segundo,  
 que la alta línea propaga;  
 otro Alfonso, otro Ramiro,  
 gran libertador de España;  
 Ordoño Tercero y Cuarto,  
 que tanto este nombre ensalzan;  
 Sancho y Ramiro Tercero,  
 Bermudo, Alfonso, y con armas  
 de furor otro Bermudo;  
 Fernando, el que rey se llama  
 de Castilla, y otro Alfonso  
 Séptimo, que nombre alcanza  
 de Emperador por sus hechos,  
 que la misma envidia alaba.  
 Luego aquel Sancho por quien  
 fué Calatrava fundada;  
 Enrique, y vos, gran señor,  
 cuya prosapia se alarga  
 con nuevos reyes a un Rey  
 que en nombre y dicha os iguala,  
 cuya hija, Juana en nombre,  
 con un Archiduque de Austria  
 casada, nos dará un hijo  
 que a dos Filipos nos daba.  
 Y aunque es verdad que el Fernando  
 que os dije y su esposa cara,  
 que se llamará Isabel,  
 conquistarán a Granada,  
 no por eso el fiero moro  
 perdía las esperanzas  
 de volver a ser su dueño,  
 llena España desta infamia,  
 que el echar de todo punto  
 los moros della guardaba  
 el cielo para un Filipo,  
 gloria de Austria y sol de España.

Este, no vos ni otro alguno,  
 si bien Sevilla os aguarda  
 para triunfo y laurel vuestro,  
 al Africa, a Italia, a Francia,  
 los echará para siempre  
 y él cobrará eterna fama.  
 Luego en retratos, señor,  
 vi por la espada y la lanza  
 Vegas, Córdoba, Mendozas,  
 dar gloria y nombre a sus casas,  
 y entre ellos un mozo ilustre,  
 maestre de Calatrava,  
 Girón en nombre, que a Osuna  
 dió inmortales alabanzas.  
 Visto aquesto, al punto oí  
 que dijo ciertas palabras  
 con que me puso a la puerta  
 de la cueva y dijo: “Marcha,  
 y cuéntale al rey Fernando  
 lo que has visto y lo que pasa,  
 que prosiga su intención,  
 que suya será Granada.”  
 No quise ver más, temiendo  
 campos que sin dueño marchan,  
 y rindiendo aldeas y villas  
 llegué a Archidona, que estaba  
 prevenida con las nuevas;  
 pero asaltos, fuerzas, armas  
 y desta espada el valor  
 pusieron en sus murallas  
 vuestra bandera real.  
 Reyes puse a vuestras plantas,  
 con el bravo Yasimín,  
 bencerraje de Granada.  
 Todo, al fin, me fué posible,  
 que ayudando mi esperanza  
 vuestro valor emprendiera  
 de Alejandro las hazañas.  
 Lo que no he podido hacer  
 es cortar, ¿pero quién basta?,  
 la lengua a la fiera envidia,  
 nacida de vuestra gracia:  
 pero si prosigue en ser  
 sombra de mi justa fama,  
 la defensa es ley divina,  
 la envidia es flaqueza humana.

REY.

Quien os quisiera mal esté seguro  
 que perderá mi gracia; mas yo creo  
 que ningún corazón habrá tan duro  
 viendo vuestra virtud, honra y trofeo.



Ensalzar nuestra santa ley procuro,  
y todos tienen el mismo deseo.  
¡Dichoso aquel Filipo cuya hazaña  
los moros echará de toda España! (1)  
Yo os honraré, Martín, y será presto.

MARTÍN ALFONSO.

¿Qué más honra, señor, que vuestra gracia?

DON NUÑO.

En más afrenta que hasta aquí me he puesto,  
y del Rey por lo menos en desgracia.

REY.

Zaro.

ZARO.

Invicto señor.

REY.

Siempre he propuesto  
castigar la rebelde pertinacia  
a premiar la lealtad. Venid conmigo.

ZARO.

El veros con venganza fué castigo.

(Vase.)

M. ALFON. No te pese, Yasimín,  
de verte en esta ciudad.

YASIMÍN. No es perder la libertad  
el ser tu esclavo, Martín.

M. ALFON. Pues vive contento y fía,  
que soy noble hasta en veneer.

YASIMÍN. Claro está que has de tener  
como valor cortesía.

(Vase.)

M. ALFON. Nuño amigo.

D. NUÑO. Ya esperaba  
que te acordaras de mí.

M. ALFON. Nunca me olvido de ti.

D. NUÑO. Aquí, Martín, celebraba  
tus hechos con Palomino.

PALOMINO. Así es verdad, gran contento  
le ha dado tu vencimiento.—  
A la trocada imaginó.

M. ALFON. Vete con el Rey, que quiero  
hablar a don Lope de Haro,  
que ha sido, Nuño, mi amparo,  
al fin como caballero.

Que esto de envidia y hablar

mal de ausentes es flaqueza.

D. NUÑO. Agradezco a tu nobleza  
la esclava.

M. ALFON. No hay que tratar  
de darme agradecimiento  
por lo que es obligación,  
conociendo tu afición  
y tu noble pensamiento.  
¿El freno no te agradó?

D. NUÑO. Está bueno; ya lo vi.

M. ALFON. Y por ser digno de ti  
en tu gusto se empleó.

PALOMINO. ¡Qué bien le asienta la mano!

D. NUÑO. Ahora bien, guárdete Dios.

(Vase.)

D. LOPE. ¿Podremos hablar los dos,  
conquistador africano?

M. ALFON. Ese nombre es vuestro sólo:  
vos sólo le merecéis.

D. LOPE. El que vos, Martín, tenéis  
llegará de polo a polo.

Notable gusto me ha dado  
ver vuestro heroico valor.

M. ALFON. Es muy propio dar honor  
de quien está tan honrado.

Ruin gente siempre deshonra  
y en ausencia se deslengua,  
siendo hija la buena lengua  
de la virtud y la honra.

D. LOPE. Abreviando de razones,  
Martín, yo quiero casaros.

M. ALFON. De vuestra mano, señor,  
¿qué más dicha?

D. LOPE. Habéisme dado  
tal gusto con la persona,  
con el proceder bizarro,  
con la dicha en las vitorias  
y con la espada en la mano,  
que os tengo de dar mi hija:  
hoy doña Aldonza de Haro  
ha de ser vuestra mujer.

M. ALFON. Por el respeto que os guardo,  
por ser señor de Vizcaya,  
por ser deudo de Fernando,  
mayordomo de su casa  
y general de su campo,  
no os respondo con la espada,  
pero soy también hidalgo  
como vos.

D. LOPE. Martín Alfonso,  
no me burlo, no os engaño:

(1) Esto hizo Felipe III en 1610: de este año  
será esta comedia, pues el suceso debía de ser re-  
ciente para recordarlo el poeta con tanta insistencia.

¿tenéis vos más que ser pobre?  
no es pobre el que va ganando  
por las armas tanto honor,  
y el señor Adelantado  
vuestro padre, que Dios tiene,  
fuera de ensalzarle tanto  
sus hechos, fué un caballero  
tan noble, que nos honramos  
yo y mi casa con la suya.

M. ALFON. ¡Dadme mil veces las manos!,  
y perdonadme, señor,  
que el ser yo vuestro vasallo  
y el primero que ha tenido  
de Córdoba el nombre claro,  
me dió la desconfianza  
que visteis.

D. LOPE. Sois tan gallardo,  
que todas vuestras acciones  
son de Alejandro retratos.  
Yo voy a que con secreto  
sepan mis deudos que os hago  
señor de Vizcaya y mío.

(Vase.)

M. ALFON. Vuelvo a besaros las manos.

(Sale DOÑA ALDONZA.)

D.<sup>a</sup> ALDON. A tal vitoria bien puedo  
tomar licencia de daros  
el parabién.

M. ALFON. Con mostraros  
la obligación en que os quedo,  
en el silencio turbado,  
cumpliré mi obligación.

D.<sup>a</sup> ALDON. Yo hago lo que es razón;  
vos seáis muy bien llegado.

M. ALFON. Tendré a dicha que os sirváis  
de los despojos y el dueño.

D.<sup>a</sup> ALDON. Para vos es don pequeño  
y mucho a mí me obligáis.

M. ALFON. Mirad de cuanto he ganado  
qué os agrada.

D.<sup>a</sup> ALDON. Un Bencerraje,  
Martín, que traéis cautivo,  
que fué de Archidona alcaide.

M. ALFON. El es dichoso en ser vuestro.—  
Palomino.

PALOMINO. Señor.

M. ALFON. Parte  
por Yasimín.

PALOMINO. Voy por él.

D.<sup>a</sup> ALDON. Sabed que quiero casarle

con una esclava que tengo.

M. ALFON. Serélo yo de quien antes  
lo he sido y della también.

D.<sup>a</sup> ALDON. Ve tú por ella.

M. ALFON. No sabe  
mi lengua con qué pagaros  
obligaciones tan grandes.

D.<sup>a</sup> ALDON. Las mías lo son, Martín,  
aunque con quejas bastantes,  
de vuestro agradecimiento.

M. ALFON. Bien puede ser que os engañen.

D.<sup>a</sup> ALDON. ¿Qué habéis hecho a mi listón?

M. ALFON. Por estar bañado en sangre  
entre unas plumas que ataba,  
le di, señora, una tarde  
a guardar a Palomino:  
yo haré que luego le saque.

(Sale por una puerta PALOMINO y YASIMÍN, y por  
otra el CRIADO y CELINDA.)

PALOMINO. Aquí viene Yasimín.

CRIADO. Y aquí Celinda.

CELINDA. Aquí estoy  
a tu servicio.

YASIMÍN. Yo soy  
tu esclavo, ilustre Martín.

M. ALFON. ¡Cielos! ¿Qué veo? ¿No es ésta  
Celinda?

CELINDA. ¿Aqueste no es  
Yasimín?

M. ALFON. Llega a sus pies.

D.<sup>a</sup> ALDON. Y tú a servirle dispuesta.

(Sale el REY y DON NUÑO.)

REY. ¿Sábeslo de cierto?

D. NUÑO. Sí,  
que ya tratándole quedan,  
y aun me dicen que está hecho.

REY. ¡Que Lope de Haro se atreva  
a hacer cosa semejante!

PALOMINO. El Rey viene.

M. ALFON. Enojo muestra.

PALOMINO. Más que anda Nuño en la danza.  
Pues, por Dios, que destas nuevas  
ha de llevar algún porte  
que le duela la cabeza.

REY. Zaro, la mayor hazaña  
de los Reyes que celebra  
la verdad, la edad, la historia,  
es perdonar las ofensas:  
hoy irás libre a Granada.

ZARO. ¡Vivirá tu fama eterna  
con el tiempo!

(Sale DON LOPE y gente.)

- D. NUÑO. Aquí está  
don Lope, y su casa es ésta.
- D. LOPE. Dijéronme, gran señor,  
que me llama Vuestra Alteza.
- REY. Lope, algún enojo tengo.
- D. LOPE. Vuestro semblante lo muestra,  
que solía ser benigno  
con quien serviros desea.
- REY. Dícenme que habéis casado  
vuestra hija, y sin licencia  
mía, con Martín Alfonso;  
que cuando Martín no fuera  
vuestro vasallo, era justo  
que vuestro Rey lo supiera.
- D. LOPE. Si verdad, señor, os digo,  
yo temí que Vuestra Alteza  
antes que yo le casara;  
y por su antigua nobleza  
le he querido dar mi hija,  
que es lo que mi amor desea,  
por su virtud y valor.
- REY. Es muy discreta respuesta;  
no quiero enojarme, Lope,  
porque sé que no es soberbia  
honrar méritos de un hombre  
que los tiene en las estrellas:

dense las manos, que yo  
soy su padrino.

- M. ALFON. Quien llega  
a tanta dicha, ¿qué aguarda?
- D.<sup>a</sup> ALDON. Quien os merece ¿qué espera?  
Yasimín, pues ya me han dado  
a Celinda, hoy será vuestra.
- YASIMÍN. Yo os prometo mi rescate.
- CELINDA. Al cabo de mis tormentas  
vine a ser tuya.
- PALOMINO. Señor,  
¿y Palomino se queda,  
por no haber aquí criada,  
a la luna de Valencia?
- D. LOPE. Una te doy, con dos villas  
de dote, en mi hidalga tierra.
- PALOMINO. He aquí señor de vasallos  
a Palomino.
- M. ALFON. El poeta  
desta verdadera historia  
la primera parte deja  
y a la segunda os convida,  
que aun en materia de guerra,  
por ser de amor y de honor,  
serviros, cual siempre, intenta.

FIN.



COMEDIA FAMOSA

DE

EL HAMETE DE TOLEDO

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

DON JUAN CASTELVÍ.  
 BELTRÁN, *lacayo*.  
 DOÑA JUANA.  
 DON FRANCISCO.  
 DON LUIS.  
 FINARDO.  
 LEONELO.  
 DON CRISTÓBAL.  
 RUSTÁN.  
 SALECO.  
 AMETE.  
 Un FRAILLE.  
 ZARO.

ZAYDE.  
 Un MOLINERO.  
 Tres LABRADORES.  
 BRAZAYDA.  
 DALIMA.  
 ARGELINA.  
 El LICENCIADO HERRERA.  
 LAURENCIO.  
 MÚSICOS.  
 DON MARTÍN.  
 PÁEZ.  
 Tres VILLANOS.

*Dos* ALCALDES *villanos*.  
 GASPAR SUÁREZ.  
 DOÑA LEONOR.  
 Una CRIADA.  
 RIBERA.  
 CORRERA.  
 Un hermano de GASPAR SUÁ-  
 REZ.  
 Cuatro CABALLEROS.  
 El CORREGIDOR.  
 El CAPITÁN GUEVARA.  
 El ALCALDE MAYOR (1).

ACTO PRIMERO

(*Salen DON JUAN CASTELVÍ, del hábito de San Juan, de noche, y BELTRÁN su lacayo, con broqueles, y los MÚSICOS.*)

D. JUAN. Aquí canten, por mi vida.  
 BELTRÁN. Nunca en noche de San Juan  
 buenas músicas se dan.  
 D. JUAN. Estoy, Beltrán, de partida.  
 Es de San Juan esta cruz,  
 patrón de mi religión;  
 de Juana los ojos son  
 que dan a esta noche luz,  
 y ella es también de San Juan.  
 BELTRÁN. A ser aquestos galanes  
 que han de cantar también Juanes,  
 y llamarse Juan Beltrán,  
 y tener todos juanetes,  
 era linda juanería.  
 D. JUAN. Dulce doña Juana mía,  
 que por tus ojos prometes

ser leal en esta ausencia,  
 mira que tus ojos juras,  
 y advierte si te perjuras  
 que ha sido poca prudencia  
 aventurarte a dos cielos:  
 dos cielos tus ojos son.  
 BELTRÁN. Dulce Beatriz, que en prisión  
 de mi amor y de tus celos  
 tienes al pobre Beltrán,  
 pues juras ser firme ausente,  
 mira que quien jura y miente  
 en la noche de San Juan  
 las brujas que los helechos  
 pacen, las chupan después  
 por todo el año; no des  
 a tales bocas tus pechos.

D. JUAN. Canten, señores, que ya  
 está la calle sin gente.  
 BELTRÁN. ¿Hay buena letra?  
 MÚSICO. Excelente.  
 BELTRÁN. ¿De qué trata?  
 MÚSICO 2. El lo verá.  
 BELTRÁN. Dígolo porque me holgara

(1) Intervienen otras varias personas, aunque hablan poco.

MÚSICO. que algo de Beatriz dijera.  
 ¡Qué buena discreción fuera  
 que a doña Juana igualara!

BELTRÁN. ¿No voy con mi amo yo,  
 y aun delante, que es más?

MÚSICO. Sí.

BELTRÁN. ¿Pues por qué no ha de ir ahí  
 Beatriz?

MÚSICO. ¿Cantando? ¡Eso no!

BELTRÁN. Si no me hiciera poeta  
 digan que estoy sin juicio.

MÚSICO 2. Eso postrero es indicio.

BELTRÁN. Es enfermedad discreta.  
 Mas tengo lo más andado,  
 si este buen oficio tomo,  
 para ser poeta.

MÚSICO. ¿Cómo?

BELTRÁN. Soy muy pobre y desdichado.  
 Si voy camino y me dan  
 mula, es lerda, trota y tira  
 coces, que la gente admira;  
 tras mí por verla se van.  
 Su coz al estribo, o dos,  
 cuando pongo en él el pie,  
 no la perderá, aunque esté  
 delante del Rey, por Dios.  
 Lo que es en viendo el mesón,  
 si le abriesen las ijadas  
 cía las ancas bajadas,  
 bufando como un león.  
 Parece que estuvo más  
 que con el dicho mulero  
 a oficio de cabestrero;  
 dos calles anda hacia atrás.  
 Pues si tengo dama, al punto  
 da su marido conmigo  
 o su galán, y el castigo  
 viene en palos, todo junto.  
 Si tengo amigo, me vende;  
 si bienhechor, luego pausa;  
 si escribano, me hace causa,  
 y si es alguacil, me prende.  
 Quien me debe, no me paga;  
 a quien debo, cobra luego;  
 si a hacer un vestido llevo,  
 aún no hay sastre que lo haga.  
 Si almohazo algún rocín,  
 me muerde; si sirvo a alguno,  
 tras que todo el año ayuno,  
 me niega el servicio al fin.  
 Si juego algunas raciones,  
 pierdo, y no como en un mes;

cuando hay toros y me ven  
 salir galán con rejonas,  
 luego el toro está conmigo,  
 y las calzas bigarradas,  
 muestran por las cuchilladas...

MÚSICOS. ¡No lo digas!

BELTRÁN. No lo digo.  
 Pues con vida tan sujeta  
 a no medrar ni comer,  
 bien podré yo pretender  
 una borla de poeta.

MÚSICO. ¿Ves todas esas desgracias?  
 Pues mil se comen las manos  
 tras ello.

BELTRÁN. ¡Oh locos! ¡Oh vanos!

D. JUAN. Beltrán, bueno está de gracias.  
 Deja cantar.

BELTRÁN. ¿Yo qué digo,  
 sino que tu esclavo soy?

D. JUAN. Recorre esa calle.

BELTRÁN. Voy.

D. JUAN. Que bueno vengo contigo.

(Los Músicos.)

Salen de Valencia,  
 noche de San Juan,  
 mil coches de damas  
 al fresco del mar.

(Sale DOÑA JUANA en lo alto.)

D.<sup>a</sup> JUANA. No lo cantarán por mí,  
 aunque noche de San Juan  
 a la mar las damas van,  
 señor don Juan Castelví.  
 Y si acaso la canción  
 es brindis para que salga,  
 aunque la razón me valga  
 no puedo hacer la razón.  
 Estoy sujeta a otro gusto;  
 vayan y vengán del Grao  
 con regocijo y sarao,  
 pues en esta noche es justo,  
 las que tuvieron ventura,  
 y no se cante por mí.

D. JUAN. La noche lo quiere así,  
 y que no salgáis procura.  
 Porque si vos, prenda mía,  
 fuéades donde ellas van,  
 no era noche de San Juan,  
 que de San Juan fuera el día.  
 Sabe el cielo cuánto fuera  
 de mi gusto, por estar

tan de partida, y que el mar  
alguna templanza diera  
al fuego de mis sentidos:  
mas quiere el amor también  
no dar bienes a mi bien  
porque haya menos perdidos.

Menos tendré que sentir  
cuanto menos bien tuviere.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Y qué bien habrá que espere  
la que llega a ver partir  
la misma luz con que vive?

D. JUAN. ¡Mal hayan obligaciones!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Oh amor, qué a punto me pones  
de que la vida me prive!

En fin, ¿a Malta os partís?

D. JUAN. El nombre os dice mi mal,  
que a Malta voy tan mortal  
como vos, mi bien, decís.

Han de salir las galeras  
a cierta honrosa fación,  
y es forzosa obligación  
seguir sus blancas banderas.

Hame llamado el Bailío  
por cinco cartas o seis  
con gran fuerza, y ya sabéis  
que es don Cristóbal mi tío.

No hay excusa este verano.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dos o tres meses de mar  
¿quién duda que han de templar  
de amor el fuego?

D. JUAN. Es en vano.

Por vida de doña Juana,  
que es la vida de don Juan,  
y la noche de San Juan,  
que hace aurora esa ventana,  
sea testigo que el mar  
de Italia no tiemple el fuego  
del alma si en él me anego.

D.<sup>a</sup> JUANA. Dios os le deje pasar.

D. JUAN. Y para que echéis de ver  
que de vos memoria tengo,  
si a ver las galeras vengo  
de Arnauto o de Jafer  
o el pie pongo en Berbería,  
la mejor mora os prometo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo desde agora la aceto,  
y no para esclava mía,  
que amor de humilde se alaba,  
mas por ser vuestra esa mora,  
porque ha de ser mi señora  
la que fuere vuestra esclava.

BELTRÁN. Retírate de la reja,

que viene gente, señor.

D. JUAN. Entraos, que siento rumor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues adiós.

D. JUAN. El sol me deja.

(Salen DON LUIS, DON FRANCISCO, LEONELO, y FINARDO, arrodclados.)

DON LUIS.

Revienta de valiente, que eso sólo  
le lleva a Malta.

LEONELO.

Aquí requiebro tiene.

FINARDO.

No es ésta noche de rondar las calles,  
que estará doña Juana en el Grao.

DON FRANCISCO (1).

Paso,

que por las señas le conozco.

LEONELO.

Hablémosle.

DON LUIS.

Mejor será probar este soldado  
de la cruz de San Juan, pues tiene gente.

DON FRANCISCO.

Probar nunca lo apruebo, y al amigo  
o a la mujer no lo aconsejo a nadie.

DON LUIS.

Callad, que es linda cosa ver un bravo  
sacar los pies.

DON FRANCISCO.

¿Y si tuviese suerte?

DON LUIS.

Descubrirnos.

LEONELO.

Bien dice, haya chacota;  
que en noche de San Juan todo se sufre.

FINARDO.

¿Quién va?

DON JUAN.

¿Quién lo pregunta?

FINARDO.

Un caballero.

DON JUAN.

Si al caballero no le importa nada

(1) En el original, por errata, dice FINARDO.



esta calle, podrá pasar por otra,  
que estoy en ella yo ocupado, y creo  
que soy hombre de bien.

DON LUIS.

Habló con ánimo.

LEONELO.

Pienso que ha de tenerle; por mi vida,  
que nos volvamos.

DON LUIS.

Vuesa merced se vaya,  
señor galán, de aquesta calle luego,  
que somos muchos.

DON JUAN.

Aunque muchos sean,  
profeso cruz, que a muchos más me obliga.

DON LUIS.

Yo solo le echaré.

DON JUAN.

Muerto, no vivo.

DON LUIS.

¡Muera!

BELTRÁN.

¡Oh perros traidores! ¿A mi amo?

DON JUAN.

¡Aquí, Beltrán!

BELTRÁN.

Yo moriré a tu lado.

DON LUIS.

¡Muerto soy!

BELTRÁN.

Estuviérase acostado.

(*Vanse, y salen con instrumentos Moros y Moras,  
AMETE, RUSTÁN, SALECO, DALIMA, BRAZAYDA y ARGELINA.*)

BRAZAYDA. Convida el fresco del mar  
adonde habemos venido.

SALECO. Parece que os ha sentido  
y que os ayuda a cantar  
entre esas peñas rompido.

DALIMA. Con blanca espuma las trepa.

RUSTÁN. No pasará de su punta,  
por muchas tretas que sepa;  
que aquí quiere Dios que junta  
entre estos límites quepa.

ARGELINA. ¿Cómo no hablas, Amete,

en la noche del Bautista?

AMETE. No hay cosa que me sujete  
como deste mar la vista  
ni más el alma [me] inquiete.

Devoto soy deste Santo  
de los cristianos, y tanto  
como os muestra mi alegría;  
que aquesta melancolía  
diómela el mar.

ARGELINA. No me espanto,

que como eres arrogante,  
el ver otro que lo es más  
no es milagro que te espante.

AMETE. Miro esta tierra detrás  
y todo este mar delante.

Pienso que quiso poner  
entre moros y cristianos  
Dios este mar por hacer  
que no pudiesen mis manos  
mostrar su furia y poder.

ARGELINA. ¿Quiéreslos mal?

AMETE. Si te digo

la verdad, los quiero mal;  
no porque soy enemigo  
de sus costumbres ni igual  
a los que vienen conmigo,  
sino de envidia que tengo  
a sus hechos y valor:  
si a mirar sus armas vengo,  
conozco que a su rigor  
corta defensa prevengo.

Y me admiro que soldados  
en la espada ejercitados  
usen las armas de fuego,  
con que se les rinden luego  
tantos reinos desarmados.

Los indios más les costaran  
si faltara esta invención.

RUSTÁN. Amete, puesto que amparan  
de esas armas su escuadrón,  
con que mil rayos disparan,  
no dejan, si es menester,  
la lanza y adarga.

SALECO. Aquí  
gallardos los sucles ver.

AMETE. Hoy hace un año que vi,  
ya después de anochecer,  
en este campo de Orán,  
el valor de una persona  
de los que en su muro están:  
—Aquí está de Meliona,  
dije a su puerta, un galán.

Salió un cristiano jinete  
con una bandera roja  
y en su resguardo otros siete,  
y así, a media rienda floja  
donde le espero arremete.

Tiróme un bote; reparo,  
y por un lado le tiro;  
vuelve la rienda, yo paro;  
él busca, yo me retiro  
y de la adarga me amparo.

Déjole cansar; aprieta;  
doy un torno a la jineta  
de dos hierros, y el postrero  
le pica el rostro al overo,  
que se aparta y se inquieta.

Revuelve lanzando fuego;  
espérole y entra mal,  
y a herirle en el brazo llevo,  
midiendo el blanco arenal  
su overo, de polvo ciego.

Salen los dos de los siete  
y cada cual me acomete;  
vuelve a la silla el caído,  
y a todos tres, atrevido,  
tira y se defiende Amete.

Yo venía acompañado  
de seis moros de valor:  
Celindo, de un jaco armado  
en un blanco, y Almanzor,  
fuerte en un rucio rodado;

bizarro en un alazán  
el valiente Fatimán;  
en un bayo Doraycelo,  
bandera color de cielo,  
y en un castaño Sultán.

Llamélos, que entre unas ramas  
amparaban mi persona,  
y dije: —Aquí; ganad famas,  
galanes de Meliona,  
vosotros que servís damas.

Ea, Sultán, pues te armas  
de empresas y de favores,  
vean éstos que desarmas  
si tanto como en amores  
sabéis en los hechos de armas.

Llegan, y mostrando van  
que era la noche de Juan  
tan propicia a nuestra mano,  
que no quedara cristiano  
a no tocar arma Orán.

ARGELINA. Sentaos y dejad la guerra  
esta noche, por mi vida.

RUSTÁN. Mil almas tu vida encierra.

SALECO. La noche y el mar convida  
y el estar de paz la tierra.

AMETE. Ese Alfaquí de Toledo  
que en esta silla de Orán  
puso la suya, no pudo  
dejar de decir, Rustán,  
que puso al Africa micdo.

Haz cuenta que Berbería  
es un caballo, y que el día  
que ganó a Orán, de honor lleno,  
le puso en la boca un freno,  
con que le oprime y desvía.

Y aunque es el caballo bueno,  
mal puede libre gozallo  
siendo el aderezo ajeno;  
que aunque es del Turco el caballo  
es del Rey de España el freno.

ARGELINA. ¿Qué señal de enamorado  
más mala que hablar en guerras?

AMETE. Después que a Orán han ganado,  
que es costado destas tierras,  
tienen dolor de costado.

BRAZAYDA. Levántate tú, Argelina,  
y danza una zambra.

ARGELINA. Harélo,  
porque Amete se amohína  
de aquellas cosas que el cielo  
de nosotros determina,  
y querríale alegrar;  
mas Zaro me ha de ayudar.

ZARO. Ya estoy en pie.

AMETE. Dame vida,  
Alá, hasta verte teñida  
de cristiana sangre, ¡oh mar!

*(Dancen las dos, cantando los músicos el son de la zarzuela.)*

MÚSICOS. “Cristianos de Orán,  
de gentil persona,  
Capitán del Rey,  
Toledo o Mendoza;  
el del blanco arnés  
y la banda roja,  
labrada en la Corte  
por amiga hermosa;  
¿qué queréis, Alarbe,  
que de Meliona  
venís a estos campos  
en que el nuestro aloja?  
El noble soldado  
don Martín de Córdoba,

general de Orán  
y de España honra,  
en este aduar  
os he visto agora,  
gallardo cristiano,  
esaltar la hoja  
con tan lindo brío  
que me vuelvo loca;  
pero sois cristiano,  
yo en efeto mora.  
Tenéisme cautivo  
de quien soy esposa;  
hagamos un truco,  
pues así se nombra.  
Estas gargantillas  
y ricas ajorcas  
os daré por ferias;  
vos allá por joyas  
dadme el moro mío.  
—No puedo, señora,  
dar por ese precio  
un hombre que os goza.  
Si queréis quererme  
veis aquí cien doblas  
y el que es vuestro dueño  
y mi esclavo agora.

(*Vuelva el CANARIO.*)

—Aunque yo quisiera  
no quiere amor,  
que el amor forzado  
será traidor,  
el amor se llama  
gusto de dos;  
vos sois castellano,  
bárbara soy yo,  
interés no vence  
justa afición.  
—La crueldad enseña  
que bárbara sois.  
¿Dónde vais huyendo?  
Hacedme un favor.  
Llevaréos a Orán,  
y palabra os doy  
no querer a otra  
sino a sola vos.  
Si os volvéis cristiana  
iremos los des  
a vivir a España.”

(*Paren, y digan esto las dos rezado.*)

ARGELINA. Confusa estoy.

ZARO. No temáis, mi vida;  
casémonos hoy.  
ARGELINA. Mucho pueden ruegos;  
la mano os doy.  
ZARO. ¿Sois mía?  
ARGELINA. Soy vuestra.  
ZARO. Juraldo.  
ARGELINA. Por Dios.  
AMETE. Advertid que tengo celos,  
no paséis más adelante.  
ARGELINA. Ni se baile ni se cante.  
RUSTÁN. ¡Qué temerarios desvelos  
son los de un celoso amante!  
BRAZAYDA. Las doce deben de ser.  
SALECO. Ya serán más de las doce.  
RUSTÁN. Dalima, aquí es menester  
tu gran ciencia.  
DALIMA. Así me goce,  
que previne desde ayer  
todo lo que es necesario  
para esta noche.  
AMETE. Al contrario  
vendrá a ser todo después.  
BRAZAYDA. ¿Esto es juego?  
DALIMA. Juego es.  
ARGELINA. Y lo mismo el tiempo vario.  
AMETE. ¿Quién de toda Berbería  
no cree, como en Alá,  
en cualquier hechicería?  
DALIMA. En aqueste libro está  
inclusa la ciencia mía.  
Tómele Rustán y mire  
por donde quisiere abrir.  
RUSTÁN. ¿Cosa que después suspire?  
DALIMA. La suerte lo ha de decir  
cuando lo que mire admire.  
RUSTÁN. Yo abro en nombre de Alá.  
Aquí un rey pintado está,  
y sobre el hombro de un hombre  
tiene la mano.  
DALIMA. ¿No hay nombre?  
RUSTÁN. Selín y Rustán, bajá.  
DALIMA. Tú serás muy estimado  
del gran señor.  
RUSTÁN. ¡Brava cosa!  
BRAZAYDA. Yo miro.  
RUSTÁN. Estoy admirado  
del libro.  
SALECO. Es ciencia famosa.  
AMETE. ¿Qué has visto?  
BRAZAYDA. Un ameno prado,  
que tiene en medio una fuente,



de quien seis arroyos van  
a un mar.

DALIMA. Tendrás brevemente  
hijos (1).

BRAZAYDA. ¡Noche de San Juan!

ARGELINA. ¡Notable ciencia!

SALECO. ¡Excelente!

ARGELINA. Mira, Saleco.

SALECO. Aquí veo,  
sobre una hermosa ciudad,  
una corona.

DALIMA. Es trofeo  
de reino y de majestad.

SALECO. Saber las letras deseo  
y no da lugar la luna.

DALIMA. Pase la luna importuna  
que la cubre.

SALECO. Dice Argel.

DALIMA. Su Rey serás.

SALECO. No hay en él  
mejor suerte ni fortuna.

AMETE. Los cristianos se riyeran  
desta vana hechicería.

ARGELINA. Pienso que discretos fueran;  
mas ya por la dicha mía  
mis pensamientos se alteran.  
Abro el libro.

DALIMA. Y, pues, ¿qué ves?

ARGELINA. Una dama, a quien se ha ido  
un pájaro, que por pies  
piensa alcanzarle.

DALIMA. Tú has sido,  
y Amete el pájaro es.

ARGELINA. ¿Pues tú piensas irte?

AMETE. ¿Yo,  
de la prisión de tu mano?  
Dalima, el libro mintió.

ARGELINA. ¡Hasme engañado, tirano!

AMETE. El eco dice que no;  
mas dejadme ver a mí.

DALIMA. Toma.

AMETE. En nombre de Alá miro:  
muchas cosas hay aquí;  
con no las creer, me admiro.

ARGELINA. ¿Son tristes?

AMETE. Señora, sí.

Aquí hay un mar, y en la arena  
una cadena.

ARGELINA. ¡Qué pena!

AMETE. Una horca está delante,  
con un fuego.

ARGELINA. No te espante  
horca, fuego ni cadena.

AMETE. Sobre ella, señora, están  
unas cruces de San Juan,  
que se van subiendo al cielo.  
¿Qué será aquesto?

DALIMA. Recelo  
que mil vitorias te dan.

Que el mar, horca, hierro y fuego  
muestran que has de tener luego  
de Malta y Rodas esciavos,  
que con tormentos tan bravos  
has de tratar.

AMETE. ¡Eso niego,  
que nunca esclavo traté  
con tal rigor; sólo al pie  
les puse hierro en la mar!

DALIMA. No le quise declarar  
su mal.

ARGELINA. ¡Triste estoy!

AMETE. ¿Por qué?

(Entra ZAYDE.)

ZAYDE.

Si alguna vez, Amete generoso,  
deseoso de gloria te ha tenido  
el fuerte corazón, la noble sangre  
y el nombre de galán de Meliona,  
tan temido en España y en Italia,  
deja las fiestas desta alegre noche,  
tus galeotas prósperas desata,  
corre el sereno mar, roba en su costa  
un navío que pasa a Argel, tan rico  
de granas, telas, paños y bonetes,  
que vale más de treinta mil ducados;  
yo le dejé con calma ayer bien cerca,  
y me atrevo a ponértele en las manos.

AMETE.

Argelina, en llegando a cosas de honra,  
cesa el amor; perdona, que me aparto  
con Zaide a descubrir este navío,  
cuyas granas y telas te prometo,  
si quiere Alá que pueda darle alcance,

ARGELINA.

¡Pájaro, en fin, como lo dijo el libro!

AMETE.

¡Líbreme Dios de que en el libro crea!

(1) En el original dice "seis hijos"; pero, como  
hace el verso largo, parece errata.

RUSTÁN.

La ocasión es famosa; ¿en qué te tardas?

AMETE.

Adiós, amigos, que mañana al alba  
tengo de ser señor deste navío.

ARGELINA.

Dalima, ¿qué es aquello de mi Amete?

DALIMA.

¡Gran daño la Fortuna le promete!

(*Entranse, y salgan DON JUAN CASTELVÍ y BELTRÁN.*)

D. JUAN. ¡Próspero ha sido el camino!

BELTRÁN. Estimar en más debieras  
llegar cuando las galeras  
se parten.

D. JUAN. Yo determino  
ir, Beltrán, esta jornada;  
deseo ganar honor  
mientras me impide el rigor  
volver a la patria amada  
de la justicia, aunque estoy  
de aquel delito inocente.

BELTRÁN. ¡Que un hombre amigo y pariente,  
injusto nombre le doy,  
llegue a probar a su amigo  
y se burle con la espada!

D. JUAN. Que es toda burla pesada  
declara bien su castigo.  
¡El cielo maldiga, amén,  
estos necios ignorantes,  
que con burlas semejantes  
en tal vergüenza se ven!

Si soy cobarde me prueba,  
y de una estocada mía  
llevó de mi valentía  
al otro mundo la nueva.

Dios le perdone; ya es hecho;  
su muerte él mismo buscó.

BELTRÁN. Algunos he visto yo  
llegados al punto estrecho  
de un peligro y de una afrenta  
por hacer burlas pesadas.

D. JUAN. ¡Que las personas honradas  
no quieran que un hombre sienta  
que se burlen con su honor!

BELTRÁN. ¡Que estudie un hombre un pesar  
por reír y por burlar!

D. JUAN. ¡Qué gran señal de traidor!

BELTRÁN. Por lo menos ha de ser  
fingido el que burlas hace.

D. JUAN. ¡De pechos traidores nace!

BELTRÁN. ¡En mi vida pude ver  
estos bellacos burlones  
de falsa fisonomía!

D. JUAN. Ya será la historia mía  
ejemplo en mil ocasiones.

BELTRÁN. El hombre grave, señor,  
siempre ha de estar muy de veras.

D. JUAN. ¡Qué burlas tan verdaderas!  
¡Qué fuerte prueba de honor!

¡Ay, Juana, ya te perdí!

¡Ay, Valencia, patria mía,  
con qué tristeza aquel día  
de tus murallas salí!

BELTRÁN. Ya no hay que tratar de Juana  
sino de Cruz de San Juan,  
pues las galeras se van  
y es agua y cielo mañana.

Yo tengo determinado,  
en viendo el moro, señor,  
mostrar que tengo valor  
con la hojarasca del lado.

Quizá que la religión  
me dará una cruz, martillo,  
de aquéstras, quiero decillo,  
que como bonetes son.

Que con tres picos no más  
si se dobla el ferreruelo  
parece entera.

D. JUAN. Recelo  
que merecerla podrás  
si muestras español brío.

BELTRÁN. Aunque sea de tres pies,  
¿no es Cruz de San Juan?

D. JUAN. Sí es.

BELTRÁN. ¡Alto pensamiento mío,  
que poco importa el pie cojo!  
Cruz blanca el vulgo la llama;  
yo la traeré como dama,  
tapándola de medio ojo!

D. JUAN. Quien la tiene así la lleva.

BELTRÁN. A leva tocan, señor.

D. JUAN. ¡Adiós, patria; adiós, amor,  
que toca el honor a leva!

(*Canten dentro.*)

Zarpa la capitana,  
tocan a leva,  
y los ecos responden  
a las trompetas.

D. JUAN. ¿Quién canta?

BELTRÁN. Músicos son

del General, que en la popa  
van cantando.

DENTRO. ¡Fuera ropa!

BELTRÁN. Aquélla es cruel canción.

¿No escuchas el pito?

D. JUAN. Sí.

BELTRÁN. ¡Vive Cristo que aquel pito  
mete por el alma el grito!  
¡Que haya quien no tiemble aquí!

¡Que no viva un hombre bien  
por no verse en tanto mal!

D. JUAN. Ya se embarca el General;  
Beltrán, a la barca ven.

BELTRÁN. ¡Bravo tendal de damasco!

D. JUAN. Con música le recibe  
La Capitana.

BELTRÁN. Apercibe  
que soy Beltrán de Velasco  
y que me has de honrar, señor,  
llamándome camarada,  
por la pretensión honrada  
y por tu mismo valor.

D. JUAN. Yo diré que eres, Beltrán,  
un hidalgo amigo mío,  
que no te ha visto mi tío  
ni aquí te conocerán.

Pero has de portarte bien  
y mostrar término honrado.

BELTRÁN. Tú me verás a tu lado  
más ancho que un palafrén.

D. JUAN. Mi tío viene a embarcarse  
con otros comendadores.

*(Sale DON CRISTÓBAL, ya viejo, con bastón, y otros de  
Cruz blanca; el Baylio la traiga que tome todo el  
pecho.)*

D. CRIST. No hay que detener, señores,  
Ni ahora es tiempo de ocuparse.

D. JUAN. Deme vuestra señoría  
los pies.

D. CRIST. ¿Sobrino, qué es esto?

D. JUAN. Obedecerte más presto  
que allá pensé que podría.

D. CRIST. ¡Notable gusto me has hecho!  
¿La patria?

D. JUAN. Buena, señor.

D. CRIST. ¿Mi hermana?

D. JUAN. Llena de amor  
y ansias de verte.

D. CRIST. Sospecho  
que al fin de aquesta jornada  
volveré a España.

BELTRÁN. Los pies  
me dad a besar.

D. CRIST. ¿Quién es?

D. JUAN. Un hidalgo camarada.

D. CRIST. Pues deme los brazos luego.

D. JUAN. Con mucho tiento, Beltrán.

BELTRÁN. Camarada de don Juan  
soy, y perdonad, que llego  
no bien puesto del camino.

D. CRIST. Así ha de estar el soldado.

BELTRÁN. Seis baúles me han robado,  
de que vengo algo mohíno.

D. CRIST. Si quiere vuesa merced  
de mi recámara en tanto...

BELTRÁN. No lo decía por tanto,  
aunque lo tendré a merced.

D. CRIST. ¿En qué ocasiones se ha hallado  
vuesa merced?

BELTRÁN. Yo, señor,  
en muchas.

D. CRIST. En su valor  
se muestra.

BELTRÁN. Soy gran soldado.  
Yo serví al señor don Juan.

D. CRIST. ¿En qué jornada sería?

BELTRÁN. Era en la repostería.

D. CRIST. ¿Cómo?

D. JUAN. ¿Qué dices, Beltrán?

BELTRÁN. En Bruselas, y en Malinas,  
y en Gante le serví yo.

D. CRIST. ¿Con qué tercio se embarcó?

BELTRÁN. Con un tercio de sardinas.

D. CRIST. ¿Qué dice?

D. JUAN. Es de aqueste humor.  
Perderáse cada día  
por él vuestra señoría.

D. CRIST. Cobrándole voy amor.  
¿Ya vuesa merced primero  
se hallaría en la naval?

BELTRÁN. Sí, señor, un mes cabal  
he estado en Navalcarnero.

D. CRIST. Por mi vida que me agrada  
la camarada, sobrino.  
No habréis sentido el camino  
con tan buena camarada.

UN CAB. Ya se acosta la galera.

D. CRIST. Llegue ese turco la plancha.  
¿Qué le dice el mar?

BELTRÁN. Que es ancha.

D. CRIST. ¿Debajo de qué bandera,  
que aún hay capitanes vivos,  
militó vuesa merced?



BELTRÁN. De un fraile de la Merced  
que iba a rescatar cautivos.

D. CRIST. ¿Agrádale Malta?

BELTRÁN. Poco;  
pero si en vino estuviera  
como está en agua, me hiciera  
volver de contento loco.

D. CRIST. De Candia lo hay bueno aquí.

BELTRÁN. ¿Cómo ha nombre?

D. CRIST. Malvasía.

BELTRÁN. Probar tantico querría.

D. CRIST. Coma conmigo.

BELTRÁN. Sea así.

D. CRIST. Sobrino, el hombre es de gusto.

D. JUAN. Mucho te ha de entretener.

D. CRIST. ¿A qué viene?

D. JUAN. A pretender  
un martillo.

D. CRIST. Pues es justo  
que en volviendo se le demos.  
Señores, alto, a embarcar,  
que nos da voces el mar  
para que a pisarle entremos.

BELTRÁN. ¿Qué te parece?

D. JUAN. Que estás  
muy en gracia de mi tío.

BELTRÁN. Ve delante, señor mío;  
pero no, que has de ir detrás.

(Váyanse, y entre el LICENCIADO HERRERA y LAURENCIO,  
criado suyo, en Málaga.)

HERRERA.

¡Hermosa ciudad Málaga!

LAURENCIO.

¡Famosa!

HERRERA.

Mucho el mar la ennoblece y la enriquece.

LAURENCIO.

Si tuviera Toledo en vez del Tajo  
este famoso mar, notable fuera.

HERRERA.

Tal vez, que las crecientes del invierno  
cubren las huertas que del Rey se llaman,  
parece el Tajo un mar; pero no pueden  
subir la cumbre de sus altos montes  
ni trepar a la altura de sus casas.

LAURENCIO.

Por esta mano está Marbella, y corre  
la costa a Gibraltar, que tiene enfrente

a Tánger, Ceuta, Mazagán y Arcila,  
Tarifa, Ronda, Cádiz y Sanlúcar.  
Siguen la costa hasta Ayamonte y Lepe;  
luego por Portugal muestra una punta  
de San Vicente el cabo.

HERRERA.

Estotra parte  
es costa de Granada y Almería;  
en el cabo de Gata está la punta,  
que a Melilla y Orán enfrente tiene;  
Cartagena, Alicante, Denia, Oliva  
siguen la costa luego a los Alfaques,  
hasta que Palamós y Barcelona  
abren la puerta al golfo de Narbona.

LAURENCIO.

¿Cuándo te quieres ir?

HERRERA.

Si no tuviera  
cartas de Gaspar Suárez, en Toledo,  
las fiestas de San Juan pienso que viera;  
mas por hacerle este placer no puedo.

LAURENCIO.

¿Qué escribe?

HERRERA.

Escucha: "Al licenciado Herrera,  
que guarde Dios..."

LAURENCIO.

Bien satisfecho quedo,  
que pues tú te detienes, es muy justo  
hacer lo que te escribe y darle gusto.

(Lea.)

HERRERA. "Porque el parabién me déis,  
que tanto bien me ha causado,  
yo me he casado, y casado  
con la prenda que sabéis.

Mi prima y yo somos ya  
marido y mujer, señor,  
que parentesco en amor  
como oro en azul está.

Yo he vestido mi afición  
del casamiento que estima,  
porque pienso que una prima  
es la mejor guarnición.

Grandes fiestas hemos hecho,  
que deudos tan principales  
dan en ocasiones tales  
muestras de su noble pecho.

Casa hemos puesto también,

porque dos primos casados  
con sesenta mil ducados  
bien pueden ponerla bien.

Treinta y más el dote vale  
de doña Leonor; mi hacienda  
ya la sabéis, mas no hay prenda  
que con su virtud se iguale.

Para mis caballos tengo  
notable neeesidad  
de un esclavo: esa ciudad,  
que por saberlo os prevengo,  
suele tener abundancia  
de algunos de Berbería:  
compradme, por vida mía,  
un alarbe de importancia  
para el oficio que os digo:  
mozo fuerte y de buen talle,  
que quiero en esto ocupalle  
y para que ande conmigo.

Que esta merced, como es justo,  
con las demás la pondré,  
y en vuestro servicio haré  
lo que fuere vuestro gusto.

"Dios os guarde. De Toledo  
y junio."

LAURENC. Razón será  
que se le lleves.

HERRERA. Está  
con este gusto, y no puedo  
dejar de esperar aquí  
que desembarquen algunos.

LAURENC. ¿No hay en la ciudad ningunos?

HERRERA. Dos o tres pienso que vi,  
pero no en bastante edad  
para lo que es menester.

LAURENC. Hoy le puedes responder.

HERRERA. Débole amor y amistad.

Ven a la iglesia.

LAURENC. No puedo  
dejar de acordarme en ella  
de aquella máquina bella  
de nuestra insigne Toledo.

MERRERA. Muy linda es ésta, y lo son  
cuantas a Dios aposentan.

LAURENC. La mar ven, si aquí se asientan.

HERRERA. Entra, hagamos oración.

*(Váyanse, y en una parte de lo alto del teatro se  
vea una galeota turca con sus velas y lunas,  
y en la popa moros y AMETE y ARGELINA.)*

AMETE. Nunea pensé que tuvieras  
ánimo de acompañarme.

ARGELINA. Aquel libro de Dalima,  
Amete amigo, fué parte:  
porque si el pájaro eres  
que al viento la pluma esparees,  
no quiero yo que te vayas  
ni de mi mano te apartes,  
para que no cantes libre,  
sino que en mi jaula cantes.

AMETE. ¿Que se me fuese el navío?  
¿Que no pudiese alcanzalle?

ARGELINA. ¡Vuélvete, por vida mía,  
no le sigas ni te canses!

AMETE. Codicioso de las telas  
que pensaba presentarte,  
me parecen, Argelina,  
pequeños los anchos mares.  
Por el mar Mediterráneo  
me obliga tu amor que pase:  
entre Formentera y Denia,  
entre Ibiza y Alicante,  
entre Mallorca y Oliva,  
Moneolibre y los Alfaques,  
y llegaré hasta Colibre  
por todo el mar de Levante.  
Pero, tened: ¿qué es aquello  
que ha dos días que me trae  
sospechoso? ¡Vive Alá,  
que si no refresca el aire  
que hemos dado con las cruces  
de San Juan! ¡Oh chusma infame!  
¡Boga, boga! ¡Arranca, perro!  
¡Mátame ese bogavante!  
¡Que nos alcanzan, villanos!  
Pues si desnudo el alfanje  
nariz, ni oreja no pienso  
que le ha de quedar a nadie.

*(Disparando se descubra otra cortina en la otra parte,  
y se vea una galera de San Juan, llena de estan-  
dartes, con las cruces blancas, y en ella DON CRIS-  
TÓBAL, DON JUAN y BELTRÁN, y otros Comenda-  
dores.)*

D. CRIST. Ea, turcos; ea, amigos,  
ninguno se me acobarde,  
que tendréis lindo refreseo  
de pan blanco, vino y carne.  
¡Por vida del gran Maestre,  
dispara, boga!

AMETE. No hay ave  
que corra como sus leños,  
que dudo que ya me alcaneen.  
¡Pesar de Mahoma! ¡Perros!  
¡Boga!

ARGELINA. ¡Ay, triste!  
D. CRIST. Di que amainen.  
D. JUAN. ¡Amaina! ¡Amaina!  
D. CRIST. ¡Echa a fondo  
si no amaina!  
AMETE. ¡Amaina, Zaide!  
Ya abordan. ¿Qué haré, Argelina?  
ARGELINA. Rendirte.  
AMETE. ¡Mahoma infame!  
¡Vil hechicera Dalima!  
¿Estas fueron las señales  
de las cruces de San Juan?  
¡Ya saltan; quiero matarme!  
D. JUAN. ¡Tente, perro!  
AMETE. ¿Que me tenga?  
D. JUAN. ¡Tente, perro! ¡Tente y date!  
Y la mora esté por mía.  
AMETE. Antes que te dé el alfanje  
di quién eres.  
D. JUAN. Español,  
y Castelví por linaje.  
AMETE. ¿De qué lugar?  
D. JUAN. De Valencia.  
BELTRÁN. ¡Qué de cuentas pide! ¡Acabe  
o meteréle en la boca  
tres palmos de la de Joanes!  
D. CRIST. ¿Quién eres, pirata?  
AMETE. ¿Yo?  
D. CRIST. ¡Tú, pues!  
BELTRÁN. El nombre declare,  
aunque el de pila no puede,  
o haréle el rostro dos partes.  
D. CRIST. ¿Eres Jafer o Mamí?  
¿Eres Saleco o Arnaute?  
AMETE. No soy tan cosario, no;  
Amete soy.  
D. CRIST. ¿De qué parte?  
[AMETE.] Galán soy de Meliona,  
de los moros Benarajes,  
que de España procedieron.  
D. CRIST. ¿Dónde ibas?  
AMETE. No a buscarte,  
aunque te halló mi desdicha.  
D. CRIST. En la persona y el talle  
pareces hidalgo moro.  
AMETE. Si estuviéramos iguales  
de galeras y de gente  
no llevaras tan de balde  
estas pobres galeotas;  
ni tú, cristiano arrogante,  
a caballo, cuerpo a cuerpo,  
me quitaras el alfanje.

D. JUAN. Cuando en el campo de Orán  
con lanza y adarga salen  
los cristianos, ya sabéis  
que no os alabáis, alarbes.  
Y cuando yo allí me viera  
supiera también quitarte  
el alfanje con la vida.  
AMETE. ¿Tú?  
D. JUAN. Sí.  
AMETE. No osaras mirarme.  
D. JUAN. Merced me has de hacer, señor,  
que la tendré por notable,  
de que Beltrán a Valencia,  
porque no quiero rescate,  
estos esclavos dos lleve.  
D. CRIST. ¿Para quién son?  
D. JUAN. Para un ángel.  
D. CRIST. Ea, boga.  
BELTRÁN. ¡Linda presa!  
D. JUAN. Tu ayuda ha sido importante.  
BELTRÁN. Si no es por mí no se prenden.  
AMETE. ¿Que voy a España y que guarde  
la vida para esta afrenta?  
ARGELINA. ¡En tanto que no me falte  
libertad es la prisión!  
AMETE. ¡Por Alá, que he de vengarme!

## ACTO SEGUNDO

DEL AMETE DE TOLEDO.

(Sale BELTRÁN de soldado, y AMETE de cautivo.)

BELTRÁN. Esta es, Amete, Valencia.  
AMETE. Ella es hermosa ciudad,  
que en grandeza y majestad  
hace a todas competencia  
cuantas he visto en España.  
¿Mas dónde queda Argelina?  
BELTRÁN. Donde don Juan determina.  
AMETE. ¡Oh, cuánto el amor engaña!  
Tuve esperanza hasta aquí  
que sirviéramos los dos  
a un dueño juntos.  
BELTRÁN. Por Dios,  
que lo mismo pretendí.  
Pero apenas doña Juana  
supo que eres su marido,  
aunque moro bien nacido  
en la nobleza africana,  
cuando me mandó venderte,



y no te quiere en su casa.  
 AMETE. ¿Cierto?  
 BELTRÁN. Digo lo que pasa.  
 AMETE. ¿Qué tardas, cobarde muerte?  
 Pues di, ¿qué le hiciera yo?  
 BELTRÁN. No quiso en su casa amores.  
 AMETE. ¿No éramos los dos mejores  
 para sólo un dueño?  
 BELTRÁN. No;  
 porque dos enamorados  
 más son para ser servidos  
 que para servir, perdidos  
 en sus celosos cuidados.  
 Tras esto, cuando te vió  
 que con una mano alzaste  
 la carga y que la llevaste  
 donde Beltrán te enseñó,  
 dice que le diste miedo.  
 Lleva con paciencia alguna  
 este golpe de fortuna,  
 pues asegurarte puedo  
 de venderte en la ciudad,  
 donde verás cada día  
 tu esposa.  
 AMETE. ¿Tus pies querría  
 besar por tanta amistad!  
 Que como hay correspondencia  
 de Argel, Tremecén y Orán  
 a Valencia, bien podrán  
 verme y buscarme en Valencia.  
 Tras esto hay moros aquí  
 con quien lo podré tratar.  
 BELTRÁN. Tú quedas en buen lugar,  
 ¡tal me sucediera a mí!,  
 donde apenas sentirás  
 la prisión.  
 AMETE. Así lo creo.  
 De verle tuve deseo.  
 BELTRÁN. Despacio verle podrás.  
 AMETE. ¿Qué casa es ésta?  
 BELTRÁN. El mesón  
 adonde nos apeamos.  
 (Sale DON MARTÍN, de camino, y PÁEZ, mozo de mulas.)  
 AMETE. ¿Pues a qué al mesón tornamos?  
 BELTRÁN. Yo te diré la ocasión.  
 Aquí te vieron algunos  
 que trataron de comprarte.  
 AMETE. Ya vi más de dos rogarte  
 por mi persona importunos.  
 D. MART. Páez.  
 PÁEZ. Señor.

D. MART. Apercibe  
 lo necesario y partamos.  
 PÁEZ. Cuando quisieres nos vamos.  
 BELTRÁN. Como hombre noble recibe  
 estas desdichas, Amete.  
 D. MART. ¿El moro volvéis acá?  
 BELTRÁN. La mora he dejado allá;  
 pero por más que promete  
 ser fiel y servicial  
 Amete, no le ha querido,  
 porque viendo a su marido  
 teme que la sirva mal.  
 D. MART. Yo me había aficionado  
 al moro.  
 BELTRÁN. No os le vendí  
 entonces, porque entendí  
 que le hubiera contentado.  
 Ahora ella propia quiere  
 que le venda y me lo manda.  
 D. MART. Bien en apartarlos anda.  
 AMETE. ¡Ya no hay remedio que espere!  
 D. MART. Dejádmele ver y hablar.—  
 ¿Qué nación?  
 AMETE. Alarbe soy.  
 D. MART. ¿Eres noble?  
 AMETE. No, que estoy  
 donde me puedes comprar.  
 D. MART. ¿Quién te cautivó?  
 AMETE. Un Bailío  
 de San Juan con seis galeras.  
 D. MART. ¿Luego tú cosario eras?  
 AMETE. ¿No ves en mi talle y brío  
 si soy hombre de valor?  
 D. MART. Tu tristeza da a entender  
 que no lo debes de ser.  
 AMETE. No te espantes, tengo amor.  
 Otra vez cautivo fuí  
 y no sentí la prisión;  
 mas quiero bien y es pasión  
 que más que yo puede en mí.  
 Don García de Toledo  
 me prendió, siendo tan mozo  
 que aún no me apuntaba el bozo,  
 por arrojar me sin miedo  
 a temerarias empresas.  
 Allí lo que sé aprendí  
 de vuestra lengua.  
 D. MART. De ti,  
 pues que la guerra profesas,  
 estoy cierto que serás  
 noble, y vese en tu persona.  
 AMETE. Galán soy de Meliona,

no puedo decirte más.  
D. MART. ¿Fuerzas tienes?  
AMETE. Fuerzas tengo.  
PÁEZ. ¿Qué fuerzas puede tener  
un perro de agua?  
AMETE. ¡Ah placer,  
que esto sufro y no me vengo!  
PÁEZ. Apostemos quién levanta  
más peso.  
AMETE. Porque te asombre,  
¿quieres que levante un hombre  
puesta en mi palma su planta?  
PÁEZ. ¿A un hombre levantarás?  
BELTRÁN. Yo lo he visto; no porfíes  
ni atrevido desafíes  
al moro, que perderás.  
PÁEZ. ¿Cómo perder? Si es tan bravo,  
salga y luchemos aquí.  
AMETE. ¿Tú conmigo?  
PÁEZ. ¡Yo!  
AMETE. ¿Tú?  
PÁEZ. ¡Sí!  
AMETE. ¿Iguálasme? Soy esclavo.  
Mas, da licencia, Beltrán,  
que luchemos éste y yo.  
BELTRÁN. ¿Tú con éste?  
AMETE. ¿Por qué no?  
PÁEZ. ¡Oh qué arrogantes están!  
Pues lucharé con los dos.  
BELTRÁN. ¡Hable despacio, galán,  
que no conoce a Beltrán!  
Beltrán es hombre, por Dios,  
que con rodela y espada  
rindió solo la galera  
deste moro, y que pudiera  
del Turco toda la armada.  
AMETE. Cristiano, pues que te precias  
de fuerte, dame esa mano.  
PÁEZ. ¿Es de amistad?  
AMETE. Sí, cristiano.  
PÁEZ. Mira que las tengo recias.  
AMETE. Pues aprétame sin miedo.  
PÁEZ. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Suelta!  
BELTRÁN. ¿Que es eso?  
PÁEZ. ¡Ay, no me ha dejado hueso!  
AMETE. Lo mismo haré con un dedo.  
PÁEZ. ¡Pesia al moro y quien lo vende!  
BELTRÁN. ¿Yo no os avisé?  
D. MART. ¡Gran fuerza!  
AMETE. Di que este brazo me tuerza.  
Llega, la mano me prende.  
*(Pruébele.)*

D. MART. A ver. Fuerte brazo tienes;  
diez hombres no bastarán.  
Véndeme el moro, Beltrán.  
BELTRÁN. Aficionándote vienes.  
AMETE. Si tienes dos herraduras  
romperélas juntas: muestra:  
y porque la amistad nuestra  
se firme si la procuras,  
vuélveme a tocar la mano.  
PÁEZ. ¿Cómo la mano?  
D. MART. Beltrán,  
¿han puesto precio? ¿Qué dan  
por este alarbe africano?  
BELTRÁN. Si tienes gusto, has de dar  
dos mil reales por el moro.  
D. MART. ¿Quieres cien escudos de oro,  
y vámoslos a contar?  
BELTRÁN. Tuyo sea; que yo sé  
que en las ventas, la primera.  
PÁEZ. ¡Lleve el diablo quien tal diera  
ni aun cien ochavos.  
D. MART. ¿Por qué?  
PÁEZ. Porque es llevar un demonio.  
D. MART. Ven a contar tu dinero.  
Llama a un notario, que quiero  
que me haga un testimonio.  
¿Amete, caminas bien?  
AMETE. ¿Por qué lo dices, señor?  
D. MART. Porque también tengo amor,  
y estoy ausente también.  
AMETE. ¿Luego tú no eres de aquí?  
D. MART. De Málaga, Amete, soy,  
y luego al punto me voy.  
AMETE. ¿De Valencia te vas?  
D. MART. Sí.  
Por eso apresta los pies.—  
Ea, Páez, a ensillar.  
PÁEZ. ¿Que éste habemos de llevar?  
D. MART. Cual para la huerta es.  
PÁEZ. ¿Y cómo? ¡No tengas pena  
que a la fruta osen llegar!  
AMETE. ¡Rabiando estoy de pesar:  
partirse el cristiano ordena!  
BELTRÁN. Amete, a mí me ha pesado  
de que sea forastero;  
pero al fin es caballero.  
AMETE. Si de algo estoy consolado  
es de que en Málaga viva.  
BELTRÁN. También es puerto de mar,  
adonde podrás tratar  
de rescatar tu cautiva.

(*Entrense, y salgan dos Alcaldes villanos, SOLANO Y SOLICIO.*)

SOLANO.

¡Muy bien se hará la fiesta dese modo!

SOLICIO.

¿Qué culpa tuve yo si el toro es ido?

SOLANO.

A vuestro cargo estaban las carretas para tapar las calles.

SOLICIO.

Yo las puse desde que el alba se riyó en el cielo, y con mucho cuidado.

SOLANO.

¿Pues por dónde se trascoló el novillo?

SOLICIO.

Cuando quiso que al corredor del regimiento entrase con verdugado su mujer el médico, abrieron un portillo temerario: ¿y por donde mujer con verdugado pudo entrar, no queréis que salga un toro, que puede con su trompa un elefante, y un camello también con su corcova?

SOLANO.

Pagarnos tiene el médico la burla, y el toro si le matan en el campo.

SOLICIO.

No os lo aconsejo, que vengarse puede con sólo hacer del ojo al boticario.

(*Suena dentro ruido y silbos del toro.*)

DENTRO.

¡Ataja, ataja!

OTRO.

¡El diablo que le tenga!

¡A las viñas se va!

SOLANO.

¡Pardiez, que dicen que se va por las viñas!

SOLICIO.

¡Qué más quieren los muchachos! Hoy hacen su vendimia.

SOLANO.

¿Pues cuánto va que son las vuestas?

SOLICIO.

¿Cómo?

SOLANO.

Son las que del lugar están más cerca.

SOLICIO.

¡Voto al sol, si eso fuese, que le había de sentenciar en todo el daño! (1)

SOLANO.

¿Y de qué pagará?

SOLICIO.

¡De sus costillas!

DENTRO.

¡Ataja, ataja!

SOLANO.

¡Mas que vuelve el toro!

DON MARTÍN. (*Dentro.*)

¡Quítate acá; no te le acerques, moro!

SOLICIO.

Allá anda envuelto en unos forasteros.

SOLANO.

Vamos a ver lo que es, que todo es fiesta.

SOLICIO.

Llevemos a las viñas las mujeres y corrámosle allá, pues que no gusta de que sea en la plaza.

DENTRO.

¡Guarda el toro!

DENTRO.

¡Por los dos cuernos le ha rendido el moro!

(*Silben y griten. y salga DON MARTÍN, PÁEZ y AMETE.*)

PÁEZ. ¡Demonio debes de ser!

D. MART. Yo di cien escudos de oro sobre los cuernos del toro.

AMETE. Que no hay, señor, que temer.

D. MART. ¿Cómo no, cuerpo de tal?

No te burles de esa suerte, que un toro es bestia muy fuerte.

AMETE. Sí; pero, en fin, animal.

¿Un hombre qué no sujeta con la industria y el valor?

¡Esto es muy poco, señor!

D. MART. Mi dinero me inquieta.

(1) Verso incompleto; pero que no afecta al sentido.



AMETE. En Africa por instantes  
vamos a cazar leones,  
que a los postreros arzones  
suelen saltar arrogantes  
y deshacer el jinete,  
donde a veces ha llegado  
alarbe, que por el lado  
toda la lanza le mete.  
Yo he muerto más de cuarenta.

PÁEZ. ¡Tiemblo, vive Dios, del moro!

D. MART. Yo sé que en España un toro  
el león más bravo afrenta;  
que en el Real de Valencia,  
Vespasiano, deseoso  
de ver si es tan valeroso  
que hace a un león resistencia,  
encerró un toro y león,  
y un caballo que jamás  
sufrió silla. ¿Pensarás  
que los mató?

AMETE. ¿No es razón?

D. MART. Pues no osó llegar al toro.

AMETE. ¿Y el caballo?

D. MART. Defendió  
su vida a coces.

AMETE. ¿Salió  
manso?

D. MART. Que valió un tesoro;  
porque era bello y bien hecho,  
y fué tal desde aquel día,  
que un muchacho le corría.

AMETE. La comparación que has hecho  
es, señor, muy desigual,  
que un doméstico león  
no sufre comparación  
al que está en su natural.  
Que un oso es fiero, y criaño  
en casa, juega y retoza.

D. MART. Mucho esta fuente se goza  
de guarnecer este prado.  
No entremos en el lugar,  
por el alboroto y fiesta.

PÁEZ. Alhombra y cama está puesta.

D. MART. La mula puedes atar,  
y pazca esa verde hierba  
en tanto que duermo aquí.

PÁEZ. No faltará para ti  
pan, queso, bota y conserva.

D. MART. En durmiendo un cuarto de hora.

PÁEZ. Recuéstate.

D. MART. Allí te asienta  
con Amete.

PÁEZ. Tú me cuenta,  
Amete, tu vida agora.

(*Echase a dormir DON MARTÍN, y siéntense PÁEZ y AMETE.*)

AMETE. En vida tan mal gastada  
poco habrá que te contar.

PÁEZ. Ya comienzo a bostezar.

AMETE. ¿Es ése sueño?

PÁEZ. No es nada.

AMETE. Nací en Africa, ya sabes  
el lugar.

PÁEZ. ¿Es buena tierra?

AMETE. Buena para hombres de guerra.

PÁEZ. ¿Buenos caballos?

AMETE. Son avcs  
y grandes trabajadores;  
tienen uñas por las peñas:  
las ciudades son pequeñas,  
los ánimos son mayores.

PÁEZ. ¿Hay iglesias?

AMETE. Hay mezquitas

PÁEZ. ¿Allá no hay obispos?

AMETE. No.

PÁEZ. ¿Pues qué?

AMETE. Alfaquíes.

PÁEZ. Si yo,  
Amete, no encuentro ermitas,  
que acá tabernas llamamos,  
por la tierra que camino,  
no voy con gusto.

AMETE. No hay vino,  
mas del aguardiente usamos.

PÁEZ. ¿Hay perniles?

AMETE. ¿Qué es perniles?

PÁEZ. Muslos de puerco.

AMETE. Mahoma  
los quitó por ley.

PÁEZ. ¿Pues coma  
el perrazo pasas vilcs!

AMETE. Habla bien, pues habla el moro  
tan bien de vuestro Bautista.

PÁEZ. Cerrado se me ha la vista.  
¡Lámame si vuelve el toro.

AMETE. Amo y mozo se han dormido.  
¡Ay, Argelina! ¿Qué haré?  
¿Cómo, mi bien, te dejé?  
¿Cómo tan ingrato he sido?  
Pero yo no pude más,  
que la libertad no es mía.  
¿Cómo a verte volvería  
a la ciudad donde estás?

¿Será buen medio dar muerte a estos dos? Mas no será, porque cuando vaya allá más voy a morir que a verte.

¿Porque a quién he de llegar que no me prenda?— ¿Qué sueño tiene el mozo! A ver el dueño: no le podrá despertar

el ruido de un cañón.

Las armas de los cristianos son notables; si en mis manos su dorada guarnición

viera yo contra los dos, y contra dos mil, y fuera remedio, presto te viera.

¡Ciego estoy, válgame Dios!

Sacarle quiero la espada sólo para ver su acero.

¡Bella hoja!; pero quiero vella de sangre esmaltada.

Mal hago; mejor será apartarme a vella allí.

¿Tendrá cineo palmas? Sí, esos pienso que tendrá.

«Cortos los alfanjes son, y no hieren de estocada: esta es arma aventajada y estimada con razón.

A reparar y a ofender puede servir desta suerte: brazo quiere diestro y fuerte; de hoy más la quiero aprender.

*(Silbos dentro y grito. Despierten los dos.)*

DENTRO. ¡Ataja, ataja, que el toro vuelve a las viñas.

D. MART. ¡Ay, cielo!

PÁEZ. ¡El toro!

DENTRO. ¡Ataja!

D. MART. Recelo que quiere matarme el moro.—

¿Qué es eso, Amete?

AMETE. Señor, pensé que el toro venía y defenderte quería, porque te he cobrado amor.

D. MART. ¡No me sirvas de esa suerte ni me desarmes jamás! Y tú, ¡bestia!, ¿dónde estás, que estoy por matarte?

PÁEZ. Advierte...

D. MART. ¿Qué he de advertir? ¡Vive Dios,

de darte una cuchillada!

¿Quitarme dejás la espada?

PÁEZ. Aquí estábamos los dos, y por Dios que no le vi.

D. MART. Dame la mula, y tú, moro, ve delante.

DENTRO. ¡Guarda el toro!

AMETE. ¡Qué buena ocasión perdí!

*(Vanse, y en pasando la grito del toro, salga GASPAR SUÁREZ y DOÑA LEONOR.)*

GASPAR.

Prima y señora mía, a quien con tal primor compuso el cielo como al sol para el día, y en las tinieblas del obscuro velo la luna y las estrellas, aunque con mayor luz las vuestras bellas.

¿Cuál hombre más dichoso de cuantos hizo Dios hallar se puede que quien de vuestro esposo merece el nombre? Pues si alguno excede al que de primo tengo, es éste de que hoy a honrarme vengo.

Si en el humilde estado que puso a un pobre pastoreillo el suelo os tuviera a mi lado al sol de julio y de diciembre al hielo, tan contento me viera que poca envidia al Príncipe tuviera.

No hay cosa en que el deseo de cuantas piensa el pensamiento humano y con sus ojos veo halle comparación con vuestra mano: quien tiene esta riqueza, dichoso le formó Naturaleza.

DOÑA LEONOR.

Los encañecimientos, hijos tal vez de un ánimo fingido en vuestros pensamientos, no dudo, primo, que de amor lo han sido. Mi amor quiere que os crea, aunque más gala que contento sea.

Obligada me muestro, puesto que en estimarme, señor mío, estimáis lo que es vuestro, y que me habéis de hacer merced confío, pues estáis obligado, por primo y por marido, a este cuidado.

Parece que en naciendo mis padres sólo a vos me dedicaron,

y que apenas pudiendo  
formar la voz, cuando ellos me criaron,  
vuestro nombre aprendía,  
y desataba en él la lengua mía.

Si hay letras en los ojos,  
como decía un sabio, pues en ellos  
los gustos, los enojos  
escribe el alma y se conocen dellos,  
en los míos cualquiera  
vuestro nombre sospecho que leyera.

Para mayores muestras,  
si a sus niñas alguno preguntara,  
dijeran que eran vuestras,  
que fué gusto del cielo que en la cara  
dos esclavas tuviese,  
porque en viéndome el dueño se supiese.

GASPAR.

¿Qué puede el amor mío,  
Leonor querida, responder agora  
sino algún desvarío?  
Mirad en qué tenéis gusto, señora,  
y mandad a quien creo  
que tiene esclavo en vos hasta el deseo.

Ya suelen los amantes  
las blancas perlas, de la mar espumas;  
los eternos diamantes,  
la fénix rara de purpúreas plumas  
ofrecer a quien aman:  
fuerza de amor los imposibles llaman.

No el ave del Arabia,  
diamantes sí, con que se casa el oro,  
que yo sé que se agravia  
prometiendo imposibles el decoro  
de un amor verdadero,  
que lo que puedo dar prometer quiero.

Sedas, oro, diamantes,  
pedid, mi bien, y si quien ama tiene  
riquezas semejantes,  
en menos que su gusto el vuestro ordene  
en que servirle pueda  
quien obligado de mandarle queda.

Mirad si el claro Tajo  
queréis subir, aunqu en batel pequeño,  
o sus peñas abajo,  
seguir su curso, cuando olvido y sueño,  
caballos de la noche,  
saquen del indio mar su negro coche.

Mirad si en esas huertas,  
cuando el alba ceñida de alelíos  
al sol abra las puertas  
y él salga coronado de rubíes,

queréis entre las flores  
oír las aves repitiendo amores.

Veréis cómo subido  
sobre las ruedas de su centro bajo,  
en plata convertido  
madejas de cristal devana el Tajo,  
para tejer labores  
en las huertas de frutas y de flores.

Veréis las aves mudas  
en los álamos altos escuchando  
las cantoras azudas,  
órganos destemplados imitando,  
veréis en su instrumento  
cantar las aguas y pararse el viento.

Si la pesca se acuerda,  
por caña tomaréis de amor el arco  
y por sedal la cuerda:  
yo seré el pez, mi pensamiento el barco,  
donde los dos iremos;  
mis ojos, ríos; mis cuidados, remos.

DOÑA LEONOR.

Yo no tengo más gusto  
que veros y adoraros, dulce esposo.

GASPAR.

Haga, pues es tan justo,  
nuestras bodas el cielo generoso,  
tan venturosas, prima,  
que sola esta prisión la muerte lima.

Que viviendo más años  
de los que suele dar Naturaleza,  
y libre de los daños  
que siguen a la dicha y la riqueza,  
con sucesión dichosa,  
os goce un siglo entero, dulce esposa.

No pueda mal suceso,  
no golpe de fortuna hacer de suerte  
que deje de estar preso,  
a despecho del tiempo y de la muerte,  
en la prisión que adoro.

DOÑA LEONOR.

¡Vos sólo sois mi bien!

GASPAR.

¡Vos mi tesoro!

(Sale RIBERA.)

RIBERA. ¡Albricias me puedes dar!

GASPAR. ¿De qué, Ribera?

RIBERA. Hoy sospecho  
que acabará de llegar



el caballo más bien hecho  
que hay desde el Tajo hasta el mar.

No ha visto el Andalucía,  
perdónenlo a mi alegría  
las dehesas gamenosas,  
bestia con tantas graciosas  
partes.

GASPAR. ¡Es ventura mía!

Toma este anillo, y con tinta  
de tu buen gusto me pinta  
ese caballo.

RIBERA. Tus manos  
beso, honor de toledanos.  
Oye una cifra sucinta.

El caballo es bayo oscuro;  
bebe con blanco, y los cabos  
son negros; de frente es duro,  
de ojos rígidos y bravos,  
puesto que hidalgo y seguro.

Es enjuto de mejillas,  
alto de rostro y pequeño  
de orejas; de las rodillas  
firme, que bien puede el dueño  
probarle de entrambas sillas.

Con anchos lomos, levanta  
mejor las manos; espanta  
con las narices abiertas;  
venas muestra descubiertas  
desde la cuja a la planta.

Algo sobre el vientre hinchados  
muestra los lados; el pecho  
por ancho iguala los lados;  
de pie pequeño y estrecho  
y de cascos bien formados.

Tiene viveza española;  
una mancha blanca sola;  
cola y clin que limpia, en fin,  
las rodillas con la clin  
y la tierra con la cola.

Es un clarín relinchando;  
de la vista, si se atufa,  
rayos de fuego arrojando,  
y la espuma cuando bufa  
a los que le están mirando.

Es arrogante de paso;  
limpio, igual, lustroso y raso;  
pero sólo considera  
que si con alas naciera  
fuera el caballo Pegaso.

GASPAR. Parece que estoy en él  
según le pintas.

RIBERA. No siento

qué pueda decirte dél;  
él tiene lindo contento,  
muy bien te hallarás con él.

GASPAR. Buen caballo, buena espada  
y buena mujer, decía  
un caballero.

RIBERA. Y me agrada.

GASPAR. Buena, Ribera, es la mía;  
bien puede ser estimada.

RIBERA. ¡Pesía tal!

D.<sup>a</sup> LEO. Honraisme vos.

RIBERA. Para en uno sois los dos.

GASPAR. Honra y hacienda es poder  
del mundo; mas la mujer  
buena es de mano de Dios.—

¿Qué nombre le llamaremos  
al caballo?

RIBERA. Por lo vivo,  
Truhán llamarle podremos.

GASPAR. Aunque es humilde y no altivo,  
alto, ese nombre le demos.

D.<sup>a</sup> LEO. No me agrada.

GASPAR. Pues, Leonor,  
¿sabéis vos nombre mejor?

D.<sup>a</sup> LEO. No; pero dame molestia  
el ver que truhán y bestia  
morirá de hambre, señor.

GASPAR. ¿Qué discreto advertimiento!  
No ha de ser bestia el truhán.  
¿Es caballo corpulento?

RIBERA. Sí, señor.

GASPAR. ¿Será Roldán  
buen nombre?

RIBERA. Díome contento.

Ese se llame.

D.<sup>a</sup> LEO. Y a mí  
me parece bien así.

(Entra FRANCISCA, criada.)

FRANCISC. El sastre ahora ha venido  
para probarte el vestido.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿El blanco?

FRANCISC. Señora, sí.

Y también trujo el platero  
la cintura aderezada.

D.<sup>a</sup> LEO. Probarme el vestido quiero.  
Adiós.

GASPAR. Adiós, prenda amada;  
bien de quien mi bien espero.

¿Hay contento como ver  
una gallarda mujer  
honrar una casa noble?

RIBERA. Con hijos tendrás al doble  
ese contento y placer.  
GASPAR. Démelos Dios de Leonor  
para servirle, y sean tantos  
que me empobrezcan.

RIBERA. ¡Qué amor!

(*Entra ANA, criada, y LAURENCIO.*)

LAURENC. No hagas tantos espantos,  
Ana.

ANA. Aquí está mi señor.

GASPAR. Laurencio, bien seas venido.

LAURENC. Tú mil veces bien hallado  
y bien casado.

GASPAR. Ya he sido  
bien hallado y bien casado.  
¿Cómo por Málaga ha ido?  
¿No viene acá tu señor?

LAURENC. Pensó venir y no pudo.

GASPAR. ¿No hubo esclavo?

LAURENC. Y el mejor  
de Berbería.

GASPAR. No dudo  
las partes de su valor  
escogido de tal gusto.  
¿Es hombre fuerte?

LAURENC. Es robusto;  
trabado, moreno, bravo  
y muy galán, aunque esclavo.

RIBERA. Hoy te viene todo al justo.  
Ya el caballo y los demás  
que tienes tendrán quien tenga  
cuidado dellos.

LAURENC. Si estás  
de gusto para que venga,  
iré por él.

GASPAR. Bien podrás.  
¿De quién le compró?

LAURENC. Traía  
este moro un caballero  
que de Valencia venía.  
Dióle por menos dinero,  
aunque por más cobardía,  
de lo que allá le costó,  
y es que dice que le vió  
con una espada desnuda  
un día, y que tuvo duda  
si quiso matarle o no.

GASPAR. ¡Lindo miedo en caballero!

LAURENC. El moro realmente es fiero,  
no de rostro, mas de fuerza,  
que no hay hombre que le tuerza

el brazo.

GASPAR. Ese esclavo quiero.

LAURENC. Sobre la palma levanta  
un hombre; dos herraduras  
como dos naipes quebranta.

RIBERA. Tú tienes lo que procuras.

LAURENC. Ana de verle se espanta.

GASPAR. Ve por él.

LAURENC. La carta de jo  
con la ropa.

GASPAR. Tiempo habrá.

ANA. ¡Ay, señor, no te aconsejo  
que venga este moro acá!

GASPAR. Tendráme como un espejo  
los caballos este moro;  
estímole a peso de oro,  
no puedo vivir sin él;  
si es fuerte y sale fiel  
vale, Ribera, un tesoro.

(*Entra AMETE y LAURENCIO.*)

LAURENC. Entra y échate a sus pies.

AMETE. ¿Es éste el señor?

LAURENC. El es.

GASPAR. ¡Bravo esclavo, por Dios!

RIBERA. ¡Bravo!

AMETE. Aquí tienes a tu esclavo  
para que los pies le des.

GASPAR. ¿Cómo te llamas?

AMETE. Amete.

GASPAR. ¿Qué nación? ¿Que tu persona  
buen servicio me promete?

AMETE. Galán soy de Meliona.

GASPAR. ¿Serás por fuerza jinete?

AMETE. Bien sé por dónde se bate,  
con el agudo acicate,  
con más gracia y perfección.  
GASPAR. Sirve bien, que la afición  
es la puerta del rescate.

¿Quién te cautivó?

AMETE. Un don Juan  
del hábito de San Juan,  
con las galeras de Malta.

GASPAR. ¿Eras cosario?

AMETE. No es falta.

GASPAR. ¿Y dónde?

AMETE. A vista de Orán.

GASPAR. ¿Viste a Nápoles?

AMETE. Ya vi  
a Nápoles otra vez,  
señor, que cautivo fuí,  
que soy pieza de ajedrez

y ando de aquí para allí.

Juega fortuna conmigo:  
de las casas que ha mudado  
vengo a la tuya.

GASPAR. Un amigo,  
si tú eres bueno, has hallado.

AMETE. El tiempo doy por testigo.

GASPAR. ¿Qué señal tienes ahí?

AMETE. Heridas son, que en Orán  
de cristianos recibí;  
y éstas, que frescas están,  
es que a tu puerta caí,  
que al ir a entrar tropecé  
y me quedé sin sentido;  
pero luego imaginé,  
pues a servirte he venido,  
que la posesión tomé.

Ya tengo perdido el miedo  
que no tendré libertad:  
para siempre esclavo quedo.

GASPAR. Verás aquesta ciudad;  
bien te agradará Toledo.

Entra y dale que meriende,  
Ana; y tú, Laurencio, toma  
este doblón.

LAURENC. ¿Quién no emprende  
servirte!

AMETE. ¡Ah, cruel Mahoma!

LAURENC. Tú quedas con rico fende (1).

No hay sino servir y ser  
fiel, que te vestirán  
que todos tengan que ver.

AMETE. ¿Cómo vestirme podrán,  
desnudo de tal placer?

(Vanse todos, excepto ANA y AMETE.)

ANA. Triste quedas.

AMETE. No he quedado  
triste del dueño que tengo.

ANA. Estuvieras engañado.

AMETE. Estoy triste porque vengo  
de un alto a un humilde estado.

ANA. Es mi señor tan galán,  
tan noble y tan virtuoso,  
que aunque habrás visto en Orán  
su general generoso  
y los que con él están,  
no habrás tratado persona  
de valor y entendimiento  
como la suya.

AMETE. Aficiona

su talle. Mis penas siento.

ANA. ¿Dejas algo en Meliona?

AMETE. No dejo sino en Valencia  
la mitad del alma agora.

ANA. Menester habrás paciencia.

¿Quién es?

AMETE. Una hermosa mora  
que ha hecho al sol competencia.

ANA. ¿Era tu mujer?

AMETE. Un mes  
estuvimos desposados.

ANA. ¡Mudanza del mundo es!  
Merienda, y de tus cuidados  
me darás parte después.

¿Comes tocino?

AMETE. ¿Tocino?

ANA. Si te quieres alegrar  
bebe un traguillo de vino,  
que sola para llerar  
es buena el agua imagino.

AMETE. A Mahoma tengo micdo.

ANA. Si creyeras en el Credo  
no le tuvieras.

AMETE. ¡Paciencia!  
Viva Argelina en Valencia  
y muera Amete en Toledo.

(Váyanse, y entren CORCUERA y BELTRÁN, lacayos.) (1)

CORCUERA. ¡Otra vez quiero abrazarte!

BELTRÁN. Bien lo debes a mi amor.

CORCUERA. Deja, Beltrán, el temor  
y las desdichas aparte,  
que mejor tierra es aquesta.

BELTRÁN. ¡Ay, Corcuera! ¿Cómo puedo?

CORCUERA. ¿Pues no te alegra Toledo  
y el vernos andar de fiesta?

BELTRÁN. El haber venido a él,  
más por fuerza que por gusto,  
me ha dado aqueste disgusto,  
aunque hay tanto gusto en él.

Estaba, Corcuera hermano,  
vuestro servidor Beltrán  
con el famoso don Juan  
de Castelví, valenciano;  
hombre de la Cruz Bautista,  
y a fe, gallardo soldado,  
y que pudiera a su lado  
perder mi oficio de vista.

Porque, en fin, en las galeras

(1) Palabra árabe desfigurada, por *Efendi* (señor).

(1) En el reparto, a Corcuera le llama Corbera.



seguí diversas derrotas,  
en corso de galeotas  
y con sus blancas banderas.

Adonde por mi valor  
me prometió media cruz,  
con que habiendo poca luz  
fuera yo Comendador.

Y quiso el diablo...

CORCUER. ¿Qué quiso?

BELTRÁN. Que a Valencia me envió  
con dos esclavos, que yo  
fuí carabela de aviso

de una cierta doña Juana.  
Mandóme el uno vender;  
vendíle, y pudiera ser  
que mi condición liviana,  
no se ofreciendo ocasión,  
fuera en guardarle discreto  
el oro; pero, en efeto,  
la ocasión hace al ladrón.

Con cien escudos pasaba  
la plaza de la Olivera,  
donde estaba una bandera  
y mi desventura estaba

Entré; vi jugar; jugué  
un escudo; perdí, y luego,  
picado, dije: Otro juego;  
perdí dos, y otro saqué.

Fuése con los dos, y al punto  
saco tres; pierdo los tres;  
venme el oro y meten pies  
como cuervos al difunto.

Echo un azar, saco veinte;  
paro en un siete y llevar,  
y tras aquél echo azar.  
¿Qué quieres más que te cuente?

Jugué aquéllos, y jugué  
los que llevaba el jubón,  
que era escritorio y cajón  
de lo que en Italia hurté.

Como me vi sin el plus,  
y que si comer quería  
había de andar cada día  
a la sopa de Jesús,  
no pude a Italia volver,  
ni a la dama me atreví.

CORCUER. ¿Es ésa la historia?

BELTRÁN. Sí.

CORCUER. Pues bien, ¿qué se puede hacer?

Ya es perdido ese don Juan;  
quizá fué por vuestro bien,  
y en esta ciudad también

mil don Juanes se hallarán.

Por dicha en la guerra os dieran  
tostones en colación,  
destos que de plomo son,  
o alguna burla os hicieran  
destas minas del abismo,  
que un hombre, en estando rota,  
salta como una pelota  
y se hace falta a sí mismo.

Mejor es andar por llano,  
aunque no lo está Toledo;  
mas no hay de caer el miedo  
que allá por la guerra, hermano.

Más vale aquí la ración  
de un grande de Jesucristo  
que cuantas pagas he visto  
en el mejor escuadrón.

BELTRÁN. ¿Pues qué, Grandes hay aquí?

CORCUER. Los canónigos son grandes  
desta Iglesia, y no hay más Flandes  
que servirlos.

BELTRÁN. ¿Cómo así?

CORCUER. Una mula, y a sus horas,  
y adiós, como al punto acuda.

BELTRÁN. No hay en estrado viuda,  
perdónenme las señoras,  
como una mula con tocas.  
¿Con qué seso está a la puerta  
de una iglesia!

CORCUER. Es cosa incierta.

BELTRÁN. Y las visitas son pocas.

Pero todo es día y vito,  
y esto de ver babear  
una mula, no hay pescar  
con caña ni con garlito  
que quicra más sufrimiento.  
Mejor vivo a lo seglar.

CORCUER. De todo se puede hallar  
a quien servir a contento.

El Corregidor tenía  
necesidad de un lacayo.

BELTRÁN. ¿Quién es?

CORCUER. ¡Oh, pesia a mi sayo!

Honor del Andalucía:

Juan (Gutiérrez Tello.

BELTRÁN. ¿Quién?

CORCUER. Tello el bravo.

BELTRÁN. ¡Pesia tal!

CORCUER. Este no os estaba mal.

BELTRÁN. Antes me estuviera bien.

CORCUER. Sin eso hay aquí señores  
Ayalas, Lasos, Riberas,

Guzmanes, Toledos, Veras,  
Jurados y Regidores,  
y mercaderes, que son  
gente noble y principal:  
indianos en el caudal,  
reyes en la condición.

Es la gente de Toledo  
afable, discreta, honrosa,  
caritativa, piadosa  
más que encarecerse puedo.

Es para los forasteros  
liberal; y pues de bravo  
te picas, eso te alabo,  
porque hay famosos aceros.

Sirve aquí; deja la Corte,  
que es Babilonia, Beltrán,  
y de una ración que dan  
se paga primero el porte.

Aquí hay ventillas, y iremos  
a merendar ensalada,  
pie de puerco y empanada;  
de Burguillos beberemos.

Y no faltarán dos sotas  
mejores que en Manzanares.

BELTRÁN. Quitado me has los pesares,  
el ánimo me alborotas.

Búscame un amo, aunque sea  
en un Cigarral.

CORCUERA. Querría  
acomodarte este día  
con quien te diese librea.

BELTRÁN. ¿Hay casamiento?

CORCUERA. No digo,  
sino de toros y cañas.

BELTRÁN. ¡Esas son telas de arañas  
y amapola en verde trigo!

Sale un lacayo famoso  
con dos rejonos al lado  
de un bayo rucio rodado,  
sonando el pretal lustroso.

Lleva un colete gentil  
de badana acuchillado,  
calza y jubón nacarado,  
con velo blanco y sutil  
de plata, de poca estima,  
que parece todo entero  
asadura de carnero,  
con su tela por encima.

Y cuando libra el pellejo  
y se acuesta muy cansado,  
halla el vestido arrugado,  
que parece trapo viejo.

Véndele por la mañana,  
y da un ropante por él,  
por oro de cascabel,  
tres reales de mala gana.

CORCUERA. En la iglesia entrado habemos.  
Esta es la famosa nave  
de San Cristóbal.

BELTRÁN. ¡Qué grave  
gente!

CORCUERA. Aquí nos apartemos.  
En esta nave se embarca  
de Toledo la nobleza;  
cada día aquí se reza  
todo lo que el mundo abarca.

Es como patio en Palacio,  
o cual Gradas en Sevilla.

BELTRÁN. ¡La máquina maravilla!

CORCUERA. Quiere ingenio y quiere espacio.

(*Entren GASPAR SUÁREZ y su hermano, y otros cua-  
tro CABALLEROS.*)

GASPAR. Ya digo que jugaré,  
aunque recién desposado.

CAB. 1. Mucho me habéis obligado.

HERMANO. Y yo con mi hermano iré.

CAB. 2. Caballos no han de faltar.

GASPAR. Hoy me ha de llegar un bayo  
que puedo llamarle el rayo.

CAB. 2. Bueno será para entrar.

CAB. 3. ¿Jugará el Corregidor?

HERMANO. ¿Quién duda que jugará?

CAB. 4. ¡Buenos caballos tendrá  
de la Corte!

GASPAR. ¿Quién mejor?

CAB. 1. ¿Qué librea sacaréis,  
si como el nombre andáis franco?

GASPAR. Raso azul, pajizo y blanco.

CAB. 2. Ninguna cosa tenéis  
de las que decís aquí  
en vuestra prima empleado,  
pues ni sois casto casado  
ni lo demás.

GASPAR. Es así;  
pero son propias colores  
de mi Leonor.

CAB. 3. Lo leonado  
era del nombre.

GASPAR. Es cansado  
sin mucha plata, señores.

Y aunque yo lo pienso echar,  
menos con lo blanco obliga.

CAB. 3. Su color don Pedro diga.

CAB. 1. Mi dueño me la ha de dar.

CORCUERA. Llegaré por aquel lado  
y al que te digo hablaré,  
que ha puesto casa.

BELTRÁN. No sé  
si estando ya desposado  
será acertado, Corcuera,  
que acabados de casar  
se retiren a ahorrar  
y anda la ración ligera.

CORCUERA. Este es hombre principal  
y muy rico, y tan gallardo,  
que si te recibe aguardo  
de su mano liberal  
gran remedio para ti.—  
Dos palabras le quisiera  
a vuesa merced.

GASPAR. Afuera  
me podéis hablar, no aquí.

CORCUERA. Es porque viera este mozo,  
si déhl hay necesidad.

GASPAR. ¿Conócenlo en la ciudad?

CORCUERA. Sí, señor.

BELTRÁN. ¡Salto de gozo!

GASPAR. Llevalde a casa después  
que se van estos señores.

HERMANO. Refirir sobre las colores  
primer capítulo es  
del concierto de unas cañas.

CAB. 1. Vamos.

CAB. 2. No quede por eso,  
desconfianzas profeso,  
tengo esperanzas extrañas.  
Y es lo verde impropio en mí.

CAB. 3. Quiero daros mi color,  
si la tenéis por mejor.

CAB. 2. Pues quede así.

CAB. 3. Quede así.

(Vanse.)

CORCUERA. Que le vaya a ver después  
dijo.

BELTRÁN. Pues vamos los dos.

CORCUERA. Si te acomodas, por Dios,  
que del cabello a los pies  
te enviste de terciopelo,  
que tiene cien mil ducados.

BELTRÁN. Con seis hijos y doblados  
los goce.

CORCUERA. Ruégalo al cielo.

BELTRÁN. ¿Tienes adonde acudir?

CORCUERA. Cierta pobreta me aguarda.

BELTRÁN. ¿Qué gente?

CORCUERA. Estameña parda  
acabada de tundir.

BELTRÁN. Mejor dirás batanar.  
¿Hay hermana, prima o tía?

CORCUERA. Hay madre.

BELTRÁN. ¿Es vieja?

CORCUERA. Es arpía;  
mas puédete regalar.

BELTRÁN. ¿Habrá siete y seis?

CORCUERA. Añade...

BELTRÁN. Dilo.

CORCUERA. Un as.

BELTRÁN. ¡Válame Dios!

CORCUERA. Y aún lé quito más de dos;  
mas puede ser que te agrade.

BELTRÁN. ¿Es sesenta?

CORCUERA. Punto menos.

BELTRÁN. ¿Pues cómo me ha de agradar?

CORCUERA. Porque un no pedir y un dar  
ha entretenido a mil buenos.

BELTRÁN. Materia (1) es la carga; camina.

CORCUERA. La esquina desta calleja  
habita.

BELTRÁN. ¿No basta vieja,  
sino vivir en esquina?  
Taberna parecerá.

CORCUERA. Verdad.

BELTRÁN. ¿Hay dos puertas?

CORCUERA. Sí,  
que unos entran por allí  
y otros salen por allá.

(Vanse, y entre AMETE.)

AMETE. Penosa y mísera vida,  
para los bienes ligera,  
pesada para los males,  
que allí paras y aquí vuelas!  
¿Qué he de hacer en tal desdicha,  
viendo que ya no me queda  
remedio para librar  
el alma que está en Valencia?  
¡Dejadme, tristes memorias,  
que la mayor de las penas  
no es perder las glorias, no,  
sino la memoria dellas!  
De todo quiero olvidarme,  
porque no es razón que venza

(1) Así en los textos; pero es errata evidente, y además el verso largo. Se escribiría así: Mala es la carga; camina.



un corazón como el mío  
memorias flacas y tiernas.  
¿Debajo de qué fortuna  
bajó conmigo la rueda?  
No fué tanta mi desdicha  
como mi memoria piensa.  
No en galeras de cristianos,  
con el remo y con la fuerza,  
azoto el mar y me azota  
el duro cómitre en ellas.  
No despierto al sonoro  
pito, ni al alba risueña  
sacudo almilla o capote  
el bonete o la cadena.  
En buena ciudad estoy:  
rica, ilustre, hermosa y bella;  
buen amo tengo y buena ama,  
amor notable se muestran.  
Mozos son, recién casados;  
pero la envidia me aqueja  
de ver que en su propio nido  
como palomas se besan.  
El es discreto y galán,  
ella gallarda y discreta;  
sus criadas virtuosas  
cuidan mi comida y cena.  
¡Ay, sueño, olvídame un poco  
de memorias lisonjeras!  
Duerma un esclavo, que en fin,  
es libre en tanto que duerma.

(*Recuéstase, y salgan DOÑA LEONOR y ANA.*)

D.<sup>a</sup> LEO. Ana, mucho se ha tardado  
mi primo esta vez.  
ANA. No creas  
que ajeno gusto le ocupe,  
si alguna malicia piensas.  
En la iglesia estará agora.  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿Agora estará en la iglesia?  
ANA. Sí, señora, y divertido,  
como es ocasión de fiestas.  
D.<sup>a</sup> LEO. Las fiestas de un desposado  
no las tengo yo por buenas  
fuera de casa.  
ANA. Ni yo  
tengo por buenas tus quejas.  
Mi señor te está adorando.  
D.<sup>a</sup> LEO. Ana, pagará la deuda  
que debe a mi grande amor.

(*AMETE, durmiendo.*)

AMETE. Toda es desdichas la guerra.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Quién habla aquí?  
ANA. ¡Ay, Dios, no sé!  
D.<sup>a</sup> LEO. El moro parece; llega  
y échale de aquí.  
ANA. Entre sueños  
habla.  
D.<sup>a</sup> LEO. Está un momento atenta.  
AMETE. Para poderme librar  
ningún remedio me queda  
si no es matar.  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿A quién dijo?  
ANA. No dijo a quién.  
AMETE. ¡Mueran! ¡Mueran!  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿Qué es esto, moro? ¿Con quién  
hablas?  
AMETE. ¿Yo hablaba?  
D.<sup>a</sup> LEO. Despierta,  
y otra vez no entres aquí.  
AMETE. Perdona. ¡Ay, querida tierra!  
Si pudiera conquistarte  
con mis suspiros, Valencia,  
con los de un hora no más  
ya no tuvieras almena.  
D.<sup>a</sup> LEO. Vete a la caballeriza,  
moro, y nunca sin licencia  
a estos corredores subas.  
¡Toda la sangre me altera!

(*Entra GASPAS SUÁREZ.*)

GASPAS. ¡Hola! Tomá aquesta capa.

(*Criados se la quitan.*)

D.<sup>a</sup> LEO. Primo, bien venido seas.  
GASPAS. Quien viene a tus brazos viene,  
prima, a un ciclo de la tierra.  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿Cómo te has tardado tanto?  
GASPAS. Estos señores que juegan  
las cañas me han detenido,  
y que los juegue...  
D.<sup>a</sup> LEO. No temas.  
GASPAS. Me mandan, por vida tuya,  
y aun quise decir me ruegan,  
según me han importunado,  
que mis fiestas, Leonor bella,  
son adorar esos ojos.  
D.<sup>a</sup> LEO. Mi vida, si tú te huelgas,  
yo recibo mucho gusto.  
GASPAS. ¡Guárdete Dios! ¡Qué discreta!  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿Escogiste las colores?  
GASPAS. Sí, mi señora.  
D.<sup>a</sup> LEO. ¿Qué llevas?  
GASPAS. Azul, amarillo y blanco.

Escucha, no te entristezcas.  
 Lo azul significa el cielo,  
 que comparo a tu belleza;  
 lo amarillo, el sol que sale,  
 y en tu verde edad comienza  
 a fertilizar el año,  
 que por muchos años sea;  
 lo blanco es la fe, que tiene  
 tal blancura la pureza  
 con que mi alma te adora.

D.<sup>a</sup> LEO. Bien obligada me dejas.  
 Y en tiempo que me encareces  
 y que de verme te alegras  
 mercedes quiero pedirte.

GASPAR. No agravies lo que desea  
 servirte un alma tan tuya.

D.<sup>a</sup> LEO. El moro no me contenta  
 que has comprado.

GASPAR. No prosigas;  
 luego al instante se venda.

D.<sup>a</sup> ANA. Oíle ciertas palabras  
 durmiendo, y si cuando sueña  
 habla de matar y herir,  
 mejor lo hará si despierta.

GASPAR. Mañana a Madrid le envío.

D.<sup>a</sup> LEO. Temo, señor, que se atreva  
 a algún criado de casa  
 o alguna gente de fuera.—  
 Ya vino vuestro caballo.

GASPAR. Dadme, señora, licencia  
 para verle.

D.<sup>a</sup> LEO. Iré con vos,  
 porque yo también lo vea.

GASPAR. ¡Hola! Sáquenle a ese patio.

D.<sup>a</sup> LEO. Creedme que es una perla.

GASPAR. Si vos le dais ese nombre,  
 haréle una caja.

D.<sup>a</sup> LEO. Tenga  
 éste solo, por mi vida.

GASPAR. Más que la Naturaleza  
 habéis hecho, mi señora;  
 que Naturaleza engendra  
 perlas en nácar, y vos  
 hacéis de las bestias perlas.

~~~~~

### ACTO TERCERO

#### DEL AMETE DE TOLEDO

(Salen BELTRÁN y CORCUERA.)

CORCUERA. ¡Qué buen agradecimiento  
 de haberos acomodado!

BELTRÁN. He andado muy ocupado  
 y sólo al servicio atento,  
 que vos sabéis que merece  
 Gaspar Suárez, mi señor,  
 cuya virtud y valor  
 hoy como el sol resplandece.  
 Fuera desto, habéis estado  
 en la aldea, y yo en Madrid.

CORCUERA. A qué fuistes me decid,  
 que ya os tengo disculpado.

BELTRÁN. Fué por caballos mi amo,  
 y volvió a traer de allá  
 aquel Amete, a quien ya  
 por todo extremo desamo;  
 que le quería vender  
 por gusto de mi señora.

CORCUERA. Bien ha hecho, porque agora  
 pienso que le ha menester.

BELTRÁN. Hallóle ya puesto en venta,  
 y el moro se enterneció  
 de verle: al fin le obligó  
 a volverle.

CORCUERA. ¿Está contenta  
 vuestra señora con él?

BELTRÁN. No mucho, porque el esclavo  
 es muy arrogante y bravo,  
 aunque seguro y fiel.  
 Pero debe de fundarse  
 en que es caballero.

CORCUERA. Todos  
 los esclavos se hacen godos.

BELTRÁN. Este bien puede estimarse,  
 —que yo me hallé con don Juan  
 el día que le prendió  
 y sé el valor que mostró.

CORCUERA. ¿Luego aqueste fué, Beltrán,  
 el que en Valencia vendistes?

BELTRÁN. Este fué aquel que jugué,  
 cuyo dinero se fué  
 de la manera que vistes.

CORCUERA. ¿Y está el moro bien con vos?

BELTRÁN. Yo a lo menos estoy mal  
 con él.

CORCUERA. Eso es natural;  
 sois elementos los dos.

BELTRÁN. Es un perrazo arrogante,  
 a quien dan algunos días  
 tan fieras melancolías  
 que no hay ponerse delante.  
 En lo demás, si por dicha  
 algún día está contento,  
 muestra buen entendimiento.

CORCUERA. Dichosa fué su desdicha  
si por aqueste camino  
viene a conocer a Dios.

BELTRÁN. ¿Y cómo?

CORCUERA. ¿Reñís los dos?

BELTRÁN. Sí, mas no sobre el tocino,  
como los perros y gatos.

CORCUERA. Ya es tarde y querrá cenar  
mi señor; dame lugar.

BELTRÁN. Acá ya sucnan los platos.

CORCUERA. Pues entrad, y por mi vida  
que os dejéis ver.

BELTRÁN. Vos veréis  
la enmienda.

CORCUERA. Entre siete y seis,  
Beltrán, mañana os convida  
a lo del Santo Corcuera  
junto a la plaza Mayor.

BELTRÁN. Allá voy como un azor;  
mas sea la fiesta entera  
y despertemos el vino.

CORCUERA. Tocino lo habrá de hacer.

BELTRÁN. Alcahuete del beber  
llamó un flamenco al tocino.

(*Entrense, y salen GASPAS SUÁREZ y DOÑA LEONOR.*)

GASPAR. Pienso que os habéis holgado.

D.<sup>a</sup> LEO. Nunca me huelgo sin vos.

GASPAR. Que os lo pago sabe Dios,  
prima, en el mismo cuidado.  
¿Qué dijeron del vestido  
esas señoras?

D.<sup>a</sup> LEO. Que fué  
de vuestro gusto.

GASPAR. No sé,  
prima, si del vuestro ha sido.

D.<sup>a</sup> LEO. La cadena de diamantes  
les agradó.

GASPAR. Yo quisiera  
que toda de estrellas fuera,  
al mismo sol semejantes.

Desea mi justo amor  
serviros en cuanto puede,  
y es fuerza que atrás se quede  
por no igualar su valor.

Que si con él se midieran  
las fuerzas, no hay India agora  
para serviros, señora;  
pobres sus riquezas fueran.

Oro pisaran los pies  
que pueden pisar mis ojos,  
donde el amor sin despojos

confiesa que no lo es.

Cuanto produce la aurora  
de ricas piedras vistiera  
de esa alma la rica esfera,  
que es vuestro cuerpo, señora.

Si Naturaleza rara  
segundas perlas hiciera  
de Cleopatra y menos fuera  
de sus milagros avara,  
de cada sutil cabello  
una colgara, por Dios;  
pero hizo solas dos,  
porque no pudiese hacello.

D.<sup>a</sup> LEO. Tantas mercedes me hacéis,  
tantos regalos me dáis,  
que pienso que conquistáis,  
Gaspar, lo que ya tenéis.

Mirad que lo que es tan vuestro  
no se ha de tratar así,  
que sospecharán de mí  
que menos amor os muestro.

Y creed que me ganáis  
en mercedes que me hacéis,  
porque como hombre podéis  
y porque obligado estáis.

Pero en amor no es posible.

GASPAR. ¿Cómo no, si os quiero tanto?

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Queréis que os diga yo cuánto?

GASPAR. Sí.

D.<sup>a</sup> LEO. Oíd este imposible:

Si el mundo todo en mi poder tuviera,  
por rey del mundo, primo, os coronara,  
y si pudiera hacer mundos, formara  
otros mil mundos, que a esos pies pusiera.

Si el cielo dilatar me concediera  
las vidas de los hombres, dilatara  
la vuestra tanto, que hasta el fin llegara  
del fin universal que el mundo espera.

Y si de Ovidio el artificio extraño  
se extendiera a sucesos verdaderos  
y su transformación no fuera engaño,  
me convirtiera en vos para teneros  
el amor que os tenéis; si no me engaño,  
yo os quiero más que vos podéis quererlos.

GASPAR. Agradezco la merced  
que me habéis hecho, Leonor;  
pero que igualáis mi amor  
por imposible tened.

D.<sup>a</sup> LEO. Yo lo tengo por posible.

GASPAR. ¿Eso no!

D.<sup>a</sup> LEO. ¿De vos me espanto!

GASPAR. ¿Queréis que os diga yo cuánto?



D.<sup>a</sup> LEO. Sí.

GASPAR. Oíd este imposible:

Si fuera yo la juventud florida,  
en vuestra verde edad me aposentara,  
y si fuera yo el tiempo, me parara  
para que fuera eterna vuestra vida.

Si fuera el sol, la luz esclarecida  
de vuestros ojos por mi luz tomara,  
para que el mundo, en viéndola, os llamara  
sola del sol de tanta luz vestida.

Si no hubiérades sido, para hacerme  
un ser de vuestro ser, a pensar vengo  
que a poder ser, que lo que no es se vea,  
no quisiera haber sido, por no verme  
con ser sin vos, porque este ser que tengo  
es ser por vos hasta que ser no sea.

D.<sup>a</sup> LEO. Veneíome el entendimiento,  
no el amor.

GASPAR. Amor, señora,  
es mi entendimiento agora  
y alma de mi pensamiento.  
No tenéis que porfiar,  
siempre mi amor es mayor.

(Entra ANA.)

ANA. Ya si quiere mi señor,  
señora, puede cenar.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Está a punto?

ANA. Sí, señora.

D.<sup>a</sup> LEO. Entrad, mi bien.

GASPAR. Voy con vos.—

¿Qué es eso?

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Válgame Dios!

GASPAR. ¡Buen galán he sido agora!

D.<sup>a</sup> LEO. Descorchóseme el chapín.

GASPAR. ¿Hicisteos mal?

D.<sup>a</sup> LEO. No es nada.

(Vanse, y entre AMETE, y quede ANA.)

AMETE. Ana, ¿en qué estás ocupada?

ANA. ¿Por qué lo dice el mastín?

AMETE. ¡Para como vengo yo  
es esa respuesta buena!

ANA. Amete, mi señor eena;  
¿quieres otra cosa?

AMETE. No.

Pero vive Dios que tienes  
un desabrimiento en ti...

ANA. Pues bien, ¿qué quieres de mí?

AMETE. ¿Qué he de querer?

ANA. ¡Bueno vienes!

Como no tienes costumbre,

yo apostaré que algún trago  
ha hecho en ti más estrago  
que en Beltranillo un azumbre.

AMETE. ¡Vive Dios!

ANA. ¡Perro! ¿Tú a mí  
la mano alzada? ¡Pues calla!

(Vase.)

AMETE. No sabe ésta que me halla  
como en mi vida me vi.  
Anda desde anoche en mí  
una batalla tan fiera,  
que parece que me altera  
todos los cinco sentidos  
de ver al alma ofendidos  
donde libertad no espera.

Grande tristeza me ha dado  
tu earta, hermosa Argelina,  
pues ya tu amor imagina  
que de ti vivo olvidado.  
Yo te escribiré el estado

en que está tu pobre Amete:  
piénsasme en Orán jinete,  
piénsasme en la mar delfín;  
¡ay, que no sabes el fin  
que esta prisión me promete!

¡Qué fiera melaneolía!  
¡Ay, mi patria; ay, cielo santo!  
¡Ojos ha bañado el llanto  
que el mismo fuego solía!  
Eterna tristeza mía,

¿qué tienes hoy más que ayer?  
De mi amo y su mujer  
creo que nace esta rabia,  
no porque nadie me agravia,  
pero por verlos querer.

(Entra BELTRÁN.)

BELTRÁN. Pues, Amete, ¿cómo va?

AMETE. No estoy para burlas.

BELTRÁN. ¿No?

AMETE. ¡No, digo!

BELTRÁN. ¡Pues quiero yo!

AMETE. ¡Déjame, quítate allá!

BELTRÁN. ¿Hate mordido algún perro?  
Entra, que te quiere dar,  
Figueroa, de cenar.

AMETE. ¡Déjame!

BELTRÁN. No atarte es yerro.

(Entrese AMETE.)

¿Qué diablos tiene ese galgo,  
que hoy nos pone a todos miedo?

(*Entra un PAJECILLO.*)

PAJE. Beltrán.  
 BELTRÁN. ¿Qué hay, niño?  
 PAJE. Oye quedo.  
 BELTRÁN. Ya entiendo; que luego salgo,  
 en cenando mi señor.  
 PAJE. Mira que parece honrada.  
 BELTRÁN. ¿Viene tapada?  
 PAJE. Tapada.  
 BELTRÁN. ¿Buena ropa?  
 PAJE. Y buen olor.  
 BELTRÁN. Alguna que habrá caído  
 en el talle de Beltrán  
 destas pobretas que van  
 a la sopa de Cupido.  
 Si preguntaren por mí  
 di que a la esquina llegué.  
 PAJE. Vete, que yo lo diré.

(*Vase BELTRÁN.*)

ANA. (*Dentro.*) ¿Pues tú me tratas así?  
 ¿La cena que está en la mesa  
 me arrebatas?

AMETE. ¿Pues qué quieres?

(*Sale AMETE, con un plato comiendo.*)

¡El diablo son las mujeres!  
 ¡De que no le di me pesa  
 con el plato, vive Dios!

GASPAR. Ana, ¿qué es eso?

ANA. ¡Este moro,  
 que anda bravo como un toro!

GASPAR. ¿Por qué le dejáis las dos  
 que suba arriba?

ANA. La cena  
 me ha tomado.

GASPAR. Espera un poco.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Adónde váis? ¿Estáis loco?

PAJE. Amete.

AMETE. ¿Qué?

PAJE. Tengo pena  
 que señor te quiere dar.

AMETE. Lleva este plato allá dentro.

PAJE. Muestra.

AMETE. Vete, pues.

PAJE. Ya entro.

AMETE. ¿Qué haré?

PAJE. Limpiarte y negar.

(*Entra GASPAR SUÁREZ con una caña.*)

GASPAR.

¡Perro! ¿De cuándo acá sois atrevido?

¿Para eso os truje de Madrid, bellaco?  
 ¡Cuán mejor estuviérais vendido!

AMETE.

Señor...

GASPAR.

¡Con humildades no me aplaco!

AMETE.

¿Palos, cristiano, a un hombre bien nacido?

GASPAR.

¡Pues vive Dios que si la espada saco...!

AMETE.

¡Pluguiera a Dios que cuatro cuchilladas  
 dejaran esta cara y barba honradas!

GASPAR.

¿Palos siente un esclavo?

AMETE.

¡Basta, tente!

(*Sale DOÑA LEONOR.*)

DOÑA LEONOR.

¡Jesús, y qué disgusto!

AMETE.

¡Ay, cielo airado!

GASPAR.

¡Perro, bellaco, bárbaro, insolente!

DOÑA LEONOR.

¡Dejalde! ¡Buena cena me habéis dado!

GASPAR.

En sufriendo a un esclavo impertinente  
 por momentos será desvergonzado.

¡Yo os haré que sepáis que las criadas  
 han de ser en mi casa respetadas!

¿Vos tomalle la cena de la mesa?

DOÑA LEONOR.

¡Basta, señor! ¡Entraos, por vida mía!

GASPAR.

¡La desvergüenza del perrazo!

(*Entranse los dos.*)

AMETE.

Hoy cesa

la vida, la esperanza y la porfía.

Hoy me levanto a la mayor empresa,  
 ya que la rabia del furor me guía  
 que ha cabido en esclavo eternamente,

pues he sufrido que Gaspar me afrente.

¿Palos a mí, que general he sido?

¿Palos a mí, galán de Meliona?

¿Palos a mí, que tantos he vencido  
en los campos de Orán por mi persona?

¿Al bárbaro más noble y bien nacido

de cuantos hoy el Africa corona

palos con una caña, y en España,

donde es mayor la infamia con la caña?

¿Qué guardo yo la vida, si en Toledo,

tan lejos de mi patria, pobre esclavo,

la tengo de acabar? ¡Afuera miedo,

pues la desdicha con la vida acabo!

Con un cuchillo remediallo puedo:

vitupero el vivir, la muerte alabo.

¡Blasfemo de Mahoma! ¿A mí de palos?

¡Los buenos con agravios se hacen malos!

(Vase.)

ANA. (Dentro.) ¿Adónde vas desafortunada?

¿Estás loco, moro infame?

¡Señor! ¡Señor!

GASPAR. Figuerola,

¿qué es eso?

ANA. ¡Este perro alarbe,

que de aquí tomó un cuchillo!

GASPAR. ¡Beltrán! ¡Hola, Enrique! ¡Pajes!

ANA. Ninguno está aquí, señor.

GASPAR. ¿Déjanme cenando y vaise?

¡Dadme unas esposas presto!

D.<sup>a</sup> LEO. Señor, importa que llames

algún hombre que te ayude.

GASPAR. Corriendo salgo a la calle.

(Sale.)

¡Señor capitán Guevara!

CAPITÁN. ¿Quién es?

GASPAR. Yo soy, Gaspar Suárez.

CAPITÁN. ¿Qué quiere vuestra merced?

GASPAR. Mande que al instante bajen  
vuestra merced dos criados,  
para que me tengan y aten  
este moro.

CAPITÁN. Iré yo mismo.

GASPAR. Quiero entrar y amenazarle,

que si contra mí se vuelve

¡vive el cielo que le pase!

¿Agora cerráis la puerta?

¡Mas si es él! ¡Amete, abre!

¡Abre, Amete! ¡Hola, Francisca!

¡Ana! ¡Luis! ¿No me oye nadie?

(Dentro.)

AMETE. ¡Yo mataré a la que adoras,  
cristiano, para vengarme!

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Ay, Amete! ¿A mí, por qué?

GASPAR. ¡Oh, perro traidor! ¿Qué haces?

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Jesús! ¡Virgen del Sagrario!

GASPAR. ¡¡Leñor se queja!

ANA. ¿Que trates  
desta suerte a mi señora?

GASPAR. ¿Que no hay un hombre que pase  
que me ayudara a romper  
esta puerta? ¿Eres diamante,  
duro cerrojo?

ANA. ¡Ay de mí!

FRANCISC. ¿A mi hija, perro infame?

AMETE. ¡Muere tú también!

FRANCISC. ¡Jesús!

GASPAR. ¡Oh, puertas inexorables!

¡Hijo, Amete! ¡Amete, hijo!

¡Yo soy tu señor, tu padre,  
tu amigo, tu hermano, tente!

(Sale el CAPITÁN, y gente.)

CAPITÁN. ¿Qué es esto?

GASPAR. ¡Desdicha grande!

¡Rempujad todos las puertas  
y entre todos abriránse,  
que no son hierba del pito  
mis lágrimas miserables!

(Abrense las puertas del teatro, y en abriéndolas,  
entre todos, se ve DOÑA LEONOR dada de puña-  
ladas.)

CAPITÁN. ¡Jesús, qué triste tragedia!

GASPAR. ¡Mi Leonor llena de sangre!

¿Si la ha muerto? ¡Entrad, señores,  
a buscarle y a matarle!

Leonor mía, ¿tienes vida?

Esposa, ¿puedes hablarme?

¡Prima mía! ¡Amores míos!

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Gaspar de mis ojos!

GASPAR. ¡Ángel!

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Dame el abrazo postrero!

¡Jesús!

GASPAR. ¡Expiró! ¡Que acabe

tan presto el cielo tu vida!

¡Detente, espíritu amable!

O troquemos, y entra en mí

para que mi vida falte,

y entra mi alma en tu cuerpo,

o mejor es que me mates.

¡Vida mía! ¿No respondes,

prima mía?

(Sale el CAPITÁN.)



CAPITÁN. ¡Que saltase  
por unas tapias tan altas!  
GASPAR. ¿Fuése?  
CAPITÁN. O se ha muerto en la calle.  
Mas, ¿qué hay de doña Leonor?  
GASPAR. Que es muerta.  
CAPITÁN. ¡Caso notable!  
También lo están dos criadas:  
pienso que son hija y madre.  
Los demás se han escondido.  
GASPAR. ¡Todo el mundo ha de culparme  
por no haber muerto este moro!  
CAPITÁN. Toda la ciudad se arde.  
¡Cerrad las puertas!  
GASPAR. ¡Ay, triste!

(Cierren las puertas y salga BELTRÁN.)

BELTRÁN. En casa siento quejarse,  
y parece que dan voces.

(Entra AMETE con un cuchillo y un palo.)

AMETE. Al río quiero arrojarme  
y esconderme entre los montes.

BELTRÁN. ¿Quién es?

AMETE. ¡Apártese!

BELTRÁN. ¡Aguarde!

¿Es Amete?

AMETE. El mismo soy,  
y tome porque se aparte.

(Vase AMETE. Sale el CORREGIDOR, y ALGUACILES, y gente.)

BELTRÁN. ¡Ay, que me han muerto!

ALGUACIL. Aquí hay gente.

TELLO. Pasen las hachas delante.  
¡Jesús! ¿Doña Leonor muerta?

ALGUACIL. ¡Tente al Rey!

BELTRÁN. Ya llegan tarde.

TELLO. ¿Has encontrado por dicha  
a Amete, el de Gaspar Suárez?

BELTRÁN. El ha encontrado conmigo.

TELLO. ¿Hirióte?

BELTRÁN. ¿No ven la sangre?

ALGUACIL. Este es criado de casa.

TELLO. Caminen, no dejen calle  
en toda Toledo. Tú  
entra conmigo a curarte,  
y en aquesta información  
dirás también lo que sabes,  
si viste a Amete matar  
a doña Leonor.

BELTRÁN. ¡Oh infame!

TELLO. ¿A doña Leonor ha muerto?  
¡Oh! Plega a Dios que le alcancen.  
Dése un pregón por Toledo  
porque no le encubra nadie,  
pena de muerte.

BELTRÁN. ¡Fiad  
de bárbaros!

TELLO. ¡Dios me guarde!

(Vanse, y sale AMETE, todo mojado.)

AMETE. Aunque vestido he pasado,  
Tajo, tu veloz corriente,  
templando mi fuego ardiente  
en tu cristal sosegado,  
ya de mis palos vengado  
salgo honrado a tu ribera.  
¡ojalá que muerto hubiera  
a quien los palos me dió,  
aunque presumo que yo  
tomé venganza más fiera!

Si puede un hombre matar  
el alma de que le agravía,  
yo vengué mejor mi rabia  
de lo que pude pensar.  
No maté el cuerpo a Gaspar,  
pero el alma le maté:  
luego más venganza fué,  
pues matándole a Leonor  
puedo decir con rigor  
que hasta el alma le saqué.

¿Adónde irá este camino?  
Bueno será desviarme,  
y por las peñas entrarme  
lo más seguro imagino.  
Gente hay en este molino;  
también nadan más abajo.  
Por aquí voy con trabajo.  
¡Quién se convirtiera en ave!  
¡No fuera esta barca nave  
y el mar de Valencia el Tajo!

(Dentro un nadador.)

NADADOR. San Juan y la Madalena,  
y ya va.

AMETE. ¡Qué sin congoja  
aquel nadador se arroja  
y el agua rompida suena!  
¿Si pasará desta arena?

DENTRO. ¿Queréis que haga el barquete?

AMETE. ¿Por dónde irás, Amete?

DENTRO. ¡Que me ahogo!

AMETE. ¡Ay, si yo fuera,

qué descansado estuviera  
del mal que Alá me promete!

(*Canten dentro.*)

“Molinico, ¿por qué no mueles?  
Porque me beben el agua los bue-  
AMETE. Cantando está el molinero; [yes.”  
quiero ver si tiene espada.

(*Sale el MOLINERO.*)

MOLINERO. ¡Qué noche tan sosegada!

AMETE. Buenas noches, molinero.

MOLINERO. ¿Quién es?

AMETE. Soy un caballero.

MOLINERO. ¿En campo negro o en blanco?

Pues si aquella estaca arranco,  
de la cabeza a los pies  
le diré presto si es  
el moro de Gaspar Franco.

AMETE. ¿Conócesme?

MOLINERO. ¿Luego no?

¿Qué has hecho, perrazo, allá,  
que así te vienes acá?

AMETE. Aqueste me conocíó  
y si aquí lo dejo yo  
dirá que me ha visto aquí.  
Esto se ha de hacer así.—  
¡Muere, perro!

MOLINERO. ¡Ay, que me ha muerto!

AMETE. Agora estaré más cierto,  
que no dirás: Yo le vi.  
Mal voy por este camino:  
Madrid en su Corte encierra  
seis esclavos de mi tierra;  
que acierto en ir imagino.  
Ya se alborota el molino.

Ellos podrán esconderme.  
y de allí en salvo ponerme.  
¡Alá, socorre mi vida,  
que según de mí se olvida,  
pienso que Mahoma duerme!

(*Vase: entra GIL, y BARTOLO, villanos.*)

BARTOLO. Echa esa cañada abajo,  
Gil, que comienza el albor;  
por acá el arroyo atajo.

GIL. Este oficio de pastor  
es temerario trabajo.

Agora está el cortesano  
durmiendo en cama de seda,  
y acá el mísero villano  
sacando desta arboleda

las ovejuelas al llano.

BARTOLO. Yo precio más ver reír  
el alba por estas flores  
y al claro viento bullir  
entre sus varias colores,  
perla, granate y zafir,  
que toda su seda y oro.  
¿Dónde iba aquel correo  
que os habló?

GIL. Buscando un moro  
por el delito más feo  
que ha bañado en luto y lloro  
pueblo, villa ni ciudad.

BARTOLO. ¿Fué en Toledo?

GIL. Nunca arrasa  
la súbita tempestad  
el campo como él su casa;  
las piedras mueve a piedad:  
Mató su ama, y mató  
las criadas; solamente  
lo que no vió perdonó.

BARTOLO. ¿Cómo se huyó?

GIL. La corriente  
del Tajo a nado pasó,  
y en los montes escondido  
piensan algunos que está,  
y otros que a Madrid es ido.  
BARTOLO. Gran gente en su busca irá.

(*Entra AMETE.*)

AMETE. Mejor acuerdo he tenido,  
porque nadie ha de pensar  
que en Madrid me atrevo a entrar.  
Fuera de camino voy,  
pero yo pienso que estoy  
no lejos de algún lugar.  
Dos villanos hay allí.—  
¡Ah, buena gente!

BARTOLO. ¿Quién es?

AMETE. ¿Vase a Madrid por aquí?

GIL. Errados lleváis los pies.

AMETE. ¿Herrados dijo? ¡Ay de mí,  
sin duda me conocíó!

GIL. Echad sobre man derecha,  
por donde aquel perro echó.

AMETE. ¿Perro dijo? Mi sospecha  
el labrador confirmó.

¿Cómo los podré matar?—

¿Tenéis algo que me dar,  
que camino desde ayer  
sin parar y sin comer?

GIL. ¿Mandéle yo caminar?

¡Váyase a espulgar un galgo!  
 AMETE. Galgo me llamó, ¿qué dudo?  
 ;De rabia de seso salgo!  
 ;Tratar un villano pudo  
 desta suerte un moro hidalgo?  
 Acercarme quicra más.  
 GIL. Hombre, repara que vas  
 fuera de camino.  
 AMETE. Y tú,  
 ;dónde irás muerto?  
 GIL. ;Jesú!  
 BARTOLO. ;Oh, traidor! ;Por qué le das?  
 AMETE. ;Aguárdame tú también!  
 BARTOLO. ;Cómo aguardar?  
 AMETE. ;Oye, espera!—  
 ;Por Alá que le di bien!  
 Cayó a tres pasos: quisiera  
 ver así cuantos me ven.  
 ;Espera, villano, un poco!  
 BARTOLO. ;Ah de la villa! ;Justicia,  
 que ha dado a Gil muerte un loco!  
 AMETE. Vengarse el alma codicia  
 cuando mis agravios toco.  
 ;Palos a mí? ;Vive Alá  
 que han de costar dos mil vidas!  
 Este a su lugar se va,  
 estotro con sus heridas  
 pidiendo venganza está.  
 Quiero atravesar la tierra  
 para que no den conmigo.  
 Hoy verás, ;canalla perra!,  
 cómo la maldad castigo  
 que tu infame pecho encierra.  
 A las honras ofendidas  
 da la ocasión mil cabellos,  
 que primero que lo impidas  
 no ha de haber palo de aquellos  
 que no cueste treinta vidas.  
 Pues si me acierto a escapar  
 y una vez entro en el mar,  
 como por la Cava, España  
 se ha de perder por la caña  
 con que me afrentó Gaspar.

(Vase, y entra una MESONERA villana, y Lucía.)

MESONERA. ;Hola, muchacha!  
 LUCÍA. Señora...  
 MESONERA. ;Tiene ese huésped recado?  
 LUCÍA. Juan a la mula le ha dado,  
 y él está cenando agora.  
 MESONERA. ;Hiciste al padre agustino  
 la cama?

LUCÍA. También.  
 (Entren dos labradores, PASCUAL y LORENZO.)  
 PASCUAL. Entremos,  
 que aquí, ;voto al sol!, podemos  
 echar a quién pague el vino.  
 LORENZO. ;Traéis los naipes?  
 PASCUAL. Aquí  
 los traigo, aunque no cabales.  
 LORENZO. Sentaos en estos poyales.—  
 Lucía, ¿hay buen vino?  
 LUCÍA. Si.  
 Que en verdad que nos lo ha pues-  
 a veinte el Alcalde hoy. [to  
 ;A qué echamos?  
 PASCUAL. Al rentoy.  
 LORENZO. Con éste envido mi resto.  
 PASCUAL. ;Es figura?  
 LORENZO. ;De qué sale?  
 PASCUAL. De bastos.  
 (Entre un CORREO.)  
 CORREO. Muy tarde es ya;  
 un poco nublado está:  
 no hay alegría que iguale  
 al caminar con el día;  
 la noche es toda tristeza.  
 Hambre, cansancio y pcreza  
 me combaten a porfía.  
 Yo paro en este mesón.  
 PASCUAL. ;Rentoy!  
 CORREO. ;Habrá qué cenar?  
 LORENZO. ;Quiérole!  
 LUCÍA. No ha de faltar.  
 LORENZO. Tres más.  
 PASCUAL. ;Tres más? Buenas son.  
 CORREO. Venga presto lo que hubiere,  
 que he de pasar adelante.  
 LUCÍA. Buen pan y vino bastante,  
 y un palomino, si quiere.  
 CORREO. Venga agora el pan y el vino,  
 y sáquele, ;pesia a mí!,  
 que pienso que traigo aquí  
 cierto hueso de tocino.  
 LUCÍA. Llegue y siéntese a la mesa,  
 que aquí hay pan.  
 CORREO. Tráigame el vino.  
 PASCUAL. Ocho piedras.  
 LORENZO. Imagino  
 que pago.  
 PASCUAL. A mí no me pesa.  
 LORENZO. Pues rindibuy.



PASCUAL. Miraré.  
(Entre AMETE.)

AMETE. Fiado en la oscuridad  
del cielo y de su piedad  
en este lugar entré,  
que la hambre me ha forzado.  
Gente juega y cena aquí.—  
¡Ah, mancebo!

CORREO. ¿Dice a mí?

AMETE. ¿Quiéreme dar un bocado  
de eso que cenando está?

LUCÍA. Ya el palomino se asa.

CORREO. ¿Dónde, gentil hombre, pasa?  
¿Va a la Corte, o dónde va?

AMETE. A la Corte voy, y vos,  
¿dónde vais?

CORREO. Allá también.  
Sentaos, que haré que os den  
alguna cosa.—¡Por Dios,  
que parece al moro este hombre  
que a doña Leonor mató!

LUCÍA. ¿Este?

AMETE. Si soy o si no,  
agora sabrán mi nombre.  
(Dale.)

CORREO. ¡Ay, que me ha muerto!

LUCÍA. ¡Oh, traidor,  
que el moro debes de ser!

AMETE. Ansí lo podrás saber.  
(Dala.)

LUCÍA. ¡Jesús! ¡Justicia, favor!

PASCUAL. ¡Oh, traidor!, ¿por qué das muerte  
a un hombre y una mujer?

AMETE. Por poderos responder  
que lo hice desta suerte.  
(Dalos.)

PASCUAL. ¡Justicia!

LORENZO. ¡Aquí de la villa!

(Sale la MESONERA.)

MESONERA. ¿Qué destrucción es aquesta?

AMETE. Pues si lo preguntas, ésta,  
si acaso te maravilla.  
(Dale.)

MESONERA. ¡Muerta soy! ¡Confisión!

AMETE. ¡Cielos,  
si os he servido en mi ley,  
libradme!

DENTRO. ¡Favor al rey!

AMETE. ¡De mi fin me dan recelos!

(El ALCALDE, y labradores con chuzos, y un MAESTRO DE ESGRIMA.)

ALCALDE. ¡Llegad, nadie tenga miedo!

AMETE. Muchos vienen.

ALCALDE. ¡Ah, traidor!

MAESTRO. Llegad con tiento, señor,  
que es el moro de Toledo.

AMETE. ¡Que no tuviera una espada!

MAESTRO. ¡Date, perro!

AMETE. ¡Muerto sí!

ALCALDE. Que éste se defiende así.

AMETE. ¡La fortuna viene airada!

ALCALDE. ¡Con un cuchillo no más!

MAESTRO. ¡Date o mataréte, perro!

ALCALDE. Mirad que matarle es yerro.

MAESTRO. ¡Perro! ¿Tan herido estás  
y te quieres defender?

ALCALDE. ¡Cayó; asilde!

LABRADOR. Aquí tenelde.

MAESTRO. Pues, perro, ¿aquí estás rebelde?

AMETE. ¡Matadme!

MAESTRO. Pudiera ser  
si tu vida no importara.

ALCALDE. ¡Atalde muy bien!

AMETE. ¡Mahoma,  
mi muerte a tu cargo toma,  
pues ya mi fin se declara!

ALCALDE. Más sogas podéis traer.

MAESTRO. ¿Hay buena cadena?

LABRADOR. ¡Brava!

MAESTRO. ¿Y esposas?

ALCALDE. Pensando estaba  
que fueran bien menester;  
pero sogas y cordeles  
harán oficio de esposas.

AMETE. ¡Matadme, heridas dichosas;  
será piedad ser crueles!

ALCALDE. Vaya un aviso a Toledo:  
ve tú, Pascual, si codicias  
ganar famosas albricias.

LABRADOR. Ya sabéis que al viento excedo.

MAESTRO. ¿Hay cepo?

ALCALDE. Y puertas bien fuertes.

MAESTRO. La guarda está apercebida.

AMETE. ¡Perros, yo tengo una vida,  
no vengaréis tantas muertes!

(Entrense, y salga GASPAS SUÁREZ, con luto.)

GASPAS. ¡Alma de mi muerta vida,

mártir inocente, santa,  
que pisa con pura planta  
el sol, de su luz vestida!  
Como, mi gloria, eres ida  
para gozar tanta gloria,  
tengo envidia a tu vitoria,  
como a mí lástima el suelo  
de que te me diese el cielo  
para tan llorosa historia.

Poco tiempo te gocé,  
poco tiempo me gozaste;  
mas, en fin, tú me dejaste,  
que yo a ti no te dejé.  
Donde tu espíritu fué  
todo es gloria, prima mía,  
todo es luz y todo es día;  
mas en esta soledad  
todo es noche, oscuridad,  
tristeza y melancolía.

De suerte que yo he quedado  
en desventura tan cierta,  
que aunque tú has sido la muerta  
he sido yo el agraviado.  
Si en este mísero estado,  
querida Leonor, reparas,  
tus heridas verás claras.  
¡Mátanme memorias fieras!  
¡Oh, qué piadosa que fueras  
si contigo me llevaras!

Tal me tienes el deseo,  
que forma con mi pasión  
mi fuerte imaginación  
la imagen con que te veo.  
Y tan de veras lo creo,  
que voy, señora, a abrazarte:  
no llego, Leonor, a parte  
que no te imagine allí,  
y apenas me acerco a ti  
cuando tu imagen se parte.

¿Adónde, mi vida, estás,  
pues te has llevado mi vida?  
¡Prima, prima mía querida,  
responde! Mas no querrás.  
Si de mis ojos te vas,  
¿adónde hallarán mis ojos  
paz para tantos enojos?  
¡Leonor! ¡Ya es mi voz perdida,  
que en el cielo está su vida  
y en la tierra sus despojos!

(*Entra su HERMANO.*)

HERMANO. ¡Albricias, hermano!

GASPAR. ¡Ay, cielo,  
albricias en tal dolor!  
¿Ha parecido Leonor?

HERMANO. No está Leonor en el suelo;  
pero si hay algún consuelo  
en la muerte lastimosa  
de tu prima y de tu esposa,  
es que ya el moro está preso.

GASPAR. ¿Qué me importa a mí el suceso  
ni al alma, que en paz reposa?

HERMANO. ¿Pues no importa la venganza?

GASPAR. No, hermano.

HERMANO. ¿Qué dices?

GASPAR. Digo,  
que el ejemplo y el castigo  
importan a la templanza,  
con que la justicia alcanza  
el respeto que se debe.  
Este es bien que un hombre apruebe;  
¿pero vivirá Leonor  
por este fiero rigor?

HERMANO. Toda la ciudad se mueve  
al espectáculo fiero,  
porque el Alcalde mayor  
le trae; el Corregidor  
sale a recibirle.

GASPAR. Espero  
en el juez verdadero  
muy diferente venganza.

HERMANO. Siempre tuve confianza  
que le habían de prender.

GASPAR. ¿Qué venganza ha de poner  
en tanto dolor templanza?

(*Vanse, y entra el CORREGIDOR y un SECRETARIO.*)

TELLO.

Ventura ha sido más que diligencia.

SECRETARIO.

Muchos han dicho que a no hallarse entonces  
el Maestro de armas, que le dió, en efeto,  
las heridas que tiene, se escapara,  
o que más gente que mató matara.

TELLO.

¿Que a tantos diese muerte? ¡Extraño caso!

SECRETARIO.

Desconfiado de poder librarse,  
cuantos le conociesen mataría:  
siete muertos se prueban y once heridos.

TELLO.

Si él lo está mucho, temo que se muera,  
cosa de que en extremo me pesara.

SECRETARIO.

Dale alguna esperanza de la vida cuando le veas, que este pensamiento podrá ser que algún día la dilate.

TELLO.

Ni pienso hacerle cargo ni que tomen su confesión: las de las dos criadas y aquesta información que han hecho en Juncos basta para el castigo, que pretendo hacer tal ejemplar, que a los esclavos y a los que no lo son quede escarmiento.

SECRETARIO.

Ya llega el moro.

TELLO.

Sus heridas siento.

(Con cadenas y esposas, y guarda de arcabuces delante, saquen a AMETE, el ALCALDE MAYOR, y el ALCALDE DEL LUGAR, y el de Toledo.)

ALCALDE MAYOR.

Ya puede estar vuesa merced contento.

TELLO.

Agora sí, supuesto que fué dicha, más que cuidado y diligencia nuestra, aunque se ha hecho lo que fué posible. ¿Qué hay, Amete? ¿No hablas?

ALCALDE PÚBLICO.

Viene enfermo.

TELLO.

Pues por vida del Rey, ¡perro bellaco!, que si vivís que yo os eche a galeras, y que habéis de remar más de seis años. ¿A vuestra ama, traidor, y a las criadas, al molinero pobre y al correo, sin otros mil en los caminos?

AMETE.

¡Ciclos,

galeras dice! Corazón turbado, no te desmayes; ánimo, vivamos, pues éste con estar con tanto enojo con ellas me amenaza por castigo.

TELLO.

Ea, llévenle luego a este bellaco, que antes de un mes sabrá qué son galeras.

(Llévanle.)

SECRETARIO.

¿Dices las del Infierno?

TELLO.

Por las mismas.

Oíd lo que se ha de hacer de aqueste moro:

Primeramente, atado en un madero, que vaya puesto en la mitad del carro, le han de sacar pedazos de sus carnes con tenazas ardiendo en todo el cuerpo, hasta que no descubra cosa sana. Luego en Zocodover entrambas manos le han de cortar, y luego de la horca, que ya he mandado hacer, han de colgarle por los pies, la cabeza abajo, a efecto de que muera rabiando deste modo.

SECRETARIO.

¡Grande castigo; pero poco es todo!

TELLO.

Escribid desta suerte la sentencia, que no hay tiempo que hacer más diligencia, ni hay que aguardar con un villano moro, que mañana ha de estar en el infierno.

SECRETARIO.

Con todo eso, cuando salga es justo que algún fraile le hable; ser podría que le tocase Dios.

TELLO.

Dios puede hacerlo, aunque él es tal, que al cielo desobliga; mas bien será llamar quien se lo diga.

(Váyanse, y entren tres villanos, JUANA, INÉS, BENITA, con sombreros y mantellinas.)

JUANA. No le dejaré de ver, por el siglo de mi padre. ¡Mató a mi hermana y mi madre!

INÉS. ¡Ofrézcole a Lucifer, que tal me puso a mi tía!

BENITA. Luego le quieren sacar, que temen no ha de llegar si le aguardan a otro día.

JUANA. Como no hay que prevenir ni aguardar a confesión y temerán con razón que se les puede morir,

yo apostaré que no está en la cárcele seis horas.

INÉS. Las calles cubren señoras, todo el mundo a verle va.

BENITA. Pienso que si acaso un mes su muerte se detuviera, que de Sevilla viniera gente para verle, Inés,—

¿Murió ya el pobre correo?

JUANA. Tres horas solas vivió.



INÉS. El perro no ejecutó como quiso su deseo.  
Que si una espada tuviera como un cuchillo tenía, no es de creer que aquel día hombre de Juncos viviera.

BENITA. Dicen que en un olivar mató también un pastor.

INÉS. Quien mató a doña Leonor, ¿qué dejara de matar?  
Tarjeta dice que ha sido el cura.

JUANA. ¿Tarjeta?

INÉS. Sí.

JUANA. Tragenia, pienso que oí, por las muertes que ha tenido.

INÉS. Tarjeta o targenia, en fin, pagará el perro este día el haber muerto a Locía y a Juana de San Martín.  
¡Voto a mi sayuelo, amén, que no me veré vengada si a cualquiera tenazada como torrezno en sartén no chilla y salta el bellaco!

JUANA. ¿Dejaránle tirar?

BENITA. No.

JUANA. Pues si no le tiro yo poco la cólera aplaco.

INÉS. La cabeza han de poner y allí la podréis tirar, pues que se la ha de llevar de aquí a una hora Llocifer.

BENITA. Echa por aquesta calle, que siento gran roído.

INÉS. Si él se muere, habrán querido despachar presto y matalle.

JUANA. Todo el mundo se alborota.

INÉS. Si esta noche se le entregan, ¿cuánto va que con el juegan los diablos a la pelota?

(CORCUERA y BELTRÁN, con un paño en la cabeza.)

BELTRÁN.

Salir a verle quise, aunque me muera.

CORCUERA.

Es cosa que a Toledo ha dado espanto, como si el mismo fin del mundo fuera.

BELTRÁN.

Aún no me podré ver vengado tanto.

CORCUERA.

En un carro salió, que a no ser moro

bañara la ciudad en tierno llanto.

Mas como falta el celestial decoro de la cristiana crisma, aquello siente que cuando ve en la plaza herido un toro.

Vienen delante en un brasero ardiente las tenazas, que sacan a bocados desde los pies la carne hasta la frente.

Pero el valiente moro los airados ojos vuelve no más a quien le quema, sin resistir los miembros abrasados.

Predícanle, mas él, ciego en su tema, sólo a Mahoma entre los dientes nombra, y alguna vez de nuestra fe blasfema.

La mano le pidió, cosa que asombra, el verdugo, y la puso en un madero como si la pusiese en una alfombra.

Cortó los huesos el cuchillo fiero, y antes que la siniestra le pidiesen ya estaba puesta al riguroso acero.

Mas no por aquesto le moviesen a quejarse, a dolerse de sí mismo, ni una palabra de su boca oyesen.

BELTRÁN.

¡Ay, si pidieras, bárbaro, el Bautismo, tan cerca estabas de gozar el cielo como lo estás del temeroso abismo!

CORCUERA.

¡Volved los ojos, que me cubre un hielo de sólo verle en tantas desventuras!

BELTRÁN.

Aunque éste es moro, la piedad recelo que bastara a mover las piedras duras.

(Descúbranse aquellas puertas, y véase dentro un teatro, y en el medio AMETE atado a un palo, atenaceado, un brasero delante con las tenazas, dos FRAILES a los lados, el verdugo y alguna gente abajo.)

FRAILE. Amete, vuélvete a Dios, que aún tienes agora tiempo: mírale en aquesta Cruz por nuestros pecados muerto. Mírale abiertos los brazos, para que sólo diciendo: ¡Pequé, Señor!, se desclave para abrazarte con ellos. Cuando Dios murió en cuanto hombre estaba a su lado diestro [bre, un ladrón, que acompañaba al inocente Cordero; y porque dijo: —Señor —creyendo ser Dios eterno—,

acuérdate de mí cuando  
estuvieres en tu Reino,  
le dijo: —Hoy serás conmigo  
en los descansos del cielo.  
Y le cumplió la palabra.  
Haz tú lo mismo, te ruego;  
di: —Señor, yo creo en Vos;  
que con sólo decir creo  
te bautizaré e irás  
con este Señor inmenso.  
¿No quieres? ¿No me respondes?  
¡Virgen Santa, cuyos pechos  
criaron este Señor,  
que Madre y Virgen nos dieron,  
rogad por él! ¡Ángel santo  
de la Guarda, Apóstol Pedro,  
rogad a Dios que le mire!  
¡Ladrón santo, llegad presto,  
y en señal de la gonzúa  
con que robastes el cielo!  
Bautista, pues que los moros  
os llaman profeta nuestro  
y hacen fiestas vuestro día,  
¡dad a este moro remedio!  
¿No respondes?

AMETE. Sí, mi padre.

FRAILE ¿Y qué dices?

AMETE. Que en Dios creo,  
y que Bautista me llamo.  
¡Llámenme a mi amo presto!

FRAILE. Si lo haces porque piensas  
que has de vivir, hoy te advierto  
que aunque te vuelvas cristiano  
te han de dar dos mil tormentos.  
No lo hagas por la vida  
temporal, porque respeto  
de la eterna es punto, es nada.

AMETE. Yo no lo digo por eso.  
Bien sé que no he de vivir  
sin manos y roto el cuerpo;  
por gozar de Dios lo digo,  
y porque en los aires veo  
dos mil cruces de San Juan  
donde un pronóstico entiendo,  
en que vi cadenas, horca,  
cruces, mar, cuchillo y fuego,  
que todo está aquí cumplido;  
sólo el mar falta, ése espero;  
porque el agua del Bautismo  
es mar de gracia, en que puedo  
con aquesta contrición  
salvarme y llegar al puerto.

(Sale GASPAR SUÁREZ.)

FRAILE. Ya tu señor está aquí.

AMETE. ¡Señor mío!

GASPAR. Amete.

AMETE. Pienso

que ninguna cosa puede,  
con ser tantos mis tormentos,  
templar tu enojo y rigor  
como ver este buen celo  
con que me vuelvo cristiano.

GASPAR. Bien dices. Por Dios te ruego  
que tu salvación procures.

AMETE. ¡Perdóname el haber muerto  
aquel ángel de tu esposa!

GASPAR. Bautízate, Amete, y presto  
la verás con otra vida.

AMETE. Pues dadme el Bautismo, y luego  
iré a ver a mi señora.

GASPAR. Por tu padrino me ofrezco.

AMETE. ¡Padre, di que me perdonen!

FRAILE. Ya todos lo están diciendo.—  
Mientras el agua le doy,  
cubridle con ese velo.

(Pongan un velo delante.)

GASPAR. Si alguna cosa podía  
templar mi gran pensamiento  
es ver a Amete cristiano.

SU HERM. ¡Cuán digna de vuestro pecho  
es esa piedad cristiana!

GASPAR. ¡Mártir hermoso, ángel bello,  
tus oraciones son éstas:  
sin duda que por tu ruego  
hizo Dios merced a este hombre  
de que te viese en el cielo!

SU HERM. El velo quitan.

FRAILE. Ya tienes  
el Bautismo, Amete.

AMETE. El Credo  
me ve diciendo, señor.

FRAILE. ¡Gran fe!

GASPAR. Que se muere entiendo.

AMETE. ¡Jesús, María, Bautista,  
a todos tres me encomiendo!

GASPAR. Murió porque quiso Dios  
que fuese a gozarle presto.  
Noten los que esclavos tienen  
desta tragedia el ejemplo:  
que con esto se da fin  
al Amete de Toledo.

FIN DE LA COMEDIA DEL AMETE DE TOLEDO.

COMEDIA FAMOSA  
DE  
LA HERMOSA ALFREDA  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY FEDERICO.  
El CONDE GODOFRE.  
FLORISEO.  
TISANDRO, *viejo*.  
El DUQUE DE CLEVES VIN-  
CISLAO.  
ALFREDA.

FLORELA.  
SELANDIO.  
LISANDRA.  
FABRICIO.  
Un ESCUDERO.  
PELORO.  
LISARDO.

MARFISA.  
TIBERIO.  
Un ALABARDERO.  
DORISTO.  
GODOFRE, *niño*.  
ALFREDA, *niña* (1).

ACTO PRIMERO

(Sale el REY FEDERICO, CLEONARDO, FLORISEO y gente.)

REY. Dar quiero a mi reino gusto.  
CLEONARD. Fuera de que el cielo ama  
tu valor: Príncipe justo,  
César el Reino te llama,  
y el mundo César Augusto.  
FLORISEO. Fuera de ser buen cristiano,  
no puede un rey hacer cosa  
más de piadoso y humano,  
ni tan justa y provechosa,  
como casarse temprano.  
Y tú, que otra vez lo has sido  
y herederos no has tenido,  
con mayor obligación  
estás a tu sucesión  
y al bien del reino afligido.  
CLEONARD. El no estar determinado  
Vuestra Alteza, gran señor,  
nos pone a todos cuidado,  
pues no la cumple en rigor  
ya que la palabra ha dado.  
Pues quiere casarse, elija

(1) Habla además CLEONARDO.

una hermosa, hermana o hija  
de un señor, propio o extraño,  
tal que nos dé al primer año  
quien estos estados rija.

REY. No les hallo otro pesar,  
Cleonardo amigo, a los reyes,  
sino el forzoso casar  
por las más bárbaras leyes  
que se pudieron pensar.

Lo que ha de ser escogido  
con el alma y con la vista,  
que es el primero sentido,  
cuando mucho lo conquista  
la fama por el oído.

A lo que no vi ni oí  
¿tengo de tener amor?

CLEONARD. ¿Dudas que es posible así  
amar tu mismo valor,  
lo que es semejante a ti?

Si amor se engendra de iguales  
entre personas reales,  
aunque en naciones distintas,  
asiste en horas sucintas  
para siglos inmortales.  
¿Pero qué te persuado  
el poco gusto que tiene  
Su Alteza de ser casado?



- Con este engaño entretiene  
remisamente su estado.
- FLORISEO. Torne Vuestra Alteza a ver  
estos retratos agora,  
que entre ellos no puede ser  
que falte alguna señora  
dina de ser su mujer.
- Que del mundo la mejor  
en esta pequeña caja  
tiene encerrado el amor:  
el provecho con ventaja  
y el extremado valor  
guarda estos rostros suaves,  
como el arca de tres llaves,  
el cielo que los ha hecho,  
que amor, valor y provecho  
las tienen por hombres graves.
- REY. Muestra, y otra vez veré  
si hay alguna, Floriseo,  
que más contento me dé,  
aunque de amor el deseo  
no se sustenta de fe:  
quiere ver la semejanza,  
porque lo que a ver no alcanza  
por fe no lo ha de creer.
- FLORISEO. Antes se suele encender  
el amor con la esperanza,  
y la esperanza a la fe,  
que es de lo que no se ve.
- REY. Eso es en cosas del cielo,  
que en los deseos del suelo  
la vista la causa fué.
- Abre y muéstrame el primero.  
¡Qué de naipes!
- FLORISEO. Es baraja  
con que amor juega.
- REY. No quiero  
con jugador de ventaja  
aventurar mi dinero.
- FLORISEO. Mas plega al cielo que acierte  
hacer contigo una suerte  
que será de Rey encuentro,  
y cuantos hay aquí dentro  
todos son reyes advierte.
- REY. Creo que me has de encontrar,  
a pesar de cuantas leyes  
me han estorbado casar,  
porque baraja de reyes  
no puede tener azar.
- FLORISEO. Esta mira, que es la infanta  
del polonio rey Luis.
- REY. Esta ni mata ni espanta;  
estése agora en Dantís,  
que aunque es sirena, no canta.
- FLORISEO. Si como Ulises el mar  
atado quieres pasar,  
¿qué sirena ha de vencerte?
- REY. Es, para no ver la muerte,  
antídoto el no mirar.
- FLORISEO. La de Inglaterra es ésta.
- REY. ¡Extraña cara!
- FLORISEO. ¡Qué honesta!
- REY. Parece que se espantó  
de ver que le dije no.
- FLORISEO. Porque era injusta respuesta.  
¿Y la de Escocia?
- REY. ¡Ya es vieja!  
Mujer te pido y no madre;  
pero las infantas deja;  
venga una dama que cuadre  
al alma y será pareja.
- FLORISEO. Barajo.
- REY. Bien haces.
- FLORISEO. Alza.
- REY. No vale mano.
- FLORISEO. Aquí sí,  
que el casamiento se ensalza.  
¡Oh, qué dama sale aquí!  
Pero ya es monja descalza.
- REY. Déjala a Dios, que mujer  
que ya tiene tal esposo  
ni se ha de tratar ni ver,  
que es en extremo celoso  
y tiene grande poder.
- FLORISEO. Esta es hija del conde  
Mansfelt.
- REY. Aunque es niña ahora...
- FLORISEO. Esta, cuya luz esconde  
de envidia la blanca aurora,  
mejor a tu sí responde.
- REY. ¡Guárdalas, por vida tuya!  
Que aunque no pensé decir  
lo que en mi flaqueza arguya,  
que vence al ver el oír  
y es mayor la fuerza suya,  
veréis que en este suceso  
lo que he negado confieso.
- CLEONARD. ¿Luego ya dices, señor,  
que la fama engendra amor?
- REY. ¿Y lo he negado por eso?  
Que de oír decir gusté  
que se puede amar, Cleonardo,  
sin ver que el amor es fe.
- CLEONARD. Ya, señor, la causa aguardo.

REY. Y yo la causa diré.  
Mas, ¿qué sirve tanta historia?  
Del pecho podré sacar  
la que tengo en la memoria.

*(Saca un retrato del pecho en un tafetán.)*

CLEONARD. Si ella vive en tal lugar,  
no ha sido poca vitoria.

REY. Corre esa indina cortina,  
quita ese vil tafetán,  
verás su imagen divina  
con ojos de piedra imán,  
que así las almas inclina.

Mira esos ojos suaves,  
blandos, alegres y graves;  
mira esa boca de perlas,  
que diera yo por cogerlas  
de todo el mundo las llaves.

Mira aquella dulce risa,  
que parece que provoca  
y de que es discreta avisa  
el alma que se divisa  
por esta angélica boca.

Pero en palabras tan breves,  
amor, no es justo que pruebes  
a loar tan bella dama.

CLEONARD. ¿Quién es?

REY. Alfreda se llama,  
hija del Duque de Cleves.

¡Ay, Cleonardo! ¿Quién creyera  
que así un alma cautivara  
pincel que de Dios no fuera,  
y que un hombre humano hiciera  
cosa que tanto se amara?

¡Estoy loco!

CLEONARD. Gran señor,  
no es el humano pintor  
el dueño desta pintura,  
que su primera hermosura  
se debe a Dios, que es su autor.

Porque no hay cosa querida,  
como el filósofo dice,  
si no es antes conocida.  
¿Qué importa que éste matice  
un rostro sin alma y vida  
que tú mirando no amaras,  
si luego no imaginaras  
que es mujer su original?

FLORISEO. ¿Por ventura no es su igual?

REY. ¿Cómo igual? ¿En qué reparas?

FLORISEO. De cuantos arte y labor  
hoy el mundo considera

reducidos a primor,  
no hay cosa más lisonjera  
que el poeta y el pintor.

Este, si escribe, a los ojos  
llama estrellas y despojos  
de cielo; al pecho, cristal,  
y a los labios de coral,  
para decir que son rojos.

Al oro, a la plata fina,  
ámbar, rosas, seda y grana,  
y tanto se desatina  
que a la mujer más humana  
le suele llamar divina.

El guante que le cogió,  
el cabello que le dió  
la criada, suyo acaso,  
los compara a cada paso  
al cielo, que nunca vió.

Haciendo un galán ausencia  
dijo a una dama discreta:  
—¿Cómo tendré yo licencia?  
Respondió: —Siendo poeta,  
porque es grande en mi conciencia.

Pues del pintor ya tú sabes  
lo que Horacio los iguala,  
y así estos ojos suaves,  
con que fuego y luz exhala,  
son tan alegres y graves.

Anda siempre al retratar  
lisonjeando el pintor  
porque desea agradar,  
que cuanto es poner color  
es, en efeto, afeitar.

Este rostro es muy perfeto;  
no lo será la verdad  
como el pincel, te prometo.

REY. La misma dificultad  
fué mi primero conceto.

Diréos lo que he concertado,  
que hasta aquí no lo ha sabido  
ningún vasallo o privado.  
El conde Godofre es ido  
a Cleves por mi mandado:  
va a saber secretamente  
si es Alfreda tan hermosa,  
porque es del Duque pariente,  
sin que hable o diga cosa  
que mi casamiento intente.

Si lo es tanto, poder lleva  
para que al Duque la pida  
en siendo cierta la prueba,  
como ha sido conocida

en este reino por nueva,  
casarse tiene por mí,  
que el poder se extiende a todo,  
y traer a Alfreda aquí.

CLEONARD. No procediera cse modo  
menos, señor, que de ti.

Gran discreción has tenido.

FLORISEO. Con gran secreto partió  
el Conde.

REY. Forzoso ha sido.

FLORISEO. Y mucho el Conde quedó  
de tu amor favorecido.

REY. Es hombre de confianza,  
es mi amistad y privanza.

CLEONARD. Dichoso el reino si tiene  
tal señora.

REY. Y más si viene  
a ser cierta mi esperanza.

Vamos, pasaré el deseo  
deste imaginado amor  
que dentro del alma veo,  
donde no ofende el temor  
la esperanza que posco;  
que aunque mi temor la culpa,  
mi deseo la disculpa.

CLEONARD. Caballo traen.

REY. ¿Cuál?

CLEONARD. El sardo.

REY. A hacerle mal voy, Cleonardo,  
aunque él no tiene la culpa.

*(Vanse; salen el CONDE GODOFRE y TISANDRO, caballe-  
ro viejo.)*

GODOFRE. No es posible que es amor  
tan extraño desatino.

TISANDRO. ¿Pues qué puede ser?

GODOFRE. Furor,  
que amor por tan mal camino  
locura ha sido en rigor.

TISANDRO. Señor, cuantas obras son  
hijas del entendimiento  
o de la imaginación,  
tienen el consentimiento  
por casi la ejecución.

Si pensaste, no consientas;  
si consientes, no ejecutes,  
porque tu daño no sientas,  
ni al amor la culpa imputes  
de tus pesares y afrentas.

Al principio resistido  
el amor niño es vencido:  
que si niño no se doma

crece tanto, que al fin toma  
la posesión del sentido.

Si el que vió no deseara,  
o el que deseó no fuera  
tan loco que procurara,  
luego el fuego se muriera  
y materia le faltara.

Deseos y pensamientos,  
solicitud del favor,  
imaginados contentos,  
hacen parar en amor  
los primeros movimientos.

GODOFRE. No dudo que, resistido  
a los principios su fuego,  
suele amor quedar vencido;  
pero dame un hombre ciego,  
y daréte perdido.

Dos maneras hay de males:  
unos que un hombre pudiera  
estorbar que fuesen tales,  
y otros que no los espera  
y vienen accidentales.

Así fué en esta conquista  
el daño por accidente;  
¿cómo quieres que resista  
si es daño naturalmente  
el que nació de su vista?

Tisandro, no me aconsejes;  
muerto soy.

TISANDRO. Conde, repara  
en que estas quimeras dejes;  
no vuelvas al Rey la cara  
ni de ti mismo te alejes.  
¿Está en ti, siendo quien fuiste  
hasta este punto.

GODOFRE. Tisandro,  
tarde al consejo veniste,  
que ya está en el mar Leandro  
y puesta la lumbre triste,  
y a todo me incita y llama;  
Ero llora y el mar brama,  
suena el viento, el agua gime.

TISANDRO. ¿Qué consejo habrá que estime  
la locura de quien ama?

Si el Rey, siendo Alfreda hermo-  
ta manda y te da poder [sa,  
para que como su esposa  
la puedas, Conde, traer,  
¿cómo has de hacer otra cosa?

Ya es hermosa; ya, en efeto,  
es su mujer, y en rigor  
amarla, aunque con secreto,



es ser desleal y traidor  
a su obediencia y respeto.

Pídela al Duque, fiel,  
para el Rey.

GODOFRE. Tisandro, adviérte  
que amor resuelto es cruel,  
y que procuras tu muerte  
si vuelves a hablar por él.

TISANDRO. ¿Eso me dices a mí?  
¿Así me tratas aquí,  
siendo caballero honrado,  
a quien el Rey ha fiado  
esto mismo que de ti?

¿Matarme tú porque digo  
que quitas Reina a Dalmacia  
y cres al Rey enemigo?

GODOFRE. Por eso al bueno regradacia  
y a los malos da castigo.

A ti te dará provecho  
y a mí, como es justo, daño.

TISANDRO. Ahora bien, Conde, esto es hecho:  
furia vuelve al desengaño  
la resolución del pecho.

Haz solo lo que quisieres,  
que no quiero ser culpado.

GODOFRE. ¿Pues cómo? ¿ausentarte quieres?  
Bien quedará disculpado  
si al Rey su afrenta refieres.

O te tengo de matar,  
o aquí me has de acompañar.

TISANDRO. Trátasme al fin como viejo;  
en cambio de un buen consejo  
la muerte me quieres dar.

Ten la espada, Conde amigo,  
que en bien o mal estaré  
siempre a tu lado contigo.

GODOFRE. Y yo a tus pies buscaré  
mi perdón o mi castigo.

TISANDRO. Alzate, que el Duque sale.

GODOFRE. ¿Callarás?

TISANDRO. ¿Qué puedo hacer?

(Sale el DUQUE DE CLEVES y ALFREDA, su hija, y  
FLORELA, dama, y criados.)

DUQUE. ¿Pues hay quien al Conde iguale,  
fuera del Rey, en poder?  
Y en virtud más que el Rey vale.

Muy bien estarás casada.

ALFREDA. Yo quedará disculpada,  
que tu voluntad es ley.

DUQUE. Bien sé, Alfreda, que en un rey  
estabas bien empleada;

pero el Conde es mi pariente,  
y hombre de mucho valor.

GODOFRE. Si tanto me honras ausente,  
¿qué podrás darme, señor,  
cuando me tengas presente?

DUQUE. ¡Oh, Conde!

GODOFRE. Y vos, mi señora,  
no os disgustéis de querer  
a quien por dueño os adora,  
que reina os quisiera hacer  
de cuanto el mundo atesora.

Godofre soy, deudo vuestro.

ALFREDA. No creáis, señor, que ha sido  
por vos la pena que nuestro.

TISANDRO. ¡Que haya otro Ulises nacido  
para mal del reino nuestro!

¡Que envíe el Rey mi señor  
a pedir al Duque Alfreda,  
y que ahora este traidor  
casarse con ella pueda,  
ciego de un violento amor!

Hablaré: diré que envía  
el Rey por Alfreda; haré  
lo que es deuda y sangre mía.  
¿Qué mejor que así podrá  
dar fin a mi edad tardía?

¡Traidor!

GODOFRE. ¿Qué es eso?

TISANDRO. ¡Que haga  
tu pecho, Godofre, un hecho  
que a quien es no satisfaga!

GODOFRE. Para arrimártela al pecho  
tengo desnuda la espada.

¡Calla, Tisandro, te digo!

TISANDRO. Callaré y reventaré,  
siendo a tu maldad testigo.

DUQUE. ¿Qué ha sido?

GODOFRE. Un aviso fué  
de cuerdo viejo y de amigo.

Díjome que no hiciese  
fiestas en aquestras bodas,  
y que luego me partiese  
para que a mis cosas todas  
asiento y orden les diese.

Que rehusaba de decir  
que el Marqués mi padre es muerto.

TISANDRO. ¿Hay tan extraño fingir?

DUQUE. ¿Que ya murió Floriberto?

GODOFRE. Tanto me importa partir.

DUQUE. ¿Dónde os alcanzó la nueva?

GODOFRE. No veinte millas de aquí.

TISANDRO. ¡Qué bien trazado lo lleva!

- No hace fiestas porque así  
ningún vasallo se mueva.  
Con esto no irá la fama  
del injusto casamiento  
tan presto al Rey.
- GODOFRE. A quien ama  
ningún mal ni sentimiento  
su bien presente derrama.  
No por ser mi padre muerto  
se alargue nuestro concierto.  
Secreto, señor, os pido,  
y esté, por lo sucedido,  
mi casamiento encubierto.
- DUQUE. Pues no gustáis se dilate,  
que esté encubierto es razón.
- TISANDRO. ¡Que en mis propios ojos trate  
Godofre aquesta traición  
por miedo de que me mate!
- GODOFRE. Vamos, señor, donde sea  
nuestro concierto firmado,  
que es lo que el alma desea;  
para que, siendo casado,  
mi nuevo estado posea.  
Partiréme y volveré  
por mi Alfreda con mi gente,  
donde celebrar podré  
las bodas alegremente  
cuando en paz mi tierra esté.
- DUQUE. Casaros, Conde, podréis  
y volver a vuestro estado,  
porque con verle le deis  
lo que morir le ha quitado  
del padre que vos perdéis.  
Y así, por esta razón  
como porque en la partida  
no puede haber dilación,  
podrá quedar diferida  
la fiesta desta ocasión.
- GODOFRE. En todo veo, señor,  
mi dicha y vuestro favor.  
Si la muerte me ha llevado  
buen padre, en vos me le ha dado  
mi casamiento mejor.  
Vamos, porque parta luego.  
Ven, Tisandro.
- TISANDRO. Quedo aquí.
- GODOFRE. Que no me dejes te ruego.
- DUQUE. Hija, quede aquesto así,  
que es mi honor y mi sosiego,  
y entra en habiendo firmado  
porque la mano le des.  
(*Vanse y queden las dos.*)
- FLORELA. Triste, señora, has quedado.
- ALFREDA. Triste, Florela, después  
del casamiento trazado.
- FLORELA. ¿No te agrada?
- ALFREDA. No me agrada.
- FLORELA. Ya con el trato, casada,  
vendrás a tenerle amor.
- ALFREDA. Es la esperanza temor  
si es esperanza engañada.  
Mas oye, Florela amiga,  
que quiero comunicarte  
un gran secreto.
- FLORELA. Si obliga  
mi lealtad, en declararte  
vano temor te fatiga.  
¿Qué quieres, señora, hacer?
- ALFREDA. Sacando su lienzo ayer  
al Conde se le cayó  
este retrato, que yo  
pude en mis faldas coger.  
Quedóse en ellas, de suerte  
que entendí que era cuidado.
- FLORELA. ¡Notable suceso!
- ALFREDA. Advierte  
que tal confusión me ha dado,  
que me admira y me divierte.  
Echéle este lienzo encima,  
con que le pude encubrir.
- FLORELA. Si es dama, será de estima.  
¿Pero qué quiso decir  
el Conde con esa enima?
- ALFREDA. Llégate acá, que es de un hombre.
- FLORELA. Será el suyo.
- ALFREDA. No es el suyo.
- FLORELA. Ahora harás que me asombre.  
¿No dicen las letras cúyo?
- ALFREDA. No, porque dicen mi nombre.
- FLORELA. ¿Tu nombre?
- ALFREDA. Sí.
- FLORELA. ¿Cómo dice?
- ALFREDA. Soy de Alfreda.
- FLORELA. ¡Caso divino,  
que se cuente y solenice!  
Que es de Godofre adivino.
- ALFREDA. ¿Cómo, si tanto desdice?
- FLORELA. Porque hay, señora, pintor  
que se parece mejor  
lo que retrata al amigo.
- ALFREDA. Si él fuera así, yo te digo  
que yo le tuviera amor.
- FLORELA. ¿Agrádate?
- ALFREDA. Estoy perdida.

FLORELA. ¿De un naipe?

ALFREDA. Al naipe he jugado la libertad y la vida.

FLORELA. ¿Quién es el que lo ha ganado?

ALFREDA. No es persona conocida.

¡Oh, si desta suerte fuera el Conde!

FLORELA. Trata más paso del retrato.

(Sale un PAJE.)

PAJE. El Duque espera.

ALFREDA. ¡De mala gana me caso!—  
Di que voy; aguarda afuera.

FLORELA. Yo esperaré.

ALFREDA. Tente un poco.  
Florella, así Dios te guarde si a lástima te provoco.

(Sale SELANDIO, caballero.)

FLORELA. Ya vienes, Selandio, tarde.

SELANDIO. ¿Tarde? ¡Volveréme loco!

FLORELA. ¿No has escuchado que ya a darle la mano va, forzada del padre, Alfreda?

SELANDIO. ¡Para que matarme pueda si al Conde la mano da!

¡Ay de mí! ¿Que esto ha podido un hombre de ayer venido?

¿Pero qué fuerza pudiera, si mi desdicha no fuera, quien los hubiera inducido?

Siempre aborrecido amé, siempre olvidado temí, siempre temiendo esperé, siempre esperando sufrí, y al fin sufriendo acabé.

Remató la dura suerte, Florella, cuentas conmigo, y entre tanto dolor fuerte, donde no me ayuda amigo me viene ayudar la muerte.

¿Que un hombre, en fin, extran-un Dalmacio, que tú sabes [jero, que soy mejor caballero, goce aquellos ojos graves, por quien he vivido y muero?

¿Que ya es suya y que la lleva?

FLORELA. No la lleva el Conde agora porque Cleves no se mueva con fiestas que a su señora es justa razón que deba;

porque de Godofre ha muerto su padre el Marqués, y quiere poner su estado en concierto.

SELANDIO. ¿Luego aquí quiere que espere, que éste no es más de concierto?

FLORELA. Concierto será, en efeto, y desposorio en secreto.

SELANDIO. ¿Luego al fin la ha de gozar?

FLORELA. ¿Pues por qué la ha de dejar sin este amoroso efeto?

Eso llaman los casados al tomar la posesión, y en los que tiene heredados dos las posesiones son, porque son dos los estados.

Tomando el del casamiento, a los que hereda contento partirá para volver.

SELANDIO. ¿Qué otro fin pudo tener un amor sin fundamento?

¡Oh triste y amargo día, que tantas veces temía cuantas pensando le estaba y cuantas le imaginaba, que siempre en temor vivía!

¡Oh, Alfreda, qué por consuelo tenía el no verte amar hombre alguno, porque el cielo quiso tu cuerpo guardar con darte un alma de hielo!

¡Si lo fuese para mí ver que ya amaras casada!

FLORELA. De que te quejes así estoy, Selandio, turbada, y más de que entres aquí.

Vete de la sala.

SELANDIO. Deja que vea el fin de mi mal.

FLORELA. Voime; a esos cuadros te queja.

SELANDIO. No importa, que en tiempo tal no ha de faltarme una reja.

Ifis seré, que suspenso en ella a los cielos pida paga de mi amor inmenso, que desta dura homicida el mismo castigo pienso.

Ya salen; sin duda es hecho. ¿Cómo es posible que un pecho que cubre tal corazón no quede en tal sinrazón en mis lágrimas deshecho?

¿Írme o veré en qué para?



Esta antepuerta me ampara;  
desde aquí veré escondido  
cómo de mi bien perdido  
la sentencia se declara.

(*Salen el CONDE GODOFRE y TISANDRO.*)

GODOFRE.

Ya estoy casado; ya, Tisandro, es hecho:  
ni tu consejo es de provecho ahora  
ni mi lealtad ha sido de provecho.

TISANDRO.

Adonde el Scita más helado mora,  
ni donde bebe el Tanais y ve el Godo  
en su mismo Zenit salir la aurora,  
bárbaro no ha vivido de tal modo  
que a su señor sin causa se atreviese,  
ni el ámbito le vió del mundo todo.

Que por agravio algún vasallo hiciese  
traición al Rey, parece que es disculpa,  
como si alguna la traición tuviese.

Pero sin causa viene a ser la culpa  
de tanta calidad, que amor es sólo  
el que parece que tu error disculpa.

Pudieras, Conde, pues que fuiste el polo  
en que su voluntad el Rey movía,  
y el Rey más liberal, que en lumbre Apolo,  
pedirle Alfreda hermosa, el mismo día  
que de Cleves la nueva le llevaras  
de su divina gracia y gallardía,

y no que sin su gusto le usurparas  
una mujer que ha sido de su gusto,  
y que a su reino sucesor quitaras.

Sabes que toma con mortal disgusto  
hablalle en que se case, y que un retrato  
pudo moverle a lo que fué tan justo,

y tú a su amor y a nuestra patria ingrato,  
viniéndola a pedir te alzas con ella,  
que aun entre iguales fué desigual trato.

Dijérasle tu amor, que hablando en ella  
él fuera otro Alejandro con Apeles  
y tú gozaras a Campaspe bella.

Pero porque no digas ni receles  
que yo descubro tu traición y engaño,  
Godofre, por palabras o papeles,

vete con Dios, que a un rey me parto extraño,  
adonde sirva con mis hijos pobres,  
ni alegre de tu bien ni de tu daño.

GODOFRE.

No hay hombre a quien en libertad no sobres.  
Presumo que las canas te ocasionan

a que esa libertad conmigo cobres;

y aunque en parte parece que te abonan,  
tal estoy, que mis ansias y locuras  
tus decrepitos años no perdonan.

Bien sé, fingido amigo, que procuras  
contar al Rey que le he quitado a Alfreda,  
porque ensangrienta en mí sus manos duras;

y que sabiendo que encubierto queda  
mi casamiento, yo podré gozalla  
hasta que el Rey mudar de intento pueda;  
esto por dicha, y por desdicha amalla.

Tu larga edad intenta, de envidioso,  
a un buen amigo con traición quitalla.

Yo soy, Tisandro vil, su amado esposo;  
yo he de gozar a Alfreda, aunque te pese  
y al Rey, si el Rey está de mí quejoso.

Que esto traición del Rey, o el reino fuese,  
claramente se ve como es mentira,  
y que ninguno sucesor perdiese.

—Parte a Cleves, me dijo el Rey, y mira  
si es Alfreda tan bella, cual su fama,  
y este retrato que pintado admira.

Y si fuere, Godofre, hermosa dama,  
con aqueste poder casa con ella,  
porque mi alma sus virtudes ama.

Si no te pareciere que es tan bella,  
no digas a qué vas.—Llegué, en efeto,  
donde hallé menos, que pensaba en ella,

y así veo que falta a su conceto  
y es buena para mí, que menos valgo,  
y por eso me caso de secreto.

TISANDRO.

Bien sales de tu engaño,

GODOFRE.

Si no salgo  
yo te pondré dos puntos en la boca.

TISANDRO.

Mira quien soy.

GODOFRE.

¡Eres un pobre hidalgo!

TISANDRO.

¿Qué locura, Godofre, te provoca?

GODOFRE.

¡Tú eres el loco y mal nacido!

TISANDRO.

¡Mientes!

GODOFRE.

Fiaste en el secreto tu edad loca.

Pero quiero excusar inconvenientes,  
que así callarás bien.

*(Dale con la daga.)*

TISANDRO.

¡Ay, viejo triste!

GODOFRE.

¡Ansí quiero que al Rey mi engaño cuentes!

Quiero sacar la espada, que consiste  
en mi industria no más el bien que espero.

*(Da voces.)*

¡Traidor, traidor, matástele y huíste!

No era el Conde a quien diste; mas ya espero,  
si al Conde buscas.

*(Sale el DUQUE, ALFREDA, FLORELA y guarda de alabarderos.)*

DUQUE.

¿Qué es aquesto, Conde?

GODOFRE.

Que han muerto al más honrado caballero  
que honró Dalmacia.

DUQUE.

¿En mi palacio? ¿Dónde?

GODOFRE.

¿Pues no lo ves, señor, en sangre envuelto?  
¡Ah, buen viejo Tisandro! ¿No responde?

Debe de haber algún traidor resuelto  
que de tu Alfreda tuvo pretensiones,  
y con esta traición nos ha revuelto.

Saliendo yo con él destos rincones,  
destos cancelos, que brocado y seda  
cubrieron para tales ocasiones,

salió un hombre embozado y dijo: —¡Alfreda  
tiene dueño, traidor, no has de gozalla!—  
Voile a tirar, la capa se me enreda,

y él, que al viejo Tisandro entonces halla,  
atravesóle con el duro acero.

¡Ah, buen Tisandro, para siempre calla!

DUQUE.

¿Quién fué tan atrevido caballero,  
Alfreda? ¿Quién en Cleves te ha servido?

ALFREDA.

Selandio asiste al coche y al terrero;  
mas yo no sé que fuese el atrevido  
dueño desta maldad.

FLORELA.

El es, sin duda.

No lo dudes, señor, Selandio ha sido,  
que yo le dejé aquí con voz desnuda,  
de respeto y temor desesperado,  
pidiéndole a la muerte fiera ayuda.

GUARDA.

Verdad es, gran señor, Selandio ha entrado,  
y no ha salido de la sala.

DUQUE.

¡Oh, cielo,  
si no ha salido quedará vengado!

Alzad aquesos paños, y del suelo  
las altombras, estrados y tapetes.

*(Alcen un paño.)*

GUARDA.

Debajo déste está.

SELANDIO.

¡Cubrióme un hielo!

DUQUE.

¿Ansí, homicida bárbaro, te metes,  
como si fuese en el romano asilo,  
y tan segura vida te prometes  
entre unos paños débiles, al filo  
de mi justicia y ofendida casa?  
¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te turbas? Dilo.

SELANDIO.

Señor, si tengo culpa en cuanto pasa,  
si he muerto al caballero que tú dices,  
en una plaza pública me abrasa.

DUQUE.

¿Pues qué haces escondido en mis tapices?

SELANDIO.

Miraba cómo el Conde le dió muerte.

DUQUE.

¿El Conde?

GODOFRE.

¿Yo?

DUQUE.

No te escandalices.

GODOFRE.

¿Imaginas, villano, de esa suerte  
encubrir tu maldad? Vengaré luego  
mi amigo en ti con este acero fuerte.

DUQUE.

Conde, no le matéis; dejadle os ruego,  
que importa que a otra mano muera infame  
y que su cuerpo abrase vivo fuego.

Llevalde luego.

SELANDIO.

Escucha.

DUQUE.

¡Calla! Y llame

mi guarda luego un público verdugo  
que aquella sangre bárbara derrame.

Ya, Conde, que librate al cielo plugo,  
ven para que descanses en los brazos  
de cuya libertad eres el yugo.

GODOFRE.

Daré al muerto los últimos abrazos,  
que era, señor, amigo verdadero.

DUQUE.

Yo haré al traidor que le mató pedazos.

GODOFRE.

En tu justicia su venganza espero.

*(Váyanse, y salgan el REY FEDERICO, FLORISEO, CLEONARDO, vestidos de noche.)*

REY. Tarda y tarda; mi sosiego  
y mi salud se acobarda.

CLEONARD. ¿Tanto amor te tiene ciego?

REY. Con cada punto que tarda  
al postrero punto llego.

FLORISEO. Siempre el mal entretenido  
dicen que menor ha sido.

CLEONARD. Si sólo comunicado  
basta a quedar consolado,  
mejor será socorrido.

REY. ¿Pues qué es lo que puedo hacer?

CLEONARD. Juega, caza, inventa, escribe.

REY. Mal me puede entretener  
lo que ni habla ni vive.

FLORISEO. Pues sirve alguna mujer.  
Y pues que de noche sales,  
dejemos las principales  
y a las menores te humilla.

CLEONARD. Aquí hay una casadilla  
que guardan cuatro oficiales.

REY. ¿Eslo el marido?

CLEONARD. Y honrado.

REY. No hagamos ruin la que es buena,  
ni al honrado deshonorado.

FLORISEO. Toda esta calle está llena

de lo que llaman guisado.

REY. ¿Qué vida es ésa?

FLORISEO. La airada  
es de las mismas llamada.

REY. ¿Qué tratan?

FLORISEO. Vender favor.

REY. ¿Y hay quien lo compre?

FLORISEO. El furor

de juventud desfrenada.

REY. Salgamos presto de aquí,  
que causa desmayo en mí  
su mala imaginación.

CLEONARD. Las ninfas de Chipre son  
cuantas vas dejando allí.

Otras hay más recatadas.

REY. ¿Cómo?

CLEONARD. Hay dueñas y criadas,  
gente y plata de servicio,  
que es calidad del oficio  
y tienen nombre de honradas.

REY. No hay cosa que me entretenga;  
quiérome a casa volver.

CLEONARD. Hasta que Godofre venga,  
¿qué piensas, señor, hacer,  
que con sosiego te tenga?

REY. Es parte de frenesí,  
¡oh, Cleonardo!, estar ansí;  
y estoy del Conde quejoso,  
que este accidente amoroso  
aun tiene celos de mí.

No me ha escrito lo que hace;  
si es hermosa, ni si es fea.

CLEONARD. Muchas veces se deshace  
el conceto de la idea  
que visto no satisface.

Por ventura no le agrada,  
y el volver será escribir.

REY. Sospecha ha sido acertada,  
y que se puede inferir  
de una hermosura pintada.

Deseo agora me ha dado  
de ver el rostro de Alfreda.

FLORISEO. Pues mírale imaginado,  
que la noche oscura veda  
que puedas ver el pintado.

CLEONARD. ¿De qué afligiéndote estás?  
En palacio le verás.

REY. ¿No hay luz en alguna puerta?

FLORISEO. La de Lisandra está abierta.

REY. ¿Dará luz?

FLORISEO. Y sol, que es más.

REY. ¿Quién es?



FLORISEO. De Godofre dama.

REY. ¿Y quiérela?

FLORISEO. Con extremo dicen que la adora y ama.

REY. Florelo, ofenderla temo.

FLORISEO. Que no, señor; llega y llama.

REY. Es Godofre muy leal, y será pagalle mal.

FLORISEO. ¿Pues en qué la has de ofender?

REY. En el ver; que sigue al ver la condición natural.

FLORISEO. Luego no quieres a Alfreda

REY. ¿De qué suerte?

FLORISEO. Que el que ama no puede ser que amar pueda.

REY. Bien dices, Florelo, llama; seguro Godofre queda.

FLORISEO. Bien podrá estarlo de ti, pues que le estimas así; della no, que te ha de ver con la hermosura y poder que así resplandece en ti.

Presumo que te han scntido: con una vela ha salido un escudero a la sala.

*(Sale un ESCUDERO viejo con un candelero y una vela.)*

ESCUDERO. ¿No llamarán noramala, con menos grita y ruido!

FLORISEO. ¿Qué hace Lisandra?

ESCUDERO. Entretiene la noche, mientras no viene el Conde, con su almohadilla.

FLORISEO. Llanalda, y podéis decilla que Su Alteza a verla viene.

ESCUDERO. ¿Su Alteza?

FLORISEO. Mostrad la vela.

ESCUDERO. Quitaréle el candelero, por si es acaso cautela.

REY. ¿No es muy necio el Escudero!

CLEONARD. Que le engañamos recela.

REY. Llegad esa vela más.

FLORISEO. Como mariposa estás, dándole bordes al fuego.

REY. Sí, pero mil veces llego y no me abraso jamás.

Vuelvo a decir que es hermosa. ¡Pesia a tal, qué linda cosa! ¡Oh peregrina mujer, tan dignísima de ser mi mujer, mi reina y diosa!

¡Loco estoy!

CLEONARD. ¡Hermosa es!

Pero pienso que la ves con lunas de larga vista.

REY. No hay luna que el sol resista con que he de verla después.

*(Sale LISANDRA, dama.)*

LISANDRA. Déme esos pies Vuestra Alteza. ¿Tanta merced para mí?

¿Tanto honor a mi bajeza?

REY. No estáis bien, Lisandra, así: conozco vuestra nobleza.

LISANDRA. ¿Vuestra Alteza no se sienta?

REY. Así en pie estaré mejor.

LISANDRA. No pido que me déis cuenta desta venida, scñor, que tanto mi honor aumenta; que como público ha sido lo que al Conde habéis querido, queréis honrarle en ausencia.

REY. Por ver en vos su presencia a vuestra casa he venido.

Y como la vela vi que vuestra gente sacó, en mirar me divertí la causa y luz que llevó a vuestro Conde de aquí.

Y haréisme mucho placer que la volvamos a ver, y me digáis si es hermosa.

LISANDRA. La que fué tan poderosa será divina mujer.

REY. Miralda bien.

LISANDRA. ¿Qué hermosura y angélica criatura!

REY. ¿Que os agrada?

LISANDRA. Si hombre fuera, por la verdad me perdiera desta divina pintura.

REY. Mucho me habéis satisfecho. Tomad aqueste diamante.

LISANDRA. Bésoos los pies.

REY. Esto es hecho: es a un ángel semejante, aunque es demonio en mi pecho; diránlo las piedras duras y los rudos animales.

LISANDRA. ¡Qué hermosa reina procuras!

CLEONARD. Con estas lisonjas tales bien medrarán sus locuras.

(Sale GODOFRE de camino, y TIBERIO y DORISTO, criados.)

GODOFRE.

Primero que a Su Alteza los pies bese quiero tomar las manos de Lisandra, porque me cuente algunas novedades y si sabe acaso el desposorio.

TIBERIO.

Saberse el desposorio es imposible, pues se hizo y trató con tal secreto. Novedades no faltan en las Cortes, que son el mar mayor de novedades.

DORISTO.

Gran gente está en la sala.

GODOFRE.

¿Cómo gente?

Ya, con tan breve ausencia, se ha perdido aquel recogimiento prometido?

ESCUDERO.

¿Quién va?

GODOFRE.

Yo soy.

ESCUDERO.

¿Quién es?

GODOFRE.

¿No me conoces?

El Conde soy.

ESCUDERO.

¿El Conde es ya venido?

LISANDRA.

¿El Conde?

REY.

¿El Conde?

GODOFRE.

¡Si es el Rey aquíeste!

REY.

¡Godofre!

GODOFRE.

Gran señor.

REY.

¡Godofre amigo!

GODOFRE.

Perdona que no fuí a dejar las postas a la puerta real de tu palacio, que amor me trujo aquí.

REY.

Cualquiera yerro, siendo de amor, trae el perdón consigo. Mas di, ¿qué es la razón de venir solo? ¿Quedo casado o no? ¿Mintió el retrato? ¿Es tan hermosa?

GODOFRE.

Estame atento un rato:

Partí a Cleves, gran señor, y en efeto llegué a Cleves, donde fuí bien recibido del gran Duque, mi pariente. Pasados eran tres días en los regalos de huésped antes que a la hermosa Alfreda como me mandasteis viese. Quiso el Duque el cuarto día, por honra y fiesta solene, que con su mujer y hija públicamente comiese. Fuimos a San Jorge a misa, adonde al tiempo que el preste comenzó a cantar la Gloria entró la pasión del viernes, porque al fin de un largo aplauso, discurso de guarda y gente, entró en San Jorge esta dama, pienso que a servir de sierpe, con mala disposición y rostro tan insolente, que pudiera volver triste al corazón más alegre: nunca el caballo troyano tuvo tan hinchado el vientre, ni un dromedario la espalda de los que a Marruecos vienen. El águila parecía que cuentan de Ganimedes mirándole la nariz, hasta la boca pendiente. Los ojos de jabalí, con unas luces tan breves, que parece que miraban a dos calles diferentes. La boca no descubría perlas, ámbar ni claveles, como se suele decir, sino mal compuestos dientes. Oyó misa, que en mi vida me vi más inquietamente, divertido en contemplar un serafín de Holofernes.

‘Confiésote, gran señor,  
que tuve miedo mil veces  
de no aojarla, y que le hacía  
las higas de siete en siete.  
Volvimos a casa juntos,  
donde pensé, como suele,  
que siendo en el cuerpo fea  
hermosa en el alma fuese.  
Y por abreviar te digo,  
por si te cansas y ofendes,  
que dijo doce palabras  
y necedades las trece.  
Traté luego mi partida,  
y porque este monstruo vieses  
te truje aqueste retrato  
de la imagen de la muerte.

REY.

Muestra. ¡Jesús, y qué espantoso monstruo!  
¿Posible es que me han hecho aqueste engaño?

CLEONARDO.

La pintura, señor, es lisonjera:  
siempre temí que no era Alfreda hermosa.

FLORISEO.

Pintores que no pueden ver los rostros  
tan cerca de señoras recogidas  
hacen al vuelo estos retratos bellos.

REY.

Pues destiérrense todos los pintores,  
no quede en el reino quien retrate,  
pues tal burla me han hecho los pinceles.

FLORISEO.

Mira, señor, que la pintura ha sido  
estimada de príncipes y reyes,  
y en otra edad tenida por divina:  
no quites tanto bien a tu república,  
que en Africa por eso llaman bárbaros  
a sus habitantes inorantes.

REY.

Bien sé que es arte noble y milagroso;  
¿pero en qué he de vengar mi corrimiento?

CLEONARDO.

Destierra los culpados, que no es justo  
que si una cura sola ha errado un médico,  
si un letrado fué injusto, si un tratante  
trató engaño a su prójimo, destierres  
a médicos, tratantes y letrados:

nunca fué tan perfeta una república  
que algún error culpable no tuviese.

REY.

Lleno voy de pesar; venid conmigo.

LISANDRA.

Seas, Godofre, bien venido.

GODOFRE.

Vengo  
a tu servicio; ya ves que no puedo  
dejar de hablar al Rey.

LISANDRA.

Pues vuelve prestó.

REY.

Lisandra.

LISANDRA.

Gran señor.

REY.

Adiós te queda.

LISANDRA.

¡Ay, Conde, bien venido!

GODOFRE.

¡Ay, dulce Alfreda!

~~~~~

## ACTO SEGUNDO

### DE LA HERMOSA ALFREDA.

(Salen GODOFRE, DORISTO y TIBERIO.)

GODOFRE. Ya que está el Rey divertido  
y de Alfreda descuidado,  
como si vivo o pintado  
tal rostro no hubiera habido.

Ya que el amor desta dama  
que ama agora y solicita  
del alma y ojos le quita  
la memoria de su fama;

ya que han pasado tres meses  
en este olvido cruel;  
ya que emparentar con él  
tratan reyes albaneses,

quiero hablarle con cautela,  
de suerte que con su gusto,  
pues que de mi intento injusto  
ninguna cosa recela,

pueda hacer mi casamiento  
y traer a mis estados



a Alfreda, porque casados  
gocemos paz y contento.

Si el asistir en la Corte  
es tan forzoso que sea,  
tendré a Alfreda en una aldea  
o el lugar que más me importe.

Y desde allí iré y vendré,  
hasta que en buena ocasión  
pueda al Rey pedir perdón  
de lo que al Rey agravié;

que cuando el perdón que digo  
no se alcanzara sin vella,  
tres meses de estar sin ella  
bastaban para castigo.

DORISTO. Mira, señor, lo que intentas,  
que si al Rey pides a Alfreda  
es muy posible que pueda  
imaginar que le afrentas;

aún es agora temprano  
para declarar tu intento.

GODOFRE. No es, haciendo argumento,  
que el Rey es mozo y liviano,  
y que ya está divertido  
con la ocasión que sabéis,  
y aun vengado, si queréis  
imaginarne ofendido.

TIBERIO. ¿De qué manera vengado?

GODOFRE. Sirve a Lisandra, que fué  
dueño de mi amor y fe  
con mucho gusto y cuidado,  
y hoy licencia me ha pedido  
para gozarla, Tiberio,  
que de aquí nace el misterio  
de haberme al Rey atrevido.

Porque si él piensa que es fea  
Alfreda, que ya aborrece,  
y el alma a Lisandra ofrece,  
a quien adora y desea,

bien le puedo yo pedir  
licencia para mi intento,  
y el secreto casamiento  
a todo el mundo decir.

Yo conozco las mudanzas  
del pensamiento del Rey,  
que ya no tiene más ley  
que estas nuevas esperanzas.

Y al fin, con haber gozado  
a Lisandra, me disculpa  
de la deslealtad y culpa  
de haberle a Alfreda quitado.

Y cuando no haya razón  
que abone mi desvarío,

en mi privanza confío  
y en su fácil condición.

TIBERIO. ¿Que le has dejado gozar  
de Lisandra?

GODOFRE. ¿Pues qué pierdo,  
si ha sido el mejor acuerdo  
para poderme casar?

Dejo contenta mi dama  
que sufra mi casamiento,  
imposible sufrimiento  
para el alma de quien ama,  
y ocupo al Rey el deseo  
porque imaginar no pueda  
en las memorias de Alfreda,  
cuya hermosura poseo.

Ansí que estando contentos  
mis mayores enemigos,  
celebrarán como amigos  
mis bodas y casamientos.

DORISTO. Notables arbitrios son,  
Conde, los de un pecho amante.

GODOFRE. Es ciego, y lleva adelante  
su propia imaginación.

El Rey es éste; advertid  
con qué palabras le engaño.

(El REY con una carta, leyéndola a FLORISEO, y CLEONARDO.)

REY. Que ha sentido el desengaño  
dice en esta parte; oíd.

CLEONARDO. ¿Luego escribióle tu Alteza  
que el Conde licencia dió?

REY. Si el Conde me lo rogó,  
que lo pague su cabeza.

FLORISEO. Fineza ha sido entregarte  
su dama el Conde, señor.

REY. Tiéneme notable amor.

CLEONARDO. ¡Bien muestra Godofre amarte!

Mas mira que por ventura  
por tu gusto te la dió,  
y que enojado quedó  
y no mostrarlo procura.

REY. ¿A mí qué me va en saber  
si queda enojado o no?  
Eso que pedí me dió;  
eso quiero agradecer.

Y si dió Alejandro a Apeies  
la cosa que más quería,  
porque pintándola un día  
suspendió mano y pinceles,

¿qué mucho que el Conde a mí,  
que soy su Rey, me la dé?

¿No es harta gloria que fué Alejandro para mí?

GODOFRE. Si fuera, señor, Lisandra  
Deyanira o Policena,  
Erífila, Dido, Elena,  
Lavinia, Lesbia y Evandra;  
si fuera Lamia o Lucrecia,  
Eurídice o Laodamia,  
Ero, Atalanta o Porcia,  
que Roma celebra y precia,  
con la misma voluntad  
las entregara a tu gusto,  
sin hallar en mi disgusto  
violencia o dificultad.  
De que Alejandro haya sido  
y tú hayas sido mi Apeles,  
es justo que te consueles  
con que más tu gloria ha sido:  
porque más a toda ley  
a quien eres satisfaces  
si a mí Alejandro me haces  
que yo en dar mi prenda a un Rey.

Pues cuanto más te ha rendido  
bajar de ser Rey a Apeles,  
lo que hay de cetro a pinceles  
has bajado y yo subido.

REY. Conde, no ha sido tan poco  
lo que has hecho en este caso,  
puesto que en silencio paso  
que fuí Rey y amante loco,  
que no me hayas obligado  
a grande satisfacción,  
y en tu lealtad y afición  
la mayor piedad mostrado.

Pide, que si fuiste ayer  
Alejandro con tu amigo,  
hoy quiero serlo contigo  
y tu amor agradecer.

Pide, Conde, y pues que sabes  
dar con liberalidad,  
recibe con voluntad,  
porque de obligarme acabes.

GODOFRE. Señor, ocasión se ofrece  
en que me puedes honrar.

REY. ¿Pues en qué dudas de hablar,  
que imposible me parece?

Mira que ofendes mi honor,  
que yo más creí de ti  
cuando libre te pedí  
los tesoros de tu amor.

GODOFRE. No es falta de atrevimiento.

REY. Habla; yo te doy licencia.

GODOFRE. Esa pide cierta ausencia  
de un tratado casamiento.

REY. ¿Casaste, Conde?

GODOFRE. Señor,  
trato de casarme ahora,  
que tu Alteza me mejora  
de nuevas prendas de amor.

Que ayer, que mi fe tenía  
toda en Lisandra, no hubiera  
dama en el mundo que fuera  
más dueño del alma mía.

REY. ¿Pues casaste de picado?  
Que si eso es, Conde amigo,  
este papel es testigo  
que a Lisandra no he gozado.  
Lisandra es tuya.

GODOFRE. Señor,  
no me hagas ese agravio;  
juzga, por Dios, como sabio  
mis pensamientos mejor.

Cuando fuí a Cleves y vi  
a Alfreda, no les conté  
los poderes que llevé  
ni la razón por qué fuí.

El Duque, su Corte y gente  
a murmurar comenzó  
que iba a pedírsela yo,  
como dcudo y pariente.

Creció su imaginación  
de suerte, que el Duque un día  
me la ofreció, haciendo mía  
una espantable visión.

Yo, por no responder mal,  
no le dije sí ni no,  
y ansí indeciso quedó  
nuestro casamiento igual.

Que aunque es verdad que ella es  
es de notable interés [fea,  
para quien apenas es  
señor de una pobre aldea.

La fealdad de Alfreda, al fin,  
y el amor justo y perfeto  
de Lisandra, que, en efeto,  
es Lisandra un serafín,  
en viéndola me quitaron  
las bodas del pensamiento,  
hasta ayer, que de tu intento  
las nuevas me despertaron.

Ya estoy libre, y aunque sea  
Alfreda fea, como es,  
cree, señor, que el interés  
afeita mucho una fea.

Si agora me das licencia,  
 libre estoy, podré casarme,  
 y a ti te importa ausentarme  
 de Lisandra y su presencia,  
 mientras que te cobra amor  
 y mientras que yo le pierdo.

REY. Ha sido, Godofre, acuerdo  
 de tu ingenio y tu valor.  
 Mi obligación has crecido;  
 los brazos te quiero dar.

TIBERIO. ¡Qué bien le supo engañar!  
 DORISTO. ¡Qué discreto!

TIBERIO. ¡Qué atrevido!

GODOFRE. Si tanta merced me haces,  
 luego me quiero partir.

REY. Al Duque quiero escribir  
 gran confirmación de paces  
 y abonos de tu persona.

GODOFRE. Voy a ordenar mi partida.

REY. Guarden los cielos tu vida.

GODOFRE. Y prosperen tu corona.

REY. A tu Alfreda has de llevar  
 un presente de mi mano.

GODOFRE. Si tantos favores gano,  
 vos propio os podréis pagar.—  
 ¿Qué os parece?

TIBERIO. Lo que ves.

GODOFRE. Buscadme luego en que parta.

REY. Conde.

GODOFRE. Señor.

REY. Por la carta  
 Volved.

GODOFRE. Y a besar tus pies.

(Vanse GODOFRE, DORISTO y TIBERIO.)

REY. ¿Será el haberse casado  
 el Conde enojo o lealtad?

CLEONARD. Venganza de voluntad,  
 con un proceder honrado.  
 El se parte por no ver  
 gozar su dama, en efeto.

REY. El hace como discreto  
 si la deja en mi poder,  
 que en casarse y ausentarse  
 della se venga muy bien,  
 y sírveme a mí también,  
 de quien no es razón vengarse.

Vamos, porque escribir pueda;  
 basta que vencer procura  
 de Lisandra la hermosura  
 con la gran fealdad de Alfreda.

(Vanse, y sale LISANDRA y FABRICIO.)

LISANDRA. ¿Esta es lealtad en los hombres?  
 ¿Esto llaman querer bien?

FABRICIO. ¡Ay, Lisandra, no te asombres  
 ni tus enojos le den  
 al Conde agraviados nombres!  
 Que si al Rey le dió licencia  
 fué porque no hay resistencia  
 que sus violencias deshaga,  
 y advierte bien si lo paga  
 con tal destierro y ausencia.

LISANDRA. ¿Que se va el Conde?

FABRICIO. Ya es ido,  
 y por no causarte enojos  
 no digo lo que he sabido.

LISANDRA. ¿Ya qué más agua en mis ojos?  
 ¿Qué más fuego en mi sentido?  
 Dilo, Fabricio, y no impida  
 lo que es temor de mi vida  
 tu lengua en peligro tal,  
 porque no puede haber mal  
 mayor que el de su partida.

FABRICIO. Pues, en fin, no ha de callarse  
 (cosa que al vulgo desdice),  
 sabe que es ido a casarse.

LISANDRA. ¿A casarse?

FABRICIO. Así se dice,  
 y que ha sido por vengarse,  
 aunque tengo para mí  
 que el Rey lo ha trazado así  
 por quitarle de tu vista.

LISANDRA. Quien tan de veras conquista,  
 no hallará defensa en mí.  
 ¿Y dónde va el Conde?

FABRICIO. A Cleves.

LISANDRA. ¿Hay con quien casarse pueda?

FABRICIO. Preguntas lo que ya debes  
 de saber.

LISANDRA. ¿Cómo? ¿Es Alfreda?

FABRICIO. Que bien o que mal lo lleves.

LISANDRA. No lo llevo sino bien.  
 ¡Jesús! ¿No es aquella fea  
 que trató con tal desdén?

FABRICIO. Pues dime, ¿hay cosa que sea  
 más ordinaria también?

LISANDRA. ¿De qué suerte?

FABRICIO. El decir mal  
 un hombre de una mujer  
 para el casamiento igual,  
 porque siempre viene a ser  
 donde no se piensa tal.



LISANDRA. Consolada estoy, Fabricio,  
de que con Alfreda sea;  
si no perdiera el juicio.

FABRICIO. ¿Por qué?

LISANDRA. Porque si es tan fea  
da de mi venganza indicio.

Desapasiona el casar  
con mujer que lo merece;  
mas tal suele un hombre estar  
si lo contrario acontece,  
que vuelve al mismo lugar.

¿Qué haré?

FABRICIO. ¿Quién sabrá mejor  
lo que te conviene en esto?

LISANDRA. Perdióse el Conde en rigor;  
Ya su ausencia ha descompuesto  
toda la fe de mi amor.

Y pues que suceder suele  
esto de amar y olvidar,  
y como se siente, duele,  
quírome yo consolar  
antes que otro me consuele.

Porque llorar ya no es cosa  
ni justa ni provechosa;  
no comer es disparate;  
pues decirme que me mate  
es necedad rigurosa.

Eso a Evadnes y Lucrecias,  
a Julias, Porcias y Eros,  
que acá no somos tan necias.

FABRICIO. Aunque ejemplos verdaderos,  
justamente los desprecias.

Tenemos almas ahora  
y conocemos su dueño.  
Vive, alégrate, señora.

LISANDRA. No hayas miedo tú que el sueño  
pierda por el Conde un hora.

El parte de enojo lleno,  
aunque es justo, en buena ley,  
llorarle en poder ajeno,  
consolada estoy, que un rey  
a falta de un conde es bueno.

(Sale CLEONARDO.)

CLEONARD. El Rey, Lisandra dichosa,  
connigo a llamarte envía,  
que esta fiesta calurosa  
al son de una fuente fría  
del jardín duerme y reposa.

Su carroza viene aquí,  
porque más te iguale a sí.

LISANDRA. Sólo ha faltado su guarda.

En fin, Cleonardo, ¿me aguarda  
el Rey?

CLEONARD. Mi señora, sí.

Y si el Conde aquí estuviera  
también la guarda enviara  
si acaso menester fuera.

LISANDRA. No, que si al Conde pesara  
no pienso que al Rey me diera.

En fin, ¿se casa?

CLEONARD. Desea  
que te pese.

LISANDRA. No lo crea.  
Vamos al jardín.

CLEONARD. Camina.  
Vengarse el Conde imagina.

LISANDRA. ¡Jesús, qué mujer tan fea!

(Vanse, y sale SELANDIO, el preso, herido.)

SELANDIO.

No ha sido en mi dolor poca ventura  
que de la cárcel dura,  
adonde me tenía

sin culpa alguna la desdicha mía,  
saliese libremente.

Mas, ¿qué no puede un ánimo inocente?

Estuve tan helado siendo hallado  
del fiero Duque airado,

en su casa escondido,  
que viéndome de tantos ofendido  
no supe dar disculpa,

y es el silencio confesar la culpa.

Mas como amor no hay cosa que no pueda,  
agradeciendo Alfreda

mi amor en aquel punto,

imaginando acaso que el difunto  
fué de mis celos muerto,

hizo a mí libertad el paso abierto.

Huí la furia (1) y cruel violencia,  
por no ver mi inocencia

en manos de su furia,

que el fiero Conde procuró mi injuria  
por cubrir su delito,

que en los ojos del cielo vive escrito.

Siempre por montes ásperos subiendo  
y de la gente huyendo,

a tierras he venido

donde pueda vivir desconocido,

que aquestas espesuras

(1) Como en el verso subsiguiente se repite la voz "furia" quizás aquí deba leerse "ira" y no "furia".

están bien lejos y serán seguras.  
 Ya puedo hablar con la vecina gente,  
 buscando el conveniente  
 sustento de mi vida,  
 que hasta ahora he tenido por comida,  
 donde quiera que estampo  
 la planta, fruta del silvestre campo.  
 El madroño ríscoso siempre verde,  
 que nunca el ramo pierde;  
 el castaño erizado,  
 el avellano humilde coronado,  
 el níspero y las serbas  
 me dieron vida, y en faltando, hierbas.  
 Aquí vienen pastores del extremo  
 del monte: ya no temo  
 hablallos libremente,  
 que hasta ahora temblaba de la gente.  
 ¡Oh, gracias doy al cielo,  
 que tendrá mi dolor algún consuelo.

(Salen PELORO, viejo, y LISARDO, mozo, labradores.)

PELORO. Mas que nunca acá volvieses.

LISARDO. Sin palo y más poco a poco.

PELORO. Maravilla si estás loco,  
 que respiente me toviesses.

¿Tú a la guerra?

LISARDO. ¡Yo a la guerra,  
 y al diablo que os lleve, padre,  
 que no me parió mi madre  
 para tostarme en la sierra.

Si me voy allá ¿qué os llevo?

PELORO. ¿No es nada haberte criado?

LISARDO. ¿Vos?

PELORO. ¡Yo!

LISARDO. ¡Mentís!

PELORO. Buen soldado  
 no es cobarde para nuevo.

¿Parécete bien, 'traidor  
 a tu padre?

LISARDO. ¡Sí, resí,  
 que no me crió él a mí!

PELORO. ¿No? ¿Pues quién?

LISARDO. Nuestro Señor.

Y también oí decir  
 que el que ha de ser buen soldado  
 ha de hablar muy desgarrado,  
 y a dos por tres desmentir.

PELORO. Perdido estás ya del todo,  
 no te quiero sufrir más:

¿a la guerra no te vas?

¡Pues que te pongas del lodo!

LISARDO. ¡Poneos vos; duelo os dé Dios!

PELORO. ¡Vete ya!

LISARDO. Ya nos iremos,  
 sí, que aquí también sabremos  
 ser padres como sois vos.

PELORO. No te lograrás.

LISARDO. Ni aun quiero,  
 si he de ser tan gruñidor.

PELORO. ¡Qué hijo!

LISARDO. ¿Sois vos mejor?

PELORO. ¡Soy tu padre!

LISARDO. ¿Y yo soy cuero?

Dadme vos un aderezo  
 de padre, a ver si podéis  
 más que yo, que me tenéis  
 como una mula el pescuezo.

PELORO. Y cuando el mosquete lleves,  
 descansarás más con él?

LISARDO. Si llevare el moscatel,  
 serán las jornadas breves.

PELORO. ¿Sin mi bendición te vas?

LISARDO. ¿Qué alforja dejo olvidada?

PELORO. ¡No vuelvas desta jornada  
 para sécula jamás!

(Vase el viejo.)

LISARDO. ¿Que maldecisme en latín?  
 Pues yo os maldigo en romance,  
 y ruego a Dios que os alcance  
 la maldición de Merlín.

SELANDIO. ¿Dónde bueno, hombre de bien?

LISARDO. ¡Oh, señor! ¿Es él soldado?

SELANDIO. Helo sido y lo he dejado.

LISARDO. Yo voy a serlo también.

SELANDIO. Compradme aqueste vestido.

LISARDO. No tengo dinero, a fe,  
 que voy a la guerra a pie,  
 sin padre y madre y perdido.

SELANDIO. No lloréis, que los soldados  
 no lloran.

LISARDO. ¡Mentís!

SELANDIO. ¿Decís  
 a mí?

LISARDO. Sí, que vos mentís.

SELANDIO. ¡Bravos retos, extremados!  
 Mirad que soy capitán  
 y me habéis de tratar bien.

LISARDO. Y aún me iré con él también.  
 si trae el tapatatán.

SELANDIO. Venid, que quiero vestiros  
 destas galas con que vais.

LISARDO. Vamos, porque me digáis  
 cuándo podré desmentiros.

(*Vanse, y sale PELORO, el viejo, y MARFISA.*)

MARFISA. ¿Por qué le dejastes ir?  
 PELORO. ¿Pues qué le tengo de her,  
 si no hace desde ayer  
 son mentir y desmentir?  
 MARFISA. ¿Dónde vió aquel mentecato  
 estos soldados?  
 PELORO. No sé:  
 la fiesta a la villa fué,  
 algo remudado el hato;  
 y si con ellos topó,  
 ha dado en esta locura.  
 MARFISA. ¿No le han hablado?  
 PELORO. Hasta el cura,  
 y a todos dice de no.  
 MARFISA. Pues qué, ¿al Alcalde su tío  
 también le perdió el respeto?  
 PELORO. Y a mí propio.  
 MARFISA. ¿Extraño efeto  
 de juvenil desvarío!  
 ¿Veisme aquí deshermanada!  
 PELORO. ¿Llora tú, si te parece!  
 MARFISA. ¿Qué se estuviera en sus trece  
 y que no os tuviese en nada!  
 PELORO. Calla, que él se volverá  
 en oyendo un arcabuz,  
 que de sólo ver la luz  
 dicen que temblaba acá.

(*Sale SELANDIO vestido de labrador.*)

SELANDIO. Ya con aqueste vestido  
 podré vivir disfrazado,  
 de mi patria desterrado  
 y por la ajena perdido.  
 Que mientras cesa el rigor  
 o mi inocencia se sabe,  
 quiere que viva o que acabe  
 entre estos montes amor.  
 PELORO. ¿No es éste, Marfisa, el hato  
 de Lisardo?  
 MARFISA. El propio es,  
 de la cabeza a los pies.  
 PELORO. Dado se le habrá barato.—  
 ¿Ah, buen pastor! ¿Quién os dió  
 la pellica y lo demás?  
 SELANDIO. Ya queda del monte atrás  
 el que el sayo me vendió,  
 que dice que va a la guerra,  
 y le he dado yo una espada  
 que compré de mi soldada  
 en otra extranjera sierra,  
 que no soy deste país.

PELORO. Mi hijo era el soldado.  
 MARFISA. Y mi hermano. ¿Habéisle hablado?  
 SELANDIO. Sí.  
 MARFISA. Mas, ¿qué os dijo? ¿Mentís?  
 SELANDIO. Determinado partía  
 de volver de allá muy bravo.  
 PELORO. La buena esperanza alabo,  
 pero no la fantasía.  
 SELANDIO. ¿Falta os hará?  
 PELORO. ¿Quién lo duda?  
 SELANDIO. ¿Queréisme a mí micntras viene?  
 MARFISA. Padre, muy buen talle tiene  
 y habéis menester ayuda,  
 que vicnen vendimias presto:  
 recibildo en buena fe.  
 PELORO. ¿Que estaréis acá?  
 SELANDIO. Sí haré,  
 si me hacéis partido honesto.  
 PELORO. No por la falta os recibo  
 que agora me veis tener,  
 que bien sé que ha de volver  
 el soldado fugitivo;  
 mas por la buena persona  
 y el veros hablar tan bien,  
 que sin duda a cuantos ven  
 vuestra presencia inficiona.  
 Venid a nuesa cabaña,  
 trataremos del partido.  
 SELANDIO. Hoy, si un hijo habéis perdido,  
 otro os sirve y acompaña.

(*Vanse, y salen GODOFRE, ALFREDA, de camino; DORISTO y TIBERIO.*)

GODOFRE.

Estas, como te digo, hermosa Alfreda,  
 son de mi tierra las montañas altas,  
 que tan honrada de tus plantas queda.  
 Los valles, que pisándolos esmaltas,  
 están poblados de árboles y aldeas,  
 que aun en los riscos no descubren faltas.  
 No te llevo a la Corte que desees  
 porque me matan celos temerarios  
 de que sus galas y grandezas vcas.  
 En aquestos desiertos solitarios  
 me conviene que vivas por ahora,  
 pues tienes los regalos necesarios.  
 Aquesta casa, cuyo extremo adora  
 el sol, luego que nace en el Oriente,  
 te reconoce ya por su señora.  
 Aquí deja el hábito decente;  
 en traje labrador, con labradores,  
 te gozará mi amor seguramente.



Aquí, sin el tropel de aduladores,  
cuya música aduerme los sentidos,  
oirás enamorados ruiñeños.

Aquí, libre de olores y vestidos,  
vivirán tus seguros pensamientos,  
despiertos para el bien y al mal dormidos.

Tus vasallos, humildes y contentos,  
te ofrecerán sus dones primitivos,  
desde el pámpano verde a los sarminientos;

los panales en árboles nativos,  
el queso en las cortezas dibujado,  
las liebres y conejos fugitivos,

el blanco lino y el torcido hilado,  
el mosto dulce, la adobada oliva,  
pálido aceite y algodón labrado.

Saldrás las tardes este monte arriba,  
cercada de villanos, tras los ciervos,  
que el ligero lebre de aliento priva.

Y destos acebuches siempre acerbos  
colgarás otras veces los reclamos,  
o volarás las garzas y los cuervos,

o matarás, cuando de espacio vamos,  
con el menudo plomo y polvo ardiente  
los pajarillos por los verdes ramos.

Yo iré y vendré a la Corte diligente,  
trayéndote regalos y caricias  
con el cuidado de marido ausente.

De suerte que este monte y sus primicias  
todo a tus pies te ofrece por señora,  
y yo, si serlo de mi amor codicias,

cuanto desde la noche hasta la aurora  
y desde la mañana hasta la tarde,  
quisiera tan divina labradora,  
que el alto cielo largos años guarde.

ALFREDA. Con extraña admiración,  
Godofre, he escuchado atenta  
tu celosa pretensión,  
de la cual no me contenta  
la vida ni la razón.

La vida es triste y estrecha,  
y la razón con sospecha:  
¿Qué temes de mis costumbres,  
que el fin de tus pesadumbres  
de matarme se aprovecha?

¿Una mujer como yo  
en un monte ha de vivir?  
Y la que noble nació  
¿esos hábitos vestir  
que la bajeza enseñó?

Pienso que burlas de mí,  
que si jamás te ofendí,

ese monte, ese vestido  
es afrentoso partido  
para amor y para ti.

Si celos de que en la Corte  
alguna cosa no vea  
que a tu honor, Godofre, importe  
me traen a aquesta aldea,  
el ser quien soy te reporte.

Y si no basta y es fuerza  
que yo viva aquí por fuerza,  
no me quites mi vestido,  
que el ser deudo y no marido  
a honrarme te obliga y fuerza.

Deja en casa quien me guarde;  
échame, Conde, prisiones  
mientras vas o vuelves tarde,  
pues tan malas opiniones  
hacen tu pecho cobarde.

Y si me has aborrecido  
vuélveme a mi padre a Cleves,  
que tampoco te ha ofendido;  
si es probarme, no me pruebes,  
que no es de honrado marido.

Y, finalmente...

GODOFRE.

No más;  
que cuando la causa entiendas  
mi razón disculparás,  
que ni yo ofendo tus prendas  
ni lo imaginé jamás.

Que eres noble y virtuosa  
eso es más segura cosa  
que el ser claro el sol y el día;  
ni tampoco, Alfreda mía,  
son celos de verte hermosa.

Es una cierta razón  
que no la puedes saber;  
basta que mi obligación  
puedes, señora, creer,  
y aun pienso que mi afición,  
sólo con mudar vestido,  
pues dar vida a tu marido  
consiste en que estés oculta.

ALFREDA. ¿Tanto daño te resulta?

GODOFRE. La vida, Alfreda, te pido.

ALFREDA. ¿Pues por qué?

GODOFRE. No me es posible  
decirte más que esto agora.

ALFREDA. En mujer es insufrible  
estar sin saber un hora  
algún secreto imposible.

Si por algo yo perdiera  
de mi honor, por saber fuera

lo que en tal secreto cabe,  
porque aun callar lo que sabe  
toda mujer desespera.

Pero pues no puede ser,  
paciencia habré de tener,  
y mudando traje y vida  
quedar de tu amor corrida,  
que no de ser tu mujer.

GODOFRE. Mi Alfreda, pues no hay secreto  
que la tierra al cielo calle,  
que le sabrás te prometo;  
pero es menester guardalle  
para su tiempo y efeto.

Que entonces con más razón  
conocerás mi afición,  
y que mi muerte o mi vida  
está de un cabello asida  
en esta fuerte ocasión.

ALFREDA. Ya, Godofre, no replico.

GODOFRE. Ve con Doristo y Tiberio  
al lugar que signifíco.

DORISTO. No dejas por vituperio  
el vestido noble y rico,  
sino que al Conde conviene  
que te vistas deste traje.

ALFREDA. Eso mi enojo detiene.

TIBERIO. Yo aseguro que aventaje  
la gracia que Alfreda tienc.

GODOFRE. Oye, mi bien.

ALFREDA. ¿Qué me quieres?

GODOFRE. Advierte que has de imitar  
estas rústicas mujeres.

ALFREDA. ¿Como ellas tengo de hablar?

GODOFRE. Como que una dellas eres.

ALFREDA. Eso y más haré por ti,  
aunque no sepa el secreto.

GODOFRE. Sabrále quien vive en mí.

ALFREDA. Pues no soy yo, te prometo,  
pues esto ignoro de ti.

(Vase ALFREDA y los criados.)

GODOFRE.

Yerro es hacer ofensa al poderoso,  
locura es ensalzar al arrogante,  
cansancio dar consejos al amante  
y encomendar negocio al perezoso.

Dar crédito es error al cauteloso,  
y no buscar amigo semejante;  
querer el que es humilde ser gigante  
y salir a campaña temeroso.

Error es dar su hacienda en confianza  
y de cuanto se escucha hacer desprecio,

y tener con pobreza fantasía;  
error es en un hombre su alabanza,  
pero de todos sólo aquel es necio  
que sus secretos a mujer confía.

(Salen PELORO, SELANDIO y MARFISA.)

PELORO.

¿Venido el Conde a nuestra pobre aldea?  
¿Pues no dicen que estaba ausente el Conde,  
y que trataba de casarse en Cleves?

SELANDIO.

¿Que Godofre ha venido y que ésta era  
la tierra de Godofre, mi enemigo?  
¿Qué desventura es esta, airado cielo?  
Pero si trae su mujer, no ha sido  
poca piedad de mi contraria suerte,  
que en este traje la veré seguro.

MARFISA.

Padre, un señor de aquestos de la Corte  
está junto a la fuente de palacio;  
mire si es de la gente.

PELORO.

El cuerpo y talle,  
Marfisa, al Conde, mi señor, parece:  
¡El es! ¿Qué dudo? ¡Llega, y tú, Riselo.—  
Dénos los pies su señoría.

GODOFRE.

¡Oh, amigos!

El cielo os guarde.

MARFISA.

Y a vos, Conde ilustre,  
mantenga hasta no más.

SELANDIO.

Por largos años  
goce Su Señoría desta tierra,  
que le da vasallaje y reconoce  
como a señor y dueño disoluto.

GODOFRE.

Buena gente, el amor que os he tenido,  
de mi padre heredado y de mi abuelo,  
me trae sólo a veros y alegraros.  
¿Estáis buenos?

PELORO.

Señor, buenos estamos  
para hacer merced en cuanto él vea  
que nos hará servicio de mandarnos.

GODOFRE.

¿Qué se hizo un viejo honrado que vivía en esta aldea, y que viudo estaba de una mujer que me crió en sus pechos?

PELORO.

Yo soy, señor. ¿Que ya no me conoce? ¡Válgalo el diablo amén, y qué olvidado le tienen los negocios de la Corte! Peloro soy, y a questa es la muchacha que me quedó de mi mujer.

GODOFRE.

¡Oh, amiga!

MARFISA.

Manténgaos Dios, buen Conde.

GODOFRE.

Dios os guarde.

¿Es este mozo acaso aquel mancebo que se crió conmigo?

PELORO.

¡Dalde al diablo, que es ido allá a las guerras a ser suecido.

GODOFRE.

¿A la guerra se fué?

PELORO.

Por falta suya este buen labrador he recibido.

SELANDIO.

Yo, señor, soy el mozo a su servicio.

GODOFRE.

Padre, no pregunté por vos sin causa: sabed que he de encargáros cierta cosa.

PELORO.

Eso tardaré yo en obedeceros, que vos tardáis, señor, en declararos.

GODOFRE.

Yendo a cierta provincia y tierra extraña a negocios del Rey, posé una noche en una aldea semejante a ésta, donde los ojos de una labradora me robaron el alma de tal suerte, que al fin al huésped la robé, Peloro, y la traigo conmigo; y porque viene preñada, cosa que en extremo estimo, a tu (1) casa la traigo, donde quiero

que como a mi mujer la tratéis todos. Sólo en esto ha de ser la diferencia: que los que me sirvieren y a la Corte fueren conmigo, como yo se vistan, y que los que sirvieren esta dama sean de vuestro monte labradores, pues, en efeto, es ella labradora.

PELORO.

No pudieras después de estar casado, ilustre Conde, hacernos más servicio que traer esta dama a nuestra aldea, con prenda de tu sangre en las entrañas. Venga en buen hora, que esos labradores que han de servirla somos yo y mis hijos.

SELANDIO.

¡Ha hecho a ningún hombre la fortuna lisonja como aquésta? ¿Que es posible que este traidor a su mujer Alfreda en este traje disfrazada traiga, por temor de que el Rey conozca y vea la traición que le hizo?

(Sale ALFREDA de labradora, y DORISTO y TIBERIO.)

DORISTO.

Pues ya sabes, generosa señora, lo que importa, mira que disimules.

GODOFRE.

Esta, amigos, es mi Diana, que su nombre es éste, con gran razón, pues resplandece tanto,

TIBERIO.

Diana te ha llamado; disimula.

ALFREDA.

No he sospechado bien de aqueste engaño.

PELORO.

Dadnos los pies, hermosa labradora, gloria de aqueste monte y sol del día en que venido habéis a honrar la aldea, que ya es Corte por vos y ciudad noble.

MARFISA.

Aquí tenéis, Diana, aunque no iguale con vuestra luz, de vuestro cielo estrellas; los que os han de servir están presentes.

ALFREDA.

A vos, buen viejo, os quiero dar mis brazos y respetaros en lugar de padre,

(1) En el texto "mi".



y a vos, pastora, como hermana propia.

MARFISA.

Esclava seré yo de vuestros méritos.

SELANDIO.

No me atrevo a llegar por no alterarla  
si acaso me conoce.

GODOFRE.

Prenda mía,  
a ver la casa voy con esta gente;  
quede con vos Marfisa.

ALFREDA.

El cielo os guarde.

SELANDIO.

¿Seré yo menester?

PELORO.

¿Pues no? El primero,  
para si es menester colgar las cuadras.

GODOFRE.

Vengan todos, Peloro, que el secreto  
me hizo que sin gente venga al monte.

SELANDIO.

¿Qué quiere este traidor con este engaño?  
Mas siempre del hablar resulta daño.

*(Vanse, y queda MARFISA y ALFREDA.)*

MARFISA. Es tanta vuestra hermosura,  
hermosísima Diana,  
que no fué mucha ventura  
que un ángel en forma humana  
el bien que el Conde os procura.

Reina merecieras ser,  
y de nuestro Rey mujer  
tan gallarda labradora.

ALFREDA. Quien tantas desdichas llora,  
¿qué bien puede merecer?

MARFISA. ¿Luego venís con tristeza?

ALFREDA. No traigo mucha alegría.

MARFISA. ¡Oh error de Naturaleza,  
que la desdicha porfía  
juntar con la gentileza!

¿Pues qué sentís? ¿No os agrada  
veros de Godofre amada?  
¿Venís sin gusto con él?

ALFREDA. Culpo a mi suerte cruel.

MARFISA. ¿Cómo?

ALFREDA. En no venir casada.

MARFISA. Aquí se dijo que iba

el Conde a casarse a Cleves.

ALFREDA. ¿Esa fué mi suerte esquiva!

MARFISA. ¿Casóse?

ALFREDA. No.

MARFISA. Pues no debes  
culpar quien dél no te priva.

ALFREDA. Temo que se ha de casar.

MARFISA. No hayas miedo, que esa Alfreda  
es muy indigna de amar,  
que no hay sierpe que se pueda  
a su fealdad comparar.

ALFREDA. ¿Quién lo dice?

MARFISA. Ansí se sucna  
en la Corte, que anda llena  
de la fealdad deste mostro,  
estimando antes su rostro  
más que el de la griega Elena;  
tanto, que anda por refrán,  
cuando algo afeando están,  
decir: No es tan fiera Alfreda,  
que no hay fealdad que la exceda.  
Y ansí este nombre le dan.

ALFREDA. Pues en Cleves esa dama  
menos que ángel no se llama.

MARFISA. Acá la llaman demonio.

ALFREDA. ¿Quién dijo tal testimonio?

MARFISA. El Conde sembró esa fama.

ALFREDA. ¿El Conde? ¿Por qué ocasión,  
si se ha de casar con ella?

MARFISA. No entiendo yo la razón,  
pero si esa Alfreda es bella  
celos por ventura son.

ALFREDA. Sin duda el Conde está loco,  
o no sé qué causa pueda,  
en la materia que toco,  
moverle a querer que Alfreda  
todos la tengan en poco.

El se debe de entender.

¡Triste de mí, que he de ser  
el blanco desas desgracias!

MARFISA. ¿Quien nació con tantas gracias,  
¿qué daño puede temer?

*(Sale SELANDIO.)*

SELANDIO. El Conde a llamar te envía,  
Marfisa.

MARFISA. Señora, adiós.

SELANDIO. ¿Quién dijera que este día  
nos diera un monte a los dos  
tal lugar, señora mía?

¿Quién dijera que me vieras  
en este traje villano,

y que tú, que entonces eras  
sol del mundo, rostro y mano,  
destos nublados cubrieras?

Estoy por llorar de verte,  
que ese traje al fin es luto,  
pronóstico de mi muerte,  
y este mío el triste fruto  
de las ansias de quererte.

¿Qué me miras admirada?  
Selandio soy, aquel preso  
de quien libre fuiste amada.

ALFREDA. Para nuestro mal suceso  
tomó amor la misma espada.

Con todo, me da consuelo  
en este bárbaro suelo  
verte, Selandio, conmigo.

SELANDIO. ¡Tratádome ha como amigo  
en esta desdicha el cielo!

Aquí este traje tomé  
desde que huyendo salí.  
¡Gracias a Dios que podré  
verte y servirte!

ALFREDA. ¡Ay de mí,  
que primero moriré.

¿Estaba mi padre fiero  
deste injusto caballero  
hechizado por ventura,  
que para tal desventura  
me trujo a rigor tan fiero?

¿Con qué loco pensamiento  
hizo tan secretamente  
este injusto casamiento?

SELANDIO. Porque pague el inocente  
del reo el atrevimiento.

Pero si no lo has sabido  
yo te diré la ocasión  
de haberte el Conde escondido.

ALFREDA. ¿Pues sabes tú la ocasión  
deste secreto y vestido?

SELANDIO. Pues hay tan poco lugar,  
oye, desdichada Alfreda,  
el engaño de tus dichas  
y la luz de tus sospechas.  
Loco de verte casada,  
que fué temeraria pena  
para un hombre que seis años  
adoró tu gentileza,  
el día de los conciertos  
entré a escuchar la sentencia,  
que me fué notificada  
de la boca de Florela,  
y dejándome en la sala,

cubierto de una antepuerta,  
vi entrar al Conde, tu esposo,  
de enlazar tus manos bellas.  
Venía el viejo Tisandro  
a que al concierto asistiera  
a acompañar su embajada,  
reprehendiendo su soberbia;  
las razones de los dos  
atentamente escuchélas,  
la sustancia de las cuales  
sin duda ninguna es ésta:  
que Godofre no venía  
sólo a cumplir con la deuda  
de la sangre de tu padre,  
a quien por su parte afrenta,  
sino que el rey Federico,  
a quien llegaron las nuevas  
de tu divina hermosura  
y incomparable belleza,  
por su mujer te pedía,  
y para que fueses reina  
de su imperio y de su alma,  
de tu fama heroica prueba.  
El concierto fué que viese  
si eras, Alfreda, tan bella  
como la opinión tenías  
por tantas extrañas tierras;  
y siéndolo se casase  
contigo, usando la fuerza  
de los poderes que trujo  
sin otras cartas y letras.  
Enamoróse de ti,  
y en el mismo instante piensa  
dar muerte al viejo Tisandro,  
cuyas canas ensangrienta,  
y estando, cual digo, oculto,  
el pecho hidalgo atraviesa,  
sólo porque le decía  
de su Rey la injusta ofensa.  
Valióse luego el traidor  
de la voz y estratagemas,  
con que sacando la espada  
tus caballeros afrenta.  
Entró el Duque, hallóme a mí,  
y sin descargo me llevan  
a aquella dura prisión  
de que salió mi inocencia;  
que si no fuera por ti  
yo perdiera la cabeza,  
como perdiste en la tuya  
la corona desta tierra.

ALFREDA. ¿Es posible que el traidor

tal maldad usó conmigo?

SELANDIO. Grande es, Alfreda, su error;  
mas no merece castigo  
si le disculpa el amor.

ALFREDA. Si esta prenda no tuviera,  
que Naturaleza ampara  
hasta en la más dura fiera,  
una venganza intentara  
que ilustre en el mundo fuera.

La gente viene por mí;  
pues quedas, Selandio, aquí,  
en partiéndose a la Corte  
hablaremos cuanto importe  
a mi remedio y a ti.

SELANDIO. ¡Ay, llegue, señora, el día  
de tu venganza y la mía.

ALFREDA. Oye, que se me olvidaba,  
con el temor que me daba  
pensar que alguno venía:

*(Dale un lienzo.)*

toma ese lienzo, y, secreto,  
el dueño dese retrato  
saber procura.

SELANDIO. ¿A qué efeto?

ALFREDA. Haz aquesto con recato,  
que decirlo te prometo.

*(Vase ALFREDA.)*

SELANDIO. ¿Quién sois, dichosa figura,  
que saber quién sois procura  
quien abrasándome está?  
Aquí dice: —Soy de Alfreda.  
Si sois, ¿qué mayor ventura?  
¿Quién puede ser? ¡Ay de mí!  
Pero gente viene aquí:  
entrad, retrato, en mi pecho,  
aunque abrasaros sospecho,  
si no me abrasáis a mí.

*(Vase, y sale el REY, LISANDRA, CLEONARDO  
y FLORISEO.)*

REY. Mucho se ofende mi amor  
de que estéis desconfiada,  
porque negáis ser amada  
cuando confesáis temor.

Yo no tengo voluntad  
sin la vuestra en cosa alguna:  
persígame la fortuna  
si vos no sois mi verdad.

¿Por qué me escondéis los ojos?  
¿Qué tenéis? ¿Por qué no habláis?

LISANDRA. Porque vos me los quebráis  
con darme celos y enojos.

Carta; el Conde ya venido  
y casado con Alfreda,  
y que verla yo no pueda,  
decid, ¿qué agravio no ha sido?

Alfreda os escribirá,  
que aún la debéis de querer,  
porque os dará su mujer  
también quien su dama os da.

Veamos qué os escribió.

REY. Dice que a la Corte viene.  
¡Hola!

CLEONARDO. Señor.

REY. Celos tiene  
de lo que los tengo yo.

Por ver la letra del Conde  
finge los celos de Alfreda.

CLEONARDO. No hay de que tenerlos pueda,  
y que la traiga responde.

REY. Basta, que das en celosa  
cuando del Conde lo estás.

LISANDRA. Hermosas disculpas das  
si fuera tu Alfreda hermosa.

Venga a la Corte, no importa:  
necia soy en tener celos  
de quien espanta a los cielos  
y al sol esconde y reporta.

Gócela por muchos años  
Vuestra Alteza, que es muy linda.

REY. ¿A quién no habrá que no rinda  
con estos dulces engaños?—

Que sea razón o no,  
la carta quiero leerle.

LISANDRA. ¿Cómo dice?

REY. Desta suerte.

LISANDRA. Di verdad, que miro yo.

REY. Carga sobre el hombro mío,  
Lisandra, ese dulce peso.

LISANDRA. Ya miro.

REY. Y yo pierdo el seso  
de ver tu donaire y brío.

*“Por no hacerte disgusto me ausenté, por  
asegurarte me casé, por no dar pena a Lisandra  
no truje a Alfreda conmigo, ni osaré entrar  
en la Corte sin tu licencia.*

*”EL CONDE GODOFRE.”*

LISANDRA. ¿No era más que esto?

REY. No es más.

LISANDRA. ¿Qué piensas que quiere hacer?  
Traer aquí su mujer



si tú licencia le das.

REY. ¿Quieres tú que venga aquí?

LISANDRA. ¿Yo? Como fuere tu gusto.  
que venga Godofre es justo,  
pues se destierra por mí.

REY. Pues también será razón  
que venga con él Alfreda,  
que no es bien que vivir pueda  
dividido el corazón.

LISANDRA. ¿Quién duda que Vuestra Alteza,  
que es deseoso de ver,  
querrá ver esta mujer,  
borrón de Naturaleza?

REY. ¿Quién también podrá dudar  
que querrá tu señoría  
ver al Conde, que solía  
con tanto gusto gozar?

LISANDRA. Vuestra Alteza trate bien  
una mujer que ha gozado.

REY. Sospecho que se ha enojado.—

FLORELO. Y tiene razón también.—

LISANDRA. Ya, pues Vuestra Alteza tiene  
una tan bella mujer,  
no seré yo menester,  
si lo he sido, y mientras viene  
quede Vuestra Alteza adiós.

REY. ¿Tantas altezas agora  
para bajarme, señora,  
hasta apartarme de vos?

Ea, no haya más; volved,  
volved esos ojos bellos.

LISANDRA. ¿Para qué es hablar con ellos  
de señoría y merced?

Yo soy yo, y tal como soy,  
no ha de entrar Alfreda aquí,  
ni aun el Conde.

REY. El Conde, sí;  
al Conde licencia doy.

¡Hola! El Secretario escriba  
que el Conde no traiga a Alfreda.

LISANDRA. ¿Agora qué habrá que pueda  
que no te dé tu cautiva?

Ven, y delante de mí  
esa carta firmarás.

REY. ¿Quieres más?

LISANDRA. No quiero más.

REY. ¿Soy tu amigo?

LISANDRA. Mi bien, sí.

REY. Contadme con los perdidos.

CLEONARD. ¡Que de una mujer tan fea  
con tantos celos se vea?

FLOREISO. Sospecho que son fingidos.

## ACTO TERCERO

DE LA HERMOSA ALFREDA.

(Sale SELANDIO solo.)

SELANDIO.

¿Qué esperan mis engaños,  
a la esperanza asida  
la fe de amor, en tal difícil caso,  
al cabo de seis años  
de miserable vida  
que en servicio de Alfreda sufro y paso?  
Si el fuego en que me abraso  
tiene por alimento  
su clara hermosa vista,  
que aguarda que resista  
las fuerzas de mi duro pensamiento,  
el tiempo, ¿qué no basta  
contra mi amor, aunque los montes gasta?

Fué en mi naturaleza  
lo que agora costumbre:  
por uso quiero, ya de engaños lleno;  
Ya de amor la aspereza  
no me da pesadumbre;  
ya vivo por costumbre con veneno,  
cuanto me daña es bueno,  
cuanto me alegra es triste;  
Alfreda me entretiene,  
El Conde se va y viene  
a la Corte del Rey, adonde asiste,  
dando a entender que Alfreda  
no hay monstruo fiero que igualarla pueda.

Dice que la aborrece;  
mas, como otras casadas,  
cada año rinde al casamiento el fruto,  
que es tierra que agradece  
las manos trabajadas  
del labrador a quien ofrece el fruto.

¿Que Marco Antonio o Bruto  
de amor fueron pagados  
con más amable indicio?  
¿Cuál amoroso oficio  
pueden hacer los pájaros casados,  
como cubrir el nido  
de tierno polvo en el abril florido?

Está de hijos cercada,  
en el regazo y pecho  
colgando como en pámpano racimos,  
y muy desesperada  
se queja sin provecho,  
aquellos que sus lástimas oímos.  
¡Cuán diversos vivimos

Alfreda y yo cuitado:  
 ella fingiendo olvido  
 y amando a su marido,  
 y yo siempre queriéndola olvidado,  
 pues que viva o que muera  
 ningún remedio mi esperanza espera!  
 ¡Casos de amor extraños!  
 ¡Que un noble caballero  
 perdido viva, sin remedio amando!  
 Volando van los años,  
 y yo como el primero,  
 sin tener que esperar, muero esperando.  
 ¿Cuándo, desdichas, cuándo  
 me llamará la muerte  
 para acabar la vida  
 más triste y abatida  
 que a su tormento condenó la suerte?  
 ¡Mas nunca, vidas tristes,  
 si fuistes cortas enojosas fuistes!

(Sale ALFREDA con una carta, y DORISTO.)

ALFREDA. El Conde, en efeto, escribe  
 que no ha de venir tan presto.  
 ¿Con tanto deseuido vive?

DORISTO. En tal privanza está puesto  
 que no hay amor que le prive.

ALFREDA. No creo que es la privanza,  
 sino que la Corte aleanza  
 de cuenta al más recogido.

DORISTO. Nunca el Conde te ha querido  
 con esa desconfianza;  
 que ha dado el Rey en cazar  
 y es fuerza que ande con él.

ALFREDA. ¿Dónde pudo el Conde hallar  
 mujer más noble y fiel  
 para parir y criar?

Que desto sólo he servido  
 desde que fué mi marido.  
 Pues mi padre mal lo lleva,  
 porque ya ha tenido nueva  
 de mi desdicha y vestido.

Y yo sé que al Conde escribe  
 que quiere venir por mí.

DORISTO. Muy justo enojo recibe,  
 que aunque adora el Conde en ti,  
 muy a lo bárbaro vive.

Los que sabemos tu vida,  
 triste, estrecha y abatida  
 en la cárcel de una aldea,  
 no sabemos cómo sea  
 tu humildad encarecida.

Si un amante tan celoso

merece alguna memoria  
 de algún poeta famoso,  
 bien puede haer de tu historia,  
 Alfreda, un libro curioso.

¡Que un hombre ya con seis años  
 que una hermosura posea  
 no quiera, con mil engaños,  
 que hombre nacido la vea,  
 temeroso de sus daños!

¿A quién que el suceso oyera  
 admiración no le fuera?

ALFREDA. Algún astrólogo ereo  
 le ha dicho algún mal deseo,  
 que de mi lealtad espera.

Pues créame el Conde a mí,  
 que más que él noble nació,  
 y miraré lo que importe  
 a mi honor, tanto en la Corte  
 y mucho más que no aquí.

Que a veces entre el ganado  
 anda el lobo disfrazado  
 con las pieles de cordero.

DORISTO. Tu amor y honor verdadero  
 es de Godofre estimado.

Escríbele, y partiréme  
 por que pueda hallarle allí,  
 que ir a caza el Conde teme.

ALFREDA. Dile que el papel rompí.

DORISTO. ¿Por qué razón?

ALFREDA. Enojéme.

DORISTO. ¡Señora!

ALFREDA. Pártete luego.

DORISTO. Yo voy.

(Vase DORISTO.)

SELANDIO. Y yo aguardo agora  
 que vuelvas la vista a un ciego.

ALFREDA. ¡Siempre a mal tiempo!

SELANDIO. ¡Señora,  
 siempre aborrecido llevo.

ALFREDA. ¿Qué quieres, aborrecido?  
 Que harto más dichoso has sido  
 que yo, pues vivo forzada  
 adonde aborrezco amada  
 con la lealtad de marido.

Que si como tú pudiera  
 irme libremente dél,  
 en su poder no viviera.

SELANDIO. Nunca te vi tan cruel,  
 nunca te he visto tan fiera,  
 nunca partir me has mandado.

ALFREDA. ¿Pues qué te tiene engañado,

necio, si sabes quien soy?

SELANDIO. La esperanza que hasta hoy me ha perdido y sustentado.

Como el sentenciado he sido, que, en efeto, me ha traído hasta el palo en que me veo.

¿Pero qué nuevo deseo a matarme te ha movido?

ALFREDA. Estoy del Conde celosa.

SELANDIO. ¿No dices que le aborrees y que es tu vida forzosa?

ALFREDA. Selandio, para otras veces quiero decirte una cosa:

No puede dejar de ser, aunque sea aborrecido, enojoso a la mujer que se descuide el marido ni que deje de querer.

Vete con Dios, que ya viene mi padre por mí, y aquí conocer, Selandio, tiene que has estado aquí por mí, cosa que no me conviene.

SELANDIO. Pues si me voy desta suerte testamento quiero hacer la víspera de mi muerte, por volver a tu poder las prendas de esclavo; advierte:

Esta einta, estos cabellos me dió Florela en tu nombre, para que adorase en ellos, aunque espante a ver a un hombre colgado seis años dellos.

Este papel respondiste a quien te hablaba por mi, que como a mujer pudiste; y recién venida aquí este retrato me diste.

No te le quise volver ni decirte de quien era cuando lo pude saber; mas ya es bien que antes que muera te dé su nombre a entender.

Del rey Federico es, que rindiéndose a tus pies, aquí dice soy de Alfreda. Quiero ver lo que me queda para no volver después.

Ansí, este pellico pobre que por tu causa tomé quiero que su dueño cobre, que para morir bien sé

que no hay cosa que no sobre.

Vesme aquí, Alfreda, desnudo: esto es lo que un hombre pudo medrar de amor de seis años, pues voy desnudo de engaños huélgome que no voy mudo.

Y pues ya nadie me veda, ni aun tú, que no me conoces, que hable y diga cuanto pueda por el monte daré voces: ¡Muerto soy! ¡Alfreda! ¡Alfreda!

(Vase.)

ALFREDA. ¿Hay semejante locura? ¡Ah, Selandio; eseucha, advierte! Aunque envidio tu ventura si vas a darte la muerte, que hasta allí el tormento dura.

De la inclemencia del cielo sólo este triste consuelo aleanza la vida humana.

(Sale MARFISA.)

MARFISA. ¿Qué lleva, hermosa Diana, por ese monte Riselo?

ALFREDA. Aquí agora me ha eontado que por descuido comió cierta hierba deste prado, de que este furor le dió con que va corriendo airado.

No sé qué habemos de haeer.

(Sale GODOFRE de casa.)

GODOFRE. ¡Diana!

ALFREDA. ¿Quién es?

GODOFRE. El Conde.

ALFREDA. ¿En fin me veniste a ver?

GODOFRE. Aquí, señora, te eseonde.

ALFREDA. ¿Pues de qué me he de esconder?

GODOFRE. El Rey y Lisandra han sido cazando tan porfiados, que hasta este monte han venido, dejando atrás los criados, que seguirlos no han podido.

¡Ya llegan: húyete presto!

ALFREDA. Antes lo yerras así, si tienen noticia desto; mejor es que me halle aquí en hábito descompuesto.

Dí que ésta soy su hermana.

GODOFRE. Escóndete, mi Diana, que viniendo el sol no es bien que aquí sus rayos te den.



ALFREDA. ¿Pues qué es más hoy que mañana?

GODOFRE. ¡Vete, digo!

ALFREDA. No hayas miedo,  
que yo sé muy bien que puedo  
con mi habla y mi vestido  
tener un mundo escondido.

GODOFRE. ¡Entra, digo!

ALFREDA. Estése quedo.

GODOFRE. ¿Pues quieres matarme?

ALFREDA. Sí.

(*Salen de caza el REY FEDERICO, LISANDRA, y CLEONARDO, y FLORISEO.*)

CLEONARD. Esta es la casa del Conde.

REY. Pues entra a ver si está aquí.

ALFREDA. A ti te llaman, responde.

GODOFRE. ¿Cómo puedo? Estoy sin mí.

Pero no tendrá memoria  
el Rey de Alfreda. ¡Oh, señor!

¿A una choza tanta gloria?

¿Tanta honra a un labrador?

¿A un rendido tal vitoria?

¿En mi casa un Rey tan grande?

No entréis más, que no cabréis.

ALFREDA. Dejalde que entre y que ande;

¡bueno es que al Rey le estorbéis  
que donde quisiere mande!

LISANDRA. ¿Quién son estas labradoras?

GODOFRE. Hijas son de mi casero.

ALFREDA. Somos dos pobres pastoras.

LISANDRA. Darles dos abrazos quiero,  
que crecen ser señoras.

ALFREDA. ¿Es la reina su mercé?

Que si lo es bajaré  
hasta el suelo la rodilla.

REY. ¡Bello rostro!

CLEONARD. ¡A maravilla!—

LISANDRA. No soy la reina.

ALFREDA. ¿Pues qué?

LISANDRA. Del Rey soy algo parienta.

ALFREDA. Sin duda es en sexto grado,  
según que lo representa.—

REY. ¡Qué lindo talle!

CLEONARD. ¡Extremado!

GODOFRE. ¡Oh Alfreda, en mi mal contenta!

Celoso estoy y afligido.

REY. ¡No he visto cosa más bella

desde que tuve sentido!

CLEONARD. En fin, ¿te huelgas de vella?

REY. ¡Qué gran donaire!

CLEONARD. ¡Escogido!

REY. Si Lisandra no estuviera

adonde hablarla me viera,  
un rato, por Dios, me holgara  
de hablarla. ¡Qué hermosa cara!

CLEONARD. ¿Y Lisandra?

REY. ¡Es una fiera!

Como que nace de ti,  
que entre y que descanse di;  
y al Conde lleva también.

LISANDRA. ¿Al Rey le parece bien  
la labradora?

GODOFRE. Es así.

Mas no tengas celos della,  
que es tan noble cuanto bella,  
tan dura como aldeana.

LISANDRA. ¿Cómo es tu nombre?

ALFREDA. Diana.

GODOFRE. No se ve más luz en ella.

LISANDRA. ¿Es cosa tuya?

GODOFRE. Bien puedes  
ir segura descansar.

CLEONARD. Aquí quiere el Rey que quedes.

FLORISEO. Bien puedes, señora, entrar,  
que ya de lo justo excedes.

REY. Si, mi bien, que todo el día  
de caminar no cesáis.

LISANDRA. Hacedme vos compañía.

REY. Luego voy.

LISANDRA. ¿A qué os quedáis?

REY. A hablar al Conde, alma mía.

LISANDRA. Entre el Conde acá también.

REY. Hacéis al Conde favor,  
como le quisisteis bien.

LISANDRA. ¡Mal haya quien tiene amor  
a persona grave, amén.

(*Váyase LISANDRA.*)

CLEONARD. Enojada va.

REY. ¿Qué importa?

Que es mujer muy atrevida  
y en hablar no se reporta.

FLORISEO. Celos es daga buyda,  
que por cuatro partes corta.

REY. Pues, Conde, ¿qué es la tristeza?

GODOFRE. No ser esta fortaleza  
el grande alcázar de Nino,  
para que fuera más dino  
de aposentar a tu Alteza.

REY. Ya, Conde, he visto yo en él  
palacios, torres y muros,  
y un ángel en guarda dél  
para que vivan seguros,  
aunque no de amor cruel.

Ya he visto un raro modelo  
del artífice del cielo,  
y aquí a Vitrubio corrido,  
y que a sus pies se ha rendido  
la arquitectura del suelo.

Protógenes sus pinceles  
rinde aquí, y el mismo Apeles,  
que a sus tablas la anticipo;  
los mármoles de Lisipo,  
láminas, bronce y papeles.

Aquí he visto arcos sutiles,  
jardines, huertos, pensiles,  
capitolios, templos, aras,  
solas para fénix raras,  
que no sacrificios viles.

¿Quién es esta labradora?

GODOFRE. Llégate, señor, aquí,  
y escúchame un rato agora.

(Hablen al oído.)

ALFREDA. ¿Que es éste el Rey que perdí  
y yo la Alfreda que adora?

¿Qué gallardo, qué galán,  
qué talle de un capitán  
de los que celebra Roma!  
Marfisa, este rostro toma;  
Mira los que hablando están.

¿A cuál dellos se parece?

MARFISA. Al Rey se parece un poco.

REY. ¿Que esto este monte merece?  
¿Conde, yo me vuelvo loco!

GODOFRE. Justa ocasión se te ofrece.  
Señor, Lisandra es muy bella,  
y ésta una pobre mujer:  
dejad de pensar en ella.

REY. ¡Ay, Conde, no puede ser!

GODOFRE. ¿Cómo?

REY. ¡Muérome por ella!

GODOFRE. ¿Qué piensas hacer así?

REY. Gozarla.

GODOFRE. ¿Pues cómo aquí?  
Que Lisandra lo sabrá.

REY. ¿Pues a mí qué se me da  
de Lisandra ni de ti?

Conde, el que es huésped honrado,  
al huésped que ha recibido  
y en su casa aposentado  
lo que bien le ha parecido  
está a ofrecerle obligado.  
Conde, mis (1) doradas copas,

fuentes, tablas, sedas, ropas,  
te pide el Rey tu señor  
sino este ángel labrador,  
más rico que mil Europas.

GODOFRE. Su padre me ha confiado  
su honra, y en ley de noble  
quedo a guardarla obligado.

REY. ¿Ley guardas, Godofre, a un noble,  
y no a tu Rey? ¡Buen criado!

¿No es honra tuya y del viejo  
darme tu ayuda y consejo,  
y el viejo su sangre pobre?

GODOFRE. La honra, en plata o en cobre,  
se mira en un mismo espejo.

REY. ¿Sofisterías conmigo?

¿Héme de enojar, Godofre?

GODOFRE. Que es noble el viejo, te digo.

REY. Tendrá su carta en el cofre,  
sus armas en el postigo.

Tú le habrás hecho hijodalgo.

GODOFRE. De buen abuelo 'deciente.

REY. A su honra, Conde, salgo;  
y si esto acaso le ofende  
de lo que puedo me valgo:  
haréle conde o marqués.

GODOFRE. Aunque mil reinos le des  
ha de quedar deshonorado.

REY. No ha de quedar sino honrado,  
aunque le ponga a mis pies.

Y vos sois, Conde, un gran necio.

¡Salid al punto de aquí!

GODOFRE. ¡Señor!

REY. ¿Qué gentil desprecio!  
¡Vete luego!

GODOFRE. ¿Cómo? ¿A mí?

REY. ¿Conmigo hay honra ni precio?

Armas, cartas y nobleza,  
¿qué son todas para un Rey  
que ennoblece la bajeza,  
y que con ley o sin ley  
te cortará la cabeza?

Vete, pues.

GODOFRE. Ya voy.

REY. ¡Pues vete!

GODOFRE. ¡Oh, Alfreda: mujer al fin!

(Vase GODOFRE.)

REY. No entres más en mi retrete,  
¡mal nacido, ingrato, ruin!  
gozaréla y mataréte.

¡Dulcísima labradora,  
dadme esos brazos agora!

(1) Así en el original; pero parece que deberá decir: "Conde, ni doradas copas", etc.

ALFREDA. ¡Hágase allá!

REY. ¡Qué hermosura!

(Sale LISANDRA.)

ALFREDA. ¿No ve que allí me la jura?

REY. ¿A ti?

ALFREDA. Sí.

REY. ¿Quién?

ALFREDA. La señora.

REY. ¡Demonios! ¿Qué me queréis?  
¡Ah, Cleonardo! ¡Ah, gente! ¡Ah,  
[guarda!

LISANDRA. ¡Ah, mi bien, no os enojéis;  
que a todos nos acobarda  
el ver que enojo tenéis!

Si bien os ha parecido  
esa labradora hermosa,  
a servirla he yo venido.

REY. Ni aun servirla será cosa  
en que yo seré servido.

¡Sálganse todos allá!  
¿No es doncella esta mujer  
y yo mozo?

LISANDRA. Si es que ya  
no puede dejar de ser:  
paso, señor, bien está.

REY. Lisandra, acorta razones  
y salte de aquí.

LISANDRA. Ya voy.

(Vase LISANDRA y vuelve.)

REY. Rey soy.

LISANDRA. Si en eso te pones,  
bien me pagas con Rey soy  
seis años de obligaciones.

REY. ¡Noramala o norabuena,  
no quede ninguno aquí!

LISANDRA. Ya me voy, no toméis pena,  
y iréme a la Corte así  
a darle la norabuena.

REY. ¿No hay quien eche esta mujer  
desta casa?

CLEONARD. ¡Si está loco!

LISANDRA. Hechizos deben de ser.

CLEONARD. No es el de aquel rostro poco.

LISANDRA. ¿Cómo?

CLEONARD. Basta a enloquecer.

(Váyanse.)

REY. Labradora de mis ojos,  
que así un Rey has descompuesto,  
quítame aquestos enojos.

ALFREDA. Téngase, que aún es muy presto.

REY. Más presto fuí tus despojos.

Dame esa mano, Diana,  
que has eclipsado mi sol  
con esa luz sobcrana.

ALFREDA. Sois en cólcra español,  
que nunca aguardan mañana.

Esperad, no os antuviéis.  
¿Has visto tú tal, Marfisa?

MARFISA. ¡Eh, Dios, qué prisa traéis?

REY. Dame el amor mucha prisa.

MARFISA. ¿Amor con prisa tenéis?

REY. ¿No lo veis en mis razones?

MARFISA. Sosiéguese, Rey hermano.

REY. Danme prisa mis pasiones.

MARFISA. Es el amor de verano  
y habrá comido melones.

REY. Qué, ¿no veis las llamaradas  
deste fuego con que muero?

ALFREDA. Las carnes tienc tostadas.

MARFISA. Vaya su mercé al herrero  
que le eche cuatro hisopadas.

REY. Ea, no os burléis de mí.  
Dame esa mano.

ALFREDA. La mano  
aun no es mucho, véisla ahí.

(Sale GODOFRE.)

GODOFRE. ¡Oh, dura Alfreda! ¡Oh, tirano;  
por mi mal veniste aquí!

REY. ¿Quién habla?

GODOFRE. Yo.

REY. Pues ¿qué es esto?

GODOFRE. Vengo a decirte dispuesto...

REY. ¿Cómo te atreviste a entrar?

GODOFRE. Señor, véngote a avisar.

REY. ¿De qué?

GODOFRE. Escucha.

REY. Dilo presto.

GODOFRE. Mira que no es labradora  
esta mujer.

REY. ¿Pues quién es?

GODOFRE. Mi mujer.

REY. Pues cómo, ¿agora  
me engañas así?

GODOFRE. A tus pies  
estoy: dilo tú, señora.

ALFREDA. Sin duda soy su mujer.

REY. ¿Eso cómo puede ser?

GODOFRE. Sabe, señor, que es Alfreda.

REY. ¿Dónde hallaré con que pueda  
tu maldad encarecer?



¡Jesús mil veces, traidor!,  
¿no llevaste el poder mío?

GODOFRE. Engañóme el ciego amor,  
que fué de mi desvarío  
causa, cómplice y autor.

REY. ¿Pues dónde hallarás disculpa?

GODOFRE. Tu amor mismo me disculpa  
si me quitas mi mujer,  
que a quien tuya pudo ser,  
no siéndolo, no fué culpa.

REY. ¡Traidor, tú me has ofendido;  
la triste Alfreda engañado  
quitándole un Rey marido,  
y a Dalmaeia le has quitado  
esos hijos que has tenido!

No sé yo con qué Sinón,  
qué Oífos, qué Magancés  
se compare tu traición.  
¡Alza, infame, de mis pies,  
que ya tan piadosos son!

No esté yo en casa que fué  
de tal traidor. Vos, mi Alfreda,  
pagadme mi antigua fe,  
mientras quien puede coneeda  
que con vos casado esté.

Reina seréis a pesar  
deste traidor, y del suelo  
si lo viniere a estorbar.

ALFREDA. Este es castigo que el cielo  
hoy quiere a Godofre dar.

Y porque veáis, señor,  
cuánto estimo mi valor  
y vengarme deste injusto,  
con vos iré por mi gusto,  
aunque es notable rigor.

Cuanto tengo dejaré,  
como mujer engañada,  
y nadie diga que erré,  
que con vos estoy casada  
si por vos y con vos fué.

Distes vuestra voluntad  
con vuestra firma y poder,  
y así viene a ser verdad  
que Alfreda es vuestra mujer  
y lo contrario maldad.

Esta mano os doy agora.

REY. ¡Hola! Apercebid caballos.

GODOFRE. ¡Mujer, Alfreda, señora!  
¡Rey, gente, deudos, vasallos!

ALFREDA. Vierte su sangre traidora.

REY. ¿Morirá?

ALFREDA. No, que es tu afrenta.

Yo voy contigo contenta.  
Ven, Marfisa.

MARFISA. ¡Pardiez, vamos,  
que mejor dueño llevamos!

(*Vanse, y queda GODOFRE.*)

GODOFRE. ¡Ah, vil corazón, revienta!  
¡Ah, temeraria mujer!  
¡Ah, Rey tirano, enemigo,  
en lo que fué por hacer  
te ofendí; mas tu castigo  
en lo hecho viene a ser!

Perdí a Alfreda, de quien tengo  
dos hijos y dos mil celos  
que como áspides sostengo;  
mas perdí mi honor. ¡Ah, cielos!,  
¿cómo no me muero o vengo?

¡Triste!, ¿qué tengo de haer  
después de venir a ver  
por todo tan mal suceso?  
Porque ya, si no es el seso,  
no me queda qué perder.

¡Pues vaya todo tras todo,  
porque si no ha de haber modo  
de poderlo remediar,  
con todo es bien acabar,  
hoy que a morir me aeomodo!

Vaya primero el vestido,  
que es el indicio primero  
de quien no tiene sentido,  
pues ya eternamente espero  
que he de cobrar lo perdido.

Yo por loco me confieso  
con declarado furor:  
y no será mueho exeeso,  
que quien está sin honor  
mejor estará sin seso.

Y pues no hay loco que pueda,  
cuando rematado queda,  
pasar sin tema, sea el mío  
razón de mi desvarío  
y dieiendo: ¡Hermosa Alfreda!

(*Salen PELORO y LISANDRA.*)

PELORO. El Rey, su gente y Diana  
digo que se parten juntos.

LISANDRA. Ya mi desventura es llana,  
y que me aguarda por puntos  
la dura muerte inhumana.

No menos que un Rey perdí,  
Rey que nunea se easó  
desde que me vió y le vi,

aunque el reino le rogó,  
a quien despreció por mí.

Notable fué la hermosura  
desta mujer que tan presto  
causó tanta desventura.

**GODOFRE.** ¿Quién osa entrar descompuesto  
en esta tiniebla oscura?

¿Quién es aquel inorante  
que se me pone delante?  
¿Queréis que la muerte os dé?

**LISANDRA.** ¿No es este el Conde?

**PELORO.** El que fué  
a ese Conde semejante.

De pena el seso ha perdido  
de que el Rey le haya llevado  
mujer que tanto ha querido.

**GODOFRE.** Soy el Conde desdichado  
que fué de Alfreda marido.

Soy quien al Rey la quité  
y con ella me casé,  
y por eso me la lleva.

**LISANDRA.** ¿Que aquélla es Alfreda? ¡Oh nue-  
que siempre temí y lloré! [va

Pues ¿cómo que la tenía  
en figura de villana,  
por lo que al Rey ofendía?

**PELORO.** Con el nombre de Diana  
la tuvo en su compañía.

Nadie hasta agora ha sabido  
que era el Conde su marido  
Ni que aquesta fuese Alfreda.

**GODOFRE.** Si algún remedio me queda  
ése que me déis os pido.

¡Doleos, doleos de mí!

**LISANDRA.** ¡Ay, Conde, que sólo en verte  
estoy por volverme así.

**GODOFRE.** ¿A qué tardas, dura muerte,  
si esperó remedio en ti?

(Salen DORISTO y TIBERIO.)

**DORISTO.** ¿Con el Rey dices Alfreda,  
y el Conde loco y celoso?

**GODOFRE.** ¿Quién habla en esta arboleda?

**TIBERIO.** ¡Oh caso el más lastimoso  
que al mundo contarse pueda!

Señor, ¿pues cómo en ti cabe,  
siendo persona tan grave,  
tan poco valor como éste?

**GODOFRE.** ¿Pues nó es justo que me cueste  
cuanto el alma puede y sabe?

¡Desventurado de mí!

Si sabéis lo que perdí,

¿qué culpa me podéis dar?  
¡Fuera digo, que he de andar  
hasta que me mate así!

**PELORO.** ¡Ah, señor!

**GODOFRE.** ¡Guárdate, viejo!

**LISANDRA.** ¡Ah, Conde, Lisandra soy!

**GODOFRE.** ¡Oh hermosa Alfreda, oh mi espejo!  
Pues sin ti y sin honra estoy,  
¿por qué de matarme dejo?

¡Otra vez os digo afuera,  
que voy a matarme digo!

**TIBERIO.** Tente, señor; oye, espera.

**GODOFRE.** ¿Qué quieres, Tiberio amigo?  
¿Cómo me estorbas que muera?

**TIBERIO.** ¿Qué te falta?

**GODOFRE.** Alfreda hermosa.

**TIBERIO.** Hazme placer y reposa  
mientras que te traigo a Alfreda.

**GODOFRE.** ¿Dejóla el Rey?

**TIBERIO.** Aquí queda,  
al pie desta selva umbrosa.

**GODOFRE.** Pues, amigo, tráela acá,  
y dile que el Conde está  
llorando el alma por ella.

**TIBERIO.** Ya voy.

**GODOFRE.** ¡Oh mi Alfreda bella!

¿Si de mí te dueles ya?

**LISANDRA.** Sosiega un poco, señor.

**GODOFRE.** Vete, Lisandra, de aquí,  
que aumentas más mi dolor,  
porque te vengas de mí,  
que eres mujer en rigor.

**PELORO.** Vente, señora, conmigo.

**LISANDRA.** Estás, Godofre, engañado,  
que en el general castigo  
es el enemigo amado  
como el verdadero amigo.

Y porque entiendas que siento  
del Rey la pérdida grande  
con igual pena y tormento,  
mi espíritu quiero que ande  
con mi esperanza en el viento.

Todo es acabado ya;

todo amenazando está

triste, universal ruína!

Adonde Alfreda camina

allí mi espíritu va.

Seguiréle como loca,

que de tus celos y rabia

no menos parte me toca.

Salga la voz que me agravia

desde el alma hasta la boca,

y desde la boca al viento,  
y desde el viento a la esfera  
del más furioso elemento.  
¡Afuera, sentido, afuera,  
que es grande mal el que siento!

Ya como fénix aplico,  
con alas, plumas y pico,  
el fuego en que ardiendo estoy:  
a darme la muerte voy.  
¡Federico, Federico!

(Vase LISANDRA.)

DORISTO. Corre, Peloro, tras ella,  
no haga algún disparate.

PELORO. Procuraré defendella  
que no se despeñe o mate.

(Vase PELORO.)

GODOFRE. ¿No vienes, Alfreda bella?  
¿No vienes, señora mía?

DORISTO. ¡Sosiega, señor, por Dios!

GODOFRE. ¿Que pudo tu tiranía  
apartarnos a los dos  
de tan dulce compañía?  
¡Oh maldito cazador,  
que has derribado y perdido  
con tu codicia y furor  
las tórtolas de su nido,  
llenas de paz y de amor!  
¡Más puesto en razón estaba  
que allí la muerte me dieras!

(Sale TIBERIO con los dos niños GODOFRE  
y ALFREDA.)

TIBERIO. Estas dos prendas buscaba,  
Conde, porque en ellas vieras  
la Alfreda que te faltaba.

Tus dos hijos ves aquí:  
si no te dueles de ti  
duélete dellos, señor,  
para que del Rey traidor  
hagan venganza por ti.

GODOFRE.

¡Ay, prendas de mi vida,  
las lágrimas me ciegan sólo en veros,  
que ya de mi afligida  
tragedia sois los actos postrimeros!  
¡Ay, joyas despreciadas!  
¡Ay, dulces prendas por mi mal halladas!  
Hijos, ya estáis sin madre,  
no porque es muerta, aunque nos deja a todos:  
yo soy el triste padre

que olvida y que deshonra de mil modos.  
¡Hijos del alma mía,  
dulces y alegres cuando Dios quería,

llorad todos mi queja,  
pues nos deja sin honra y sin sentido,  
ya que Alfreda nos deja!  
Mas aunque seso y honra se ha perdido  
en este amargo día,  
juntas estáis en la memoria mía.

¡Habladme, ángeles bellos,  
dulces prendas del alma que os adora;  
dadme esos tiernos cuellos,  
sangre de Alfreda, bárbara y traidora,  
si no es que estáis trocadas  
y con ella en mi muerte conjuradas!

NIÑO.

¿Que se fué nuestra madre  
y que así nos dejó, padre querido?

GODOFRE.

Querido no; mas padre  
desdichado, ofendido, aborrecido,  
triste, furioso, incierto,  
corrido, solo, perseguido y muerto.

NIÑA.

Pues, padre, ¿qué le hicistes,  
que así os dejó mi madre rigurosa?

NIÑO.

A fe que la ofendistes.

GODOFRE.

Quererla fué no más, por verla hermosa.

NIÑO.

¿Hallóos con otra acaso?

GODOFRE.

En mi vida en su ofensa he dado un paso.

NIÑA.

¿Pues quién, padre, la lleva?

GODOFRE.

Un Rey tirano lleva a vuestra madre.

NIÑO.

Padre, no es cosa nueva.  
¿Queréis que vamos a matalle, padre?

GODOFRE.

A rogalle a lo menos  
que a los tres mire de agua y sangre llenos.  
Hijos, en cada brazo



quiero llevar el suyo, y presentarme  
con este estrecho lazo  
a que mande mataros y matarme.

NIÑO.

A mí, padre, al derecho,  
para que os pueda dar más fuerza al pecho;  
que ésta es hembra, en efeto,  
y se ha de parecer algo a su madre.

GODOFRE.

¡Oh consejo discreto!  
Seguidme, hijos.

NIÑO.

Vamos, señor padre.

GODOFRE.

Cual oso, llevo asidas  
las colmenas del alma divididas.

*(Llévelos en los brazos.)*

DORISTO.

¡Qué caso doloroso!  
¿Cómo es posible que sufrillo pueda  
un Rey, noble y piadoso,  
y Alfreda, que al fin es mujer Alfreda?

TIBERIO.

Recoge esos vestidos.

DORISTO.

Así pudiera Astolfo sus sentidos.

*(Vanse, y salen el REY, CLEONARDO y FLORISEO.)*

REY.

¿Que el Duque, padre de mi hermosa Alfreda,  
viene a mi Corte?

CLEONARDO.

Y a pedir justicia  
del Conde, que a su hija tuvo en poco,  
pues dicen que seis años la ha tenido  
en traje grosero, pobre y rústico  
en que la hallaste, y con estrecha vida.

REY.

Por cubrir la traición del casamiento  
eso y la muerte de Tisandro ha sido,  
que todo en el camino lo he sabido.  
Pero pues ya determinado tengo  
que Alfreda sea mi mujer y el Conde  
muera por el delito de la muerte,  
no vivirá con esa queja el Duque;  
y así es forzoso que a buscarle vayan,

porquc ni halagos, gustos, ni requiebros,  
promesas ni regalos, ni caricias,  
han acabado con la hermosa Alfreda  
que la pueda gozar hasta casarme;  
y apriétame de suerte este dcseo,  
que moriré si se detiene un día.  
Préndase al Conde, y muera el Conde luego.  
Y pues hoy ha de entrar Alfreda, quiero  
celebrar con solemne regocijo  
su entrada en mi ciudad: échense bandos  
para que el pueblo esté advertido, y junto  
adórncense las plazas y las calles  
de flores, de laureles, seda y luces.

CLEONARDO.

Si no fuera, señor, por ser forzoso  
que muera el Conde para hacer tus bodas,  
aunque es verdad que es digno de la muerte  
por la traición y muerte de Tisandro,  
su vida te pidiera, pues su sangre  
tus fiestas ha de hacer tristes y trágicas.

REY.

El Conde ha de morir: el Conde ha muerto  
un caballero de mi sangre y casa,  
Cleonardo; eso no tiene medio alguno.

FLORISEO.

La fuerza de casarte no permite  
que favorezca tu piedad al Conde.

REY.

Hablemos en las fiestas de mi 'Alfreda,  
que el Conde, amigos, no merece vida  
ni hay humano remedio para dársela;  
que cuanto a perdonarle, fuera cosa  
posible en quien yo soy; pero el casarme  
¿cómo lo puede ser si el Conde vive?

FLORISEO.

Gran aplauso de gente, grita y vulgo  
suenan en Palacio: ya sin duda viene.

REY.

¿Cómo es posible, hasta que tenga aviso?  
Mirad qué es eso.

*(Sale un PAJE.)*

PAJE.

No es, señor, la Reina,  
sino la multitud del pueblo junta,  
que sigue a un loco porque dice cosas  
notables contra el Conde.

REY.

¿Contra el Conde?

Metelde acá, sepamos lo que dice;  
vaya por él la guarda, el vulgo váyase.

PAJE.

Yo parto por el loco.

REY.

¡Caso extraño!

¡Triste del que privó cuando despriva!

FLORISEO.

Fingido será acaso el loco.

REY.

¿Cómo?

FLORISEO.

Enemigos del Conde lo habrán hecho.

REY.

Misterio tienen todas estas cosas.

CLEONARDO.

Guarda el cielo tu vida y de tu Alfreda,  
y lo demás o bien o mal suceda.

*(Sale SELANDIO con la guarda.)*

SELANDIO. A gran ventura he tenido  
verme, gran señor, aquí,  
que para volver en mí  
médico divino has sido.

Dame a besar esos pies.

REY. ¿Quién eres, en ese traje?

SELANDIO. Hombre en el alma y lenguaje;  
lo demás no sé quién es.

REY. ¿De dónde eres?

SELANDIO. Soy de Cleves.

REY. ¿Pues quien te trujo de allá?

SELANDIO. Amor.

REY. Disculpado está.

SELANDIO. Tiene las disculpas breves.

REY. ¿Qué eras allá?

SELANDIO. Caballero.

REY. ¿De alta sangre?

SELANDIO. Pretendí  
la hija del Duque allí.

REY. ¿Alfreda?

SELANDIO. Por esa muero.

Casó Godofre con ella,  
traidor a Alfreda y a ti;  
dió muerte a un hombre, y a mí  
me puso la culpa della.  
De la cárcel me libré;

en hábito labrador  
serví a Alfreda y al traidor,  
indino de tanta fe.

Cuando vi mis esperanzas  
de la ingrata reprehendidas,  
y que mi vida y mil vidas  
no alcanzarán lo que alcanzas,  
el hábito me quité

y della me despedí,  
y por los montes me fui  
y a los cielos me quejé.

Hasta ayer, que en el aldea  
adonde el Conde vivía,  
y donde al fin me traía  
la hambre indomable y fea,  
oí decir que, informado  
de que era Alfreda la bella  
y que Godofre con ella  
fué por engaño casado,

se la quitaste, y pretendes  
gozar con poca razón,  
no viendo que mi afición,  
sangre y calidad ofendes.

Y así, pues no hay a quien pida  
justicia para cobralla,  
porque no puedas gozalla  
te vengo a quitar la vida.

*(Saque una daga, y váyale a dar.)*

¡Muere, traidor!

REY. ¡Tente, tente!

CLEONARD. ¿Matarémosle?

REY. Dejalde.

SELANDIO. ¿Que has comprado tan de balde,  
traidor, a mi sangre inocente?

REY. ¿Matábasme como cuerdo  
o como loco?

SELANDIO. No sé;  
pero pues no te maté,  
seso, y vida, y honra pierdo.

REY. ¿Qué ofensa te hice yo?

SELANDIO. Gozar de Alfreda no más.

REY. Confiesa que loco estás  
y vivirás.

SELANDIO. ¡Eso no!

REY. Pues llevade a una prisión,  
y dalde lo necesario  
toda su vida.

SELANDIO. Al contrario,  
me diera menos prisión.

Más me holgara de morir.  
REY. Pues viva, para que pueda

saber que gozo de Alfreda.

SELANDIO. ¡Ay, desdichado vivir!

¡Oh duro tormento fuerte!

¡Mas consuélome, tirano,  
que al fin, o tarde o temprano,  
estoy sujeto a la muerte.

(*Liévenle.*)

REY. En deudas le estoy al cielo  
de dos vidas.

FLORISEO. ¡Gran rigor  
tiene de Alfreda el amor!

REY. Ella es perdición del suelo,  
ella es la misma Medusa,  
todos nos transforma en piedra.

CLEONARD. ¡Qué bien quien la sirve medra!

REY. Basta; su beldad la excusa.

Ella es monstruo de hermosura,  
ira y azote del cielo.

(*Salen FABRICIO, y un PAJE.*)

FABRICIO. ¿Si le podré hablar?

PAJE. Dirélo.—

Fabricio hablarte procura.

REY. ¿Qué hay, Fabricio?

FABRICIO. Vuestra Alteza  
reciba aqueste papel.

REY. ¿Es de Lisandra?

FABRICIO. Por él  
conocerás su tristeza.

REY. ¿Dónde está?

FABRICIO. En un monesterio.

REY. Pues bien, ¿qué quieres que lea?

Di que por mil años sea

su divino cautiverio;

y que yo la daré renta

para que con honra viva.

Que cuando quejas reciba

me dará de todas cuenta,

que agora estoy muy de bodas.

FLORISEO. Y tanto, que viene ya  
la Reina.

REY. ¿Tan cerca está?

Abrid esas puertas todas.

Entre Alfreda, entre por ellas  
la criatura más hermosa  
que pudo dejar gloriosa  
a la mano autora dellas.

Esto hablando a las criaturas  
que acá llamamos humanas,  
porque allá las soberanas  
son distintas hermosuras.

Entre la divina Alfreda,  
que ningún hombre la vió  
que el alma no le rindió:  
entre donde mande y pueda.

Entre el peligro del suelo,  
entren los rayos de amor,  
entre el milagro mayor  
que tiene en la tierra el cielo.

(*Sale ALFREDA con gran acompañamiento delante,  
vestida bizarramente, y con ella MARFISA.*)

ALFREDA. El recebimiento ha sido  
como cosa que ha gustado,  
mas pudo ser excusado  
mientras no eres mi marido.

Espantada estoy de ti,  
pues no siendo tu mujer  
me mandas más honra hacer  
que por quien soy merecí.

Pensé que entraba secreta  
mientras las bodas trazabas,  
cuando a tu Corte mandabas  
lo que tu Corte inquieta.

¿Agora sedas y luces?

¿Agora mil parabienes?

REY. Sin causa enojada vienes.

Si todo a amor lo reduces,

¿qué falta para que seas  
mi mujer?

ALFREDA. No es casi nada:  
estar, cual sabes, casada,  
aunque lo contrario creas.

Vivo el Conde, ¿cómo puede  
ser Alfreda tu mujer?

REY. Ya le habrán ido a prender,  
porque castigado quede,

que el Conde ha de ser oído  
y su delito probado.

ALFREDA. Pues mientras no estás casado,  
¿qué sirve tanto ruido?

REY. Cuando ser reina no pruebes,  
cosa que ya mereciste,  
mira, señora, que fuiste  
hija del Duque de Cleves.

Cuanto más que eres sin duda  
mi mujer, y lo has de ser.

(*La GUARDA deteniendo al CONDE, y sale desnudo con  
los hijos en los brazos; PELORO, DORISTO y TIBERIO.*)

GUARDA. ¿Qué limosna os han de hacer?  
¡Ved de qué embuste se ayuda!

Id, buen hombre, al limosnero.



GODOFRE. Déjame entrar

GUARDA. No podéis.

NIÑO. Dejalde entrar si queréis,  
que aunque es pobre es caballero.

REY. ¿Qué es eso?

GUARDA. Un pobre que pide  
limosna.

REY. Dejalde entrar.

GODOFRE. ¿Podré hablar?

REY. Comienza a hablar,  
que aquí ninguno te impide.

*(Ponga los NIÑOS en el suelo, y hínquese de rodillas.)*

FLORISEO. Desvíese Vuestra Alteza,  
no sea acaso otro loco.

GODOFRE. Oídme; escuchadme un poco.

REY. ¿Esto es locura o pobreza?

GODOFRE. Rey Federico, si acaso  
no soy de ti conocido,  
porque ya no es hombre a quien  
falta el natural juicio,  
al triste conde Godofre  
tienes a tus pies rendido,  
con las reliquias de Alfreda,  
que son aquestos dos niños.  
Confieso, invicto señor,  
tan piadoso como invicto,  
y en efeto Rey cristiano,  
que es el mayor apellido,  
que te engañé como alevé  
habiendo tu Alfreda visto,  
escondiendo el poder tuyo,  
que tú no esconder conmigo;  
y que casado con ella,  
cuando volví me previno  
amor de llamalla monstruo,  
con un retrato fingido.  
Viví en la Corte algún tiempo,  
usando, señor, contigo  
en darte a Lisandra entonces,  
lo que el hijo de Filipo.  
Al fin alcancé licencia,  
y por tu gusto y arbitrio  
truje a mis tierras a Alfreda,  
que fué todo mi delito,  
que la muerte de Tisandro  
es que, con falsos testigos,  
buscas contra mi inocencia  
para tu descargo indicios.  
Cuanto al amor, por quien fué  
el primero cometido,  
dígante, Rey, mis disculpas

divinos y humanos libros.  
Mira nuestro padre Adán;  
Mira un David, cuyo hijo  
se llama el Hijo de Dios,  
que a ser hombre amando vino;  
mira un sabio Salomón,  
y un fuerte Sansón vencido;  
un Holofernes valiente,  
y con Hércules a Nino.  
Pero ¿qué te doy ejemplos,  
pues está ya recibido  
que se perdonan mil yerros  
con decir amor los hizo?  
Y cuando no haya disculpa  
de haber al Rey ofendido,  
y matándome consienta  
este casamiento indino,  
o, y, inexorable Alfreda,  
monstruo por mi mal nacido,  
de los ojos de los hombres  
espantoso basilisco,  
Cava de mi honor y vida,  
Elena de mis sentidos,  
cocodrilo que lloraste  
al mísero peregrino:  
Godofre soy, dura Alfreda,  
que penetro con suspiros  
el cielo, tierra y infierno,  
y no tu pecho fingido.  
Por qué me dejas quisiera  
decirte, mas no lo digo,  
porque siendo mujer basta  
haberte, Alfreda, querido;  
pero dime: ¿cómo dejas  
tu sangre, tus propios hijos,  
que los duros animales  
guardan por cuevas y nidos?  
¿Cómo dejas estas prendas  
que con esos pechos mismos  
diste esa leche de tigre,  
de dragón indiano o libio?  
¿No son aquéstos pedazos  
de tu corazón esquivo?  
¿No son semejanza tuya,  
que has engendrado y parido?  
¿No estuvieron nueve meses  
en ese monte de olvido,  
en ese vientre de fiera  
de los campos Abarimos?  
Pues ¿qué es esto? ¿Cómo o dónde  
dejas hijos y marido  
por codicia de un imperio

y el nombre real altivo?  
Llorad, hijos, llorad juntos,  
llorad, ángeles, conmigo,  
que alto, tiple y contrabajo  
harán concierto divino.  
¡Mirad qué madre y mujer,  
que deja el padre y los hijos:  
los hijos a vivir pobres  
y el padre entrega al cuchillo!

(*Cáigase boca abajo el CONDE desmayado.*)

NIÑO. Madre, ¿es de piedra, por dicha?

¿No se duele de los tres?

NIÑA. Más que piedra y mármol es,  
pues calla a tanta desdicha.

NIÑO. Hable, madre, y no nos deje;  
que aunque mi padre habló  
largamente, no acertó  
por más que se duela y queje.

Y lo que había de hablar  
yo lo diré por los dos:  
¡Alfreda, mira que hay Dios,  
y la sabrá castigar!

ALFREDA.

¡Señor, no puedo más, no tengo fuerza  
para sufrir tan ásperos combates!  
¿Qué mármol puede haber que no se tuerza?  
Suplícote me dejes o me mates.

Si me tienes amor, amor te fuerza  
a que la injusta obligación desates  
y me vuelvas mis hijos y marido,  
que esto, por Dios, con lágrimas te pido.

Si las miras en todos los presentes,  
verás, señor, que en mí no son injustas.  
Desta venganza es bien que te contentes,  
que las piadosas para Dios son justas.  
Dale al Conde perdón, si el llanto sientes,  
que enternece las piedras más robustas.  
Con él y con mis hijos vivir quiero,  
que no soy piedra yo, mármol ni acero.

REY.

Alfreda, ya es tan justo lo que pides,  
que cuanto más te quiero más me agrada:  
la ejecución de mi justicia impides,  
mi amor detienes y desnuda espada.  
Hágase lo que pides, pues lo mides  
con la razón más justa, leal y honrada:  
vuelve a Godofre, que mil años goces,  
pues ofendida la razón conoces.

ALFREDA.

Beso tus pies mil veces.

REY.

Habla al Conde.

ALFREDA.

¡Ah, mi Godofre! ¡Ah, Conde! ¡Ah, señor mío!  
Ya te perdona el Rey, el rostro esconde  
de vergüenza de ver su desvarío.  
¡Godofre! ¡Ah, mi Godofre! ¿No responde?  
¡Sin duda está, señor, difunto y frío!

REY.

¡Extraño caso! A ver. ¡Qué frío y yerto!  
No tienes que mirar, el Conde es muerto.

CLEONARDO.

¿El Conde muerto?

TIBERIO.

A ver, señor, que acaso  
será desmayo.

CLEONARDO.

No hay que hablar, Tiberio:  
muerto es el Conde.

REY.

¡Peregrino caso,  
y no sin grande y celestial misterio!

ALFREDA.

¡Godofre!

FLORISEO.

No es desmayo.

REY.

Deja paso,  
que ya eres reina, Alfreda, de mi Imperio.

ALFREDA.

Agora te conozco.

DORISTO.

¿Que lo dudas?

PELORO.

Siempre responden esto las viudas.

ALFREDA.

¡Triste de mí!

REY.

¡No me atormentes tanto!  
Tus hijos serán míos, tus criados  
tendrán amparo en mí, que el cielo santo  
quiere que goce Alfreda mis estados.

Llevad al Conde mísero entre tanto  
al honroso lugar de sus pasados.

PELORO.

Y al mío llevaré, con tu licencia,  
A mi Marfisa, que hace larga ausencia.

REY.

También se ha de quedar aquí conmigo,  
que a ti y a ella os quiero hacer mercedes.

PELORO.

Todos, señor, se quedarán contigo,

honrados de arrimarse a tus paredes.

REY.

Mi mano, Alfreda, a ser tu esposo obligo.

ALFREDA.

Hacer, cual Rey, lo que quisieres puedes,  
porque no hay cosa al fin que un rey no pueda.

REY.

Y con esto da fin la hermosa Alfreda.



# COMEDIA FAMOSA

DE

## LA HERMOSURA ABORRECIDA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON SANCHO.

DOÑA JUANA.

*La REINA DOÑA ISABEL.*

*El REY DON FERNANDO.*

*GARCILASO DE LA VEGA.*

*El MAESTRE DE SANTIAGO.*

*El de CALATRAVA.*

*TELLO, soldado.*

LEONARDO.

DON LOPE.

GUZMÁN.

DON LUIS DE NARVÁEZ.

VARGAS, *montero.*

URBANO, *criado.*

RICARDO.

*Un PORTERO.*

ARNALDO, *viejo.*

*Una MUJER.*

*Un SOLDADO.*

*Un VIEJO.*

MATEO y CRISPÍN, *villanos.*

*Dos MÚSICOS.*

FLORA y CONSTANZA.

BARTOLO y ENIO, *villanos.*

BELARDO.

*El BENEFICIADO.*

*El BARBERO y REGIDOR.*

*El CHANCILLER.*

*Dos CABALLEROS.*

MAURICIO.

FABRICIO.

### ACTO PRIMERO

(*Salen DON SANCHO de camino, y DOÑA JUANA, su mujer, deteniéndole.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. No me has de dejar.

SANCHO. Advierte  
que eres tú quien no me dejas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Daré mil voces.

SANCHO. Tus quejas  
serán causa de tu muerte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya me has traído hasta aquí  
porque me quieres dejar.

SANCHO. Dejarte no, que a buscar  
voy algún bien para ti.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si para mí buscar bien  
en ti sólo está cifrado,  
mientras estás a mi lado  
no hay mayor bien que me den.

SANCHO. Mi grande necesidad  
me ha obligado a huir de ti.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y para buscarte, a mí  
me obliga mi voluntad.

SANCHO. Yo me vine a ser soldado  
porque tan pobre me vi.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo lo soy tanto sin ti,  
que te he seguido y buscado.  
Y si yo soy tu mujer,

¿cuál te parece mejor,  
ser pobre de oro o de honor?

SANCHO. Quisiérate responder  
haciendo lengua esta daga.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues si tan pobre me dejas,  
¿qué te espantas que en mis quejas  
estos disparates haga?

SANCHO. Mujer que desde Navarra  
hasta Granada ha venido  
y con tan pobre marido  
vicne tan loca y bizarra,  
siendo, aunque hidalga mujer,  
de humildes padres, sospecho  
que responde lo que ha hecho  
o dice lo que ha de hacer.

¡Vive Dios que estoy por darte  
lo que tu infamia merece!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Buen premio tu amor me ofrece  
de seguirte y de buscarte!

Yo soy quien soy, y por mí  
no estás pobre; mas bien sé  
que el aborrecerme fué  
causa de dejarme así.

Gastaste mi rica hacienda  
en tus vicios, juego y damas,  
y ahora, don Sancho, infamas  
que por seguirte me venda.

Si yo quien tú dices fuera  
en Navarra me quedara,  
donde mi vida empleara  
en quien amor me tuviera;  
pero bien se echa de ver  
lo que por dejarme intentas,  
pues ya llegan tus afrentas  
a llamarme vil mujer.

Siempre me has aborrecido,  
siempre olvidado y dejado,  
y ahora piensas, soldado,  
remediar lo que has perdido.

Vuelve, que yo tengo aquí  
una joya que vender,  
con que te podrás volver.

SANCHO. ¿Yo contigo?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Mi bien, sí!

Si guerra quieres tener  
y gustas de pelear,  
¿qué guerra puedes buscar  
como la propia mujer?

SANCHO. ¡No eres guerra, infierno eres!

D.<sup>a</sup> JUANA. Luego dan en ser soldados  
todos los hombres casados  
que aborrecen sus mujeres.

SANCHO. Pues si lo sabes, yo soy  
uno de ellos.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tente, espera.

SANCHO. ¡Antes a las manos muera  
de un moro, que a morir voy!

(Vase.)

DOÑA JUANA.

Espera, ingrato, y mira lo que debes  
a quien te ha dado el alma que desprecias.

¡Oh, cómo somos las mujeres necias,  
y en resolernos al peligro breves!

¿Qué ejércitos, qué mar, qué heladas nieves,  
si precias el honor, si el amor precias  
hierro y fuego de Porcias y Lucrecias  
defenderá que mi constancia pruebes?

Si me aborreces, ¿quién habrá que crea  
que al paso que tu ingrato desdén crece  
crezca mi amor, sin que locura sea?

Mucho a la muerte la mujer parece:  
que huye quien la busca y la desea  
y se cansa en buscar quien la aborrece.

(Salen la REINA DOÑA ISABEL, y GARCILASO y otros soldados.)

ISABEL. De mujer fueron las voces.

¿Si es fuerza de algún soldado?

¡Por vida del Rey!

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo he dado  
en mi muerte.

GARCILAS. ¿No conoces  
que está aquí Su Majestad  
de la Reina, mi señora?

D.<sup>a</sup> JUANA. No pudiera el cielo ahora  
en tanta necesidad  
darme consuelo mayor.

ISABEL. Levanta, amiga, del suelo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Temo que se enoje el cielo,  
que te dió tanto valor.

ISABEL. Levanta y quién eres di,  
en este traje.

D.<sup>a</sup> JUANA. No sé,  
mi señora, si podré  
decir quien soy y quien fuí.

ISABEL. Bien podrás, que tu belleza  
y tu dolor harto obligan  
a escucharte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Cuando digan  
mis desdichas su firmeza,  
de veras lastimarán  
tus generosos oídos.

ISABEL. Di, que todos mis sentidos  
atentos contigo están.

D.<sup>a</sup> JUANA. Nací de padres hidalgos,  
aunque en calidad humildes,  
¡oh cristiana y sacra tea  
que laurel y espada ciñes!,  
en un lugar de Navarra  
que los dos reinos divide;  
humildes en calidad,  
como lo son los que viven  
de las haciendas del campo,  
teniendo quien las cultive;  
pero, como digo hidalgos,  
de pecho exentos y libres.  
Es mi nombre doña Juana  
de Navarra, aunque de Enríquez  
algo tuve por mi madre.  
Porque a escucharme te inclines,  
tuve en tierna edad belleza  
por todo aquel reino insigne,  
cuya fama me ofrecía  
mil casamientos felices  
a mis padres; entre algunos  
menos ilustres, me pide  
un don Sancho de Guevara,  
sangre de aquel que dió origen  
a los Ladrones, de quien  
tantas hazañas se escriben.

Era don Sancho segundo  
de su casa: al fin eligen  
a don Sancho, a cuyas manos  
para mis desdichas vine.  
No pasaron cuatro meses  
cuando comenzó a sentirse  
el curso desenfrenado  
de sus años juveniles.  
Gastó la suya y mi hacienda,  
porque ni pude ni quise,  
temiendo que me dejase,  
rogarle ni resistirle.  
Comenzóme a aborrecer.  
¿Aborrecer? ¡Qué mal dije,  
que lo que nunca se amó  
no puede ser que se olvide!  
Llamábanme entonces todos,  
viendo su rigor terrible,  
la hermosura aborrecida  
y la desdichada firme.  
Como le desvanecían  
tantas Medeas y Circes,  
sus palabras y sus obras  
trataron de perseguirme.  
Si al verle alzaba los ojos,  
no hay víbora que la pise  
pie de labrador en yerba  
que tanto la lengua vibre.  
Si me llegaba de noche  
por las espaldas a asirle,  
aunque estuviese dormido  
bramaba por desasirse.  
Si le hacía algún regalo  
(si regalos hay que obliguen  
a un hombre cuando aborrece),  
no podía reducirle  
a que sólo le mirase,  
cuanto más a que le estime.  
Camisa le di una vez  
que, acabando de vestirse,  
se la volvió a desnudar  
porque supo que la hice.  
Su mejor edad y hacienda,  
el juego y mujeres viles,  
finalmente consumieron,  
como al principio te dije.  
Y para que en mis exequias  
cantase amor como cisne  
cuando de la dulce vida  
tiernamente se despide,  
una mañana que el alba,  
en vez de rosa y jazmines

furiosamente arrojaba  
truenos y rayos horribles,  
salió como quien de Argel  
temiendo el dueño que sirve  
huye con ansias y miedos  
de que otra vez le captive.  
Lo que mis ojos hicieron  
pienso que aun aquí lo dicen.  
¿Cuántas veces envidié  
las almas de los gentiles!  
El se procuró esconder;  
pero como amor es lince,  
luego supe el blanco honroso  
donde sus pasos dirige.  
A la Granada, que presto  
tu gran Fernando conquiste  
y de sus granos de nácar  
su escudo réal matice,  
viene Sancho a ser soldado,  
que pretende ser Aquiles  
con los moros quien ha sido  
con los cristianos Ulises.  
Seguíle, alcancéle, habléle;  
y hoy, cuando el alba se ríe,  
lloré a sus pies, que pudieran  
las mismas piedras oírme;  
pero sacando la daga  
a matarme se apercibe,  
y ojalá, pues no hay distancia  
desde matarme a morirme.  
Fuése, jurando arrojarle  
entre los que el muro embisten,  
por morir y por librarse  
de una mujer que le sigue.  
En esta sazón me hallaste;  
no tengo más que decirte  
de que sola tú pudieras  
ser sol de mi noche triste.  
Esta, señora, es la historia  
y la conquista imposible  
de la aborrecida amante  
y la desdichada firme.

ISABEL. Bien creerás que me has movido,  
doña Juana, a compasión.

D.<sup>a</sup> JUANA. Efectos, señora, son  
de tu generoso oído.

ISABEL. El Rey asalta una torre  
y yo estoy con gran cuidado;  
si sabes que me has hallado  
sabes que amor te socorre.

A mí me es fuerza volver  
donde mi Fernando está;



si está tu marido allá  
será fácil de saber:  
quedarás en mi servicio  
mientras eres más dichosa.

D.<sup>a</sup> JUANA. De tu mano generosa  
será ilustre beneficio  
amparar mi soledad.

ISABEL. Sígueme y no tengas pena.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tu sol divino serena  
el mar de mi tempestad.  
Plegue a los cielos que veas  
esta ciudad a tus pies,  
que sé, gran señora, que es  
la cosa que más desees.

(*Vanse. Suena ruido de guerra, y salgan con las espadas desnudas algunos soldados, el MAESTRE DE SANTIAGO y el de CALATRAVA, y el REY DON FERNANDO y DON SANCHO DE GUEVARA.*)

REY.

Habéislo hecho todos como buenos;  
no menos prometía la nobleza  
de quien tanta virtud tuvo principio.  
Pero acercadme presto aquel soldado  
que a un tiempo limpia el rostro y el acero:  
de aquél sudor, y de éste roja sangre.

MAESTRE DE SANTIAGO.

¡Hola, soldado!

SANCHO.

¡Gran señor, ¿qué mandas?

MAESTRE DE SANTIAGO.

Su Majestad te llama.

SANCHO.

Invicto Príncipe,  
¿en qué te sirvo? ¿Por ventura quieres  
que reconozca el muro? ¿Qué me mandas,  
en que pueda mostrar mi buen deseo?

REY.

No quiero agora más de conocerte,  
porque te he visto con valor notable  
entre los moros del presente asalto,  
tanto, que si igualara con tu ánimo  
mi fortuna, este día fucra el último  
que esta Granada fuerte conquistara,  
como el primero que su muro entrara.

SANCHO.

Fernando insigne, a quien darán los cielos  
deste bárbaro Imperio la corona  
porque te deba España su limpieza,  
yo soy un caballero de Navarra

que he venido a servirte por mi gusto,  
sin otro sueldo ni ocasión: mi nombre  
es el mismo que tuvo el padre mío;  
don Sancho de Guevara me apellido,  
sangre de los Ladrones, a quien debe  
España ilustre las abarcas de oro  
con que ha pisado la cerviz al moro.

REY.

Mucho huelgo el haberte conocido  
y que de tu virtud, no mis oídos,  
pero mis ojos, me hayan informado:  
yo te he visto de suerte en el asalto  
que te he cobrado amor, y éste confirman  
las nuevas de tu ánimo y la sangre  
que has heredado de tan (1) noble estirpe.  
Yo gusto de que quedes en mi casa  
y que me sirvas en mi mesa gusto,  
que esto se debe y más a los que vienen  
con ánimo tan noble como el tuyo  
a la sagrada empresa que prosigo.

SANCHO.

Beso tus pies.

MAESTRE DE SANTIAGO.

La Reina, mi señora,  
te viene a ver, señor.

REY.

Venga en buen hora.

(*Sale la REINA con acompañamiento, y DOÑA JUANA.*)

ISABEL. Bien puedo pedir los brazos  
después de tan larga ausencia.

REY. ¿Cómo venís?

ISABEL. Sin paciencia.

M. DE CAL. ¿Qué santos y honestos lazos!

ISABEL. Cuidado grande he tenido  
del suceso del asalto.

REY. Nunca de dicha tan falto  
ni de armas tan prevenido:  
no ha querido darme ayuda  
la fortuna militar.

ISABEL. Como no puede parar,  
a los contrarios se muda;  
pero esperad en el cielo  
que presto con vos esté.

REY. Esa esperanza tendré  
por blanco de mi consuelo.  
¿Quién viene con vos aquí?

(1) En el original dice "tanto"; pero además de no formar sentido hace el verso largo.

ISABEL. Traigo una nueva criada para que de vos honrada lo quede también de mí.

REY. En todo nos hizo iguales la fortuna de este día, que yo un criado os traía, y de los más principales.

ISABEL. Doña Juana de Navarra es a quien habéis de honrar.

REY. Y este muro conquistar con Minerva tan bizarra.

ISABEL. Viene a buscar su marido

REY. Y yo os traigo este soldado, que merece honroso lado con cuantos hasta hoy lo han sido.

Hele visto pelear y hele cobrado afición.

ISABEL. ¿Pues qué mayor galardón le puede premiar y honrar?

*(Hace señas DON SANCHO a DOÑA JUANA con el dedo a que calle.)*

REY. Mi gentilhombre le hice.

ISABEL. Su persona lo merece.

SANCHO. Muy poco, señor, ofrece quien su patria y nombre os dice.

Podrá ser que en ocasión os tengáis por bien servido.

REY. Cartas, señora, he tenido de los nobles de Aragón, un negocio de importancia que comunicar con vos.

ISABEL. Y yo, señor, otros dos, bien graves, de Italia y Francia.

REY. Venid, señora, a mi tienda.

ISABEL. Mil años el cielo os guarde.

*(Vanse, y quedan solos DON SANCHO y DOÑA JUANA.)*

SANCHO. Basta que al miedo cobarde tuve con valor la rienda.

Doña Juana, ce, qué digo; escucha.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Por qué razón quieres que en esta ocasión calle tu nombre enemigo?

¿De qué sirve hacerme señas que quien eras no dijese?

¿Es posible que te pese?

¿Es posible que me enseñes caminos de aborrecerte, y que este mi loco amor no saqué de tu rigor

ocasiones de tu muerte?

¿Qué quieres ahora hacer si encubrir, don Sancho, quieres que mi marido no eres y que no soy tu mujer?

La Reina me halló vencida del dolor: dije turbada que vine a verte a Granada, siguiéndote aborrecida.

¿Qué puedo ahora decir si he de negar conocerte?

SANCHO. Que te va la vida advierte en que me dejes vivir.

Guárdate que a nadie digas quién soy, y a los Reyes menos, que puesto que son tan buenos y a juntarnos los obligas, han de hacer un grande error, pues la vida he de quitarte, que ya sólo el cielo es parte para que te tenga amor.

Sirve a la Reina entre tanto que sirvo al Rey, y algún día querrá tu suerte o la mía poner límite a tu llanto.

Pero por ahora fuera decir que soy tu marido darme ocasión que el sentido de puro dolor perdiera.

Yo sé la causa, y ya digo que algún día la sabrás; advierte, pues, que de hoy más no hables de mí, ni conmigo.

Que llegará la ocasión que de este enojo olvidado vuelva a ponerme en cuidado tu amor y mi obligación.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Es posible que yo sea tan de piedra a tus maldades? ¿Que calle me persüades, que no te hable y te vea?

¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? ¿Qué vida podrá durar?

SANCHO. Ya es tarde para llorar. Repara en que estoy dispuesto para quitarte la vida.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tus amenazas no temo, sino amarte en el extremo que me siento aborrecida; que si no me reportara tan desatinado amor, ya, Sancho, de tu rigor

justa venganza tomara.

Vete, que yo callaré.

SANCHO. Pues más has de hacer por mí.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ojalá cupiese en ti  
que yo la muerte me dé!

SANCHO. No; pero quiero que digas  
a la Reina que has sabido  
que ya es muerto tu marido.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Echas de ver que me obligas  
a dar voces como loca?

SANCHO. ¡Vive el cielo, si no cuentas  
que soy muerto!...

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Pues qué intentas,  
o qué ocasión te provoca?

¿Qué pensamiento te ha dado?  
Si piensas que te he ofendido  
mátame, porque un marido  
ya lo está si lo ha pensado.

SANCHO. No tengo tal pensamiento;  
pero conviéneme a mí  
digas que me hallaste aquí  
muerto, y muestrés sentimiento (1).

D.<sup>a</sup> JUANA. Después de lo que has perdido,  
¿qué te queda que perder  
sino el seso?

SANCHO. Esto has de hacer;  
esto por tu amor te pido (2).

D.<sup>a</sup> JUANA. Por quien lo pides lo haré,  
porque veas la grandeza  
de mi amor.

SANCHO. Dile a Su Alteza  
que en el asalto quedé  
muerto a manos de los moros.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya que en eso te obedezco,  
pues yo, mi bien, no apetezco  
otros bienes ni tesoros,  
y tú mueres para mí  
de enfermo de aborrecerme,  
una merced has de hacerme  
antes de tu muerte.

SANCHO. Dí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Que se despidan mis brazos  
de los tuyos, amor mío.

SANCHO. Pídesme un gran desvarío.  
¿Qué importan tibios abrazos  
entre pechos desconformes?  
¿Cómo no te persuades

que brazos y voluntades  
conviene que estén conformes?

D.<sup>a</sup> JUANA. Dame este gusto no más.

SANCHO. Ea, que es cosa indecente,  
y anda por el campo gente,  
queda a Dios.

D.<sup>a</sup> JUANA. En fin, ¿te vas?

SANCHO. Como no te quieres ir,  
será me fuerza dejarte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo quiero, Sancho, agradarte  
solicitando morir.

El cielo quede contigo,  
aunque temo que le obligue  
tu rigor a que castigue  
el que has usado conmigo.

(Vase.)

SANCHO.

A amor le dan diversos atributos:  
los que le siguen, aman o desaman,  
dolor alegre su accidente llaman  
y dulce campo con amargos frutos.

Sabrosa posesión con mil tributos  
que cogen viento y lágrimas derraman;  
otros, por desleal, su trato infaman,  
las pocas Porcias y los muchos Brutos.

Los que amando se quejan de olvidados,  
bárbaro alarbe, sin respeto alguno,  
a cuyo Argel la libertad entregan;

mas los que aborrecieron ser amados  
llamaron al amor pobre importuno,  
que a quien más los despiden más le ruegan.

(Sale el REY DON FERNANDO, el MAESTRE y GARCILASO.)

REY. En el alma me ha pesado.

GARCILASO. Esto acaban de decir.

REY. Bien pueden llamar vivir,  
Laso, un morir tan honrado.

¿Querránle enterrar aquí?

GARCILASO. A Madrid le llevarán,  
que el comendador Luján  
era natural de allí.

REY. ¿A quién, Maestre, os parece  
nombremos en su lugar?

MAESTRE. Bien sé a quien puedes nombrar  
que el cargo y la cruz merece,  
porque tu Alteza le ampara  
y él nos obliga a los dos.

REY. Pensando estaba, por Dios,  
en don Sancho de Guevara.

GARCILASO. Señor, don Sancho está aquí:

(1) En el original impreso dice este verso con error, "muerto y muerto el sentimiento". El manuscrito corrige bien, como va puesto.

(2) En el impreso este verso lo dice doña Juana con evidente errata.



hazle de esa cruz merced.  
 REY. Que le quiero bien creed.  
 MAESTRE. Don Sancho, llegaos allí.  
 Besad los pies a Su Alteza.  
 [SANCHO.] Si os sirvo, invicto señor,  
 los pies de vuestro valor  
 levantarán mi bajeza.  
 REY. Levanta, Sancho, del suelo.  
 Al comendador Lujan  
 me han muerto en Rivialmazán (1),  
 ya goza Luján el cielo.  
 Tal lugar nadie podía,  
 Sancho, ocuparle mejor  
 que tu valor.  
 SANCHO. ¿Mi valor?  
 Es la buena suerte mía.  
 ¿Dáisme, señor, la jineta  
 o la cruz?  
 REY. Todo; que todo  
 se emplea en ti de tal modo  
 que está la envidia sujeta.  
 Ponte la cruz y recoge  
 sus soldados.  
 SANCHO. Si me pones  
 [en] tantas obligaciones,  
 cuando mil moros despoje,  
 cuando mil torres asalte,  
 cuando mil Granadas entre  
 y en mil celadas que encuentre  
 nunca victoria me falte,  
 no lo tendré por valor,  
 sino por amparo tuyo.  
 REY. De tu humildad, Sancho, arguyo  
 tus pensamientos mejor.  
 Honra a Luján y conoce  
 tus soldados.  
 SANCHO. Capitán  
 bien diferente les dan.  
 Su virtud del cielo goce,  
 y a ti te goce y te dé  
 esta ciudad que desees.  
 GARCILASO. Ve presto, porque le veas.  
 SANCHO. ¿Dónde queda?  
 GARCILASO. En Santa Fe.  
 (Tocan cajas.)  
 REY. Caja han tocado, Maestre;

(1) En el original se escribe "Riualmaçan"; pero no sabemos qué pueblo es éste que ni con tal nombre ni con los del componente Ribio, Riba, Rio, Riva, llamamos en los diccionarios de nombres de pueblos. Quizá sean dos palabras, Rio Almazán.

id a ver lo que es.  
 MAESTRE. Yo voy.  
 GARCILASO. Y yo también.  
 (Vanse todos y quédase el REY solo.)  
 REY. Solo estoy.  
 Ahora es tiempo que muestre  
 esta campaña a estas fuentes  
 que entre las armas amor  
 puede mostrar su rigor  
 y aumentar sus accidentes.  
 Cuando pintan al dios Marte  
 con Venus, y que amor juega  
 con las armas y despliega  
 al suelo el rojo estandarte,  
 quisieron significar  
 que amor las armas sujeta,  
 que se enciende por cometa  
 y en rayo suele parar.  
 Yo vi la sin par belleza  
 de esta navarra mujer,  
 donde mostró su poder  
 la rica naturaleza.  
 Confieso que le rendí  
 las armas y las banderas,  
 que en naciones extranjeras  
 tiemblan de ellas y de mí.  
 Pero aunque no suele amor  
 las resistencias sufrir,  
 que en viéndose resistir  
 hace su fuerza mayor,  
 yo, con alguna prudencia,  
 resolución he tomado  
 de andar siempre con cuidado  
 y hacer al amor violencia;  
 que fuera de que a los cielos  
 tanto debo el ser fiel,  
 la condición de Isabel  
 no sufre burlas de celos.  
 Suspenda, pues, el amor  
 entre las armas la furia,  
 que no se ha de hacer injuria  
 a la obligación mayor.

(Sale DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. No sé, amor, si amor te nombre  
 viendo en tan extraño caso  
 que crezca mi amor al paso  
 que crece el desdén de un hombre.  
 Y no sólo su desdén  
 me es forzoso resistir,  
 que ya me manda sufrir

sus invenciones también.

Llorad, ojos desdichados,  
la desventura en que os veis  
hasta que ciegos quedéis  
o por lo menos cansados;  
que ciegos estáis mejor,  
pues me mandan que no vea  
lo mismo que ver desea  
una alma llena de amor.

Pero quiero reportarme,  
que el Rey me puede entender.

REY. Esta es aquella mujer  
de quien me importa guardarme.

Irme será bien. Mas bien,  
¿qué me puede resultar  
de hablarla? Mucho, que (1) hablar  
enciende el amor también.

Pero si resuelto estoy  
mejor es perderle el miedo;  
cuantas veces voy, me quedo,  
y cuantas me quedo, voy.—

¿De qué lloras, doña Juana?

D.<sup>a</sup> JUANA. Tengo, señor, ocasión;  
tales las desdichas son  
de mi fortuna inhumana.

Hoy he sabido por cierto  
que en aquella escaramuza  
del de Calatrava y Muza  
a mi marido me han muerto.

REY. Razón tienes de sentir  
tan grande pena de amor;  
pero el morir con valor  
consuela mucho el morir.

Doite el pésame y te ofrezco  
mi amparo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Beso tus pies.

*(Sale la REINA cuando hinca la rodilla.)*

ISABEL. ¡Bueno es esto! Pero es  
lo mismo, que yo merezco.—

¿Qué hacéis, señor?

REY. ¡Oh, señora!

A doña Juana le daba  
el pésame, que lloraba  
su marido, muerto ahora.

Mi amparo le prometía;  
eso mismo os pido a vos,  
y guardaos Dios.

*(Vase.)*

(1) En el original dice “que de hablar”; pero el verso resulta largo.

ISABEL. Guárdeos Dios.

¿Qué es esto?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Desdicha mía!

He sabido por muy cierto  
que han muerto a mi amado esposo.

ISABEL. Retírate, que es forzoso  
por padre o marido muerto,  
y no andes más por aquí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Mi amparo pongo en tus manos.

*(Vase.)*

ISABEL. No eran mis recelos vanos:  
temí, busqué, llegué y vi.

Envidia tengo a la gente  
que con poca calidad  
procede con libertad  
en los pesares que siente.

La modestia de mi estado  
me pone en obligación  
de no decir mi pasión  
ni publicar mi cuidado.

Mas pues a buen tiempo viene  
la muerte de su marido  
desta mujer, no hay olvido  
que tanto el amor enfrene (1)

como darle dueño, y luego  
ausentarla de sus ojos:  
con esto a dos mil enojos  
doy cuerdamente sosiego;

que no he visto en paz ni en guerra  
que al Rey mujer agradase  
que luego no la enviase  
con su marido a su tierra.

Esta es bella y libre ya;  
el Rey la mira; el remedio  
es ponerle tierra en medio.  
Bien acierto. ¿Quién será?

Mil caballeros honrados  
se me ofrecen.

*(Sale DON SANCHO.)*

SANCHO. ¡Oh, cuán bien  
junto a los Reyes se ven  
que fuerza tienen los hados!

Como no puede llevar  
la palma, aunque de alta admire,  
su fruto, sino es que mire  
palma que le ayude a dar;

(1) En el original impreso este verso se lee así:  
“que tanto el amor infiere”; pero aun salvada errata  
tan notoria, según el manuscrito, queda el sentido  
confuso.

como la palma no puede (1)  
sin arrimo mejorarse,  
ni el lúpulo levantarse  
si no es que el cordel le enrede;  
como sin agua no medra  
el trigo o se ha de secar,  
ni se puede sustentar  
sin las paredes la yedra;  
como pierde el campo el brío  
si abril no le reverdece;  
como la perla no crece  
si no la cubre el rocío;  
como no puede volar  
sin alas y pluma el ave;  
como sin velas la nave  
no puede romper la mar,  
parece en el mundo ley  
que aunque tenga suerte honrada  
no puede un hombre ser nada  
si no le levanta un Rey.

¡Oh, cuánto en aquestos dos  
se miraron estas leyes,  
que en hacer hombres los reyes  
se parecen mucho a Dios!

Al lado del gran Fernando  
hoy comienzo a tener ser.

ISABEL.

Hola.

SANCHO.

Cegóme el placer.

ISABEL.

¿Qué vienes, Guevara, hablando?

SANCHO.

Vengo a besarte los pies  
por mil mercedes, señora,  
que me hace de hora en hora  
el Rey, mi señor.

ISABEL.

Bien es

que tus servicios estime.

SANCHO.

La cruz y la compañía  
de Luján me dió.

ISABEL.

Querría

que tanto a servir te anime  
el favor, cuanto es mayor  
en beneméritos tantos.

SANCHO.

Ya pido a los cielos santos  
vida que pague el favor.

ISABEL.

¿Eres, Guevara, casado?

SANCHO.

¡Ay de mí, que mi mujer (*Aparte.*)  
algo le debe de haber  
de mis secretos contado!

No me conviene negar.—

Casado, señora, soy.

ISABEL. ¿Adónde?

SANCHO.

Perdido voy. (*Aparte.*)

¡Hoy la tengo de matar!—

Señora, en Navarra.

ISABEL.

¿Ansí,

con quién?

SANCHO.

¡Ay, cielo! ¿Qué es esto?

Acude, señora, presto,  
que tocan al arma allí,

y no está el Rey mi señor  
en el campo ni en la tienda.

ISABEL.

Antes parece contienda  
de nuestra gente el rumor.

Recoge la tuya y ven,  
si por dicha el moro sale.

(*Vase.*)

SANCHO.

¡Oh cuánto la industria vale,  
mil cosas remedia bien!

¿Pero de qué me ha servido  
escapar de esta ocasión,  
si mi engaño y sinrazón  
tiene la Reina entendido?

¿Cómo me podré librar  
de su enojo y su castigo  
y de que vuelva conmigo  
mujer que me ha de matar?

¡Qué poco miedo me tuvo!

¡Vive Dios que me ha quitado  
el llegar a un alto estado!

¡Qué fácil mi dicha estuvo  
en los principios del bien!  
Engañase el que se fía  
del sol hasta el fin del día,  
que puede llover también.

(*Salen cinco o seis soldados, y entre ellos un maltrapillo. DON LOPE, GUZMÁN, TELLO y LEONARDO.*)

LEONARDO.

¡Buen Capitán perdimos!

LOPE.

No hallaremos  
otro Luján como él en todo el mundo.

GUZMÁN.

Siempre las cosas buenas duran poco.

TELLO.

Díganlo mi dinero y mis vestidos.

(1) En el original impreso se intercalan entre este verso y el anterior estas palabras sobrantes:

“ISABEL. ¿No responde?”

(1) La voz “palma” está equivocada: Lope escribiría “parra” de seguro.



LEONARDO.

Hablemos quedo, que está aquí don Sancho.

SANCHO.

¿Murmuraban de mí vuestras mercedes?

LEONARDO.

Ninguno puede de tu sangre y ánimo,  
Que eres Guevara en ella, y en el César  
del capitán hablamos que perdimos,  
porque las alabanzas y las honras  
a nadie vienen bien como a los muertos.

TELLO.

Yo soy tan enemigo que me alaben,  
que por eso me guardo de morirme.—

SANCHO.

¿Quién es este soldado?

GUZMÁN.

No le tienes  
en esta compañía de más bríos.

TELLO.

Vuesa merced conozca a Tello, un hombre  
que no tuvo dineros en su vida.  
Verdad es que nací para poeta;  
mas viendo que era oficio trabajoso  
troqué la pluma en la que ves ceñida.

SANCHO.

No vienen mal las plumas y la espada,  
porque dicen que César escribía  
toda la noche lo que obraba el día.

TELLO.

¿Y a qué sazón dormía el señor César?

SANCHO.

No lo he visto en su historia, señor Tello;  
pero holgaréme de saber la vuestra,  
que parecéis persona en quien fortuna  
ha hecho sus mudanzas y floretas.

TELLO.

Requiere soledad y tiempo alegre.

SANCHO.

¿Cuál será para vos alegre tiempo?

TELLO.

Aquel en que tuviere algún dinero;  
pero si esto aguardamos, estad cierto  
que es aguardar la vida perdurable.

SANCHO.

Los dos hemos de ser grandes amigos.

TELLO.

Y yo morir por vos y a vuestro lado.

LOPE.

Es Tello muy honrado.

TELLO.

Soy honrado.

Yo vivo, Capitán, naturalmente:  
de una vez me vistió Naturaleza,  
como a los animales y a las aves.  
Yo no he visto tigre, león ni lobo  
con calzas atacadas en mi vida.  
¿Qué mula, aunque lo fuese de un canónigo,  
se puso verdugado ni alzacuello?  
Solamente las monas y los hombres  
se ponen invenciones de vestidos.  
Por mi cuenta, los indios es la gente  
que vive con mayor descanso y gusto;  
cubren aquello sólo que es forzoso  
y lo demás como lo viste el cielo,  
que es ver un hombre mártir de unas calzas  
en un plato de holanda la cabeza;  
y un pie dé una mujer en cinco puntos,  
a quien Naturaleza dió catorce;  
puntos parecen ya de cuchilladas  
que cada uno los que puede encubre.  
Si por vestido bien me has de hacer honra,  
en tu vida podrás favorecerme.

SANCHO.

Tello, nunca yo miro en los soldados  
las galas, sino el ánimo y las obras:  
éste importa que tenga y buena espada.

TELLO.

¿Buena espada? En llegando a lo que es *eso*  
no me la gana el mismo Cid Ruy Díaz;

(*Saca una espadilla mohosa.*)

esta es Tizona, porque tizna pechos,  
y esta es Colada, porque cuela vidas;  
con ésta he hecho cosas nunca oídas.

SANCHO.

Vestidla bien, que está desadornada.

TELLO.

Deme vuesa merced algún dinero.

SANCHO.

Repartan entre todos esa bolsa,  
que cada escudo y cada real quisiera  
que mil ciudades y mil reinos fuera.

LEONARDO.

¡Vitor el Capitán!

LOPE.

¡Vitor mil veces!

SANCHO.

Tello, venidme a ver.

TELLO.

Digo que sea,  
y vivas más que un rollo de una aldea.

(*Vanse todos, queda solo DON SANCHO; y sale el REY DON FERNANDO.*)

REY. Don Sancho.

SANCHO. Señor.

REY. ¿Qué haces?

SANCHO. Trazaba, con tu licencia,  
de hacer una breve ausencia,  
si de ella te satisfaces.

REY. ¿Ausencia en esta ocasión?

SANCHO. Con la nueva compañía  
intento una correría  
por ver para lo que son,  
que los quiero conocer  
y que me conozcan quiero.

REY. Hoy te quiero consejero  
si capitán quise ayer.

Escucha, y estima en mucho  
darte de mis cosas parte.

SANCHO. Los pies me deja besarte.  
Ya con el alma te escucho.

REY. La Reina ha tenido celos  
de esta mujer vizcaína  
que trujeron peregrina  
a nuestro campo los cielos.

Que me agrada es verdad clara;  
mas no que he dado ocasión  
para sus celos, que son  
donde su sospecha para.

Tiene la Reina un remedio  
siempre que me ve en los ojos  
algunos tiernos antojos,  
que es ponerme tierra en medio.

Esta, don Sancho, es de ausencia,  
porque luego me la casa,  
y con esto el amor pasa (1)  
a los olvidos de ausencia.

Querría esta vez hacer  
que este pesar no me hiciese,  
trazando que se escondiese  
por tu mano esta mujer;

(1) En el texto impreso dice "el amor *la* pasa",  
lo cual alarga el verso.

que me han venido a decir  
que a un hidalgo sevillano  
la ha mandado dar la mano  
sin poderla resistir;

aunque ella dicen que llora  
y hace extremos de dolor.

SANCHO. ¿Casarla? ¡Extraño rigor! (Ap.)  
¡Todo se descubre ahora!—

Señor, ¿cómo puede ser  
esconderla de sus ojos  
sin darle muchos enojos?

REY. Desta suerte se ha de hacer:

Yo haré que vaya a la fuente  
de Dinadamar, Guevara,  
hoy doña Juana. Repara (1)  
en que tú y la mejor gente  
de tu compañía os vistáis  
de moros, y la robéis,  
y en la tienda la tendréis  
todo el tiempo que queráis,  
donde yo la podré ver;  
mientras la Reina, engañada,  
pensará que está en Granada.

SANCHO. ¡Triste! ¿Qué tengo de hacer? (Ap.)

Por mi mal quise encubrirme.

REY. ¿Parécete bien así?

SANCHO. ¿Qué he de hacer, triste de mí?— (Ap.)

Digo que voy a vestirme,  
que es una rara invención  
para que tengas tu gusto.

REY. De ti le fío.

(*Vase el REY.*)

SANCHO. Y es justo.—

¿Quién vió mayor confusión?

¿A quién suceder pudiera  
tanta desdicha en un hora?  
Faltóme la industria ahora,  
pero ¿en qué infierno la hubiera?

Mas ¿cómo podré llevar  
a mi tienda a mi mujer?  
Si allí el Rey la quiere ver,  
¿cómo lo puedo estorbar?

(1) Estos dos versos están en el original impre-  
so así:

"de Dinamar de Guevara  
y doña Juana repara"

La corrección es del manuscrito.

Pues estorbarlo es forzoso.  
Mal hice en no declararme.

(Salen la REINA y DON LUIS DE NARVÁEZ.)

D. LUIS. Puesto que ha sido obligarme (1),  
en tu pecho generoso  
es virtud tan natural,  
gran señora, el hacer bien,  
que aun favoreces a quien  
como yo te sirvo mal.

ISABEL. Ya, don Luis, a tu apellido  
se debe todo favor,  
que el Narváez es el valor  
que le tiene merecido.

Yo te caso con mujer  
que al de tu sangre es igual.

D. LUIS. Bastaba para ser tal  
tener de tu mano el ser.

ISABEL. Ve a llamar a doña Juana,  
que os quiero casar aquí.

D. LUIS. Voy.

(Vase.)

ISABEL. Que la llamo la di.—  
Así mi temor se allana;  
con esto queda deshecho.—  
Guevara, ¿aquí estás?

SANCHO. Quedé  
tan triste, que no pensé  
hallar el alma en el pecho.  
Pero, ¿con cuál ocasión  
Vuestra Alteza me decía  
si era casado?

ISABEL. Querría  
ponerte en obligación  
de que tomaras estado;  
pero no me resolví  
porque de tu boca oí  
que eras, don Sancho, casado.

Y así, he dado la mujer  
con que a ti honrarte pensaba  
al de Narváez, que andaba  
de ella cuidadoso ayer.

SANCHO. Don Luis de Narváez merece  
bien el honor que le has dado;  
pero, ¿con quién le has casado?

ISABEL. Con quien tan bien le parece  
al Rey, que a buscar me obliga  
el remedio por aquí.

SANCHO. ¿Es la de Navarra?

ISABEL. Sí.

SANCHO. ¡Ya no sé, ciclos, qué diga!—  
¿A doña Juana has casado?

ISABEL. Ahora a llamarla van.

SANCHO. Prisa los celos te dan.

ISABEL. Prisa los celos me han dado.

SANCHO. Bien harás, que el Rey podría  
vencerla con su valor.

(Sale DON LUIS.)

D. LUIS. Basta, que el Rey mi señor  
a Dinadamar la envía  
y va con un escudero.

ISABEL. ¿El Rey? ¿Para qué?

D. LUIS. Esto dicen.

ISABEL. Mal los celos se desdicen,  
todo ha sido verdadero.

SANCHO. ¿Quieres, señora, que vaya  
a detenerla?

ISABEL. Camina.

SANCHO. Perdido soy.

(Vase.)

D. LUIS. ¿Qué imagina  
tu Alteza?

ISABEL. Que antes que haya  
ocasión para más mal...—  
Mas, ¿qué digo? Que es perder  
con celos de esta mujer  
mi modestia natural.

Pero tampoco es razón  
que por mi culpa suceda  
lo que remediar no pueda  
con declarada pasión.—  
Ven conmigo.

D. LUIS. ¿Dónde vas?

ISABEL. A Dinadamar.

D. LUIS. Los cielos (Aparte.)  
me falten si no son celos.

ISABEL. ¿Qué dices?

D. LUIS. Que triste vas.

ISABEL. Para sospechas no hay ley,  
toda prudencia se acaba.

D. LUIS. Jurara que la casaba  
para librarla del Rey.

(Vanse. Salen VARGAS, montero de Espinosa, y  
DOÑA JUANA.)

D.<sup>a</sup> JUANA. La fuente es notable, Vargas.

VARGAS. Muy gentil sangre nos cuesta  
ganar las aguas que vierte.

(1) En el impreso, "obligarte", que no hace consonancia.



D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Qué claras, dulces y frescas!  
Aquí pudiera Narciso,  
si en sus espejos se viera,  
volverse loco otra vez.

VARGAS. Guarda que no te suceda  
lo que de aqueise mancebo  
fábulas y historias cuentan.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Para qué me manda el Rey,  
si sabéis, venir a verla?

VARGAS. Yo, si la verdad te digo,  
no tengo bucnas sospechas.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Pues qué me puede querer?

(*Entra DON SANCHO vestido de moro, con cuatro soldados en el mismo traje.*)

SANCHO. No se escapará la presa  
por diligencia esta vez.

LEONARDO. ¡Buena fué la diligencia!

VARGAS. ¡Perdidos somos!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué es esto?

VARGAS. Celada de moros, puesta  
entre estos árboles verdes.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Moros, Vargas? ¡Yo soy muerta!

SANCHO. Daos a prisión.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay de mí!

(*Salen la REINA y DON LUIS.*)

D. LUIS. Señora, mira que llegas  
a tiempo que la cautivan.

ISABEL. ¡Moros!

D. LUIS. Y está sin defensa.

ISABEL. Pues defiéndeme, Narváez.

D. LUIS. Con mil vidas que tuviera.

(*Sale el REY.*)

REY. Con sospechas de sus celos  
vengo siguiendo a la Reina.

D. LUIS. ¡Soltad la presa, villanos!

SANCHO. ¿Quién eres tú, que lo intentas?

D. LUIS. Don Luis de Narváez soy.

SANCHO. Granada el nombre respeta.

ISABEL. La Reina está aquí.

REY. Y el Rey.

ISABEL. ¡Señor!

REY. ¡Señora!

SANCHO. Aquí cesa  
mi cautela, o por lo menos  
viene a quedar descubierta.

REY. ¿A qué habéis aquí venido?

ISABEL. A doña Juana quisiera  
casar con don Luis, y supe  
que la mandó Vuestra Alteza

que fuese a Dinadamar.  
Supe que había en la vega  
moros, y a librarla vine.  
Yo, que veniste por ella,  
y porque no sucediese  
lo que suceder pudiera,  
vine, como veis, dejando  
cien hidalgos aquí cerca.

ISABEL. Yo os lo agradezco.

REY. Y a vos  
doña Juana lo agradezca.

ISABEL. Moro.

SANCHO. Señora.

ISABEL. ¿Quién eres?

SANCHO. Quien tú quisieres que sea.

ISABEL. ¿Este no es Guevara?

SANCHO. El mismo,

que para que Vuestra Alteza  
no casase a doña Juana  
me vestí de esta manera.

ISABEL. ¿Pues no eres casado tú?

SANCHO. Sí.

ISABEL. ¿Pues qué quieres?

SANCHO. Que sepas

que estoy casado con ella.

ISABEL. ¿Tú estás casado con ella?

SANCHO. Ella lo diga.

D.<sup>a</sup> JUANA. Así es,

que él me mandó que fingiera,  
para que no le obligaras  
que se volviera a su tierra,  
que era muerto en este asalto.

REY. No hay premio que no merezca  
quien por servirme dejaba  
dama de tan altas prendas.  
Honradlos, Reina, a los dos.

ISABEL. Pláceme; mas no en la guerra,  
que no quiero yo apartar  
lo que ha juntado la Iglesia.  
Navarra está sin Virrey:  
ya que por mi diligencia  
no fué reina doña Juana,  
vuelva a Navarra virreina.

REY. Virrey eres de Navarra,  
don Sancho; partirte apresta,  
no estés en la Vega un hora.

SANCHO. Luego me voy de la Vega.

D.<sup>a</sup> JUANA. Bien puedes, con este oficio,  
volverme a tu gracia.

SANCHO. Fuera  
ingratitude; ven conmigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Haz que tu mano merezca.

SANCHO. Soldados, adiós.

LEONARDO. Adiós.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Hay tal dicha?

SANCHO. Más quisiera  
ser sin ella un hombre pobre  
que rey del mundo con ella.

## ACTO SEGUNDO

de la HERMOSURA ABORRECIDA.

(Sale un PORTERO y ARNALDO, viejo, vestido pobremente.)

PORTERO. Ea, pues, no repliquéis.

ARNALDO. Tened respeto a mis canas.

PORTERO. Si son canas no sean vanas  
para que ocasión me deis;  
cuanto más que ya en el mundo  
no hay cosa más despreciada.

ARNALDO. Pues yo en ella, por honrada,  
todos mis respetos fundo.

PORTERO. ¿Cómo puede ser honor  
lo que se intenta encubrir?

ARNALDO. Yo no he venido a argüir,  
sino a que me hagáis favor.

PORTERO. No os puedo dejar entrar,  
que lo ha mandado el Virrey.

ARNALDO. Ejecutad vos la ley,  
como se ha de ejecutar,  
que es con hacer excepción.

PORTERO. Andá, que sois importuno.

ARNALDO. Soy pobre.

PORTERO. Yo he visto alguno  
humilde.

ARNALDO. Pocos lo son.

Mas yo no he visto portero  
en mi vida bien criado.

PORTERO. Hace lo que le han mandado,  
señor hidalgo escudero;  
que no puede ser bienquisto (1)  
oficio de no dar gusto,  
porque haciendo lo que es justo  
con los necios me enemisto.

El que en su casa estuviera  
y por la ajena no entrara,  
ni el portero le cansara  
ni su condición sufriera.

ARNALDO. El portero del Infierno

la antigüedad le pintó  
como perro.

PORTERO. Aun bien que yo  
no estoy en su fuego eterno:  
portero soy del Virrey  
de Navarra.

ARNALDO. ¿Y el palacio  
es Gloria?

PORTERO. Hablemos despacio.

ARNALDO. Si su voluntad es ley  
y él es rey, al cielo apelo.

PORTERO. Para que honréis con razón  
a los que porteros son,  
mirad al que lo es del cielo.

ARNALDO. Si vos fuérades así  
dejarais entrar los buenos.

PORTERO. No lo sois vos a lo menos,  
pues que tan soberbio os vi,  
que la soberbia no entró  
en el cielo desde el día  
que del trono que tenía  
hasta el infierno bajó.

Y ya me cansáis de suerte,  
que si replicáis palabra  
haré que la puerta os abra  
el portero de la muerte.

ARNALDO. Dejadme entrar en la sala.

PORTERO. Ni aun aquí quiero que estéis;  
cosa, viejo, que bajéis  
la escalera noramala.

(Sale DON SANCHE, virrey, acompañado de criados.)

SANCHO. ¿Qué es esto?

PORTERO. Un necio escudero,  
que porfía que ha de entrar  
y a mi señora ha de hablar.

SANCHO. ¿Sabéis que está aquí el portero  
para sólo detener  
a quien sin licencia llega?

ARNALDO. Cuando el dueño no la niega  
agravios suelen hacer.

SANCHO. ¿Quién es el dueño de quien  
la tenéis?

ARNALDO. Es mi señora  
la Virreina.

SANCHO. Entrad ahora.  
¡Hola! La puerta le den.

Mas, venid acá, buen hombre:  
¿quién sois o qué la queréis?

ARNALDO. Ya no me conoceréis  
aunque os dijese mi nombre.  
Pariente soy, gran señor,

(1) En el impreso dice: "Como puede", que no está tan bien, aunque se ponga interrogante.

de vuestra mujer.

SANCHO. ¡Ah, Cielo!

ARNALDO. Hallo en su rostro consuelo  
y en su limosna favor;

que después que vino aquí  
de este bien quiere que goce.

SANCHO. ¿Y ella por deudo os conoce,  
tan pobre?

ARNALDO. Mi señor, sí;  
que no hay linaje en el mundo,  
por más alto y eminente,  
sin algún pobre pariente.

SANCHO. ¡Qué mal mi esperanza fundo  
sobre tanta vil bajeza!  
Aun en esto doña Juana  
me es contraria.

ARNALDO. El ser tan llana  
hace mayor su nobleza.  
Bien sabéis que es bien nacida;  
pero de pobres parientes.

SANCHO. ¡Que aún hay más inconvenientes  
con que mi esperanza impida!

Andad, buen viejo, y no entréis  
en palacio eternamente,  
ni digáis que sois pariente  
de la Virreina, que haréis  
que os castigue.

ARNALDO. A Dios remito  
la verdad.

SANCHO. ¡Tanta bajeza!

ARNALDO. Ya destierran por pobreza;  
mas debe de ser delito.

SANCHO. Oíd: ni entréis en Pamplona  
en vuestra vida.

ARNALDO. No haré,  
que bien poco viviré.

(Vase.)

SANCHO. ¡Buen deudo; gentil persona!

(Sale una MUJER con un memorial.)

MUJER. Suplico a Vueseñoría  
que me mande despachar.

SANCHO. No ha habido lugar;  
volved, señora, otro día.

(Vase [la MUJER] y sale un SOLDADO.)

SOLDADO. Otras veces he cansado  
esas manos con papeles;  
con dejar de ser crueles  
se librarán de este enfado.

¡Por vida del Rey...

SANCHO. ¡Teneos!

SOLDADO. ...que he de pasarme al de Francia!

SANCHO. Presto seréis de importancia.

SOLDADO. Con sortijas y torneos  
reciben un español  
adonde quiera que va,  
porque donde el sol le da  
sale el más vil caracol.

SANCHO. El que sale de su tierra  
prueba bien el corazón,  
que la guerra es religión  
y ha de morir en la guerra.

SOLDADO. Eso a los que tienen cruces  
y les sobran las de plata.

SANCHO. Ya de pagaros se trata (1).

SOLDADO. Bien hayan los andaluces,  
que lo cobran de los moros  
cuando no los paga el Rey.

SANCHO. Id vos allá, que el Virrey  
de allá trujo estos tesoros.

(Vase y sale un VIEJO.)

VIEJO. Por ser hijo y preso, en fin,  
a importunaros me atrevo.

SANCHO. Es muy loco ese mancebo.

(Salen MATEO y CRISPÍN, villanos, con unas cestas.)

MATEO. Llegad sin miedo, Crispín.

CRISPÍN. ¡Por Dios, que nos ha cogido  
entre puertas el Virrey!

MATEO. Abranle igual con el Rey (2).

PORTERO. ¡Hola, con menos ruido.

MATEO. Dénos los pies su Esquinencia.

SANCHO. ¿Qué es lo que queréis?

MATEO. Señor,  
mandadnos hacer favor  
que a los dos nos den licencia  
para entrar a presentar  
a vuesa mujer diez truchas,  
que aunque hayáis comido muchas  
éestas me atrevo a jurar  
que no las habéis comido.

SANCHO. ¡Qué inocencia!

CRISPÍN. Son tan grandes  
que no las hay de aquí a Flandes  
de tamaño más cumplido.

MATEO. Trucha viene en la chistera  
que pudiera ser salmón.

SANCHO. ¿Tenéis pleito o pretensión?

CRISPÍN. Si el Concejo lo supiera  
algún pleito procurara

(1) En el impreso dice, por errata, "paxaros".

(2) Así en el original. Quizá deba leerse "Háblanle", y en estilo rústico "Hábranle".



o yo hiciera algún delito.  
 SANCHO. ¿Pues qué queréis?  
 MATEO. Han escrito  
 que sois Sancho de Guevara,  
 el que casó con Juanica,  
 la hija de don Vicente  
 el rico y nuesto pariente.  
 Díome un buey y una borrica  
 su padre, que Dios perdone,  
 el día que me casé,  
 y yo como me acordé,  
 aunque el oficio la entone,  
 ¡pardiez!, la traigo un presente  
 y a que sepa lo que estimo  
 que me conozca por primo.  
 SANCHO. ¡Hola, echad de aquí esta gente!  
 ¿Hay locura tan extraña?  
 ¡Oh, cuánta verdad encierra  
 que nadie es nada en su tierra  
 y el nada es algo en la extraña! (1)  
 PORTERO. Ea, despejad la sala.  
 MATEO. ¡Ah, señor, mire que soy  
 su primo!  
 SANCHO. ¡Corrido estoy!  
 PORTERO. ¡Salid allá noramala!  
 CRISPÍN. Para él vienen las truchas.  
 PORTERO. ¡Salgan noramala fuera!  
 MATEO. Tome las cuatro siquiera,  
 mire que traemos muchas.  
 SANCHO. ¡Cosa que os haga azotar!  
 CRISPÍN. ¿Por traer truchas?  
 PORTERO. ¡Salid presto!  
 SANCHO. ¡Azotaldos!  
 MATEO. Guarda el cesto;  
 nunca más vuelvo a pescar.  
 SANCHO. ¡Ay, honra, qué extrañas leyes  
 has puesto en un pecho honrado!  
 MATEO. Sin duda que es gran pecado  
 traer truchas a virreyes.  
 CRISPÍN. Señor, señor.  
 SANCHO. ¿Qué queréis? (2)  
 CRISPÍN. Mire que son salmonadas.  
 SANCHO. ¿Qué hacéis con esas espadas?  
 PORTERO. ¡Huíd, hombres, no aguardéis!  
 MATEO. Huye, Crispín, ¿no lo escuchas?  
 CRISPÍN. Yo llevo lindo despacho.  
 SANCHO. ¡Adiós!

MATEO. ¿Han vido el borracho,  
 cómo no quiso las truchas?

(*Vanse los villanos huyendo.*)

SANCHO. A doña Juana llamad.  
 PORTERO. Ella, señor, viene a verte.  
 SANCHO. Hoy pienso darla la muerte.  
 ¡Cielo, el rigor perdonad!

(*Sale DOÑA JUANA.*)

D.<sup>a</sup> JUANA. Como no me entráis a ver,  
 a veros quiero salir.

SANCHO. ¡Vive Dios, que ha de morir  
 tan deshonrosa mujer!

Salíos todos allá;  
 y tú, Fernando, está alerta  
 que nadie llegue a la puerta.

PORTERO. Nadie, señor, llegará.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Para qué es la prevención  
 de la puerta y de la gente?  
 ¿Tienes algún accidente?  
 ¿Cánsate la ocupación?

Los negocios del Gobierno  
 son las canas de los años,  
 porque entre dulces engaños  
 envuelven cuidado eterno.

Bienaventurado el Rey  
 que tiene ministro sabio.

SANCHO. Ni de negocios me agravio  
 por el cargo de virrey  
 ni me da pena el cuidado.  
 Tú sola pena me das.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Yo, mi señor?

SANCHO. ¿Pues quién más,  
 en este dichoso Estado?

Ya, doña Juana, no puedo  
 sufrir los deudos que tienes,  
 porque en el lugar que estoy  
 me humillan notablemente.  
 ¿Es posible que tenías  
 deudos tan pobres?

D.<sup>a</sup> JUANA. Pareces  
 hombre que salió del mar,  
 que mirando sus crecientes  
 dice: ¿Es posible que yo  
 pase por golfo tan fuerte?  
 Cuando éramos los dos pobres  
 no reparaste en parientes  
 pobres; cuando somos ricos  
 gente baja te parecen.  
 Bien sabes tú que mi padre  
 nada en nobleza te debe;

(1) En el original impreso es el PORTERO quien dice este verso.

(2) Estos dos renglones faltan en el impreso, pero están en el manuscrito.

el tener parientes pobres  
en toda sangre acontece.  
SANCHO. Sí; pero bien sabes tú  
que en oficios preeminentes  
deslustran mucho los deudos  
pobres, y más si pretende  
el dueño mayor lugar.

D.<sup>a</sup> JUANA. Al pensamiento me ofreces  
una fábula de Ysopo.

SANCHO. ¿Con fábulas me entretienes?

D.<sup>a</sup> JUANA. Bebía un cordero humilde  
de un arroyo en la corriente  
por lo bajo, y en lo alto  
un lobo voraz y aleve;  
y como matar quería  
el corderillo inocente,

“Mira que me enturbias —dijo—  
el agua; tan recio bebes.”

El cordero respondió:

“Lobo amigo, pleito quieres:  
si estoy en bajo y tú en alto,  
tú la enturbias, tú me ofendes.”  
¿Qué tienen que ver mis deudos,  
que el agua en lo bajo beben,  
contigo, que estás en alto,  
si no es que pleito pretendes?

SANCHO. ¿De suerte que soy el lobo?  
Entre mil virtudes tienes  
ésta de honrarme tu lengua;  
pues mal tu causa defiendes,  
que aunque más por lo sutil,  
de ser discreta te precies,  
no me has de satisfacer  
ni tú lo estás, que bien sientes  
que para mis pretensiones  
tus deudos pobres detienen  
el curso de mi ventura,  
porque no querrán los Reyes  
levantarme a más lugar.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues bien: ¿a qué te resuelves?  
¿Puedo yo remediar esto?

SANCHO. No quiero que lo remedies,  
que son muchos, doña Juana,  
sino que a Dios te encomiendes,  
porque no le puede haber  
más eficaz que tu muerte  
para que los reyes me honren  
y me casen altamente.  
Días ha que lo he pensado;  
no repliques, que no puedes  
excusar tu muerte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Mira

que tu mismo daño emprendes,  
que no será tan secreta  
mi muerte, que no te cueste  
la vida, luego que sepan  
los Reyes que fuí inocente.  
Yo te daré mejor modo.

SANCHO. ¿Cómo? ¿Dirás que destierre  
tus deudos?

D.<sup>a</sup> JUANA. No digo tal,  
sino que en su paz los dejes.  
Finge que me has enviado  
a Vizcaya, y vuelva en breve  
quien diga que muerta soy,  
porque yo, secretamente,  
con pobre traje me iré  
a esas sierras, cuyas nieves  
me sepulten mientras viva,  
pues la tierra no me quiere.

SANCHO. En escapando de aquí  
te quejarás a los Reyes.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo te doy licencia entonces  
que en el mismo honor me afrentes:  
di que te fuí desleal;  
bien habrá con quien lo pruebes,  
y lo escrito, aunque sea falso,  
por eso juzgan los jueces,  
que testigos a hombre rico  
no han faltado eternamente,  
ni para pobre desdichas,  
ni para desdichas muerte.

SANCHO. Ahora bien; tú sabes bien  
que mi alma te aborrece.  
Si lo sabes, ¿qué me buscas?  
Si me buscas, ¿qué me quieres?  
Yo no querría matarte,  
que no es justo que ensangriento  
un hombre tan valeroso  
la espada en mujer tan débil.  
Si ves que resuelto estoy,  
vete, doña Juana, vete  
adonde en secreto goces  
la vida que Dios te diere.  
Guárdate de descubrirte,  
porque si a mis manos vienes  
en mil vidas tienes pocas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Bien mis ejemplos te pueden  
asegurar del valor  
que me esfuerza y fortalece.  
¿En Granada no les dije  
que ya eras muerto, a los Reyes  
porque tú me lo mandaste,  
sufriendo hasta ver que vieses

que me casaban con otro?  
(Luego razón es que pienses  
que ahora sabré mejor  
que entonces obedecerte.

SANCHO. Eso te debo, no más,  
que es el ser tan obediente.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Del amor no dices nada?

SANCHO. Eso de amar no lo cuentes.  
Toma, Juana, un pobre traje,  
desnuda el rico que tienes,  
y por el jardín, de noche,  
vete donde más quisieres,  
con condición que ninguno  
te conozca.

D.<sup>a</sup> JUANA. Sancho, advierte  
que hoy me muero para ti.

SANCHO. ¿Pues qué quieres, si te mueres?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que siquiera con tus brazos  
esta garganta consueles.

SANCHO. No te fíes de mi enojo,  
que podrán ser que te aprieten  
de forma que pidas brazos  
y se te vuelvan cordeles.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ojalá!

SANCHO. ¡Déjate de eso!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué traje quieres que lleve?

SANCHO. Porque vayas más oculta,  
el más pobre que pudieres.

D.<sup>a</sup> JUANA. De Virreina de Navarra  
vengo a morir pobremente;  
ejemplo soy de fortuna.  
Adiós, cubiertas paredes  
de telas de oro y brocados  
y de bordados doseles.  
Góceos don Sancho con otra.

SANCHO. ¡Qué necia y prolija eres!

D.<sup>a</sup> JUANA. Como soy aborrecida  
parezco necia, y advierte  
que hablaba con estas piedras  
para ver si te enterneces;  
pero eres piedra más dura,  
yo eslabón que no te enciende.

SANCHO. ¡Acaba!

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya voy, mi bien,  
que esto es detenerme a verte.  
Adiós, mi don Sancho amado.

SANCHO. No con eso me enterneces.

(Vanse, y salen los MÚSICOS, de villanos, en una al-  
dea y dos labradores bailando; FLORA y CONSTANZA  
con sus panderos; BARTOLO y ENIO, villanos.)

MÚSICOS. La mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

UNO SOLO. Pues que tan clara amanece.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Y todo el campo florece.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Aquí hay verbena olorosa.

TODOS. Vamos a coger rosas  
la mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

UNO. Adonde cantan las aves.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Y corren fuentes suaves.

TODOS. Vamos a coger rosas.

UNO. Aquí convida la sombra.

TODOS. Vamos a coger rosas  
la mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

ENIO. El puesto habemòs ganado.

FLORA. Pocos mozos han salido.

BARTOLO. A jugar la lucha han ido  
los más valientes al prado;  
las gradas del olmo están  
a la fe, Flora, sin gente.

(Haya un olmo en el teatro, como aldea, con  
sus gradas.)

ENIO. Todo cristiano se asiente,  
que poco a poco vendrán.

BARTOLO. Si viniera un barquillero  
voto al sol que os convidara,  
que perdiera o que ganara.

ENIO. Amor no estima el dinero,  
que dicen que anda desnudo.

BARTOLO. Bien lo sé, por mis pecados;  
oro me cuesta y cuidados,  
aunque pastor tosco y rudo.

CONSTANZ. Lo que no puedo sufrir  
es que digáis que gastáis;  
si alguna cosa nos dais  
siempre la habéis de gruñir.  
¿Pues no es razón que miréis,  
que os habéis hecho tiranos  
de la hacienda, que en las manos  
oro y gobierno tenéis?

Sed vosotros los sujetos  
y nosotras las señoras,  
veréis con cuántas mejoras  
se truecan tales efetos;

no gastaréis, y veréis  
cómo nosotras gastamos;  
veréis lo mucho que os damos  
sin que vosotros nos deis.

Que si tenéis los dineros



por fuerza habéis de gastar;  
algo nos habéis de dar,  
que no hemos de andar en cueros.

ENIO. ¡Pardiez, que tiene razón!  
Los hombres nos lamentamos  
de lo que siempre les damos  
sin ver que sujetas son;  
porque al tener el dinero  
y a estar sujetos a ellas,  
no nos quejáramos de ellas  
con estilo tan grosero;  
ellas de nosotros sí,  
y dijeran que nos daban  
su hacienda, y que la gastaban  
con nosotros.

BARTHOLO. Es así.

ENIO. Luego bien dice Constanza.

BARTOLO. ¡Pardiez, Enio, que es verdad!

CONSTANZ. Si fueres a la ciudad  
y a la voluntad alcanza  
el dinero, por razón  
de este primer desengaño,  
cómprame un poco de paño.

ENIO. ¿Qué color?

CONSTANZ. Satisfacción.

ENIO. ¡Pardiez, Constanza, no sé  
qué color es!

CONSTANZ. Naranjada.

ENIO. Color y nombre me agrada;  
mas, ¿tendrêla de tu fe?

CONSTANZ. Si lo traes, bien podrás,  
y tendrêla yo de ti.

ENIO. ¿Quieres más?

CONSTANZ. Más quiero.

ENIO. Di.

CONSTANZ. Mas la guarnición, no es más.

ENIO. ¿Qué ha de ser?

CONSTANZ. Oro quisiera,  
pero terciopelo basta.

ENIO. ¡Y dirán que no se gasta!

CONSTANZ. El aforro te pidiera;  
pero acá no faltará.

ENIO. ¡Este ha sido lindo ahorro,  
reparar en el aforro  
donde lo demás está!

CONSTANZ. Si hallares una patena  
bien será que me regales.

ENIO. Yo te la vi en los corales.

CONSTANZ. No la pidiera a ser buena.

ENIO. Constanza, detente ahí  
si no quieres que me venda,

o tómate tú la hacienda  
y dame que vista a mí.

(Salen BELARDO, alcalde, viejo, y el BENEFICIADO.)

BELARDO. A la fe, Beneficiado,  
no hay fiesta sin tamboril.

BENEFIC. Callad, que ya viene Gil,  
que fué esta mañana al prado.

BELARDO. Sentaos, pues, y trataremos  
lo de las fiestas de Dios.

BENEFIC. ¿Habló el Regidor con vos?

BELARDO. Mañana nos juntaremos.

BENEFIC. Ha de haber danza con dichos.

BELARDO. Compóngala el escribano,  
que siempre trae en la mano  
los dichos y sobredichos.

BENEFIC. Heis donde vienen, Belardo,  
el Barbero y Regidor.

(Salen el BARBERO y el REGIDOR.)

REGIDOR. Dios guarde al señor doctor.

BELARDO. ¡Ala, he, que andáis gallardo!

Creo que os queréis casar.

BARBERO. No me lo diréis a mí,  
que buena mujer perdí.

BELARDO. Sancho, si queréis llorar  
íos mucho noramala

al rollò que está en las eras.

BARBERO. ¡Nunca habéis de hablar de veras!

BELARDO. ¿Paréceos a vos que es gala

llorar un viudo rico  
en toda conversación?

BARBERO. ¿No os parece que es razón  
el dolor que denefico?

BELARDO. Resucitárala Dios,  
aunque más me contéis de ella,  
que yo acabara con ella  
que no llorara por vos.

De buena gana os casara  
con mi hermana; mas no quiero,  
que, en efeto, sois barbero.

REGIDOR. ¡Mirad en lo que repara!

Pero, ¿por qué os da cuidado?

BELARDO. Porque soy hombre de vena,  
y me diera mucha pena  
tener al barbero al lado.

REGIDOR. ¿Jugaremos un rentoy?

BENEFIC. ¿Quién a quién?

BELARDO. El doctor sea  
con el barbero.

BARBERO. No crea  
que en tal propósito estoy,

que el Regidor juega mucho.

BELARDO. ¡Pardiez, en vano teméis;  
ganaréis cuanto juguéis!

BARBERO. Como por burla os escucho.

BELARDO. ¿Burla? ¡Si andáis de ganancia!

BARBERO. ¿Yo? Debéisos de burlar.

BELARDO. ¿Pues no es ganancia enviudar?

BARBERO. Tal os venga la ganancia.

BELARDO. Estoy por decir amén.

(Sale DOÑA JUANA en hábito de estudiante.)

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién creyera que tuviera  
tanto valor que pudiera  
llegar hasta aquí también?

En traje pobre salí,  
pero presto le mudé,  
que del mío no fié  
el honor que vive en mí.

Con esto, que al hombre engaña,  
voy más segura en su traje,  
como quien sabe el lenguaje  
cuando va por tierra extraña.

Por este monte poblado  
de aldeas me esconderé,  
en tanto que el alma esté  
en cuerpo tan desdichado.

¡Ay, don Sancho, por subir  
a estado de más valor  
y por casarte mejor  
me condenas a morir!

Plega a Dios que no te mire  
con ojos de su venganza,  
que aún me queda confianza  
que mi inocencia te admire.

Y pues que no me mataste,  
algún día podrá ser  
que vuelva a ser tu mujer  
la mujer que despreciaste.

La gente de aquesta aldea  
pasa su fiesta en placer,  
que la ambición, ni el poder,  
ni los deleites desea.

Dichoso quien así nace,  
pues habiendo de morir  
el más sencillo vivir  
más a los sabios aplice.

Si en el lugar que nació  
mi padre me hubiera dado  
con mi igual, humilde estado,  
nunca yo me viera así.

¿Qué me ha valido hermosura,  
hacienda, ingenio y valor,

pues nunca me tuvo amor  
quien hoy mi muerte procura?

Estímase por Ladrón  
de los buenos de Guevara,  
y en las almas no repara  
que todas iguales son.

Mas ya reparan en mí.—  
Guárdeos Dios.

BELARDO. Con bien vengáis.

¿Con quién venís? ¿Qué buscáis?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Está el señor cura aquí?

BENEFIC. Yo soy; ¿qué es lo que queréis?

D.<sup>a</sup> JUANA. Dómine, paso adelante:  
yo soy un pobre estudiante,  
que por Dios algo me déis.

BENEFIC. ¿Y quam artē profiteris?

D.<sup>a</sup> JUANA. Grammaticam.

BENEFIC. Bien está.

Quedaos esta noche acá,  
y mecum manducaberis.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tan mal debe de saber  
hablar latín como yo.

BELARDO. ¿Quién, mancebo, os engañó?  
¿Para qué os vais a perder?

Vos debéis de ir por novillos.

REGIDOR. Sin duda que se desgarrá.

D.<sup>a</sup> JUANA. No soy, señor, de Navarra.

BELARDO. Luego aquestos rapacillos  
dicen que van a ver mundo.  
¿De donde sois?

D.<sup>a</sup> JUANA. De Aragón;  
mis padres muy pobres son,  
mi amparo en las Letras fundo.

BARBERO. Si aprender oficio fuera  
vuestro intento, yo os mostrara  
el mío.

D.<sup>a</sup> JUANA. No me excusara  
si un arte noble aprendiera (1).

BARBERO. Ser barbero y cirujano,  
¿no es arte noble?

D.<sup>a</sup> JUANA. Sí es.

BELARDO. Y aun oficio que en un mes  
podréis curar cualquier sano.

D.<sup>a</sup> JUANA. Lo que toca a Cirugía  
me parece que aprendiera  
si vuesa merced quisiera  
tenerme en su compañía.

BARBERO. Vuestra cara y vuestro talle  
me obligan a haceros bien.

(1) Así en los textos; pero acaso Lope escribiría:  
"Si arte noble no aprendiera."

BENEFIC. Dios os le haga a vos también, que así queréis amparalle.

BARBERO. ¡Pardiez que pone afición!

BENEFIC. Si no le queréis allá, en la iglesia servirá y yo le daré ración.

D.<sup>a</sup> JUANA. Con el señor cirujano pienso que será mejor, que con el señor doctor gastaré mi tiempo en vano.

BARBERO. El dice bien. Pues conmigo venid, y sabréis la casa.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ved lo que en el mundo pasa!

BARBERO. ¿Cómo os llamáis?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Yo? Rodrigo.

BARBERO. Venid por aquí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya vengo.

BELARDO. ¡Hola! Si sabéis sangrar, bien os podéis enseñar en un pollino que tengo.

REGIDOR. ¿Jugaremos al rentoy?

BELARDO. Vamos en casa del cura, si habrá frío, por ventura.

BENEFIC. Si nada es frío, eso os doy.

BARTOLO. Enio, el Alcalde se va.

ENIO. Báilese delante dél.

CONSTANZ. Pues si el cura va con él, juego y colación habrá.

MÚSICOS. La mañana de San Juan, mozas, vamos a coger rosas.

*(Váyanse delante de ellos cantando y bailando, y salga el virrey DON SANCHO con luto, el CHANCILLER, y otros CABALLEROS y TELLO.)*

CHANCILLER.

El reino todo, de tristeza lleno, a Vuestra Señoría envía el pésame desta improvisa y lastimosa muerte. No hay caballero que no traiga luto, no hay escudero que no lllore a voces, no hay pobre labrador que por lo menos perdone alguna parte del vestido, vistiéndose de negro en lo que puede. Todos, en fin, con general lamcinto, muestran de este suceso el sentimiento.

SANCHO.

El Reino con razón siente la muerte de la mejor mujer de quien fué patria, y el sentimiento es deuda a sus virtudes, de quien todos sabéis que fué dotada con gran ventaja a cuantas ha tenido,

aunque la hicieira en esto a Roma y Grecia. Yo no sé de qué suerte me consuele, mas sé que si me dan licencia luego los Reyes, mis señores, verá el mundo del amor conyugal un casto ejemplo.

UN CABALLERO.

¿Escríbeles el caso como pasa con aqueste dolor Vueseñoría?

SANCHO.

¿Pues no es forzoso, habiéndome los Reyes por ocasión de mi mujer honrado?

Ya les escribo el sentimiento mío, y cómo la enviaba con sus deudos, y que al pasar de aquel infausto río, quebrándose la puente, cayó dentro.

Mi soledad les digo, y les suplico provean este cargo en quien quisieren, porque mi intento es recogerme a un hábito, donde sirviendo a Dios la vida acabe.

OTRO CABALLERO.

¿Lastima ver llorar hombre tan grave!

A Vuestra Señoría guarde el cielo, generoso señor, muy largos años, que con la vida no faltó el consuelo.

SANCHO.

Tarde le espero yo de tantos daños.—

*(Vanse, y quedan TELLO y DON SANCHO.)*

¿Fuéronse?

TELLO.

¿No lo ves? Habla.

SANCHO.

Recclo.

TELLO.

Son los recelos sombra a los engaños.

SANCHO.

Quítame aqueste luto y dame presto un hábito galán, bueno y honesto.

TELLO.

Este papel me dió Felicia y éste Lisena y Clorinarda un gran recado.

SANCHO.

Verélas todas antes que me acueste.

TELLO.

A todas tienes en igual cuidado.

SANCHO.

La que me quiere bien paciencia apreste,



que a no querer estoy determinado.  
¿Qué te dijo la vieja?

TELLO.

Que era bella,  
y de trece a catorce la doncella.

SANCHO.

Linda vida es aquésta.

TELLO.

Como nueva.

SANCHO.

¿Es posible que hay hombre que se case?

TELLO.

Entre señores aún mejor se lleva;  
no hay cuarto adonde la mujer se pase.

SANCHO.

¿Has visto un gavilán cuando se ceba?  
Pues tal quisiera yo que me cebase  
tu diligencia en nuevas aves.

TELLO.

Creo

que has hurtado a Eliogábalo el deseo.

Mas mira que te aguardan los matantes (1)  
y los dos que cantaron esta siesta.

SANCHO.

No dudes que saliera mucho antes  
a estar la luna en esos montes puesta.

TELLO.

¿Has de ver a Risela?

SANCHO.

No te espantes  
si vieres a Risela descompuesta,  
que no me pago yo de hipocresías,  
robar las noches y rezar los días.

TELLO.

Ella a lo menos bien se justifica.

SANCHO.

Lágrimas de mujer a moscateles,  
ninguna cosa más me ratifica;  
eso a los boquirrubios y noveles.

TELLO.

Señor, a la rodela el brazo aplica,  
que ya puedes bajar por donde sueles.

(1) En el impreso dice este verso: "Mas si miran  
que te aguardan los montantes."

SANCHO.

¿Qué hará Dios de mi muerta?

TELLO.

¿Eso preguntas?  
Las vivas busca y deja las difuntas.

(Salen los MÚSICOS y MAURICIO y FABRICIO, de  
noche.)

MÚSICO.

Mucho tarda en bajar

MAURICIO.

Tendrá respeto  
a la gente de fuera y de su casa,  
que está el Virrey agora triste y viudo.

FAB.

¡Bonito es él para tener respeto!

MÚSICO.

¡Desatinado mozo!

MAURICIO.

¡Temerario!

MÚSICO.

¿Fué Nerón más cruel?

MAURICIO.

¿Ni más vicioso?

FAB.

Así ha de ser un hombre poderoso.

MAURICIO.

Tal tengas la salud.

FAB.

Mejor la tenga.

MAURICIO.

El espejo del mundo es los señores.

MÚSICO.

Predica un poco. ¡Así te den tercianas!

FAB.

¡Qué poco que ha sentido haber perdido  
una mujer hermosa y entendida!

MAURICIO.

¿No ves que no sentir, porque no sienten,  
se llama ya valor entre los príncipes?

FAB.

A lo menos es muestra de grandeza.

MAURICIO.

A lo menos es vida delectable.

FAB.

Vivir para hoy es ley que al sabio agrada.

MAURICIO.

Antes viven los más para otro día,  
pues durmiendo la luz, velan la noche;  
la vida parten entre cama y coche (1).

MÚSICO.

Este me desatina.

FAB.

¡Gran belleza  
fué la de su mujer!

MÚSICO.

¡Y desdichada!

MAURICIO.

¿Por qué la aborreció?

MÚSICO.

Por su firmeza  
y porque le amó, siempre desamada.  
Tanto estimó este necio la grandeza  
de la sangre, de abuelos heredada,  
que porque su mujer no era ángel puro  
no la quiso por yedra de su muro.

MAURICIO.

¡Oh, mal que le haga Dios!, y vendrá luego  
a querer un demonio, que le haga  
mil pesos falsos, y él, a todos ciego,  
será avestruz que hasta los hierros traga.

FAB.

Eso dicen que pica el gusto.

MAURICIO.

¡Fuego!

(Salen DON SANCHE y TELLO, de noche.)

SANCHE.

No quedará de la traición sin paga.

TELLO.

Gente hay aquí.

SANCHE.

¿Quién va?

MAURICIO.

¿Quién lo pregunta?

SANCHE.

Este brazo, esta mano y esta punta.

MAURICIO.

¿Es mi señor don Sancho de Guevara?

SANCHE.

¿Y tú Mauricio acaso?

MAURICIO.

A tu servicio,  
con todos los amigos del Parnaso.

SANCHE.

Anden las musas; ruede verso y prosa,  
suéltese el gusto y corran los deseos;  
tañed, cantad; no quede moza hermosa  
que no amanezca con dos mil empleos.

MÚSICO.

¿Quieres que cante una canción famosa (1)  
de todas las banderas y trofeos  
que ganaste a los moros de Granada  
por el valor de esa invencible espada?

SANCHE.

No quiero ahora túmulos ni broches;  
cantemos en lenguaje picaresco,  
que la mujer más casta en estos gonces  
se queda más dormida que un tudesco.  
Entonces peleaba como entonces;  
ahora, como ahora gozo el fresco.  
¿Quién vive en estas verdes celosías?

FAB.

Dos niñas de a cien mil y tantos días.

SANCHE.

¡Escupo, no hay preñada con más ascos!

MAURICIO.

Yo te quiero llevar a cierta moza,  
candeleros de plata con damascos.

SANCHE.

¡Cuerpo de tal, la risa me retoza!

MAURICIO.

Mas es mujer que ablandará peñascos,  
y que el mejor Guzmán, Lara y Mendoza  
dejara por dineros de un lacayo.

SANCHE.

¡Fuego!

(1) El pasaje anterior en que se suspenden las octavas reales debe de estar alterado.

(1) En el impreso dice "canción hermosa" por errata.

MÚSICO.

¡Alquitrán!

FAB.

¡Salitre!

TELLO.

¡Aceite!

MAURICIO.

¡Rayo!

SANCHO.

Si va a decir verdad, entre mujeres  
se tiene por blasón pelar los hombres;  
luego a la noble dicen: fácil eres,  
y desde boba a necia, dos mil nombres.  
Saber con opinión, Mauricio, quieres  
mujer, entre mujeres, no te asombres,  
que la que pesca con mayor guadaña  
ésa tienen en más.

MAURICIO.

Guarda la caña.

FAB.

Aquí vive una moza recatada  
que guarda a cierto penitente el rostro.

SANCHO.

¿Vive con él honrada?

FAB.

Y muy honrada.

SANCHO.

Pues a su puerta y su balcón me postro.

MÚSICO.

Yo conozco una fea bien hablada,  
a oscuras ángel y con luces monstró.

SANCHO.

Excomunió[n] parece que recelas,  
pues es mujer hasta matar candelas.

TELLO.

Una viuda he visto yo estotra tarde (1);  
mas no dará licencia al mismo Apolo.

SANCHO.

Rompamos la puerta.

TELLO.

¡Dios me guarde!

SANCHO.

Dime la casa y llamaré yo solo.

TELLO.

Bien dices, que si vas con este alarde  
primero te abrirá su quicio el polo.

SANCHO.

Ve delante.

TELLO.

No vayas sin sosiego.

SANCHO.

Si tengo de callar, vuélvome luego.

*(Vanse, y salen BELARDO y CONSTANZA, su hija.)*

BELARDO. ¿Qué tienes? ¡Duelos te den!

CONSTANZ. ¡Mirad qué traza de padre!

A fe que a vivir mi madre  
que me tratara más bien.

BELARDO. ¿Pues cómo puedo tratarte,  
si no te entiendo, Constanza?

CONSTANZ. Más pienso que se os alcanza.

BELARDO. ¿Qué puedo más que curarte?

CONSTANZ. ¡Bien me curáis, por mi fe!

BELARDO. ¿Qué tienes?

CONSTANZ. Opilaciones.

BELARDO. Si tuvieras sabañones  
en la mano o en el pie;  
si tuvieras tiña o sarna,  
o enfermedad conocida.

CONSTANZ. Esta me toca en la vida  
y así el alma me descarna (1).

BELARDO. ¿Pues qué es estar opilada?

CONSTANZ. Es un cierto no sé qué  
que se ve y que no se ve.

BELARDO. Pues pon y pongas no nada.

CONSTANZ. Siento yo mucho dolor.

BELARDO. Por Dios que yo no lo siento.

CONSTANZ. Es mal del entendimiento.

BELARDO. Pues, hija, parece amor.

CONSTANZ. ¿Amor? ¡Jesús, Dios me guarde!  
¡No me lo nombréis!

BELARDO. No haré;  
pero si es amor, a fe  
que nunca en saberse tarde.

CONSTANZ. Yo me querría sangrar.

BELARDO. Eso juráralo yo,  
y más si el barbero os dió  
la causa.

(1) Así este verso en los originales, que es largo;  
probablemente se habrá escrito así:

“Una viuda vi yo estotra tarde”.

(1) Así está este verso en el impreso. En el manuscrito, quizá por algún recelo de la censura, se enmendó, diciendo “y dentro del alma encarna”.



CONSTANZ. ¿Íránle a llamar?

BELARDO. Yo propio.

CONSTANZ. Vame la vida  
en que me pique y me saque  
tanta sangre que me aplaque  
todo este mal por la herida;  
que de abundancia sospecho  
que todo mi daño ha sido.

BELARDO. Caracoles habéis comido  
y mal os han hecho.  
menester os habéis sangrar  
de la vena del pecho (1).

CONSTANZ. Id, que me sienta morir.

BELARDO. Voy, que sé bien que en mujer  
para más daño ha de ser  
el quererla resistir.

(Vase.)

CONSTANZA.

¡Hermoso sangrador, dulce barbero,  
venido por mi mal a ser bien mío,  
la sangre que me alteras te confío  
y de tu herida mi remedio espero!

Decirte quiero que por ti me muero  
mejor que con las quejas que te envío:  
aunque tengas mi mal por desvarío  
por lo menos sabrás lo que te quiero.

Si la sangre contigo me enenista  
los sabios dicen que el amor se causa  
de sangre, que entra en rayos por la vista.

Si quieres que se temple y ponga pausa  
sángrame tú, que como amor resista  
cesarán los efectos con la causa.

(Sale DOÑA JUANA en hábito de barbero aldeano, con  
su cinta y estuche.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Días ha que sé la casa,  
no tiene que me prevenga.  
¡Oh, hermosa, guárdela Dios!  
Diga, ¿dónde está la enferma?

CONSTANZ. ¿Por la enferma me pregunta?

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿No he de preguntar por ella?  
¿He de sangrar al primero  
que me topare a la puerta?

CONSTANZ. Si él fuera buen cirujano,  
si él buen cirujano fuera,  
conociera que era yo  
la enferma.

D.<sup>a</sup> JUANA ¡Oh qué linda enferma!

(1) Estos cuatro versos parecen ser una copla o cantar del pueblo.

¿Ella es la enferma que dice,  
y con boca tan risueña (1),  
que se comerá una hogaza,  
y tendrá esta casa a cucostas,  
en qué quiere que adivine,  
por las referidas señas  
y otras tales, que ella es  
la enferma?

CONSTANZ. ¡Oh qué linda flema!

Tome ese pulso y verá  
de qué lado estoy enferma;  
que a fe que tengo hartos males  
si decírselos supiera.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si enfermó de socarrona,  
que la sangre una ballesta;  
si es mal que tiene secreto,  
¿a qué astrólogo le cuenta?  
Este pulso está muy bueno.

CONSTANZ. ¡Miente!

D.<sup>a</sup> JUANA. Seis letras son esas,  
que a ser igual la salud  
le diera con la lanceta.

CONSTANZ. Mírele bien.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya le miro.  
Aquestas intercadencias  
son fina bellaquería.

CONSTANZ. ¡Ay, Jesús, cómo me aprieta!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Mal me haga Dios si tal hago,  
y qué de vicio se queja!

CONSTANZ. El puede ser buen barbero,  
pero mal entiende tretas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Esta moza se derrite  
y procura que la entienda;  
pues sepa que el oficial,  
aunque diestro le parezca,  
no tiene carta de examen  
y que ha de quedar muy fea.  
Ahora bien; este su mal  
¿a qué términos le llega?  
Porque si son de sangría  
haré que el maestro venga,  
que yo en cosas de peligro  
aún no curo con licencia.

CONSTANZ. ¡Rodrigo!

D.<sup>a</sup> JUANA. Señora mía.

CONSTANZ. ¡Rodrigo del alma!

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Reina!

(1) Estos versos están así en el impreso. En el manuscrito aparecen corregidos en esta forma:

“D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Oh, qué linda flema!

¿Si la veo levantada  
y con boca tan risueña”, etc.

CONSTANZ. ¡Rodrigo mío!  
 D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué quiere?  
 CONSTANZ. Que me entienda.  
 D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Que la entienda?  
 ¿Cómo puedo, si ninguna  
 puede ganar la traviesa?  
 CONSTANZ. ¡Si tú lo fueras, Rodrigo!  
 D.<sup>a</sup> JUANA. Pues bien, ¿de qué me sirviera?  
 CONSTANZ. Ahora bien; dame un abrazo.  
 D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Y cuatro, mis ojos; llega!  
 CONSTANZ. ¡Ay, barbero desbarbado!  
 D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Ay, enferma desenferma!

(Sale BELARDO.)

BELARDO. ¡A fe que para sangrarla  
 no le ponéis mal la venda!  
 D.<sup>a</sup> JUANA. Vuesa merced mande luego  
 coger diez onzas de estrellas,  
 seis libras de humo de estopas  
 y dos de pelos de piedras,  
 y aplicado a la barriga  
 con un pedazo de estera  
 para que no la lastime,  
 no le dolerán las muelas.

(Vase.)

BELARDO. ¿Qué es esto, Constanza?  
 CONSTANZ. ¿Yo?  
 BELARDO. ¿Es buena aquesta receta?  
 CONSTANZ. ¡Ya dirá que es mucha costa,  
 ya que le gasto su hacienda!  
 Haga, padre, lo que dicen  
 si no quieres que me muera,  
 que el barbero es hombre sabio  
 y sabe que si no llegas  
 a estorbar la medicina  
 quedaré del todo buena.

(Vase.)

BELARDO. De suerte me han persuadido  
 que será bien que lo crea.  
 Mas, ¿dónde tengo de hallar  
 pelos de piedra y estrellas?  
 ¡Voy a coger un garrote  
 de cosa de vara y media,  
 que yo le daré salud  
 en saltando la corteza.

## ACTO TERCERO

de la HERMOSURA ABORRECIDA.

(Sale ARNALDO, viejo, y URBANO, criado del REY.)

ARNALDO. A los forasteros causa  
 mayor congoja y dolor.  
 URBANO. Sentirán que su rigor  
 pone a sus negocios pausa;  
 que la Reina con la pena  
 está retirada.  
 ARNALDO. El cielo  
 la dé en tanto mal consuelo.  
 ¿Y es tanto como se suena?  
 URBANO. Tengo por cierto que es más;  
 mas va de bien en mejor,  
 por un famoso doctor  
 navarro.  
 ARNALDO. ¿No me dirás,  
 pues que tú también lo eres,  
 cómo el caso sucedió,  
 que con ver que aquí pasó,  
 hay diversos pareceres?  
 URBANO. Por la patria y porque siento  
 tu buen deseo, me animo.  
 ARNALDO. Mucho la verdad estimo.  
 URBANO. Oye atento:  
 ARNALDO. Estoy atento.  
 URBANO. Viernes, siete de diciembre,  
 bien digno de nombre eterno,  
 año de noventa y dos  
 sobre mil y cuatrocientos,  
 los dos Católicos Reyes  
 a sus nobles plantas vieron  
 la gran ciudad de Granada,  
 fin del africano imperio,  
 dejando al santo Arzobispo  
 que fué su padre primero,  
 Fernando de Talavera,  
 para su amparo y gobierno,  
 a esta famosa ciudad  
 de Barcelona partieron,  
 con ánimo de hacer Cortes,  
 aunque en su ausencia bien presto  
 los moros se rebelaron  
 y al Albaicín se subieron  
 con las armas escondidas  
 y haciendo muchas de nuevo  
 de las azadas y rejas  
 que en gran cuidado pusieron  
 a España; mas fray Fernando,

de sus armas puesto en medio (1)  
milagrosamente hizo  
que las armas suspendieron,  
y humildemente besaron  
los sagrados ornamentos.  
Don Iñigo de Mendoza,  
general de todo el reino,  
que era alcaide de su Alhambra,  
hizo un hecho en este tiempo  
digno de su sangre y casa,  
que viendo el prometimiento  
que el Arzobispo les hizo  
para asegurar su miedo  
de alcanzarlos el perdón,  
por sosegarles de nuevo  
a la Condesa y sus hijos  
les dió en rehenes.

ARNALDO. Confieso

que fué valerosa hazaña  
de su generoso pecho.

URBANO. Estando, pues, los dos Reyes  
en Barcelona, contentos  
de ver a Granada en paz  
y amados por todo extremo,  
saliendo Fernando un día  
con grande acompañamiento,  
un hombre desatinado,  
que yo por loco le tengo,  
metiendo mano a la espada  
con furioso atrevimiento  
dió una cuchillada al Rey  
que le cortó casi el cuello,  
y a no ser por un collar  
cuyas piezas resistieron  
el golpe, diera sin duda  
con la cabeza en el suelo,  
porque por alguna parte  
entró más de cuatro dedos;  
mas quiso Dios que salvase  
las cuerdas y todo el grueso (2)  
de la nuca, de manera  
que dió lugar al remedio.  
Las diligencias, Arnaldo,  
que en esta herida se hicieron,  
como los Reyes son santos,  
no fueron de humanos medios,  
que se acudió a los divinos  
con gran devoción primero.

Vieras toda la ciudad  
en un confuso silencio,  
hasta que rompió en el llanto  
la suspensión de los pechos.  
Ni oficiales trabajaban,  
ni a las cosas del sustento  
había quien acudiese;  
el trato estaba suspenso;  
toda la gente acudía  
a iglesias y monasterios,  
pidiendo piedad a Dios  
niños, mujeres y viejos.  
El, finalmente, movido  
a lástima de su pueblo,  
dió al Rey salud.

ARNALDO. Denle gracias  
las virtudes de los cielos.

URBANO. La cura de aquesta herida  
atribuyen, después de ellos,  
a un doctor de nuestra tierra,  
a un cirujano mancebo  
de lindo talle y persona,  
tanto, que a no haberse puesto  
con la generosa Reina  
en pretensiones del premio,  
fuera tenido por ángel.

ARNALDO. ¿Qué nombre?

URBANO. Rodrigo; pienso  
que es natural de Pamplona.

ARNALDO. Noticia de todos tengo;  
mas no hay tal doctor Rodrigo.

URBANO. Si desde niño pequeño  
fué a estudiar a Salamanca,  
no es mucho no conocerlo;  
pero quiérote advertir  
que por la cura que ha hecho  
priva con los Reyes tanto,  
que si le dices tu intento,  
lo que contra el Virrey pides  
hará que despachen luego.

ARNALDO. Si el navarro es de Pamplona,  
a sus padres o a sus deudos  
conoceremos sin duda.

URBANO. Basta para enternecello  
la patria y lo que les pides  
a los Reyes, porque creo  
que haber tenido salud  
bastaba todo el suceso;  
pero ventura has tenido,  
que este gallardo mancebo  
es el doctor que te digo.

ARNALDO. ¡Ay, cielos!, ¿qué es lo que veo?

(1) En el impreso, por errata, dice: "miedo".

(2) En el manuscrito se enmendó, poniendo "hueso".



(Salen DOÑA JUANA con herreruelo y sombrero o alguna gorra si le estuviere bien, y un vaquero negro, y sus guantes de médico, y FÉLIX.)

FÉLIX. Todos han parado en mal  
cuantos fueron en tu daño.

D.<sup>a</sup> JUANA. Félix, yo entendí el engaño.

FÉLIX. ¡No he visto castigo igual!

D.<sup>a</sup> JUANA. Gané de aquel labrador,  
barbero de aquella aldea,  
o que por ventura sea  
o por mi propio valor,  
de suerte la voluntad  
los años que le serví,  
y también porque le di  
hacienda en gran cantidad,  
que, como sabes, curaba  
de suerte, que todo el mundo  
como a Hipócrates segundo  
de mil partes me buscaba,  
que me hizo su heredero;  
pero sus deudos, villanos,  
envidiosos y tiranos,  
juntos, con (1) intento fiero,  
me procuraron matar.  
Mas dejándoles la hacienda  
escapé la mejor prenda  
y me salí del lugar.

Vine a tiempo a Barcelona  
que hallé al Rey con esta herida,  
que, después de Dios, la vida  
me debe.

ARNALDO. Urbano, perdona,  
que quiero llegarle a hablar;  
ya no porque me haga bien,  
mas porque quiero también  
mis desdichas consolar

con ver en él un retrato  
de mi difunta sobrina.

URBANO. Eso el dolor lo imagina.

ARNALDO. No soy a su amor ingrato.

URBANO. Negocia y venme a contar  
lo que con él te sucede,  
porque si quiere, bien puede  
darte con el Rey lugar.

(Vase.)

ARNALDO.

Prospera el cielo tus felices años.

(1) En el impreso dice "con un intento", lo que hace largo el verso.

DOÑA JUANA.

Y a vos os guarde, padre, y dé consuelo.

ARNALDO.

Harto, señor, me importa en tantos daños.

He sabido, señor, que os trujo el cielo  
a dar al Rey salud, causa bastante  
para estimaros el mejor del suelo.

Yo, en fin, en estas cortes negociante  
(¡ay, Dios, cuánto parece a mi sobrina, (Ap.)  
su rostro es en extremo semejante!),

viendo que vos, por la virtud divina  
que os dió tal gracia, habéis al Rey y a España  
puesto en obligación tan peregrina

(¡oh cuánto el bien imaginado engaña),  
sabiendo que nacistes en Pamplona  
y que ver su ruína tan extraña

ha de obligar, señor, vuestra persona,  
quiero valerme del amparo vuestro,  
pues que la patria y la piedad me abona.

DOÑA JUANA.

¡Cielos, con qué temor el rostro nuestro  
(Ap.)

a un deudo tan cercano! Mas no importa,  
ya corre la fortuna en favor nuestro.

ARNALDO.

¿Quién fueron vuestros padres?

DOÑA JUANA.

Fué muy corta  
en eso mi ventura; si os parece,  
pues, que mi humilde casa me reporta,  
que el Rey, por ser quien es me favorece,  
decid qué pretendéis.

ARNALDO.

La misma cara  
de la difunta al pensamiento ofrece.— (Ap.)

Los Reyes, a don Sancho de Guevara

DOÑA JUANA.

Mi muerte debe de pedir mi tío.  
Y estar conmigo hablando, ¡cosa rara! (Ap.)

ARNALDO.

Por sus servicios y gallardo brío  
en la conquista de Granada, hicieron  
de Navarra Virrey.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Sancho mío! (Ap.)

ARNALDO.

El, en efecto, y su mujer vinieron

a su gobierno; pero apenas, hijo,  
en Pamplona dos meses estuvieron,  
cuando don Sancho que era muerta dijo  
su malograda esposa, y aquel día  
trocó su patria en luto el regocijo.

Mas como toda la ciudad sabía  
que por sus vicios y altivez don Sancho  
a su santa mujer aborrecía,

y que para vivir a lo más ancho  
procura matarla (oh, cuánto en veros  
el lazo estrecho al corazón ensancho!),

bien conoció que a sus criados fieros  
matarla hizo y que fingió que un río  
la sepultó.

DOÑA JUANA.

¡Qué indicios verdaderos!

ARNALDO.

El cuerpo no parece.

DOÑA JUANA.

Es desvarío

buscar el cuerpo.

ARNALDO.

Yo, si amor me abona,  
que soy, en fin, de doña Juana tío,

tras tanto tiempo vengo a Barcelona,  
no a pedir mi sobrina solamente,  
pero todo el remedio de Pamplona,

porque ha llegado a ser tan insolente,  
que no queda doncella ni casada  
que no se queje; hasta la noble gente.

Vengo a pedir al Rey vara o espada  
contra el tirano de Navarra, y quiero,  
hijo, que ampare hoy tu patria amada.

DOÑA JUANA.

¿Que es tan vicioso, padre, un caballero  
tan noble?

ARNALDO.

Tanto, que hace virtuosos  
a Claudio, a Galo, Tigelino y Nero.

DOÑA JUANA.

Pues yo hablaré a los Reyes generosos  
y pediré de tanto mal castigo.

ARNALDO.

La Reina es ésta.

DOÑA JUANA.

¡Ay, cielos rigurosos,  
que toda esta crueldad usáis conmigo!

(Salen los REYES.)

REY. Notable es el alegría  
que ha mostrado Barcelona.

ISABEL. La vista de tu persona  
es lo que el sol en el día:  
sin él han estado en tanto  
que no has tenido salud;  
pero ya con tu virtud  
cesó la nube del llanto.

REY. Bien debe a mi voluntad  
Barcelona ese deseo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¡Gracias al cielo que veo  
bueno a Vuestra Majestad!

Digo bueno de salud,  
que de bueno es el más bueno,  
como quien está tan lleno  
de generosa virtud.

REY. Merced del cielo, Rodrigo,  
y de tus manos famosas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Como son tan generosas  
usaron piedad contigo.

De parte de toda España  
quiero darte el parabién.

REY. Y a ti es razón que te den  
el galardón desta hazaña.

Esto hará España si yo  
de algún provecho les fuere,  
y yo, si la Reina quiere.

ISABEL. De suerte nos obligó,  
Rodrigo, tu ingenio raro,  
que es poco darte a Castilla.

D.<sup>a</sup> JUANA. Vos, única maravilla  
del mundo y de España amparo,  
pagáis con sólo dejar  
que os sirvan; mas pues queréis  
honrarme, ocasión tenéis,  
ocasión, tiempo y lugar.

ISABEL. Pide, Rodrigo, y advierte  
que mi poder tienes ya,  
pues libre mi bien está  
por tu ocasión de la muerte.

DOÑA JUANA.

Este buen viejo, Príncipes famosos,  
antes de este suceso, muchos días  
os ha pedido remediéis el reino  
de Navarra, oprimido de un tirano  
a quien por su mujer merced hicisteis  
del nombre de Virrey, mal empleado.  
Ya sabéis cómo dicen que la ha muerto,  
ya sabéis cómo fuerza las doncellas,  
ya sabéis cómo infama las casadas,

ya sabéis sus extrañas insolencias;  
hacedme a mí jüez en lo que toca.

Que aunque es verdad (1) que no ha sido cul-  
en lo que toca a vuestra real hacienda, [pado  
lo que os digo es tan digno de remedio  
cuanto se echa de ver en tantas lágrimas  
como llora a esas plantas todo un reino.  
Suplícoos que enviéis quien lo remedie  
y con la información secreta y pública  
traiga a don Sancho a vuestra Corte preso.

REY.

Eso que de merced a los dos pides  
es merced que nos haces; vaya luego  
un consejero nuestro a remediallo.

ISABEL.

¿Quién te parece a ti, pues los conoces,  
Rodrigo, digno de este oficio y cargo  
y que con rectitud se informe y prenda  
al tirano don Sancho de Guevara?

DOÑA JUANA.

Aquí, señores Reyes, entra ahora  
el premio y la merced de mi servicio:  
hacedme a mí jüez en lo que toca  
a hacer la información y traer el preso,  
que no quiero otro premio sino hacerle  
a mi patria, Navarra, este servicio.

REY.

Su ingenio es tal que puede confiarse  
dél esta empresa, si la Reina quiere;  
para la información y prisión sobras.

ISABEL.

Y aun para la sentencia, si tuviera  
las leyes y los años que era justo.  
Parta Rodrigo, pues, parta con gente  
a comisión tan grave y conveniente.

REY.

Al reino escribiremos que en llegando  
le den todo el favor que les pidiere:  
guarda, soldados, gentes y otras cosas  
para este intento necesarias.

DOÑA JUANA.

Guarde  
el cielo vuestras vidas.

REY.

Parte al punto  
mientras las cartas se despachan.

DOÑA JUANA.

Pienso  
que desta vez me deberá Navarra,  
buen hombre, el bien mayor que hacerla puedo.

ARNALDO.

Estatuas han de hacer a vuestro nombre.

DOÑA JUANA.

De esta prisión, amigo, os nombro alcaide.

ARNALDO.

Bésoos los pies, que no erraréis en eso.

DOÑA JUANA.

El mundo llame extraño mi suceso.

(Vanse DOÑA JUANA y ARNALDO.)

ISABEL.

La virtud de Rodrigo me aficiona.

REY.

Es su patria Navarra, y yo pensaba  
que fuese natural de Barcelona.

ISABEL.

Cuando pensé que para sí trataba  
el oficio mejor de esta corona,  
de su tierra el remedio procuraba.

REY.

¡Notable cura ha hecho!

ISABEL.

¡Milagrosa!

REY.

¿Qué dice el que me hirió?

ISABEL.

Ninguna cosa  
más de lo que hasta aquí dicho tenía,  
ni ha descubierto con tormento tanto  
cómplice en su maldad; sólo decía  
que Dios se lo mandó por su Ángel santo,  
que él era el rey y que reinar quería.  
Y lo que más, señor, me causa espanto  
es el ver que no quiera confesarse,  
sabiendo que el morir no ha de excusarse.

REY.

Sabe Dios que quisiera que viviera  
si al escarmiento no importara tanto,  
porque ése es loco.

(1) En el impreso, "Que aunque *no* es verdad", lo cual hace largo el verso y daña el sentido.



ISABEL.

Yo también quisiera,  
y del tormento le he quitado cuanto  
con ruegos he podido.

REY.

Que no muera  
sin confesar le diga su Angel santo,  
mejor que no matarme le diría.

ISABEL.

Por vuestra vida ofrezco a Dios la mía.

(*Vanse, y entran CONSTANZA y FLORA, labradoras.*)

FLORA. No llores, pues no hay remedio,  
que el llorar por lo imposible  
es, Constanza, el más terrible  
y más engañado medio,  
y el que es más discreto y sabio  
es consolarse.

CONSTANZ. No puedo,  
que tengo a mi honra miedo  
y del consuelo me agravio.

FLORA. Cuéntame todo el suceso  
del modo que te pasó.

CONSTANZ. Bien descansara si yo  
tuviera seguro el seso;  
pero temo que la historia  
a perdelle me ocasione,  
pero el seso me perdone  
y descanse la memoria.

Ibame yo al prado  
mañana en domingo  
después de la misa  
que el cura nos dijo;  
mi cabello suelto,  
sólo dividido  
de un listón de nácar  
que me dió mi primo.  
¡Ay, cuán mejor fuera  
llevarle cogido,  
que cabellos sueltos  
tocan a ser vistos!  
Sayuelo de grana  
llevaba vestido,  
y en pestañas verdes  
blancos molinillos;  
la basquiña azul  
y encarnados vivos;  
delantal labrado  
con hilo amarillo;  
las chinelas nuevas,  
y en el pie pulido

botín limonado  
tirante a membrillo,  
tanto, que las flores  
cuando más las piso  
se holgaban de verle  
por dos mil resquicios;  
camisa de pechos,  
no labrada de hilo,  
mas de seda negra  
con mil cupidillos.  
Iba yo a las fuentes (1)  
quebrando los vidrios  
y diciendo amores  
a los altos pinos,  
que, como tú sabes,  
muero por Rodrigo,  
barbero sin barbas  
de gallardo brío;  
ha más de seis años  
que su amor conquisto,  
pero es ablandar  
un peñasco frío.  
Mis amores tiernos  
con sabrosos picos  
iban ayudando  
dulces pajarillos,  
cuando de unas matas  
de verde lentisco  
salió un caballero  
como ellas vestido,  
cazador en traje,  
venablo y cuchillo,  
aunque en saltearme  
sátiro lascivo.  
—Bien vengáis, serrana,  
alegre me dijo;  
enseñadme os ruego,  
porque voy perdido.  
Para mi lugar  
le mostré el camino  
con palabras nobles;  
pero, ¿qué te digo?,  
que contaré todas  
las que nos dijimos  
era comenzar  
proceso infinito.  
Sabén unas flores,  
sabén unos lirios  
y unos orientales

(1) En el impreso, "Iba por fuentes", verso corto y sin sentido.

azules jacintos  
 que al pasar huyendo  
 un arroyo limpio  
 no hay miedo, madre (1),  
 no haya miedo, digo,  
 que por él tornase,  
 aunque su bullicio  
 me tirase perlas  
 de cristal rompido.  
 Caí sin querer  
 entre aquellos mirtos;  
 flores son de Venus,  
 aman sus delitos.  
 En su fuerza estaba  
 el pastor de Anfriso  
 cuando en busca suya  
 mucha gente vino.  
 Llámame Excelencia,  
 yo entonces resisto  
 algo de mi llanto  
 y de ver me admiro  
 que el virrey don Sancho,  
 con tan mal estilo  
 se pusiese a fuerzas  
 con mi honor perdido.  
 Ladrón de Guevara  
 harto bien le vino,  
 pues fueron sus obras  
 como su apellido.  
 Fué por el monte  
 con voces y silbos  
 y quedé yo dando  
 lastimosos gritos.  
 Mas vuelta a la aldea  
 con dos mil suspiros  
 le pido a mi padre  
 que me dé marido.  
 El, por darme gusto,  
 como alcalde y rico,  
 al barbero habla,  
 que era gusto mío;  
 y estando heredado,  
 mi dicha lo quiso,  
 sin otra ocasión  
 se fué fugitivo,  
 de suerte que estoy  
 en mil desvaríos,  
 sin saber que muero,  
 sin saber que vivo.

(1) En los textos, mi "madre", que hace largo el verso.

Ves aquí la historia  
 que a mis enemigos  
 ha dado venganza  
 para muchos siglos.

FLORA. Con razón tienes pesar  
 de tan extraño suceso.

CONSTANZ. Temo, Flora, te confieso,  
 que me tengo de matar.

FLORA. ¿Quieres que yo te aconseje  
 lo que has de hacer?

COSTANZ. Sí querría.

FLORA. Rodrigo se fué aquel día;  
 haz que tu padre se queje  
 de Rodrigo en la ciudad  
 diciendo que te forzó.

CONSTANZ. ¿Y levantaré yo  
 a Rodrigo tal maldad?

FLORA. ¿Qué importa, si de tu parte  
 al Virrey has de tener?  
 Que en casarte ha de querer  
 lo que te deba pagarte.

Con esto le hará buscar  
 y que por lo menos vuelva.

CONSTANZ. Aún no sé si me resuelva.

FLORA. ¿Quién te puede remediar  
 como quien te hizo el daño?

CONSTANZ. ¿Y cómo, Flora, diré  
 a mi padre que éste fué  
 quien me forzó, si es engaño?

FLORA. Constanza, a los atrevidos  
 la fortuna favorece.

CONSTANZ. Buen remedio me parece;  
 pero pierdo los sentidos  
 en pensar que he de sufrir  
 de mi padre los enojos.

FLORA. No te pongas en sus ojos  
 si temes que ha de gruñir;  
 si no, déjame con él.

CONSTANZ. El viene a linda ocasión;  
 yo fío en tu discreción  
 más que en mi dicha ni en él.

(Vase y sale BELARDO.)

BELARDO. Agradézcan que no hago  
 a su costa diligencia.

FLORA. ¿Con quién, tío, es la pendencia?

BELARDO. Que yo no me satisfago  
 de disculpas ni invenciones.

FLORA. ¿No veis que hablándoos estoy?

BELARDO. Calla, sobrina, que voy  
 a prender unos ladrones.

FLORA. ¿Ladrones?

BELARDO. Sí, los parientes  
de Sancho el barbero.

FLORA. ¿El muerto?

BELARDO. El mismo.

FLORA. ¿Por qué?

BELARDO. Es muy cierto  
que envidiosos y impacientes  
de que heredase Rodrigo,  
le han muerto, pues no parece.

FLORA. De que nadie lo merece  
yo soy constante testigo.

BELARDO. ¿Tú? ¿Pues qué sabes de aquesto?

FLORA. Sé que Rodrigo se huyó  
porque una moza forzó,  
y que es ladrón manifiesto.

BELARDO. ¿Qué dices?

FLORA. Lo que has oído.

BELARDO. ¿Moza, Rodrigo?

FLORA. ¿No es hombre?

BELARDO. ¿No podré saber su nombre?

FLORA. Eres parte.

BELARDO. ¿Parte he sido?

FLORA. Parte, y aun pienso que el todo.

BELARDO. ¿Eres tú?

FLORA. Más se te entiende.

BELARDO. ¿Más que en ti el honor me ofende  
ese traidor? ¿De qué modo?

FLORA. Los peores sordos son  
los que no quieren oír.

BELARDO. Mucho me das a sentir.

FLORA. Que lo sientas es razón.

BELARDO. ¿Es Constanza?

FLORA. Aquí te hiciera  
llorar si oyeras su historia.

BELARDO. ¡Oh, que tenga santa gloria  
su madre, si esto supiera!

FLORA. ¡Hiciera muchas locuras!

BELARDO. Antes le diera alegría  
de ver que la parecía  
en iguales travesuras.

FLORA. ¡Callad en mal hora, tío!

BELARDO. Huélgome, por mil razones,  
de que sus opilaciones  
no procediesen de frío.

Dormir descansado quiero,  
que es necedad pretender  
que se guarde una mujer  
de las manos de un barbero.

Y ella también estará  
descansada del dolor.

FLORA. ¡Vos tenéis gentil humor!

BELARDO. ¿Pues cómo puedo hacer ya

que aquesto deje de ser?

FLORA. ¡Fácilmente os consoláis!

¿No es mejor que le prendáis?

BELARDO. ¿Cómo le puedo prender?

FLORA. Con las manos y la vara.

BELARDO. Pues ¿adónde está?

FLORA. En Pamplona,  
en cas de cierta persona  
que le conoce y le ampara.

BELARDO. ¿Pues podré yo sacar?

FLORA. Pedir favor al Virrey,  
que aunque le pese, no hay ley  
que le defienda el casar.

BELARDO. El Virrey tiene tal fama  
que esas cosas no castiga.

FLORA. Llore Constanza y prosiga  
el pleito.

BELARDO. A Constanza llama  
y vamos tres enemigos,  
que testigos ha de haber.

FLORA. En secretos de mujer  
nunca se apuran testigos.

BELARDO. Tienes razón, te confieso,  
pongamos el pleito agora,  
porque esos secretos, Flora,  
pasan entre carne y hueso.

(*Vanse, y sale DON SANCHO con TELLO.*)

SANCHO. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

TELLO. Por lo menos esta vez  
digo que he visto el jüez,  
y que viene contra ti.

SANCHO. ¿Contra mi? ¿Por qué razón?

TELLO. Hanse quejado a los Reyes  
de tus agravios y leyes  
en las Cortes de Aragón.

SANCHO. ¿Es alguno del Consejo?

TELLO. Antes, señor, no es letrado.

SANCHO. ¿Pues quién?

TELLO. Parece soldado.

SANCHO. ¿Soldado? ¿Y es mozo o viejo?

TELLO. Muy mozo y de muy buen talle,  
por capitán general;  
querrán que a negocio igual  
hombre de guerra se halle.

SANCHO. ¿Y supiste el nombre?

TELLO. Sí;  
el capitán don Fernando.

SANCHO. ¿Capitán? Pues ¿cómo o cuándo  
un capitán contra mí?

TELLO. Tu hábito de Santiago  
trae también en el pecho.



SANCHO. Luego por eso le han hecho mi jüez.

TELLO. Tan grande estrago has hecho en vidas ajenas, que al Rey has dado ocasión para hacer información.

SANCHO. ¡A buen tiempo me condenas!

Los que ayudáis en el mal siempre sois desta manera, que luego os salís afuera en viendo peligro igual.

¿Agora te justificas?

(Sale un CABALLERO.)

CABALLER. ¿Qué haces, señor, de este modo, que el palacio cercan todo mil alabardas y picas?

SANCHO. ¿Cómo?

CABALLER. Un caballero ha dado una réal provisión a la ciudad, y en razón de ella esta gente le han dado.

SANCHO. Pues qué, ¿quíereme prender?

CABALLER. Yo no sé lo que pretende.

SANCHO. ¿Que ninguno me defiende? ¡Malquisto debo de ser!

(Sale la guarda que pueda con alabardas y detrás algunos soldados; de capitán, DOÑA JUANA, muy gallarda, y con hábito de Santiago.)

D.<sup>a</sup> JUANA. No se alborote ninguno.

SANCHO. Si hasta aquí pudiste entrar, ¿quién se puede alborotar? Yo no tengo amigo alguno, que si yo amigos tuviera primero que aquí llegaras, murieran treinta Guevaras, si alguno con sangre hubiera.

D.<sup>a</sup> JUANA. Los Guevaras son ladrones y tienen al Rey gran miedo; lo que asegurarte puedo es de que tú se le pones.

Pues quien jamás le ha tenido a los moros de Aragón, si fuera igual la ocasión a nadie hubiera temido.

Y yo no vengo a prender, que sólo vengo a informar.

SANCHO. Paréceme que oigo hablar mi aborrecida mujer.—

¿Para hacer informaciones se entra aquí con atrevida

fuerza?

D.<sup>a</sup> JUANA. Por guardar mi vida adonde hay tantos ladrones.

SANCHO. Veamos la provisión.

D.<sup>a</sup> JUANA. A la ciudad la enseñé, que a Vuseñoría ¿por qué, le he de hacer información?

SANCHO. Yo soy el segundo al Rey y a mí se me ha de mostrar.

D.<sup>a</sup> JUANA. Y el Rey os puede mandar, que os hizo, señor, Virrey.

SANCHO. ¿Qué me manda el Rey a mí?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que calléis y obedezcáis.

SANCHO. Eso es lo que no mostráis.

D.<sup>a</sup> JUANA. Importa ocultarlo así.

SANCHO. Yo sin ver la provisión preténdome defender.

D. JUANA. Si yo no os quiero ofender vanas las defensas son.

SANCHO. ¿Hay cosa más parecida a la mujer que perdí?—

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya se le acuerda que fuí la mujer aborrecida.—

SANCHO. ¿Que aun éste, por parecido a doña Juana, escogiese el Rey para que yo fuese de su imagen ofendido?

¿Hay cosa con más razón aborrecida de mí

que aun le pareciese aquí quien hace la información?

No sólo a mí doña Juana me hace mal, mas todo aquello que la parece, pues de ello recibo pena inhumana.

Intentar tengo su muerte.

D.<sup>a</sup> JUANA. Don Sancho, el reino cansado de ver que hayáis gobernado de esta suerte...

SANCHO. ¿De qué suerte?

D.<sup>a</sup> JUANA. La información lo dirá.—  
¡Plega a Dios que buena sea, que nadie más lo desea!

SANCHO. Bien; ¿de qué cansado está?

D.<sup>a</sup> JUANA. No lo sé, yo lo sabré; pero de que al Rey informan y que todos se conforman en que otro Virrey les dé; él me ha mandado informalle saliendo de Barcelona, no ofender vuestra persona sino escribir lo que halle.

Tanto le han dicho de vos,  
que a la ciudad le ha mandado  
que me guarde con cuidado.

SANCHO. No le engañaron, por Dios;  
que por lo que representa  
me espanto que no le quito  
la vida.

D.<sup>a</sup> JUANA. Lo que os permito,  
aunque corra por mi cuenta,  
es que andéis con libertad;  
que yo creo que os levantan  
lo que dicen.

SANCHO. No me espantan  
cnvidias de la ciudad.  
Yo sé la envidia quién es,  
y que en viendo un hombre en alto  
para ver si alcanza el salto  
morderle intenta los pies.

D.<sup>a</sup> JUANA. Así os habrá sucedido.  
Un bando he mandado echar  
por que se venga a quejar  
de vos cualquiera ofendido.

Yo no lo estoy; bien podéis  
fiarme, que sin pasión  
haré vuestra información.

SANCHO. Como caballero haréis,  
y sabrélo agradecer.

D.<sup>a</sup> JUANA. Perded, don Sancho, la pena.

SANCHO. No puede hacer cosa buena  
quien parece a mi mujer.

*(Vanse todos, y salen los REYES.)*

REY.

Otra vez me suplican los navarros  
que, pues estoy tan cerca, los visite.

ISABEL.

Pienso que lo merecen tantos ruegos,  
y la necesidad del reino es grande.

REY.

Pensaba detenerme en Zaragoza;  
mas por darles consuelo será justo  
que los dos a Navarra nos partamos  
a poner más cuidado en las fronteras,  
que con las falsas nuevas de mi muerte  
tienen necesidad de verme vivo.

ISABEL.

Las cosas de don Sancho bastan solas.

REY.

Bien lo sabrá apremiar nuestro Rodrigo.

ISABEL.

¿Sabéis como le hice a la partida  
de un hábito merced?

REY.

Bien le merece;  
y os juro que he de hacérsele encomienda,  
pues es tan bien nacido como dicen.

ISABEL.

¿Qué habéis sabido de Granada?

REY.

Quedan

perdonados los moros rebelados,  
y a don Iñigo López de Mendoza  
sus hijos y mujer restituídos.

ISABEL.

Gracias a Dios por tan altos bienes  
como dél recibimos cada día!

REY.

La partida aprestemos a Pamplona;  
mucho la ha de alegrar vuestra persona.

*(Vanse, y salen ARNALDO y DOÑA JUANA.)*

ARNALDO. ¿Nada quieres escribir?  
; Bien harás la información!

D.<sup>a</sup> JUANA. Arnaldo, en esta ocasión  
me conviene sólo oír.

ARNALDO. Si lo que oyes no escribes,  
¿qué mostrarás a los Reyes?  
O estatuyes nuevas leyes  
o a su perdón te apercibes.

Cuanto don Sancho merece  
ser del reino aborrecido,  
tanto de ti más querido  
en esta ocasión parece.

O veniste por jüez,  
o veniste por amigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. No hallo sin pasión testigo.

ARNALDO. Oye despacio una vez.

D.<sup>a</sup> JUANA. Ya me siento, llamen gente.

ARNALDO. A Tello te tengo aquí.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Es el preso?

ARNALDO. Señor, sí.

D.<sup>a</sup> JUANA. Esc en cuanto dice miente.

*(Entra DON SANCHO secreto.)*

SANCHO. Desde aquí picnso escondido  
ver hacer mi información.

ARNALDO. Este es Tello.

(Entra TELLO; DON SANCHE se pone detrás de un paño.)

TELLO. ¿Qué ocasión a prenderme te ha movido?

D.<sup>a</sup> JUANA. Haberme dieho de ti que sabes muy bien la vida de don Sancho.

TELLO. Es tan perdida, que por su causa lo fuí.

Cuanto a los Reyes dijeron es verdad, y aun mucho más.

SANCHE. ¡Buen criado!

D.<sup>a</sup> JUANA. Y mentirás lo que a los Reyes mintieron.

SANCHE. ¡Buen jüez!

TELLO. ¿Cómo mentir? El romano más culpado eternamente ha llegado a su lascivo vivir.

¡Oh, qué bien te lo dijeran mil doneellas y casadas, forzadas y deshonoradas, si por su honor se atrevieran!

¡Ay si hablara este retrete! Y mil easas que ha rompido.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Y eso hubiera sucedido a no ser tú el alcahuete?

SANCHE. ¡Oh caballero famoso! Soldado, en fin.

TELLO. Si me tratas de esta suerte y con ingratas palabras me haces medroso, no averiguarás verdad.

D.<sup>a</sup> JUANA. Yo vengo bien informado de que eres quien ha infamado al Virrey y a la ciudad.

TELLO. Tú no pareces jüez.

D.<sup>a</sup> JUANA. Testigos vengo a buscar, pero no me han de engañar con mentiras esta vez.

Como ya le ves caído, juras lo que dél no sabes. ¡Mirad qué cargos tan graves, que un hombre mozo lo ha sido!

¿Ha hecho traición al Rey? ¿Vendió en Navarra la entrada?

TELLO. No, señor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues todo es nada; ya sé que es hombre el Virrey.

Arnaldo, no te alborotes.

Sin que tu boca se abra a replicarme palabra,

den a este hombre cien azotes.

ARNALDO. No te quiero replicar, que te comienzo a temer.

SANCHE. ¿Hay más amistad que hacer?

¿Hay más piadoso juzgar?

¡Por Dios que estoy por salir!

¡Oh, quién se echara a sus pies!

TELLO. ¡Señor!

D.<sup>a</sup> JUANA. No quiero que des la disculpa del servir.

Castigue el Rey al Virrey

si no fué eauto ni casto;

para aleahuetes, yo basto.

TELLO. ¡Quejaréme a Dios y al Rey!

D.<sup>a</sup> JUANA. Azotado irás mejor.

ARNALDO. Aquí viene otro testigo.

(Llevan a TELLO, y sale RICARDO.)

RICARDO. Bien tengo que hablar contigo.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Eres hombre de valor?

RICARDO. Hidalgo soy.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues ¿qué sabes?

RICARDO. Mil veces acompañé a don Saneho.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Y dónde fué?

RICARDO. A inquietar mujeres graves.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué hacía?

RICARDO. Músicas daba.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Cantabas tú?

RICARDO. Sí, señor; y aun las terceras cantaba cuando hacerlo le importaba.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué voz cantaba?

RICARDO. Tenor.

D.<sup>a</sup> JUANA. No te mueva aquí interés.

¿Tomó don Sancho la hacienda de alguna? (1)

SANCHE. ¡Que éste me venda!

RICARDO. Antes se la dió después.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues pareceeme más mal, por bien que dorarlo quieras, de que cantabas tereeras

(1) Este pasaje está así en los impresos. En el manuscrito dice:

RICARDO. Músicas daba.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué voz cantaba?

RICARDO. Tenor.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Cantabas tú?

RICARDO. Sí, señor;

y aun las terceras cantaba, cuando se cantaba a tres.

D.<sup>a</sup> JUANA. Tomó don Sancho la hacienda de alguna?, etc.



que no la voz natural.

Si a nadie hacienda tomó,  
antes la suya les daba,  
¿al Rey en qué le agraviaba?  
¿Al Rey en qué le ofendió?

SANCHO. ¿Hay respuesta tan honrada?

RICARDO. ¿Pues tú respondes así  
a quien sirve al Rey y a ti?

D.<sup>a</sup> JUANA. Tercera voz no me agrada.  
Y porque llore en terceras,  
lleve el verdugo el compás  
con cien azotes no más  
y tres años de galeras.

RICARDO. ¡Señor!

D.<sup>a</sup> JUANA. No hay que replicar.  
Contra el pan que habéis comido  
juráis falso.

RICARDO. Que oigáis pido.

(*Llévanle.*)

SANCHO. ¿Hay tal piadoso juzgar?

ARNALDO. Aquí viene un valentón,  
gran matante de don Sancho.

D.<sup>a</sup> JUANA. Jurara a lo largo y ancho  
que éstos para todos son.

(*Entra MAURICIO.*)

MAURICIO. Sabiendo que me llamabas  
para que verdad te jure  
y servir al Rey procure,  
dos cosas que tanto alabas,  
mi memoria recorri  
y traigo bien que contarte.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Serviste al Virrey?

MAURICIO. En parte  
al señor Virrey serví.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Qué oficio?

MAURICIO. Salir de noche  
echo un reloj a su lado.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Dónde?

MAURICIO. A hablar con un terrado  
sobre balanza de un coche.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Eran damas?

MAURICIO. Recogidas  
y de sus padres guardadas.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si estuvieran acostadas  
y en su aposento dormidas  
don Sancho no las hablara.

MAURICIO. No, señor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Si ellas querían  
y a los terrados salían,  
no es su culpa.

MAURICIO. Cosa es clara.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Mató don Sancho algún hombre?

MAURICIO. No, señor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Pues bien: ¿qué exceso  
puede haber si no hay suceso  
que por delito se nombre?

Tú a lo menos si saliera  
padre o hermano mataras.

MAURICIO. ¿En eso sólo reparas?

Y todo un mundo que fucra.

D.<sup>a</sup> JUANA. Arnaldo.

ARNALDO. Señor.

D.<sup>a</sup> JUANA. Aquí  
son menester cien azotes.

MAURICIO. ¿Son motes?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que quitan motes.

MAURICIO. ¿Pucs cien azotes a mí?

D.<sup>a</sup> JUANA. Llevadle.

ARNALDO. Tus pensamientos  
me encantan.

D.<sup>a</sup> JUANA. Es homicida.

ARNALDO. ¡No vi jüez en mi vida  
que tan bien juegue a los cientos!

(*Descúbrese DON SANCHO.*)

SANCHO. ¡Ya no lo puedo sufrir!  
Dadme, capitán, los brazos.

D.<sup>a</sup> JUANA. ¿Quién es?

SANCHO. Tan justos abrazos  
me han obligado a salir.

Escuché lo que habéis hecho,  
y viendo tanta afición  
no me cupo el corazón,  
que a dárosle rompe el pecho.

Tanto amor os he cobrado,  
que una mujer que os parece  
y que mi alma aborrece  
hoy la hubiera perdonado.

¿De dónde sois? ¿En qué parte  
me vistes y yo os serví?

D.<sup>a</sup> JUANA. Aquí en Navarra nací.

Desde aquí, siguiendo el arte  
de la milicia, en Granada  
merecí cargos del Rcy.

(*Entra un CABALLERO.*)

CABALLER. Apercíbete, gran Virrey,  
todo el reino por posada,  
que los Reyes de Castilla  
solos a tu puerta están.

SANCHO. ¿Qué dices?

CABALLER. Que tardarán

en subir lo que en abrilla.

Tan aprisa han caminado,  
que dejando atrás la gente  
solos y secretamente  
a la ciudad han llegado.

SANCHO. No los podré recibir.

CABALLER. ¿Cómo, si en tu casa están?

SANCHO. Con más ocasión vendrán  
que te deben de decir.

¿Reyes, y solos aquí  
y con mala información?  
¡Desdichas, Guevara, son;  
ellos vendrán contra mí!

(Salen los REYES, y acompañamiento; llega DOÑA  
JUANA, arrogante, a sus pies.)

D.<sup>a</sup> JUANA. Denme Vuestras Majestades  
los pies.

REY. A ventura tengo  
haberte visto, Rodrigo,  
en esta casa el primero.

ISABEL. Bien ha sido menester,  
con la información que tengo (1)  
que te pusieses delante,  
aunque jüez del que es el reo.

SANCHO. Yo como reo, señora,  
mirando estoy desde lejos  
vuestros rostros con vergüenza,  
pero contento de veros;  
que si no puede morir  
el que viere alguno de ellos,  
habiendo visto a los dos  
no tengo a la muerte miedo.

ISABEL. ¿Qué hacías, Rodrigo?

D.<sup>a</sup> JUANA. Estaba  
testigos, señora, oyendo  
contra don Sancho.

ISABEL. ¿Y qué dicen?

D.<sup>a</sup> JUANA. Mil mentiras, te prometo:  
unos, que salió de noche  
y que decía requiebros,  
y otros, que músicas daba  
con instrumentos diversos.

REY. Diferente información  
de Zaragoza traemos.

D.<sup>a</sup> JUANA. Por los caminos la fama  
recibe notable aumento.

(Salen BELARDO y CONSTANZA.)

BELARDO. Ahora es tiempo de entrar,

que los Reycs, y tan buenos,  
no niegan jamás el rostro.

REY. ¡Hola! Mirad qué es aquello.

BELARDO. Señor, oíd, pues sois Rey,  
a un pobre vasallo vuestro.

REY. Hablad, buen hombre; yo escucho.

CONSTANZ. Vos, Reina, que guarde el cielo,  
una mujer pobre oíd.

ISABEL. ¿Qué quieres?

CONSTANZ. Este mancebo...

BELARDO. Este mancebo, señor...

ISABEL. Hable el uno.

REY. Hablad, buen viejo.

BELARDO. Este que habéis enviado  
con el hábito en los pechos  
y el cargo de averiguar  
las quejas de todo un reino,  
sabed que os tiene engañados,  
que nunca ha tirado sueldo  
en vuestras guerras, señores,  
porque es un pobre barbero  
que en nuesa aldea curaba,  
el cual, con poco respeto  
de la justicia y de vos,  
la que veis, que sola tengo,  
me ha deshonrado, cngañada  
con fingido casamiento.

ARNALDO. Pues es ya tiempo de hablar,  
triste, ¿de qué estoy suspenso?  
Sepan Vuestras Majestades  
que ser hombre humilde es cierto,  
pues sobornado de Sancho  
por algún notable precio  
por falsos castiga a todos  
los testigos que tracmos;  
pero cuando Sancho sea  
el que dice y algo menos,  
¿cómo no le pide cuenta  
de que a su mujer ha muerto?  
Dé cuenta de doña Juana,  
dé un testigo, muestre el cuerpo;  
no hablo sin ocasión,  
que soy su cercano deudo.  
Rodrigo, ¿con quién probaste,  
si eras villano grosero,  
ser noble para esa cruz?  
Y ya que supiste hacerlo,  
¿cómo por sobornos viles  
esta información has hecho?  
¿No te parece delito  
que a su mujer haya muerto?

D.<sup>a</sup> JUANA. Señor, para que conozcas

(1) En el impreso "vengo". Enmendado por el manuscrito.

que envidiosos caballeros  
pusieron lengua en don Sancho  
y que yo en nada te miento,  
como estos villanos dicen,  
que con fe de casamiento  
les he quitado la honra  
y es mentira en dicho y hecho,  
así lo que de don Sancho  
dicen los que ayer le vieron  
ser su igual y hoy le ven Rey...

REY. ¿Pues con qué lo pruebas?  
D.<sup>a</sup> JUANA. Quiero

que tú mismo lo confieses  
y cuantos me estáis oyendo.

REY. ¿Cómo?

D.<sup>a</sup> JUANA. Porque soy mujer,  
que en el hábito que tengo  
por temor de mi marido  
viví en su aldea aquel tiempo.

ISABEL. ¡Extraño caso! Rodrigo,  
¿tú eres mujer?

D.<sup>a</sup> JUANA. Esto es cierto.

ISABEL. ¿Y dónde está tu marido?

D.<sup>a</sup> JUANA. Por este delito feo  
no se atreve a descubrir;  
pero si por él merezco  
el perdón, diré quién es.

ISABEL. Mil perdones le concedo.

D.<sup>a</sup> JUANA. Llega, don Sancho.

SANCHO. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> JUANA. Que soy doña Juana.

SANCHO. ¡Cielos,  
tanto favor!

REY. ¡Caso extraño!

BELARDO. Hija, Constanza, ¿qué es esto?

CONSTANZ. De vergüenza estoy corrida.

REY. ¡Doña Juana!

ISABEL. Ya no es tiempo  
de preguntar, mas de dar  
a tantas hazañas premio (1).

REY. Confirmo el cargo al Virrey  
y la encomienda le ofrezco  
que a su mujer prometí.

SANCHO. Y yo ser esclavo vuestro.

ISABEL. Abrazad mujer tan rara.

SANCHO. Adorarla te prometo;  
prometiéndole al senado,  
para después de algún tiempo,  
darle la segunda parte  
de tan extraño suceso.

(1) Este verso está en el impreso, por errata, escrito así:

"D.<sup>a</sup> JUANA. Quiero a tantas hazañas premio."



# COMEDIA FAMOSA

DE

## LOS HIDALGOS DEL ALDEA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

BATO.  
LISEÑO.  
MILLÁN, *lacayo*.  
ROBERTO, *caballero*.  
Los MÚSICOS.  
FABIO.

DON CLAROS.  
FABRICIO,  
SILVIO, } *villanos*.  
LAURENCIA, }  
CELEDÓN, *alcalde hidalgo*.  
FINEA, *su hija*.

DON BLAS, *hidalgo*.  
El CONDE ALBANO.  
La CONDESA TEODORA.  
JOFRE, *alcalde villano*.  
FENISO, *criado*.

### ACTO PRIMERO

(*Salen SILVIO, BATO y LISEÑO, villanos.*)

SILVIO. Aguija, Bato, al lugar,  
que diz que viene el señor.  
BATO. Tal se lo muestra el rumor,  
y aun que debe de llegar.  
LISEÑO. Las acémilas cargadas  
con bordados reposteros  
de tantos leones fieros  
y banderas conquistadas  
no vinieran al lugar  
a no venir el señor.  
BATO. No tiene el mundo mejor  
oficio que el descansar.  
¿Qué lugar puede tener  
un príncipe cortesano,  
pues siendo, en fin, hombre humano  
el tiempo le ha de vencer,  
para gozar de la vida,  
si puesto en altos lugares  
apenas sin mil pesares  
tiene el sueño y la comida?  
Y cuando de trabajar  
cansado en un grave oficio,  
de su enojoso servicio  
quiere tal vez descansar,  
halla que se le han pasado  
los verdes años en él,  
y que la muerte cruel  
le amenaza el arco armado.

SILVIO. No se dirá por el Conde,  
nuevo señor, a la fe,  
pues es tan mozo.  
LISEÑO. No sé  
si esto algún secreto esconde;  
porque venirse a su tierra  
y no le ocupar el Rey,  
siendo entre los nobles ley,  
en cargos de paz o en guerra,  
bien diera que sospechar  
a quien de la Corte fuera.  
Si es algún disgusto.  
SILVIO. Espera,  
que vuelve gente a pasar.  
BATO. ¡Oh, que vienen de asadores  
y instrumentos de cocina!  
SILVIO. Verá con lo que camina  
la runfla de los señores.  
¿Es posible que se ocupan  
todos estos cada día?  
LISEÑO. Estos, Silvio, a la fe mía,  
son los que la hacienda chupan.  
SILVIO. ¿Estos? Luego el hierro come  
las aves que en él se espetan?  
LISEÑO. Cuando no las inquietan,  
ni hay quien las deseuelgue y tome.  
Estos asadores son,  
Silvio, como las espadas,  
que no matan envainadas,  
sino andando en la quistión.  
¿Qué piensas tú que es decir

fulano come de renta  
tanto, sin hacerse cuenta  
ni del dar ni del vestir?

Porque el comer es de modo,  
en año caro o barato,  
que en hacer plato o sin plato  
al fin se lo come todo.

BATO. Tienes razón, así es;  
que nunca dicen allá  
viste de renta, ni da,  
sino esto come el Marqués.

La causa debe de ser  
que esto del vestir y el dar  
puede el señor excusar  
y es imposible el comer.

(Sale MILLÁN, lacayo, con un fieltro de camino.)

MILLÁN. ¡Válate Dios por aldea,  
si acabases de llegar!  
Aquí hay gente del lugar;  
cosa que la horca sea;

que si de tres palos son,  
tres villanos bien la harán.

BATO. Este parece a Millán.

SILVIO. ¿Cuál?

BATO. El sobrino de Antón,  
que a ser lacayo se fué  
con el hermano del Conde.

SILVIO. ¡Bravo mozo!

LISENO. Corresponde  
a su abolengo, a la fe.

Vcrá si viene medrado.  
Todo es burla con salir  
de la patria.

BATO. Eso es vivir  
y ser un hombre estimado.

MILLÁN. Dios guarde la buena gente.  
¿Cuánto ponen al lugar?

SILVIO. Bajo de aqueste encinar  
se descubre claramente.

Pero vos, como no hacéis  
caso de amigos pasados...

MILLÁN. ¡Oh, que seáis bien hallados!  
¿Cómo va?

SILVIO. Como tenéis,  
Millán, calzas bigarradas,  
a la fe tenéis en poco  
los amigos.

MILLÁN. Fuera un loco  
si de amistades pasadas  
me olvidara, y más agora  
que venimos al lugar,

donde quiere descansar  
el Conde con mi señora,  
puesto que yo he sospechado  
que es achaque y ocasión  
para hacer reformation  
de su casa y de su estado.

Gastan allá liberales  
en grandezas de la Corte,  
sin advertir cuánto importe  
la renta y el gasto iguales.

No hay quien escuche ni crea;  
y en viendo el daño notorio  
decinden al purgatorio  
de una miserable aldea,  
donde con pocos criados,  
pobre mesa y menos gusto,  
vienen las penas al justo  
con los contentos pasados.

BATO. Engañaste.

MILLÁN. ¿De qué modo?

BATO. Porque el contento es aquí.

MILLÁN. La quietud digo que sí.

BATO. Y el gusto y descanso en todo.

En la Corte divertido  
falta a veces sucesión  
a un señor, que la ocasión  
quita al más cuerdo el sentido.

Esta tiene en el aldea,  
donde, como labrador,  
coge el fruto de su amor  
y todo el caudal emplea.

Aquí goza de la vida  
y del tiempo.

MILLÁN. ¿Eso es gozar?

BATO. Yo te lo quiero probar,  
porque es cosa conocida.

¿La vida no se desea  
larga?

MILLÁN. Es más claro que el Norte.

BATO. Pues siempre es breve en la Corte  
y siempre larga en la aldea.

Allá se pasan los días  
en un instante, y aquí  
duran un siglo.

MILLÁN. Es así;  
pero si en eso porfías,  
también para ser más largos  
era mejor ocasión  
el pasarlos en prisión.

BATO. Honras, oficios y cargos  
son las postas de la vida.

MILLÁN. Sí; mas también es morir

tan ordenado vivir,  
que con la muerte se mida.

SILVIO. Ya estás en nuestro lugar;  
esas viñas tuyas son.

MILLÁN. Sus hijos fuera razón  
en sus bodegas probar.

Quedad con Dios, que el ruido  
muestra que el Conde se acerca.

LISENO. Y ya sale de la cerca  
todo el lugar prevenido.

Vamos a besar su mano.

SILVIO. ¡Qué bien parece un señor  
en su estado!

LISENO. No hay error,  
Silvio, en el engaño humano.

Más culpado y conocido,  
más necio y más importuno,  
¿cómo servir a ninguno  
el que puede ser servido?

Porque en cualquiera ocasión  
es mejor, hermano Bato,  
el ser cabeza de gato  
que no cola de león.

*(Salen el CONDE ALBANO, la CONDESA TEODORA, de las  
manos, de camino; acompañamiento de CRIADOS.)*

ALBANO. Dejadlos todos entrar;  
hidalgos o labradores,  
gocen hoy de sus señores.

ROBERTO. Está aquí todo el lugar.

TEODORA. Ya os mandan que los dejéis  
y que el Conde gusta desto.

ALBANO. No vengo yo tan compuesto  
como en la Corte me veis.

El que quisiere me vea,  
por gusto o porque le importe;  
porque allá como en la Corte,  
y acá como en el aldea.

TEODORA. Debe de venir aquí  
Roberto de mala gana.

ALBANO. La grandeza cortesana  
hoy hizo fin para mí.

TEODORA. Yo pienso que me engañáis,  
y que por algún enfado,  
Conde, os habéis retirado.

ALBANO. Mal mi voluntad pagáis,  
que yo os amo como debo,  
y el retirarme es a ser  
más vuestro.

TEODORA. Quiéroos creer  
y estimar favor tan nuevo.

*(Sale un Alcalde de hidalgos y otro de labradores, y  
dos aldeanas, LAURENCIA y FINEA, y los labradores  
dichos.)*

CELEDÓN. Yo soy alcalde hijodalgo  
y tengo de hablar primero,  
porque al fin soy caballero,  
que por cien pecheros valgo.

JOFRE. Hablad como habéis de hablar  
y dejadme hablar a mí,  
que hombre como vos nací,  
y esto os lo puedo probar.

CELEDÓN. ¿Qué decís? ¿Estáis en vos?

JOFRE. A no estar el Conde aquí...

CELEDÓN. ¿Hombre como yo?

JOFRE. ¡Resí!

LAURENC. Riñendo vienen los dos.

JOFRE. Y esto de las hidalguías  
bien sabéis que es invención,  
porque los linajes son  
las mudanzas de los días;  
que ellos bajan o adelantan  
donde quieren las personas:  
tal vez humillan coronas,  
tal vez arados levantan.

Lo que cierto se averigua  
es que todos descendemos  
de Adán; mirad si tenemos  
sangre igual y sangre antigua.

Probadme vos que nacistes  
antes que Adán, y seréis  
hidalgo.

CELEDÓN. Hablad si queréis,  
ya que conmigo venistes,  
que esa honra os quiero dar,  
porque la da quien la tiene.

JOFRE. Aquí vuestro alcalde viene  
por lo mejor del lugar,  
que son vuestros labradores,  
para besaros los pies.  
Estotro de hidalgos es,  
entre locos y señores,  
gente de corto comer  
y de mucha autoridad.

CELEDÓN. Villano, por vos hablad,  
que yo sé lo que he de hacer.

JOFRE. Habláis como hidalgo, en fin,  
que no puede ser peor;  
y a no estar aquí el señor...

CELEDÓN. Sois...

JOFRE. ¿Qué soy?

CELEDÓN. ¡Sois un rocín!  
Perdone Su Señoría



esta mal nacida gente,  
que fué siempre impertinente.

TEODORA. ¿Qué es, amigos, la porfía?

CELEDÓN. Sobre cuál os ha de hablar,  
como si vuestra nobleza  
a su villana rudeza  
se pudiese comparar.

Da por causa que nacimos  
todos de Adán.

ALBANO. Es verdad.

CELEDÓN. ¿Luego a vuestra calidad  
de esa suerte iguales fuimos,  
y en el mundo nadie hubiera  
que a los demás gobernara?

JOFRE. En los príncipes es clara  
la nobleza verdadera.

Yo sólo de hidalgos trato.

CELEDÓN. De éstos se hizo el señor.

JOFRE. Desde Adán, mi antecesor,  
ha sido ese nombre ingrato  
a la libertad que el cielo  
puso en nuestros corazones;  
en demás que hay opiniones,  
y lo contaba mi abuelo.

Que de dos gentes que, en fin,  
como vos proceden dél,  
viene el labrador de Abel  
y el hidalgo de Caín.

TEODORA. ¡Donosa cosa!

ALBANO. ¡Extremada!

Alcaldes, esta quistión  
para mejor ocasión  
quiero que dejéis guardada;

que en el campo cierto día  
es bien que la averigüéis,  
que a la Condesa daréis  
contento; y por vida mía

que os prevengáis de razones,  
que en esto pienso pasar  
soledades de un lugar  
y cuidados de ocasiones.

Besalde juntos las manos,  
y esto baste por agora.

CELEDÓN. Dadnos las manos, señora,  
a los nobles y villanos.

JOFRE. Al hidalgo no las deis,  
que puede ser que os las coma  
de hambre pura, si las toma.

CELEDÓN. Guardaos y no las fiéis  
deste villano, no entienda  
que blancas cebollas son.

TEODORA. ¡Oh qué donosa quistión!

ALBANO. ¡No he visto mejor contienda!

TEODORA. ¿Cómo os llamáis?

CELEDÓN. Yo, señora,  
Celedón.

JOFRE. El don atrás,  
que por las ancas no más  
tiene la nobleza agora.

TEODORA. Y vos, ¿cómo os llamáis?

JOFRE. ¿Yo?

TEODORA. Vos.

JOFRE. Jofre, a vuestro mandado.

CELEDÓN. Como villano ha tomado  
nombre que comienza en jo.

TEODORA. ¿Quién son estas aldeanas?

JOFRE. La que está en hatos de dueña  
que es deste hidalgo os enseña.

TEODORA. Dieran muchas cortesanas  
por vuestra cara un tesoro.

FINEA. Beso, señora, esos pies.

ALBANO. Roberto.

ROBERTO. ¿Señor?

ALBANO. ¿No es  
la hidalguilla como un oro?

ROBERTO. Sospecho que te contenta.

ALBANO. Sangre me ha dado, por Dios.

TEODORA. ¿A la cuenta seréis vos  
del que de hidalgo se afrenta?

LAURENC. De Jofre soy hija, y creo  
que no tengo que envidiar  
más nobleza en el lugar,  
ni más calidad deseo.

Bien pueden ser enemigos  
nuestros padres por sus cosas,  
tan necias como enfadosas,  
de quien sois los dos testigos.

Pero no nos parecemos  
en eso.

TEODORA. ¿De qué manera?

LAURENC. Somos amigas.

TEODORA. Quisiera  
ser medio en tales extremos,  
y pienso que lo seré.  
Venidme a ver.

FINEA. Y a serviros.

ALBANO. Lo que otros dan de suspiros  
de oro y de plata daré  
por la hidalga, ¡vive Dios!

ROBERTO. Para recién desposado  
muy presto antojos te han dado.

ALBANO. Bien nos queremos los dos;  
pero de alguna manera  
me tengo de entretener.

ROBERTO. ¿Y si se viene a saber?

ALBANO. ¿Saber? En eso me viera.

Mas la Condesa se va;  
después hablaremos desto.

CELEDÓN. Acompañalda compuesto,  
que tiempo nos queda allá.

JOFRE. Si no se hubiera metido  
el Conde en nuestra quistión...

CELEDÓN. Id callando.

*(Todos se van, sólo queden allí FINEA, hidalga, y LAURENCIA.)*

FINEA. A fe que son,  
por lo que he visto y oído,  
nobles príncipes los dos.

LAURENC. ¡Qué gallarda es la Condesa!  
De no ser noble me pesa  
en esta ocasión, por Dios.

FINEA. ¿Por qué?

LAURENC. Porque me estuviera  
con ella en palacio.

FINEA. Advierte  
que es una dorada muerte  
y un limbo donde se espera  
un casamiento imposible,  
que no acaba de llegar;  
con tu igual en el lugar  
tendrás marido apacible.

Bien sé yo que si pretende  
mi padre que sirva yo  
que le he de decir que no.

LAURENC. En todo el lugar se entiende  
que te casa, y yo lo sé,  
aunque tú me lo has negado.

FINEA. ¿Y quién es el desposado?

LAURENC. Don Blas dicen, a la fe;  
que ya sabes su hidalguía,  
y que es mozo en el aldea  
que con el Conde, Finea,  
puede apostar gallardía.

FINEA. Antes con algún lacayo  
del Conde me casaré.

LAURENC. ¡Melindre hidalgo! ¿Por qué?

FINEA. Porque en verle me desmayo.

¡Ay!, no me mientes, Laurencia,  
este hidalgo del lugar,  
que aun no me puede bastar  
para mi padre paciencia.

No la nobleza condeno,  
pero la miseria sí.

LAURENC. La Corte que viene aquí  
y el lugar de galas lleno

te habrá del pccho sacado  
los intentos de don Blas.

¿Ya pensamientos tendrás  
de silla, coche y estrado?

FINEA. Ven conmigo y te diré  
quién me agrada desta gente,  
aunque hay un inconveniente.

LAURENC. El que ha de haber yo lo sé.

FINEA. ¿Cómo?

LAURENC. Ser tú como eres  
pobre, aunque hidalga, Finea,  
que ya no hay virtud que sea  
para dote en las mujeres.

Y más estos escuderos  
de ración de cada día,  
que toda su fantasía  
tienen puesta en los dineros.

Tú no tienes más, Finea,  
que hidalguía y hermosura,  
que nacieron sin ventura,  
y con ventura en la fea.

FINEA. No quiero desconfiar;  
demás, Laurencia, que creo  
que si hermosura es deseo,  
deseos suelen casar.

Bien sé que yo no la tengo;  
mas para aldea ésta sobra,  
si amor de las tuyas obra.

LAURENC. Lejos de ese intento vengo.

Guárdate, no te enamores.

FINEA. En eso fundo mis dichas.

LAURENC. Siempre paran en desdichas  
casamientos por amores.

*(Vanse, y salen el CONDE y FABRICIO, mayordomo suyo, y ROBERTO.)*

FABRICIO.

Conviene, pues que ya quieres que trate  
de tu reformatión, que te resuelvas  
a que despida la mitad.

ALBANO.

Bien creo  
que importa reformar la casa agora.  
Demás que en el aldea no era justo  
tener la casa que en la corte tuve.

FABRICIO.

Ociosos andarán tales criados,  
y por ventura haciendo pesadumbres  
a los pobres hidalgos y pecheros.

ALBANO.

No es esa causa la que más me mueve,  
que cuando alguno hiciese lo que dices  
hay sogas y hay cuchillos que castigan.  
El ver que no me importan ni me sirven,  
habiendo de vivir tan retirado,  
es lo que considero, mayordomo,  
pero dejad a todos los casados  
y sólo despedid algunos mozos;  
de suerte que ninguno volver pueda  
con quejas a la Corte, ni se diga  
que con necesidad, que esto deseo.

FABRICIO.

Escribiré dos listas de sus nombres:  
la una de criados importantes  
y la otra de gente que se excusa,  
y tú despedirás los que quisieres.

ALBANO.

Decís muy bien; haced las listas luego,  
que yo veré si alguno es de mi gusto  
de los que despedís, o si se queda  
alguno acaso que enojarme pueda.

ROBERTO.

Con alguna tristeza te he mirado  
después, señor, que vives esta aldea.

ALBANO.

Roberto, no te espantes que el cuidado  
de tanta soledad tristeza sea.  
A la soberbia máquina engañado  
de una corte imperial, ¿quién hay que crea  
que venga a tan extraño cautiverio  
un Elector del alemán Imperio?

Yo, que al lado del César soberano  
cual rayo de su sol resplandecía,  
y en tales actos la derecha mano  
de los seglares príncipes tenía,  
vengo a tratar el áspero villano  
que la dureza deste monte cría,  
y de cetros de reyes y monarcas  
al humilde azadón y las abarcas.

Fué gusto de Teodora, que disfrazo  
sus celos con el bien de mis estados,  
dando a entender que el desempeño traza  
por los gastos espléndidos pasados.  
La pompa ilustre, la cubierta plaza  
de bordadas carrozas y criados  
se ha resuelto a dos sillas y una mesa,  
que aunque la extraño sola no me pesa.

No me pesa, Roberto, que en efeto  
conviene a nuestra hacienda el retirarme.

ROBERTO.

Procedes como príncipe discreto.

ALBANO.

Si más sus celos han de perdonarme,  
y pues tiene de mí tan mal conceto,  
podráse contentar de gobernarme,  
pero no de quitar que me entretenga  
cuando a mi gusto la ocasión me venga.

La hidalguilla, Roberto, solicita,  
que el ver tanta pobreza me asegura,  
pues las defensas al honor le quita  
y siempre fué madrastra a la hermosura:  
ésta los pensamientos facilita  
y los atrevimientos apresura.  
Mujer pobre y hermosa aconsejada  
cerca está de ser rica y desdichada.

ROBERTO.

Yo haré lo que me mandas; pero mira  
que el padre no se agravie, que es honrado,  
y si se queja moverás a ira  
a quien desta ocasión te ha retirado.

ALBANO.

¿Pues hanos de faltar una mentira  
cuando el viejo viniese a tanto enfado?  
Ni creas tú que alguno en esta aldea  
tan atrevido y ignorante sea.

Toda mi soledad está fundada  
en este gusto.

ROBERTO.

Con dichoso agüero  
hoy ponga el pie, señor, en su posada.

ALBANO.

Llamar al padre, a quien honrar espero,  
parece que será cosa acertada.

ROBERTO.

No dices mal; conquístale primero,  
que ganar los estorbos a la dama  
es la primera treta de quien ama.

ALBANO.

Parte, Roberto, y dile que querría  
visitarla esta noche de secreto.

ROBERTO.

Iré con esperanza y osadía,  
que son los polos de cualquiera efeto.

(Sale FENISO, criado.)

FENISO.

Aquí está aquel hidalgo que solía



darle, por lo galán y lo discreto,  
ocasión a reír.

ALBANO.

¿Don Blas, acaso?

FENISO.

El mismo piensas.

ALBANO.

¡Excelente paso!

FENISO.

Viene muy en su seso a visitarte  
y a darle, gran señor, la bienvenida.

ALBANO.

¿Habla como solía?

FENISO.

Puedo darle  
nuevas que cosa igual no vi en mi vida.  
Como tú no camines a enfadarte  
verás una figura bien vestida  
hablar por lo discreto y caballero,  
pero ha de ser honrándole primero.

ALBANO.

Haré por gustar dél cualquiera cosa;  
mas ve, entre tanto, avisa a la Condesa.

FENISO.

Tú verás la figura más graciosa  
que de los hombres fué vista ni impresa:  
el traje hidalgo y la presencia honrosa;  
la lengua, ni alemana ni francesa;  
perdido por discreto y latinante.

ALBANO.

¿Tal viene ahora?

FENISO.

Es cosa extravagante.

ALBANO.

¡Dichoso aquel que en mudas soledades  
osa pasar la vida en un aldea,  
lejos de aquella envidia que pasea  
las plazas de las cortes y ciudades.

Dichoso aquel que atiende a las verdades  
del que ningún imperio lisonjea,  
ni las mercedes del hablar rodea,  
ni tembló de mirar las majestades.

Dichoso aquel a quien despierta al alba,  
en vez de la marcial trompeta, el gallo,  
y del morir en confusión se salva.

¡Oh vida, curso de veloz caballo,

nave de un puerto que la misma salva,  
recibe al rey y al mísero vasallo.

(Sale DON BLAS, con unas calcitas muy cortas, su  
capa, y gorra, y cadena.)

BLAS. Deme Vuestra Señoría  
sus pies.

ALBANO. ¡Oh señor don Blas!

BLAS. Cierto, cierto que jamás  
pensé ver tan dulce día.  
¿Vuestra Señoría viene  
con salud?

ALBANO. Gracias al cielo,  
salud tengo.

BLAS. Es el consuelo  
que esta vuestra hechura tiene.

¿Mi señora la Condesa?

ALBANO. Buena viene.

BLAS. ¿Hijos?

ALBANO. No sé;  
Sospechas hay.

BLAS. Por mi fe,  
que por extremo me pesa.

Aquí que Vusiñoría  
con más espacio estará,  
más fecundo se hallará  
y más fértil cada día.

Esto de la sucesión  
quiere más conformidad,  
que en la confusa ciudad  
nunca falta diversión.

ALBANO. ¿Hase casado?

BLAS. Yo no;  
porque de Vusiñoría  
aguardaba cada día  
la venia.

ALBANO. Daréla yo,  
señor don Blas, cuando sea  
necesario, como es justo.

BLAS. Casarme sin vuestro gusto  
tuviérase a cosa fea.

ALBANO. La Condesa es ésta, y creo  
que a su visita ha salido.

BLAS. Mi amor habrá conocido  
y mi galante deseo.

(Sale la CONDESA.)

Deme Vuestra Señoría  
la mano.

TEODORA. ¡Señor don Blas!

BLAS. Yo quiero estimarme en más  
de lo que por mí solía,

pues me hacéis tanto favor.  
¿Venís buena?

TEODORA. Buena vengo,  
y contenta de que tengo  
aquí al Conde, mi señor.  
¡Hola! Sillas, y traed  
a don Blas un taburete.

(Traigan sillas grandes a los dos, y taburete a DON BLAS.)

BLAS. Por visitador jinete  
dél me habéis hecho merced.  
Si fuera mi calidad  
De Vusías conocida,  
diéranme silla de brida,  
con respaldo y gravedad.  
Mal nombre, pobreza, tienes.

(Siéntense.)

Yo sé que si mi hidalguía  
hubiera visto Vusía,  
me diera brida y borrenes.

TEODORA. ¿Es muy bien nacido?

BLAS. Soy,  
por línea recta, bisnieto  
de Adán.

TEODORA. ¡Notable sujeto!

ALBANO. Perdido de risa estoy.

TEODORA. Pues dígame: ¿en el diluvio  
no se perdió su linaje?

BLAS. ¡Qué argumento para un paje!  
No soy yo tan boquirrubio,  
que bien sé que se salvó  
la descendencia del mundo  
en Noé.

ALBANO. Fué Adán segundo;  
dél el mundo comenzó.

BLAS. Vusías verán mañana  
mis armas, y me honrarán.

TEODORA. En esta casa os harán  
siempre honor de buena gana.

Mas no os habéis de sentir,  
sino ser muy cortesano.

BLAS. Adonde yo tanto gano  
vendré a honrarme y a servir.

Mas sepa Vusiñoría  
que tengo sangre tan clara,  
que cuando el Conde reinara  
pudiera estimar la mía.

Mas dejando cosas tales  
para tiempo más secreto,  
que yo, como soy discreto,

hablo así con mis iguales,  
sepan Vuestras Señorías  
que parte les vengo a dar  
de que me quiero casar  
y dejar galanterías.

He gastado en mis paseos  
y colores de mi dama  
lo que ya canta la fama,  
que hay versos de mis deseos.

Porque también yo los hago  
y escribo mis pesadumbres  
con unas ciertas vislumbres  
de aquel caballo o cuartago  
que fué a la fuente Helicon.

ALBANO. Ciertamente me huelgo, y quiero  
honrar tan gran caballero  
hoy de mi propia persona.

Y hacéis bien con que se vea  
con casaros la verdad  
de vuestro amor.

BLAS. Calidad  
tiene mi dama, y no es fea.

TEODORA. Claro está que la que fué  
sujeto digno de vos  
será hermosa.

BLAS. Eslo, por Dios,  
desde el cabello hasta el pie.

Y aunque mal retratador  
de prosa, su talle oid.

ALBANO. ¡Hombre notable!

TEODORA. Decid.

BLAS. Todo el lustre y resplandor  
del sol viene cada día  
a encerralle en su cabello,  
con que si hay liendres en ello  
o alguna pulga se cría  
muere del sol que le da  
por julio extraño calor;  
como parche de atambor  
tirada la frente está.

En ella unos ojos bellos  
tienen casa de aposento,  
que el mejor entendimiento  
puede aposentarse en ellos.

La nariz dos mil enojos  
quita con tantos matices,  
que si fueran dos narices  
compitieran con los ojos.

La boca es de grana pura,  
y tanto al nácar excede  
que a cualquier albéitar puede  
mostrar los dientes segura.

La barba, no hay ermitaño  
de tanta veneración;  
sus manos la nieve son  
con que se despiden el año.

Toda, en fin, es una Dea.

TEODORA. ¡Por mi vida, hermosa dama!

ALBANO. ¿Qué nombre?

BLAS. ¿Nunca la fama  
os lo dijo?

ALBANO. ¿Quién?

BLAS. Finea.

ALBANO. ¿Es la hija del Alcalde  
de los hidalgos?

BLAS. ¿Pues quién?

ALBANO. ¡Bien os casáis!

TEODORA. ¡Y qué bien!

BLAS. No me ha salido de balde,  
que en verdad que en doce años  
que ha que la sirvo, me cuesta,  
una fiesta y otra fiesta,  
terceros, propios y extraños,  
más de docientos escudos.

TEODORA. ¿Muy empeñado estaréis?

BLAS. Es cosa que la sabréis  
preguntándola a los mudos.

TEODORA. Cuando nos digáis el día  
os hemos de apadrinar.

BLAS. ¡Será merced singular!

ALBANO. Y será desgracia mía  
que éste case con Finea;  
mas no podrá, que ha venido  
quien lo estorbe.

*(Esto diga DON BLAS, sin que ellos salgan con él, ha-  
ciendo reverencias.)*

BLAS. Esos pies pido,  
que no es bien que larga sea  
la visita desigual,  
mayormente la primera.  
¡Jesús, no hay que salir fuera;  
vasallo soy, no hagáis tal!

¡Tenganse Vusiñorías!

¡Exorbitante favor!

TEODORA. ¿Hay tal hombre?

ALBANO. ¡Extraño humor!

TEODORA. Llámenle todos los días,  
que es alto entretenimiento.  
¿Son los hidalgos así?

ALBANO. En pueblos tan cortos, sí,  
porque les da más el viento.

TEODORA. Ciertamente le he de ayudar  
para que más presto salga

con casar con esta hidalga,  
porque quede en el lugar  
la casta desta locura,  
y que no se acabe en él.

ALBANO. Pues yo me cansaba dél.

TEODORA. ¡Mal gusto!

ALBANO. Poca ventura.

Mas, ¿qué importa que se case?  
¿Por dicha será mejor?

*(Sale FABRICIO.)*

FABRICIO. La lista está aquí, señor,  
si gustas de que la pase.

ALBANO.

Di, Fabricio: ¿quién son los necesarios  
a mi servicio?

FABRICIO.

Todos éstos, creo.

ALBANO.

Comienza.

FABRICIO.

Eraclio, Augusto, Alcino, Ergasto,  
Sireno, Furio, Plácido, Licenio,  
Sulpicio, Rosimundo, Belisardo,  
Trebacio, Penisoro, Rocandolfo,  
Curcio, Decio, Millán, Flavio y Silvano.

ALBANO.

¿Estos son los forzosos?

FABRICIO.

Estos bastan,  
con Roberto y los cuatro de tu cámara.

ALBANO.

Di los que te parece que no importan,  
por si hay en ellos alguno que me agrade.

FABRICIO.

Rutilio, Olimpo, Cándido, Fesenio,  
Pinardo, Felimundo, Arsindo, Eráclito,  
César, Silverio, Pompeyano, Antonio,  
Clovio, Marín, Ricardo, Arcano y Pindaro.  
Estos, señor, no importan al servicio  
de tu casa.

ALBANO.

Pues óyeme, Fabricio.

Yo nací Conde elector  
del Imperio, como ves;  
adquirí también después  
a mis pasados honor.

Caséme tan altamente



como lo dice Teodora;  
vivo de la Corte agora  
por algún secreto ausente.

Estos hombres me han servido  
y a esta aldea acompañado,  
sus esperanzas fundado  
en que seré lo que he sido.

Y véngome a resolver,  
pues todos servirme pueden,  
que los primeros se queden  
porque los he menester.

Los que no importan aquí  
aquí los deja también,  
porque pienso, y pienso bien,  
que me han menester a mí.

FABRICIO. Es grandeza de tu mano;  
no puedo exceder tu gusto.

ALBANO. Ni yo hacerlo, que no es justo  
mientras soy el conde Albano.—

Vamos, señora, al jardín.

TEODORA. ¿Pues tanta casa queréis  
como en la Corte?

ALBANO. Ya veis  
que es justo y honroso el fin.

TEODORA. ¿A qué venistes acá,  
si el gasto el mismo ha de ser?

ALBANO. Condesa, a haceros placer.  
que hay muchos celos allá.

(Salen FINEA y ROBERTO.)

FINEA. ¿El Conde y recién casado  
guarda a Teodora esa fe?

ROBERTO. Siempre entre los hombres fué  
yerro usado y disculpado.

La ley del mundo, Finea,  
la ofensa del honor puso  
en la mujer, y dispuso  
que ella honesta y casta sea.

Al hombre dió libertad  
en contracambio a la ofensa,  
por dueño de la defensa  
de su casa y calidad.

De suerte que el ofendido  
sólo el hombre viene a ser,  
que no ofende a la mujer  
en el honor el marido.

FINEA. ¿Pues qué la ofende?

ROBERTO. El amor  
cuando la agravia la ofende,  
que en el honor no se entiende  
ni el hombre le quita honor.

Y como la honra es cosa

tan estimada, y el hombre  
no la quita, goza el nombre  
desta libertad preciosa.

Porque al no ser ofendidos  
los hombres de las mujeres  
y sus livianos placeres  
no infamaran los maridos,  
¿dónde hubiera libertad  
que a la mujer se igualara,  
pues sin eso es cosa rara  
la virtud y honestidad?

Dan por el justo dolor  
licencia al hombre que mate  
a su mujer cuando trate  
tales ofensas de honor.

Y con ser la pena tal  
vemos que pasan por ella.  
¿Qué hicieran a no tenella?  
Todo me parece mal.

FINEA.

Porque, en fin, tu fundamento  
es darme a entender a mí  
que es hombre el Conde, y que así  
tiene libre pensamiento.

¿De suerte que las mujeres  
no ofendidas en su honor  
es bien que tengan amor  
a quien hurta sus placeres?

Dile al Conde que si fuera  
libre, con él me casara,  
puesto que después llorara  
las ofensas que me hiciera.

Pero que siendo casado  
y estando yo por casar,  
no me puedo aventurar  
al antojo que le ha dado.

Dése prisa a ser viudo,  
y entonces vendrás a hablarme,  
que quizá podrá obligarme  
a lo que agora no pudo.

ROBERTO. Detente.

FINEA. ¿Ya, para qué?

¿Sabes, Roberto, quién soy  
y en el peligro que estoy  
si aquí mi padre me ve?

ROBERTO. Sé que eres en esta aldea  
una hidalga, cuya casa  
de parte a parte la pasa  
el aire que la pasea.

Sé que no hay en tus paredes  
más telas que telarañas,  
techos con débiles cañas,  
por quien ver los cielos puedes.

Sé que es tu cama tan vil  
que apenas del Conde un galgo  
durmiera, a no ser hidalgo,  
sobre cosa tan sutil.

Sé que es tu pobre comida  
tan corta, que puede ser  
que te haga desvanecer  
y responder atrevida.

Mas no diré yo, Finea;  
al Conde tus desatinos,  
de su amor y estado indignos,  
cuando tu señor no sea.

Y sé que puedes tener  
casa que vista brocado,  
techo como el sol dorado,  
que envidioso venga a ver.

Cama de tela bordada,  
donde una reina parezcas,  
y como el alba amanezcas  
de aljófár y oro adornada.

Y que será tu comida  
el Fénix sólo de Arabia,  
que un señor ¿qué honor agravia  
si te honra toda la vida?

FINEA.

Roberto, cuando pusiste  
los pies en estos umbrales  
no es posible que sus puertas  
tan descuidado miraste.  
Sobre esos mármoles pardos,  
en cuyos cimientos nace  
verde hierba, porque el tiempo  
sepulta memorias grandes,  
hay unas armas antiguas,  
blasones de mi linaje,  
con un coronado timbre,  
cuyo extremo cubre un ángel.  
La letra pienso que dice  
la limpieza de la sangre  
de los dueños del blasón  
por tiempos inmemoriales.  
Más adentro, en el zaguán,  
de ciertos mármoles salen  
unas aldabas de bronce,  
claras y ciertas señales  
de los caballos que un tiempo  
a mis abuelos y padres  
dese vicio hidalgo pobre  
sirvieron, si no lo sabes.  
Luego en el patio verías,  
en seis antiguos estantes,  
muchas lanzas y paveses,  
muchos escudos y alfanjes;

muchos arneses mohosos,  
ya sin el dorado esmalte,  
que el tiempo sepulta en polvo  
cuanto con el tiempo nace.

No me ha parecido a mí  
que tu señor, que Dios guarde,  
tiene paños más hermosos  
de los matices de Flandes;  
que sus ricas armerías  
tendrán lustre de no usarse,  
porque éstas fueron de guerras  
y éstas de cobardes paces.

Mi cama tiene más oro,  
más aljófár y diamantes  
de honestidad y virtud  
que en entrambas Indias nacen.

Mis paredes no es razón  
por telarañas te enfaden,  
que están allí para ejemplo  
de que del Conde me guarde;  
que como la araña tiende  
la varia tela en que cae  
la inocente mosca, quieres  
que el Conde en telas me cace.

Si galgos de tu señor  
huyen mi cama, es que saben  
que a la liebre que la duerme  
no hay perro que la levante.

Que haya cañas en el techo  
seguras paredes hace,  
porque a estar en los cimientos  
diera con la casa al traste.

Mi comida, pobre y corta,  
a mi sustento es bastante,  
que quizá no fuera honesta  
a ser de muchos manjares.

Y de que esto diga al Conde  
no pienses que agora nace  
de mi desvanecimiento,  
porque si como me traes  
recado de un gran señor  
me dijeras esta tarde  
que me querías, Roberto,  
quizá respondiera fácil.

ROBERTO. Oye, espera; oye, Finea,  
aguarda.

FINEA. Y no hay que aguardar.

ROBERTO. Sin duda me quiere bien.  
¡Qué confusión tan notable!



ACTO SEGUNDO

DE "LOS HIDALGOS DEL ALDEA".

(Salen DON BLAS y CELEDÓN.)

BLAS. Licencia traigo del Conde;  
bien podéis darme a Finea.

CELEDÓN. Como con su gusto sea  
y que le tiene os responde,  
yo quedaré muy contento  
de que la gocéis, don Blas.

BLAS. Aunque ella merece más  
y tan indigno me siento,  
respeto de que mi amor  
suple todos mis defetos,  
sin otros muchos concetos  
que habréis hecho de mi honor,  
en obligación estáis  
de emplearla en mí.

CELEDÓN. Bien veo  
los méritos y el deseo  
que en mi descanso empleáis,  
y que todo se dirige  
a que nuestra sangre hidalga  
no menos que siempre valga.  
Pero si el Conde os elige,  
a quien he de hacer la salva  
por fuerza en esta ocasión,  
no ha de haber más dilación  
de cuanto amanezca el alba.

Yo tengo poco que os dar,  
aunque tanto de nobleza  
que no hay ahora riqueza  
con que se pueda igualar.

Y aunque vos me dais a mí  
la mucha que en vos tenéis,  
de mi antigüedad sabéis  
cuán altamente nació.

Id con Dios, y estad seguro  
que es vuestra esposa Finea.

BLAS. Pues como mi esposa sea,  
¿qué más riqueza procuro?

Ni quiero dote, ni quiero  
otra hacienda ni otro bien.  
Adiós, que os guarde, y también  
aquel ángel por quien muero.

Aquella hidalga divina,  
aquella perla preciosa,  
aquella de nieve y rosa,  
aquella esmeralda fina;  
aquella nueva Lucrecia,  
aquella ninfa del mar;

más olorosa que azahar  
y más que la indiana especia;  
aquella cuyo rotundo  
rostro el alma me desvela,  
aquella que es la canela  
de las hidalgas del mundo.

(Vase.)

CELEDÓN.

Andaba enamorada la pobreza  
de la hidalguía, mujer flaca y loca,  
tan tierna, que aunque fuera acero o roca  
moviera con su llanto su dureza.

Nuestra madre común Naturaleza,  
a quien juntar los semejantes toca,  
con gran soberbia y con hacienda poca  
casólas, por cumplir con su belleza.

Nació de la pobreza y hidalguía  
y deste matrimonio y consonancia  
la dura necedad y la porfía;  
que dándose a entender pueblos en Francia,  
Guinea les dejó su fantasía  
y el Rey de Babilonia su arrogancia.

(Salen el CONDE y ROBERTO.)

ALBANO. ¿Eso responde?

ROBERTO. En mi vida  
pensé ver sierpe picada  
tan fiera y tan enojada,  
tan loca y tan atrevida.

Si no estuvieras casado,  
para tus merecimientos  
le sobaban pensamientos,  
y aun era estrecho tu estado.

ALBANO. Es el encuentro primero  
y es discreta la hidalguilla.

ROBERTO. Otras mil tiene la villa  
donde entretenerte quiero.

Deja esta loca, por Dios.

ALBANO. Débete a ti de agradar,  
y querrás solicitar  
el enojo de los dos.

ROBERTO. Bien me conoces a mí  
para amores en aldea.

ALBANO. Pues déjame a mí a Finea  
si no es buena para ti;  
que por vida de Teodora  
que me ha desasosegado.

ROBERTO. ¿A qué buen tiempo has jurado  
lo más que ofendes agora!  
Pero nunca imaginé  
que lo tomabas de veras;



mas, señor, si perseveras,  
una y mil veces iré.

Que no es bronce ni diamante  
mujeres, en quien el ruego  
es como en la cera el fuego.

ALBANO. Su padre estaba delante.

¿Habráme oído?

ROBERTO. No sé.

ALBANO. ¿Qué hay por acá, Celedón?

CELEDÓN. Serviros, si hay ocasión.

ALBANO. Alzaos, padre; hablad en pie.

CELEDÓN.

Señor excelentísimo, los hombres  
que llegamos a edad como la mía  
y al olvido llevamos nuestros nombres,  
procuramos, temiendo el postrer día,  
componer nuestras cosas de tal modo  
que viva el nombre en la ceniza fría.

¿Qué pensáis que es el hombre? Es polvo, es  
de lodo es hecho, en lodo se resuelve, [lodo;  
que es, finalmente, en lo que para todo.

Cuando el que es de mi edad los ojos vuelve  
a lo que deja atrás, pierde el sentido  
en las varias historias que revuelve.

La hacienda de mis padres he perdido;  
no he perdido el honor, y porque sea  
el mismo eternamente, he pretendido  
casar con sus iguales a Finea.

ALBANO.

Padre, cuando le vi que comenzaba  
por el engaño en que la vida emplea  
la mocedad, que brevemente acaba,  
pensé que había tenido algún aviso  
de que el final juicio se acercaba:  
eso requiere término más liso.

Dígame lo que quiere de mi casa.

CELEDÓN.

Es de la edad el proceder remiso.  
Cuando un hidalgo de mis prendas casa  
sus hijos, dale cuenta al señor suyo.

ALBANO.

Bien es que el señor sepa lo que pasa.

CELEDÓN.

Hoy lo he tratado, pero no concluyo  
el efeto que espero sin licencia.

ALBANO.

De esa humildad vuestro valor arguyo.  
¿Es de mi casa el novio?

CELEDÓN.

La presencia  
vuestra pudiera haberme ocasionado  
con tanta juventud y diferencia;  
mas no he puesto los ojos en criado  
de vuestra casa, aunque también pudiera  
haber mi hija de cualquiera honrado.

ALBANO.

¿Pues quién la mereció de los de afuera?

CELEDÓN.

Un hidalgo a quien dais silla, que ha sido  
causa para que yo sangre le diera.  
Acertado, señor, me ha parecido  
a quien vos le dais silla darle cama,  
siendo mi yerno y de Finea marido.

ALBANO.

¿Es por dicha don Blas?

CELEDÓN.

Así se llama.

ALBANO.

Está muy bien, es un galán mancebo.

CELEDÓN.

Dentro de Brandemburque tiene fama;  
yo pienso que la doy al mismo Febo.

ALBANO.

¿Cuándo será?

CELEDÓN.

Tan luego, que mañana.

ALBANO.

Eso os confieso que a disgusto llevo.  
Entre la gente bárbara y villana  
háganse casamientos de ese modo;  
pero la gente hidalga y cortesana  
han de imitar la antigüedad en todo.

CELEDÓN.

¿Pues qué resta de hacer si el padre gusta?

ALBANO.

Que un noble hidalgo y decendiente godo  
haga primero una sortija y justa,  
un torneo famoso y otras cosas  
dignas de su valor y sangre augusta.  
Yo tengo en mi armería armas lustrosas,  
yo galas, yo caballos, yo dineros.

ROBERTO.

Dice el Conde muy bien, que a las hermosas

damas así los nobles caballeros  
 las sirven, que es afrenta y de villanos  
 que no saben de galas ni terreros:  
 gánela por la lanza y por las manos,  
 que vuestro padre así gana su esposa.

CELEDÓN.

Y como haya gigantes, haya enanos,  
 haya aventuras, que es muy justa cosa;  
 que a fe que mi buen padre, que Dios haya,  
 que no la mereció la mano ociosa,  
 contaba él que en csa blanca playa  
 sustentó por su amor un paso honroso,  
 donde con armas tuvo el mundo a raya.  
 A todo caballero generoso  
 hizo que no pasase en no diciendo  
 que él era el más valiente y amoroso  
 y ella la más hermosa, y compitiendo  
 ganó tantos despojos, que aun hoy día  
 están nuestros portales guarneciendo.  
 Yo le diré que vuestra señoría  
 lo manda así, y armado en campo salga.

ALBANO.

Diestramente le di por la hidalguía.  
 ¡Mas ay, Roberto, que la hermosa hidalga  
 se me quiere casar con una sombra!  
 ¿Qué remedio tendremos que me valga?

ROBERTO.

Solicitarla, en tanto que se nombra  
 defensor de tan locas aventuras.

ALBANO.

La competencia desigual me asombra.  
 Si tú no la enterneces y procuras  
 que esta noche me escuche, yo soy muerto.

ROBERTO.

En tanto que éste intenta sus locuras,  
 amor conducirá tu nave al puerto.

(*Vanse, y salen FINEA, la hidalga, y DON BLAS.*)

FINEA. Tengo por atrevimiento  
 que desta suerte os entréis.

BLAS. Mal, señora, agradeceréis  
 mi amoroso pensamiento.  
 Fuera de que ya sois mía,  
 que a vuestro padre os pedí,  
 y él me dió por vos el sí  
 en este dichoso día.

FINEA. Pues si mi padre os le dió,  
 mi padre con vos se case.

BLAS. ¿Que esto por mis ojos pase?

¿Vos sabéis quién soy?

FINEA.

Yo no,

BLAS.

que no me importa el sabello.  
 Pues soy hombre a quien el Conde  
 da taburete, y adonde  
 todo el mundo puede vello.

FINEA.

Hoy la señora Condesa  
 me ha convidado a comer.  
 ¿Qué cosa podéis tener  
 más baja?

BLAS.

Mucho me pesa

FINEA.

que me tratéis desa suerte.  
 Quien come con desiguales  
 pasará por cosas tales  
 que fuera mejor la muerte.

Lo primero habéis de ser  
 gracioso y murmurador,  
 que en la mesa del señor  
 con esto habéis de comer.

Lo segundo hacéis que os quieran  
 mal cuantos criados veis,  
 porque en efeto os coméis  
 lo que ellos comer esperan.

BLAS.

Id con Dios, y esas grandezas  
 contaldas entre ignorantes.

Cuando cosas semejantes  
 no os parezcan gentilezas,  
 ¿la que veis en mi persona  
 no basta a obligar a amor?  
 ¿Fué Amadís, fué Galaor  
 por la dama Quintañona  
 más estirado galán?

¿Tuvo estos pies Cicerón?  
 ¿Fué más discreto Sansón  
 ni más paladín Roldán?

Si aquesta cara tuviera  
 el conde Partinuplés,  
 ¿qué conquistara en un mes?,  
 ¿qué atropellara y venciera?

Si a caballo en las dos sillas  
 fuera Virgilio tan raro,  
 no diera su nombre claro  
 a las siete maravillas.

El compás con que yo voy  
 por una calle a lo grave,  
 ¿qué pretendiente lo sabe,  
 ni la barbita que doy?

Volved el desdén, señora,  
 en amor, si sois servida,  
 que me quitaréis la vida  
 y se perderá en un hora  
 un decendiente de Adán

FINEA. por línea recta, por Dios.  
No he de casarme con vos  
si las dos Indias me dan.

(Vase.)

BLAS. ¡Oh fiera ingrata y cruel!  
¿Desta manera me dejas?  
¿A un hidalgo como yo,  
bárbara, inculta, desprecias?  
¿A don Blas? ¡Tenedme, cielos!  
¿A la gala, a la fineza,  
a la discreción del mundo,  
a la flor de la canela?  
¿Quién con ingenio ni talle,  
tigre hircana, tigre fiera,  
te merece como yo?  
¿Desde Alemania hasta Grecia  
juega nadie del vocablo  
como yo, ni con más nuevas  
palabras escribe y habla,  
que a quien las oye atormenta?  
¿Hablo yo como los otros?  
¿No es mi ingenio una quimera  
que puede dar calentura  
a quien me trate hora y media?  
Pues di, ¿por qué me dejas?  
¡No eres hidalga, no, ni Dios lo  
¿Esta cara te fastidia, [quiera!  
para los grandes severa,  
benévola a los criados,  
a los humildes risueña,  
a los tontos apacible,  
a los valientes discreta?  
¿Este talle, esta calcita,  
esta gorra, capa y cuera  
y este ponerme dos horas  
al espejo una cadena?  
¿Este poner en su luna  
la boca de mil maneras,  
hasta que alguna me agrada  
que más diferente sea?  
¡Loca estás! Mas vuelve, escucha.  
Mas, ¡ay!, no escuches ni vuelvas,  
que pues que así me dejas  
no eres hidalga, no, ni Dios lo  
Salid, sangriento puñal, [quiera.  
y pasadme de manera  
que no me saquéis la sangre,  
que no es bien que aquí se vierta,  
no la cojan los villanos  
desta miserable aldea  
y compitan con los reyes

en generosa grandeza.  
Matadme sin darme herida,  
matadme sin darme pena,  
de manera que mi muerte  
se celebre entre poetas;  
que bien es que de un hidalgo  
que tantas hambres sustenta,  
gente tan necesitada  
escriba tristes endechas.  
¡Puñalico, puñalico,  
por la gracia que en ti reina,  
que me mates sin matarme  
donde mi ingrata lo vea!  
Mas pues morir me dejas,  
no eres hidalga, no, ni Dios lo  
[quiera.

(Sale CELEDÓN.)

CELEDÓN. ¿Quién da voces en mi casa?  
BLAS. ¡Oh padre! ¡Oh suegro! ¡Oh señor!  
Vuestro yerno, a quien amor  
mata, encadena y abrasa.

Don Blas, que ha venido a ver  
con estas galas su esposa,  
tan esquiva y desdenosa  
que no me quiere querer.

Reñidla, padre, y mirad  
que si no entráis se perdía  
la raíz de la hidalguía  
y un mozo en aquesta edad.

CELEDÓN. Hijo, sin duda ha sabido  
Finea que el Conde sabe  
que no os casáis a lo grave,  
como hidalgo y bien nacido.

Dice el Conde mi señor  
que vuestras partes gentiles  
con actos caballeriles  
han de conquistar su amor.

Que hagáis fiestas y torneos,  
y que un paso sustentéis  
en que vuestro amor mostréis,  
vuestras galas y deseos.

Que él os prestará caballos,  
armas, lanzas y otras cosas  
necesarias y forzosas.

BLAS. Honra el Conde a sus vasallos.

Aceto de su armería  
grevas, golos y quijotes,  
escarceles y estrambotes,  
porque faltan de la mía.

Haré un cartel, y verán  
cómo sustento que soy  
un hidalgo que hasta hoy



conserva sangre de Adán.

CELEDÓN. Pienso que el Conde ha querido ejercitar sus criados.

BLAS. Quedarán ejercitados y mi amor favorecido.

El cartel voy a escribir.

CELEDÓN. Id, don Blas, en hora buena, que da noche tan serena lugar de hacer y decir.

BLAS. Dad licencia que esta casa ronde y guarde, pues ya es mía.

CELEDÓN. Que la rondéis hasta el día.

BLAS. Pues vos veréis lo que pasa.

(Sale el CONDE, ROBERTO y MILLÁN, en hábito de noche.)

ROBERTO.

¡Esta es la casa de la hidalga bella.

ALBANO.

¡Brava portada!

ROBERTO.

Y dentro, por lo antiguo, es bueno el edificio.

MILLÁN.

Estos hidalgos hacen lugar al viento por la puerta.

ALBANO.

¿Qué haremos?

ROBERTO.

Que si está acostado el viejo le digas a Finea lo que intentas; que aunque es verdad que amor más fácilmente se concierta, señor, por los terceros, que es como las demás mercaderías, no se puede negar que obliga mucho una palabra tierna del que ama dicha a los ojos de su hermosa dama

ALBANO.

¿Y si me turbo?

ROBERTO.

¿Tú de hablar agora con la hidalguilla de una pobre aldea, habiendo hablado Césares y Reyes, autores del gobierno y de las leyes?

ALBANO.

Guarda, Millán, atento esas esquinas, pues eres nuestro bravo aquesta noche. Consultaré la reja desta casa.

MILLÁN.

Si no salen de adentro algunas sombras, que algo tienen de duendes y de trasgos estos hidalgos, lo que afuera toca déjamelos, y verás...

ROBERTO.

¡Calla la boca!

ALBANO.

Tira una china.

ROBERTO.

Eso, por Dios, buscaba.

ALBANO.

¿Topástela?

ROBERTO.

Topé.

ALBANO.

Tírala.

ROBERTO.

Tiro.

ALBANO.

En no queriendo abrir lleva un suspiro.

MILLÁN.

Y más si yo le doy.

ALBANO.

¡Calla, bergante!

¿Abrió?

ROBERTO.

¿No ves cómo amanece el día?

MILLÁN.

China por pie, pues respondió, tenía.

(FINEA, en alto.)

FINEA. ¿Es Roberto?

ROBERTO. El mismo es.

FINEA. ¿Quién viene contigo?

ROBERTO. El Conde.

FINEA. El viene, Roberto, adonde es vidro todo interés; y gran bajeza es en tí, solícito y importuno, terciar por hombre ninguno conociendo amor en mí.

ROBERTO. ¡Ay, Finea, que no sabes a lo que el servir obliga!

FINEA. ¿Quiéresme tú hacer amiga, ya que tu lealtad alabes, de un señor por quien lo eres,

cuando yo pretendo ser  
con tanto honor tu mujer?  
ROBERTO. Mal conocéis las mujeres  
qué leyes hay en los hombres.

FINEA. Lo que digo es ley de Dios.

ROBERTO. Ya no podemos los dos  
tratarnos con tales nombres.

Y aunque me muero por ti,  
desde una palabra tuya  
y de tu amor, si era suya,  
que ayer a traición te oí,

no puedo atreverme a más  
de decir que te quisiera  
como al Conde no sirviera.

FINEA. En gracioso engaño estás.

Los señores mucho fían;  
engañarlos no es hazaña,  
porque quien más los engaña  
es de quien más se confían.

Bien puedes tú, si te agrado,  
entretener su afición;  
noble soy, y no es razón  
que quiera a un hombre casado.

No puede un hombre tener  
mayor defecto, Roberto,  
aunque fuese cojo, tuerto,  
necio y de mal proceder.

ROBERTO. ¿Tan gran falta es ser casado?

FINEA. ¿Qué mayor para el honor,  
y cuando le venza amor  
tener otro amor al lado?

ALBANO. ¡Ce, Roberto, ce!

ROBERTO. ¿Qué quieres?

ALBANO. ¿Eres tú el galán acaso  
y yo el que te guarda el paso?

ROBERTO. ¿Puedo más? ¡Extraño eres!

ALBANO. Dile a la hidalga que abra,  
que no la vengo a forzar.

ROBERTO. Cansado estoy de rogar  
que te escuche una palabra.

ALBANO. ¡Quítate acá, majadero!—  
Finea.

FINEA. ¿Quién es?

ALBANO. Yo soy.

ROBERTO. ¡De celos muriendo estoy!  
Mas no, que de honrado muero.

ALBANO. Finea, aunque amor me debes,  
como a señor que soy tuyo,  
de amores forzados huyo,  
y digo en palabras breves  
que si pudiera casarme  
contigo, fueras señora

de cuanto goza Teodora.

No te canses en matarme,  
que yo no quiero de ti  
cosa violenta, mis ojos,  
que no vengo a darte enojos,  
pues que vengo a hablarte así.

Cuando tú veas que llega  
mi atrevimiento a tu honor,  
desprecia, hidalga, el amor  
de un príncipe que te ruega.

Mas entre tanto que soy  
galán corto y comedido,  
que no me dejes te pido  
en las tristezas que estoy.

Porque si ocasión me das  
abrasaré mil aldeas,  
haciendo cosas tan feas  
que después te cuesten más.

Yo me he retirado aquí  
y no a villas ni a ciudades  
porque, diciendo verdades,  
tuve estas nuevas de ti.

Ya que sabes mi intención,  
¿qué dices?

FINEA.

Vusiñoría

ha dicho, por vida mía,  
y fundado su razón

de suerte, que yo no siento  
qué le poder responder,  
porque no es justo tener  
con el dueño atrevimiento.

Digo que mientras su amor  
no llegare a descompuesto  
y con proceder honesto  
guardare el rostro a mi honor,  
en mi casa podrá entrar,  
advertido de una cosa.

ALBANO.

No la habrá dificultosa.

FINEA.

Lo primero ha de jurar

no hacerme ofensa ninguna;  
lo segundo, que aunque vea  
que más mi pobreza sea,  
no ha de darme cosa alguna.

Con estas dos condiciones  
entre, visite, que creo,  
por las que en señores veo  
varios gustos y opiniones,  
que con cualquiera, aunque soy  
libre en esto y cortesana,  
no se acordará mañana  
de lo que dijere hoy.

ALBANO.

Bien parece que no entiendes,

Finea, lo que no tratas;  
cuanto más gusto dilatas,  
tanto más mi gusto enciendes.

Si quisiere una mujer  
ver firme un hombre, resista,  
que en pagando a letra vista  
no queda qué pretender.

Pésame de que te doy  
documentos contra mí.

FINEA. ¿Después de engañarme así?

ROBERTO. ¡Necio enamorado soy!

Yo quiero lo que no quiero,  
yo celo lo que no estimo,  
a lo que temo me animo  
y por lo que dejo muero.

Ya vengo a solicitar  
que quiera al Conde Finea,  
ya de que la hable y vea  
comienzo a temer y a amar.

¿Qué haré en tanta confusión?

(Salen DON BLAS, gracioso, de noche, y MÚSICOS labradores.)

MÚSICO. Temo que ha de haber testigos.

BLAS. Aquí, señores y amigos,  
se ha de cantar la canción.

MÚSICO. Huélgome de que ya estéis  
al fin de tan buen deseo.

BLAS. A no ser por un torneo  
que mantener me veréis,  
ya estuviéramos casados.  
Mañana fijo el cartel.

MILLÁN. Avisa, que hay un tropel  
de galanes embozados.

ROBERTO. Señor.

ALBANO. ¿Qué quieres?

ROBERTO. Advierte  
que te pueden conocer.  
ALBANO. ¿Cómo podremos hacer  
que se vayan?

ROBERTO. Desta suerte.

ALBANO. Roberto, detén la espada,  
que éste sin duda es don Blas.

ROBERTO. ¿Qué haremos?

ALBANO. Pasar no más,  
que es loco y no importa nada.

Para la noche primera  
basta el principio que he dado  
al buen fin de mi cuidado.

ROBERTO. ¿Qué te ha dicho?

ALBANO. No es tan fiera  
como tú me la pintabas.

Licencia tengo de entrar  
a verla.

ROBERTO. No hay que fiar.

MÚSICO. Don Blas.

BLAS. ¿Qué hay?

MÚSICO. Rodelas bravas.

BLAS. Apercíbese todo hombre.

MÚSICO. Yo, don Blas, músico soy.

BLAS. Temblando de miedo estoy.—  
¿Qué gente?

ALBANO. Gente sin nombre.

BLAS. ¿Qué quieren en esta calle?

ROBERTO. ¿Por qué lo quiere saber?

BLAS. Porirme, si puede ser.

MÚSICO. Ella es gente de buen talle.

BLAS. Criados del Conde son.

MÚSICO. No se excusan cuchilladas.

BLAS. Sí excusan.

MÚSICO. Ya las espadas  
tientan.

BLAS. ¡Brava tentación!

¿Cuántos somos?

MÚSICO. Tres, como ellos.

BLAS. Potos somos.

MÚSICO. ¿Pues qué haremos?

BLAS. Decirles que volveremos  
mañana a vernos con ellos,  
y trataremos despacio  
hacer algún desafío  
de esotra parte del río,  
que esta gente de palacio  
es toda de hombres altivos,  
y si se ofrece ocasión  
en que no les den ración,  
se comen los hombres vivos.

ALBANO. ¿Qué aguardan?

BLAS. A que nos dejen  
pasar si tienen que hacer,  
porque no es razón querer  
que de nosotros se quejen.

ALBANO. Ea, saquen los aceros;  
veamos para qué son.

BLAS. Yo tengo por devoción  
el no reñir, caballeros,  
tres días en la semana,  
y hoy es el uno, por Dios;  
mas veámonos los dos  
en la campaña mañana,  
que no ha de reñir a pie  
un hidalgo como yo.

ALBANO. ¿Pues tiene caballo?

BLAS. No;



pero yo le busearé.  
 ROBERTO. ¿A qué venían aquí?  
 BLAS. Un astrólogo buseamos,  
 que habiendo mil, no le hallamos.  
 ALBANO. ¿Astrólogo?  
 BLAS. Señor, sí.  
 ALBANO. ¿Para qué?  
 BLAS. Saber querría  
 si mañana ha de llover,  
 para no echar a perder,  
 si llueve, una gala mía;  
 que si no llueve, saldré  
 con capa y gorra.  
 ROBERTO. Mejor  
 se lo dirá algún humor.  
 BLAS. Sano estoy.  
 ROBERTO. No se le ve.  
 ALBANO. Ahora quédense con Dios.  
 BLAS. ¿Mandáis que os acompañemos?  
 que de buena gana iremos  
 o todos tres o los dos.  
 ALBANO. Quédense, hidalgos.  
 BLAS. Aquí  
 no hay más de uno, que soy yo.

(*Vanse.*)

MÚSICO. ¿Iremos con ellos?  
 BLAS. No.  
 MÚSICO. ¿Vanse de la calle?  
 BLAS. Sí.  
 Y por vida de Finea,  
 que si a su honor no mirara,  
 que por guardarle la cara  
 quise hacer cosa tan fea,  
 que del puesto a cintarazos  
 eehara a tres, y aun a trece.  
 FINEA. Y Finea lo agradece  
 a ese valor y a esos brazos.  
 BLAS. ¡Oh luz de mi pensamiento!  
 ¡Oh bella señora mía,  
 que volvéis la noche día!  
 FINEA. A no ser atrevimiento  
 hablara con vos un rato,  
 sólo por ver el valor  
 que habéis mostrado, que amor  
 no sale al valor ingrato.  
 Así han de ser los amantes.  
 BLAS. Este es pequeño trofeo,  
 que por vos en un torneo  
 presto venceré gigantes.  
 No quise ensuciar la espada  
 en tres hombres.

FINEA. Bien hicistes,  
 que más limpia la tuvistes  
 y más segura envainada.  
 Mucho aquesta calle os debe,  
 pues a nadie despertáis  
 con las armas que sacáis  
 cuando tanta causa os mueve.  
 BLAS. Los hidalgos caballeros  
 cuando esperan tornear  
 sin eausa no han de gastar  
 las fuerzas ni los aceros.  
 A este torneo os convido.  
 FINEA. ¿Dónde, en Palacio?  
 BLAS. ¿Pues no?  
 FINEA. ¿Daránme precios?  
 BLAS. Y yo  
 he de ser vuestro marido.  
 FINEA. Adiós, que a acostarme voy.  
 BLAS. ¡Quién lo mismo respondiera!  
 FINEA. Bien podéis.  
 BLAS. ¿Dónde?  
 FINEA. Allá fuera,  
 que sois bestia y mujer soy.  
 (*Vase.*)  
 BLAS. ¡Oh qué requiebro extremado!  
 MÚSICO. ¿Eso tienes por requiebro?  
 BLAS. Estos donaires eelebro.  
 MÚSICO. Tu donaire está acostado;  
 ya no hay que eantar aquí  
 BLAS. ¿Estarálo el Conde ya?  
 MÚSICO. Ni eonado el Conde habrá,  
 que allá no se eena así:  
 hacen de la noche día  
 y el día duermen.  
 BLAS. Pues vamos,  
 para que el eartel pongamos,  
 honor de la prenda mía.  
 MÚSICO. Bien es que a Palacio asombres.  
 BLAS. ¡Muy valiente soy, por Dios!  
 Adiós, rejas, que por vos  
 dejé de matar tres hombres.

(*Váyanse, y salen la CONDESA y LAURENCIA, la-  
bradora.*)

TEODORA. Mucho me huelgo de verte;  
 quiérote mudar de traje.  
 LAURENC. No le ha habido en mi linaje  
 mil años ha de otra suerte.  
 Ni pienso que yo sabría,  
 aunque por todo el lugar  
 buen nombre me suelen dar,  
 servir a Su Señoría.

Estoy al campo enseñada;  
no sé labor palaciega,  
que por esa verde vega  
llevo una blanca manada.

A la sombra de un espino,  
cuando se ofrece ocasión,  
hilo un poco de algodón,  
de cáñamo, estopa o lino.

Son mis modos tan villanos  
que acá no viniera yo,  
mas mi padre me envió  
a que os besase las manos.

Y a fe que me he detenido  
y en casa me reñirán.

TEODORA. No harán, que contigo irán.

LAURENC. Licencia, señora, os pido.

TEODORA. Deseo saber de ti  
qué mujeres de buen talle  
tiene el lugar.

LAURENC. En mi calle  
hay dos.

TEODORA. ¿Son hermosas?

LAURENC. Sí.

Gila es una, aunque morena,  
gentil, que en traje de dama  
tuviera en la Corte fama.

TEODORA. ¿Quién es la otra?

LAURENC. Lisena,

moza que por lo rollizo  
no tiene qué desechar.

También hay en el lugar,  
de cabello rubio y rizo,

dos hermanas, Silvia y Flora,  
de ojos azules y fríos,  
pero de gentiles bríos.

Recién casada Ledora;

buen talle tiene Diana,  
fresca es de rostro, aunque boba;  
Celia voluntades roba,  
con ser limpia y cortesana;

a Fabia por ojinegra  
gracia le han dado los cielos,  
pero anda triste de celos  
y de reñir con su suegra.

Olvidábaseme Antona,  
mujer libre y lisonjera,  
que cansa por bachillera,  
mas tiene gentil persona.

Es gallarda Filiberta,  
no hay quien con más galas ande;  
la boca tiene algo grande,  
pero limpia y descubierta.

Flérída es loca de atar,  
pero de cuerpo gentil.

TEODORA. ¿Tantas hay?

LAURENC. Quedan dos mil.

TEODORA. ¡Válate Dios por lugar!

LAURENC. Pues sepa Vusiñoría  
que no he nombrado una hidalga  
que al sol que más claro salga  
le puede servir de guía.

Es hija de Celedón,  
alcalde de la nobleza,  
mujer de limpia belleza  
y de rara discreción.

Esta, yo se lo confieso,  
que puede tener a raya  
cuantas en las cortes haya.

TEODORA. De celosa pierdo el seso.

Hice al Conde retirar  
a la más pequeña aldea  
de su Estado porque sea  
freno un rústico lugar  
a su condición extraña,  
y ha dado mi intento ciego  
de la ceniza en el fuego.  
¡Oh cuánto el amor engaña!

(Salen el CONDE y ROBERTO.)

ROBERTO. Aquí mi señora está.

ALBANO. ¡Señora mía!

TEODORA. ¡Oh, señor!—

Mis celos descubre amor.—

¿También salís por acá?

¿También hay en una aldea  
donde la noche ocupéis?

ALBANO. Ya de aquel don Blas sabréis  
cómo una dama pasea.

Dijéronme que le daba  
una música, y a oílla  
fuí por donaire a la villa.

TEODORA. ¿Y era verdad?

ALBANO. Allá estaba  
con tres o cuatro instrumentos.

TEODORA. ¿Quién es la dama?

ALBANO. Una hidalga  
hermosa, así Dios me valga.

ROBERTO. ¿Qué dices?

ALBANO. Mis pensamientos.

TEODORA. ¿Pues habéisla visto vos,  
que de hermosa la alabáis?

ALBANO. El, si vos os acordáis,  
nos lo contaba a los dos  
tratando su casamiento.

TEODORA. Pues casémosla, que es justo  
que a don Blas hagamos gusto.

ROBERTO. Todo ha de ser mi tormento.  
¿Que una palabra me mate  
que me dijo esta mujer?  
¡Veneno debió de ser!

TEODORA. Su casamiento se trate.  
Yo quiero tomar la mano.

ALBANO. Favorecelle es razón.

(*Tocan cajas.*)

ALBANO. ¿Qué es aquello?

ROBERTO. Cajas son.

TEODORA. No me recelaba en vano.

(*Sale FABRICIO.*)

FABRICIO.

Pónganse al corredor Vusiñorías  
si quieren ver con cuánta gracia y galas  
en el patio publica su torneo  
don Blas, en honra de su hidalga dama.

TEODORA.

Decid que suba aquí.

FABRICIO.

Yo voy corriendo.

TEODORA.

Cuando don Blas no hubiera merecido  
esta mujer por ser su igual en todo,  
por los buenos deseos la merece.

ALBANO.

Sí; pero caso injusto me parece  
dar tal mujer a un hombre mentecato.

TEODORA.

Conde, no me estorbéis lo que yo trato.

(*Salgan cajas y hachas, paje de rodela y DON BLAS,  
detrás, armado graciosamente.*)

BLAS.

Denme todos los pies Vusiñorías.

TEODORA.

Los brazos, valeroso caballero.

BLAS.

Yo no he de consentir que uno me falte,  
dos tiene el Conde y dos Vusiñoría,  
cuatro pies me han de dar.

ALBANO.

Yo imaginaba

que lo que pide aquí don Blas traía.

TEODORA.

¿Qué cartel es aqueste?

BLAS.

¡Cosa brava!

TEODORA.

Leédmele, don Blas, por vida mía.

BLAS.

¡Es cosa temeraria!

TEODORA.

Yo pensaba  
casaros sin hacer torneos agora.

BLAS.

No quiere el Conde.

TEODORA.

¿El Conde?

BLAS.

Sí, señora;

que dice que los nobles caballeros  
han de ganar sus damas deste modo.

TEODORA.

Esto debe de ser entreteneros;  
el Conde hará mi gusto, y ella y todo.

BLAS.

Señora, el papelón quiero leerlos.

ALBANO.

¿Pues cómo un hombre decendiente godo  
no ha de hacer prueba del valor que tiene?

ROBERTO.

Todo es celos.

ALBANO.

Paciencia me conviene.

BLAS. Yo, el Caballero del Mar,  
sustento que quien me mata  
es la más bella y ingrata  
y la más digna de amar.

Sustento que sin razón  
a quererme no se aplica,  
y no ha de ser la quistión  
con espada ni con pica,  
sino a puro mojicón.

Las armas no hay que tratar,  
porque bien puede traer  
las que quisiere escoger,  
pues no le han de aprovechar:



Jüez quien el Conde nombre,  
plazo desde aquí a San Juan,  
sitio el patio o el zaguán,  
y firmélo de mi nombre,  
don Blas, bisnieto de Adán.

TEODORA. Muy bueno está; mas yo quiero,  
don Blas, que os caséis primero,  
y que hoy conmigo cenéis.

BLAS. Notable merced me hacéis  
en sacarme de este acero.

TEODORA. Ea, Conde, no haya más.

ALBANO. ¡Que siempre mi gusto atajes!

BLAS. Mi Condesa.

TEODORA. ¿Qué hay, don Blas?

BLAS. Haga recoger los pajes,  
que me pican por detrás.

(*Vanse, y salgan CELEDÓN y JOFRE, los dos alcaldes.*)

CELEDÓN. Quiero que seáis mi amigo  
y daros cuenta de todo.

JOFRE. Póngase el Conde de lodo  
si vos os hacéis conmigo.

Habéis dado en ser hidalgo  
tan de veras, Celedón,  
que de congoja y pasión  
tal vez de sentido salgo.

De los hidalgos querría  
que un día sólo pasase  
sin que se hablase y tratase  
de su cansada hidalguía.

CELEDÓN. También yo de los villanos,  
pecheros y gente vil  
querría un trato servil,  
pues que viven de sus manos,  
y que tuviesen respeto  
a los nobles.

JOFRE. Si en quimeras  
os metéis, vendréis a veras  
de las burlas, os prometo.

Decidme lo que tenéis  
capitulado además  
destas bodas con don Blas.

CELEDÓN. Fácilmente lo sabréis.

Que pues la tiene en deseo  
no busque más con Finea.

JOFRE. ¿Qué responde?

CELEDÓN. Que desea  
hacer un galán torneo,  
demostración de su amor,  
y el Conde lo quiere así.

JOFRE. Bien hacéis, pero por mí  
ni aun diera parte al señor.

¿Es ésta acaso Finea?

(*Sale FINEA.*)

CELEDÓN. La misma.

JOFRE. ¡Qué bella está!

FINEA. ¿El Alcalde por acá?

CELEDÓN. Hablalda.

JOFRE. Para bien sea.

FINEA. ¿De qué me dais parabién?

JOFRE. De que estáis ya desposada.

FINEA. Bien decís; no estoy sentada.

JOFRE. Dejad vergüenza y desdén,  
que todas hablan así  
y a nueve meses nos dan  
un nieto como un Roldán.

CELEDÓN. Vámonos, Jofre, de aquí,  
que quiero comunicarnos  
cosas de mi hacienda.

JOFRE. El dote  
no os fatigue ni alborote;  
yo tengo bien que prestaros,  
porque lo que me ha quitado  
de noble Naturaleza  
me dió en liberal riqueza.

CELEDÓN. Ese es noble que es honrado.

(*Vanse.*)

FINEA.

Echaban los romanos a las fieras,  
traídas de provincias diferentes,  
tigres, leones, áspides, serpientes,  
lobos, grifos, dragones y panteras,  
los cautivos de guerras extranjeras  
o los propios romanos delincuentes;  
espectáculo bárbaro a las gentes,  
por quien tembló la Scitia sus banderas.

Desta inclemencia la disculpa toma  
cuando Su Majestad el mundo culpa,  
que así el imperio los rebeldes doma;  
pero arrojar una mujer sin culpa  
a un marido cruel, no sólo en Roma,  
mas no hallará entre bárbaros disculpa.

(*Sale ROBERTO.*)

ROBERTO. ¿Puédote hablar?

FINEA. Ojalá

que así quererme pudieras.  
Mi padre está con su alcalde,  
porque ya la competencia  
cesó con mi casamiento.

ROBERTO. ¿Que tratan cosas de hacienda?

FINEA. Bien dices, porque entre viejos

es la plática más cierta.  
 ROBERTO. Sí, porque amor y juego son vicios de la edad primera, y la avaricia y codicia de la que ya canas peina.  
 FINEA. ¿Qué te trajo, ingrato mío, a los ojos que desprecias? ¿Es solicitud del Conde?  
 ROBERTO. Cerca de la puerta queda.  
 FINEA. ¿Díjelo yo?  
 ROBERTO. ¡Vida mía, causa de mis locas penas, no puedo más, yo te adoro! Sirvo, la lealtad me fuerza; cree que mejor te pago ese amor de lo que piensas, pues desde que me dijiste que me quisieras, Finea, ni he dormido, ni he tenido más descanso que tuviera sobre las llamas de Troya, incendio fatal de Grecia. Ello fué desdicha mía, porque si yo te quisiera me aborrecieras por dicha.  
 FINEA. ¡Ay, Roberto, no lo creas! ¿Pero aquí viene este loco?  
 ROBERTO. ¿Tú no le diste licencia? ¿Qué me preguntas a mí?  
 FINEA. Dos cosas me hicieron fuerza: la primera su poder, que no tiene resistencia, y el verte yo la segunda, cuando a sus recados vengas.  
 ¿Son poderosas, bien mío?  
 ROBERTO. No sé; más ¡ay, Dios!, espera, que pienso que de celoso pidió licencia a la puerta.  
 FINEA. Pues dame una mano sola. ¡Ay si la de esposo fuera!

(Sale el CONDE.)

ALBANO. ¿Eres astrólogo acaso?  
 ROBERTO. Mirar las líneas pudiera, que Finea me rogó que le mirase por ellas si ha de casar con don Blas.  
 ALBANO. Deja esas vanas quimeras. De la licencia de verte hoy me aprovecho, Finea, cumpliendo las condiciones.  
 FINEA. Es conforme a tu grandeza.

ALBANO. En fin, ¿no he de darte nada?  
 FINEA. Así el honor me aconseja.  
 ALBANO. Pues dame tú en que me asiente.  
 FINEA. Tan de espacio, no me pesa; pero no estás bien aquí; más adentro, señor, entra, que donde duerme mi padre hay una o dos sillas viejas.  
 ALBANO. ¿Tan pobre estás?  
 FINEA. Esto soy.  
 ALBANO. Pues entro, que tu pobreza te aconsejará mi gusto.  
 ROBERTO. ¡Ay, Finea!  
 FINEA. ¿De qué tiemblas?  
 ROBERTO. ¿No te parece razón?  
 FINEA. No, que son muchas las buenas, si por ser mujer me temes.  
 ROBERTO. Atalanta fué ligera, y con tres manzanas de oro que le arrojaron apenas fué de Hipomenes cautiva.  
 FINEA. Son fábulas de poetas.  
 ROBERTO. Es el Conde gentilhombre.  
 FINEA. ¿Qué me importa que lo sea?  
 ROBERTO. Es discreto y poderoso.  
 FINEA. Yo soy noble y no soy necia.  
 ROBERTO. Cuando te asientes con él vuelve un poco la cabeza.  
 FINEA. Ponte detrás de la silla, daréte la mano izquierda.

### ACTO TERCERO

DE "LOS HIDALGOS DEL ALDEA".

(Salen DON CLAROS, soldado, hermano de DON BLAS, y FABRICIO, criado del CONDE.)

FABRICIO. ¡Bueno venís de la guerra!  
 ¡Bravas plumas, bravas galas!  
 CLAROS. Fabricio, estas son las alas que levantan de la tierra los pensamientos de un hombre.  
 FABRICIO. ¿Venció en fin el Transilvano?  
 CLAROS. Y se ha vuelto el Otomano con infamia de su nombre.  
 Mucho me huelgo de ver al Conde en nuestro lugar.  
 FABRICIO. Su casa tiene pesar.  
 CLAROS. ¿Quién duda? Querrá volver a la grandeza pasada con que en la Corte vivió.

FABRICIO. Todo eso pienso yo  
que fuera cosa excusada.  
Sienten y siente el lugar,  
que en fin es pequeña aldea,  
que el Conde adore a Finea,  
que debiste de dejar  
muy niña, señor don Claros,  
cuando partistes de aquí.

CLAROS. Conózcola como a mí,  
y deseo preguntaros  
si murió su padre.

FABRICIO. No.

CLAROS. ¿Pues cómo por eso pasa?

FABRICIO. No puede cerrar su casa  
a su señor, y sé yo  
que han hecho mil diligencias,  
porque la hidalga es honrada.

CLAROS. ¿Honrada tan visitada?

FABRICIO. Resiste a tantas violencias  
con mil discretos engaños;  
y él con esperar un día  
fin de su loca porfía  
dejará pasar los años.  
Que ya del primero pasa  
que venimos a la aldea,  
sin que haya más que Finea  
y ir y venir a su casa.

CLAROS. ¿La Condesa mi señora  
no lo remedia?

FABRICIO. No creo  
que lo sabe, aunque yo veo  
señales que no lo ignora.

CLAROS. Muy rica debe de estar  
Finea.

FABRICIO. Tan pobre vive,  
que un papel aun no recibe,  
con que enmudece el lugar.

CLAROS. ¿Cosa no toma?

FABRICIO. Ninguna.  
Yo lo sé de un grande amigo,  
que se declara conmigo  
y corre en su mar fortuna.

CLAROS. ¡Extraños amores son!

FABRICIO. Está el Conde sin sentido;  
ni tiene vista ni oído  
ni discurso de razón.  
Pues sabed que a no ser esto,  
ya fuera vuestra cuñada.

CLAROS. ¿Cómo?

FABRICIO. Estaba concertada,  
y ya su padre dispuesto  
de casarla con don Blas,

vuestro hermano.

CLAROS. ¿Con mi hermano?

FABRICIO. Tráele el Conde tan vano  
para divertirle más,  
que ha un año que le dilata  
el casamiento.

CLAROS. Es un loco.  
Tendránle en palacio en poco  
si con los señores trata.

FABRICIO. La verdad deciros quiero:  
Sabed que el Conde le ha dado  
su mesa.

CLAROS. A un hidalgo ha honrado  
y a un honrado caballero.

FABRICIO. Decís bien; pero también  
le ha hecho armar y justar,  
tornear y aun intentar  
cosas que no entiende bien,  
en que no se gana honor.

CLAROS. Yo os entiendo, y de su seso  
tengo noticia, aunque en eso  
culpo al Conde mi señor,  
del cual me sabré guardar  
mientras que viviere aquí.

FABRICIO. No lo habéis de hacer así,  
que daréis que sospechar.

CLAROS. Yo soy tan noble como él,  
y de la guerra que vengo  
más honrado nombre tengo.

FABRICIO. Allá os avenid con él,  
que veisle aquí adonde viene  
a rondar su bella dama.

(Vase.)

CLAROS. Volver por mi honor y fama  
con el lugar me conviene.

(Salen el CONDE y ROBERTO.)

ALBANO. Van creciendo mis tristezas  
al paso de su desdén.

ROBERTO. ¿Luego no te trata bien?

ALBANO. Si las duras asperezas  
que por los montes Riseos  
forman peñascos pasara,  
o en diciembre atravesara  
los nevados Pirineos;  
si por la Libia desierta,  
si por la Arabia arenosa  
me fuera más fácil cosa  
y menos la senda incierta.

ROBERTO. Sospecho que os concertáis  
tú y Finea de engañarme,



por encubrirme y negarme  
lo que allá solos pasáis.

Seríades los primeros,  
aunque con intentos justos,  
que no dijese sus gustos  
aun a sus mismos terceros.

ALBANO. ¡Ay, Roberto, que a ser ciertos  
fuera encubrirlos error,  
pues nunca gustos de amor  
duraron mucho encubiertos!

Amor aun suele hablar  
lo que nunca le pasó.

CLAROS. ¿Cómo podré pasar yo,  
que el Conde me ha de mirar?  
Pero haré que no le vi.

*(Pase por delante sin quitarle el sombrero.)*

ALBANO. ¿Quién es éste, hola, Roberto,  
que tan soberbio y cubierto  
pasó delante de mí?

ROBERTO. ¿No le conoces?

ALBANO. Yo no.

ROBERTO. Este es don Claros, hermano  
de don Blas.

ALBANO. Si él es tan vano,  
de poco me espanto yo.

ROBERTO. Es tanto más, cuanto es más  
soldado y desvanecido.

ALBANO. Huélgome que haya venido;  
tendremos otro don Blas.

ROBERTO. De la guerra viene agora,  
con galas y cadenitas;  
presto tendrá sus visitas  
la Condesa mi señora.

ALBANO. A la mía entraré yo,  
que es adonde el alma tengo.  
Dile, Roberto, que vengo.

ROBERTO. Voy, y pienso que te vió.

*(Vase.)*

*(El CONDE, solo.)*

ALBANO.

Rompen las aves la región del viento,  
viendo que han de parar en piedra o rama;  
nadan los peces, y en arena o lama,  
o en verdes ovas van a hacer su asiento.

El sol de su divino movimiento  
tiene el ocaso por bordada cama;  
el alba a recoger las luces llama,  
de la noche corona y ornamento.

La fuente al río, el río a la mar viene;  
un año a otro, un tiempo a otro alcanza;

lo que pasó, lo que vendrá previene.

Todo tiene su fin o su mudanza;  
pero mi amor no sabe el fin que tiene,  
que le lleva engañado mi esperanza.

*(Váyase, y salgan LAURENCIA y FENISO, criado.)*

LAURENC. ¿Qué me puede a mí querer  
la Condesa mi señora?

FENISO. Della lo sabrás agora.

LAURENC. No sé lo que puede ser.

FENISO. Entretenerse contigo.

LAURENC. ¿Con una tosca aldeana?

FENISO. Ella sale.

LAURENC. Es tan humana,  
que holgará de hablar conmigo.—  
Dadme, señora, esos pies.

*(Sale la CONDESA.)*

TEODORA. ¡Oh Laurencia, amiga mía!

LAURENC. ¿Llamóme tu Señoría?  
Porque yo sabiendo que es  
esta gente de palacio  
tan de burlas, no viniera.

TEODORA. Yo te llamé.

LAURENC. Si tuviera  
para serviros espacio,  
aunque rústica a la fe,  
que cuido que os visitara,  
y en tanta riqueza osara  
poner atrevida el pie.

Que tal vez el tosco grillo  
más agrada en la cebada  
cantando, que en la dorada  
jaula el cantor pajarillo.

Y más del ramo pendiente  
la fruta hermosa madura  
que en la mesa, en plata pura,  
o en oro resplandeciente.

TEODORA. Tu entendimiento, Laurencia,  
me ha obligado, ya lo sabes,  
a hacer para cosas graves  
de tu secreto experiencia.

No me has querido servir,  
que yo te hubiera casado;  
pero ya que al darte estado  
puedo obligada acudir,  
tú lo verás en mis obras,  
y esto por prólogo baste.

LAURENC. En mí una esclava compraste.

TEODORA. Y tú en mí una amiga cobras.

Pero viniendo a la causa  
de haberte llamado aquí,

quiero que sepas de mí  
lo que mis disgusto causa  
el Conde.

LAURENC. No digas más,  
si celos del Conde son.

TEODORA. Pues dime: ¿tengo razón?

LAURENC. Bien sé que informada estás  
de alguna intención contraria  
a tu sosiego.

TEODORA. ¡Ay, Laurencia,  
no me engañes!

LAURENC. Ten paciencia  
y escucha.

TEODORA. Es bien necesaria.

LAURENC. Presupuesto que Finea  
nunca quiso bien al Conde,  
y que a quien es corresponde,  
aunque el vulgo no lo crea,  
porque esto lo sé mejor  
que los que te informan mal,  
el Conde, con desigual  
poder y fuerza de amor,  
la persüade y visita,  
enoja, cansa y pasea,  
promete, escribe, desea,  
desatina y solicita.

Mas ella, con invencible  
valor, como roca al mar,  
ni se ha dejado mudar  
ni ha sido jamás posible.

Dirás, pues: ¿Por qué razón  
le consiente y siempre admite  
que la escriba y la visite  
en daño de su opinión?

Respondo que sabe dél  
que si entrar no le dejara  
y su esperanza engañara  
tal vez hablando con él,  
aunque tanto su honor precia,  
ya hubiera sido Tarquino,  
y ella, con valor divino,  
forzada y muerta Lucrecia.

El está noches y días  
con ella, aunque honestamente,  
y olvidando últimamente  
grandezas y señorías.

Come tal vez en la mesa  
pobre su comida escasa.

TEODORA. ¿Luego no llevan de casa  
lo necesario?

LAURENC. Me pesa,  
ilustrísima Teodora,

si entiendes que engaños son,  
de ser en esta ocasión  
una pobre labradora.

Dame crédito, y si vieres  
que te he mentado, después  
mándame matar.

TEODORA. No es  
justo que ese premio esperes.

Yo fío que no me engañas;  
pero, Laurencia, aunque sea  
tan casta y santa Finea,  
y sus virtudes y hazañas  
tan heroicas que resistan  
un mozo galán, brioso,  
oro y poder vitorioso,  
que lo imposible conquistan,  
no se excusa de tener  
culpa en no haberme avisado,  
pues lo hubiera remediado  
con otro mayor poder.

Vete con Dios, y no digas  
esto que hablamos las dos,  
que me pesará, por Dios;  
y si lo callas me obligas  
a que tu remedio intente;  
y esta cadena entretanto  
te lleva, dando a mi llanto  
lugar.

LAURENC. Dios tu vida aumente,  
en quien espero que presto  
tendrás quietud, y pues eres  
un ejemplo de mujeres,  
vence con silencio honesto  
la furia de tu marido  
y muéstrale más amor,  
que es el remedio mejor  
que los celos han tenido.  
El se cansará, en efeto,  
y con paz le gozarás;  
callando le vencerás,  
que es hombre noble y discreto.

(Vase.)

TEODORA. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré  
creer que el Conde no baste  
a rendir una mujer  
pobre, humilde y ignorante?  
¿Qué piedra ha sido tan dura  
que un seco esparto que pase  
por ella un vez y otra  
no la señale y estampe?  
¿Cuándo salió de la mina

tan bruto y fuerte el diamante  
 que el lapidario en la rueda  
 no le descubra y le labre?  
 ¿Cuándo caballo brioso  
 dejó el campo donde nace  
 que el bocado y picador  
 no le sujeten y ablanden?  
 Una mujer tantos días,  
 una mujer que no es ángel,  
 aunque al Conde lo parezca  
 su rostro, su ingenio y talle,  
 es piedra, es diamante, es fiera,  
 si los ruegos son bastantes  
 a hacer de piedras mujeres  
 y por las piedras señales.  
 Las fábulas escribieron  
 que Pigmalión de un jaspe  
 hizo una mujer, rogando  
 a los dioses celestiales.  
 ¿Pues qué quisieron decir  
 sino que los ruegos hacen  
 de piedras mujeres tiernas,  
 que no hay cosa que no acaben?  
 ¡Ay, que me engaña Laurencia!  
 Y cuando en todo no engañe,  
 y Finea se defienda  
 de su señor y su amante,  
 ¿cómo es posible no haber  
 cosas que a vencerle basten  
 de las muchas que entretienen  
 esperanzas semejantes?  
 La mano le habrá besado,  
 y plega a Dios que no pase  
 desde la mano a la boca,  
 jornada y camino fácil;  
 que si a tomarse la mano  
 una vez puede llegarse,  
 la mano asida, ¿qué manos  
 defensa a los pechos hacen?  
 ¡Ay, fuerte imaginación,  
 no me aprietes, no me mates,  
 porque donde ya me guías  
 no hay vida que no se acabe!  
 Pongamos remedio, amor.  
 ¡No quiere amor! ¡Remediadme,  
 celos, que me estoy muriendo,  
 no permitáis que me abrase!  
 ¿Será bien irme a mi casa  
 y contar esto a mis padres?  
 Mas no parecerá bien  
 que de la del Conde falte;  
 al Emperador sospecho

que será mejor quejarme.  
 Quiero escribirle.—¡Hola, Fabio!

(Sale un CRIADO.)

FABIO. Señora.

TEODORA. Volando dame  
 papel, pluma y tinta.

FABIO. Voy.

TEODORA. Diré lo que el Conde hace:  
 diré que ha un año que tiene  
 amores tan desiguales,  
 y que se olvida de mí  
 por una mujer infame.

FABIO. Aquí está papel y tinta.

TEODORA. No dejes entrar a nadie.—  
 Pongo en el papel la pluma.

(Salen el CONDE y ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Cuándo será que te canses?

ALBANO. Cuando se canse el amor,  
 que desta suerte me trae.

TEODORA. El Conde es éste, ¡ay de mí!

ALBANO. Teodora, mi bien, ¿qué haces?

TEODORA. Pruebo una pluma no más,  
 que no hallando quien la taje  
 el cuchillo de un estuche  
 de secretario me vale.

ALBANO. Muestra a ver.

TEODORA. ¿Qué quieres ver?

ALBANO. No, por mi vida, no rasgues  
 el papel.

TEODORA. Señor, perdona,  
 que ya le hice dos partes.

ALBANO. ¿A quién escribir querías?

TEODORA. Pienso escribir a mis padres.  
 ¿El papel tomas del suelo?  
 Por tuyo es bien que le alce.  
 “Vuestra Majestad, señor,

(Lea.)

tiene el imperio y las llaves...”

ALBANO. ¿Qué quieres decir aquí?

TEODORA. Nada, ni hablaba con nadie,  
 que cuando prueban la pluma  
 cuantos hoy escribir saben  
 no miran en lo que escriben,  
 y después son disparates.  
 Y voime, con tu licencia,  
 porque el portador no aguarde,  
 que tajar y no escribir  
 con pluma y papel delante  
 es como tener marido  
 que visita en otra parte.

(Váyase.)



ALBANO.

¿Entiendes algo desto?

ROBERTO.

Yo sospecho  
que algunos celos son, y es imposible  
que por los ojos no te mire el pecho.

ALBANO.

Bien sé, Roberto, que mi amor terrible  
despertará las piedras.

ROBERTO.

Mi señora  
sabrás tu amor al fin.

ALBANO.

Será posible.

ROBERTO.

Con verdadero amor al fin te adora.

ALBANO.

Conozco lo que debo a la Condesa.

ROBERTO.

Si lo conoces, págaselo agora.

ALBANO.

De su disgusto, vive Dios me pesa,  
si es que lo sabe, y ¡ay de aquél, Roberto,  
que se lo ha dicho!

(Salen DON BLAS y DON CLAROS.)

BLAS.

Es imposible empresa.

CLAROS.

Pluguiera al cielo que os hallara muerto.

BLAS.

Quedo, señor don Claros; poco a poco,  
que no habéis de creer lo que no es cierto.

CLAROS.

¿Qué tengo de creer, si sois un loco?

BLAS.

Del Conde abajo, el que lo dice miente.

CLAROS.

Casi a sacar la espada me provocho.

BLAS.

Si fuérades mi amigo o mi pariente,  
y no mi hermano, yo os desafiara  
en campo, en río, en bosque, en calle, en puente.

CLAROS.

¿No es vergüenza que os llamen en la cara  
bufón del Conde?

BLAS.

Miente el mayordomo,  
que ni aun al mismo Rey bufonizara.

Yo digo lo que quiero, visto y como,  
que no sabe lo que es quien no lo prueba,  
y con el mismo Conde el naípe tomo.

Cuantos nacimos somos hijos de Eva;  
si como y visto con el Rey, ¿qué importa  
esa ventaja que en lo que es me lleva?

Que después, a la larga o a la corta,  
todos habemos de ir a la talega,  
que somos piezas de ajedrez.

CLAROS.

Reporta  
la loca lengua.

BLAS.

¿Cómo?

CLAROS.

El Conde llega.

BLAS.

Pues hazle reverencia.

CLAROS.

A nadie  
respeto sino al cielo.

BLAS.

Si te ciega  
la vana presunción, yo no me atrevo  
a ser descomedido a mis mayores.

ALBANO.

¡Hola! ¿Es aqueste aquel hidalgo nuevo?

ROBERTO.

El es, con sus plumitas y colores.

ALBANO.

¡Hola, hidalgo, hola! ¿A quién digo?  
¿Sabéis acaso quién soy?

CLAROS.

Señor...

ALBANO. ¿Sabéis que aquí estoy?

BLAS. Mi hermano viene conmigo  
sólo a besarte la mano.

ALBANO. Bien se ve, pues que se pasa  
no delante de mi casa  
con el sombrero en las manos.

Pero delante de mí  
y muy puesto en la cabeza,  
si es necedad o es simpleza,  
las bestias pasan así.

Echalde en el suelo luego.  
¡Echalde!

CLAROS. Señor...

ALBANO. ¡Echalde!

CLAROS. Ya está echado.

ALBANO. Pues pisalde.  
¡Pisalde!

CLAROS. ¡A qué tiempo llego!

ALBANO. Pisad las plumas, que han sido  
causa, hidalgo majadero,  
de esa soberbia, y no quiero  
quedar de vos ofendido  
por no me obligar a más;  
del sombrero sí, y así  
castigo el sombrero aquí.

BLAS. ¡Señor!

ALBANO. Dejadme, don Blas,  
pues dél venganza no quiero,  
que a ofenderme su simpleza  
le quitara la cabeza  
como le quito el sombrero.

*(Váyase el CONDE y ROBERTO.)*

BLAS. No le pude hablar por ti,  
ni en esto fuera razón;  
quizá que en esta ocasión  
te ha perdonado por mí.

Alza el sombrero del suelo,  
que pensé, por tu braveza,  
alzar tu vana cabeza  
convertida en sangre y hielo.

¿Ves cómo tus locas plumas  
barren la tierra también,  
porque veas que no es bien  
que de soberbio presumas?

Don Claros, el que se atreve,  
soberbio y vanaglorioso,  
a igualarse al poderoso,  
en la cabeza le llueve.

El Conde es gran caballero;  
da gracias a su piedad,

pues toda esta tempestad  
reparaste en el sombrero.

Escribe Isopo que había  
hecho burla el roble fuerte  
de la débil caña; advierte  
lo que a los dos pasó un día:

Vino un viento, y el altivo  
roble, fuerte, resistió  
tanto, que el tronco sacó  
de su cimiento nativo.

Pero la caña, humilde,  
por encima le dejó  
que pasase, y él pasó  
sin que la ofendiese en nada.

Y así, cesando la guerra,  
la caña se alzó como antes,  
y el roble las arrogantes  
ramas dejó por la tierra.

Creo que me has entendido.

CLAROS. ¡Necio! ¿Yo que vine a ser  
roble al viento?

BLAS. Su poder  
te derribó resistido.

¿Cuál es de los dos el loco:  
yo, que al señor respetando,  
con él como y con él ando,  
o tú, que en tenerle en poco  
te cuesta pisar tus plumas?

CLAROS. No sé; mas sé que lo es  
quien vive donde me ves,  
aunque de sabio presumas.

Nunca vive el que es discreto  
adonde hay solo un señor,  
juez o gobernador,  
a quien ha de estar sujeto,  
sino adonde pueda haber  
tantos, que en número excedan,  
que unos a otros se puedan  
disminuir el poder;

porque el poder repartido  
no tiene tanto valor,  
y puede un hombre mejor  
ser honrado y preferido.

Patria común es la Corte;  
allá me pienso acoger,  
que si se atreve el poder  
hay poder que le reporte.

Vender quiero mi haciendilla;  
si me la quieres comprar,  
ahora tienes lugar,  
pues te quedas en la villa.

Y buen provecho te haga

BLAS. la grandeza donde estás.  
Corrido y medroso vas;  
fué de tu soberbia paga.  
Los cuerdos al fin son pocos;  
loco soy, pero al poder  
lisonjas le han de vencer,  
que no atrevimientos locos.

(Váyanse, y salgan FINEA y ROBERTO.)

ROBERTO. ¿Cuándo viste que amor fuese  
tan fácil de persuadir?

FINEA. ¡Ya no te puedo sufrir!

ROBERTO. ¡Ay, quién olvidar pudiesc!

FINEA. Si al amor se le dijese  
el imposible mayor;  
aunque a pesar del honor  
pensará que verdad sea,  
porque no hay cosa que crea  
más imposibles que amor.

ROBERTO. Lo que amando se fingió  
creerlo, como yo aquí,  
del amor digo que sí,  
pero de los celos no.  
Tanto creyó cuanto amó  
el amor con sus sentidos;  
no los celos atrevidos,  
porque para más enojos  
nacieron siempre mis ojos,  
y todos llenos de oídos.

FINEA. ¿Ojos no has tenido, di,  
para ver si corresponde  
al vano intento del Conde  
Finea, que vive en ti?

ROBERTO. Los dos os guardáis de mí,  
y así escucho, mas no veo,  
porque jugáis de rodeo;  
y yo, temiendo perder,  
también me guardo de ver  
lo mismo que ver deseo.  
¿Tanto tiempo el Conde aquí  
y tú del Conde segura?  
¡Así Dios me dé ventura  
como te burlas de mí!  
Verdad es que yo no vi  
cosa indecente, Finea,  
ni que a tu honor fuese fea;  
¿pero quién podrá creer  
que amor, con tanto poder,  
tan necio y cobarde sea?

FINEA. Roberto, abrevia razones.  
Si temes, deja de amar,

que eso parece negar  
tan justas obligaciones  
y en contingencia me pones,  
si ofensas has de creer,  
de que te intente ofender,  
y cese nuestra amistad,  
que hacer los celos verdad  
es condición de mujer.

ROBERTO. ¡Ay, Finea, como tiene  
el imperio de mi vida  
tu amor, hablas atrevida!

FINEA. ¡Ay, Roberto, el Conde viene!

ROBERTO. Pues esconderme conviene,  
no presuma que hay engaño.

FINEA. Ponte detrás de ese paño.

(Sale el CONDE, de caza.)

ALBANO. ¡Oh, mi Finea!

FINEA. ¡Oh, señor!

¿Dónde?

ALBANO. A caza.

FINEA. ¡Gran calor!

ALBANO. Sólo tu sol me hace daño.

Mal dije, que tu desdén  
más me hiela que me enciende;  
pero no hiela, pues prende,  
y pues prende, dije bien.

Ya me pasaba sin verte;  
mas mira si preso estoy  
pues a verte vuelvo, y voy  
a no verte y ver mi muerte.

¿Qué mandas para ese monte  
que me lleva a entristecerte,  
aunque a verte he de volver  
antes que el sol se trasmonte?

¿Qué quieres que piense allá  
o qué podré hacer sin ti,  
si la más parte de mí  
en tus memorias está?

FINEA. Que vaya Su Señoría  
a ese monte, bosque o selva  
y con mil saludes vuelva.

ALBANO. Sin ti ni aun salud quería.

Dame, Finea, una mano,  
que en cortesía bien puedes.

FINEA. De nuestro concierto excedes.

ALBANO. Todo juramento es vano  
en llegando la ocasión.

FINEA. Téngase Su Señoría.

ALBANO. Finea, no es cortesía,  
ni es desdén pucsto en razón.



Si está de tu fuego loea,  
¿en qué mi alma se atreve  
si pide un poco de nieve  
para templarme la boca?

¿Qué pierde tu honestidad?

FINEA. Yo lo haré, con un coneierito.

ALBANO. ¿Cuál?

FINEA. Que digas a Roberto,  
que es tu privanza y lealtad,  
que hable bien de mí y de ti.

ALBANO. ¡Mataréle, vive Dios!

¿Pues qué ha dieho de los dos?

FINEA. Que tienes prendas aquí.

ALBANO. En eso dice verdad,  
que aquí tengo, y lo consiento,  
perdido el entendimiento  
y ciega la voluntad.

Mas que en tu vida me has dado  
una mano solamente,  
miente, y muchas veces miente,  
y a él mismo se lo he jurado.

Y para que verdad sea  
ya sin la mano me voy,  
que tan noble y necio soy,  
y así te estimo, Finea.

(Vase el CONDE.)

FINEA. ¡Oh, gran prueba de nobleza!—  
¿No sales, Roberto?

ROBERTO. Sí,  
ya no admirado de ti  
sino desta gentileza.

¡Extraño monstruo de amor!

FINEA. ¿Estás seguro?

ROBERTO. Y de modo,  
que creo en parte y en todo  
la ealidad de tu honor.

Mas no me espanto de ti  
lo que del Conde me espanto.

FINEA. ¿Esto es amor?

ROBERTO. Nunea tanto  
imaginé como vi.

No me puedo detener,  
que me echará menos luego.

FINEA. Que estimes mi amor te ruego.

ROBERTO. Desde hoy serás mi mujer.

(Vase ROBERTO.)

(FINEA sola.)

FINEA.

Que pueda amor durar sin esperanza

es imposible, que es efeto extraño  
de causa natural; pero el engaño  
el fin que espera imginado aleanza.

Que baste una pequeña confianza  
contra todo el valor del desengaño,  
es ambieión de amor, que estima el daño  
y no puede rendirse a la mudanza.

Mueho el amor en posesión se alaba,  
que menos la esperanza se asegura  
porque más ecrea de mudarse estaba.

Pues viva de su fuerza más segura,  
que amor tal vez en posesión se aeaba  
y en esperanza eternamente dura.

(Sale FENISO.)

FENISO. La Condesa mi señora,  
Finea, te viene a ver.

FINEA. ¿A mí? ¿Pues qué puede ser?  
¿Por qué causa y cómo agora?  
¿Yo qué soy?

FENISO. A decir voy,  
Finea, que estás aquí.

(Váyase.)

FINEA. ¿Qué he de haeer, triste de mí?  
Hoy me mata; muerta soy.

Teodora a matarme viene  
de celos de su marido.

¡Ay, Dios, y qué necia he sido!

(Salen FABIO, FABRICIO, FENISO y otros CRIADOS, y  
la CONDESA.)

TEODORA. ¿Tan humilde casa tiene?

FABRICIO. No es más que aquesto que ves.

TEODORA. Estés, Finea, en buen hora.

FINEA. ¿Tú en esta casa, señora?  
Dame mil veces los pies.

TEODORA. Alzate, no estés así;  
mucho de verte me huelgo.—  
Por Dios, que tiene razón  
el Conde: ¡buen rostro y euerpo!  
¿Qué te parecee, Fabricio?

FABRICIO. Que es hermosa; mas no quiero  
que el Conde tenga disculpa.

FINEA. Agora me matan éstos.

TEODORA. Díeenme que viene el Conde  
a tu casa por momentos.

FINEA. Sabe Dios, señora mía,  
las lágrimas y los ruegos  
que sus venidas me cuestan.

TEODORA. ¿Qué sillas tienes?

FINEA. No tengo  
más de aquestas dos quebradas,  
porque soy pobre en extremo,  
que de lo que honrada soy  
no es el menor argumento.

TEODORA. ¿Y en éstas se sienta el Conde?

FINEA. Sí, señora.

TEODORA. ¿Y estos viejos  
paños le guardan del aire  
y del rigor del invierno?

FINEA. Yo no los tengo mejores.

TEODORA. ¿Es esa cama que veo  
la tuya?

FINEA. En esta pobreza;  
al lado de mi honor duermo.

TEODORA. ¿Y la de tu viejo padre?

FINEA. No está de la mía lejos,  
que de noche la partimos  
y está en el mismo aposento.

TEODORA. ¿Come aquí el Conde?

FINEA. Sí come.

TEODORA. ¿En qué?

FINEA. En lo que yo como y bebo:  
platos de barro y las copas  
de vidrio.

TEODORA. ¡Extraño suceso!  
¿Hay ceguedad semejante?  
Hola, criados, de presto  
aquí tres o cuatro salas  
colgad de brocados luego;  
poned dos camas bordadas  
y estrado el mejor que tengo,  
con dos docenas de sillas  
de tela o de terciopelo!  
Traed un aparador  
de plata dorada, haciendo  
al Conde en aquesta casa  
más propio suyo aposento,  
que no quiero yo que el Conde  
lo pase mal, ya que veo  
que aquí vive con más gusto,  
con más espacio y más tiempo.

*(Vanse la CONDESA y gente.)*

FINEA. ¿Hay semejante desdicha?  
¿Hay más extraño suceso?  
¿Qué es esto, fortuna mía?  
Fortuna injusta, ¿qué es esto?  
¿Qué culpa he tenido yo?  
¿En qué a la Condesa ofendo?  
¿Qué fin tendrán estas cosas,

si no es mi fin el que veo?  
Roberto tiene la culpa,  
pues por querer a Roberto  
he sufrido las visitas  
del Conde tan largo tiempo.  
¿Qué he de hacer, triste de mí?

*(Sale CELEDÓN, su padre.)*

CELEDÓN. Hija, por mi fe que creo  
que ha llegado la locura  
de este atrevido mancebo  
a que debe de mudarse  
a nuestra casa, o tu pecho,  
como mujer baja y vil,  
dió lugar a sus deseos.  
De un carro largo en mi casa  
van sacando reposteros,  
telas, brocados, tarimas,  
camas, cofres, sillas, lienzos,  
plata, bufetes, estrados,  
hasta negros instrumentos  
de cocina, y tantos hombres  
escalan mis aposentos,  
que antes de media hora pueden  
dársele al Conde.

FINEA. No entiendo  
de todas estas desdichas  
más de que mi honor poseo.  
Cuelguen, adornen, escalen,  
que mi honrado pensamiento  
adorna aquella virtud  
que de vuestra sangre heredo.

No creáis que el cielo olvide  
nuestro valor, porque al cielo  
toca defender humildes.

CELEDÓN. De mis desdichas me quejo,  
de quien sé yo que de ti  
y de tu invencible pecho  
está seguro mi honor.  
¿No escuchas los golpes dentro?  
¡Extraña prisa se dan!  
Que tienen armadas creo  
las camas. ¿No ves las sillas?  
¿No ves el estrado puesto?

FINEA. ¿No ves qué ricos brocados?  
Más nuestros tapices precio,  
que debieron ser de dote,  
padre, de vuestros abuelos,  
que todas esas riquezas.

CELEDÓN. ¡Dichoso el que vive lejos  
de las poderosas Cortes

de los príncipes soberbios!  
 FINEA. El Conde dicen que viene.  
 Ahí, padre, escondeos de presto.  
 CELEDÓN. Muchos males ven, Finea,  
 los que viven largo tiempo.

(*Vase el VIEJO.*)

(*Salen el CONDE y ROBERTO.*)

ROBERTO.

¿Aun allá no sosiegas?

ALBANO.

No es posible;  
 centro del alma es esta hidalga hermosa  
 y su vista en mis ojos invencible.

ROBERTO.

¿Qué es aquesto, señor?

ALBANO.

¡Extraña cosa!

¿Brocados en su casa de Finea?

¿Mi cama aquí?

ROBERTO.

Y aun toda la preciosa  
 plata y pintura.

ALBANO.

¿Quién habrá que crea  
 tan nuevo caso?

ROBERTO.

Estrado y sillas veo,  
 y no puedo pensar, señor, qué sea.

FINEA.

¡Yo sí, que siempre mis desdichas creo!

ALBANO.

Finea mía, ¿qué es aquesto?

FINEA.

¡Ah, Conde,  
 en cuánto mal me ha puesto tu deseo!

ALBANO.

¿Yo, cómo? ¿Yo, por qué? Dilo; responde.

FINEA.

De tu partida apenas pasó un hora  
 que aquí veniste y me dijiste dónde,  
 cuando entró la Condesa mi señora,  
 y espantada de ver esta pobreza  
 que tu engañado pensamiento adora,  
 movida de tu daño a más tristeza,  
 para que aquí estuvieses con más gusto,

mis paredes cubrió de su riqueza.

ALBANO.

¿Hablóte mal?

FINEA.

Ni aun me mostró disgusto;  
 sólo le tuvo de que no estuvieses  
 con el descanso que a un señor es justo.

ALBANO.

¿Que no te dijo nada?

FINEA.

Que vivieses,  
 pues ésta era tu casa, con decencia,  
 y que en tu plata como allá comieses.

ALBANO.

¡Discreta, honrada y noble diligencia!—  
 Oye, Finea.

FINEA.

Ya te escucho.

ALBANO.

Todo  
 cuanto tienes agora en tu presencia  
 se quede para ti; del mismo modo  
 plata, camas, brocados, sillas, telas,  
 que a tu dote, y es justo, lo acomodo.  
 Y te doy la palabra sin cautelas  
 de no entrar en tu casa eternamente,  
 por mucho que el amor me ponga espuelas.

No más amor; confieso hidalgamente  
 que la noble Condesa me ha vencido  
 y en su virtud templado mi accidente.

Presto, Finea, te daré marido.

(*Vase el CONDE.*)

ROBERTO.

¿Qué te parece?

FINEA.

¡Ay, cielos, que estoy loca;  
 lo que no imaginé me ha sucedido!

ROBERTO.

¿Querrásme agora a mí?

FINEA.

¡Calla la boca!

(*Váyanse y salga la CONDESA y FABRICIO.*)

FABRICIO. Parece que estás temblando.

TEODORA. No me deja el corazón  
 sosegar, imaginando  
 que está el Conde con pasión



mi atrevimiento mirando.

Dame que yo no tuviera  
al Conde amor, que ya fuera  
el Emperador mi asilo.

FABRICIO. No pudiste hallar estilo  
que menos pesar le diera.

TEODORA. ¡Ay, Fabricio, que a mi error  
quieres dar esos consuelos,  
sabiendo con qué rigor  
los hombres castigan celos,  
aunque nacidos de amor!

Tú verás que el Conde airado  
se vuelve una tigre allí  
viendo su amor declarado,  
y que llueve sobre mí  
el enojo que le he dado.

Tú verás de qué manera  
toma la amorosa traza,  
que ya mi temor espera  
que como viene de caza  
tengo yo de ser la ficra.

Ya está hecho; soy mujer,  
no pude más.

FABRICIO. ¡Gran ruido!

TEODORA. El Conde debe de ser.

(Sale FABIO.)

FABIO. Señora, el Conde ha venido  
vertiendo risa y placer.

TEODORA. ¿Luego no ha visto a Finea?

FABIO. Antes de allá viene agora.

TEODORA. ¿Cómo es posible?

FABRICIO. No sca  
que finja.

FABIO. Pienso, señora,  
que hablarte y verte desea.

(Sale FENISO.)

TEODORA. ¿El Conde a mí?

FENISO. Ya ha llegado  
de caza el Conde.

TEODORA. Feniso,  
¿viene el Conde muy airado?

FENISO. Que viene alegre te aviso.  
Fabio le ha visto y hablado.

TEODORA. ¿Pues vió la tapicería,  
camas y estrados?

FENISO. Sí vió.

TEODORA. ¿Supo que la traza es mía?

FENISO. Sí, señora.

TEODORA. ¿Y no le dió  
pena?

FENISO. El nos muestra alegría,  
que lo que en el pecho tiene  
nadie lo puede saber.

FABRICIO. El Conde, señora, viene.

TEODORA. ¡Qué alma debe de traer!  
¡Qué paciencia me conviene!

(Sale el CONDE.)

ALBANO. ¿Está la Condesa aquí?

TEODORA. Sí, mi señor.

ALBANO. ¡Oh, Condesa,  
dadme esos brazos mil veces!

TEODORA. ¿Brazos en tan corta ausencia?

ALBANO. De vos, mi bien, no es posible  
que ausencia pequeña sea,  
porque faltando a mis ojos  
faltan a la noche estrellas,  
faltan los rayos del sol  
al día, y a las tinieblas  
el alba, y aun falta el alma  
a la vida, que en vos queda.

TEODORA. ¿Cómo venís tan galán?

ALBANO. Porque es justo que lo sea  
un marido tan indigno  
de una mujer tan discreta.  
¿Qué hacíades con Fabricio?

TEODORA. Trataba dar a Laurencia,  
hija de Jofre el alcalde,  
marido, porque es doncella  
de mil partes adornada:  
discreción, gracia y vergüenza,  
que es gran dote en la mujer.

ALBANO. Santa ocupación.

TEODORA. Quisiera  
honrarla de un hombre tal.

ALBANO. ¿Quién habrá que la merezca?

TEODORA. Roberto, imagino yo.

ALBANO. Roberto es hombre de prendas,  
y me agrada su elección.

TEODORA. Vos le queréis bien, yo a ella,  
y así merced les haremos.

(Salen DON CLAROS y DON BLAS.)

CLAROS. Medroso voy.

BLAS. Calla y entra.

CLAROS. Aquí están juntos los dos.

BLAS. Las manos a los dos besa.

CLAROS. A pedir vengo perdón  
a esos pies.

ALBANO. En hora buena  
vengáis, señor, a esta casa.

CLAROS. Vusiñoría me tenga

por su esclavo.

ALBANO. Sois mi amigo.

CLAROS. De aquella hidalga soberbia  
le pido perdón.

ALBANO. No hay cosa  
que este día no conceda.

(*Aparte.*)

TEODORA. ¿Qué tiene el Conde, Fabricio,  
que tal alegría muestra?

FABRICIO. Agradecer a tu amor  
una hazaña tan discreta.

ALBANO. Condesa, pues vos queréis  
casar y honrar a Laurencia,  
yo quiero casar a otra.

TEODORA. ¿Quién es?

ALBANO. La hidalga Finea,  
la hija de Celedón,  
alcalde de la nobleza.

TEODORA. ¿A Finea?

ALBANO. Si queréis.

TEODORA. Vos, señor, tenéis licencia.

ALBANO. Deseo que se asegure  
cierta aunque incierta sospecha.

TEODORA. Haréis vos como quien sois.

BLAS. Si casarla se concierta,  
ya sabéis que me habéis dado  
la palabra, y que por ella  
he hecho torneos, justas  
y otras mil diversas fiestas  
y caballerosos actos.

ALBANO. ¡Hola!, id vosotros por ella,  
y vos, don Blas, a vestiros,  
que esta noche será vuestra.

BLAS. Beso a Vusía las manos.  
¡Hola, criados, libreas,  
hachas, pajes, sastres, ropas,  
plateros, joyas, cadenas,  
trencellines y cintillos,  
y no haya rubí ni perla,  
sino diamantes al tope!  
¡Plaza, vulgo; plaza, afuera!

(*Vase.*)

ALBANO. Contento va.

TEODORA. Con razón,  
que es muy gallarda la prenda.

ALBANO. Yo sé quien es más gallarda,  
pues enamora y sujeta  
con su entendimiento y gala  
las almas que se revelan.  
¿A Laurencia han avisado?

TEODORA. En palacio está Laurencia,  
y en hábito cortesano.

(*Sale CELEDÓN, padre de FINEA.*)

CELEDÓN. De cualquiera acción que sca  
disponer la voluntad  
al dueño ha de darse cuenta.  
Sepan, pues, Vusñorías,  
pues es razón que lo sepan,  
que me ha enriquecido el cielo  
de una no pensada herencia:  
ya estoy rico, y como ya  
saben que tengo esta hacienda,  
a Finea me han pedido  
y yo he casado a Finea.

ALBANO. ¿A Finea?

CELEDÓN. Sí, señor.

ALBANO. Pues pésame.

CELEDÓN. ¿Desto os pesa?

ALBANO. Habíamosla casado  
con don Blas yo y la Condesa.

CELEDÓN. Ya, señor, es imposible,  
que los desposados entran  
para besaros las manos.

(*Salen ROBERTO y FINEA, de las manos, muy galanes.*)

ALBANO. ¿Quién es?

ROBERTO. Quien, con tu licencia,  
es de Finea marido.

ALBANO. ¿Tú, Roberto?

ROBERTO. ¿Pues quién piensas  
que ha podido asegurarse  
mejor de tantas sospechas?

ALBANO. Digo que tienes razón.

(*Salen LAURENCIA y JOFRE, su padre.*)

JOFRE. Ya está aquí, señor, Laurencia,  
y yo te beso los pies  
pues en Roberto la empleas,  
hombre que yo quiero tanto.

TEODORA. Ya tiene Roberto prenda.

JOFRE. ¿Quién?

FINEA. Yo soy.

LAURENC. Mucho mejor  
en vos Roberto se emplea.

(*Salen DON BLAS, de boda, galanísimo, a lo gracioso,  
con dos lacayos y dos pajes, a su traza.*)

BLAS. ¿Mi esposa ha venido ya?

CLAROS. Aquí están damas apuestas.

BLAS. Pues haced lugar, padrino.

CLAROS. No sé yo cuál es la vuestra.

BLAS. ¿Qué le parece a Vusía  
desta camisa flamenca?  
¿Desta capa, gorra y calzas?  
¿Y esta invención de cadenas?  
ALBANO. Digo que venís galán.  
BLAS. Dadme aquesas manos bellas,  
Finea hermosa.  
ROBERTO. Teneos,  
que tiene dueño y defensa.  
BLAS. ¿Cómo es esto? ¡Pido agravio  
y pongo mano a Fisberta,  
Espada que fué de Orlando!  
ALBANO. Remediad esto, Condesa.  
TEODORA. Don Blas, paso.  
BLAS. Sola vos

y ese paso detuvieran  
mis pasos en lo que paso.  
TEODORA. Dale la mano, Laurencia,  
que yo te doy con don Blas  
dos mil ducados de renta.  
BLAS. Digo que mejoro en dicha.  
ALBANO. Pues celébrese las fiestas.  
BLAS. Mantengo aquí y en París  
un torneo, de hoy la fecha  
en cien años, por mi esposa.  
ALBANO. Y aquí acaba la comedia  
donde su autor pintar quiso  
*Los Hidalgos del Aldea.*

FIN.



COMEDIA FAMOSA  
DE  
EL HIJO SIN PADRE  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

---

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS, *conde de Castilla.*

ENRIQUE.

BERMUDO.

NUÑO.

DOÑA LEONOR.

DON ARIAS.

BERNARDO.

El MARQUÉS FEDERICO.

LISEÑO.

GERARDO.

CAMILA.

Un ALCAYDE.

DOÑA BLANCA.

LEONIDO.

FINARDO.

TIBALTE.

ARISTA.

GUEVARA.

DON VELA.

RISELO, *labrador.*

JORNADA PRIMERA

(*Salen CARLOS, conde de Castilla; ENRIQUE, BERMUDO y CRIADOS, todos las espadas desnudas.*)

CARLOS. ¡Traidores sois, vive el cielo!

ENRIQUE. El traidor es quien pretende usurpar la hacienda ajena y heredar lo que no puede.

CARLOS. Yo soy Conde de Castilla, y vuestro señor.

ENRIQUE. ¡Tú mientes!

CARLOS. Con la espada no hay agravio; vosotros me dais la muerte siendo mis primos hermanos.

BERMUDO. La espada, Enrique, suspende y dile quién es.

ENRIQUE. Bien sabe  
quién es.

CARLOS. Sé que sois alcves.

ENRIQUE. Si fueras hijo del Conde nuestro señor, que Dios tiene, ¿quién duda, engañado Carlos, que heredabas justamente?

CARLOS. ¿De mi padre no soy hijo?

ENRIQUE. No, Carlos, bastardo eres; que la Condesa, tu madre, manchó su honor bajamente con el marqués Federico, cmbajador de los Reyes de Bretaña.

CARLOS.

¡Eso es maldad, porque Teodosinda siempre fué ejemplo de las virtudes que el matrimonio enriquecen. Pero ya que me quitáis mi estado, piedad parece digna de cristianos pechos dejarme la vida.

ENRIQUE.

Emprende cualquier pleito con la vida pues esta verdad no crees, que para justificar nuestra causa y que nos viene de derecho este Condado por más cercanos parientes, queremos que vivas, Carlos; mas ¿qué pleito poner puedes siendo esta verdad tan clara? Quédate, loco, y advierte que te dejamos la vida, aunque tú no la mereces por tu soberbia y locura.

(*Vanse, y queda solo CARLOS.*)

CARLOS.

¿Esto los cielos consienten? Pero por dicha es verdad, pues a mil nobles mujeres se atrevió el amor, que amor es igual como la muerte. Sin duda yo soy quien dicen.

¿Qué desventura no tiene principio de las mujeres? Pero, en efeto, las leyes, naciendo yo, vivo el Conde, mi derecho favorecen. Yo no estoy seguro aquí, que si arrepentidos vuelven han de quitarme la vida para que los pleitos cesen.

(Sale Nuño, criado.)

NUÑO. Las nuevas que te traía han perdido la ocasión.

CARLOS. ¿Nuevas, Nuño? ¿De qué son, en tanta desdicha mía?

NUÑO. De que la bella Leonor viene agradecida a verte.

CARLOS. Si es Leonor, Nuño, la muerte, nunca en ocasión mejor.

Basta que yo no soy hijo del que he tenido por padre, pues otro me dió mi madre.

NUÑO. ¿Quién tal locura te dijo?

CARLOS. Enrique, que por pariente ya la posesión tomó de mi estado.

NUÑO. Que yo lo supe de alguna gente que le daba por autor me atrevo agora a decir; pero ha querido fingir aquesta maldad, señor, para quitarte tu estado.

CARLOS. ¡Ay, Nuño, verdad será, que desde el nacer lo está el que ha de ser desdichado!

Pero si fué Federico, de Bretaña embajador, el que conquistó su honor, padre tengo, noble y rico.

Bien será partirme allá, y que conozca que soy su hechura.

NUÑO. Yo no te doy consejo, que es tarde ya.

Mas por Dios que yo no crea, supuesto que puede ser, que tan ilustre mujer hiciese cosa tan fea.

CARLOS. Partamos, Nuño, a Bretaña a hacer esta información.

NUÑO. Que quieras, padre bretón

siendo natural de España, me da cuidado, por Dios.

CARLOS. En tanto que me prevengo habla a Leonor.

NUÑO. ¿Y qué tengo de decirle?

CARLOS. Que los dos nos volveremos a ver con más contento algún día.

NUÑO. Ser esto verdad podría, por ser flaqueza en mujer.

Que yo las pintara aquí, pero no me dan lugar.

(Sale DOÑA LEONOR, dama.)

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Ya qué puedo preguntar, si todo mi bien perdí?

NUÑO. Aquí, mi bien (1), quedo yo; pero a tan triste fortuna no hay nueva que darté alguna más de que Carlos partió

a buscar aqueste padre que quieren darle por fuerza.

D.<sup>a</sup> LEO. Su infame opinión esfuerza contra el valor de su madre este tirano crüel.

NUÑO. Díjome que se partía, mas que esperes, que algún día vendrás a verte con él.

Responde, que no me puedo detener.

D.<sup>a</sup> LEO. Dile que ha sido crueldad haberse partido sin verle, y que muerta quedo.

Dile que siempre me escriba, y que me escriba en su pecho si le lleva satisfecho de que del alma me priva.

Dile, Nuño...

NUÑO. No podré tomar de memoria tanto; pero yo le diré cuánto debe a tu firmeza y fe.

D.<sup>a</sup> LEO. Ponte al dedo este diamante, con que te acuerdes de mí.

NUÑO. Quiero tomarle por ti, puesto que no era importante, mas para escribir en él

(1) Este "mi bien" es errata procedida del "mi bien" del verso anterior. Quizá diría "por él" o cosa semejante.

mis grandes obligaciones,  
porque veas que las pones  
en un diamante fiel.

(Vanse, y salen BERMUDO, ENRIQUE y CRIADOS.)

ENRIQUE. Dos no pueden regir bien,  
ningún estado, Bermudo.

BERMUDO. Que en paz se conserven dudo,  
por más conformes que estén.

ENRIQUE. El Condado de Castilla  
bien se puede dividir,  
pues es fácil escribir  
hasta la más corta villa.

Y después, echando suertes,  
asistir donde tocare  
a cada cual.

BERMUDO. ¿Que repare  
en igual daño me adviertes?

Pues también quedan así  
en Castilla dos señores,  
y con peligros mayores  
de perderla.

ENRIQUE. ¿Entre dos?

BERMUDO. Sí.

Pues luego el Rey de León  
que divididos nos vea,  
por armas, como desea,  
ha de mostrar su intención;  
y hallándonos divididos  
nos vencerá fácilmente.

ENRIQUE. Para cuando alguno intente  
sucesos tan atrevidos

los dos juntarnos podemos,  
y será mayor defensa.—  
Yo entiendo lo que éste piensa.

BERMUDO. Ejemplo, Enrique, tenemos  
en el Imperio romano,  
por dos cabezas regido;  
que no está bien dividido  
el Condado castellano:  
que junto tiene valor  
y partido es poco.

ENRIQUE. Creo,  
Bermudo, que tu deseo  
se funda en tenerme amor.

Pero si yo te dejase  
este estado libremente,  
¿qué me darías?

BERMUDO. Detente,  
que no pienso que llegase  
la misma imaginación  
a pensar en más tesoros.

ENRIQUE. No son piedras, plata y oro,  
Bermudo, mi pretensión.

BERMUDO. ¿Ciudades acaso?

ENRIQUE. Menos.

BERMUDO. ¡Confuso estoy!

ENRIQUE. ¿A Leonor  
no sabes que tengo amor?

BERMUDO. Y yo los sentidos llenos.

ENRIQUE. Mira qué fuerzas de amor,  
que si dejando aficiones  
hoy en mi poder la pones  
y soy dueño de Leonor,  
te doy a toda Castilla.

BERMUDO. Enrique, Leonor es tuya,  
puesto que el amor me arguya,  
que tanto amalla y servilla  
vino a parar en trocalla  
por ningún tesoro humano.

ENRIQUE. Castilla queda en tu mano,  
y desde hoy puedes gozalla.

BERMUDO. Y tú a Leonor cuando quieras;  
que no digo a Leonor,  
pero si, como Almanzor,  
cien doncellas me pidieras:  
¿qué mujer por cualquier gusto  
no deja un hombre?

ENRIQUE. Es verdad.

BERMUDO. Pues cese mi voluntad,  
que por un reino más justo  
es dejar una mujer.

ENRIQUE. ¿Cómo Leonor será mía?

BERMUDO. Lo que yo darte podía,  
que es dejar de pretender,  
esto te doy; lo demás  
con su padre lo averigua.

ENRIQUE. Conozco su sangre antigua  
y no ofendida jamás;  
pero no me ha de querer  
ni aun por marido Leonor.

BERMUDO. En eso es notable error  
el de cualquiera mujer.  
Mas ¿por qué no ha de quererte  
Leonor? ¿Son celos de mí?

ENRIQUE. Leonor no te quiere a ti.

BERMUDO. ¿Cómo no? De ello me advierte.

ENRIQUE. Quiere a Carlos.

BERMUDO. Pues partido  
Carlos, di que le olvidó.

ENRIQUE. ¿Pues cómo, si hoy se partió?

BERMUDO. Como si no hubiera sido:  
las espaldas del amor  
son la ausencia, y es la ausencia



traidora siempre (1).

ENRIQUE. En presencia y en ausencia,  
es firme siempre Leonor.

BERMUDO. A no estar su padre aquí  
robarla fuera acertado.

ENRIQUE. ¿No eres señor de este estado?

BERMUDO. Sí.

ENRIQUE. ¿No es tu vasallo?

BERMUDO. Si.

ENRIQUE. Pues envíale a León,  
dándole al Rey cuenta que eres  
Conde de Castilla.

BERMUDO. ¿Quieres?

ENRIQUE. Quiero, y es justa razón.

BERMUDO.

El viene.

(Sale DON ARIAS.) (2)

DON ARIAS.

A daros vengo alegremente  
el parabién, señores, del estado,  
que gocéis muchos años felizmente.

ENRIQUE.

Aunque los dos le habemos heredado,  
don Arias, de Bermudo solamente  
es de Castilla el próspero Condado.  
La mano le besad.

DON ARIAS.

Con mucho gusto,  
si os habéis concertado como es justo.

BERMUDO.

Arias amigo, levantaos del suelo,  
y señor de la villa de Medina.

DON ARIAS.

Prospera tu dichosa edad el cielo;  
no en vano amor a tu valor me inclina.  
Las altas sierras que corona el yelo  
que con las densas nubes se avecina,  
dosel del siempre blanco Guadarrama,  
humillen sus peñascos a tu fama.

Pases a la ribera vitorioso,  
premio y laurel de militar trabajo,

(1) Este pasaje está viciado. Quizá se escribiría:

A las espaldas de amor  
traidora siempre es la ausencia.

ENRIQUE. En presencia y en ausencia  
es firme siempre Leonor.

(2) Sale también BERNARDO, que habla luego.

por donde, aunque ceñido, vigoroso,  
entre muros y montes pasa el Tajo.

BERMUDO.

Yo pretendo, don Arias generoso,  
que sé que alguna pesadumbre atajo,  
dar al Rey de León, nuestro pariente,  
cuenta deste suceso brevemente.

Para lo cual embajador os hago  
y os ruego que os partáis, que esa prudencia  
será en esta ocasión muy importante.

DON ARIAS.

Señor, en cuanto aperebirme puedo  
saldré de la ciudad; dadme las cartas,  
que más que de la villa que me distes  
os agradezco aquesta confianza.

BERMUDO.

Pues vamos a escribir. Tú mira, Enrique,  
en lo que puedo yo servirte.

ENRIQUE.

Sólo

en que me mandes, y que estés seguro  
que como propio bien tu bien procuro.

(Vanse, y quedan ENRIQUE y BERNARDO.)

BERNARDO.

No puedo, ya que se partió Bermudo,  
dejarte de reñir, perdona el término,  
haberle dado este Condado insigne  
porque deje la acción, si alguna tiene,  
al casamiento de Leonor.

ENRIQUE.

Bernardo,

como tan presto yo quitarle aguardo  
la parte que le toca y quedar solo,  
quiero tener seguro el bien que estimo;  
fuera de que no hay ley que a esta palabra  
pueda obligar, y yo con armas pienso  
echarle de Castilla brevemente.

BERNARDO.

Si entre tanto, bien quisto de la gente,  
gana los corazones, tú te engañas:  
que no es rey el que reina en las ciudades,  
sino en las amorosas voluntades.

(Vanse, y salen CARLOS y NUÑO, de camino.)

CARLOS. ¿Qué te parece Bretaña?

NUÑO. Nada me parece bien  
siendo la desdicha quien

nos conduce a tierra extraña.

CARLOS. Las señas de la gran casa del Marqués sus armas son.

NUÑO. ¿Y qué tiene por blasón, que a mí luego se me pasa?

CARLOS. Un águila dicen que es.

NUÑO. Malo, si te ha de probar al sol.

CARLOS. Bueno me ha de hallar, a lo que pienso, el Marqués.

NUÑO. Espántanme los señores, y vese bien su grandeza en que por más extrañeza son sus blasones mayores.

Siempre en sus armas verás águilas, tigres, leones, grifos, sierpes, tiburones y trecientas cosas más.

Cuando veo que a su puerta pone un tabernero amigo un ramo de oliva, digo: esta es la nobleza cierta.

Pues ver un bodegonero poner por armas sencillas dos cuarteles de morcillas y seis manos de carnero, ¿a quién no dan a entender su nobleza y hidalguía? Que un águila y una arpía, ¿cómo se pueden vencer?

Si en la puerta de un señor por armas un tigre encuentro, ¿qué puedo pensar que hay dentro sino sangriento rigor?

Mas si encuentro una asadura en campo blanco de un plato, claro está que es dentro el trato corazón, alma y blandura.

CARLOS. Bien sé que por alegrarme, ¡ay, Nuño!, y entretenerme por ver si mi pena duerme, cansada de atormentarme, esos desatinos tratas; mas mira que se conierta con las señas esta puerta.

NUÑO. ¿Pues por qué el entrar dilatas?

CARLOS. Porque en la gente que sale pienso que viene el Marqués.

NUÑO. ¡Qué buena persona!

CARLOS. El es.

NUÑO. No hay príncipe que le iguale. Dale gracias a tu madre.

CARLOS. ¿De qué es bien que se las dé?

NUÑO. De que aunque prestado fué, te dió en efeto buen padre.

(Salen el MARQUÉS FEDERICO y CRIADOS.)

MARQUÉS. Dirásle a Blanca, Lucindo, que en todo tendré cuidado.

CARLOS. ¡Gallardo talle!

NUÑO. ¡Extremado!

CARLOS. ¡Buena barba y rostro!

NUÑO. ¡Lindo!

CARLOS. ¡Qué bien parece un anciano cuando de serlo se precia!

NUÑO. Lo demás es cosa necia, que el tiempo no pasa en vano.

CARLOS. Tiemblo de llegarle a hablar.

NUÑO. Acá es mayor la llaneza, que la española aspereza sólo allá se puede usar.

CARLOS. La sangre se me ha turbado: él es mi padre; ¿qué dudo?

NUÑO. Pues si ella turbarte pudo, a su origen ha llegado.

CARLOS. Deme vuestra Señoría los pies.

MARQUÉS. Caballero, alzaos y decid quién sois.

CARLOS. Señor...

MARQUÉS. Parece que estáis turbado.

CARLOS. No os espantéis que me turbe viniéndoos a hablar en caso tan extraño y nuevo.

MARQUÉS. ¿A mí en caso nuevo y extraño?

CARLOS. En extraño y nuevo a vos.

MARQUÉS. Decid, que saberle aguardo con el deseo que veo en vos de querer contarle.

CARLOS. Yo soy, Marqués generoso, Conde de Castilla.

MARQUÉS. En tanto que no os conocí, no es justo que me culpéis: esos brazos me dad mil veces, que yo vine a quedar obligado después que estuve en Castilla a cualquiera castellano, cuanto más a su señor. Pero estoy considerando: ¿cómo venís desta suerte, siendo un príncipe tan claro que ningún rey es mejor?

CARLOS. Casos de fortuna varios  
me traen de aquesta suerte,  
porque todos mis vasallos  
otro señor obedecen.

MARQUÉS. ¿El estado os han quitado?

CARLOS. Sí, señor.

MARQUÉS. ¿Por guerra?

CARLOS. No,  
sino por haber hallado  
que no soy hijo del Conde,  
y así, mis primos hermanos  
don Bermudo y don Enrique,  
con los demás conjurados,  
me quitan la posesión.

MARQUÉS. Pésame de vuestro daño.  
Mas, ¿con qué razón pudieron?

CARLOS. La razón, señor, que han dado  
es probarme que mi madre  
la Condesa... ¡ay, cielo santo,  
de hablar en su deshonra  
el alma me está temblando!  
Mi madre, en fin, fué mujer;  
tuvo amor, bien empleado,  
por quien...

MARQUÉS. No os turbéis, decid.

CARLOS. Ella podía excusarlo;  
pero si había de ser,  
le agradezco haberme dado  
tal padre como sois vos.  
Por eso, bañando en llanto  
mis ojos y vuestros pies,  
me postro en ellos.

MARQUÉS. ¡Qué engaño!

Levantad, señor, del suelo;  
no estéis así, levantaos,  
porque como caballero,  
Conde, juramento hago  
en la cruz de aquesta espada  
que no sólo con el trato,  
mas ni a solas con palabras  
hice a vuestro padre agravio.

CARLOS. ¿Que no sois mi padre?

MARQUÉS. ¿Yo?

Si toqué jamás su mano,  
a Blanca, mi amada hija,  
me traigan muerta a los brazos.  
Verdad es que oí decir  
que el Rey de León, estando  
en Zamora en unas fiestas,  
la festejó tiempo largo.  
Y si vos sois hijo suyo,  
su yerro está disculpado

con mejor padre que yo.  
Esta es la verdad; con tanto,  
mirad lo que me mandáis.

(Vase.)

CARLOS. Que os guarde Dios muchos años.

NUÑO. ¿Qué es esto?

CARLOS. ¿Ya no lo ves?

NUÑO. ¿No tenemos padre?

CARLOS. No;  
pero mejor me le dió,  
según me ha dicho el Marqués.

NUÑO. ¿Otro padre?

CARLOS. Esto me dijo.

NUÑO. ¿Que ya no hay padre bretón?

¿Pues quien?

CARLOS. El Rey de León.

NUÑO. ¿Que de un león eres hijo?

CARLOS. A España volverme quiero  
a hablar al Rey de León.

NUÑO. Sí; pero será razón  
procurar algún dinero,  
que se acaba el que traía.

CARLOS. Vender dos joyas aquí.

NUÑO. Cerca desta calle vi  
una hermosa platería.

CARLOS. La menor joya que venda  
vale cuatro mil ducados.

NUÑO. Son diamantes extremados,  
puesto que es dudosa hacienda,  
porque son estimación;  
mas nunca te he preguntado  
si ausente Leonor te ha dado  
algún mal de corazón.

CARLOS. Nuño, si alguno tenía,  
desdichas me lo quitaron.

NUÑO. Dicen que al amor criaron  
ociosidad y alegría.

No es amor para ocupados  
ni para tristes.

CARLOS. Buscar  
mi padre, Nuño, ha de dar  
a mi vida otros cuidados.

(Vanse, y salen dos presos, LIENO y GERARDO.)

LIENO. Abre aquestos calabozos,  
alcaide, que nos comemos  
de animales exquisitos.

GERARDO. Abre aquí.

LIENO. ¡Gracias al cielo  
que vemos su pura luz!

GERARDO. ¡Oh, qué noche!

LIENO. ¿En qué tormentos



pudo padecerse más  
ni ser el descanso menos?  
¿Ha de haber qualque tragada?

GERARDO. En puribus amanezco.

LISENO. Ya está Camila en el patio.

GERARDO. Quien ama, aborrece el sueño.

(Sale CAMILA.)

CAMILA. Buenos días.

LISENO. ¿Qué mejores  
que viendo y amaneciendo  
tu sol en aquesta cárcel?

CAMILA. ¿Cómo estamos?

LISENO. Sin dineros.

CAMILA. Salud te falta.

LISENO. Es verdad,  
porque no hay salud sin ellos;  
pero por eso eres tú...

CAMILA. ¿Qué soy yo?

LISENO. Mi tesorero.

CAMILA. ¿No te convida ninguno?

LISENO. ¿Qué quieres? Son presos viejos,  
que saben todas las flores.

CAMILA. ¿Qué hay de pleitos?

LISENO. ¿Qué pleitos?  
¿No sabes que en este sitio  
se viven cuatro elementos:  
dar, rogar, andar y hablar,  
y que de todos carezco?

(Salen dos Músicos, presos, cantando.)

MÚSICOS. Buenos son tus ojos  
para corchetes,  
porque agarran las almas  
por donde quieren.

GERARDO. Buenos días, feo Capoché.

MÚSICO. Dejemos las cortesías,  
que todos son buenos días  
después de tan mala noche.

(Sale un ALCAIDE, CARLOS y NUÑO, presos.)

ALCAIDE. Entren y tengan paciencia.

GERARDO. ¡Presos nuevos, vive el cielo!

CARLOS. Paciencia habré menester,  
que es la cama de los presos.

NUÑO. Vuesa merced nos aloje  
en un honrado aposento.

ALCAIDE. Aquí no se da a ladrones.

CARLOS. De desdichas yo lo creo,  
porque tengo hurtadas tantas  
que aquesta infamia merezco.

NUÑO. Señor Alcaide, en mi tierra

tratan a los forasteros  
con más piedad.

ALCAIDE. ¿Qué piedad  
quieren que usemos con ellos

si están vendiendo una joya  
que dicen cuatro plateros  
que vale seis mil ducados?

NUÑO. ¿Y ese es delito?

CARLOS. ¿No puedo  
tener esa joya aquí  
si soy noble caballero?

ALCAIDE. ¡Qué caballero! Esa es  
flor de ladronazos, viejos;  
quédense para quien son.

CARLOS. Con mis desdichas me quedo.

(Vase el ALCAIDE y llegan los presos.)

GERARDO. ¿Oyen, hidalgos?

NUÑO. Sí oímos,  
pero no por los pescuezos,  
y tenga vuesed la mano.

LISENO. Todo lo que es presos nuevos  
deben aquesta patente.—  
Lea, Capoché.

MÚSICO. Ya leo:  
“Nos, los presos más antiguos  
deste temporal infierno,  
demonios en padecer  
y en no salir de su reino  
sin salud, que aquí no la hay,  
sin gracia, porque sabemos  
que ha de parar en desgracia,  
sepades que nuestro acuerdo  
ha fecho aqueste arancel  
a honor de los presos viejos:  
Primeramente que pague  
el matador veinte sueldos;  
el amancebado, tres,  
y si es hermosa, uno y medio;  
el ladrón, cuarenta...”

LISENO. Pare;  
esta ley habla con ellos.

CARLOS. Señores...

LISENO. No hay replicar.

NUÑO. Miren que el nombre tenemos  
y que somos gente honrada.

LISENO. ¡Desnuden, desnuden presto!

NUÑO. Señores, oigan, por Dios:  
¿de amancebado no debo  
suelo y medio?

LISENO. Así es verdad.

NUÑO. Pues desde aquí les prometo

venir por amancebado:  
c aquí dos; vuélvanme el trueco.

GERARDO. ¡Desnude el pícaro!

CARLOS. ¡Cuándo  
creyera mi sufrimiento,  
y para tanta deshonra  
fuera en mi desdicha extremo!

*(Quítanles las ropillas y vanse.)*

NUÑO. Quedo, señor; poco a poco,  
que no desuella pelcjos.

LISENO. Vamos, Camila, a almorzar.

CAMILA. ¡Lástima tengo al mancebo!

CARLOS. ¿Qué te parece?

NUÑO. Que estamos,  
para el tiempo que hace, frescos.

CARLOS. ¡Cuánto pasa un peregrino!

NUÑO. Vanse los males haciendo  
como puños de cerezas.

CARLOS. Escribir al Marqués quiero  
la desventura en que estoy.

NUÑO. Ese es más cuerdo consejo;  
y pues esta gente almuerza  
a nuestra costa, con ellos  
me quiero hacer camarada.

CARLOS. ¡Oh muerte, postrer remedio!

*(Vanse, y sale DOÑA BLANCA.)*

D.<sup>a</sup> BLAN. Amor, quien nunca te ha dado  
tributo, inhumano ha sido,  
porque cuantos han nacido  
confiesan que le han pagado.  
Tus flechas han derribado  
a tus pies armas y letras;  
tú de los cielos impetras  
tanta licencia, que sólo,  
como el sol, de polo a polo,  
con mayor fuego penetras.

Pero ¿qué montaña helada  
es aquesta de mi pecho,  
que tan rebelde se ha hecho  
a los filos de tu espada?  
¿De qué peña fabricada  
el alma que ves sospechas,  
pues dando en ella tus flechas  
vuelven rotas a tus ojos  
o se quedan por despojos  
de mis pies, pedazos hechas?

Amor, quien no supo amar  
poco bien puede tener;  
pero a quien no das placer  
tampoco le das pesar.

Ser libre quiero estimar  
aunque tus bienes sean tales,  
porque en recelos iguales  
no quieren mis pensamientos  
tus gustos por tus tormentos  
ni tus bienes por tus males.

Soledad tengo de ti,  
pero mayor la tuviera  
si tu venganza quisiera  
mostrar su poder en mí.  
Vivamos los dos así,  
tú matando y yo riendo,  
que aunque de ejemplos entiendo  
que es tan grande tu poder,  
no me has de poder vencer  
si los ojos te defiendo.

*(Sale el MARQUÉS FEDERICO.)*

MARQUÉS.

Cartas he recibido de tu esposo,  
y en ellas, doña Blanca, este retrato.

DOÑA BLANCA.

Vives de yerno rico dcseoso.

MARQUÉS.

De tu remedio y mi descanso trato.

DOÑA BLANCA.

Yo tengo ahora el pensamiento ocioso.

MARQUÉS.

Yo porque te conozco lo dilato;  
mas mira que eres moza y que estoy viejo.

DOÑA BLANCA.

Tú tienes el imperio y el consejo.

MARQUÉS.

¿Cómo siendo mujer no me has pedido  
este retrato?

DOÑA BLANCA.

Porque no deseo,  
y lo que no deseo no lo pido.

MARQUÉS.

¡Qué descuidada de tu bien te veo!

*(Sale LEONIDO.)*

LEONIDO.

Aquí te busca un hombre.

MARQUÉS.

¿A mí?

LEONIDO.

Y aun creo  
que es de aquel castellano que hoy te hablaba.

MARQUÉS.

Di que entre.

LEONIDO.

Entrad.

MARQUÉS.

Hablarte deseaba.

(Sale FINARDO.)

FINARDO.

Este papel me ha dado un castellano  
preso en la cárcel.

MARQUÉS.

¿Preso, si ayer vino?

DOÑA BLANCA.

Siempre a los forasteros a la mano  
se le viene desgracia o desatino.

MARQUÉS.

No menos pretendió que ser tu hermano.

DOÑA BLANCA.

¿Por dónde?

MARQUÉS.

La ocasión deste camino  
fué efecto de decir que era su padre.

DOÑA BLANCA.

¿Su padre? Pues, señor, ¿quién fué su madre?

MARQUÉS.

El dijo que en el tiempo que asistía  
(doña Blanca) en la Corte castellana,  
fué en ella la Condesa prenda mía.

DOÑA BLANCA.

¿Y fué verdad?

MARQUÉS.

Fué, Blanca, industria vana,  
y engañarme presumo que quería  
o verte en nombre de su medio hermana.

DOÑA BLANCA.

Lee el papel, que algún misterio tiene,  
pues de la cárcel, como dicen, viene.

(Lee el MARQUÉS.)

“Ya que V. Señoría no me conoce por hijo,  
baste el haber venido a reconocerle por padre,  
habiendo sido Conde de Castilla, para que,

como presidente que me dicen que es de Bre-  
taña, me saque desta cárcel, donde estoy preso  
a título de ladrón porque me hallaron ven-  
diendo unos diamantes...”

MARQUÉS. ¿Qué tengo más que leer?

Este traidor castellano  
era ladrón.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Buen hermano!

MARQUÉS. ¡Hola! Aquí le haced traer,  
que le quiero examinar.

D.<sup>a</sup> BLAN. Más que engañarte quería.

LEONIDO. Yo voy.

(Vase.)

MARQUÉS. Ya no hay, Blanca mía,  
de quien se pueda fiar.

¡Con qué engaño vino aquí  
este traidor español!

D.<sup>a</sup> BLAN. Cuentan del hijo del sol  
que buscó su padre así.

Pero más perdió Faetón  
en llevar el carro de oro  
que éste perdiendo el decoro  
con el nombre de ladrón.

¿Qué persona tiene?

MARQUÉS. Es tal,  
que en ésta se ha confiado.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Talle honrado?

MARQUÉS. Y muy honrado.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡No he visto locura igual!

Fingirse Conde en Castilla,  
vaya; mas tu hijo...

MARQUÉS. Engaño  
notable, mas en su daño.

D.<sup>a</sup> BLAN. Su engaño me maravilla.

Tu dicha ha estado en saber  
tan presto que era ladrón.

MARQUÉS. Pagaráme la intención  
con que me quiso ofender.

(Salen CARLOS, NUÑO y LEONIDO.)

LEONIDO. Aquí está, con doña Blanca,  
el Marqués mi señor.

CARLOS. Dame,  
generoso Federico...

MARQUÉS. Ta, no pases adelante  
para proseguir tu engaño,  
que de la cárcel no sales  
para que te honre yo,  
sino para mayor cárcel.  
A robarme habías venido  
o por ventura a matarme



de parte del de Castilla,  
sospechoso de su madre.  
Pues créeme que a tormentos  
me has de decir de qué parte  
y por qué ocasión venías  
a matarme o engañarme.

NUÑO. ¿Agora tenemos eso?  
¿Hay desdicha semejante?

D.<sup>a</sup> BLAN. Este puede ser ladrón,  
pero ladrón de buen talle.  
¡Lástima me ha dado en verle!

CARLOS. ¡Que desta manera trates  
hombre de mi calidad,  
y que viniendo a ampararme  
de tu valor, Federico,  
digas que vengo a matarte!  
Mucho has perdido conmigo;  
pero viendo tus crueldades,  
más quiero que aquí me tengan  
por ladrón y por infame  
que en Castilla por tu hijo.

MARQUÉS. ¡Hola, criados, echalde  
una cadena y haced  
que en esa torre le guarden!  
(Vase.)

CARLOS. ¡Yo soy quien soy!

D.<sup>a</sup> BLAN. No le incites,  
español, a que te maten;  
la humildad tiembla la ira.

CARLOS. Mueven agravios tan grandes  
a los pechos más humildes.  
Mas ya vengo a consolarme,  
que es el cielo esta prisión,  
pues está a la puerta un ángel.

D.<sup>a</sup> BLAN. No temáis, si sois quien pienso,  
que Federico os agravie.

CARLOS. Un hijo sin padre soy,  
que por venir a buscarle  
tales desdichas padezco.

D.<sup>a</sup> BLAN. Luego que llegue a informarse  
tendréis libertad.

CARLOS. Si vos  
sois desta prisión alcaide,  
ya no quiero libertad.

D.<sup>a</sup> BLAN. Leonido.

LEONIDO. Señora.

D.<sup>a</sup> BLAN. Dalde  
buen aposento, y haced  
que le sirvan y regalen.

CARLOS. Pague tu piedad el cielo.  
(Llévanle.)

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Basta que Amor me la pague!

## JORNADA SEGUNDA

(Salen el MARQUÉS y LEONIDO.)

MARQUÉS.

No puedo averiguar cosa ninguna.

LEONIDO.

A un noble no es razón darle tormento;  
mas cuando desampara esta fortuna,  
no respeta el más alto nacimiento.

MARQUÉS.

No hay nobleza debajo de la luna  
que no padezca el mismo movimiento;  
demás que este español todo es fingido,  
y se ve que no es noble ni lo ha sido;  
y soy de parecer que su venida  
no en duda en cuenta de su daño corre,  
que esta noche acabemos con su vida  
y le den un garrote en esa torre.

LEONIDO.

¿Pues tienes ya su culpa conocida?

MARQUÉS.

Todos le culpan, nadie le socorre.  
Eso te encargo a ti; ministros llama.

(Vase.)

LEONIDO.

El perderá la vida y tú la fama.

(Salen DOÑA BLANCA y JULIA.)

DOÑA BLANCA.

¡Brava resolución de una sospecha!  
¿Fuése mi padre?

JULIA.

Cuidadosa vienes.

DOÑA BLANCA.

Quiere matar a Carlos.

LEONIDO.

No aprovecha  
remedio humano.

JULIA.

Tarde le previenes.

LEONIDO.

Que le viene a matar, en fin, sospecho.  
Tú, pues con él tal fuerza de amor tienes,  
ruégale, pues está la culpa en duda.

DOÑA BLANCA.

Difícil de propósito se muda.

LEONIDO.

Pues yo voy a llamar quien le dé muerte.

DOÑA BLANCA.

Detén la ejecución por sola un hora.

LEONIDO.

Harélo, aunque no fuera obedecerte,  
que me ha movido a compasión, señora.

DOÑA BLANCA.

¿Es ido?

JULIA.

Ya se fué.

DOÑA BLANCA.

Carlos advierte.

(Salen CARLOS y NUÑO.)

CARLOS.

¡Qué triste noche, y qué divina aurora!

NUÑO.

¡Extraña dicha!

CARLOS.

¡Dicha nunca oída:  
esperando la muerte, ver la vida!

D.<sup>a</sup> BLAN. Carlos, en los ocho días  
que has estado preso aquí  
y que yo te hablé y creí  
la nobleza que tenías,  
te he cobrado tanto amor,  
que ya hablo desta suerte  
porque el ver cerca tu muerte  
me obliga a cualquier error.

Anoche en tus ojos vi  
lágrimas; no sé qué son,  
pues han hecho información  
contra mi temor por ti.

Con ellas en el papel  
de tu rostro así describías  
la nobleza que tenías,  
que la fuí leyendo en él.

Piedra era yo, y piedra tal,  
que tuve un tiempo ese nombre;  
pero lágrimas de un hombre  
en piedras harán señal.

Con esto, y saber que aquí  
quiere mi padre cruel  
matarte, faltando en él  
la piedad que sobra en mí,  
vengo resuelta a sacarte  
de la prisión, si me ayuda  
la Fortuna, a quien hoy muda

Amor, todo industria y arte.

No me agradezcas te pido  
el librarte de la muerte;  
mas solamente el creerte,  
que es mucho el haber creído.

Mas dirás que soy mujer  
y que tú discreto eres,  
porque todas las mujeres  
son fáciles en creer.

Pues, Carlos, yo lo confieso,  
y aquesta voluntad  
sea natural piedad  
de verte inocente y preso,  
no es menor la obligación,  
antes mayor, pues te creo  
y darte vida desco.

CARLOS. Si sola la información  
de mi llanto, hermosa Blanca,  
en tu generoso pecho  
halló para mi provecho  
puerta liberal y franca,  
mayor fué mi obligación,  
y haces mal en sospechar  
que esto pudiera causar  
menos gloria a tu opinión.

Yo vine a reconocer  
a tu padre por mi padre,  
que aunque tuve ilustre madre,  
me dicen que fué mujer.

Díjome que me engañaron,  
y que fué el Rey de León  
mi padre. En esta ocasión  
los dineros me faltaron.

Y porque quise vender  
unos diamantes, me llama  
ladrón el vulgo, que infama  
con loco hablar y sin ver.

De tu padre me valía  
para salir de prisión:  
dióle esta imaginación  
de que a matarle venía  
y que no soy el que digo,  
y me ha mandado matar,  
que padre vine a buscar  
y hallé el mayor enemigo.

Agora tú, si piedad,  
si amor te mueve y si quieres  
fama entre ilustres mujeres,  
como tu padre en crueldad,  
seré tu esclavo. Castilla  
te ha de tener por señora,  
que aunque está rebelde ahora

pienso a mi amor reducilla.

Celebrará toda España  
esta hazaña, y tú serás...

D.<sup>a</sup> BLAN. Carlos, no me digas más,  
que de amor es esta hazaña.

No la des a mi valor,  
porque si de amor no fuera,  
ninguna cosa pudiera  
tener las fuerzas de amor.

Quedarme yo aquí sin ti  
y saber que te libré  
mi padre, ¿cómo podré,  
pues se ha de vengar de mí?

Llévame, Carlos, contigo,  
que bien sé yo que podrás,  
pues si me dejas verás  
qué crueldad usa conmigo,  
porque a vivir o a morir  
nos vamos juntos los dos.

CARLOS. Desconfiado de vos,  
que os pudiera persuadir,  
señora, tanto bien mío,  
no osaba pedir esto,  
porque mirado de presto  
me pareció desvarío.

Pero si muerte hay aquí  
y muerte también allá,  
la que menos cierta está  
es la mejor para mí.

Fuera de que no podría,  
señora, vivir sin vos,  
que os tengo, sábelo Dios,  
mi bien, por alma en la mía.

¿Pero cómo podrá ser,  
que nos podrán alcanzar?

D.<sup>a</sup> BLAN. Sólo, Carlos, con dejar  
estas ropas de mujer;  
que la caza me ha enseñado  
al caballo de manera,  
que iré a tu lado ligera  
y no perderé tu lado.

Sólo el sacarte de aquí  
difícil ha de ser;  
mas yo quiero, y soy mujer:  
harto he dicho, ven tras mí.

(Vanse, y salen DON ARIAS y DON BERNARDO.)

BERNARDO.

Vuestra prudencia pierde los estribos.

DON ARIAS.

En los casos de honor falta prudencia;  
locos mancebos, por traición altivos.

BERNARDO.

El consejo fué igual a la experiencia.

DON ARIAS.

No somos en Castilla vengativos,  
que hace la nobleza resistencia  
a los agravios, pero siendo tales,  
con el castigo los harán iguales.

BERNARDO.

No vengáis por lo menos a palacio  
tan desarmado y solo, señor mío.

DON ARIAS.

No me ha dado a pensarlo tanto espacio,  
tal fuerza tiene un loco desvarío:  
la fábula en que aquel músico, Tracio,  
bajó al infierno, califica el brío  
con que yo por mi hija, amante tierno,  
oso venir a más confuso infierno.

(Salen DON ENRIQUE y DON BERMUDO.)

ENRIQUE.

¿Qué voces son aquestas?

DON ARIAS.

Justas voces.

BERMUDO.

Pues tú, ¿por qué?

DON ARIAS.

Por la razón que tengo,  
que puedo darlas si con ella vengo.

ENRIQUE.

¿Hate agraviado alguno?

DON ARIAS.

¿No es agravio  
que para hacerle a aquel honor famoso  
que tengo de tan altos ascendientes,  
me envíes a León con embajada  
y engañes con la villa de Medina?

ENRIQUE.

¿Qué es esto, don Bermudo?

BERMUDO.

Desatina  
Arias con el dolor de alguna pena.

DON ARIAS.

Bien obliga mi pena a desatino,  
pues hallo cuando vuelvo del camino  
robada mi Leonor por vuestras manos,



porque no os contentáis con ser tiranos del antiguo Condado de Castilla, a su señor legítimo expelido, que desterrado el mundo peregrina, y deshonorando las cenizas nobles de sus famosos padres; pero agora, afrentando mi casa, que Leonora es todo el honor della y de Castilla, pues pensaba casarla con el Conde. Pero aquesta traición bien corresponde con la primera, y que me habéis querido quitar de vuestros ojos porque he sido quien sólo puede haceros resistencia.

ENRIQUE.

Tus canas solicitan mi paciencia; que a no ser desta suerte y no haber visto que te quitan el seso las congojas blancas, tu sangre las tiñera rojas. Ponle en prisión, Bernardo, luego.

DON ARIAS.

Haréis muy bien, que desta pena loco, ¿dónde estaré mejor que estando preso? Ni quiero vida yo ni quiero seso.

(Vase.)

BERMUDO. Enojado y con razón parte don Arias, Enrique.

ENRIQUE. ¿Cómo quicres tú que aplique remedio a tal confusión?

BERMUDO. ¿Qué hay de Leonor?

ENRIQUE. Cada día está más dura y crüel, y yo más necio y fiel, a su amor y a mi porfía.

He buscado varias trazas de conquistar sus rigores, mas ni aprovechan favores ni tienen fuerza amenazas.

No le he tocado una mano desde que está en mi poder, porque dice que es mujer de Carlos, que aguarda en vano.

BERMUDO. Enrique, pues ya don Arias se atrevió con el dolor a la lealtad y al amor, dos cosas tan necesarias a un vasallo obediente, matarle no importa nada, que una cabeza cortada suele hablar más libremente.

Vuélvele, Enrique, a Leonor

y ruégala que se ablande, aunque no hay error más grande que amar donde no hay amor.

Con esto negociarás que calle, y podrás después, por gusto o por interés, vencer más y alcanzar más.

Que el tiempo trae consigo la mudanza en cuanto alcanza, que es su hija la mudanza y el mundo dellas testigo.

ENRIQUE. Quiero seguir tu consejo.— ¡Hola!, llamad a Leonor.

BERMUDO. Dios sabe con el amor que la verdad te aconsejo.

ENRIQUE. Pienso que es la condición de las mujeres querer lo que dejaron perder, si bien pasar la ocasión por ventura deste olvido.

BERMUDO. Su memoria alcanzarás; ¿y qué puedes perder más de lo que tienes perdido?

(Sale DOÑA LEONOR.)

D.<sup>a</sup> LEO. Para qué puedes llamarme, pues ya no has de persuadirme, porque pienso estar más firme que tú para atormentarme?

Cánsate, Enrique, de ser porfiado en esperar; ¿que podrás en porfiar vencer ninguna mujer?

Yo para Carlos nací; del Conde soy.

ENRIQUE. Calla ya, que ni Carlos vivo está ni tiene ese nombre aquí. Sólo es Conde don Bermudo.

D.<sup>a</sup> LEO. Bien dices, que él solo esconde la traición, que sabéis donde su pecho y natural pudo.

Pero el Conde mi señor tendrá vida, y vengará su agravio.

BERMUDO. Si vivo está, mal paga Carlos tu amor, pues no te avisa ni escribe.

D.<sup>a</sup> LEO. No quiere que sepáis dél, y en eso veréis que en él tan vivo el agravio vive.

Mas querrá Dios que algún día

veáis su desnuda espada.  
 BERMUDO. ¡Necia estás y porfiada!  
 Entonces verás la mía  
 resplandecer en alardes  
 de soldados vencedores.  
 D.<sup>a</sup> LEO. ¿Qué pueden hacer traidores  
 con capitanes cobardes?  
 ENRIQUE. ¿Qué dices?  
 D.<sup>a</sup> LEO. Que tenga vida  
 Carlos, que es lo que deseo.  
 ENRIQUE. Con injusto error te veo  
 de ser querida ofendida.  
 Pero porque tengas gusto  
 quiero a tu padre enviarte,  
 y por premio suplicarte  
 que le quites el disgusto  
 que aquesta nueva le ha dado,  
 con que ha estado tan furioso  
 como imprudente.  
 D.<sup>a</sup> LEO. Es forzoso,  
 estando tan agraviado.  
 ENRIQUE. Yo voy a traerle aquí,  
 porque le mandé prender.  
 BERMUDO. Esto, Leonor, has de hacer,  
 o por Enrique o por mí.

(Vanse ENRIQUE y BERMUDO.)

DOÑA LEONOR.

Lloran la ausencia del verano hermoso  
 las verdes selvas, los amenos prados,  
 que se vieron de flores esmaltados  
 por las albas del mayo caluroso.

Sienten la falta de su pasto hermoso  
 abriendo el seco suelo los ganados,  
 y en los espejos de la sierra, helados,  
 se miran sin beber, en són quejoso.

Pues si la ausencia de los ojos calma,  
 mueve lo que no siente a sentimiento,  
 y al peso del olvido es fuerte palma.

Y si a un rudo animal causa tormento,  
 ¿qué hará quien tiene la razón por alma  
 sino sentir la pena que yo siento?

(Sale DON ARIAS.)

D. ARIAS. Después de darte los brazos  
 por lo que de ti he sabido,  
 quiero quejarme ofendido.

D.<sup>a</sup> LEO. No viene bien con abrazos.  
 ¿Por qué entre amorosos lazos  
 se queja de agravio amor?

D. ARIAS. No digo de tu valor,  
 sino de aquestos tiranos,

que ya sé que tuvo manos  
 en tu defensa tu honor.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Dellos qué puedes quejarte  
 sobre las pasadas quejas?

D. ARIAS. Bien dices. ¿Qué me aconsejas?

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Yo tengo de aconsejarte?

D. ARIAS. Para callar no soy parte;  
 para hablar, ¿cómo ha de ser?  
 Pero en esta confusión (1)  
 halla el morir la razón,  
 aunque la hay desde el nacer.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Qué sabes del Conde ausente?

D. ARIAS. Lo que tú, pues temeroso  
 halló sólo el peligroso  
 mar remedio confidente.

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Está sin alma esta gente!  
 Cobarde, me ha persuadido  
 que te aplaque.

D. ARIAS. Habrá temido  
 que descubra su traición  
 y que despierte el león  
 que está en su agravio dormido.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿No fuera mejor buscar  
 al Conde?

D. ARIAS. Si yo supiera  
 nuevas, fácil discurriera  
 ancha tierra y largo mar.

D.<sup>a</sup> LEO. No tengo que te avisar  
 destos traidores; descansa  
 mientras que la furia amansa  
 de la enojada fortuna,  
 que aunque es mujer vez alguna  
 de ser mudable se cansa.

D. ARIAS. Voy a hacer fuerza conmigo  
 para tener sufrimiento.

(Vase.)

D.<sup>a</sup> LEO. Y yo con mi pensamiento,  
 que me dió amor por castigo.  
 Pero si mi bien no sigo,  
 ¿para qué vivir pretendo?  
 Mas con la vida me ofendo,  
 quiero perdella o ganalla,  
 porque con aventuralla  
 presumo que la defiende.

Quiero buscar a mi bien  
 pues ya tengo libertad:  
 hábito, lugar me dad,  
 que yo os le daré también.  
 Dulce amor, conmigo ven,

(1) Falta un verso a esta décima.

porque si tú me acompañas,  
¿qué importan tierras extrañas?  
Mujer soy, mas con valor,  
y bien sabe el tierno amor  
hacer mayores hazañas.

(*Vanse, y salen NUÑO, CARLOS y DOÑA BLANCA en hábito de hombre, fingiéndose criado del Conde.*)

CARLOS. Este es León de Castilla.

NUÑO. No le aventaja el de Francia.

D.<sup>a</sup> BLAN. Yo por lo menos ya debo  
ser de la parte de España.

CARLOS. Las lises con los castillos  
verá el tiempo coronadas  
alguna vez.

NUÑO. Los leones  
dorada corona aguardan.  
Esta ciudad generosa,  
al pie de aquellas montañas,  
es la primera que vió  
cristiano cetro en España;  
digo después de los godos,  
cuyas reliquias estaban  
en las Asturias de Oviedo.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Quién sino amor acabara  
tan grande imperio?

NUÑO. En el fuego  
de amor ciudades se abrasan.  
¿Que no comprende amor?

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Tú, Nuño, has amado?

NUÑO. Amaba  
en el tiempo en que las zorras  
con las gallinas hablaban,  
y los gallos y los micos  
tenían cruel batalla  
sobre cuál eran mejores,  
los poetas o las ranas.

CARLOS. ¡Calla, necio!

NUÑO. No podré,  
que los necios nunca callan.

CARLOS. Calla, porque pasa el Rey.

NUÑO. Callarán, pues que el Rey pasa.

(*Salen el REY de León y CRIADOS.*)

REY. En ocasión de caminos  
los memoriales me cansan.

CARLOS. ¡Qué lindo padre si es éste!

NUÑO. ¿Llegas a verle? ¿Qué aguardas?

CARLOS. Si fuera fácil saberlo  
con menos temor llegara.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Un hombre puede temer  
quien me sacó de Bretaña?

CARLOS. Los reyes, Blanca, no son  
hombres.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Pues cómo los llamas?

CARLOS. Angeles, que así han de ser  
para las cosas humanas.  
Pero pues con tanta dicha  
te he sacado de tu patria,  
y del Marqués y su gente  
me libré por las montañas,  
yo llego a hablar a este padre.

NUÑO. De la merced.

CARLOS. Aunque causa  
novedad hallar a un hombre  
donde no se imaginaba.—  
Deme los pies Vuestra Alteza.

REY. Alzaos.

NUÑO. ¡Notable palabra!

CARLOS. El Conde soy de Castilla,  
que de su estado y su casa  
le han arrojado desdichas,  
que traidores no bastaran.

REY. ¿Carlos, qué es esto?

CARLOS. Señor,  
ya os lo he dicho.

REY. ¿Quién pensara  
que vuestros primos hicieran  
cosa tan nueva y extraña?

CARLOS. Dicen que yo no soy hijo  
de aquel cuyas manos blancas  
agradaron la Condesa.

REY. ¿Así engañaron la fama?

CARLOS. Por padre, señor, me dieron  
cierto Marqués de Bretaña,  
embajador en Castilla:  
fuilo a saber, y en la espada  
puesta la mano, juró  
que ni una sola palabra  
a Teodosinda le dijo;  
pero que oyó que trataban  
entre grandes y plebeyos  
que vos...

REY. Adelante pasa.

CARLOS. ¡Qué vergüenza que tenía!

REY. Prosigue, Carlos, ¿qué aguardas?

CARLOS. Que vos érades mi padre,  
porque entonces mormuraban  
que amábades la Condesa.

REY. Todos mienten y se engañan,  
si no es que mal lo entendéis.  
¿Y qué os dijo el de Navarra?  
Porque la sirvió en Castilla  
en las bodas de su hermana;



y, yo testigo, corrió  
la voz de que ella pagaba  
su amor; pero no creáis  
que Teodosinda es culpada,  
sino que por levantarse  
con vuestro estado levantan  
este falso testimonio.  
Yo voy, como veis, a caza.  
Hoy me aguardad a comer,  
y hablaremos largo.

(Vase.)

CARLOS. España  
postre a tus pies su corona,  
y la soberbia africana  
rinda a tus leones de oro  
sus blancas lunas de plata.

NUÑO. ¿Qué hay, señor? ¿Tenemos padre?

CARLOS. ¡No hay desdicha que no venza  
mi desdicha! ¿Qué vergüenza  
me ha puesto una loca madre!

NUÑO. ¿Que ni éste es padre tampoco?  
¿En qué habemos de parar?

CARLOS. Esto es andar a buscar  
con que me vuelvan más loco.

D.<sup>a</sup> BLAN. Pues, Carlos, ¿qué dice el Rey?

CARLOS. Háblele, Blanca, y honróme  
el Rey; finalmente díome  
el justo lugar, que es ley  
de una honrada cortesía:  
prometióme la esperanza  
que el fin de la noche alcanza  
cuando se le acerca el día.  
Pero apenas le traté  
de que era mi padre, cuando  
fué mi error desengañando,  
y sin padre me quedé.

D.<sup>a</sup> BLAN. Pienso, Carlos, que te engañan  
traidores; abre los ojos,  
no des a tu honor enojos  
con pasos que tanto dañan  
tu misma reputación.  
Deja de ofender tu madre.

NUÑO. A lo menos ningún padre  
destos lo es de confesión,  
pues no quieren confesar.

CARLOS. De confesión, Nuño, sí,  
y de tanta para mí,  
que estoy por no le buscar.

NUÑO. ¿Pues hay otro padre ahora?

CARLOS. El Rey de Navarra.

NUÑO. Advierte  
que infamas de aquesta suerte

esta inocente señora;  
que para mí tú eres hijo  
del Conde.

CARLOS. He dado en ser loco  
y en tener mi honor en poco.

NUÑO. ¿El de Navarra te dijo?

CARLOS. Sí, Nuño.

NUÑO. ¿Pues qué has de hacer?

CARLOS. Irle a hablar.

NUÑO. Puesto que ya  
a otro te remite allá  
y que ha de venir a ser  
el chapín sobre chapín,  
del chapín de fino paño  
no acertaréis hogaño.

CARLOS. Yo le he de buscar, en fin;  
que no tengo de parar  
hasta que sepa quién soy.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Ni aquí piensas estar hoy?

CARLOS. Luego pienso caminar,  
aunque el Rey me ha convidado;  
mas va a probar un halcón  
y vendrá tarde.

D.<sup>a</sup> BLAN. León  
contigo está alborotado.  
Bien es que salgas de aquí.

CARLOS. Blanca, a Navarra me parto.

NUÑO. ¿Que de buscar no estés harto  
tantos padres?

CARLOS. ¡Ay de mí!

NUÑO. Vamos al yermo; por dicha  
le hallarás.

D.<sup>a</sup> BLAN. Si es el Navarro,  
tú tienes padre bizarro.

CARLOS. Ya lo teme mi desdicha.  
Pero hablarle me conviene  
y ver si lo quiere ser.

NUÑO. ¡Gran desdicha es no saber  
un hombre el padre que tiene!

(Vanse, y salen TIBALTE, ARISTA y GUEVARA,  
caballeros.)

TIBALTE.

Yo no trato más cosas con la pluma;  
mejor será que del consejo afuera  
hable el que tanto del valor presuma.

GUEVARA.

Si como Ulises vanamente espera  
vencer con la retórica la espada,  
haré yo que la espada le prefiera.

ARISTA.

Tibalte.

TIBALTE.

Arista.

ARISTA.

La presencia honrada  
del anciano don Vela me detuvo,  
de todos dignamente respetada.

GUEVARA.

¿Habláis de mí? Porque ninguno estuvo  
más compuesto que yo, siendo el primero  
que este derecho a la Corona tuvo.

ARISTA.

Guevara, tú eres noble caballero;  
en Navarra ninguno te adelanta:  
si alguno puede haber, yo te prefiero.

GUEVARA.

Arista, advierte que soberbia tanta  
ni al reino dará paz ni a ti la vida.

TIBALTE.

El arrogancia de los dos me espanta,  
pues siendo mi nobleza conocida,  
de sangre real por Francia y por España,  
me quitáis la corona merecida.

GUEVARA.

Aquí ya no es consejo; yo en campaña  
rey de Navarra soy.

ARISTA.

No, sino Arista,  
pues toda la nobleza le acompaña.

TIBALTE.

A Tibalte ninguno le resista  
ser rey en esta ocasión que rey os falta,  
pues debe a mi ascendencia su conquista.

ARISTA.

Aquí los caballeros de Peralta.

GUEVARA.

Aquí de los Guevaras caballeros,  
pues no tiene Aragón sangre tan alta.

(Sale DON VELA.)

DON VELA.

Tened, nobles hidalgos, los aceros;  
las canas respetad de un viejo noble,  
que quiero con razones componeros.

TIBALTE.

Si puede haber respeto que me doble  
sólo será, don Vela, el que se os debe;  
pero en mi pretensión soy palma o roble.

ARISTA.

No hay cosa con que más amor os pruebe  
que con dejar la espada.

GUEVARA.

Al mismo efeto  
vuestro respeto me provoca y mueve.

DON VELA.

Yo os agradezco, hidalgos, el respeto,  
y de pagaros con la sangre y vida  
por la de mis mayores os prometo.

¿La causa no queréis que se decida  
desta quistión por paz o por consejo?

TIBALTE.

¿Pues no es razón que la corona os pida  
si es muerto el Rey sin sucesión?

ARISTA.

Si dejo,  
Tibalte, de pedir lo que me toca,  
¿por qué no me escucháis?

GUEVARA.

Cuando me quejo,  
Arista, ¿qué arrogancia te provoca?

DON VELA.

¿Queréis callar y oírme?

TIBALTE.

Di; adelante,  
que cuelga mi esperanza de tu boca.

DON VELA.

Bien veis que no hay locura semejante  
como querer reinar los tres, si ahora  
no hay quien al otro en causas se adelante;  
es la concordia de la paz autora,  
y la fiera discordia de la guerra,  
por quien el vulgo miserable llora.

Demos al de León aquesta tierra,  
pues fué deudo del Rey que muerto yace  
y tal valor, como sabéis encierra.

ARISTA.

¡Cruel arbitrio!

DON VELA.

De buen celo nace.

GUEVARA.

Pedimos la corona, y en vez della  
vasallos viles de León nos hace.

DON VELA.

Pues mal podréis salir los tres con ella  
si aqueste no es romano Triunvirato.

TIBALTE.

Uno solo pretende merecella.

En esta confusión vuestro buen trato  
y de otros reinos el ejemplo miro,  
que no soy a mi sangre y patria ingrato.

De los persas políticos me admiro,  
que al dueño del caballo que primero  
relinchase, consejo de Alquimiro,

dar el reino ordenaron, porque el fiero  
rigor de la ambición descomponía  
la paz del reino, como ahora espero.

Pero, dejando el Asia, España un día  
decretó darle al que primero hallase  
en el campo la gótica porfía;

y como Bamba labrador arase,  
subió desde el arado a la corona,  
y otros que es justo que en silencio pase.

Dad este reino a la primer persona  
que topéis en el campo, y esa quien fuere;  
pues tanto ejemplo vuestro intento abona,

veréis allí que el cielo le prefiere  
y que en efeto viene de su mano,  
que no es posible que mejor le espere.

TIBALTE.

Por mí, yo estoy vencido.

ARISTA.

Fuera en vano  
replicar al remedio.

GUEVARA.

Pues yo digo  
lo mismo: o sea noble, o sea villano.

DON VELA.

A caballo os poned; venid conmigo.

GUEVARA.

Encomendarlo a Dios primero es justo;  
esa opinión en mis acciones sigo.

DON VELA.

¡Oh si fuese un varón sabio y robusto!

TIBALTE.

Yo lo espero en el cielo, y que el consuelo  
ha de igualar la causa del disgusto.

GUEVARA.

El rey y la mujer vienen del cielo.

(*Vanse, y salen CARLOS, NUÑO y DOÑA BLANCA.*)

CARLOS. Tristeza muestra Navarra.

NUÑO. No pregunté la ocasión.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Si son guerras con León?CARLOS. Es esta gente bizarra;  
nunca descíñe el acero.D.<sup>a</sup> BLAN. Bien el moro aragonés  
lo siente, pues a sus pies  
le ha puesto su rey primero.

CARLOS. ¿Vienes cansada?

D.<sup>a</sup> BLAN. Si en ti  
descanso, ¿podré cansarme?

CARLOS. ¿Qué hará tu padre?

D.<sup>a</sup> BLAN. Culparme.

CARLOS. ¿Cómo disculparme a mí?

D.<sup>a</sup> BLAN. Mal dije, porque mirando  
que eres tú, que es tu valor,  
Carlos, causa de mi error,  
ya me estará disculpando.CARLOS. ¡En qué trabajos te he puesto  
desde que vienes conmigo!  
Mas la fortuna que sigo,  
Blanca, es la culpada en esto.

Eres alma que me anima,  
y así es forzoso que sientas  
mis penas y mis afrentas.

D.<sup>a</sup> BLAN. Quien ama, Carlos, estima  
estas afrentas y penas;  
y no te causen temor,  
que en siendo penas de amor  
están de contento llenas.CARLOS. Allí está un villano arando;  
antes de entrar en Estela (1)  
preguntemos a cautela,

(*Sale RISELO, labrador.*)

Blanca, lo que voy dudando.

¡Ah, buen hombre! ¡Ah, labrador!

RISELO. ¿Quién llama?

CARLOS. Dejad los bueyes.

RISELO. Si haré, por ver destos reyes  
cuál os parece mejor.CARLOS. ¿Qué reyes? ¿No veis que somos  
forasteros desta tierra,  
que antes queremos saber  
si hay cosas nuevas en ella?

RISELO. ¿Vais a Estela?

CARLOS. A Estela vamos.

(1) Hoy se dice Estella.



RISELA. Pues hallaréis mucha guerra  
y una cáfila de reyes.  
CARLOS. ¿De reyes? ¿De qué manera?  
RISELO. Murió su Rey desdichado  
sin sucesión, que la Reina  
hijos muertos le paría;  
en aquesto leona fiera,  
y en lo demás como un ángel.  
CARLOS. ¿Que el Rey es muerto?  
NUÑO. Aquí quedas  
sin padre de todo punto.  
CARLOS. Hoy mis desdichas me dejan  
huérfano de la fortuna.  
D.<sup>a</sup> BLAN. Mi Carlos, no te entristezcas.  
Siéntate, por vida tuya,  
que sé que cansado llegas,  
para descansar un rato  
en esta alfombra de yerbas.

(*Siéntanse.*)

CARLOS. Por ti, mi Blanca, me siento.  
NUÑO. Alguna buena merienda  
pareciera aquí muy bien.  
Pero, ¡ay, Dios!, ¿qué gente es ésta  
que con tanta vocería  
hacia nosotros se acerca?

(*Levántanse, y salen DON VELA, GUEVARA, ARISTA y  
TIBALTE, y todos.*)

D. VELA. ¡Linda persona!  
ARISTA. ¡Extremada!  
GUEVARA. Dénos los pies Vuestra Alteza.  
CARLOS. ¿Qué es esto?  
TIBALTE. No se alborote;  
sepa que es rey, y que reina  
en Navarra desde hoy..  
CARLOS. Señores...  
D. VELA. ¿De qué se altera  
Vuestra Alteza?  
CARLOS. ¿Alteza yo?  
NUÑO. ¿Puede haber burla como ésta?  
CARLOS. ¿Caballeros, hacéis burla?  
D. VELA. Navarra, señor, que queda  
sin rey, ha determinado  
que el rey el primero sea  
que toparen en el campo.  
Fuiste tú, y en tu cabeza  
te ponen esta corona.  
Dinos tu nombre y tu tierra.  
CARLOS. Un noble soy de Bretaña,  
de conocida nobleza:  
es el marqués Federico

mi padre.

D. VELA. La dicha es cierta:  
el cielo os ha dado rey,  
navarros.  
CARLOS. Bien os quisiera  
hablar; mas la turbación,  
que es muy justa, no me deja.  
ARISTA. Basta el verte, porque tienes  
noble y gallarda presencia.  
¿Qué nombre?  
NUÑO. El hijo sin padre.  
D.<sup>a</sup> BLAN. Calla, Nuño.  
NUÑO. ¿Qué quimeras  
son aquéstras?  
CARLOS. Mi nombre es Carlos.  
D. VELA. ¡Carlos viva!  
TODOS. ¡Viva!  
GUEVARA. A Estela  
camina, que ya te aguarda.  
CARLOS. Ven, Blanca, que has de ser reina.

### JORNADA TERCERA

(*Salen ENRIQUE y BERMUDO.*)

ENRIQUE.

¿Rey en Navarra?

BERMUDO.

Tan extraño modo  
no se vió de hacer rey eternamente.

ENRIQUE.

Parece la elección de Bamba el godo,  
que en púrpura trocó el sayal.

BERMUDO.

¿Que intente  
hacernos guerra y que su reino todo  
contra nosotros mueva injustamente?

ENRIQUE.

Apenas le han jurado cuando intenta  
guerra contra Castilla tan sangrienta.

BERMUDO.

¿Castilla qué le ha hecho?

ENRIQUE.

Por agravios  
que ha recebido della, el vulgo dice,  
y esto suena la fama entre sus labios.

BERMUDO.

A la verdad, Enrique, contradice;

pero como no hay cosa que a los sabios más que la prevención los autorice, saquemos gente, y ordenada vaya a defender sus armas en la raya.

ENRIQUE.

Sí, porque dar lugar a que destruya la tierra en los confines del estado hará que a ser cobardes lo atribuya, y quedará su crédito aumentado.

No hay cosa que mayor flaqueza arguya que dar lugar a que el contrario osado cobre reputación, pues, como digo, la que se pierde gana el enemigo.

Don Arias viene aquí, y será bueno para que alguna gente se levante, que de experiencia, como de años lleno, no hay hombre en la ocasión más importante.

(Sale DON ARIAS.)

BERMUDO.

Arias, el Rey navarro, bien ajeno nuestro valor de empresa semejante, viene contra Castilla: tu persona la defensa ha de ser de su corona.

Saca la gente que alistada estaba contra el moro valiente de Toledo y cierra el paso a su arrogancia brava.

DON ARIAS.

Ni quiero hacerlo, ni es razón, ni puedo. Cuando de vuestro agravio me quejaba más lastimado y agraviado quedo, pues mi hija otra vez me habéis quitado, escondido, robado y afrentado.

Y así, no sólo no sacaré gente, pero al navarro intentaré pasarme, porque conmigo su opinión aumente y pueda de mi honor desagraviarme. Presto veréis qué soy.

ENRIQUE.

Oye.

BERMUDO.

Detente.

DON ARIAS.

¿No veis que es tarde ya para engañarme?

ENRIQUE.

Si yo sé de Leonor, pierda Castilla.

DON ARIAS.

Vuestra poca verdad me maravilla.

¡Viven los cielos, que he de hacer de suerte que la perdáis como mi honor, que ha sido perdido por vosotros!

ENRIQUE.

Oye, advierte.

DON ARIAS.

¿Qué tengo que advertir, mi honor perdido?

(Vase.)

BERMUDO.

¿Tú tienes a Leonor?

ENRIQUE.

Deme la muerte un villano de Asturias mal nacido si yo sé de Leonor desde aquel día que la dejé con la esperanza mía.

Por tomar ocasión para vengarse don Arias hizo aqueste fingimiento.

BERMUDO.

Pues si a Navarra quiere trasladarse, ¿por qué finge este injusto sentimiento?

ENRIQUE.

No le daré lugar para vengarse, porque imitando en la presteza el viento haré que el de Navarra el paso enfrene.

BERMUDO.

Busca enemigos donde amigos tiene.

(Vanse, y sale DOÑA LEONOR, en hábito de soldado.)

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Dónde me lleváis así, loco pensamiento mío, pues mientras más me desvío más pienso que os llevo en mí?

Diréis que vais a buscar a Carlos; diréis muy bien, pues es sólo Carlos quien os pudiera disculpar.

Lo que con vos merecí así se parte en los dos, que no sé si os llevo a vos o vos me lleváis a mí.

Hasta Navarra he llegado, cuya belicosa tierra a Castilla intenta guerra todo su reino alterado.

Que el nuevo Rey elegido debe de ser tan marcial, que le sabe el ocio mal del reino en paz adquirido.

Cajas son; su gente pasa.  
Desde aquí le quiero ver,  
por si puedo entretener  
este incendio que me abrasa.

¡Ay, Carlos, en vano sigo  
tu sombra; amor me engañó!  
Mas, ¿dónde te sigo yo,  
cuando te llevo conmigo?

(*Salen cajas, banderas y SOLDADOS; ARISTA, NUÑO,  
BLANCA y CARLOS.*)

ARISTA.

Muchos, señor, preguntan a qué efeto  
mueves guerra a Castilla.

CARLOS.

Los agravios,  
aunque pasados ya, mi pecho obligan;  
y fuera desto, Arista, me conviene  
en los principios deste reino mío  
darme a temer, y como agora tantos  
tienen puesta la mira en mis acciones,  
quiero satisfacer sus opiniones.

ARISTA.

Mal conoces quién son los castellanos.

CARLOS.

Por mi mal a lo menos los conozco,  
y la misma razón me obliga, Arista;  
que viendo los demás vecinos reinos  
que a los más valerosos doy cuidado,  
me tendrán por valiente y por soldado.

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?

Este es Carlos. ¡Ay, mis ojos,  
qué de diversos antojos  
os representa el deseo!

Espejos sois, y yo soy  
Carlos, que en él me transformo;  
por eso tu imagen formo  
y en vos mirándola estoy.

¡Oh, si pudiera acercarme!  
Sin duda es él. ¡Qué locura!  
¡Rey Carlos! ¡Amor, procura  
desengañarme y matarme!

CARLOS.

Marche la gente y vayan las banderas  
dando temor al fiero castellano.

NUÑO.

¿Si te han de conocer?

CARLOS.

Nuño, ¿qué importa?

Lo que importa es negar hasta su tiempo,  
y vengarme de Enrique y de Bermudo.  
¿Cómo vienes, soldado de mis ojos?

DOÑA BLANCA.

Deseoso, mi bien, de que conozcas  
que tengo de seguirte hasta la muerte.

CARLOS.

En cobrando el Condado que me quita  
la envidia, que mi muerte solicita,  
te haré condesa de Castilla y reina  
de Navarra.

DOÑA BLANCA.

Los cielos te den vida,  
que a mí me basta ser esclava tuya.

CARLOS.

Luego que aquesta guerra se concluya,  
cumpliré la palabra que te he dado.

DOÑA BLANCA.

La fama, a quien llamaron los poetas  
el correo del mundo, ahora trajo  
unas cartas sin porte a mis oídos,  
a sólo a tu cuidado entretenidos.

CARLOS.

¿Qué dice?

DOÑA BLANCA.

Que mi padre peregrina  
toda la Francia en busca tuya, y viene  
a España.

CARLOS.

Por dos causas dolor tiene:  
perdió a su hija y su opinión; más creo  
que ha de gozar de entrambas su deseo,  
que a ti te cobrará y en mí tal yerno,  
que no le pese más que de haber sido  
cruel con quien se honrara de tenelle  
por padre.

DOÑA BLANCA.

El cielo me deje velle.

(*Vanse, y sale LEONOR y detiene a BLANCA.*)

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Ah, señor soldado!

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Quién  
con tanta prisa me nombra?

D.<sup>a</sup> LEO. Si no es Carlos, o es su sombra,  
a Amor la culpa le den.—

¿Podré hablar al Rey?

D.<sup>a</sup> BLAN. Ahora  
no pienso que habrá lugar.

D.<sup>a</sup> LEO. No le pesará de hablar



con quien...—Diré que le adora?

No, que no sé bien quién es.

Paciencia, locos deseos;  
no os precipitéis, teneos;  
mas sois ligeros de pies.— (*Aparte.*)

Decid que es un castellano  
gran su amigo.

D.<sup>a</sup> BLAN.                   ¿En qué ocasión,  
si el Rey, amigo, es bretón?

D.<sup>a</sup> LEO.   ¿Bretón? —¡Ay, intento vano!—  
¿No es éste Carlos, que fué  
Conde de Castilla?

D.<sup>a</sup> BLAN.                   ¡Ay, cielo,  
verdad dice! ¿Qué recelo?—  
Si es el que decís no sé.

Rey de Navarra le veo,  
y dice que es de Bretaña.

D.<sup>a</sup> LEO.   Un testimonio le engaña  
o a mí de hablarle el deseo.

D.<sup>a</sup> BLAN.   Si le pretendéis hablar  
más señas son menester.

D.<sup>a</sup> LEO.   Decilde que su mujer  
me le ha mandado buscar.

D.<sup>a</sup> BLAN.   ¿Su mujer? ¿Estáis en vos?  
¿O soislo vos por ventura,  
que descubris la figura  
por la brújula, por Dios?

Hablad. ¿De qué estáis turbado?

D.<sup>a</sup> LEO.   ¿Mujer yo? ¡Gracioso cuento!

D.<sup>a</sup> BLAN.   Dióme aqueste pensamiento.

D.<sup>a</sup> LEO.   ¿No basta ser su cuñado?

D.<sup>a</sup> BLAN.   ¿Cómo?

D.<sup>a</sup> LEO.                   Siendo hermana mía  
su mujer.

D.<sup>a</sup> BLAN.               No se ha sabido  
que lo sea; yo le pido  
que se case cada día,  
de parte del reino todo,  
y la palabra me ha dado.

D.<sup>a</sup> LEO.   No puede, porque es casado.

D.<sup>a</sup> BLAN.   ¿Diréiselo dese modo?

D.<sup>a</sup> LEO.   A dos dedos del oído.

D.<sup>a</sup> BLAN.   ¿Carlos casado? ¡Ay de mí!  
¿Que no haya verdad en ti,  
siendo hombre tan bien nacido?  
¿Pues en quién habrá verdad?

(*Aparte.*)

Hidalgo, al Rey hablaré  
y lo que decís diré,  
por haceros amistad.

Id en buen hora, y volved

luego que se aloje.

D.<sup>a</sup> LEO.                   El cielo  
os pague aqueste consuelo,  
y que os haré bien creed  
luego que mi hermana llegue  
a los brazos de su esposo.

(*Vase.*)

D.<sup>a</sup> BLAN.   No es mucho que el amoroso  
fuego llorando me ciegue;  
que aunque el agua era razón  
que templara mis desvelos,  
las lágrimas de los celos  
dicen que de fuego son.

Mas no son celos, que ya  
no hay de quien tenerlos pueda,  
pues que declarado queda  
que mi deshonor lo está.

Dan los hombres en poner  
en los cuerpos el honor,  
y yo en el alma mejor,  
que es agravio en la mujer.

¿Carlos casado en Castilla?  
¡Ah, traidor!

(*Salen CARLOS y NUÑO.*)

CARLOS.                   ¿Traidor, a quien?

D.<sup>a</sup> BLAN.   Lauro en traidores te den  
por otava, maravilla.

Mucho decirte pensé,  
mas no me quiero matar,  
y hablar en esto es quitar  
valor a mi amor y fe.

Quédate, Carlos, con Dios;  
Rey, quedaos; perdida vuelvo.

CARLOS.   ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> BLAN.               Que me resuelvo.

CARLOS.   ¿Sabes que somos los dos  
marido y mujer?

D.<sup>a</sup> BLAN.               ¿Qué bien,  
si con otra estás casado!

CARLOS.   ¿Casado? ¿Quién te ha engañado?

D.<sup>a</sup> BLAN.   Nuño lo sabe también.

NUÑO.       Yo lo sé, pero contigo.

D.<sup>a</sup> BLAN.   ¿Connigo?

NUÑO.       Contigo, pues.

D.<sup>a</sup> BLAN.   Menester es que me des  
otro más leal testigo.

¡Ah traidores castellanos,  
para quien sois os quedad!

CARLOS.   Cuanto te he dicho es verdad;  
deja pensamientos vanos,

que no has de hallar otra cosa eternamente.

- D.<sup>a</sup> BLAN. Si aquí,  
Carlos, me lo ha dicho así  
el hermano de tu esposa,  
¿a quién tengo de creer?
- CARLOS. ¿Yo esposa, y que tiene hermano?
- D.<sup>a</sup> BLAN. Si te muestro un castellano  
hermano de tu mujer,  
¿no te querrás persuadir?
- CARLOS. Si tú me mostrares hombre  
que a mí me diga ese nombre,  
yo me condeno a morir.
- D.<sup>a</sup> BLAN. Presumirás con ser Rey  
persuadille y aun matalle.
- CARLOS. ¿Qué hombre es ésc?
- D.<sup>a</sup> BLAN. De buen talle.
- NUÑO. ¡Oh celos, gente sin ley.
- CARLOS. ¿Hombre que te ha dicho aquí  
que es mi cuñado y que tengo  
mujer?
- D.<sup>a</sup> BLAN. Si de hablarle vengo,  
¿quieres que me engañe a mí?
- CARLOS. Ve por él, que vive el cielo  
que le he de quitar la vida.
- D.<sup>a</sup> BLAN. No harás, que aunque amor se olvi-  
queda el buen respeto y celo. [da,  
Pero si tienes mujer,  
¿qué me importa que la olvides,  
pues que serlo yo me impides  
y te tengo de perder?
- CARLOS. ¿Perderme a mí, Blanca hermosa,  
cuando soy rey y deseo  
verte ya donde me veo?
- D.<sup>a</sup> BLAN. Calla esa boca engañosa,  
que aun pienso de tu invención  
que jamás el Conde fuiste,  
sino que el nombre fingiste  
para hacer esta traición.  
Y es llano, pues solo un hombre  
¿cómo viniera a buscarte,  
sabiendo quien en tal parte  
tuviera su ilustre nombre?  
¿Solo un hombre y tu cuñado,  
y tú de Castilla Conde?
- CARLOS. Nuño, a mi Blanca responde.
- NUÑO. Estoy de oírla turbado,  
y qué la responda dudo,  
que según furiosa arranca,  
para detener a Blanca  
es menester un escudo.  
Esté queda. La paciencia

habrás, señor, menester.

¿Tú casado? ¿Tú mujer?

- D.<sup>a</sup> BLAN. Y que ha llorado tu ausencia,  
y que te envía a buscar.

(Vase.)

- NUÑO. Basta, que dichoso eres,  
más que en padres, en mujeres:  
padres no aciertas a hallar,  
y mujeres, ya lo vcs;  
pero advierte que has llegado  
tan cerca de tu cuidado  
que pones en él los pies,  
y dicen que con la gente  
vienen Bermudo y Enrique.
- CARLOS. ¿Cómo quieres que me aplique  
a Marte, mi amor ausente?
- NUÑO. ¿Ausente? No puede ser  
que esta mentira le cuadre.  
¡Así se hallara algún padre  
como se halla una mujer!  
Notable abundancia fué  
la de la Naturaleza  
en producir su belleza.  
¿En qué lugar no se ve  
una mujer? ¿Una? ¡Mil  
[y] millones! Mas decía  
cierto filósofo un día,  
más bellaco que sutil,  
viendo una mujer colgada  
de un árbol: "Gran cosa fuera  
si en todos ellos hubiera  
fruta tan bien sazónada."
- CARLOS. Ya estoy muriendo por ver  
este traidor castellano  
que le ha dicho que es su hermano  
y que yo tengo mujer.
- NUÑO. Yo te aseguro que presto  
Blanca te le traiga aquí.
- CARLOS. ¿Marcha el campo?
- NUÑO. Señor, sí;  
todo junto, en orden puesto.
- CARLOS. Espero tomar venganza  
destos traidores.
- NUÑO. No creo  
que le falte a tu deseo,  
tanto la justicia alcanza;  
y más que ya tu inocencia,  
como a José, te hace rey.
- CARLOS. Esa es la divina ley,  
y esto alcanza la paciencia.

(*Vanse, y salen el MARQUÉS FEDERICO y LEONIDO, de camino.*)

MARQUÉS. En seguimiento de Carlos toda la Francia he corrido, y pienso en toda la España no dejar lugar, Leonido.

LEONIDO. Esta es Navarra, que hace más fuerte que fértil sitio, entre el Ebro y Pirineos, altos montes, claros ríos. Hasla corrido sin verla, porque con mejor arbitrio piensas hallar en Castilla este Carlos, tu enemigo. Mas yo soy de parecer que el salirnos del camino por estas alteraciones no ha sido mejor designio. Porque siempre donde hay guerra acuden los forajidos a tenerla por sagrado.

MARQUÉS. Puede ser que haya venido Carlos con Blanca a Navarra a la libertad que has dicho de la licenciosa guerra; pero buen acuerdo ha sido ir de Castilla a la raya, donde dicen que previno Enrique defensa al Rey.

LEONIDO. Cajas oigo.

MARQUÉS. Si ha venido el escuadrón castellano; pero estos azules lirios no son sus armas, que en plata pone dorados castillos. Sin duda que es esta gente del Rey navarro.

LEONIDO. Lucido entra en Castilla.

MARQUÉS. Aquí quiero verle.

LEONIDO. ¡Qué galán, qué rico!

(*Salen cajas, SOLDADOS y banderas, NUÑO, ARISTA y CARLOS.*)

CARLOS. Dame notable cuidado decir que Enrique, atrevido, jura de entrar en Navarra.

ARISTA. Por eso, señor, venimos antes a Castilla que él cumpla lo que ha prometido. Dicen que el Rey de León

le favorece, ofendido de que le movieses guerra. Temerá que si conquisto este Condado, me atreva a su reino.

ARISTA. No ha temido sin causa tan gran valor.

MARQUÉS. En toda mi vida he visto, Leonido, un hombre que a otro pueda ser tan parecido. ¿No te acuerdas bien de Carlos?

LEONIDO. Atentamente le miro y no hallo diferencia.

MARQUÉS. Carlos será, que ha tenido esta dicha de ser rey. Huélgome, ya que me quiso quitar mi honor, que mi Blanca tenga tan noble marido; y esa sin duda es la causa, porque todo el reino dijo que era su Rey de Bretaña, porque Carlos ha creído que soy su padre, y querría honrarse de ser mi hijo. Lo que pienso hacer agora por obligarle si digo que soy su padre, es hacer que el reino que le ha elegido le tenga por hombre noble, tan altamente nacido, en decir que vengo a verle porque en Bretaña he sabido su buen suceso.

LEONIDO. Será honrarle.

MARQUÉS. Demos aviso primero a este capitán de que yo soy Federico.

¡Ah, caballero!

ARISTA.

¿Qué queréis?

MARQUÉS.

Quería

hablar al Rey.

ARISTA.

¿Quién sois y de qué parte?

MARQUÉS.

Bien puede un padre hablar con osadía.

ARISTA.

¿Padre?—Señor, tu padre quiere hablarte.



CARLOS.

Milagro, Arista, fuera y gran favor sería del cielo, entre los bienes que reparte, a quien, da su favor.

NUÑO.

¿Qué te han traído?

CARLOS.

Padre, por no buscado ya venido.

NUÑO.

Habémonos quebrado la cabeza buscando aqueste padre fugitivo, y mientras nos siguió tanta pobreza no se ha podido hallar muerto ni vivo; y agora, cuando ven tanta riqueza y un estado tan próspero y altivo, salen, como hongos, padres de la tierra. ¡Qué engaños, qué traición el mundo encierra!

CARLOS.

Digo que llegue, Arista, y conozcamos este padre que dices.

MARQUÉS.

¿No conoces al marqués Federico de Bretaña?  
¿Ya no te acuerdas de tu padre, Carlos?

CARLOS.

¿Vióse jamás tan grande atrevimiento?  
¿Contóse de ninguno aqueste caso?  
¿Que aquéste se fingiese Federico porque me ve tan poderoso y rico?

MARQUÉS.

¿Yo me he fingido Federico? Mira, Carlos, que eres mi hijo, y que tú sabes que te preciaste de besar mi mano, sin el hurto del Conde castellano, que callo por tu honor.

CARLOS.

¿El está loco?

MARQUÉS.

¿A tu padre, traidor, tienes en poco?

CARLOS.

Bien digo yo que es loco.

MARQUÉS.

¿No te acuerdas que te has visto a mis pies y que has querido besar mi mano?

CARLOS.

Aquéste fué inducido de mis dos enemigos castellanos. A matarme has venido.—Atad sus manos y metelde en prisión.

MARQUÉS.

¿Carlos, qué haces?

CARLOS.

Que tu crueldad aquí me satisfaces.

MARQUÉS.

¿Pues a tu padre desta suerte tratas?  
¿Las manos, hijo, que te hicieron atas?

CARLOS.

Necesidad será darle tormento. Nuño, tengan el preso a buen recado.

MARQUÉS.

¡Por qué extraño camino se ha vengado!  
¿Que así trate a su padre un hijo?

CARLOS.

Advierte

que soy hijo sin padre, y desta suerte puedo muy bien satisfacer mi agravio. La fortuna es mudable, el tiempo es sabio; falso el pariente, el envidioso fiero, y cruel al rendido el extranjero.

MARQUÉS.

Paciencia; pues me vine como loco a las manos del mismo que ofendía; pero pensé que rey no te acordaras de los agravios que te hicieron pobre.

CARLOS.

Siempre el que agravia escribe en agua el daño, y el agraviado en bronce eterno y fuerte, adonde no le borre el tiempo y muerte.

(*Llévanle preso.*)

ARISTA.

A todos ha causado maravilla ver la invención con que éste a verte viene.

CARLOS.

Creed que castigarle me conviene: él sin duda es espía o algún loco, que como vió tan alta mi fortuna pensó tener en ella parte alguna. Poco a poco me voy desengañando de que pude caer en mil errores, no más de por dar crédito a traidores;

pero yo vengaré sus testimonios  
dándole al mundo de que soy honrado,  
pues ya con mi paciencia al cielo agrado.  
Si a cualquiera mujer, por vil que sea,  
es tan grande maldad quitar la honra,  
el que la quita a una señora ilustre,  
¿en qué piensa parar? ¿Qué pena espera?  
Y más si es muerta ya, que a las cenizas  
que ya descansan es crueldad notable.

ARISTA.

No quedará quien sin respeto hable  
de los muertos, señor, sin gran castigo.

(Salen BLANCA y LEONOR.)

DOÑA BLANCA.

Aquí viene, señor, aquel tu amigo.

CARLOS.

Retirad esa gente, que hablar quiero  
a solas con aqueste caballero.

D.<sup>a</sup> LEO. No hay tan difícil empresa  
que no la acaben mujeres.

CARLOS. Ya estoy solo; ¿qué me quieres?

D.<sup>a</sup> BLAN. De haberle hallado me pesa.

D.<sup>a</sup> LEO. Quisiera más soledad.

CARLOS. Este hidalgo que está aquí  
es mi amigo, vive en mí,  
es mi propia voluntad,  
no hay que recelarte dél.

D.<sup>a</sup> LEO. Pues dame, mi bien, tus brazos,  
que bien merecen tus lazos  
alma tan firme y fiel.

CARLOS. ¿Qué es esto?

D.<sup>a</sup> LEO. ¿No me conoces,  
Carlos mío?

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Carlos mío?

CARLOS. Perdona si te desvíó,  
Leonor, con iguales voces,  
que importa disimular.

D.<sup>a</sup> LEO. No ha podido el corazón,  
porque ya fuera traición  
verte, mi vida, y callar.

CARLOS. Eso de mi vida deja,  
mira que no es para ahora.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Cómo, si el alma te adora  
y del silencio se queja?

CARLOS. Mira que me importa así.

D.<sup>a</sup> LEO. Como te vi confiado  
del amor deste criado,  
que pudiera hablar creí.

CARLOS. ¿Quién había de pensar

que eras tú?

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Qué es esto, cielos?

Agravios son, que no celos  
los que pude imaginar.

Esta es lo mismo que yo,  
y sin duda es la mujer  
de Carlos. ¿Qué puedo hacer?  
Carlos, traidor, me engañó,  
porque por más que pretende  
la traición disimular,  
ella le quiere abrazar  
y él los brazos le defiende.

¡Ay, Dios! ¿Qué tengo de hacer?  
Pero en males sin remedio  
la muerte es el mejor medio  
que puede el alma escoger.

Y pues a nadie faltó,  
¿quién hay que pueda decir  
que no la halló, si el morir  
no hay pena que no acabó?

(Sale NUÑO.)

NUÑO. Ya queda puesto en prisión.

CARLOS. Paso, y no digas quién es,  
porque no quiero que des  
pena a Blanca.

NUÑO. Ni es razón.

CARLOS. Harás que con buena guarda  
marche en el campo.

NUÑO. Haré  
que una compañía esté  
con su persona de guarda.

CARLOS. Nuño.

NUÑO. Señor.

CARLOS. Aposenta  
este hidalgo castellano.

NUÑO. ¿Castellano?

D.<sup>a</sup> BLAN. No es en vano  
este mal que me atormenta.

D.<sup>a</sup> LEO. ¿No me conoces? ¿Qué miras?

NUÑO. Pienso que he visto esa cara.

D.<sup>a</sup> LEO. Mírame bien y repara  
en que, olvidado, te admiras.

NUÑO. ¡Válgame Dios!

D.<sup>a</sup> LEO. Disimula,  
que díz que conviene así.

NUÑO. ¡Que me olvidase de ti!

D.<sup>a</sup> LEO. Como eso el tiempo acumula  
a los agravios de ausencia.

NUÑO. ¿Dónde desta suerte vas?  
Pero después me dirás  
las causas.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Celos, paciencia!

D.<sup>a</sup> LEO. ¿Quién es aqueste criado  
que aquí con el Conde está,  
que miro mal o le da  
mi venida algún cuidado?

NUÑO. Es un muchacho bretón  
que le prestó unos dineros  
cuando andábamos en cueros  
para salir de prisión.

Y como ha echado de ver  
que el Conde te ha de estimar,  
piensa que ha de desprivar  
y que no le ha de querer.

D.<sup>a</sup> LEO. ¡Buen talle tiene!

NUÑO. ¡Extremado!

D.<sup>a</sup> LEO. Parece mujer.

NUÑO. Advierte  
que son allá desta suerte.

D.<sup>a</sup> LEO. También yo tengo cuidado.

NUÑO. Pues piérdelo, porque son  
muy hermosos los bretones,  
tan hembras como varones.

D.<sup>a</sup> LEO. Celosa voy del bretón.

(Vanse NUÑO y LEONOR.)

CARLOS. ¿Estarás muy mal conmigo  
porque a este amigo hablé  
tiernamente.

D.<sup>a</sup> BLAN. No estaré,  
siendo como es tan amigo,  
que te ha llamado mi vida  
y otros requiebros, que son  
muy de amigos.

CARLOS. La ocasión  
y la ausencia le convida.  
Píldes y Orestes fueron,  
y otros amigos, así;  
de Acates y Eneas oí  
que el mismo amor se tuvieron.

Virgilio escribió el amor  
del fuerte Euralio y Niso;  
Apolo a Jacinto quiso,  
y Alejandro, el vencedor  
del mundo, a su gran privado  
Efestión.

D.<sup>a</sup> BLAN. Las memorias  
revuelves de las historias.

CARLOS. Hasta en el libro sagrado  
de los Reyes de Israel  
hallarás a Jonatás  
y a David...

D.<sup>a</sup> BLAN. Paso, no más;

todo este amor, cabe en él.

CARLOS. Deja el enojo y advierte...

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Yo qué tengo de advertir  
más de que no he de sufrir  
tan a mis ojos mi muerte?

Que esos antiguos amigos  
hombres lo pudieron ser,  
y aquí hay un hombre mujer  
y hemos de ser enemigos.

CARLOS. ¿Qué dices?

D.<sup>a</sup> BLAN. Esto que escuchas;

pues si en aficiones tocas  
hallarás las cuerdas pocas,  
hallarás las locas muchas. [rey!,

¡Ah, Carlos!, ¡ah, conde!, ¡ah,  
¡ah, hombre, que es lo más cierto!,  
¿cómo tanto desconcierto  
cupó en tan hidalga ley?

Si estabas, Carlos, casado,  
¿qué es lo que a mí me querías,  
pues la nobleza sabías  
de mi padre y de mi estado?

¿Págase la deuda así  
de sacarte de prisión?

¿Es matarme el galardón  
de darte la vida a ti?

¿Cuándo los hombres no fuistes  
a esta traza? ¿Qué me quejo?  
Piedad y amor, mal consejo  
a mi vida y honra distes.

Ahora bien, Carlos, ya es hecho;  
quédate adiós con tu gusto,  
que presto tanto disgusto  
pondrá en sosiego mi pecho.

Yo me mataré, yo haré  
que dé mi muerte ocasión  
a tan justa perdición  
por hombre falso y sin fe.

Por ese ejército quiero  
ir dando voces, que estoy  
ya sin seso. ¡Blanca soy!

CARLOS. Oye, espera.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Desespero!

Yo soy, soldado, la hija  
de Federico.

CARLOS. ¿Estás loca?

D.<sup>a</sup> BLAN. Justa razón me provoca.

CARLOS. ¡Ya no hay mal que no me aflija!

D.<sup>a</sup> BLAN. Carlos me sacó, soldados,  
de Bretaña, y me engañó.

CARLOS. ¡Calla, o mataréme yo!

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Los caballeros honrados



hacen estas sinrazones?  
CARLOS. Oye sola una razón:

(Sale Nuño.)

NUÑO. Ya está alojado el bretón.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Qué amigos sois de bretones!

Pucs, Nuño, ya lo sé todo,  
y aunque mejor lo guiséis,  
por Díos, que no me obliguéis  
a comellos dese modo.

NUÑO. ¿Tenemos algún azar?

CARLOS. Mayor desdicha tenemos,  
que ha dado Blanca en extremos  
con que me quiere matar.

D.<sup>a</sup> BLAN. Extremos son con razón,  
pues de cuentas rematadas  
de obligaciones pasadas  
me das tan mal galardón.  
¿Pero cuándo hicisteis menos  
los hombres, cuyos regalos  
nos matan?

CARLOS. ¿Todos son malos?

D.<sup>a</sup> BLAN. No; mas pocos son los buenos.

CARLOS. Mira que aquesta mujer  
no es mi mujer.

NUÑO. Mal has hecho  
en confesarlo.

CARLOS. En mi pecho  
es imposible caber  
para Blanca, Nuño, engaño.  
Pues, mi bien, si no (lo) es mía  
y tú lo has de ser el día  
que llegue mi desengaño,  
mira qué satisfacción  
quieres de mí: si mis ojos  
te han dado en miralla enojos  
ciérralos, que tuyos son;  
pon a mi boca un candado  
si temes que hablarla puedo;  
mis manos no te den miedo,  
pues esposas me has echado.

Vesme aquí todo rendido;  
haga tu gusto el de un rey.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡Tirana es de amor la ley!

CARLOS. Los brazos, mi bien, te pido;  
hagamos las amistades,  
pues sabes cuán tuyo soy.

D.<sup>a</sup> BLAN. Casi por creerte estoy.

CARLOS. Eso pueden las verdades.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Echarás esta mujer  
del campo?

CARLOS. Enviaréla luego.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿Cierto?

CARLOS. ¿Eso dudas?

D.<sup>a</sup> BLAN. Yo llego  
a acabarte de creer.

(En abrazándole, toquen cajas dentro, y sale ARISTA  
con la espada desnuda.)

ARISTA.

Con el poder mayor que de Castilla  
han podido juntar tus enemigos  
tu descuidado ejército acometen,  
que marchando esta noche de secreto  
y habiendo dado muerte a tus espías,  
han llegado furiosos a buscarte.

CARLOS.

Ninguna cosa a mi fortuna es parte  
para quitarme el ánimo, que, fuerte  
la envidia resistió, que es mayor muerte.  
Partid los dos donde sabéis ahora.  
Ya entiendes.

NUÑO.

Ya, señor, lo entiendo.

DOÑA BLANCA.

No hay qué entender, que tengo espada al lado,  
y he de morir como el mejor soldado.

(Vanse BLANCA y NUÑO, y sale DON ARIAS.)

DON ARIAS.

Aunque os parezca, Conde de Castilla,  
que soy vuestro contrario, soy don Arias.

CARLOS.

Don Arias, verte aquí me maravilla.

DON ARIAS.

Pues no he venido a hacer partes contrarias;  
la vuestra sigo, y tengo de seguilla  
hasta la muerte.

CARLOS.

Las fortunas varias  
que me han seguido a mí tiempo requieren,  
aunque de verme como estoy se infieren.

DON ARIAS.

Los dos traidores que quitar pretenden  
a vuestra madre la Condesa santa,  
la honra injustamente, al cielo ofenden,  
que pisa el alma con doradas plantas;  
y aunque furiosos como veis descendiendo,  
toda la gente, que parece tanta,  
en viendo que sois vos, con justo celo

han de arrojar las armas por el suelo.

No saben que sois vos los castellanos,  
que murmuran de aquestos dos traidores;  
decid quién sois y mueran los tiranos,  
que hoy os darán los cielos mil favores.

CARLOS.

Querida madre, en tus piadosas manos,  
que cercan los impíreos resplandores,  
veo la espada desta gran vitoria;  
pídela a Dios para tu honor y gloria.

*(Toquen cajas y dése la batalla dentro, y salgan algunos SOLDADOS y BLANCA con ellos.)*

D.<sup>a</sup> BLAN. ¡A ellos, Nuño, que son  
gente de traidores dueños!

NUÑO. Gigantes fueran pequeños,  
Blanca, en aquesta ocasión.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿No ves el Conde valiente  
hacer con ellos estrago?

DENTRO. ¡Santiago! ¡Santiago!

ARISTA. ¡Navarra!

ENRIQUE. ¡Castilla!

NUÑO. Tente.

D.<sup>a</sup> BLAN. No me dejan mis cuidados.  
¡Oh, qué bien los acuchilla!

CARLOS. El Conde soy de Castilla;  
vuestro señor soy, soldados.

NUÑO. Ya le van reconociendo.

D.<sup>a</sup> BLAN. Ya empiezan a respetarle.

NUÑO. Ya lo nombran y apellidan.

D.<sup>a</sup> BLAN. Ya dicen que Dios le guarde.

NUÑO. Ya Bermudo y don Enrique  
van desmayados.

D.<sup>a</sup> BLAN. Ya salen  
de la batalla.

NUÑO. Ya huyen.

*(Salen DON ENRIQUE y DON BERMUDO huyendo de CARLOS, y los demás.)*

CARLOS. ¡Tened el paso, cobardes!

ENRIQUE. Detén las armas, que tienes  
sobre tu cabeza un ángel.

BERMUDO. Sin duda que es la inocencia,  
Carlos, de tu santa madre.  
¿Tú Rey de Navarra?

CARLOS. Yo,  
porque así los cielos valen  
a quien padece inocente.

D. ARIAS. Rendid las armas.

ENRIQUE. Tú haces,  
Arias, como hidalgo noble.

D. ARIAS. Daldas al Rey.

ENRIQUE. Porque iguale  
su piedad a la justicia,  
como otro nuevo Alexandre.

CARLOS. El cielo os trujo a mis manos.

BERMUDO. Pues claro está que él nos trae,  
porque los brazos divinos  
ligan las fuerzas morales.

CARLOS. Vosotros, primos, si es justo  
que ahora primos os llame,  
por hijo espurio de otro hombre  
mis estados me quitasteis.

Yo le tengo preso aquí;  
pues lo decís, preguntalde,  
que él os dirá la verdad  
de lo que en aquesto sabe.

D.<sup>a</sup> BLAN. ¿A mi padre tienes preso?

CARLOS. Blanca, en ocasiones tales,  
deja obrar al cielo, y deja  
que el mundo se desengañe.

D.<sup>a</sup> BLAN. Yo también quisiera estarlo  
desta mujer arrogante  
que dice que es tu mujer.

CARLOS. Permite que se declare  
a un tiempo tu bien y el mío.—  
Nuño.

NUÑO. Señor.

CARLOS. De la cárcel  
saca al marqués Federico.

BERMUDO. Parece, Enrique, que hace  
la fortuna cuanto quieres.

ENRIQUE. Hoy hará cuanto le mandes.

CARLOS. Di entre tanto, Arias amigo,  
honor de hidalgos leales:  
¿qué agravio Enrique te ha hecho,  
porque yo te desagravie?

D. ARIAS. Hame robado a Leonor;  
mira si es causa bastante  
para que pierda la vida.

CARLOS. ¿Pues tú a Leonor le quitaste?

ENRIQUE. Ciego de amor la robé;  
pero nunca inexpugnable  
roca a los golpes del mar  
así deshizo la nave  
como Leonor mis deseos,  
y más diamante que amante,  
salió de mis brazos libre.

CARLOS. ¿Pues adónde la enviaste?

ENRIQUE. A que a su padre enojado  
su airado pecho amansase.

D. ARIAS. ¿Eso cómo puede ser,  
si desde la misma tarde  
no la vieron más mis ojos?

Y mal mi honor satisfaces  
robada una vez mi hija,  
pues si a los muertos no vale  
el gozar la paz del cielo  
y el sagrado donde yacen,  
y les levantan que son  
adúlteros, desleales,  
¿qué se dirá de los vivos,  
que dan ocasión tan grande?

CARLOS. Don Arias dice muy bien:  
menester es que le pagues  
el honor, aunque te excuses,  
pues ya, en efeto, llegaste  
a intentos que tu deseo  
su deshonor intentase.

(Salen NUÑO y FEDERICO.)

NUÑO. Aquí viene Federico.

MARQUÉS. Merezco mayores males,  
más tormentos, más desdichas,  
pues a ti, sin agraviarme,  
te quise hacer tanto agravio;  
pero es disculpa bastante  
el pensar que me engañabas.

CARLOS. Caballeros, capitanes,  
navarros y castellanos,  
oíd un caso admirable:  
Yo era Conde de Castilla,  
mis primos, que están delante,  
dijeron que no era hijo  
legítimo de mi padre,  
y que el marqués Federico,  
haciendo a mi madre infame,  
fué su galán; ya sabéis  
que pretendí disculparme.  
No admitieron mis razones.  
Fuí, finalmente, a buscarle:  
rióse de mi pregunta,  
y por dicha, por burlarme,  
al Rey de León me dió  
por padre. Yo fuí a buscarle,  
y remitióme a Navarra,  
donde, como ya llegase,  
me constituyeron rey  
sus nobles por lo que saben.  
Saqué este ejército luego  
para cobrar y vengarme  
lo que me quitó la envidia.  
Federico está delante.  
¿Es esto así?

MARQUÉS. Sí, señor;  
y por cuantas celestiales

luces alumbran el cielo  
que en mi vida hablé a tu madre,  
y si la hablé, plega a Dios  
que todo el cielo me falte.

CARLOS. ¿Qué dices de aquesto, Enrique?

ENRIQUE. Que tu ilustrísima madre  
está inocente de todo,  
y que fué para quitarte  
el Condado lo que dije,  
y así te ofrezco la sangre  
que tengo tuya.

CARLOS. ¿Bermudo  
dice lo mismo?

BERMUDO. Y qué mandes  
cortar luego mi cabeza  
por la acusación.

D. ARIAS. No trates  
de venganzas sin que digan  
dónde está Leonor.

MARQUÉS. Ni ensalces  
tu nombre hasta que me des  
mi hija.

CARLOS. Oíd, escuchadme.—  
Blanca.

D.<sup>a</sup> BLAN. Señor.

CARLOS. A los pies  
pide del Marqués, tu padre,  
el perdón para los dos.

MARQUÉS. Como con ella te cases,  
¿qué mayor bien para mí?

D.<sup>a</sup> LEO. Pues habiendo de casarse  
con Blanca, yo soy Leonor;  
bien puede Enrique pagarme  
el agravio que me ha hecho,  
y Carlos amor tan grande  
con perdonarle.

CARLOS. Yo digo  
que gusto de perdonarle,  
y a mi buen amigo Nuño  
doy a Río seco.

NUÑO. No hables  
de cosa seca, por Dios.

CARLOS. Tú, Arista, eres condestable  
de Navarra.

ARISTA. El alto cielo  
mil años, señor, te guarde  
por padre de España.

NUÑO. Aquí  
da fin *El hijo sin padre*.

FIN



SEGUNDA PARTE  
DE LA PARTE VEINTE DE LAS COMEDIAS  
DE  
LOPE DE VEGA CARPIO  
PROCURADOR FISCAL DE LA CAMARA APOSTOLICA  
EL HOMBRE POR SU PALABRA  
COMEDIA FAMOSA

---

DEDICADA AL LICENCIADO DIEGO DE MOLINO Y AVELLANEDA,  
RELATOR DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL SUPREMO DE CASTILLA

~~~~~

Tres cosas inclinan a los que escriben a dirigir sus obras: obligación a las personas de quien hacen elección, favor que esperan, o ser tan insignes en lo que profesan, que de justicia se les deba alabanza y reconocimiento, lo último me ha movido el ánimo muchas veces para ofrecer a V. m. alguna parte de mis escritos, que la que tienen las Musas en tantas facultades, cuantas atribuye la antigüedad a sus nombres, es general para todos, aunque no lo parezca la materia, y hallándome en ocasión que venció el deseo las dificultades que miraba el temor, quise (pues tiene ley el derecho para que la causa natural prefiera a la accidental) ponerle en ejecución, dirigiendo a V. m. los versos desta fábula, pues no es mi ánimo alterar su modestia con la licencia de Poeta, ni con estilo retórico atreverme a la pintura de sus méritos; que valiéndome de sus figuras y colores, bien pudiera yo decir aquí aquella conclusión de Sócrates tan alabada de Cicerón en su *Tusculana quinta*: *Cual es el afecto del ánimo, tal es el hombre; como el hombre, las palabras; como las palabras, los hechos, y como los hechos la vida*; y prosigue: *Affectus autem animan in bono viro laudabilis, et vita igitur laudabilis boni viri, honesta ergo, quoniam laudabilis, ex quibus bonorum beatam vitam esse concluditur*: y añadir asimismo por su ejercicio aquella docta censura, que después de haber leído cincuenta libros de los Digestos, escogidos entre los más famosos jurisconsultos, dió (si bien generalmente) Laurencio Vala; pues en V. m.

es tan cierta que no habrá hombre en el mundo que la contradiga. *Primum quod nescias, utrum diligentiam ne, an gravitas: prudentia an aequitas: scientia rerum an orationis dignitas praestet*. ¿Qué palabras tan a propósito para dichas por tal diligencia, gravedad, prudencia, equidad, ciencia y oración relativa? Pero, ¿quién tuviera tal atrevimiento?, y más si de su parte pusiera la facilidad del decir, como quiso Fabio Quintiliano, después de haber pintado las partes de un orador perfecto que no le pareció que lo eran: *Nisi illis firma quaedam facilitas accesserit*: la potencia próxima al acto (como la ley penúltima de *militi testam* lo dispone) podría hacer que estas líneas pareciesen alabanzas, como los diseños de la pintura sin los colores; pero como lo fueran faltando las de su nacimiento y casa de V. m. en la Torre de los Cameros, cuyo apellido sólo bastara a confirmar su nobleza, a no estarlo tanto, ni era justo olvidar sus estudios en Valladolid, con tal aprobación de sus contemporáneos, que han puesto en mala opinión a la fortuna, si ella es más dueño del premio que los méritos. Daré, finalmente (pues no me atrevo a hablar en su virtud, letras y nobleza), felicísimo principio a esta segunda parte de la parte veinte con el nombre de V. m., a cuya justa opinión ni puedo añadir gloria ni deseo ofender su modestia, sino que Dios le guarde muchos años.

Su capellán de V. m.,  
LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

FIGURAS DE LA COMEDIA

FEDERICO,	<i>El Duque Albano.</i>
ALBERTO,	<i>Cesarino, caballero.</i>
CELIA,	<i>Mario, capitán.</i>
FINEO, <i>villanos.</i>	<i>Delia.</i>
ARMINDA, <i>princesa.</i>	<i>Leoneo.</i>
LUCINDA,	<i>Alejandro.</i>
LISANDRO, <i>rey de Macedonia.</i>	<i>Músicos.</i>
<i>El Príncipe Lisardo.</i>	

ACTO PRIMERO

(*Salen CELIA, FEDERICO, ALBERTO, viejo, FINEO, labradores.*)

FEDERICO. ¿De qué sirve persuadirme  
ni con palabras cansarme,  
pues surte de porfiarme  
que esté en mi opinión más firme?

Y vosotros, a quererme  
como os merece mi amor,  
con el consejo mejor  
debiéradéis socorrerme;  
que el buen consejo es la cosa  
de más valor.

ALBERTO. Así es;  
mas cuando engañado estéis  
de opinión tan rigurosa,  
¿qué sirve nuestro consejo,  
si tu condición tirana  
atropella el de una hermana  
y de un padre honrado y viejo?

CELIA. Si el consejo es el tesoro  
de más valor en la tierra,  
mucho, Federico, yerra  
quien atropella el decoro  
debido a un padre por ley  
divina y razón humana.

ALBERTO. Nacer de sangre villana  
con pensamientos de rey  
es una loca porfía,  
es una necia locura.

FINEO. Un camino de ventura  
oigo decir cada día  
que cuantos nacieron tienen:  
si es éste el de Federico,  
más a su opinión me aplico.

CELIA. Más las nuestras le convienen.

FINEO. Dejalde salir de aquí;  
busque su dicha en la guerra,  
que nunca en la propia tierra  
es nada un hombre.

CELIA. Es así;

pero también se han perdido  
muchos que salieron della.

FEDERICO. Que nadie es profeta en ella,  
palabras de Dios han sido.

La propia patria no estima  
a ningún hombre de bien,  
que aquello que siempre ven  
se desprecia y desestima.

Allí veréis mil que llenos  
de envidias siempre enemigas,  
no viendo en sus ojos vigas  
ven pajas en los ajenos.

Allí veréis, si le ha dado  
ingenio el cielo a algún hombre,  
para escurecer su nombre  
todo el lugar conjurado.

Y el que mil naciones honran  
si de letras o armas trata,  
veréis que en su patria ingrata  
le infaman y le deshonoran.

Y cuando está el extranjero  
honrándole en su ciudad  
y procura su amistad  
con regalo y con dinero,

en su patria mil demonios,  
de malas lenguas caudillos,  
están haciendo corrillos  
y inventando testimonios;  
y con tener cada uno  
tanto que mirar en sí,  
hablan del ausente allí  
sin miedo o respeto alguno.

Solía un sabio decir  
en loor de la tierra ajena  
que la patria sólo es buena  
para nacer y morir.

FINEO. Y vive Dios que es verdad,  
porque donde un hombre nace  
cuanto él hace le deshace  
la envidia y la enemistad.

Esos Césares romanos  
unos hombrecillos fueron  
que los más dellos tuvieron  
las estaturas de enanos;  
y ahora la edad moderna  
los pinta como gigantes:

altos, gruesos, arrogantes,  
tales, que solo una pierna  
no se pudiera calzar  
con cuarenta cordobanes.

Filósofos, capitanes  
solemos imaginar

con barbas a lo letrado,  
y yo sé que hay opinión  
que fué lampiño Platón  
y Alejandro mal barbado.

Treinta cortinas que tiene  
el Sofí, manda quitar  
cuando le vienen a hablar  
por espantar al que viene.

Con esto la fama abona  
de la ignorancia del trato,  
porque supla el aparato  
la falta de la persona.

No más patria; en ella son  
los hombres manoseados  
y siempre vistos, y hablados  
no tienen estimación.

Parte, que yo voy contigo.

FEDERICO. ¡Oh buen amigo Fineo!  
Partamos, que más deseo  
que me mate el enemigo  
que no que me venda aquí  
quien con fingida amistad  
nunca me trata verdad.

CELIA. ¿Es ésta la Infanta?

ALBERTO. Sí;  
que sale cada mañana  
a pasearse a la huerta.

(Sale LUCINDA, princesa, y MARIO (1), ella leyendo una carta.)

FEDERICO. ¡Qué primavera más cierta!  
¡Qué aurora más soberana!  
¡Con qué contento las flores,  
aunque de verla se espantan,  
se alegran y se levantan  
a hurtar y a imitar colores!  
¡Qué risa tienen las fuentes!  
¡Qué contrapunto las aves!  
sobre los bajos süaves  
de sus sonoras corrientes!

¡Ay, Dios, Fineo, cuán bien  
huyo del bien, pues es tal,  
que me mata como mal  
si me alegra como bien!

¿Qué piensas que está leyendo?

FINEO. ¿Estás loco?

FEDERICO. La sentencia  
de mi muerte; de mi ausencia  
ni apelo ni me defiende,  
aunque mis males dichosos

bien pudieran, condenados,  
apelar, ojos airados,  
para cuando estéis piadosos.

LUCINDA. Yo he leído, y dice aquí  
el Rey mi señor, que está  
cerca del asalto ya.

MARIO. Prevenir la gente vi  
para dar asalto al muro,  
si pueden desembarcar,  
que en aquella parte el mar  
ni es fácil ni está seguro.

LUCINDA. ¿Qué gente es aquésta?

MARIO. Son  
los hortelanos.

LUCINDA. ¡Oh amigos!

FEDERICO. Pues me matan, y hay testigos,  
haga amor la información.

ALBERTO. Si de un padre la tristeza  
puede dar atrevimiento  
para que os hable, señora,  
siendo yo tierra y vos cielo,  
ya que os trujo mi ventura  
a estos jardines que riego  
con lágrimas, si hasta aquí  
son las fuentes que estáis viendo,  
sabad que mi hijo, ingrato  
a mí mismo, pues que tengo  
mi sangre en él, se me parte  
desta tierra y deste pecho.  
A la guerra quiere ir,  
y aunque es valiente mancebo  
más sabe del azadón  
que del acerado fresno.  
Esta huerta le ha criado,  
y él a ella, y estoy cierto  
que quien se cría entre flores  
no será en las armas diestro.  
Mandalde que no se vaya,  
así traiga el cielo inmenso  
de la guerra de Dalmacia  
victoriosa al padre vuestro.

LUCINDA. Federico.

FEDERICO. Gran señora.

LUCINDA. ¿A la guerra, tú? ¿Qué es esto?  
¿Y contra la voluntad  
de tu padre?

FEDERICO. Daros quiero  
debida satisfacción.

LUCINDA. ¿De quitar a un padre viejo  
la vida la puede haber?

FEDERICO. Que me deis licencia os ruego  
para que aparte os informe.

(1) Como se ve después, quien acompaña a la PRINCESA no es MARIO, sino CESARINO. MARIO estaba en el ejército con el REY.



LUCINDA. ¡Hola! Apartaos.

FEDERICO. No pienso  
que informada culparéis,  
señora, mi buen deseo.

LUCINDA. ¿Qué puedes dar en disculpa  
desta crueldad?

FEDERICO. Un suceso  
que si no es con ausentarme  
no tiene humano remedio.  
Yo, puesto que labrador,  
alma tengo, entendimiento  
y voluntad; mis sentidos  
hacen también sus efetos.  
Entre estas flores Amor  
estaba una vez durmiendo.  
Debíle yo de pisar;  
es áspid, todo es veneno.  
Matóme con unos ojos,  
negros sospecho que fueron,  
que es la color vitoriosa  
de cuantas el cielo ha hecho,  
porque si los garzos llaman,  
los verdes piden respeto;  
los garzos son amorosos  
y los pintados soberbios;  
y si los azules ruegan  
vestidos de blanco hielo,  
los negros mandan, que son  
siempre señores los negros.  
El dueño que los tenía  
estaba por nacimiento  
con tanta distancia al mío  
como de la tierra al cielo.  
Comencéme a enflaquecer,  
perdí el sustento y el sueño,  
porque cuidado tan alto  
era en mis hombros más peso  
que aquel peñasco que oprime  
a Sísifo en el infierno.  
Andaba por estos olmos  
como Medoro, escribiendo,  
no dichas, sino desdichas;  
no gustos, sino deseos.  
Si me llegaba a una fuente  
y en sus cristales deshechos  
me miraba, con las manos  
borraba mi rostro luego.  
Si vía sobre algún árbol  
en las reliquias del heno  
fundar su nido dos aves  
para decirse requiebros,  
desciñéndome la honda

iban por el aire a un tiempo  
aves, nido, envidia y ramas  
siguiendo los mismos ecos.  
Si una yedra se enlazaba  
a un tronco, del verde enredo  
sembraba el prado, y furioso  
daba suspiros al viento.  
Desde un peñasco en el mar  
un día quise, teniendo  
la vida en poco, arrojar me,  
y estando ya en este acuerdo  
en una barquilla pobre  
oí que al son de los remos  
iba un pescador cantando  
con ronca voz estos versos:  
"Quien ama sin galardón  
ponga mar o tierra en medio,  
que lo que viendo se aumenta  
se disminuye no viendo."  
Parecióme que era voz  
del cielo, y vuelto en mi seso  
me resolví de ausentarme,  
y entre muchos pensamientos  
aceté con generoso  
ánimo el de Marte fiero,  
porque la guerra es la cosa  
que más milagros ha hecho:  
los reyes se hicieron della,  
los linajes, los trofeos,  
de las armas los palacios,  
los libros de historias llenos.  
Y pues yo con ausentarme  
vivo y con quedarme muero,  
es cosa tan desigual,  
que es imposible el remedio.  
Suplícoos, señora mía,  
mandéis a mi padre viejo  
y a aquesta mi loca hermana  
den paso a mis pensamientos,  
que no será bien que un día,  
como Faetonte soberbio,  
caiga en el mar, pues el mío  
es su mismo atrevimiento.

LUCINDA. Basta; no me digas más.  
Alza del suelo, que creo  
que te viene grande el alma,  
y al alma pequeño el pecho.  
No sólo te doy la culpa (1);

(1) Así se expresaba entonces este pensamiento,  
sin la doble negación. Hoy diríamos:

No sólo no te doy culpa,  
y el verso tendría, igualmente, ocho sílabas.

pero te mando y te ruego  
que te ausentes, Federico,  
porque tales pensamientos  
parece que pronostican  
algún extraño suceso.  
Y pues en esta ocasión  
el cielo me trujo, quiero  
darte para el Rey favor.

FEDERICO. Mil veces los pies te beso;  
dos mil veces con la boca  
la menuda arena cuento  
adonde estampáis los pies.

LUCINDA. Ven a la tarde y daremos  
orden de servir al Rey.

FEDERICO. Si valen humanos ruegos,  
el cielo os dé tanta dicha  
que de vuestro casamiento  
salgan águilas que abracen  
las armas del sacro Imperio.

LUCINDA. ¿Quién va contigo?

FEDERICO. Este mozo,  
que es labrador de mi tiempo,  
criado en mi propia casa.

LUCINDA. ¿Cómo te llamas?

FINEO. Fineo.

LUCINDA. ¿Por qué te vas a la guerra?  
¿Tienes tú también intentos  
imposibles?

FINEO. Nunca faltan  
desdichas.

LUCINDA. Saberlas quiero.

FINEO. No son cosas de importancia.  
Quise tres meses y medio  
cierta villana, mi igual  
en gusto y en nacimiento,  
que amor entre altos y bajos  
que es como aceite sospecho,  
que aunque se junta al vinagre  
de unirse en él no hay remedio:  
él está, en fin, de por sí,  
y el pobre vinagre puesto  
a una parte, aunque con él,  
que es desigual casamiento.  
Amé, en fin, un otro yo  
porque el amor fuese cierto  
y se viesen las dos almas  
en el plato de los cuerpos.  
Pasélo bien muchos días,  
y aun noches, hasta que viendo  
que andaba con Federico  
se le encajaron sus celos.

LUCINDA. ¿Celos de un hombre?

FINEO.

Decía

que con él gastaba el tiempo  
y la voluntad también,  
y resolvióse diciendo  
o dejar a Federico,  
o perderme. Entré en consejo  
con mi prudencia, que soy  
muy prudente cuando puedo,  
y dije: Si pierdo a Alcida,  
pierdo una mujer; si pierdo  
a Federico, un amigo;  
mujeres hallaré ciento,  
amigos no hallaré uno  
si todo el mundo revuelvo,  
porque aquél es necio, el otro  
falso, aquél es lisonjero,  
éste traidor, aquél loco,  
éste rico y avariento.

Pues si de mujeres hay  
tal número que podemos  
decirles ox, como a pollos  
cuando hay trigo por el suelo,  
y un amigo hombre de bien  
no tiene en el mundo precio,  
dejo la mujer y voime.

LUCINDA. Procedes como discreto.

FINEO. Prometo a su reverencia  
que lo soy por todo extremo,  
sino que soy desdichado.

LUCINDA. Ahora bien, daros quiero  
favor en esta jornada.

FINEO. A la tercera le quiero,  
que allí se canta la gloria.

LUCINDA. Vamos, Cesarino.

CESARINO. Advierto  
a Vuestra Alteza que aguarda  
la nave.

LUCINDA. Yo haré que presto  
os despachen.

(Vanse la PRINCESA y CESARINO.)

ALBERTO. ¿Pues qué dice  
la Princesa?

FEDERICO. Que tendremos  
su favor para la guerra.

ALBERTO. ¿Cómo favor?

FEDERICO. Quedo, Alberto;  
dejad correr la fortuna.

ALBERTO. Ven, Celia, y los dos haremos  
llorando un mar, que detenga  
sus pasos.

CELIA. Si está resuelto,  
yo sé que os cansáis en balde.

(Vanse CELIA y ALBERTO.)

FEDERICO. Adiós, humilde aposento,  
huésped de mis tiernos años;  
adiós, álamos y fresnos,  
cuyos vestidos conté  
las primaveras que tengo;  
adiós, fuentes sonoras;  
adiós, amor, que me has muerto  
por imposible, que voy  
donde te mate, si puedo.

FINEO. Adiós, chopos y alcornoques;  
adiós, cabrahigos tiernos;  
adiós, huerta; adiós, lechugas,  
berzas, perejil, mastuerzo;  
adiós, celos, que es salir  
con la vihuela de Orfeo  
del infierno del amor  
salir con bien de unos celos.

(Sale el REY LISANDRO DE MACEDONIA, ALEJANDRO,  
sobrino suyo, gente de guerra y cajas.)

LISANDRO.

No puedo persuadirme que no sea  
algún encanto mágico, y que vive  
el espíritu en ella de Medea,  
que el puerto tantas veces nos prohíbe,  
cuando el viento parece que desea  
llevarnos a la orilla, y nos recibe  
sereno el mar, el manto azul tendido:  
todo se altera a confusión movido.

Nuestras naves aquí y allí derrotan  
furioso el mar, desatinado el viento,  
porque luego que abordan se alborotan  
con fiero y espumoso movimiento.  
Tan bravos huracanes las azotan  
a las ondas del húmido elemento,  
que entumecidas las estrellas besan,  
y en la esfera del sol vencidas cesan.

Tres veces nuestras naves a la orilla  
pacíficas llegaron, y otras tantas,  
cual suele en tempestad rota barquilla  
o con airado viento verdes plantas,  
aquí y allí con alta maravilla  
las siembra el mar.

ALEJANDRO.

Señor, ¿de qué te espantas,  
si dicen que esta Reina de Dalmacia  
venció las artes de Tesalia y Tracia?

Los encantos famosos de Micala  
celebra Ovidio; el cordobés Lucano  
no quiere que ninguna a Erito iguale;  
Canidia fiera fué, portento humano;  
muchos no creen que el hechizo vale  
para la voluntad; pero es tan llano,  
que a fuerza de conjuros y violencias  
abrasan, sino el alma, las potencias.

La madre del gran Ciro se valía  
de Giges, famosísima hechicera,  
y Persia entre dos piedras las molía,  
que les daba por ley muerte tan fiera.  
Plutarco la refiere, y la osadía  
con que el hechizo el mar y el aire altera,  
la luna y los espíritus del centro  
Tíbulo cuenta, y que le oprimen dentro.

Si Arminda se ha valido deste encanto  
no dudes que jamás alcances puerto:  
vendrá el invierno, y el celeste manto  
el frígido Oríon tendrá cubierto.  
Entonces, gran señor, con más espanto  
a Macedonia volverás, incierto  
de llegar por ventura, y sin la espada  
darás vitoria a una mujer vengada.

LISANDRO.

¿Pues cómo volveremos sin vitoria,  
Alejandro, a la patria, si dos veces  
después que aquí llegué con tanta gloria,  
como mis enemigos son jüeces,  
y al mundo prometí tan larga historia,  
el sol al Aries y a los blancos Peces,  
éste con oro, como en plata aquéllos,  
bañó en los cercos de sus rayos bellos?

¿Será bien, por ventura, que el Oriente  
y tanta envidia en bárbaras naciones  
diga que en Alejandro, mi ascendiente,  
se acabaron los fuertes Macedones?  
La armada trague el mar y nuestra gente,  
deshechos los valientes escuadrones,  
antes que a la partida me resuelva  
y sin honor a Macedonia vuelva.

Yo quiero que entre arenas y corales  
me dé sepulcro el mar, y no en la tierra  
túmulos y pirámides rëales  
la paz, que ya mi deshonor encierra.

ALEJANDRO.

Sí; pero daba Roma los navales  
triumfos por la vitoria de la guerra  
marítima, que no los merecía  
el que las naves en la mar perdía.



LISANDRO.

Basta, Alejandro, vuélvete si quieres;  
yo quiero aquí morir, que en fin soy viejo.

ALEJANDRO.

Dirás que es cobardía. ¡Extraño eres!

LISANDRO.

Vuélvete luego, y no me des consejo;  
vuelve donde te esperan las mujeres  
que te escriben, por dicha.

ALEJANDRO.

No me quejo  
de que me tengas por cobarde y loco,  
sino de que mi amor tengas en poco.

LISANDRO.

Revuelva el cielo el sol, el tiempo cursos  
cuanto su presto movimiento puede,  
y salgan del infierno más concursos  
de espíritus que al mar arena excede,  
que no me moverán por los discursos  
del ajeno temor a que no quede  
o muerto, o vitorioso en esta playa.

ALEJANDRO.

¡Amor, paciencia; ausencia me desmaya!

(Sale FEDERICO y FINEO.)

FEDERICO. Déme los pies Vuestra Alteza.

LISANDRO. Levanta y quién eres di.

FEDERICO. Como el sol en mi bajeza  
pon los ojos, pues en ti  
no ha de manchar la grandeza.

Esta carta es de Lucinda,  
mi señora.

LISANDRO. Aquestós brazos  
es bien que a tu cuello rinda.

FEDERICO. Yo rindo el alma a sus lazos.

LISANDRO. ¿Está buena?

FEDERICO. Hermosa y linda.

Que no suele blanca aurora,  
cuando cándida guarnece  
las nubes que el sol colora,  
que ella en perlas humedece  
y él en arreboles dora,  
salir con mayor belleza  
que a la partida la vi;  
y no se espante Su Alteza  
que para escribirle así  
eligiese mi bajeza,

que es la carta en mi favor  
y no contiene otra cosa.

LISANDRO. Es famoso intercesor.

ALEJANDRO. Y la flecha más hermosa  
que tiene en su aljaba amor.

LISANDRO.

“Federico, hijo del hortelano de Palacio, con  
otro jardinero que se llama Fineo, quieren  
trocar las flores por las armas; favorezca  
Vuestra Alteza tan honrada inclinación en  
tan humilde nacimiento, que no se hacen ma-  
los soldados de buenos labradores.”

Ya te conozco.

FEDERICO. Yo soy  
tu esclavo.

LISANDRO. ¿Quién es Fineo?

FINEO. A tus pies, señor, estoy.

LISANDRO. Honraré vuestro deseo.

FEDERICO. Ya tantas gracias te doy  
como si me hubieras hecho  
tu capitán general.

LISANDRO. Que tienes valor sospecho.  
¡Hola! Quitalde el sayal,  
que es indigno de aquel pecho.

(Quítenle el sayo, y vistase una ropilla.)

Dadme una espada, que quiero  
ceñírsela.

FEDERICO. De tu mano  
con ese favor espero  
trocar el ser de villano  
en valor de caballero.

(Cíñale espada.)

LISANDRO. Pues de su mano me escribe  
mi hija por ti, es razón  
honrarte.

FEDERICO. El alma recibe  
tales fuerzas, que ellas son  
por quien en otro ser vive.

Prometo al cielo, aunque tarde  
la honra vil me descienes,  
que el mundo un Héctor aguarde,  
porque espada que me ciñes  
no pienso hacerla cobarde.

Que con ella hacer mayor  
mi fama y nombre confío  
dividiendo su favor,  
pues será el acero mío  
y el templo de tu valor.

FINEO. ¿Y a mí no me mandas dar  
algún colete siquiera  
con que me empiece a soldar?

LISANDRO. Vestilde.

FINEO.                    ¡Extraña manera  
tienen los reyes de hablar!  
Siempre gastan poca prosa:  
Vestilde, dalde, quitalde,  
venga, vaya..., ¡linda cosa!,  
y no palabras en balde,  
como la gente vulgosa;  
que hay hombre que para dar  
un sombrero ha menester  
gastar un año en hablar.

(Sale MARIO, soldado, con un coleteo.)

MARIO.    Este os habéis de poner,  
que es propio para la mar.

FINEO.        ¿Hay gorra?

MARIO.                No faltará.

FINEO.        ¿Hay pluma?

MARIO.                También la habrá.

FINEO.        ¿Y trencellín?

MARIO.                ¿Eso duda?

FINEO.        Más que me viste desnuda  
si el sayo se lleva allá.—

¿Qué me tengo de ceñir?

MARIO.    Esa espada; pero advierta  
que se la dan para herir;  
porque una vez descubierta  
no hay más infamia que huir;  
que ha de dejarse matar  
primero el que es hombre honrado  
que las espaldas tornar.

FINEO.        Así dijo un azotado  
queriéndole desnudar.

LISANDRO.    Alejandro.

ALEJANDR.        Gran señor.

LISANDRO.    A Federico os encargo;  
honralde, aunque labrador.

(Vase el REY y soldados.)

ALEJANDR.    Dejad, señor, a mi cargo  
lo que tocara a su honor.—

En fin, Federico, ¿viste  
aquel ángel que en belleza  
al lado del sol asiste?

FEDERICO.    Aunque su luz mi bajeza  
con rayos de oro resiste,  
águila viéndola fué.

ALEJANDR.    Si ella me escribiera a mí,  
yo te pusiera en lugar  
que te pudiera envidiar,  
aunque quien sabes nació.  
Y con todo honrarte quiero,  
porque hombre que mereció

verla y hablarla...

FEDERICO.                Yo espero  
vivir para verla.

ALEJANDR.                Y yo  
morir, pues sin verla muero.

Acude a mi alojamiento,  
que cuando el haber servido  
te dé más merecimiento  
serás al cargo admitido.  
que ha de honrar tu pensamiento

No te subo a más alteza  
adonde hay tantos testigos,  
que en una fresca bajeza  
causa grandes enemigos  
una súbita grandeza.

Poco a poco subirás;  
que si de un golpe subieses  
tanta envidia toparás,  
que por ventura cayeses  
o te volviesses atrás.

FEDERICO.    Conozco la discreción  
de vuestro pecho Real.

(Vase ALEJANDRO.)

FINEO.        ¿Cómo va de mutación?

FEDERICO.    Yo no mudo natural  
si es ésta mi inclinación.

FINEO.        Honrado es este sobrino  
del Rey.

FEDERICO.        Quiere poco a poco  
honrarme, que en el camino  
del honor no importa poco  
ser tan discreto el padrino.

FINEO.        Si el bien se pudiera hacer  
sin despertar a la envidia,  
gran cosa viniera a ser.

FEDERICO.    Mucho el subir la fastidia,  
mucho la agrada el caer.

El es maldito animal.

FINEO.        No tiene el cielo en la tierra  
castigo del hombre igual.

FEDERICO.    En quien sube por la guerra  
habla siempre menos mal.

Nerón deseó que fuese  
toda Roma una cabeza,  
porque cortarla pudiese;  
yo la envidia y su fiereza,  
porque de una vez muriese.

FINEO.        Ahora bien, ¿qué hemos de hacer?

FEDERICO.    Pelear y ganar fama.

FINEO.        ¿Puédese hacer sin comer?

FEDERICO.    El que soldado se llama

a todo se ha de poner.  
 FINEO. No sé si aqueste colete  
 ha de resistir las balas,  
 y sin comer te prometo  
 que es como cortar las alas  
 al gavilán más perfeto.

FEDERICO. Ven, Fineo, que el soldado  
 ha de saberlo buscar.

FINEO. Mucho me ha descuadernado  
 el ver que no hay en la mar  
 las olas que hemos dejado.

FEDERICO. Calla, que seré mañana  
 alférez o capitán.

FINEO. Hoy tengo muy linda gana  
 de comer.

FEDERICO. Si hoy no lo dan,  
 mañana es cosa muy llana.

Así tuviera paciencia  
 ausente de la presencia  
 de la Infanta.

FINEO. ¡Qué locura!

FEDERICO. Quien se atrevió a su hermosura  
 bien es que muera de ausencia.

*(Vanse, y salen ARMINDA, reina de Dalmacia; el DU-  
 QUE ALBANO, y sus criados.)*

ALBANO.

Admíranse de ver que Vuestra Alteza  
 tenga imperio en el mar, y yo les digo  
 que si nació de sus espumas Venus,  
 bien puede quien es diosa de hermosura  
 mandar las ondas y oprimir los vientos  
 a tanta variedad de movimientos.

ARMINDA.

En fin, Duque, ¿yo soy encantadora?

ALBANO.

A vos os hacen Circe, a vos Medea.

ARMINDA.

Pues si lo entiende el Rey como lo dice,  
 ¿por qué no deja el mar desocupado  
 de tantas naves, que en su orilla forman  
 otra ciudad con plazas y edificios?  
 Ellos no son de que lo siente indicios.  
 Ayer le respondí que agradecía  
 que con sus vclas, árboles y jarcias  
 fabricase esta selva y bosque umbroso  
 en la orilla del mar impetüoso  
 que desta gran ciudad baña los muros,  
 de su crueldad y sinrazón seguros.

ALBANO.

A mí me preguntó, cuando quisiste  
 persuadirle a la paz por mi embajada,  
 las señas y el valor de tu persona.  
 Dije que como bélica amazona  
 andabas en vestido corto, armada  
 tal vez de la manopla y la celada,  
 y cuando no, de plumas diferentes  
 coronada la frente, más hermosa  
 que Semíramis bella, y más guerrera.  
 Añadí que la espada te ceñías  
 y que el caballo indómito regías  
 con la baqueta y la dorada espuela,  
 más gallarda que Hipólita y Camila.

ARMINDA.

¿Pues qué presume el Rey, que estoy hablando  
 en tanto que él, feroz, desembarcando,  
 quiere asaltar esta ciudad, que es llave  
 del reino que pretende injustamente?

ALBANO.

El dice que le toca justamente,  
 por deüdo más cercano de tu hermano;  
 pues fuera de que se halla más cercano,  
 no hereda aquí mujer.

ARMINDA.

Quando él tuviera  
 un hijo que conmigo se casara,  
 Dalmacia a Macedonia se juntara,  
 como lo estuvo ya; mas si Lucinda  
 es la heredera sola de su reino,  
 ¿cómo se ha de juntar? ¿Quiere, por dicha,  
 que las dos nos casemos?

ALBANO.

El pretende  
 ser tu marido.

ARMINDA.

Engañanle los años,  
 aunque suelen servir de desengaños  
 en los hombres prudentes y discretos.

ALBANO.

Los hombres que en la cudad son imperfetos  
 al símbolo del tiempo se parecen,  
 porque es una culebra puesta en círculo,  
 que junta la cabeza con la cola;  
 y así los viejos que parecen mozos  
 vuelven a los principios con los fines.

ARMINDA.

¿Qué es aquesto de balas y clarines?



ALBANO.

Que han hecho salva.

ARMINDA.

La respuesta aguardo.

SOLDADO. Haber llegado el príncipe Lisardo.

(Sale el PRÍNCIPE LISARDO, con bastón y soldados.)

LISARDO. Luego que supe el intento  
que Vuestra Alteza tenía,  
di esperanza a mi osadía,  
casas al mar, lienzo al viento;  
imité su movimiento,  
y ayudándome el amor  
llegué al puerto del favor  
que vuestros ojos me han hecho,  
a quien se humilla mi pecho  
como a templo del valor.

ARMINDA. Para el que de vos recibo  
palabras me han de faltar,  
y por eso en su lugar  
alma y brazos apercibo.  
¿Venís bueno?

LISARDO. El mar altivo  
su fiera frente humilló  
luego, Arminda, que entendió  
que era por tan justo caso,  
él dando a las naves paso  
y al viento suspiros yo.

Con esto seguro llego  
al puerto de vuestros pies,  
que más que sus aguas es  
poderoso tanto fuego.  
Dicen que imitando al Griego  
diez años jura de estar  
el Macedonio en la mar,  
hasta ver a Troya arder;  
mas no sabe que ha de ser  
su muerte tanto esperar.

Yo traigo diez mil soldados  
Zopiros, en ser fieles  
dignos de cuantos laureles  
fueron de Roma inventados,  
y tan bien ejercitados  
que nunca el Asia los vió  
mejores, aunque pasó  
tantos cónsules a ella  
que Grecia en armas con ella  
como en letras compitió.

Volved los hermosos ojos  
y veréis de los penoles  
bajar cubiertos de soles

de oro mil pendones rojos,  
y por templar sus enojos  
como las flámulas van  
con ondas de tafetán  
halagando sus cristales,  
que le entoldan por señales  
de que en amistad están.  
Volved a mi Capitana,  
y en vez de ardiente fanal  
veréis de rojo metal  
vuestra imagen soberana;  
que de Febo, ni Diana,  
ni de cera pretendí  
luz que me guiase aquí,  
porque vos sola podéis  
alumbrarme, si queréis  
ocupar la vista en mí.

Y porque yo vuestra tierra  
descansar, no oprimir, quiero,  
traigo por lastre el dinero,  
que es el nervio de la guerra.  
En éste sólo se encierra  
el poder de tierra y mar;  
con él la pienso acabar,  
que lo que el oro no acaba  
o el cielo lo dilatava  
o era imposible de hallar.

ARMINDA. Agora, fuerte Lisardo,  
conozco vuestro valor,  
como digno sucesor  
de Príncipe tan gallardo.  
Agora vencer aguardo  
a mi feroz enemigo;  
venid a darle castigo,  
pero descansad primero,  
porque yo trataros quiero  
con la llaneza de amigo.

No hallaréis la casa aquí  
del rey Creso, ni éstas son  
las riquezas que a Solón  
enfadaron tanto allí;  
pero del alma y de mí  
el más tierno acogimiento  
que cupo en entendimiento.

LISARDO. Daros la vida querría.

ARMINDA. Celos me quitan la mía;  
llevó mi esperanza el viento.

(Vanse, y salen el REY LISANDRO, ALEJANDRO y  
MARTO.)

LISANDRO. Digo que es digno de premio.  
ALEJANDR. El ejército le alaba

por hombre de gran valor  
y de notable esperanza.  
Cúpole velar su nave,  
y puesto en ella de guarda  
sintió Federico herir  
la superficie del agua;  
mas no seguro del todo,  
porque la luna argentada  
reverberando volvía  
las ondas de vidrio en plata,  
desnudóse con silencio  
y arrojóse adonde andaba  
aquel rumor que sentía  
puesto en la boca la daga.  
Llegó y vió que era un soldado.  
Pidió el nombre; el hombre calla,  
en que entendió que era espía  
y de la parte contraria.  
Con la daga le acomete,  
y aunque puede no le mata  
por traerle vivo; en fin,  
le vió en el pecho una caja:  
de un grueso cordón pendía  
y dentro estaba esa carta  
que a Ismenio enviaba Arminda,  
que traidores nunca faltan.  
Luchando los dos, en fin,  
le dió algunas puñaladas,  
con que en círculos de sangre  
dividió el soldado el alma.

LISANDRO. En fin, ¿Ismenio es traidor?

ALEJANDR. A la Reina le avisaba  
de tus intentos, que han sido  
de algunas desdichas causa.

LISANDRO. ¿Qué hay de Ismenio?

ALEJANDR. Que una entena  
le tiene por la garganta,  
haciendo su nave misma  
al espectáculo plaza.

LISANDRO. ¿Adónde está Federico,  
porque se la deis por paga  
de capitán?

ALEJANDR. Aquí viene.

LISANDRO. Tan bien como el campo labra  
sabe servir en la guerra.

(Sale FEDERICO y FINEO.)

FINEO. Aquí está el Rey.

FEDERICO. Aquí para.  
Déme los pies Vuestra Alteza.

LISANDRO. ¡Oh, buen capitán, levanta!

FEDERICO. ¿Yo capitán, gran señor?

LISANDRO. Sí, Federico, que basta  
la hazaña de anoche sola  
para más premio y más fama.

FEDERICO. Sólo mi deseo premias.

FINEO. ¿Y a mí nunca me das nada?

LISANDRO. ¿Qué has hecho tú?

FINEO. A Federico,  
todo mojado de agua,  
di mi camisa.

LISANDRO. Pues bien,  
¿ésa cuentas por hazaña?

FINEO. Yo pienso que es la mayor.

LISANDRO. ¿Cómo?

FINEO. Cuando alguno gasta  
su hacienda con un amigo  
o con una hermosa dama,  
por grande encarecimiento  
¿no dicen en su alabanza  
que le dió hasta la camisa?  
Luego ha sido hazaña honrada  
dar la mía a Federico.

LISANDRO. Las hazañas de las armas  
se premian con las jinetas,  
y las de las manos francas  
con otro tanto regalo.

FINEO. En efeto; ¿qué me mandas?

LISANDRO. Denle cuarenta camisas.

FINEO. ¿Cuarenta? Una tienda falta.

(Sale MARIO.)

MARIO. Aunque me pesa, señor,  
que estas nuevas y desgracias  
trasladen a tus oídos  
de mi lengua las palabras,  
sabrás que en nuestras orillas  
se oyó esta mañana al alba  
una salva, aunque secreta,  
y despachando una barca  
supe que tomaba puerto  
del rey Lisardo la armada,  
con diez mil hombres de guerra  
que por Arminda levanta.

LISANDRO. ¿Tomó puerto?

MARIO. Ya está dentro;  
mas la gente desembarca  
poco a poco, y tan segura  
como quien llega a una playa.  
Metióse tanto el arráez,  
que hasta las banderas blancas  
con las armas de los dos  
vió de laurel coronadas:  
indicios de casamiento,

que bien sabes que le tratan desde que murió Tiberio.

LISANDRO. ¡ Buen cuidado ! ¡ Justa paga merecen nuestros espías, pues tantas velas llegaban con tanto secreto al puerto ! ¡ Vive Dios que por vergüenza sus capitanes...

ALEJANDR. Detente, que ni en ellos ni en las guardas hay culpa.

LISANDRO. ¿ Pues quién la tiene ?

ALEJANDR. El mar, que nos amenaza con sus encantadas olas y del puerto nos aparta.

LISANDRO. Perdí la empresa, pues ya con diez mil hombres se halla Arminda.

FEDERICO. Si hubiese un hombre que diese fuego a la armada de ese príncipe Lisardo, con que soldados y jarcias ardiesen, ¿ qué le darías ?

LISANDRO. Daríale la palabra de darle cualquiera cosa, por difícil, por extraña que fuese, que él me pidiese.

FEDERICO. Pues yo me atrevo a quemarla.

LISANDRO. ¿ Tú, Federico ?

FEDERICO. Yo solo.

LISANDRO. ¿ Qué dices ?

FEDERICO. Que sólo basta este brazo a lo que digo. Pero advierte que si faltas a tu palabra real, que será bajeza ingrata, sabré hacer que no consigas los fines de tu esperanza, porque yo tengo valor que mi espíritu levanta a grandezas nunca oídas adonde a Ulises alaban.

LISANDRO. Yo doy mi palabra al cielo y a cuantas luces sagradas tiene devanado el día en sus tornos de oro y plata; a su soberano Autor, al aire, al mar, a las plantas, a los hombres, de cumplirla, y si esto es poco, firmarla.

FEDERICO. Basta, señor; pero advierte que dices que si esta armada

por este brazo se pierde, por esta mano abrasada, me darás cualquier cosa que te pida.

LISANDRO. Si reparas en que lo firme, lo haré.

FEDERICO. Señor, la palabra basta. Vete, y que el cielo te guarde; vete a tu nave y descansa, que cuando la oscura noche tenga en silencio las aguas y entre los brazos del sueño duerman seguras las armas; cuando en el bronce sonoro la voz que le sirve de alma calle, y la humildad noturna destiemple el parche a las cajas; cuando a los soldados sirvan las rodela de almohadas de blanca Holanda al cansancio y de traspontín las tablas, yo iré nadando, y llevando en una caja embreada diez bombas arrojadizas, que si este brazo las clava ni la industria ni la fuerza la tendrán para quitarlas.

LISANDRO. ¿ Pues cómo las darás fuego ?

FEDERICO. Sólo eso reserva y calla, hasta que el fin se consiga, del secreto la importancia.

LISANDRO. Ven, Alejandro, que creo que en este villano habla el alma del fiero Aquiles.

ALEJANDR. Aquesta noche le matan.

(Vanse.)

FINEO. ¿ Qué has dicho ?

FEDERICO. ¿ No lo has oído ?

FINEO. Y cuando con esto salgas, ¿ qué piensas pedir ?

FEDERICO. No sé.

FINEO. Escucha un arbitrio.

FEDERICO. Vaya.

FINEO. Pide un real de cualquiera que, sin ver sus propias faltas, murmure de las ajenas; mas no habrá en el mundo plata

~~~~~



## ACTO SEGUNDO

(Salen LUCINDA y CESARINO.)

LUCINDA.

Tan grande admiración, cosa tan rara,  
¿a quién no espanta y mueve?

CESARINO.

El Rey me envía  
para que sepas que la guerra para  
y se convierte en paz y en alegría.

LUCINDA.

Cuéntame el fin.

CESARINO.

Mejor te lo contara  
quien los hechos de Aquiles escribía  
o el que de Troya dilatando el fuego  
quitó la fama el celebrado griego,  
que yo para decir de Federico  
el gran valor no tengo atrevimiento.

LUCINDA.

Dísele al Rey, y con razón me aplico  
la gloria deste ilustre vencimiento:  
por mí es soldado.

CESARINO.

Vitorioso y rico  
vuelve el Rey por su brazo.

LUCINDA.

¡Extraño intento  
de un labrador!

CESARINO.

Escucha de qué suerte  
mostró valor.

LUCINDA.

Atenta estoy.

CESARINO.

Advierte.

Después de haber el ínclito soldado  
muerto en el campo de la mar la espía  
que cartas de traición pasaba a nado,  
le hicieron capitán de Infantería.  
Y estando el Rey tu padre retirado  
por las borrascas de la mar un día,  
a socorrer a Arminda entró gallardo  
de Transilvania el príncipe Lisardo.

Cuando tu padre vió la mar sembrada  
de naves, que una selva parecían  
con tantos gallardetes enramada,

que con el agua en ondas embestían,  
resuelto estuvo de envainar la espada  
viendo que hasta las jarcias se cubrían  
de tanta gente ya, que sus colores  
formaban un jardín de varias flores.

Resonaban las cajas y clarines:  
por todo el mar los ecos sonoros  
daban en los marítimos confines  
ánimo a sus vecinos temerosos.  
Parece que en el agua los delfines  
danzaban a su música gozosos  
y toda desmayada nuestra gente  
trataba de la vuelta diligente,

cuando el valiente Federico dice  
que aquella noche quemará la armada:  
el Rey quiere que el premio solenice  
hazaña de ninguno imaginada,  
y porque su palabra la autorice  
no le señala con las obras nada,  
pero promete darle cuanto pida  
si vuelve de la empresa con la vida.

La noche estaba en la mitad del cielo  
cuando en las aguas que romper trabaja  
Federico llevaba en presto vuelo,  
con un cordel, una embreada caja.  
Llegó a la armada cuando el negro velo  
más a los hombros de la tierra baja,  
y a despecho del mar, sacando el fuego  
a la primera bomba le dió luego.

Así las fué clavando en los navíos,  
con la destreza que en el coso al toro  
el diestro corredor, y con más bríos  
volvió con el laurel con puntas de oro.  
No suele por los árboles sombríos  
airado viento discurrir sonoro,  
cuando por la materia bien dispuesta  
el fuego se incorpora y manifiesta.

Arde la tablazón, crujen las lonas,  
amantillos y escotas embreadas,  
brandales, chafaldetes y coronas.  
Ya de obencadura desatadas,  
ya bajan hasta el lastre mil personas,  
ya suben a la gavia deslumbradas,  
ya de la pica va corriendo a popa  
quien en medio del mar agua no topa.

Sale de la ciudad Arminda y mira  
aquel fiero espectáculo, que ignora,  
y entre el fuego voraz llora y suspira;  
mas no se tiempla, porque perlas llora  
Pero cuando la luz primera expira  
por labios de clavel la blanca aurora  
el teatro del mar le representa

la tragedia abrasada y no sangrienta.

Por abreviar, al Rey quedó rendida,  
y fué el concierto hacer el casamiento  
con tu primo Alejandro, aunque lo impida  
de Lisardo el primero pensamiento.  
Entonces nuestra armada, guarnecida  
de mil trofeos, dió el velame al viento,  
y vuelve el Rey de mil vitorias rico  
por el valor del bravo Federico.

LUCINDA.

¿Que mi primo se casa con Arminda?

CESARINO.

Por agora así queda concertado,  
puesto que no hay belleza que le rinda  
después que puso en ti tanto cuidado.  
“Por vida de los ojos de Lucinda  
—al ejército dijo, estando airado—  
que tengo de asaltar yo solo el muro.”  
No quiso el mar, y así quedó perjuro.

LUCINDA.

Aura de primavera, vela en nave,  
veleta en torre y rueda diligente,  
encendido cometa, asiento de ave,  
agua de tempestad, pólvora ardiente,  
descompuesto señor, villano grave,  
son juramentos de quien ama ausente.  
¡Eso dura su fuerza!

CESARINO.

Así lo creo.

(Sale DELIA, criada, y FINEO.)

DELIA.

Fineo llega aquí.

LUCINDA.

¿Quién es Fineo?

FINEO. Puesto que tan viles cosas  
no ocupen tu entendimiento  
y estén en tu pensamiento  
grandezas tan generosas,  
vuelve, si es posible, a ver  
uno de aquellos villanos  
que ya fueron hortelanos  
y que ya han mudado el ser;  
no porque a mi nombre aplico  
deste milagro el honor,  
pero por el gran valor  
del capitán Federico.

El ha mostrado muy bien  
ser de tus manos hechura;

pues en tan alta ventura  
sus esperanzas le ven.

Por él se ganó en Dalmacia  
la vitoria, y toda es tuya,  
pues es bien que se atribuya  
a tu favor, honra y gracia.

En cuyo agradecimiento  
aquestas joyas te envía,  
sin temer que su osadía  
ha de hallar acogimiento,  
por saber de tu grandeza  
que con su benignidad  
mirarás su voluntad  
y olvidarás su bajeza.

LUCINDA. No sé qué pueda, Fineo,  
al capitán responder  
que pueda satisfacer  
su valor y mi deseo,  
sino con sólo decir  
que de su mano valiente  
aceto aqueste presente,  
pues que pueda competir

con las del fuerte Anibal  
y el romano Cipión,  
y que en cualquiera ocasión  
mostraré contento igual

de su bien, aumento y fama.  
FINEO. Bien puedes decir aumento,  
pues de tan vil fundamento  
a tanta gloria le llama,  
pues quien a tu gran decoro  
cuando en el jardín estaba  
sus flores te presentaba,  
te presenta piedras y oro.

CESARINO. Cajas suenan.

LUCINDA. ¿Qué es aquesto?

CESARINO. Que el Rey ha desembarcado.

LUCINDA. Voile a recibir.

(Vanse, y queda FINEO.)

FINEO. Yo he dado  
mi necia embajada presto.

Mas ¿quién me dijera a mí  
que de humilde labrador  
hoy subiera a Embajador?  
Todo el mundo rueda así.

Estos que humildes están  
suben a lugares altos,  
y los altos en dos saltos  
consigo en la tierra dan.

(Sale CELIA, villana.)

CELIA. Dicen que vino Fineo.

¡Válame Dios! ¿Si es aquél?  
 Pero ¿tan galán? No es él;  
 engaños son del deseo.  
 ¡Ah, caballero! ¡Ah, señor!

FINEO. Esta es Celia; quiero hacerme grave.

CELIA. No acierto a atrcverme;  
 temblando estoy de temor.—  
 ¡Ah, soldado!

FINEO. ¿Quién me llama?

CELIA. El es en la voz.— Yo soy.

FINEO. ¿Quién?

CELIA. ¿Que tan mudada estoy?  
 Soy una mujer que os ama.

FINEO. No es tiempo ya de mujeres,  
 sino de armas, muertes, guerras,  
 sangre, destrucción de tierras,  
 que de sus vanos placeres  
 resultan a los soldados  
 como yo grandes flaquezas.

CELIA. ¿Conmigo tantas fierrezas?

FINEO. ¡Ah tiempos al fin pasados!

FINEO. ¿Es Celia por dicha?

CELIA. Soy  
 quien te conoció más tierno.

FINEO. A la espada que gobierno,  
 Celia, la culpa le doy.  
 Ya no es el tosco azadón  
 para las plantas y flores,  
 pero entre tantos rigores  
 conozco mi obligación.  
 Abrázame a lo soldado  
 y tenme por el que fuí.

CELIA. ¿Haste acordado de mí?

FINEO. Nunca de ti me he acordado,  
 porque nunca me olvidé.

CELIA. ¿Qué de mi hermano? ¿Es verdad  
 que sube a tal majestad?

FINEO. Dióle la Fortuna el pie,  
 y él lo ganó por su mano.  
 Verdad es que si no fuera  
 por mí, nunca mereciera  
 tantos laureles tu hermano.  
 Yo en la tierra y en la mar  
 fuí quien todo lo venció.

CELIA. ¿Que tú fuiste?

FINEO. Sólo yo.

CELIA. ¿Luego ya no hay que tratar  
 de enmaridarnos los dos?

FINEO. ¡Oh, qué gentil disparate!  
 Si no es señora, no trate  
 de igualarse.

CELIA. ¡Bien, por Dios!  
 ¿Tan grandes son tus hazañas?

FINEO. He muerto en csas riberas  
 del mar cocodrilos, fieras,  
 esfinges, sierpes, arañas,  
 elefantes y leones,  
 y he sujetado a mi mano  
 un famoso tigre hircano  
 y tres indianos tragones.  
 Vencí desdichas mortales,  
 y hasta nccios he vencido,  
 aunque son, serán y han sido  
 los mayores animales.

(*Tocan.*)

El Rey entra. Celia, adiós,  
 que después habrá lugar  
 que nos podamos hablar.

CELIA. Luego hablaremos los dos.

(*Salen soldados, [LISANDRO], ALEJANDRO, CESARINO, MARIO, LEONELO, FEDERICO, cajas.*)

LISANDRO.

Bien parece la patria en larga ausencia.

ALEJANDRO.

Y más como tú vuelves, vitorioso.

MARIO.

Mucho la alegría tu réal presencia.

LEONELO.

No fué de Roma César generoso,  
 cuando del campo de Farsalia vino,  
 recibido con triunfo más glorioso;  
 ni después de tan áspero camino  
 el Griego que dejó por tierra a Troya  
 y fué de Homero asunto peregrino.

LISANDRO.

Todo este aplauso justamente apoya  
 haber hallado con salud la Infanta,  
 de mi valor la más preciada joya.

Y en la ocasión que mi ventura es tanta  
 quiero mostrar mi liberal grandeza  
 a quien la voluntad siempre adelanta,  
 premiando aquel valor y fortaleza  
 con que me habéis servido, capitanes,  
 ejemplos de lealtad y de firmeza,  
 pues todos tan valientes y galanes  
 mostrado habéis ser fuertes macedones.

ALEJANDRO.

¿De qué te espantas, cuando el mundo allanes,  
 Si levantas así los corazones,



que el premio la virtud anima y crece,  
y que por Rey del mundo te coronas?

LISANDRO.

Mi sobrino Alejandro bien merece  
el ser mi general de mar y tierra,  
y por los gastos que la guerra ofrece  
perpetuamente le dará la guerra  
todos los años treinta mil ducados.

ALEJANDRO.

El alma de Alejandro en ti se encierra.

LISANDRO.

Hago conde a Leonelo, y los estados  
de Ismenio, aquel traidor, quiero que tenga.

LEONELO.

Los polos a tus pies sirvan de estrados.

LISANDRO.

A Mario será justo que le venga  
el consulado de mi guerra, en tanto  
que otra cosa más alta le convenga.

Y a Federico, que me ha honrado tanto,  
le doy de mis palacios la Alcaldía,  
y por armas que den al mundo espanto  
las abrasadas naves que traía

Lisardo contra mí.—¿Qué estás suspenso?  
¿No te ha obligado la grandeza mía?

¿Parécete que poco recompenso  
tus servicios y hazañas?

FEDERICO.

Fuera loco;  
que en otras cosas diferentes pienso.

LISANDRO.

Pues si no tienes este premio en poco,  
¿por qué no te has mostrado agradecido?

FEDERICO.

Porque en la fe de tus palabras toco,  
y pudo suspenderme tanto olvido.

Bien sabes, invicto Rey,  
que cuando le hicieron salva  
a la armada de Lisardo  
piezas, clarines y cajas,  
y que si pusiera entonces  
diez mil hombres en campaña  
ni vencieras a la Reina,  
ni volvieras a Dalmacia,  
me diste con juramento  
la palabra que no guardas  
de darme lo que pidiese

si abrasaba aquella armada.  
Ya viste el ardiente incendio,  
y que por mi industria rara  
vió la luna aquella noche  
selvas de fuego en el agua.  
Diéronse a partido luego  
tus contrarios; por mi causa  
concertaste el casamiento  
de tu sobrino, y en parias  
trujiste el valor de un reino  
a Macedonia, tu patria.  
En ella me das ahora,  
sin que yo te pida nada,  
un alcaidía.

LISANDRO.

Pues bien,

¿en qué mi valor te engaña?

FEDERICO.

En que tengo de pedir  
y antes que pida me pagas.

LISANDRO.

Tienes razón; yo confieso  
que mi palabra empeñada  
tenga el premio que pidieres.  
Pide.

FEDERICO.

Vergüenza me ataja;  
mas mis altos pensamientos  
en sus alas me levantan  
hasta la esfera del sol,  
aunque me abrasen las alas.  
Pido, señor...

LISANDRO.

¿Qué te turbas?

FEDERICO.

Digo que pido a la Infanta.

LISANDRO.

¿Qué dices?

FEDERICO.

Que en casamiento  
la pido.

ALEJANDRO.

¿Extraña arrogancia!  
¿Estas loco, Federico?

FEDERICO.

Alejandro, pues te casas  
con Arminda y has de ser  
tan presto rey de Dalmacia,  
deja que me cumpla el Rey  
la palabra.

LISANDRO.

¿Quién pensara  
que tal prenda me pidiera?

ALEJANDRO.

¿No he visto locura tanta!  
¿Esto sufres, gran señor?  
¿Por qué a la guarda no mandas  
o que le prenda por loco  
o que en la pública plaza  
le corte un verdugo el cuello?

LISANDRO.

Ninguno me diga nada,  
que un capitán de Israel  
prometió en una batalla  
sacrificar la primera

cosa que viese en su casa.  
Vió a su hija, y lo cumplió.

ALEJANDR. Si a Dios la palabra daba,  
claro está que no podía  
de ningún modo quebrarla;  
pero si la diste a un hombre,  
y el hombre es cosa tan baja  
que era ayer tu jardinero  
y estos cuadros cultivaba,  
y te pide un desatino,  
¿qué palabra está obligada  
a ser cumplida?

LISANDRO. No sé.  
¡Gran confusión! ¡Cosa extraña!

ALEJANDR. ¿Pues qué extrañeza hay aquí  
más de matarle? Y la causa  
de su atrevimiento es justa.  
O si su piedad es tanta,  
con un sayo de colores  
ande en tu casa, como andan  
los locos que tienen tema  
de que con reinas se casan.

FEDERICO. Alejandro, poco a poco;  
mira que si no mirara  
que eras sobrino del Rey...

ALEJANDR. Pues esto a tus ojos pasa,  
dame licencia, señor,  
que con esta noble espada  
castigue su infame pecho.

LEONELO. Y cuando tú no lo hagas,  
yo lo haré.

MARIO. De ese cuidado  
más fácilmente os sacara  
Mario, a no tener respeto  
que el Rey mi señor le ampara.

LISANDRO. ¿Cómo, delante de mí?

ALEJANDR. ¿Para disculpa no basta  
el atrevimiento déste?

FEDERICO. ¿Que estáis diciendo arrogancias?  
¡Vive Dios que aunque tenéis  
las espadas empuñadas,  
que pienso que volveréis  
las espadas en espaldas!  
Ya presumo que tembláis  
del rayo que está en la vaina  
como en la cerrada nube,  
hasta que el fuego adelgaza  
la parte densa y la rompe.

(*Saquen todos las espadas.*)

ALEJANDR. ¿Esto se consiente? ¡Aparta!

LISANDRO. ¿A mí me perdéis, traidores,

el respeto?

ALEJANDR. Los que tratan  
de volver por ti no son  
traidores.

LEONELO. ¿Tan mal nos pagas  
castigar a quien te ofende?

MARIO. Vamos, y dejad que salga,  
que vive Dios que ha de ser,  
si le defienden mil guardas,  
la mayor (1) parte la lengua.

(*Vanse.*)

FEDERICO. ¿Queréisme dejar que vaya  
tras ellos, señor?

LISANDRO. No es justo  
con tan notoria ventaja,  
que te quitarán la vida,  
y tu vida es cosa clara  
que corre ya por mi cuenta.  
Los pensamientos levanta  
con valor, que has de ser rey  
de Macedonia y Dalmacia,  
aunque les pese a mis deudos,  
a la envidia, siempre ingrata,  
que la palabra en los hombres  
es quintaesencia del alma;  
es piedra donde la honra  
tantos quilates señala  
cuantos el cumplirla tiene,  
y se ve si es alta o baja;  
es la prenda más preciosa,  
pues una vez empeñada  
sólo la quita el cumplirla  
o se sigue eterna infamia.  
Mire el hombre, mire bien  
lo que dice antes de darla,  
que dada una vez, es río  
que no vuelve atrás el agua.  
Yo la di sin reparar  
en lo que ahora reparas;  
mal hice; tú hiciste bien;  
da fuerzas a tu esperanza;  
ten valor, pues le tuviste  
para una empresa tan alta,  
que tú serás rey, y yo  
el hombre por la palabra.

(*Vase el REY.*)

FEDERICO. ¿Oyes aquesto?

FINEO. Y me espanto  
de tan loco pensamiento

(1) En el original dice "menor", por errata.

y que humano atrevimiento  
se pueda extender a tanto.

¿La Infanta puedes decir  
que al Rey pides? ¿Estás loco?

FEDERICO. Y aún me ha parecido poco,  
si hubiera más que pedir;  
que porque sé que no hay más  
que ser rey de su hermosura,  
sobre palabra segura  
pido lo que oyendo estás.

FINEO. Costarte tiene la vida  
ser temerario.

FEDERICO. Antes creo  
que me la ha de dar, Fineo,  
pues nunca mejor perdida.

FINEO. ¿Ya se te olvida que ayer  
fuiste pobre labrador?

FEDERICO. Amor levanta el valor,  
pone estima y muda el ser.

Yo he de ser César o nada.

FINEO. Pienso que nada serás,  
que el Rey te asegura más  
mientras encubre la espada.

FEDERICO. ¿Cómo, si me dice aquí  
de la palabra el valor,  
y que se pierde el honor  
cuando se quiebra?

FINEO. Es así.

Ya sé que dice el refrán  
que el hombre por su palabra  
y el buey que la tierra labra  
por las armas que le dan.

Pero el mundo tal está,  
digo entre bárbara gente,  
que hay más hombres por la frente  
que por la palabra ya.

Créeme, y pide perdón  
al Rey deste desatino,  
y advierte que su sobrino  
tiene armado un escuadrón.

Fuera deso, el reino todo  
no ha de quererte por Rey,  
ni que reine es justa ley  
rey por tan extraño modo.

FEDERICO. ¡Necio! Si historias leyeras  
como yo, que me he ocupado  
en las muchas que he pasado,  
mayores prodigios vieras.

Dario, de humilde vasallo,  
en toda el Asia reinó,  
porque una yegua escondió  
y relinchó su caballo.

Giges, de humilde pastor,  
por un anillo encantado  
subió a ser rey.

FINEO. Ya ha llegado  
quien te ha puesto en tanto honor.

(Sale LUCINDA y DELIA.)

LUCINDA. ¿Eres tú quien ha tenido  
tan soberbio pensamiento  
que me pide en casamiento?

FEDERICO. Yo fuí, yo soy, yo te pido.

LUCINDA. ¿No eras Federico ayer  
que sembrabas estas flores?

FEDERICO. Otros milagros mayores  
suele la fortuna hacer.

LUCINDA. Que los hace no los niego;  
mas, ¿quién tal valor te dió?

FEDERICO. Señora, Amor me enseñó;  
bien sabéis que Amor es ciego.

LUCINDA. De una vitoria la palma  
es muy flaco fundamento.

FEDERICO. No es corto merecimiento  
tener yo tan grande el alma.

LUCINDA. ¿En cuerpo de tal bajeza  
tan gran alma puso Dios?

FEDERICO. Si cabéis en ella vos,  
no queráis mayor grandeza.

LUCINDA. ¿Pues cómo pudiste vella  
estando dentro de ti?

FEDERICO. Señora, cuando os la di,  
que entonces quedé sin ella.

LUCINDA. Dar el alma sin morir  
parece imposible caso.

FEDERICO. Es un modo de traspaso  
que no se puede decir;  
pero daréme a entender  
por una comparación.

LUCINDA. ¡Cosas peregrinas son!

FEDERICO. ¿Qué veis cuando os vais a ver  
en el cristal de un espejo?

LUCINDA. Otra yo.

FEDERICO. Luego que os vais,  
¿qué es lo que al cristal dejáis?

LUCINDA. Ninguna cosa le dejo  
más de haber estado allí  
la imagen que le estampé.

FEDERICO. Pues desa manera fué,  
señora, el alma que os di.

Mírase como en espejo  
en vos el alma, y los dos  
vivimos en mí y en vos,  
porque mi retrato os dejó.



Y sin morir puede ser  
daros el alma.

LUCINDA.                               ¿En qué modo  
la ves?

FEDERICO.           El alma está en todo,  
y en todo la vengo a ver;  
porque si sois el cristal  
donde a ver el alma vengo,  
vos sois la misma que tengo.

LUCINDA. No siendo el original,  
¿qué importa ser el traslado?

FEDERICO. Si el secretario a la copia  
dice de su mano propia,  
bien y fielmente sacado,  
y su firma lo confirma,  
claro está que queda igual  
con su mismo original;  
tal fuerza tiene la firma.  
El original que ves  
queda en mí, la copia en ti;  
si yo firmo que es así,  
lo mismo que el alma es.

LUCINDA. Federico, tu valor  
y tu raro entendimiento  
han hecho en mi pensamiento  
una cosa como amor.  
No digo yo que lo es,  
mas digo que lo parece;  
mucho tu valor merece,  
mucho te diré después,  
sí agora guardas la vida,  
que te la quieren quitar.

FEDERICO. ¿Cómo la podré guardar?  
Yo la doy por bien perdida.

LUCINDA. Di que ya no pides nada,  
y fía de mí que aciertes.

(Vase LUCINDA.)

FEDERICO. Pasaré por vos mil muertes.

FINEO. Oiga, ¿no me dice nada?

DELIA. ¿Qué le tengo de decir?

FINEO. Quisiérala requebrar.

DELIA. Presto, que no ha de aguardar  
la Infanta.

FINEO.                               ¡Extraño pedir!  
¿Qué le diré que sea presto?

DELIA. ¿Agora piensa?

FINEO.                               El pensar  
a tabique de acertar  
cuantos son cuerdos le han puesto.  
¿Por qué piensa que está el mundo  
tan lleno de necios hoy?

DELIA. Porque escuchándole estoy.

FINEO. En que no piensan lo fundo.  
Que si los que hablan pensasen  
eso que van a decir,  
el ser necios y el mentir  
pienso, por Dios, que cesasen.  
Hablar mucho y pensar poco  
ha hecho algún arrogante  
que el corrillo circunstante  
le escuche y tenga por loco.

DELIA. Si para tener amor  
piensas, nunca le tendrás.

FINEO. Vete, que después sabrás  
lo que he pensado mejor.

DELIA. Sí; pero quedaste ya  
por necio.

FINEO.                               ¿Yo? ¿Por qué vía?

DELIA. Porque es necia cortesía  
detener al que se va.

(Vase DELIA.)

FEDERICO.

Esto es hecho, Fineo.

FINEO.

Algo has pensado, y pues que piensas tanto  
en vísperas te veo  
de ser discreto.

FEDERICO.

Agora verás cuánto.  
Parte por mi vestido.

FINEO.

¿Qué vestido, señor?

FEDERICO.

El mío te pido.

FINEO.

¿Es, por dicha, el primero?

FEDERICO.

Aquel en que nací para villano;  
que ya ni aun verle quiero  
aqueste de soldado y cortesano.

FINEO.

Yo voy sin replicarte.

FEDERICO.

Aborreció naturaleza el arte.  
Oyes, trae de camino  
el peto, el morrión y la jineta.

FINEO.

Tú buscas el camino  
de asegurar tu vida.

(Vase FINEO.)

FEDERICO.

Más quieta me la darán los prados  
de arroyuelos y flores esmaltados.

Aquí, como solía,  
quiero poner el escardillo corvo;  
aquí la fuente fría;  
aquí las aves no pondrán estorbo  
a mis quejas sùaves,  
que a quien ama acompañan fuentes y aves.

Aquí veré pintora,  
con esmaltes diversos, azul y oro,  
la siempre fresca aurora,  
bañando el campo en amoroso lloro  
y poniendo en su frente  
cintas de resplandor al sol de Oriente.

Aquí la blanca estrella,  
que del carro de Venus vespertina  
es la paloma bella,  
y veré que en la luna cristalina  
la noche mal tocada  
se aliña la cabeza desgreñada.

(Sale FINEO con los vestidos.)

FINEO. Este es el mismo gabán,  
si no me engaña la vista,  
que antes de aquesta conquista  
montes y prados te dan.

Este es el mismo sombrero  
y caperuza también,  
y éstas las armas por quien  
fuiste en agraz caballero.

También he traído aquí  
mis pasados arrapiezos.  
¡Alto! A descubrir pescuezos;  
no haya más cambray en mí.

Historias dicen que Adán  
no trujo cuello con bolo,  
porque se gastaba sólo  
el natural cordobán.

Viste apriesa, y lleve el día-  
el que más fuere a la gue-  
pues de toda su prome-  
nos da el Rey aqueste pa-.

FEDERICO. Venga en buen hora el vestido.  
Este sí que es descansado;  
quito la espada del lado

y aquí la cuelgo ofendido.

Pongo el peto y morrión  
en este sauce también,  
y la jineta, que es bien,  
pues mis esperanzas son.

Quedad colgadas aquí,  
falsas honras militares;  
serán las ramas altares  
de su desengaño en mí.

No más esperanzas locas;  
aquí quedaréis colgadas,  
pues hay tantas engañadas  
y premiadas hay tan pocas.

Sirva quien tiene ventura,  
y quien no la tiene, no.

FINEO. Ya estoy de villano yo,  
que es un mar la desventura  
adonde los ríos vuelven,  
que salen del mismo mar.

FEDERICO. En servir y no medrar  
pocos cuerdos se resuelven.

Cubrid, gabán labrador,  
este valeroso pecho,  
que a quien viene el mundo estrecho  
vos le cubriréis mejor.

No quiero guerra ni Corte,  
que también la Corte es guerra.

FINEO. ¡Oh, qué de monstros encierra!  
FEDERICO. No hay tantos del Sur al Norte.

FINEO. ¿Qué es ver tantos holgazanes,  
tantos murmurantes dones,  
en sus casas dormilones  
y en las ajenas galanes?

¿Qué es ver tantas lenguas fieras  
contra el honor del vecino,  
tanto ignorante latino,  
tantas vidas lisonjeras,

tantos necios endiosados,  
tantos cobardes valientes,  
tantos banquetes sin dientes,  
tantos años disfrazados,  
tantos necios bien comidos,  
tantos sabios de hambre muertos,  
tantos enemigos ciertos,  
tantos amigos fingidos,  
tantos...

FEDERICO. La lengua refrena,  
que al juego destos espantos  
vendrán a faltarte tantos,  
aunque los hagas de arena.

Esto se ha quedado aquí  
como si no hubiera sido:

yo vuelvo donde he nacido,  
yo soy lo mismo que fuí.

Dame ese yeso y pondré  
en éste peto una letra.

FINEO. ¿Qué letra?

FEDERICO. La que penetra  
cuanto en mi historia se ve.

FINEO. Escribe.

FEDERICO. Mira entre tanto  
si alguien viene por ahí.

FINEO. ¿Tanto has de escribir?

FEDERICO. No, y sí:  
sí, porque ha de dar espanto,  
y no, porque es un ringlón.

FINEO. El Rey viene.

FEDERICO. Ya escribí.

FINEO. ¿Qué has de hacer?

FEDERICO. Cavar aquí.

FINEO. ¡Vaya!

FEDERICO. Dame el azadón.

(Sale el REY LISANDRO y ALEJANDRO, su sobrino.)

LISANDRO.

Esto has de hacer, sin darme pesadumbre.

ALEJANDRO.

Tu determinación será más cuerda,  
que ahora es accidente este principio.

LISANDRO.

¿Quién anda en esta güerta?

ALEJANDRO.

Dos villanos,  
el sudor en el rostro y en las manos.

LISANDRO.

¿No parece este mozo a Federico?

ALEJANDRO.

Debe de ser su hermano.

LISANDRO.

Di, buen hombre:

¿dónde está Federico?

FEDERICO.

Qué bien dices;  
que aunque yo soy, no estoy donde merezco,  
y no me ves aunque me estás mirando.

LISANDRO.

¿Pues qué es aquesto?

FEDERICO.

Estar, señor, buscando

mejores esperanzas en la tierra,  
que el fruto que ha de darme agora encierra.  
En un librillo que leí decía  
un filósofo allí que se engendraba  
de aquello que una vez se deshacía  
lo que después por fruto se gozaba.  
Deshíceme del ser en que vivía,  
mas no resucité como pensaba,  
que como no eres Dios, dar no pudiste  
la vida de aquel ser que deshiciste.  
Dios solamente cumple su palabra,  
y la cumple de suerte, que a su Hijo  
llamó palabra, y con aqueste nombre  
por palabra pasó de boca en boca,  
que no hay otra palabra verdadera

ALEJANDRO.

¿Qué bachiller villano y qué enojoso!  
¿Es posible que escuches a este bárbaro?  
¿No es mejor que rompiendo secos céspedes  
asista a la labranza destos árboles?

LISANDRO.

Dime: ¿por qué dejaste, Federico,  
aquel camino honroso de la guerra,  
que con tales hazañas comenzaste?

FEDERICO

Porque tú, gran señor, me levantaste  
como el águila suele a la tortuga,  
que cuando ya la tiene junto al cielo  
la deja de las uñas ir al suelo,  
para que entre las piedras estrellada  
pueda comer lo que con tal dureza  
de su concha cubrió Naturaleza.  
Levantar edificio como el mío,  
invicto Rey, en flaco fundamento,  
todos dirán que es loco desvarío.

LISANDRO.

La guerra fué de reyes nacimiento.

FEDERICO.

Más (1) quiero ser, riberas deste río,  
el mejor de sus rústicos, contento,  
que el más vil de los nobles de tu Corte,  
que no doy yo por esperanzas porte.  
Oyó Dionisio un hombre que tañía,  
y entonces prometióle un gran tesoro.  
Fuéle a pedir el músico otro día,  
y le negó, contra el réal decoro,

(1) En el original "Yo"; pero el manuscrito enmienda bien.



diciendo: "Si me dió tanta alegría tu voz, no a ti menor la plata y oro que yo te prometí, pues la esperabas, y con las esperanzas la gozabas." Esto es lo mismo que decirme puedes después que no me cumples la palabra.

LISANDRO.

¿Luego tirano soy, como Dionisio?

FEDERICO.

No digo tal, que del suceso trato.

LISANDRO.

Pues yo no quiero ser contigo ingrato. Desnúdate ese rústico vestido, y daréte un oficio tan honroso que cause envidia a la nobleza toda.

FEDERICO.

Yo tengo el que más cierto se acomoda, señor, a mi primero nacimiento: labrador quiero ser; los labradores llamaron los antiguos compañeros de la Naturaleza, y fué bien dicho, pues bien se ve que a producir la ayudan, de suerte que los trigos, frutos, flores y todo lo demás a medias hacen, ella criando y ellos cultivando.

ALEJANDRO.

¿Con un loco, señor, te estás cansando?

FEDERICO.

A aquel moral filósofo en Atenas preguntó un académico la causa por qué en la tierra más virtud hallaban las hierbas que ella misma producía que las que ajenas manos trasplantaban, y dijo que las hierbas que ella cría eran sus hijas y en su pecho estaban, y que de las que el hombre trasponía era madrastra; y yo lo mismo digo, traspuesto en ti, que lo has de ser conmigo.

LISANDRO.

¿Qué es aquesto que aquí colgado tienes?

FEDERICO.

Las armas, que a estos sauces di por fruto, y la jineta con que me has honrado.

LISANDRO.

¿En el campo las armas has colgado?

FEDERICO.

¿No llaman campo donde están las armas?

LISANDRO.

Campo y cuartel, si representan honra.

FEDERICO.

Pues éstas no, que sirven de espantajo con que se pueda defender la fruta.

LISANDRO.

¿Pues es justo que así se honren las armas?

FEDERICO.

Señor, viéneles bien cuando no medran los que con ellas a sus reyes sirven, porque como en la huerta el espantajo sirve de defender lo que no come, así el soldado que no medra nada, pues que defiende lo que comen otros que estando ociosos en la propia tierra se comen los provechos de la guerra.

LISANDRO.

Notable es este mozo; no es posible que no le rija algún secreto espíritu, porque no puede ser que un hombre rústico tenga tan levantados pensamientos. ¿Qué tiene escrito aqueste peto? Espera.

ALEJANDRO.

¿Quieres que lea yo?

LISANDRO.

Saberlo quiero.

ALEJANDRO.

"No es hombre el que no cumple su palabra."

LISANDRO.

¿Eso dice?

ALEJANDRO.

Eso dice.

LISANDRO.

¡Extraña cosa!

ALEJANDRO.

Parece que le tienes por prodigio.

LISANDRO.

Federico.

FEDERICO.

Señor.

LISANDRO.

Si tienes ánimo

y esperas con paciencia tu fortuna,  
ya te he dicho otra vez, y aquí lo digo,  
que el hombre será yo por la palabra.  
Por eso no te pierdas por flaqueza,  
que a la envidia venció la fortaleza.

(Vase el Rey.)

ALEJANDR. Federico.

FEDERICO. ¿Qué me quieres?

ALEJANDR. ¿Qué te dijo el Rey?

FEDERICO. Que aquí  
no estaba bien.

ALEJANDR. Es así;  
más puedes ser de lo que eres.  
¿Qué dijo que te daría?  
Di la verdad.

FEDERICO. Un lugar  
en que pudiesc lograr  
lo que aquí perder podría.

ALEJANDR. ¿Quiéresme servir a mí?

FEDERICO. No, señor, que sirvo al Rey,  
y no será justa ley  
dejarle por vos aquí.

Demás que si estáis casado  
con Arminda, habéis de ir,  
como a reinar, a vivir  
a Dalmacia, vuestro estado;  
y yo no puedo dejar  
la patria sin ocasión,  
que es muy corto galardón  
el que vos me podéis dar.

ALEJANDR. ¿Yo con Arminda? No creas  
que aunque casar con Arminda  
es reinar, deje a Lucinda.  
Y si la patria deseas,  
aquí tengo de reinar,  
aquí vivirás conmigo.

FEDERICO. Teneros por enemigo  
me ha dado bien que pensar,  
que dicen que me queréis  
matar porque la pedía.

ALEJANDR. Entonces lo pretendía  
porque tan loco te vi;  
mas ya que cuerdo te veo  
y en hábito labrador,  
te quiero tener amor  
y tu remedio deseo.

Aquí dicen que la Infanta  
sale de noche.

FEDERICO. Es verdad.

ALEJANDR. Si tú me haces amistad,  
que puedes hacerme tanta,

vedréla a hablar de secreto.

FEDERICO. Anda un pretendiente aquí  
que algunas noches le vi,  
y que es gallardo os prometo.

Con que de aquéste os guardéis,  
yo por mí serviros quiero.

ALEJANDR. ¿Hombre aquí?

FEDERICO. Como extranjero,  
que no le conoceréis.

ALEJANDR. ¿Y habla a Lucinda?

FEDERICO. No sé.

ALEJANDR. ¿Pues por dónde puede entrar?

FEDERICO. Por la puerta de la mar  
una mañana se fué  
en un barquillo enramado  
para no ser conocido.

ALEJANDR. ¡Vive Dios que estoy corrido!  
¿Hombre aquí, y hombre embozado?

FEDERICO. Lisardo debe de ser,  
que pues le quitáis a Arminda  
querrá servir a Lucinda.

ALEJANDR. Eso debe de querer.  
Esta noche estoy aquí.  
¡Ay dél si a topalle acierto!

(Vase ALEJANDRO.)

FINEO. ¿Qué has dicho?

FEDERICO. Fineo, concierto  
mi venganza.

FINEO. ¿Cómo así?

FEDERICO. Si aquéste al jardín viniese  
y con disfraz le matase,  
ni habría quien me envidiase  
ni quien matarme quisiese.

FINEO. Lucinda viene escuchando  
sus músicos.

FEDERICO. Delia y Flora  
vienen bailando.

FINEO. Al aurora  
la noche se va juntando.

(Sale DELIA y FLORA, damas, bailando, los MÚSICOS  
cantando; LUCINDA se siente y danza.)

MÚSICOS. Codicioso estaba Amor  
de hacer un tiro gallardo  
en el desdén más hermoso  
que el cielo labró de un mármol.  
A su madre el tierno niño  
se fué con este cuidado,  
y dicen que le decía,  
poniendo la flecha al arco:

(Bailen.)

“¡Ay, Dios, quién hincase un dardo

en aquel venadito pardo!"  
 (La bella niña lo supo,  
 y con notable rigor  
 les dijo a sus ojos negros  
 que se armasen contra Amor.  
 Ellos, con alegres niñas,  
 hechos dos flechas y un sol,  
 le enamoraron el alma,  
 y ella dijo esta canción:  
 "A un traidor, otro alevoso,  
 y si no, dos al traidor."

LUCINDA. Bien lo habéis hecho. Sentaos  
 y llamadme a Federico.

DELIA. ¡Federico! ¡Ah de la huerta!

FEDERICO. Aquí estoy, a tu servicio.

LUCINDA. ¿Hay muchas flores ahora?

FEDERICO. Pasaron ya los narcisos,  
 las violetas y inclintinas (1),  
 los orientales jacintos;  
 pero hay hermosos claveles,  
 amarantos, rosmarinos,  
 tulipanes, azucenas,  
 estrellamares y lirios,  
 alelíes variados  
 y siempre verdes citisos,  
 jazmines, ligustros, rosas,  
 y otros en color distintos.

LUCINDA. ¿Está por aquí Fineo?

FINEO. Aquí estoy, aunque corrido  
 de haberme vuelto villano.

LUCINDA. De tu buen humor me han dicho  
 Dinos algo.

FINEO. ¿Dinos algo?  
 Que no sé qué decir digo.  
 ¡Extraños sois los señores!

DELIA. Debe de estar con el frío;  
 después vendrá la cuartana.

FINEO. No soy tan león.

LUCINDA. Partíos  
 todos de aquí.

FEDERICO. Ya nos vamos.

LUCINDA. Oye solo, Federico.

FEDERICO. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

LUCINDA. Un hombre quiero y estimo  
 como a la luz de mis ojos.  
 Mal hice en llamarlos míos.  
 El no sabe que le quiero,  
 que con mi temor le obligo;  
 querría darle esperanza,  
 que algunas veces me ha dicho

que con los árboles habla  
 y que los corrientes vidros  
 de los arroyos enturbia  
 viendo sus espejos limpios;  
 que a los olmos y las yedras  
 corta los lazos nativos,  
 y que una vez, de furioso,  
 quiso arrojarle en un río.  
 Esta noche vendrá aquí:  
 dile tú que yo le pido  
 que tenga fe y esperanza  
 en cosas que el Rey le ha dicho.

(Vase.)

FEDERICO. ¡Señora! ¡Señora!—Fuése.  
 ¡Cielos, yo quedo perdido!  
 Pero más quedo ganado  
 si en lo que entiendo me afirmo.  
 ¿Por quién lo pudo decir,  
 pues cuando hablaba conmigo  
 se turbaba y recataba,  
 y finalmente me dijo  
 que tenga fe y esperanza  
 en cosas que el Rey le ha dicho?  
 Pero ¡ay, Dios!, que puede ser  
 por quien lo dice su primo,  
 que el Rey le habrá dicho acaso  
 algún consejo o arbitrio  
 para que, dejando a Arminda,  
 por no tener enemigos,  
 se case y herede el reino,  
 y vendrá bien lo que dijo:  
 "...que tenga fe y esperanza  
 en cosas que el Rey le ha dicho."  
 ¿Pero cómo puede ser,  
 si dice que el hombre quiso  
 una vez, desesperado,  
 echarse de un monte a un río?  
 Yo se lo dije; yo soy.  
 ¡Animo, soldados míos!  
 Pensamientos, aquí está  
 vuestro capitán antiguo;  
 no me permitáis que yo  
 tenga celos de mí mismo.  
 Proseguir tengo la empresa  
 muera o viva, pues que dijo  
 "...que tenga fe y esperanza  
 en cosas que el Rey le ha dicho."

(1) Así en el original.



## ACTO TERCERO

*(Sale ARMINDA y el PRÍNCIPE LISARDO.)*

- LISARDO. Advierte que contradicen  
a tu ser tus pareceres.
- ARMINDA. Las que son nobles mujeres  
han de cumplir lo que dicen.
- LISARDO. De ser castas se autoricen.
- ARMINDA. De todo es digno su nombre,  
y debes, porque te asombre,  
de las palabras saber  
que en dándolas la mujer  
de mujer se vuelve en hombre.  
No tienes ya que seguirme  
aunque vengas disfrazado;  
a Macedonia he llegado  
en mi propósito firme.
- LISARDO. En ti sólo se confirme  
que hay una mujer constante.
- ARMINDA. Di mi palabra delante  
de tantos hombres, que es bien  
que de cumplirla también  
el que la quiebra se espante.
- LISARDO. A las mujeres no obliga  
la palabra ni la espada.
- ARMINDA. De la que es mujer honrada  
lo mismo es bien que se diga.
- LISARDO. No hallarás mujer que siga,  
señora, tu parecer.
- ARMINDA. Margarita fué mujer,  
Cleopatra y Pantasilea,  
Tomiris y Isicratea,  
y te podrán responder.  
Mira a Semíramis fuerte  
con un peine en el dorado  
cabello, a tanto soldado  
dar valerosa la muerte.  
A Zenobia en Siria advierte.  
Mira a Tiburna, española,  
donde el valor se acrisola,  
acometer en Sagunto  
del pueblo romano junto  
todo el ejército sola.  
Mira de Lesbia el valor  
contra tanto turco fiero.
- LISARDO. No digas más, pues no espero  
vencerte con tanto amor.
- ARMINDA. No te parezca rigor  
que tu amor parte no sea;  
antes quien bien me desea  
me ha de animar, no impedir.
- LISARDO. ¿Que tienes tú que cumplir

una palabra tan fea?

En las leyes un forzado  
no puede ser compelido;  
¿pues qué más tiene un vencido  
a fe violenta obligado?  
Esta palabra que has dado  
de casarte, por forzarte  
no pudo, Arminda, obligarte,  
que en siendo con este nombre,  
supuesto que fueras hombre,  
no hay ley que obligue a casarte.

ARMINDA. Yo he venido, y pues que ves,  
príncipe, tu daño, advierte  
que solicitas tu muerte,  
y no es bien que me la des.

LISARDO. Antes te quise, y después  
de casada, Arminda mía,  
te he de querer, hasta el día  
que mis penas me la den;  
que adonde es tan grande el bien  
no es menos bien la porfía.

*(Sale el REY y ALEJANDRO, y gente.)*

LISANDRO. ¿Que la palabra cumplió?

LISARDO. El Rey es éste; aquí aguardo.

ARMINDA. Advierte que no soy yo  
la que antes era, Lisardo.

LISARDO. Tu mismo amor me engañó.

LISANDRO. ¡Arminda bella!

ARMINDA. A tus pies  
tienes a Arminda rendida.

LISANDRO. Antes es bien que me des  
los brazos.

LISARDO. ¿Qué aguardas, vida,  
si me has de faltar después?

LISANDRO. Mas no quiero ser tirano  
del bien que en tus brazos gano  
ni quitarlos a tu esposo;  
téngalos quien más dichoso  
pudo merecer tu mano.

Llega, Alejandro, ¿qué esperas?

ALEJANDR. Que tú licencia me dieras.

¡Oh, quién jamás los tocara!

LISARDO. ¡Oh, amor, quien imaginara  
que a tal punto me trujeras!

LISANDRO. No creyera yo jamás  
que cumplieras desta suerte  
la palabra.

ARMINDA. Aquí verás  
como no hay lazo tan fuerte  
y que en los hombres no es más.

LISANDRO. Id, Alejandro, con ella;

aunque ya Lucinda hermosa  
sale a recibilla y vella.

(Sale DELIA y LUCINDA, y criados.)

LUCINDA. Es nueva tan venturosa,  
que daré el alma por ella.

ARMINDA. Aquí, señora, tenéis  
vuestra esclava.

LUCINDA. Yo lo soy  
de lo que vos merecéis.

ALEJANDR. ¡En dos extremos estoy!

LISARDO. Alma, salid, ¿qué teméis?

ALEJANDR. Entre el infierno y el cielo  
me han puesto mis desventuras:  
cerca de Arminda me hielo,  
y Lucinda en llamas puras  
que me ha de abrasar recelo.

Pero los hielos de Arminda  
templarán el fuego hermoso  
en que me abrasa Lucinda;  
pero antes que sea su esposo  
el alma a las dos se rinda.

A Lucinda por amor  
y por aborrecimiento  
a Arminda.

LUCINDA. Hacedme favor  
que descanséis.

ARMINDA. Ya me siento,  
después de veros mejor.

LUCINDA. El cansancio de la mar  
de cumplimientos excusa.

LISARDO. Ya me la quieren llevar.

ALEJANDR. En una vida confusa,  
¿qué mayor bien que acabar?

LISARDO. Seguir quiero el sol que adoro  
hasta donde pueda ver  
aquel celestial tesoro,  
a quien ha de suceder  
noche oscura, eterno lloro.

Mal hice, pues desta suerte  
me han de matar penas tales;  
pero no hay mal que no acierte  
con el fin, si de los males  
es el más cierto la muerte.

(Vanse todos, y quedan el REY y CESARINO.)

LISANDRO. ¿Es posible, Cesarino,  
que por tan largo camino  
una mujer, obligada  
de la palabra jurada,  
valiente a cumplirla vino,  
y que yo cobarde sea

en cumplir a Federico  
la mía?

CESARINO. Si Arminda emplea  
su estado en otro más rico,  
que es todo el bien que desea,  
¿Qué te espantas que la mar  
no la pueda detener?

LISANDRO. ¿Quién dirá que se ha de hallar  
palabra en una mujer  
y en un hombre ha de faltar?

Ea, no hay que aguardar más;  
llama a Federico luego,  
y un hecho heroico verás  
que venza al romano y griego.

CESARINO. Voy, pues que resuelto estás.

(Vase CESARINO.)

LISANDRO.

La firma de ser hombre cualquier hombre  
es la palabra en que el ser hombre estriba,  
y si la ha de cumplir, que muera o viva  
allí consiste de ser hombre el nombre.

Aunque el peligro de morir le asombre  
la intente rescatar, si está cautiva,  
para que el nombre que le dió reciba,  
pues sin ella no es bien que hombre se nombre.

Como al oro el color diverso esmalta,  
así el crédito al hombre bien nacido  
mientras en la palabra no hace falta.

Pero si la palabra no ha cumplido,  
para ser hombre lo mejor le falta,  
porque nadie sin crédito lo ha sido.

(Sale FEDERICO con su gabán, y CESARINO.)

FEDERICO. Cesarino, gran señor,  
me ha dicho que venga a verte.

LISANDRO. Federico, ya el valor  
de mi palabra me advierte  
y de la infamia el rigor.

Debajo dese gabán  
muchas virtudes están:  
la mayor es la paciencia  
con que has hecho resistencia  
a la ocasión que te dan.

Yo he visto el alma que en ti  
vive, aunque en humilde pecho.  
Serás...

FEDERICO. Lo demás me di,  
si estás de mí satisfecho.

LISANDRO. Hombre...

FEDERICO. Presumo que sí.  
Pero dime para qué.

LISANDRO. Para ser rey.

FEDERICO. Sí, señor.

CESARINO. ¡Presto lo ha dicho!

FEDERICO. Yo sé  
que puedo con mi valor  
poner sobre el mundo el pie.  
Y si no prueba, y verás  
si en Roma, Numa o Trajano  
fueron jamás para más.

LISANDRO. En fin, ¿el cetro en la mano  
con pecho heroico tendrás?

FEDERICO. Quien ha trazado un jardín  
y los cuadros gobernado,  
gobernará un reino.

CESARINO. En fin,  
¿ciudades has igualado  
al lirio, rosa y jazmín?

FEDERICO. ¿No ves tú que se parecen  
mucho en gobierno?

CESARINO. ¿En qué modo?

FEDERICO. En que unas sin agua crecen  
y otras con ella, y que en todo  
tiempo variedad ofrecen.

Y el discreto jardinero  
ha de dar y ha de quitar  
agua, como el justiciero  
rey, si quiere conservar  
el jardín del reino entero.

Si un ramo está seco, luego  
le ha de cortar para el fuego,  
que aun esto Dios le mandó:  
señor del agua soy yo,  
y doy a su tiempo el riego.

Así el rey de la justicia  
para que sepa cortar  
las ramas en que hay malicia,  
qué el árbol ha de medrar  
sin ambición y codicia.

Y no hay ejemplos mejores  
que los de aquel monje son:  
que cortó las altas flores  
cuando al Rey en Aragón  
se atrevieron sus mayores.

LISANDRO. Entra por aquella puerta  
y allí hallarás quien te advierta.  
No puedo decirte más.

FEDERICO. Fácil la entrada me das,  
será la salida incierta.

Pero como tú me des  
tu favor, después del cielo,  
con este gabán que ves  
toda la envidia del suelo

pienso poner a mis pies.

LISANDRO. Ese al momento me envía.

FEDERICO. ¿Este? ¿Para qué, señor?

LISANDRO. Tú lo verás algún día.

FEDERICO. Hoy, Fortuna, un labrador  
al campo te desafia.

Ya no digo que estés queda  
para que mejor te pueda  
atropellar y vencer.  
Ven, que te quiero poner  
un clavo de oro en la rueda.

(Vase.)

LISANDRO. Tú parte y mis grandes llama.

CESARINO. Voy; pero ya, gran señor,  
los de mayor nombre y fama  
vienen a verte.

LISANDRO. El amor  
lo amado iguala a quien ama.

(Sale ALEJANDRO, LEONELO y MARIO.)

ALEJANDR. Que llamaba Vuestra Alteza  
para cosas de importancia  
nos acaban de decir.

LISANDRO. ¡Hola! Esté a punto mi guarda,  
y vosotros atended  
a vuestro Rey, que hoy os habla  
en lo que importa a su honor,  
a su reino, vida y fama.

LEONELO. Todos venimos dispuestos  
a obedecer lo que mandas.

MARIO. Servirte es nuestro blasón.

ALEJANDR. Mal segura tengo el alma.

LISANDRO. Sabed, vasallos y deudos,  
que esta noche, cuando estaban  
presos del sueño mis ojos,  
cansados de la batalla  
del trabajo de los días,  
que tanto a los reyes cansa,  
corrió una hermosa mujer  
las cortinas de mi cama  
y dijo: "Despierta, Rey",  
con voz regalada y alta.  
Parecióme a mí que entonces,  
aunque durmiendo, miraba  
una mujer varonil,  
como pintó Homero a Palas.  
Una ropa le cubría  
toda de espejos sembrada,  
y con un sol en la frente,  
cuyas venerables canas,  
desatadas a los hombros,  
adornaban las espaldas.



Servíanle de escuderos  
muchas personas ancianas,  
con rótulos en los pechos  
que sus nombres declaraban:  
Tucídides, Jenofonte,  
Livio, Plutarco, Pausanías,  
Estrabón, Tácito, Curcio  
y Salustio se llamaban.  
Yo le dije, aunque entre sueños,  
“¿Cómo os llamáis, bella dama?”  
Y respondiíme: “Yo soy  
la Historia, a quien sólo guarda  
respeto el tiempo, pues sola  
vivo, aunque todo acaba.  
Yo soy un teatro, en quien  
al mundo la verdad santa  
representa sus tragedias,  
y no con figuras falsas.  
Soy maestra de los reyes,  
soy un amigo que habla  
sin lisonja y sin respeto  
de perder y ganar gracia.  
Toma, Rey de Macedonia,  
este libro, cuya estampa  
te dirá lo que has de hacer  
y lo que el cielo te manda.”  
Fuíle a tomar; desperté;  
hallé el libro y no la dama,  
porque, resuelta, en el viento  
puso a los coturnos alas.  
Miré a los historiadores  
y vi que le acompañaban  
Guichardino, Tarcañota (1),  
don Alonso, rey de España;  
Surio, Garibay, Zurita  
y el dotísimo Mariana.  
Abrí el libro, y con gran gusto  
hasta la fresca mañana  
troqué la luz de la cera  
por el resplandor del alba.  
Dobléle por estas hojas,  
para que todos gozaran  
desta parte, y así quiero  
que Alejandro, en voces altas,  
la lea a todos los nobles  
porque sepan lo que pasa  
en el mundo, pues la Historia  
desta suerte me lo manda.

ALEJANDR. Yo gusto de obedecerte  
y de ver cosas tan raras.

De aquesta manera dice:  
“Libro segundo, que trata  
de los que siendo pastores  
o atendiendo a la labranza  
de grandes reinos y imperios  
subieron a ser monarcas:  
Primeramente Saúl,  
y David la historia sacra  
pinta guardando ganado,  
y es fe que Dios lo señala  
para reyes de su pueblo,  
y que de toscas abarcas  
hizo a Moisés su caudillo  
cuando vió el fuego en la zarza.  
Tolomeo, rey de Egipto,  
guardaba toros y vacas;  
Telefanés, rey de Lidia,  
carros humildes guiaba;  
Gordio de hortelano humilde  
subió a la corona sacra;  
Probo cultivó jardines,  
Aurelio hortalizas varias,  
Justino guardaba ovejas,  
Galerio en el campo cabras;  
Patrasio y Lixato fueron  
reyes de la antigua Arcadia,  
habiendo sido pastores;  
Sixto, primero guardaba  
en su tierna edad ganado  
y después vino a ser papa;  
Semíramis fué pastora,  
Ciro tuvo su crianza  
entre pastores humildes,  
labrador fué el noble Bamba,  
Agatocles hizo barro,  
Primislao el campo araba,  
y siendo rey de Bohemia  
dió gloria a la casa de Austria;  
Federico, macedonio,  
que con Lucinda se casa,  
la hija del rey Lisandro,  
sus jardines cultivaba...”  
¿Quién es este Federico?

LISANDRO. El jardinero de casa.

ALEJANDR. ¿Y esta Lucinda?

LISANDRO. Mi hija.

ALEJANDR. ¿Pues qué es esto?

LISANDRO. Lo que manda  
la Historia; que entre mil reyes  
que el campo siembran y labran  
quiere que esté Federico,  
que tantos ejemplos bastan:

(1) Así en el original.

el hombre es de valor,  
no hay que replicar en nada,  
que ha de ser rey, y yo  
el hombre por su palabra.

LEONELO. Mira, señor...

LISANDRO. Ya os he dicho  
que calléis.

MARIO. Señor, bastara  
que le dieras...

LISANDRO. Bueno está.

ALEJANDR. Este libro en que reparas  
no te le ha dado la historia,  
pues es de cosas pasadas,  
y éstas están por venir,  
como se ve en las estampas  
y retratos destos reyes.

LISANDRO. Ya su retrato se saca  
para poner en la historia  
de los anales del Asia,  
y quiero que le veáis  
y me digáis si os agrada  
que esté de aquesta manera  
con aqueste escudo y armas.

*(Corran una cortina, y véase FEDERICO armado, con una rodela embrazada, en que esté escrito MI PALABRA, y con la derecha tenga asida a LUCINDA.)*

ALEJANDR. ¿Qué es esto?

LISANDRO. ¿Ya no lo ves?  
aquí dice MI PALABRA,  
y éste es vuestro rey.

ALEJANDR. ¿Qué rey?  
Tú reinas por sangre clara  
de tus nobles ascendientes,  
en los cuales no se halla  
hombre, ni le pudo haber  
que tenga sangre villana.  
¡Y vive Dios que primero  
que su azadón y aguijada  
se trueque en cetro o corona  
se ha de revolver la patria!

*(Sale fuera FEDERICO y ciérrase la cortina.)*

FEDERICO. Quedo, Alejandro, que ya  
no es el tiempo en que pensabas  
tiranizar con dos reinas  
a Macedonia y Dalmacia.  
Yo soy el rey Federico,  
yo, que deciros bastaba;  
yo, pues que todos sabéis  
que valor tengo en el alma.

No os empuñéis contra mí,  
que os quitaré las espadas  
y os cortaré las cabezas,  
que diez mil hombres me guardan,  
y con una voz que dé  
haré que me tiemble el Asia.  
Sígame el que fuere noble,  
y el que no, por su arrogancia,  
desde hoy le doy por traidor.

LISANDRO. Yo he cumplido mi palabra.

*(Vase, y todos tras él, si no es ALEJANDRO.)*

ALEJANDR. ¡Acabad, desdichas mías,  
que según os aumentáis  
parece que comenzáis  
para dar fin a mis días!  
¿De qué sirven mis porfías  
contra tan fiera fortuna?  
Ya no espero en cosa alguna  
mudar mi infeliz estado,  
que quien nace desdichado  
no ha de acertar en ninguna.

Hasta aquí pudo llegar  
paso a paso la esperanza,  
que el bien mientras no se alcanza  
bien puede el alma engañar;  
mas ya no puede pasar

de este punto a que ha llegado,  
la desdicha de mi estado,  
que esperar en tal desprecio  
es venir un hombre a necio,  
que es peor que desdichado.

Amor, que me levantó,  
hoy dió conmigo en el suelo:  
habiendo llegado al cielo  
con las alas que me dió,  
el sol me las abrasó.

De Lucinda hermosa y bella  
caro me ha costado el vella.  
En sus estrellas me vi,  
pero ¿qué importa, ¡ay de mí!,  
si fué con tan mala estrella?

Pero ¿para qué es la vida,  
y más cuando es tan cansada,  
que nunca más bien ganada  
que cuando es tan bien perdida?  
Moriré, dulce homicida,

por matarte, que en mí estás,  
y si muero, morirás  
cual casa que viene al centro,  
que mata a quien halla dentro.  
Dentro estás, ¿qué aguardo más?

(Sale ARMINDA.)

ARMINDA. Al eco de tus tristezas  
vengo a saber la ocasión.

ALEJANDR. Tales mis tristezas son  
que obligan tus asperezas.

Y pues ya por verme así  
adivinas mi dolor,  
si has tenido, Arminda, amor,  
duélete por él de mí.

No es esto en desprecio tuyo,  
que cuando el Rey me casó  
amaba a Lucinda yo:  
seis años ha que soy suyo.

No le pude replicar  
confiado en que serías,  
pues a Lisardo querías,  
fácil después de obligar.

Veniste, y con la ocasión  
de que, en efeto, cumpliste  
la palabra que le diste,  
con ser, como ves que son,  
ejemplos tan diferentes,  
dice que importa a su honor  
cumplir la de un labrador  
con tantos inconvenientes.

Con Lucinda le ha casado  
y el reino le quiere dar,  
con que se han de malograr  
mi esperanza y mi cuidado.

El reino se ha de perder  
por accidente tan fiero,  
que a un rey ayer jardinero  
¿cómo le han de obedecer?

Tú, si me ayudas, Arminda,  
con tus naves y soldados,  
a dar rey a estos estados  
y digno esposo a Lucinda,  
serás más reina que yo  
en Macedonia, y tendrás  
un esclavo en mí.

ARMINDA. No más;  
que si mi reino entendió  
que yo a casarme venía,  
y me ve con tanta armada  
volver de ti despreciada,  
hablará en ofensa mía.

Mal, Alejandro, has tratado  
mi honor, pues por ti dejé  
un príncipe que adoré,  
de tantas gracias dotado.

Y advierte que nunca amor,

aunque en muchas suele ser,  
hizo a principal mujer  
perder respeto a su honor.

No es tanta nuestra flaqueza,  
que cuando valor tenemos  
los apetitos sabemos  
refrenar con fortaleza.

Mira la mujer romana,  
que viendo un monstruo pasar,  
reventó por no llegar  
a asomarse a la ventana.

Otra, que con un carbón  
pintó a su esposo la sombra,  
presente ausente le nombra  
con tanta veneración.

Otra, estando en un tormento,  
por no hablar se cortó  
la lengua, y éstas y yo,  
que con más valor me siento,

habemos de ganar fama,  
como los hombres la estiman,  
pues los versos nos animan  
y las historias nos llaman.

Darte a ti, que eres mi esposo,  
gente contra el Rey agora,  
mucho mi valor desdora  
y mi nombre generoso.

No son celos, porque en mí  
sólo son de mi valor,  
pues no hay celos sin amor  
y nunca le puse en ti.

Si el Rey ha dado a Lucinda  
a un labrador, él se entiende;  
tú verás que la defiende  
sin que tu fuerza le rinda,

que es hombre de tal valor,  
que pluguiera a Dios que fuera  
mi esposo, y que le tuviera  
para defender mi honor.

ALEJANDR. ¡Arminda, Arminda!

ARMINDA. ¿Qué quieres?

Mal conoces despreciadas,  
aun no digo las honradas,  
pero aun las bajas mujeres.

¿Tú a mí por Lucinda, y yo  
ser tercera de Lucinda?

¿Sabes qué valor a Arminda  
el cielo en la sangre dió?

¿Sabes lo que es un desdén?

¿Sabes a lo que ha llegado  
un desprecio en pecho honrado  
del gusto que quiere bien?



Pues advierte su rigor  
que nos obliga a querer,  
que no hay más que encarecer,  
pues puede más que el amor.

(Vase.)

ALEJANDR. Todo me sucede mal.  
Ya parece que la suerte  
mi vida sentencia a muerte;  
bien merezco muerte igual.  
¡Mal haya el hombre leal,  
pues vemos que los traidores  
son dichosos en amores,  
como las adversidades  
para quien trata verdades  
en los peligros mayores!  
¡Qué bien un sabio decía,  
pues no es al dueño segura,  
que era la humana hermosura  
una breve tiranía!  
Al aparecer del día  
de sus hojas hace alarde  
la rosa, y cuando el sol arde  
la misma púrpura imita:  
¡pero qué seca y marchita  
al aparecer la tarde!  
¡Ay, Lucinda, plega al cielo  
que en este tiempo te vea,  
y el rojo que te hermosea  
transforme la edad en hielo!  
Y tú, Arminda, en quien consuelo  
pensé tener de mis males,  
veas tus sienes iguales,  
que no hay venganza en mujer  
como es el llegar a ser  
donde apenas hay señales.  
Tus naves, volviendo en ellas,  
corran tormenta de modo  
que el mar levantando todo  
te estrelle con las estrellas,  
y no te quedes en ellas,  
sino que al bajar de arriba  
el abismo te reciba  
y sea mi pecho mismo,  
que si penas en mi abismo  
morirás y estarás viva.

(Sale LISARDO.)

LISARDO. Aquí me dicen que está.—  
¿Eres Alejandro?

ALEJANDRO. Soy  
un ser que sin él estoy,

pues mi ser no me le da.

LISARDO. ¿Conócesme?

ALEJANDR. ¿Eres Lisardo?

LISARDO. El mismo.

ALEJANDR. ¿Sabes mi pena,  
y que por más bella Elena  
sea Troya abrasada aguardo?

LISARDO. Sé tus desdichas, y vengo  
a que juntas a las mías  
se parezcan tus porfías  
a las que en el alma tengo.  
¿Qué te falta para ser  
rey de Macedonia?

ALEJANDR. ¡Ay, cielo,  
fáltame vencer un hielo  
adonde me siento arder!

LISARDO. Si no la venció tu amor,  
usa la fuerza.

ALEJANDR. Sí haré  
como la tuya me dé  
en esta ocasión favor.

LISARDO. ¿Tú no quieres a Lucinda?

ALEJANDR. La adoro.

LISARDO. ¿A Arminda no dejas?

ALEJANDR. La dejo.

LISARDO. Pues si mis quejas  
eran por perder a Arminda,  
pretende el reino, Alejandro;  
yo te daré naves, gente  
y un capitán más valiente  
que Turno, el hijo de Evandro.  
Salga desta Italia Eneas,  
muera aqueste Federico,  
que si a tu lado me aplico  
no dudes que la poseas.

Daréte tres mil soldados,  
sin los pilotos, tan diestros,  
que los tiemblan por maestros  
todos los vicentos airados.

Y tanto sustento luego,  
que pueda esperar diez años  
tu gente en reinos extraños  
como para Troya el griego.

Y para aquesta conquista,  
aunque de diamantes hecho,  
la pólvora de mi pecho  
y el alquitrán de mi vista.

Y pues que al alma derechas  
tantas amor me ha tirado,  
de las flechas que han sobrado  
te daré infinitas flechas.

Y ojalá quisiera Arminda

darnos sus hermosos ojos,  
que tú vieras por despojos  
el mismo sol de Lucinda.

Pero en tierra y mar profundo  
lleva, Alejandro, mis celos,  
que con solos sus desvelos  
podrás abrasar el mundo.

ALEJANDR. Darte quiero mil abrazos,  
que con sólo tu favor  
pienso quedar vencedor.

LISARDO. Estos servirán de lazos  
que firmen nuestra amistad.  
Y ven al puerto conmigo,  
y verás que lo que digo  
no es menos que la verdad.

ALEJANDR. Pues con esa confianza  
prometo a mi pretensión  
más cierta la posesión  
que fué incierta la esperanza.

Tuya será Arminda bella.

LISARDO. En eso mi bien estriba (1),  
que no es posible que viva  
ni quiero vivir sin ella.

(Salen CELIA y FINEO, él desnudándose.)

CELIA. Mira que me das la muerte.

FINEO. No hay en esto que tratar.

CELIA. Pues no te has de desnudar.

FINEO. Celia, que es esto honra advierte.

Ya Federico ha dejado  
el hábito labrador;  
ya reina con tal valor,  
que es temido cuanto amado.

¿Pues qué quieres que haga yo?  
¿Quedarme tosco villano  
si él tiene el cetro en la mano  
que el rey Lisandro le dió?

¿Tengo de andar por ahí  
sembrando espárragos?

CELIA. Mira  
que a lo que mi hermano aspira  
es violencia en él y en ti.

Nunca fíes gran corriente  
de arroyo de tempestad,  
ni de la serenidad  
que tiene el alba al Oriente.

Nunca de valiente fiero,  
de profesión matador,  
nunca de amigo hablador

y enemigo lisonjero.

Nunca de libre mujer,  
si el refrán antiguo vale,  
que con cada sol que sale  
muda gusto y parecer.

No fíes de la fortuna  
cuando de un golpe levanta.  
La de Federico es tanta,  
que no le iguala ninguna.

Mas yo sé de su valor,  
que sabrá hacer que a sus pies  
los enemigos que vos  
le tengan, Celia, temor.

Ahora bien; afuera ropa,  
no más el tosco azadón,  
que seguirla es discreción  
si va la Fortuna en popa.

Vengan bragas y coletos  
al estilo cortesano;  
cese el lenguaje villano,  
vengan pensados concetos.

Imitemos los mancebos  
desta edad única y rara;  
hablemos por alquitara,  
busquemos vocablos nuevos.

Escribamos un papel  
que pueda el diablo escuchalle,  
empreñe algodón el talle,  
haya muñeca crüel.

Haya rizos y alfileres,  
porque diz que ya los hombres  
diferencian en los nombres  
de las señoras mujeres.

Vengan, que hacen rostros bellos,  
cuellos de holandas delgadas,  
y vengan dagas y espadas  
de cambray, como los cuellos.

Y bigoteras vendrán,  
vocablo tan peregrino,  
que no lo vió Calepino  
ni le supo el padre Adán.

Y vamos a ser discretos  
a costa de honras ajenas.  
¿Tú no vos a cuántas penas  
están los hombres sujetos  
en las cortes y ciudades?

FINEO. Muy bien se puede vivir  
con sólo saber sufrir  
desdichas y necedades.

(Salen el REY y ARMINDA, y FEDERICO, LUCINDA  
y CESARINO.)

LISANDRO. Llamad a Alejandro luego.

(1) En el original dice este verso y los dos  
que siguen el mismo ALEJANDRO; pero de su con-  
texto se deduce que quien los debe decir es LISARDO.

- ARMINDA. Pienso que, enojado, trata  
venganzas de Federico.
- FEDERICO. Sin ofensa no hay venganza;  
esto fué gusto del Rey.
- LUCINDA. Y mi ventura, que es tanta,  
que falta encarescimiento.
- FEDERICO. Si a vos, que sois ángel, falta,  
y es tanta la diferencia,  
¿qué haré yo, pues que se hallan  
mis méritos de los vuestros  
en infinita distancia?
- LISANDRO. ¡Que Alejandro, mi sobrino,  
tenga envidia tan extraña  
del valor de Federico,  
y que desprecie sin causa  
la bella Arminda!
- ARMINDA. Señor,  
yo estimo el ser despreciada,  
que sólo el obedecerte  
me hiciera dar la palabra  
de ser su esposa, pues antes  
la tuve a Lisardo dada,  
príncipe de tal valor,  
que le adoraba Dalmacia,  
y que viéndome casar,  
con su poderosa armada  
vino hasta el puerto y tomó  
tierra en una humilde barca,  
de donde vino a tu Corte  
disfrazado, que la espada  
nunca se atreve al respeto  
del dueño que tiene el alma.
- LISANDRO. Pues para que mi sobrino  
entienda cuánto se gana  
en despreciar la fortuna,  
haced que vaya mi guarda  
y busque a Lisardo luego.
- CESARINO. Yo voy.
- LISANDRO. Tú, por cuyas armas,  
Federico, Macedonia  
espanta la Europa y Asia,  
toma a mi lado esta silla.
- FEDERICO. Tu hechura, señor, levantas.
- FINEO. Si puede llegar Fineo  
a tus pies, y cuando ensalza  
la Fortuna un hombre puede  
mirar las cosas pasadas,  
pon esos ojos en mí.
- FEDERICO. Fineo, los que no aguardan  
que los derriben los cielos  
por gigantes de arrogancia,  
no desprecian los amigos  
que en la fortuna contraria  
ayudaron a sufrilla,  
porque es la mayor infamia.  
Guerra se ofrece primero  
que la corona; si tratas  
de las armas, capitán  
te nombro.
- FINEO. A tu sombra basta  
para que me tiemble el mundo.  
Aquí está Celia, tu hermana.  
Mira qué piensas hacer.
- FEDERICO. Dile que antes que me parta  
la pondré en tan alto estado  
que desconozca su casa,  
pero que agora se esconda.
- FINEO. Fuera traición declarada  
no decirte la verdad.
- FEDERICO. ¿Pues hay algo de importancia?
- FINEO. Que estoy casado con ella.
- FEDERICO. ¿Qué me dices?
- FINEO. Lo que pasa.
- FEDERICO. ¿Con mi hermana, siendo rey?
- FINEO. Cuando era Celia villana  
merecí tanto favor;  
haz cuenta que es una mancha  
que en el paño de tus diehas  
cayó por descuido.
- FEDERICO. Calla,  
que buscaremos remedio.
- FINEO. ¿Qué remedio?
- FEDERICO. Pues palabras.  
¿Qué importa?
- FINEO. ¿Cómo qué importa?
- FEDERICO. ¿Pues hay más?
- FINEO. Las circunstancias  
que suelen venir con ellas.
- FEDERICO. Una mano, es cosa clara  
que no ofende.
- FINEO. ¿Y más arriba?
- FEDERICO. ¿Cómo abrazos?
- FINEO. Quien abraza  
también se suele atrever.
- FEDERICO. Calla esa boca, que matas  
mi honor.
- FINEO. Tú dices la boea,  
que yo no te he dicho nada.
- FEDERICO. ¡Oh, varios bienes del mundo,  
apenas ponéis la planta  
donde no la estampe el mal.
- FINEO. Dime qué quieres que haga  
y no te enojés conmigo,  
que no es cosa más extraña



ser yo de Celia marido  
que tú de pieles y abarcas  
reinar hoy en Macedonia.

FEDERICO. Ahora bien; no digas nada,  
que después le diré al Rey  
que eres de mi loca hermana  
marido, y que de Lucinda  
eres cuñado.

FINEO. La Infanta  
tendrá un cuñado en Fineo  
que se le envidien las damas.

FEDERICO. Calla, y de necio serás  
discreto.

FINEO. ¿Qué necio calla?

(Sale ALEJANDRO, LISARDO, MARIO, LEONELO y  
CESARINO.)

CESARINO. Alejandro viene aquí,  
que a Lisardo acompañaba,  
porque querían los dos  
embarcarse a Transilvania.

LISANDRO. Lisardo, dame esos brazos,  
que no quiero que te partas  
menos que llevando a Arminda,  
en ti tan bien empleada  
cuanto en Alejandro mal.

LISARDO. No puede apenas el alma  
responderte de alegría.

ALEJANDR. ¿De aquesta manera tratas  
tu sangre?

LISANDRO. Tú lo mereces,  
pues que con tanta arrogancia  
desprecias la bella Arminda.

ALEJANDR. ¿Por qué desprecio le llamas,  
sabiendo tú que es amor  
con que fué de mí adorada  
mi prima, que das a un hombre  
que de una humilde cabaña  
sacas a un reino que tuvo  
tan generosos monarcas?

FEDERICO. No más, Alejandro; advierte  
que a los discretos ampara  
en las desdichas del tiempo  
la paciencia y la esperanza.  
Tú propio tienes la culpa.

LISANDRO. ¿Qué ruido es éste? ¡Hola, guarda!

(Sale ALBERTO, viejo.)

LEONELO. El padre de Federico,  
que llegar no le dejaban,  
respeto de aquel sayal.

FEDERICO. Entre, que no hay oro y plata

como ver que mi virtud  
de entre estos sayales salga.  
Toma, buen padre, esta silla,  
que en ti está bien empleada;  
mejor que en mí, pues que fuiste  
quien entre pobreza tanta  
engendró tanto valor  
como el que mi pecho alcanza,  
pues llega a tan gran corona  
la sangre que en mí trasladas.  
Siéntate, padre; ¿qué miras?  
Siéntate, padre; ¿qué aguardas?  
El Rey nos dará licencia.

ALBERTO. Antes a tus pies postrada  
mi bajeza perdón pide.

LISANDRO. ¿Qué es esto, Alberto? Levanta.  
¿Tú desa suerte?

ALBERTO. Señor,  
mi ofensa encubre mi cara.

LISANDRO. ¿Qué ofensa?

ALBERTO. En vano los hombres  
contra el cielo se declaran,  
pues a lo que él determina  
no hay contradicción humana.  
Cuando tu hermano famoso  
dió a mi mujer en tu casa  
Alejandro, tierno niño,  
por ser su madre tan alta  
en sangre como tú sabes  
y él nacido por desgracia,  
yo le troqué con el mío  
porque mi sangre reinara,  
que Federico es sobrino  
tuyo, y viendo que mis canas  
son de mi engaño el espejo  
y de mi cuerpo mortaja,  
y que el fuerte Federico  
y no Alejandro reinaba,  
quise decir la verdad,  
pues ya la muerte me aguarda  
por mi delito y mis años.

LISANDRO. No en vano tanto te amaba,  
Federico, el alma mía.

Mil veces mi cuello enlaza.

ALEJANDR. Villano, ¿qué dices?

ALBERTO. Digo  
que eres mi hijo.

ALEJANDR. Esta traza  
ha sido del Rey.

LISANDRO. Advierte  
que ningún hombre pensara  
contra su sangre este engaño,

y que la tuya, villano,  
haré que saque un verdugo.  
¡Hola! Aquel gabán me traigan  
con que andaba Federico.

MARIO. Colgado, señor, estaba  
con las armas por su gusto.

LISANDRO. Viste, y no repliques.

ALEJANDR. Baja  
mi fortuna justamente.  
Vestiréle porque traiga  
escarmiento a los soberbios  
y castigo a los que tardan  
en gozar de la ocasión.

FINEO. Quedo, escuchen, que no paran  
aquí todas las desdichas:  
yo me casé con la hermana  
de Federico.

FEDERICO. Pues bien...

FINEO. Suplícote que no valga,  
pues vuelve a ser Celia a secas.

FEDERICO. No hay remedio.

FINEO. ¿Qué abrasada  
cometa pasó más presto  
que mi dicha? ¿Qué mudanza  
hizo hebrero de agua al sol,  
y después de sol en agua?  
¿Qué azar vino más apriesa?  
¡Oh mundo, infame baraja:  
pintas rey y dasme sota!

LISANDRO. Lisardo, a tu prenda amada  
da la mano, y tú a Lucinda.

FEDERICO. Aquí, Senado, se acaba,  
para cumplir la que os dimos,  
*El hombre por su palabra.*

# COMEDIA FAMOSA

DE

## LA HONRA POR LA MUJER

### LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DE HUNGRÍA.  
EL DUQUE URSINIO, *viejo*.  
LA CONDESA MARGARITA.  
EL MARQUÉS LEONIDO.  
AUSONIO, *caballero*.

PORCIA, *criada*.  
EL CONDE LAURENCIO,  
*viejo*.  
EL CONDE UBERTO.

LA REINA ROSAURA.  
CONRADO, *caballero*.  
VALÓN, *lacayo*.  
RUPERTO, *criado*.

### ACTO PRIMERO

(Sale por una puerta el CONDE UBERTO, vistiéndole los CRIADOS y los MÚSICOS cantando. Y por otra puerta la CONDESA MARGARITA, dándola de vestir las CRIADAS, y VALÓN, lacayo, y PORCIA, criada.)

MÚSICOS. Al rayo del sol de abril  
su nieve peinan los montes,  
por dar a sus viejas canas  
nuevos cabellos de flores.  
Dilatados arroyuelos  
cadenas de hierro rompen,  
dando plata la esmeralda  
de las márgenes que corren.  
A las plantas de los sauces  
su luz quitan las prisiones,  
y suenan grillos nevados,  
para que perlas se tornen.  
Cantan las aves del día  
y las nocturnas se esconden,  
que como las sombras aman  
tienen a la luz por noche.  
¡Mas ay del que las oye,  
celoso de su bien, rico de amores!

CONDE. Dichoso, señora, el que ama  
ajeno destos recelos,  
sin tener desdén y celos.

MARGARIT. Ese sólo amor se llama,  
aunque diga algún discreto  
que son salsa del amor.

CONDE. Correos dirán mejor  
de algún amor imperfeto;  
que aunque dicen que ellos dan  
a su esencia nueva vida  
y que con ser su homicida  
nueva alma dándole están,

para mí, causa que quita  
el sosiego, infierno es,  
y aun imperfección después,  
pues tanto la solicita.

MARGARIT. Gracias a Dios, Conde amado,  
que podéis decir que amáis  
sin ellos, y que gozáis  
ajeno de esc cuidado.

En tan quieta posesión  
los brazos, como marido,  
y gracias a Dios que ha sido  
tan dichosa mi afición.

CONDE. La dicha, Condesa hermosa,  
sólo la he gozado yo,  
pues Amor al mío dió  
discreta y honesta esposa.

Dar ventura a un hombre el cielo  
en hacienda por el mar,  
por bien se debe estimar  
darle gracias en el suelo.

Con honrosas dignidades,  
mandos, imperios, criados,  
con que de humildes estados  
levantan sus calidades,

grande dicha viene a ser  
y es de los ciclos favor;  
mas de todos el mayor  
es darme cuerda mujer.

Y de las partes, mi bien,  
que Amor sabe que gozáis,  
con que a las romanas dais  
gracia y envidia también.

MARGARIT. Lo más digno de alabanza  
en mí viene a ser, señor,  
el merecer vuestro amor.



VALÓN. ¿Qué gusto, di, Porcia, alcanza  
el que gozan los que riñen  
como aquestos dos señores?

PORCIA. Y con plumas de favores  
las tiernas almas escriben.

VALÓN. ¡Ah matrimonio dichoso,  
comunes las voluntades!

PORCIA. Si en él se tratan verdades,  
¡qué yugo es tan sabroso!

VALÓN. ¿Qué piensan los avestruces,  
índices del tiempo vario,  
que le han llamado calvario,  
dándole infinitas cruces?

¿Hay gusto como pensar  
que aquel libro donde lee  
un hombre es suyo, y posee  
lo que no le han de quitar?

¿Hay regalo como ver  
en amable compañía  
toda la noche y el día  
a su lado una mujer?

Y que por lo menos ésta,  
si intenta darle pesar,  
al cabo le ha de dorar  
por no desdecir de honesta.

Mal año para el amante  
que, hecho camalcón,  
aguarda una posesión,  
idolatra en un diamante.

Y tras de haberle labrado  
a poder de sangre y oro,  
con el indio y con el moro  
le engasta, si le da agrado.

Y esto con sólo querer  
darse por descomedida,  
que no es censo de por vida  
el gusto de una mujer,  
cuando al fin la sucesión  
pende de su voluntad.

PORCIA. Has dicho, Valón, verdad.

VALÓN. ¿Verdad? Evangelios son.

Ninguna hay que no desea  
chupar, como las esponjas;  
¿hay mejor torno de monjas,  
que dándole se rodea?

CONDE. ¿Qué decís?

PORCIA. Está alabando  
tu vida Valón, y yo  
digo que el ciclo te dió  
lo que el mundo está envidiando  
en tu esposa y mi señora.

CONDE. Hoy de Belflor la saqué

por lograr mejor mi fe,  
que sólo en la suya adora.

A esta quinta la he traído,  
y sé que en aquesta quinta  
en el alma Amor la pinta  
sin que la borre el olvido.

¿No es verdad esto, mi bien?  
De mi afición ¿qué sentís?

MARGARIT. Que es así lo que decís,  
y que yo os pago también.

Y bien sabe, Conde, Amor  
que en aquesta soledad,  
donde vive la verdad  
sin afeite de color,

que me hallo con más gusto  
que no en la Corte del Rey,  
porque siguiendo la ley  
del vuestro sigo lo justo.

Fuera de que no pudiera  
gozar allá de los ratos  
sobre estos campos, retratos  
de la hermosa primavera,  
de mi esperanza cumplida  
como los gozo con vos,  
en paz y en unión de Dios,  
ya por mi bien florecida.

¿No es verdad esto?

CONDE. Cantad

y bajemos a estas fuentes,  
porque sus puras corrientes  
retraten vuestra verdad.

Las flores darán pinceles,  
vuestros labios las colores,  
y si han de pintarse amores,  
¿quién, sin amor, será Apeles?

(Van a cantar, suena ruido dentro, y dice AUSONIO  
y LEONIDO, marqués:)

AUSONIO. Cayó el Rey.

LEONIDO. Tén el caballo.

AUSONIO. ¡Mal haya, amén, quien le puso  
el primer freno y dispuso  
los modos de sujetallo.

LEONIDO. El sol de Hungría ha eclipsado  
el más feroz animal.

(Sale AUSONIO, alborotado.)

AUSONIO. ¡Matalle, por desleal!

¿Cómo está tan sosegado,

Conde, aquí Vueseñoría,  
cuando un alazán ha muerto  
a su Rey, porque encubierito  
ahora a cazar venía

a ese bosque?

CONDE. ¡Santo cielo!

AUSONIO. De un estribo le ha arrastrado  
largo trecho en ese prado,  
y así su muerte recelo.  
Mas, ¿qué me canso, si es éste  
que trae el marqués Leonido?

CONDE. ¡Qué grande desdicha ha sido!

*(Salen el MARQUÉS LEONIDO y otro criado con el  
REY sobre los brazos.)*

LEONIDO. Conde, el remedio se apreste:  
partid por él a Belflor,  
traed los médicos luego.

CONDE. ¿Tal en mi casa a ver llevo?  
¡Ay, rey Enrique! ¡Ah, señor!  
Dadme un caballo, y llegad,  
Marqués, a Su Alteza aquí.

REY. Muy bien va trazado así.

CONDE. Esta sala despejad.

*(Vanse todos, y queda el REY con la CONDESA DOÑA  
MARGARITA.)*

MARGARIT. ¿Qué es esto, Enrique dichoso,  
luz de Hungría, sol del mundo,  
Alejandro sin segundo,  
más que el Macedón famoso?

¿Qué sentís? ¿No habláis, señor?

REY. ¿Estamos solos, Condesa?

MARGARIT. La que serviros profesa  
no está sola de favor,  
aunque de criados sí.

REY. Y yo en la Corte lo he estado  
después que en ella ha faltado  
la hermosura que en vos vi.

MARGARIT. Aquese favor estimo  
como de mano de un rey,  
que hace la palabra ley,  
y a agradecerlo me animo.  
Pero de aquesta caída,  
¿cómo Vuestra Alteza está?

REY. Como quien espera ya  
remedio en vos de la vida.

MARGARIT. ¿En mí, señor? ¿De qué suerte?

REY. Hablemos claro, señora;  
disfraces dejando agora  
en una ocasión tan fuerte,  
donde ha sido menester  
caer para dar lugar  
a que os deje el Conde hablar.

MARGARIT. ¿Vuestra Alteza echa de ver  
que ya soy del Conde esposa?

REY. Y de eso sólo ha nacido

haber, Condesa, caído.

MARGARIT. Qué, ¿traza ha sido?

REY. Y forzosa.

Aquesto ahora fingí  
y ya de hablaros dispuesto,  
tras de haber mi vida puesto,  
Margarita, en vos sin mí.

Yo os adoro, aquesto es cierto,  
y aunque de su potestad  
puede usar la majestad,  
por este camino acierto;  
que el hombre que tiene amor  
y con lástima no obliga,  
ninguno en el mundo diga  
que obligará con rigor.

Después que a Belflor venisteis  
y os vi, Condesa, casada,  
aunque tan bien empleada,  
nuevo amor en mí encendisteis.

Quíseos doncella, y así  
por más antiguo que al Conde,  
que a vuestro amor corresponde  
me debéis querer a mí.

A esto vengo, y es fingido  
lo que habéis visto, Condesa,  
la victoria en esta empresa  
al campo de mi sentido.

MARGARIT. Aunque es común opinión  
que quien escucha responde,  
a la respuesta es de adonde  
renace la posesión.

Os tengo de responder  
ya, señor, que os he escuchado,  
porque de vuestro cuidado  
desengaño venga a ser.

Y así digo que confieso  
que doncella os tuve amor,  
en aquel grado, señor,  
que a la libertad el preso.

Vuestras colores vestí,  
vuestros favores gocé,  
los papeles estimé  
que por vuestros recibí.

Las galas y los paseos  
que di (1) a vuestra confianza  
fundaron en mi esperanza  
babilonias de deseos.

Pero tras de todo aquesto  
ya mi padre me casó,

(1) Así en el original; pero parece debiera decir  
"debí".

y por mi esposo me dió  
al Conde, a quien he propuesto  
querer con la obligación  
que debo a noble mujer,  
dejado que este querer  
nace de mi inclinación.

Yo estoy contenta con él,  
porque es muy galán el Conde,  
y aunque su poder no esconde  
otra goza de laurel

de un ingenio peregrino,  
y el alma que esconde amor  
tiene el imperio mayor,  
sólo busca ese camino (1).

Y así caed en la cuenta,  
para que no intentéis, ciego,  
conquistas de cuyo fuego  
ha de renacer mi afrenta.

REY. El rey, Condesa, es un sol  
que a nadie puede manchar.

MARGARIT. Sí; pero puede eclipsar  
la fama con su arrebol.

Que como la luz es tanta  
que entre su grandeza ofrece,  
aquel que mira escurece,  
y al fin, como es sol, levanta  
del suelo de algún traidor  
el ver que a mandar le sube  
vapores, que son la nube  
en el cielo del honor.

REY. Yo no impediré ese intento,  
pues en estas ocasiones  
sólo saco exalaciones  
que abrasan mi pensamiento.

MARGARIT. En el mío no han de entrar  
más que la estrella del Conde,  
con cuyos rayos se esconde  
la estrella del mal de amar.

Vos sois sol, aquesto es cierto;  
mas con vuestra claridad  
no ha de llegar mi lealtad  
a ningún honroso puerto.

No porque vuestro arrebol  
es causa dellos forzosa,  
mas porque es natural cosa  
seguir las sombras al sol.

Estas en vos son criadas  
almas de la adulación,  
que ya viles lenguas son

cuchillos de las honradas.

Y así, cuando no mirara  
más que esa razón, muriera  
primero que escureciera,  
la estrella del Conde, clara.

Concluyendo en esta ley,  
por quien ya licencia os pido,  
que quiero más del marido  
la estrella, que el sol del rey.

Y si yerros por amor  
son dignos de perdonar,  
bien me puede disculpar  
aquéstos, por ser de honor.

(Vase MARGARITA y sale LEONIDO.)

REY. Aguarda.—¡Fuése!

LEONIDO. Esperando  
he estado yo aquí escondido.

REY. Y mi mal habrás oído  
estar siempre pronunciando  
a aqueste hermoso juez.  
del reino de mis deseos.

LEONIDO. Firmezas son y trofeos.  
Pero ¿quieres de una vez  
volver a entrar en su pecho  
y ganar lo que perdiste?

REY. Que en tus industrias consiste  
hoy mi remedio sospecho.  
¿Cómo podré?

LEONIDO. Lleva al Conde  
a la Corte; dale en ella  
cargos, pues es estrella,  
y en algo al sol corresponde.

Tendrá para ellos valor:  
quizá el ver a su marido  
honrado, hará que su olvido  
trueque en recíproco amor.

Que si ella le quiere bien,  
claro está que ha de gustar  
le honres, y la ha de obligar  
la satisfacción también.

Este es el medio más sabio,  
que no es el primero adonde,  
suele ser aqueste Conde  
el honor capa de agravio.

Esto, señor, he elegido  
para podella ablandar,  
que con dar y porfiar,  
¿qué torres no se han rendido?

REY. Prudente consejo es,  
y seguirle determino,  
aunque no es este camino

(1) Esta redondilla y la anterior no tienen el sentido claro. El texto parece evidentemente alterado.



donde hay pasos de interés.

Pero servirá siquiera  
el tenerlos a mis ojos,  
y aunque creciendo en enojos  
alcanza quien persevera.

LEONIDO. ¿Diremos que has vuelto ya  
en ti del golpe, señor?

REY. Antes ha sido mayor  
el que ya el rigor me da.

(*Salen el CONDE y VALÓN.*)

CONDE. ¿Bueno ya el Rey en tan breve  
tiempo? No sé qué sospecha  
camina al alma derecha  
con los efetos de nieve.—

Los pies Vuestra Majestad  
me dé, que de verle, así  
nueva alma se infunde en mí  
de gozo.

REY. Buen Conde, alzá.

¡Oh qué amigo tengo en vos!  
¿Traéis los médicos ya?

CONDE. Los mejores que hay allá,  
os traigo.

REY. Gracias a Dios  
que no serán menester.

CONDE. ¿Cómo?

REY. Como fui de vida,  
Uberto, en esta caída.  
Yo vine a este monte ayer,  
por él anduve cazando;  
llegué aquí, quiseos hablar,  
y esto tuve por azar;  
pero ya estoy mejor.

CONDE. Cuando  
así os vi, saben los cielos  
el cuidado que hubo en mí  
y cómo a Belflor partí...—  
¡Que vais penetrando, celos!—  
(*Aparte.*)

Pero el disgusto pasado  
porque estéis bueno agradezco.  
Lo que por la pena ofrezco  
y el recibido cuidado.

REY. Aunque también vuestra esposa  
como vos, Conde, ha caído,  
pues lo tenéis merecido  
por lealtad, por sangre honrosa.

Título de mayordomo  
os doy en mi casa, y sea  
para que dejéis la aldea.

CONDE. A mi cargo el honor tomo.

Hoy el agradecimiento  
de tan noble favor (1);  
y caídas, gran señor,  
que traen por fundamento  
tales mercedes, serán  
hoy de mi honor escalera,  
adonde como en vidriera  
de obligaciones verán  
mis ojos, que les importa  
trabajar para servirlos.

REY. Empezad a preveniros,  
pues es la jornada corta,  
para partir, y quedad  
adiós.

CONDE. Tras de vos iré,  
donde siempre os serviré.

REY. Honraros pienso. Llevad  
la Condesa.

(*Vase el REY y LEONIDO.*)

CONDE. ¡Gran señor,  
quiera Dios que desta honra  
no nazca alguna deshonra  
para enterrar a mi honor.

VALÓN. El Rey se va, y fué fingido  
lo del caballo.

CONDE. ¿No ves  
cómo me ha hecho después  
su mayordomo?

VALÓN. ¡Crecido  
favor!

CONDE. ¡Sabe Dios si siento  
que me honre!

VALÓN. ¿Enriquecer  
tu valor, qué puede ser?

CONDE. Mi mujer es fundamento.  
Y cargas que van fundadas  
en ellas habrán de verse,  
que vienen a deshacerse  
y dejan de ser honradas.

Por este camino así...

VALÓN. Deja aquestas confusiones,  
que quizá son ilusiones  
que forma el amor en ti.

CONDE. No les pienso dar lugar,  
Valón, en mi pensamiento,  
por ser todo el fundamento  
quien el sol puede envidiar  
por honesta y virtuosa,  
y basta para tener

(1) Verso incompleto y el sentido oscuro.

defensa del ser mujer  
ser Margarita mi esposa.

VALÓN. Ella viene.

(Sale MARGARITA.)

MARGARIT. Bien pudiera  
daros del eargo, señor,  
el parabién; mas quisiera  
que el Rey no os le hubiera dado.

CONDE. ¿Por qué, señora?

MARGARIT. ¿Por qué?  
Porque yo jamás me hallé  
con más venturoso estado  
que aqueste en que agora vivo:  
lógranse mis esperanzas  
sin estorbos ni mudanzas,  
y ningún daño recelo.

CONDE. Pienso que en mi fe jamás  
sospecho que las veréis.

MARGARIT. Y si es que en la Corte os veis  
será el pensar por demás  
que dejéis de distraeros,  
porque galas, discreciones,  
embotan en ocasiones  
los más constantes aceros.

CONDE. Esas razones, mi bien,  
tienen algo de recelos,  
por lo azul.

MARGARIT. Tengo recelos.

CONDE. Sí; mas no tenéis de quién.  
Vamos, porque luego quiero  
que se apreste la partida.

MARGARIT. Si el Rey entra por caída  
a levantaros, primero  
que a mi honor vea caer  
no habrá en mi sangre valor,  
que aun muerto será mi honor  
vivo contra su poder.

(Vanse todos; sale el REY y LEONIDO, CONRADO y  
acompañamiento.)

CONRADO.

¡Plaza dé aquí a Su Alteza!

LEONIDO.

¡Qué poco gusto muestra  
tener con la belleza  
el Rey deste retrato que ha traído  
de la Reina, su esposa!

CONRADO.

La tristeza en los reyes es forzosa.

REY.

Bella Condesa mía,  
no mía, ajena; si por darme enojos  
cuando tu elaro día  
por los serenos cielos de esos ojos  
mostraba a mi esperanza  
que tras la tempestad es la bonanza;  
cuando tu hermoso oriente  
sin nubes de rigor, que era mostrarse  
regando el sol la frente  
y en premios de suspiros anegarse,  
por mantener de flores  
nueva vida mi amor, niño en favores;  
si de tu hermosura  
la gloria sólo está de mis deseos  
pendiente, ¿qué procura  
tu desdén riguroso? ¿Qué trofeos,  
esperas de un vencido,  
más que mirarlo por tu amor perdido?

Yo confieso que debes  
mucho a tu honor; pero el amor, señora,  
que a resistir te atreves  
tienes mayor obligaeión ahora,  
por haber de tu peeho  
antes que ese honor el amor hecho.

Mas ¡ay!, que estás casada  
y adoras como honrada tu marido;  
mas aunque sierra helada  
a las quejas de un Rey si piedra ha sido,  
sol será mi porfía  
contra la fuerza de tu nieve fría.

LEONIDO.

Ya los embajadores  
de Inglaterra y Persia se han partido.

REY.

Y ya en tales rigores,  
Leonido, del amor pierdo el sentido.

LEONIDO.

Tu ilustre casamiento  
impidirá, señor, aqueese intento.

El orden lleva Eusenio,  
de la Condesa padre, que a Rosaura  
suspenda el casamiento.

REY.

Poco el Duque, Leonido, me restaura  
el perdido contento,  
que sin ser, ya es loeo pensamiento.

No quiero sin sus ojos  
que tengan ningún bien mis esperanzas;

todos sean enojos  
mis gustos y contentos y bonanzas  
que en el mar de mi pecho  
de su ausente hermosura amor ha hecho.

Que como fué pintada  
y vi el original de la Condesa  
tan bella como helada,  
borré del alma a la Reina apriesa,  
porque antes que su día  
amaneció tu sol, Condesa mía.

LEONIDO.

Casóse y recordaron,  
señor, con nueva vida tus deseos,  
si en algo se olvidaron.

REY.

Retratóme las galas, los paseos,  
la envidia que su esposo  
gozasc el ducño que adoré dichoso.

(Sale AUSONIO.)

AUSONIO.

Albricias Vuestra Alteza  
me puede dar.

REY.

¿De qué?

AUSONIO.

De que entra ahora  
el Conde y la belleza  
de su esposa con él, dando a la aurora  
de su hermosura al suelo  
lo que las aves dan con veloz vuelo.

De Belflor han llegado,  
que, como, cerca está, hoy se partieron  
y han en la Corte entrado.

REY.

Dime, ¿entró muy hermosa?

AUSONIO.

Como al nacer del sol purpúrca rosa.

¿No has visto entre la nieve  
de una montaña y la del cielo el alba  
salir cuando se atreve  
hacerle al campo sonora salva  
dando rayos al día?

Pues en una litera así venía

el Conde y sus criados  
a mula, y en dos coches las doncellas,  
sus soles anublados,  
tan sólo por venir dando centellas,  
en cuyas blancas tocas

suelen decir que viven almas locas.

Mas el Conde, que viene  
de camino a besar tus pies reales  
donde su dicha tiene,  
podrá darte de aquesto más señales.

REY.

Salid a acompañarle.

AUSONIO.

Bien mercede, señor, el Conde honrarle.

(Salen [a] acompañarle al CONDE, y viene tras ellos  
muy galán.)

CONDE.

Deme sus pies Vuestra Alteza,  
generoso ilustre Enrique,  
a quien los caducos tiempos  
contra la envidia eternicen;  
a quien obedezca el mar,  
y como agora te rinden  
su cetro Hungría y Escocia (1)  
mandes desde España a Chipre;  
dando a las heroicas trompas  
de la fama que publiquen  
sobre los hombros del Austro  
triunfar vitorias insignes.  
El Conde soy de Belflor,  
que honrado vengo a servirte,  
tan noble como leal,  
tan vasallo como humilde.  
La lealtad viene en mis obras,  
y entre sus honrosas timbres  
servicios de mis pasados  
para que a honrarme te obliguen.  
Que aunque parezca arrogancia,  
el reino que manda y rige  
por Eduardo, mi abuelo,  
sus verdes laureles ciñe.  
Mi padre, el conde Laurencio,  
que, ya cansado, reside  
retirado en un convento,  
de ser en la guerra Alcides,  
de todo el húngaro mar,  
en sus años juveniles,  
fué general, sujetando  
sus Escilas y Caribdes.  
Mil triunfos dió a su corona,  
dejando a la envidia triste,  
que en el pecho de palacio  
como cuerpo propio vive.  
Animando estas vitorias  
Carlos, que a sus pasos rige

(1) Así en el texto; pero debe decir Escitia.



su hermano, a quien ya, señor,  
la pálida muerte rinde.  
Ese soy, y aquesto he dicho  
delante de los que os sirven  
honrados de los favores,  
que es justo que el mundo envidie.  
No, señor, porque lo sepan,  
pues ya la faz me lo dice;  
mas porque si honrarme quiere  
sin servicios no publiquen  
que es dicha, sino que entiendan  
que con aquéllos se miden  
que han hecho a vuestra corona  
mi padre y abuelo insigne.

REY. Levantaos, Conde, del suelo,  
y porque de vuestra stirpe  
gocéis el premio debido  
a sus hazañas sublimes,  
Marqués de Lipona os hago.

CONDE. Si así pretendes subirme (1)  
sea escala vuestra mano:  
dadme que la bese humilde.

REY. Tomad, y con ella os doy,  
pues de escala al reino sirve,  
la frontera de Danicl,  
fuerza contra el mar terrible.

CONDE. Si me honráis de aquea suerte,  
¿quién habrá que no me envidie?  
Viva eterna vuestra fama,  
que con los cielos compite.

VALÓN. Estate en el suelo un año,  
pesia tal, si ha de añadirte  
esas ensanchas el Rey,  
aunque en él te arromadices.  
Bien has hecho en referir  
cómo son estos países  
suyos por tu ilustre abuelo.

CONDE. La envidia, Valón, es lince,  
y quiero que sepan estos  
señores que al lado siguen  
del Rey, que si el Rey me honra  
no es por intereses viles.

AUSONIO. Galán viene el Conde.

CONRADO. Es  
cuanto discreto, apacible;  
cuanto galán, cortesano.

AUSONIO. No envidiaré yo que prive.

REY. Esta noche a la Condesa  
tengo de ver. Apercibe  
capa de ronda, que el Conde

dará lugar, pues me sirve.

LEONIDO. Está bien.

REY. Conde.

AUSONIO. ¡Qué amor  
abrasa el pecho de Enrique!

REY. Mi privanza sois.

CONDE. Hechura  
soy vuestra, señor, en todo,  
y soy vuestro esclavo humilde.

(Vanse; salen MARGARITA y PORCIA.)

MARGARIT. Ya empieza el Conde a hacer,  
Porcia, verdad mis recelos.

PORCIA. Disculpa puede tener  
hasta ahora con tus celos.

MARGARIT. ¿Cómo?

PORCIA. Como irá a ver  
a Su Alteza y le tendrá  
en palacio entretenido  
con el cargo que le da...

MARGARIT. Haberle favorecido  
para tenérmele allá,  
no contento con el día,  
la noche, disfavor es.

PORCIA. No es tarde, señora mía.

MARGARIT. Se funda en el interés  
mi amorosa fantasía.  
Si es el Conde mi esperanza  
y mi amado y dulce amor,  
sólo espera su bonanza  
que este dichoso favor  
lo marche su mudanza.

Si de sus ojos y orientes,  
almas de mi voluntad,  
están mis glorias pendientes,  
siendo de aquesta verdad  
obras, testigos presentes,  
¿cómo quieres que no esté  
sola sin él, pues sin mí  
está cuando no le ve  
el alma, que ya ofrecí  
en las aras de su fe?

PORCIA. Sí; pero no ha merecido  
culpa el Conde, mi señor,  
que como haya venido  
a la Corte de Belflor  
de su Rey favorecido,  
sin duda que estará agora  
en palacio, que es adonde  
no ofende tu amor, señora;  
porque ya sé bien que el Conde  
sólo en tus ojos adora.

(1) En el original "servirme" por errata.

MARGARIT. ¡Ay, Porcia, si yo tuviera  
de aqueso satisfacción,  
qué venturosa que fuera!

PORCIA. Ser puedo en esta opinión  
coronista verdadera.

MARGARIT. ¿Cómo?

PORCIA. Como la experiencia  
muy claro me lo ha mostrado,  
que es la más heroica ciencia.

MARGARIT. ¿Dónde?

PORCIA. Donde hemos estado.

MARGARIT. ¿No ves que no ha habido ausencia?

¿O es porque se descubre  
la falsedad de un amante?

PORCIA. Yo sé que el Conde es diamante  
y que su fineza cubre (1)  
con el oro de firmeza;  
obligándome a creer  
todo aquesto tu belleza,  
que de todas pudo ser  
principio y naturaleza.

Demás que por los sujetos  
son las causas conocidas:  
éstos en él son perfetos,  
pues engendra nuevas vidas  
amor sus tiernos concetos.

Mil veces, cuando salía  
en Belflor a ver las flores  
a tu amor las ofrecía  
disfrazados en favores,  
favores que a ti te hacía.

Si vía el blanco jazmín,  
decía que era tu frente,  
y si el clavel de carmín  
tus labios, dando al oriente  
menos hermosura, en fin.

Si a las encarnadas rosas,  
“de mi Condesa querida  
son las mejillas hermosas,  
que al alma dan nueva vida  
y a mi amor gloria dichosa”.

¿Por qué en esto no podía (2)  
conocer bien su firmeza?

MARGARIT. Las palabras, Porcia mía,  
en ti son mucha agudeza.

PORCIA. Mucho tu amor desconfía.

MARGARIT. Amo y temo, que el amor  
de perderse lo ganado

es solamente un temor;  
mas por lo que has consolado  
el mío, toma.

(Dala una sortija.)

PORCIA. El favor  
como de tu mano estimo.

MARGARIT. Hacia el corredor salgamos,  
que aún de esperanzas me animo.

(Salen el REY y LEONIDO de noche.)

LEONIDO. Si hoy para tu amor ganamos  
algún favor, hoy imprimo  
en bronce la industria dada  
para haber llegado aquí.

REY. Sólo de la nieve helada  
desta piedra por quien vi  
mi esperanza mal lograda,  
me contentaré con ver  
la superfieie divina,  
y podré alegre volver.

LEONIDO. El sol corrió su cortina  
y ya quiere amanecer,  
pues por ese corredor  
vienen dos albas.

REY. La una,  
según muestra el resplandor  
que nos da la blanca luna,  
la Condesa es de Belflor.

LEONIDO. ¿Vióse tal dicha?

REY. Leonido,  
déjame llegarla a hablar,  
que pues dejo entretenido  
al Conde, bien podrá dar  
gloria un rato a mi sentido.  
Embozado llego.

LEONIDO. Ve.

MARGARIT. ¿Es el Conde?

REY. Sí, señora.

MARGARIT. ¿De dónde venís agora?  
Señor, bien imaginé (1)

esto en Belflor. La primera  
noche que en la Corte estáis  
hacéis que de ausencia muera:  
¡mal mis deseos pagáis!

REY. Esta será la postrera  
que os dé disgusto, mi bien.

MARGARIT. ¡Ay de mí! No es éste el Conde.

PORCIA. Yo lo extrañaba también.

MARGARIT. Alma de poder esconde,  
Porcia mía, un hombre en quien

(1) Falta un verso a esta quintilla.

(2) En el original está este verso escrito de esta inadmisibile manera: “¿Para qué esto me podía”.

(1) Falta un verso a esta quintilla.

vive tal atrevimiento (1).  
 REY. ¡Ce, señora, ¿os vais? Oí:  
 advertid que os llama el Conde  
 MARGARIT. Entrate y cierra tras ti,  
 que el Conde que en voz se esconde  
 no es buen Conde para mí.

(Vase MARGARITA y PORCIA.)

REY. Su engaño sin duda vió.  
 LEONIDO. Entróse, y Porcia la puerta  
 ya de su cuarto cerró.  
 REY. ¡La de mi desdicha abierta  
 eon ausentarse dejó!  
 LEONIDO. La ocasión mejor se ha ido;  
 sin duda, señor, que fuiste  
 en la voz deseconocido.  
 REY. Cuando en engaño consiste,  
 ¡qué fácilmente es perdido!  
 A dar voces me provoco.  
 LEONIDO. Quedo; advierte que hacia aquí  
 sube gente.  
 REY. En lo que toco  
 se ha de ver muy bien en mí,  
 que el amor me tiene loco.  
 Hacia el zaguán nos bajemos,  
 no nos tope algún eriado.

(Sale el CONDE y VALÓN.)

CONDE. El honor es todo extremos,  
 y más de amor animado.  
 VALÓN. A conocerlos lleguemos;  
 que embozados y a csta hora  
 en tu casa no es razón  
 cuando en este brazo mora  
 valor, fuerza y opinión.  
 CONDE. Valón, el estar ahora  
 receloso de llegar  
 no es poco valor tener  
 si ha de venir a alcanzar  
 enigmas que habrán de ser  
 vistas de mejor pesar.  
 Mandóme el Rey que esperase  
 en palacio hasta la eena  
 y que dél no me ausentase.  
 Fuése, y quedó el alma llena  
 de ver que así me obligase.  
 Aguardarle de reelos  
 contrarios para mi honor,  
 inspiráronme los cielos,  
 profetas cuando hay amor,

(1) Este verso suelto entre dos quintillas indica que faltan los otros cuatro.

que hacen ciertos sus desvelos,  
 a que a mi casa viniese:  
 ha querido mi desdicha  
 que en ella estas sombras viese.  
 VALÓN. Ya que eso no ha sido dicha...  
 CONDE. Valón, y si éste el Rey fuese,  
 ¿qué puede en ella querer  
 cuando della ausente soy?  
 VALÓN. Si piensas que él ha de ser  
 en gran confusión estoy  
 en lo que tienes de hacer.  
 ¿Quicres conocerle?  
 CONDE. Sí.  
 VALÓN. No procures conoeelle,  
 sino disimula ansí,  
 que si intentas ofendelle  
 no le apartarás de aquí.  
 CONDE. Eso pone en mis sentidos  
 sospecha, Valón, forzosa  
 para quedar más perdidos;  
 que si es él es cierta cosa  
 que a esto vienen prevenidos.  
 ¡Veré si es él, vive Dios!  
 VALÓN. Pues llega, y entra mandando,  
 que dos somos para dos.  
 LEONIDO. Hacia acá vienen llegando.  
 REY. Vamos.  
 CONDE. ¿Quién va?  
 REY. ¿Quién sois vos?  
 VALÓN. Preguntar más es error,  
 y a tu honor no corresponde.  
 Vuelve atrás, porque es mejor,  
 pues en llamar vos a un Conde  
 te ha dicho que es Rey, señor.  
 Con eso y irse embozado  
 lo muestra.  
 CONDE. Pues no ha de irse  
 sin dar luz a mi euidado.  
 VALÓN. Piensa bien, que en encubrirse  
 es lo que has imaginado.  
 REY. Embózate, y ven por donde  
 no nos conozcan, Leonido,  
 que esto a mi honor corresponde.  
 LEONIDO. De palacio se ha venido.  
 Sospechoso viene el Conde.  
 (Vase el REY y LEONIDO.)  
 VALÓN. Fuéronse.  
 CONDE. ¿Hay tal confusión?  
 (Sale MARGARITA a la ventana.)  
 VALÓN. Allí su balcón ha abierto,  
 y está.



CONDE. Abrir el balcón  
cuando aquí hallo encubierto  
al Rey en esta ocasión,  
todo lo que he dicho es cierto (1).

¡Ah, Margarita atrevida,  
en él quiere que la vea!  
Vista scrá pretendida,  
y piedra que esto desea  
cerca está de escurecida.

¡Qué mal hice en no saber  
quién era cierto! Bajemos,  
que los he de conocer.

VALÓN. Olvida aquesos extrmos.  
Pues está aquí tu mujer  
ella te ha de informar dello.  
Llega con nombre fingido,  
di que aquí pudiste vello,  
y si ella no lo ha sabido  
no te importa a ti el sabello.

MARGARIT. ¡Ah, caballero!

CONDE. ¿Llamo?

VALÓN. Sí, señor.

CONDE. ¿Qué me mandáis?

MARGARIT. Suplicaros quiero yo  
sólo que merced me hagáis,  
si una mujer obligó  
siempre a caballeros tales  
como pienso que scréis,  
de iros de aquí, pues señales  
a los que os vieren daréis  
en nada a mi honor (2) iguales.

Que es del Conde de Belflor  
advertid aquesta casa,  
que tiene honor y valor,  
donde cual fénix se abrasa  
para renacer mejor.

Y a criados ignorantes  
no parecerán, señores,  
bien en horas semejantes  
que sobre sus corredores  
haya hombres hechos gigantes.

Esto os pido, y es muy clara  
como justa mi razón,  
y al mismo Rey le hablara  
con esta resolución  
cuando lo mismo intentara.

CONDE. Del Rey soy el más amigo,  
y aun el mismo; tened ley

si os obliga amor conmigo.

MARGARIT. Pues esto haced si sois rey,  
que como honrada os lo digo.

(Cierra el balcón y vase.)

CONDE. Fuése, y las puertas cerró.

VALÓN. Ella es noble y muy discreta.

CONDE. ¡Oh, noche, no noche, día,  
que a la oscura de mis penas  
has dado tranquilo pucto,  
jamás el sol te amanezca!  
O sus cabellos de nieve  
se pongan de espinas negras,  
y tu dorada carroza  
a su carro de oro venza.  
En este mar de recelos  
mi honor ha andado en tormentas,  
y ya con esto, Valón,  
parece que se sosiega.  
Nada la Condesa sabe  
de aquestas vanas sospechas  
que mis celos engendraron,  
que de átomos las engendran.  
Y pues que no lo ha sabido  
ni ha sido la causa ella,  
si es cierto que el Rey pretende  
mil veces el Rey pretenda,  
que como el muro de honor  
que al de su hermosura cerca  
sea el que ahora ha mostrado,  
no la rendirán sus fuerzas.  
Mas, ¡ay!, que en la posesión  
no nace sólo la afrenta:  
esperanzas al honor  
son las que la infamia ordena.  
Pues de pretensiones locas  
toman motivo las lenguas  
para la infamia de un hombre,  
aunque sepan su inocencia.

VALÓN. ¿Puede ser aquesto engaño?

CONDE. Muy bien puede ser que sea.

VALÓN. Pues a Palacio volvamos,  
si has de asistir a la mesa  
del Rey.

CONDE. Es la causa, amigo,  
que vuelve aumentar mis penas  
fué el no conocerlos bien.

VALÓN. Si está salva la Condesa  
árdase Troya en sus almas,  
que bien sé que será Eneas  
que en hombros saque al Anquises  
de tu honor y su belleza.

(1) Sobra este verso, que hace el número seis de la quintilla. Para el sentido tampoco hace falta.

(2) En el original dice "amor" por errata.

CONDE. Un poderoso enemigo  
es cordura que se tema.  
VALÓN. Es verdad; mas si no sabes  
si es el Rey, ¿de qué te quejas,  
satisfecho de tu esposa?  
CONDE. Moriré hasta que lo sepa.

(Sale LEONIDO.)

LEONIDO. ¿Es el Conde?

CONDE. El Conde soy,  
marqués Leonido.

LEONIDO. Su Alteza  
que os llamase me mandó.

VALÓN. ¿Ves como ha sido quimera?

CONDE. ¿Dónde está el Rey?

LEONIDO. En palacio.

CONDE. Ven acá, Valón, ¿no es ésta  
la capa que aquí ahora vimos?

VALÓN. Parece, señor, que es ella.

CONDE. Pues el Rey fué el que topamos,  
él mi deshonor intenta (1).

Leonido con él venía,  
y estas son estratagemas  
usadas con las que aman  
para asegurar sospechas.  
Pues por si lo conocimos  
al bajar desta escalera,  
para borrar mi recelo  
me envía a llamar a priesa  
diciendo que está en palacio,  
y es, Valón, cosa muy cierta  
que a sus puertas no ha llegado.

VALÓN. Mucho tus celos penetran;  
en un instante te animas  
y en otro te desconsuelas,  
sacabuche es tu cuidado,  
que ya está dentro ya fuera.

CONDE. El pretende a Margarita;  
él me sacó de mi aldea  
por lograr su pretensión,  
por esto mi lealtad premia.  
Los títulos, los oficios  
que me ha dado en su tierra,  
como dorados venenos  
a este intento lo gobiernan.  
El fingir haber caído  
del caballo es cosa cierta,  
que fué buscando ocasión  
de hablar así la Condesa.

(1) En el original dice este verso "el mi deseo no intenta"; lo cual no forma sentido.

Y lo más que desto siento  
es que Leonido lo sepa,  
enemigo de mi casa  
y quizá autor de mi afrenta.  
Mas vive el cielo, Valón,  
que si el Rey aquesto piensa  
y está segura mi esposa,  
como mi amor lo sospecha,  
que primero que mi honor  
derriben las locas piezas  
del artillería infame  
con que conquistarlo intenta,  
y primero que el vasalío  
injusto que le aconseja  
vea manchas en mi sangre,  
más limpia que las estrellas,  
que ha de ver Hungría, el mundo  
y el Rey que así se gobierna,  
que la honra por la mujer,  
quien es noble la desprecia.—  
Venid, Leonido, a palacio.

LEONIDO. Vamos, que el Rey os espera.

CONDE. Si puedo yo moriré,  
honor, primero que os pierda.

## ACTO SEGUNDO

### DE LA HONRA POR LA MUJER.

(Salen el CONDE LAURENCIO, viejo, padre del de Belflor, y RUPERTO, criado.)

LAURENC. Un filósofo decía  
que el que la quietud gozaba  
éste, Ruperto, vivía,  
y más bien el que buscaba  
soledad por compañía.

RUPERTO. Según eso, el que ha dejado,  
como tú, mando y estado  
sólo por vivir aquí,  
¿diremos que vive?

LAURENC. Sí;  
aquí la vida he gozado.

Después que a este monasterio  
de Jerónimo divino  
me recogí del imperio  
libre, que tuvo contino  
no en mí el honor sin misterio;

después de haber yo surcado,  
hecho general del Rey,  
las ondas del mar salado,  
guardando siempre la ley

de leal y de soldado;  
después que de mil victorias  
las de mis padres volví  
a pintar en sus memorias,  
de quien siempre señor fui  
renacido de sus glorias,  
y al fin, después que llegué  
aquí, y aquí edificué  
la casa donde apercibo  
la postrera, sólo vivo,  
que de antes no.

RUPERTO. ¿Pues por qué?

LAURENC. Porque no tuve quietud,  
porque seguí la ambición,  
alma de la juventud,  
y hicc, aunque sin razón,  
contra al sol de la virtud.  
Porque, ambicioso de dar  
triunfo a mis Reyes, bien pude  
la ley de Dios olvidar,  
que el que a honrar el mundo acude  
mal puede a su Dios honrar.

Aunque no me pesa, a fe,  
de haber sido tan leal  
y del tiempo que gasté,  
pues no fué pagado mal,  
y allá en la Corte dejé

al Conde mi hijo, adonde  
Enrique podrá premiar  
su valor, si corresponde  
a quien es.

RUPERTO. No da lugar  
pienso mi señor el Conde,  
que en Belflor enamorado  
vive con su Margarita,  
de palacio retirado.

LAURENC. Dícenme que resucita  
su rostro un nuevo traslado  
del Duque su padre.

RUPERTO. Cierto,  
sólo sé que es muy hermosa  
y que adora al conde Uberto,  
al paso que es virtuosa.

LAURENC. Mil siglos gocen, Ruperto,  
de su amable compañía;  
que espero nictos tener  
de los dos que scan a Hungría  
solos, pues de tal mujer  
más que esto mi amor confía.

Que del Conde te prometo  
que sé que me ha de imitar,  
porque al compás que es discreto,

sé muy bien que puede dar  
reglas en cualquier preceto.

RUPERTO. Mucho ha sido que sus bodas  
se hiciesen, señor, sin ti.

LAURENC. Mal conmigo te acomodas;  
no me sacarán de aquí  
las glorias del mundo todas.

RUPERTO. Si Vuescencia ha de ir  
a Misa, es hora, señor;  
bien se puede prevenir.

LAURENC. Dame la espada.

RUPERTO. Mejor  
será que la vaya a oír  
como está, por la tribuna,  
Vuescencia.

LAURENC. ¿Pues la espada  
causa ocupación alguna?

RUPERTO. En edad ya tan cansada  
de vencer con tal fortuna,  
bien se puede jubilar.

LAURENC. ¡Necio! La espada del lado  
de un noble no ha de faltar,  
aunque haya el valor faltado,  
para poderla mandar.

Pues cuando algún indiscreto  
quiera eclipsar el conceto  
del dueño a quien ha servido,  
en ella vea que ha sido  
y así le obligue a respeto.

RUPERTO. Vuesa Excelencia perdone,  
que aquí está, y de su valor  
ella las muestras pregone.

LAURENC. La ignorancia de tu error  
la debida culpa abone.

(Sale el CONDE DE BELFLOR, hijo de LAURENCIO, y  
VALÓN, de camino.)

CONDE.

Deme los pies, ¡oh Conde y padre amado!,  
Vuecelencia (1).

LAURENCIO.

¿Qué vco, Uberto hijo?

¿Tan de repente a Lipona (2) habéis llegado?  
¡La vida aumente el nuevo regocijo!

VALÓN.

Merézcalos también este criado.

(1) En el original dice por errata "Vuestra Alteza", tratamiento que nunca tuvieron los simples caballeros.

(2) En el original, por errata, dice "España".



LAURENCIO.

Bien venido, Valón, aunque me aflijo  
de ver al Conde así. Hijo, ¿qué es esto?

CONDE.

Señor, quedemos solos.

*(Vanse los criados de LAURENCIO.)*

LAURENCIO.

Salid presto  
y cerrad esas puertas.—Di: ¿qué ha sido  
la causa, Conde, que de aquesta suerte  
tan de prisa a mis ojos te ha traído?

CONDE.

Objetos, padre, de mi infeliz suerte.

LAURENCIO.

¿Es negocio de honor?

CONDE.

Dél ha nacido  
esta quietud, que causará mi muerte.

LAURENCIO.

Vete de aquí, Valón.

CONDE.

No importa.

LAURENCIO.

Parte,  
que aun el viento no había de escucharte.

VALÓN.

Tu mandato obedezco.

LAURENCIO.

Dame cuenta  
de la pasión que veo en esos ojos,  
Uberto. ¿Quién tu deshonor intenta?  
Y quien del muerto al viento (1) los despojos,  
pretende ver con miserable afrenta.  
¿Quién da al sol de tu frente esos enojos,  
siendo el conde Laurencio vivo hoy día  
contra la noche, que la infamia cría?

Sabe la Corte, el mundo, los señores,  
el Rey y los vasallos que sirviendo  
a su persona están de aduladores,  
sólo la envidia por manjar comiendo,  
guisado con la salsa de favores,  
que eres la imagen del que están diciendo  
las naciones más bárbaras que es Marte,  
de ado se pone el sol adonde parte.

Saben que ya de tremolar cansado  
los reales pendones de mis Reyes  
aún no he perdido mi valor pasado,  
temido desde aquel que guardó bueyes,  
al que vive de imperios coronado,  
quitando abusos y poniendo leyes.  
¿Quién te ha ofendido? Di la causa luego,  
que hasta saberlo, Conde, no sosiego.

CONDE.

El Rey.

LAURENCIO.

¿El Rey?

CONDE.

El Rey mi infamia ordena.

LAURENCIO.

Dime por dónde o cómo le has perdido  
el respeto a Su Alteza, o te enajena  
de algunas villas que del reino han sido,  
y eso debe de darte, Conde, pena.

CONDE.

Una villa, señor, ha pretendido  
de los tesoros que poseo llena (1).

LAURENCIO.

¿Cuál?

CONDE.

La de mi mujer.

LAURENCIO.

¿Tiene castillo  
de resistencia?

CONDE.

Intenta resistillo.

Y para no cansarte con razones,  
a la Condesa digo que pretende  
entre dañosas, falsas intenciones;  
dándome honor a mí su Troya enciende:  
voilo echando de ver en ocasiones  
y entre los cargos, padre, que me vende,  
aunque van, como píldoras, dorados.

LAURENCIO.

¿Cargos te da?

En oficios y en estados.

De Belflor me sacó, adonde estaba,  
señor, con mi hermosísima Condesa,  
a quien doncella dicen que él amaba

(1) En el original dice por errata "advierito".

(1) Sobra este verso para la octava; tampoco hace falta para el sentido.

como galán, y aun ella lo confiesa.  
Allí llegó, diciéndome que andaba  
a caza —¡ ah, cielos, qué cobarde empresa!—,  
y que de un alazán había caído  
sobre los brazos del marqués Leonido.

La lealtad me movió: bajé a la villa  
por los médicos; vine; halléle bueno,  
causando a mi sospecha maravilla,  
ya recibiendo el alma algún veneno.  
Esa caída vino a reducilla  
en darme honor después, porque más lleno  
quedase del rigor de las sospechas,  
que a dar muerte a mi honor iban derechas.

Hízome en pago desto mayordomo,  
porque asistiese siempre a su palacio:  
dorado cargo, aunque en la ausencia plomo.  
Sin permitir la diligencia a espacio  
en la mudanza, hablé a mi esposa: como  
al cristal de sus ojos puso lacio,  
mira su loco injusto pensamiento,  
aunque bien conocido ya su intento.

De Lipona (1) me ha dado el marquesado,  
con la frontera de Daniel, fingiendo  
que a Vueselencia en mí, señor, ha honrado,  
aunque de aquesto lo contrario entiendo:  
pues en los cargos todos que me ha dado  
de mi amor las ofensas estoy viendo  
con que a la Corte agora me ha traído,  
para la Condesa y el consejo os pido,

pues la primera noche que entré en ella  
en mi casa le hallé.

LAURENCIO.

¿Cómo en tu casa?

¿Con la Condesa?

CONDE.

No, porque es estrella  
que los rayos de honor aun del sol pasa;  
mas ¿quién duda, señor, que iría a vella  
con el intento que su pecho abrasa?

LAURENCIO.

¿Ha habido más que aquesto?

CONDE.

No.

LAURENCIO.

¿El pretende...?

¿Sábelo Margarita?

CONDE.

Nada entiende.

CONDE.

¿El Rey ha imaginado tu sospecha?

CONDE.

Tampoco.

CONDE.

¿De ella satisfecho vives?

CONDE.

Mi afición de su fe está satisfecha.

LAURENCIO.

Al fin aqueese honor del Rey recibes,  
pues, Uberto, de industria te aprovecha,  
y con los celos, hijo, no te prives  
de la prudencia, que en sucesos tales  
es la que muestra del valor señales.

El contrario tenemos poderoso,  
para su ofensa la lealtad por freno;  
de suerte, Uberto, que será forzoso  
para aquesto elegir un medio bueno  
a tu honor, que miramos peligroso,  
y sin aqueste de salud ajeno,  
y sea, pues, quitar las ocasiones  
el ver adónde a Margarita pones.

Si el cuerpo de tu casa vive enfermo,  
sángrale de las venas de criados  
si alguno de lealtad mirares hiermo,  
aunque son enemigos no excusados.

CONDE.

De eso, padre y señor, seguro duermo.

LAURENCIO.

Si el Rey te aumenta oficios, te da estados,  
agradécelo, Uberto, y de tal suerte,  
que no advierta en tu honor, aquesto advierte.

A Su Alteza traerle has a la memoria  
de mil servicios hechos por tu abuelo,  
tantas nobles hazañas y vitorias  
como por él gozó el húngaro suelo;  
que recordando, Conde, estas historias  
Su Alteza podrá ser que deje el celo  
del intento que lleva, que los reyes  
nunca establecen ir contra las leyes.

Del honor es el Rey vivo dechado,  
el vicio es violento en su grandeza,  
y así, si de razón anda acertado,  
al cabo ha de volver a su nobleza;  
y aqueese loco frenesí acabado  
es bien que eche de ver después Su Alteza,  
que impediste su amor con medio sabio  
quitándole no intente así tu agravio.

Para que aquesto intentes ven, que quiero

(1) En el original, por errata, dice "España".

un lienzo darte donde están pintadas  
dos mil vitorias que tu abuelo fiero  
a los suyos les dió por él ganadas;  
y si aquesto no sale verdadero  
a sus ojos, Uberto, retratadas,  
envíame a llamar, que yo en la Corte  
otro medio daré que más importe.

Y desto nada entienda la Condesa,  
no eche de ver que su valor limito,  
porque es mujer, y aunque lealtad profesa  
la privación es causa de apetito.  
Ven por el lienzo, y pártete de priesa.

(Vase el CONDE LAURENCIO.)

CONDE.

Valón.

VALÓN.

Señor.

CONDE.

Aguarda, que ya vengo.  
Sabrás el medio que a mi honor prevengo.

(Vase el CONDE.)

VALÓN.

Yo aguardaré de postear cansado  
para volver al ejercicio mismo  
adonde de un rocín voy columpiado.  
En qué confuso riguroso abismo  
el Conde, mi señor, anda cercado  
de celos del honor, vil parasismo,  
pues ya le dan la vida, ya le matan,  
que mal los celos a quien quiere tratan.

(Sale RUPERTO.)

RUPERTO.

Señor Valón.

VALÓN.

Ruperto, había de verte.

RUPERTO.

¿Cómo viene voacé?

VALÓN.

Hechas harina (1)  
las partes que ya entiendes y a la muerte:  
que es un puto el sirviente que camina  
en animal trotón y silla angosta.  
¿Tú cómo estás?

RUPERTO.

Como hombre a quien le anima

su estrella, que aquí vivo hecho langosta,  
Valón amigo, destas soledades,  
donde dicen que viven las verdades (1).

Y es porque no hay quien mienta, que si hu-  
fuera centro, Valón, de las mentiras. [biera,

VALÓN.

Vida que aun es para capón muy fiera.

RUPERTO.

¡Dichoso tú, que allá en la Corte miras,  
de todos común patria, aunque extranjera,  
ángeles, que te acuden si suspiras!

VALÓN.

A caer de un barranco y a todo hombre  
si del tribu de Dan le falta el nombre.

Angeles hay, Ruperto, más con uñas,  
y buscan almas, pero son de gatos;  
viejos demonios, pero meten cuñas;  
mas esto sólo por sacar baratos;  
galas de amigos, que aunque en vellos gruñas  
sólo su mediodía son tus platos  
y aunque la olla sea de tocino,  
y nabos, ellos nunca beben vino.

Hay unos bonetazos y manteos  
que meten una niña de quince años  
en casa entre los negros bamboleos,  
por no darle al vecino desengaños;  
hombres moncayos, que por verse hebreos  
contra naturaleza forman baños,  
y fregonas del gusto letuarios;  
poetas, flaires...

RUPERTO.

El Conde.

VALÓN.

...y boticarios.

(Sale el CONDE con un lienzo en la mano.)

CONDE.

Este lienzo pondrás en tu maleta,  
Valón, y vente aquí.

VALÓN.

Mi señor, vamos;

(1) Esta octava, que tiene nueve versos y en la  
que se cambia de consonante, quizá se habrá escrito de  
este modo:

(Sale Ruperto.)

RUPERTO. ¿Cómo viene voacé?

VALÓN.

Hechas harina  
las partes que ya entiendes y a la posta:  
que es un puto el sirviente que camina, etc.

(1) En el original dice "ceniza", que no consueña  
con "camina" ni con "anima".



mas contra la sospecha que te inquieta,  
¿llevas algún remedio?

CONDE.

Que volvamos  
hoy a dormir a casa.

VALÓN.

Aquesa es treca  
que todos los cristianos deseamos,  
que viven como yo.

CONDE.

¡Ay, honor mío,  
que no os he de perder en Dios confío!

(*Vanse. Sale MARGARITA y PORCIA.*)

MARGARIT. Porcia, de esta ausencia siento  
que anda el Conde receloso.

PORCIA. En quien ama es muy forzoso  
tener de amor fundamento.

Con los celos amor crece,  
como con el sol el día.

MARGARIT. No es sino desdicha mía,  
que el Conde no los merece.

El Rey ha dado en qucrer  
emprender contra mi amor  
empresas de cuyo error  
hoy basilisco he de ser,  
para que conozca Hungría  
que haya una mujer adonde  
vive el honor, y de un Conde  
el justo amor que vería.

PORCIA. Antes que el alba saliese  
a la posta se partió.

MARGARIT. Porcia, mi lado dejó  
sin que adonde iba supiesc.

Aunque él me dijo que a caza,  
y para mí sus desvelos  
dicen que a caza de celos.

PORCIA. Esa no falta en la plaza:  
de amor jamás, mi señora,  
pucs siempre en ella se vende.

MARGARIT. Su inquietud sólo me ofende;  
que como el alma le adora  
y él vive por alma en mí,  
la mayor pena y tormento  
él lo pasa y yo lo siento.

PORCIA. Vuelve, si es posible, en ti,  
y olvida aquesa cuidado,  
supuesto que a mi señor  
no ofendes.

MARGARIT. De mi valor

puede vivir confiado.

Bien puede el Rey pretender,  
conquistar y pelear,  
que en mí contino ha de hallar  
un diamante por mujer.

De áspid serán mis orejas  
para escuchar a su amor,  
que en pechos donde hay honor  
ofenden ajenas quejas.

Bien sé yo por el camino,  
Porcia, que honra al Conde tanto;  
mas sorda seré a su encanto.

PORCIA. De ofensa es el Conde indigno.

MARGARIT. ¿Cómo ofendelle? Primero

que en mi noble pensamiento  
a un primero movimiento  
haya de intento tan fiero;

primero que a su afición  
con nombre de darle palma  
abra para entrar el alma  
puerta a la imaginación,

verás que es la noche día,  
el sol sombra, fuego el mar,  
contento lo que es pesar  
y tristeza el alegría.

Los polos desencajados  
de su firme fundamento,  
puestos en el firmamento  
sus móviles mazugados (1).

Sin claridad las centellas  
de los rayos voladores,  
sembrado el cielo de flores  
y el campo lleno de estrellas.

En un traidor confianza,  
seguridad en la ofensa,  
discrección en quien no piensa  
y sin envidia privanza.

Que para poder hacer  
verdad lo que he dicho aquí,  
hija de un Duque nací  
y de un Conde soy mujer.

(*Vase MARGARITA.*)

PORCIA. ¿Dónde vas?

MARGARIT. Al oratorio,  
quiero recogerme un rato.

(*Sale el MARQUÉS LEONIDO.*)

LEONIDO. Ya el pensamiento es notorio

(1) La voz "mazugado" no existe en el idioma:  
es, por tanto, una mala lectura del texto primitivo. El  
sentido pide algo como "trastornados, desquiciados".

del Rey, y Porcia está aquí,  
criada de la Condesa,  
¿y quién podrá desta empresa  
que me encarga el Rey a mí  
ser el adalid mejor,  
pues fuera de que él Rey es  
quien obliga, el interés  
vence la lealtad mayor.—

Guárdeos el cielo, señora.

PORCIA. El guarde a Vusiñoría.

LEONIDO. ¿Está en casa el Conde?

PORCIA. El día,  
que en brazos mostró a la aurora  
y le vino amanecer,  
en el monte a caza está.

LEONIDO. ¿Y aquesta noche vendrá?

PORCIA. No dejará su mujer  
sola.

LEONIDO. Muy bien lo merece  
mi señora la Condesa.

PORCIA. Cortesía es que profesa  
su amor, que el sol escurce.

LEONIDO. Y, Porcia, ¿podréla hablar?

PORCIA. No, señor.

LEONIDO. ¿Y si es del Rey  
el recaudo? ¡Injusta ley  
es vos quererlo estorbar!

PORCIA. Nada al sol de su grandeza  
hay oculto, y así yo,  
si a un Marqués dije de no,  
que sí le digo a Su Alteza.

LEONIDO. Pues con éste sí os daré  
lo que a mí él me ha mandado  
del secreto así guardado.

PORCIA. Con callar os serviré.

LEONIDO. Pues para que empiece abrir  
la puerta a la voluntad  
esta cadena tomad.

PORCIA. Esa no he de recibir.

LEONIDO. ¿Por qué cosa? Es bien segura.

PORCIA. Tomar sin [antes] saber  
lo que tengo de volver  
en trueque, es poca cordura.

Que la mujer que es honrada  
si sabe que algo recibe,  
en ley de justicia vive  
siempre a pagar obligada.

Y así, hasta saber primero  
lo que me queréis decir  
no la pienso recibir,  
pues de hacerlo considero  
que falto con esas sobras

a mi honor, que estatuas labra,  
que aun dádivas de palabra  
se deben pagar con obras.

LEONIDO. En las que ocuparos quiere  
el Rey son en que serváis,  
pues la privanza gozáis  
de aquesta piedra, que hiere  
con nombre de Margarita  
su pecho entre tal rigor,  
de modo que si su amor  
vuestra industria solicita  
por el desdén sepultado  
os dará un esposo tal,  
que sea del Conde igual.

PORCIA. Que de mí se haya acordado

Su Alteza tanto agradezco,  
que encarcimiento falta;  
pero su empresa es muy alta  
y dificultad le ofrezco.

Y así le podéis decir  
que en aquesto le sirviera,  
pero echo de ver que fuera  
un imposible rendir.

Mi señora adora al Conde  
con tanta fuerza de amor,  
que no ofenderá su honor  
por las riquezas que asconde  
no sólo la tierra, el mar,  
por los imperios del mundo,  
y así que en locura fundo  
lo que pretende intentar.

Fuera de que yo he nacido  
en casa de mi señor  
Uberto, a quien el honor  
que goza sólo es debido.

Y por cuanto puede darme  
no le pretendo vender,  
que en esto seré mujer,  
pero no en saber mudarme.

LEONIDO. Pues déjame entrar adonde  
la Condesa está.

PORCIA. Ya digo  
que de aquel sí me desdigo  
que os dí.

LEONIDO. ¿Que aquesto responde?

PORCIA. Y así, guardando la ley  
del honor del Conde y Dios,  
aquel no que os dije a vos  
sirva de recaudo al Rey.

LEONIDO. El callar esto os importa  
como a mí el entrar allá.

PORCIA. Vuesiría no entrará.

(Sale el CONDE, y pónese a escuchar.)

CONDE. ¿Que así el honor me reporta?

¡Ah, mujer digna de fama,  
yo tu lealtad premiaré!

De Lispona (1) ahora llegué:  
iba a entrar, vi aquesta dama  
con el Marqués, y escuchando,  
receloso de mi mal,  
he visto que en su leal  
pecho está reverberando  
con nueva vida mi honor.

LEONIDO. ¡Mucho es para una criada  
que pique tanto de honrada!

PORCIA. Tengo de reina el valor.

LEONIDO. Yo tengo de entrar. Oíd,  
no me perdáis el respeto,  
que os lo perderé os prometo.

CONDE. Deteneos, y advertid  
que aquesta mi casa es.

LEONIDO. Y como a tal la respeto.

CONDE. No se echa de ver aquí,  
pues cuando de fuera vengo  
casi dentro de mi cuarto,  
casi en mi mismo aposento,  
os hallo con una dama  
de la Condesa riñendo,  
o por lo menos airado  
el rostro para hacerlo.  
¡Y, vive Dios, que en las casas  
de los que son caballeros  
como yo y que tanto estiman  
el honor, que adoro y precio,  
es muy poca cortesía,  
y es, Marqués, no intento cuerdo  
con criadas, con esclavas  
tratar ni tener requiebros!  
Y que sabré yo también  
al que tiene atrevimiento  
para perder a mi honor  
así el debido respeto  
matarle, porque llegando  
a intentar ser de mi templo  
Sansón, ninguno es infamia  
el no venir a saberlo.  
Y sé que de aquesto Enrique,  
sabio como justiciero,  
tendrá gusto, que los reyes  
a las casas de sus deudos  
no desean que se infamen  
con locos atrevimientos,

sino que como a la suya  
se respete desde lejos.  
Mayormente que lo son  
de Eduardos y Laurencios,  
condes por quien ellos gozan  
pacíficamente el cetro.  
Idos de aquí, y advertid...

LEONIDO. Escuchadme: yo os confieso  
que el día que con el Rey  
fuí a Belflor, amor ciego  
despertó a mi voluntad  
con la dama que estáis viendo.  
Habléla, mostróse esquiva,  
animóse en mí el deseo;  
vine a veros, la ocasión  
me obligó hacer aquesto.—  
Bien el intento ha ignorado. (A parte.)  
Mas que perdonéis os ruego,  
que como en casa de amigo  
esforcé mi atrevimiento.

CONDE. ¿Qué tengo ya que esperar  
en haber oído, cielos?  
Que era del Rey enviado  
a su engaño diera crédito.  
¡Bien ha dorado la infamia,  
pensando que no lo entiendo!—  
¿Y vos desto qué decís?

PORCIA. Que siempre ha hallado en mi pecho  
a Porcia, y que con el nombre  
las obras igualar pienso.  
Verdad el Marqués ha dicho.

CONDE. Comodidad buscad luego,  
que os habéis ir de mi casa.

PORCIA. Señor, advierte...

CONDE. Ya advierto  
que primero faltará  
mi honor en ella.

PORCIA. Obedezco.

(Vase PORCIA.)

CONDE. Y vos, Marqués, la merced  
que me habéis de hacer os ruego  
es que cuando no estuviere  
en su Casa el conde Uberto  
no entréis en ella mandando,  
si con el poder que tengo  
os puedo servir en algo,  
a mi persona.

LEONIDO. Prometo  
de hacer lo que me mandáis.  
Adiós.

CONDE. Las manos os beso.  
(Vase el MARQUÉS LEONIDO.)

(1) Antes le llamó "Lipona".



¿Qué más claros, ¡ay de mí!, han de estar ya mis recelos? Bien fingí no haber oído lo que la estaba diciendo, porque aunque intenta ofender él más mi honor, sepan éstos que aunque lo entiendo no lo oigo, por no ofenderme entendiendo.

(Sale VALÓN.)

VALÓN. ¿Tras desta ausencia, señor, has visto a tu hermoso dueño?

CONDE. He visto, Valón, aquí del Rey más claro el intento: con Porcia a Leonido hallé en este mismo aposento, persuadiéndola que fuese desleal a mi honor, al cielo, y que hablase a Margarita por el Rey.

VALÓN. ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Y ella qué le respondió?

CONDE. Lo que pudiera el espejo de la lealtad mayor.

VALÓN. Al alma el juicio has vuelto. Yo amo a Porcia, señor, y esto con amor honesto, dirigiendo mis cuidados solamente a casamiento. De Porcia pienso tener, por vos, hijos castos, nietos, por verlos, y si esta Porcia no tuviese porcio el pecho la haría porcellana mi rigor, ¡viven los cielos!, para que en ella cogiese la sangre de su desvelo.

CONDE. Yo te cumpliré, Valón, ese honroso pensamiento libre de aquestas tormentas.

VALÓN. Darás mi piedra a su centro.

(Salen MARGARICA y PORCIA.)

MARGARIT. ¿Vos a Porcia despedís, señor?

CONDE. Sí, porque pretendo que nadie tenga ocasión de entrar hasta mi aposento diciendo que es ella causa, o su hermosura, a lo menos.

MARGARIT. Si ella no fué sabidora

de ese impensado suceso, ¿qué debe?

CONDE. Pues si la hallara culpada, señora, en ello, ¿no la quitara la vida? Mal sabéis cómo profeso leyes de honor en mi casa.

MARGARIT. Por el descuido primero la tenéis de perdonar.

CONDE. Por vos en ella la dejo, y por ser ella quien es.

AUSONIO. ¡Plaza!

VALÓN. El Rey viene.

CONDE. ¿Qué es esto? ¿En mi casa el Rey?

(Sale el REY, AUSONIO y CRIADOS.)

REY. ¡Conde!

CONDE. Señor, ¿tanto bien merezco?

REY. Ya que no os he visto hoy en palacio a veros vengo.

CONDE. De Lispona vengo agora.

REY. ¿Cómo está el conde Laurencio?

CONDE. Bueno.

REY. Perdonad, Condesa, que no he hecho lo que debo. ¿Cómo estáis?

MARGARIT. Para servir a Vuestra Alteza.

REY. ¿Está viejo vuestro padre?

CONDE. Aunque los años son en él lo más, lo menos no es el valor en servir: todavía aquel esfuerzo muestra con que tantas veces os defendió aquestos reinos.— Trae el lienzo que te di.

VALÓN. Voy por él.

(Vase VALÓN.)

CONDE. Y sea presto.

REY. Fué el restaurador de Hungría él y el Conde vuestro abuelo.

CONDE. De las vitorias, señor, que dió vuestro padre muerto cuando Sigismundo quiso de aqueste nombre el tercero Rey de Bohemia oponerse sin acción al poder vuestro, me dió una copia, aunque breve, para hacer pintar un lienzo

mayor, que os quiero enseñar porque veáis en sus hechos lo que un Rey debe a un vasallo leal y de tanto esfuerzo.

REY. Holgaré verlo.

(Sale VALÓN con el lienzo.)

VALÓN. Aquí está.

CONDE. Muestra.

REY. Este es el reino (aunque dibujo sucinto) de Hungría.

CONDE. Y éste el primero lugar que el campo sitió, señor, arrogante y fiero, del bohemio Rey.

REY. Muy bien.-- Y aquese, Condesa, el puesto del campo para mirar desiertos mis pensamientos.

CONDE. Aquí mi abuelo Eduardo, viendo el poder del ejército del contrario a los cercados, sin defensa y bastimento, una noche, cuando el alba rompía el pecho al silencio, dió sobre él con diez mil hombres, y tal estrago le hicieron, que al Rey hizo retirar y que levantase el cerco, dejando solo aquel sitio y a los cercados sin miedo.

REY. Y aquí, señora, otra noche mis industrias os tuvieron

(Aparte a la CONDESA.)

cercada, fingiendo el Conde; mas como me conocieron vuestros rigores, de mí huyeron a su aposento.

CONDE. Mas reforzando y curando los heridos, se pusieron contra el fuerte de Amías, a quien en breve rindieron, al cabo de cuatro días.

REY. Y de ahí nació a mi reino la desdicha.

CONDE. Sí, señor, porque desde aquí tuvieron mil sucesos venturosos; pero mirad a mi abuelo cómo llega a Segismundo y conciertan, cuerpo a cuerpo,

los dos campal desafío, a este punto resolviendo o su vuelta o la vitoria de todos los demás pueblos de Hungría, que al Rey seguían, vuestro padre.

REY. Y vos el celo con que honro a vuestro marido mirad, y que estoy resuelto de rendir vuestra hermosura o morir.

CONDE. ¿Qué es esto, cielos? (Aparte.) Aceptando a este partido, mirad cómo a los encuentros primeros, de un golpe el Conde a Segismundo echa al suelo.

REY. Y vos ved los que le dais, Condesa, a mi sufrimiento.

CONDE. En el suelo ya los dos, a las espadas metieron mano, y al son de las cajas, que animaban los acentos de los clarines y trompas.

REY. ¿No os enternecen mis ruegos? ¿Mis favores no os ablandan? ¿Qué!, ¿tenéis de bronce el pecho? ¿Diviértese Vuestra Alteza?

CONDE. No, Conde, no me divierto.

REY. Ni yo en discurrir historias adonde mi infamia veo. (Aparte.) Al fin deste desafío se volvió el Rey a su imperio y dejó a Hungría. Otras cosas acerca deste suceso están, señor, retratadas por quien la merced merezco que Vuestra Alteza me hace.

REY. Por ella y por vos pretendo honraros. Venid conmigo, Conde, que mi lado os quiero dar en mi coche.

CONDE. Señor,

¿cuándo he de pagar aquesto?

REY. Cuando vos deis a mi amor el justo y debido premio, Condesa.

MARGARIT. Siempre mi esposo vendrá, señor, a deberos.

(Vanse, queda VALÓN y PORCIA.)

VALÓN. Porcia.

PORCIA. ¿Qué diccs, Valón?

**VALÓN.** Que en su punto anda el acuerdo  
del Conde con la Condesa;  
el desdén al mismo peso  
que en el Rey a dar favores.  
Mas, ¿sabes lo que hay de nuevo?

**PORCIA.** ¿Qué?

**VALÓN.** El Conde mi señor,  
leídos ya los procesos  
de mi lealtad y mis partes,  
fallando que soy discreto  
y que puedo ser Valón  
de un francés o de un tudesco,  
y aun calzar a su seoría  
como no tenga bragueros...

**PORCIA.** Acaba; deja las burlas,  
que tengo prisa.

**VALÓN.** ¿Dirélo?

**PORCIA.** Sí, que licencia te doy.

**VALÓN.** Bruto de tu casto pecho,  
Géminis con tu persona,  
de dos medios un entero,  
el salpicón de tu hambre,  
calentador de tu invierno  
cuando helado esté, y al fin  
participante en tu lecho.

**PORCIA.** Valón, yo soy la que gano.

**VALÓN.** Yo quien el juicio pierdo.

**PORCIA.** Mas, ¿no intentó despedirme?

**VALÓN.** El Conde es príncipe cuerdo:  
tu valor ha conocido.

(Sale el CONDE.)

**CONDE.** Si infierno de amor son celos,  
celos y honor, todos juntos,  
más penas dan que el infierno.—  
Valón.

**VALÓN.** Señor.—Vete, Porcia.

**CONDE.** A mi honor importa luego  
que al punto a mi padre vayas:  
dile que deje al momento  
a Lispona.

**VALÓN.** ¿Pues qué piensas  
con sacar al Conde viejo  
de su quietud?

**CONDE.** La obediencia  
ha de ser sólo tu espejo,  
que los criados, Valón,  
nunca han de ser con sus dueños  
cansados preguntadores,  
sino obedientes.

**VALÓN.** El cielo  
sosiegue tanta inquietud.

**CONDE.** En vano tendrá sosiego,  
¡ay, Valón!, quien su esperanza  
trae en las alas del viento;  
la nave que entre las olas  
del mar del honor inquieto  
ya toca espumas de plata,  
ya mil escollos soberbios.  
Y al fin, quien mira en su ofensa  
el poder de un rey dispuesto  
por su amparo a una mujer,  
ella hermosa y él discreto.

(Vanse y sale la CONDESA MARGARITA.)

MARGARITA.

Blancos jazmines, encarnadas rosas,  
vivos retratos de mi casto pecho;  
lirios donde el amor estampa ha hecho  
de mis tiernas pasiones amorosas.

Decilde a las violetas más celosas  
a quien mi esposo paga injusto pecho,  
que no le den colores, pues sospecho  
que son ciertas, cuanto en sí penosas.

Que el Rey pretende más, que en él revoco  
el intento en que funda sus favores,  
cuando a sólo favor por mío invoco.

Que cuanto más se hablan mis rigores  
vendrá a gozar tras de su mayo loco  
mi honor el fruto, y su esperanza flores.

(Sale el REY solo.)

**REY.** Muy bien la puerta se halló;  
aquí podrás esperar,  
pues me da el tiempo lugar.

**MARGARIT.** Una voz allí se oyó.

**REY.** Si tanto rigor, Condesa,  
como mostráis a mi amor  
no para en algún favor,  
la vida del alma cesa.

Si aquí no le dais bonanza  
hoy al pensamiento mío,  
de mi dicha desconfío,  
secaráse mi esperanza.

**MARGARIT.** Señor, ¿qué es esto? ¡Ay de mí!  
¿En mi jardín Vuestra Alteza?  
¿Quién le trae?

**REY.** Esa belleza.

**MARGARIT.** ¿Y quién le ha entrado hasta aquí?

**REY.** Mis pensamientos, que son  
en la sutileza viento,  
alas de mi atrevimiento,  
encantos de mi afición,  
ánimo de mi poder;



que si ablandaros procura  
la Circe de esa hermosura,  
que invencible suele ser...

MARGARIT. ¿Sabe que el Conde está en casa  
y que puede entender esto?  
¿Quién pensará que es honesto  
el intento que le abrasa?  
Culpará en algo mi honor.  
Señor, sálgame de aquí;  
mire...

REY. Yo miro.

(Va a salir el CONDE y detiénese en viéndolos a la  
puerta.)

CONDE. ¿Qué vi,  
cielos?

REY. De vuestro rigor  
he de llevar confianza  
que ha de tener fin, Condesa,  
y que mi amor desta empresa  
ha de lograr su esperanza.

MARGARIT. Mire que es injusta ley  
que fuerce una voluntad.

REY. Fuerza de amor no es crueldad.

MARGARIT. Es grande gusto en un Rey.

CONDE. ¿Que vea esto a mis ojos?  
¿Que la lealtad me detenga,  
para que acabar no venga  
el fin de aquestos enojos?

Cielos, ¿qué tengo de hacer  
viendo mis celos tan claros?

REY. Digo que he de importunaros  
hasta poderos vencer.

Por la puerta del jardín  
falsa entré aquí, que la abrieron  
industrias, que siempre fueron  
de cualquier intento fin.

Y hasta que resolución  
vea en vuestra voluntad  
no me he de ir. Decid; hablad,  
que premiaréis mi afición.

Mirad que mi amor merece,  
no por vos, por su nobleza,  
saber de vuestra belleza,  
que la crueldad escurece  
dones de tan alta estima  
como los que enriquecéis.

¿No me habláis? ¿Qué respondéis,  
Condesa, señora mía? (1)

Consultado con amor

el bien que me habéis de dar,  
sin que pueda voto dar  
el fiscal de vuestro honor.

Mi afición echad de ver,  
que es la que información da;  
testigo es mi pena ya.

CONDE. No lo consultes, mujer. (Aparte.)

Mira que es pleito de honor  
y es más antiguo en tu sala,  
y que esa ley no se iguala  
en las leyes del amor.

Y que temo que esa ley,  
aunque en su bien es oculta,  
ya muy mal se dificulta  
cuando es en favor de un rey.

REY. ¿Qué dices?

MARGARIT. Digo que en vano  
tal intenta Vuestra Alteza,  
y advierta que la nobleza  
del Conde ofende, y es llano  
que en mi pecho no ha de haber  
más, señor, de lo que ha visto:  
yo amo al Conde.

REY. Yo conquisto,  
que soy Rey.

MARGARIT. Y yo mujer  
determinada.

REY. ¿Qué importa  
contra mi fuerza?

MARGARIT. Esa ya  
no es cordura.

REY. Sí será  
donde el remedio se acorta.

MARGARIT. ¡Ah, señor!

REY. Amor es ciego.

MARGARIT. Vence el honor.

REY. Es en vano:  
besar tengo...

MARGARIT. ¿Qué?

REY. La mano.

MARGARIT. Si podéis.

REY. Podrá mi fuego.

MARGARIT. ¡Llamaré!

CONDE. ¿Tal se consiente?

REY. Ya, Condesa, la besé.

MARGARIT. Con ésta la cortaré.

(Quítale al REY la daga y quiere cortar la mano be-  
sada; llega el CONDE, quítale la daga y ella, turbada,  
y casi caída, tiénela el CONDE con la otra mano, y el  
REY se queda derecho.)

CONDE. No te la cortes, detente.  
¿Qué es esto? Condesa amada,

(1) No consueña "mía" con "estima". Quizá el au-  
tor escribió "prima" y no "mía".

¿con quién a solas habláis?

(MARGARITA, toda turbada.)

MARGARIT. Ya lo veis, pues lo miráis.

Esta escultura extremada  
os ha metido el poder,  
señor, en vuestro jardín,  
que por mí pretenden fin  
a su fuente enriquecer,  
aunque desea manchalla  
el agua con tal favor;  
pero el caudal de mi honor  
tiene poder de anegalla.

CONDE. Muy gran semejanza tiene  
con la persona real.

MARGARIT. Y así, Conde, como a tal  
conservarla nos conviene.

Bien sé que en esta ocasión  
que al presente a mirar llego  
imita al caballo griego;  
mas no seáis vos Sinón.

No porque desta escultura  
no podéis ser bien igual,  
mas porque en conquista tal  
vuestra Troya está segura.

Y así, teniendo a esto cuenta,  
no os ofendáis a su valor,  
si no por lo que es, señor,  
por lo que al fin representa;  
sirviendo esta daga aquí,  
cuando por señal la gano,  
de lealtad en vuestra mano,  
de satisfacción en mí.

(Vase MARGARITA.)

CONDE. Si del Rey estampa es  
y está con élavenido,  
volverla donde ha salido  
es mi mayor interés.

Pero decilde primero,  
si os viéredes con Su Alteza,  
que no imite en la dureza  
su corazón vuestro acero.

No sea, podéis decir,  
rayo ardiente su violencia,  
que donde halla resistencia  
allí intenta más herir.

Que sepa guardar la ley  
y honra de un noble vasallo,  
pues sólo a este intento hallo  
que le hizo el cielo Rey.

Y decilde que el señor

que a mí me ha dado fingido  
y hasta aquí estimado ha sido  
que dél vuelva a su señor.

Que ni le estimo ni quiero,  
porque su mayor blasón  
es el dar satisfacción,  
y en ella mi infamia espero.

Y decid que no se fíe  
en que es Rey, daga también  
que en otro no estará bien,  
ya que de mí la confíe.

Pues cuando gobiernan tales  
intentos pechos de Reyes,  
la razón deroga leyes  
y trueca los más leales.

Que los cargos que me dió  
le vuelve en vos mi lealtad;  
mas en vuestra vaina entrad,  
que harto le he dicho yo.

(Va el CONDE a envainar la daga del REY y él vuelve las espaldas y se va poco a poco, muy tieso.)

No me dió a hacerlo lugar:  
fuése. ¡Ay, edad mal madura!

REY. Bien con nombre de escultura  
he cumplido con callar.

CONDE. ¿Qué hay que guardar más, honor,  
cuando he mirado, ¡ay de mí!,  
a un Rey tan dispuesto aquí  
en ofender mi valor?  
¿Qué medio será mejor

para no veros perdido:  
fingir que no le he entendido  
o declarar que lo sé?

Pero no, yo callaré,  
sin ser de nadie sentido.

Y si desto resucita  
murmuración en las lenguas,  
y de callar estas menguas  
mudanzas en Margarita,  
a quien con callar imita

a la infamia, pues hablemos;  
mas ¡ay!, que de los extremos  
lo que es nada sule ser.

Y así, pues es mi mujer  
ejemplo de honor, callemos.

(Salen el MARQUÉS LEONIDO y AUSONIO.)

LEONIDO. Teneos, Conde.

CONDE. ¿A quién?

LEONIDO. A mí,  
por el Rey, y dad la espada.

CONDE. La espada, darla me agrada;  
pero a qué causa decí:  
¿voy preso?

LEONIDO. Pienso que sí.

CONDE. Pues ya darla no profeso.

LEONIDO. ¿Por qué?

CONDE. Porque con exceso  
la pedís.

LEONIDO. Conde, mirá...

CONDE. Miro que ella no se da  
sino al Rey, si voy preso.

LEONIDO. Yo soy del Rey enviado  
y me la habéis de entregar,  
porque al Rey la he de llevar,  
a quien habéis enojado.

CONDE. A ir preso estoy obligado,  
obedeciendo a Su Alteza;  
pero de vuestra bajeza...

LEONIDO. La bajeza habrá nacido  
de vos, que en vos habrá sido  
más propia naturaleza.

CONDE. Id con Dios, que yo me iré  
preso donde el Rey mandare.

LEONIDO. No cumpliré si os dejare  
con las leyes de mi fe.

AUSONIO. La espada, Conde, le dé  
al Marqués vusñoría,  
que eso es ya descortesía.

CONDE. ¡Oh, sois los dos muy leales!  
Mas mi espada, en hechos tales,  
sólo de mí se confía.

LEONIDO. Yo soy Marqués de Liona.

AUSONIO. Y yo, Conde, un caballero,  
que más que título espero  
del Rey.

CONDE. ¡Su Alteza se abona!

AUSONIO. Y sé que por mi persona  
a vos espero igualar.

LEONIDO. Yo también os puedo honrar,  
conde Uberto, y si advertís...

(Salen el CONDE LAURENCIO y VALÓN.)

LAURENC. Responderé que mentís,  
por lo que eseuché al entrar.

CONDE. ¡Padre y señor!

LAURENC. ¿Qué es aquesto?

CONDE. Mándame prender el Rey.

LAURENC. ¿Has ido contra su ley  
en algo?

LEONIDO. Este mismo puesto  
dirá si fué intento honesto  
verle la daga en la mano

contra el Rey.

CONDE. Con ella gano  
más lealtad, padre y señor.

LAURENC. Para agora es el valor.

CONDE. Que os sabe imitar es llano.

LAURENC. Andad y partid de aquí:  
decid al Rey que yo soy  
el que por el Conde voy  
preso.

LEONIDO. Harémoslo así;  
mas desta ofensa advertí  
que la venganza ha de ver.

LAURENC. Conde, ¿de qué pudo ser  
aquesto?

CONDE. Haberse trocado  
en odio, por ser yo honrado,  
la honra por la mujer.

ACTO TERCERO

DE LA HONRA POR LA MUJER.

(Salen el REY, AUSONIO y LEONIDO.)

REY. ¿Que con tal resolueión  
os habló el conde Laurencio? (1)

LEONIDO. Sí, señor.

REY. Verá que venzo  
el mundo en esta ocasión.  
Y ha sido inelinaeión  
el llamar a la belleza  
de aquesta piedra, en firmeza  
más que el diamante y rubí;  
el arte venerá en mí  
la mesma naturaleza.

AUSONIO. De aquesta suerte estorbó  
el haber a Uberto preso,  
como he dieho.

REY. Fué un exceso.

LEONIDO. Señor, no le eulpo yo (2),  
el paternal sentimiento  
esfuerza un atrevimiento;  
mas eulpo la humanidad  
en que Vuestra Majestad  
le deja lograr su intento.

AUSONIO. ¿Un vasallo ha de oponerse  
contra el mandado de un rey,  
y atropellando la ley,  
de leal querer hacerse

(1) El consonante pide aquí que se diga "Loren-  
zo", y quizás así lo escribiría el autor.

(2) Falta un verso a esta quintilla.



señor?

LEONIDO. Si esto viene a verse,  
famoso Enrique, en Hungría,  
en tu corona otro día  
se pondrá con falso intento.

REY. Castigaré su osadía (1).  
Al Conde pondré en prisión;  
y si hasta aquí le honré  
con el intento que ve  
hoy vuestra justa pasión,  
prosiguiendo en mi intención  
lo llegaré a tal estado,  
que si el verse tan honrado  
no ha obligado a la Condesa,  
si tenerle amor profesa  
le obligue menos privado.

LEONIDO. Muy bien sé que aquesto importa  
para ablandarla más bien.

AUSONIO. Y es seguir a su desdén  
lo pasos de nieve corta (2),  
pues el freno que reporta  
su amor, es el ver, señor,  
el Conde con tanto honor:  
porque cualquiera mujer  
mientras tiene que perder  
más, es más grave el temor.

REY. Haced la guarda juntar.

LEONIDO. El conde Laurencio viene.

REY. Que os salgáis de aquí conviene,  
que solo le quiero hablar.

LEONIDO. No des, gran señor, lugar  
a sus disculpas, pues son  
todas con falsa razón.

REY. Antes le reprenderé  
sus yerros que admitiré  
ninguna satisfacción.

LEONIDO. Desde aquí escuchar podremos,  
Ausonio, nuestra venganza,  
que por Su Alteza se alcanza  
hoy con más gusto veremos.

AUSONIO. Repréndale los extremos  
en los cuales da este viejo,  
arrogante y sin consejo.

LEONIDO. Por esperar en la ley  
que suele tenerme el Rey  
solo en sus manos le dejo.

(Vanse y sale LAURENCIO.)

LAURENC. Tras de besar vuestros pies

(1) Falta otro verso a esta quintilla.

(2) Este verso está alterado.

con la lealtad que es razón,  
vengo a dar de la prisión  
del Conde mi hijo, que es  
la causa, señor, después  
las llaves a Vuestra Alteza:  
éstas son de su nobleza  
guardas, y el alcaide yo;  
para castigarle o no,  
es el juez vuestra grandeza.

REY. Levantaos, Conde, del suelo  
y seáis muy bien venido.

LAURENC. Mucho mejor recibido  
pensó ser de vos mi celo.

REY. Que no pudiera recelo  
serlo mi padre mejor  
de mí, y porque deste amor  
la fineza conozcáis,  
Duque de Urbino os alzáis.

LAURENC. Yo os beso los pies, señor.

REY. Bien sé que estáis retirado;  
vuestra casa a Uberto dais  
más honor con este estado.

LAURENC. El Conde se estaba honrado  
con ser Conde de Belflor,  
y pues solo estáis, señor,  
ojalá no lo trujera  
Vuestra Alteza, que él tuviera  
menos oro y más honor.

El nuevo título estimo,  
porque sé que me le dais  
sin la pensión que esperáis,  
Rey, del Conde vuestro primo,  
por las heridas que imprimo,  
señor, en aqueste pecho.  
Duque agora me habéis hecho:  
ya el cetro que en vos mora  
por ellas pudiera agora  
tener acción y derecho.

Miraldas bien, que son dadas  
vuestros reinos defendiendo,  
a vuestros padres sirviendo,  
sujetando ondas airadas;  
con ser Duque están premiadas.

Y así, en aquesta impresa  
que tan gran honra interesa,  
ellas solamente son  
las que dan satisfacción,  
que yo no tengo Condesa.

REY. ¿Qué en eso queréis decir?

LAURENC. Lo que intentáis vos callar,  
lo que me pudo obligar  
hoy de Lispona a venir,

desto podéis colegir.

Si por no haberlo oído, señor, no he sido entendido, cuando la razón me obliga sólo aquesta daga os diga lo que decir he querido.

REY. Menos agora os entiendo.

LAURENC. Hablemos claro, señor, que aunque acordando mi honor aquestas cosas ofendo.

REY. Tened, que ya voy cayendo por vuestro valor extraño, como lo voy de mi engaño en lo que decir queréis; pero en mí sé que veréis hoy un noble desengaño.

Confieso que una pasión pudo a la razón cegar, las leyes atropellar de mi justa obligación; mas tras desta confusión

la luz de aquella mujer, que al sol puede escurecer, tanto alumbró mi sentido, que a error más conocido puede, Duque, amanecer.

Seguro vivir podéis de aquesta cierta verdad, si una loca voluntad da la inquietud que traéis, fué causa que honrado veis por ella, Laurencio, al Conde, otro en mi pecho se asconde y de intentos más perfectos, que aunque iguales los secretos contraria le corresponde.

Preso está Uberto; mas yo, que al fin prender le mandé, la libertad le daré, pues luz la razón me dió. Y porque entendáis que no

son aquestos cumplimientos, sino muy firmes intentos de no pensarle ofender, hoy le habéis de oír de ver si escucháis mis pensamientos.

LAURENC. Decid.

REY. La Reina he tenido nueva que en Florencia ha entrado: lo que había dilatado su entrada aquí; mas yo os pido, Duque, desto arrepentido,

que os partáis, y con Ursino apresuréis su camino, porque hoy pretendo casarme y con haccelo quietarme, que en esto me determino

más en mi culpa y mi yerro, y perdonéis el destierro del gusto que en vos traéis.

LAURENC. Vos, señor, la razón veis.

Luego partiré de aquí a serviros, que nació con esas obligaciones.

REY. Y dicen esas razones que hay grande mudanza en mí.

No me habléis más en aquesto.

LAURENC. Alegre parto, señor, de ver que tan gran valor en vuestros años ha puesto el cielo.

REY. Si no fuese esto el intento con que honré a mi primo, hoy mostraré mudanza en un mismo intento.

LAURENC. Enrique, siempre violento el vicio en los reyes fué.

REY. Id con Dios, y aquesta carta lo que habéis de hacer os diga.

LAURENC. Hoy Vuestra Alteza me obliga a que muy contento parta.

REY. Yo quedo con pena harta, Duque, de haber intentado cosa que tan mal me ha estado.

LAURENC. Durmió el Rey entre su error; mas volviendo en su valor, su sangre le ha despertado.

(Vase; salen LEONIDO y AUSONIO.)

LEONIDO. ¡Qué notable reprensión le dió el Conde a Vuestra Alteza!

REY. ¿Qué os parece?

AUSONIO. La aspereza con que en aquesta ocasión le has tratado, algún Nerón sólo la podrá imitar.

REY. ¡Muy bien le habéis visto honrar!

LEONIDO. Duque le has hecho, señor.

REY. Pues, Leonido, aquesa honor la Condesa da lugar.

LEONIDO. Si ha sido con ese intento el ausentarle, has andado cuerdo.

REY. Por ella le he honrado.

ella sola es fundamento.  
 AUSONIO. Lograrás tu pensamiento;  
 que el ausente, preso el Conde,  
 aunque no se corresponde,  
 ablandará a Margarita.

REY. ¡Mal sabes lo que me incita  
 y el celo que en mí se esconde!

Digo que tenéis razón;  
 en casa el Conde vení,  
 que en sacándole de allí  
 le he de dar nueva pasión.

LEONIDO. Sin duda tiene intención (1)  
 con eso el Rey de vencer.

REY. La honra por la mujer,  
 los que me han aconsejado,  
 aunque a intento más honrado,  
 siempre en el Conde han de ver.

*(Vanse y sale el CONDE, preso, y MARGARITA con él;  
 viene escuchando lo que cantan.)*

*Cantan.*

“El magno rey don Alfonso  
 de Castilla y de León  
 vió en unas fiestas un día  
 a la hermosa doña Sol,  
 sangre del conde don Nuño,  
 en España la mejor.  
 Y la luz de su hermosura  
 encamina su afición.”

CONDE. ¡Ya mi desdicha miráis!

MARGARIT. Cadena en vuestros pies veo,  
 y sus hierros, Conde, son  
 sólo los que en tal pasión  
 cautivan a mi deseo.

Vuestro padre se ha partido  
 por la Reina, Conde amado;  
 en brazos os ha dejado  
 del Rey, ¡crueldad ha sido!

No sé qué tenéis de hacer.

CONDE. Siendo vos quien sois, señora,  
 sólo aguardar preso ahora  
 lo que ordene su poder.

Que pues mi padre se fué,  
 quizá culpado me halló.

MARGARIT. ¡Ay, mi bien, qué os amo yo!

CONDE. Margarita, ¿y qué diré?

MARGARIT. Vos solo vivís en mí.

CONDE. Y conmigo vivís vos.

MARGARIT. ¿Quién el alma de los dos?

CONDE. ¿No es amor?

MARGARIT. ¿Y el mío?

CONDE. Sí.

PORCIA. ¡Qué gran fuerza de afición!

*(Salen el REY, LEONIDO y AUSONIO.)*

LEONIDO. ¡Bueno es darte de la puerta  
 las llaves y hallarla abierta!

AUSONIO. El Conde y su esposa son.

REY. ¿Quién estas puertas abrió  
 sin mi licencia, Condesa?

MARGARIT. Quien tenerle amor profesa  
 al preso, gran señor: yo.

REY. Pues llevándome la llave  
 el conde Laurencio a mí,  
 tras de haberle dado aquí  
 una prisión tan suave,  
 ¿hay quien romperla ha podido?  
 Eso no ha sido razón.

MARGARIT. Fuerza ha sido de afición,  
 y jamás prudente ha sido.

REY. Ahora bien; Conde, venid,  
 que en todo pondré remedio,  
 dando solamente un medio  
 fin a estas cosas.

MARGARIT. Decid,  
 ¿dónde al Conde me lleváis?

REY. A otra prisión.

CONDE. ¡A la muerte  
 me llevan de aquesta suerte!  
 Mas pues de mí os apartáis,  
 o nos aparta el poder,  
 mirad por mi honor, señora,  
 y mi muerte no sea ahora  
 instrumento de vencer.

Y pues por ser vos hermosa  
 a morir voy condenado,  
 sufrid porque sea honrado  
 dos mil muertes vos, esposa.

MARGARIT. No tengáis miedo que tal  
 rigor vea mi esperanza.

CONDE. ¡Ay, Condesa, esta mudanza  
 efectos son deste mal!

MARGARIT. Señor, mirad lo que hacéis,  
 y que siempre al Conde honrasteis.

REY. La daga que me quitasteis  
 en lo que para veréis.

PORCIA. “La daga que me quitasteis  
 en lo que para veréis”,

*(Vanse; quedan MARGARITA y PORCIA.)*

te dijo el Rey al salir.

MARGARIT. Ya sé lo que dijo el Rey.

(1) En el original, por errata, “entendido”.



Ya sé, Porcia, que a morir  
va mi esposo, y muy bien sé  
que si él muere yo la vida  
vengo a perderla también.

PORCIA. ¡No será de aquesa suerte!

MARGARIT. Antes sí tiene de ser,  
porque el rigor del cuchillo  
levanta de su desdén.

PORCIA. Esa es imaginación.

MARGARIT. ¡Porcia, Porcia, verdad es;  
no lo niegues, pues lo siento  
y aniquilo!

PORCIA. ¿Tú? ¿Por qué?

MARGARIT. Si soy el alma del Conde,  
ven acá, ¿no echas de ver  
que he de sentir el herir  
lo mismo que siente él?  
Ya va entrando en el palacio  
y ya el cadalso se ve,  
donde la muerte le espera,  
flaca y amarilla tez.

¿No lo ves todo enlutado,  
donde las hachas se ven  
arder, aunque muerto vive  
el que las manda encender?  
Ya las campanillas suenan;  
pero el pregonero, que es  
sin justicia aquesta muerte,  
y así se calla el porqué.

PORCIA. Sólo veo que te cansas,  
señora.

MARGARIT. ¡Mira, mira el cordel  
con que al Conde atan las manos!  
Pero no he acertado bien,  
que es un listón, y aunque azul,  
sí el porqué quiere saber:  
porque es color de celosos  
y le hacen el cargo en él.  
Ya le mandan que se quite  
el cuello, y es de una vez;  
así se va desnudando,  
sólo por obedecer.

PORCIA. ¿Qué haces? No adviertas más.

MARGARIT. ¿Qué he de advertir? ¿Ya no ves  
cómo se echa en el estrado?

PORCIA. El juicio ha de perder.

MARGARIT. Ya el verdugo alza la mano  
y ya le dió; mas de aquel  
golpe, como era mitad  
suya de mi pecho fiel,  
nos dió la muerte a los dos,  
y así yo soy muerta, ten;

saldrá el alma; ya ha salido.

PORCIA. ¡Cierta su locura es!

¿Muerta estás, señora? Advierte...

MARGARIT. Tú discreta solías ser.

PORCIA. ¿Por qué lo dices ahora?

MARGARIT. Por tu pregunta. Si ves  
que estoy en el otro mundo  
y que ya el cuerpo dejé,  
¿no es necedad preguntar  
si está muerta una mujer?  
muerta estoy, pues murió el Conde;  
ya al purgatorio llegué  
de amor: éstas son las puertas.

PORCIA. Pues aguarda, llamaré.

¡Ah de casa! ¡Ah de allá dentro!

¿No responden?

MARGARIT. Otra vez  
llama.

PORCIA. ¡Ah de allá!

(Sale VALÓN.)

VALÓN. ¿Qué es aquesto?

PORCIA. ¡Ay, Valón!, ¿qué puede ser?  
¡Desdichas!

VALÓN. ¿Qué?

PORCIA. Mi señora  
loca está viendo que el Rey  
ha sacado de aquí al Conde:  
dice que está muerta.

VALÓN. ¿Y bien?

PORCIA. Que aqueste es el purgatorio  
de amor; que ha de entrar en él  
a purgar no haber tenido  
celos.

VALÓN. ¿Quién puede creer  
tal desgracia en tal virtud?  
Lo que importa es conceder  
en todo lo que dijere,  
que así se podrá vencer  
a su loco frenesí.

(Lllaman.)

(Vase VALÓN y responde dentro.)

PORCIA. ¡Ah de allá!

VALÓN. ¿Quién es?

MARGARIT. La Condesa de Belflor.

VALÓN. ¿La Condesa? ¿Pues ayer  
no la dejé yo en el mundo?

PORCIA. Sí; mas ya murió.

VALÓN. ¿De qué?

MARGARIT. De haber muerto su marido.

VALÓN. ¡Notable amor de mujer!

Pocas mueren de esc mal;  
mas como en el mundo es  
culpa, lo vendrá a penar.  
Ya abro.

MARGARIT. Luego ha de ser.

PORCIA. Aquí es portero Valón.

(Sale VALÓN.)

VALÓN. Y el que le da el parabién  
de su venida a Vusía.

MARGARIT. ¿Acá estáis?

VALÓN. ¿Pues no lo veis?

MARGARIT. Valón, pues que sois la guía,  
decid: ¿no me enseñaréis  
las penas de cada amante?  
Que allí hay calderas de pez  
donde deben de penar.

VALÓN. Los que aman por interés.

MARGARIT. ¿Qué de ellos son, Valón?

VALÓN. No habrá en el mundo papel  
en que se escriba.

MARGARIT. Entremos,  
y guiadme a mi cuartel.

VALÓN. Dadme, señora, la mano,  
que lo que mandáis haré,  
y entrad; pero sea con tiento,  
que estas hileras que veis  
son de almas que están penando  
y temo que las piséis.

MARGARIT. Vamos andando pasito.

VALÓN. ¡Ay, no la pisan!

MARGARIT. ¿Qué fué?

VALÓN. Una viuda melindrosa,  
que estando della diez pies  
se queja que la pisamos.

MARGARIT. ¿Por qué pena ésa?

VALÓN. ¿Por qué?  
¿No es harta culpa melindre,  
y harto cargo no es  
haber tenido en el mundo  
de pasión la primer tcz  
y lo demás de aleluya  
en llegando a anohecer?

MARGARIT. Sí, por cierto; pero pasa.  
Di, ¿quién es éste?

VALÓN. ¿Quién es?  
Un boquirrubio galán.

MARGARIT. ¿Por qué desnudo se ve?

VALÓN. Porque se dejó quitar  
las plumas de una mujer.

MARGARIT. Si quiso bien, disculpado  
está ya. Aquélla, ¿quién es?

VALÓN. La que le peló.

MARGARIT. ¿Y qué pena  
allí le dan?

VALÓN. Poca, a fe:  
sólo que le esté mirando  
y viendo su desnudez;  
ella coma y el ayune,  
y se esté riendo dél.

MARGARIT. ¡Aquesa es gran injusticia!

VALÓN. Usase así en este mes.

MARGARIT. Vamos marchando adelante.

VALÓN. ¡Tu, tu, tu, tu!

MARGARIT. Detén.

¿Qué trompeta es ésta, di?  
VALÓN. La del juicio.

MARGARIT. ¿De quién?

VALÓN. De uno que le perdió amando  
a una mujer; ajedrez  
do caben tantos peones.

MARGARIT. Necio y confiado fué.  
¿Por qué le está aquel amante  
el alma royendo un pez?

VALÓN. Amaba una tabernera  
sólo por el interés,  
y hallóle un día en el vino.

MARGARIT. ¿En el vino?

VALÓN. Y está bien,  
porque como ella lo aguaba  
estaba en su centro el pez.

MARGARIT. Guía hacia acá los casados.

VALÓN. Penando hay de tres en tres.

MARGARIT. ¿Qué culpa?

VALÓN. ¿No lo es casarse?

MARGARIT. No, porque yo me hallé  
muy bien en aqueese estado.

VALÓN. ¡Oh, tú tenías qué comer!  
Este que mirando estás  
en todo distinto es,  
que era pobre y lo buscaba,  
y era fea su mujer.

PORCIA. Margarita.

MARGARIT. ¿Quién por mí  
te ha preguntado?

VALÓN. ¡Ah, mi bien!  
Es el Conde, mi señor,  
bien le debes conocer.

MARGARIT. ¿El Conde entre estos establos?  
Y di, ¿quién viene con él?

VALÓN. El honor, que le acompaña.

MARGARIT. ¿Por qué, di?

VALÓN. Por ser quien fué  
la Condesa.

MARGARIT. ¿Aquí está el Conde?  
¡Alto!, llega a su cuartel.  
Pero no le veo yo.

VALÓN. Ni yo de lo que tú ves  
veo; mas, ¿de qué te cansas?  
El Conde ha dado en correr  
diciendo que tú estás loca.

MARGARIT. ¿Loca yo? Tras él iré;  
y sé que aunque es bien ligero  
que no se me ha de ir por pies.  
Para que me aguarde, dile  
que tras de mí viene el Rey,  
que a fe que vuelva a librarme  
aunque más penando esté.  
Déjame, que si voy luego  
es fuerza alcanzalle.

VALÓN. Ven,  
ensillaréte un caballo.

MARGARIT. ¡Necedad! No es menester.  
Donde están mis pensamientos  
con ellos le seguiré,  
hasta que sepa mi esposo  
que si el honor va con él,  
su persona acompañando,  
es la causa su mujer.

(*Vase la CONDESA.*)

PORCIA. ¡Ay, Valón! ¿Quién hay que crea  
tal desdicha? ¡Ella se fué!

VALÓN. Yo parto avisalle al Conde.  
¡Quiera Dios que pare en bien!

(*Vanse; salen la REINA ROSAURA con acompañamiento,  
URSINO y LAURENCIO.*)

ROSAURA.

Más con vuestra venida  
que con la fiesta que a mi entrada ha hecho  
Florena agradecida,  
queda mi honor, ¡oh, Duque!, satisfecho;  
pues ha en nubes llegado  
el de mi esposo, aunque está eclipsado.

LAURENCIO.

El haber detenido  
en la Corte la entrada Vuestra Alteza  
no sin misterio ha sido,  
pues pareciendo a Enrique la grandeza  
corta en que os recibía,  
hasta aumentarla dilató este día.

ROSAURA.

Con sólo ver sus ojos  
perdonara las fiestas, Duque amigo,

y huyeran los enojos,  
de quien ha sido Urbino buen testigo,  
tenido dulce calma,  
sosiego el gusto, sin razón el alma.

Venir de Inglaterra  
hecha lince del alma mi esperanza,  
y en llegando a esta tierra,  
donde esperaba tras del mal bonanza,  
vino orden que mandaba  
que dilatase lo que más amaba.

Sospechas engendraron  
del poco amor de Enrique.

LAURENCIO.

Las sospechas  
vuestro amor engañaron,  
y en nada han sido a la verdad derechas,  
la causa os he contado.

ROSAURA.

Yo lo quiero creer, que es acertado,  
pues lo demás no importa.

LAURENCIO.

A mi sosiego Vuestra Alteza crea,  
que Enrique no reporta  
otra cosa ninguna; que desea  
celebrar su venida  
por alma sola de su misma vida.

ROSAURA.

Pagará los deseos  
con que a ser su mujer, Duque, he venido.

URSINO.

Esos son los trofeos  
que en las glorias de amor habrá tenido,  
con mayores extremos  
pagando su afición.

ROSAURA.

Adentro entremos.

(*Vase la REINA y sale VALÓN.*)

VALÓN.

Tres caballos he muerto,  
y aun yo lo vengo de sufrir sus pasos  
hasta verme en el puerto  
de tus ojos, señor, a quien escasos  
que no sean les pido  
en remediar a mi señor.

LAURENCIO.

¿Qué ha sido?



VALÓN.

El Rey a su palacio  
preso al Conde llevó de casa, adonde  
dicen que en breve espacio  
verás la muerte de tu hijo el Conde.  
Vengo a esto solamente,  
pon a tu honor el medio conveniente.

URSINO.

¿Qué cometió Uberto?

LAURENCIO.

Por defender su honor.

URSINO.

¿Es la Condesa

de aqueste desconcierto  
causa, por suerte, di?

LAURENCIO.

Su fe profesa

ser de ese tronco rama.

URSINO.

¿Nuestras cosas así Su Alteza infama?

LAURENCIO.

El Rey la ha pretendido,  
y ella le resistió con valor tanto,  
que a sus quejas ha sido  
lo que el áspid al riguroso encanto.  
Con ese pensamiento  
al Conde ha honrado, aunque tirano intento.

Reprendí a Su Alteza  
en secreto estas cosas, y él me dijo,  
hablando con llaneza,  
dejaría el intento y a mi hijo  
el honor guardaría.  
Mas fué su fe de griego y voz de arpía.

URSINO.

Luego de aquí partamos.

LAURENCIO.

No, Duque; a nuestra Reina llevaremos;  
pero luego escribamos  
a nuestros deudos den a estos extremos  
si pueden tregua, Ursino,  
mientras vemos el fin deste camino.

(Vanse; queda VALÓN, y sale la REINA.)

ROSAURA. ¡Ah, caballero!

VALÓN. Señora,  
mi nombre me habéis llamado.

ROSAURA. Si con eso os he obligado  
y con ser mujer ahora,  
una cosa, amigo, os pido  
que me digáis.

VALÓN. Sí haré  
como os importe.

ROSAURA. ¿Quién fué  
esa dama que ha querido  
el Rey, que deste aposento  
a lo que venís oí?

VALÓN. Pues nos habéis visto aquí,  
contároslo todo intento.

Y porque quisisteis darme  
el nombre que yo más quiero,  
que ando por ser caballero  
y no sé por dónde entrarme;  
aunque dijo un licenciado  
muy discreto en superiores  
que andando con los señores  
quedaré acaballerado,  
y estar el día y la noche  
llevando en mí por divisa  
de perder antes la misa,  
que aunque les pese su coche.

ROSAURA. ¿Quién fué, al fin?

VALÓN. Fué la Condesa  
de Belflor, por quien perdido  
ha andado Enrique, y ha sido  
muda a su amorosa empresa.

Pero vos, ¿quién sois, señora?

ROSAURA. Una dama de Su Alteza  
que posa aquí.

VALÓN. ¿Hay tal belleza?

ROSAURA. ¡Ay de mi sospecha! Ahora  
ha venido a quedar cierta.—  
Muy mal el Rey lo ha mirado.

VALÓN. ¡Vive Dios que no ha intentado  
cosa más loca e incierta

que esto! ¿No fuera mejor  
que de su Reina gozara  
y que lo ajeno dejara,  
y más a do hay tanto honor?

Pero si os he parecido  
bien, dadme un favor, señora,  
destos que se usan agora.

ROSAURA. ¿Y es?

VALÓN. Fingir que habéis caído  
y me daréis una mano;  
y cuando no me la deis  
diré que me la habéis dado,  
aunque mienta, que ha llegado  
a ser trato lo que veis.

(*Salen LAURENCIO y URSINO.*)

ROSAURA. Mirad que vuestro señor viene.

LAURENC. ¿Aquí está Vuestra Alteza?

VALÓN. ¡Culpa mi mucha agudeza!  
¡La Reina es! ¿Hay tal error?  
¡Si del Rey dijera mal,  
qué buen lance echado había!

ROSAURA. Duque, no he de ver el día aquí con sospecha tal.

Que hay grande daño creer;  
vuestra inquietud he sabido  
y por quien me ha detenido  
el Rey también. Luego haced  
que se apreste una litera,  
que he de partirme a la Corte,  
para dar en todo el corte  
que conviene.

LAURENC. En vos espera  
el alma que sabréis dar  
sosiego en tanta pasión,  
y la mucha sinrazón  
de vuestro esposo enfrenar.

URSINO. Si verdad os han contado,  
lo que la Condesa ha sido  
ya, señora, habréis sabido.

ROSAURA. Hoy cesará su cuidado.  
Por Reina vengo de Hungría,  
y sus nobles han de ver  
que si el Rey sabe ofender  
sé yo honrarles este día.

VALÓN. De ella me iba enamorando;  
mas si es la Reina, Valón,  
cerramiento a tu afición,  
pues Porcia me está llamando.

(*Vanse; sale el REY, dando muestras que se le quiere arrodillar al CONDE, y tiénele.*)

CONDE. Si así le dais a mi honor  
tal favor, arrepentido  
volved a caer, señor;  
pues levantando el caído  
será su fuerza mayor.

Con los cargos quedo honrado,  
gloria a Dios que honor me dió,  
aunque hasta aquí habéis pecado,  
que si no pecarais, yo  
no os hubiera perdonado.

REY. La Condesa traed aquí  
y os apartad, que eso ha sido  
traza para darle así  
el juicio que ha perdido.

CONDE. ¿Cómo?

REY. Aqueste frenesí  
le dió sólo de pensar  
que mudando de prisión  
la muerte os venía a dar;  
aquesta imaginación  
le hace con porfiar  
que estáis muerto, y así ahora  
enseñándoos a sus ojos  
vivo, verá lo que ignora  
y cesarán los enojos.

(*Escóndese el CONDE; salen la CONDESA, PORCIA y otras deteniéndola.*)

MARGARIT. ¿A mí, canalla traidora,  
me lleváis al Rey? ¿Por qué,  
si ya en otro mundo estoy  
adonde reina la fe  
del honor que al Conde doy  
muerto, porque honrada soy?

PORCIA. Mira que te hemos traído  
delante Su Alteza, tente,  
para cobrar lo perdido.

MARGARIT. Bueno, sí; miren su frente  
rabiando al que me ha mordido;  
mal año, que en vuestra vida  
os veáis vengados dél.

REY. Sosegad, prima querida.

MARGARIT. ¡Mal sosegará, cruel,  
quien 've su fama ofendida!

REY. El Conde es vivo.

MARGARIT. Y notorio  
que no dices la verdad,  
porque allá en el Consistorio  
de Amor hoy salió.

REY. Esperad.

MARGARIT. Que vive en su purgatorio,  
donde son penas los celos.

REY. Y si yo vivo os le doy,  
¿cesarán vuestros desvelos?

MARGARIT. ¡Ojalá!

(*Sale el CONDE.*)

CONDE. Mira que estoy  
aquí.

MARGARIT. ¿Qué es aquesto, cielos?

REY. En mi casa estáis, adonde  
solos os quiero dejar,  
Margarita, a vos y al Conde,  
que quiero al paso imitar  
que al del jardín corresponde,  
pues en él vuestra hermosura

me hizo, Condesa, escultura;  
mas yo, que imitando os voy,  
al Conde con alma os doy  
y de mi ofensa segura.

(Vase el REY.)

MARGARIT. ¡Que tal han visto mis ojos!

CONDE. ¡Y que tal venganza el alma!

MARGARIT. Loca, Conde, me he fingido.

CONDE. ¿Quién?

MARGARIT. La honra.

CONDE. ¡Notable cosa!

MARGARIT. Viendo que os traía el Rey  
a daros prisión más larga  
y que era, Conde, la muerte  
por lograr sus esperanzas,  
para poderle perder  
el respeto si intentaba  
proseguir en la conquista  
que tanto su sangre infama,  
me forzó a salir por loca,  
y a mis criados en casa,  
como habéis visto, engañé  
con mil locuras extrañas.  
y aun hasta a Poreia, encubrí,  
con gozar de mi privanza,  
esta industria.

PORCIA. Siempre yo  
entendí que loca estaba.

CONDE. ¡Oh, mujer, corona y gloria  
del honor, ríndate Italia  
los lauros de sus matronas;  
Grecia sus invictas palmas,  
pues Penelopes, Lucrecias  
a tu castidad no igualan!

MARGARIT. Donde vive amor y honor  
mil imposibles se alcanzan.

(Sale CONRADO.)

CONRADO. Que entréis los dos allá dentro  
Su Alteza, señor, os manda,  
que ha venido nueva ahora...

CONDE. ¿De qué?

CONRADO. De que entra Rosaura,  
la reina, a quien tantas fiestas  
hoy en la Corte esperaban,  
ya por palacio.

CONDE. ¿Pues cómo,  
sin decir a Enrique nada?  
Vamos, esposa querida.

(Vanse los dos.)

CONRADO. ¿Quién esta novedad causa?  
Los dos me dicen que son;  
aquesto esparce la fama:  
celosa viene la Reina,  
los dos Duques con pena harta;  
mas ya pienso que los Reyes  
entran por aquestas cuadras.

(Tocan atabales, y salen por una puerta el REY y su  
gente, y por la otra, la REINA y los DUQUES URSINO  
y LAURENCIO.)

REY. Tras de mil noches de pena  
viene [a] amanecer el alba  
de vuestros ojos, señora,  
al sol de mis esperanzas.  
Los nortes de Ingalaterra  
con rayos de oro me abrasan,  
de quien ya suyos los míos  
premio en sus brazos aguardan.

ROSAURA. Deténgase Vuestra Alteza.

REY. ¿Quién es, señora, la causa  
para impedirme esta gloria?

LAURENC. ¡Qué novedad tan extraña!

ROSAURA. La causá, famoso Enrique,  
que de tanto bien me aparta,  
es que primero pretendo  
que me deis vuestra palabra.

REY. Si os he dado el alma siempre,  
¿qué os podrá negar el alma?  
Vuestra voluntad decid.

ROSAURA. Pues ya en la Corte es tan elara  
cosá el saber, aunque injusta,  
que nada encubre la fama,  
que una fuerza pretendéis,  
en cuyas almenas altas  
ha vivido el santo honor  
tan solamente por guarda.

REY. ¿Al fin me queréis decir  
que deje de conquistalla?

ROSAURA. Aquesa palabra os pido;  
por aqueso mi jornada  
ha sido tan de repente,  
lleno amor de honrosas ansias.

REY. Tened, que venís a tiempo  
a pedirme eso; que (1)  
mi pecho arrepentimiento,  
como al Mongibelo llamas.  
Y porque ya sé que Hungría  
por mis locuras extrañas  
está llena de esa voz,

(1) En el original impreso "ojalá", que no hace sentido ni rima.



aunque da honor a la clara sangre que quise ofender por la resistencia honrada de aquella Condesa hermosa, digna de eternas estatuas, digo, delante de todos los nobles que me acompañan, que es verdad que pretendí su hermosura soberana. Que al Conde traje a mi Corte, dándole oficio en mi casa y otras honras, con intento de ofender su esposa casta. Pero que viendo que ha sido a mis promesas montaña, me amaneció la razón tras de una noche tan larga; y que olvidando pasiones que los verdes años causan, pudo el arrepentimiento tanto en mí, que en esta sala, a los pies del Conde, hoy le pedí perdón, que basta en un Rey tanta humildad cuando se engendra del alma.

LAURENC. Pues cómo, ¿le tenéis preso?

REY. Eso no, Duque; su casa dejó para verse libre, y porque veáis más clara esta verdad, y que ya de desengañaros trata, aquí está con la Condesa, de cuyas manos aguarda que se coronen los Reyes de Hungría.

*(Tírase una cortina y aparécense debajo del dosel el CONDE y la CONDESA, cada uno con una corona en las manos.)*

CONDE. Llega a tomarlas.

LEONIDO. Engañado nos ha el Rey.

ROSAURA. Agora sí que os abraza Rosaura, invicto señor.

LAURENC. Siempre de Enrique esperaba esto.

VALÓN. El temor me engañó, que siempre el temor me engaña, para llevaros la nueva.

MARGARIT. Llegad, hermosa Rosaura.

REY. Antes, Leonido y Ausonio, que en parte habéis sido causa de mi locura, ofreciendo para esta conquista trazas, llegad a los pies del Conde, que pues se humilló a sus plantas un Rey, no tendréis los dos, hoy por afrenta el besarlas.

LEONIDO. ¡Bien lo habemos merecido!

CONDE. A los dos el Conde abraza.

REY. Lleguemos por las coronas.

ROSAURA. Antes tiene de gozarla que nosotros su cabello, por mis manos.

LAURENC. ¡Gran hazaña!

*(Toma la REINA la corona a la CONDESA y pónesela en la cabeza.)*

ROSAURA. Hoy por reina del honor vuestras frentes coronadas queden.

*(Quítase la corona la CONDESA y pónesela a la REINA.)*

MARGARIT. Y yo agora a Vuestra Alteza, hermosa y bella Rosaura, lo que me ha dado le vuelvo, por indigna de honor tanta.

*(Han estado haciendo lo mismo el REY y el CONDE entretanto.)*

CONDE. Como yo al Rey mi señor.

REY. Entremos donde mañana en nuestras bodas seréis los dos padrinos.

LAURENC. No basta para agradecer tal honra nuestras fuerzas.

VALÓN. ¡Porcia amada, ya se logró nuestro día!

PORCIA. ¡Mi Valón, tuya es el alma!

URSINO. ¡Plaza de aquí a Su Alteza!

ROSAURA. Venid, Condesa gallarda.

REY. Mi lado, Conde, ocupad, que toda esta honra alcanza vuestro honor por la mujer.

CONDE. Aquí la comedia acaba.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE  
LA HONRA POR LA MUJER.

LA GRAN COMEDIA

DE

LA ILUSTRE FREGONA

DE

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

---

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

DON DIEGO, *galán*.

DON TOMÁS DE ABENDAÑO.

PEPÍN, *su criado*.

Un CORREGIDOR.

DON PEDRO, *su hijo*.

ANTONIO, *su criado*.

UN MESONERO.

COSTANZA.

INÉS.

DOÑA CLARA.

DOÑA JUANA.

DON JUAN DE ABENDAÑO.

DON DIEGO, *viejo*.

Un ESCUDERO.

Un MÚSICO.

JORNADA PRIMERA

(*Salen DON DIEGO y DON TOMÁS DE ABENDAÑO, y  
PEPÍN, su criado, de camino.*)

D. TOMÁS. Dadme otra vez esos brazos.

DIEGO. Turbado, don Tomás, quedo.

D. TOMÁS. ¿De qué?

DIEGO. De ver que en Toledo  
me deis tan tiernos abrazos.

Cáusame la turbación  
el recelar algún daño,  
que, don Tomás de Abendaño,  
aquí no es sin ocasión.

Decidme: ¿qué ha sucedido  
en Burgos? ¿Vos de soldado,  
bizarramente adornado,  
gallardamente vestido?

¿Vos dejar la patria en vano?  
Sospechoso estoy, y acierto  
en temer que el daño es cierto  
y en pensar que el mal es llano.

D. TOMÁS. No temáis ni penséis tal,  
que el venir adonde os veo  
fué un voluntario deseo,  
y no fué un forzoso mal.

DIEGO. Dar en la cuenta no puedo.

PEPÍN. Pues tú, señor, lo has causado,  
que una flecha le has tirado

a Burgos desde Toledo.

DIEGO. ¿Yo, Pepín? El cómo ignoro.

D. TOMÁS. Decidme quién causa ha sido  
el haberos detenido  
en esta ciudad que adoro,  
y os daré razón también  
de mi venida.

DIEGO. Pues quiero  
contar mi historia primero,  
porque os dé gusto mi bien.

Ya sabéis como salí  
de Burgos para embarcarme,  
pues causa fué de mudarme  
un ángel que he visto aquí.

Antes de ir a Barcelona  
quise ver la Corte, y luego  
vine a Toledo, que el fuego  
que al más libre no perdona (1).

Entré en la iglesia Mayor,  
y entre los dos coros vi  
una estrella, que es aquí  
hija del Corregidor.

Miréla, quedé rendido;  
seguíla, quedé prendado,  
de su hermosura pagado

---

(1) Queda suspenso el sentido. Faltará una redon-  
dilla o más.

y de sus ojos vencido.

En suma, anoche me habló,  
que una criada ha trazado  
dar remedio a mi cuidado,  
que quien porfió venció.

Y para hablarnos muy llano,  
sin que dé que sospechar,  
quiero venir a posar  
al Mesón del Sevillano.

Porque una ventana tiene  
que corresponde a un balcón  
donde tengo mi afición,  
y a pedir de boca viene.

Pero por disimular  
humillar el traje quiero,  
porque hablando un caballero  
luego da que sospechar.

Esto tengo concertado  
con doña Clara, que ha sido  
quien mi viaje ha torcido  
y quien mi intento ha mudado.

Luego a mi padre escribí  
una embarcación fingida;  
pero a vos, como a mi vida,  
razón de la verdad di.

Esta la ocasión ha sido  
de que no estoy embarcado;  
este mi amor y cuidado,  
si mal hecho, bien sentido.

Si fui ligero en amar,  
advertid sola una cosa:  
que soy hombre, y Clara hermosa,  
que esto me puede excusar.

D. TOMÁS. Para conmigo, don Diego,  
cualquiera excusa es bastante;  
si amáis, también soy amante,  
y como vos estoy ciego.

La causa que amor me ha dado  
es a la vuestra inferior,  
que hay diferencia en amor  
de lo vivo a lo pintado.

DIEGO. De oiros me maravillo;  
suspense escuchando callo.

D. TOMÁS. No os suspendáis de escucharlo,  
pues me alegro de decillo,  
que sólo puede alegrarme  
el referiros mi amor.

DIEGO. Su terneza o su rigor  
podrá alegrarme o matarme.

D. TOMÁS. Pero decidme primero:  
¿aquel retrato que a mí  
me enviastes desde aquí

cúyo es?

DIEGO. Desto que infiero  
en una caja os envié  
un retrato tan hermoso,  
que hace al propio Amor celoso.

D. TOMÁS. Muy bien su hermosura sé.

DIEGO. Es de una humilde mujer  
o de un ángel soberano,  
que al Mesón del Sevillano  
con su presencia da ser.

No hay en toda Castilla  
más honesta y más hermosa  
doncella: es suprema diosa  
o es octava maravilla.

Y sobre todo no hay quien  
pueda decir con verdad  
que habló con esta deidad,  
que a todos muestra desdén.

Por esto y por su hermosura  
su retrato procure,  
y a Burgos os lo envié,  
que no fué poca ventura.

Y en el mesón donde está  
tengo de posar agora.

D. TOMÁS. En él mi bien atesora,  
y mi dicha en él está.

DIEGO. Decidme ya vuestro intento;  
vuestra venida contad.

D. TOMÁS. Atentamente escuchad.

DIEGO. Ya estoy, don Tomás, atento.

D. TOMÁS. Cuando dejasteis a Burgos,  
don Diego, y sin vos me vi,  
mil desdichas me afligieron,  
cercáronme penas mii;  
que la ausencia de un amigo  
y tal como vos, en fin,  
la puede un bronce llorar,  
la puede un mármol sentir.  
Pero alegróme, señor,  
la carta que vos decís  
que me enviasteis a Burgos,  
pues cuando pensaba oír  
que arábais con sesga quilla  
anchos campos de zafir,  
y que os recordaba al alba  
dulce el sonoro clarín,  
leo que estáis en Toledo  
y que habéis visto a Madrid,  
sin dar razón ni dar causa,  
sentid qué pude sentir.  
También leí que en un naipes  
un humano serafín,



me enviabais, para que vea  
 un milagro que hay aquí.  
 Abrí una caja de plata  
 y un ángel en ella vi:  
 don Diego, amigo del alma,  
 que os la pinte permitid,  
 que aunque la habéis visto vos,  
 lo que me pareció a mí  
 quiero que veáis agora,  
 aunque con rudo tamiz.  
 Tomé aquel naípe en la mano,  
 y todo a un tiempo, ¡ay de mí!,  
 miré en su cuello alabastro  
 y vi en su frente jazmín;  
 en sus mejillas mil rosas,  
 mezcladas con alelís;  
 en sus dientes un cristal,  
 y vi en sus labios carmín;  
 en sus cabellos hermosos  
 contemplé el oro de Ofir,  
 y en sus pechos cristalinos  
 la plata del Potosí.  
 Los dos arcos de sus cejas  
 lo son de amor, y creí  
 que pues matan ellos solos,  
 no son arcos, flechas sí.  
 Mas, ¿qué os digo, amigo caro,  
 si esta ciudad es cenit  
 del sol de Costanza, y es  
 el contrapuesto nadir?  
 Vos su original mirasteis,  
 yo su copia merecí:  
 ¡dichoso mil veces vos,  
 yo mil veces infeliz!  
 Don Diego, vos sois mi amigo,  
 no os tengo que prevenir  
 sino que alabéis mis glorias  
 cuando mis penas sentís.  
 El retrato pasé al alma,  
 dentro de ella le escogí,  
 siendo eclíptica del sol,  
 que influye suerte feliz.  
 No os admire que el retrato  
 deste ángel pudiese en mí  
 tan dulcemente estampar,  
 tan tiernamente esculpir,  
 que ella es mármol a los ruegos,  
 como si pudiera oír.  
 yo cera, soles sus ojos,  
 y así le pude imprimir.  
 Mil veces cerrado estuve,  
 sólo testigo Pepín,

diciendo al retrato amores,  
 como si pudiera oír.  
 Lo que no pintó el pintor  
 desde el cuerpo al cenojil,  
 mi imaginación pintaba;  
 ved qué extraño frenesí.  
 Con sus colores fingía  
 cuantas le da al campo abril,  
 y en cinta, banda y listones  
 de mayo el vario tapiz.  
 Otras veces la rendía  
 cuanto el orbe tiene en sí,  
 de la tierra cuantas frutas  
 puede fértil producir.  
 Del mar le daba los peces,  
 desde el soberbio delfín  
 hasta los que dora el sol  
 en el manto de zafir.  
 Del aire todas las aves,  
 del águila al francolín,  
 de la garza a la calandria,  
 del pavón a la perdiz.  
 Y desta suerte ocupado  
 tanta rienda al amor di,  
 que mi libertad exenta  
 triunfando pudo rendir.  
 Determiné de partirme  
 por ver el cielo que en mí  
 con fuerza de dos estrellas  
 tanto amor pudo influir.  
 Para engañar a mi padre,  
 que no me hallaba fingí  
 sin vos, y que mis tristezas  
 daban a mi vida fin.  
 ¡Qué razones no le dije,  
 qué enredos no apercibí,  
 para que diese licencia  
 a un engaño tan sutil!  
 “Los caballeros, le dije,  
 llenos de olor y ámbar gris,  
 no dan honra a su linaje,  
 rendidos al ocio vil,  
 sino terciando la pica  
 entre honroso presumir  
 o dando a los aire truenos  
 cuando fuego al serpentín.”  
 Tanto rogué, tanto dije,  
 tanto hice, tanto insistí,  
 que vino a darme licencia,  
 con que de Burgos salí.  
 Trescientos escudos de oro  
 para vos me dió al partir

vuestro padre, y a mí el mío  
 todo cuanto le pedí.  
 Al fin, amigo don Diego,  
 por Costanza vine aquí,  
 bien veo que es el sujeto,  
 si milagroso, servil.  
 Pero mirad su hermosura  
 cuando mi intento advertís,  
 su belleza cuando loco  
 por ella me veis venir;  
 que soy tinieblas oscuras,  
 Costanza sol para mí;  
 yo noche, luna su cara,  
 que puede montes rendir.  
 Al fin, que soy hombre humano  
 y ella hermoso serafín;  
 Amor ciego, y vos amigo,  
 que es cuanto puedo decir.

DIEGO. ¡Suceso extraño, por Dios!

¿Tanto el retrato ha podido?

D. TOMÁS. Tanto, que a mí me ha rendido  
 como doña Clara a vos.

DIEGO. Tú tienes mucha razón,  
 que si el retrato envié,  
 yo sólo su amor causé.

PEPÍN. Vos causasteis su afición.

DIEGO. ¿Qué te parece, Pepín?

PEPÍN. Que es vuestro amor extremado,  
 y que el cielo os ha juntado  
 como a Sancho y su rocín.

Y también que os dará fama,  
 y con muy poco trabajo,  
 el parecer vos a Tajo  
 y mi señor a Jarama.

Manzanares vengo a ser  
 injerto en mi amo yo,  
 y Toledo nos juntó  
 sin habernos menester.

Y de la congregación  
 destos tres ríos, Fortuna  
 hará que, sin duda alguna,  
 sea océano un mesón.

DIEGO. Dices bien.

D. TOMÁS. Es extremado  
 en todo.

DIEGO. ¿Que pueda Amor  
 dar pena y causar dolor  
 con solo un rostro pintado?

PEPÍN. Pues sobre éso he dicho yo  
 cosas que te espantarías,  
 si no pierden por ser más.

DIEGO. Nunca lo bueno perdió.

PEPÍN. Entre otras cosas, me acuerdo  
 que le di en cierta ocasión  
 una tan varia lección  
 como vena (1).

DIEGO. Eres muy cuerdo.

PEPÍN. A la causa de su muerte,  
 que es el retrato, decía  
 mil ternezas cierto día,  
 y díjele desta suerte:

No creas jamás, señor,  
 en promesa de escudero,  
 ni cuando jura el ropero,  
 ni que hay valiente hablador,  
 ni en fuerza de buena estrella,  
 ni en bonanza por la mar,  
 ni palabra en el jugar,  
 ni en amor de mujer bella,  
 ni en casarte sin dinero,  
 ni en hacienda de ladrón,  
 ni en la perdida ocasión,  
 ni en la hacienda del fullero,  
 ni en prenda de dama fea,  
 ni en valentía de alarde,  
 ni en destreza de cobarde,  
 ni en reloj puesto en aldea;  
 ni creas en torpe amor,  
 ni en tiránico poder,  
 ni en retrato de mujer,  
 que siempre añade el pintor.

DIEGO. ¿Hay Demóstenes lacayo  
 como tú?

D. TOMÁS. Dadle, don Diego,  
 agua de consejo al fuego  
 de tan amoroso rayo.

DIEGO. Antes os dará dolor  
 si os digo que...

D. TOMÁS. Yo me aflijo.

DIEGO. ...del Corregidor el hijo  
 tiene a vuestra dama amor.

D. TOMÁS. ¡Tened, don Diego; dorad  
 esa palabra más bien!

DIEGO. Ya de Costanza el desdén  
 es notorio en la ciudad;  
 porque el mozo, enamorado  
 y a su belleza rendido,  
 un tesoro le ha ofrecido  
 y mil músicas le ha dado.  
 Mas dejándole morir,  
 para no obligarse a dar,  
 ni el oro quiere tomar

(1) Así en el original: quizá deba leerse "nueva".

ni las músicas oír.

Y advertid que en el mesón  
ella de servir no trata,  
y sólo guarda la plata,  
que el huésped tiene opinión.

Y que el lado ocupa os fío  
de la mujer de su amo,  
que así yo al huésped le llamo,  
aunque otros dicen su tío.

En un retrete de día,  
en su labor ocupada,  
está sólo acompañada  
de una niña que se cría  
con ella, y es por ser hija  
del huésped que os he contado.

D. TOMÁS. Más aumentáis mi cuidado.

PEPÍN. Uno ni otro no te aflija.

Sólo quiero preguntar:  
si tanto guarda su honor,  
¿cómo la pintó el pintor?

DIEGO. Así la pudo pintar:

Posaba en casa, y pagó  
a un mozo en ella muy bien;  
él, codicioso también,  
en su aposento le entró.

El cual aposento estaba  
para todo su remedio  
tan sólo pared en medio  
del que Costanza labraba.

Por un pequeño agujero  
pudo pintarla el pintor,  
que todo lo puede Amor  
si hay diligencia y dinero.

PEPÍN. ¿Pues cómo no le vendió  
del Corregidor al hijo?

DIEGO. Ya, Pepín, estás prolijo.

D. TOMÁS. Decid, que bien preguntó.

DIEGO. Para él le retrataba,  
y porque no le prestó  
unos cuadros se enojó,  
que excelente humor gastaba.

Y así me le vendió a mí,  
y fué el partirse forzoso  
de don Pedro, temeroso...

PEPÍN. Esto haré.

D. TOMÁS. ¿Qué piensas, di?

PEPÍN. Pienso, si no mi razón,  
el remedio de tu amor.

D. TOMÁS. ¿Qué dices?

PEPÍN. Oye, señor,  
si quieres tener buen fin.  
Si un pintor eso alcanzó

por un interés que infamo,  
con mi ingenio y con mi amo  
¿no le podré alcanzar yo?

¡Vive Dios que habéis de ver  
quién soy si queréis seguirme:  
buen ánimo y pecho firme  
para morir o vencer!

Vos, don Diego, ¿no os importa  
posar en este mesón  
y en otro traje?

DIEGO. Ocasión  
es forzosa.

PEPÍN. Pues tú acorta  
de presumir y saber,  
y escucha.

D. TOMÁS. Suspenso quedo.

PEPÍN. ¿No hay hombre humano en Toledo  
que le pueda conocer?

DIEGO. No pienso yo que hay alguno.

D. TOMÁS. Ya no hay respetos ni miedos;  
busca modos, traza enredos,  
que a todo estoy oportuno.

PEPÍN. Pues seguidme, y os ofrezco  
daros a Costanza y Clara.

D. TOMÁS. En nada el temor repara,  
si tanta gloria merezco.

DIEGO. Serás honor de Vizcaya,  
tu patria.

PEPÍN. Seguidme, pues,  
que hemos de jugar los tres  
carambola o tres en raya.

Y por diversos caminos,  
dando a vuestras penas fin,  
hará de los tres Pepín  
ensalada de pepinos.

*(Vanse, y salen don PEDRO, hijo del CORREGIDOR, y  
ANTONIO, su criado.)*

ANTONIO. Esta es, señor la cortina  
que cubre tu imagen bella,  
es el cielo de tu estrella  
y es de tu diamante mina.

De tu hermoso sol la zona,  
el templo de tu deidad,  
y por decir la verdad,  
el mesón de tu fregona.

D. PEDRO. ¿Qué dices, Antonio? ¿Así  
tratas la prenda mejor  
que puso en el suelo Amor?

ANTONIO. Admirado estoy de ti.  
¿No adviertes que eres, señor,  
tan rico cuanto discreto?



¿No ves que cres, en efeto,  
hijo del Corregidor?

¿No miras que apasionada  
tu alma su gloria tiene  
en una mujer que viene  
a estar en una posada?

D. PEDRO. Aunque vive en un mesón  
no es de su belleza ultraje,  
y si es de posada el traje,  
los vestidos no lo son.

Muestra su mucha hermosura  
y valor por quien padezco,  
que si su cielo merezco  
será eterna mi ventura.

ANTONIO. Quiero, señor, darte gusto  
y alabar tu pensamiento.

D. PEDRO. Con eso me das contento.

ANTONIO. A tu voluntad me ajusto.

Y así me causa mohina  
tu recato y proceder,  
y el día y la noche ser  
Atlante de aquesta esquina.

Todo el día estás sin vella,  
y la noche sin hablalla:  
mirad qué fuerte muralla  
nos defiende la doncella.

De una posada la puerta  
que jamás está cerrada,  
de noche está emparejada  
y todo el día está abierta.

Entra, pues hay ocasión,  
hasta ver esta mujer  
y dila tu parecer,  
que no es palacio un mesón.

D. PEDRO. Estoy casi por hacello.

ANTONIO. Deja el casi y hazlo al punto.

D. PEDRO. De pensarlo estoy difunto.

ANTONIO. La ocasión, de su cabello.

Ven, entremos.

D. PEDRO. Voy, entrando,  
ya mi desdicha temiendo.

ANTONIO. No temas.

D. PEDRO. Llego muriendo.

ANTONIO. Yo animoso.

D. PEDRO. Y yo temblando.

(Así como van a entrar salen COSTANZA y INÉS.)

COSTANZA. Ven, y daréte la plata  
para este huésped indiano.

D. PEDRO. Tencid el paso.

ANTONIO. Ya es llano  
que el cielo tu dicha trata.

Ponte a ese lado, señor.

INÉS. Yo sé que alguno quisiera  
ser plato.

COSTANZA. Invidiar pudiera  
alguna gloria mayor.

INÉS. Y porque tu mano fiera  
su mano sólo tocara,  
racional de ser dejara,

D. PEDRO. ¡Pluguiera a Dios que yo fuera!

COSTANZA. Eso, Inés, me importa poco;  
que siendo yo perseguida  
y humildemente nacida,  
casi con las manos toco.

Pues ofenderme y buscarme  
es su desco solamente,  
y que es amor aparente  
para, ofendida, dejarme.

Y eso que llaman amor,  
ya no es amor, Inés mía,  
sino constante porfía  
de un desocupado error.

¿Qué me importa, por tu vida,  
si no es don Pedro mi igual,  
que esté por mi amor mortal,  
siendo enfermedad fingida?

¿Ni qué me importa miralle  
hecho del Amor vasallo,  
que, bravo, con su caballo  
me desempiedre la calle,

si yo no he de querer bien  
ni me pretendo casar?

D. PEDRO. ¡Ella me quiere matar!

¡Ay, mi adorado desdén!

COSTANZA. ¿Quién habla aquí?

D. PEDRO. Yo, señora;

no te alteres ni te espantes,  
que son efectos amantes  
de quien tu hermosura adora.

COSTANZA. ¡Señor!...

D. PEDRO. Oye y no des voces,  
pues es honesto mi trato,  
que infundes en mí recato.

INÉS. Di presto.

D. PEDRO. Ya me conoces.

Yo soy aquel desdichado  
hijo del Corregidor,  
que te ha rendido su amor  
y a quien tan mal has pagado.

Si no soy igual no ignores,  
cuando mi pecho te adora,  
que iguala el amor, señora,  
desigualdades mayores.

Muéstrate ya agradecida,  
pues ves de mi amor el fuego,  
cuando mi alma te entrego,  
cuando te ofrezco mi vida.

Nunca mi amor ha pensado  
lo que tú, señora mía;  
afición es, no porfía,  
que impropio nombre le has dado.

Y si pretendo ofenderte  
ruego al cielo que en castigo  
me ofenda el mayor amigo  
un villano me dé muerte.

COSTANZA. Por no detenerme aquí  
no culpo tu atrevimiento,  
porque ahora sólo intento  
volver, don Pedro, por mí.

Que aunque me veis retirada  
y en un mesón recogida,  
humildemente nacida  
y pobremente criada,  
no has de imaginar que ignoro  
un engañoso ofrecer:  
bien sé que es el prometer  
dorar el yerro con oro.

Para igualar nuestro amor  
hemos de ser primero  
hijo tú de un mesonero  
y yo de un corregidor.

Que de otra suerte, infalible  
ha de ser aborrecerte,  
y es imposible quererte,  
pues lo dicho no es posible.

Y así, no te canses más,  
pues no te pienso querer,  
que soy resuelta mujer  
cuando porfiando estás.

Y por no ver tu porfía  
quiero dejarte y dejalla,  
que en tan desigual batalla  
es el huír valentía.

(Vase.)

D. PEDRO. Oye, Costanza; señora,  
escucha, soy desdichado.  
¿De aquesta suerte has dejado  
a quien te estima y te adora?

Oye, Inés...

ANTONIO. Siguió a los vientos.  
INÉS. Pues que desprecia tu amor  
por ser de corregidor,  
corrige tus pensamientos.

(Vase.)

D. PEDRO. No por su desdén desmaya  
mi amor, que invencible es,  
Inés...

ANTONIO. Habla con Inés.

D. PEDRO. Oye...

ANTONIO. Que está hecha maya.

D. PEDRO. ¿Que tal me suceda a mí?  
¡Estoy de cólera ciego,  
si bien aumenta mi fuego  
el desdén que en ella vi!

Antonio, ¿qué puedo hacer,  
lleno de amor y pesar?

ANTONIO. Olvidar o porfiar.

D. PEDRO. Porfiar pienso escoger.

ANTONIO. De tu firmeza confía  
que premie tu pecho amante.

D. PEDRO. Nunca vi Troya constante  
a una constante porfía.

ANTONIO. Salgamos de aquí.

D. PEDRO. Quisiera  
no dejar este lugar.

ANTONIO. Por fuerza le has de dejar.

D. PEDRO. ¡Quién siempre verla pudiera!

ANTONIO. Pues a fe que me ha picado  
ver su desdén, y querría  
mostrar la habilidad mía  
remediando tu cuidado.

D. PEDRO. ¿De qué modo?

ANTONIO. Si yo quiero  
disponerme, te haré ver  
que es de cera esta mujer  
con mi industria y tu dinero.

D. PEDRO. Pide de mi hacienda, Antonio,  
cuanto quisieres, con que  
contento mi amor esté.

ANTONIO. Trazas haré del demonio.

D. PEDRO. Dime, pues, lo que has pensado.

ANTONIO. Después lo sabrás, que ahora  
doña Clara, mi señora,  
viene de Misa.

D. PEDRO. El cuidado  
me matará.

ANTONIO. A mí me pesa  
que te vea en esta calle.

(Sale DOÑA CLARA con el ESCUDERO.)

D.<sup>a</sup> CLARA. Aquí pensaba encontralle.

ESCUDERO. Y aquí está.

D.<sup>a</sup> CLARA. Su amor confiesa.

D. PEDRO. ¡Hermana! ¿Sola y a pie,  
sin mi madre ni carroza?

D.<sup>a</sup> CLARA. Quien su gusto, hermano, goza,

y rinde al amor su fe,  
no sabe si está indispueta  
su madre.

D. PEDRO. ¿De anoche acá  
mi madre indispueta está?

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Muy buena ignorancia es ésta!

D. PEDRO. Vamos y veréla.

D.<sup>a</sup> CLARA. Ahora  
salgo del Carmen, hermano,  
de ver Misa.

D. PEDRO. ¡Oh sobcrano  
cielo!

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Qué dices?

D. PEDRO. Señora,  
cierta pasión es.

D.<sup>a</sup> CLARA. Valor  
mostrad en pasión tan llana.

D. PEDRO. Bien claro mostráis, hermana,  
que ignoráis lo que es amor.

D.<sup>a</sup> CLARA. Que lo ignoro verdad es.

(*Aparte.*)

También doy al niño ciego  
feudo, pues quiero a don Diego,  
aquel galán burgalés.

(*Aparte.*)

D. PEDRO. El alma se queda aquí.

(*Aparte.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Si estará ya en el mesón?

ANTONIO. Ya se traza la invención  
de tu remedio.

D. PEDRO. ¡Ay de mí!

ANTONIO. La traza será escogida.

D. PEDRO. Para dejarte voy ciego.

(*Aparte.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ay, mi adorado don Diego!

(*Aparte.*)

D. PEDRO. ¡Ay, mi Costanza querida!

(*Vanse, y salen COSTANZA y INÉS y el HUÉSPED.*)

HUÉSPED. ¿Eso ha pasado?

COSTANZA. Ha pasado  
lo que te he dicho, señor.

HUÉSPED. Y aun ha pasado de amor  
atrevimiento sobrado.

Iré a su padre y haré  
que castigue su insolencia.

INÉS. Fué enamorada licencia.

HUÉSPED. Y necia licencia fué.

No salgas más al zaguán.

COSTANZA. Ya no hay, señor, que advertirme.

HUÉSPED. Ni tú, porque no confirme  
que aquí licencia le dan.

(*DON TOMÁS, dentro.*)

D. TOMÁS. ¡Ah de casa! ¡Ah del mesón!

¿Hay posada?

HUÉSPED. Entrad, amigo.—

Recogeos las dos.

(*Sale don TOMÁS.*)

D. TOMÁS. Yo digo  
que es gallarda la invención.

HUÉSPED. Pero no, que no es persona  
de quien os debáis guardar.

D. TOMÁS. ¿Hay posada?

HUÉSPED. ¿Ha de faltar?

INÉS. Su humilde traje lo abona.

D. TOMÁS. Ojos, mirad con recato  
la luz de más claro polo  
que el celeste.

HUÉSPED. ¿Venís solo?

D. TOMÁS. Solo vengo, y el mal trato  
de una posada me ha hecho  
dejarla y venirme aquí.

INÉS. ¡Mozo de mulas no vi  
más galán y más bien hecho!

COSTANZA. Tienes razón.

D. TOMÁS. Enfermé  
aquí, y mis amos pasaron  
su camino, y me dejaron  
en el mesón que os conté.

Y ahora que la salud  
comienzo ya a poseer,  
me vengo a convalecer  
al vuestro.

HUÉSPED. Solicitud  
hay en mi casa.

(*Sale DON DIEGO, vestido de camino.*)

DIEGO. ¿Hay posada  
para mi amo y a mí?

HUÉSPED. Decidle que entre.

DIEGO. ¿Haila?

HUÉSPED. Sí.

DIEGO. Oíd.

D. TOMÁS. ¡Ay, Costanza amada!

DIEGO. Huésped, quien viene conmigo  
es hijo de un caballero,  
que con linaje y dinero  
vale y puede; y es testigo  
Burgos desto, porque allí



muestra su casa valor;  
tiene el dicho cierto humor,  
que es el que le trujo aquí.

Y es que de una enfermedad  
su buen juicio perdió,  
y tan sólo le quedó  
esta extraña variedad:

Dice que es el más galán  
que formó Naturaleza,  
y se ha puesto en la cabeza  
que en brío y en ademán,  
en palabras, en razones,  
en ingenio y gravedad  
es todo al uso; mirad  
sus extrañas ilusiones.

Como escucharle no hay fiesta,  
dando a todo el mundo tasa.

HUÉSPED. Pues errado habéis la casa,  
que no es la del Nuncio ésta.

Si es loco, allá le llevad;  
no hay jaulas, sino aposentos  
en mi casa.

DIEGO. Mis intentos,  
señor huésped, perdonad,  
y oíd.

HUÉSPED. Decid.

DIEGO. A su padre  
mil escudos le tomó,  
y de Burgos se salió  
causando pena a su madre.  
Tres criados ha enviado  
a buscar este perdido,  
y yo venturoso he sido,  
pues he sido el que le he hallado.

Mientras que puedo avisar  
y envío a pedir dinero,  
que el que llevó el caballero  
se lo debieron de hurtar,

os suplico que me deis  
posada, que bien pagada  
os será vuestra posada  
con cuanto vos pediréis.

Si reparáis por ser loco,  
es más limpio y comedido  
que bizarro y entendido,  
y no lo encarezco poco.

*(Sale PEPÍN, vestido ridículamente.)*

PEPÍN. ¡Oh, lo que tarda don Diego!

HUÉSPED. ¿Es éste?

DIEGO. Sí.

HUÉSPED. ¿Qué figura!

INÉS. ¡Qué talle!

COSTANZA. ¡Qué compostura!

PEPÍN. Lope, ¿a quién digo? ¿Estás ciego?  
¿No me ves? ¿Cómo has tardado,  
dime, tanto en negociar?  
¿No sabes que el esperar  
me hace ser desesperado?

Por no ser esperador  
sufriré cualquier desprecio,  
oir preguntar a un necio  
y mentir a un hablador.

Si fuera yo sin desvío  
de Abraham fiel descendiente,  
por no ser impertinente  
dejara de ser judío.

¿Hay posada?

HUÉSPED. ¡Lindo loco!—

Sí la hay.

COSTANZA. ¡Válgame el cielo!

¿Qué sospecha! ¿Qué recelo!

D. TOMÁS. Mi bien busco y mi mal toco.

*(Dentro UNO.)*

UNO. Ten este estribo.

OTRO. Aquí es  
el Mesón del Sevillano.

HUÉSPED. Que estoy perdido está llano  
después que me dejó Andrés.  
Gente acude y no hay quien dé  
recado.

PEPÍN. ¡Buena ocasión!—  
¿No es criado del mesón  
éste?

HUÉSPED. Anteayer se me fué  
el que daba la cebada;  
que éste es huésped, no criado.

PEPÍN. Si estáis en humilde estado  
acomodaos, camarada.

D. TOMÁS. Por Dios que estoy por servir  
al huésped; bien acudió.

HUÉSPED. Para recibiros yo  
estoy también.

*(Aparte.)*

DIEGO. Acudir  
supo a gallarda ocasión.

D. TOMÁS. Mas sólo me da cuidado  
el estar acomodado  
sin salud en un mesón.

PEPÍN. Andad, con el ejercicio  
convaleceréis, hermano.

HUÉSPED. Que es poco el trabajo es llano,  
y algo será el beneficio.

Porque Andrés, el que se fué,  
entró en mi casa empeñado,  
y al salirse se ha llevado  
dos vestidos, y yo sé

que estuviera siempre aquí;  
sino que parlaba tanto  
que a todos causaba espanto,  
por eso le despedí.

Y también porque allá a solas  
ciertas zorrillas cogía,  
que todo el día tenía  
agarradas por las colas.

Que en él el fin de una es  
principio a las que se ofrecen.

PEPÍN. Tales zorras más parecen  
ser de Sansón que de Andrés.

DIEGO. No he oído cosa mejor.

¡Oh, qué agudamente dijo!

PEPÍN. ¿De tal dudar qué colijo?  
Quedaos, quedaos, por mi amor.

INÉS. ¡Ay, si se quedase en casa!

D. TOMÁS. Acomodarme no quiero.

PEPÍN. ¿Hay tan grande majadero?

COSTANZA. El corazón se me abrasa.

PEPÍN. Quedaos.

D. TOMÁS. Por haceros gusto  
y por estar en Toledo,  
en esta casa me quedo.

DIEGO. Señor, este es caso injusto.

¿Por qué te entremetes tú  
en lugar que no te llaman?

PEPÍN. Por eso mi nombre aclaman,  
criado de Belcebú.

¿No sabes que al uso soy,  
y es al uso murmurar,  
y es al uso no pagar  
y publicar lo que doy?

Es muy al uso el mentir,  
eslo al tratar de destreza,  
eslo el publicar riqueza  
y de noche es uso huir.

Uso es decir que soy rayo,  
y es uso entre damas bellas  
mostrar que mucro por ellas  
y ellas fingir un desmayo.

Es al uso si me aman  
mirándolas suspenderme,  
y es al uso entremeterme,  
Lope, donde no me llaman.

COSTANZA. No es muy mala la lición.

HUÉSPED. ¿Lo que os he de dar sabéis?

PEPÍN. Después deso trataréis.

D. TOMÁS. Norabuena.

COSTANZA. Corazón,

¿qué tenéis? No mováis tanto  
vuestras alas para huir.

HUÉSPED. Venid.

PEPÍN. ¿Bien sabréis medir?

D. TOMÁS. Y muy bien.

PEPÍN. Yo no me espanto,  
si mozo de mula fuisteis.

HUÉSPED. Venid y el libro tomad;  
las medidas asentad  
como ya tomar las visteis.

Tú, Inés, dile a la Gallega  
que un aposento le dé  
a este hidalgo.

INÉS. Al punto iré.

COSTANZA. ¡Mi corazón no sosiega!

HUÉSPED. ¿Cómo os llamáis?

D. TOMÁS. Tomás Pedro.

HUÉSPED. ¡Hola, Costanza!

COSTANZA. Señor.

HUÉSPED. Entra luego a hacer labor.

INÉS. Venid vos.

DIEGO. De oficio medro.

PEPÍN. ¡Señora, señora, oíd!

COSTANZA. ¿A mí decís?

PEPÍN. A vos digo.

COSTANZA. Errasteis el lance, amigo.

PEPÍN. Que sé quién sois advertid.

Recogida, recatada,  
que nadie os habla ni os ve;  
que sois muy honesta sé  
y sé que sois muy honrada.

Y por aquesto querría  
leeros cierta lición  
en materia de afición,  
que importa, por vida mía.

COSTANZA. Teneos, que esas liciones  
ni me importan ni las quiero.

PEPÍN. De vuestra prudencia espero  
que hará eternos sus blasones.

Porque no es razón querer  
a persona superior,  
que entre iguales el amor  
más constante viene a ser.

Y aunque os dé tesoros varios  
el hombre más bien nacido,  
dad su memoria al olvido  
con desdenes voluntarios.

CONSTANZA. ¿Pues éste es un mentecato  
y tan cortésmente habló  
lo que quiero y busco yo?

Quiero entretenerme un rato.—

¿Cómo vais, señor, vestido tan diferente de todos?

PEPÍN. Yo soy, por diversos modos, para ir al uso nacido.

COSTANZA. Mal vuestro intento se prueba, que no vais al uso agora.

PEPÍN. Quien más va al uso, señora, es quien saca cosa nueva.

Y este traje todo es nuevo, pues en una y otra gala nadie me imita ni iguala.

COSTANZA. Vuestro buen intento apruebo.

PEPÍN. Pues en negocio de amor tengo sutiles primores.

COSTANZA. Dejad, señor, los amores si queréis de mí favor.

Hablad de vuestros intentos sin amor y muy cortés.—  
Que este caballero es

(*Aparte.*)

conforme mis pensamientos.—

Tratad que tenéis en poco a quien no os imita a vos.

(*Aparte.*)

PEPÍN. ¡Oh qué lindo! ¡Vive Dios, que ya me tiene por loco!—

Mi señora, no temáis, que a vos no os puedo querer, que es ir contra el parecer que todos en mí admiráis.

COSTANZA. ¿Cómo?

PEPÍN. Ciertas cosas son las que no usan en el mundo, y en nó seguir las me fundo.

COSTANZA. Decidlas.

PEPÍN. Dadme atención.

No es al uso en ningún modo el dar los enamorados, ni es al uso en los cuidados el publicarlos del todo.

No es al uso el ser amigo, ni el decir siempre verdad, ni el guardar fidelidad, ni el mentir sin dar testigos.

No es al uso, reina mía, en amor guardar secreto, ni uso premiar al discreto, ni a la cuerda valentía.

No es al uso el hablar poco, ni el decir fulana es bella,

ni amar a mujer doncella ya no es al uso tampoco.

COSTANZA. Ahora vengo a confesar que sois muy al uso en todo.

PEPÍN. A serviros me acomodo si mi amor queréis pagar.

COSTANZA. Vos sois muy gran caballero.

PEPÍN. Si por eso me dejáis, ¿por qué no os enamoráis del mozo del mesonero?

COSTANZA. Bien dices.—Y tan bien dice,

(*Aparte.*)

que en mi vida me ha causado hombre en el mundo cuidado; mi amor en él se eternice.

PEPÍN. Pues Tomás Pedro parece hombre de bien, a fe mía.

COSTANZA. ¡Dejad eso!

PEPÍN. No querría jurar que él os aborrece.

COSTANZA. Vamos.

PEPÍN. ¡Muy enhorabuena!—

(*Aparte.*)

No quiero mover la traza, pues bien mi intento se traza.

(*Aparte.*)

COSTANZA. Tomás Pedro me da pena.—  
Adiós, señor.

PEPÍN. Reina mía, el cielo vaya con vos; mil años os guarde Dios, casada y con alegría.

Tengáis los gustos colmados sin tener vanos recelos, y si amáis sea sin celos, libre de todos cuidados.

Y a mí siempre me mandad en cuanto pueda serviros, pues merecen mis suspiros vencer a vuestra verdad (1).

De adoraros no me excuso.

COSTANZA. Vos sois muy gentil persona.

PEPÍN. Vos sois ilustre frenoga.

COSTANZA. Y vos sois amante al uso.

(1) Así en el original; probablemente será "beldad".



## JORNADA SEGUNDA

*(Salen ANTONIO y DON PEDRO.)*

DON PEDRO.

El papel que has de dar, Antonio, es éste; en la respuesta suya está mi vida; no tengo que advertir; tú eres discreto; mi amor conoces; mi remedio estriba en tu valor, tu traza y tu secreto. Mi hacienda, todo, es justo que aperciba para darte, si alcanzas la victoria de aquesta Dafne, cuanto hermosa esquivas.

ANTONIO.

Sólo el servirte me promete gloria; dame el papel y de mi ingenio fía.

DON PEDRO.

Toma el que cifra mi amorosa historia y este dinero toma, que porfía y oro cuanto quisieron alcanzaron.

ANTONIO.

De ellos, señor, en esta acción confía.

DON PEDRO.

Sus desdenes, Antonio, me enseñaron a temer, y el mirar que tú lo emprendes y tus partes, al punto me animaron. Parte volando, pues mi amor entiendes, que muriendo, entre dudas y temores, aquí te espero.

ANTONIO.

Con dudar me ofendes.

DON PEDRO.

Mientras bordare el sol con resplandores de luz los montes, si ese papel tiene Costanza gozarás de mis favores.

ANTONIO.

Mi diligencia tu quietud previene.

*(Vase, y sale DOÑA CLARA.)*D.<sup>a</sup> CLARA, Antonio.

ANTONIO. Señora mía.

D.<sup>a</sup> CLARA. Oye, ¿fué ya mi hermano?

ANTONIO. Con cierta melancolía se fué.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Cielo soberano, mi intento y mi lengua guía!—

De ti, Antonio, me prometo, por fiel y por bien nacido, un dichosísimo efeto,

que cres tan bien entendido cuanto leal y secreto.

ANTONIO. Sólo te ofrezco, señora, mi vida.

D.<sup>a</sup> CLARA. Por fiel criado emplearte quiero agora.

ANTONIO. Dime luego tu cuidado, que el alma lo que es ignora.

D.<sup>a</sup> CLARA. Un papel has de llevar al Mesón del Sevillano.

ANTONIO. No tengo más que pensar: ella ha escuchado a su hermano y pena me quiere dar.

D.<sup>a</sup> CLARA. Este es el papel. Pues sabes que igualmente amor sujeta los humildes y los graves, el rigor de su saeta en mi pecho es bien que alabes.

No tienes que preguntarme, ni menos que replicarme; toma el papel, parte luego y dalo, Antonio, a don Diego, que es el que pudo obligarme.

En ese Mesón está su nobleza disfrazando, pero el talle te dirá cuál es; parte ya volando, pues quedo muriendo ya.

Porque puedas conocelle mira en su dedo un diamante que al sol intenta vencelle, y éste toma tan constante como quien viene a ofendelle.

ANTONIO. No es burla; sin duda alguna está muy enamorada.—

No habrá tardanza ninguna.

D.<sup>a</sup> CLARA. En mi cuarto retirada estoy.*(Vase.)*

ANTONIO. Fía en tu fortuna.

Ser dichoso en esto espero, pues juntamente me han dado clla anillo y él dincro; mas ya me causa cuidado, que el anillo es mal agüero.

Por ser éireulo promete variedades desdichadas; su piedra es bien que interprete que me han de dar a pedradas hoy el grado de alcagüete.

Pero temer luego es yerro: yo parto animoso al punto;

aunque mi temor destierro  
temo que el mal vendrá junto,  
como los palos al perro.

(Vase.)

(Salen DON TOMÁS y DON DIEGO.)

DIEGO. Ya, don Tomás, he llegado  
a ver a mi doña Clara.

D. TOMÁS. ¿Y habéisla, don Diego, hablado?

DIEGO. Mi suerte en eso es avara,  
por no ser noche he callado;  
pues la calle que está enmedio  
en el día no permite  
que la hable.

D. TOMÁS. Dichoso medio  
es la ventana.

DIEGO. Ella admite  
en ti todo mi remedio.

Sólo he visto que un papel  
me enseñaba, y no entendí  
lo que me dijo por él;  
y espero a la noche.

D. TOMÁS. En mí  
hará un efeto cruel.

Pues mi Costanza querida,  
por ser noche, recogida  
sola estará en su aposento;  
tendré el alma sin contento,  
como el corazón sin vida.

Mas cuando del sol huyendo  
irán las oscuras sombras  
y el alba hermosa esparciendo  
perlas en verdes alfombras,  
cobrar vida y alma entiendo,  
pues mi adorada Costanza  
con su divina belleza  
dará a mi amor confianza,  
y el oro de su cabeza  
alentará mi esperanza.

(Sale PEPÍN.)

PEPÍN. Aquí están los dos hablando.

D. TOMÁS. ¡Pepín, llega; llega luego  
y abrázame!

DIEGO. ¡Y a don Diego  
también!

PEPÍN. Yo ya estoy temblando.

D. TOMÁS. ¿De qué?

PEPÍN. De considerar  
lo que el alma en los dos vió:  
¿soy Clara o Costanza yo,  
que me queréis abrazar?

¿Hay tal cosa?

D. TOMÁS. Tu valor  
y tu ingenio más merecen.

PEPÍN. Sólo estos premios ofrecen  
cuantos tratan hoy de amor.

Pero, ¿qué os ha parecido  
el llamarme amante al uso?

DIEGO. De mí sé que estoy confuso  
de verte tan admitido.

PEPÍN. Dos horas no más hará  
que entramos en el Mesón  
y ya entro, en conclusión,  
adonde Costanza está.

D. TOMÁS. ¿Qué me dices? ¿Eso es cierto?

PEPÍN. Y por loco me han tenido,  
y según tengo entendido  
no va mal nuestro concierto;  
pues hablándola yo en ti  
sus dos mejillas hermosas  
vistió de purpúreas rosas.

D. TOMÁS. ¿Que tan venturoso fui?

PEPÍN. ¿Pues qué imaginas hacer?

D. TOMÁS. Ya escribo un papel, Pepín,  
y a este hermoso serafín  
pienso con razón vencer,  
pues en él digo quien soy.

PEPÍN. Quedo, que Inesilla viene  
y Costanza.

DIEGO. Y tu amor tiene  
próspera ventura hoy.

(Salen INÉS y COSTANZA, con un rebozo.)

INÉS. ¿Que un accidente ha podido,  
en un espacio tan breve,  
mudar tu clavel en nieve?

COSTANZA. Mi corta ventura ha sido.

D. TOMÁS. Inés, Costanza, ¿mandáis  
algo en que pueda serviros?

COSTANZA. ¡Oh, Tomás Pedro!

D. TOMÁS. Suspiros  
al aire, corazón, dais.

INÉS. Está Costanza indispuesta,  
que en una muela un dolor  
la queja.

D. TOMÁS. ¡Valedme, Amor,  
que es gallarda ocasión ésta!  
Pues yo tengo una oración  
en blanco papel escrita (1).

PEPÍN. ¡Qué bien lograda ocasión!

INÉS. Désela, por vida suya.

(1) Falta un verso a esta redondilla.

D. TOMÁS. Advierte que no has de darla a nadie, sino guardarla en leyéndola.

COSTANZA. Si es suya, sin duda que mi dolor ha de quedar desterrado.

D. TOMÁS. Toma, y léela con cuidado.—Haga lo demás Amor, que yo cuanto pude hice.—Adiós.

COSTANZA. El vaya contigo.

D. TOMÁS. Venid, don Diego, conmigo.—Quédate a ver lo que dice, que yo me parto dudando.

PEPÍN. Funda en mí tus (1) confianzas.

DIEGO. Cobra nuevas esperanzas, que ya está el papel mirando.

(Vanse los dos.)

COSTANZA. No es esto oración, Inés.

INÉS. ¿Pues qué?

PEPÍN. ¡Válgame los cielos, cercado estoy de recelos!

COSTANZA. Escucha, y sabrás lo que es.

(Lee.)

“Yo soy, Costanza querida, quien de vos enamorado estoy, y el traje he mudado porque el veros no me impida.

Tomás Pedro me he fingido con un venturoso engaño; mas don Tomás de Avendaño soy, bien noble y conocido.

Mi patria es Burgos; mirad mi recato y el quereros, pues no pretende ofenderos mi sincera voluntad.

Y pues ya sabéis mi intento y quién soy, sólo os diré que sólo aspira mi fe al honesto casamiento.”

¿Qué te parece?

INÉS. Quizá hay oraciones también contra un ingrato desdén, y ésta una dellas será.

Y aunque niña, te aseguro que para lograr su intento el ofrecer casamiento

es un gallardo conjuro.

COSTANZA. El secreto te encomiendo.

INÉS. Hoy hago aquesto por ti, y, cuando grande, por mí harás lo mismo.

COSTANZA. Ya entiendo.

PEPÍN. Yo llego.—Buen rato ha que os veo hablar a las dos; que os guarde mil años Dios.

INÉS. Diga, que sí guardará.

PEPÍN. Costanza, cierto secreto os quiero comunicar; solos podemos quedar.

INÉS. Señor galán, ¿en efeto que por cantora me tiene? Pues engañase, a fe mía, y ha sido magacería ésa.

PEPÍN. ¡Qué presto previene? No lo dije yo por tanto.

COSTANZA. Hablad, que Inesilla es como una piedra.

PEPÍN. Hola, Inés, sed piedra, pero no canto; que lo que os quiero decir es un negocio importante.

COSTANZA. Decid.

PEPÍN. Voy tan vigilante porque nos pueden oír.

INÉS. Acabad.

PEPÍN. El caso es, que como de Burgos soy a vuestro criado hoy conocí, que es burgalés.

Yo le he visto allá, y espero que algo le habrá sucedido, pues en tal traje escondido está, siendo caballero.

Es de don Juan de Avendaño hijo, y tengo por muy cierto que a otro en Burgos habrá muerto; callad, y no le hagáis daño, que lo propio pienso hacer, pues es al uso el callar, porque jamás por hablar vi ganar, sino perder.

COSTANZA. Seremos piedras las dos.

INÉS. Haced cuenta somos mudas.—Pierde el recelo y las dudas.

COSTANZA. Quedad, caballero, adiós.—

Inés, sin duda que es cierto lo que escribió en el papel,

(1) En el original, por errata, dice “mis confianzas”.



pues lo mismo dice dél  
este loco.

INÉS. Sí por cierto,  
y no lo dudo.

COSTANZA. ¡Ay, Inés,  
ya tengo amor, y ya quiero  
no menos que a un caballero,  
que tal mi desdicha es.

Yo en un mesón y él también;  
pero él es noble, yo no,  
y aunque mi amor despreció  
a los nobles con desdén,  
ahora él propio me dice  
que soy a todos igual,  
y esta soberbia es señal  
que en estimarle mal hice.

INÉS. Vamos, y esperanzas ten  
de tu hermosura y valor.

COSTANZA. ¡Ay, Inés, aqueste amor  
ruega a Dios que sea por bien.

(Vanse las dos, y sale DON TOMÁS.)

D. TOMÁS. A que se fuese esperé.  
Pepín, dime, dime luego  
si a ser venturoso llego,  
si ha conocido mi fe,  
si cree que soy quien digo,  
si en mi nombre ha reparado,  
si ha temido, si ha dudado,  
si en vano mi estrella sigo;  
si mostró mucho rigor,  
si te pareció cruel,  
si rompió el blanco papel  
o si despreció mi amor.

PEPÍN. ¡Vive Dios que hay algún cura  
que tanto sí no ha escuchado,  
aunque a mil ha desposado!

D. TOMÁS. Dime presto mi ventura.  
¿No leyó el papel? ¿No vió  
escrita en él mi firmeza?  
¿No reparó en mi nobleza?  
¿Y este traje no admiró?

PEPÍN. Deja tanto no, señor,  
pues como deseas es,  
que ya Costanza y Inés  
creen tu mucho valor.

Con mi industria he confirmado  
lo que tu escribiste.

D. TOMÁS. Mucha  
es tu diligencia.

PEPÍN. Escucha  
aparte, que un hombre ha entrado.

(Sale ANTONIO.)

ANTONIO. Ya estoy dentro del Mesón  
temiendo varios agüeros,  
porque son los mesoneros  
gente de mala intención.

Costanza es determinada:  
si llama al huésped recelo  
que mi cara, sin ser cielo,  
la he de mirar estrellada.

Pero ya se me ha ofrecido  
cómo poder negociar;  
a éste quiero preguntar  
si es del Mesón.

D. TOMÁS. Ello ha sido  
como de tu ingenio al fin,  
pues quien soy has confirmado.

ANTONIO. Camarada, ¿sois criado  
de casa?

D. TOMÁS. Aguarda, Pepín,  
veré qué quiere este hidalgo.—  
Criado de casa soy,  
y que he entrado en ella hoy;  
decidme si mandáis algo.

ANTONIO. Vos sois el más venturoso  
hombre que ha criado el cielo,  
si con cuidado y desvelo  
queréis haceros dichoso.

D. TOMÁS. ¿Cómo?

ANTONIO. Ya sabéis, sin duda,  
que tiene a Costanza amor  
el que es del Corregidor  
hijo.

PEPÍN. El color se le muda,  
¿qué será? Varios recelos  
tengo.

D. TOMÁS. Ya lo sé.

ANTONIO. Vos sólo  
sois el que de polo a polo  
le honráis.

D. TOMÁS. De celos me muero.—

Pues decidme de qué modo.

ANTONIO. Dando un papel a Costanza,  
daréis vida a su esperanza.

D. TOMÁS. Mal a hacerlo me acomodo,  
porque soy hombre de bien  
y también Costanza es tal,  
que a la más noble es igual,  
ya en valor o ya en desdén.

A más que si ella lo dice  
al amo, es cosa forzosa  
poner pies en polvorosa,  
y aun de mi sangre desdice

que me echen a mí de casa  
el día propio que entré.—

(*Aparte.*)

Mas, ¿cómo el papel veré,  
que el corazón se me abrasa?

ANTONIO. Perdonad.—El mozo tiene  
respetos de hombre de bien.

D. TOMÁS. Oíd: a este hombre está bien  
darle, y a vos os conviene,  
porque es loco, y él podrá  
darle a Costanza, sin duda.—  
¡Fortuna, mi intento ayuda!

ANTONIO. ¿Quién de los dos le hablará?

D. TOMÁS. Esperadme, que yo llevo  
a hablarle.

PEPÍN. Pues, ¿qué hay, señor?

D. TOMÁS. Hay pena, muerte, rigor,  
hielo, alquitrán, nieve, fuego;  
hay confusión, mal eterno,  
cuidados, ansias, desvelos  
y hay, últimamente, celos,  
que es todo el mal del infierno.

PEPÍN. Dime lo que ha sucedido.

D. TOMÁS. Escucha.

ANTONIO. A este loco quiero  
darle el bolsillo y dinero  
con que vengo prevenido,  
que el que quisiere alcanzar  
es la mejor diligencia  
ir mezclando con prudencia  
siempre el pedir con el dar.

PEPÍN. Ya está entendido, señor;  
Tomás Pedro me ha contado  
de vuestro amo el gran cuidado  
y también vuestro valor.

Y por todos quiero hacer  
lo que pedís.

ANTONIO. Tomad luego,  
señor hidalgo, este papel,  
que a don Pedro dará ser,  
y este dinero; el cuidado  
os encargo solamente,  
pues parecéis diligente.

PEPÍN. Vos vais muy bien despachado.

ANTONIO. ¿Tenéis alguna noticia  
de don Diego, un burgalés?

PEPÍN. Aquel su aposento es.—

¿Si traza alguna malicia  
éste buscando a don Diego?

ANTONIO. Pues adiós, que hablarle voy.

(*Vase.*)

PEPÍN. Con grande cuidado estoy,  
y de temor no sosiego.

D. TOMÁS. Dame luego ese papel  
que cifra mi infausta suerte,  
y dame también la muerte  
que viene cerrada en él.

Cuando ya le estoy abriendo  
confuso estoy y dudando (1),  
las manos tengo temblando  
y el alma tengo muriendo.

PEPÍN. Acaba; lee.

D. TOMÁS. ¡Ay de mí,  
que entre dudar y temer  
confuso empiezo a leer!  
Escucha, que dice así:

“Entre dorados rizos, mi Costanza,  
dos veces doró el sol resplandeciente  
del Aries celestial la hermosa frente,  
igualando dos veces la balanza.

Vida me dió dos años la esperanza,  
pero a los desdichados siempre miente,  
como a Tántalo siempre el bien presente,  
que si más cerca está, menos lo alcanza.

Pero agora, señora, te prometo  
por aqueste papel mano de esposo  
y a tu valor de nuevo me sujeto.

Y espero tu respuesta temeroso,  
que al que se atreve a tan divino objeto  
le conviene temer y estar dudoso.”

Pepín, ¿cómo es posible  
poder sufrir dolor tan insufrible,  
si derraman los cielos  
sobre mi corazón rabiosos celos?,  
que al fin quien no es dichoso  
le conviene temer y estar dudoso.

Ya ofrece su deseo  
con este casamiento nuevo empleo.  
Mi muerte es cierta, amigo;  
della serás y de mi amor testigo,  
donde Tetis dilata  
espuma de cristal, si no de plata.

También don Pedro es noble  
y rico, y aunque mi amor sea roble,  
me da tristes señales  
ver nuestras prendas tan del todo iguales,  
que al poco venturoso  
le conviene temer y estar dudoso.

PEPÍN.

Bien dices; pero advierte

(1) En el original, “dudoso” por errata.

que es más feliz tu venturosa suerte,  
pues leyendo Costanza  
tu papel animó tu confianza;  
pero este otro rompido,  
eternamente cubrirá el olvido.

Don TOMÁS.

Dices bien; papel fiero,  
dividido quedad cuando yo muero.  
Y tú déjame solo,  
pues que en nuestro cenit el claro Apolo  
tales rayos despidе,  
que con ellos descanso nos impide.  
Todos están cerrados,  
dentro sus aposentos retirados;  
vete, y mientras me dejas  
daré al retrato lastimosas quejas.  
Adiós, Pepín.

PEPÍN.

Los cielos  
den, si vida a tu amor, muerte a tus celos.

(Vase.)

D. TOMÁS. Salid, hermoso retrato,  
del pecho, donde inmortal  
tengo vuestro original,  
tan divino cuanto ingrato.  
Hablaros a solas trato;  
oíd, oíd mis querellas,  
que son ardientes centellas  
del fuego que dan los celos,  
y en número de los cielos  
vencen las claras estrellas.

¿Que es posible que mi amor  
con el vuestro no paguéis?  
Mas sin lengua respondéis,  
que el no pagarlo es valor.  
No os pido contra el honor  
cosa alguna, sólo quiero  
de vos el amor que espero;  
a don Pedro soy igual,  
y en afición inmortal  
él es nube, yo lucero.

Cuanto pidieres ofrezco.  
Ambar, perlas, plata y oro  
y sobre todo el decoro,  
pues hombre humilde parezco,  
y si alcanzaros merezco  
desde aquí os tengo ofrecida  
con voluntad alma y vida  
y con la vida la mano;

mas, ¡ay!, que me canso en vano,  
que sois Costanza fingida.

(Salen COSTANZA y INÉS.)

INÉS. ¿No te dije que le vi?

COSTANZA. El es, y suspenso está.

¡Válgame Dios!, ¿qué será  
lo que está mirando así?

D. TOMÁS. Muriendo estoy, ¡ay de mí!,  
dueño cuanto hermoso ingrato.

COSTANZA. ¿No es lo que mira un retrato?

INÉS. ¿Retrato es?

COSTANZA. Muero de celos.

INÉS. ¿Que infundan así los cielos  
en los hombres el mal trato?

D. TOMÁS. Ea, no os mostréis cruel  
a las razones que os digo.

COSTANZA. Yo propia soy el testigo  
de que está hablando con él.

INÉS. Cree, Costanza, el papel  
que te escribió.—Caballero,  
oíd.

D. TOMÁS. Mi remedio espero  
desta voz que me ha llamado.

COSTANZA. ¿Para qué le has recordado  
del sueño? ¡De celos muero!

D. TOMÁS. Señora, ¿ya habrás leído  
la oración que te escribí?

COSTANZA. Ya, don Tomás, la leí,  
y sé que sois un fingido,  
pues escribió sin sentido  
hoy vuestra mano atrevida.

D. TOMÁS. Yo soy, Costanza querida,  
quien de vos enamorado  
estoy, y el traje he mudado  
porque el veros no me impida.

Tomás Pedro me he fingido  
con un venturoso engaño,  
mas don Tomás de Avendaño  
soy, bien noble y conocido.

COSTANZA. Trocad, señor, el sentido,  
y a ese rostro soberano  
que tenéis en esa mano  
escribidle, si está ausente,  
ese amor, o ese accidente,  
a quien llamáis inhumano.

Y no escribáis oraciones  
para quitar el dolor,  
que antes le tengo mayor  
por ver vuestras invenciones;  
que yo, entre humildes blasones,  
buscaré dueño no ingrato,



de igual sangre, de igual trato,  
y vos idos a engañar,  
o si no tornad a hablar  
con ese hermoso retrato.

(Vase.)

D. TOMÁS. Advierte, señora mía,  
que el retrato no conoces.  
INÉS. No deis, señor, esas voces,  
que el darlas no es cortesía,  
y ya Costanza desvía  
lo que vuestro amor desea,  
y plegue a Dios que se vea  
la dama de su pintura  
con vos casada y segura.

(Vase.)

D. TOMÁS. Ruego al cielo que así sea.  
(Salen PEPÍN y DON DIEGO.)

PEPÍN. ¡Oh, qué dichoso papel!  
DIEGO. Yo solo soy el dichoso.  
PEPÍN. Y él también, pues es forzoso  
que estén las letras en él.  
DIEGO. Aquí don Tomás está.—  
Don Tomás, hoy será el día  
principio de mi alegría,  
y fin de mi mal será.

Doña Clara me ha mandado  
que yo esta noche la vea,  
y esta gloria que desea  
el alma aquí la ha cifrado.

Mirad si soy venturoso.

D. TOMÁS. Voime, que no puede estar  
junto al contento el pesar,  
ni el desdichado al dichoso.

PEPÍN. ¿Cómo, señor?

D. TOMÁS. ¡Ay, Pepín,  
tus trazas miden el suelo,  
pues que caí desde el cielo  
de mi hermoso serafín!

No preguntéis nada agora;  
dejad primero pasar  
la tormenta deste mar  
del alma que triste llora.

Y el mal que agora procura  
no hay para qué preguntallo,  
que si queréis apurallo  
vendrá a parar en locura.

(Vase.)

PEPÍN. ¡Vive Dios que se va loco!  
Vamos, don Diego, tras él.  
DIEGO. Que vió a Costanza cruel

casi con las manos toco.

En su aposento se encierra;  
dejémosle estar agora  
así un rato.

PEPÍN. Ya empeora  
nuestro amor o nuestra guerra—

(Salen DON PEDRO y ANTONIO.)

ANTONIO. Este es el amante al uso.  
Llega a saber dél, señor,  
de tu papel y tu amor.

D. PEDRO. Si él mi justicia propuso  
a Costanza, yo tendré  
sentencia en favor, Antonio.

ANTONIO. Ofrecerla matrimonio  
es lo que siempre culpé.  
Mas yo llego a entretener  
al que está con él hablando.  
Habla tú al loco.

D. PEDRO. Dudando,  
empiezo, amigo, a temer.

ANTONIO. Bésoos las manos, señor.

DIEGO. Antonio, guardaos el cielo.

PEPÍN. Que sois, sin duda, recelo  
quien tiene a Costanza amor.

D. PEDRO. Mi desventura es inmensa (1).  
pues, quién la sirve?

PEPÍN. ¿Quién puede—  
sino yo ser el dichoso?

D. PEDRO. Ya me tuviste celoso;  
pero libre el alma quede,  
pues por ser al uso solo  
queréis a todas, mas no,  
que afición os mereció.

PEPÍN. Soy de aqueste al otro polo  
más al uso que otro alguno,  
y si va a decir verdad,  
a don Tomás (2).

D. PEDRO. ¿Hay ninguno  
tan dichoso como yo?

PEPÍN. Albricias no prevenís,  
que soy al uso decís,  
y es al uso quien pidió;  
y así, por serlo del todo,  
quiero pedir me deis algo.

D. PEDRO. ¿Pues no veis, señor hidalgo,

(1) Este verso es suelto en medio de dos redondillas y el sentido queda truncado. Deben de faltar los otros tres versos.

(2) También este pasaje está muy alterado: falta un verso a la redondilla y explicar por qué se nombra aquí a don Tomás.

que a dar muy mal me acomodo?

Pedid favor, cortesía,  
o otra cosa desta suerte,  
que al dar yo, le dió la muerte  
la ingrata descortesía.

Si sois al uso en pedir,  
yo soy al uso en no dar.

PEPÍN. Yo os quiero desengañar  
de lo que os hartéis de oír.

El dar muy al uso es,  
y probaré mi invención  
si me prestáis ateneión.

D. PEDRO. Atento estoy.

PEPÍN. Oíd, pues:

¿No dan los locos placer?  
¿No dan los necios pesar?  
¿No da gran hambre el jugar?  
¿No da a cambio el mercader?

Los músicos, ¿no dan voces?  
¿No da enojos la mujer?  
Y las mulas de alquiler,  
¿no dan a pares las eoces?

El reloj, ¿no da las horas?  
¿No da un billete un enano?  
¿No da pena un escribano?  
¿No dan favor las señoras?

Y si los hijos de Adán  
por su nombre han heredado  
el dar, bien queda probado  
que todas las cosas dan.

D. PEDRO. Por tan ingeniosa prueba  
esta cadena tomad.

PEPÍN. Pues fiad en mi amistad,  
que haré la de Orestes nueva.

D. PEDRO. ¿Qué nombre, señor, os dan?

PEPÍN. En esto me hallo confuso:  
llámanme el amante al uso,  
pero yo soy don Damián.

D. PEDRO. Donoso don, por mi vida,  
tenéis.

DIEGO. Esta noche iré  
y a doña Clara hablaré.

ANTONIO. Pues adiós.

D. PEDRO. Agradeceida  
el alma a tanta mereed,  
procura esta noche dalla  
una música.

PEPÍN. Obligalla  
con grande ánimo emprended,  
que yo no os puedo faltar;  
y adiós, que tengo que hacer.

D. PEDRO. De nuevo torno a ofreeer

cuanto podáis desear.

ANTONIO. Y bien, señor, ¿qué tenemos?

D. PEDRO. Todo lo que deseamos.

ANTONIO. Pues de aquí luego salgamos,  
y allá despacio hablaremos.

(Vanse.)

PEPÍN. ¿Hay tan grande mentecato?  
¿Pues el criado aleagüete!...  
¿Que hombre humano se sujete  
a haecr tan injusto trato!

Que hablase agora contigo,  
que eres galán de la hermana  
de su amo. ¡Oh, soberana  
fuerza del oro enemigo!

¿Pues qué le has dado?

DIEGO. Un cintillo  
cuando me trujo el papel.

PEPÍN. No hay hombre en el mundo fiel  
si le ofrecen un anillo.

¡Abrid los ojos, señores,  
que ya no hay fieles criados!

(Sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. Cercado de mil cuidados  
y lleno de mil temores,  
vengo turbado y confuso.

PEPÍN. El huésped.

DIEGO. Vamos los dos.

(Vanse.)

PEPÍN. Huésped, quédese con Dios.

HUÉSPED. Id con El, amante al uso.—

Lo que hallé en este papel  
me da infinito cuidado,  
que soy al fin desdichado  
y es mi fortuna cruel.

Quiero llamar a Costanza.—  
Hola, Costanza.

COSTANZA. Señor,  
ya salgo.

HUÉSPED. ¿Que pueda amor  
dar tormento a tal bonanza?

(Sale COSTANZA.)

COSTANZA. ¿Qué me mandas?

HUÉSPED. Sólo quiero,  
en tu valor confiado,  
darte parte de un cuidado,  
por quien pesaroso muero.

Bien sabcs, Costanza hermosa,  
que te has criado en mi casa,  
que si en fortuna es eseasa,

es en gozarte dichosa.

Bien sabes que te guardé  
con recato y con prudencia;  
pues toda mi diligencia  
hoy por el suelo miré.

COSTANZA. Dime el cómo.

HUÉSPED. Has de saber  
que a Tomás Pedro cerrado  
en su aposento he mirado,  
y escribir le vi y leer.

Por el agujero breve  
de la llave pude verlo,  
y el mal empecé a temerlo,  
aunque fué la causa leve.

Llamé a la puerta y abrió;  
a la plaza le envié;  
mientras diligente fué  
abrí su aposento yo,  
y encima deste papel  
hallé este retrato; mira  
quien a tu hermosura aspira  
y mira tu rostro en él.

COSTANZA. ¿Mío es el retrato?

HUÉSPED. Sí.

COSTANZA. Y aun a mí me lo parece.

HUÉSPED. Lee el papel.

COSTANZA. El ofrece  
versos, que dicen así:  
“¿Quién da cuidado a mi amor?  
El rigor.

¿Y quién causa mi tristeza?  
La aspereza.

¿Quién mejorará mi suerte?  
La muerte.

Con todo, pienso quererte,  
retrato, para poder  
por tu gusto padecer  
rigor, aspereza y muerte.

¿Quién daba muerte a Avendaño?  
Un engaño.

¿Y quién trueca en mal mi bien?  
Un desdén.

¿Quién da vida a mis celos?  
Los celos.

Siendo así, quieren los cielos  
que muera desconfiado,  
pues contra mí se han juntado  
engaño, desdén y celos.

¿Mi amor a quién tiene en calma?  
Al alma.

¿Quién aumenta mi tormento?  
Entendimiento.

Y mi deseo, ¿qué olvida?  
La vida.

Destá suerte nadie pida  
que dé mi amor esperanza,  
pues que perdí por Costanza  
alma, entendimiento y vida.”

HUÉSPED. ¿Qué dices?

COSTANZA. Que estoy confusa.

HUÉSPED. Solo una duda hallo en esto,  
y es cómo pintó tan presto  
tu rostro. No tiene excusa  
en decir que le ha sacado  
el tiempo que ha estado en casa,  
pues de seis horas no pasa.

COSTANZA. Todo me causa cuidado.

HUÉSPED. Ahora bien, quiero volverlo  
todo en su propio lugar,  
que ya no puede tardar  
Tomás Pedro.

(*Aparte.*)

COSTANZA. Ya echó el sello  
en mi corazón amor,  
pues han querido los cielos  
que me causase celos  
mi propio rostro.

HUÉSPED. Valor  
será despedirle luego;  
mañana lo pienso hacer,  
y advierte que eres mujer  
de noble sangre; Amor ciego  
no te venza, que no sabes,  
Costanza mía, quién eres.

(*Vase.*)

COSTANZA. ¿Destas palabras qué infieres,  
amor, que en mi pecho cabes?

¿Dirás que soy principal,  
que es lo que el alma desea?  
Ruego al cielo que así sea,  
seré a don Tomás igual.

(*Salen INÉS y DON TOMÁS.*)

INÉS. No hay embustes para mí,  
no creo yo que era suyo.

D. TOMÁS. ¡Extraño es el rigor tuyo!  
¡Tal en mi vida no vi!

INÉS. Pues enséñame el retrato.

D. TOMÁS. En el aposento está.  
Voy por él.

COSTANZA. Ya no será  
su original tan ingrato.  
Pues ya supe, don Tomás,



que han ordenado los cielos  
darme de mí misma celos.

D. TOMÁS. Si desengañada estás,  
dichoso soy.

COSTANZA. Pero advierte  
que el huésped que te ha enviado  
fuera, en tu aposento ha entrado  
para causarnos la muerte.

En él el retrato halló  
y versos en un papel,  
y extrañamente cruel  
al punto se resolvió  
en despedirte de casa  
y en echarte del Mesón.

D. TOMÁS. ¡Ay, Costanza, el corazón  
se hiela cuando se abrasa!

¿Yo ausente de tu hermosura?  
¿Yo de tus ojos ausente?  
¡Dé primero un rayo ardiente  
fin a tanta desventura!

INÉS. Quejaros así es delito,  
que medio no ha de faltar  
como a mi padre aplacar.

¡Ay, cómo sabéis poquito!  
Si os casáis nadie es bastante  
a impedirnos vuestro amor.

D. TOMÁS. Por tal consejo y favor  
toma, Inés, este diamante.

Y pues triste el alma lucha,  
para que puedas, señora,  
saber quién es quien te adora,  
atentamente me escucha.

Sabrás, Costanza querida,  
que derramaron los cielos  
con tu retrato en mi alma  
amor, si fuego es mi pecho.  
En Burgos vi tu hermosura,  
que fué causa del efecto  
de verme así transformado,  
que bastaba haberme muerto.  
Tan noble soy cuanto rico;  
si no lo eres tú yo puedo  
darte riqueza y nobleza,  
pues entrambas cosas tengo.  
Tu honestidad y hermosura  
tanto obligar me pudieron,  
que no reparando en nada  
mi vida y mano te ofrezco.  
Pronuncia un sí, mi Costanza,  
verás a tus plantas puestos  
de Pancaya los aromas,  
las perlas del mar inmenso;

cuanta riqueza los hombres  
con ojos humanos vieron,  
y sobre todo mi alma,  
que es imagen de los cielos.

COSTANZA. Lo que me ofreces, señor,  
como es razón agradezco;  
tu nobleza no la dudo  
y tu riqueza la creo.  
Bien sé que tu grande amor  
en este estado te ha puesto,  
que estás por mí en un mesón  
tu noble sangre encubriendo.  
Pero si no soy tu igual  
no hay tratar de casamiento,  
que siempre tuve los ojos  
en aquesta igualdad puestos.  
Que casados desiguales  
son como dos instrumentos:  
uno cítara sonora,  
y otro tamboril grosero.  
Demás que ahora me dijo  
el huésped que hay en mi pecho  
noble sangre, y no lo dudo  
de mis altos pensamientos.  
Si ello es verdad tú confía,  
pues perder la vida ofrezco  
antes que ofrezca mi amor  
a otro hombre alguno en el suelo.

D. TOMÁS. Ya, Costanza de mi vida,  
que tu mano no merezco  
como a esposo, no la niegues  
como a galán verdadero.

INÉS. Costanza, no pide mucho;  
dale, dale este contento,  
porque yo te lo suplico.

(Dale la mano.)

COSTANZA. Pues por ti, Inés, hago esto.

(Sale PEPÍN.)

PEPÍN. Estéis, señores, así  
por muchos años y buenos.

COSTANZA. ¡El loco! ¿Hay tal desventura?

D. TOMÁS. No temas, hermoso dueño.

COSTANZA. Soltad.

D. TOMÁS. No quiero ofenderte.

INÉS. Señor galán, si es discreto  
sea piedra, mas no canto,  
pues él me dijo lo mismo.  
Y advierta que es muy al uso  
el callar, y le prometo  
por la vida de mi padre,  
por el siglo de mi abuelo,

que si dice lo que ha visto,  
con mis manos y mis dedos  
un cuchillo deste estuche  
le espctaré por el cuerpo.

PEPÍN. ¡Tente, niña, por tu vida,  
que si en belleza eres Venus,  
enojada eres Belona!

INÉS. Entrambas cosas parezco.

PEPÍN. Pero vámonos de aquí,  
Inés, y a los dos dejemos,  
que el estorbar al Amor  
no es al uso en este tiempo.

INÉS. Vamos.

PEPÍN. Plegue a Dios que vea  
de ti, Inesilla, lo mismo.

INÉS. Amante al uso, tu voz  
oigan los piadosos cielos.

(*Vanse.*)

D. TOMÁS. Ruego al ciclo que te goce,  
Costanza hermosa, más tiempo  
que el que ofrece el sol dorado  
en su simulacro en Delfos.  
Ruego al cielo que en mis brazos  
lo hermoso de tus cabellos  
forme cadena dorada  
entre tu alabastro bello.  
Ruego al cielo que la nieve  
de tu frente y de tu cuello  
aumente con posesión  
la esperanza de mi pecho.  
Y, últimamente, Costanza,  
al cielo piadoso ruego  
que me mate si he de verte  
gozar de brazos ajenos.

COSTANZA. Ruego al cielo, don Tomás,  
que logres tus pensamientos,  
que premie tus esperanzas  
y que cumpla tus deseos.  
Ruego al cielo que eternice  
en blando yugo Himeneo  
nuestro amor, mientras el sol  
círculos dé al hemisferio.  
Ruego al cielo que, igualando  
nuestra calidad de presto,  
finen nuestras pretensiones  
y empiecen nuestros contentos.  
Y últimamente, señor,  
al ciclo piadoso ruego  
que me mate si he de verte  
gozar de brazos ajenos.

D. TOMÁS. ¿Que tan venturoso soy?

¡Ay, Costanza, quiera el cielo  
que tu divina hermosura  
sca de mi amor el premio!

COSTANZA. Así será, don Tomás.

D. TOMÁS. Norte de mis pensamientos,  
vamos, que es tarde y podría  
el huésped acaso vernos.

COSTANZA. Adiós, adiós.

D. TOMÁS. Queda adiós,  
que voy de cuidados lleno.

COSTANZA. Yo por tu causa llorando.

D. TOMÁS. Yo sin tu vista muriendo.



### JORNADA TERCERA

(*Sale DON DIEGO, solo, de rebozo.*)

DIEGO.

Luna divina de la noche bella,  
que en campos de zafiros  
de una y otras le adornas, rica estrella;  
cielo que dais al mundo varios giros,  
advertid mis suspiros;  
hermosa luna y cielo luminoso,  
y hacedme entrambos en mi amor dichoso.

Mi doña Clara en todo peregrina,  
pues al sol escurece,  
¡oh, luna!, menguará tu luz divina,  
y si en cercos dorados resplandece  
lo mucho que merece,  
enojados verás, o en dos estrellas,  
que libró su poder Cupido en ellas.

De ella llamado vengo: llamo (1) agora;  
permita el claro ciclo  
que tarde eternos siglos el aurora,  
para que sin temor (vano recelo)  
halle mi mal consuelo  
hablando a doña Clara, que es la vida  
a quien la voluntad tengo ofrecida.

(*Sale DOÑA CLARA a la ventana.*)

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Si habrá venido don Diego?

DIEGO. Ya abrieron una ventana.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Ce!, ¿sois vos?

DIEGO. ¡Oh soberana  
ventura, que a hablaros llego!

D.<sup>a</sup> CLARA. Don Diego, fuerza es guardar

(1) En el original dice "llama", que es errata;  
pero tampoco será muy acertada la enmienda que  
proponemos, aunque no hallamos otra mejor.

en nuestro amor tal recato;  
que el cielo, contra mí ingrato,  
me hace temer y dudar.

No sois aquí conocido;  
podrán mi padre y hermano  
teneros por cortesano;  
o ya por noble fingido.

Pase nuestro amor así,  
con prudencia y con secreto,  
que yo hacer por vos prometo  
lo que vos haréis por mí,  
que es estimar vuestro amor  
y agradecerle también.

DIEGO. Guarden los cielos, amén,  
tal discreción, tal valor.

¿Pero no es mejor que escriba  
a Burgos que estoy aquí,  
porque en escribillo así  
nuestra buena suerte estriba?

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Cómo así?

DIEGO. Pienso escribir  
que mi padre busque allá  
quien al vuestro le dé acá,  
por poder así vivir,  
noticia de quien yo soy,  
y que le escriba a un amigo  
que me honre; este testigo  
por bueno apoyando estoy.

Pues en saber vuestro padre  
que soy noble caballero  
mi dichosa suerte espero.

D.<sup>a</sup> CLARA. Vuestro intento es bien me cuadre.

DIEGO. Lograráse nuestro amor,  
y en conociéndome es llano  
que me han de hacer vuestro herma-  
y vuestro padre favor. [no

D.<sup>a</sup> CLARA. Esta puerta siento abrir,  
mi hermano será, sin duda.

DIEGO. Poco Fortuna me ayuda.

D.<sup>a</sup> CLARA. Por fuerza me he de enebrir.

DIEGO. ¿Saldréis luego?

D.<sup>a</sup> CLARA. No podré,  
porque en esta calle es llano  
que amanecerá mi hermano,  
que tiene puesta su fe  
en esta mujer que llama  
Toledo *ilustre Fregona*.

DIEGO. Pues adiós.

D.<sup>a</sup> CLARA. Adiós.  
(*Vase.*)

DIEGO. Ya abona  
el Amor mi ardiente llama.

(*Salen DON PEDRO, ANTONIO y un MÚSICO.*)

MÚSICO. ¿Está lejos?

D. PEDRO. No está lejos:  
aquesta calle es, amigo,  
de su hermosura testigo  
y espejo de sus reflejos.

(*Salen DON TOMÁS y PEPÍN, por la otra puerta,  
y DON DIEGO.*)

D. TOMÁS. Aquí estará.

PEPÍN. ¿No le ves?

D. TOMÁS. ¡Ah, don Diego!

DIEGO. ¡Ah, don Tomás!

D. TOMÁS. Dejarme fué por demás;  
vengo a buscaros. ¿Quién es  
aquella gente?

DIEGO. Yo ereo  
que es don Pedro.

D. TOMÁS. Y yo sospecho  
que el fuego que está en mi pecho  
hará aquesta noche empleo.

DIEGO. Callad, que quieren cantar.

D. TOMÁS. ¡Estoy con dolor profundo!

PEPÍN. Aunque vea hundirse el mundo,  
no he de hacer sino mirar.

(*Canta MÚSICO.*)

MÚSICO. Dos años ha que publico  
mis amores infelices,  
sola la noche escuchando  
mi voz y mis quejas tristes.  
Y dos años descuidado  
de mi amor y de mí vive.  
para escucharme eres áspid,  
para responderme esfinge.  
La luna enseña dudosa  
la luz al mundo apaeible,  
y el sol su cara dorada,  
siendo las nubes tapices.  
Y siempre yo, desdichado,  
estoy en servirte firme,  
y tú, Constanza, constante  
en rigores insufribles.  
Mas ¡ay del triste  
que entre desdenes olvidado vive!

D. TOMÁS. Si pasa más adelante  
no pudiera esperar más.  
¡Yo aeometo!

DIEGO. Don Tomás,  
¿no advertís que soy amante  
de su hermana?

D. TOMÁS. Sólo advierto



que estoy, amigo, rabiando,  
y que he de morir matando.  
DIEGO. Que estáis sin sentido es cierto.  
¿A un hermano de Costanza  
sufrierais acaso vos  
que yo le matara?

D. TOMÁS. ¡Ay, Dios,  
que nada mi ingenio alcanza!  
Mas sin duda me hará daño  
si la cólera que tengo  
no ejercito.

DIEGO. En eso vengo  
por daros gusto, Avendaño.  
Reñid vos con el criado  
y yo con él reñiré,  
que de mi destreza sé  
que puedo estar confiado  
de no dar ni recibir.

D. TOMÁS. Pues por vos al amo dejo.  
Dad al criado consejo  
que huya si quiere vivir.  
Sacad luego las espadas.

(*Riñen.*)

D. PEDRO. Ocupa mi lado, Antonio.

ANTONIO. Sin duda son del demonio  
tan terribles cuchilladas.

MÚSICO. Huyamos.

ANTONIO. Toma esa calle.  
(*Huyen los dos.*)

D. TOMÁS. A tus criados imita.

D. PEDRO. Mi nobleza me acredita;  
el puesto no he de dejalle.  
Primero moriré en él  
que volver un paso atrás.

DIEGO. ¡Teneos, teneos! ¿Dónde vas  
que andas sobrado y cruel?

Pues sois, señor, caballero,  
bien claramente sabéis  
que en iros nada perdéis.

D. PEDRO. Primero la muerte espero.

DIEGO. ¿No veis que aquí somos tres,  
los dos nobles, como vos?  
Idos, don Pedro, con Dios,  
que esto lo que importa es.

Por cortesía os lo pido,  
y como amigo os lo ruego;

D. PEDRO. Voime a despedir el fuego  
de Marte, no de Cupido.

Mas pésame que me hayáis  
conocido y yo a vosotros  
no.

DIEGO. De quién somos nosotros

con mucha razón dudáis,  
pues no somos de Toledo.

D. PEDRO. A vos quedo aficionado.  
Mandadme en todo.

(*Vanse.*)

DIEGO. Obligado  
estoy.

D. TOMÁS. ¿Que sufrillo puedo?

PEPÍN. ¡Oh qué gusto es ver caer  
a un hombre y estar seguro!  
¡Qué gloria es mirar de un muro  
un monte en llamas arder!

¡Qué lindo es mirar los moros  
cercados, de tierra llana!

¡Qué lindo es de una ventana  
ver alancear los toros!

¡Qué gusto es ver la carrera  
donde no os pise un caballo!

En ver el mar gusto hallo  
desde la seca ribera!

¡Qué lindo es ver un torneo  
desde una silla sentado,  
ver a un necio despreciado,  
si favorecen mi empleo!

Y sobre todo creed  
que están las glorias cifradas  
en el mirar cuchilladas  
arrimado a una pared.

D. TOMÁS. Y tú, gallina, ¿qué esperas?  
Si no riñes, ¿qué te burlas?

PEPÍN. Si soy al uso en las burlas  
¿no es menester serlo en veras?

DIEGO. De casa el Corregidor  
parece que sale gente  
con luz.

D. TOMÁS. Que mi mal aumente  
ordena esta noche Amor.

PEPÍN. Abierto el Mesón dejé;  
éntrome en él el primero,  
que a tal hora a un caballero  
no es bien que le hallen a pie.

(*Vase.*)

DIEGO. Nuestra pendencia han oído.  
Entremos.

D. TOMÁS. ¡Quieran los cielos  
que tan excesivos celos  
no me dejen sin sentido!

(*Vanse, y salen dos pajes con hachas, el CORREGIDOR  
y gente.*)

CORREG. ¿Qué hora será?

CRIADO. Juzgaría

yo, señor, que son las dos.

«CORREG. ¿Oisteis acaso vos  
cómo la casa se hundía  
ahora de cuchilladas?

«CRIADO. Señor, sí.

«CORREG. ¿Sabéis si está  
en casa don Pedro ya?

«CRIADO. Creo que no.

«CORREG. ¡Qué pesadas  
las obligaciones son  
de los padres, pues que vengo  
por solo un hijo que tengo  
a tal hora a este Mesón!  
Llamad a esa puerta luego,  
pues tan tarde es cosa llana  
el no ver persona humana.  
¡A la desdicha que llego!

«CRIADO. Abierta, señor, está.

«CORREG. Entrad sin hacer ruido.

«CRIADO. Suspenso estoy, sin sentido,  
en ver en qué parará.

«(Vanse, y salen PEPÍN, DON DIEGO y DON TOMÁS.)

PEPÍN. Ya han entrado en el Mesón;  
pero no puede faltar  
traza con que negociar.  
¡Buen ánimo, corazón!

D. TOMÁS. Subíos arriba los dos.  
Toma el broquel y la espada,  
que pues soy de la posada  
yo hablaré.

PEPÍN. ¡Válgame Dios!

DIEGO. Con todo, parto confuso.

PEPÍN. Si hoy escapa mi persona,  
nunca *la ilustre Fregona*  
me ha de ver amante al uso.

D. TOMÁS. Caballeros, ¿qué se ofrece  
a tal hora?

«CRIADO. ¿Desta casa  
sois el huésped?

D. TOMÁS. Criado soy.

«CRIADO. Aquí está un criado.

«CORREG. Y basta.—  
Decid a vuestro amo luego  
que el Corregidor le aguarda;  
que se vista y venga aquí.

D. TOMÁS. Voy, aunque confusa el alma

«CORREG. Oíd; decilde también  
que a la que en Toledo llaman  
*la ilustre Fregona* diga  
que se vista y que aquí salga.

D. TOMÁS. Voy al momento.—Ya es cierta

con mi muerte mi desgracia,  
pues viendo el Corregidor  
que su hijo por Costanza  
está perdido, sin duda  
querrá a un convento llevarla  
para que olvide su amor.  
¡Mi desventura es extraña!

(Vase.)

CORREG. Quise venir a esta hora  
porque no diga la fama  
que pensamientos humildes  
de mi hijo me contrastan.  
Que el que le viere que tiene  
voluntad apasionada  
a una mujer de un mesón,  
pondrá en mi nobleza mancha.  
Y el padre que se introduce  
para corregir las faltas  
de su hijo, es justa cosa  
que con secreto lo haga.  
Yo soy pública persona,  
y quise en hora tan cauta,  
con secreto y con prudencia,  
informarme desta causa.  
Por esto vine al Mesón,  
de pena el alma cercada,  
de confusión la memoria,  
pues mil temores la asaltan.

«(Sale DON TOMÁS con un candelero, COSTANZA y el  
HUÉSPED.)

HUÉSPED. No temas.

COSTANZA. Pues que yo estoy  
libre, todo importa nada.

HUÉSPED. Aquí a servirte salimos  
entrambos.

CORREG. ¡Belleza extraña!—  
Huésped, sólo quise ver  
a esta mujer, tan nombrada  
aquí en Toledo, y ya he visto  
qué dice poco la fama,  
y casi excuso a mi hijo.

COSTANZA. Pues, señor, si no me manda  
otra cosa en que le sirva,  
yo me voy.

CORREG. Acompañadla  
hasta que entre en su aposento,  
y quedaos en esta sala  
sin que entre persona alguna  
aquí.

COSTANZA. Don Tomás del alma,  
¿qué turbación en tu pecho

esta confusión levanta?

D. TOMÁS. Tan extraña es, que no puedo con palabras declaralla.

COSTANZA. No temas, que tuya soy.

D. TOMÁS. En ti tengo mi esperanza.

COSTANZA. Confiía en mi amor.

D. TOMÁS. ; El cielo  
sosiegue tanta borrasca!

(*Vanse, y queda el CORREGIDOR y el HUÉSPED.*)

CORREG. Huésped, a mí me parece que es esta vuestra criada el extremo de hermosura.

HUÉSPED. Con nombre impropio la llamas. No es mi criada, señor.

CORREG. ; Pues quién es?

HUÉSPED. Historia larga y secreta me preguntas.

CORREG. Decidla, que os doy palabra que eternamente en mi pecho estará, huésped, aguarda.

HUÉSPED. Pues advierte.

CORREG. Mil sospechas da el entendimiento al alma.

HUÉSPED. Veinte años habrá, señor, que una hermosísima dama en forma de peregrina llegó a posar a esta casa. Venía en una litera, y en un coche tres criadas, seis criados en seis mulas, con otras cuatro de carga. Díla (porque así lo quiso) en una apartada cuadra lugar donde aposentarse, y en ella puso la cama. Noté que los seis criados a verla jamás entraban, y las tres mujeres solas cuidaban de regalarla. A un criado pregunté por su nombre y por su patria, y respondiíme que el nombre saberle no me importaba; que de Castilla la Vieja era, y que entonces pasaba a Guadalupe, por voto que hizo a la Virgen Santa, porque había algunos meses que una hidropesía extraña amenazaba su vida, a quien la ciencia no aguarda.

Díjome más: que era viuda y que muy rica quedaba, aunque sin hijos, y quiso descansar en mi posada del cansancio del camino, que como era regalada le sentía extrañamente, y no supe más palabra.

Hasta que de allí a tres días salió una vieja criada y a mi mujer y a mí juntos ir nos mandó a visitarla.

Entramos para servirla y cerrar la puerta manda, quedando las tres mujeres y nosotros en la sala.

Sentóse en la cama luego, y dijo aquestas palabras, bañando en perlas sus ojos, si no en aljófar su cara:

—Amigos (dijo), los cielos son testigos que en la causa por quien peregrina voy fuí ofendida, no culpada. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya me asaltan los dolores, que a mi vida con evidencia amenazan. Estas tres mujeres saben de mi boca mi desgracia, que no quise ni pudiera de aquestas tres ocultarla. Por excusar las visitas si me fingía en mi patria enferma, este voto hice, teniendo en él confianza; y también porque partiendo así fuera de mi casa será imposible saber el parto que me amenaza. Salid a buscar, amigo, con cuidado y vigilancia, quien dé el pecho a lo que el cielo me diere en esta posada.— Muchas otras cosas dijo, que las dejo por ser largas de contar. Al fin nos dió, en un bolsillo de nácar, doscientos escudos de oro, y mi mujer, ya turbada, tomólos, sin advertir en razones cortesananas.



Salí de mi casa, y luego  
busqué una mujer que estaba  
recién parida, y con ella  
me concerté de llevarla  
lo que pariese la que era  
cuanto hermosa desdichada,  
cuanto discreta infeliz  
y cuanto señora humana.  
Volví a mi casa, y el cielo,  
que nunca a nuestro bien falta,  
quiso que cuando la noche  
en mudo silencio estaba  
pariese la peregrina  
a una estrella, mas no al alba  
cuando sobre el mar hermosa  
por los cielos se dilata.  
Luego en pariendo, entré a verla;  
tomé la niña, que estaba  
en sus mantillas envuelta,  
y la madre, apasionada,  
la besó y su bendición  
dióla, y las piedras lloraban  
viendo que dejaba así  
a su madre regalada.  
Llévela donde ya he dicho,  
saliendo la hermosa dama  
de allí a ocho días a ver  
de sus criados las caras,  
llevando un bulto conforme  
al que antes así llevaba,  
el cual después, poco a poco,  
deshizo con vigilancia.  
Prosiguió al fin su camino,  
gastando veinte jornadas  
hasta volver a Toledo,  
y ya en este tiempo estaba  
dada a criar por mi orden,  
en un aldea cercana  
de aquí, la niña, a quien quiso  
su madre llamar Costanza.  
Volvió, pues, la peregrina  
de su achaque casi sana,  
y cerrándome en secreto  
su hija y su honor me encarga.  
Dióme de oro una cadena,  
quitó seis trozos al darla,  
y con aquéllos me dijo  
que de industria se quedaba,  
para enviar por la niña  
con señas tan señaladas,  
siempre encargándome triste  
su hija, parte del alma.

También cortó un pergamino  
todo en ondas, a la traza  
que miramos nuestros dedos  
si unos con otros se encajan,  
que si escribimos sobre ellos  
una razón cortesana,  
en estando divididos  
no se entiende ni se alcanza,  
porque quedando las letras  
unas de otras apartadas  
no pueden formar razón  
hasta volver a juntarlas.  
Desta suerte estaba escrito  
el pergamino, y cortadas  
las letras dióme una parte  
y la otra quiso llevarla,  
y díjome que no diese  
a ninguno la muchacha  
si no fuese a la persona  
que me trujese a mi casa  
los seis trozos de cadena  
que ella consigo llevaba,  
y aquel pergamino, que era  
del que yo tenía el alma.  
Y que juntando estas cosas  
yo solo antes de dallas  
mirase bien si unas y otras  
sin engaño conformaban,  
y la diese conformando.  
Y en las últimas palabras  
me encargó, que si crecía  
la hermosa niña en mi casa,  
que no la dijese el modo  
con que merecí crialla  
ni cómo había nacido,  
y que su nombre y su patria  
me encubría hasta su tiempo.  
Dióme las señas, contadas  
en una pequeña arquilla  
de ébano y marfil labrada,  
y más quinientos escudos,  
y fuése dejando el alma,  
cuando de confusión llena,  
de suspensión admirada.  
Pasó en la aldea que he dicho  
sus dos años mi Costanza;  
trújela después vestida  
como su madre gustaba.  
Veinte años ha que la tengo  
aguardando mi esperanza,  
los diez pensando que en ellos  
por esta prenda enviaran.

Las esperanzas perdí,  
y así yo quiero casarla  
y darla dos mil escudos,  
pues para mi hija bastan  
otros cuatro mil que tengo.  
Sólo agora, señor, falta  
que os refiera sus costumbres,  
que son, cuanto humildes, altas:  
Ella labra bien y escribe,  
es discreta y recatada;  
ya habéis visto su hermosura,  
que sólo mirarla encanta.  
El señor don Pedro, que es  
vuestro hijo, probó a darla  
mil músicas, pero ella  
jamás salió a la ventana.  
Otros mil grandes señores  
han venido a mi posada  
por verla, y se fueron muchos  
sin poder mirar su cara.  
Esta es la historia, señor,  
tan gustosa cuanto larga,  
de la que *ilustre Fregona*  
a voces nombra la fama.  
Ved lo que mandáis agora,  
porque mi vida y mi casa  
os ofrezco, con que yo  
tengo guardada a Costanza.

CORREG. El más notable suceso,  
huésped, es que oí en mi vida;  
que está el alma suspendida  
de lo que he oído os confieso.

Guardad la cadena rica  
y el pergamino guardad,  
y sobre todo mirad  
con quien Costanza platica.

Guardadla; así os guarde Dios.  
Un convento he de buscar  
donde la pueda llevar.  
Adiós.

HUÉSPED. El vaya con vos.

(*Vanse, y salen DON TOMÁS y PEPÍN.*)

D. TOMÁS. Amigo, yo estoy confuso;  
y pues que ya viene el día  
dile a Costanza que espía  
fuiste, siendo amante al uso.

Pero que la verdad es  
que en todo eres mi criado,  
que me saque de cuidado,  
pues da mi nave al través  
entre las ondas de Amor

y un aire que hundilla intenta,  
porque es en esta tormenta  
el viento un Corregidor.

Que te diga lo que habló  
con el huésped encerrado,  
pues ya se lo habrá contado.

PEPÍN. ¿Quién tal desventura vió?

¿Qué apostaremos, señor,  
que si digo lo que he sido  
que por ser loco fingido,  
me agarra el Corregidor

y que me manda imprimir  
lo que los dos hemos hecho  
en el envés deste pecho?

D. TOMÁS. ¡Ya no te puedo sufrir!

¿Cuando ves que estoy rabiando  
y entre mil dudas poniendo,  
estás temores fingiendo  
y desdichas anunciando?

Parte luego a lo que digo,  
si no quieres por mis brazos  
quedar hecho mil pedazos  
y ser de mi mal testigo.

PEPÍN. Digo que voy al momento.—

¡Loco está, por vida mía,  
y aunque es apenas de día  
yo quiero darle contento!

Si salgo deste cuidado  
no pienso servirle más,  
y serviré a Barrabás  
antes que a un enamorado.

(*Vase.*)

DON TOMÁS.

Sale el sol por el cielo luminoso  
las nubes pardas de oro perfilando,  
y con su luz los montes matizando  
lustra el campo su zafir hermoso.

Llega a nuestro cenit, pero, envidioso,  
el suelo está vapores exhalando,  
y la región del aire condensando  
impide al sol el esplendor lustroso.

Del propio modo a mí me ha sucedido,  
pues que mirando el sol de mi Costanza  
pensé gozar su luz resplandeciente;  
pero el Corregidor la nube ha sido  
que ocupó la región de mi esperanza,  
dejándome sin luz eternamente.

(*Sale PEPÍN.*)

PEPÍN. ¡Señor, ya somos perdidos,  
salte luego desta casa!

D. TOMÁS. Dime luego lo que pasa.

¡Acaba!

PEPÍN. ¡Estoy sin sentidos!

D. TOMÁS. ¡A tanto mal y cuidado  
en vano, cielo, resisto!

PEPÍN. Con éste, los que tú has visto  
son tortas o pan pintado.

D. TOMÁS. ¡Di lo que pasa!

PEPÍN. ¡Ay de mí!

D. TOMÁS. Cobre aliento tu valor.

PEPÍN. Lo que ha pasado, señor,  
es que al punto que salí  
vi que dos hombres de a pie  
a nuestra puerta esperaban,  
un coche, que le tiraban  
seis mulas, y las conté.

Otras tres miré, y en ellas  
tres maletas y tres hombres;  
del coche, porque te asombres,  
vi bajar a tres doncellas,  
y dentro, de los reflejos  
descubrí de una señora.  
Lo que tu suerte empeora  
es que bajaron dos viejos.

Todos juntos han entrado,  
por tu mal, en el Mesón.

D. TOMÁS. Pues dime presto quién son,  
que estoy de esperar cansado.

PEPÍN. De Burgos el coche es  
y la doncella que vi,  
y a un criado conocí,  
que también es burgalés.

La dama, porque te cuadre,  
es prima de tu don Diego,  
y el un viejo digo luego  
que de don Diego es el padre.

Y el otro viejo, señor,  
es tu padre, y he pensado  
cómo el cielo ha declarado  
ya contra ti su rigor.

Y si en un día tal pasa,  
si dos estamos espero  
hoy que tu linaje entero  
vendrá a posar a esta casa.

D. TOMÁS. Avisa presto a don Diego,  
y tú y él cerraos al punto;  
no os vean, que viene junto  
un diluvio en que me anego.

Ve luego, que es importante.

PEPÍN. Este mesón inhumano  
no es Mesón del Sevillano,  
sino mesón de Atalante.

(Vase.)

D. TOMÁS. También quiero, diligente,  
encerrarme en mi aposento.  
No ver a Costanza siento  
y triste parto.

(Salen COSTANZA y INÉS.)

COSTANZA. Detente.

¿Adónde, mi don Tomás,  
caminas con tal cuidado?  
Dime presto qué ha pasado,  
dime luego dónde vas.

DON TOMÁS.

La tierra como el cielo riguroso  
contra ti y contra mí se han conjurado;  
dejar esta posada es ya forzoso  
que así lo ordena mi infelice hado.  
Si merecí algún día ser dichoso,  
si merecí algún tiempo ser amado,  
te suplico que adviertas que te adoro,  
que por ti muero y por tu causa lloro.

Ese coche, señora, que ha venido  
de Burgos es, y en él mi padre viene:  
si soy en este traje conocido  
mi desdicha sin duda se previene.  
Y pues Fortuna tan ingrata ha sido,  
antes que alguno mi humildad condene,  
no causando a mi padre mil enojos,  
quiero ausentarme de sus lincejos.

Pregunta, mi Costanza, a los criados  
si es don Juan de Avendaño el que te dijo  
que era mi padre el alma sin cuidados;  
también podrás saber si soy su hijo,  
y viendo mis blasones confirmados  
he de gozar eterno regocijo,  
pues sabrás que traté verdad contigo,  
como lo es el amor con que te obligo.

De nuevo torno agora a confirmarte  
lo que ofrecí de ser tu amado esposo,  
y pues mereció el alma procurarte  
si alcanzaré tal bien, seré dichoso  
y trazaré para poder hablarte.  
Yo parto confiado, cielo hermoso,  
a padecer este tormento amargo,  
y la memoria de mi amor te encargo.

(Vase.)

COSTANZA. Oye, don Tomás, advierte...;  
pero no, escóndete luego,  
aunque en no verte ya llevo  
a sufrir injusta muerte.

INÉS. ¡No he visto tal confusión  
en mi vida en esta casa!



COSTANZA. Inés, lo que ves que pasa,  
desdichas contra mí son.

Veinte años viví segura,  
y miro de ayer acá  
que cierta mi muerte está  
como incierta mi ventura.  
¿Qué puedo hacer?

(Sale el HUÉSPED.)

HUÉSPED. No podré  
hoy a Tomás despedir,  
pues gente veo acudir;  
pero mañana lo haré.  
¿Habéis visto a Tomás Pedro?

INÉS. Por la puerta salió agora.

HUÉSPED. Si no está en casa a esta hora,  
bien con el criado medro.

Yo habré de dar la cebada.  
Costanza, vete, que viene  
tal gente, que apenas tiene  
lugar en nuestra posada.

No salgas de tu aposento.

COSTANZA. Norabuena. Advierte, Inés,  
que si a Tomás Pedro ves  
le digas mi pensamiento,  
y que en no verle confusa  
tengo el alma dentro el pecho.

(Vase.)

INÉS. El daño que Amor ha hecho  
bien se dice y mal se escucha.

(Vase.)

HUÉSPED. Mas, ¿qué será la ocasión  
que los que se han apeado  
en otro coche han entrado  
y se salen del Mesón?

Mas un viejo viene aquí  
de los que se apearon.

(Salen DON JUAN DE AVENDAÑO y un criado, y prosigue  
el HUÉSPED.)

¿Por qué mi casa dejaron  
cuando servir entendí  
a tan grandes caballeros?

D. JUAN. Huésped, el Corregidor,  
con su prudencia y valor,  
siempre honró los forasteros.

De su balcón ha mirado  
el coche que aquí paró,  
y a un su amigo conoció  
y por todos ha enviado.  
Forzoso fué obedecer,

y así nos vamos allá.

HUÉSPED. Desdicha mía será,  
pues no os pude merecer.

Pero vos, ¿qué me mandáis?

D. JUAN. Don Juan de Avendaño soy,  
y vengo a Toledo hoy  
por lo que vos no pensáis.

HUÉSPED. ¿Cómo?

D. JUAN. Mi amigo don Diego,  
que es el que viene conmigo,  
quiere hablaros, y así digo  
que paséis a verle luego.

En cas del Corregidor  
está, como ya sabéis.

HUÉSPED. Pero desto qué entendéis,  
¿díceos lo que es esto Amor?

D. JUAN. Id al momento.

(Vase.)

HUÉSPED. Ya voy.—  
Si es lo que mi ingenio alcanza  
y el negocio es de Costanza,  
¡el dichoso infeliz soy!

(Entra el HUÉSPED, y vuelve a salir con un cofre-  
cillo, en que ha de venir el pergamino y la cadena.  
Salen DON DIEGO, y el CORREGIDOR, DON JUAN y  
un criado con otro cofrecito, en que han de ve-  
nir los seis trozos y el pergamino, y salen DON PE-  
DRO y ANTONIO y DOÑA JUANA y DOÑA CLARA.)

HUÉSPED. Ya estoy aquí para ver  
lo que me mandáis.

D. JUAN. Don Diego,  
éste es el huésped.

ANTONIO. Hoy llego  
ya no a dudar, a temer.

CORREG. ¿A este hombre buscáis?

D. DIEGO. Al mismo.

HUÉSPED. ¿Pues qué me mandáis, señor,  
que me ha puesto ya el temor  
casi en un profundo abismo?

D. DIEGO. Yo vengo, amigo, a quitaros  
una rica prenda mía.

HUÉSPED. ¡No en vano el alma temía  
luego que empecé a miraros!  
Decid la prenda que tengo.

(Saca DON DIEGO el pergamino y los trozos.)

D. DIEGO. La cadena y pergamino  
que aquí miráis imagino  
que os mostrarán por quién vengo.

CORREG. ¿Sin duda que es Costanza?

D. DIEGO. Por la misma.

HUÉSPED. Aquí también traigo las señas por quien Costanza su dicha alcanza.  
Que como anoche os conté la historia y hoy me han llamado, mi memoria ha renovado lo que algún tiempo esperé.  
Y así lo que es presumí, y porque me satisfaga mandad, señor, que se haga la prueba luego.

CORREG. Advertid que es noble quien esto dice.

D. DIEGO. No, señor, hágase luego.

CORREG. A enlazar los trozos llevo.  
En nada, huésped, desdice un pedazo de otro; agora miremos el pergamino.

D. PEDRO. Sin duda el cielo divino mi suerte y mi amor mejora.

Antonio, noble es Costanza: mi buca dicha prevengo.

D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Notable admiración tengo!

D.<sup>a</sup> JUANA. Su buena ventura alcanza.

D. JUAN. Leed la cifra dichosa, ya está el pergamino igual.

CORREG. Y dice: "Esta es la señal verdadera."

D. JUAN. ¡Y ingeniosa!

D. DIEGO. Id por Costanza al momento.

HUÉSPED. Con tus erizadas, señora, afuera la dejé agora.  
Por ella salgo.

(Vase.)

D. PEDRO. Ya siento mejorarse mi esperanza.

ANTONIO. No hay hombre más venturoso que tú.

(Salen el HUÉSPED y COSTANZA.)

COSTANZA. ¿A qué? (1)

HUÉSPED. Llega luego.

COSTANZA. Llegaré sólo porque a vos le cuadre.

CORREG. Esta es Costanza.

D. DIEGO. ¡Hija mía, dame los brazos!

COSTANZA. ¿Qué es esto?

(1) Este pasaje, como se ve, está muy corrompido, pues faltan bastantes versos y quizá se han puesto palabras inútiles.

¡Detencos!

D. DIEGO. Ya es manifiesto tu recato y cortesía.

Mira que tu padre soy.

COSTANZA. ¿Esto, señor, es verdad?

HUÉSPED. Sí, hija; llegad, llegad.

COSTANZA. ¡Corrida y confusa estoy!

D.<sup>a</sup> JUANA. Prima, dadme vuestros brazos, pues sólo a serviros vengo.

COSTANZA. A superior dicha tengo que me mandéis.

D.<sup>a</sup> CLARA. Mis abrazos, señora doña Costanza, que aunque os tuve por vecina no vi vuestra peregrina belleza.

COSTANZA. Si tal aleanza mi humildad, sólo el serviros ofrece.

D. PEDRO. Gocéis, señora, vuestro padre, y digo agora que admitáis ya mis suspiros, pues veis que somos iguales.

COSTANZA. Guárdcos el ciclo.

CORREG. Mil años gocéis cestos de engaños.

COSTANZA. Siempre serán inmortales en serviros mis cuidados.

CORREG. Decidnos, pues, la tardanza y el no venir por Costanza en veinte años ya pasados.

(Salen DON TOMÁS, DON DIEGO y PEPÍN.)

DIEGO. No paséis más adelante.

PEPÍN. De aquí podemos oír.

D. TOMÁS. Nada pude prevenir a hora tan importante.

D. DIEGO. Yendo un día siendo mozo a caza, en un verde llano vi una mujer que sus pies flores daban a los campos. Era negro su vestido, su hermosura del sol claro, mostrando con su presencia mucho brío y pocos años. Enamoréme de suerte que la di, todo turbado, razón de mi amor, y en suma merecí tocar su mano.

La soledad y ocasión me hicieron en todo osado, cuando a la dama el temor

la puso grillos helados.  
 Quiso huir, pero no pudo;  
 y en suma, en un breve rato,  
 quedó ofendida, y quedé  
 con vitoria entre sus brazos.  
 Díjome luego quién era,  
 y entre árboles intrincados  
 me llevó a una casa suya,  
 que era del monte palacio.  
 Supe que era viuda, y luego  
 que era noble; el cielo santo  
 ordenó que la dijese  
 cómo yo estaba casado.  
 No así en sintiendo ruido  
 tal parte el ligero gamo  
 entre encinas, que le ofrecen  
 como fama nombre al prado,  
 como salió la señora  
 desocupando mi lado.  
 Cerró la puerta tras sí,  
 después sentí cerrar cuatro.  
 Estando triste y suspenso  
 vi subir a dos criados,  
 a los cuales di razón  
 cómo me perdí cazando,  
 y que viendo aquella casa  
 entré a mirarla admirado,  
 si bien dentro las paredes  
 hallé sin telas ni cuadros.  
 Dijéronme que era muerto  
 su dueño no había un año,  
 y con esto despedíme,  
 cuanto confuso, turbado.  
 Volví mil veces después,  
 y no vi jamás los rayos  
 que encendieron en mi pecho  
 fuego que me duró tanto.  
 En tres años nunca pude  
 verla, y al fin ordenaron  
 los cielos que ella muriese,  
 causando a los montes llanto.  
 Y al cabo de tantos tiempos,  
 cuando en mí estaba olvidado  
 lo que tengo referido,  
 de una aldea me llamaron  
 habrá como un mes, y hallé  
 un hombre que, agonizando,  
 daba en una cama rica  
 fin a sus cansados años.  
 El cual me dijo que fué  
 el criado más privado  
 de la señora que he dicho,

y que ella murió en sus brazos,  
 y le encomendó que luego  
 me diese un papel cerrado  
 y una arquilla, que tenía  
 más de veinte mil ducados.  
 Y que él, viendo aquel dinero,  
 quiso en su hacienda emplearlo  
 cuando murió la señora,  
 de la codicia engañado.  
 Pero ya que se moría,  
 arrepentido y llorando,  
 me lo daba, y el papel,  
 y dentro el cofre cerrado  
 la cadena y pergamino  
 dióme su mujer, temblando,  
 todo lo que tengo dicho  
 y fuíme de allí admirado.  
 Abrí el papel, y decía:  
 "Esos veinte mil ducados  
 son el dote de una hija  
 que tuve vuestra; tomaldos,  
 que en Toledo la hallaréis,  
 en casa del sevillano,  
 un famoso mesonero,  
 y tendrá como tres años.  
 El pergamino y cadena  
 son señas que yo he dejado  
 para que la den por ellas,  
 y guárdeos el cielo santo."  
 Un mes ha que supe aquesto,  
 y con don Juan de Avendaño  
 y mi sobrina he venido  
 por mi Costanza volando.  
 Al fin a mi hija hallé,  
 después de tiempo tan largo.  
 ¡Ay, Costanza de mi vida,  
 dame otra vez esos brazos.

CORREG. ¿Hay tan notable suceso?

D.<sup>a</sup> CLARA. ¿Hay suceso tan extraño?

DIEGO. Costanza es mi hermana, amigo

D. TOMÁS. Mi dicha, don Diego, aguardo.

CORREG. Don Diego, mi hijo don Pedro  
 a Costanza ha procurado  
 mucho tiempo sin saber  
 quién era, y pues ha ordenado  
 el cielo que noble sea,  
 dádsela, que yo señalo  
 seis mil ducados de renta  
 a don Pedro.

D. DIEGO. En ello gano.

D. PEDRO. ¿Hay hombre tan venturoso?

D. TOMÁS. ¿Hay hombre tan desdichado?



- D. DIEGO. Dale la mano, Costanza.  
 COSTANZA. ¡Ay de mí!  
 D. TOMÁS. ¡De pena rabio!  
 COSTANZA. Señor...  
 D. DIEGO. ¿Qué dudas?  
 COSTANZA. Advierte  
 que tengo dada la mano.  
 D. DIEGO. ¿A quién? ¡Acaba; di presto!  
 HUÉSPED. Hija, ¿a quién?  
 D. TOMÁS. Mi suerte aguardo.  
 COSTANZA. A Tomás Pedro.  
 D. TOMÁS. ¡Eso sí!  
 CORREG. ¿Quién es Tomás Pedro?  
 HUÉSPED. El llanto  
 no me deja que lo diga.  
 D. DIEGO. ¡Decidlo presto, volando!  
 COSTANZA. Un caballero es.  
 D. PEDRO. Señor,  
 de la posada es criado,  
 según Antonio me ha dicho.  
 D. TOMÁS. Quien dijere no te igualo,  
 o no me conoce, o miente.  
 D. JUAN. ¡Hijo!, ¿aquí?  
 D. DIEGO. ¿Qué estoy mirando?  
 D. PEDRO. ¿Quién puede ser?  
 D. DIEGO. ¿En Toledo  
 vos, don Tomás de Avendaño?  
 D. TOMÁS. En Toledo.  
 DIEGO. Y yo también.  
 D. DIEGO. ¡Hijo don Diego, los brazos  
 me da luego, y a tu hermana!  
 DIEGO. Todo, padre, lo he escuchado.  
 COSTANZA. ¿No sois del amante al uso  
 criado vos?  
 PEPÍN. Es cngañó,  
 que sólo a don Tomás sirvo.  
 D. TOMÁS. Yo, don Diego, enamorado  
 de vuestra Costanza, fuí  
 del Mesón del Sevillano  
 mozo, y si merezco ser,  
 por ser rico y ser honrado,  
 por ser noble y ser igual,  
 su esposo, con dulces lazos  
 el casamiento hará eterno  
 el amor que publicamos.  
 D. DIEGO. Costanza, ¿qué dices desto?  
 COSTANZA. Que a don Tomás de Avendaño  
 quiero bien.  
 CORREG. Los dos son nobles  
 y los dos son mayorazgos;  
 pero pues a don Tomás  
 queréis y yo no he alcanzado  
 el mereceros por nuera,  
 dadle, señora, la mano.  
 COSTANZA. ¡Con ella el alma y la vida!  
 D. JUAN. Siempre a los dos os juzgamos  
 en Italia.  
 DIEGO. Ya sabréis  
 después un suceso extraño,  
 y agora pretendo, humilde,  
 sólo, señor, suplicaros  
 que merezco a doña Clara.  
 CORREG. En dárosla mucho gano.  
 D.<sup>a</sup> CLARA. ¡Yo soy dichosa!  
 D. DIEGO. Don Pedro,  
 no es bien quedéis mal logrado:  
 pues doña Juana es hermosa,  
 sed su esposo.  
 D. PEDRO. Yo consagro  
 a su voluntad mi vida.  
 D.<sup>a</sup> JUANA. De la propia suerte pago.  
 PEPÍN. Casarse tantos, por Dios,  
 que lo hace el agua del Tajo.  
 CORREG. Contentos quedamos todos.  
 D. TOMÁS. A Pepín doy mil ducados;  
 y aquí a *La ilustre Fregona*  
 y amante al uso fin damos.

# LA INGRATITUD VENGADA

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON FERNANDO BERMUDEZ Y CARVAJAL

La ingratitud vengada es el título desta comedia que presentan a v. m. mi amor, mi obligación y mi deseo; dichosa fué Luciana en esta fábula, que en su verdadero original debió de ser historia, pues se vengó de Octavio en la ingratitud que muestra su discurso: que no hay felicidad mayor que tomar venganza de un ingrato, cuando la ofrece él mismo. De suerte que, sin poner las manos ni perder la nobleza, queda satisfecha la culpa de su agravio; pero pasando de los ejemplos de la voluntad a los del servir, nos responde Plauto que el beneficio es pluma y la ofensa plomo. De la patria. Sabélico con Milciades y Sócrates; esto en Atenas con sabios, que con sus capitanes fué Roma ingratisima con Escipión y Camilo. No se vengaron éstos, que a los unos dió valor para las injurias la Filosofía, y a los otros la fortaleza de ánimo. Materia es ésta de que apenas en los siglos pa-

sados se hallarán los ejemplos que en el presente. Los altos se quejan como los humildes; debe de ser que nos toca más en los oídos la razón y el sentimiento. Sólo quiero advertir a v. m. la opinión de un sabio que tenía por linaje de ingratitud dar gracias del beneficio al verdadero amigo, cosa nueva y extraña a la primera vista; pero penetrando el alma desta sentencia parece que es tener en poco al que hace el bien no creer de su amistad el gusto con que le hizo de su generoso ánimo la liberalidad. Lea v. m. esta ingratitud, pues aunque es don tan pequeño, muestra, por lo menos, que yo no lo soy, si alguno por lo sutil no se valiese de la equivocación diciendo que quien da ingratitud es ingrato; pero por eso la doy vengada, que es beneficio. Dios guarde a v. m.

Su capellán y amigo,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

|                     |                          |
|---------------------|--------------------------|
| OCTAVIO.            | BARBOSO.                 |
| LUCIANA.            | MATANOROS.               |
| FELINA.             | CESPEDOSA.               |
| TANCREDO.           | ALEJO.                   |
| MAURICIO.           | BELARDO.                 |
| LISARDA.            | RODRIGO, <i>lacayo</i> . |
| CORCINA.            | TREBACIO.                |
| TRISTÁN.            | <i>El</i> MARQUÉS.       |
| <i>Un</i> PICADOR.  | <i>El</i> PRÍNCIPE.      |
| <i>Un</i> ALGUACIL. | <i>Un</i> ESCRIBANO.     |
| GARRANCHO.          | BALBOA.                  |

Representóla Osorio, el autor antiguo.

### ACTO PRIMERO

(*Salen OCTAVIO y LUCIANA tirándole de la capa.*)

OCTAVIO. Suelta la capa, Luciana,  
no me hagas tal agravio.  
LUCIANA. ¡Suéltame tú el alma, Octavio!  
OCTAVIO. ¡Iréme por la ventana

a arrojar me, vive Dios!  
¡Déjame, loca!

LUCIANA. He lo sido  
sólo en haberte querido.  
OCTAVIO. Harto lo somos los dos:  
yo en escuchar tus locuras  
y tú en sufrir mis verdades.  
LUCIANA. A prueba de tus maldades  
has hecho mil desventuras.  
¿Piensas que he pensado yo  
que nunca bien me quisiste?  
OCTAVIO. Si lo pensaste, mentiste.  
LUCIANA. ¿Y tú no has mentido?  
OCTAVIO. No;  
siempre te he dicho verdad,  
y ahora vuelvo a decilla:  
que nunca, o por maravilla,  
te he tenido voluntad;  
que esa poca que te tuve  
ha sido de obligación,  
y no de amor y afición,

que siempre sin ella estuve.

LUCIANA. ¿Pues piensas que te atrevieras a revestirme ese engaño si de mi amoroso daño tantas pruebas no tuvieras?

A la fe, Octavio, bien sabes con quien lo has, que soy yo una mujer que te dió...

OCTAVIO. ¿Qué me has dado? No te alabes, que favoreer a un hombre, pudiéndolo bien hacer, es oficio de mujer.

LUCIANA. No, a lo menos de mi nombre.

Deshonor y liviandad de mujeres de ruin trato ofenden mucho el recato de mi honor y calidad.

OCTAVIO. ¿Esto tengo de sufrir? ¿A aquesto Octavio ha venido? ¿Puede un hombre bien nacido tales palabras oír?

¡Yo soy hidalgo! ¡Yo soy Octavio! ¡Yo soy Octavio! ¡Las manos me muerdo y rabio de ver que en tu casa estoy!

¡No más, Luciana, no más, que todo cuanto me has dado recibí como soldado, no de otra suerte jamás!

Que unas ligas, y una banda, y una sortijuela ruin, y una gala, gala en fin, que es todo un poco de randa,

no son cosas que en amor hacen menos liberales las mujeres principales que dan a un hombre favor.

¡Estarás muy empeñada por dos camisas de lienzo, que decirlo me avergüenzo, y una cuera acuchillada!

Mira que dos mil ducados pone en principio de cuenta, pues que los tiene de renta y yo en la tabla jugados.

Ahí tengo mi ventaja, ¡gracias a Dios que ésta es mía! Que ya desde Alejandría me está llamando la caja, sin estarme aquí encerrado tres días en una cuadra, pudiendo llevar mi escuadra

favorecido y honrado.

Que allí sé que me darán mis quince escudos, y doce de mi ventaja que goce, sin euatro del capitán; con lo demás de un eriado, sin otras mil circunstancias: juegos, boletas, gananeias, de un hombre de bien soldado.

¡Vive Dios de no te oír otra vez tus libertades!

LUCIANA. Vuelve, inventor de maldades, ¿adónde te quieres ir?

OCTAVIO. A Italia, a un presidio a estar sin esperar tu mereed, que no eres piedra o pared que me puedes sustentar.

Pensé, como verde yedra, creer por tu muro asida; pero no podré en mi vida subir por tu dura piedra.

LUCIANA. Díjete yo que te daba... ¿No ves que decir quería que te daba el alma mía, que la mandes como esclava?

OCTAVIO. Esto es hecho; no hay remedio. Quédate adiós.

LUCIANA. No podrás, que un gusto que priva más se te ha de poner en medio.

OCTAVIO. ¿En celos damos ahora? ¡Esto faltaba, por Dios!

(Vase OCTAVIO y sale FELINA.)

LUCIANA. Iremos juntos los dos.— Oyes, Felina.

FELINA. Señora.

LUCIANA. ¿Qué hacen esas doncellas?

FELINA. Los cuellos que ayer las diste del señor Octavio.

LUCIANA. ¡Ay, triste, cánsome en balde con ellas!

Ya es ido el señor Octavio; haz que dejen la labor.

FELINA. ¿Lloras, señora?

LUCIANA. ¡Ay, traidor, naeido para mi agravio!

¿A Italia te vas, cruel?

FELINA. ¡No llores, señora, tanto, que harás que me ahogue en llanto y que me vaya tras él.

LUCIANA. Felina, yo estoy de suerte



por este Octavio rendida,  
que si se va con mi vida  
quedo en brazos de la muerte.

(*Entra TANCREDO, criado del PRÍNCIPE.*)

TANCREDO. El Príncipe viene a verte,  
y me ha enviado a pedir  
licencia.

LUCIANA. Podéis decir...;  
pero decid desta suerte...  
Mas no quiero despedirle,  
que es persona de valor.  
Decidle a vuestro señor  
que ya salgo a recibirle.

TANCREDO. El sube ya la escalera.

(*Entra el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. ¿Pues viene vuesa merced  
con tal gusto a recibirme?

LUCIANA. No he podido resistirme  
a tan notable merced.  
¡Hola!, arrastrad unas sillas.—  
¿Vuestra Señoría está bueno?

PRÍNCIPE. Traigo un poco de sereno.

LUCIANA. ¿He de volver a pedillas?

(*Traen dos sillas; siéntanse ella y él.*)

PRÍNCIPE. Paréceme que ha llorado,  
que en los ojos se lo veo.

LUCIANA. Lloraba cierto deseo  
que se murió malogrado.  
Pero luego que venistes  
los ojos se me alegraron,  
y sólo en ellos quedaron  
algunas reliquias tristes.

PRÍNCIPE. Si el deseo [cs] de las cosas  
que no llegan a imposibles,  
para todas las posibles  
tengo fuerzas poderosas.

El Fénix de Arabia estése  
en el lugar que se abrasa:  
pedid en toda mi casa  
de lo que posible fuese.

Que si es cosa que el dinero,  
la voluntad y el mandar,  
la solícitud y el dar,  
el crédito caballero  
pueden hallar en el mundo,  
hallarlo puedo mejor  
que otro vuestro servidor,  
porque en lo que soy me fundo.

LUCIANA. Los pies, mi señor, os beso

por una merced tan grande.

PRÍNCIPE. Veráse en lo que me mande  
de mi afición el exceso.

Y por agora se diga  
de lo que ha sido el antojo.

LUCIANA. No fué antojo, sino enojo.

PRÍNCIPE. Eso tanto más me obliga.

Que lo que yo os prometí  
con segura confianza  
entra también la venganza,  
que podéis fiar de mí.

¿Quién es el que os ha ofendido?

LUCIANA. No es de quien puedo vengarme.  
No quiero más de quejarme.

PRÍNCIPE. ¿Cómo así?

LUCIANA. Mi primo ha sido,  
que sin qué ni para qué  
se me parte a Alejandría,  
sabiendo Vueseñoría  
cómo vino y cómo fué.  
No quiero la Italia más.

PRÍNCIPE. Vuesa merced se ha enojado,  
que como fué aventajado  
muchos buenos dejó atrás.

Negociéle su ventaja  
con el Rey, y para Flandes  
le dieran cosas más grandes,  
y ésta no fuera tan baja.

Que un caballero que tiene  
dos blancas, y en la Montaña,  
bien está fuera de España,  
que al fin a ser hombre viene.

Dios sabe si me pesó  
cuando supe su venida,  
tan despacio y atrevida,  
y más que he sabido yo  
que le daban la bandera  
de capitán y que quiso  
más el gusto y paraíso  
de una española ramera,  
tras quien se vino perdido,  
y aquí lo debe de estar,  
bien, señora, a mi pesar,  
si con vuestro gusto ha sido.

Dejadle que a Italia vaya,  
que yo sé de allá, y os juro  
que es de hidalgos pobres muro  
y tiene más que en Vizcaya.

Laurean al virtuoso,  
dan valor al hombre sabio,  
y al que es galán como Octavio  
le dan un oficio honroso.

Vaya, no le sea estorbado,  
que para mí es argumento  
ese noble pensamiento  
de lo que es Octavio honrado.

Cartas tendrá de favor,  
que esas yo se las prometo,  
que al fin es hombre discreto  
y ha de volver por su honor.

LUCIANA. Eso no lo perderá  
cuando en España se quede.

PRÍNCIPE. ¿Qué ha de hacer?

LUCIANA. Servir puede;  
señores hay por acá.

PRÍNCIPE. ¿Qué queréis con vuestro primo,  
murmurada de mil gentes  
y de los nobles parientes  
que a mi lado y mesa estimo?  
¿No veis que muy pocas veces  
medra quien sirve?

FELINA. Eso puedo  
yo jurar.

TANCREDO. ¡Guay de Tancredo!

PRÍNCIPE. Y más que a un daño te ofrees,  
que muy mejor satisface  
a su honra 'un hombre bueno  
sirviendo en país ajeno  
que no en el mismo que nace.

LUCIANA. Ahora, señor, yo no quiero  
desfavorecelle tanto,  
que no es tan pobre mi manto  
que no cubra un escudero.

Si mi primo ha de servir,  
sirva en su tierra, señor,  
donde quien le tiene amor  
pueda ayudalle a vivir.

PRÍNCIPE. Ahora bien; yo no venía  
para visita de espacio,  
que me 'esperan en palacio.

LUCIANA. Vaya Vuesa Señoría.

PRÍNCIPE. Quedad, mi señora, adiós.

LUCIANA. El le acompañe y le guarde.

PRÍNCIPE. Hasta mañana en la tarde  
no me podré ver con vos.

(Vanse el PRÍNCIPE y TANCREDO.)

LUCIANA. Cesarino va enojado,  
¿si tiene de Octavio celos?

FELINA. Celos, señora, y reelos.

LUCIANA. Alguien le ha desengañado.

¿Haslo tú dicho a Tancredo  
que no 'es Octavio mi primo?

FELINA. ¿En eso, señora, estimo

mi buen crédito y tu miedo?

LUCIANA. Pues no se canse en pensar  
que ha de ir a Italia esta vez,  
que es interés del juez  
y quiérele desterrar.

Pues harta hacienda 'poseo,  
no he menester su regalo,  
que está muy cerca del palo  
cuchillo de mi 'deseo.

FELINA. Ese es más cierto camino.

LUCIANA. Más precio de Octavio el pie  
que todo el amor y fe  
del príncipe Cesarino.

(Vanse LUCIANA y FELINA. Salen el PRÍNCIPE  
y TANCREDO.)

PRÍNCIPE. Habla bajo, no te entienda  
alguien desde el corredor.

TANCREDO. En resolución, señor,  
dicen que le da 'su hacienda,  
y que éste no es más su primo  
que lo eres tú.

PRÍNCIPE. Bueno es eso,  
porque amor me quita el seso.  
Tancredo, el 'aviso estimo.  
¿Dejaréla?

TANCREDO. ¿Qué has de hacer,  
viendo como ves, señor,  
que tú la tienes amor  
y ella no te puede ver?

PRÍNCIPE. ¡Ah, 'que la quiero en extremo!

TANCREDO. ¡Ah, que en extremo la adoro!

PRÍNCIPE. ¡Ah, que es mi gloria y tesoro!

TANCREDO. ¡Ah, que en su fuego me quemo!

PRÍNCIPE. ¿Cómo un pobre soldadillo  
me ha de hacer competencia?  
¿Y que he de tener paciencia,  
Tancredo, para sufrillo?

¿Por éste la he de dejar?

¿Tanto aquéste ha de poder?

¿No le podré yo venerar?

¿No le podré yo matar?

Sí podré.

TANCREDO. ¡Pluguiere a Dios  
que hicieses tal disparate!

PRÍNCIPE. ¡Pues muera y no se dilate!

TANCREDO. El que nos mata a los dos.

PRÍNCIPE. Tancredo, escucha.

TANCREDO. Señor.

PRÍNCIPE. ¿Cómo mataré este mozo?

TANCREDO. Disimular quiero el gozo,  
no lo descubra 'el Amor.—

Con mucha facilidad.

PRÍNCIPE. ¿Adónde acude?

TANCREDO. A esta casa,  
donde se quema y abrasa,  
mártir de su voluntad.

PRÍNCIPE. ¿De noche?

TANCREDO. De noche, pues.

PRÍNCIPE. ¿Sábesla tú?

TANCREDO. Como mía,  
que la vi una vez de día  
y de noche dos o tres.

PRÍNCIPE. Pues ésta iremos allá;  
los lacayos apercibe,  
y muera el que a gusto vive  
de quien la muerte me da.

Hacer esto determino,  
que él morirá desta suerte.

TANCREDO. Mañana dirán la muerte  
al uno y otro vecino.

Aquí en el lugar hay dos...  
¿qué digo dos, y aun cuarenta,  
hombres de la vida exenta,  
gente sin alma y sin 'Dios,  
que porque con ellos coma  
a cien hombres matarán,  
y en 'el tormento dirán  
que les dió muerte Mahoma.

PRÍNCIPE. Pues busca de aqueos todos  
dos, los que mejor te agraden,  
de modo que no me enfaden.

TANCREDO. Daré mil trazas y modos.

PRÍNCIPE. Haz que un caballo me den,  
no me murmure Luciana  
si nos ve de la ventana,  
y traza el negocio bien.

(Vase.)

TANCREDO. ¡Y cómo si daré traza  
para salir bien de aquí,  
pues ha 'de ser para mí  
el interés desta caza!

¡Ay, mi Luciana querida,  
perdóname aqueste agravio,  
que sí doy 'la muerte a Octavio  
por eso te doy mi vida!

(Vase, y salen OCTAVIO y LISARDA.)

OCTAVIO. Habiéndome prometido  
que en llegando a este lugar  
habías de sepultar,  
Lisarda, a este hombre en olvido,  
lo has hecho tan mal, que 'creo

que dejarme determinas,  
y solamente imaginas  
enriquecer tu deseo.

¡Pluguiera a Dios que jamás  
de Italia hubiera salido,  
pues sólo a España 'he venido  
para endurecerte más!

¡Crudelísima Lisarda,  
quien puede mi ejemplo ver  
que se fíe de mujer,  
mal fuego le abraze y arda!

LISARDA. Octavio, 'más poco a poco;  
deja ahora 'las mujeres,  
que son las cosas que quieres  
temeridades de loco.

Yo he hecho lo que he podido  
por tu amor y obligación  
mientras la disposición  
del lugar lo ha permitido.

Pero ahora ya no puedo,  
porque estoy, como tú sabes,  
debajo de treinta llaves,  
llena de recato y miedo.

Tiéneme el marqués Finco,  
como sabes, retirada,  
y con obras regalada  
a medida del deseo.

Vine 'de Italia con él;  
pensé que aquí me dejara,  
pero pues que aquí me ampara  
no es razón serle cruel.

Y además desto, mi madre  
lo quiere, y por todo pasa,  
y 'ahora le sirve en casa  
mi viejo avariento padre.

De manera que la mía  
más parece del Marqués.

OCTAVIO. ¡Ah, Lisarda, todo es  
lo mismo que yo temía!

¡Cuántas veces que, pasando  
a Génova, tras mí fuiste,  
con llanto amoroso y triste  
el mar de Italia aumentando,  
como loca me decías:

“Por verme en España es  
mostrarle, Octavio, al Marqués  
blandas las entrañas mías!

He menester su favor  
para volverme a mi tierra,  
que me ha cansado la 'guerra,  
y bástame la de Amor.”

¡Ah, injusta, 'perjura, ingrata,



que no era la obligación,  
sino el amor y afición  
que por matarme te mata!

LISARDA. Entonces mi libertad  
era tuya, Octavio mío,  
y así rige tu albedrío  
por tu ajena voluntad.

¿Que yo a mi padre disguste  
y deje al Marqués por ti?  
¿Qué puedes tú hacer por mí  
cuando a tu humildad me ajuste?

¿De qué tengo de vivir  
y sustentar casa y gala?  
Mira aquesta cuadra y sala,  
que a un rey pueden recibir.

Mira aquestos aposentos,  
tanta cama bella y telas,  
tantas dueñas y doncellas,  
tantos estrados y asientos.

Todo esto dice Marqués;  
hasta la vajilla cifra  
sus armas y nombre en eifra  
y cuanto en mi casa ves.

OCTAVIO. Y si todo aquesto y más  
te doy yo solo en un día,  
¿por qué, di, Lisarda mía,  
por qué no lo dejarás?

LISARDA. ¿Tú, Octavio? ¡Reírme quiero!  
Tú cres de los galanes  
que sirven con ademanes,  
con un ¡ay, señora, muero!

Tú, cuando muero, darías  
unas ligas y unas medias,  
que es con lo que más remedias  
las necesidades mías.

Anda, vete por ahí,  
que los de tu ealidad  
no dais sino voluntad  
y lo que no es para mí.

OCTAVIO. Ríete bien, pues por Dios,  
que te dé más interés  
que puede darte el Marqués,  
y aunque se juntasen dos.

¿Con qué quieres que le cierre  
la boca a tu madre honrada?

LISARDA. Digo que tu hacienda es nada  
para que una vez me encierre.

¿Tendrás docientos ducados?

OCTAVIO. Y trecientos te daré,  
y esta noche los traeré  
en un pañuelo atados,  
hasta que ella se contente

por esa primera vez,  
que yo los traeré a las diez  
a que en su mesa los euenta.

LISARDA. Octavio, si aqueso es  
que aqueso dinero tienes,  
haz euenta que a casa vienes  
y que echas della al Marqués.  
¿Tiéneslos, por vida tuya?

OCTAVIO. Sin falta, que están atados,  
en un bolsillo guardados.

LISARDA. ¿Cómo no ve que soy suya?  
Ven esta noche, entrarás  
a las ocho o a las nueve,  
y al Marqués el diablo lleve  
quien le hablare y viere más.

*(Entran el MARQUÉS y MAURICIO, su criado.)*

MARQUÉS. ¿Qué es aquello de Marqués?

MAURICIO. ¿No lo entendiste, señor?

MARQUÉS. Calla, no hagamos rumor.

OCTAVIO. ¡Ah, lo que puede interés!

Como se labra el diamante  
con la sangre del eordero,  
así deshace el dinero  
el corazón del amante.—

¿En efecto me abrirás  
a las nueve?

LISARDA. Cuando vengas.

OCTAVIO. Mira, pues, que hablada tengas  
a tu madre y los demás.

LISARDA. Yo la eonozco mejor;  
muéstrale tú los trescientos  
y la traerás por los vientos  
más encumbrada que azor.

OCTAVIO. ¿Darásme un abrazo?

LISARDA. ¡Y dos!

¡Ay, Dios, y cuánto te quiero!

OCTAVIO. ¡Ah, lo que puede el dinero!—  
Adiós, mi Lisarda, adiós.

LISARDA. ¿Desa manera se va?

OCTAVIO. ¿Pues cómo me tengo de ir  
si me voy para venir?

LISARDA. Vuelva digo, vuelva acá.

Deme otro abrazo más recio.

MAURICIO. ¿Aquello sufriendo estás?

MARQUÉS. Si ella me engañare más,  
Mauricio, tenme por necio.

OCTAVIO. Queda con Dios, mi señora.

*(Vase.)*

LISARDA. Aun por la espalda me agradas.  
¡Qué piernas tan bien trazadas!

MARQUÉS. ¡Quién se las cortara ahora!

MAURICIO. Lleguemos, señor

MARQUÉS. Lleguemos.—

¡Oh, mi Lisarda!

LISARDA. ¡Ay, señor,

cómo me has dado temor!

MAURICIO. ¿Tan feos te parecemos?

LISARDA. Cogísteme de repente,  
que estoy un poco enfermita.

MARQUÉS. Estás descoloridita,  
vésete el alma en la frente.

Muestra, Lisarda, una mano.

¡Oh, cómo el pulso te falta!

LISARDA. Para médico te falta  
no parecerme guano.

Querrás decir mi ventura,  
pero yo ya me la sé,  
que fué cuando te miré  
con ojos de fe segura.

MARQUÉS. Partirás solo un cabello,  
Lisarda, y por medio dél,  
sin hacer un nudo en él,  
tendrás suspenso mi cuello.

LISARDA. ¿Hay locura semejante?  
Dime: ¿hay regleta mejor  
en que se conozca amor  
que el corazón del amante?

Como el pulso me tomó  
el dueño de mi cuidado,  
el corazón, alterado,  
también el pulso alteró.

MARQUÉS. ¡Bravo y fácil argumento!  
No me queda qué decir:  
mucho te puede sufrir  
quien goza tu entendimiento.

Pídeme lo que quisieres.

MAURICIO. ¿Hay palabras semejantes?  
¡Ofrézcoos al diablo, amantes,  
todos sois medio mujeres!

LISARDA. Quisiera...

MARQUÉS. ¿Qué, por tu vida?

LISARDA. ¿No sabe lo que quisiera?  
De tela una saya entera;  
bordada y bien guarnecida.

MARQUÉS. Bordada tela daré,  
que en tela no hay guarnición.  
¿Qué color?

LISARDA. Del corazón.

MARQUÉS. Sospecho que no la sé.

LISARDA. ¿Ahora sabes, señor,  
que con celoso martirio  
me le tienes hecho un lirio?

MARQUÉS. ¡Es extremado el color!

Mauricio, sáquese luego,  
y como pidiere sea.

MAURICIO. Yo lo haré.—Mejor la vea  
abrasada de mal fuego.

MARQUÉS. Entrate dentro, mi bien,  
que el sereno te hace daño.

LISARDA. ¿Tardarás en verme un año?

MARQUÉS. ¿Vendré aquesta noche?

LISARDA. Ven.

Mas no, que estoy enfermita  
ven, por tu vida, mañana,  
que estaré de buena gana  
esperando tu visita.

(Vase.)

MAURICIO. ¡Pues pese a quien me parió!

¿En qué vió Vueseñoría,  
que luego darle quería  
la tela azul que pidió?

¿Y más con fajas bordadas?  
¡Mejor le diera otras fajas  
que hicieran su cuerpo rajas  
a palos o cuchilladas!

¿Esto se puede sufrir?  
¿Ves a lo lejos los cuernos  
corriendo sangre de tiernos  
y quieres darle a vestir?

MARQUÉS. Paso, Mauricio, que yo  
sé llevar mi agua al molino;  
pero por otro camino,  
y no tan apriesa, no.

Que no la daré vestido,  
que antes la desnudaré.

MAURICIO. Ahora por bien tendré  
el tiempo que te he servido.

MARQUÉS. ¿Quién es aqueste mozuelo?

MAURICIO. Un rapaz, un soldadillo,  
un inquieto, un maltrapillo,  
enrizadito de pelo;  
todo plumas y no nada.

MARQUÉS. ¿De qué vive?

MAURICIO. De galán,  
porque él y su hacienda están  
más vírgenes que su espada.

MARQUÉS. ¿Y acude de noche aquí?

MAURICIO. Y aquesta noche sin falta.

MARQUÉS. El caerá, si no me falta  
la que anteayer recibí.

Nuestros lacayos previene.  
Ve a buscar los dos rufianes,  
veremos los ademanos

con que a matar damás viene,  
que yo le haré menos fiero,  
pues vive de hacer amor.

MAURICIO. Estas sí que son, señor,  
hazañas de caballero.

MARQUÉS. Sin duda que pienso hacello.

MAURICIO. ¡Eso sí que es hecho honrado!  
¡Muera aqueste almidonado,  
todo chinclita y cyello!

*(Vanse, y salen dos rufianes, GARRANCHO y CESPEDOSA.)*

GARRAN. ¡Guarda allá, vinagre aguado,  
valiente de la taberna,  
que te asiré de una pierna  
y te echaré en un tejado!

CESPEDOS. ¡Téngase vuesa merced,  
señor Garrancho!

GARRAN. ¡Tendréme!

CESPEDOS. ¡Compóngase!

GARRAN. ¡Compondréme!

CESPEDOS. Todo lo tengo a merced.

GARRAN. ¿Hame aquel hombre agraviado,  
digo aquel medio hombre?

CESPEDOS. No,  
que se lo daré aquí yo  
con once firmas firmado.

GARRAN. ¿No ve que me llamó el cuero  
primerilla de cuarenta?

CESPEDOS. Pues digo que no es afrenta  
a pagar de mi dinero.

*(Salen otros dos, BARBOSO y MATAMOROS.)*

BARBOSO. ¿Qué garla aquese embreado?

GARRAN. ¿A mí, azotado, cuatrero?

MATAMOR. ¡Téngase!

GARRAN. Diga, harnero,  
ruiseñor estropeado,  
¿soy yo cantor como él?

MATAMOR. Téngase, que no es respeto  
de hombres de bien les prometo.

GARRAN. ¿Luego hombre de bien es él?

MATAMOR. ¡Por Dios que si no mirara  
aquí al señor Cespadosa,  
sin respetar otra cosa  
que la cara le cortara!

CESPEDOS. Mucha merced y favor,  
señor Matamoros. Ea,  
no han de hacer esta pelea  
malas palabras mejor.

BARBOSO. Deme voacé aquea mano.

GARRAN. A voacé todo coraje

debe rendir vasallaje.

Digo que soy más que hermano.

CESPEDOS. Dame aquea mano, hereje,  
que ya me la dió Barboso.

GARRAN. ¡Por Dios que es cuento donoso  
que con mi agravio me deje!

Dígame, ¿quedo afrentado?

CESPEDOS. Pues que digo no acabemos  
el enojo que tenemos,  
quede en la ermita ahogado,  
que doy mi cerra derecha  
y estoy siempre a su servicio.

MATAMOR. Volvamos a nuestro oficio.—  
¡Pese a tal, qué humazo echa!

*(Entra TANCREDO, arrebozado.)*

CESPEDOS. Paso, que veo un mocito  
en el coso de buen talle.

GARRAN. ¿Qué quiere aquéste en la calle,  
que a mí me mira de hito?  
¿Mataré aqueste pobrete?

CESPEDOS. Suplico a vuesa merced  
que viva, por su merced,  
de aquí a mañana a las siete.

TANCREDO. Seor Garrancho, una palabra.

GARRAN. Esta es cuestión a la mira.

CESPEDOS. ¡Vaya!, ¿de un hombre se admira?

GARRAN. Mi brazo a seis descalabra.

Si desvía, yo me entré;  
si alza, por el consiguiente;  
si se afirma buenamente,  
con ésta, y a fuera el pie.

Ello está bien estudiado.

TANCREDO. Oiga, que de paz le quiero.

GARRAN. Sirvo a todo, caballero:  
de paz y en el campo armado.  
Cúbrase bien voarced.

TANCREDO. Cubierto estoy.

GARRAN. Más de lleno,  
porque cae mucho el sereno,  
y póngase bien la red.

TANCREDO. ¿Qué cosa es red?

GARRAN. Es la capa,  
que ésta es una algarabía  
desta nuestra valentía,  
de que ninguno se escapa.

TANCREDO. ¿Mataremos esta noche  
un hombre?

GARRAN. Y treinta podré  
yo solo, que visancé  
no hay para qué se trasnoche.

TANCREDO. Lleve consigo un amigo



de quien se pueda fiar.  
 GARRAN. ¿Amigo para matar  
 un hombrecillo conmigo?  
 ¿No sé yo que es un gallina  
 ese picaño malquisto?  
 TANCREDO. ¿Conócele?  
 GARRAN. No le he visto,  
 mas hame dado mohina.  
 Y de euándo acá se entona  
 a reñir con visancé,  
 ande, que le mataré  
 y harále la mamona.  
 TANCREDO. Lleve consigo un amigo,  
 por si se ofreee otra cosa.  
 GARRAN. A mí, señor Cespadosa.  
 CESPADOS. ¿Qué hay?  
 GARRAN. Véngase conmigo.  
 CESPADOS. ¿Dónde bueno?  
 GARRAN. Eche tras mí.  
 CESPADOS. ¿Dónde bueno desu suerte?  
 GARRAN. A trabajar una muerte.  
 ¡Venga y ealle, pesia a mí!  
 (*Vanse los tres.*)

MATAMOR. Sin duda van a reñir  
 los tres alguna pendeneia,  
 pues aparejan paciencía  
 para en comenzando huír.  
 (*Entra MAURICIO.*)

MAURICIO. Por aquel hombre de bien  
 no me he atrevido a llegar;  
 entre éstos vengo a busear  
 un *requiem aeterna. Amen.*  
 ¡Ah, seo galán!  
 BARBOSO. ¿Díce a mí?  
 MAURICIO. A los dos digo.  
 BARBOSO. ¡Por Dios,  
 que lo quiere haber con dos!  
 ¿Serán envainadas?  
 MAURICIO. Sí;  
 que hablarles quiero de paz.  
 BARBOSO. Serviré como eriado.  
 MAURICIO. Cierta galán me ha agraviado.  
 BARBOSO. ¿Es muy hombre?  
 MAURICIO. Es un rapaz;  
 pero al fin se ciñe espada.  
 BARBOSO. ¿Es de la marea menor?  
 MAURICIO. ¿Qué importa que sea mayor?  
 BARBOSO. Llegar o no la estocada,  
 desbaratar una treta,  
 que tiene el hombre sabida,

con alargar la medida  
 y dalle por una teta.  
 ¿Es alto?  
 MAURICIO. Es hombre mediano.  
 BARBOSO. ¿Es flemático o furioso?  
 ¿Es membrudo o es nervoso?  
 ¿Es enfermo o hombre sano?  
 MAURICIO. ¿Qué importa que sea alto o bajo?  
 BARBOSO. ¿Para las tretas no importa?  
 Alta, baja, larga o eorta,  
 yo bien sé lo que trabajo.  
 Ahora bien, ¿qué me ha de dar?  
 MAURICIO. Cuanto por la boea pida.  
 BARBOSO. ¿Tiene parroquia sabida?  
 Pues vaya a clamorear.  
 A mí, señor Matamoros.  
 MAURICIO. ¿Quién es?  
 BARBOSO. Un bravo eofadre.—  
 Venga aeá, señor compadre,  
 que hay un encierro de toros.

(*Vanse, y salen OCTAVIO y LUCIANA, con una bolsa  
 dándole a OCTAVIO.*)

LUCIANA. Aquí los llevas eontados,  
 ciento y einueenta de a dos;  
 toma, Octavio, y plegue a Dios  
 que mueran tan bien logrados.  
 Que a fe que no han visto luz  
 desde el tiempo de mi abuela.  
 OCTAVIO. Desde aquí se me revela  
 que les has de hacer la cruz.  
 Que hallados en la ocasión  
 que tanto ahora me ofende,  
 sueño que te has vuelto duende  
 y que me has dado carbón.  
 LUCIANA. Búscame más invenciones,  
 que tal ha venido a ser,  
 que por no lo agradecer  
 haces carbón los doblones.  
 Que bien a entender me das  
 la ingratitud que me ofende,  
 que si hoy los haces de duende,  
 mañana los negarás.  
 OCTAVIO. No haré ni será razón,  
 que mientras tuviere vida  
 será esta deuda debida  
 eadena de mi afieión.  
 LUCIANA. ¡Bendito sea Dios, que un día  
 te he visto el rostro amoroso!  
 OCTAVIO. Tal es el licor precioso  
 que ha bañado el alma mía.  
 LUCIANA. Ven esta noche siquiera

OCTAVIO. a estar un hora conmigo.  
Espérame cierto amigo,  
si no sin duda viniera.

Dile la palabra y fe;  
pero mañana está ahí.

LUCIANA. ¿Que esto no aleanee de ti  
tanta firmeza de fe?

OCTAVIO. Haré, por Dios, lo que pueda.  
Vete con Dios, mi señora.

LUCIANA. Dame de verte una hora  
de cuanta noche te queda.

(Vase.)

OCTAVIO. ¡Ay, trecientos de mis ojos!  
¡Ay, gloria de mi pasión,  
rescate de mi prisión,  
consuelo de mis enojos!

Vamos a sacar de allí  
aquel alma que está en pena,  
que aunque no es obra muy buena  
es muy buena para mí.

Amor, no soy mal cofadre:  
mira qué bellos ducados  
dejaré depositados  
en el cepo de tu madre.

Esta limosna notoria  
te obliga a mirar por mí.  
¡Mía es Lisarda, vené,  
vitoria, interés, vitoria!

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE y TANCREDO y GARRAN-  
CHO y CESPEDOSA.)

PRÍNCIPE.

Mira que no le digas cosa mía,  
sino que soy un pobre gentilhomme  
que me has hablado para aqueste efeto.

TANCREDO.

De todo, mi señor, vengo advertido;  
no tienes que temer ser conocido,  
que yo les dije que eras un maneebo  
que ayer viniste de Sicilia a España.—  
Señor Garrancho, y Cespadosa, adviertan  
que estamos en la calle de la dama  
donde este hidalgo rapagón pasea.  
¿Saben lo que han de haer?

GARRANCHO.

Yo lo sé todo.

¿No dice que le clave en la ventana  
aqueste tenerzuelo cabritillo,  
cehándole de fuera la asadura,  
que parezca redaña la camisa

y el pellejo que cuelgue a los calzones?  
Pues déjeme haer, y mire y calle.

PRÍNCIPE.

Tomemos esta esquina todos cuatro  
y esperemos aquí por si trae gente,  
que no ha de ser negocio de alboroto.

GARRANCHO.

¡Oh, cómo dice bien! Con él me entierren,  
que hay unos valentones mozalbillos  
que luego en viendo trápala acometen,  
y todo es sacar lumbre de las piedras;  
métese de por medio cuatro sastres  
y quédase el negocio a buenas noches.

TANCREDO.

Ruido sienta (1).

(Salen el MARQUÉS y MAURICIO y BARBOSO y MATA-  
MOROS.)

MAURICIO.

Señor Barboso, y Matamoros, ténganse,  
que si este mozo viene con cuadrilla  
no quiero que en la calle se haga eseándalo,  
que sólo pretendemos ganar honra.  
Que no se nos escape con la vida  
o que nos ponga a riesgo de perdella.

BARBOSO.

Vuesa mereed se ponga en su trinchera  
y guarde bien el puesto que le cabe,  
que yo estaré avizor con tantos ojos,  
que veo más de noche que un murciélago,  
y si no hay ocasión no pelearemos,  
que Dios dejó la paz sobre la tierra,  
y a esto de uñas arriba, el puro diablo  
resistirá mi furia si comienzo.

PRÍNCIPE.

Tancredo, aquél sin duda es Octavillo,  
que de bellacos viene rodeado;  
en balde hemos venido.

TANCREDO.

Tal sospecho.

MARQUÉS.

Aquél sin duda es Octavio, es cierto;  
que con escuadra de rufianes viene  
a defender la calle y las espaldas.

(1) Sobran estas palabras o faltan otras que  
completan el verso.

PRÍNCIPE.

Esperemos a ver en lo que para,  
por ver si llega a la ventana o puerta  
o si la tiene el fanfarrón abierta.

(*Entra OCTAVIO, con espada y rodela, y con la bolsa y algunos dineros.*)

OCTAVIO. Gente anda por la calle:  
¿no hay puesto donde me esconda?,  
porque sin duda es la ronda,  
que hay dos o tres de mal talle.

Llegar quiero a la ventana  
y haer una seña.—¡Ce!

(*Asómase LISARDA a la ventana.*)

LISARDA. ¿Eres Octavio?

OCTAVIO. Y seré

Oetavio César mañana.

LISARDA. El abrirte es imposible;  
mira tú cómo ha de ser.

OCTAVIO. Aquí viene quien romper  
puéde un monte inaeeseible.

LISARDA. ¿Dices de veras, por Dios,  
que has traído los trecientos?

OCTAVIO. ¿Oyes sus dulces acentos?

LISARDA. ¿Qué son?

OCTAVIO. Doblones de a dos.

LISARDA. Ya te van a abrir la puerta.

OCTAVIO. ¿Qué llave que no abrirá?

LISARDA. Entra, mi bien, que ya está  
para tu servicio abierta.

(*Entrase OCTAVIO, y quedarán el PRÍNCIPE y su CRIADO y los dos rufianes a un lado, y el MARQUÉS y MAURICIO y los otros al otro.*)

MARQUÉS. El se ha entrado; no hay qué haer.

MAURICIO. Pues cómo, ¿déjalo entrar?

MARQUÉS. Bien le pude allí matar,  
pero hanme de conoer.

Mayormente aquesta gente  
que este bellaco ha traído  
no habrá de burlas venido.  
¡Rabia me abrasa impaciente!

MAURICIO. Por Dios que no sé qué hagamos.  
¿Quieres que más gente llame  
y aquésta de aqueste infame  
hablemos y acometamos?

MARQUÉS. ¡No, por tu vida, Mauricio;  
que desespera quien es,  
pues que desprecia a un Marqués  
y al fin ha vuelto a su oficio!  
¡Ciego de cólera voy!

¡Ah, ingrata, villana, ruin!

¡Mujer, y mujer al fin,  
que para decillo estoy.

Reeoge aquesa canalla  
y vamos luego de aquí.

(*Vanse.*)

MAURICIO. ¡Hola!, vénganse tras mí.

BARBOSO. ¿Cómo, que no se batalla?

MAURICIO. Para otra noche se queda.

BARBOSO. Eso sí.—Ven, camarada.

¡Tras cólera requemada  
Bereebú aguardarme pueda!

(*Vanse MAURICIO y los rufianes.*)

PRÍNCIPE. Taneredo, aquéllos se van.

TANCREDO. Eso sí me satisface.

PRÍNCIPE. Sin duda que noche haee  
dentro de casa el galán.

Bien nos podemos volver,  
que, pues su gente se va,  
él acá se quedará.

TANCREDO. ¿Pues qué habemos de haer?

PRÍNCIPE. ¿Tal hombre adora Luciana?

TANCREDO. Luciana, ¿tal hombre adoras?

PRÍNCIPE. ¿Deste ingrato te enamoras?

TANCREDO. ¿Déste, cruel inhumana?

PRÍNCIPE. Reeoge aquesos borraehos.

TANCREDO. ¡Hola!, vénganse tras mí.

GARRAN. ¿Para aqueso, ¡pese a mí!,  
me remojé los mostaehos?

¡A mí, señor Cespedosa!

CESPEDOS. ¿A quién llama? ¿Díe a mí?

GARRAN. Vámonos luego de aquí.

Esta sí es pendencia honrosa,  
que a todos nublado pasa  
y en un momento se quita,  
porque no hay mejor visita  
que la que no se halla en easa.

~~~~~

## ACTO SEGUNDO

(*Sale OCTAVIO con un PICADOR de caballos.*)

PICADOR. Vuesa merced ha comprado  
un caballo, que si fuera  
hecho de plata o de eera  
no fuera más aeabado.

Gran viveza, lindo hollar,  
gallardo y majestuoso,  
lindas manos, euerpo airoso



y propio para ruar.

Lo que es el pellejo y cabos parece, por Dios, hechizo; es buen caballo, castizo de los andaluces bravos.

No tiene más que pedir.

OCTAVIO. Lo de andaluz es fingido.

PICADOR. No, por Dios, porque ha bebido el agua a Guadalquivir.

OCTAVIO. ¿Toda junta?

PICADOR. Parte della: dentro en Córdoba nació.

OCTAVIO. ¿Sabéislo vos?

PICADOR. Sélo yo, que conozeo talle y huella. Será su edad de cinco años; valía en otro poder mil ducados, a tener su dueño mejores paños.

La necesidad al fin, ¿qué cosa habrá que no haga? Que, por Dios, que no se paga la peinada cola y elin.

Fué dallo por una blanca.

OCTAVIO. Ahora bien, yo estoy contento, el caballo es corpulento, buen pecho, mejor el anca.

Muy exento y agraciado, de gentil talle y presencia.

PICADOR. Yo me voy, con su licencia.

OCTAVIO. ¿Vais contento?

PICADOR. Y repagado.

(Vase.)

OCTAVIO. Heme aquí ya caballero a costa de Luciana, que me ha dado esta mañana la llave de su dinero.

Porque anoche, ya después de hablar quien me tiene loco, vine a estar con ella un poco, dadas las dos o las tres,

formando mi natural para templar mi desdén, que cuanto más me hace bien tanto más la quiero mal.

Pero vengo tan contento de ver que Lisarda es enemiga del Marqués y adora mi pensamiento, que a este diablo que aborrezco le alcanzó parte del gusto,

excusándose el disgusto con que a sus ojos me ofrezco.

Que es la mujer más rendida que tiene el mundo mujer, y la que ha venido a ser más fiera y aborrecida.

Tanto pudo un “¡aima mía!” y un decir “por Dios que os quiero”, que me ha hecho caballero todo de golpe en un día.

Que como la calidad estriba ya en los dineros, puédense hacer caballeros con mucha facilidad.

Por dos pajes me ha enviado y un lacayo hombre de bien, porque lo pide también el caballo que he comprado.

Esta es vida, ¡pese a mí!, y no el arcabuz al hombro.

(*Entran un padre de mozos y dos pajes, ALEJO y BELARDO.*)

PADRE. Bien veis que os escojo y nombro entre mil que tengo allí.

Servir, hijos, como buenos para medrar y vivir, que no por sólo servir habéis de venir a menos.

Y más que ahora sois mozos y tenéis brío y calor.

OCTAVIO. ¿Qué buscáis, viejo?

PADRE. Señor, soy el padre de los mozos.

OCTAVIO. Así, pues, llegaos acá, que yo soy quien os llamé.

PADRE. ¿Es Octavio su mercé?

OCTAVIO. Yo soy.

PADRE. Muchachos, llega.

Aquestos, mi señor, son los pajes.

OCTAVIO. ¿Aquéstos?

PADRE. Estos; mire sus talles y gestos.

Alcánccos mi bendición.

OCTAVIO. ¡Bonitos son, en verdad.

PADRE. Aquéste sabe tañer: en verdad que sabe hacer rabiar una vecindad.

Esotro es medio poeta, y por mi fe, mi señor, que da un recado mejor

que la mejor alcahucta.  
 OCTAVIO. ¿Cómo te llamas?  
 BELARDO. Belardo.  
 OCTAVIO. ¿De dónde cres?  
 BELARDO. Montañés.  
 OCTAVIO. ¿Cantas?  
 BELARDO. Sé poner un tres.  
 OCTAVIO. A fe que es pícaro pardo.  
 ¿Cómo te llaman a ti?  
 ALEJO. Alcjico, mi señor.  
 OCTAVIO. ¿Y canta aquéste?  
 PADRE. Mejor  
 que vi después que nació.  
 Y he estado en Italia y Flandes  
 y he visto cantar a mil;  
 pero aquéste es voz gentil  
 y servicio para grandes.  
 (Entran LUCIANA y FELINA.)  
 LUCIANA. Octavio, ¿qué gente es ésta?  
 OCTAVIO. Los pajes son, mi señora.  
 LUCIANA. Qué, ¿recibeslos agora?  
 OCTAVIO. Todo para honrar la fiesta.—  
 Pasad, amigos, delante.  
 LUCIANA. ¡A fe que es bonito aquéste!  
 OCTAVIO. Pasad vos allí.  
 PADRE. ¿Qué tiene éste (1),  
 que es paje de cuero de ante?  
 LUCIANA. ¿De dónde es?  
 OCTAVIO. De hacia León.  
 LUCIANA. Este haréis vuestro alcahute.—  
 ¿Sabrás llevar un billete?  
 ALEJO. Conforme hubiere ocasión.  
 LUCIANA. ¡Ay, qué agudo y qué bellaco!  
 Despedidle, por mi vida,  
 que ya temo yo su herida.  
 OCTAVIO. No temáis brazo tan flaco.  
 Del dueño será la culpa,  
 que el criado está obligado  
 hacer del amo el mandado.  
 LUCIANA. Ya le enseñáis la disculpa.  
 (Da golpes dentro RODRIGO.)  
 RODRIGO. ¡Ah de casa!  
 LUCIANA. Mira allí,  
 Felina, quién nos da voces.  
 FELINA. ¿Quiere echar la puerta a coques?  
 ¿Quién llama? ¿Quién está ahí?  
 RODRIGO. De don Juan está aquí un hombre.

FELINA. De parte, señora, están  
 creo dicen de don Juan.  
 LUCIANA. Entre, no conozco el nombre.  
 (Entra RODRIGO bailando.)  
 RODRIGO. Don Juan, mi señor, me ha dicho  
 que vuesa merced buscaba  
 un lacayo, y me enviaba,  
 porque soy el sobredicho.  
 Tengo aqueste vestidillo  
 y otra muy buena librea;  
 hago a un caballo que lea,  
 y me llamo Rodriguillo.  
 OCTAVIO. Ya tengo lo necesario.—  
 Pasad, buen hombre, adelante.  
 RODRIGO. Taño bonito un discante,  
 y sé danzar el canario,  
 que soy natural de allí  
 y entre el azúcar criado.  
 LUCIANA. Es hombre regocijado  
 cuanto en mi vida lo vi.  
 (No deja RODRIGO de bailar.)  
 OCTAVIO. Estaos un rato quedo.  
 RODRIGO. Pues si camino, en seis días,  
 si con despacho me envías,  
 voy de Madrid a Toledo.  
 PADRE. ¡Por Dios que camina bien!  
 ¡Despeado irá y vendrá!  
 ¿Y en qué siglos llegará  
 desde aquí a Jerusalén  
 para provisión real?  
 RODRIGO. Corriendo término es bueno  
 iré más recio que un trueno.  
 OCTAVIO. Estaos quedo.  
 RODRIGO. Es natural,  
 pues si me dan un montante  
 póngase delante un monte,  
 porque soy un Rodamonte.  
 OCTAVIO. ¡Por Dios que sois importante!  
 Ahora bien, quedaos conmigo,  
 y aquestos pajes también,  
 y haced vos que abajo os den...  
 RODRIGO. Yo voy.  
 OCTAVIO. ¿Dónde vas, Rodrigo?  
 RODRIGO. Abajo, a lo que me mandas.  
 OCTAVIO. Pues aún no os he dicho a qué.  
 RODRIGO. A reconocer pensé  
 la casa, patio y barandas.  
 OCTAVIO. Rodrigo, abajo os darán  
 una llave, y abriréis  
 donde un caballo hallaréis.

(1) Sobra una sílaba a este verso: quizá la palabra "vos".

RODRIGO. ¿Es tordillo o alazán?  
 OCTAVIO. No es, Rodrigo, sino bayo.  
 Ensilladle en un momento.  
 RODRIGO. Iré más recio que el viento.  
 OCTAVIO. ¡Qué extraño hablar de laeayo!  
 PADRE. ¡Ah, hideputa, qué pieza  
 para una buena cantina!  
 OCTAVIO. Luciana hermosa, adivina  
 el aire de la eabeza.  
 LUCIANA. Mejor sé lo que desea:  
 que él mismo querrá tomar,  
 el caballo y pasear  
 donde yo le goce y vea.  
 OCTAVIO. Eso pensaba, por Dios,  
 que estoy de contento loco:  
 pasearme quiero un poco.—  
 Quedaos en casa los dos.  
 Y vos, buen padre, tomad  
 aquestos ocho reales.  
 PADRE. A manos tan liberales  
 déles Dios una ciudad.

(*Vanse.*)

OCTAVIO. Yo voy al patio, señora.  
 LUCIANA. Yo me voy a la ventana.  
 OCTAVIO. Está segura, Luciana,  
 de que mi alma te adora.

(*Vanse, y salen LISARDA y CORCINA, su madre.*)

CORCINA. ¿Qué es aquesto de Octavio?  
 Lisarda, míralo bien;  
 mira que no tengo a bien  
 un hombre pobre tan rico.  
 ¿Qué dineros son aquestos?  
 ¿De qué Indias ha venido?  
 ¿Qué ríca herencia ha tenido?  
 ¿Qué doblonazos son éstos?  
 Un maltrapillo, que ayer  
 para guantes no tenía,  
 ¿treientos te da en un día?  
 un rey no lo puede hacer.  
 Hay aquí para casar  
 una huérfana, Lisarda,  
 hija de un marqués, bastarda,  
 sin más dote ni ajuar.  
 ¡Mira que aqueste mozuelo  
 anda en malas compañías!  
 LISARDA. ¿Por qué ayer no me decías  
 ese tu infame recelo?  
 ¿Querrás decir que es ladrón?  
 CORCINA. Ayer el dorado fuego  
 cerróme los ojos luego

y abrosóme el corazón.  
 LISARDA. Dábasle mil bendiciones,  
 y aun besos.  
 CORCINA. ¿Qué no podrán  
 y a quién no deslumbrarán  
 ciento y cincuenta doblones?  
 Ya tengo un poco más fría  
 la sangre que me abrasaron:  
 cuanto anoche me alegraron  
 me entristecieron de día.  
 porque tengo imaginado  
 no los hurtase este mozo,  
 que nunca se echa en un pozo,  
 Lisarda, lo bien ganado.  
 Dar con liberalidad  
 al príncipe le conviene;  
 mas darlo el que no tiene...  
 LISARDA. Sí tiene.

CORCINA. ¿Qué?  
 LISARDA. Voluntad.  
 ¿Ahora sabes que amor  
 hace al hombre liberal,  
 aunque alguna vez el tal  
 a solas sienta el dolor?  
 CORCINA. Sí; pero míralo bien,  
 que este dinero no puede  
 hacer que contenta quede,  
 por más que sonando estén (1).  
 Y pues que mi corazón  
 no se alegra con dinero,  
 tenlo tú por mal agüero,  
 porque es monstruo y maldición.  
 ¿Trecientos ducados puede  
 darte de una vez Octavio?  
 Hija, no me hagas agravio  
 que por ti afrentada quede.  
 LISARDA. Digo que tienes, señora,  
 en todo mucha razón,  
 y que el amor y afición  
 se me ha vuelto en media hora.  
 ¿Quién me mete a mí con éste  
 sobrándome a mí un Marqués?  
 Tome su hacienda si es  
 para que el honor me cueste;  
 que lo que el Marqués me da

(1) Esta redondilla es defectuosa, como se ve, en cuanto a gramática. Quizá se escribiría así:

Sí; pero míralo bien,  
 que estos dineros no pueden  
 hacer que contentos queden  
 por más que sonando estén.



muy buenas fianzas tiene:  
venga el Marqués como viene,  
la casa esté como está.

Vuélvete lo que te dió  
y empiézalo a despedir.

CORCINA. ¡Qué bien lo sabes decir,  
lograda te vea yo!

Hija, en viniendo que venga  
todo el dinero le doy.

(Entre MAURICIO.)

MAURICIO. Si yo soy ése, aquí estoy.

CORCINA. Mejor yo la salud tenga.  
¿Dineros yo a ti, Mauricio?

MAURICIO. ¿Tan pocos te he dado yo?

CORCINA. Esos el Marqués los dió,  
y el gastarlos es tu oficio.

MAURICIO. Sí; mas dártelos yo a ti  
eso es caso sospechoso.

CORCINA. Y aun quizá más provechoso  
para ti que para mí.

MAURICIO. Pluguiera a Dios que lo fuera  
de aquesa suerte, que vas  
darme la mitad o más  
de la mitra que te espera.

CORCINA. ¿Hase visto el haragán  
con la gracia que saluda?

MAURICIO. ¿Hela de llamar barbuda?

CORCINA. ¡Poco a poco, ganapán!

MAURICIO. Dame una mano y diréte  
una nueva de tu gusto.

CORCINA. ¿Es de dineros?

MAURICIO. Al justo.

CORCINA. ¡No me aprietes, alcahuete!

MAURICIO. ¿Yo te aprieto, guarda damas?

CORCINA. ¿Qué es la nueva, cobertor?

MAURICIO. Todo para tu favor;  
escucha, casa de camas.

Al Marqués han proveído  
y a Italia damos la vuelta.

LISARDA. ¡Ay, Dios, la sangre revuelta  
al corazón me has traído!

CORCINA. ¿Que a Italia se va el Marqués?

MAURICIO. ¡Miren de qué se santigua  
la caraza de estantigua!—

A Italia nos vamos, pues,

Lisarda, el Marqués ha dado  
a tu padre cierto oficio,  
a devoción del servicio  
con que le habéis obligado.

Y es porque vivir sin ti  
es imposible a Fineo.

CORCINA. Que a Italia volvemos creo:  
dulce nueva para mí.

LISARDA. Para mí dura y pesada.

CORCINA. ¡Anda, boba! ¿Por qué quieres  
dejar por dos alfileres  
verte servida y honrada?

¿Es mejor estar aquí  
a mil trabajos sujeta,  
que me ha llamado alcahueta  
casi a mis ojos a mí?

MAURICIO. ¿Quién es un nuevo galán  
que por la calle pasea?

LISARDA. Quien tú quisieres que sea  
de los que vienen y van.

MAURICIO. Y trae un caballo bayo,  
porque al pasar le vi yo,  
y aun creo que se apeó  
con dos pajes y un lacayo;  
y paróse a la ventana,  
dando con la vara en ella.

CORCINA. Pasea cierta doncella,  
hija de una sevillana.

Vete, Mauricio, con Dios,  
y volveráste después,  
no vea este hombre el Marqués.

LISARDA. Echarémosle las dos.

MAURICIO. Voime, que yo también vengo,  
Corcina amiga, de prisa.

(Vase.)

CORCINA. ¡Hija, muerta estoy de risa!  
No por las nuevas que tengo,  
sino porque he columbrado  
que es Octavio el que pasea  
con dos pajes de librea  
y un caballo cnjaezado.

LISARDA. ¡No me digas tal, por Dios!  
¿Cómo a caballo pasea?

CORCINA. Y a nuestra puerta se apea.

LISARDA. Madre, despedilde vos,  
que no tengo corazón  
para serle tan cruel.

CORCINA. No, no, que has de hablar con él  
y has de escuchar su razón.

(Entra OCTAVIO.)

OCTAVIO. Quedaos vosotros ahí  
y esté en aqueste portal  
el caballo.

CORCINA. ¿Hay cosa igual?

LISARDA. ¡No rías, pobre de mí!

OCTAVIO. ¡Oh, mi Corcina, en buen hora  
estos mis ojos te vean,

que sólo este bien descan  
después del que el alma adora!

Luego te hablaré, Lisarda;  
déjame hablar primero  
la madre que tanto quiero,  
que ya, ya sé que me aguarda.

*(Vale a abrazar, y CORCINA detiéndole con las manos.)*

CORCINA. ¡Quisiera con un puñal,  
bellaco desvergonzado,  
fanfarroncillo soldado  
de estos de a medio real!

¿Soy yo mujer por ventura  
tan libre y de ruín sujeto  
que se me pierda el respeto  
con tanta desenvoltura?

¿O es mi hija como quiera  
que os habéis de ir a alabar  
que la habéis de sujetar  
como a una frágil ramera?

¿Tan compradas nos tenéis  
con vuestros negros ducados,  
que apenas están contados  
cuando esclavas nos hacéis?

No debisteis de hacer más  
que anoche salir de aquí  
ir a decir por ahí

lo que no veréis jamás,  
que hasta el niño más pequeño  
que de leche baña el labio  
comienza a decir que Octavio  
es de aquesta casa dueño.

Hasta los propios vecinos  
en una noche, picaño.

¡Mira qué acechar de un año  
para mentir de adivinos!

Tomá vuestro dinerillo  
y andad muy enhoramala.

¡Salid fuera de la sala,  
hablador fanfarroncillo!

*(Echale la bolsa con el dinero en el suelo.)*

OCTAVIO. Algún mal alma, sin duda,  
ha puesto, Corcina, mengua  
en la más honrada lengua  
que tuvo el silencio muda.

¿Cómo tan poca opinión  
tienes de rienda tan fuerte,  
que me has condenado a muerte  
con siniestra información?

¿Quién ha sido el alevoso,  
lisonjero, falso amigo,

que me ha puesto mal contigo,  
de mi bien tan envidioso?

¿Tal había de decir?

¿Tal había de pensar?

LISARDA. Hémosle visto jurar  
a quien no sabe mentir.

Busca allá otros placeres.

Toma tu dinero y vete,  
que éste es muy buen alcahuete  
y hallarás cien mil mujeres.

OCTAVIO. ¿Tú también, Lisarda mía?

¡Declarado está mi mal;

ya me confieso mortal,  
mi esperanza desconfía!

Ninguno habrá que te cuadre  
pues te vuelves contra mí,  
que pensé apelar a ti  
del tribunal de tu madre.

Sin duda estáis conjuradas,  
y apostaré que el Marqués  
ha crecido el interés  
de las prendas recatadas.

¿De cuándo acá los amores  
que ya vendéis y compráis,  
perjuras falsas, tratáis  
como hacienda de menores?

Pero tú, como tutora  
de quien ya tuve por prenda,  
quieres volver por su hacienda.

LISARDA. ¿Esto le escuchas, señora?

Déjalo y vamos de aquí.

CORCINA. ¿Hay desvergüenza cual ésta?

OCTAVIO. ¿Y has sido tú más compuesta,

*(Hacen que se van.)*

vieja cruel, para mí?

¿Vaste? Espera, no te vayas,  
echarme quiero a tus pies.

*(Hace que se echa a sus pies para besarlos.)*

CORCINA. Paso, Octavio, que me ves  
más abajo de las sayas.

Toma tu dinero, amigo.

OCTAVIO. ¡Cruel, espérame, aguarda!

Ruégaselo tú, Lisarda,  
usa de piedad conmigo.

¡Ténme lástima, por Dios,  
y acuérdate de los días  
que en esas entrañas frías  
un alma hicimos los dos!

Que tu madre no se mueva  
de verme aquí de rodillas,  
llenas de agua las mejillas,

no es cosa, Lisarda, nueva.

Pero tú, que muchas veces  
me llamaste amor eterno,  
no llores viéndome tierno,  
monstruo, Lisarda, pareces.

¡Ah, Corcina, que no hicieras,  
viéndome ante tí llorar,  
gemir, arder, suspirar,  
con esas entrañas fieras,

no era mucho, porque en fin,  
lo que en dineros faltaba  
con lágrimas lo compraba,  
precio infame de hombre al fin,

allí era justo reír!

Mas que llore con dineros,  
sin que no la amansen fieros,  
¿cómo se puede sufrir?

CORCINA. ¡Por Dios que tienes razón!

Un poco me ha enternecido  
en verte, Octavio, afligido  
teniendo tanto doblón.

*(Torna a tomar la bolsa.)*

Agradeceldo al padrino.  
Ahora bien; vuélvete a casa,  
que esta bolsa me traspasa  
el pecho pedernalino.

OCTAVIO. ¿Que he hallado en ti piedad  
y que me falte en Lisarda?

LISARDA. A mí, Octavio, me acobarda  
no saber su voluntad.

Y por no dalle disgusto  
no le he rogado por ti;  
quizá que verme tú a mí  
ha negociado tu gusto.

OCTAVIO. Dame a besar esas manos  
que tantos bienes me han hecho.

CORCINA. Por mi vida que sospecho  
que han sido cuentos livianos.

LISARDA. Octavio, vete con Dios  
y vuelve esta noche acá.

OCTAVIO. Dime a qué hora será.

CORCINA. Dende la una a las dos.

OCTAVIO. ¿Al fin quedo recebido?

CORCINA. Sin falta; mas no has de hablar,  
que puede crédito dar  
algún amigo fingido.

OCTAVIO. Plegue a Dios que si tal dije  
ni procuré tus enojos,  
que me falten esos ojos,  
que son la luz que me rige.

CORCINA. ¿Y creeréle el juramento?

LISARDA. Como a ti te pareciere.

OCTAVIO. Lisarda, quien esto viere  
juzgará tu pensamiento.

CORCINA. Vete, amigo Octavio, y ven  
a las horas que te digo (1).

OCTAVIO. ¿Que te soy tan enemigo  
que ya no me quieres bien?

¡Quíteme el cielo la vida  
y máteme a aquella puerta!

¡Ah, dura enemiga cierta!

¡Ah, falsa amiga fingida!

*(Vase.)*

CORCINA. ¿No ves qué rendido está?

LISARDA. ¡Lástima le tengo, a fe,  
que le quise bien y sé  
que por mí sin alma va!

Pero dime, madre mía:

¿cómo tomaste el dinero?

CORCINA. Ablandóme el pecho fiero  
su enternecida porfía.

Y si va a decir verdad,  
no es mucho me enterneciera,  
porque temí que le oyera  
sus voces la vecindad.

Lisardica, éste es un loco,  
y porque no nos afrente  
echándole de repente  
nos hemos de ir poco a poco.

Yo haré un cierto conjurillo  
con que una sombra levante  
que de la calle le espante  
con revolver mi librillo.

No sabes qué quiero hacer,  
pero no te digo más.

Ven, que dentro lo sabrás.

LISARDA. Ya te comienzo a temer.

*(Vanse; sale el MARQUÉS y MAURICIO.)*

MARQUÉS. ¿Que tú, en efeto, le viste  
entrar dentro del zaguán?

MAURICIO. Y más bizarro y galán  
que cuando a Nápoles fuiste  
entró, y dejó su caballo,  
pajes y lacayo fuera.

MARQUÉS. ¡Mi estado por verle diera  
y la vida por matallo!

Mas ¿de quién supiste o cómo  
que a ese Octavio Luciana (2)

(1) En el original, con error, dice "he dicho".

(2) En el original dice, por errata, "que ese Octavio a Luciana".



hace el gasto y engalana?  
 MAURICIO. De un viejo su mayordomo,  
 que hoy ha llorado conmigo  
 la deshonra desta dama,  
 que primo hermano le llama  
 y lo tiene por amigo.

MARQUÉS. Tan gran lástima le tengo,  
 no de que gaste su hacienda,  
 que al mismo daño sin rienda  
 como tú lo sabes vengo;  
 mas de que esté tan prendada  
 que sin mirarlo, resuelta,  
 le dé el alma a rienda suelta  
 de necia y de confiada.  
 Pero yo sé lo que haré,  
 aunque confuso me hallo.  
 Hazme ensillar un caballo;  
 pero no, vamos a pie.

(*Vanse, y salen LUCIANA y TANCREDO.*)

LUCIANA. Crearé, Tancredo amigo,  
 que el hielo puede abrasar  
 y que el fuego puede helar,  
 pues tratas de amor conmigo.  
 ¿Cómo respeto tan poco  
 cabe en hombre tan hidalgo?

TANCREDO. En eso verás que salgo  
 de mí mismo y que estoy loco.  
 Pues no es menos que locura  
 sacar, señora, mi mal  
 al divino tribunal  
 de tu valor y hermosura.

Mi atrevimiento perdona;  
 y pues sabes qué es amor,  
 tan bien como yo y mejor,  
 mi amoroso celo abona.

LUCIANA. ¿No parara tu dislate  
 en el primero?: no más,  
 pues enojando me vas  
 de uno en otro disparate.

Tú sabes que quiero bien.

TANCREDO. Y a un hombre que te aborrece,  
 que justamente merece,  
 mejor que yo, tu desdén.

El príncipe Cesarino  
 y yo con él juntamente  
 le habemos visto patente  
 su amoroso desatino.

Porque en una casa entró,  
 que vergüenza he de decilla,  
 de una cierta afeitadilla  
 que en Nápoles conoció.

Y estando con ella hablando  
 mil lástimas le decía  
 que una reja enternecía,  
 su corazón obligando.

No digo que tú le quieras  
 con mal pensamiento a Octavio,  
 mas que tan notable agravio  
 no lo sufras, aunque mueras.

Mira, señora, que van  
 tus cosas muy al perdido:  
 mejor soy para marido  
 que Octavio para galán.

LUCIANA. Cierra ese labio, no hables.  
 ¿Tal echaste por la boca?

TANCREDO. No fué palabra tan loca  
 hablando en casos notables.

(*Vase.*)

LUCIANA. Anda, ve, desatinado,  
 que yo haré al Príncipe a fe  
 que tal galardón te dé  
 como tú a su honor has dado.  
 ¡Sabe que soy tan cruel  
 que a quien le manda desprecio,  
 y dase a entender el necio  
 que puedo estimarle a él!  
 ¡Qué precisa necedad!  
 Mas, ¡ay de mí, sola quedo!  
 ¿Si me habrá dicho Tancredo  
 la mentira o la verdad?

(*Entran OCTAVIO, ALEJO y BELARDO.*)

¿Qué es esto, triste de mí?

OCTAVIO. He pensado, Luciana,  
 que estabas a la ventana  
 y he ruado por ahí.

¿Qué haces aquí tan triste?

LUCIANA. Ninguna otra cosa más  
 que esperarte.

OCTAVIO. Triste estás.

LUCIANA. Por tu vida, ¿en qué lo viste?

OCTAVIO. En esos hermosos ojos,  
 en cierto modo suaves,  
 con una modestia graves  
 que me quitan mil enojos.

LUCIANA. ¡Bravo y fácil argumento!  
 Por no desmentirte callo.  
 ¿Cómo te salió el caballo?

OCTAVIO. ¡Por tu vida, a mi contento!

Gana traigo de cenar.

LUCIANA. Pues haz, mi señor, que baje  
 a dar el aviso un paje.

OCTAVIO. ¡Hola!, bajad a avisar  
que pongan luego la mesa.

Ve tú, Belardo, y tú pide  
una guitarra y despide  
esa garganta represa,  
que ya te deseo oír.

ALEJO. Iré a poner una cuerda.

OCTAVIO. ¿De qué estáis, mi bien, tan cuerda?

¿Acuérdaste de morir?

LUCIANA. De puro contenta estoy,

Octavio querido, así.

¿Que en fin me quieres a mí?

OCTAVIO. De nuevo el alma te doy.

Del tiempo que he sido ingrato  
esta penitencia llevo,  
que es haer libro de nuevo  
dando fianzas del trato.

LUCIANA. ¡Ay, Dios, y qué fácilmente  
puedes, Octavio, engañarme,  
pues fingiendo puedes darme  
paga a mi amor suficiente!

OCTAVIO. ¿Qué cadena de oro es ésa?

¡Por mi vida que es gallarda!

¡Ay, cuello de mi Lisarda!

LUCIANA. Ciento y veinte esudos pesa.

Toma, y eñe con un nudo  
el cuello, que ya humillaste.

OCTAVIO. Tal peso de oro le echaste,  
que sustentarla no pudo.

¡Beso mil veces tus pies,  
mi vida, por tu favor!

LUCIANA. Sólo servirte, señor,  
es mi cambio e interés.

(Entra FELINA.)

FELINA. El Príncipe viene aquí.

LUCIANA. ¡Ay, Octavio, allí te esconde!

OCTAVIO. ¿Adónde diees?

LUCIANA. ¿Adónde?

Muéstrale, Felina, allí.

(Vase.)

LUCIANA. ¡Siempre está sin sillas esto!

PRÍNCIPE. No quiero silla, señora,  
que vengo a hablaros ahora  
menos despacio y compuesto.

El soldado, vuestro primo,  
que en vuestra casa tenéis,  
de quien lástima hacéis,  
y por quien yo me lastimo,  
es menester que mañana,  
antes que amanezca el día,

partiendo a su compañía  
deje la vuestra, Luciana.

Porque anoche eiertó amigo  
a una ealle me llevó.

donde en una easa entró  
este soldado que digo.

Y si no fuera por mí  
allí le hieieran pedazos,  
y aun por ventura en los brazos  
donde durmiendo le vi.

Que es un hombre poderoso  
a quien se ha hecho una ofensa,  
de la cual vengarse piensa  
como otro Orlando furioso.

Y por lo mucho que os quiero  
vengo a avisar que se parta,

que yo le daré una carta  
y el necesario dinero,

y no le amanezca el día  
dentro de aqueste lugar.

A esto sólo os vengo a hablar.

LUCIANA. Vaya vuesa señoría  
con Dios.

PRÍNCIPE. Y con El, señora,  
quedad, que tengo que hacer.  
Esto le haréis saber.

LUCIANA. Esehcad...

PRÍNCIPE. Después, no ahora.

(Vase el PRÍNCIPE y sale OCTAVIO.)

LUCIANA. ¡Ay, triste de mí! ¿Qué es esto?

Octavio, ¿es esto verdad?

OCTAVIO. ¿Tú no ves que es falsedad  
que este celoso ha compuesto?

¡No está mala la invención!

LUCIANA. ¿Luego esto de esta mujer  
mentira debe de ser?

OCTAVIO. Y fuego del corazón.

¡No ha sido mala la treta  
para echarme del lugar!

LUCIANA. ¡Estarás a su pesar,  
y yo a tu gusto sujeta!

¿Que no entiendan estos necios,  
viendo que en mi alma estás,  
que avivan el fuego más  
con haer de ti desprecios?

OCTAVIO. ¡Dame esas manos hermosas,  
en cuyas piadosas palmas  
pondré mi alma y mil almas!

¡Qué piedras tan ponzoñosas!

Tus anillos me han rompido,  
Luciana, el dedo pequeño.

LUCIANA. En pago serás tú el dueño  
de haberte el dedo ofendido.

Toma tú aqueste diamante,  
que cien escudos costó,  
y el rubí no he visto yo  
fineza y luz semejante.

Esta esmeralda era buena,  
pero ya de balde van,  
y este amatista es galán...

OCTAVIO. Basta, mi bien, la cadena,  
que es prisión a toda ley.

LUCIANA. ¿De lo que te doy te quejas?

OCTAVIO. ¡Hecho un príncipe me dejas!

LUCIANA. ¡Yo quisiera, Octavio, un rey!

(Sale FELINA.)

FELINA. A la puerta ahora llega,  
señora, el marqués Fineo,  
que trae de hablarte deseo  
y por licencia te ruega.

LUCIANA. ¡Triste de mí, no es posible  
negar al Marqués la puerta!

OCTAVIO. Parece que se conierta  
con el mayor imposible.  
¿Conoces este Marqués?

LUCIANA. Ni aun en mi vida le vi.

OCTAVIO. ¿Qué puede quererte a ti?

FELINA. Ya viene.

LUCIANA. Escóndete, pues.

(Escóndese OCTAVIO y entran el MARQUÉS y  
MAURICIO.)

MARQUÉS. Aunque nunca he conocido  
ni a vuesa merced tratado,  
me debe un grande cuidado  
que en sus cosas he tenido.

¿De vuesa merced es primo  
Octavio, un cierto soldado?

LUCIANA. Sí, señor, y ese cuidado  
como al fin vuestro lo estimo.

Pero, ¿qué tenéis con él?

MARQUÉS. Yo quiero en este lugar,  
que claro os tengo de hablar,  
una mujer que quiere él.

Da en tenerle voluntad  
con más atrevido efeto  
de lo que pide el respeto  
de mi mucha calidad.

Porque anoche cierto amigo  
me detuvo que no entrase  
en su casa y la bañase  
en sangre de mi enemigo.

Finalmente, quiero bien,  
y soy el marqués Fineo,  
y ha seis años que me empleo  
en conquistar un desdén.

¡Y vive Dios de matalle  
dentro en vuestra propia casa  
si más por la calle pasa  
ni aun se le acuerda miralle!

Con tanto enojo he venido,  
que luego quiero volverme,  
para no descomponerme  
más de lo que aquí lo he sido,  
que no es de mi condición.

Dadme, señora, licencia  
y de mi poca paciencia  
y atrevimiento, perdón.

LUCIANA. En nada, señor, erráis,  
y en lo demás habrá enmienda  
para que más no os ofenda.

MARQUÉS. Muy discretamente habláis.  
Vamos, Mauricio, de aquí.

(Vase el MARQUÉS, y quedan MAURICIO y LUCIANA.)

MAURICIO. Vamos, señor, en buen hora.—  
Mirad vuestro honor, señora,  
y Octavio mire por sí;  
que ya se murmura que es,  
no primo, mas vuestro amigo,  
y esto a vos sola lo digo,  
aunque lo callo al Marqués.

LUCIANA. ¿Hay desvergüenza cual ésta?  
¡Bellaco, infame, ruín,  
quebraréis el chapín  
en boca tan descompuesta!

(Toma el chapín, y vale a dar con él.)

MAURICIO. ¡Téngase, que le pondré  
toda la mano en la cara!

LUCIANA. ¿Hay desvergüenza más clara?

FELINA. ¡Ah, bellaco!

MAURICIO. ¡Téngase!

(Sale OCTAVIO con una daga y mávalo.)

OCTAVIO. ¡Desta manera se paga  
una desvergüenza igual!

MAURICIO. ¡A traición muero!

OCTAVIO. No hay tal,  
la culpa tuvo la daga.

Que desvergüenza como ésta  
sólo este castigo pide  
y con la muerte se mide,  
que no con otra respuesta.



LUCIANA. ¿Qué has hecho, pobre de mí?

OCTAVIO. He dado muerte a un villano  
que puso en tu rostro mano.

LUCIANA. ¡Antes me la has dado a mí!  
¡Huye, Octavio, presto, corre  
y pon tu cuerpo en sagrado!

OCTAVIO. Si no está San Juan cerrado  
subirme quiero a la torre.

(Vase.)

LUCIANA. ¡Ay de mí, triste cuitada!  
Cierra, Felina, la puerta,  
no haya en casa cosa abierta.

FELINA. ¡De miedo voy desmayada!

(Vase FELINA y entran ALEJO, BELARDO y RODRIGU-  
GUILLO.)

ALEJO. ¿Qué ha sido aquesto, señora?

LUCIANA. ¿Cómo no lo veis delante?

BELARDO. ¿Hay desgracia semejante?

RODRIGO. Por cierto que expiró ahora.

LUCIANA. Amigos, en vuestras manos  
está todo mi remedio

RODRIGO. Pondremos un monte en medio.  
Soniche la boca, hermanos,  
y a cuanto pregunten, nones;  
que ya yo en potro me he visto,  
pero salí, ¡vive Cristo!,  
bien de entre cuatro sayones.

Señor músico, no cante,  
que le darán un jubón.

LUCIANA. ¡Rodrigo, por la Pasión  
de Dios, le quita delante!

¡Sacádmele de la sala!

RODRIGO. Ten, Alejo, y tú al través.

ALEJO. ¡No se fuera él por sus pies  
muy mucho de enhoramala!

LUCIANA. Sacadle del aposento  
sin ruido y sin alboroto.

RODRIGO. Echarémosle en un pozo.

LUCIANA. ¡Cómo sin alma me siento!

(Llevan el cuerpo los tres, y queda sola LUCIANA.)

¡Ah, mal haya la venida  
deste Marqués a mi casa,  
pues como fuego me abrasa  
gusto, honor, hacienda y vida!

¿Hay hoy desgracia mayor?  
¿Puede haber mayor agravio?  
¡No sólo he perdido a Octavio,  
mas he perdido mi honor!

Porque no será posible

callarse aquesta maldad,  
pues al tiempo y la verdad  
es el secreto imposible.

(Entra FELINA.)

FELINA. ¡Ay, desdichada de mí!

¡Señora, qué mal suceso,  
que llevan a Octavio preso!

LUCIANA. ¿Vístelo tú?

FELINA. Yo lo vi,  
que corriendo por la calle  
la Justicia lo detuvo,  
y él mismo la culpa tuvo  
en turbarse al preguntalle.

Un alguacil va con él  
y otro a nuestra casa viene,  
y el escribano, que tiene  
apercebido el papel.

(Entran ESCRIBANO, ALGUACIL y CORCHETES, RODRI-  
GO, ALEJO y BELARDO.)

ALGUACIL. ¿Adonde tal maldad pasa  
quieren defender la puerta?

LUCIANA. ¿No estaba, señor, abierta?

ALGUACIL. ¿Sois el dueño desta casa?

LUCIANA. Sí, señor.

ALGUACIL. ¿Dónde tenéis  
el hombre que aquí se ha muerto,  
que yo sé que está encubierto?  
Decildo, no lo neguéis.—

Tomad, señor, juramento  
luego a ese lacayo.

ESCRIBAN. Jura  
que dirás la verdad pura.

RODRIGO. Por Dios, señor, que no miento.

ESCRIBAN. Hasta ahora no, borracho,  
que no has dicho cosa alguna.

RODRIGO. ¿No diré verdad ninguna?

ESCRIBAN. ¿De dónde eres?

RODRIGO. Soy gabacho.

ESCRIBAN. ¿Cómo te llamas?

RODRIGO. Rodrigo.

ESCRIBAN. ¿Qué edad?

RODRIGO. Trece años o treinta,  
que nunca he tenido cuenta.

ESCRIBAN. Poco más o menos, digo.

RODRIGO. Ciento, poco más o menos.

ESCRIBAN. Azotes habían de ser  
para hacerte responder.

RODRIGO. No en mis carnes a lo menos.

ESCRIBAN. ¿Qué edad tienes?

RODRIGO. A eso vengo.

¿Mas no ve que es necesidad  
que me pregunte la edad  
y no los años que tengo?

Si los años que he vivido  
se pasaron hasta ayer,  
¿cómo los puedo tener,  
pues ha tanto que se han ido?

Ponga que no tengo años.

ESCRIBAN. Este lacayo es un cesto.

Di, pues, lo que sabes desto.

RODRIGO. ¿Visancedes son extraños!

¿En qué potro me ponían,  
qué jarros de agua me daban,  
qué cordeles me apretaban  
o qué huesos me crujían  
para que diga verdad?

Antes porque no me afrenten,  
digo que vucedes mienten,  
y esto con buena amistad.

ALGUACIL. ¡Bellaco desvergonzado!—

¡Asilde ahí!

RODRIGO. Bien estoy.

¿Para qué, si no me voy?

¿No ven que soy hombre honrado?

ALGUACIL. Esto se ha de hacer así.

Asid también esos mozos,  
que dentro, en dos calabozos,  
dirán la verdad allí.

Y vamos, señor, adentro,  
porque he de reconocer  
la casa y he de prender  
cuanta gente hubiere dentro.

LUCIANA. Haced, señor, vuestro gusto.

¿Matáronle mis mujeres?

RODRIGO. Mi señora, no te alteres  
por este poco disgusto,

que no te harán agravio  
estos señores ahora  
porque en tu casa, señora,  
matasc aquel hombre Octavio.

ALGUACIL. Escribánc estas razones.

RODRIGO. Firme estoy como un diamante:  
no hay pares.

ALGUACIL. Pasa adelante.

RODRIGO. Nones digo, digo nones.

(Vanse.)

~~~~~

## ACTO TERCERO

(Entran CORCINA y LISARDA.)

LISARDA. ¡Que ya han sentenciado a Octa-  
madre mía! [vio,

CORCINA. ¿Qué sentencia?

¡Por mi vida que es conciencia  
y que han hecho al muerto agravio!

Pero ¿adónde ha de tener  
Octavio tres mil ducados?

LISARDA. Del caballo y los criados,  
que eso y más pueden valer.

CORCINA. Valdrán mucha desventura  
cuanto más, que aqueso y más  
la cárcel de Satanás  
gasta y consume la cura.

¿Hay, hija, tan buena esponja  
como escribano y letrado,  
y el procurador cansado,  
más pedigüeño que monja?

Que en porteros y grillcros,  
tan malos de contentarse,  
suele una cárcel tragarse  
un mundo vuelto en dineros.

LISARDA. ¿Y qué pena le darán,  
pues que paga no se espera?

CORCINA. Echarlo en una galera.

LISARDA. ¿A qué, madre, a capitán?

CORCINA. ¡Hazte boba, por tu vida!  
A que reme más que tres  
y un cómitre calabrés  
que las espaldas le mida.

LISARDA. ¡Jesús! ¿Qué le han de azotar?

CORCINA. ¡No, sino hacelle regalos,  
darle con azote y palos  
hasta hacerle reventar!

LISARDA. ¡Lastímame su tormento  
y basta que le he querido,  
porque es hombre bien nacido  
y no de mal pensamiento!

Y el haber muerto a Mauricio  
en tan honrada ocasión  
es digna satisfacción  
mayormente de su oficio,  
que un soldado no ha de ver  
tratar mal ninguna dama,  
antes su honra y su fama  
debe en razón defender.

CORCINA. Huélgome que estás trocada  
tanto, que te burlas dél.

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO. Estarás, Lisarda cruel,

de mis trabajos vengada.

Vesme aquí, que en este punto salgo de la cárcel fiera, difunto el color de fuera, mas no el del alma difunto.

Que te quiero más que a mí, aunque tan ingratamente no hayas tenido, inclemente, memoria alguna de mí.

LISARDA. ¡Por mi vida que me asombra!

¡Ay, Dios! Octavio, ¿eres tú?

CORCINA. ¡Hazle mil cruces! ¡Jesú!

¿Eres Octavio o su sombra?

¿No estabas ahora preso por un millón de ducados?

OCTAVIO. Ya todos están pagados y olvidado mi proceso.

CORCINA. ¿Quién te dió tanto dinero?

OCTAVIO. Un pariente me lo dió.

CORCINA. ¡Pariente jurara yo que es en el grado tercero!

¿Que tanto habrá que saliste?

OCTAVIO. En aqueste punto veo la luz y el sol que deseo, aunque ya nublado y triste.

Fuera bien haberme escrito, Lisarda ingrata, un papel, con un cumplimento en él y el nombre en el sobre escrito.

Sino que me han dicho mil que te holgabas de mi mal. ¡Tú sola juez criminal y todo el pueblo civil!

Y decías: "Ya deseo ver aqueste hombre tan malo de un cordel asido a un palo, gracias al marqués Fineo", que a su pesar se bajó la parte, y tengo pagados en oro tres mil ducados, de que admirado quedó.

No piense que porque salgo de prisión de más de un mes valgo menos que el Marqués, que más que lo que antes valgo.

Bien lo tendrás entendido en que trecientos ducados que te di en oro contados jamás te los he pedido.

Que antes estoy para darte muchos más, que más te debo, pues pienso agora de nuevo

con más veras obligarte.

CORCINA. Tu buena fortuna, Octavio, en el alma nos alegra, mas la nuestra, como negra, aún no ha perdido el resabio.

Goza aquesta libertad, que siempre el ciclo te guarde, pero ya ha llegado tarde tu furiosa voluntad.

El Marqués ha recibido a mi marido en su casa, y ahora a Nápoles pasa a lo que le han proveído.

Ya estamos para partir, porque entiendo que ha de ser mañana al amanecer.

OCTAVIO. ¡Basta, habréme de morir!

Ya la muerte se me ordena con la súbita ocasión;

¡mi pena y persecución me tienen puesto en cadena!

¿Es posible que esto ha habido en el tiempo que he faltado?

¿Tanto el Marqués te ha obligado, tanto el Marqués ha podido, que al fin te vuelves con él?

LISARDA. Con él me vuelvo, ¿qué quieres?

OCTAVIO. ¡Oh, bendígaos Dios, mujeres!

CORCINA. ¡Y el arcángel San Miguel!

Pues bien: ¿qué quieres ahora?

OCTAVIO. Estorbarte que no vayas, y justas lástimas hayas del corazón que te adora.

¿Adónde te quieres ir?

¿A morir en tierra extraña?

¿Tan mal te pareec España?

LISARDA. Estamos para partir;

Octavio, vete con Dios, que yo estoy determinada.

CORCINA. Y yo en el sillón sentada para picar a las dos.

OCTAVIO. ¡Estoy por desesperarme, estoy por sacar la espada, y por su punta afilada pecho y vida atravesarme!

LISARDA. ¡Jesús, que te harás mal!

CORCINA. Amigo, fuera de casa, que ya sabe lo que pasa con el Audiencia Real.

Si viene mal enseñado, mátese allá, ¡por su vida!

OCTAVIO. ¡Paga es ésta merecida



deste mi ingrato pecado!

Pero piénsome vengar  
en que si te piensas ir  
también te quiero seguir  
y no te pienso dejar,  
que andaré en tu busca el mundo  
por do quiera que le pases,  
aunque, Lisarda, bajases  
a las penas del profundo.

(Vase.)

CORCINA. Determinado se va  
para caminar mañana.

LISARDA. ¿Tanto puede esta Luciana?

CORCINA. Tres mil ducados le da.

LISARDA. Debe de ser su marido.

CORCINA. Como es mujer principal  
tendrá encubierto su mal,  
que el mayor público ha sido.

No sé, Lisarda; anda acá,  
escribirás al Marqués,  
por ver si acabado es  
el vestido que te da.

LISARDA. Lo demás es desatino:  
eso, madre, pienso hacer.

CORCINA. ¡Qué bien has de parecer  
con vestido de camino!

(Vanse, y salen LUCIANA, el PRÍNCIPE y TANCREDO.)

PRÍNCIPE. Ya estáis, Luciana, segura.  
Como habéis con mi favor  
salido con vuestro honor  
de tan pública aventura,  
es menester que tapéis  
la boca a todo el lugar,  
y esto lo habéis de acabar  
con que casada quedéis;  
que si Octavio os ha gastado  
vuestro honor y vuestra hacienda,  
no puede haber otra enmienda  
a tan enorme pecado.

Casaos con Octavio luego,  
que en mí tendréis el padrino;  
venced vuestro desatino,  
pues que yo venzo mi fuego.

Que saldréis de tanta mengua  
si con Octavio os casáis,  
pues a todo el mundo echáis  
una mordaza en la lengua.

LUCIANA. Id, mi señor, en buen hora,  
y fiad de que no pase  
mañana de que me case.

PRÍNCIPE. Yo fío de vos, señora.

(Vase.)

LUCIANA. Por obedeceros muero;  
harélo sin duda alguna.

TANCREDO. ¡Hoy de mi buena fortuna  
para siempre desespero!  
¿Que te casas, Luciana?  
¿Qué he de hacer sino sentir  
tantos años de sufrir  
tras una esperanza vana?

(Vase.)

LUCIANA. Mas si fuese tanto mal  
para dar en tanto bien  
seguridad del desdén  
y vida al ansia mortal,  
gracias a Dios que ya puedo,  
casándome con mi gloria,  
salir con triunfo y vitoria  
de todo el poder de un miedo.  
Que el pariente más cercano,  
viendo su honor remediar,  
las dos manos me ha de dar  
cuando le pida una mano.

(Entra OCTAVIO y ella lo va a abrazar y él la detiene.)

OCTAVIO. No vengo a pedir tus brazos,  
ni a que te huelgues de verme,  
ni menos a enternecerme  
con desalados abrazos.

Ni vengo a que el parabién  
me des de mi libertad,  
ni a que me hagas amistad,  
ni a que más me hagas bien.

Sino sólo a despedirme,  
ingrato como otro Eneas,  
porque adonde no me veas  
tengo para siempre de irme.

La causa no la preguntes,  
aunque por mis desvarios  
del mundo todos los ríos  
dentro de tu pecho juntes.

No comiences a llorar;  
haz cuenta que Octavio es muerto:  
ya soy loco descubierto,  
que no es posible callar.

Luciana, si siempre has sido  
tratada con tal desdén,  
fué porque he querido bien  
lo que me tiene perdido:  
que es una ingrata mujer

que se ha vengado de mí,  
a quien tu hacienda le di,  
que hechizos deben de ser.

Váseme a Italia, y no puedo  
dejar de seguilla, ¡ay, triste!,  
que lleva lo que me diste  
y sin mí y sin ella quedo.

Aquesta es la libertad  
que saco de la prisión.

LUCIANA. Sosiega tu corazón  
y amansa tu voluntad.

Si la has querido y la has dado,  
déjala, pues que te deja,  
porque el mal, cuando se aleja  
deja a su dueño olvidado.

Misterios del cielo son  
que se vaya ese enemigo,  
porque te cases conmigo  
sin género de pasión.

Yo estoy ya determinada;  
si se te va esa mujer,  
en mí la puedes tener  
menos libre y más honrada.

OCTAVIO. Dame, mi Octavio, esa mano.  
Pluguiera a Dios que pudiera,  
que sin duda lo hiciera;  
mas es mi remedio en vano.

Luciana, yo he de seguir  
ésta que matarme quiere  
por donde quiera que fuere,  
hasta acabar de morir.

Quedarme aquí no lo trates;  
por eso presta paciencia.

LUCIANA. ¡De tanto amor e insolencia  
pido que en pago me mates!

¿Perdida quieres dejarme  
viendo que lo estoy por ti?  
Octavio, ¿en qué te ofendí?  
¿Sin culpa quieres matarme?

OCTAVIO. Luciana, aquesto es hablar,  
como dicen, en desierto,  
aplicar remedio al muerto  
y en el arena sembrar.

Ya yo estoy determinado;  
no quiero tu casamiento,  
ni pensar que habrá contento  
en hombre desesperado.

Conozco mi ingratitud,  
pero es tarde y sin provecho,  
que tengo abrasado el pecho  
de una rabiosa inquietud.

LUCIANA. ¿Eres tigre hircano acaso?

¿Dióte leche alguna osa?  
¿Diéronte el alma furiosa  
las entrañas del Caucasos?

Octavio dulce, ¿qué es esto?  
¿Qué es aquesto, Octavio amado?  
¿Qué falso amor te ha engañado?  
¿Qué hechizo te ha descompuesto?

Vuelve, mi bien, por mi honra  
como yo vuelvo por ti:  
hacienda y alma te di,  
no me des muerte y deshonor.

De rodillas te suplico  
vuelvas, Octavio, por ella,  
pues que le debes a ella  
todo este mal que publico.

Yo te serviré de esclava,  
y aunque sea tu mujer  
este nombre he de tener.

¡Hazlo, por tu vida, acaba!

Mira, que si eres cruel  
y, como dices, te vas,  
antes que salgas verás  
que doy el cuello a un cordel.

¡Ah, señor mío! ¡Ah, Octavio!  
¿Qué hombre que aquesto viera,  
cuando nada me debiera,  
me hiciera tal agravio?

¿Por qué buscas quien te deja  
y huyes de quien te llama?

OCTAVIO. Por el viento se derrama,  
Luciana amiga, tu queja.

LUCIANA. Echarme a tus plantas fieras  
(*Echase a sus pies.*)

es lo que me ha de servir;  
los pies te tengo de asir,  
¡ya no te irás aunque quieras!

OCTAVIO. No hagas eso, que me enojas,  
que por esa resistencia  
me habré de ir sin tu licencia.

(*Vanse.*)

LUCIANA. ¿Como a mujer vil me arrojas?  
¿Que te vas? ¿Que, en fin, te fuis.  
¿Que ya pasaste la puerta? [tc?  
¿Que la hallaste, Octavio, abierta?  
¿Que por la puerta saliste?  
Puerta, ¡que no te cerraras  
cuando viste que salía  
quien cerró de mi alegría  
las que me cuestan tan caras!

¡Puerta de infierno te nombres,  
tal nombre te pongo yo,

por donde el hombre salió  
más ingrato de los hombres!

¡Cual otra Dido he quedado,  
del huésped cruel burlada,  
tan perdida y deshonrada  
y él tan alegre y honrado!

Pues brazo tendré tan fuerte  
que a su pena iguale y mida,  
y quien la imitó en la vida  
la ha de imitar en la muerte.

Quiero sacar de este estuche  
este cuchillo pequeño,  
porque aquel ingrato dueño  
la postrera voz escuche.

*(Vase a dar con el cuchillo y entra TANCREDO y detiéndola.)*

TANCREDO. Sin duda que se da muerte.  
Quiero detenerla el brazo.

LUCIANA. ¡Muerte, pues éste es tu abrazo,  
dámelo apretado y fuerte!

TANCREDO. No es sino abrazo de vida.  
Desecha, señora, el miedo,  
que yo soy.

LUCIANA. ¿Quién es?

TANCREDO. Tancredo.

LUCIANA. ¡Ay, Tancredo, estoy perdida!

Llegas a tal ocasión,  
que vida y alma te debo.

TANCREDO. Esta te rindo de nuevo  
por la misma obligación.

¿Que te querías matar?

¿Hay semejante locura?

LUCIANA. Semejante desventura  
puedes decir, y acertar.

TANCREDO. ¿Anda Octavio en estas obras?

LUCIANA. Octavio la culpa ha sido.

TANCREDO. ¿No quiere ser tu marido?

LUCIANA. Hanle enfadado mis obras.

¡Vase el cruel tras su dama  
y aquí llorando me deja,  
sin honra y con mucha queja,  
sin vida y muerta mi fama!

TANCREDO. Hubiérasme tú creído,  
sin aguardar el ruin trato  
de ese mal nacido ingrato,  
y fuera yo tu marido.

¡Ay, mi Luciana!, ¿qué esperas  
de hombre tan desleal?

Venganza es aquesta igual  
de ingratitudes tan fieras.

Yo sé muy bien del favor

del príncipe Cesarino,  
que alabará el buen camino  
de dar remedio a tu honor,  
y que pondrá vida y honra  
por tu amparo y tu defensa.  
Venga, mi bien, esta ofensa;  
vuelve y mira por tu honra.

¿Tan mal estarás casada  
con un secretario hidalgo  
del Príncipe, por quien valgo,  
ya que por mis prendas nada?  
¿Qué respondes? ¿En qué piensas?

LUCIANA. En que soy más que dichosa  
en ser, Tancredo, tu esposa  
y satisfacer mi ofensa.

Dame callando la mano  
y no alborotes la casa.

Di al Príncipe lo que pasa.

TANCREDO. ¡Vesla aquí, oh bien soberano!

LUCIANA. Entremos en mi aposento  
sin hacer ningún rumor,  
y trataremos mejor  
el secreto casamiento.

TANCREDO. Vamos, que sólo ya puedo  
decir que el tiempo es gran sabio.

LUCIANA. Vengarme pienso de Octavio.

TANCREDO. ¡Oh, venturoso Tancredo!

*(Vanse, y entran el MARQUÉS, CORSINA y LISARDA, TREBACIO, CLAUDIO, criados, de camino.)*

MARQUÉS. ¿Al fin te ha cansado el coche?

LISARDA. Cuanto me puede cansar:  
sólo lo pienso llevar  
para caminar de noche.

Pero, Marqués, por tu vida,  
que de día voy muy bien  
en aqueste palafrén,  
y mejor entretenida,  
que traigo el cuerpo cansado.

MARQUÉS. Salir de casa, mi amor,  
es la jornada mayor,  
de más trabajo y cuidado.—

Pero dime, madre amada:  
¿Cómo vienes? ¿Cómo vas?

CORSINA. Con el favor que me das,  
contenta, alegre y honrada.

¡Muera yo en Italia bella,  
tierra descansada y ancha,  
que el corazón se me ensancha  
sólo en pensar que he de vella!

Huya de España y sus daños,  
que por un poco de hablar



está cerca de obispar  
una mujer de mis años.

Pues ya la renta que os deben  
[no] es de vacas o tocinos,  
sino nabos y pepinos,  
que como granizo llueven.

Véame yo en el país  
más bello que tiene el suelo,  
no quiero estar con recelo  
de una mitra por un tris.

Llamo a la olla piñata,  
y a mi comadre fratela,  
y a la ternera vitela,  
y llamo argén a la plata.

No quiero más tabahola,  
que me he escapado de dos:  
¡quedaos para siempre adiós,  
delicadeza española!

MARQUÉS. ¡Qué gran donaire has tenido!  
Contigo quiero vivir  
porque me hagas de reír.

CORCINA. En cuanto he dicho he mentido.

CLAUDIO. No miente la buena vieja,  
que en Toledo yo la vi  
con una mitra, y le di  
un chirlo de oreja a oreja.  
¿Acuérdate tú, Trebacio?

TREBACIO. Y como en él me recreo,  
parece que ahora veo  
aquel pepinote lacio.

LISARDA. Calle, madre, por su vida,  
no piense acaso el Marqués  
que aqueso de veras es.

CLAUDIO. Yo la vi, por Dios, vestida

TREBACIO. Calla, Claudio, no te entienda  
la vieja, que es maliciosa.

MARQUÉS. Trebacio, ¿hay alguna cosa  
fiambre para merienda?

TREBACIO. Allí hay un capón fiambre.

MARQUÉS. Entremos a merendar,  
porque quiero reposar,  
que siento cansancio y hambre.

LISARDA. ¡Ay, Dios, qué bien me pareces!

(*Vanse el MARQUÉS y LISARDA.*)

CORCINA. Trebacio, ¿hay buen vino?

TREBACIO. Ruin.

CORCINA. ¿De dónde?

TREBACIO. De San Martín.

CORCINA. ¡Bendígate Dios mil veces!

(*Vanse, y sale OCTAVIO de camino.*)

OCTAVIO. Aquí, dentro desta venta,

me dicen que está el Marqués  
y aquella enemiga que es  
causa de toda mi afrenta.

En su seguimiento vengo,  
porque muy tarde he salido,  
y en haberme detenido  
culpa y no pequeña tengo;  
que debiera estar primero  
y haber tomado lugar,  
por no dar que sospechar  
a aqueste enemigo fiero.

El cuartago dejo ahí  
atado a un olmo, entretanto  
que esta ocasión de mi llanto  
vuelve los ojos a mí.

Mas temo a la mala vieja,  
no se lo diga al Marqués;  
mas si me ha de ver después,  
el mismo daño me deja.

Y porque algún desatino  
no intente, como desea,  
es mejor que aquí me vea  
que no en medio del camino.

¡Animo!, al fin quiero entrar,  
que yo bien sabré fingir  
que puedo a negocios ir,  
y voime a desesperar.

Que cuando me arroje y eche,  
temiendo que trato engaño,  
ya no hay mal que me haga daño  
ni otro bien que me aproveche.

(*Vase, y sale el PRÍNCIPE y TANCREDO y los pajes de OCTAVIO.*)

PRÍNCIPE. ¡Harásme, por Dios, Tancredo,  
que mil veces me santigüe,  
y que juzgue y atestigüe  
que ha sido tuyo el enredo!

¿Con Luciana te has casado?

TANCREDO. Esta noche la has de ver,  
porque esta noche ha de ser.

PRÍNCIPE. ¡Sin sentido me has dejado!

¿Que al fin aquel bellacón  
de Octavio la dejó así?

¡Así llegarás allí  
en esa misma ocasión  
que el pecho le atravesaras!

TANCREDO. A mejor tiempo llegué,  
pues lo que quise alcancé.

PRÍNCIPE. ¿En eso sólo reparas?

Ella hizo discretamente  
en tomar luego marido.

¿Al fin que el ingrato es ido?

TANCREDO. En un cuartago a las veinte,  
hombre que le vió partir  
me lo dijo aquesta tarde.

PRÍNCIPE. El solo de mí se guarde,  
porque le pienso seguir.  
¿Quién son aquéstos?

TANCREDO. Los pajes  
que Octavio solía llevar.

PRÍNCIPE. Libreas les has de dar.

TANCREDO. Y mucha banda y plumajes.

PRÍNCIPE. Ahora bien; haz que de casa  
te lleven plata y blandones,  
y traza las colaciones,  
Tancredo, sin mano escasa,  
que a todo te doy licencia,  
y esta noche determino  
ser tu honrado padrino:  
pon en todo diligencia.

TANCREDO. Tu gran nobleza bendigo.

PRÍNCIPE. Vete y tu negocio trata.

TANCREDO. Luego haced llevar la plata.—  
Pajes.

ALEJO. Señor.

TANCREDO. Veníos conmigo.

*(Vanse, y sale OCTAVIO, huyendo en cuerpo, y los dos CRIADOS del MARQUÉS dándole de palos, y el MARQUÉS detrás.)*

OCTAVIO. ¡Paso, mi señor, por Dios,  
no consintáis que me maten  
y cual villano me traten!

MARQUÉS. ¿Y qué sois, infame, vos,  
bellaco, ruin, atrevido?  
¿Tras mí venís desta suerte?  
Yo os haré dar una muerte  
con tormento nunca oído.

Toma allí, Claudio, un cordel  
y ahórcale de aquel roble.

OCTAVIO. ¡Mira, señor, que eres noble  
y no es justo seas cruel!

MARQUÉS. ¿Pensáis que me ha de costar  
un cuarto ahorcar un villano?

OCTAVIO. ¿Ahorcarme?

TREBACIO. ¡Paciencia, hermano,  
bien os podéis confesar!

*(Salen CORCINA y LISARDA y hincanse de rodillas delante del MARQUÉS.)*

LISARDA. ¡Ay, no, por amor de Dios,  
amigo, tal crueldad,  
basta la riguridad  
con que le tratan los dos!

De rodillas por el suelo  
te quiero pedir su vida,  
y no en verme enternecida  
engendre en tu pecho celo,  
que no es reliquia de amor,  
sino lástima de ver  
que venga instrumento a ser  
de aquesta muerte, señor.  
¡Ah, mi señor! ¡Ah, mi bien!

MARQUÉS. Dejalde.

TREBACIO. Estima en algo  
que tienes verdugo hidalgo.

MARQUÉS. Dejalde.

TREBACIO. ¿Suelto?

MARQUÉS. También.

Mas por haber proseguido  
tan libre y desvergonzado,  
ha de volver castigado:  
quitálde luego el vestido.

Vuelva desnudo, en camisa,  
desa manera al lugar,  
porque le puedan mirar  
y cause contento y risa.

LISARDA. Eso como tú quisieres,  
como vivo quede Octavio.

OCTAVIO. ¿Que he de sufrir tanto agravio?  
¡Matadme ya!

TREBACIO. No te alteres.

El jubón se quite aprisa  
y los calzones de presto,  
que es del verdugo todo esto,  
y agradezca la camisa.

MARQUÉS. Entrate, Lisarda mía,  
que no quiero que lo veas.

LISARDA. ¡Oh, qué bien al aire empleas,  
Octavio, tu gallardía!

*(Vanse el MARQUÉS y LISARDA.)*

CORCINA. ¿Eres tú, por dicha, aquél  
de los trecentos ducados,  
el caballo y los criados?  
¿Quebrósete el cascabel?

¿Cómo no suenan ahora?

OCTAVIO. ¡Eso me faltaba aquí!

¿Que al fin me dejas así?

TREBACIO. Vámonos de aquí, señora,  
y el bellaco coja luego  
el camino del lugar.

CORCINA. ¡Bueno está para nadar!

TREBACIO. ¡Ropilla y calzones juego!

CLAUDIO. ¿Y tienes naipes?

TREBACIO. ¡Pues no!

¿Cuándo suelo estar sin ellos?

CLAUDIO. La parte que tengo en ellos juego.

TREBACIO. Y la que tengo yo.

(*Vanse, y queda OCTAVIO.*)

OCTAVIO. ¡ Bueno he quedado esta vez!  
¡ Fiad, hombres, de mujeres,  
que al fin tienen sus placeres  
y tan riguroso juez!

Volverme quiero al lugar,  
que esta es permisión de Dios,  
que quiere juntar a dos  
que quiere el mundo apartar.

Volverme quiero a Luciana,  
que tengo sus brazos ciertos,  
como, en fin, de madre abiertos,  
y casaréme mañana.

¡ Y qué dulce alojamiento  
que tendré luego en sus brazos!  
¡ Con qué gusto, con qué abrazos!  
¡ Parece que ya los siento!

¡ Ah, Luciana, que tú eres  
el bien que mi alma desea,  
ansí es justo te posea,  
firme ejemplo de mujeres!

Voy a darte mil abrazos,  
que ya aborrezco a Lisarda.  
¡ Oh qué cama que me aguarda  
y qué regalados brazos!

(*Vase, y sale el PRÍNCIPE con acompañamiento.*)

PRÍNCIPE. Honremos el desposorio,  
que es de un criado a quien amo,  
que a veces amigo llamo  
y es hidalgo al fin notorio.

Tiene su casa y solar,  
y aunque es tan pobre, al fin es  
su virtud el interés,  
porque más le debo honrar.

(*Sale TANCREDO.*)

TANCREDO. A recebirte, señor,  
quiere salir Luciana,  
agradecida y ufana  
de tan inmenso favor.

PRÍNCIPE. No, decilde que se quede  
y no deje sus visitas.

TANCREDO. Tus mercedes infinitas  
¿ cómo agradecerlas puede?

Aquí te recibirá.

PRÍNCIPE. Quedará la sala sola

y enojaréme.

TANCREDO. Pues, ¡ hola!,  
decid que no salga ya.

PRÍNCIPE. Mil canas, por Dios, Tancredo,  
me quitas en verte así;  
apenas me creo a mí,  
que tengo a mis ojos miedo.

¿ Que te casas con Luciana?

TANCREDO. Tanto das en no creello,  
que me das sospechas dello  
y tendré celos mañana.

PRÍNCIPE. Si hablar tu esposa te obligas  
con aquesa libertad,  
no será gran necesidad  
la primera que le digas.

¿ Tienes requicbro pensado  
para necesidad aprisa?

Siendo súbita y precisa  
es más ligero pecado.

TANCREDO. Tanto el micdo me acobarda;  
mas ha de pasar por mí.

(*Sale ALEJO.*)

ALEJO. Señor, el Cura está aquí  
y toda la sala aguarda.

PRÍNCIPE. Pues vamos, que no es razón  
que aguarde la desposada,  
y pues ves que es gente honrada,  
no falte la colación.

(*Vanse, y quedan BALBOA y TRISTÁN, amigos de OCTAVIO, que salieron acompañando.*)

BALBOA. ¿ Quién puede creer tal cosa,  
señor Tristán?

TRISTÁN. Yo diré  
que no hay en el mundo fe,  
y si la hay es mentirosa.

¿ Quién creyera que Luciana,  
partiéndose Octavio ayer  
para ser de otro mujer,  
aún no aguardara a mañana?

¡ Pobre dél si esto supiera,  
qué presto que volvería!

BALBOA. Harto mejor le scría  
que nunca de allá volviera.

¿ No supistes dónde iba?

TRISTÁN. Por más que le pregunté  
ni palabra le saqué.

BALBOA. Melancolía excesiva.

TRISTÁN. Si supiera dónde estaba  
escribiérale el suceso.

BALBOA. Que me ha pesado os confieso,



porque en extremo le amaba.  
 TRISTÁN. ¿Veremos los desposados?  
 BALBOA. Esa fiesta perderemos.  
 TRISTÁN. Andad, que a vueltas podremos.  
 BALBOA. ¿De qué manera?  
 TRISTÁN. Embozados.

*(Vanse, y salen los pajes, con la colación en las manos, riendo.)*

BELARDO. ¿Los dátiles me arrebatas?  
 ¿No bastan las peladillas?  
 ALEJO. ¿No me tomó él las rosquillas  
 y el otro día las natas?  
 BELARDO. ¿Todo el plato de almendrones  
 no traes en la faltriquera?  
 ALEJO. ¡Seor Belardo, hágase afuera,  
 no le dé dos mojicones!  
 BELARDO. ¿Mojicones él a mí?  
 ¡Aguarde, señor picaño!

*(Sale RODRIGO.)*

RODRIGO. ¿No ternemos paz hogaño?  
 ALEJO. ¡Desvíese, pesia mí!  
 RODRIGO. Alejillo, tente acá.  
 ALEJO. ¡Desvíate, que me ha dado!  
 RODRIGO. ¿No saben que es hombre honrado  
 el que de por medio está?  
 ¡Déjense de niñerías  
 y repártase el pillaje.  
 BELARDO. ¡Hágase el lacayo paje!  
 RODRIGO. ¿De cuándo acá fantasías?  
 Diga, señor montañés,  
 ¿por ser lacayo soy puto?  
 ALEJO. ¡Por ese mal traigas luto!

*(Sale OCTAVIO.)*

OCTAVIO. Parad ya, cansados pies,  
 que este es el sitio y lugar  
 donde está vuestro descanso.  
 RODRIGO. ¡Con qué gracioso remanso  
 viene el picaño a hurtar!  
 OCTAVIO. Mis pajes parecen éstos.—  
 ¡Alejillo! ¡Ah, Belardillo!  
 ¡Ah, lacayo Rodriguillo!  
 RODRIGO. ¿Quieres que le hagamos gestos?  
 ¿Dónde bueno, seor galán?  
 Si al desposorio ha venido  
 con la invención del vestido,  
 entre, Adán y ganapán.  
 OCTAVIO. Rodrigo, ¿no me conoces?  
 ¿No miras que Octavio soy?  
 RODRIGO. ¿Octavio?

OCTAVIO. Sí, aunque estoy  
 desta suerte.  
 RODRIGO. No des voces.  
 OCTAVIO. Dile presto a Luciana  
 que me han robado ladrones.  
 RODRIGO. No ha lugar de esas razones.  
 Vete y volverás mañana.  
 OCTAVIO. ¿Qué dices, desvergonzado?  
 RODRIGO. Harto más lo vienes tú.  
 BELARDO. Hase casado.  
 OCTAVIO. ¡Jesú!  
 ¿Qué dices?  
 BELARDO. Que se ha casado.  
 OCTAVIO. ¿Cuándo?  
 BELARDO. Esta noche.  
 OCTAVIO. ¿Con quién?  
 BELARDO. Con Tancredo.  
 OCTAVIO. ¡Bueno es eso!  
 ¿Si traigo perdido el seso?  
 ALEJO. Colación dieron también.

Si no has cenado, por dicha,  
 toma aquestos canelones  
 de limosna.

OCTAVIO. ¿En qué me pones,  
 Fortuna, hay mayor desdicha?

*(Dentro.)*

¡Pajes, hachas han pedido!  
 BELARDO. ¡Vamos presto!  
 RODRIGO. Adiós, Octavio.

*(Vanse, y queda OCTAVIO solo.)*

OCTAVIO. ¡Como perro herido rabio,  
 de rabia mortal herido!  
 ¡Jesús! ¿Casada Luciana?  
 ¿Qué es aquesto? ¿Estoy en mí?  
 ¿No soy yo el que me partí  
 de su casa esta mañana?  
 Gente sale, que esto es cierto;  
 aquí quiero retirarme.

*(Salen el PRÍNCIPE y TANCREDO y acompañamiento,  
 y los dos pajes con hachas.)*

PRÍNCIPE. ¿Porfías a acompañarme?  
 TANCREDO. Delante iré deseubierto.  
 PRÍNCIPE. No, no, señor desposado,  
 no quede solo el regazo  
 de algún invidioso abrazo,  
 hartas veces invidiado.  
 TANCREDO. Sin duda tengo de ir.  
 PRÍNCIPE. ¡Vencerásme porfiando.

*(Vanse, y dirá OCTAVIO, que ha estado escondido.)*

OCTAVIO. ¿Qué es aquesto? ¿Cómo o cuándo?  
 ¡Sueño o debo de dormir!  
 ¡Sin duda he perdido el seso!  
 Al cielo quiero dar voces;  
 mas en darlas tan feroces  
 mis pecados le confieso.  
 Una mujer viene allí,  
 y con una hacha una moza.

(Salen LUCIANA y FELINA con una hacha encendida.)

LUCIANA. Ya la risa me retoza.  
 FELINA. ¡Ay, señora, veslo allí!  
 LUCIANA. ¿Qué es esto, señor galán?  
 ¿Qué buena venida es esta?  
 OCTAVIO. ¡A ver, Luciana, tu fiesta  
 y la muerte que me dan!  
 ¡Ingrata!, ¿que te casaste?  
 LUCIANA. Sí, a fe, no te escandalices.  
 OCTAVIO. ¿Con tal libertad lo dices?  
 LUCIANA. Con la que tú me dejaste.  
 ¿No os concertastes los dos?  
 OCTAVIO. ¡No, ingrata, volvíme luego!  
 LUCIANA. ¡Para llevar tanto fuego  
 muy fresco venís, por Dios!

Galanes que han sido amados,  
 cuando se casan sus damas  
 para disfrazar sus llamas  
 suelen venir disfrazados.

OCTAVIO. ¿Que tanto Tancredo pudo?  
 ¿Aqueste Tancredo? ¿Aqueste?  
 LUCIANA. No sé qué disfraz es éste,  
 que a verme venís desnudo.  
 ¡Hao, hola, que ya es tarde:  
 yo estoy casada, y muy bien!  
 OCTAVIO. Yo haré que muerte me den  
 mis manos.

LUCIANA. ¡Calla, cobarde,  
 fanfarrón, bellaco, ingrato,  
 infame, desconocido!  
 ¿Tú habías de ser mi marido  
 ni aun descalzarme el zapato?  
 ¡La gravedad del picaño!  
 ¡Pluguiera a Dios que pudiera,  
 que sin duda lo hiciera,  
 pero no hay nidos hogañó!

OCTAVIO. Luciana, aquesto es hablar,  
 como dicen, en desierto,

y aplicar remedio a un muerto  
 y en el arena sembrar.

LUCIANA. Pues, amigo, todo aquesto  
 son ya los llantos conmigo.  
 ¡Pique más abajo, amigo!

OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

LUCIANA. Pues qué, ¿quería el bellaco  
 que lo vistiera de nuevo?  
 Honra y provecho, mancebo,  
 no caben bien en un saco.

OCTAVIO. Estoy muy rendido y preso  
 por quien me mata y conquista.

LUCIANA. Pues pídale que lo vista.

OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

LUCIANA. Entrate, Felina, acá  
 que vendrá ya mi Tancredo,  
 y tengo lástima y miedo  
 los palos que le dará.

Amigo, ya tengo seso:  
 busque Octavio nueva prenda  
 que gaste con él su hacienda.

OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

(Vase LUCIANA.)

FELINA. Así, Octavio, no hagáis fieros  
 porque abris mal la camisa.  
 ¡Muriéndome estoy de risa  
 de verle con ella en cueros!

Amigo, roe ese hueso,  
 pues que la carne comiste,  
 llama del bien que perdiste.

OCTAVIO. ¡Que lo merezco confieso!

(Vase FELINA.)

Veisme aquí tan sin favor  
 que no tengo unos zapatos,  
 hecho un ejemplo de ingratos,  
 que es el pecado mayor.

Que aunque cual pródigo vengo  
 no hallo perdón ni salud,  
 sólo porque ingratitud  
 es el pecado que tengo.

Mi vida desventurada  
 vino a acabar en tragedia,  
 y en mí acaba la comedia  
 de *La ingratitud vengada*.

# EL INGRATO

CORONA DE COMEDIAS

## COMEDIA FAMOSA

DE LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA ANTONIO DE PRADO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

La INFANTA.  
LUCRECIA.  
ENRICO.

El REY.  
LORCIA.  
El INFANTE CARLOS.

PASQUIN.  
Un CRIADO.  
CELIO.

LUDOVICO.  
FERNANDO.  
ISABEL.

### JORNADA PRIMERA

(Sale la INFANTA.)

INFANTA. Fuentes que en estos jardines  
escucháis las ansias mías  
entre verdes celosías  
de yedras y de jazmines;  
fieras, monstruos y delfines,  
que entre gáleras y navas  
de murtas, flores suaves,  
parece que con sentidos  
os ha (1) dejado dormidos  
la música de las aves.

Parque hermoso, jardín rico,  
que al de Chipre se adelanta,  
sabed todos que la Infanta  
de Nápoles ama a Enrico.  
Con vosotras comunico  
un amor, el más perfecto,  
que aunque el silencio es discreto  
no cabe en el pecho ya,  
y con vosotros está  
comunicado y secreto.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. El Duque Gobernador  
está aquí.

INFANTA. Venga después.

LUCRECIA. Dice que importa.

INFANTA. Entre, pues.—  
Disimulemos, amor.

(Sale ENRICO.)

ENRICO. Después que el Rey mi señor  
fué a la guerra de Venecia,  
es la cosa que más preeia  
la que he de comunicarte.

INFANTA. Di, pues.

ENRICO. Ha de ser aparte.

INFANTA. Déjanos solos, Lucrecia.

(Vase LUCRECIA.)

ENRICO. Elena, públicamente  
dice toda la familia  
que el Infante de Sicilia  
es tu esposo.

INFANTA. Poco siente  
alma que da fácilmente  
crédito sin resistencia  
a mi mudanza o mi ausencia:  
no estimas el mal que paso,  
pues sabiendo que me caso  
vienes con esa paciencia.

Si alguna de ti dijera  
lo que de mí te han mentido,  
o no lo hubiera creído,  
o, si acaso lo creyera,  
el mismo cielo rompiera  
con quejas: mi sentimiento  
igualara mi tormento;  
causas diera más veloces  
con suspiros, llanto y voces.  
al cielo, a la tierra, al viento.

A las fuentes, que estas flores

(1) En el original "han", por errata.



despiertan con dulce estruendo,  
tu nombre estoy repitiendo,  
cantando estoy mis amores.  
La voz de los ruiseñores,  
Enrico, decir pudiera  
si de mi voz aprendiera:  
bien puedes considerar  
cómo se podrá casar  
quien quiere desta manera.

ENRICO. No es preguntar blandamente  
poco amor a lo que pienso:  
¿no has visto un dolor inmenso  
que viniendo de repente  
parece que no se siente,  
porque haciendo reprehensión  
en el alma la pasión  
los efectos se pasmaron,  
y ni los ojos lloraron  
ni suspiró el corazón?

Así, con el sobresalto  
cuando tal desdicha escucho,  
de puro sentirlo mucho,  
de sentimiento estoy falto;  
porque el remedio más alto  
para un dolor inmortal  
en el alma racional  
es llorar; que quien se queja  
alivio en el alma deja,  
porque deja fuera el mal.

INFANTA. Que he de casarme no creas.

ENRICO. ¿Si quiere el Rey?

INFANTA. Su querer  
piedra de toque ha de ser  
en que los quilates veas  
de mi amor; y si deseas  
mis amorosos amores,  
pierde, Enrico, los temores,  
que tuya soy, pues soy mía.

ENRICO. ¿Y si tu padre porfía?

INFANTA. Haré finezas mayores.

ENRICO. Hartas has hecho por mí,  
pues siendo un pobre soldado,  
si bien ilustre y honrado,  
pues que tu primo nació,  
por tu amor y arte subí  
a la privanza en que estoy:  
Duque de Abellina soy  
y Marqués de Vallenuevo:  
a tus finezas lo debo,  
amores, y amor te doy.

INFANTA. Ya de avariento te acuso  
y a Alejandro he de imitar,

que mandó a un soldado dar  
cien talentos, y confuso  
el tesorero, los puso  
contados en su aposento  
porque mudase de intento,  
y al revés le sucedió,  
que dijo cuando los vió:  
“Pocos son; dale otros ciento.”

Y así yo, Duque, seré.

ENRICO. No hay paga a mi amor bastante;  
seré en servirte constante.

INFANTA. Igual no tiene mi fe.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¡Señora, albricias!

INFANTA. ¿De qué?

LUCRECIA. El Rey ha venido ya.

INFANTA. Por esta puerta entrará;  
aquí le recibiré.

LUCRECIA. Galeras se han descubierto,  
los castillos hacen salva.

ENRICO. Tú, Lucrecia, como el alba,  
nuevas traes del sol al puerto.  
Ven a recebille.

INFANTA. ¿Es cierto  
que amas, Enrico?

ENRICO. No hay cosa  
a mis ojos más hermosa.  
¡Oh, cómo es esquivia y fiera  
mi condición! No quisiera  
la mujer tan amorosa.

LUCRECIA. Otras nuevas te he callado  
hasta que el Duque se fuese.

INFANTA. ¿Y cuáles son?

LUCRECIA. No te pese:  
que a Nápoles ha llegado  
el Infante, disfrazado,  
de Sicilia, para verte.

INFANTA. ¿Y alegre estás desa suerte  
de mi pena y mi pesar?

¡Si no me quiero casar,  
nuevas me traes de la muerte!

¿Qué importa que venga a verme  
si ajena Carlos me halla  
de su amor? ¡Sirena, calla!  
¡Amor basilisco, duerme,  
no empieces a revolverme  
la vida con mis pasiones!  
¿Dificultades me pones?  
Anima de Enrico fuí;  
suya he de ser, porque así  
de tu lauro me coronas.

Montes me ponen en medio,  
¡casi el alma se me parte!

LUCRECIA. Era el remedio casarte  
y olvidóseme el remedio.  
Señora, no hay otro medio,  
ponte de modo que tea  
parezcas cuando te vea,  
aunque esto es dificultoso.

INFANTA. Sí, porque siempre es hermoso  
aquello que se desea.

LUCRECIA. Otro remedio: él se precia  
de discreto y entendido,  
filósofo y presumido;  
finge hablando de ser necia  
y no te querrá.

INFANTA. Lucrecia,  
bien has dicho, eso me agrada,  
y en ello no finjo nada:  
necia soy, dices verdades,  
pues temo dificultades  
cuando estoy enamorada.

(Sale el REY y acompañamiento, y PORCIA.)

REY.

Elena, entre las flores,  
¿qué pudiera yo hallar sino las rosas  
de tus mejillas cándidas y hermosas?  
Dame, hija, tus brazos,  
que al amor paternal son dulces lazos.

INFANTA.

Dame, señor, tu maño,  
en que con nuevo ser da nueva vida.

REY.

Elena mía, el Príncipe tu hermano  
queda gobernador de aqueste estado,  
que tu prima ha heredado,  
con Carlos, el infante de Sicilia.  
Habla a Porcia, que viene  
a alegrarse contigo.

INFANTA.

Porcia mía,  
tú dabas alegría  
al mismo sol, y bien venida seas.

PORCIA.

Porque mi amor en mis abrazos veas.

REY.

Refiéreme si bien ha gobernado  
Enrico en esta ausencia.

INFANTA.

Acreditarle pienso,  
disimulando así mi amor inmenso.—  
Enojada me tiene;  
dos cosas le pedí y ninguna hizo:  
que perdonara a un paje suyo, preso  
por causa bien ligera,  
y que a un ladrón su gracia concediera.

REY.

En eso mostró Enrico  
su prudencia y valor, que ha castigado  
por culpa tan liviana a su criado;  
ejemplo y escarmiento  
será de los demás, y no merecen  
la piedad de su Príncipe ladrones,  
aunque haya intercesiones  
de damas como vos, Elena mía.

Enrico hizo muy bien; baste el enojo,  
que sólo ha de ser fiesta  
cuando Porcia a honrar viene tus bodas  
con Carlos, el infante de Sicilia.

PORCIA.

A servir a mi prima en esta fiesta.

INFANTA.

Tragedia para mí y acción molesta.

(Sale ENRICO.)

ENRICO.

Tu Majestad dé a Enrico  
tu generosa mano, y bien venido sea  
al reino, que con gusto le desea.

REY.

Enrico, bien venido,  
que he estimado el cuidado  
que en gobernar mi reino habéis tenido;  
los brazos quiero daros.

ENRICO.

¿Quién merece  
tal favor, honra tanta?

REY.

Ya supe de la Infanta  
la integridad del ánimo severa.

ENRICO.

Fineza suya fué, no es la primera.

REY.

Hablad, Enrico, a Porcia, mi sobrina,  
y vea en vos mi amor y mi privanza.

ENRICO.

¡Soberana deidad, rara hermosura!  
La fama fué envidiosa  
cuando de Porcia dijo que era hermosa:  
divina la pudiera  
llamar, y corta fuera  
su alabanza.

INFANTA.

Esta es la vez primera  
que la pureza de mi amor permite  
un género de envidia y un tormento  
de que la mire Enrico tan atento.

ENRICO.

El ceño y la altivez desta hermosura  
deleita y arrebatada  
los ánimos mejor que la blandura,  
la piedad y el amor, y es como alcanza  
mi condición aquí tu semejanza.

REY.

La Duquesa vendrá del mar cansada;  
si el parque no la agrada,  
a tu cuarto la lleva, Elena mía.

PORCIA.

¿El amor a quién cansó en tu compañía? (1)

INFANTA.

¿Si son estos cuidados y recelos  
esto que llaman los amantes celos?

ENRICO.

Estrellas, detened vuestra influencia,  
no confrontéis mi sangre con la suya,  
que beldad tan divina  
matar puede después si ahora inclina.

(*Vanse, y sale el INFANTE CARLOS, PASQUÍN,  
un criado.*)

PASQUÍN. ¿Para qué te has disfrazado,  
di? ¿Qué pretentes hacer?

CARLOS Pretendo con esto ver  
la discreción y traslado  
de Elena, que aunque parlera,  
la fama siempre compone,  
mucho más si amor dispone  
la voluntad. Considera

que es mía.

PASQUÍN. ¿Y si ella se precia  
de discreta y no lo es?

CARLOS. No:

la que en Nápoles nació,  
es imposible ser necia.

PASQUÍN. ¿No ves cómo resplandece  
el río, la tierra y mar? (1)

CARLOS. Pues si tan bien te parece,  
busca en Nápoles un amo.  
Desde aquí licencia toma.

PASQUÍN. Estoy muy cerca de Roma,  
y como Pasquín me llamo,  
perder las narices temo,  
que sátiras no me aplacen.

CARLOS. Múdате el nombre.

PASQUÍN. Eso hacen  
españoles con extremo.

Si a un padre un hijo querido  
a la guerra se le va,  
para el camino le da  
un don y un buen apellido.

El que Ponce se ha llamado  
le añade luego León;  
el que Guevara, Ladrón,  
y Mendoza el que es Hurtado.

Yo conocí un tal por cual  
que a cierto Conde servía  
y Sotillo se decía;  
creció un poco su caudal,  
salió de mísero y roto,  
hizo una ausencia de un mes,  
conoció yo después  
y ya se llamaba Soto.

Vino fortuna mayor;  
eran sus nombres de gonces;  
llegó a ser rico, y entonces  
se llamó Sotomayor.

CARLOS. Bien hizo.

PASQUÍN. Así confirmó  
el nombre de su bautismo.  
No pudo hacer esto mismo  
un escudero que entró  
a servir a cierta dama.

CARLOS. ¿Qué le sucedió?

PASQUÍN. Dirélo:  
llamábase el tal Ciruelo,  
y así le rogó su ama

(1) Así en el original. Quizá sería mejor lectura,

“Elena, ¿a quién cansó tu compañía?”

La refundición de Matos dice: “El mar, ¿a  
quién... etc.

(1) Falta un verso, después de ésta a la redondilla. En la refundición de Matos dice: “y el cielo en este lugar?, que será el omitido.



que se mudase aquel nombre.  
Pasó un día y otro día,  
y Ciruelo se decía  
como primero el buen hombre.

La señora, con primor,  
se enojó, y dijo: "Sepamos  
vuestros nombres y escojamos  
entre los dos el mejor."

El dijo: "Señora mía,  
bueno está, de nombres vaya:  
mi buen padre, que Dios haya,  
Juan Barraco se decía.

La madre que me parió,  
que no naí como hongo,  
se llamó Marimondongo."

La señora respondió,

mirando admirada al cielo:  
"¡De los nombres y vocablos  
idos con trescientos diablos!  
Mal por mal, llamaos Ciruelo."

CARLOS. Tus cuentos me han divertido.—  
Avisa, Fabio, a un portero,  
que hablar a la Infanta quiero.

(Sale LUCRECIA.)

LUCRECIA. Parece que suena ruido.

PASQUÍN. Aquí ha salido una dama  
para saber lo que quieres.

LUCRECIA. ¿Quién diré a la Infanta que eres?

CARLOS. Un Marqués, que Héctor se llama,  
y le trae cartas aquí  
de Sicilia.

LUCRECIA. ¡Ay, patria mía!

Su nombre me da alegría.

CARLOS. ¿Sois vos de Sicilia?

LUCRECIA. Sí;

y con natural amor  
que a mis príncipes les debo,  
a preguntaros me atrevo  
si el Infante mi señor

que se casa con Elena  
es discreto y gentil hombre.—  
Este es Carlos.

CARLOS. Es un hombre  
de opinión y fama buena.

No hay partes que no acompañen  
su talle y entendimiento.

LUCRECIA. Oídme a solas; yo siento  
qué a mis príncipes engañen

¿No le podéis avisar  
que aunque es muy hermosa Elena  
para un discreto no es buena?

CARLOS. ¿Pues qué mancha puede dar  
sombra a la luz de sus días?

LUCRECIA. Digo, aunque parezca ingrata,  
que es necia y es mentecata,  
y dice mil boberías.

Mas cosas son que hace Dios,  
no nos metamos en eso;  
dije mal, yo lo confieso,  
allá se lo hayan los dos.

A avisalla voy.

CARLOS. ¡Ay, Fabio,  
qué mal mi amor se asegura,  
porque suele la hermosura  
hacer al ánimo agravio!

PASQUÍN. ¿Esto tenemos ahora?

CARLOS. Ella sale; espera, pues.

(Sale LUCRECIA y la INFANTA.)

LUCRECIA. El infante Carlos es,  
disimula bien, señora.

CARLOS. ¡Gallardo talle! Belleza  
y hermosura miro en él.  
¿Es posible que el pincel  
desmintió, o Naturaleza,  
cuando esta imagen formaba,  
permitiendo que un borrón  
cayese en la discreción  
que su hermosura adornaba?

¿Cómo en un cuerpo tan rico  
hay alma pobre y que sea  
vainá hermosa, espada fea?

INFANTA. ¡Cuánto me debes, Enrico!—  
¿Sois el marqués Héctor.

CARLOS. Sí,  
mi señora.

INFANTA. ¿Quién me ha escrito?

CARLOS. Celia.

INFANTA. Que estéis no permito  
en pic.

CARLOS. Bien estoy así.

INFANTA. Haced lo que mando yo.

CARLOS. ¡Qué rostro tan soberano!

INFANTA. ¿Sois vos Héctor el Troyano?

CARLOS. No, señora; ése murió  
allá en las guerras de Grecia.—  
La dama no me ha engañado:  
¡vive Dios que se han juntado  
el ser hermosa y ser necia!

INFANTA. ¿Cómo está mi prima?

CARLOS. Buena,  
y ésta para vos me dió.

INFANTA. ¿Es tan linda como yo?

LUCRECIA. ¿Qué es lo que dices, Elena?

CARLOS. No, señora, que es el día,  
con sus rayos de luz pura,  
sombra de vuestra hermosura.

INFANTA. Eso ya yo lo sabía.

CARLOS. ¿Oyes, Fabio?

FABIO. Sí, señor,  
harto admirado y confuso.

CARLOS. ¡Que en caja tan rica puso  
joya de poco valor  
Naturaleza!

INFANTA. Esta es,  
Lucrecia, industria excelente,  
pues sin ser inobediente  
al Rey, no me casaré.

LUCRECIA. ¿Pues no te gusta el Infante?

INFANTA. No es posible que le quiera.

LUCRECIA. Si esto en farsa se fingiera  
dijera algún ignorante  
que hacerse una infanta necia  
era ingratitud.

INFANTA. ¡Qué error!  
los que no saben de amor  
dijeran eso, Lucrecia.

LUCRECIA. ¿Amas?

INFANTA. Sí.

LUCRECIA. Pues dese modo,  
prosigue.

INFANTA. ¿Es bien entendido  
el Infante?

CARLOS. Ha pretendido  
saber.

INFANTA. Y lo sabe todo.

Dicen que es grande poeta;  
parecémonos en eso,  
que yo también lo profeso,  
porque yo soy muy discreta.

CARLOS. Mucho me holgara llevar  
sonetos de Vuestra Alteza.

INFANTA. Uno tengo de cabeza;  
oíd, que os ha de agradar.

Por eso al dios de amor le pintan ciego,  
sin embargo de que tira y acierta,  
pues por una mujer, o vieja o tuerta,  
suele un hombre vivir sin su sosiego,  
ardiente en llamas, por Etnas de fuego;  
y yo vi por amor mujer discreta  
ser necia, y al revés que a un hombre necio  
por el amor le he visto ser poeta.

LUCRECIA. Templar no puedo la risa.

INFANTA. ¿No es valiente?

PASQUÍN. ¡Ved si afloja,

de ocho en ocho los arroja!

Cásate, señor, aprisa,  
pues la Infanta es tan discreta;  
no pierdas lances tan buenos.

INFANTA. ¿No alabáis versos ajenos?  
Sin duda que sois poeta.

CARLOS. Es muy bueno.—Vuestra Alteza  
vea la carta y me dé  
la respuesta.

INFANTA. Sí haré,  
porque vea mi agudeza  
en el escribir mi prima.

CARLOS. ¡Que el rostro desta mujer  
perfecto no pueda ser  
para el alma que la anima,  
organizado instrumento!  
Felices mis años fueran  
si entre sí correspondieran  
su gracia y su entendimiento.

INFANTA. No sé leer; Lucrecia lea.

PASQUÍN. ¡Vive Dios! ¿Que leer no sabe?

CARLOS. ¡Bella imagen, deidad grave,  
más te valiera ser fea!

(Lee LUCRECIA.)

LUCRECIA. “Prima y señora...”

INFANTA. Después  
lo veremos más despacio.--  
Pues ya sabéis a Palacio,  
venid por acá después.

PASQUÍN. ¡Por Dios que queda corrido  
Vuestra Alteza como un potro!

INFANTA. El ha fingido ser otro,  
y yo ser otra he fingido.

CARLOS. Entre rayos y entre nieve  
fuego su hermosura da.

INFANTA. ¿Cuándo Enrico pagará  
las finezas que me debe?

(Vanse las dos.)

CARLOS. ¿Quién vió tan extraña cosa?  
¿Tengo de casarme yo  
como el otro que adoró  
una imagen muy hermosa?

PASQUÍN. Si mujer sola querías,  
¿para qué buscas letrada?  
¿A qué hombre discreto agrada  
mujer con bachillerías?

Para criar y parir  
sólo la mujer nació.  
Un cortesano que vió  
a su mujer escribir,

casi en los cascos le abolla  
el tintero, y enojado,  
estas liciones le ha dado:

“Sabe guisar una olla,  
sabe echar unas soletas  
y no te metas en más.”

CARLOS. Pasquín, enemigo estás  
de las mujeres discretas.

De los hombres de tu porte  
esa política es.

PASQUÍN. Servía a cierto Marqués  
un lisonjero en la Corte,  
y de ordinario decía,  
estando a solas los dos:  
“Quite de mis días Dios  
y ponga en Vuesñoría.”

Sucedió que caminaban  
unos días, y los vientos,  
con cierzos y aires violentos,  
los peñascos arrancaban.

“¡Oh, que mal día hace aquí!”,  
dijo el amo; y respondió:

“Destos días digo yo  
que me quite Dios a mí  
y ponga en Vuesñoría.”

CARLOS. ¿A qué piensas aplicar  
ese cuento tan vulgar,  
que es comparación muy fría?

PASQUÍN. Pues aplico y digo así:  
Mujeres desta belleza  
quítelas Dios a tu Alteza  
para dármelas a mí.

(Sale LUDOVICO.)

LUDOVICO. Aquí, mi señor, te espero.  
¿Vienes contento?

CARLOS. Enojado,  
pues que tan mal has pagado  
lo que te estimo y te quiero.

Cuando a Nápoles veniste  
a la Infanta me alabaste,  
su hermosura ponderaste,  
sus partes encareciste.

Vino a verla mi ventura:  
en cuanto a la discreción  
fué incierta tu relación,  
sin alma está su hermosura.

LUDOVICO. ¡Ay, señor, mira con quién  
hablaste, porque es perfeta,  
y no sólo es discreta,  
pero muy sabia también!

De aquí podrás inferirlo:

En las faldas de una dama  
que la Infanta quiere y ama  
asentado vió un perrillo.

y este soneto escribió,  
adonde echarás de ver  
que en ingenio de mujer  
lo que no piensas se vió:

¡Oh tú, guarda fiel, que en la clausura  
deste jardín, que respirando olores  
desprecias de las yerbas los vapores  
de la encarnada rosa y nieve pura,  
sabiendo bien que Júpiter procura  
robar también con Venus cultas flores,  
el hijo por matar mejor de amores,  
la madre por tener más hermosura!

Retrato siendo tú del verdadero,  
dichosísimo can, nos das aviso  
que arden los rayos del que luz espero.

¡Oh tú, bruto fiel; Júpiter quiso,  
como guarda el Infierno el Cancerbero,  
guardases tú también el Paraíso.

CARLOS. La locución tersa y bella  
el sujeto satisfizo.

LUDOVICO. Elena estos versos hizo,  
mira si es necia.

CARLOS. ¿Si es ella  
la que hablamos?

LUDOVICO. Podría ser  
que aquellas damas supiesen  
quién eres y te quisiesen  
burlar con otra mujer.

CARLOS. Mis años fueran felices  
si junta amor para mí  
la belleza que yo vi,  
la discreción que tú dices.

(Vanse todos, y salen PORCIA y CELIO.)

CELIO. Porcia y señora, después  
que vinimos a Milán  
con mil desvelos te miro,  
muy melancólica estás.

PORCIA. Los que llaman a los ojos  
vidrieras de cristal  
por donde el alma se ve,  
dijeron bien, porque están  
la alegría y la tristeza,  
la pasión y los demás  
afectos del alma escritos  
en su modo de mirar.  
¿Viste, mi Celio, en los míos  
la pasión y pena que hay



en el alma? Oye la causa,  
y da remedio a mi mal.  
Ya te acuerdas cuando Flor,  
marquesa de Monserrat,  
fué mi huésped. Pues ella  
turbó el sosiego y la paz  
de mi vida, y sus desdichas  
me obligan a pasar más (1),  
su hermosa luz escondida  
entre nubes de cristal.  
En los soles de sus ojos  
no vi contento jamás;  
estaba triste conmigo,  
y con dos letras de un *¡ay!*  
mucho sin querer decía,  
contaba mucha verdad,  
que corazón que suspira  
amante o enfermo está.  
Flor, pues, rompiendo el secreto  
a la muda soledad,  
me dijo: "Amiga, yo adoro  
al hombre más principal  
de Italia. Porcia, perdona,  
no puedo decirte más."  
Esta razón en mi alma  
causó tal curiosidad,  
que ha llegado a ser deseo,  
y un deseo que llegar  
ha podido a ser cuidado,  
porque la mano se dan  
los afectos y se enlazan  
con el alma racional.  
Sucedió que una mañana,  
entrándola a visitar,  
hallé sus ojos dormidos,  
que tal vez a pena tal  
da breve alivio de treguas  
la pasión accidental.  
Tenía cabellos sueltos,  
y en un blanco tafetán  
un retrato de su amante.  
¡Qué ingratitud, qué crueldad  
oirás ahora de mí!  
Hurtésele, desleal  
entonces a mis deseos,  
después a mi libertad.  
Yo misma robé mi muerte,  
yo misma robé mi mal;

(1) Así en el original; pero en lugar de "pasar" quizá deberá leerse "pesar" o "penar", o acaso falte algo. En la refundición este pasaje es distinto.

mira esta muda pintura  
que diciéndonos está  
lengua me falta, no alma.  
¡Qué dispuesto, qué galán,  
qué bien formado, qué airoso!  
Parece que trasladar  
el alma, no el cuerpo, quiso  
el pincel artificial,  
venciendo naturaleza:  
con justa facilidad  
me dejó engañar a veces  
y picnso que quiere hablar.  
Mírale atento, y con risa  
nos dice: No me tengáis  
por pintado, aunque soy mudo,  
porque no es muerte el callar.—  
Ten el retrato contigo,  
no me le des, que quizá  
este género de ausencia  
será alivio a tanto mal.

(Sale ENRICO.)

ENRICO. Ya que a Nápoles veniste,  
bien haces, Porcia, de estar  
entre flores y jardines,  
porque de ti copiarán  
risa, beldad y colores.

PORCIA. Colores, risa y beldad  
pueden haber aprendido  
de su dueña celestial,  
la Infanta, que los habita.

ENRICO. Hermosa es Elena, y tal,  
que es admiración del mundo;  
mas...

(Sale la INFANTA.) (1)

INFANTA. Cuando llego a escuchar  
mi alabanza un más encuentro.  
Enrico, ¿por qué calláis,  
si es que ese más significa  
si es lo que queréis más?

ENRICO. Bellas son todas las flores:  
hermoso es el azahar  
guardando en su nieve el oro,  
que ser otra vez le da;  
bello es el hermoso lirio  
cuando sus hojas están  
guarnecidas de pajizo  
entre su verde sayal;  
pero igualar no se debe

(1) Pero se queda al paño, escuchando.

a la antigua majestad  
de la rosa, que fué sangre  
de Venus, hija del mar.  
Bellos son todos los frutos:  
serva, manzano y peral,  
camueso, almendro..., mas todos  
al granado parias dan  
y tributo, pues en él  
guarda una bella ciudad,  
una república ilustre,  
que remedando al panal  
de la abeja artificiosa  
en concierto y orden van.  
Bellas son todas las nubes,  
que al hermoso trasmontar  
del sol parecen cortinas  
de su cámara, en quien van  
bordando rayos de nácar  
en morado tafetán;  
pero igualadas al sol,  
puntos y átomos serán,  
pues son unos breves rasgos  
de su inmensa claridad.  
Hermosas son en el agua  
las naves, que las verás  
ser carrozas de Neptuno,  
mas todas se han de humillar  
a la fuerte galeaza,  
que es un águila caudal.  
Tú eres la rosa, el granado,  
con sus hojas de arrayán;  
nave, sol luna, y Elena  
es el lirio, el azahar,  
nube y estrellas, amagos  
del sol, que no han de durar.

PORCIA. ¡Qué lisonjas tan floridas!

INFANTA. ¡Qué ingratitud, qué crueldad!  
¿Mas para qué desconfío?,  
que quizá es disimular  
su amor. Animo, yo llego.—  
Las estrellas siempre van  
al sol mendigando rayos  
con que poderse alumbrar;  
y así Elena llega a Porcia.

ENRICO. ¿Quién vió gusto sin azar  
o pensión que a la desdicha  
paga la prosperidad?

LUCRECIA. El que te trajo las cartas  
de Sicilia afuera está  
aguardando la respuesta.

INFANTA. Entre, si me quiere hablar.—  
Duque, mirad al que entrare

y mi respuesta escuchad  
atentamente, que quiero  
que ahora de mí aprendáis  
a tener firmeza y fe,  
valor, amor y amistad,  
pues cuando vos me ofendéis  
en mí más finezas hay.

ENRICO. Mira, Elena, que te engañas.

(Salen CARLOS, LUDOVICO y PASQUÍN.)

CARLOS. Mira, Ludovico, cuál  
es la Infanta, para ver  
si me engaño.

LUDOVICO. La de allá.

CARLOS. ¡Vive Dios, que es ella misma!  
Llega conmigo, quizá  
deslumbrado en su hermosura  
yo me debí de engañar.

INFANTA. Marqués, ¿estáis de camino?

CARLOS. Sí, señora, porque el mar  
con dulce calma convida.

INFANTA. ¿Vais en posta, o en qué vais?

CARLOS. Por mar te he dicho que voy.

INFANTA. Así, divértime: es ya  
costumbre de los señores  
no estar atentos jamás.  
Yo apostaré que a mi prima  
encarecéis y alabáis  
mi discreción y hermosura.

CARLOS. Sí, señora, claro está.

INFANTA. Dadle un abrazo en mi nombre  
y una carta, y no digáis  
al Infante que me visteis.

CARLOS. ¿Por qué?

INFANTA. Porque os molerá  
con preguntas y demandas,  
que un pretensor y un galán,  
si se precia de entendido,  
es cansado en preguntar.

ENRICO. O Elena perdió el juicio  
o era necia, o como van  
olvidándola mis ojos,  
lo advierten hoy viendo más.

CARLOS. ¿Oyes, Ludovico?

LUDOVICO. Sí,  
y crédito no he dar  
a la fama enteramente:  
¡qué infelice y singular  
hermosura!

CELIO. Mi señora,  
si te quieres alegrar,  
mira al que habla a la Infanta,

que parece original  
deste retrato.

PORCIA. Eso mismo  
estaba advertido ya.

CELIO. El es, sin duda, y los cielos  
te quieren hoy alegrar.

PORCIA. ¡Cielo! Mirémosle bien.

CELIO. No hay que conferir ni hay  
duda en eso.

PORCIA. Pregunta  
a ese criado que está  
con él quién es.

CELIO. ¡Ah, hidalgo!  
¡Ah, caballero! ¡Ah, galán!

PASQUÍN. Todos tres nombres son míos.—  
¿Qué es, señor, lo que mandáis?

CELIO. ¿Quién es aquel caballero  
que habla a la Infanta?

PASQUÍN. Verdad,  
para que no le conozcan,  
de mi boca no salgáis.  
Aquel se llama Pasquín,  
hombre raro y singular,  
bufón discreto y gracioso  
y trecientas cosas más.  
Hase fingido Marqués  
para ver y deleitar  
a la Infanta, y yo descubro  
para que después riáis,  
cuando nos vamos, el caso.

CELIO. ¿Oíste?

PORCIA. Sí, por mi mal;  
corrida estaré, mi Celio,  
si lo que dice es verdad.  
¡Pedazos haré el retrato!

CARLOS. Pues que licencia me dais,  
quedad con Dios.—Desengaños,  
dudosa vida me dais.  
¡Válgate Dios la hermosura  
si aprendieras a callar!

PORCIA. Prima, ¿no sabes quién es?

INFANTA. No me ha podido engañar:  
aunque Marqués se ha fingido  
bien le he conocido ya;  
si nos hubieras oído  
me vieras bufonizar,  
burlando dél por sus filos.

PORCIA. Basta, que dijo verdad.  
¡Retrato vil, que cuidado  
sin conoceros me dais,  
vuestra vida y sus engaños  
desta suerte acabarán!

¡Válgate Dios por buen talle,  
si tuvieras calidad!

ENRICO. ¡Confuso estoy todavía!  
¿Pero a quién no han de admirar  
tales razones de Elena?

INFANTA. Duque, confuso quedáis:  
aquel hombre es el Infante,  
y yo, para no agradar  
a su alma si los ojos  
aficionados están,  
con él me fingí ignorante.  
Este es un modo de amar  
tan nuevo, que no se ha visto  
de mujer fineza igual.

(Vase.)

ENRICO. Y yo, Elena, de tu amor  
conociendo la verdad,  
sin poder ser poderoso  
para el favor que me das,  
a la hermosura de Porcia  
el alma siento inclinar;  
si fuere ingrato, perdona,  
Elena, ¡no puedo más!

## JORNADA SEGUNDA

(Sale la INFANTA y LUCRECIA.)

LUCRECIA. ¿De qué te sirve, señora,  
ser discreta y saber tanto,  
si a las tristezas y llanto  
jamás usurpas un hora?  
Con amor se paga amor:  
paga olvido con olvido.

INFANTA. En mi olvidar no he querido,  
es defecto y no es valor.

LUCRECIA. Si es ingrato el que has de amar,  
olvidar será virtud.

INFANTA. Sentiré la ingratitud,  
pero no le he de olvidar.

LUCRECIA. Haz esfuerzo para ser  
de Carlos.

INFANTA. No me he inclinado.

LUCRECIA. Un sabio comunicado  
siempre se deja querer.  
Esta noche, sin que él vea  
quién eres, le puedes dar  
admiración con hablar;  
y a fe, señora, que sea  
lindo rato dar espanto



al que te tiene por necia.  
 INFANTA. Ordénalo, pues, Lucrecia,  
 sólo por templar mi llanto.  
 LUCRECIA. Un papel sin firma quiero  
 escribirle.

(Vase LUCRECIA, y sale PORCIA.)

PORCIA. Prima mía,  
 ¿estás con más alegría?  
 INFANTA. Ni la busco ni la quiero.  
 Dame un consejo: si ingrato  
 al que amor te debe vieras,  
 para vengarte, ¿qué hicieras?  
 PORCIA. Lo que yo con un retrato  
 que tuve. No conocía  
 al dueño y me enamoraba  
 la hermosura que ostentaba  
 del pincel la valentía.  
 El tiempo acortó los plazos  
 al deseo: el dueño [vi;]  
 era hombre bajo, y así  
 el retrato hice pedazos.  
 INFANTA. Era amor sin fundamento,  
 no fué discreto el pincel.  
 Quiero enseñarte un papel  
 que escribí a mi pensamiento.  
 Voy por él.

(Vase la INFANTA.)

PORCIA. Aunque mi amor  
 de un pincel ha proeedido,  
 grande fué, pues no ha podido  
 templarse con mi valor.

(Sale ENRICO.)

ENRICO. Quien me obliga a padecer  
 con beldad tan superior,  
 si sufrir este rigor,  
 algo pueda merecer,  
 sin reconoeer mi ser,  
 dame, Porcia, algún favor.  
 PORCIA. Si es no quererte mi amor,  
 ¿el favor cuál ha de ser?  
 ENRICO. Ese será en quien desato  
 de tu pecho la crueldad.  
 PORCIA. ¿Quién os dió esa libertad,  
 atrevido, necio, ingrato,  
 lleno de soberbia vana,  
 sin razón, justicia y ley?  
 ¿Por la privanza del Rey,  
 que podrá faltar mañana,  
 a mi pecho habéis perdido

el respeto?

ENRICO. Esos rigores  
 me dan, Porcia, más temores,  
 y la cinta que atrevido  
 quité, el pecho estima en más  
 que si tú misma la dieras,  
 y no quiero que me quieras,  
 pues no queriendo me das  
 más favor, más ocasión  
 de quererte, y siendo así  
 no podrá faltar en mí  
 contento y delectación.

PORCIA. Si aborreeiéndote estás  
 con fortuna tan segura,  
 larga será tu ventura,  
 pues no te querré jamás.  
 Y si el listón por robado  
 más estimación te dió,  
 estoy por dártelo yo,  
 para no verle estimado.

(Vase PORCIA.)

ENRICO. No podré perder si tienes  
 tanta gloria en tus rigores,  
 que desdeñan tus favores  
 y dan favor tus desdenes.

(Vase ENRICO, y sale PASQUÍN y CARLOS.)

PASQUÍN. ¿No me dijiste estos días  
 que no querías casarte?  
 Dime: ¿qué pudo obligarte?  
 CARLOS. Cansadas majaderías.  
 PASQUÍN. Tu has tragado ya lo necio  
 y lo hermoso te agradó,  
 por eso te dije yo  
 que de nada hagas desprecio.  
 CARLOS. Hoy un papel reeebí  
 que al terreno me obligó  
 venir, y le traigo yo;  
 el billete dice así:

(Lee.)

“Al marqués Héctor fingido:  
 Señor Marqués, cierta dama  
 que en las lenguas de la fama  
 os tiene ya conocido,  
 esta noche os desafía  
 a los balcones del mar,  
 a discurrir y hablar  
 de amor y filosofía.”

PASQUÍN. ¡Cuerpo de tal, y qué fea  
 la bellaca debe ser!

Mujer sabia no es mujer,  
fuerza es que un demonio sea.  
Antípoda de la Infanta,  
¿quién te mete a bachillera?

(Sale la INFANTA y LUCRECIA al balcón.)

LUCRECIA. Pienso que Carlos espera.

INFANTA. Esa novedad espanta  
a mí misma; quien solía  
ver a Enrico por aquí,  
¿se atreve a tal?

LUCRECIA. Vence así  
tu mucha melancolía,  
y admire tu discreción  
el que admiró tu inocencia.

INFANTA. ¿Con qué esquiva repugnancia  
vengo a esta conversación!—  
¿Sois vos Héctor el marqués?

CARLOS. El mismo que habéis nombrado,  
y el que será afortunado  
si acierta a serviros es.

INFANTA. ¿Quién dudará, señor mío,  
que vengáis con vanagloria,  
seguro de la victoria  
de aqueste mi desafío?

Pues, como dice Platón,  
aunque agudo suele ser  
el ingenio en la mujer,  
nunca iguala al del varón.

Y más siendo singular  
como el vuestro, aunque podré  
decir que os desafié  
a aprender y no a enseñar.

Y siendo así no podéis  
teneros por vencedor,  
que yo aprenderé, señor,  
porque vos enseñaréis.

PASQUÍN. Con cuatro bachillerías  
te ha pagado de antuvión,  
pero en la conversación  
dirá mil majaderías.—

¡El Infante está perdido!

CARLOS. Antes, por estas razones,  
es justo que te coronas  
con despojos del vencido.

Y no es razón desigual,  
porque las cosas que son  
más extrañas y excepción (1)  
de una regla general (2)

suelen ser más eminentes,  
y por esta causa fueron  
las mujeres que supieron  
admiración de las gentes;  
que obrando Naturaleza  
un milagro, dió a entender  
la fuerza de su poder.

INFANTA. ¿Y quién dijo a Vuestra Alteza,  
digo a Vuestra Señoría,  
que yo ese milagro fuí?

CARLOS. En hablando conocí  
la fuerza y la valentía  
del ingenio.

INFANTA. A lisonjero  
os voy, señor, condenando,  
porque quien entra alabando  
sin reconocer primero  
en qué méritos estriba  
su alabanza, o lisonjea  
o el mérito no desea  
de su buena estimativa.

CARLOS. Es así; pero si vemos  
que amor, aquello que aplace,  
del entendimiento nace,  
y gustando amor de extremos  
hoy nos mata y nos inclina  
de repente, hecho instrumento,  
como rayo más violento,  
la hermosura peregrina;  
claro está que sí procede  
de lo amado nuestro amor,  
reconociendo el valor  
de lo propio, pues se puede  
reconocer los extremos  
de algún objeto excelente,  
pues si amamos fácilmente,  
fácilmente aborrecemos.

INFANTA. Como filósofo habláis,  
porque es inferir discreto  
la causa por el efecto;  
pero en una cosa erráis:  
el ejemplo del amor  
que se engendra con presteza  
es sólo de la cabeza,  
que llamamos exterior;  
y los ojos la aperciben  
fácilmente, porque es tal  
la belleza material,  
que al momento la reciben  
los sentidos; pero aquella  
hermosura consistente  
en el ánimo eminente,

(1) En el original "excession", por errata.

(2) En el texto "de una Reyna natural".

más generosa y más bella,  
júzgala el entendimiento  
con discurrir y saber,  
y así no nos puede ser  
fácil el conocimiento.

Y la diferencia es clara,  
y hay lo mismo, según eso,  
que entre los ojos y el seso  
entre el ánimo y la cara.

CARLOS. ¡Oh entendimiento veloz!  
¡Oh dulcísima sirena,  
feliz yo sí, como Elena  
te parece algo en la voz,  
te pareciera en saber!  
Un serafín comunico.  
¡No vi jamás, Ludovico,  
tan peregrina mujer!

PASQUÍN. O ésta fué monja, o ha sido  
dama de algún estudiante.  
¡Habladora es de portante!

CARLOS. Si el arroyo ha procedido  
de una fuente, no ha de ser  
de calidad diferente,  
siendo el ánimo la fuente  
de do suele proceder.

INFANTA. La hermosura corporal  
concierta correspondencia,  
porque halláis tal diferencia  
en el alma racional,  
y el ver que la anima a ella  
con un ejemplo se puede  
significar: ¿No procede  
de la luz del sol la estrella?

Sí, y con más facilidad,  
aunque su brillar resista,  
la apercibe con la vista  
la humana capacidad.

CARLOS. Sepa yo, señora, pues,  
quién es la que me venció,  
quién es la que me admiró.

INFANTA. Una pobre mujer es  
que por aya la han traído  
de Elena; como Su Alteza  
tiene tan grande rudeza;  
inutilísima ha sido,  
vana será su porfía.

CARLOS. Yo oí decir que es discreta  
cuanto hermosa, y aun poeta.

INFANTA. Diránlo por ironía.  
Serán encarecimientos  
de la lisonja; que errores  
de príncipes y señores

llama el mundo acertamientos.

De un átomo forma un monte  
la adulación infelice;  
divinamente lo dice  
en su P[i]edra Jenofonte.

PASQUÍN. ¿Hay tal hablar? ¡Juro a Dios  
que me pudro si no hablo!  
¡Jenofonte o Jenodiablo,  
argumentemos los dos!

Si eres mondonga bobilla,  
aprende a dar perfección  
a la goma y almidón  
de la toca y lechuguilla.

Sabe prender la valona  
con treinta mil alfileres;  
mezcla bien lo azul, pues eres  
un dedo más que fregona.

Y si eres dama y del sol  
competidora te dices,  
vete a mezclar los matices  
del solimán y arrebol,  
rasura y huevo de clara  
al espejo, y tú con él,  
hecho tu dedo un pincel,  
pinta en tu cara otra cara.

Si estado de dueña gozas  
vete a coser y a labrar,  
a pedir y a murmurar  
y a decir mal de las mozas.

Si te sirven con porfías  
papavientos Lanzarotes,  
vete, necia, a pensar motes  
llenos de mil boberías.

CARLOS. ¡Cállate (1), necio!—Señora,  
para [bien] saber vivir,  
¿podrá volveros a oír  
el que vuestro ingenio adora?

Si quien sabe es inmortal  
y oyendo ciencias se alcanza,  
tenga este bien semejanza  
con la gloria celestial.

Este rato sin segundo  
vida de siglos desea,  
tan breve rato no sea  
como deleites del mundo,  
que cual relámpagos vienen.

INFANTA. ¿No os vais a Sicilia?

CARLOS. A Atenas,  
donde me cantan sirenas

(1) En el original, "óyete", por errata. En la refundición de Matos "Calla, ya".



y rémoras me detienen,  
¿cómo las podré dejar?  
INFANTA. Avisad a Carlos, pues,  
que no se case quien es  
príncipe tan singular  
con quien es tan ignorante;  
porque una mujer hermosa,  
soberbia y presuntuosa  
no es para un varón constante,  
cuerdo, sabio en dos extremos;  
no hay amor, que unidad es.  
Y con esto adiós, Marqués,  
que otra noche nos veremos.  
LUCRECIA. Mas qué, ¿te ha agradado ya?  
INFANTA. Yo llamo a mi pecho infierno,  
porque mi mal es eterno  
y porque dél no saldrá  
el que entró una vez.

(*Vanse las dos.*)

CARLOS. Amor,  
que fieras y hombres humillas,  
de tus altas maravillas  
es aquesta la mayor.

A la beldad peregrina  
de Elena inclinarme siento,  
y este raro entendimiento  
más me fuerza que me inclina.

Pues siendo tu ser y vida  
unión de dos voluntades,  
a tener me persuades  
mi voluntad repartida.

PASQUÍN. Oyeme, Amadís de Gaula,  
un consejo quiero darte:  
con ambas puedes casarte,  
y metiendo en una jaula  
a esta fea bachillera,  
coserás la boca a Elena,  
y así vivirás sin pena,  
si es que tu amor persevera  
con gusto.

CARLOS. Esa es necedad,  
que el hablar desta mujer  
da a entender que ha de tener  
grande parte en la beldad.

En voz, lengua, ojos y manos  
dice Ovidio que ha de estar,  
y así en ellos puede dar  
efectos más soberanos.

PASQUÍN. La dulce habla que dices  
tendrá efectos milagrosos,  
con dos ojos lagañosos

y unas manos de raíces.  
¡Vive Cristo que si mía  
mujer tan discreta fuera  
que con ella no durmiera,  
que pensara que dormía  
con Aristóteles!

CARLOS. Muero,  
por sólo saber quién es  
aquesta mujer. ¿Si es  
Porcia?

PASQUÍN. ¿Si es Homero?

CARLOS. Amor, un poco sucinto,  
quiero, temo, adoro y veo,  
que no sé lo que deseo;  
¡qué confuso laberinto!

(*Vase.*)

(*Salen ENRICO, FERNANDO y el otro.*)

ENRICO. Darne consejos, Fernando,  
es prender vientos y mar:  
¿qué puede considerar  
hombre que padece tanto?

Quiero a Porcia, el Rey me casa,  
su gran dote me desvela,  
con fuego Elena me hiela,  
Porcia sin fuego me abrasa.

Quise a Elena, y su pasión  
me ha cansado, no te asombre,  
porque pienso que no hay hombre  
sin mudable condición.

Haced lo que os ordené  
con industria y traza buena,  
porque así, a pesar de Elena,  
dueño de Porcia seré.

(*Vanse FERNANDO y el otro.*)

Anillos tiene amor de blanca nieve  
con que enero oprimió los montes canos,  
y a los ojos de Porcia, soberanos,  
como a región de fuego no se atreve.

Osado intento fué, que en tiempo breve  
se ardieron arco y flechas de sus manos,  
y es tanto, que el horror de los humanos  
a estar en su presencia no se atreve.

Abrasado quedó, y templar no pudo  
en su frígida zona el fuego esquivo,  
que el hielo de las almas ha deshecho.

Mal puedes, dijo, en fuego fugitivo,  
¡oh Porcia!, dar alivio a amor desnudo  
si Etna tus ojos son y Citia el pecho.

(*La INFANTA a la ventana.*)

Si Etnas tus ojos son y Citia el pecho,

subieron de tu boca a mis oídos  
los aires, con tu voz favorecidos,  
con que lisonjas a mi amor han hecho.

Si Etna sus ojos son, ya habrán deshecho  
el uso a mi razón y a mis sentidos;  
si el pecho Citia fué, tendrá oprimidos  
mi amor, mi libertad y mi provecho.

Si de mis ojos y mi pecho hablabas,  
Citia son ellos, y él es Etna ardiente,  
pues dan llanto y suspiros en despojos.

¿Por qué los epitetos no trocabas?  
Pero dijiste, Enrico, agudamente,  
si hablaban de tu pecho y de tus ojos.

ENRICO. Antes que alegrase el día  
de este jardín a las flores,  
preguntaba los dolores  
de tu gran melancolía:  
preguntaba, Elena mía,

si amor tu pecho me debe,  
y respondió el viento leve,  
entre flores y arrayanes,  
que tus ojos son volcanes  
y tu pecho es blanca nieve.

INFANTA. Mis tristezas, tan calladas  
que aun a mis labios no obligan,  
queréis, Enrico, que os digan  
las cosas inanimadas;  
mis ansias enamoradas  
no te las saben decir,  
y tú las vienes a oír  
de flores y fuentes bellas,  
o estás aprendiendo dellas  
el murmurar o el reír.

Mas bien haces, que ellas son  
testigos de que te di  
rendida el alma, y así  
preguntaste la ocasión  
de mi pena y mi pasión.

Ya sé que responderán  
que el amante y el galán  
tirano de mi albedrío  
quiere dejar de ser mío  
por ser Duque de Milán.

(FERNANDO y otro acuchillan a ENRICO y él  
se retira al vestuario.)

FERNANDO. ¡Muera el traidor alevoso  
que así ha ofendido al Infante!

ENRICO. ¡Ay de mí, infeliz amante!

INFANTA. ¡Ay de ti, infeliz esposo!  
Si eres, amor, poderoso,  
¿cómo mi pena no sientes?

¡Suspiros, id diligentes,  
detened esos traidores;  
enlazad sus plantas, flores,  
y corred tras ellos, fuentes!

¿A quién no admira que esté  
perdiendo juntas dos vidas,  
quien recibe las heridas  
y quien las heridas ve?  
Voces al cielo daré.

¡Padre, Rey, justicia, gente,  
escuchad mi voz doliente!  
Tisbe y Piramo murieron,  
y con su sangre tiñeron  
estas flores y esta fuente.

(Vase.)

(Dentro FERNANDO.)

¡Muera, muera! ¡Dale, dale!—  
Ya se quitó lastimosa  
con sus lágrimas, y hermosa  
como el alba cuando sale.

(Salen FERNANDO y ENRICO.)

ENRICO. Al principio amor iguale  
al fin que mi pecho ofrece  
si el ingenio resplandece,  
para que yo trueque ahora  
una mujer que me adora  
y un ángel que me aborrece.

FERNANDO. Pues Elena te ha adorado  
no la pagues con olvido:  
hazlo por agradecido,  
sino por enamorado.

ENRICO. Su amor me tiene prendado,  
¿qué he de hacer? Mas cuando sea  
que el Rey mis delitos vca  
y Elena lo cuente todo  
despechada, haré de modo  
que el mismo Rey no lo crea.

(Vanse, y salen PORCIA, el REY y ISABEL.)

REY. Nunca dejen, Porcia mía,  
sola a Elena tus dos soles,  
que aumentan las soledades  
melancólicas pasiones.

PORCIA. Siempre, señor, la acompaño,  
y ahora siento sus voces  
entre estos cuadros que forman  
laberintos de las flores.

ENRICO. Oiga Vuestra Majestad,  
y si es desdicha perdone,  
lo que causan las tristezas  
en humanos corazones.

Los filósofos dijeron  
que las aguas cuando corren,  
como los músicos, hacen  
muchos efectos mayores.  
Dan al alegre alegría,  
tristeza al triste; conforme  
hallan el alma, la visten  
de otras nuevas impresiones.  
Así este parque, esta fuente,  
esta murta y estas flores  
en la Infanta mi señora  
han hecho que se transforme,  
su entendimiento, y también  
sus sentidos, y aquel orden  
en que su ingenio divino  
colocaba las razones,  
se le ha trocado de suerte  
que apenas hoy se conoce.  
Mil despropósitos dice;  
unas veces, que traidores  
me dan alevosa muerte,  
y con esto el cielo rompe  
con sus lágrimas y quejas,  
y cuando me reconoce,  
o se suspende o se aira,  
la piedad vuelve en rigores,  
pidiendo de mis agravios  
venganza y satisfacciones.  
Esto pienso que es la causa  
que gobernando tu Corte  
a Su Alteza repliqué  
a ciertas intercesiones.  
Trata, señor, de casarla;  
estado felice tome,  
que el contento y la alegría  
de las bodas con un joven  
tan gallardo como Carlos  
harán el gusto conforme  
al deseo de su alma,  
tan generosa y tan noble.

REY.

¡Que los Reyes poderosos  
paguemos estas pensiones  
a la desdicha! Quisiera  
hacer capitulaciones  
deste casamiento.

ENRICO.

Sé  
como en Nápoles se esconde  
el Infante, disfrazado  
por ver sus divinos soles.  
Si a ti, señor, te parece  
que como es justo se honre,  
haré hospedarle en Palacio

y visitarle en tu nombre.  
¿Das licencia que así sea?  
Enrico, sí.

REY.

ENRICO.

Pues conoces  
mis servicios y que tengo  
sangre tuya, haz que se logren;  
manda a Porcia, como dueño,  
que conmigo se despose.  
Paga en esto mi lealtad,  
pues en esto la propones  
un esclavo que la sirva  
y un marido que la adore.  
REY. ¿Querrásle tu, Porcia mía?  
PORCIA. Trata, señor, que mejore  
mi prima de su pasión,  
y hablaremos de eso entonces.

(Salen la INFANTA y LUCRECIA.)

INFANTA. Padre y señor, que debías  
ser un Monarca del Orbe,  
pues son tus altas virtudes  
admiración de los hombres,  
tema Italia tu justicia,  
que mezclando con rigores  
la piedad, ganan los Reyes  
fama eterna, inmortal nombre.  
Piedad y rigor te pido,  
porque la tragedia que oyes  
dará piedad a las ficras,  
dará rigor a los montes.  
En esos amenos cuadros  
donde sus cristales corren  
pidiendo venganza al mar  
de dos infames traidores:  
Enrico por dos heridas  
da su vida a eterna noche,  
da su espíritu a los cielos  
y da su sangre a las flores.  
Dos criados del Infante  
de Sicilia el pecho rompen  
más leal, más justiciero,  
más generoso y más noble,  
agonizando en las ansias  
de las heridas atroces,  
dormirá el último sueño  
y en sombra inmortal se pone,  
con agonía terrible,  
y en descos y temores  
de la vida y de la muerte  
ya se alienta, ya se encoge.  
Si a los delicuentes matas  
y al triste Duque socorres,



de piadoso y justiciero  
 merecerás alto nombre.  
 ¿Cómo oyendo lo que digo  
 tienes el pecho de bronce,  
 que no el suceso te indigna  
 ni te lastiman mis voces?  
 ¿O la grandeza del caso  
 hacer pudo que te absortes  
 y suspendas, dando causas  
 a sentimientos mayores?  
 Si arrebató tus afectos  
 el sobresalto, interrompe  
 con silencio el sentimiento,  
 cólera el ánimo cobre,  
 para vengar la traición,  
 ya que los ojos no lloren.  
 ¿Qué hielo te vuelve mármol?  
 ¿Qué nuevas indignaciones  
 al pecho?—Porcia, ¿qué es esto?  
 Haz que piadosos favores,  
 ya que no justas venganzas,  
 den a un desdichado pobre,  
 que se revuelca en su sangre  
 sin ver piedad en los hombres.  
 ¿También tú, con ser mujer,  
 ni indignada me respondes,  
 ni lastimada te mueves,  
 ni obligada me socorres?  
 ¿Cómo callas?—Rey, perdona,  
 que así me dan presunciones  
 de que le dieron al Duque  
 las heridas por tu orden.

REY. ¡Qué lástima y qué dolor!

INFANTA. Eso sí, que no eres roble;  
 entornece las entrañas  
 y los ojos se coronen  
 de lágrimas.

REY. Hija mía,  
 haz que diviertan y borren  
 esas pasiones de ira,  
 porque son inflamaciones  
 de melancólica sangre;  
 las memorias no te enojen  
 de Enrico, pues fué razón  
 cuando opuesto a mis favores,  
 ser severo a mi justicia.

INFANTA. ¿Aquí, señor, corresponden  
 esas palabras? Allí  
 verás el túmulo pobre  
 de tu criado. Mas eres  
 hombre al fin, y desconoces  
 lo mismo que bien quisiste.

PORCIA. ¡Qué penas! ¡Qué confusiones!

INFANTA. Ellas, Porcia, serán más  
 si a desengaños mayores  
 no me trujera tu amor.

PORCIA. Prima mía, no congojes  
 el corazón con tristezas,  
 que son imaginaciones  
 de una errada fantasía;  
 haz que aliento el alma cobre.

INFANTA. ¿Qué es esto, Dios? ¿Estáis loca?—  
 Mi Lucrecia, si no pones  
 a este abismo claridad,  
 harás que bien no se logren  
 mis años.

LUCRECIA. Señora mía,  
 ¿quieres que cante, y las voces  
 de mi garganta y las cuerdas  
 templarán tu mal?

INFANTA. Rigores  
 de los cielos son aquestos.  
 ¡Fieras, plantas, aves, robles,  
 tened piedad, pues que falta  
 en humanos corazones!

(Sale ENRICO.)

ENRICO. Ya, señor, supe que Carlos  
 se disimula y se esconde;  
 haciendo estoy prevención  
 para hospedalle esta noche.

INFANTA. ¿Qué es esto, desdicha mía?  
 Juntóse hoy para mi daño  
 la ingratitud, el engaño,  
 el desdén, la alevosía:  
 la que de su amor se fía  
 este pago es bien que aguarde.  
 Llegó el desengaño tarde  
 para causar mayor furia,  
 venganza pide esta injuria  
 en el pecho más cobarde.

Cuando mis ojos le vieron  
 entre sangre y confusión  
 ¿bueno está? Milagros son  
 que mis desdichas hicieron.  
 Engaños de Enrico fueron,  
 ¡ved qué desdichado amor,  
 que me estuviera mejor  
 su muerte, pues le he mirado  
 cuando muerto, enamorado,  
 y cuando vivo, traidor!

Entre tantas falsedades  
 ¿qué respetos me detienen?  
 Todos por loca me tienen,

¿qué miro dificultades?  
Diré quejas y verdades,  
pues no hay desdichas que tema.—  
¡Traidor!

ENRICO. Ya vuelve a su tema.

INFANTA. Siempre estés como yo, triste;  
véngate lo que fingiste,  
que es la maldición suprema.

¿Tal amor y obligación  
con traición se corresponde?  
REY. Síguela el humor, responde  
dando la satisfacción.

ENRICO. Dame, señora, perdón;  
tuyo soy, jamás erré,  
pues mi culpa sólo fué  
examinar la fineza  
con que pagaba tu Alteza  
los méritos de mi fe.

¿Quién examina el amor  
de su fama, amar pretende;  
quien vive amando, no ofende;  
fingir por ver no es error.

REY. Parece que está mejor.—  
Alégrate, Elena mía,  
porque ya se llega el día  
de tu boda en esta casa,  
y también Porcia se casa  
con Enrico; da alegría  
a tu triste corazón.

INFANTA. ¿Porcia y Enrico me dices  
que se casan?

REY. Sí, y felices  
vivirán con tal unión.

INFANTA. Porcia, la misma traición  
es Enrico; tu virtud,  
tu hermosura, tu quietud,  
no le consientan ser tuyo,  
que el menor defecto suyo  
es la infame ingratitud.

ENRICO. Señora, Su Majestad  
tanto ha querido valerme,  
que de Porcia quiere hacerme;  
permita tu Majestad  
mi bien; generosidad  
será dar para este empleo  
la licencia que deseo.

INFANTA. ¿A mí me pides licencia?  
¿Para qué quiero paciencia  
cuando estos agravios veo?

Traiciones y alevosías  
ha de vengar mi rigor  
si mereciera un traidor

morir a las manos mías.  
Tus engaños y porfías  
al mismo Rey ofendieron;  
casado estás, bien lo vieron  
las hojas deste arrayán,  
que mis venganzas sabrán,  
pues mis desdichas supieron.

(Vase.)

REY. Huye, Enrico, que furiosa  
su piedad vuelve en rigor.

(Vase.)

ENRICO. ¡Qué lástima y qué dolor!

(Vase.)

PORCIA. ¡Qué desdichada y qué hermosa!

(Salen CARLOS y PASQUÍN.)

CARLOS. ¿Quién a aquesto la provoca?  
¿Has visto aquello?

PASQUÍN. Y me espanta;  
loca se ha vuelto la Infanta.

CARLOS. No me espanta que esté loca,  
no me prometí yo menos:  
la ignorancia y la hermosura  
hijas son de la locura.

ISABEL. Si están tus ojos serenos  
del mal de la Infanta, mira  
el retrato que rompiste.

PORCIA. Al decir el que quisiste,  
dijeras mejor admira.

PASQUÍN. Aquí está Porcia, y por Dios  
que en viéndote se demuda.

CARLOS. ¿Si es la de anoche?

PASQUÍN. ¿Quién duda?  
Llega, y lleguemos las dos.—

PORCIA. Decidme: ¿cómo lo pasa  
el Infante disfrazado?  
¿Está muy enamorado  
de Elena? ¿Cuándo se casa?  
A Virgilio y a Platón  
le sabrá Elena agradar,  
que es sabia.

CARLOS. No hay que dudar,  
ellas las de anoche son.

PORCIA. ¿Quién duda que halle el Infante  
cuando esos balcones mire  
hermosura que le admire  
y discreción que le espante?

CARLOS. Dos partes son soberanas,  
y ambas le dan alegría:

en los jardines de día,  
y de noche en las ventanas.

Hermosura y ingenio unidos  
le dan precisos despojos:  
las mañanas por los ojos,  
las noches por los oídos.

PORCIA. ¡Qué bien habla!

INFANTA. ¡Qué bien huele!

Buenas manos, buen olor.  
prometen nobleza. Amor  
hacer mil engaños suele.

CARLOS. ¿Quién dudará que esos cielos  
vea el Infante entre sí  
con estrellas de rubí?

PORCIA. Busque a Elena.

CARLOS. Estos son celos.

ISABEL. Pues sabes que le quería,  
Flor con tan grande pasión,  
sin duda que no es bufón.

PORCIA. Quizá no le conocía.

Muriendo estoy por hablalle.  
¡Que hiciese el cielo un truhán  
tan discreto y tan galán  
y le diese tan buen talle!

ISABEL. Que no lo es nos da indicio;  
yo lo he de saber así.—  
¿Cómo está Pasquín?

PASQUÍN. Aquí,  
señora, a vuestro servicio.—

De todos está informada,  
con despejo quiero hablalle.

PORCIA. Cierto que tiene buen talle,  
loca estoy de enamorada.

CARLOS. Pues que conocido soy  
de vuestros ojos, señora,  
el que vuestro ingenio adora  
merezca esas manos hoy.

Anoche vuestras razones  
los sentidos me robaron,  
porque en el alma dejaron  
peregrinas impresiones.

Vine a casarme, mas tanta  
confusión me causó el ver  
ser tan hermosa mujer  
y ser tan necia la Infanta;

vi que el discurrir hermoso,  
y aquel razonar discreto  
era vuestro, y en efeto:  
fuí vencido y muy dichoso.

Y luego el alma que os precia  
en oyendo os conoció  
después, señora, que vió

que era Elena mujer necia.

PORCIA. Cuando Marqués me he fingido...  
¿No has mirado bien que, en fin,  
ha descubierto Pasquín  
que es un loco y atrevido?

¿Haslo visto hablar sin seso?  
La culpa y la causa fuí,  
pues hablándole le di  
atrevimiento con eso.—

Loco arrogante, ¿de quién  
lo necio habéis aprendido?  
Si vos me habéis conocido  
y yo os conozco también.

¿Cómo atrevimiento os doy?  
Si de errores semejantes  
suelen gustar los infantes  
de Sicilia, Porcia soy,  
y mandaré en un instante  
que os corten esa cabeza,  
sin que os valga la grandeza  
de príncipe ni de infante.

¿Quién os dijo a vos que yo  
soy bien sufrida y que Elena  
es necia, y es la sirena  
que Nápoles adoró?

¡Salid, bárbaro, de aquí!—  
¡Así nobleza tuvieras,  
que cierto está que no oyeras  
estas razones de mí!

(Vanse.)

CARLOS. Hidras son mis confusiones:  
en cortando el cuello a una  
nacen siete.

PASQUÍN. Mala luna  
reina en aquestas regiones.

No hay mujer que no sea necia  
en esta casa de día.

CARLOS. Si Porcia me conocía,  
¿cómo Porcia me desprecia?

PASQUÍN. Para las noches apela  
de ingenio y de lengua aguza,  
quizá es discreción lechuza,  
que sólo de noche vuela.

### JORNADA TERCERA

(Sale la INFANTA y LUCRECIA.)

INFANTA. Tan otra estoy y en mí siento  
tal mudanza, que es rigor  
la piedad, ira el amor



y la fe aborrecimiento.

Ni amo, ni dudo, ni temo,  
libre estoy, no sé querer;  
bien dicen que la mujer  
anda de extremo en extremo.

Mi pecho en esta mudanza  
está con tal diferencia,  
que pidió correspondencia  
y ahora pide venganza.

LUCRECIA. En tu mano está; bien puedes  
derribar al que has subido,  
por tu mano ha recibido  
del Rey tu padre mercedes.

Por ella misma podrá  
recebir los disfavores:  
el sol engendra las flores,  
el sol la muerte les da.

El sol levanta una nube,  
el mismo sol la deshace:  
contrarios efectos hace,  
a unos baja y a otros sube.

Bajar debe, y pues te dió  
el cielo ingenio tan rico,  
baje Enrico y muera Enrico  
por los pasos que subió.

INFANTA. La venganza se compara  
a la abeja cuerdamente,  
pues por picar solamente  
en su vida no repara.

Mi pasión hará más grave  
la venganza y el rigor,  
pues será contra mi honor;  
que si el Rey mi señor sabe

el amor que me ha fingido,  
las finezas que mostró,  
los papeles que escribió  
y el tiempo que me ha servido,

¿quién duda que su privanza  
odio venga a producir?  
Pero es picar y morir  
este modo de venganza.

LUCRECIA. Si es que tu pecho desea  
divertirse en tanto mal,  
vamos a Pozo Real,  
para que tu prima vea  
que es la casa de placer  
mejor del mundo.

INFANTA. Hasta aquí  
el placer aborrecí;  
ya he de buscar el placer.

Vamos, cuando baje el sol,  
a las antárticas olas.

LUCRECIA. ¿Qué gente ha de ir?

INFANTA. Vamos solas,  
tapadas a lo español.

(Sale PORCIA.)

PORCIA. Prima, tu padre porfía  
en que me he de casar;  
si tu pena da lugar  
a que remedies la mía,  
sabe que yo no me inclino  
a Enrico, y así conviene  
cierta sospecha que tiene  
mi corazón adivino.

Tú le amaste, bien lo dice  
aquella injusta tristeza,  
que al ingenio y la belleza  
es propio el ser infelice.

INFANTA. Aunque soberbia y altiva  
con ese error semejante,  
y cuanto tuve de amante  
tengo ya de vengativa.

Y he de castigar su intento,  
que el enemigo peor  
es la mujer que el amor  
trocó en aborrecimiento.

Ayúdame.

PORCIA. De manera  
me lastima el mal que pasas,  
que por ti comiera brasas,  
como la Porcia primera.

Tus venganzas encamina,  
que a tu lado estoy constante.

LUCRECIA. El Rey viene.

INFANTA. ¡Ingrato amante,  
hoy comienza tu ruina!

(Sale el REY.)

REY. Tu desdicha solicito.  
Elena, con el cuidado  
de tu accidente pasado,  
en las desdichas te imito.  
¿Cómo estás?

INFANTA. Triste,  
con una eterna inquietud,  
y es tan fácil mi salud,  
que en tu voluntad consiste.

Padre, médico y Rey eres:  
mi vida y salud ordena,  
pues no sentiré más pena  
que aquella que tú me dieres.

REY. ¿Dudas de mí?

INFANTA. Sí, señor,

porque juntas dos extremos:  
Enrico y yo no cabemos  
en un pecho, en un amor.

No caben en un sujeto  
dos contrarios, y es forzoso  
que venza el más poderoso,  
o mayor o más perfecto.

Cuando al líquido vapor  
nubes húmedas rodean,  
los dos opuestos pelean,  
hasta que vence el calor  
con el trueno o con la llama,  
que no pudiendo sufrir  
a su enemigo, al salir  
se sutiliza y se inflama.

Y siendo el amor unión  
que iguales almas ha hecho,  
no es bien que estén en tu pecho  
mi lealtad y su traición.

Echar al uno conviene,  
y la lealtad oprimida  
salga, rasgando la vida  
del enemigo que tiene.

REY. No vuelvas, hija, a ese error,  
que parece ya locura.  
¿Cuándo se vió la hermosura  
ser cruel con tal rigor?

La belleza afeminada  
piedad en el alma pone,  
porque lo hermoso supone  
sangre y condición templada.

INFANTA. ¿De modo que ese rigor  
es tema y es frenesí,  
y es más fácil para ti  
ser yo loca que él traidor?

Pues una de dos...

REY. Prosigue.

INFANTA. O a Enrico has de deshacer,  
o posible no ha de ser  
que mi dolor se mitigue.

REY. De dos extremos cercado,  
fuerza es que el ánimo elija  
más la salud de su hija  
que la vida de un privado.

Pero es de reyes tiranos  
no justificar su ira,  
que la justicia no mira  
en los secretos humanos.

INFANTA. ¿Y si yo te justifico  
su causa y razón primero?

REY. Seré padre justiciero,  
desharé entonces a Enrico.

INFANTA. Juzguen su culpa tus ojos:  
este papel me escribió,  
que hasta aquí he guardado yo  
para no causarte enojos.

Desto nace el sentimiento  
que el alma misma penetra,  
pues que conoces su letra  
conoce su atrevimiento.

(Lee.)

REY. "Yo te adoro, Elena mía,  
y ausente está el Rey: permite  
que en el jardín te visite  
cuando el sol nos niegue el día.

Y pues soy gobernador  
me tomaré esta licencia,  
que no es traición la violencia  
cuando la disculpa amor."

INFANTA. No pasó en ese papel  
su atrevimiento; mas callo,  
que entre tantas quejas hallo  
sentimiento más cruel.

PORCIA. ¿Qué te suspendes y dudas  
y con silencio te espantas,  
si mientras más le adelantas  
a más soberbia le ayudas?  
Qué traiciones no habrá hecho  
el atrevido insolente,  
que quitó violentamente  
una cinta de mi pecho.

Claro está que la tristeza  
de mi prima ha procedido  
de ver que Enrico ha perdido  
el respeto a su grandeza.

REY. No nace mi suspensión  
de dudar lo que he mirado,  
cualquier caso no pensado  
trae conmigo admiración.

Y como no imaginé  
de Enrico tal osadía,  
admiración fué la mía,  
dolor reprimido fué.

Y el considerar la injuria  
con pausas y suspensión,  
convirtió la admiración  
en otro efecto, que es furia.

Y si el ver una belleza  
suele templar los enojos,  
no quiero ver vuestros ojos;  
dejadme solo.

INFANTA. Ya empieza  
a mostrarse arrepentida

mi alma en esta venganza:  
¡el perderá la privanza,  
y yo perderé la vida!

En mí misma me vengué,  
mi propio amor me condena,  
pues él sentirá una pena  
y yo dos, pues sentiré  
la suya más que la mía.

PORCIA. Ten, amiga, ten valor.

INFANTA. ¡Porcia, Porcia, grande amor  
no se acaba así en un día!

Ya vendrá; prima, escuchemos  
lo que dice.

PORCIA. ¿No dijiste  
que ya a Enrico aborreciste?

INFANTA. Son esfuerzos, son extremos  
con que se alienta y se anima  
una tímida venganza  
que desmaya en la esperanza.  
¿No has visto un juego de esgrima,  
donde por fiesta y solaz  
riñen dos hombres, y cuando  
a las veras van llegando,  
el maestro mete paz?

Mi enojo contra mi amante  
empezaba a prevenirse,  
pero al tiempo del herirse  
metió el amor el montante.

(*Vanse, y salen ENRICO y FERNANDO.*)

REY. Enrico, si el Rey es Dios  
y es Dios la suma Justicia,  
como es Dios cuando nos premia  
será Dios cuando castiga.  
Subiste desvanecido  
a la poderosa silla,  
no supiste gobernar  
el carro de luz divina.  
No eras duque ni marqués;  
vuelve a calar una pica  
en la guerra, que es el ser  
que tener antes solías.  
Quien te estimaba te niega,  
quien te adoraba te olvida,  
la que te alentó te ofende,  
quien te subió te derriba.

(*Vase.*)

ENRICO. Fernando, un mal semejante  
de los sentidos nos priva,  
y conocer no debemos  
si es pasión o si es envidia.

¿Qué desdicha ha sido aquesta,  
que apenas la determinan  
mis sentidos, ya pasmados  
de golpes desta caída?

FERNANDO. Esto es lo mismo que yo  
te previne muchos días:  
tu ingratitud hace el daño,  
Elena lo solicita.

ENRICO. ¿Qué animal inexorable,  
qué bestia fiera con ira  
es la mujer poderosa  
enojada y vengativa!  
A su piadosa humildad  
excede su tiranía.  
De extremo en extremo vive;  
ni la lastiman desdichas,  
ni la mueven persuaciones,  
ni con lágrimas la obligan:  
áspides temo de Elena  
si rayos Júpiter libra.  
Los dos conflictos me turban,  
y cuando el Rey me castiga  
clavel no puedo aplicar  
a la piedad de su ira.  
Volvió mi vida a su ocaso,  
volvió al centro que tenía,  
tornó el sol a su poniente,  
sombra es ya la que antes día.  
Los que tuvisteis de mi bien envidia  
tened lástima ya de mi desdicha,  
y la lástima sea  
más que la envidia fué, porque se  
que en mí es más eminente [vea  
que la dicha pasada el mal presente.

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO. Enrico, tened paciencia:  
a confiscaros me envía  
vuestra hacienda el Rey.

FERNANDO. ¿Qué es esto?

ENRICO. Lo que ves. Cáiganme encima  
mil desgracias, porque todas  
las tengo bien merecidas.  
Quede sin títulos ni honras  
el que enloquecer quería  
el divino entendimiento  
de una mujer peregrina.  
Quede pobre el imprudente  
que entre ambición y avaricia,  
por ser Duque de Milán  
miró su lealtad perdida.  
Quede sin Porcia ni Elena



quien desprecia y desestima  
la piedad de la amorosa  
por el rigor de la esquivia.  
Los que tuvisteis de mí bien envidia  
tened lástima ya de mi desdicha,  
y la lástima sea  
más que la envidia fué, porque se  
que en mí es más eminente [vea  
que la dicha pasada el mal presente.

(Vase, y sale LUCRECIA, ELENA, PORCIA y ISABEL.)

PORCIA. Casa de campo cual ésta  
no se puede imaginar,  
cada estanque es ancho mar,  
cada calle una floresta,  
cada cuadro un paraíso;  
siendo aquí el agua tan bella,  
más enamorada della  
que de sí mismo Narciso.

INFANTA. Sentémonos, Porcia, y cante  
Lucrecia, y venzan así  
el mal, que es eterno en mí.

LUCRECIA. ¡Ay, si viniese el Infante!

INFANTA. Que le has llamado sospecho.

LUCRECIA. Sí llamé, mas no en tu nombre;  
que deseo echés un hombre  
tan ingrato de tu pecho.

(Canta.)

“Bellas aguas de Leteo,  
que corréis al mar dormidas,  
llevad apriesa mis males  
como me lleváis las dichas.  
¡Cuándo será aquel día  
que tenga el alma un hora de ale-  
gría!”

(Salen CARLOS y PASQUÍN.)

CARLOS. ¡Linda voz!

PASQUÍN. Es una Orfea.

INFANTA. Gente viene.

LUCRECIA. Carlos es.

INFANTA. Tapémonos todas, pues  
nadie quiero que me vea.

CARLOS. Las que están tapadas son  
Elena y Porcia sin duda.

PASQUÍN. Un perro seré de ayuda,  
enviste con ocasión,  
que yo de las cuatro escojo  
este ruiseñor que canta:  
esta es la primera Infanta  
que se tapó de medio ojo.

CARLOS. Hermosísimas señoras,  
que por no matar cubrís  
los rostros con que decís  
no viva nadie dos horas,  
pues que sois piadosas, dadme  
remedio a una pena fuerte  
viéndoos, y venga la muerte:  
decubríos y matadme.

LUCRECIA. A lo desgarrado habló.

INFANTA. Como tapadas estamos,  
esa libertad le damos.

LUCRECIA. ¿No te va agradando?

INFANTA. No.

CARLOS. Que suele favorecer  
la Fortuna al atrevido  
dicen muchos, y yo he sido  
de contrario parecer,  
que el atrevimiento es,  
cuando en el alma comienza,  
un modo de desvergüenza  
y una locura después.

Y así yo, que me he tomado  
este lugar atrevido,  
suspense estaré, y os pido  
perdón de haberme sentado.

PORCIA. Y quien sabe decir eso  
no sintiendo su deshonra,  
¿se inclina a vivir sin honra,  
se agrada de hablar sin seso?

Ese talle, que promete  
ser un príncipe, un infante,  
¿halla modo semejante  
de vivir? Levanta, vete,  
que me da lástima el verte  
y algunas veces enfado,  
pues si de verte me agrado  
me pesa de conocerte.

CARLOS. Esta es la Infanta, sin duda,  
que la ignorancia lo dice.  
¡Oh tú, hermosura infelice!,  
¿por qué no naciste muda?—

A vuestra luz celestial  
vuelvo el rostro, el alma y vida:  
dadme mejor acogida,  
porque aquí me tratan mal.

INFANTA. ¿Luz celestial es la mía?  
¿Qué sabéis si son tinieblas?

CARLOS. El sol que entre pardas nieblas  
suele dar su luz al día  
cuando su margen compite  
al Nilo, que apenas halla  
su origen, el sol batalla

con las aguas de Anfitrite.

Y despertando raudales,  
los vecinos labradores  
de aquestos campos y flores,  
miran sordos sus caudales (1).

La celestial armonía  
es capacidad pequeña  
al oído; así lo enseña  
la griega filosofía.—

Porcia es sin duda, ya obra  
veneno de amor en mí.  
¡Ay, desdichado de ti,  
del ingenio que a ésta sobra  
no dieras una centella,  
un átomo no trocaras  
para que al mundo admiraras!  
¡Sol, ilumina esta estrella,  
haz a Elena mujer rara!—  
Prodigio fuera tu prima  
si del alma que te anima  
un resplandor le tocara.

INFANTA. ¿En qué presumís que soy  
Porcia yo? Mal conocéis.

CARLOS. En que ni sois ni podéis  
ser Elena, y en que os doy  
el alma y la libertad  
sin veros, que son señales  
de que amor nos hizo iguales  
en sangre y en calidad.

INFANTA. ¿Habiendo venido amante  
de Elena os mudáis así?

CARLOS. Quien al lado de un rubí  
mira brillar un diamante,  
y contra lo que le inclina  
haciendo dél elección,  
aunque sus reflejos son  
de sangre y púrpura fina,  
¿no errará? Pienso que sí.  
Luego es feliz inconstante  
amor que escoge diamante  
cuando esperaba rubí.

PASQUÍN. No os dan a vos tan temprano  
el grado de bachillera:  
sois hermosa; mas, casera,  
vos habláis en canto llano.

Bien hacéis, ello es mejor;  
el contrapunto me enfada  
y la fábula me agrada  
del cuquillo y ruiñón.

ISABEL. ¿Vos bufonizáis también?

PASQUÍN. ¿Quién si no yo?

PORCIA. ¿Qué pretende  
en Nápoles como duende  
vuestro Infante? ¿Quiere bien?  
Ver no se deja y envía  
a sus bufones criados  
a solicitar cuidados  
y él no parece de día.

¿Por qué vive tan extraño  
si ver a Elena procura?

PASQUÍN. ¡Oigan, oigan, que les dura  
la friota de mi engaño!

¡Qué tontas son, vive Dios,  
que a Carlos no han conocido!  
Lo de Pasquín han creído.  
¡Qué cuitadas son las dos!

CARLOS. Descubrid, señora mía,  
el bello rostro, que espero  
salga el sol de su hemisferio,  
salga de su oriente el día.

Salga ya, merezca verla,  
de ese manto luz hermosa,  
de su capullo la rosa  
y de su concha la perla;  
que aunque no aperebiré  
objeto que es tan divino,  
teniendo el sol por vecino  
águila vuestra seré.

Y como aquel que nació  
ciego, viendo de repente  
el luminoso accidente,  
mudo y absorto quedó,  
así yo, que he deseado  
ver ese sujeto hermoso,  
mudo estaré de glorioso  
y supenso de admirado.—

Vos, señora, interceded  
en lo que yo estimo tanto.

INFANTA. Ya a mí me cansaba el manto;  
concedole la merced.

CARLOS. ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que vi?  
¿Hay caso más raro y nuevo?  
Admiración mayor debo  
que la que me prometí.

Confúndese el alma mía  
y una sospecha la agravia:  
¡Elena de noche es sabia,  
Elena es necia de día!

Tapada Elena discreta,  
necia Elena destapada.  
¡Amor, amor, no me agrada  
maravilla tan secreta!

(1) Así en el texto original.

La que agradar no me quiso,  
amor tiene en otra parte.  
INFANTA. ¿No acabas ya de admirarte?  
CARLOS. Un celestial paraíso  
trae mis ojos divertidos,  
porque un sujeto excelente  
conocer no se consiente  
de los humanos sentidos.  
INFANTA. No permitimos las dos  
que esté, señor, Vuestra Alteza  
descubierta la cabeza.  
PORCIA. ¡Carlos, es, válgame Dios!

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. El Rey sabe ya que estás  
en Nápoles, y te espera  
alegre.  
CARLOS. Desamano  
no es justo encubrirme más.  
Vamos a verle.—Confusa  
me da amor su gloria y pena  
entre Porcia y entre Elena.  
PORCIA. ¡Qué raros milagros usa  
conmigo amor!  
INFANTA. ¡Qué admirado  
que irá el Infante de ver  
cuerda y necia una mujer!  
PORCIA. ¡Qué confusión!  
CARLOS. ¡Qué cuidado!

(Vanse todos, y sale ENRICO y FERNANDO.)

FERNANDO. Pues el Príncipe ha venido  
a casarse con Elena,  
pide al Rey que de la pena  
te saque en que te ha metido.  
ENRICO. El que se vido mandar  
pida así no es maravilla,  
si un leño azota y humilla  
la altiva frente del mar.  
FERNANDO. Ya Porcia a su cuarto viene,  
díselo.  
ENRICO. Valdréme della,  
pues el rigor de mi estrella  
tantos males me previene.

(Sale PORCIA.)

Duquesa hermosa, si tiene  
tu pecho lástima ahora  
alcance del Rey que un hora  
de audiencia me quiera dar,  
porque pueda disculpar  
el alma de quien te adora.

PORCIA. Si yo la causa no ajusto  
ni sé la razón porque eres  
tan infeliz, ¿cómo quieres  
que pueda hacerte ese gusto?  
A secretos de un Rey justo  
no me atrevo, ni querría.

(Vase.)

ENRICO. Tu esquivéz no prometía  
más amor ni fe más pura.  
¡Oh, qué bárbara hermosura!  
¡Qué rústica tiranía!

FERNANDO. El vaso que estuvo hecho  
de algún precioso licor,  
tarde pierde aquel valor.  
Que Elena viene sospecho.

(Vase y sale la INFANTA.)

INFANTA. ¡Tarde saldrán de mi pecho  
los resquicios del olvido!

ENRICO. ¿Qué delincuente atrevido,  
sin prudencia y sin saber,  
jamás se fué a retraer  
en casa del ofendido?

No vengo, como solía,  
soberbio y vanaglorioso,  
juzgándome tan dichoso  
que tu favor merecía.  
Tráeme la fortuna mía  
tan otro del que me vi,  
que estar delante de ti  
no me atrevo y me retiro,  
que eres espejo en que miro  
lo que soy y lo que fuí.

No pretendo aquel estado  
en que me vió la Fortuna  
sobre el crisol de la luna,  
que habiéndome derribado,  
como su luz me ha faltado,  
como ya no resplandezco  
y mis desdichas padezco,  
con mi misma obscuridad  
conozco mi indignidad,  
y este es bien que no merezco.

No pretendo, no, perdón,  
porque ofensa hecha a mujer  
divina, no ha de tener  
humana fascinación,  
ni pretendo galardón,  
que amor me responderá,  
que a un ingrato no le da,  
y en la desdicha presente  
yo pretendo solamente



que me escuches.

INFANTA.

Bien está.

(*Vase.*)

ENRICO.

¡Bien está! ¿Qué es esto, cielos?

¿Aun atención no me dió?

Pero bien está que yo  
no tenga humanos consuelos,  
pues amor pagué con celos.

Esta desdicha es mortal  
y mi pena es desigual,  
puesto que mis ojos ven  
que a mi desdicha está bien  
lo que a mi amor le está mal.

Retrato, salid acá  
porque mis penas os diga:  
imagen de mi enemiga,  
¿queréis vivir? Claro está.  
Pues si Elena es otra ya  
y su antiguo ser tenéis,  
por lo menos no diréis  
que en romperos soy ingrato,  
pues que siendo vos retrato  
al dueño no os parecéis.

(*Sale la INFANTA.*)

INFANTA.

Quien en el florido mayo  
ve una nube parda rubia  
amenazar con su lluvia  
y amargarnos con un rayo,  
y en el bosquejo o ensayo  
de la tempestad que ordena,  
cuando más asombra y truena,  
pasa ligera, y, en fin,  
la viste el sol de carmín  
y el cielo hermoso serena.

El enojo de un amante  
es cual nube de verano,  
que amenaza con tirano  
rigor, sin pasar delante,  
por ser cólera inconstante.

Para escucharos volví.  
Hablad, Enrico.

ENRICO.

¡Ay de mí,  
oso y temo! Amor prevenga  
la disculpa, porque tenga  
consolada muerte así.—

En el engaño pasado  
yo no oíendí a Vuestra Alteza:  
probar quise la fineza  
de mi amoroso cuidado  
y quedé desengañado.

Ingratísima mujer,  
¿por qué me quisiste hacer  
tu imagen para borrarne?  
¿De qué sirvió levantarme  
para dejarme caer?

Pídele al Rey mi señor  
licencia para volver  
a la guerra, a merecer  
su gracia con tu favor,  
por aquel fingido amor  
que me tuviste.

INFANTA.

Primero  
que asistáis, Enrico, quiero  
al estado que hoy recibo.

(*Vase.*)

ENRICO.

¿Cómo podré verlo vivo,  
si sólo oyéndolo muero?

¿Por qué queréis que yo asista  
a las bodas del Infante,  
si es fuerza estando delante  
darte el alma por la vista?  
Cásate y no lo resista  
mi desdicha, pero sea  
la venturosa pelca  
de tu amor y de mi suerte,  
de tu olvido y de mi muerte.  
adonde yo no lo vea.

(*Vase, y salen CARLOS, PASQUÍN y un SOLDADO.*)

CARLOS.

Dadme consejo los dos.

PASQUÍN.

¿Los dos somos consejeros?

CARLOS.

Porcia y Elena igualmente  
son unos ángeles bellos,  
y aunque Elena me enamora  
me ha acobardado el intento  
con que necia se ha fingido,  
porque éste fué mi desprecio  
o querer en otra parte.

PASQUÍN.

Pues responde a lo primero  
el consejero Pasquín,  
y dice así...

CARLOS.

¡Calla, necio!

PASQUÍN.

No puedo callar, que yo  
por los nombres me gobierno.  
Porcia diz que fué avestruz  
que le engulló mucho hierro,  
y Elena dió a Menalao  
el grado y borla de necio:  
enójese o no se enoje  
Porcia, yo a Elena me atengo.

(Salen el REY y la INFANTA, PORCIA y ENRICO.)

REY. Ruégale, Porcia, a tu prima que acepte ya el casamiento de Carlos.

PORCIA. ¿He de pedir el mismo mal que aborrezco? ¿He de rogar mi desdicha? ¿He de buscar mi tormento?

REY. Infanta, pues con más gusto te ven los piadosos cielos, toma ya resolución en tu casamiento.

INFANTA. Acepto tu gusto como perdones a Enrico.

REY. Tú eres el dueño de tu agravio: yo remito la culpa a tus pensamientos, aunque es verdad que tu enojo en mi desgracia le ha puesto; nunca fué mi voluntad, querida hija, de hacerlo.

INFANTA. Perdonado estás, Enrico.

ENRICO. Si has de humillarme, pues veo casarte, ¿por qué levanta tu mano mis pensamientos?

INFANTA. Si estáis asido a mi mano no temáis: subid, teneos.

ENRICO. Sí temo.

INFANTA. Quien deseonfia no siempre, Enrico, es discreto.— Infante, si divertida para levantar del suelo a Enrico, le di la mano y estos descuidos ha hecho mi ignorancia y bobería, ¿qué he de hacer?

CARLOS. Muy bien lo entiendo,

y lo que puedes hacer es que tu divino ingenio me dé a Porcia.

INFANTA. Prima mía, hoy lograrás tus deseos.

REY. ¿Qué es esto, Elena?

INFANTA. Señor, éste fué arrepentimiento de haber derribado a Enrico de tu amor, y así le vuelvo con tu licencia a tu gracia.

ENRICO. Alegre con ser tu yerno.

REY. ¿Cómo yerno?

INFANTA. Señor mío, si es tu sobrino y ha puesto en mí los ojos y pierde tu amor y gracia, por eso no es bien que la causa sea, justo fué mi atrevimiento, y el amor que le tenías ha de volver a tu pecho.

REY. Si el Infante quiere a Porcia, Elena, yo gusto dello.

CARLOS. La mano te doy.

PORCIA. Yo el alma.

CARLOS. ¿Qué dicha como ser vuestro?

ENRICO. ¿Qué vergüenza tan diehosa!

INFANTA. ¡Y qué fuerza de amor!

REY. Veo

en el Infante tal gusto,

que lo miro y no lo creo.

¿Quién entiende a las mujeres notando tales extremos?

ENRICO. ¿Quién es ingrato con ellas si saben dar este premio a quien las sirve? Aunque fuí *El Ingrato*, a ser comienzo desde hoy el agradecido, dando fin a mis sucesos.

# EL INGRATO ARREPENTIDO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

DON RODRIGO DE TAPIA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO

Todas las obligaciones de un caballero, en materia de la espada, son actos militares, y así les daba este nombre don Diego Ramírez, llamado el alanceador, a las acciones de una plaza, no inferiores a las justas y torneos de a caballo, antes bien, de más gallarda osadía por la ferocidad del enemigo, que un caballero que en una justa acomete armado a su contrario, si bien lleva el peligro de quien fué lastimoso ejemplo el Rey de Francia, y se celebra con razón la censura de aquel hermano del Turco, que dijo: *Que para veras era poco y para burlas mucho*, no le tiene tan grande como esperando un toro, la destreza, ánimo y valentía con que V. m. acometió y rindió la fiereza del más bravo que ha visto el Tajo, ni criado Jarama en sus riberas, pareció a los ojos de su Majestad, de sus Altezas, y de toda esta Corte, una acción digna de tales años, de tales ascendientes y de tales obligaciones, que acompañada de tales galas, me obligó aquel mismo día a provocar las Musas con envidia de otras plumas, si más ejercitadas, con menos obligaciones, que con mucho gusto suyo me dieron estos versos.

Don Rodrigo, transformado  
en cielo, con más estrellas,  
ojos de las damas bellas,  
Argos de amor desvelado,  
en otro Pegaso alado  
para que en igual conquista  
terrestre foca resista  
en la palestra del mar,  
de la Corte entró a cifrar  
de un breve mando la vista.

Iba la fama con él,  
y él tan galán a su lado,  
que con sólo haber entrado  
le dió su verde laurel.

La envidia siempre cruel,  
y más en la edad florida  
en un toro revestida  
sale a buscarle tan loca,  
que la tierra apenas toca  
donde ha de quedar vencida.

El toro, como si fuera

la nave, que viento en popa  
trajo sin flores a Europa,  
y las dió a la Primavera  
del sol que en él reverbera,  
recibe tanto calor  
que tienta al brazo el valcr;  
pero el galán don Rodrigo  
tuviera igual enemigo,  
si Júpiter fuera amor.

La envidia que al toro guía  
parte con golpe violento,  
mas tanto perdió de aliento  
cuanto tuvo de osadía,  
midió la tierra, y volvía  
los pies al cielo, con celo  
de pedir, que en su azul velo  
como el otro signo esté,  
pero porque envidia fué,  
no quiso admitirle el cielo.

Porque cosa injusta fuera  
que en su máquina estrellada  
fuera figura pintada  
siendo hazaña verdadera,  
materia que el tiempo altera  
no es justo que solicite,  
bronce al toro se permite,  
y a la envidia se concede  
que esculpida en mármol quede  
para que no resucite.

En el diálogo tercero de la Filosofía de la destreza dijo Carranza, aquel insigne ingenio sevillano, *Que todas las acciones de la naturaleza eran de una misma suerte*. Agrádame este aforismo en razón de la valentía de la plaza, y la que se conoce en la guerra, pues quien allí la muestra con argumento evidente, nos declara la que tuviera en la campaña, o en el mayor asalto. Para esto fué permitido este ejercicio, y así Angelo Bargo en el primero libro de su Cinegeticon, después que ha pintado los que pueden hacer gallardo para la caza de un joven dice:

*Magnanimos, aut ille, unquam vitaverit hostes,  
Infestasque vices, dubiūque pericula Martis.*



Pero en cosas tan conocidas vanamente se gasta la persuasión, yo añadí este día mil aficiones a mi voluntad, y sobre las obligaciones de su casa, mil nuevos desos de que en el mundo se conozcan, no quise que saliese esta décima quinta parte de mis comedias a luz, sin ofrecer alguna a V. m., como con grande atrevimiento las he ofrecido al señor Pedro de Tapia, y a mi señora doña María Puente Hurtado de Mendoza, digna prenda de V. m., a quien suplico admita mi voluntad y lea *El ingrato arrepentido*, que aunque yo, porque no lo he sido, no puedo estarlo, quise dedicarle esta fábula amorosa, por no remitir a otro lugar la memoria de mi obligación y la satisfacción de mi desco.

Capitán de V. m.,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

#### FIGURAS DE LA COMEDIA

|                             |                               |
|-----------------------------|-------------------------------|
| ALBANO, <i>caballero</i> .  | FULGENCIA, <i>dama</i> .      |
| TANCREDO, <i>criado</i> .   | FELICIANO, <i>caballero</i> . |
| LISARDO, <i>caballero</i> . | CLARINO, <i>criado</i> .      |
| FINEO, <i>criado</i> .      | FLORELA, <i>dama</i> .        |
| ORACIO, <i>caballero</i> .  | EGROTEO.                      |
| CAMILO, <i>criado</i> .     | ALBERTO, <i>criado</i> .      |
| LEONIDA, <i>dama</i> .      |                               |

Representóla Ríos.

#### ACTO PRIMERO

(Sale ALBANO en hábito de peregrino, y TANCREDO.)

ALBANO. Esta es la casa, ¿qué dudas?  
Llama, Tancredo.

TANCREDO. Señor,  
¿que descanses no es mejor  
y después a verle acudas?

ALBANO. ¡Llama, necio!

TANCREDO. ¿No es tu casa  
el más verdadero amigo?

ALBANO. Esto he de hacer; llama digo.  
¿No miras que gente pasa  
y en el hábito que estoy  
que me conozcan no es bien?

TANCREDO. Llamaré, y diré también  
quién eres.

ALBANO. Di que yo soy.

Porque habiéndome partido  
sin darle cuenta a Lisardo,  
mejor, como vengo, aguardo  
ser en su gracia admitido.

Bien sabes que aquel desdén  
por quien hice aquesta ausencia  
de Lisardo y de Florencia  
tuvo la culpa también;

que aquel celoso despecho  
con que me vine a partir  
no me dejó despedir  
de la mitad de mi pecho.

Y como también juré  
no escribir, no le escribí,  
y así no sabe de mí,  
ni aun yo sé si de mí sé.

TANCREDO. ¿Pues es posible que hay puerta,  
ni calle que se visite,  
reja que se solicite,  
el ver su ventana abierta

primero que la de aquélla  
por quien andamos así?

ALBANO. Amigo Tancredo, sí:  
ni he de hablalla, ni he de vella.

TANCREDO. Ea, león, que ha diez meses  
que te enojaste y partiste.

ALBANO. ¿Diez meses no más dijiste?  
¡Ay, si amases y te fueses!

Pinta en mi dolor profundo  
desdenes y desengaños,  
Tancredo amigo, los años  
desde el principio del mundo.

Cuando rendía sus frutos  
sin ver diligencia ajena;  
da otros tantos a mi pena  
y repártela en minutos;  
y en cada minuto dellos  
los años del mundo pon,  
que esos los diez meses son  
que no os he visto, ojos bellos.

TANCREDO. Los años del mundo dados  
a un minuto de tu pena,  
por Dios que la cuenta es buena  
si han de ser multiplicados.

Cuenta la que dices es  
que tendría algún primor.  
Basta, que te ha vuelto amor  
otro Juan de Leganés.

ALBANO. ¿Quién dices?

TANCREDO. Un español  
que tuvo infusa esa ciencia.

ALBANO. ¿Que ése contará mi ausencia?

TANCREDO. Y los átomos del sol.

Pero era un hombre menguado,  
sin género de sentido,  
y por eso parecido  
a cualquier enamorado,  
que todos sois mentecatos  
y andáis contando imposibles.

ALBANO. ¡Cosas tienes insufribles!

Yo seré ejemplo de ingratos:  
yo haré que entienda Fulgencia  
que ya mi amor tuvo fin.

TANCREDO. Como otro fray Juan Guarín  
vienes de haer penitencia.

Mas dame tú que te llame  
con dos dedos de papel,  
que tú irás.

ALBANO. ¿Quieres, cruel,  
que tu vil sangre derrame?  
¿Yo ver a Fulgencia más?  
¿Yo acordarme de Fulgencia?  
¿Yo, Fulgencia, en tu presencia?  
¿Fulgencia hablarme jamás?  
¿Fulgencia mirarme a mí?  
¿Yo a Fulgencia dar la mano?  
Ya no es Fulgencia de Albano,  
ya murió Fulgencia en mí.

Fulgencia con obras malas  
que la aborrezco te avisa.

TANCREDO. Eso sí, nómbrala aprisa,  
que por Dios que te regalas  
en el ausencia y cuidados  
de la que adoras y quieres.  
Como los muchachos cres  
cuando van por los recados,  
que van diciendo su nombre  
por que no se les olvide.

ALBANO. La voz y los pasos mide,  
que sale de casa un hombre.

(Sale LISARDO, caballero, y FINEO, criado.)

TANCREDO. ¡Por tu vida que es Lisardo!

LISARDO. Si viniere Doroteo  
haz que le digan, Fineo,  
que en los Mármoles le aguardo.

ALBANO. ¡Lisardo!

LISARDO. ¿Quién es?

ALBANO. Yo soy.

Dame esos brazos.

LISARDO. ¡Jesú!

ALBANO. Albano soy.

LISARDO. ¿Eres tú?

¡Brazos y abrazos te doy!

¿No eras muerto?

ALBANO. ¿Cómo muerto?

LISARDO. Así se sonaba acá.

ALBANO. Bien dicen, que muerto está  
quien duerme estando despierto.

LISARDO. ¡Válgate Dios dos mil veces,  
volver te quiero a abrazar!

ALBANO. Podrásme resucitar

si así los brazos me ofreces.

LISARDO. Si estás muerto en tu persona  
tal semejanza recibo,  
que el gusto de verte vivo  
serán gritos de leona.

Y aunque al cielo y su grandeza  
se dan los milagros bien,  
algunos hace también  
la misma Naturaleza.

Nunca tu muerte creí,  
porque si eso verdad fuera,  
en mí sin duda se hubiera  
muerto la mitad de mí.

Y ansí fué caso muy llano,  
y yo por tal le tenía,  
que pues yo todo vivía,  
todo estaba vivo Albano.

ALBANO. Ignorante de tu pena,  
de mi muerte no la tuve,  
Lisardo, el tiempo que estuve  
peregrino en tierra ajena.

Y bien se deja entender  
que mi muerte no creías  
en que tan bueno vivías  
como ya te vengo a ver;

que a vivir tú de otra suerte  
y saber yo tu pesar,  
muriera sólo en pensar  
que imaginabas mi muerte.

Que es tal la virtud unida  
que en dos vidas puso Dios,  
era señal que los dos  
tuvimos salud y vida.

LISARDO. Bien haces de encarecer  
tu amor, porque salga más  
la culpa, Albano, en que estás  
aunque me vienes a ver.

¿Cómo te fuiste sin verme?  
Si era hacer este camino,  
también mi amor peregrino  
pudo peregrino hacerme.

Si fué por desgracia alguna  
contigo es bien me llevaras,  
que no tengo yo dos caras  
si las tiene la Fortuna.

Y pues contigo he gozado  
la próspera, justo fuera  
que de la adversa tuviera  
parte igual siempre a tu lado.

Si por deudas te partiste,  
de mi hacienda las pagara,  
y cuando ella no bastara,

¿por qué no me lo dijiste?

Y cuando todo esté llano,  
y tanto a mi amor permito,  
de nunca me haber escrito  
no tienes disculpa, Albano.

ALBANO. Suelen, amigo Lisardo,  
llegado al punto postrero  
de partirse, los amigos  
comunicar sus secretos.  
Mirad qué al revés me traen  
las inclemencias del tiempo,  
pues no cuando voy los digo,  
sino ya después que vuelvo.  
Y es lo peor que en decirlos  
mayores culpas confieso,  
que es agraviar al amigo  
tener secreto encubierto.  
Pero oyéndome hasta el fin,  
ya puede ser que el suceso  
con la culpa me disculpe.—  
Retiraos y estadme atento.  
En una iglesia, Lisardo,  
habrá un año, poco menos,  
vi un ángel del cielo mismo,  
por eso le vi en su templo.  
Bien es verdad que no sé  
afirmar que fué del cielo,  
porque ángel que abrasa tanto  
mucho tiene del infierno.  
Toda la misa, Lisardo,  
hasta el segundo Evangelio,  
bebiendo estuve sus ojos,  
y el alma veneno en ellos.  
Como vió que la miraba,  
con un vergonzoso extremo,  
cubrió de clavel la cara  
y bajó la vista al suelo.  
Yo, que serlo deseara,  
por ser su dichoso objeto,  
porque volviese a mirarme  
daba mil indicios tiernos:  
ya tosía, ya escupía,  
ya las chinelas metiendo  
con ruido procuraba  
despertar sus ojos bellos.  
Vencióse, y volvió a mirarme,  
y con un gracioso ceño  
dió claveles otra vez,  
y yo suspiros al cielo.  
Vi que partirse quería,  
y saliendo yo primero,  
cerca de su mismo estrado

finjí caérseme un lienzo.  
Bajéme para tomalle  
y díjele, vuelto en hielo,  
con voz más flaca y turbada  
que algún sentenciado el Credo:  
“No os valdrá, señora mía,  
aunque yo os perdone luego,  
la iglesia en este homicidio,  
pues en ella me habéis muerto.”  
Temblé todo, y levantéme,  
fuíme a la pila derecho,  
donde aguardé que llegase  
melancólico y suspenso.  
Pensaba lo que había dicho  
arrepentido en extremo,  
juzgando por necedad  
lo que dije por requiebro.  
Mil cosas se me ofrecían,  
que lo bien dicho o bien hecho  
en pendencias y en amores  
se ofrece pasado el tiempo.  
Llegó a la pila, y yo, triste,  
por mojar en ella un dedo,  
metiendo toda la mano  
fuí cortesano y grosero.  
Riéronse ella y dos damas;  
sonrojéme, y revolviendo  
dije: “Toda el agua es poca  
para el Etna de mi fuego.”  
Salí de la iglesia y quise  
irme delante, midiendo  
el camino paso a paso,  
por mostrar aire en el cuerpo,  
que en el hombre bien trazado  
cuando algo tiene imperfecto,  
mucho mejor por la espalda  
se juzga que por el pecho.  
¿Pero cómo voy tan largo  
si disculparme deseo?  
Debe de ser que mi mal  
descansa cuando le cuento.  
Advierte, Lisardo amigo,  
pues eres hombre discreto,  
las diligencias de un hombre  
enamorado y mancebo.  
A escribirla me atreví,  
poniéndole un casamiento  
por escudo a sus rigores  
y máscara a mis deseos.  
Cayó en oyendo la boda,  
tragando todo el anzuelo;  
que el casamiento, Lisardo,



es destos peeces el cebo.  
 Quisete luego decir  
 mi amoroso pensamiento,  
 y con juramentos graves  
 mandóme tener secreto.  
 Fueron tales, que mil veces  
 fuí a decirte mis empleos,  
 y me quitaban la voz  
 su amor y mis juramentos.  
 En discurso de dos meses  
 vine a perder tanto el seso  
 que con las piedras hablaba,  
 y aun pienso que me entendieron.  
 Pero la adversa fortuna  
 trazó tan mal mis sucesos,  
 que en este tiempo sus padres  
 trataron su casamiento.  
 Y mira a qué desventuras  
 los que aman están sujetos,  
 que antes de habérsele dicho  
 estaba, Lisardo, hecho.  
 Llegaba una noche oscura,  
 vestido de plata y celos,  
 a sus rejas para hablalla  
 o para adorar su hierros,  
 cuando vi mis dos estrellas  
 menudo aljófar lloviendo  
 salir a notificarme  
 el riguroso decreto.  
 Lloramos los dos un rato  
 y dijele al fin: “¿Qué espero  
 que no te saco de aquí,  
 que soy tu marido y puedo?”  
 Respondióme: “Albano mío,  
 que soy tu mujer es cierto;  
 pero engendrómeme mi padre,  
 lo que me manda obedezco.”  
 ¿No has visto un toro encerrado?  
 ¿No has visto un caballo suelto?  
 ¿No has visto un tigre sin hijos?  
 ¿No has visto un esclavo huyendo?  
 Pues así partí furioso,  
 y en el hábito que tengo  
 partí a Roma peregrino,  
 sin voto ni jubileo.

LISARDO.

No digas más ni pases adelante,  
 Albano amigo, en tu amorosa historia;  
 disculpa tienes, y tendrás bastante  
 con quien sabe de amor, que es pena y gloria.  
 No decirme secreto semejante

para conmigo es obra meritoria,  
 que quien dice el secreto de su dama  
 su amor ofende, calidad y fama.

Pésame que tan mal me sucediese,  
 y mucho más de que tan leve injuria  
 con tu celoso amor tanto pudiese  
 que te precipitase a tanta furia.  
 Ello es hecho, y es justo que te pese,  
 que una palabra en el amor no injuria  
 de tal manera que te obligue a ausencia.—  
 ¿Qué sabes della?

ALBANO.

Que quedó en Florencia.

LISARDO.

¿No más de que quedó?

ALBANO.

Si yo he querido  
 hacer más diligencia, el cielo santo  
 condene mi memoria a eterno olvido.

LISARDO.

¡Extraña tema!

ALBANO.

Amor me obliga a tanto.

LISARDO.

De los amantes de otro tiempo has sido:  
 ¡bien sientes un desdén!

ALBANO.

Ya sabes cuánto.

LISARDO.

¿Piensas hablalla?

ALBANO.

¡Aborreccella quiero!

LISARDO.

¿Sabes tú que podrás?

ALBANO.

¡Por ella muero!

LISARDO.

Hablaremos en ella agora, Albano.  
 En mi casa tendrás un aposento,  
 que mudando ese traje en cortesano  
 mudarás por ventura el pensamiento.

ALBANO.

¿Pues no he de ir a mi casa?

LISARDO.

Ya es en vano

usar con mi amistad de cumplimiento.—

¡Hola!, llamad a mi esposa.

ALBANO.

¿Cómo esposa?

¿Estás casado?

LISARDO.

Sí.

ALBANO.

¡Graciosa cosa!

LISARDO.

Por vida de los dos que estoy casado.

ALBANO.

¿Casado?

LISARDO.

¡Sí, por Dios! ¿Qué te santiguas?

ALBANO.

En no me lo decir me has agraviado.

LISARDO.

Ya son mis bodas en Florencia antiguas.

ALBANO.

¿Casado ya, Lisardo?

LISARDO.

Y aun cansado,  
que presto lo verás si lo averiguas.

ALBANO.

¡Jesús mil veces!

LISARDO.

Hay error segundo.

ALBANO.

Como hombre te hablo ya del otro mundo.

LISARDO.

Aún no lo sabes muy bien.

ALBANO.

¿Cómo? ¿Es muy fea?

LISARDO.

Es un ángel, por Dios; mas no me agrada.

ALBANO.

¿Es mal nacida acaso?

LISARDO.

Es semidea.

ALBANO.

¿No es virtuosa?

LISARDO.

Es por extremo honrada.

ALBANO.

¿Es pobre?

LISARDO.

Es rica: es copia de Amaltea.  
De inmortal abundancia coronada.

ALBANO.

¿Es celosa?

LISARDO.

No sabe qué son celos.

ALBANO.

¿Es necia?

LISARDO.

Es sabia.

ALBANO.

¡Válgame los cielos!

¿Pues qué tener, si es virtuosa,  
hermosa, bien nacida, rica, honrada,  
discreta y no celosa?

LISARDO.

Alguna cosa.

ALBANO.

¿Pues no me la dirás?

LISARDO.

Ser desdichada.

ALBANO.

Ahora creo que es discreta, hermosa,  
humilde, bien nacida y doctinada,  
que para desdichada no hay falta  
que acierte al blanco más que ser perfeta.

(Sale FULGENCIA y FINEO.)

FINEO. Mi señora viene aquí.

FULGENC. ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

LISARDO. Que la mitad conozcáis,  
Fulgencia, de mí sin mí:

un hombre somos los dos,  
él mía y yo su amistad.

FULGENC. ¡Jesús!

LISARDO. Los brazos le dad.

ALBANO. ¿Qué es esto? ¡Válgame Dios!

¡Tancredo, Tancredo amigo,  
ésta es Fulgencia! ¿Qué aguardo?

TANCREDO. ¿Que era su esposo Lisardo?

LISARDO. Que le des los brazos digo.

ALBANO. ¿Que Lisardo se casó

con Fulgencia?

TANCREDO. ¿No lo ves?

LISARDO. Ya digo que se los des.

FULGENC. Y lo mismo digo yo.—

¡Ay, amante de mi vida,  
cuánto tu furia me cuesta!

ALBANO. ¡Cielos, que Fulgencia es ésta  
y que es del todo perdida!

Pues alto, la vida acabe.  
Ahogadme, corazón.

LISARDO. ¿Qué estás en esta ocasión  
tan vergonzosa y tan grave?

Haz toda la honra a Albano  
que me hicieras si yo fuera.

TANCREDO. ¿Desmáyaste? Tente, espera.

ALBANO. Tenme, apriétame esa mano.

LISARDO. ¿Qué es eso?

TANCREDO. No os cause pena,  
que es mal que le suele dar.

LISARDO. ¿Pena no me ha de causar?

¿Luego es ésta vida ajena?

¡Hola, gente! ¡Hola, Fineo!  
¡Traed agua, salí aquí!—  
Llega, Fulgencia.

FULGENC. ¡Ay de mí,  
tarde tus extremos veo!

LISARDO. Tenle, señora.

TANCREDO. ¡Hola, Albano!

LISARDO. ¿Traes sortija?

TANCREDO. ¿Qué mejor  
para un enfermo de amor  
que del médico la mano?

LISARDO. ¿Desde cuándo el mal cruel  
le oprime con fuerza igual,  
que nunca le vi este mal  
y me he criado con él?

TANCREDO. Desde que una noche a solas  
vió una sombra en un balcón,  
le dió un mal de corazón  
que le hizo dar cabriolas.

Vuélvese loco, suspira,  
llora, rabia, grita, canta,  
y de manera se espanta  
que todos piensan que expira.

Fuimos a Roma, a Loreto  
a Piedragruta, a Gaeta,  
y todavía le aprieta  
este accidente secreto.

Una vez le dió en Puzol,  
que pensé que era su hora.—  
Llegad, tenelde, señora,  
que sois desta sombra el sol;

que como en las tentaciones  
viene un ángel por consuelo,  
ansí venís vos al suelo  
a deshacer sus visiones.

FULGENC. ¡Notable lástima es!

FINEO. Señor, el agua está aquí.

LISARDO. Bañalde el rostro.

TANCREDO. Eso sí,  
para que arda más después.

LISARDO. No vuelve; esperad, que voy  
por un médico mi amigo.—  
¡Hola!

FINEO. Señor.

LISARDO. Ven conmigo.

(*Vanse los dos.*)

FULGENC. ¡Ah mi Albano, sola estoy!

Ya puedes volver en ti (1),  
ya puedes verme y hablarme,  
a lo menos escucharme  
y saber nuevas de mí.

Sola estoy, cobra tu brío.

ALBANO. Mientes, Fulgencia, engañada,  
pues estás acompañada  
del mayor amigo mío.

Estando ya de partida  
escuchó mi alma atenta  
tus falsas voces: haz cuenta  
que vuelvo de la otra vida.

Suéltame, ingrata, la mano,  
que no es bien tener asido  
lo que ya tienes perdido,  
que es asir el viento vano.

Ya tienes dueño cruel,  
tan aventajado a mí,  
que aborreciéndote a ti  
me pesa que goces dél.

El es galán, noble y sabio,  
y otro yo que está contigo;  
mas cuanto es mayor amigo,  
tanto más siento tu agravio.

Y sin esto es bien me ofrezca  
otra mayor confusión:  
ver que me das ocasión  
a que mi amigo aborrezca.

En ganarle por marido  
los dos perdemos, cruel,  
que tú me pierdes por él  
y yo por ti le he perdido.

Buenos quedamos, por Dios,

(1) En el original, por errata, "verme".



para no vernos jamás,  
aunque yo he perdido más,  
que, en fin, os pierdo a los dos;  
que aunque culpa no le den  
que ofenda nuestra amistad,  
¿cómo he de tratar verdad  
con el ladrón de mi bien?

Y aunque en ti no puede haber  
cosa que infamia se nombre,  
debo temer que soy hombre  
y que eres al fin mujer.

Para siempre te perdí,  
¡mira qué pena inmortal!,  
pues lo que me está más mal  
es que te duelas de mí.

Aunque mi mal podrá poco  
y tu condición fingida,  
si no me acabas la vida  
o si no me vuelvo loco,

darnos es bien de una suerte:  
mira qué bien lo acomodas,  
yo el parabién de tus bodas,  
tú el pésame de mi muerte.

Y quédate con Lisardo,  
que por él le ruego a Dios  
que viváis en paz los dos  
mientras yo a mi muerte aguardo.

FULGENC. ¡Detente!

ALBANO. ¡Suéltame, digo!

FULGENC. Escúchame.

ALBANO. ¿Hablarne osas?

FULGENC. Oyeme otras tantas cosas  
como me has dicho, enemigo.

ALBANO. ¿Qué es lo que escucharte puedo  
ni tú me puedes decir?

FULGENC. Oye.

ALBANO. ¿No me dejas ir?

¡Suéltame!—Tenme, Tancredo.

TANCREDO. ¡Ah señor!, ¿cosa tan bella  
no merece ser oída?

ALBANO. Tenme, que me va la vida,  
Tancredo, en oílla y vella.

FULGENC. ¡Ah mi bien!, ¿queréisme oír?

ALBANO. Tancredo, hazme mucha fuerza.

TANCREDO. Señor, a oílla te esfuerza.

ALBANO. Di que me esfuerce a morir.

TANCREDO. El oír al enemigo,  
¿no dicen que es mal consejo?

ALBANO. No me dejes.

TANCREDO. No te dejo.

ALBANO. ¡Suelta!

TANCREDO. Escucha.

ALBANO. Tenme, digo.—

¡Suelta o sacaré la daga!

TANCREDO. Aunque me mates, señor.

FULGENC. ¡Ah mi Albano!, ¿esto es amor?

¿Ansí tanto amor se paga?

ALBANO. ¿Amor me tienes a mí  
ni me tuviste jamás?

FULGENC. Pues óyeme y lo sabrás.

TANCREDO. Señor, oye.

ALBANO. ¡Ingrata, di!

Y haz cuenta que se ha parado  
el móvil o inteligencia,  
que con esta diligencia  
revuelve el globo estrellado  
un rayo el mismo bajar,  
y viendo los claros vientos  
la guerra en los elementos  
y en medio del golfo, el mar.

La envidia del bien mayor,  
el fácil curso a la luna,  
la rueda de la Fortuna  
y la estrella de mi amor.

La codicia en hombre vil,  
la malicia en hombre ciego,  
las quistiones en el juego,  
la furia en vulgo civil.

La pena que suele darme,  
la del infierno y la muerte,  
mi condición en quererte  
y la tuya en acabarme.

Habla, que la envidia avara,  
muerte, infierno, amor, fortuna,  
cielos, mar, vulgo, sol, luna,  
todo a escucharte se para.

FULGENC. En ti, Albano, yo lo creo:  
muerte, porque eres la mía;  
infierno, porque este día  
me ha de abrasar tu deseo;

amor, por el que me tienes;  
Fortuna, por tu mudanza;  
cielo, por la semejanza;  
mar, porque a anegarme vienes;

vulgo, por la alteración;  
sol, porque amanece en mí;  
luna, porque vive en ti  
tu mudable condición.

El primero movimiento  
en andar tan presuroso,  
ciego en el ser malicioso  
y en ser fugitivo el viento.

Estrella, como cometa,  
en el aire te deshaces;

juego, en las burlas que haces y en traer vida inquieta.

Y así, a todos respondiendo, digo que es tuya la culpa, tanto, que en darte disculpa mi amor y lealtad ofendo.

Que porque te propusiese de mi padre la intención, no era bastante ocasión para que más no te viese;

que había para el remedio de no perderte y ganarme desde el decirlo al casarme un mundo de amor en medio.

Que buseabas ocasión para apartarte de mí en tu ausencia conoci, pues no tuviste razón.

Y incitada de saber la maldad que hiciste, ingrato, obedeciendo a Honorato fuí de Lisardo mujer.

Porque cuando yo dijera que era tuya, ¿dónde estabas? ¿De qué suerte me amparabas o qué remedio tuviera?

Porque era perder la fama, pues si la ajena la apoca confesar la propia boca es lo que mata e infama.

¿Pues es verdad que escribiste o te acordaste de mí?

¡Ves como no te ofendí y ves como me ofendiste!

TANCREDO. Por Dios, señor, que te alcanza de cuenta Fulgencia en esto.

ALBANO. Confieso tu pecho honesto, digno de eterna alabanza.

Y confieso que mi amor fué causa de aquella furia, porque una celosa injuria es madre de un grande error.

¡Ay de mí, que te he perdido!

FULGENC. ¿Qué es lo que llamas perder?

ALBANO. ¿Puedes ya ser mi mujer pues de Lisardo lo has sido?

FULGENC. ¿Tú querrás más que mi amor?

ALBANO. Esa es paga de mi fe.

FULGENC. Pues ése yo le tendré, como no ofenda a mi honor.

ALBANO. ¿Luego amarnos no es ofensa de Lisardo?

TANCREDO. Castamente, antes es cosa decente.

En que no se entienda piensa.

ALBANO. Yo te doy palabra y mano de amarte y de no querer en mi vida otra mujer.

FULGENC. Y yo de adorarte, Albano.

Pero advierte que es concierito que se ha de guardar mi honor.

ALBANO. Yo no quiero más de amor; esto, Fulgencia, te advierto.

TANCREDO. ¿Hay concierito más gallardo?

ALBANO. Este será amor sin fin.

TANCREDO. ¡Por Dios que no dé un euatrín por el amor de Lisardo!

FULGENC. Vcn, echaráste en la cama, que están llamando a la puerta.

ALBANO. ¿Quiéresme bien?

FULGENC. Estoy muerta.

ALBANO. ¿En efeceto ercs mi dama?

FULGENC. Hoy te ofrezco mi albedrío y un casto y eterno amor.

ALBANO. ¡Ah, Dios, si no hubiera honor!

FULGENC. ¡Pluguiera a Dios, señor mío!

(Váyase ALBANO.)

TANCREDO. Dígame vuesa merced: cierta fregona que había, ¿está en casa todavía?, que recibiré merced.

FULGENC. Conmigo ha venido acá; pero está más entonada.

TANCREDO. ¿De qué suerte? ¿Es tu privada? ¿Qué mal olor que tendrá!

FULGENC. Es mi secreto y mi gusto.

TANCREDO. ¿Y no podríamos vella?

FULGENC. Ya, Tancredo, es mi donecilla.

TANCREDO. Vella y abrazalla es justo.

FULGENC. ¿Cómo?

TANCREDO. Por recién venido.

FULGENC. Entra, y mira por su honor.

TANCREDO. Juro de tenella amor sin ofender su marido.

Y te doy palabra y mano de amalla y de no querer en mi vida otra mujer.

FULGENC. ¡Ah, traidor, sombra de Albano!

TANCREDO. Si por dicha se ofreciese darla un pcellizco, ¿podré?

FULGENC. Podrás.

TANCREDO. ¿Y pisarle un pie?

FULGENC. Todo lo que ella sufriere

que no sea de importancia.  
 TANCREDO. Y si acaso a oscuras pasa  
 por algún rincón de casa  
 darle la paz de Francia.

FULGENC. Yo fío en su resistencia  
 lo que de ti desconfío.

TANCREDO. Pues adiós.

(Vase TANCREDO.)

FULGENC. ¡Oh Albano mío,  
 cuánto me ha muerto tu ausencia!  
 ¡En qué confusión estoy!  
 ¡Qué desventurada suerte,  
 que en mi casa vengo a verte  
 cuando de otro dueño soy!  
 ¡Ay, honra, que has de poder  
 vencer con valor profundo  
 el mayor amor del mundo  
 en una flaca mujer!

(Sale LEONIDA, dama.)

LEONIDA. ¿Quién es, Fulgencia, este hidalgo  
 que a casa nos han traído?

FULGENC. ¿Pues qué nos ha sucedido?  
 ¿Tenemos de nuevo algo?

LEONIDA. Hame dado compasión  
 el ver, Fulgencia, que un hombre  
 tan gallardo y gentilhombre  
 tenga mal de corazón.

FULGENC. Sí, muy enfermo está dél.

LEONIDA. ¿Y viene así peregrino  
 para acabar su camino,  
 o pasa delante en él?

FULGENC. Pienso que es desta ciudad  
 y que ha de quedarse en ella.

LEONIDA. No hace bien en salir della  
 si tiene esa enfermedad.

¡Mal, por mi fe, se gobierna,  
 y es vida para estimada!

FULGENC. ¡Por Dios, señora cuñada,  
 que es vuesa merced muy tierna!

¿Qué le viene o qué le va  
 que se trate mal o bien?

LEONIDA. Ser prójimo, y ser también  
 hombre que en tu casa está.

FULGENC. ¡Caritativa te has hecho!

LEONIDA. Toda mi vida lo fui.

FULGENC. ¡Excúsala agora aquí,  
 porque es virtud sin provecho!

LEONIDA. ¿La virtud quieres quitarme,  
 siendo de Dios don supremo?

FULGENC. Es, más que virtud, extremo.

LEONIDA. Quiero de su extremo honrarme.

FULGENC. ¿Serás viciosa?

LEONIDA. Eso no,  
 sino una mujer piadosa.

FULGENC. Que has de dar en religiosa  
 sospecho.

LEONIDA. Ya lo soy yo.

Y tú verás si es de veras  
 como un sí a Lisardo escuche.

FULGENC. Aguarda, que del estuche  
 quiero sacar las tijeras.

LEONIDA. ¿Para qué?

FULGENC. Para cortarte  
 un tantito de la ropa,  
 que pues ya en eso topa  
 podremos canonizarte.

LEONIDA. ¿Haces burla?

FULGENC. Es justa cosa,  
 en tal posesión tenerte.  
 Ya sé nombre que ponerte.

LEONIDA. ¿Cómo?

FULGENC. Marta la piadosa.

LEONIDA. ¿Parécete grande error  
 serlo con un caballero?

FULGENC. Antes estimarte quiero  
 por sierva del dios de amor.

(Sale FINEO.)

FINEO. Lisardo os ha echado menos,  
 que ya con su enfermo está.

FULGENC. Dile, Fineo, que acá  
 tampoco estamos muy buenos.  
 ¿Vino el médico?

FINEO. Ya vino.

FULGENC. ¿Qué dice?

FINEO. Que fué accidente.

LEONIDA. ¿Cómo el enfermo se siente?

FINEO. Mejor, señora, imagino;  
 Tanto, que se ha levantado  
 y con ropa se pasca.

(FLORELA, dama, desde dentro.)

FLORELA. ¿Quién está acá?

FULGENC. Quien desea  
 estar con menos cuidado.—

Ve y mira quién llama allí.

LEONIDA. ¿De qué estás tan cuidadosa?

FULGENC. De verte a ti tan piadosa  
 y tan cruel para mí.

LEONIDA. Nueva cosa me parece,  
 Fulgencia que yo te enfade  
 de que un hombre que me agrade  
 te diga que me enternece.



Y así, de tu enfado arguyo  
que no has bien considerado  
la libertad de mi estado  
y la sujeción del tuyo.

FULGENC. ¡Detente, por vida mía!,  
que todo ha sido querer  
lo que has sentido saber  
del suceso deste día.

Con poca razón te altera  
presumir que yo te enfade;  
dame que el hombre te agrade,  
que yo seré la tercera.

Mas ni yo en tu mismo estado  
ni tú con tu libertad,  
con tanta velocidad  
podemos tener cuidado.

(Sale FINEO.)

FINEO. Basta, señora, que fueron  
los pobres que allí llamaron  
dos peregrinos.

FULGENC. ¿Pasaron,  
o alguna cosa les dieron?

FINEO. Yo no tuve qué les dar,  
y mi palabra te doy  
que aunque poco tierno soy  
me dió notable pesar;  
porque el uno de los dos  
era un flamenquillo bello,  
que desde la planta al cuello  
era un milagro de Dios.

La jerga que se vestía  
cubría de perlas y oro  
la hermosura y el decoro  
que de su rostro salía.

La esclavina a media espalda,  
de un bruñido cordobán,  
y un sombrerillo galán  
vuelta la copa a la falda.

Rizo el pelo de la frente,  
cuello grande a lo romano,  
bordón y rosario en mano,  
voz baja y tono excelente.

Viene de largos caminos,  
y dice que a España pasa.

FULGENC. Sin duda tiene esta casa  
reclamo de peregrinos.—

Alcánzalos, por tu vida,  
y diles que entrén acá.

(Sale LISARDO.)

FINEO. Voy.

(Vase FINEO.)

LISARDO. Basta, hermana, que está  
ya mejor mi enferma vida.

LEONIDA. Por vuestro gusto me alegro.

LISARDO. A Fineo haced llamar.

FULGENC. ¿Qué quieres?

LISARDO. Quiérole dar  
a Albano un vestido negro.

FULGENC. Fué a llamar dos peregrinos  
que pasaban por la calle.

LISARDO. ¿Para qué?

FULGENC. Porque en su talle  
dice que son peregrinos.

LEONIDA. Pues ya esta casa los tiene.

LISARDO. Menester es barajar,  
que todo sale un manjar  
cuanto hoy a esta casa viene.

(Sale FLORELA, dama, en hábito de hombre, vestida  
de peregrino, y FELICIANO, su hermano, también  
de peregrino, y FINEO.)

FINEO. Ya, señora, están aquí.

LISARDO. ¡Por mi fe, gallardos son!  
¿No es notable perfección  
la del mozo?

FULGENC. Señor, sí.

LISARDO. ¿De qué país sois, hermanos?

FELICIAN. Romanos somos, señor.

LISARDO. Pues es peregrino error  
peregrinar los romanos.

¿Qué reliquia o jubileo  
mayor que allá los tenéis,  
peregrinos, pretendéis,  
que es peregrino deseo?

FELICIAN. El de ver la tierra extraña  
de la propia nos sacó,  
y el que el Apóstol nos dió,  
que es luz y patrón de España.

Gente somos bien nacida,  
que el pedir limosna ha dado  
causa el habernos robado  
honra, hacienda, fama y vida.

LISARDO. Dejad hablar al maneco.

FLORELA. ¿Qué es lo que, señor, queréis?

LISARDO. Que cuenta de vos nos deis.

FLORELA. Hablad, que serviros debo.

LISARDO. ¿En efecto os han robado?

FLORELA. Mi hermano hablará mejor.

LISARDO. ¿Vuestro hermano?

FLORELA. Sí, señor.

LISARDO. ¿Fué posada o fué criado?

FELICIAN. Dándole la nuestra fué,  
en Roma, a un hombre que vino

a San Pedro, peregrino,  
pero sin Dios y sin fe.

LISARDO. El mancebo lo dirá;  
dejalde hablar.

FLORELA. Ya, señor,  
hable mi hermano en su honor,  
que en fin por su cuenta está.

LISARDO. ¿De qué suerte el enemigo  
la honra a los dos quitó?

FELICIAN. De una hermana que nos dió  
el cielo para castigo.

LISARDO. ¿No os digo que le dejéis  
hablar al mancebo?

FLORELA. En todo  
os dirá de mejor modo  
mi hermano lo que queréis.

Y fuera desto, señor,  
no es término cortesano  
hablar el menor hermano  
en presencia del mayor.

LISARDO. ¿Bizarro mozo!

FULGENC. ¿Extremado!

LISARDO. ¿En fin, a buscar salís  
de vuestro amado país  
el traidor que os ha robado?

FELICIAN. A Dido Eneas dejó,  
como soldado, una espada  
en pago de la posada  
y del alma que le dió.

Y aqueste huésped traidor  
sus ropas nos ha dejado,  
en pago de haberle dado  
alma, posada y honor.

A Dido mató la espada  
y a nosotros esta ropa,  
pues con tal desdicha en popa  
nos lleva a tan vil jornada.

LISARDO. A no saber que tenía  
tan buen peregrino en casa,  
viendo lo que en otras pasa  
echárale de la mía.

FLORELA. Pues cómo, ¿huésped tenéis?

LISARDO. Tengo en casa un peregrino,  
que en la ocasión y el camino  
por extremo os parecéis.

FLORELA. Si con lo que habéis oído  
no le echáis della, señor,  
¡ay de vuestro noble honor  
en vísperas de perdido!

Que ya sabéis que si fuera  
Menelao menos humano  
en recibir al Troyano,

hoy Grecia su honor tuviera.

LISARDO. Este es mi amigo el mayor.

FLORELA. Y lo será, pues lo quieres,  
que huésped entre mujeres  
siempre es ladrón del honor.

Viendo lo que agora pasa,  
por precepto has de tener  
que el huésped ha de comer,  
mas no ha de dormir en casa.

Excusa a tu honor molestias  
excusando la ocasión,  
que la comunicación  
causa amor entre las bestias.

Dos damas que veo aquí  
sin duda deben de ser  
tu hermana, prima o mujer,  
¡ay de las dos y ay de ti!

LISARDO. Descaba oírle hablar  
por ver su donaire y talle,  
y ya desco que calle.

FLORELA. Pues ya no puedo callar,  
que me has tocado en materia  
de huésped y peregrino.

LISARDO. Hablas mal; pero imagino  
que te fué mal en la feria,  
y por tema que me ha dado,  
peregrino no ha de haber  
que en mi casa no ha de ser  
acogido y regalado.

Y vosotros, por mi vida,  
que los días que aquí estéis  
en mi casa descanséis,  
pues sois gente bien nacida;  
que aunque no tiene igualdad  
con vuestro merecimiento,  
siempre el mejor aposento  
es la misma voluntad.

FLORELA. Por mí y por mi hermano os beso  
las manos, y estad seguro  
que no sea huésped perjuro  
como aquél de mi suceso.

Entrad con mi hermano allá  
mientras yo busco un criado,  
que así también disfrazado  
limosna pidiendo va,  
que él acudirá a la puerta  
donde nos ha visto entrar.

LISARDO. Pues vos os podéis sentar  
mientras comer se concierta.—

Tú, Fulgencia, haz que tengamos  
algún regalo, y Leonida  
dará prisa a la comida.

FULGENC. ¡Buenas de huéspedes vamos!

LEONIDA. Ser otro Abraham codicia,  
tanto acoge tanto pasa.

FULGENC. Basta, que es ya nuestra casa  
el camino de Galicia.

(*Vanse todos, y queda FLORELA.*)

FLORELA.

Florentín engañoso, ingrato Albano,  
peregrino traidor, fingido amigo,  
amante desleal, cierto enemigo,  
victorioso cruel, huésped villano.

Griego en mentiras y en amor troyano,  
rayo en mi pecho y en mi honor castigo,  
perjuro pretensor, falso testigo,  
fiera de Libia con semblante humano.

Como tigre te sigo, ingrato, espera,  
no por el hijo que me llevas fiero,  
mas por el que me dejas arrojado.

Deseando en seguirte voy ligera,  
tú cansado de mí corres ligero,  
que más huye de amor el más cansado.

(*Sale CLARINO, criado de FLORELA, en hábito de peregrino.*)

CLARINO. Milagro ha sido acertar  
esta casa adonde entraste.

FLORELA. Tú por milagro acertaste  
con la costumbre de errar.  
¿De qué estás alborotado?

CLARINO. ¿Has por ventura reñido?  
De un encuentro que he tenido  
para azar de tu cuidado.

FLORELA. Albricias te doy, Clarino.  
¿Has topado acaso a Albano?

CLARINO. Ese fuera azahar temprano  
de flores y olor divino.

No he topado sino a Horacio,  
que viene en tu seguimiento.

FLORELA. ¿Horacio a mí? ¿Con qué intento?

CLARINO. Quiere bien.

FLORELA. Vete despacio.

¿Cuándo le di yo favor  
que desa suerte le obligue?

CLARINO. Quien ama su gusto sigue:  
alas pintan al Amor.

FLORELA. Mira que vendrá a Florencia  
a negocios de su casa.

CLARINO. Si he de decir lo que pasa  
haz de la ciudad ausencia.

Que criada tuya ha sido

quien por dinero ha contado  
a Horacio lo que ha pasado,  
y por él tu honor vendido.

No que te gozase Albano,  
que el venir si lo supiera  
necedad romana fuera,  
no fuera valor romano.

FLORELA. ¿No te pudiste esconder?

CLARINO. Yo hablaba con su criado  
cuando le vi que, embozado,  
ya me llegaba a tener.

Trae una capa con oro  
y un emplumado sombrero,  
más que un Rodamonte fiero  
y más galán que un Medoro.

En viéndole el rostro huí.

FLORELA. ¿No te habló?

CLARINO. Digo que no.

(*Sale HORACIO, caballero.*)

HORACIO. ¿Aquí dices?

CAMILO. Aquí entró.

HORACIO. ¿Vístele bien?

CAMILO. Bien le vi.

FLORELA. Irme adentro determino.

(*Vase FLORELA.*)

CLARINO. ¡Huye, señora!

CAMILO. Estos son.

HORACIO. Clarino, ¿por qué razón  
huyes?

CLARINO. No soy yo Clarino.

HORACIO. ¿Pues quién?

CLARINO. Un pobre romero  
que pide limosna aquí.

HORACIO. ¿Piensas encubrirte así?

CLARINO. No os conozco, caballero.—

¡Ah, señores! ¡Ah, de casa!

¿Hay quien limosna me dé?

HORACIO. ¿Florencia dónde se fué?

CLARINO. ¿Hay limosna?

HORACIO. ¿Que esto pasa,  
Clarino?

CLARINO. No soy Clarino.

HORACIO. ¿Pues quién?

CLARINO. Limosna me llamo.

HORACIO. ¿Vino, Clarino, tu amo  
contigo?

CLARINO. No pido vino,  
limosna pido.

CAMILO. ¿Que hay hombre  
que dé en este desatino!



HORACIO. Muy oscuro estás, Clarino;  
múdate, Clarino, el nombre.

(*Salen acuchillándose FELICIANO, hermano de FLORELA, y ALBANO, y meliendo paz LISARDO y las damas*)

FELICIAN. ¡Mi honor defendiendo!

ALBANO.

¡No te debo nada!

LISARDO.

¿En mi casa, traidor, y con mi amigo?

HORACIO.

Aquí está Horacio, Feliciano.

FELICIANO.

¡Mueran!

CLARINO.

Clarino aquí.

TANCREDO.

Y aquí también Tancredo.

FULGENCIA.

¡Muy bien habéis pagado el hospedaje!

(*Vanse riendo.*)

LEONIDA.

Ya salen a la calle, ¡ay de mí, triste!

FLORELA.

¡Más ay de mí, que todo mi bien pierdo!

FULGENCIA.

¿Por qué razón tomaron pesadumbre?

¿Era Albano por dicha el peregrino  
que la honra os quitó?

LEONIDA.

Lisardo vuelve.

(*Sale LISARDO, envainando.*)

LISARDO.

¿Dónde está el vil hermano de aquel hombre?

FULGENCIA.

¿Pues qué hay, señor?

LISARDO.

Que queda herido Albano.

Es éste, ¡muera!

FULGENCIA.

¡Paso, que estás loco!

FLORELA.

Si le han herido, ¿yo qué culpa tengo?

(*Sale FINEO.*)

FINEO.

En una iglesia huyendo se ha metido.

LISARDO.

¿Que no te doy la muerte?

FLORELA.

Ya la aguardo.

FULGENCIA.

¡Tente, señor!

LEONIDA.

¡Detente, hermano mío!

(*Sale ALBANO, herido, y TANCREDO, teniéndole.*)

TANCREDO.

Esfuérzate, señor.

ALBANO.

Tancredo, tenme.

FULGENCIA.

Este es Albano.

LISARDO.

¡Que te ven mis ojos  
con sangre y que no vierten la que tienen  
presente!

FULGENCIA.

¡Tente ahora, no seas loco!

LISARDO.

Ata, Fineo, del traidor las manos;  
métele en una torre desta casa,  
que en él me he de vengar.

ALBANO.

Lisardo, déjale,  
que él no tiene la culpa.

LISARDO.

Atale digo,  
v apártale, Fineo, de mis ojos—  
Vosotros llevad dentro luego a Albano.

(*Váyanse todos; LISARDO y TANCREDO quedan.*)

FLORELA.

¡Pon en la cuenta esta prisión, tirano!

TANCREDO.

Aunque está mi señor tan mal herido,  
rigor usas, Lisardo, con ese hombre.

LISARDO.

¡Ay, Tancredo, que estoy desatinado!

TANCREDO.

¿De pesadumbre?

LISARDO.

No, puesto que es mucha.

TANCREDO.

¿Pues qué tienes?

LISARDO.

He visto en este mozo  
unas señales de mujer tan claras,  
que tengo mil antojos y mil celos.

TANCREDO.

Eso es cuento muy largo; ven conmigo,  
sabrás despacio lo que aquí no digo.

## ACTO SEGUNDO

(Sale FLORELA con una cadena, y LEONIDA.)

LEONIDA. Bien debes de estar seguro,  
Florelo amigo, que siento  
tu prisión, pena y tormento,  
pues a hablarte me aventuro  
en este oscuro aposento,  
que si supiese mi hermano,  
según quiere al falso Albano  
que hacerte este daño pudo,  
que he entrado a verte, no dudo  
que me matase su mano.

Aunque yo vivo de suerte  
a tu hermosura rendida,  
tan locamente perdida,  
que sospecho que la muerte  
tuviese por dulce vida.

Y el no librarte, Florelo,  
no pienses que es el recelo  
de la muerte, mas saber  
que si te vas no han de ver  
mis tristes ojos tu cielo.

Que bien te abriera la puerta,  
mas el pájaro enjaulado  
de cuyo canto me agrado  
iráse en viéndola abierta,  
dejando al dueño burlado.

Y que entiendas te suplico  
que si la llave no aplico  
no es quererte aprisionar,  
sino el gusto de escuchar  
tu dorada lengua y pico.

FLORELA. Leonida, yo entiendo bien  
de tu amor y voluntad  
que me dieras libertad  
si no te diera también  
mi destierro soledad.

En extremo te agradezco  
esa piedad que merezco  
de tu blanca mano hermosa,  
a cuya nieve piadosa  
esta alma de fuego ofrezco.

Tendré siempre en mi memoria  
el bien que de ti recibo,  
y al son del hierro cautivo  
cantaré de amor la gloria  
mientras en este Argel vivo,  
que es muy justo que yo viva  
en esta prisión esquiva  
de tal suerte por Albano:  
el cuerpo tendrá tu hermano,  
pero tú el alma cautiva.

Y pues que de su salud  
de Albano pende mi vida,  
dime cómo está, Leonida,  
que paso extraña inquietud  
en no saber de su herida.

Sabe Dios que le curara  
con los ojos de mi cara,  
y que a mi hermano este día  
la sangre que lleva mía  
por la de Albano sacara.

LEONIDA. Tanto libertad descas  
porque yo la desestimo  
y a dártela no me animo.

FLORELA. Eso no quiero que creas,  
sino que por ti le estimo.

LEONIDA. ¿Por mí a Albano? ¿De qué suer-  
[te?

FLORELA. Porque consiste en su muerte  
quitarme la vida a mí,  
vida que estimo por ti,  
con que he de gozarte y verte.

LEONIDA. Pues sabe que ya está bueno.  
¿Cómo?

LEONIDA. Herida al sostayo  
y de la sangre desmayo,  
que todo el golpe del trueno  
fué relámpago sin rayo.

FLORELA. Dame esas manos mil veces.

LEONIDA. Pocas albricias me ofreces.

FLORELA. De pobre es bien que me arguyas.

LEONIDA. ¿No es mejor darme las tuyas?

FLORELA. Echarme a tus pies mereces.

LECNIDA. Detente y dame las manos.  
 FLORELA. Dame las tuyas a mí.  
 LEONIDA. ¿Hay quien esté por aquí?  
 FLORELA. Las sombras de mil Albanos,  
 que no se aparta de mí.  
 LEONIDA. Acaba, no tengo miedo.  
 FLORELA. La mano te doy si puedo.  
 LEONIDA. ¡Pluguiera a Dios que pudieras!  
 FLORELA. ¿Hablas, Leonida, de veras?  
 LEONIDA. ¡Ay, que te adoro!  
 FLORELA. Habla quedo.  
 LEONIDA. Digo que te quiero mucho.  
 FLORELA. ¿Mucho, mucho?  
 LEONIDA. ¿Y no es razón  
 darte todo el corazón?  
 FLORELA. Tan tierno de alma te escucho  
 que no siento la prisión.  
 LEONIDA. ¿Págasme este amor?  
 FLORELA. ¿Pues no?  
 LEONIDA. Un hombre la puerta abrió;  
 por aquí me voy.  
 FLORELA. Camina.  
 LEONIDA. ¿Quiéresme bien?  
 FLORELA. Imagina  
 que eres lo mismo que yo.  
 LEONIDA. ¿Que soy tú?  
 FLORELA. Del mismo modo,  
 y esto con llaneza tanta,  
 que un dedo no se adelanta  
 en ser iguales en todo,  
 desde el cabello a la planta.  
 LEONIDA. Con eso me voy contenta.  
 FLORELA. Y yo lo quedo, Leonida,  
 de la salud de la herida.

(Váyase LEONIDA, y salga TANCREDO.)

TANCREDO. ¿Quién está acá?  
 FLORELA. Quien intenta  
 llorando acabar la vida.  
 TANCREDO. Como vengo de lo claro  
 casi donde estás no veo.  
 FLORELA. Andas ciego, yo lo creo.  
 ¿Pero por qué me declaro  
 cuando la muerte deseo?  
 TANCREDO. El sol de tu hermosa cara  
 a ti me guía.  
 FLORELA. Repara  
 en que no te oigan, Tancredo.  
 TANCREDO. Sospecho que hablar te puedo.  
 FLORELA. A lo que vienes declara.  
 TANCREDO. Florela, tú sabes bien  
 que yo culpa no he tenido

de tu amor ni de tu olvido.  
 ¿Esto no es así?

FLORELA. ¿Pues quién  
 dice que culpado has sido?  
 TANCREDO. Ni en Roma yo di ocasión  
 a que te gozase Albano,  
 ni huyese el rostro y la mano  
 a tan justa obligación.  
 FLORELA. Todo eso, Tancredo, es llano.  
 TANCREDO. Presupuesto lo que digo  
 y que me pesa de ver  
 que a tan principal mujer  
 den los cielos por castigo  
 aborrecido querer  
 y que mensajero soy,  
 este billete te doy.  
 FLORELA. ¿Está Albano levantado?  
 TANCREDO. Sí, con lo que te ha ganado.  
 FLORELA. ¿Luego ya perdida estoy?  
 TANCREDO. Bueno está; lee el papel,  
 podrás informarte dél,  
 que él te escribe de su mano.  
 FLORELA. ¿Que ya está bueno mi Albano?  
 ¡Daré mil besos en él!

(Lee FLORELA el papel.)

“La libertad que has tenido en venirte de  
 Roma y en traje tan indecente y el dar parte a  
 tu hermano de nuestras cosas, trayéndole con-  
 tigo para que me matase, como, en efeto, lo  
 intentó, me ha ofendido de suerte que te aho-  
 rrezco cuanto merecen tantos agravios; que  
 el venirme yo sin despedirme de ti fue para  
 no darte pesadumbre y para volver luego.  
 Está advertida que no digas quién eres, por-  
 que si lo dices no me has de ver en tu vida,  
 que guardándome el secreto que te pido yo te  
 diré cuándo será a propósito que te descubras.

ALBANO.”

FLORELA. ¿Hay más notable consuelo?  
 ¿Tiene alguna fiera el suelo  
 más fiera en Libia o Arabia?  
 Tancredo, ¿de qué se agravia  
 ese enemigo de hielo?  
 Huye con mi honra acá  
 y déjame un hijo allá,  
 ¿y espántase que le sigo?  
 ¿No ve que traigo conmigo  
 quien estas alas me da?  
 Nunea sale del cañón  
 sin echar pólvora el hierro,  
 pues en aquesta ocasión



el hierro de mi destierro,  
¿no ve que sus manos son?

Pólvora es este enemigo  
que está en mi vientre conmigo,  
por quien de su casa sale  
mi hierro, mas no me vale  
para su muerte y castigo,  
que aunque fué yerro el ser mala,  
que su fuego veloz mueve  
y al mismo dueño se atreve,  
¿qué impresión hará la bala  
con tal defensa de nieve?

Que se agravie de mi amor,  
ése es tirano rigor;  
y que buscándole dañe  
que mi hermano me acompañe,  
si no es malicia es error.

Que yo le quise matar,  
él me dice, que Feliciano  
le habló humilde, y como hermano,  
que el desmentille y negar  
puso la espada en su mano.

Si le hirió, ya es manifiesto  
que no tengo culpa en esto,  
que las espadas honradas  
juegan cuando están cruzadas  
sobre quien llega más presto.

Mandarme que calle es bueno;  
mas dí que no le condono,  
que si en haberme engañado  
como a bestia me ha tratado,  
bien es que me ponga freno.

Algún engaño compone,  
casi de decirle acabas  
en que su intento no alabas;  
pero si freno me pone  
haz que me quite las trabas.

¿Qué tiene, por vida mía,  
en esta casa mi Albano?  
Dímelo, Tancredo hermano,  
que ha de venir algún día  
que estimes mi corta mano.

¿A quién ama destas dos  
que tan bellas hizo Dios  
como desdichada a mí?

¿A quién quiere Albano aquí?

TANCREDO. Aquí solamente a vos,  
que Fulgencia es de Lisardo,  
a quien debe más respeto  
que a sus padres.

FLORELA. En efecto,  
¿ama a Leonida? ¿Qué aguardo

si, pues, me pide secreto?

TANCREDO. ¿A Leonida? ¡Eso es locura!

FLORELA. ¿Pues qué es lo que hacer procura,  
que así me manda callar?

TANCREDO. Eso te quiere guardar  
para mejor coyuntura.

Entrate, que siento gente.

FLORELA. Dile, amigo, a mi enemigo  
que callaré eternamente,  
porque no hay mayor castigo  
que hacer callar al que siente.

Mas dí, que ya que es juez  
tan duro y inexorable,  
me venga a ver y me hable  
de lástima alguna vez.

TANCREDO. ¡Paciencia y virtud notable!

FLORELA. Y en pago de que engañada  
enfrena mi lengua airada,  
dile que me venga a ver,  
no como a propia mujer,  
como a mujer desdichada.

(Vase FLORELA.)

TANCREDO. ¡Ah, notable compasión!  
¡Que bárbaro tan robusto  
caso hiciera tan injusto!

(Sale LISARDO.)

LISARDO. ¿Quién ha entrado en la prisión  
de Florcio sin mi gusto?

TANCREDO. Seguro, Lisardo, soy.

LISARDO. ¿Dónde está aquel enemigo?

TANCREDO. Ahora estaba conmigo.

LISARDO. ¿Entróse?

TANCREDO. Entróse, y estoy  
llorando, Dios me es testigo.

LISARDO. A mí me llora, Tancredo,  
el alma de verle así,  
y más de ver que no puedo  
saber la verdad de ti.

TANCREDO. Tengo a las verdades miedo.

LISARDO. ¡Duélete, por Dios, de ver  
la desventura que paso!

TANCREDO. ¿Tú, por qué?

LISARDO. Porque me abraso  
por esta hermosa mujer.

TANCREDO. ¿Qué es mujer? ¡Extraño caso!

LISARDO. ¿Que tú no lo sabes?

TANCREDO. ¿Yo?

LISARDO. ¿Luego no es mujer?

TANCREDO. No sé;  
nunca conmigo durmió

ni he visto más que su pie.  
 LISARDO. ¿Que no es mujer?  
 TANCREDO. Señor, no.  
 LISARDO. ¡Válgame Dios, en qué ando!  
 Si es hombre, ¿qué es lo que intento?  
 Mas puede mi entendimiento  
 estarse en esto engañado  
 si mueve mi sentimiento.  
 ¿Qué dice de mi crueldad?  
 ¿Llora por su libertad?  
 Por no perdella la prendo.  
 TANCREDO. Aunque se la des entiendo  
 que te guardará lealtad.  
 Quítale aquella cadena  
 y dámela en guarda a mí.  
 LISARDO. Yo quiero hacerlo por ti,  
 que hombre o mujer me da pena,  
 Tancredo, de verle así.  
 TANCREDO. Está tan mal con tu Albano  
 porque riñó con su hermano,  
 que pienso que si le viese  
 violentamente le diese.  
 LISARDO. El tiene valor romano.  
 ¿En efecto es hombre?  
 TANCREDO. Sí,  
 por tal le tengo y le creo.  
 LISARDO. ¿Pues que me quieres, deseo?  
 Sal al momento de mí.  
 TANCREDO. Sí, por Dios, que es caso feo.  
 LISARDO. ¿Pero un hombre puede haber  
 tan semejante a mujer?  
 TANCREDO. Allá en la Filosofía  
 oí disputar un día  
 que es cosa que puede ser  
 que el que es mujer engendrado,  
 si abundancia y calor sobra  
 queda en hombre transformado,  
 y el hombre el de mujer cobra  
 cuando el calor le ha faltado.  
 Quizá fué mujer primero  
 y en hombre se transformó.  
 LISARDO. Llámale, que hablarle quiero.  
 TANCREDO. Florelo.  
 (FLORELA *salga.*)  
 FLORELA. ¿Quién llama?  
 TANCREDO. Yo.  
 FLORELA. Tancredo, ya voy.  
 TANCREDO. Ya espero.  
 LISARDO. ¡Qué voz tan linda que tiene!  
 FLORELA. Aquí tu cautivo viene.  
 LISARDO. Tancredo, ¿que he de creer

que este mozo no es mujer?  
 TANCREDO. Disimular te conviene.  
 LISARDO. Florelo, habiendo entendido  
 que de estar Albano herido  
 en nada has sido culpado,  
 del haberte aprisionado  
 humilde perdón te pido.—  
 Quítale aquella cadena.  
 FLORELA. De la sangre de tu Albano  
 me ha caído tanta pena,  
 que la que tiene mi hermano  
 de hoy más tendré por ajena.  
 Ni a Roma quiero volver  
 ni en mi vida le he de ver.  
 Hiérrame y tenme en tu casa.  
 LISARDO. ¡Qué lealtad!  
 TANCREDO. ¿Veis lo que pasa?  
 LISARDO. En efecto, no es mujer.  
 FLORELA. Tus caballos curar quiero.  
 LISARDO. Si aquí quisieres quedarte  
 alma y casa podré darte.  
 FLORELA. No menos amparo espero;  
 quiero las manos besarte.  
 Y si aquí quieres que esté  
 de paje te serviré.  
 LISARDO. ¡Buen paje!  
 TANCREDO. ¡Será extremado!  
 FLORELA. Haz, pues que me has perdonado,  
 que Albano perdón me dé.  
 Haz que seamos amigos,  
 que estar en casa no puedo  
 siendo los dos enemigos.  
 LISARDO. Llámame a Albano, Tancredo,  
 y tendrá esta paz testigos.  
 TANCREDO. Yo voy.  
 LISARDO. Con Fulgencia está,  
 que no sé qué se reían.  
 TANCREDO. Dile que se canse ya.  
 FLORELA. Los pensamientos serían,  
 que el mío lo dice acá.  
 ¿Qué más cierto desengaño?  
 El quiere bien a Fulgencia.  
 LISARDO. ¿Que éste es hombre? ¡Caso extra-  
 (Salen ALBANO y TANCREDO.) ño!

TANCREDO. Ya está Albano en tu presencia.  
 FLORELA. Y la causa de mi daño.  
 ALBANO. ¿A qué me mandas llamar?  
 LISARDO. ¿Cómo te sientes?  
 ALBANO. Mejor.  
 LISARDO. Temo y no te acierto a hablar  
 por no enojarte.

ALBANO. Es error  
pensar que me has de enojar:  
eres la propia alma mía.

LISARDO. ¿Pues por qué con tu lieeneia  
me has negado la pendeneia  
y de un día en otro día  
me tienes en contingeneia?

En tu amistad hay engaño.

ALBANO. Hasta asegurar mi daño  
no te dije la verdad;  
mas ya de nuestra amistad  
ha llegado el desengaño.  
Con el ansia del tormento  
de aquella partida loca  
que de Florencia te dije,  
luego que vine de Roma  
entré en ella un Lunes Santo,  
donde de Cristo la esposa  
mostraba luto en su muerte  
de nuestra muerte vitoria.  
Lo que fué semana y Paseua  
pasela, ¡oh Lisardo!, toda  
en la grandeza romana,  
entonees maravillosa,  
porque el gran piloto Pedro,  
aunque con fúnebre pompa,  
abrió la nave de Cristo  
desde la popa a la proa.  
Vi su eruz por árbol santo  
con la entena vitoriosa,  
en que la vela pendía  
del sudario de Saboya.  
Su coluna por mesana;  
por jarcias y banderolas,  
huesos y reliquias santas,  
mantos y sagradas ropas.  
Por plaza de armas su altar,  
por bauprés lanza y esponja,  
por jareta las parrillas  
del Santo que España honra,  
por bitáeora y por silla  
la que su Vieario adorna,  
por aguja el ara santa  
y por farol la custodia.  
No el aguja de Trajano  
ni los mármoles me asombran,  
que a pesar del tiempo guarda  
la llave de la memoria.  
No las termas ni el teatro,  
la Rotunda o la Redonda,  
sino ver la nave abierta  
de la quilla al tope toda.

Estando yo con Tancredo  
divertido en estas eosas,  
un gentilhombre romano,  
con eadena, capa y gorra,  
con razonable persona,  
que la nobleza embozada  
como me vió peregrino  
es como el sol en la sombra,  
comenzóme a declarar  
la grandeza suntuosa  
de la nave militante  
y las otras eceremonias.  
Y hablando los dos venimos,  
en una distaneia corta,  
a hacer tan grande amistad  
como enemistad agora.  
En fin, que nos dimos sangre,  
que así en Italia se nombra,  
o euando por semejanza  
las estrellas las confrontan.  
Sea lo que fuere, allí,  
en no más tiempo que un hora,  
ser su huésped negoeié,  
bien semejante al de Troya.  
Este tenía una hermana  
para todo el mundo hermosa,  
no para mí, que llevaba  
sin voluntad la memoria;  
pero el ardiente deseo  
de ocuparla en otra eosa,  
puse los ojos en ella,  
que el alma estaba en la otra,  
y como el decir mentira  
es obra tan meritoria  
con las más de las mujeres,  
que verdades oyen pocas,  
mis fabulosos deseos,  
mis lágrimas mentirosas  
o la comunieación,  
que siempre concierta bodas,  
que es como crisol de alquimia  
y el trato el viento que sopla,  
que lo más distinto juntan  
y un cuerpo de muchos forman;  
o el ser yo ladrón de casa,  
que al fin me llevé la joya,  
bien que jurando primero  
que había de ser mi esposa.  
Mas ni el trato ni su amor  
fueron fuerza poderosa  
a saearme aquella ingrata  
del alma, en que vive agora.



Apretáronme tristezas,  
cansóse el alma y dejóla,  
más fugitivo que Eneas  
y más que Dido quejosa.  
Debió de verse preñada,  
y contándole su historia  
a Feliciano, su hermano,  
lloraron los dos su honra.  
Y él y un hermano pequeño,  
retrato desta señora,  
que es el que tienes preso,  
bramando el camino toman.  
Alguna desdicha mía,  
que tengo bastante copia,  
a Florencia y a tu casa  
los trajo a pedir limosna.  
Vióme su hermano y hablóme,  
contándome su deshonra;  
más cuerdo, Lisardo amigo,  
que merecieron mis obras.  
Y respondiéndole mal  
sacó del bordón la hoja  
y de mi pecho esta sangre  
de herida tan venturosa.  
No puedo conmigo más,  
este amor loco me torna,  
que mientras más fuerzas hago  
menos mi tormento afloja.  
Ni en el monte de la Luna,  
Tesalia, Colcos y Rodas  
hay hechizos que me curen,  
ni en las fuentes de Beocia.  
Si Dios no me muda el alma  
no esperes que mi congoja  
tenga remedio en mi vida,  
porque está en mi muerte sola.

LISARDO. ¡Extraño y notable caso!  
mucho ha sido mi pasión,  
pues en aquesta ocasión  
por tus sinrazones paso.

¿Así puede un caballero  
burlar con engaño igual  
una mujer principal?

ALBANO. ¡Ay, Lisardo, que me muero!

LISARDO. Basta, no hablemos en ello.  
Con razón o sin razón  
vivan los nuestros.

ALBANO. Ni son  
mis desdichas para ello.

LISARDO. Sólo te pide mi amor,  
pues están tan disculpados  
tus ofendidos cuñados,

que perdonés al menor,  
que hoy le quité la cadena,  
porque dijo: "Por Albano  
daré la muerte a mi hermano."

ALBANO. Más dijo de lo que suena.

LISARDO. ¿Pues qué piensas, que te engaña?

ALBANO. ¿No puede ser?

LISARDO. ¡No, por Dios!

Hoy habéis de ser los dos  
amigos.

ALBANO. ¡Locura extraña!

¡Déjame!

LISARDO. Tú lo has de hacer,  
mira que yo te lo pido.

ALBANO. Advierte que es parecido  
a aquella ingrata mujer,  
y en extremo la aborezco.

(FULGENCIA sale.)

FULGENC. ¿Sobre qué es esta cuestión?

LISARDO. Pacés de Florelo son,  
que alcanzallas no merezco.

FULGENC. Harálo Albano por mí.

ALBANO. A vos os está más mal  
que me pidáis cosa igual.

TANCREDO. ¿Llamaré a Florelo?

LISARDO. Sí.

(Váyase TANCREDO.)

FULGENC. ¿Qué culpa tiene el mancebo  
del delito de su hermano?

ALBANO. Ser sangre de Feliciano,  
a quien lo que sabes debo.

FULGENC. Si es lo que tú me has contado  
cierto que tienes razón.

LISARDO. ¿Qué fué?

FULGENC. Decir que es ladrón  
Lisardo, un hidalgo honrado.

LISARDO. ¿Luego esa fué la pendencia?

FULGENC. Fué ignorancia y libertad.

ALBANO. Contado le he la verdad  
a mi señora Fulgencia.

Yo y Tancredo y esos dos,  
digo Florelo y su hermano,  
todo el camino romano  
fuimos pidiendo por Dios.

Y habiéndonos dividido  
en la iglesia de Ferrara,  
como si yo me obligara  
a andar con ellos asido,  
porque no me despedí  
una joya me pidió

que en su casa le faltó  
al despedirse de mí.

Pues es bueno que me vea  
en tu casa, que bastara  
para que me acreditara  
y saber que honrado sea,  
¡y que me llame ladrón!

LISARDO. No es posible que supiese  
tus prendas, y cuando fuese,  
ignorancias de hombres son.

El mancebo no te ofende,  
y que le perdonas pido,  
que en casa le he recibido.

ALBANO. ¡Qué bien mi sangre defiende!  
¿Eso haces contra mí?

TANCREDO. Aquí está, señor, Florelo.

(Salga FLORELA.)

FLORELA. De rodillas por el suelo  
perdón te pido.

ALBANO. Eso sí,  
todo estaba ya trazado.  
¡Sangre tengo ya en la herida,  
porque viendo al hocimida  
vierto la que me ha quedado.

Bien habéis los dos sentido  
mi mal; mas no conocéis  
este traidor que tenéis  
hoy a vuestros pies rendido.

Con vuestra buena intención  
no reparáis de qué suerte  
vino a procurar mi muerte  
luego que tenga ocasión.

Porque es fiera disfrazada  
con esta piel de cordero.

FLORELA. Tú debes de ser más, fiero  
que la fiera más airada.

¿Pues cómo a un hombre rendido  
a tus pies tratas así?

FULGENC. Haz esto, Albano, por mí,  
que yo su perdón te pido.

ALBANO. No hay a quien le esté más mal  
que a ti pedir su perdón.

FULGENC. ¿Por qué llamaste ladrón  
a un hombre tan principal?

FLORELA. Estaba en la jova presta  
nuestra honra, y Feliciano  
piensa que ha causado Albano  
su deshonor manifiesta.

Yo he sido a venir forzado,  
¿qué es lo que puedes culparme?

ALBANO. Que le ayudaste a afrentarme

y que tú la causa has sido.

LISARDO. Mira, Albano, que si el cuento  
pasa como me dijiste,  
tú solo el culpado fuiste.

ALBANO. En ninguna cosa miento.

Pero éste no ha de quedar  
donde mis ojos le vean.

FLORELA. Cuando tan crueles sean  
lengua tengo con que hablar.

ALBANO. Y yo una lengua de hierro  
con que taparte la boca.

FLORELA. Si a tal yerro te provoca,  
hoy para siempre la cierro.

Aunque si me has de matar,  
cosa que tanto deseo,  
mal hago en callar, pues veo  
que está mi muerte en hablar,  
y en mi muerte está mi vida,

que en efeto moriré  
mártir de mi propia fe  
y por la tuya fingida.

ALBANO. Mira que te digo aquí.

FULGENC. Sin duda matalle quiere.

LISARDO. Albano, quien esto viere,  
¿qué podrá pensar de ti?

ALBANO. Dejadme, que vive el cielo  
de no la matar ni herir.

FLORELA. Señores, dejad morir  
al desdichado Florelo.

LISARDO. No le has de hablar ni tocar.

ALBANO. Por Fulgencia lo prometo.

FLORELA. ¿Qué quieres?

ALBANO. Oye en secreto.

FLORELA. Aquí me puedes hablar.

ALBANO. Florelo, libre y exenta,  
que sin mirar por tu honor  
me has hecho con tal rigor  
en mi tierra tanta afrenta,  
ya que con infame traje  
has hecho que sea forzoso  
no poder yo ser tu esposo  
sin afrentar mi linaje.

Cuando yo por un papel  
te mandé callar, no creo  
que fué con tan mal deseo  
como tú sospechas dél.

Sal desta casa al momento  
y vete alguna posada,  
que andando aquí disfrazada  
pasa mi honor detrimento.

Que Tancredo te irá a ver  
mientras otra orden se dá,

y también te llevará  
lo que hubieres menester.

Que no niego ser tu esposo  
y que te estoy obligado,  
mas ando agora ocupado  
en un negocio forzoso.

Y créeme que tendrás  
de mi amor satisfacción  
cuando haya buena ocasión  
si este contento me das.

Porque si hablas aquí  
y en esto no me obedeces,  
creyendo que me aborreces  
huiré mil mundos de ti.

No me verás, vive Dios,  
eternamente a tu lado.

FLORELA. ¿Has dicho?

ALBANO. Habréte cansado.

LISARDO. ¿Qué están hablando los dos?

FULGENC. No me contenta el enredo.

LISARDO. Suspenso estoy y confuso.

FLORELA. Ya de hablarte no me excuso,  
pues en tu desgracia quedo.

ALBANO. Habla, y mira bien, Florela,  
que te va en esto la vida.

FLORELA. De mi amor hablo corrida  
más que no de tu cautela.—

Albano, el hombre más vil  
de cuantos formó durmiendo  
la Naturaleza, haciendo  
por gentilhombre un gentil.

Bárbaro en lengua y estilo,  
que su patria honrada agravia,  
de los desiertos de Arabia  
a las riberas del Nilo.

Hombre que tras ofenderme  
me despide deste modo,  
que fuiste a Roma por todo  
cuanto mal pudiste hacerme.

Que me vaya a una posada  
me dices, porque tu honor  
ha de perder su valor  
andando yo disfrazada;

y que me podía llevar  
Tanerredo allá de comer.  
Mal te podré responder  
si me has mandado callar.

Que criado te enviara  
a quien trataras así...

¿Eso me dices a mí,  
hombre infame, cara a cara?

Sabes que te di mi casa,

¿cómo a posada me envías?  
¿Viste en ella en tantos días  
pobre mesa o mano escasa?

Pues tras habértela dado,  
no teniendo más que hacer,  
te di a mí misma, por ver  
si quedabas obligado.

Es verdad que eras tú un hombre  
que me supiste obligar,  
si no un Albano aun en dar  
tan vano como tu nombre.

Di el alma sin ver a quién,  
¿qué pena a mi culpa igual!  
Mas ¿por qué te trato mal  
después que me pagas bien?

Dices que serás mi esposo  
por lo que estás obligado,  
pero que andas ocupado  
en un negocio forzoso.

¿Hay cosa de más donaire  
ni más extremado cuento?  
Esto de mi casamiento  
sin duda que todo es aire.

Que tan ocupado estás  
por mi vida que lo ereo,  
que si es fuerza de un deseo,  
ninguna fuerza lo es más.

¿Es por ventura esta dama  
la del negocio forzoso?  
Sí, que a un hombre cauteloso  
¿a qué amigo no difama?

Luego en echarme haces mal;  
déjame aquí y serviré  
por lo menos de aleahuate,  
ya que no soy principal.

Que si hablare en lo importante  
cosa que te dé pesar,  
me puedes luego matar.

ALBANO. ¿Hay libertad semejante!

Mas, ¿cómo fuera menor  
de una mujer que ha dejado  
su traje honesto y honrado  
para aventurar su honor?

¡Vete luego, sal de aquí,  
que te meteré esta daga!

FLORELA. Hazlo así, para que haga  
lo que yo he de hacer en mí.

Que esta infame prenda tuya  
que en mis entrañas sustento  
como víbora y que siento,  
que es razón que me destruya.

Aunque a mi sangre la erío



y en mi propia vida encierro,  
morirá bien con tu hierro,  
pues que no la ha muerto el mío.

Pasa, traidor, las dos vidas  
de un golpe. ¿Qué te detienes?

ALBANO. ¡Que así a perseguirme vienes  
y que te mate me pidas!

Sal de aquí, vete al momento  
y calla, porque si hablas  
haz cuenta que desentablas  
de tu amor el fundamento.

FLORELA. ¿Que no te dueles de mí  
ni deste ángel?

ALBANO. ¿Esto aguardo?—  
Vámonos de aquí, Lisardo.

FLORELA. Señores...

ALBANO. ¡Vete de aquí!

FULGENC. Vamos, que Albano se entiende  
y le debe de importar.

LISARDO. Dado me habéis gran pesar;  
mucho esa crueldad me ofende.

ALBANO. Allá sabréis la ocasión.—  
Entra tú también, Tancredo.

*(Vanse todos.)*

FLORELA. Albano, ¿que no te puedo  
mover a darme perdón?

ALBANO. Ya te he dicho lo que importa  
que tu falsa lengua calle.

*(FLORELA queda sola.)*

FLORELA. ¿Que me arrojas en la calle?  
Detén el brazo, reporta.—  
¡Ah, señor mío!

ALBANO. Florela,  
no me deshonres aquí.

FLORELA. ¿Qué yo te deshonro a ti?  
¡Castigue Dios tú cautela!  
Sin duda debe de ser  
que en hombre me he transformado,  
pues dices que te he afrentado;  
ya debes de ser mujer.

Permite que así te llame,  
que una mujer que es tan hombre  
bien merecc de hombre el nombre  
y tú de mujer infame:

que una mujer no bastara  
a que este mal resistiera,  
ni un hombre tan fiero hubiera  
que así a una mujer tratara.

Puertas que os habéis cerrado  
cuando la muerte las abre;

rejas que me habéis servido  
al alma y cuerpo de cárcel;  
ventanas que sois oídos  
de avariento miserable,  
que no os abris a los pobres  
por más que a voces os llamen;  
mármoles, de quien se ha hecho  
aquel pecho inexorable;  
candados y llaves fuertes,  
al infierno semejantes;  
día de mi vida breve,  
noche que a mi muerte sales;  
luna que, como mi dicha,  
creces para ser menguante;  
estrellas, que sois las luces  
de mis honras funerales;  
cielos a mis quejas sordos;  
tierra, madrastra y no madre;  
casas del traidor Egipto,  
donde los ladrones nacen;  
calles donde me perdí  
y donde vine a buscarme;  
puertas, rejas y ventanas,  
mármoles, candados, llaves,  
día, noche, luna, estrellas,  
cielos, tierra, casas, calles,  
yo soy la que no sabe  
si es hombre o si es mujer, ficra ni  
Pensé que me aprovechara [ave.  
el traer de guarda un ángel  
contra la furia de un hombre,  
a un demonio semejante.  
Pero el ingrato que bebe  
como fiera de mi sangre,  
tigre se vuelve conmigo  
si el hijo pongo delante.  
¿Qué bárbaro de la Scitia,  
o qué salvaje indomable,  
qué tirano no movieron  
quejas de mujer y madre?  
¡Ah, falso, traidor Ulises,  
que para que no te encanten,  
atado y sordo me escuchas,  
al trinquete de tu nave!  
Vuélveme, villano Eneas,  
ya que en la tuya te escapes,  
el alma que me has llevado  
en pago del hospedaje.  
París en engaño fuiste,  
Tarquino en la fuerza grande,  
y con ser diamante agora  
no hay sangre con que te labre.

Angel, hombre, ingrato, fiera,  
 tigre, bárbaro, salvaje,  
 tirano, Ulises, Eneas,  
 París, Tarquino, diamante,  
 vuélveme el alma, infame;  
 escúchame o acaba de matarme.  
 Ya la muerte no me escucha;  
 aunque venga vendrá tarde,  
 que a nadie se da castigo  
 para que descanse nadie.  
 ¿Qué desdicha no he sufrido  
 para que tan mal me trates?  
 Mi largo camino mira,  
 la vergüenza de mi traje;  
 mis prisiones considera,  
 que no hay piedra que no ablanden.  
 La hambre que he padecido  
 esas paredes lo saben;  
 desesperaciones tuve,  
 que fué cualquiera bastante  
 a dar lugar a la ira  
 para vengarte y matarme.  
 ¿Qué sirve que me des celos  
 y con desdenes me acabes?  
 No hay pesares para mí  
 sino que de ti me apartes.  
 Muerte, castigo, desdicha,  
 caminos, prisiones, hambre,  
 desesperaciones, iras,  
 celos, desdenes, pesares,  
 ¿para qué me combaten,  
 si yo soy inmortal y ellos mortales?

(LEONIDA a la ventana.)

LEONIDA. ¿Qué tristes voces son éstas?  
 ¿Quién se queja desta suerte?

FLORELA. Para que entienda mi muerte,  
 son de oráculo respuestas,  
 que he de verte y no he de verte.

Negocio forzoso dices;  
 no es menester que matices,  
 traidor, tu amor encubierto.  
 Cierto es todo, todo es cierto.

LEONIDA. ¡Oh Florelo!, ¿a quién maldices?

FLORELA. ¿Es la muerte?

LEONIDA. Soy Leonida.

FLORELA. Mira de qué suerte estoy  
 pues este nombre te doy,  
 estando dentro la vida  
 por quien vivo y por quien soy.

LEONIDA. ¿Cómo en la calle a tal hora?  
 ¿Estás ya libre?

FLORELA.

Señora,

desta casa soy cautivo:  
 en ella en prisiones vivo,  
 su cárcel mi alma adora.

Tan desdichado nací,  
 que acogiéndome tu hermano  
 me despide el fiero Albano,  
 sólo porque hay sangre en mí  
 del fugitivo romano.

Yo era paje de Lisardo,  
 tan contento y tan gallardo  
 de que con esta ocasión  
 gozara de tu afición  
 y de los brazos que aguardo.

Pero no quiso el cruel;  
 ¡mira si pierdo el sentido  
 con razón, mi bien perdido!

LEONIDA. Bueno. ¿Pues qué parte es él  
 para haberte despedido?

FLORELA. Quiere Lisardo que arguya  
 que a deshonra se atribuya  
 lo que entre locos no pasa,  
 pues trae de fuera de casa  
 hombre que mande la suya.

LEONIDA. ¿Quieres entrar tú, mi bien,  
 y que acá te esconda yo?

FLORELA. Algún ángel por ti habló.  
 Abre, pues que no me ven.  
 ¿Veránme?

LEONIDA. Pienso que no,  
 que allá dentro están los tres.

FLORELA. Desde aquí beso tus pies.  
 Abre y escóndeme allá.  
 Abre presto.

LEONIDA. Abierto está,  
 y el alma en que estés después.

FLORELA. Muy bien habrás negociado,  
 sino es que en esta ocasión  
 mi preñado sea varón  
 y te quedase pagado  
 de la partieipación.

(HORACIO, FELICIANO y CLARINO, embozados.)

FELICIANO.

Llega sin que te sientan o conozcan  
 y a Lisardo dirás que hablarle quieres.

HORACIO.

Mejor es que le digan que le busca  
 un eaballero que de Roma viene.

CLARINO.

El llamar nos excusa éste que sale.

FELICIANO.

Juraré que es él mismo.

HORACIO.

Pues retírate.

FELICIANO.

Advierte, Horacio, que me va la vida en que nuestro concierto tenga efecto.

(Sale LISARDO.)

LISARDO.

Vuelve, Finco, y a las once o doce trácame el broquel y estoque donde sabes, que allí pienso esta noche entretenerme.—  
¿Quién va?

HORACIO.

No os alteréis: un forastero que viene preguntando por Lisardo.

LISARDO.

Yo soy el que buscáis.

HORACIO.

Seguramente podréis oírme a lo que vengo.

LISARDO.

¿Es cosa que toca a Albano?

HORACIO.

Aunque le toque a Albano podéis oírla sin recelo alguno.

LISARDO.

¿Es negocio de paz?

HORACIO.

De ningún modo.

LISARDO.

¿Pues qué mandáis?

HORACIO.

Oídmeme atentamente.

¿Sabéis por qué riñeron?

LISARDO.

He sabido que Albano fué de Feliciano huésped, y que mal informado de su hermana viene a buscarle y a vengar su honra.

HORACIO.

Que no se la quitó sin duda es cierto, aunque él se alaba, y no como hijodalgo.

LISARDO.

¿Luego no la gozó?

HORACIO.

De ningún modo.

LISARDO.

¿Pues qué viene a vengar?

HORACIO.

Haberlo dicho, y ya se ha contentado con la sangre.

LISARDO.

No lo estoy yo, pues no le hizo ofensa.

HORACIO.

Oídmeme a mí, por lo que a mí me importa, que ni vengo a reñir ni a daros causa.

LISARDO.

¿Pues qué queréis?

HORACIO.

El alma desta vida, la luz de aquestos ojos, el espíritu de mi aliento vital es esa dama. Vine a Florencia en seguimiento suyo; halléme en la pendencia y en la iglesia, donde está retraído Feliciano. Desto habemos hablado algunos días, resuélvese que yo su esposo sea; y así vengo a pedirla.

LISARDO.

¿A pedírmela?

¿Pues soy su padre yo esa señora?

HORACIO.

Su padre sois, pues la tenéis en casa.

LISARDO.

¿Yo en casa? ¿De qué suerte? ¿Cómo es eso? Mirad, señor, que alguno os ha engañado. Yo me llamo Lisardo, y aunque amigo de Albano, no sé nada desta historia.

HORACIO.

Si por satisfacción de aquella herida hacéis, Lisardo, prenda de una dama, no sé si de quien sois excede el término.

LISARDO.

¿Cómo os llamáis?

HORACIO.

Horacio.



LISARDO.

Pues, Horacio,  
el cielo me maldiga cuanto él puede  
y no dure mi vida sola un hora  
si tal mujer conozco ni la he visto:  
si acaso no es un mozo desbarbado  
que ya he pensado yo que mujer fuese,  
y Albano jura que es su mismo hermano.

HORACIO.

¿De Albano?

LISARDO.

No; de Feliciano digo

HORACIO.

Pues ese mozo mismo es mi Florela,  
que vino desafortunada.

LISARDO.

¿Que Albano me engañase desafortunada!

HORACIO.

Y os digo la verdad, y así os suplico  
me la entreguéis, como a marido suyo.

LISARDO.

No ha un hora que entregáosle pudiera,  
y menos puede haber que de aquí falta.

HORACIO.

¿Pues dónde es ido?

LISARDO.

No sabré decíroslo.

Sólo sé que le echó de casa Albano  
y le quiso matar dos o tres veces:  
en que conozco que ni la ha gozado  
ni la ha tenido amor.

HORACIO.

¡Caso notable!

Buscarla me conviene si va sola.

LISARDO.

Será cuerdo consejo.

HORACIO.

¡Oh Feliciano,  
perdidos somos!

FELICIANO.

¿Cómo?

HORACIO.

Albano quiso  
quitar la vida a mi inocente esposa,  
y huyendo va a buscarnos.

FELICIANO.

¡Oh, villano!

¿Eso intentó? Pues alto, no dejemos  
calle en Florencia donde no se busque.

CLARINO.

Mejor será buscalla en las posadas.

FELICIANO.

¡Oh, muera Albano a malas puñaladas!

(Vanse.)

LISARDO. ¡Que sea tal mi desdicha,  
que agora que sé la historia  
con mi fugitiva gloria  
se vaya también mi dicha!  
Agora fuiste mujer  
y entiendo el suceso todo,  
cuando ya de ningún modo  
volverás a mi poder.—  
¿Quién viene acá?

(Sale DOROTEO.)

DOROTEO. Doroteo.

LISARDO. Doroteo, ¿qué hay de casa?

DOROTEO. Gran desdicha.

LISARDO. ¿Pues qué pasa?  
Tiemblo y saberlo deseo.

DOROTEO. Que tu padre y mi señor  
 viniendo de su alquería  
cayó al suelo.

LISARDO. ¡Había  
otra desdicha mayor!  
Entra a llamar a Leonida;  
dí que salga con su manto.

DOROTEO. Voy.

LISARDO. Tendremos luto y llanto,  
pero guarde Dios su vida.  
No sé qué desdichas son  
las que a esta casa persiguen,  
¿qué estrellas tengo que obliguen  
mi vida a tanta pasión?  
Para quitarme el deseo  
bastante remedio ha sido.

(Salen LEONIDA, FULGENCIA, ALBANO y TANCREDO.)

LEONIDA. Que así mi padre ha caído.

FULGENC. ¿Tan malo está, Doroteo?

ALBANO. ¡Jesús, qué grande desdicha!

LISARDO. Fulgencia, en casa te queda.

FULGENC. ¿No iré allá?

LISARDO. No.

LEONIDA. ¿Qué hay que pueda

ser firme para mi dicha?—

¿Oye, Fulgencia?

FULGENC. ¿Qué quieres?

LEONIDA. Ya sabes lo que es amor.

FULGENC. Ya conozco su rigor.

LEONIDA. Y que al fin somos mujeres.

FULGENC. También lo sé.

LEONIDA. Pues advierte

que escondido de Lisardo,

aquel mancebo gallardo,

dulce ocasión de mi muerte,

allí queda en mi aposento.

De mi honor te duele.

FULGENC. Parte,

que yo sabré remediarte.

LISARDO. ¿Está acabado ese cuento?

FULGENC. Sí, señor.

LISARDO. Vamos de aquí.—

¿Vienes, Albano?

ALBANO. ¿Pues no!—

Ven, Tancredo.

TANCREDO. ¿También yo?

ALBANO. ¿Volveré, Fulgencia?

FULGENC. Sí.—

Hoy se acaban mis recelos,

ya mis sospechas dan punto,

hoy toca el alma a difunto,

hoy entierra amor mis celos.

Los que tuve de Leonida

hacen fin con entender

que Florelo vino a ser

el robador de su vida.

Mirad si le tiene amor,

pues le tiene en su aposento.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¡Bravo prodigio y portento  
cual tiene el mundo mayor.

FULGENC. ¿Qué ha sucedido, Fineo?

FINEO. Una cosa tan extraña,  
que si la vista no engaña,  
al revés el mundo veo.

FULGENC. Ya deseo que me nombres  
lo que ese misterio encierra.

FINEO. ¿Sabes tú si en esta tierra  
paren acaso los hombres?

FULGENC. ¿Pues qué quiere eso decir?

FINEO. En la cuadra de Leonida  
una voz enternecida  
oí llorar y gemir.

Abrí la puerta y entré  
y hallé en la cama a Florelo,

que quiere parir.

FULGENC. Recelo

que has bebido. ¿Cuántas fué?

FINEO. Señora, no estoy borracho.

¡Vive Dios que está pariendo!

FULGENC. ¿Pariendo?

FINEO. Y que está diciendo

que se le cae el muchacho.

Entra, por Dios y su Cruz,

que me encomendó el secreto.

FULGENC. Yo quiero entrar, en efeto;

camina y mete una luz.

FINEO. Entra, para que te asombres.

FULGENC. ¡Qué monstros el mundo encierra!

FINEO. ¡Vive Dios que es buena tierra,  
que paren hasta los hombres!

### ACTO TERCERO

(Salen ALBANO y TANCREDO.)

ALBANO. ¡Quince días sin hablarme

y con rostro tan cruel

tan falsamente mirarme!—

Dale, Tancredo, el papel.

TANCREDO. ¿Y qué contiene?

ALBANO. Quejarme.

TANCREDO. Tú tienes mucha razón.

ALBANO. Quiero saber la ocasión

porque se retira así,

cuando ninguna le di.

TANCREDO. Así las mujeres son.

Las más cuerdas son veletas:

ya se enojan con regalos

y ya se ablandan con palos,

que tienen las más discretas

sus lúcidos intervalos.

¿Hasle dado celos?

ALBANO. No.

TANCREDO. ¿Pues qué es eso?

ALBANO. Que llegó

su amor al mayor extremo

y que declina.

TANCREDO. Eso temo,

que nunca firme duró.

¿Has hablado con Leonida?

ALBANO. ¿Tú no ves que ausente ha estado

todo el tiempo que ha durado

de su padre la caída?

TANCREDO. ¿Y a ella no la has visitado?

ALBANO. Fué delante de mil gentes,

su padre y madre presentes.  
Lo más cierto es que ha querido  
cuando ocasión se ha ofrecido  
prevenir inconvenientes.

Cuando Lisardo y Leonida  
fuera de casa han estado  
y en ella apenas criado,  
que el peligro de la vida  
del viejo no haya ocupado,  
ha fingido esta tibieza.

TANCREDO. ¿Tan tibia está?

ALBANO. En mi tristeza  
lo puedes echar de ver.

TANCREDO. ¿Si se ha mudado?

ALBANO. Es mujer,  
varia por naturaleza.

TANCREDO. Peor es amor mostrallas;  
tú jamás le disimulas  
ni tus desventuras callas,  
y hay mujeres como mulas,  
que no andan sin picallas.

De mi consejo dirélo.

ALBANO. Dilo.

TANCREDO. Hagámosle un martelo,  
quizá picada andaré.

ALBANO. ¿Cómo si cansada está  
que se echará por el suelo?

TANCREDO. Dala celos, que esto a veces  
los más dormidos despierta.

ALBANO. El cómo ha de ser concierto,  
ya que el remedio me ofreces  
y mi desventura es cierta.

TANCREDO. Ponte a escribir un papel,  
donde Fulgencia te vea,  
como que de amores sea;  
y en estando al medio dél,  
para que mejor lo crea,  
vendré con prisa a llamarte:  
tú, por querer acudir,  
dejarásle de escribir  
y en aquella misma parte  
que te pueda ver y oír.

No te habrás de allí partido  
cuando ella le haya leído,  
y en su rabia o su favor  
conocerás si su amor  
es verdadero o fingido.

ALBANO. Llégame esa mesa luego.

TANCREDO. Aquí hay papel, tinta y pluma;  
escribe una breve suma  
mientras a la puerta llevo.

(Vase TANCREDO y ALBANO escribiendo.)

ALBANO. Celos son de amor la espuma  
cuando el mar de amor furioso  
en las olas se quebranta.

(Salen FLORELA y FULGENCIA.)

FLORELA. Digo, señora, que espanta  
tu silencio generoso,  
y si es santo tú eres santa.

Que el haberme remediado  
en esta fuerte ocasión  
y quince días guardado,  
que éstos o más creo que son  
los que Leonida ha faltado,  
ha sido piadoso efeto,  
pero más guardar secreto,  
que en no callar la mujer  
suele el hombre conocer  
la imperfección del sujeto.

ALBANO. Ya Fulgencia viene aquí;  
pero ¿qué será, ¡ay de mí!,  
venir Florela con ella,  
que ha quince días que della  
apenas nuevas oí?

Creo que se ha de hacer mal  
esto que voy previniendo.

FULGENC. Albano está allí escribiendo.

FLORELA. Ya de verle estoy mortal.

FULGENC. Y yo de verle me ofendo.

FLORELA. ¿Si me habrá visto?

FULGENC. No creas

que estando tan ocupado  
habrá en nada reparado.

FLORELA. Como tú mi amparo seas  
descansará mi cuidado.

FULGENC. Hasme hecho tanto bien  
en decirme del traidor  
su falso y fingido amor,  
que yo y Lisardo también  
te debemos nuestro honor.

Que aunque no pensé en mi vida  
ser de mi honor homicida,  
hay muy poco que fiar  
de hombre que sabe llorar  
y de mujer perseguida.

FLORELA. Ya que el parto apresurado  
me ha obligado a darte cuenta  
de su traición y mi afrenta,  
y tú de que le has amado,  
que mi obligación aumenta,  
duélete, por Dios, de mí.

ALBANO. ¿De qué tratarán allí?  
¿Si le ha dicho que es mujer?



Mas, ¿cómo se ha de atrever  
viendo que me ofende así?

Pero cuando un hombre agravia  
a mujer que tanto debe,  
por más que sea cuerda y sabia  
ha de ser perro con rabia,  
que al mismo dueño se atreve.

FULGENC. Confía de mí, Florela,  
ya que tu fe y su cautela  
ha llegado a mi opinión,  
que no logre la traición  
de la suerte que recela.  
Escóndete un poco allí.

(*Escóndase FLORELA.*)

FLORELA. Voime, no vuelva a mirar.

ALBANO. Florela se va de aquí;  
creo que se ha de lograr  
la cautela que emprendí.

(*Sale TANCREDO.*)

TANCREDO. Escribiendo hube de hablarte.

ALBANO. ¿Qué hay, Tancredo?

TANCREDO. Quiere hablarte  
Finicio.

ALBANO. Parte a llamallo.

TANCREDO. Está a la puerta a caballo.

ALBANO. A que no me aguarde parte.

TANCREDO. Importa mucho.

ALBANO. Pues dejo  
el papel y voy.

TANCREDO. Bien haces,  
que es honra el honrar a un viejo.

(*Vanse ALBANO y TANCREDO*)

FULGENC. De la que no satisfaces  
y quieres quitar me quejō.

Bien es que el consejo acete  
Albano de su alcahuete.  
Deseo me da de ver  
el papel; ¿qué puede ser?  
Por mi vida que es billete.

(*TANCREDO y ALBANO escondidos.*)

Leer quiero lo que pueda  
mientras viene.

TANCREDO. Ya se enreda  
el pajarillo en la liga.

(*Lca FULGENCIA.*)

FULGENC. "Mi bien..."

ALBANO. Deja que prosiga,  
que lo que me importa queda.

(*Lca FULGENCIA.*)

...La ventura de haber gozado esta noche  
por la industria de Tancredo el bien mayor  
que amor puede dar a sus cautivos me tiene  
tan obligado, que saldré luego de en casa de Li-  
sardo, como mandáis, y me iré a la de mi padre,  
y pésame que Fulgencia os haga celos, que  
fuera de ser mujer de mi amigo, es fea y ne-  
cia en extremo.

FULGENC. No pasemos adelante;  
quien escucha su mal oye,  
basta que el traidor amante  
en mis injurias apoye  
sus gustos para adelante.  
¿Hay más gracioso papel?  
Estoy por vengarme en él.  
Mas, cómo, ¿he perdido el seso?

TANCREDO. ¿Qué bien cayó con el queso!

FULGENC. ¡Oh infame! ¡Oh falso! ¡Oh cruel!  
¡No fuera yo en este punto

una mujer libre en todo  
para que del mismo modo  
me lo pagara por junto!

ALBANO. ¡Bien mi negocio acomodo!

TANCREDO. Cuando no sirva de más,  
a lo menos ya sabrás  
por esta rabia y furor  
que te tiene mucho amor.

ALBANO. Tancredo, en lo cierto estás.

FULGENC. Quiero dejar el papel,  
que ya lo siento venir,  
y entrarme a vengarme dél.

(*Váyase FULGENCIA.*)

TANCREDO. Ya, señor, puedes salir.

ALBANO. Pues más pienso hacer con él,  
que le tengo de enviar  
a voces, adonde vea  
que no la quiero estimar.

TANCREDO. Haz que conmigo no sea,  
que me mandará matar.

A lo menos no entraré  
en su casa.

ALBANO. Eso es lo cierto.

Pues parte, llámame a Alberto.

TANCREDO. De camino le diré  
con tu licencia el concierto.

(*Vase.*)

ALBANO.

Celos, que tantas veces me habéis dado  
tan ásperos y extraños desconsuelos,  
que con ser de carámbanos y hielos

me he visto entre vosotros abrasado.

Perdonadme si infierno os he llamado, celos, hijos de amor, que ya sois celos, que algunos que no saben lo que es celos la letra que yo os doy os han quitado.

Hurtado habéis el sol de los efetos, pues que la nieve cinterneceís buscados y endureceís la tierra conocidos.

Bien os llaman heridas los discretos, que, en efeto, sois buenos para dados y malos en extremo recebidos.

(Sale TANCREDO con ALBERTO.)

TANCREDO. Aquí, señor, está Alberto.

ALBANO. ¡Oh Alberto, bien seas venido!

ALBERTO. Que vengo a servirte es cierto.

ALBANO. ¿Has el concierto entendido?

ALBERTO. Ya sé, señor, el concierto.

ALBANO. Pues toma aqueste papel y traerás respuesta dél.—  
Si lo habrá Fulgencia oído?

TANCREDO. Sí, que la vista y oído tiene en su lengua y en él.

ALBERTO. Yo voy a darle en su mano.

(Vase.)

ALBANO. Pues parte con diligencia.

(FULGENCIA sale.)

FULGENC. Sin duda ha pensado Albano que es el honor de Fulgencia la vida de Feliciano.

Burlarse quiere de mí.

TANCREDO. ¿Qué te parece, si di con los celos en lo cierto?  
Amor que el olvido ha muerto siempre resucita así.

ALBANO. ¡Qué melancólica está!  
¡Que tanto puedan los celos!

TANCREDO. Quien ama olvidado, délos, y en el efeto verá los milagros de los cielos.

ALBANO. Hacerte quiero, Tancredo, del consejo de mi amor.

FULGENC. Pensando en mi deshonor he caído en el enredo deste fingido amador.

¡Necia de mí! ¿Dónde estaba, que en la verdad no caía?

Sin duda alguna fingía Albano que a mí me amaba cuando a Leonida quería.

Que, en efeto, esta mujer

Leonida debe de ser, que en cas de su padre está, adonde Albano entrará cuando la quisiere ver.

Que él confiesa en el papel que anoche a gozarla entró, y ella sin duda le habló en mí, pues que dice en él lo que de mí le escribió.

Y vese en que le ha pedido que no viva en esta casa, que lo que entre los dos pasa le habrá el traidor referido, con que de celos la abrasa.

Ello es cierto, y que en la calle anda mi olvidado honor, pero no debo culpalle, que no hay hombre con amor sin interés de gozalle.

ALBANO. ¿Qué estás diciendo de mí?

FULGENC. Ni aun me acordaba de ti.

ALBANO. Eso yo lo juraré.

FULGENC. ¿Qué te debo?

FULGENC. Mucha fe.

FULGENC. ¿Luego la fe es deuda?

ALBANO. Sí.

Lo más que el cielo nos debe es fe.

FULGENC. Con ella se alcanza.

ALBANO. Y es lo que a esta fe nos mueve de gozalle la esperanza después de esta vida breve.

FULGENC. ¿Luego aquel que no esperase gozarle, sin fe estaría?

ALBANO. No es posible que le amase, pues esperar no podía que algún tiempo le gozase.

FULGENC. ¡Oh, qué bien has referido la ocasión que hay de olvidarme!

ALBANO. ¿Cómo?

FULGENC. Fué porque si has perdido la esperanza de gozarme, también la fe que has tenido.

Era casto nuestro amor por la ocasión de mi honor y ser Lisardo tu amigo.  
¿Y así me olvidaste?

ALBANO. Digo que concedo la mayor.

Pero la menor te niego, que yo no tengo interés que pase del alma.

FULGENC. Un ciego,  
Albano, verá lo que es  
tu amor.

ALBANO. Pues dilo, te ruego.

FULGENC. Cuantos a amar comenzáis  
de la vista os contentáis;  
en viendo el hablar, pedís,  
y si habláis, luego decís  
que una mano deseáis.

Pues alcanzada esta mano  
luego decís que os provoca  
amor, que es rey tirano,  
a no sé qué de la boca,  
y echáis glosa al canto llano.

¿Qué cosa es ver un amante  
diciendo una mano quiero,  
y no esa mano, ese guante;  
no soy, señora, grosero,  
sola el alma es lo importante?

Eso a quien bien ama ofende,  
las bestias deben hacello;  
lo que es alma, alma pretende,  
y en dilatándole aquello  
lo busca donde se vende.

¡Ay, Albano, por tu vida,  
que has buscado un cuerpo ya,  
alma que en el tuyo está,  
goza en buen hora a Leonida,  
que amor en cuerpo te da!

Que así está más gentilhombre  
para ti, que lo eres tanto,  
que amor de alma todo es llanto,  
y siendo pena su nombre  
alma en pena causa espanto.

Que fué mi amorosa historia  
de tu vida y tu memoria  
el purgatorio recelo;  
pero ya es Leonida el cielo  
que te ha llevado a su gloria.

Sal desta casa, atrevido,  
tu ropa y tu engaño toma,  
que basta que haya sufrido  
que me traigas desde Roma  
quien haya en ella parido.

Y si está Leonida así  
no venga a parir aquí,  
que no soy, aunque lo dores,  
tercera de tus amores  
si castidad prometí.

Aquí parirá muy mal,  
y pensar son desatinos  
que al cabo de tus caminos

de niños soy hospital  
si lo fuí de peregrinos.

Puede en tu casa parir,  
si tienes padres prolijos;  
a la piedra puedes ir,  
que aunque soy piedra en sufrir  
no soy piedra de tus hijos.

Que no eres manifiestas  
español ni florentino  
en el viaje que aprestas;  
más flamenco y peregrino,  
que traen los hijos a cuestas.

Nazcan y crezcan, que es cosa  
que con la edad lo sabrán,  
y en esta ocasión forzosa  
ellos averiguarán  
cuál madre será tu esposa.

Mas desde aquí hasta crecer  
y hasta que por sus querellas  
sepan cuál es tu mujer,  
tantas tendrás, que por ellas  
gran turco vengas a ser.

Traéis de Roma los pechos  
acaso privilegiados  
que allá estamos satisfechos (1).  
No hay bulas de hacer pecados,  
mas de perdonar los hechos.

Sal de aquí, sal, y haz así,  
que se lo diré a Lisardo.

ALBANO. Oye.

FULGENC. Suéltame, que aguardo  
que venga la madre aquí  
de aquel tu hijuelo bastardo.

(Vase airada.)

ALBANO. ¡En verdad que se ha lucido,  
Tancredo amigo, el consejo!

TANCREDO. Pues, señor, si ella ha sabido  
de Florela el cuento viejo,  
que aunque es hombre habrá parido,  
¿qué tiene que ver con celos,  
cuyo efeto milagroso  
se ve en su pecho celoso?

ALBANO. ¡No me faltaban más duelos  
que un niño a cuestas odioso!

TANCREDO. Ya sabes lo del cohombro:  
paciencia, al hombro le toma.

ALBANO. ¿Cómo que le tome al hombro?

TANCREDO. Párale en Roma, que en Roma  
le hizo, iglesia me nombro.

(1) Así en el original; pero debe haber error en este verso.



Mejor es ir a buscar  
y procurar atajar  
que el parto no se publique.  
ALBANO. Como yo se lo suplique,  
por fuerza habrá de callar.

TANCREDO. En remediarlo repara,  
que parida es cosa clara  
que te ha de ser tigre fiera.

ALBANO. ¡Oh, si de víbora fuera,  
porque al nacer la matara!  
(*Vanse.*)

(*Sale ALBERTO.*)

ALBERTO. Hasta cerca desta casa  
me manda venir Tancredo,  
y aunque entenderlo no puedo  
entiendo que lo que pasa  
se funda en algún enredo.  
¿Qué puede significar  
no ir a su casa Albano  
y en la de Lisardo estar?  
Quien te encubre, amor tirano,  
coge el viento y bebe el mar.

Yo pienso que sabe dél  
su padre, a quien tanto ofendo,  
no siendo en esto fiel.

(*FLORELA sale tras ALBERTO.*)

FLORELA. Este hombre vengo siguiendo  
con los celos de un papel,  
y no sé de qué manera  
pueda de la faltriquera,  
donde en casa le metió,  
sacarle. ¡Ah cielos, si yo  
oficial de bolsas fuera!

Muero por ver lo que Albano  
escribe, y si sus enredos  
son mis sospechas y miedos  
pesada tengo la mano,  
mas dicen que es con dos dedos.

Sin duda que va a Leonida,  
si yo le puedo coger  
todo lo podré saber,  
en cogerle está mi vida.  
Celos, ladrón he de ser.

De vuestro oficio cruel  
aprendo, si hurtáis con él  
la capa y nombre a los cielos.  
¿Qué mucho que yo con celos  
hurte al infierno un papel?

¡Oh tú, el primer inventor  
del hurtar, dame tu ayuda!

ALBERTO. No sé si a la casa acuda

donde queda mi señor.

FLORELA. Osa el pecho, el brazo duda.  
¡Ay de mí, que siento al doble  
en llegando a la ocasión,  
la vergüenza y confusión.  
¡Qué mal que sienta en un noble  
el oficio de ladrón!

Pues hurtar tengo el papel,  
voy. Vuelve, disimular.

ALBERTO. ¿Qué es lo que andáis a buscar?

FLORELA. Hanle de dar cuenta a él.

¡Qué vil oficio es hurtar!

Miente quien dice que holgando  
gana su vida el ladrón,  
porque yo estoy trabajando  
más en aquesta ocasión  
que un tosco villano arando.

¡Oh Mercurio, si dominas  
entre ladrones, ninguno  
cual yo tu estrella importuno,  
con cuyas fuerzas divinas  
hurtaste la vaca a Juno!

Llego otra vez; mas ya vuelve.  
¡Que no pueda hallarle, ah cielo!

ALBERTO. ¿Qué busca aqueste mozuelo?

FLORELA. Si éste sobre mí revuelve  
algunas coces recelo.

¡Que un papel se me cayese  
y nunca más pareciese!

¿Hay desdicha semejante?

ALBERTO. Pasad, mancebo, adelante.

FLORELA. No importa, señor, estése.—

Yo llego a Dios y a ventura,  
y los dos dedos le encajo.

¿Esto no llaman trabajo?

Pues no tienen tanta hondura

Po (1) francés ni español Tajo.

Ea, que ya es cobardía.

¡Ciego amor, mis manos guía!

(*Cógele ALBERTO la mano en la faltriquera.*)

ALBERTO. ¡Ah traidor!

FLORELA. ¡Perdido soy!

ALBERTO. ¡Soltad la bolsa!

FLORELA. Ya estoy  
en mayor mal que tenía.—

¡Soltad la mano, por Dios!

ALBERTO. ¡Soltadme el dinero vos,

(1) El Po es río de Italia; a no ser que Lope haya querido referirse al Pau, río del mediodía de Francia, que pasa por la ciudad del mismo nombre; pero que no puede citarse por su profundidad.

cicatero, ladroncillo,  
que si tuviera un cuchillo  
quizá os cortara las dos!

FLORELA. Hablad bien, que soy hidalgo,  
y se os debe de antojar  
que la bolsa os vengo a hurtar,  
y con lo poco que valgo  
por Dios que os hago matar.

Soy, aunque soy forastero,  
muy honrado caballero.

ALBERTO. Pasito, no habléis de vicio,  
que aun en los de vuestro oficio  
no es honra el ser cicatero.

(Salen HORACIO, FELICIANO y CLARINO.)

HORACIO. ¿Has mirado bien la casa?

CLARINO. Toda, señor, la miré.

FLORELA. Advertid que gente pasa.

FELICIAN. ¡Que en ninguna parte esté  
más honra que amor me abrasa!

FLORELA. ¡Ah, señores caballeros,  
mirá que me está robando  
este traidor, y hace fieros!

ALBERTO. ¿Yo a ti, muchacho?

FLORELA. ¡Sí!

ALBERTO. ¿Cuándo,  
linda flor de cicateros?

¿Sácasme la bolsa a mí  
y dices que te he robado?

HORACIO. ¿A un niño tratáis así?

FELICIAN. ¡Dalde, que es ladrón taimado!

ALBERTO. ¡Ay, que me han muerto! ¡Ay de mí!

CLARINO. ¡Huyendo parte el gallina  
de solo un espaldarazo!

HORACIO. El paje también camina.—  
Tente.

FLORELA. No me asgáis del brazo.

HORACIO. ¡Mi bien! ¡Florella divina!

FELICIAN. ¿Es mi hermana?

HORACIO. Sí, ella es.

FLORELA. ¿Que he topado con los tres?

FELICIAN. ¿Dónde vas, deshonra mía,  
desde aquel infame día  
que puse en Roma los pies?

¿Qué honra es esta que habemos  
los dos venido a buscar?

¿Cómo quiercs que la hallemos?

¿Quién es quien nos la ha de dar,  
di; por quién preguntaremos?

¿Qué Albano, qué invención  
es la que trajo a Florencia  
tu temeraria afición?

HORACIO. Háblale con más paciencia,  
pues te quejas sin razón.

Ya su desdicha he sabido,  
y que Albano, de gallardo,  
no quiere ser su marido.  
Yo, Feliciano, no aguardo  
serlo, pues otro lo ha sido.

Procura honrar a Florela  
como caballero honrado,  
y el traidor que nos desveña  
quede tan bien castigado  
que no logre la cautela.

Muera este fiero enemigo;  
matémosle, Feliciano,  
que de ir contigo me obligo:  
harás tú como su hermano,  
y haré yo como tu amigo.

No se estudie en otra cosa  
sino en que aquéste se case  
o muera muerte afrentosa;  
basta que aquel llanto abraza  
del rostro el jazmín y rosa.

Baste ya aquella vergüenza;  
a ser hermano comienza  
si hasta aquí fuiste enemigo.

FELICIAN. El consejo de un amigo,  
¿qué rigor hay que no venza?

Alza, Florela, la mano  
del rostro, quita ese lienzo  
y mira que soy tu hermano.

FLORELA. De mirarte me avergüenzo,  
y con razón, Feliciano.

Erré cual mujer. Si habías  
perdonado aquel error,  
porque, en efeto, sabías  
que era mi disculpa amor,  
¿qué culpa tengo estos días?

Crece en Albano el engaño,  
en mi amor, en ti la injuria,  
en Horacio el desengaño,  
templando a un malo la furia  
cese en tres buenos el daño.

Estoy muy agradecida  
que Horacio ya no me pida  
correspondencia a su amor,  
pues ve que sigo a un traidor  
que me ha quitado la vida.

Este buscad, éste muera,  
que muerto cobráis los dos  
vuestro honor y el mío.

FELICIAN. Espera,  
espera, Florela, en Dios,

que habrá tiempo en que te quiera.

Ven con nosotros, que quiero  
mostrar que soy caballero.

HORACIO. Eso importa, y con recato.

FLORELA. ¡Cuanto más ha sido ingrato,  
más con el alma le quiero!

(*Vanse.*)

(*Salen LEONIDA y FULGENCIA.*)

LEONIDA. Mira, Fulgencia, que harás  
que te pierda el buen respeto.

FULGENC. Leonida, yo te prometo  
que no me le pierdas más.

LEONIDA. ¿Estás en tu seso?

FULGENC. No,  
que [un] enojo te confieso  
que pudo quitarme el seso  
y que el honor me quitó.

LEONIDA. ¿Yo con Albano?

FULGENC. Ya sé  
de un papel que te escribía,  
que la noche de aquel día  
para nuestro honor lo fué.

El dice que te ha gozado,  
y tú, que salga de aquí  
por los celos que de mí  
has neciamente pensado.

¡Soy honrada, y soy mujer  
de tu hermano!

LEONIDA. ¿Tú estás loca  
o qué furia te provoca,  
que furia debe de ser?

Porque los celos son furia  
tan del infierno en el fuego,  
que obligan tu pecho ciego  
a hacer a mi honor injuria.

¿Dices que me goza Albano  
y que de celos de ti  
le mandé salir de aquí?

FULGENC. ¿Pues niegas lo que es tan llano?

LEONIDA. ¿Eso es llano? ¿De qué suerte,  
si ha quince días que estoy  
fuera de casa, pues hoy  
entro en ella y vengo a verte?

FULGENC. En la de tu padre ha entrado.

LEONIDA. ¿En la de mi padre? ¡Bueno!  
Mira que el honor ajeno  
es sangre del que es honrado.

Si fuera en casa del tuyo  
aún pudiera ser que entrara.

FULGENC. En lo que dices repara.

LEONIDA. No reparo, sino huyo.

¿Muy bueno es decirme a mí  
que hombre bueno se alabó  
de mi amor?

FULGENC. Esto que yo  
te digo escrito lo vi.

¿Y quién duda que a este efeto  
con Florelo me engañaste  
el día que me mandaste  
tenerle en casa secreto?

LEONIDA. ¿Pues de qué ha sido el engaño?

FULGENC. De que Florelo parió,  
mientras que pensaba yo  
que era diferente el paño.

LEONIDA. Eso sí, di que eres loca  
y que dices desatinos,  
que por tan llanos caminos  
es la distancia más poca,  
y no que me goza Albano,  
como que tuvieses seso.

FULGENC. ¿Pues qué locura hay en eso,  
siendo negocio tan llano?

LEONIDA. ¿Es llano parir Florelo?  
¿Ves como el necio y el loco,  
en que se conocen poco  
los conoce todo el suelo?

FULGENC. ¿Aun esto querrás negar?

LEONIDA. ¿Pues no he de negar que un hom-  
pueda parir? [bre

FULGENC. No te asombre,  
si no es volverme a engañar.

Que cuando me le entregaste  
sabías que era mujer.

LEONIDA. ¿Luego es mujer?

FULGENC. Puede ser  
que engañada me engañaste.

Eres mujer, y aquel día  
que fuiste a ver a tu padre  
fué de un hijo hermoso madre,  
que en casa a sus pechos cría.

¿Que es mujer Florelo?

LEONIDA. Sí.

FULGENC. ¿Y que ha parido?

LEONIDA. También.

FULGENC. ¿Sabes acaso de quién?

LEONIDA. Bien puede ser que de tí.

FULGENC. ¿De mí?

LEONIDA. ¿No os queréis los dos?

FULGENC. Sí.

LEONIDA. Pues por sin duda [yo] creo  
que le ha engendrado el deseo.

FULGENC. ¿Qué, en fin, parió?

LEONIDA. Sí, por Dios.



LEONIDA. ¿Sábelo mi hermano?  
 FULGENC. No.  
 LEONIDA. ¿Y Albano?  
 FULGENC. Apenas lo creo.  
 LEONIDA. ¿Pues quién?  
 FULGENC. No más que Fineo,  
 que de partera sirvió.  
 LEONIDA. ¡El es notable suceso!  
 ¿Si es su padre acaso Albano?  
 FULGENC. No lo digas a tu hermano  
 si acaso te lo confieso.  
 LEONIDA. ¿Hay tal maldad? ¿Que su amiga  
 traiga a casa de su amigo?  
 FULGENC. Antes merece castigo,  
 porque trae a su enemiga,  
 que la aborrece de suerte,  
 supuesto que es sin razón  
 que la ha tenido en prisión  
 y la aborrece de muerte.  
 LEONIDA. ¿Que ésta es la dama romana  
 que peregrina gozó?  
 FULGENC. Como has visto le siguió.  
 LEONIDA. ¡Qué mala paga!  
 FULGENC. ¡Inhumana!  
 LEONIDA. Desto puedes inferir  
 que lo que de mí diría  
 enredo y maldad sería.  
 FULGENC. ¡Oh, cuánto sabe fingir!—  
 El viene; habla tú con él  
 mientras pienso la venganza.  
 LEONIDA. Entra, y ¡ay dél si le alcanza  
 la del cielo!  
 FULGENC. Venga en él.  
 (Váyase FULGENCIA.)  
 (Sale ALBANO y TANCREDO.)  
 ALBANO. ¿Entróse?  
 TANCREDO. ¿Pues no lo ves?  
 Luego al punto que te vió.  
 ALBANO. Aquí Leonida quedó.—  
 Bésoos, señora, los pies.  
 ¿No respondéis?  
 LEONIDA. ¿Qué respuesta  
 merece un hombre engañoso,  
 soberbio, vanaglorioso  
 de lo que poco le cuesta?  
 ¿A mí gozado? ¿Sabéis,  
 villano, de quién habláis?  
 Agradecedme que estáis  
 en el sagrado que veis,  
 que yo quedara vengada  
 y ese vil cuerpo sin vida.

¿Pensáis que soy la parida  
 que os vino a buscar preñada?  
 ¿En casa de mi padre a mí?  
 ¿Es mi padre algún villano?  
 ALBANO. Señora...  
 LEONIDA. Tened la mano.  
 (Vase LEONIDA.)  
 ALBANO. ¡Todos son hoy contra mí!  
 ¿Qué quiere decir, Tancredo?  
 ¿Que yo he gozado a Leonida?  
 TANCREDO. Desta Fulgencia atrevida  
 nació, sin duda, el enredo.  
 ALBANO. No, sino de tu consejo.  
 ¡Oh, nunca yo lo tomara,  
 que quien de celos se ampara  
 hace de la espada espejo!  
 Toda la casa está ya  
 cansada de mi hospedaje.  
 TANCREDO. Basta a cansar un linaje  
 el que recibe y no da.  
 (Sale FINEO.)  
 FINEO. Mi señora me ha mandado  
 te diga que entres a vella.  
 ALBANO. ¿Cómo a vella?  
 FINEO. A hablar con ella,  
 que quiere darte un recado.  
 ALBANO. ¿Sabes lo que es?  
 FINEO. Pienso que es  
 tu ropa.  
 ALBANO. ¿Voy despedido?  
 FINEO. Dicen que mal mozo has sido,  
 y del malo basta un mes.  
 ALBANO. Salir me quiero de aquí  
 en sabiendo lo que pasa,  
 porque temo que la casa  
 se ha de venir sobre mí.  
 (Vase ALBANO.)  
 TANCREDO. ¿Qué te parece, Fineo,  
 de aquesta resolución?  
 FINEO. Castigos del cielo son.  
 TANCREDO. Por tu vida que lo creo.  
 Que es la ingratitud maldad  
 y un aire bañado en hielo,  
 que a las entrañas del cielo  
 suele sacar la piedad.  
 (Sale LISARDO.)  
 LISARDO. ¿Vino mi hermana, Fineo?  
 FINEO. Ha seis horas que en el coche

llegó.

LISARDO. Dile que esta noche  
volver a casa deseo,  
que avise si ha de ir conmigo  
y volveránle a traer.—  
¿Qué hay, Tancredo?

TANCREDO. Hoy más que ayer.

LISARDO. ¿Adónde queda el amigo?

TANCREDO. Sospecho que en casa está.

LISARDO. Esta enfermedad cruel  
apenas de hablar con él  
lugar, Tancredo, me da.

(ALBANO con el niño debajo de la capa.)

ALBANO.

¿Así, cruel Fulgencia,  
me arrojas de tu pecho,  
ya de mármoles hecho  
en seis meses de ausencia?  
¿Así me has despedido  
del tiempo que te he amado y te he servido?

¿Son estas las porfías  
y celosos enojos  
cuando viendo mis ojos  
con lágrimas decías:  
“Mis hermoso luceros,  
al sol no miraré por no ofenderos”?

Ropa blanca, Fulgencia,  
por mi fe que eres franca,  
y a fe que es hartó blanca,  
si es blanca la inocencia.  
¡Oh ladrón homicida,  
dasme la ropa y quítasme la vida!

Vengarte el cielo quiso.  
Como a Adán me trataste,  
con mi mujer me echaste  
del nuevo paraíso.  
¡Angel, piedad te pido,  
que se afrenta la espada en el rendido!

LISARDO. ¿De qué te quejas, Albano,  
y dónde vas desafortunado?

ALBANO. ¡Oh cielo esquivo, inhumano,  
que te turba y te divierte!

LISARDO. ¿Qué cubres guarda la mano?

ALBANO. No es nada, por vida tuya.  
Suelta, que no lo has de ver.

LISARDO. Eso puede un hombre hacer  
no en mi casa, allá en la suya,  
que tengo hermana y mujer.

ALBANO. Tu casa es la propia mía:  
si esto es así no lo veas.

LISARDO. Perdóname y no lo creas,

y en encubrirlo porfía  
si verme necio deseas.

ALBANO. ¿Ya no te fías de mí?  
¿O has creído al peregrino  
que soy ladrón?

LISARDO. No imagino  
que cabe ese nombre en ti.  
Tu ingratitud adivino.

Mi alma no se te escapa  
de verla si a verla pruebas,  
y tu lealtad me tapa  
ese no sé que llevas  
escondido con la capa.

Suelta.

ALBANO. Esto es alma también,  
no la veas, pues no es mía,  
que si dura mi porfía  
es porque me quieras bien,  
que quien bien quiere bien fía.

LISARDO. Llanto de niño parece;  
no lo descubras, que ya  
en la voz que el viento ofrece  
la inocencia hablando está  
y la amistad enmudece.

¿Niño de mi casa, Albano?  
Yo tengo una hermana aquí:  
si es tuyo, dame esa mano,  
y al de amigo que te di  
añade el nombre de hermano.

Si es ajeno, mal has hecho  
en no le quitar la vida  
cuando te dijo su pecho.

ALBANO. Templa la furia nacida  
de mi agravio y tu despecho,  
que no es de tu hermana.

LISARDO. ¿No?  
¿Pues de quién?

ALBANO. ¿Cómo podía  
ser de un mes?

LISARDO. De antes sería,  
si antes Leonida te vió.

ALBANO. No, por tu vida y la mía.

Que éste es de aquella mujer  
que en hábito peregrino  
de Roma en mi busca vino.

LISARDO. Albano, no puede ser,  
que me engañas imagino.

Porque ésa habrá quince días  
que se partió con su esposo,  
y aunque gozarla fingías  
fué tu cuento mentiroso,  
porque engañarme querías.

Conmigo habló su marido,  
y a ver mi hermana ha venido;  
con tal prisa hoy a mi casa  
a esto fué.

ALBANO. Furor te abrasa;  
que te reportes te pido.

LISARDO. Vete, Albano, de mis ojos;  
vete de aquí, falso amigo,  
con esos viles despojos,  
no dé a los dos el castigo  
de mis agravios y enojos.

Que no desnudar, traidor,  
la espada de ti ofendida,  
verás que soy en rigor  
más leal para tu vida  
que fuiste para mi honor.

De quien yo soy satisfecho  
de la vaina no la arranco,  
porque a mirar lo que has hecho  
ese niño fuera el blanco  
por donde acertara el pecho.

Y viéndote el pecho inserto  
del niño que en él matara,  
que me vengué fuera cierto,  
pues quien te viera pensara  
que hasta el alma te había muerto.

(Vase.)

ALBANO. ¡Oye, escucha, advierte!

TANCREDO. Fuése.

ALBANO. Toma este niño enemigo,  
llévale, para que cese  
de aquesta casa el castigo.

TANCREDO. Aunque de verte me pese,  
señor, con tanta fatiga,  
ya será tiempo que diga  
a tu olvido que despierte.

ALBANO. Tancredo, el alma me advierte  
y a ti la razón te obliga.

Parte y búscame a Florela.

TANCREDO. Voy, y mira que ya el cielo  
te castiga y desconsuela.

(Vase TANCREDO.)

ALBANO. El corazón hecho un hielo  
mis desventuras recela.

(Salen LISARDO y LEONIDA.)

LISARDO.

¡Salid, deshonor de mi noble casa,  
vil mujer de mi Troya, Elena fiera,  
incendio soy, o la cólera me abrasa!

LEONIDA.

¡Oye, cruel hermano, escucha, espera!

ALBANO.

Pues ignoras, Lisardo, lo que pasa,  
que estamos inocentes considera.

LISARDO.

¿Que escuche, espere, advierta, considere?  
¡Mancha de honor, agua de acero quiere!

LEONIDA.

¿Yo parida de Albano? ¿Qué me dices?

LISARDO.

Los dos os confesad a Dios del cielo.

ALBANO.

Mucho, Lisardo, de tu ser desdices.  
Oyeme a mí, señor.

LISARDO.

¡Gentil consuelo!

(Sale FULGENCIA.)

FULGENCIA.

Oye a Fulgencia y no te escandalices.

LISARDO.

También tú injusta, desleal, recelo.

ALBANO.

Oyeme, pues.

LISARDO.

¡Detente!

FULGENCIA.

¡Oye, alma mía!

LISARDO.

¡Malhaya el hombre que de amigos fía!

ALBANO.

Yo lo he sido, Lisardo, verdadero,  
y en prueba desto, dame aquí mi esposa.

LISARDO.

Ya la tienes ahí.

ALBANO.

La mía quiero.

LISARDO.

La tuya es ésta.

ALBANO.

No es.

FULGENCIA.

¡Extraña cosa!



ALBANO.

Dame a Florela, por Florela muero.

LISARDO.

¡Buena amistad, honrada y provechosa!  
¿Después que de Leonida con cautela  
gozas, traidor, me pides a Florela?

ALBANO.

Yo en mi vida, Lisardo, con Leonida.

LISARDO.

Tú con Leonida, pues...

ALBANO.

¡Fálteme el cielo  
si palabra de amor la hablé en mi vida!

*(Salen HORACIO, FELICIANO, CLARINO, FLORELA, con  
cuatro capas gasconas y cuatro pistoletas, y unas  
bandas a los rostros.)*

FLORELA.

Esta es la casa.

ALBANO.

Mi prisión recelo.

FELICIANO.

Busquemos al traidor, aunque lo impida  
toda la fuerza y el poder del suelo.

LISARDO.

¿Búscante aquéstos?

ALBANO.

Sí.

LISARDO.

Pues, caballeros,  
¿en mi casa disfraz de bandoleros?

FELICIANO.

Franquealda toda o sufriréis que luego  
os saque el alma y meta aqueste plomo,  
que eso podrá tardar que diere fuego.

LISARDO.

De franquearla en paz el cargo tomo.

ALBANO.

Que me escuchéis, si lo merezco, os ruego,  
y antes que me matéis me decid cómo,  
si sois los que yo pienso, desta suerte  
a buscarme venís y a darme muerte.

*(Descúbrese FELICIANO.)*

FELICIAN. Yo soy, enemigo Albano,

el hermano de Florela,  
que desde Roma hasta aquí  
vine en tu busca con ella.

*(Descúbrese.)*

HORACIO. Yo soy Horacio, que un tiempo,  
obligado de sus prendas,  
pretendí por voluntad  
lo que gozaste por fuerza.

*(Descúbrese.)*

CLARINO. Yo Clarino, que en tu busca,  
discurriendo varias tierras,  
no he dado a sus esperanzas  
el fin que en tu muerte espera.

*(Descúbrese.)*

FLORELA. Yo soy Florela, a quien diste  
en el altar de una iglesia  
palabra de ser su esposo,  
mas no quiero que lo seas.

*(Descúbrese.)*

ALBANO. Cuatro fuegos, cuatro muertes,  
cuatro enemigos me cercan;  
Favoréceme, Lisardo,  
y vos, Leonida y Fulgencia.  
Decid que confieso aquí  
que hice a su honor ofensa,  
pero que bien se restaura  
con que me case con ella.

FULGENC. Señores, ya está el ingrato  
arrepentido por fuerza;  
ya veis que os pide perdón  
y que os mira con vergüenza.

LISARDO. Feliciano, cuando un hombre  
a estar de rodillas llega,  
no es noble el que no perdona  
todas las injurias hechas.

LEONIDA. Florela, por el amor  
que me debéis esto os ruega  
Leonida.

FLORELA. Que no hay remedio.  
¡Dispárale!

LISARDO. ¡Tente!

FLORELA. ¡Muera!

LISARDO. Y pues me pongo delante  
este pecho me atraviesa.  
Mira que este hombre es mi amigo.

FLORELA. ¡Bien te ha pagado esa deuda!

LISARDO. ¿Pues qué tiene con Leonida?

FLORELA. Ninguna cosa que sepa,  
que el hijo sin duda es mío.

LISARDO. Pues si contra mí no yerra,  
tomad esta vida mía;  
pero mira que no quedas,  
Florela, con eso honrada  
puesto que Horacio te quiera,  
al cual daré yo a Leonida  
con mil ducados de renta,  
en cambio de una mujer  
que otro en este punto deja.

HORACIO. Feliciano, este partido,  
así Dios te guarde, aceta,  
mira que es provecho y honra.

FELICIAN. De concederlo me pesa.

FLORELA. No importa, no te fatigues,  
que cuando tú lo concedas  
yo quiero que muera Albano.

ALBANO. ¿Tú quieres que Albano muera?  
¿Tan cruel tú, esposa mía?  
¿Tú, Florela?

FLORELA. Yo, Florela.  
¿Acuérdate, falso ingrato,  
que bien creo que te acuerdas,  
de mi prisión, de tu injuria  
y de otras cosas como éstas,  
que callo por lo que sabes?

ALBANO. ¿Quién lo que dices te niega?  
Pero buena quedarás  
si viendo a tus plantas bellas  
del ingrato arrepentido  
la vida, matar le dejas.  
¿Qué harás deste tierno infante

que al mundo sin padre entregas?  
¿No quieres que me conozca?

FELICIAN. Aquí es bien que te enternezcas.

FLORELA. Llega, ingrato de mis ojos;  
llega, arrepentido, llega,  
llega a quien hoy te perdona.

(Sale TANCREDO.)

TANCREDO. Mirando estuve la fiesta,  
pero no osaba llegar  
hasta que viese el fin della.

FLORELA. Y a Tancredo le perdono.

TANCREDO. ¡Romana piedad es ésa!

HORACIO. Advertid que sois mi esposa.

LEONIDA. Como Lisardo lo quiera.

LISARDO. Yo digo que soy contento.

HORACIO. Y yo que seréis mi prenda.

FELICIAN. Con Tancredo estaba mal.

TANCREDO. Pues ya hice penitencia.  
gané en este jubileo  
los perdones desta cuenta.

LISARDO. Entrad todos en mi casa.

ALBANO. Dadme esos brazos, Fulgencia,  
y acordaos cuán vuestro soy.

FULGENC. Hoy esa memoria cesa.

ALBANO. Del *Ingrato Arrepentido*  
aquí acaba la comedia,  
y el deseo de serviros  
donde ella acaba comienza.

FIN.

COMEDIA FAMOSA  
DE  
LA INTENCIÓN CASTIGADA

POR  
LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

GRAMAGO, *gracioso*.  
DON ENRIQUE.  
EL REY.  
MARQUÉS.

Un INDIO.  
Un ESCRIBANO.  
BLANCA, *dama*.  
Doña LEONOR, *dama*.

BÁRBULA, *criada*.  
DON JUAN.  
DON PEDRO, *caballero*.  
Un ALGUACIL.

ACTO PRIMERO

(*Salen DON ENRIQUE y GRAMAGO.*)

ENRIQUE. Necio estás, pues que mi gusto  
siendo tan justo me impides.

GRAMAGO. No pensé darte disgusto;  
mas si a la razón te mides  
darás mi intento por justo.

Yo te confieso, señor,  
que es tu amor superior  
a cuantas fábulas tratan,  
pues hasta ausencias te matan,  
que son albardas de amor.

¿No fuera mucho mejor  
que vieras primero al Rey  
que a tu esposa?

D. ENRIQ. Manda amor  
con más poderosa ley.

GRAMAGO. ¿Cuando eres embajador  
del Rey y a Portugal  
con recibimiento igual  
a tu jornada se espera,  
quieres que el amor prefiera?  
A mí me parece mal.

Haz tu gusto. Sé decir  
que si el Rey llega a sabello...

D. ENRIQ. ¿Qué?

GRAMAGO. Que lo ha de sentir  
y aun enfadarse por ello.

D. ENRIQ. ¿Quién me podrá descubrir  
si dejo a mi amada esposa  
antes que entre nieve y rosa  
el sol con nuevos desvelos,

siga atropellando velos  
 las huellas del alba hermosa?  
 Llama, Gramago.

GRAMAGO. Detente.

D. ENRIQ. No provoques mi rigor,  
que es sol de mi Rey ausente  
Alejandro vencedor.  
Ya he conocido el Oriente.

Que aunque mar, la noche fría  
sombras antípodas cría  
entre nevados vellones;  
bien conozco los balcones  
por donde amanece el día.

Como a su Oriente os adoro,  
rejas, con mayor decoro  
que el indio tostado, al Sol;  
seré antípoda español  
de vuestros celajes de oro.

¡Loco estoy, estoy perdido!  
Llama, si mi bien deseas.

GRAMAGO. Gente en la calle he sentido.

D. ENRIQ. Mira que quiero que seas  
alba de mi sol dormido.

GRAMAGO. Estrella quisiera ser,  
que alba no puede ser  
un hombre caritigueño,  
pues no habrá quien deje el sueño  
si por mí ha de amanecer.

Mira que siento la gente.

D. ENRIQ. ¿Que tan necio inconveniente  
me quite la luz divina  
de mi sol?

GRAMAGO. Ya se amohína.—



Pues señor, ¿quieres que intente un hecho aromatizado por lo que ha de ser sonado? Seré, si me determino, otro Catón Censorino.

D. ENRIQ. Deja ese necio cuidado, que cuando importante fuera, siendo gente principal, yo sé que merced me hiciera.

GRAMAGO. ¿Y si no fuera tu igual?

D. ENRIQ. Tiempo en rogar se perdiera. Porque no hay mayor trabajo que rogar a un hombre bajo, pues siempre a negar se anima al paso que uno le estima.

GRAMAGO. Lo mismo siente Gramago (1).

D. ENRIQ. Sígueme.

GRAMAGO. Yo te prometo que me holgara que me vieras en un importante aprieto. ¿Son más de unos portugueses pulidejos?

(Vase DON ENRIQUE, y salen el REY y el MARQUÉS.)

MARQUÉS. ¡Dulce afecto puede esperar Vuestra Alteza!

REY. Causame grande extrañeza, Marqués, tanta dilación.

GRAMAGO. Ya he trazado la quistión, a herida por cabeza.—

¿Ollay homes que faceys narua que así os ponéis?

MARQUÉS. ¿Qué queréis vos?

GRAMAGO. ¿Qué quero?

Teño un gusto pracentero.

REY. No es justo que os empeñéis, porque no es bien que se pierda nuestra ocasión.

MARQUÉS. Si advertís, erráis; que mi gente es cuerda, pues os deja.

GRAMAGO. ¿Homes, oys? ¡Por Cristo que tudo es merda y nausa contra un león dous ratones!

REY. Su razón muestra que será algún loco.

MARQUÉS. Idos.

GRAMAGO. ¡Nau quero tampoco!

MARQUÉS. Eso es ya dar ocasión a que el respeto perdamos.

GRAMAGO. Ya demasiado han temido, muy bien avisados vamos. De buena habemos salido, pues junto a palacio estamos.

(*Aparte.*)

¡El Marqués es éste, cielos!

MARQUÉS. Perded, si amáis, los celos, que los que en la calle están de guardas os servirán. Mirad cómo os darán celos.

GRAMAGO. Ya fora gran villanía nau dar agradecemento a vosa alta cortesía, ca teño mi pensamiento posto sobre a luz del día.

Ficad en bora fidalgo.

MARQUÉS. Si para serviros valgo, que me mandéis gustaré.

GRAMAGO. ¡Ficay, ficay!

(Vase GRAMAGO.)

MARQUÉS. Ya se fué.

REY. Si el poder que amor alcanza tuviera, al que más pecara contra amor, le condenara a que tuviera esperanza.

Tantos sus tormentos son, que puede el menor matar; mas es tal la aprehensión del bien que no osa llegar a la desesperación.

No hay cosa que más desvele ni pena que aflija más, pues contra el orden que suele se nos vuelve el tiempo atrás cuando pedimos que vuele.

¡Ay, bellísima mujer, tú sola pudiste hacer que mi esperanza naciera, y que yo la recibiera en los brazos del poder!

Que en sola una Majestad se pudiera hallar segura, pues en menos calidad, si viviera en tu hermosura, muriera en tu honestidad.

MARQUÉS. Dulcemente vas templando tu pasión, y acreditando lo mismo que vas perdiendo.

(1) El consonante pide que el nombre del lacayo sea "Gramajo" y no "Gramago". Sin embargo, así está en el reparto y en los demás lugares.

REY. Como la siento muriendo  
la voy con ella cebando.  
¡Niño Amor, viven los cielos  
que es tanta la confusión  
de mis rabiosos desvelos,  
que aun la misma dilación  
viene ya a causarme celos!  
Y el robar una mujer  
es empresa para hacer  
discursos tan dilatados.  
¡Ah, malhayan los criados!

MARQUÉS. Pues, señor, ¿no echas de ver  
que lo que tú facilitas  
va el temor dificultando?

REY. ¡Bien mi esperanza acreditas,  
pues cuando la voy buscando  
eres tú quien me la quitas!

MARQUÉS. Estruendo de espadas suena.

REY. Ya el amor mi dicha ordena.

MARQUÉS. Por la puerta del jardín  
han salido.

REY. Llegó el fin  
de mi dilatada pena.

(Dicen dentro.)

ESCUADERO. ¡Villanos, veréis primero  
diluvios de sangre nuestra  
que el bárbaro intento fiero  
cumpláis!

MARQUÉS. La ocasión te muestra  
lo que has de hacer.

REY. Bien espero  
vitoria de tu valor,  
mientras yo, preso de amor,  
con el robo me retiro.

(BLANCA dentro.)

BLANCA. Vuestro poco esfuerzo admiro.  
¿Criados, tanto temor  
os causan viles espadas,  
que así permitís mi afrenta?

REY. ¡Dejad voces excusadas!

(Vase el REY.)

ESCUADERO. Su voz nuestra furia aumenta.  
Obligaciones honradas  
nos dan esfuerzo, villanos;  
encomendad a las manos  
el valor, si lo tenéis,  
que hoy la presa dejaréis  
o la vida.

(Sale GRAMAGO y DON ENRIQUE.)

GRAMAGO. Cortesanos  
son los que riñen, señor.

MARQUÉS. No he visto dalle a un agravio  
tan alentado favor.

GRAMAGO. Digo que es el Marqués sabio.

D. ENRIQ. Daréle mudo favor.

GRAMAGO. ¡Cobardes!, ¿qué os detenéis,  
si un rayo del cielo veis  
que para abrasaros baja?

ESCUADERO. Conocida es la ventaja;  
retirémonos.

MARQUÉS. ¿Qué hacéis?  
Teneos, por vida mía,  
que este esfuerzo y valentía  
de Marte competidores,  
piden contrarios mayores.

D. ENRIQ. Agradeceros querría  
con obras lisonja igual,  
porque nos muestra caudal  
de mi fe, si bien temí  
vuestro valor inmortal.

MARQUÉS. ¡Qué venturoso que fuí!

D. ENRIQ. ¿Y por qué la quistión fué?  
Porque, si no me engañé,  
acentos no bien formados  
de una mujer escuché.

MARQUÉS. Delitos fueron causados  
de una empresa peregrina:  
acometí a la divina  
luz del sol de Portugal,  
que no tiene el mundo igual  
belleza, ni la ruína  
del muro en venganza griega  
causó mujer tan hermosa.

D. ENRIQ. Mucho amor las almas ciega.  
¡Fortuna ha sido dichosa  
la vuestra.

MARQUÉS. Por vos navega  
golfos de amor sosegado,  
y porque me da cuidado  
la causa en que me amparáis.

D. ENRIQ. Hasta que en salvo os pongáis  
me tendréis a vuestro lado.

MARQUÉS. ¡Guárdeos Dios, no es menester!  
Y que voy corrido juro  
de que no podáis saber  
quién soy.

D. ENRIQ. Pues también procuro  
no darme yo a conocer.

MARQUÉS. ¡Vive Dios que he de trazar

máquinas de amor sutiles  
hasta venirla a alcanzar!

*(Vase, y sale GRAMAGO.)*

GRAMAGO. Corrí, alcancéles y díles;  
ya los llevan a curar.

D. ENRIQ. ¿A quién?

GRAMAGO. A aquellos pobretos,  
que fueron harto indiscretos  
en mostrármese tan bravos,  
sin ver que yo, como nabos,  
iba pasando coletos.

D. ENRIQ. ¿Mataste alguno?

GRAMAGO. Sospecho  
que maté setenta y tres.  
¿Qué se ha de hacer, ya está hecho!  
Fuera el sastre portugués  
difunto hecho y derecho  
si meto más la dañosa;  
la herida es más venturosa  
que ha visto lacayo humano:  
con humor de cirujano  
parece dificultosa.

D. ENRIQ. ¿Que era sastre?

GRAMAGO. Imagina  
que fué la herida mortal,  
mas fué permisión divina  
que topase en un dedal  
que llevaba en la pretina.  
En esto le conocí;  
el cielo rogó por él,  
y si no fuera por mí  
soy fraticida cruel.

D. ENRIQ. Muchas fábulas oí,  
pero las tuyas son tales...

GRAMAGO. Siempre al encuentro me sales.  
Si es porque todo valiente  
presume al paso que miente,  
no es bien con ellos me iguales.

Si yo fuera corredor  
mintiera en ambos contratos,  
mintiera con el pintor  
lisonjero de retratos.

D. ENRIQ. ¿Dónde vas?

GRAMAGO. Al pescador  
de caña; que, ¡vive el cielo!  
que miente con tal desvelo  
que los dos peces del signo  
los atribuye imaginó  
a su fabuloso anzuelo.

Una vez cierto pescante...

D. ENRIQ. No pases más adelante,  
que la noche nos convida

a dar a mis glorias vida.

GRAMAGO. ¡Martirio es el ser amante  
un hombre de su mujer!  
Mas dime, así aquí te goces:  
¿dejaste de conocer  
al Marqués?

D. ENRIQ. Sólo en tus voces  
me pudieran conocer.

GRAMAGO. En fin, la mujer se lleva.

D. ENRIQ. De amor amorosa prueba.

GRAMAGO. Sí; mas es caso inhumano  
que un Marqués italiano  
tanto en Portugal se atreva.

D. ENRIQ. Priva con el Rey; camina,  
que me abraso en la divina  
luz de mi adorada esfera.

GRAMAGO. Vamos, que también me espera  
Bárbula, mi compagina.

*(Vase, y sale el REY, DOÑA BLANCA, el MARQUÉS  
y criados.)*

REY. Legítimo sentimiento  
mostráis, pero no es razón,  
viendo mi amoroso intento,  
que en tan urgente ocasión  
le deis fuerzas al tormento.

Juzgad mi causa piadosa;  
o ya que tan rigurosa  
me neguéis vuestra belleza,  
culpad la Naturaleza,  
que os pudo hacer tan hermosa.

Mas con respeto divino  
os voy, señora, adorando:  
fuerzas son de mi destino,  
que imito a París robando  
mas no en la fuerza a Tarquino.

El poder superior  
le dió fuerzas al rigor  
para que ahora os robe,  
mas no hayais miedo que pase  
la jurisdicción de amor.

Sin fuerzas de Rey halláis  
el firme amor que culpáis  
y humilde con tanto extremo,  
que por tan humilde temo  
que no le favorezcáis.

Hermosísima señora,  
no tan sin fruto perdáis  
lágrimas que el sol adora;  
si no es, mi bien, que mostráis  
cómo ha de imitar la aurora.

Pero las aves veloces



serán en mi amor feroces  
viendo llanto en vuestro oriente,  
pues despertará la gente  
con la salva de sus voces.

¿Cómo no me repondéis?

BLANCA. Por veros cuán ciego estáis,  
que vuestras culpas no veis.  
Yo hablaré cuando corráis  
las nubes que al sol ponéis.

¿Dónde está el alto blasón,  
la católica opinión  
de reyes de quien venís?  
Si vos a robar salís,  
¿qué le dejáis a un ladrón?  
¿Tal bajeza en tal Alteza?  
Si en un plebeyo se hallara  
tan conocida bajeza,  
el delito no costara (1)  
más de en su misma cabeza.

Però en vos la tierra y mar  
se habrán de escandalizar;  
que en vos semejantes menguas  
viste la fama de lenguas.  
Mirad si podrá callar.

¡Ay, cielos, quién esperaba  
de un Rey cristiano tal robo!  
Yo, que el temor me avisaba  
que se ha transformado en lobo  
el pastor que me guardaba.

REY. ¡Ah, Marqués!, de vos me espanto  
que aguardáis con ella tanto.

BLANCA. ¡Un Rey cristiano tan ciego!

REY. Amigos, llevadla luego,  
que me entenece su llanto.

En mi casa de placer,  
para templar el pesar  
que en mi agravio puede haber,  
podrá con silencio estar.

(*Aparte.*)

MARQUÉS. Ya está Blanca en mi poder.—  
Vamos.

REY. Miradlo despacio,  
que si faltáis de palacio  
cuando falta de su casa  
doña Blanca, ser pudiera  
que contra nuestro desvelo  
mi delito se entendiera.—  
No vais vos

MARQUÉS. Jamás el cielo (*Aparte.*)

me dió ventura sin tasa.

Ya he perdido los sentidos;  
mis discursos van perdidos.  
REY. Don Pedro y cuatro criados  
vayan.

D. PEDRO. Ya están avisados,  
y de esperar ofendidos.

BLANCA. ¡Cielos, que esta fuerza veis...!

D. PEDRO. Lástimas en vano hacéis,  
que es amante poderoso.

BLANCA. ¿En qué os ofendió mi esposo,  
señor, que así le ofendéis?

¡Qué bien camináis los dos,  
pues la sangre que le llama  
haciendo testigo a Dios,  
cuando por vos la derrama  
se la estáis manchando vos.

REY. Blanca, no penséis que aquí  
tan torpe y bárbaro fuí  
que mi culpa no he entendido,  
pues sólo habéis repetido  
lo que yo me he dicho a mí.

Esa es lición de mis labios  
que pesa ya en mis enojos,  
para disculpa de sabios,  
un mirar de vuestros ojos  
más que montañas de agravios.

(*Vanse, y sale GRAMAGO por una puerta y DON ENRIQUE por otra.*)

GRAMAGO. ¿Hubo silencio mayor  
en la soledad de un hierno?  
Noruega es ya nuestra casa  
en los dos meses de invierno.  
Ya estoy en el corredor.  
Si no me ha engañado el miedo  
aquí estaba atado el mono  
por los muchos que andan sueltos.—  
¿Quién va?

D. ENRIQ. Yo soy.

GRAMAGO. ¡Ah, señor!

¿Pues con los monos te encuentro?  
¿Si es azar de la bodega  
y nos la han dejado en cueros?

D. ENRIQ. Siempre de burlas estás,  
cuando fabricando vengo  
montes de quimeras locas  
sobre este mudo silencio.  
¿Mi casa abierta a estas horas?  
¿Qué será?

GRAMAGO. No habrá porteros.

D. ENRIQ. ¿Cómo siquiera no hay luz?

(1) En el original, por errata, dice "sonara".

GRAMAGO. Habrá lechuzas.

D. ENRIQ. ¡Qué necio  
te hizo el cielo en mi daño,  
que no has de medir los tiempos:  
para entretener burlando  
y para agradar sirviendo.

GRAMAGO. Antes por venir a oscuras  
pienso que te hizo provecho.

D. ENRIQ. Dos mil dudas me acobardan.  
Llama, quebranta el silencio  
a voces; pero no llames,  
que será causa tu estruendo  
el despertar a mi esposa.  
Pero cuando considero  
sin luz y abierta mi casa,  
pierdo, amoroso, el respeto.

GRAMAGO. Si hubiera luz, fácilmente  
viéramos si hay gente dentro.

D. ENRIQ. ¿Hay más simple desatino?  
¿Cuándo a la luz se encubrieron  
las arenas más humildes?

GRAMAGO. Fuera buscando aposentos  
y descubriendo criados.

D. ENRIQ. ¡Claro está!

GRAMAGO. Perdieras tiempo.  
Yo me saliera a la calle  
y discursara, diciendo:  
¿Cédula y la puerta abierta?  
No hay nadie. Fuérame luego,  
sin dar voces a criados,  
gritos a tu Barmondejo,  
Salucio, Méndez, Pereyra.

*(Salen dos ESCUDEROS viejos, con dos candeleros,  
y espadas desnudas.)*

ESCUDERO. ¿Quién da voces?

GRAMAGO. Si éste es sueño,  
¿para qué se alquilan camas  
ni se entoldan aposentos?

ESCUDERO. ¡Válgame Dios!

ESCUDERO 2.º ¿Qué hemos visto?

D. ENRIQ. Amigos, si dais al sueño  
los sentidos fatigados,  
por ser tributo del tiempo,  
¿cómo no cerráis la puerta?  
¿Porque estaba ausente el dueño  
ha de haber tan gran descuido?

ESCUDERO. Señor, en las venas tengo  
helada la sangre.

GRAMAGO. En tanto  
que a los buenos escuderos  
preguntas nuevas de casa,

veré a mi rolliza Venus.

D. ENRIQ. Enmendaos, por vida mía.  
No os aflijáis, que no vengo  
más que a reñir los descuidos  
para celebrar contentos.  
Salud traigo, gloria a Dios,  
y con próspero suceso  
de mi embajada; pedidme  
albricias, que las prometo.  
¿Cómo está el Rey mi señor,  
que goza este privilegio  
la monarquía mayor,  
que tiene lugar supremo  
aun entre sombras de amor?  
Y ya que de amor me acuerdo,  
¿cómo está mi esposa, amigo?

ESCUDERO. Señor, el turbado pecho  
no da lugar a deciros.

D. ENRIQ. ¡Válgame Dios!, ¿qué es aquesto?  
Sosegaos, que no hay desgracia  
que en llegando a un hombre cuerdo  
no disminuya el agravio,  
que sólo cifra el imperio  
las nuevas y las desdichas  
en el cobarde y el necio.  
¿Qué desgracia puede haber,  
para que disculpe el veros  
tan suspensos y turbados  
como aquí a los dos contemplo?  
Si ha sucedido desgracia,  
si mi casa os han abierto  
ladrones y la han robado,  
considerar que es el dueño  
un portugués Alejandro,  
y sirvaos de claro ejemplo  
de un gran señor de Castilla  
que se le abrasaba en fuego  
su casa, que desde entonces  
pudo el voraz elemento  
cobrar soberbia de rico,  
preseas, joyas, trofeos,  
bordados en paños de oro,  
émulos firmes del tiempo;  
en pirámides de humo  
por artesones de fuego,  
eubriendo la cara al sol  
iba bordando arquitectos.  
Dieron aviso al señor  
del irremediable incendio,  
tan turbados los criados  
como ahora a los dos veo.  
Y dijo: "Por vuestras vidas

que vais a librarme luego  
una batalla curiosa,  
que es de un gallardo maestro.”  
Con esto les dió a entender  
que los valerosos pechos  
se burlan de la Fortuna.  
Vestidas las cuabras veo  
de tapices, muestras claras  
de que en mi casa no ha muerto  
la prenda que el alma adora;  
¿pues por qué tanto silencio  
siendo doña Blanca viva?  
Si su padre, don Laurencio  
de Meneses, dió a la tierra  
el nunca excusado feudo,  
sus largos años pedían  
dulce paz en sueño eterno.  
Ya me lo escribió mi esposa,  
y al mejor criado pido  
que le pasa pocas veces  
de la ropa el sentimiento.  
Responded, por Dios; hablad,  
que en este invencible pecho  
caben más desdichas juntas  
que en el diluvio cupieron.

ESCUADERO. La edad desterró los bríos,  
que a regir el limpio acero  
como cuando fui soldado  
de tu generoso abuelo,  
primero en su sangre tintos  
viera los cobardes hierros  
la noche; pero venían...  
Ahógame el sentimiento  
y las palabras heladas  
hurtan el oficio al mudo.

D. ENRIQ. ¿Hay confusión semejante?  
¿Necesidad de dos viejos  
tiene mi casa que ya  
echan las espadas menos?  
Ya no os falta espada y brazo,  
que en los polos contrapuestos  
don Enrique de Alencastro  
roba la fama a Pompeyo.  
¿Os han agraviado, amigos?  
¿Os han perdido el respeto  
en virtud de mis criados?  
Mas por imposible tengo  
que hombre noble se atreviese  
a casa que falte el dueño.  
Si fueron hombres humildes,  
ni agraviaron ni pudieron,  
que sólo cifra el agravio

venir a vengarme dellos.  
Sacadme de tantas dudas,  
por Dios, si no es que advirtiéndome  
mi valor queréis probarme  
con desgraciado suceso.  
Y como el que por ventura,  
o por mi desdicha, temo  
que vuestra lengua es mayor  
que los que alteran mi pecho,  
para hacerlo más terrible,  
más espantoso y más feo,  
lo vestís de dilaciones  
y lo prevenís de miedos.

ESCUADERO. En el jardín esta noche,  
como robó julio al viento  
entre escamas enfadosas  
sus calurosos efectos,  
doña Blanca, mi señora,  
gozaba el templado fresco;  
blanda risa de las fuentes,  
de las flores dulce acento.

D. ENRIQ. Dejad vanas diversiones,  
y considerad que es necio  
el que entretiene en pinturas  
a quien espera el suceso.

ESCUADERO. Con las mujeres de casa  
estaba, pues, cuando abrieron  
la puerta falsa al jardín...

D. ENRIQ. ¿Y en abriendo...?

ESCUADERO. Entraron dentro  
seis hombres enmascarados,  
y provocando a silencio...

D. ENRIQ. Proseguid.

ESCUADERO. Acometieron...

D. ENRIQ. ¿A quién, amigo?

ESCUADERO. Al sol mismo,  
guiados de sus reflejos:  
robaron a mi señora...

D. ENRIQ. ¡Valgame Dios!

ESCUADERO. Ya hemos puesto  
en peligro nuestras vidas,  
con razón su furia temo;  
nunca tuviera mi lengua.

D. ENRIQ. Ya, mortales sentimientos,  
presa habéis hecho en el alma,  
¿pues cómo os vais deteniendo  
que no acabáis con la vida?  
¿Pero sabéis que sospecho  
que como nacéis de causa  
que obliga a haceros eternos  
no os atrevéis a matarme  
porque no os falte el imperio?



Hombres, si el dolor que obliga agravios de honor han puesto fuego a la caduca sangre, si acaso os toca este fuego, por hombres nobles, por hombres a quien obligar pudieron beneficios recibidos, deudas que conocen buenos, vengad la ofensa de Enrique; en vuestras manos he puesto el que ayudó a su deshonra. ¿Qué miráis? Yo soy el mismo que detuvo a los criados de Blanca, mis armas fueron freno que les tuvo el paso, monte que se puso en medio. ¿Hay robador más dichoso? ¿Qué fábulas escribieron tan extraños desatinos? Júpiter, al mar huyendo, llevaba robada a Europa; pero sus padres y deudos hasta vencer imposibles al robador persiguieron. Mas, ¿qué plumas han escrito, escribiendo infames hechos, que ayude el marido al robo de su mujer? No os lo cuento porque haya sido culpado, que no ha inventado el infierno tan grande infamia en los hombres; que más infame tercero de su adúltera mujer querrá poner en precio; pero no que se la quiten, por no perder el provecho. El primero soy del mundo, no hay deste caso otro ejemplo, por nuevo y por espantoso será dos veces eterno. Mas si el cielo permite que con mis armas el honor me quite y vive mi despecho, peña es mi corazón, diamante el pe- Traidor Marqués italiano, [cho. ¿cuándo viste en siglos nuestros de atreverse Italia a España, pues en el timbre sangriento apenas hubo laureles que de españoles trofeos entre banderas latinas no las humillara el tiempo?

Y cuando brotaba Roma capitanes tan hambrientos que iban talando la tierra, ya con sangre, ya con fuego, un portugués, Viriato, al quinto planeta opuesto, ganó a Roma más vitorias que tuvo Roma trofeos. Pues si el mundo me conoce y sabe el ardiente suelo del Africa que mi espada ticne por vaina sus pechos, ¿cómo de Italia ha venido un hombre tan sin respeto que la sangre de Alencastro la trate con menosprecio? Mas si las estrellas todas tiranamente me han hecho el dueño de mi deshonra, no culpo su atrevimiento. Prodigiosa estratagema de la Fortuna y el tiempo, que a no estar entrctenido en mis agravios, sospecho que no estuvieran seguros los romanos ni los griegos, en que abrasadas las armas murieran sus movimientos. Mas al fin mi espada sola libran los cielos mi desdicha toda. Si yo quebré mi espejo, en vano lloro, sin razón me quejo. Mas resuélvome a morir; ea, venganza, ya es tiempo en que mostréis el agravio de mortales instrumentos. Si una palabra afrentosa obliga el desnudo acero, otras tan infames piden otra venganza de griegos. Al Rey pediré justicia por no perderle el respeto, y si me la niega el Rey vendrá a tener más derecho mi venganza. El Marqués muera, que brota de rabia el pecho al paso de mi desdicha. Fiera mujer, hoy perdieron su curso tus verdes años, que tus lascivos deseos lazos de la muerte han sido que el infame amor te ha puesto;

que si culpada no fueras  
 recogida en tu aposento  
 te hallaras toda la noche  
 en ausencia de tu dueño.  
 Y ya que al jardín bajaste,  
 cuando escuchaste el estruendo  
 de la gente de armas, ¿cómo  
 no te amparaste huyendo?  
 Serás ejemplo infame  
 con que agonices en tu misma san-  
 porque un marido honrado [gre,  
 forma el cuchillo de su mismo agra-  
 [vio.

~~~~~  
 ACTO SEGUNDO

DE

“LA INTENCIÓN CASTIGADA.”

*(Salen por una puerta GRAMAGO y DON ENRIQUE, y por otra el REY y acompañamiento, y dos soldados dando memoriales.)*

D. ENRIQ. De afrentado no me atrevo  
 entrar donde el Rey me vea.

REY. ¡Que el sol tan prolijo sea!

MARQUÉS. No es a quien espera nuevo  
 parecerle largo el día.

*(Vanse el REY y los soldados y el MARQUÉS.)*

D. ENRIQ. ¡Ay, cielos, mi honor perdido  
 y estar tan favorecido  
 mi ofensor, desdicha es mía!

GRAMAGO. Pues dime tu pensamiento:  
 ¿qué intentas?

D. ENRIQ. Pedille al Rey  
 justicia.

GRAMAGO. Por justa ley  
 debe hacer un escarmiento  
 en la vida del Marqués,  
 ladrón de tu claro honor;  
 pero pregunto, señor,  
 nada la pregunta es:  
 ¿qué has de hacer si no te guarda  
 justicia el Rey?

D. ENRIQ. Bien dijiste,  
 que necia pregunta hiciste.  
 Siempre el necio se acobarda,  
 pensando que no merece  
 lo que es suyo de justicia.

GRAMAGO. No pregunté sin malicia.

D. ENRIQ. Si mil ejemplos te ofrece  
 el famoso don Manuel,  
 luz de las virtudes todas,  
 ¿cómo tú no le acomodas,

siendo vasallo fiel?

La justicia, pues, consiste,  
 que es blasón de su corona.

GRAMAGO. Porque el delito pregona,  
 que es del paño que se viste.

Bien sé que grave y severo,  
 sin que la ocasión le impida,  
 castigará al homicida,  
 al ladrón y al usurero,

y a cuantos conozca el Rey  
 malos por diversos modos;  
 mas a los amantes todos  
 ha de ampararlos la ley.

D. ENRIQ. No pases más adelante,  
 que ya sé tu pensamiento.

GRAMAGO. El Rey sale.

D. ENRIQ. El sufrimiento  
 que mis venganzas iguale.

Allá fuera aguardaremos  
 que acabe de despachar.

¡Que el Rey se quiera fiar  
 de un hombre destos extremos!

Porque en esta casa habita  
 callo; que si en otra fuera,  
 ya mi venganza estuviera  
 en llamas de sangre escrita.

GRAMAGO. ¡Pues yo pajas, vive el cielo,  
 que el lacayo que me ofende  
 —¡brava cólera me enciende!—  
 ha de caer en el suelo!

Y más también que yo fundo  
 mi venganza en su interés,  
 pues caminará el Marqués  
 con lacayo al otro mundo.

¡Qué alegre y contento viene,  
 no sabe lo que le espera!

*(Vanse, y sale el REY y el MARQUÉS.)*

REY. El premio es la propia esfera  
 del valor; soldados tiene  
 el Rey, si prisiones de oro  
 les echa a la voluntad  
 el premio de autoridad  
 a un reino; mas tiembla el moro  
 de ver que estimo soldados  
 en el número que he visto  
 y sus fronteras conquisto  
 con pocos y bien pagados.

Que muchos, cuando no esperan  
 que el Rey les ha de premiar,  
 buscan, por no pelear,  
 la ocasión de que se alteran.

Estos dos sirvieron bien  
en Africa muchos días,  
y dándoles compañías  
les doy peligros también,  
porque los busca el soldado  
con cuerda seguridad,  
conforme la calidad  
del salario que le han dado.

MARQUÉS. Honrallos luego es premiallos  
dos veces.

REY. Sí, porque entiendo  
que es tenellos pretendiendo  
lo mismo que desterrarlos.

¡Así me premiara amor,  
mas como es señor tirano  
le sirvo y pretendo en vano!

MARQUÉS. Siendo absoluto señor  
de la prenda deseada,  
¿qué tienes ya que temer?

REY. Antes si queda el poder,  
al paso que vence enfada.

¿Qué importa que yo posea  
a doña Blanca, si esquivá  
cuanto hermosa el bien me estriba,  
que amor sin fuerza desea?

MARQUÉS. Yo aseguro que la ablandes  
siendo su llanto el remedio,  
que una noche de por medio  
ablanda firmezas grandes.

Consuelo buscan también  
las que más honradas nacen  
si las fuerzas que las hacen  
nacen de quererlas bien.

Esta noche la verás  
menos esquivá y llorosa.

REY. Piedad me causa amorosa.  
Conmigo a aplacarla irás

esta noche, que estoy tal,  
que siendo el amor tirano  
aun a tocarle una mano  
tiembla mi pena mortal.

MARQUÉS. Espero que la has de ver  
con gusto.

REY. ¿Cómo es posible,  
siendo el dolor invencible  
de verse en otro poder?

MARQUÉS. No las obliga a llorar  
la fuerza.

REY. ¿Pues qué podía?

MARQUÉS. El faltar la cortesía  
de llegarlas a rogar.

Y ese breve sentimiento

se le olvida a una mujer  
si en la fuerza del poder  
conoce agradecimiento.

REY. Ingenioso estás; mas veo  
que no es cuerda tu opinión,  
porque las que honradas son  
piden venganza al deseo  
contra el amante ofensor,  
y venganzas de mujer  
no dan lugar a perder  
ni la fuerza ni el dolor.

Y como Blanca me agrada  
por honrada cuanto hermosa,  
quisiera verla llorosa  
para saber que es honrada.

Pues cuanto amor se desvela  
si objeto apacible adora,  
me dará pena si llora  
y enfado si se consuela.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. De su embajada ha llegado  
don Enrique, y para entrar  
pide licencia.

MARQUÉS. Dudar  
puede el sentido turbado  
su no pensada venida.  
¿Qué responderás?

REY. Decid...

CRIADO. ¿Qué, señor?

REY. Que espere.—Oíd,  
confusa como advertida  
se halla el alma, y el temor  
la perdiera a no ser mía,  
porque al fin es tiranía  
aunque la disculpe amor.

Aquí es razón que me valga  
del alto valor que heredo,  
pues ahora rebozo el miedo  
para que al rostro no salga.

Que el miedo en mí es la sospecha  
de que con justicia y ley  
publique el mundo que un Rey  
hizo una cosa mal hecha.

Tanto esta ofensa cruel  
justicia al alma pidió,  
que quisiera no ser yo  
porque se vengara él.—

Que entre le decid a Enrique.

MARQUÉS. ¡A fuerte ocasión llegó!

REY. ¿Tienes temor?

MARQUÉS. Señor, no.



REY. Temo que el daño publique  
ver tu semblante medroso.

MARQUÉS. Como tú fingir sabré.

REY. ¿Y sabes tú que podré,  
siendo Rey, ser mentiroso?

MARQUÉS. Conviénele así a tu honor.

REY. Pues si a mi honor le conviene,  
salte afuera, porque tiene  
apariencias tu temor  
de confesar, y no puedo,  
cual dices, guardar mi honor  
si negando mi valor  
viene a confesar tu miedo.

MARQUÉS. Bien sabes que entro en campaña  
con escuadras de enemigos.

REY. Diferente es con amigos  
cuando un noble los engaña.  
De que puedes advertir  
que donde se viene a hallar  
valor para pelear  
no hay cara para mentir.  
A Enrique haré matar  
si llegase a tanto extremo  
mi ciega pasión, y temo  
que no he de saber negar.  
Mas porque un rey no se empeñe  
tú me podrás asistir,  
que como no sé mentir  
he menester quien me enseñe.

(Sale ENRIQUE.)

D. ENRIQ. Deme Vuestra Majestad  
la mano.—¡Válgame el cielo!

REY. Alzad, Enrique, del suelo.

(Aparte.)

D. ENRIQ. No hay humana potestad,  
aunque resista el dolor,  
de ver mi enemigo fiero.

REY. La respuesta, Enrique, espero  
de mi primo el Rey.

D. ENRIQ. Señor,  
llegué a Castilla...

REY. Decid.

D. ENRIQ. Y mandóme aposentar.—  
Hoy me tiene de matar  
la congoja.

REY. Proseguid.—  
Pienso que el temor me vió,  
y como vasallo fiel  
le tiene, por pensar él  
que es mengua el tenerle yo.

D. ENRIQ. Propúsele tu embajada,  
y como mi casa hallé  
abierta y sin luz...

REY. ¿Qué fué?  
(Aparte.)

D. ENRIQ. Imaginación turbada,  
detente.

REY. ¿Qué respondió  
don Juan?

D. ENRIQ. Como no salía  
mi gente, aunque no dormía...  
(Aparte.)

MARQUÉS. Mucho Enrique me miró.  
Y el divertirse sospecho  
que de su afrenta ha nacido  
el mirarme, y que ha sabido  
que yo la traición he hecho.

¿Mas de quién lo ha de saber?

REY. ¿Parece que os divertís?

D. ENRIQ. Como vos, señor, no oís...

REY. ¡Si vos no os dais a entender!

D. ENRIQ. Con mucho gusto os promete  
su hermana.

D. ENRIQ. El concierto espero.

D. ENRIQ. Sacó luz un escudero...

REY. Buscad quien os interprete  
la embajada.

D. ENRIQ. Bien sería,  
y con razón me culpáis;  
mas quizá si me escucháis  
sabré deciros la mía,  
que como fué la primera  
y toda el alma ocupó,  
la memoria la encontró  
y quiso arrojarla fuera.

REY. Decid.

D. ENRIQ. Váyase el Marqués,  
si es que dello sois servido.

REY. Mis secretos ha sabido  
el Marqués.

D. ENRIQ. Quédese, pues.  
Aunque advirtiendo defetos,  
si abonáis mi parecer,  
menos público ha de ser  
quien guarde vuestros secretos.

(Aparte.)

REY. ¡Válgame Dios si ha sabido  
que yo quien le ofende soy!

(Aparte.)

MARQUÉS. De sus palabras estoy

medroso y arrepentido.

D. ENRIQ. Yo estoy sin honra, señor.

Esto es, para no cansaros.

REY. ¿Quién hay que pueda agraviaros siendo de España el valor?

Decid quién, porque se trate vuestra causa entre los dos.

D. ENRIQ. Si me dais licencia vos, lo diré cuando le mate.

REY. Mas si sabido que fui el que el honor le quitó, ¿cómo a su Rey se atrevió?

MARQUÉS. Mi delito conocí en su semblante.

REY. ¿En qué modo el honor os ha quitado?

D. ENRIQ. A mi esposa me han robado.

REY. ¿Luego ya lo sabéis todo?

D. ENRIQ. Sí, señor.

REY. ¿Y al que os ofende conocéis?

D. ENRIQ. Y que desdice de quien es.

REY. Por mí lo dice.

MARQUÉS. Claro mi delito entiende. Que aunque mis atrevimientos de ser tercero han nacido, el cielo, que se ha ofendido, castiga mis pensamientos.

Los criados de su casa sin duda me conocieron, porque al Rey jamás pudieron.

REY. Si vuestra noticia pasa a conocer el que os quita el honor, ¿qué pretendéis?

D. ENRIQ. Como licencia me deis, lo demás lo facilita mi honor, que a reyes iguala, y para acortar de plazos, le hiciera dos mil pedazos dentro en vuestra misma sala.

MARQUÉS. Ya no puede hablar más claro.

REY. ¿Qué más claro puede hablar?— ¿Al fin os queréis vengar?

D. ENRIQ. En la licencia reparo.

REY. En que ha de vengarse fundo su razón con justa ley, que el pedir licencia al Rey es por cumplir con el mundo.

Mas con justicia aparente dél me pretendo librar.—

De modo os quisiera honrar en la desdicha presente, que me holgara que el culpado fuera grande en Portugal, para hacer castigo igual al honor que os han quitado.

Y porque más presto halléis justicia en cuanto pidáis, no quiero que me veáis hasta que vengado estéis.

Salíos de la ciudad luego, que un hombre agraviado le da, si está retirado, su venganza calidad.

D. ENRIQ. Beso vuestros pies, señor, por la licencia que llevo, pues ya con ella me atrevo a darme vida a mi honor.

Y de modo, que pretende mi amor en esta esperanza tomar tan grande venganza como es el que me ofende.

MARQUÉS. ¡Vive Dios que habla conmigo!

REY. ¡Atrevido es su valor! Yo le tuviera temor a no ser quien soy.

D. ENRIQ. Ya sigo vuestra voluntad, y voy muy contento a mi destierro, será castigo del hierro que, ciego, trazando voy.

Porque como sé que hacéis justicia en cuanto mandáis, primero me desterráis porque después no podréis.

REY. Parece que me amenaza.

MARQUÉS. El pronostica mi muerte.

REY. Amor, echada es la suerte, tu industria mis glorias traza; porque Enrique desterrado traeré a Blanca a la ciudad, y gozaré su beldad sin temor.

(Vase el REY.)

MARQUÉS. A vuestro lado me tenéis ya.

D. ENRIQ. Guárdeos Dios, y estimo esa cortesía, porque la venganza mía no se puede hacer sin vos.

*(Vase, y sale DON JUAN y DON PEDRO, de noche.)*

DON PEDRO.

Para el amor que el Rey a Blanca tiene,  
poca es la prisa con que a vella viene.

DON JUAN.

Como hay de la ciudad distancia poca,  
aguarda que la noche cubra el cielo  
con manto azul de su estrellado velo.

DON PEDRO.

Tanto puede aguardar que salga el día  
rompiendo lazos a la noche fría:  
¿qué más silencio ni tiniebla quiere?

DON JUAN.

Dudo que alcance el bien por más que espere.  
Porque Blanca, encerrada en su aposento,  
pide la muerte al cielo por sustento.  
a nadie quiere abrir.

DON PEDRO.

¡Necia cordura!

DON JUAN.

Querrá morirse de tristeza pura.

DON PEDRO.

Lo que me admira más y más me espanta  
es que la fama su desdicha canta:  
que tan presto Leonor, de Enrique hermana,  
cubriendo su hermosura soberana,  
de su vecina quinta viene a vella,  
con sola una mujer.

DON JUAN.

¿Sabéis si es ella?

DON PEDRO.

Descubrióseme a mí cuando llegaba  
a la casa de campo.

DON JUAN.

¿Y sospechaba  
la afrenta de su hermana?

DON PEDRO.

¿Quién lo duda?

Si bien me respondió con lengua muda.  
Pero díome a entender que ella venía  
a hablar con el Marqués porque sabía  
que ha de venir sin falta, aunque de noche.  
Esto me dijo, y despidiendo el coche  
me pidió que secreto le tuviese,  
avisando al Marqués cuando viniese.

Llévela con recato y cortesía  
al cuarto del jardín.

DON JUAN.

Sospecha es mía  
que del Marqués se vale en los amores  
del Rey: hízole en tiempo mil favores,  
honestos siempre; mas Leonor es cuerda  
y no permite que su honor se pierda.

DON PEDRO.

No espero buen suceso desta junta.

DON JUAN.

Lo mismo el alma con temor barrunta.

DON PEDRO.

Entre estas alamedas espere  
a que pase el Marqués, porque le demos  
sin que lo entienda el Rey del caso aviso.

DON JUAN.

Aquí pudo más bien pastor Anfriso  
al disfrazado sol guardar ganado.

DON PEDRO.

Brota la selva olor, belleza el prado.

*(Sale DON ENRIQUE y GRAMAGO, de noche.)*

DON ENRIQUE.

Vete encubriendo más, porque he sentido  
rumor de gente.

GRAMAGO.

Aquí se han detenido.

DON ENRIQUE.

Que me conozca alguno me pesara.

GRAMAGO.

En verdad que la noche está muy clara  
para que treinta lince te conozcan;  
el tufo es de ladrones, pues se emboscan.

DON ENRIQUE.

Encúbrete más bien.

GRAMAGO.

Ya estoy cubierto.

DON ENRIQUE.

Sólo me queda por seguro puerto  
de mi hermana el consuelo.

GRAMAGO.

Y de tu madre,  
que los barbados no han de tener padre;  
madre es más ordinario, porque aspiran



a suegras, cuyas vidas nos admiran  
las edades del tiempo del tomillo.

DON ENRIQUE.

¿Si tendría valor para decillo  
en la quinta a Leonor, la fama ociosa?

GRAMAGO.

De noche acá, si es tan perezosa,  
ya lo sabrán Samaria y Palestina.

DON ENRIQUE.

Si mi venganza a su compás camina,  
vuele la fama de mi grave afrenta.  
No estamos lejos ya, pues nos presenta  
la torre su dispuesta hermosura  
entre los rayos de la noche oscura.

GRAMAGO.

También se nos descubre la grandeza  
de la casa del campo de su Alteza.

DON PEDRO.

No quisiera, don Juan, que el Rey pasara  
sin que verle pudiéramos.

DON ENRIQUE.

Repara  
que están hablando de mi pena dura  
entre los sombras de la noche oscura;  
de mi pública afrenta.

GRAMAGO.

En ocasiones  
murmuran su poquito los ladrones,  
y por no estar ociosos los de hogaño  
le quitarán la honra a un ermitaño.  
Acerquémonos más.

DON ENRIQUE.

Ven poco a poco.

GRAMAGO.

Apenas con los pies la hierba toco.

DON JUAN.

Si va a decir verdad, desdicha es grave  
contra quien es de Portugal la llave.  
No sabéis qué es amor.

DON PEDRO.

Robar mujeres  
es contra la piedad.

DON JUAN.

Sus pareceres  
aguardará el Marqués cuando, atrevido,

se la entrase a quitar de su marido.

DON PEDRO.

El amparo del Rey lleva por guía.

DON ENRIQUE.

¡Que tan pública esté la afrenta mía!  
La privanza del Rey le ha dado aliento;  
mas yo castigaré su atrevimiento.

DON PEDRO.

En parte me holgaría no manchase  
Blanca su claro honor, porque guardase  
limpia la fama de su esposo Enrique.

DON JUAN.

Yo aseguro que el tiempo no publique  
la deshonor de Blanca. Está encerrada,  
como te dije, y ya con alma honrada  
se dejará matar antes que vea  
mancha en su honor.

DON ENRIQUE.

¿Habrá quien esto crea?  
La parte principal destos desvelos  
siento segura

GRAMAGO.

¡Quién pudiera, ah, cielos,  
otro tanto escuchar de Barbulilla!  
Forzada está la simple tortolilla.

DON PEDRO.

Casa de campo y campo de batalla  
ha de ser esta noche.

DON ENRIQUE.

Escucha y calla.

DON PEDRO.

Piensa el Marqués que habiéndola robado  
que la han de persuadir.

DON JUAN.

Mucho han tardado.

DON ENRIQUE.

¡Cielos, aun el deseo no podía  
pedir tan presto la venganza mía!  
En la casa de campo está mi esposa  
y aguardan al Marqués.

GRAMAGO.

¡Qué linda cosa!

DON PEDRO.

Dos caballos a priesa van llegando.

DON JUAN.

Ellos deben de ser; yo estoy temblando  
de ver que un ciego amor tanto se atreva.

(*Vanse.*)

DON ENRIQUE.

¡Págueos el cielo tan dichosa nueva!

GRAMAGO.

¿Qué hemos de hacer, señor? Con nuevo acuer-  
has de mirar el caso. [do

DON ENRIQUE.

Tu eres cuerdo.

Yo quiero acometer.

GRAMAGO.

¡Esa es locura!

DON ENRIQUE.

Sola estará la casa, por ventura:  
cuatro ni seis criados mal criados;  
sólo de verme los verás turbados.

GRAMAGO.

¡Ea, que no se turban!

DON ENRIQUE.

¡Calla, necio!

GRAMAGO.

Nunca de mi adversario hice desprecio.—  
¡Ah, señor!, ¿dónde vas?

DON ENRIQUE.

Sígueme, amigo,  
que la dicha del César va contigo.

(*Vanse, y salen el MARQUÉS y el REY.*)

MARQUÉS. Mientras el llanto forzoso  
voy a mitigar de Blanca,  
las flores deste jardín  
entretendrán tu esperanza.

REY. No sé, Marqués, con qué premio  
de servicios satisfaga  
agradecidas memorias;  
Alejandro aun no bastara  
a premiar tu diligencia.  
Y en esta ocasión me honrara  
que la pasada afición  
de Leonor tuviera el alma  
tan cautiva como entonces,  
para que el don etimaras  
por único, pues ahora  
con mano más alejandra  
de otra más bella Campaspe  
te hiciera dueño.

MARQUÉS.

Me agravias,  
señor, cuando así me honras;  
tu hechura soy.

REY.

No te engañas  
si presumes que te estimo,  
pues cuando fuera más clara  
la prueba de mis riquezas,  
si cuando a Leonor amaras  
te la diera por esposa,  
ahora es con más ventaja,  
pues te la doy sin que tengas  
recelos de mí, que basta  
que por tu esposa la elijo.

MARQUÉS. ¿Qué dices, señor?

REY.

Que ganas  
la bella hermana de Enrique.  
Pues tiene cerca su casa,  
mañana con orden mía  
irán por ella.

MARQUÉS.

Esperanza, (*Aparte.*)  
¿quién os malogró tan presto?  
Cuando está adorando el alma  
a Blanca, y gozar intenta  
la dulce ocasión que llama  
a las puertas del amor,  
¿con otro amor me amenazas?  
¡Animo, amor atrevido!  
Pues me dicen que está en casa,  
sin que lo entienda ha de ser  
el instrumento la causa  
del bien que me niega el cielo.  
¿Qué dices?

REY.

MARQUÉS.

Que me levantas  
casi a igualarme contigo,  
y que verás, si me casás  
con Leonor, el bien que esperas,  
pues lo que tu honor no alcanza  
con Blanca, podrá Leonor,  
que, en efecto, son cuñadas  
y amigas.

REY.

Por mil caminos,  
Marqués, me sirves y agradas.  
Serás de Leonor sin duda.

MARQUÉS.

Yo voy a ver si la ingrata  
que adoras si el llanto deja.—  
Diré mejor a dar traza  
de quitar al Rey la presa.  
Ya para mi fuego tarda.

(*Vase, y sale DON ENRIQUE.*)

(*Aparte.*)

D. ENRIQ. Altos principios me ofrece

REY. hoy mi fortuna.  
¿Qué aguardas,  
amor, que no te anticipas,  
cuando has de gozar a Blanca?

(Vase el REY.)

D. ENRIQ. Dichoso en entrar he sido,  
pues por criados de casa  
a los dos nos han tenido.  
Mas, ¿dónde está? Mucho tarda,  
pues entró al jardín conmigo.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. Corridas quedan las aguas  
de ver a Blanca sus ojos:  
En vez de llanto derrama  
estrellas que envidian ciclos  
y rayos que abrasan almas.  
Agradecida y contenta  
el plazo amoroso aguarda  
para celebrar mis bodas.

D. ENRIQ. Para celebrar mi infamia  
mi enemigo es éste, y piensa  
que yo soy quien le acompaña.  
Prudencia, tus cuerdos modos  
piden ocasión tan alta.

MARQUÉS. Si de los tesoros indios  
fuera señor, los gastara  
en albricias deste bien.

D. ENRIQ. ¡Si de mis manos te escapas!

MARQUÉS. Diréte lo que has de hacer;  
Sigue mis pasos.—Si alcanzas,  
amor, vitoria de un Rey,  
seré tu esclavo.

(Vase el MARQUÉS.)

D. ENRIQ. Fantasmas  
fueron los hombres sin duda,  
pues, falsos, acreditaban  
tan vil mujer. Sepa el mundo  
que este brazo y esta espada  
con sangre adúltera sabe  
sacar del honor las manchas.

(Sale BÁRBULA con una luz y GRAMAGO con una  
espada desnuda amenazándola.)

GRAMAGO. ¡Noramala lo comiste!

BÁRBULA. ¿En qué he sido yo culpada,  
que así a matarme has venido?

GRAMAGO. Confiésate, ajusta el alma,  
comienza yo pecadora,  
y no de las más culpadas.

BÁRBULA. Si has de matarme, concluye.

GRAMAGO. Compendiosa estás. ¿No hallas  
disculpa?

BÁRBULA. Si te he ofendido  
mátenme celos, y en tu ausencia ol-

GRAMAGO. ¡Sólo falta que me hables [vido.  
con estribillo! Relata  
tus culpas. ¿Qué es del lacayo?

BÁRBULA. ¿Qué lacayo?

GRAMAGO. El de las barbas  
pajizas.

BÁRBULA. ¡Máteme un rayo  
si sé quién es!

GRAMAGO. Por su dama  
te ha repudiado Lisboa.

BÁRBULA. Yo te diré lo que pasa.

GRAMAGO. Lo que se queda es mejor.

BÁRBULA. Cuando sacaron robada  
a mi señora —¡ay de mí!—,  
la fuí siguiendo descalza,  
dando gritos, y unos hombres  
que no les vide las caras...

GRAMAGO. Muchas hay que no los ven  
hasta tenellos en casa.  
Prosigue.

BÁRBULA. Piadosamente,  
dijeron: "Ella criada  
llevará en su compañía."  
Y mientras ella hablaba,  
otros hombres...

GRAMAGO. Muchos hombres  
han entrado en esta danza.

BÁRBULA. Metiéronnos en un coche.  
Por abreviar...

GRAMAGO. ¡Abreviada  
tengas el alma en los dientes!

BÁRBULA. Trujéronnos a esta casa  
de placer, que es de pesar,  
pues tanto ha sentido el alma  
la afrenta de mi señora.

GRAMAGO. No moralicéis, hermana.  
Por el lacayo os pregunto.

BÁRBULA. Tu imaginación te engaña,  
que no hay tal hombre en el mundo.

GRAMAGO. ¿Hay desvergüenza más clara?  
¿Pues quieres que sea este hombre  
lacayo hipogrifo?

BÁRBULA. ¡Acaba  
con mi vida y no me ultrajes  
con afrentosas palabras,  
pues sabes que yo te adoro!

GRAMAGO. Dice verdad la muchacha.—  
¿No soy yo tu espejo?



BÁRBULA. Sí.  
 GRAMAGO. Pues corre, avisa a tu ama que se ponga luego en cobro, porque ha venido a matalla mi señor.

BÁRBULA. Está sin culpa y su inocencia la salva. Apenas oirá su voz cuando a recibille salga. Mas bien es que se lo diga.  
*(Vase BÁRBULA.)*

GRAMAGO. ¡No hay tal Bárbula en España!  
*(Dentro DON ENRIQUE.)*

D. ENRIQ. ¡Hoy lavará vuestra sangre mi honor manchado!

GRAMAGO. ¿Qué mancha?  
 ¡Ve jigazo hay, vive Cristo!

*(Sale DOÑA LEONOR y DON ENRIQUE con la espada desnuda.)*

LEONOR. Detén, hermano, la espada y mis disculpas escucha.

D. ENRIQ. ¡Válgame Dios! ¿He soñado?  
 ¿Cómo estás aquí?

LEONOR. La fama te habrá dicho como al Rey, con pensamientos de hermana tuya, le he querido bien, y como al Marqués fiaba mis secretos, vine a hablalle, pues que llegando a su casa criados suyos me han dicho que aquesta noche sin falta vendrá el Marqués con el Rey. Cumplió amor mis esperanzas de poderle hablar, y apenas pude en una obscura sala, que así el Marqués lo trazó, hablar sola una palabra, cuando tú, como si fuera injusto mi amor, pues pasa a pretensión de marido, con la muerte me amenazas.

D. ENRIQ. ¿Dónde está Blanca?

LEONOR. Señor, en la ciudad o en tu casa estará.

D. ENRIQ. ¿No sabes della?

LEONOR. El lunes tuve una carta de que estaba buena.

D. ENRIQ. ¡Mientes, vive Dios! ¡Tuya es la traza de mi afrenta!

LEONOR. ¡En gran peligro tengo la vida!

*(Sale DOÑA BLANCA, y arrodillase a los pies de ENRIQUE.)*

BLANCA. A tus plantas tienes, Enrique, a tu esposa; el cuello te ofrezco, lava las sospechas de tu afrenta, que para venganza basta el pensar que te he ofendido, que ya cuando rinda el alma entre mi sangre inocente moriré alegre y ufana de que a mis últimas voces confieses tú que te engañas.

LEONOR. ¡Prodigios son los que miro! Mas entre tanto que paga la suspensión de la sombra, será justo que me valga del Rey en tanto peligro.  
*(Vase.)*

D. ENRIQ. Tan fuertes son tus palabras que me obligas a creellas, puesto que las acompañas al valor con que te ofreces a los filos de mi espada; mas aunque pierda mil vidas la ha de perder quien me agravia aun con sólo el pensamiento, porque así mi honor se lava.— Mata esa luz.

GRAMAGO. ¿Pues a oscuras hemos de reñir?

D. ENRIQ. ¡Acaba, que no es tiempo de razones!  
*(Dentro el REY.)*

REY. Si por vengarse la mata, no es bien que yo lo permita teniendo valor y espada.

D. ENRIQ. Gente viene.

BLANCA. Esposo, mira que te pierdes.

MARQUÉS. Si hay en casa criados que le matemos, no te adventures.

REY. La causa

y amor me obliga (1)  
a que yo defienda a Blanca.

(Dentro.)

¡Traición! ¡Traición!

REY. ¿Qué es aquesto?

DENTRO. ¡Traición al Rey!

D. ENRIQ. Bien repara  
mi honor en estas razones.

El Rey sin duda está en casa;  
él al Marqués favorece;  
mas el honor no se agravia  
si opongo a ofensas del Rey  
defensas de doña Blanca.

REY. Si veis que traición publican,  
¿qué aguardáis? Sabed la causa  
mientras mi valor resiste  
el daño que le amenaza.

MARQUÉS. ¿He de dejarte, señor?

REY. ¡Necio, mi valor agravias!

MARQUÉS. Presto volveré a servirte.

BLANCA. Señor, en mi propia sala  
hay puerta que sale al campo,  
deja que a rompella vaya  
para que librarte puedas.

D. ENRIQ. Sirve a mi esposa de guarda  
mientras mi venganza busco.

GRAMAGO. Justísima es tu demanda.—  
Vínome a pedir de boca.

(Sale el REY con la espada desnuda.)

REY. ¿Cómo, villano, la espada,  
no rindes a mi valor?—  
Pero si es Enrique basta  
su agravio para mi culpa;  
si bien la noche me guarda  
de que conocerme pueda.

D. ENRIQ. En la voz, aunque turbada,  
he conocido a mi Rey.  
Aquí los cielos me valgan.  
Prudencia, tus cuerdos modos  
en esta ocasión tan alta  
para quitar de una vez  
las dos vidas que me agravian,  
provocando mi rigor  
a los filos de mis armas.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. La voz del Rey me ha servido  
de norte: será la guarda

que de mi hermano me libre.—  
Señor, aquí está tu esclava.

(Sale BLANCA.)

BLANCA. Señor, libra tu persona,  
ya tienes las puertas francas.

REY. Esta es Blanca; amor me ofrece.

(Dentro.)

¡Muera! ¡Muera!

D. ENRIQ. Alborotada  
viene la gente del Rey  
en mi busca, prenda amada.

REY. Así logro mi esperanza.

~~~~~

## ACTO TERCERO

DE

“LA INTENCIÓN CASTIGADA.”

(Salen LEONOR, dama, y GRAMAGO, gracioso.)

GRAMAGO. ¿Por qué te había de matar  
mi señor?

LEONOR. ¿No te parece  
que mi culpa lo merece?

GRAMAGO. Nadie es culpado en amar.  
Y más tú, que honestamente  
quieres al Rey por esposo.

LEONOR. Sí, que el blasón generoso  
de Alencastro dignamente  
le ha visto el mundo mezclado  
con Reyes de Portugal.  
Pero fué el miedo mortal  
de ver a Enrique agraviado  
por el robo de su esposa,  
y que cuando imaginaba  
que Blanca a su lado estaba,  
era yo, que temerosa  
dél mismo, favor pedía  
al Rey, que juzgué por él;  
bien pudo andar más cruel  
de lo que el caso pedía.

Pero al fin, como prudente,  
tengo el reciente dolor,  
y disculpando mi amor  
busca el medio conveniente  
para sacar, como Anchises,  
del fuego el honor perdido.

GRAMAGO. Peligros corre un marido  
que no los pasara Ulises.

(1) Faltan tres sílabas a este verso, que pueden suplirse de varios modos, pero sin seguridad de acierto.

¿Hay borrasca como ver  
un hombre, teniendo hacienda,  
en el golfo de una tienda  
dar ferias a su mujer?

Mas esto aparte, sospecho  
que se atrevió mi señor  
en palacio.

LEONOR. Puede honor  
mucho romper el derecho  
de las leyes.

GRAMAGO. Desterrado  
está de aquí.

LEONOR. Siempre ha sido  
temerario el ofendido,  
al paso que ha sido honrado;  
que en hombre vil no merece  
la afrenta desvelo tanto,  
porque sólo lo es en cuanto  
lo siente el que la padece.

Y como el honor manchado  
es hijo del sentimiento,  
lo que da de atrevimiento  
es lo que tuvo de honrado.

GRAMAGO. Así tenga yo salud  
como está dicho muy bien.

LEONOR. Siento que luchando estén  
la afrenta con la virtud  
en doña Blanca.

GRAMAGO. Los cielos  
le han de dar crédito honrado.

LEONOR. ¿Cómo, si el Rey la ha robado?

GRAMAGO. Eso es ya tener recelos  
del Rey.

LEONOR. No, que bien se ha visto  
que para el Marqués la lleva.

(Sale BÁRBULA.)

BÁRBULA. Traígote una mala nueva:  
la Justicia...

GRAMAGO. ¡Juro a Cristo!  
¿Mas si es de participantes  
el destierro?

LEONOR. ¿Pues qué ha sido?

BÁRBULA. Un alguacil ha venido  
cercado de platicantes,  
y también un escribano,  
que aunque no suena muy bien  
hacen su copla también  
en guarismo y castellano.

BÁRBULA. Embargando están a priesa  
todo cuanto en casa está.

LEONOR. Mandato del Rey será.

GRAMAGO. Por mis alhajas me pesa,  
y porque no he de tener  
de quien mi salario cobre:  
lacayo con amo y pobre,  
no en mi vida lo he de ser.

Si cualquier ropa o vestido  
agarro de mi señor,  
cobraré de mi sudor  
el salario recibido.

Aunque luego haré la cuenta,  
que estoy divertido ahora.

LEONOR. ¡Tantos agravios!

BÁRBULA. Señora,  
mientras pude estar atenta  
oí decir al escribano  
que era cierta ejecución.

LEONOR. Menos mal si deudas son;  
pero no debe mi hermano  
más que a David el judío.

BÁRBULA. Con ellos viene también.

LEONOR. Pues negociaremos bien,  
mediante Dios.

GRAMAGO. Esto es mío;  
digo lo tomo a mi cuenta.

LEONOR. ¿Ejecuciones no más?

GRAMAGO. ¿Pues hubo rayo jamás  
de ejecución tan violenta?

Yo les había de mandar  
que un gordo fuese deudor,  
porque al ver al acreedor  
tuviese que desbastar.

Que el dolor de ver cumplir  
una rabiosa escritura,  
se le embebe en la gordura  
y no le deja sentir.

BÁRBULA. Ya suben.

LEONOR. ¿De qué os turbáis?

GRAMAGO. Jamás tuve yo temor;  
que suba todo acreedor.  
Capa, en mi poder estáis.

Vive Dios que han de arrancaros  
del cuerpo; ya me la visto.

BÁRBULA. Al condenador de Cristo  
pareces.

(Sale un ALGUACIL, un ESCRIBANO y un INDIO.)

BÁRBULA. Yo he de ampararos  
en la ejecución, David.

ESCRIBAN. ¿Quién será aquel caballero?  
Bueno fuera que primero  
se hubicra hablado. Advertid  
que debe de ser pariente



de don Enrique, señor.

GRAMAGO. ¿Si me han cobrado temor?  
La aparición es excelente.  
¡Vive Dios que me han tenido  
por hombre grave, señora;  
que me acreditéis ahora  
importa. Di que he venido  
de donde te pareciere,  
y que soy Marqués o Conde.

LEONOR. ¿De adónde?

GRAMAGO. No sé de adónde.  
Diga de donde quisiere.

ALGUACIL. Sospecho que se ha enojado.

GRAMAGO. Lllamarásme señoría.

ALGUACIL. Señor, a pensar que había...

GRAMAGO. ¿Por qué no lo habéis pensado?  
¿Así en casas principales  
se entra sin guardar respeto?

ALGUACIL. Que fué ignorancia os prometo.

GRAMAGO. Sois unos tales por cuales.

LEONOR. Quítese, por vida mía,  
señor Marqués, porque al fin  
han venido con buen fin.

ALGUACIL. Sírvasse Vueseñoría  
de perdonarnos, y advierta...

GRAMAGO. ¿Pues qué puedo yo advertir?

ALGUACIL. Que todos le han de servir.

GRAMAGO. ¿No hay en esta casa puerta?  
¿No hay aldabas? ¿No hay porte-  
[ros?  
¿No hay poyos donde sentarse  
a esperar? ¿Luego han de entrarse  
si está mi cuñada en cueros?  
¿Han de entrarse al camarín?  
¡Tosco intento! ¡Urbanidad  
agreste! ¡Esta es libertad  
sola capaz de un rocín!

LEONOR. Bucno está.

GRAMAGO. ¡Estáis muy tierna.

LEONOR. Esa es reprensión pesada.

GRAMAGO. Por vuestros ojos, cuñada,  
que los deis una fraterna,  
por no hacer un hecho mío;  
mas basta mandarlo vos.—  
¿Pues a qué venís los dos?

ALGUACIL. Es este honrado judío  
que de un dinero que fió  
la parte.

GRAMAGO. Pues no me espanto  
que no se atreviera a tanto  
la necedad con que entró.

ALGUACIL. Después del tiempo pasado

a hacer esto le ha movido  
el haber ahora oído  
decir que está desterrado  
don Enrique, y ser podría  
que cargasen más deudores.

GRAMAGO. ¿Y ha de haber acreedores  
también por la hacienda mía?  
¿Sin distinguir el menage,  
plata, caballos, trabaron  
la ejecución?

LEONOR. No pensaron.

GRAMAGO. Pues que piensen.

DANIEL. Vaya un paje  
y señale los caballos  
que tiene Vueseñoría.

GRAMAGO. ¿Esa es buena cortesía?

DANIEL. Que yo debo respetallos  
por suyos, y los demás.

GRAMAGO. ¿Es señalallos forzoso?  
Pues el Hosco y el Meloso.

LEONOR. ¿Qué has hecho? ¿Nombres les das  
de toros?

GRAMAGO. ¿No ves que digo  
que dos torillos maté  
con el rucio?

ALGUACIL. Bien se ve  
que es famoso.

GRAMAGO. Estén conmigo.  
El Alazán y la Pía  
aunque en tropezar cruel,  
son míos.

ALGUACIL. ¿Y es el Argel  
también de Vueseñoría?

GRAMAGO. Y el Marruecos.

ALGUACIL. De ese modo  
todo se podrá borrar  
del inventario.

GRAMAGO. Eso es dar  
famosa salida a todo.

ESCRIBANO. ¿Luego no tiene caballos  
don Enrique?

ALGUACIL. No lo entiendo.

GRAMAGO. Como fueren pareciendo  
podrán inventariallos.

ESCRIBAN. Más limpio se escribirá.

DANIEL. Quédese esta diligencia  
en el estado en que está,  
pues mi buena suerte quíso  
que esté el dinero abonado.

GRAMAGO. Por Dios, cuñada, que ha andado  
liberal el circunciso.

DANIEL. Así le obligo al Marqués  
a que salga por fiador.

GRAMAGO. Daniel, yo soy el deudor,  
y pagaré el interés  
de la dilación que hubiere;  
y no será mucha, creo,  
que ahora al primer correo  
me han avisado que espere  
letra.

DANIEL. ¿Y de adónde, señor,  
libran dinero a Vuesía?

GRAMAGO. El librarme yo querría.—  
Letra es del monte Thabor.

DANIEL. ¿En un monte?

GRAMAGO. Decís bien.  
Es que cierto amigo hebreo  
dejó a Roma con deseo  
de ver a Jerusalén,  
y esta ha sido la ocasión  
de enviarle desde allí.

DANIEL. ¿Y él es conocido aquí?

GRAMAGO. Nicodemus Zabulón  
se llama; no sé, en verdad,  
si es conocido.

LEONOR. ¡Jesús!

GRAMAGO. Otra espero de Emaús.

DANIEL. ¡Extraña puntualidad!—  
Pues diga Vueseñoría  
el nombre, porque se haga  
memoria.

GRAMAGO. ¿A quien tan bien paga?

ESCRIBANO. Esta es diligencia mía.  
El contrato he de otorgar,  
su nombre hemos de saber  
para que se pueda hacer,  
que después podrá firmar.

GRAMAGO. Don Epifanio de Chaves.

ESCRIBANO. ¿Marqués?

GRAMAGO. De la Epifanía.

ESCRIBANO. ¿Y qué armas tiene Vuesía?

GRAMAGO. Tengo un manojo de llaves.

ESCRIBANO. Ya, señor, está tomada  
la minuta; volveré  
a que la firme.

GRAMAGO. Yo iré  
al escritorio.

DANIEL. ¡Qué honrada  
presencia tiene el Marqués!

ESCRIBANO. Mándenos Vueseñoría.

GRAMAGO. Ya quedan por cuenta mía  
los derechos.

ALGUACIL. Interés

nuestro es haberle servido,  
y Vuesa merced nos mande.

(*Vanse.*)

LEONOR. Serviré merced tan grande.

GRAMAGO. ¿Fuéronse ya?

BÁRBULA. Ya se han ido.

GRAMAGO. Y dirán, pues, que no hace  
el hábito al monje.

LEONOR. Aquí  
se ha visto el ejemplo en ti.

GRAMAGO. Ahora el respeto nace  
del traje, cuyo interés  
al hombre más bajo anima,  
pues por lo menos le estima  
el que tan honrado ves.

LEONOR. Poco te admira (1) el cuidado  
de saber de tu señor:  
si le tuvieras amor,  
estuvieras a su lado.

GRAMAGO. Tú estás de gentil humor.  
¿Es mal hecho que yo entienda  
en defenderle su hacienda  
mientras defiende su honor?  
¿Verdad es que el alma adora  
desdichas no imaginadas,  
pues entre voces y espadas  
se le escapó mi señora.

En fin, a palacio iré,  
que yo le soy buen amigo.

BÁRBULA. Quiero que vayas conmigo,  
quizá remediar podré,  
si hablo al Rey, desdicha tanta.  
Haz que me pongan la silla.

GRAMAGO. Ponedme esta lechuguilla.  
Marquesa, mucho me espanta  
vuestro descuido, en verdad,  
que si dais conmigo en eso,  
que pienso dar en travieso.

BÁRBULA. ¡Heredó la gravedad  
el picaño!

GRAMAGO. Cortesía  
debéis, Marquesa, a mi amor.  
No he de pasar.

BÁRBULA. Ea, señor.

GRAMAGO. No haré.

BÁRBULA. Obedezco a Vuesía.

(*Vanse, y sale el REY y BLANCA.*)

REY. Blanca, ¿qué rigor es éste

(1) Así en el original; pero quizá debería decir  
“apremia”, “aqueja” u otra palabra por el estilo.

después de tanto favor?

BLANCA. Mirad cómo habláis, señor,  
que aunque la vida me cueste  
no sufriré que digáis  
que pude yo ni aun miraros.  
¿Que lleguéis tanto a cegaros  
que el respeto me perdáis?

Si os habló alguna mujer,  
sería doña Leonor,  
que con ilícito amor  
se puso en vuestro poder.

Y pues que queréis que crea  
favores no imaginados,  
teneldos, señor, guardados  
en vuestra engañada idea.

Porque en la ofensa que toco,  
crisol en que me apuráis,  
la diré que la engañáis  
y os vendrá a tener en poco.

REY. Si estuve anoche con vos  
en mi casa de placer,  
y ciego amor pudo ver  
las finezas de los dos;

y entre vuestros brazos bellos  
amor, que nos escuchaba,  
los requiebros nos hurtaba  
para aprovecharse dellos;

si cuando yo os defendía  
del rigor de vuestro esposo  
con un efecto amoroso,  
igua la la pena mía,

me llagastes a decir:  
"Señor, libra tu persona",  
para mí mayor corona  
que la que llevo a regir.

Y a las ancas del caballo,  
casi de mi cuello asida,  
os traje de amor perdida,  
¿cómo estas mudanzas hallo?

De noche son los favores  
y los desdenes de día;  
mas como la noche fría  
sintió del sol los rigores.

Huyó medrosa a la mar,  
medrosa que el sol la venza:  
os ha vuelto la vergüenza  
que le distes a guardar.

BLANCA. A desengañaros más,  
vieraís en la luz que os doy  
que, pues con vergüenza estoy  
que no la perdí jamás.

Y, pues, sabes que ni mal

ni bien nunca os he querido,  
que conozcáis sólo pido  
que a mi esposo soy leal.

REY. Blanca, en vano os defendéis  
cuando en mi poder estáis,  
y en vano al cielo os quejáis.

BLANCA. Mas en vano os atrevéis.

Soltad la mano, que tiene,  
haciendo testigo a Dios,  
un dueño menor que vos;  
nombre humilde se os previene.

Porque al vasallo humilláis  
vuestra coronada frente,  
cuando él goza justamente  
los favores que le dais.

Y como el cielo piadoso,  
que castiga, si perdona,  
os dió a vos esa corona,  
le dió esta mano a mi esposo.

REY. Enigmas son para mí.  
¡Vive Dios que estoy confuso!  
¿Con qué máquinas dispuso  
amor lo que escucho aquí?

El Marqués vendrá a hablaros,  
que es testigo verdadero  
de nuestro amor.

(Vase.)

BLANCA. Y tercero  
de cuanto pienso negaros.

Cielos, ¿cómo nos ponéis  
tan grandes cargos de honor,  
pues que veis nuestro valor  
y nuestra flaqueza veis?

Pero bien sé que lo hacéis  
por dejar tan conocida  
la luz del honor perdida  
donde tal valor se halla,  
poniendo para muralla  
una mujer combatida.

(Sale ENRIQUE.)

D. ENRIQ. ¿Qué es esto, ofendido honor,  
ya os vuelve al perdido centro,  
donde las causas encuentro  
de mi mal pagado amor?

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. Blanca, quejoso de vos  
va el Rey, y yo lo agradezco.

D. ENRIQ. ¿Qué aguardo que no me ofrezco  
a dalles muerte a los dos?  
Consejo le pido a Dios,



porque si uno me ha agraviado  
otro a dudar me ha obligado;  
porque en la ocasión presente  
las dudas del inocente  
sirven de escudo al culpado.

¡Oh, quién pudiera escuchar  
lo que dicen!

MARQUÉS.

Parabienes  
vengo a dar de los desdenes  
que al Rey le sabéis hacer,  
si puede amor merecer  
vuestra divina hermosura,  
de mi amor y la ventura  
en merecer conquistaros,  
pues viene, por adoraros,  
a ser ya mi amor locura.

El Rey os piensa burlar  
cuando más por vos se muere,  
que por accidentes quiere  
quien quiere por olvidar.

Yo soy más firme en amar,  
porque vuestros ojos bellos  
los miro y me abraso en ellos,  
y es porque juzgo a mi amor  
en el peligro mayor  
con fuerza para vencellos.

BLANCA.

Si tienes más que decir  
habla, aunque más te adelantes,  
que palabras semejantes  
todas se deben oír.

Todas las quiero escuchar  
en mi infelice fortuna,  
porque el vulgo por alguna  
no tenga que sospechar.  
¡Vive Dios que pues aquí  
venganza al alma faltó,

que estoy por matarme yo  
por no hallar sujeto en ti.

D. ENRIQ.

Ecos de venganza oí.

Decidme, piadosos cielos,  
si son venganzas o celos.

BLANCA.

Villano, tú te atreviste;  
mas, como loco, tuviste  
desatinados desvelos.

Si el Rey tuvo atrevimiento,  
en sólo el poder fundó  
la locura que animó  
su lascivo pensamiento;  
pero en ti ha sido portento.

Aunque se venga a escuchar,  
pájaro que aprenda a hablar:  
y como a tu Rey oíste,

simplemente repetiste  
lo que pudiste alcanzar.

MARQUÉS.

Ya cansan tus vanidades,  
pues tanto te desvaneces,  
que has pensado que mereces  
títulos y majestades.

A crecer me persuades

que tu defensa mayor  
nace de guardar tu honor,  
y es porque el que te pretenda  
cuando te alcanzare entienda  
que fué milagro el favor.

D. ENRIQ.

Nada escucho, nada entiendo  
para que pueda saber  
si Blanca pudo ofender  
el claro honor que defiendo.

MARQUÉS.

Mas porque humillar pretendo  
tu arrogante presunción,  
sirva aqueste bofetón  
de sombra a tu honor fingido.

D. ENRIQ.

Ahora sí estoy perdido,  
que estos mis agravios son.—

¡Villano, ya llegó el día  
que mis agravios publique!

BLANCA.

¡Ay, cielos!

(Sale el Rey.)

REY.

¿Qué es esto, Enrique?

D. ENRIQ.

Trazo la venganza mía.

Que si mi Rey me desvía

hasta que vuelva por mí,  
el destierro obedecí;

que en buena razón fundado  
aquí mi Rey me ha enviado,  
pues vengo a vengarme aquí.

REY.

Salíos, Marqués, allá fuera.—

¿Por qué matarle queréis?

D. ENRIQ.

¿Lo que vos, señor, sabéis?  
queréis que yo lo refiera?

Si con esta espada fiera

su pecho hubiera rompido,  
el por qué hubiérais sabido;  
porque lo dice mejor  
la sangre del ofensor  
que la lengua del marido.

Y pues es la confusión  
tanta, que el agravio ignora,  
vengo el bofetón ahora  
que le dió sin ocasión.

REY.

Blanca, ¿en vuestro rostro hermo-  
se atrevió a poner la mano? [so

(Aparte.)

BLANCA. Si aquí lo confieso es llano  
que está en peligro mi esposo,  
que el Marqués es poderoso.

Quiero su riesgo excusar.—  
Señor, púdose engañar  
mi esposo, porque no ha sido  
el Marqués tan atrevido  
que dél se pueda pensar.

D. ENRIQ. ¡Vive Dios que le defiendo,  
porque me ofende con él!—  
De vuestra piedad cruel  
el mismo cielo se ofende.

Advertid que el mundo entiende  
contra ley y contra Dios,  
que es el uno de los dos  
quien con agravios me ofende.

A vuestro honor aprovecha  
el declararme quién es,  
que si no mato al Marqués  
tendré de vos la sospecha.

REY. Cierta diligencia hecha  
podrá decir la verdad;  
en esta cuadra esperad.

D. ENRIQ. Yo os obedezco, señor.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Vengo a hablar al Rey.

D. ENRIQ. Tu honor  
pide menos libertad.  
Verásle después.

LEONOR. Conmigo  
jamás el Rey me ha negado  
su vista.

D. ENRIQ. Si está ocupado  
es yerro.

LEONOR. Tu gusto sigo.

(Vanse los dos.)

REY. Blanca, si fueron favores  
nacidos de parte vuestra  
pudiera servir de freno  
la vergüenza a vuestra lengua;  
para recibir de un hombre  
tan conocidas ofensas,  
y callarlas es dejar  
campo abierto a la sospecha.  
Al cielo de vuestra cara,  
cuyos ojos son estrellas  
que se opusieron al sol,  
pueden con las nubes negras  
de la muerte escurecer,  
sin que vuestro honor se pierda.

Mirad, Blanca, lo que hacéis:  
si calláis dejáis abierta  
la puerta para pensar  
que sois conocida prenda  
del Marqués.

BLANCA. Jamás permitan  
los cielos que se escurezca  
mi limpia fama. Quería,  
disimulando mi ofensa,  
excusar mayores daños;  
mas donde honor se interesa  
perdonen vanos respetos:  
el Marqués, con alma ciega,  
torpe de amor se atrevía.

REY. ¿Qué dices de amor?

BLANCA. Que intenta,  
con pensamientos lascivos  
entre villanas promesas,  
manchar mi honor.

REY. ¿El Marqués?

BLANCA. Menos que con la violencia  
del mandamiento real  
no os publicara mi afrenta  
ni su atrevimiento loco.

REY. ¿Que a mi persona se atreva,  
a mi gusto y a mi honor,  
un hombre que en mis ausencias  
era mi persona misma?—  
Blanca.

BLANCA. Señor.

REY. Yo quisiera  
que supiérais lo que estimo  
la conocida nobleza  
de vuestra casa; y de modo  
siento la desdicha vuestra,  
que a estar en vuestro lugar  
no diera el sol una vuelta  
a la máquina que dora  
sin que dieran mis ofensas  
entera satisfacción,  
aunque mil veces rompiera  
los privilegios que hacen  
palacios de reyes.

(Sale un criado.)

CRIADO. Venga  
Vuestra Majestad, señor,  
que Enrique al Marqués, con fuerza  
más que humana, entre los pies  
le tiene.

REY. ¿Qué?

CRIADO. En la cabeza

le ha dado un golpe.  
 REY. Seguidme,  
 que esta venganza es vileza.

BLANCA. ¡Cielos, librad a mi esposo  
 y a mí, pues veis mi inocencia!

(*Vanse, y sale el MARQUÉS retirándose, y ENRIQUE tras él.*)

MARQUÉS. Enrique, detén la espada;  
 da lugar antes que muera  
 a que pueda confesar  
 mis delitos.

D. ENRIQ. Diligencia  
 era para aquí excusada,  
 pues cuando el postrero sea  
 el marido el que lo sabe,  
 sé que a mi querida prenda  
 robaste como traidor.

MARQUÉS. No tenga el cielo clemencia  
 del alma que entre mi sangre  
 va caminando a su esfera,  
 siendo el verdugo tu espada,  
 si han pasado mis ofensas  
 de las palabras que oíste,  
 pues que te hallaste tan cerca  
 que vengaste el bofetón  
 de tu esposa, a quien la Grecia  
 mira con ojos de envidia.

D. ENRIQ. No quedara satisfecha  
 mi intención si no quedara  
 entre las claras sospechas  
 con la intención castigada.

MARQUÉS. No la tuve de ofendella,  
 los cielos fueron testigos,  
 cuando por orden expresa  
 del Rey la robó mi gente.

D. ENRIQ. ¿Qué dices?

MARQUÉS. Que fué la presa  
 para el Rey, y esto te advierto  
 dando ya la sangre muestras  
 de que ya se rinde el alma.

(*Vase.*)

D. ENRIQ. ¿Qué confusiones son éstas?  
 Ya descubro otro enemigo.  
 Aquí serán las sospechas  
 más claras, porque el poder  
 rinde mujeriles fuerzas.  
 ¿Que pudo ofenderme el Rey?

(*Sale el REY y acompañamiento.*)

REY. ¡Prendedle!

D. ENRIQ. Sólo Su Alteza

puede hacello; humilde estoy  
 a esos pies.

(*Salz BLANCA.*)

BLANCA. Si hay clemencia,  
 señor, en los reyes justos...  
 D. ENRIQ. ¡Vive Dios que si estuviera  
 donde pudiera matarte  
 que había de excusar la afrenta  
 de que rogases por mí,  
 porque la mujer, si es buena,  
 ha de pedir encerrada  
 el bien que alcanzar desea  
 al cielo con oraciones,  
 y no a los hombres con quejas!—  
 Señor, yo maté al Marqués  
 por agravios que él confiesa,  
 si bien se quedaron todos  
 en la intención.

REY. ¿Y esa es buena  
 disculpa para matar  
 un hombre de tales prendas?

D. ENRIQ. Pues si falta alguna parte  
 para hacer mayor la ofensa,  
 suplidla vos, pues que fuisteis  
 olvidando las empresas,  
 los triunfos y las vitorias  
 que os he ganado en la guerra  
 del Africa y otras partes:  
 sé que a mi querida prenda  
 robastes.

REY. ¿Yo a vuestra esposa,  
 que a las romanas y griegas  
 vence en virtud? ¿Quién lo dice?

D. ENRIQ. Quien ya no podrá, aunque quiera,  
 arrepentirse: el Marqués,  
 entre las últimas quejas  
 que dió agonizando el alma,  
 que quien se parte a dar cuenta  
 a tan justo Tribunal,  
 no es razón que dél se entienda  
 que os pudo culpar sin culpa.

(*Aparte.*)

REY. Aquí es razón que prevenga  
 el remedio.—Don Enrique,  
 pasiones habrá tan ciegas,  
 que turbando los sentidos  
 condenen, finjan y mientan  
 en el más estrecho paso  
 y en la cuenta más estrecha.  
 ¿Y cómo fuera posible



que yo ofenderos pudiera,  
si vuestra hermana Leonor  
ha sido la dulce prenda  
de mi alma, y la que anoche,  
con mil juradas promesas,  
ganó el nombre de mi esposa  
y el que yo le doy de reina,  
que aunque fué tercero amor,  
no ha sido ella la primera  
de su casa que ha mezclado  
sangre, valor y nobleza  
con reyes de Portugal?—  
Haced que vayan por ella,  
cuñado...

BLANCA. ¡Suerte dichosa!

REY. ...que quiero en vuestra presencia  
darle la mano de esposo.

D. ENRIQ. Escuchando está ella misma  
la gran merced que le hacéis.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Humilde beso la tierra  
que han honrado vuestro pies.

REY. Mis brazos es bien que sean  
el fénix de vuestro amor.  
El cielo esta causa ordena  
para que el nombre que el mundo  
me da de justo no pierda,  
por el borrón de un agravio,  
las luces que en él campear.

Ya sois mi esposa, Leonor.

LEONOR. Ya que soy esposa vuestra  
os suplico perdonéis  
a mi hermano.

REY. Fué muy cuerda  
su venganza, que hombres tales  
y de tan alta nobleza  
hasta la intención castigan  
si les ofenden con ella.—  
General de Africa sois.

D. ENRIQ. Déle Dios a Vuestra Alteza  
las dos coronas ilustres  
que mira Alemania y Grecia.

GRAMAGO. Yo, señor, aunque es forzoso  
que de las mercede vuestras  
me dé alguna mi señor,  
es dura cosa que vengán  
por jeringa. Hacedme alguna,  
porque siquiera con ella  
goce mi Bárbula, ausente,  
un pedazo desta fiesta.

REY. Désele dos mil cruzados.

GRAMAGO. En dos mil cruces se vea  
quien darlos me lo dilate  
un cuarto de hora.

REY. Prevengan  
grandes fiestas a mis bodas,  
dándole aquí a la comedia  
de LA INTENCIÓN CASTIGADA  
honroso fin el poeta.

# EL JARDIN DE VARGAS

## COMEDIA FAMOSA

DE  
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El REY. El PRÍNCIPE.  
El CONDE DE GORMAZ.  
ELVIRA, *dama.*

JACINTA, *dama.*  
DON JUAN, *caballero.*  
DON NUÑO, *caballero.*

ALBERTO RAMOS, *villano.*  
MARIRRAMOS, *su hija.*  
PELORO, *villano.*

### JORNADA PRIMERA

(*Salen JACINTA y ELVIRA con un papel en las manos.*)

JACINTA. Elvira, suelta el papel;  
no me enojés más.

ELVIRA. Detente;  
no te enfades.

JACINTA. Es valiente  
mi amor.

ELVIRA. Pues no lo sea cruel;  
que implica con valentía  
contradicción la crueldad.

JACINTA. Suelta; aunque dices verdad,  
suelta, Elvira.

ELVIRA. Tu porfía  
me tiene de convencer.  
Que al Príncipe se le diera  
me dijiste.

JACINTA. Bueno fuera  
con celos satisfacer.

ELVIRA. ¿Cómo al Príncipe, Jacinta,  
con tan grande extremo adoras?  
Ni a tiempo ríes ni lloras;  
sólo eliges lo que pinta  
en tu desco la idea  
de torpe imaginación.

JACINTA. Si muerte los celos son,  
¿qué dirás que a tiempo sea  
que me obligues a tener  
paciencia?

ELVIRA. En tus bellos ojos,  
que al sol fulminan despojos  
que el alba anuncia al nacer,  
puso el Príncipe su afeto,

siendo en Toledo alabada  
tu belleza, y estimada  
por celebrado conceto  
de divina perfección.  
El Rey no tiene heredero  
más de al Príncipe.

JACINTA. Ya espero  
tu necia resolución.

ELVIRA. Pues como en Toledo asiste,  
por afición y grandeza,  
y tú entre tanta belleza  
sola la admitida fuiste  
de su heredero, es razón  
que tus acciones moderes.

JACINTA. Basta, que decirme quieres  
que no aliente mi afición.

Por ser hermana del Conde  
de Orgaz, el menor estado  
nunca es de amor reservado,  
ni por eso corresponde  
mal al Príncipe mi gusto;  
no, Elvira, sino por ver  
que me olvida por querer  
lo que olvidar fuera justo.

ELVIRA. Si se casa en Portugal  
o en Inglaterra esposa  
le dan, ¿qué has de hacer, celosa?

JACINTA. Elvira, no digas tal.

Escucha, amiga, el papel,  
verás en su cortesía  
si merece el alma mía  
que cifre mi muerte en él:

“Aunque la desigualdad de nuestras calidades me pudiera entorpecer los deseos de ado-

rar tus divinas partes, y aunque de tu cuidadoso padre y mi señor me desvelan los desabrimientos, siempre, mi señor, me desvelo en adorarte. Estímame como a tuya y correspóndeme como agradecido a mis deseos.

JACINTA."

¿Esto escribe una mujer  
a la deslealtad de un hombre  
para oscurecer su nombre?  
¡Mil pedazos le he de hacer!

Del papel y de la tinta  
haré con darle a los vientos,  
dueños de mis pensamientos.

(Sale el PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. ¿Qué enojo es éste, Jacinta?

¿Vuestro rostro en arrebol  
del alba, que aunque enojada,  
está de gloria esmaltada?

JACINTA. Anuncia que sale el sol.

PRÍNCIPE. No alcanza su claridad,  
pues que la impide la aurora.

JACINTA. Cuando nace el alba, llora.

PRÍNCIPE. Perlas, Jacinta, es verdad.

JACINTA. Aunque las engendra el fuego  
del sol, que rayos despide,  
sólo a su gusto se mide,  
y dellas se olvida luego.

PRÍNCIPE. Algo desa cifra entiendo.  
Doña Elvira está delante;  
no importa, pues del constante  
amor en que estoy ardiendo  
es testigo acreditado  
de silencio y de cordura.

ELVIRA. Y que aliento mi ventura  
con la ambición de tu agrado.

PRÍNCIPE. Bella Jacinta..., no bella  
si lo es cualquiera hermosura,  
que tus partes de deidad  
estrellas del alba enturbian;  
que en ellas está el bosquejo  
con que arrogantes deslumbran,  
y en ti el maestro del sol  
la perfección asegura.  
Como a sujeto tan alto  
te reverencia y te juzga  
el alma, que en adorarte  
indignidades promulga,  
estoy siempre contemplando  
que parte del cielo ocupas,  
pues veo con ceño al sol,  
y con capote a la luna.

Vite en el jardín hermoso  
del Alcázar, que de espumas  
de los enojos del Tajo  
perlas engendra en las murtas,  
sirviendo de Ninfa hermosa  
(que poco he dicho) a las grutas;  
que si se burlan cristales,  
tú les venciste en las burlas.  
No sé si te vi, que auroras  
cercadas de luz ocupan  
camino de vista ufanos,  
que en su arrebol se deslumbran.  
Libre claridad cegóme;  
cegóme diré sin duda,  
pues con claridad te adoro  
y en méritos quedo a oscuras.  
Llegaste junto a un estanque,  
y las claras aguas, turbias,  
tu cristal reverenciaron.  
Que fué temor, ¿quién lo duda?  
Yo escondido entre unas ramas  
estaba, como el que busca  
la caza, que el pie no mueve  
porque no se espante o huya.  
Temía al temblar las hojas  
su necia descompostura,  
y siendo apacible el viento  
blasfemaba de su furia.  
A hablarte salí medroso,  
porque siempre a las venturas  
precipita inconvenientes  
la ambición de la fortuna.  
Volviste con sobresalto,  
y a la soledad nocturna  
tu rostro vestía de auroras,  
entre turbada y confusa.  
Habléte; nunca te hablara,  
pues obstinadas (1) disputas  
de calidades humanas  
divinidades injurian.  
Vite romper un papel:  
si es darme celos, no ocupan  
la deidad de mi fineza  
incendios que infierno anuncian.  
Y pues que siempre te adoro  
y el alma que vivo es tuya,  
sirvan para que se salven  
méritos de mi disculpa.  
Mis fiestas son tus donaires,  
mis regalos tus corduras,

(1) En el original, por errata, dice "obstentadas".



JACINTA.

mis contentos adorarte  
y mi espejo tu hermourea.  
Si esto no es querer, responde;  
si esto no es amar, pregunta  
a amor si tiene otras leyes,  
y ponme en mayor clausura.  
Príncipe, para atreverme  
a responderte me animan  
mis bien nacidas firmezas;  
no sé si bien admitidas.  
No tengo más calidad  
de ser, por acción divina,  
esfera de tu memoria  
y girasol de tu vista.  
Tú eres hijo de un Monarca;  
de un Conde pobre soy hija:  
si mi amor puede igualarte,  
la misma razón lo diga.  
Morir en la pretensión  
es más gusto que la vida,  
que consagrada a tu amor  
no puede llamarse mía.  
Anoche, estando en mi cuadra,  
en soledad tan prolija,  
que sólo me acompañaban  
un bufete y dos bujías,  
sacrificando en tu amor  
—¡oh qué noches tan prolijas!—,  
convertida en siglos largos  
por la brevedad del día,  
saqué tu bello retrato,  
que como mi pecho habita  
un rato a solas con él  
quise aliviar mis fatigas.  
Sobre un bufete de plata  
le puse, como quien mira  
para tocarse a un espejo,  
no me hizo alegre la vista.  
Fuíle a tomar y cayóse;  
yo entonces dije, ofendida:  
cuando se caen los espejos  
mal suceso pronostican.  
Alcéle y tomé un papel  
(¡qué temeraria, qué aprisa!),  
donde cifré mi firmeza,  
donde conté mis desdichas.  
Y apenas el alba hermosa  
del sol anunció la risa,  
cuando el papel con mil almas  
le di para darte a Elvira.  
Supe (¡ah, crueles amantes!)  
que con gusto entretenida

le diste a la noche auroras  
con doña Clara, mi prima.  
Llegué a Elvira con enojo,  
quitéle el papel corrida,  
porque mi violento fuego  
le convirtiera en cenizas.  
Llegaste tú, reportéme;  
vite rey, quedé oprimida;  
miré tu sol, deslumbróme;  
escuché tu voz, temíla.  
Si esto no es amor, responde;  
y si a mayor gallardía  
se constituyen sus leyes,  
a tu gusto estoy rendida.

PRÍNCIPE. No de tus antojos quiero  
castigar la presunción  
ni darte satisfacción,  
que fuera lance grosero,  
y suele desobligar  
en causa que es tan dudosa  
reducilla a sospechosa  
con quererla disculpar.

Ni con encarecimientos  
quiero pintarte mi amor,  
que como no es hablador  
funda en obras sus aumentos.

Dame esa mano en señal  
de que eres mi propia vida.

JACINTA. Tu agrado mi enojo olvida.

PRÍNCIPE. Es condición celestial.

¿No sabes que el alma es mía?

ELVIRA. Quedo, que tu hermano viene.

(Sale el CONDE.)

CONDE. Buen fin mi sospecha tiene.

PRÍNCIPE. Ya es demasiada porfía.

Dámela, Elvira, por Dios,  
que a descomponer me obligas,  
y antes que me vaya amigas  
habéis de quedar las dos.

CONDE. Los pies beso a Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE. Huélgome que hayáis venido,  
que ya estoy medio corrido  
de ver tan grande extrañeza.—

Ea, Elvira, no haya más:  
dádme la y abrazaos luego.

ELVIRA. A hacer lo que mandas llevo.

PRÍNCIPE. Gusto infinito me das.

Doña Elvira es bien nacida,  
doña Jacinta también,  
y cuando el cargo le den  
de camarera, advertida

doña Elvira de que tiene  
Jacinta en antigüedad  
más grados de calidad...

JACINTA. ¡Qué bien su engaño previene!

PRÍNCIPE. ...quedará desenojada.—  
¿Digo bien, Conde?

CONDE. Señor,  
supuesto que a tu valor  
está mi humildad postrada,  
mi hermana no puede ser  
camarera.

PRÍNCIPE. ¿Cómo no?  
¿No puedo mandallo yo?

CONDE. Tienes padre.

PRÍNCIPE. ¿Y ha de ser  
mi padre contra mi gusto?

CONDE. Como él quiera, ¿por qué no?

PRÍNCIPE. ¿Contra lo que mando yo,  
siendo a su servicio justo?

CONDE. Señor, no lo debe ser,  
pues que no da permisión.

JACINTA. ¡No me habléis más, corazón,  
que bien os dais a entender!

PRÍNCIPE. Conde, decid: ¿vuestra hermana  
no tiene méritos? ¿Cómo,  
siendo del Rey mayordomo  
y ella desa suerte ufana,  
también admitidos, dais  
a la duda esa objeción?

CONDE. Porque hay nueva reducción.

PRÍNCIPE. Della es bien que me advirtáis.

CONDE.

Saliendo alegre a caza un claro día  
tu padre, por los montes de Toledo,  
dando a los gerifaltes osadía  
y a las veloces garzas torpe miedo,  
después de haber calmado su alegría...

JACINTA.

Agora más confusa que antes quedo.

CONDE.

De Vargas ilustró la aldea corta,  
adonde el sol la vanidad reporta.

Llegaron de la Sagra labradores  
y zagalejas a sus pies lozanos,  
ya con la caza, pesca, fruta y flores,  
cifrando un mayo en sus heroicas manos.  
Pagóles con agrados, con favores,  
dejólos ricos y de gloria ufanos;  
que el Rey, como fiscal del firmamento,  
es fuerza que por uno ha de dar ciento.

Viendo el sitio, la gente y el agrado  
tan dispuesto a su gusto y tan copioso,  
quedó con afición determinado  
a fabricar allí un jardín hermoso,  
con casa y gente, que, vecino a un prado,  
forme un palacio rico y suntuoso,  
adonde del conejo y gamo vea  
porfías sobre cuál le lisonjea.

Previene que le asista yo, acudiendo  
con desvelos al gusto que le alienta,  
cristales a las murtas previniendo,  
y más verdores que el abril intenta.  
Y por este mandato discurriendo  
me apresura con ira tan violenta,  
que por dar al efeto el gusto junto  
me mandó que me parta luego al punto.

Allí será mi hermana camarera,  
no del palacio, del abril florido,  
que así lo manda el Rey, y a Dios pluguiera  
a más rigor me hubiera reducido:  
aquí no hay dilación, que si la hubiera  
pusiera mi opinión en torpe olvido.  
Carrozas y literas ten a punto.

PRÍNCIPE.

¡Ella va desterrada, y yo difunto!

JACINTA. Si el Rey lo manda, servirle  
será mi mayor blasón;  
aunque es merced con pensión.

CONDE. ¿Quién bastará a persuadirle?

JACINTA. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

PRÍNCIPE. Que os lleve el cielo con bien.

CONDE. Tus pies beso.

PRÍNCIPE. Cielos, ¿quién  
sin la luz de su belleza  
podrá vivir?

CONDE. Ven, hermana.—  
Su Alteza reine en Castilla,  
y goce la imperial silla  
sin la opresión africana.

(*Vanse y queda el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. ¡No es bueno volver los ojos  
para acabar de matarme,  
que no bastaba llevarme  
el alma para despojos  
de su belleza!

(*Sale DON JUAN.*)

D. JUAN. Señor,  
el Rey te llama.

PRÍNCIPE. ¿Sí hará...?—

¿Adónde, don Juan, está?

D. JUAN. Ya llegará al corredor.

PRÍNCIPE. ¿Qué os parece del suceso?

A Jacinta ha desterrado.

D. JUAN. Es destierro moderado.

PRÍNCIPE. Y aun injusto. Yo confieso,  
don Juan, que por ella muero;  
pero, ¿qué escándalo doy?

D. JUAN. Testigo, Príncipe, soy  
de que lo miró primero;  
y para no darme nombre  
de destierro a este ejercicio  
la inclinó.

PRÍNCIPE. ¡Gran beneficio!  
Don Juan, oíd, pues sois hombre  
de tal calidad y aviso,  
que en vuestra amistad fundado  
restituye mi cuidado  
el que amor quitarme quiso.

Haced por mí, y advertid  
cuán cerca estoy de reinar;  
una acción que he de premiar  
como lo veréis.

D. JUAN. Decid.

PRÍNCIPE. Vos habéis de ir a alcanzar  
al Conde de Gormaz, diciendo (1)  
que el Rcy mi padre, advirtiéndome  
lo estrecho de aquel lugar,  
quiere que le acompañéis  
como su teniente, dando  
al caso en que va dudando  
la advertencia que sabréis.

Que yo, cuando el Rey no os vea,  
diré que os tengo ocupado,  
y de mi Jacinta al lado  
viviréis, para que sea  
mi desdicha tolerable:  
con escribir, responder,  
y cuando la vaya a ver  
no la culpe de mudable.

Con casto amor la serví;  
haced, amigo, por Dios,  
lo que yo hiciera por vos.

D. JUAN. Basta; fíaos de mí.

¡Jesús! Gran señor, corrido  
estoy de esa prevención,  
que os sirvo con afición:  
con ella estoy persuadido  
de hacer cuanto me mandéis.  
Voime a poner de camino.

PRÍNCIPE. Amigo, un ángel divino  
en mi Jacinta hallaréis.

Y pues mi suerte lo quiso  
que estéis de esa gloria al lado,  
haced cuenta que os he dado  
las llaves del paraíso.

(*Vanse. Sale PELORO y MARIRRAMOS.*)

PELORO. ¡Pardiez, Maruca, que vengo  
del molino muy cansado!

MARIRRAM. Yo, Peloro, ya he amasado,  
aunque poca harina tengo;  
y aunque tengo mal perjeño,  
un pan saqué que las flores  
envidiaban sus colores,  
bien a costa de mi sueño.

Y como es el pan de Vargas  
para Toledo el mejor,  
venderáse sin temor,  
aunque llevemos mil cargas.

Pero hay unos bellacones  
que hunden la panadera  
por tomar el pan. ¡Ceguera  
les embista, y sabañones  
en su lengua se regalen!

PELORO. Marirramos, ya yo vi  
venir un galán tras ti.

MARIRRAM. ¿Uno? Como desos salen  
por la puerta del Cambrón  
apelliscarme.

PELORO. ¡Mal año!  
Por ahí comienza el daño.

MARIRRAM. ¡No gustarán mi afición!

PELORO. ¿Siempre machorra has de ser,  
Marirramos, siendo hermosa?

MARIRRAM. ¡Calla, que so vergonzosa!  
¡Tirte allá! ¿Eso has de her?  
No me hace el amor cosquillas.  
¿Amor dije? ¡Escupo! Dios  
no nos mate aquí a los dos.

PELORO. ¿Deso haces maravillas?

MARIRRAM. ¿No ves que tratar de amor  
es pecado? Si supiera  
esto mi padre, riñera.

PELORO. ¡Que no lo sabrá, señor!

MARIRRAM. ¿Es más mortal el pecado  
que el amor?

PELORO. Más importuno.

MARIRRAM. Todo debe de ser uno.  
¡Mal fuego en él! Ni pintado  
le quiero ver. Mas señor  
viene hacia acá; ¿no nos vamos?

(1) Sobra una sílaba a este verso: quizá se escribiría "al Conde Gormaz, diciendo".



(*Entra DON JUAN y el CONDE y ALBERTO.*)

CONDE. Ya en Vargas, don Juan, estamos;  
y ésta es la casa mejor  
que hay en el aldea.

ALBERTO. Al menos  
el dueño con voluntad  
os ofrece su humildad,  
y con mucho afecto llenos  
los deseos de poner  
en vuestro gusto cuidado.

D. JUAN. Alberto Ramos, su agrado  
lo da muy bien a entender.

MARIRRAM. ¡Pardicz que es gente locida!  
Y la dama mucho más.

PELORO. Calla, que la afrentarás.

JACINTA. Estoy muy agradecida,  
señor don Juan, al cuidado  
que Su Majestad mostró.

CONDE. Mi soledad advirtió;  
que de vos, don Juan, honrado,  
no echaré menos la Corte.

D. JUAN. Antes, de Jacinta hermosa  
queda la Corte envidiosa,  
que era de su agrado el norte.  
Yo aseguro que tengamos  
presto por huésped al Rey.

CONDE. En todo es su gusto ley.—  
Digo, pues, Alberto Ramos,...

MARIRRAM. Este es el más hablador.

PELORO. El señor debe de ser.

CONDE. Que al momento es menester,  
por ser causa superior,  
que la casa se levante,  
que con este fundamento  
se dará al jardín asiento;  
que el bosque aunque esté distante  
no importa, como se vca  
subiendo a la galería;  
y un sobrestante querría,  
que de buena opinión sea,  
que lo sepa disponer.

ALBERTO. En todo seréis servido,  
que a lugar habéis venido  
donde os servirán. Poner  
podéis agora en mi casa  
de la vuestra el aparato.

CONDE. No será hospedaje ingrato.

ALBERTO. Vencíisme en la cortesía.

MARIRRAM. Peloro, galanes son,  
aunque no les he notado  
sino solamente de un lado.

PELORO. Lo mismo del otro son.

MARIRRAM. Tres de viso. ¡Muy galanes  
son, por Santa Margarita!

PELORO. Sí; pero es gente maldita.  
Huye de sus ademanes,  
que de la mohatra son.

MARIRRAM. ¿Qué mohatra? Tirte afuera.

CONDE. Venid, Alberto.

ALBERTO. Quisicra  
que como tan cortas son  
y humildes mis casas, fueran  
los palacios de Galiana.

CONDE. Créolo.—Venid, hermana.

(*Vanse, y queda DON JUAN y MARIRRAMOS.*)

D. JUAN. Oíd, zagala.

MARIRRAM. Me esperan,  
que está la masa en sazón  
y he de heñir dos fanegas.

D. JUAN. Oye un poco.

MARIRRAM. Si me ruegas  
que te escuche una razón,  
más de ciento me dirás,  
y está esperando la artesa.

D. JUAN. Oyeme, Juana o Teresa,  
que con tu bellezra das  
esmalte a las bellas flores,  
para que el mundo se asombre.

MARIRRAM. Marirramos es mi nombre,  
y éstos que decís amores,  
pero no son para mí.

D. JUAN. ¿Como, siendo hermosa y bella?

MARIRRAM. No, señor, que soy doncella  
desde el día en que nací.

D. JUAN. No dudo que lo serás.

MARIRRAM. Harto hacéis; tened vergüenza,  
que cuando el amor comienza  
es un mismo Satanás.

¿Un hora no habéis llegado  
al aldea, y ya risueño  
os pone el alma en empeño  
fingiendo amor?

D. JUAN. Si me han dado  
tu donaire y tu hermosura,  
mil cielos que contemplar,  
¿no te tengo de adorar?

MARIRRAM. Tal os dé Dios la ventura.

Mirad: sos los cortesanos  
grandes acariciaderos,  
fingidos y trapaceros;  
quien cayera en vuestras manos  
tuviera bien que llorar.

D. JUAN. Mal me conoces, María.

MARIRRAM. ¡Ay, si supiera mi tía  
que a solas os llegué a habrar,  
qué cachetes me pegara!  
No hubiera cabello en pie.

D. JUAN. ¿No me querrás?

MARIRRAM. ¿Para qué,  
si ha de salirme a la cara?

Mire, yo so vergonzosa,  
no alzo los ojos del suelo,  
ni bailo, ni rizo el pelo,  
ni me precio de hermosa,  
ni me engaito los cabellos,  
que despreciando el donaire  
a beneficio del aire,  
se van donde quieren ellos.

Que en esta aldea coitada,  
por cualquiera no sé qué,  
apenas se bulle el pie,  
cuando nota que patada.

Y os juro, ¡ay, triste de mí,  
que lo habré de confesar!,  
que tenéis para agradar.  
¡Ay, Jesús, voime de aquí!

D. JUAN. Si yo os mereciera a vos,  
grande mi ventura fuera.

MARIRRAM. ¡Ay, quién querelle pudiera  
sin que me matara Dios!

Que es de lindo rostro y talle  
y pardiobre en sus empleos,  
achicando mis deseos  
zozobra le diera al valle.

De la masa me olvidara  
aunque se quedara aceda,  
y del molino la rueda,  
que era su amor contemplara.

Nunca tortas regaladas  
en el horno las metiera,  
que el amor me las cociera  
con sus dulces llamaradas.—

Mire que no ha de decir  
a nadie que me ha hablado.

D. JUAN. Sólo lo sabrá este prado.

MARIRRAM. También se sabrá reír.

D. JUAN. Mi dicha, de gloria ufana,  
se cifra en tu rostro bello.

MARIRRAM. Calle; dormiré sobre ello,  
y responderé mañana.

(Sale JACINTA.)

JACINTA. Don Juan, tan agradecida  
estoy a la diligencia

de vuestra insigne advertencia  
y amistad contribuida  
del Príncipe, que no sé  
qué medios he de elegir  
para saberlos servir.

D. JUAN. Tan grande el desvelo fué  
del Príncipe y el enfado  
en vuestro destierro injusto,  
que luego incliné mi gusto  
a reducirle a su agrado.

¡Qué extremos, qué desvaríos  
hiciera a no reportalle!

JACINTA. Basta, don Juan, igualalle  
en el rigor de los míos.  
¿Qué te dijo?

D. JUAN. Que acudiera  
a tu gusto vigilante,  
que por uno y otro instante  
le avisara y le escribiera,  
y que un punto no reposa  
por el pesar que te dan.

JACINTA. Dadme los brazos, don Juan,  
por nueva tan venturosa.

MARIRRAM. ¡Arte allá! ¿Desa manera  
a dos enamoricáis?  
¡Mal conocéis si engaitáis  
de Vargas la panadera!

JACINTA. Mil sobresaltos me da  
su ausencia; por verle muero.

D. JUAN. Ya por instantes le espero.

MARIRRAM. ¡Ah, caballero! Sabrá  
que aunque guardamos novillos,  
tal vez que se nos alcanza  
que es muy bellaca crianza  
el mascar a dos carrillos.

D. JUAN. Yo voy.—Perdonad, señora.—  
¿No ves, necia, que es mi ama?

MARIRRAM. ¿Y la abraza? ¡Linda dama,  
cómo se remilga agora!  
¡Malos años y mal mes!

D. JUAN. La labradora es graciosa.

JACINTA. Aunque rústica, es hermosa.

MARIRRAM. Escuche una trova.

D. JUAN. ¿Qué es?

MARIRRAM. Es la mujer del barbero  
del pueblo la más sabida,  
y canta toda su vida  
esta grosa en el pandero:

“Si queréis alcanzar amores,  
Peromingo, en este lugar,  
no engañéis la cara, que es cara,  
que en caracol os puede tornar.”

A fe que el que la trovó  
podía ser canonigo.

D. JUAN. Es muy buena.

MARIRRAM. Pues no digo  
otra que se me olvidó.

(Sale ALBERTO RAMOS, el CONDE y PELORO.)

CONDE. Jacinta, por vida mía,  
que el tiro me da contento.

JACINTA. El mío, hermano, acrecienta  
si el verle te da alegría.

Pero, al fin, la soledad  
en largo tiempo es cansada.

PELORO. Todo en esta vida enfada:  
el palacio y la ciudad.

Cansa el andar a caballo  
y cansa el andar a pie;  
cansa el tiempo que se fué,  
y el que vino, de esperallo.

Cansa el que es muy hablador,  
y cansa el que es muy callado;  
cansa el que es enamorado,  
el valiente, el jugador.

Cansa la melancolía  
y la loca presunción;  
el de triste corazón  
y el de pesada alegría.

Cánsanse los pies de andar  
y los brazos de reñir,  
las pestañas de sentir  
y los ojos de mirar.

Cansa el sol y cansa el aire,  
cánsanse los elementos,  
cansan encarecimientos  
dichos con poco donaire.

Y solamente, a mi ver,  
por últimos disparates,  
no se cansan los gaznates  
si hay buen vino que beber.

MARIRRAM. Los tuyos, Peloro, creo  
que nunca se cansarán.

PELORO. Yo tomo lo que me dan,  
pero no lo que deseo.

CONDE. ¿Y esta zagala hermosa  
es vuestra hija?

ALBERTO. Señor,  
y en quien se cifra mi amor,  
por casta y por virtuosa.

PELORO. Marirramos es castiza;  
pero no la quiere dar.

CONDE. ¿Que no se quiere casar?

MARIRRAM. No sé; si el demonio atiza,  
para novia me erguiré.

D. JUAN. ¿Pucs no halláis novio que os cua-

MARIRRAM. Responda mi señor padre. [dre?

ALBERTO. Es, señor, en quien se ve  
cifrada la honestidad:  
no alza del suelo los ojos,  
los hombres le dan enojos,  
pues cuando va a la ciudad  
con el rosario en la mano  
repasa sus devociones;  
jamás escucha razones  
del lenguaje cortesano.

Trasnocha, y por aumentar  
no duerme hasta la mañana.

PELORO. Señor, por buena cristiana  
le hemos de canonizar.

JACINTA. De los villanos me agrada  
la noble conversación.

CONDE. Aquí, pues, tu presunción  
a la caza es obligada.

Con la ballesta y los perros  
darás asalto a los gamos,  
que habitan entre los ramos  
de esos levantados cerros.

Suspenderá tus cuidados  
con canto la perdiz bella,  
y el jabalí con la huella  
que cruza estos verdes prados.

Y por lisonjero fin  
te han de adornar tantas flores,  
que amor se cifre en colores  
deste amoroso jardín.

Y lisonjero a su gloria,  
haré que el Jardín de Vargas  
para eternidades largas  
deje a los hombres memorias.

D. JUAN. Marirramos, ¿me has de ver?

MARIRRAM. Si veré; si no me olvida.

PELORO. Bien a fe, ¿ya andas erguida?

MARIRRAM. ¿Que siempre habéis de tener  
malicias! Venid al horno  
a echar fuego.

PELORO. Plegue a Dios  
no se encienda alguno en vos,  
que os cueste triunfo en retorno.

(Vanse.)



## JORNADA SEGUNDA

*(Dicen dentro:)*

- 1 ¡Por el monte sube; ataja,  
que el jabalí va herido!  
Ya en lo espeso se ha metido.
- 2 ¡Seguilde, que al valle baja!  
Perdido le han los lebreles:  
¡él costará alguna vida!
- 3 No hay mata que el corte impida  
a sus colmillos crueles.
- 4 A la arboleda camina,  
adonde está el Rey sentado.

*(Sale JACINTA, de cazadora, cubierto el rostro, con ballesta y cuchillo de monte.)*

JACINTA. Desvelando mi cuidado  
a cazadora me inclina  
la soledad enfadosa.  
Tumulto de gente siento  
que baja con ardimiento  
de resolución furiosa,  
y un venerable sujeto  
de su caballo distante,  
saca la espada arrogante  
para algún violento efeto.  
Contra un jabalí acomete  
que, airado, se va acercando.  
El Rey es. ¿Qué estoy dudando?  
Ya le embiste y acomete.  
¡Quién pudiera con un tiro  
de mi fortuna guiado  
valerle! Pero el cuidado  
del torpe miedo retiro.

*(Sale el REY, vase previniendo.)*

REY. Llega, ensangrentado bruto,  
que sangre de Rey ardiente,  
aunque cansada, es valiente,  
por celestial atributo.

Otro Favila he de ser,  
con más suerte acreditado.  
No llega, que le han tirado  
una saeta. Mujer  
parece. ¡Suerte dichosa,  
en que echó fortuna el resto!  
Por penacho se le ha puesto  
en la frente rigurosa.—

Llegad, hermosa Diana,  
que daros mil gracias puedo.

JACINTA. Valiente me hizo el miedo.

REY. ¡Diestro brazo, dicha ufana

gobierna vuestras acciones!  
No sé cómo agradecer  
al cielo que os dió el poder  
y a vos, con satisfacciones  
que puedan acreditar  
tan venturosa osadía.

JACINTA. Gran señor, suerte fué mía,  
y si la queréis premiar,  
sólo os suplico no deis  
lugar a que vuestra gente  
me descubra.

REY. Sois prudente.  
¿Qué estado y nombre tenéis?

JACINTA. Mi nombre es Lisarda, dueña  
de una quinta que este monte  
encubre en corto horizonte,  
abrigo de una alta peña.

Estoy tan diestra en la caza,  
a que la ocasión me obliga,  
que ni el temor me fatiga  
ni el hábito me embaraza.

Suelo llevar de conejos  
tan cercada la pretina,  
que manteo la imagina  
quien la mira desde lejos.

Opuesta siempre al calor,  
en contorno de dos leguas  
me piden los corzos treguas,  
los jabalíes favor.

La caza, que al viento **excede**,  
me pide por señas vanas  
que la busque por semanas,  
porque alguna casta quede.

JACINTA. Si os he acertado a servir,  
quién sois me habéis de decir.  
REY. Un Regidor de Toledo.

JACINTA. ¡Honrado cargo tenéis!

REY. Esta sortija tomad  
en cambio de la amistad  
que, liberal, me ofrecéis.

Que los astros cuidadosos  
influyen para amistades  
abismos de eternidades,  
que se alimentan gloriosos.

Pero el rostro os quiero ver,  
que pienso que os he hablado  
otra vez.

JACINTA. Es excusado,  
que en otro tiempo ha de ser  
que sea más justo. Yo estimo  
la sortija por señal  
del objeto principal

con que a serviros me animo.

Mas en un pleito que tengo  
me habéis de favorecer.

REY. Veréis quién es mi poder.

JACINTA. Pues advertid que os prevengo  
que teniendo por padrino  
en Toledo un Regidor,  
acredito mi favor.

REY. Y es muy seguro camino.  
Mi gente llega, apartaos.—

(Sale el PRÍNCIPE.)

Tente, Príncipe, no digas  
quién soy.

PRÍNCIPE. Con temor me obligas.

JACINTA. Furioso amor, reportaos,

(Aparte.)

aunque os preciáis de obstinado.

PRÍNCIPE. ¿Llegó el fiero jabalí  
donde estabas?

REY. Vesle allí,  
tendido en el verde prado.

PRÍNCIPE. Matar tengo los lebreles,  
y en sus torpes cazadores  
satisfacer mis rigores.

REY. Más vale que te desvelas,  
sin decir tu nombre, en dar  
colmos de agradecimiento  
a esa dama, cuyo aliento  
fuera más razón premiar.

Sin descubrirla, que yo  
esta palabra le he dado;  
y pues mi gente ha llegado  
y ella a librarme acudió,  
a su quinta la acompaña,  
que está muy cerca de aquí,  
y vendrás luego.

PRÍNCIPE. Sea así.—

¿Una mujer, ¡cosa extraña!,  
mostró tan grande osadía?

REY. Sabe quién es, que le quedo  
muy obligado.— En Toledo  
nos veremos algún día.

Adiós, dama: el regidor  
don Juan de Paz es mi nombre.

(Vase.)

JACINTA. Al mundo tu fama asombre.—  
La voz suspende el temor.

PRÍNCIPE. Dama de cielo vestida,  
cazadora de los cielos,

pues le imitáis en los velos  
y en dar a los hombres vida:

¿qué Adonis por estos prados  
os desveló cazador?

Que si os dió la aljaba amor,

¿quién no os dará sus cuidados?

En esa basa que obstanta  
tan airosa compostura,  
la misma causa asegura  
que al mismo cielo sustenta.

La mano os vi, quedé ufano  
de ver que a su nube asida  
trae la llave de la vida,  
que abre y cierra vuestra mano.

Pues si se sabe por ella  
el discurso del vivir,  
fácil podré colegir  
que sois celestial estrella.

Fuera de que el resplandor  
se precipita a lo eterno.

JACINTA. ¡No pensé que era tan tierno  
un hijo de un Regidor!

Estimadme con cordura,  
pues tan sola os entretengo,  
que no soy fruta ni vengo  
a pedirlos la postura.

PRÍNCIPE. Seréislo del paraíso.

JACINTA. Si plantas en él están  
no tenéis nombre de Adán,  
pues le tenéis de narciso.

Cuando vaya a pleitear  
me podéis hablar mejor,  
que a sombra de un regidor  
cualquiera se puede honrar.

PRÍNCIPE. Vuestra heldad soberana  
pudiera hacérsela al sol,  
y servirle de arrebol  
al prevenir la mañana,  
cuya gracia y gallardía  
en competencia costosa  
ganara la luz hermosa  
para prestársela al día.

Yo os he visto; mas no sé  
en qué parte o qué lugar.

JACINTA. ¿Cómo se puede acordar  
tu crueldad, tu falsa fe,  
tu ingrata correspondencia,  
tu desleal osadía,

tu mal fundada porfía  
tu bien temida violencia?

¿Tienesme por otra dama  
y tan tierno me enamoras?

¡Ah, Príncipe, si las horas  
que el alba me halla en la cama  
sin haber dado el tributo  
que a la noche se le debe,  
y lo que tú llamas nieve  
en sombras de eterno luto,  
¿cómo no hicieras desdén  
a mi suerte prodigiosa?

PRÍNCIPE. Yo dije que eras hermosa,  
mas no que te quería bien.

JACINTA. ¿Si quiera no te acordaste  
de decir que parecía,  
pues tienes el alma mía  
al dueño que la usurpaste?

¿No te dió el aire, el aliento,  
el hablar, el responder,  
de que pudiera yo ser,  
siquiera en el pensamiento?

¿Tan descuidado te pinta  
tu amor, que aun no pudo ser  
decir: Alma, esta mujer,  
algo parece a Jacinta?

¿Tan fuera estabas de ti  
que el corazón no advirtió  
que quien bien te pareció  
pudo parecerse a mí?

¿En tan poco fundamento  
enfrió el amor tus despojos,  
que lo que te dió en los ojos  
no te llegó al pensamiento?

¡Ah, Príncipe, bien lloraba  
anunciando tus crueldades,  
que amor con desigualdades  
cuando se empieza se acaba!

Bien claro a entender me diste,  
cuando esperé tu favor,  
que no conoces mi amor,  
pues que no me conociste.

Más querer que entienda así,  
que el que olvida en sus acciones  
sus propias obligaciones  
mal se acordará de mí.

PRÍNCIPE. Jacinta, si tu hermosura...

JACINTA. No he de escucharte; ya sé  
que no ha de acertar tu fe  
la casa de mi ventura.

Yo obligué a tu padre; yo  
pondré límite a tu enredo:  
si tu amor me puso miedo,  
tu desprecio me animó.

Don Juan de Zúñiga es,  
si no igual a tu grandeza,

más digno de mi firmeza,  
discreto, galán, cortés,  
gallardo, airoso y valiente.  
Con cuidado le he mirado,  
porque tu padre obligado,  
para mi esposo...

PRÍNCIPE.

Detente,

que en tus furiosos desvelos  
a mil venganzas me obligo,  
pues con mi mayor amigo  
quieres aumentar mis celos.

¿Yo puedo decir amores  
a quien no te pareciera?  
Antes no decirlos fuera  
hacer delitos mayores.

Que como me parecía  
tu talle al que imaginaba,  
como en él mi gloria estaba  
el alma me suspendía.

Y el que no goza y pretende  
con amoroso recato,  
no porque adore el retrato  
el original ofende.

¿No ves que las almas tienen  
ínfusa divinidad,  
y que siempre a su igualdad  
los accidentes previenen?

¿Tengo el alma libre yo  
para pasear desvelos?  
Quien en ti causó los celos  
a ti misma te adoró.

Si los tienes de tu talle,  
mal culparás a mi amor,  
que decirte a ti un favor  
no fué para desprecialle.

Mas si tan presto me das  
celos porque te he querido,  
muy cerca estoy de tu olvido  
cuando yo te adoro más.

JACINTA. ¡Muy bien has hecho la cuenta!

PRÍNCIPE. En mi amor nunca la yerro.

JACINTA. Y de mi injusto destierro,  
¿quién me pagará la afrenta?

Cuando la Corte juzgaba,  
ausente yo y ofendida,  
y que guardase tu vida  
al mismo cielo rogaba,

¿te sales a entretener  
cercado de cazadores,  
y autorizas con favores  
quien no sabes si es mujer?

Finalmente, yo he hallado



muy poca firmeza en ti,  
que eres águila en quien vi  
el vuelo más levantado.

Déjame, que con dejarme  
y no hablarte más ni verte,  
o acabaré de quererte  
o acabarás de matarme.

PRÍNCIPE. ¿Puede haber amor más firme  
si muero?—Pero ¿qué ruido  
es éste? Gente ha salido  
del aldea a recebirme.

(Salen Músicos y gente.)

MÚSICO. “Una bella cazadora  
que envidia daba a los cielos,  
almas cazaba, cazando  
por los montes de Toledo.  
Ballesta lleva en el hombro,  
tahalí bordado al cuello,  
cuchillo de monte al lado,  
que amor labró sus aceros.”

OTRO. ¿Qué dices, zagal, qué dices?

MÚSICO. Que viene sin venda amor:  
si caza Jacinta en los campos,  
huyan las almas y escóndase el sol.

PRÍNCIPE. Muy buena píctima al alma  
le dan para mis desvelos.

(Sale DON JUAN, el CONDE, PELORO y MARIRRAMOS.)

D. JUAN. Guarden tu vida los cielos.

PELORO. A daros, ¡pardiez!, la palma  
de cazadora gentil  
venimos toda el aldea.

MARIRRAM. Tan bien el campo hermosea,  
que pienso que llega abril.

CONDE. Príncipe y señor, ¿aquí  
Vuestra Alteza?

JACINTA. Labradores,  
del colmo destos favores  
queda reservado en mí  
el noble agradecimiento.

PRÍNCIPE. Ya en mí la muerte ha cifrado  
vuestro apacible cuidado,  
vuestro agradable tormento.  
¿Habla Jacinta algún día  
de mí?

D. JUAN. ¿Eso te entristece?  
desde el punto que amanece  
hasta que se acaba el día.

PRÍNCIPE. Mucho tenemos que hablar.

JACINTA. No pase de aquí tu Alteza,  
que aguarda el Rey.

PRÍNCIPE. ¡Qué extrañeza!  
Cielos, ¿que la he de dejar  
sin satisfacer su antojo?

(A parte.)

Fuerza será, por su hermano.  
PELORO. Aunque el ánimo está llano,  
si es que no lo ha por enojo,  
mi burra puede llevar,  
que vuela como un halcón,  
y en la puerta del Cambrón  
se puede luego apear,  
que yo volveré la burra.

JACINTA. Cerca le espera un caballo  
con su gente.

PELORO. Mas matallo,  
pues si aquí se enfada, escurra.

CONDE. ¿Estás, Peloro, sin seso?

PRÍNCIPE. Buen gusto el villano tiene;  
dejalde.

PELORO. ¿Cómo a pie viene?

MARIRRAM. ¡Que es el Príncipe!

PELORO. Si es eso.

MARIRRAM. Pídele a Su Majestad  
perdón.

PELORO. Estoy muy deprisa.

MARIRRAM. Ya al alma le causa risa  
de don Juan la voluntad.

Y como con esta erguida  
le veo siempre hablando,  
amor me está pellizcando.

JACINTA. ¡Ay, don Juan, que estoy perdida  
por decirle!...

CONDE. Vuestra Alteza,  
si nuestra humildad le agrada,  
tendrá una humilde posada  
que, aunque humilde a su grandeza,  
se desvelará en servir  
con mil aumentos de amor  
a su Príncipe y señor.  
Y a no quererla admitir,  
para que le acompañemos  
nos dé licencia.

PRÍNCIPE. Don Juan  
y mis criados vendrán.

MARIRRAM. ¡Buen desayuno tenemos,  
ahora que hablarle quiero!

PRÍNCIPE. Algún día os vendré a ver  
que os pueda satisfacer.

CONDE. Siempre, gran señor, espero  
que mi nombre agrado os dé  
para serviros.

PRÍNCIPE. Adiós.  
 JACINTA. El mismo vaya con vos.  
 PRÍNCIPE. ¡Don Juan, muerto voy! ¿Qué haré?  
 CONDE. Jacinta, si a caza sales,  
 caza con menos rigores,  
 y si cazares amores,  
 cázalos con tus iguales.  
 JACINTA. Acaso me salió al paso.  
 CONDE. Jacinta, el paso de amor  
 es mirar por el honor,  
 pues siempre se picrde acaso.

(*Vanse todos; quédanse DON JUAN y MARIRRAMOS.*)

MARIRRAM. Oye, ¿trujo los listones  
 y los zarcillos de plata?  
 D. JUAN. Sí truje, aunque eres ingrata.  
 ¿No oirás cuatro razones  
 esta noche?  
 MARIRRAM. Sí haré,  
 como no me haga mal.  
 D. JUAN. ¿Dónde?  
 MARIRRAM. Por como el corral.  
 D. JUAN. Pues al punto volveré.  
 Y advierte que con mentir  
 dos veces me has engañado.  
 MARIRRAM. ¿Pues soy yo pero mondado,  
 que luego me ha de engullir?  
 D. JUAN. Tú conocerás mi honor.  
 MARIRRAM. ¿Sabe cuándo he de aguardallo?  
 Al punto que cante el gallo.  
 D. JUAN. Seré un abismo de amor.  
 Adiós, que me aguardan.  
 MARIRRAM. Vete.  
 Cumpliré lo prometido,  
 pero si es descomedido  
 llevará puro cachete.

(*Vanse.*)

(*Sale el REY, DON NUÑO, DOÑA ELVIRA y gente.*)

REY. Don Nuño, ¿habéis prevenido  
 con el cazador mayor  
 lo que mandé?  
 D. NUÑO. Sí, señor,  
 de todo queda advertido.  
 REY. Doña Elvira, guárdeos Dios.  
 Llegad, que mi pensamiento  
 me desvela en vuestro aumento.  
 Pero, para entre los dos,  
 ¿es demasiado el cuidado  
 con que al Príncipe desvela  
 doña Jacinta?  
 ELVIRA. En la escuela

de la lealtad me he criado;  
 negar que la galantea  
 fuera engaño conocido,  
 pero no tan divertido  
 que ofensa en su daño sea  
 con deslumbrado accidente.  
 REY. Créolo, y en su opinión  
 sabe que fué mi intención  
 desterrarla.

ELVIRA. Eres prudente,  
 no lo debe de saber,  
 como no hay causa bastante.  
 ¿Y el Conde?  
 ELVIRA. El Conde ignorante  
 está de su padecer.  
 REY. Yo le premiaré de modo  
 que vea que desobligo  
 la presunción del castigo,  
 y a Elvira del mismo modo.  
 ELVIRA. Tus pies beso.  
 REY. Yo os daré  
 a vuestra igualdad esposo,  
 que se acredite dichoso  
 al premio de vuestra fe.

(*Sale el PRÍNCIPE.*)

PRÍNCIPE. Mucho, señor, he tardado;  
 perdón te pido.  
 REY. Está bien.—  
 Retiraos, Elvira.  
 ELVIRA. Bien  
 mi lealtad he acreditado.

(*Vase.*)

REY. ¿Quién era aquella mujer?  
 PRÍNCIPE. Señor, una labradora,  
 gallarda por cazadora,  
 y aunque de buen parecer,  
 algo humilde, pues quedó  
 de agrado y de gusto llena,  
 con dos vueltas de cadena  
 y cien escudos.  
 REY. ¿Contó  
 lo que le había sucedido  
 por mi causa?  
 PRÍNCIPE. No, señor.  
 REY. Humilde y tanto valór  
 no es bien ponerla en olvido.  
 Al fin, Príncipe, yo quiero  
 daros de mi gusto parte,  
 que aunque puedo dar consejos,  
 de vos quiero aconsejarme.

No extrañéis mi prevención,  
 sino advertid que la sangre  
 de los Reyes generosos  
 en venas del cielo nace;  
 y así sus obligaciones  
 han de ser al cielo iguales,  
 que a lo justo han de medirse  
 y a lo lícito ajustarse.  
 Yo estoy del Conde de Orgaz  
 tan obligado a sus partes,  
 que satisfago en desvelos,  
 si desvelos satisfacen.  
 Su opinada obstinación  
 quisiera agora premiarle  
 con darle a su hermana esposo  
 que en calidad le aventaje;  
 que yo después me prefiero  
 con mercedes aumentarles,  
 por su calidad al Conde  
 y a ella por sus bellas partes.  
 Don Juan de Zúñiga es hombre  
 en quien se alientan señales  
 de discreción y cordura,  
 que el ser noble dejó aparte.  
 Dice el vulgo que os divierte  
 Jacinta —puede engañarse—,  
 y que malográis el tiempo  
 en livianas mocedades.  
 Pues para satisfacer,  
 que es lo que los cuerdos hacen,  
 con valor, con advertencia,  
 de Príncipe tan constante,  
 vós en persona habéis de ir  
 al Conde, a Vargas, y darle  
 de tan agradables nuevas  
 la embajada de mi parte.  
 Con esto haréis que opiniones  
 atrevidas no os infamen,  
 y a mí me dais ocasión  
 que en vuestro amor me regale.  
 Y aunqu de Alejandro son  
 comunes ejemplos, parte  
 de enfado, de sus grandezas  
 aprended autoridades.  
 Y advertid, vuelvo a deciros,  
 que advirtáis que a no imitarle  
 haréis que mi indignación  
 vuestro desvelo acobarde.  
 A punto estáis de ser rey,  
 los reyes grandezas hacen,  
 las grandezas hacen triunfos,  
 los triunfos eternidades.

Gozad de nombre tan justo,  
 que a los que le satisfacen,  
 por elección de los cielos  
 los llama el mundo deidades.  
 Los fines con los principios  
 en vuestra memoria iguales,  
 consultad, veréis si es justo  
 reducirse o despeñarse.  
 Esto mi amor os requiere,  
 pero si llego a enojarme,  
 llegará veloz mi furia;  
 y vuestra disculpa tarde.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿Hay resolución más fuerte?  
 bajo entre oscuros celajes  
 con más fuerza sacudido  
 el rayo precipitante?  
 Escupió pólvora y fuego  
 fiera culebrina al aire,  
 cuyo atrevido bostezo  
 retumban montes y valles.  
 ¿Bajó desatado arroyo  
 de las cumbres vigilantes,  
 por el enojo del tiempo  
 a desbaratar cristales  
 que verdes selvas guarnecen  
 con más furia? ¿Vióse nave  
 arrojada de los vientos  
 en hombros del fiero embate  
 con más riguroso enojo,  
 con más peregrino ultraje  
 que el que mi padre ejercita?  
 Amor, que triunfos ganaste:  
 ¿tú eres Dios, tú rayos vibras?  
 Las vanas historias callen.  
 Lesbia, Semíramis, Fedra,  
 Elena, Lucrecia, Paris,  
 o mienten todas, o yo  
 no he sabido ser amante.  
 Ea, que amor hace cortes,  
 si asisto en sus tribunales  
 hallaré que allana montes  
 y rompe dificultades.  
 Buena razón es decir  
 que un rey tema el ser amante,  
 aunque un ángel lo permita  
 y un dios, que es amor, lo mande.  
 Jacinta hermosa, yo voy,  
 que son temidos fiscales  
 de amor tus ojos, y temo,  
 si tardo, que han de matarme.  
 (*Vase, y sale MARIRRAMOS.*)



MARIRRAM. La voz del gallo he sentido  
y la de don Juan no siento,  
que me escarba el pensamiento,  
que me susurra el oído.

Zampada estaba en la cama,  
pero díome un mordiscón  
no sé qué en el corazón  
que dicen que amor se llama.

Y cuando sentí roncar  
a mi padre, me escorrí;  
si me siente por aquí  
diré que empiezo a amasar.

Ya me bulle en el magín  
de su presencia el aviso.  
Voto a San... que le diviso.

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN. Muerto el andaluz rocín  
dejo en el prado: volando  
estas dos leguas pasó.

MARIRRAM. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan.

MARIRRAM. ¿Que llegó?

D. JUAN. Mi buena dicha dudando  
que había de hallar, María,  
aquí el premio del amor.

MARIRRAM. ¡Ay si despierta, señor!

D. JUAN. ¿Puedo entrar allá?

MARIRRAM. Querría  
que lo mirásemos bien,  
que me puede costar caro.

D. JUAN. ¿Duerme tu padre?

MARIRRAM. Eso es raro.

D. JUAN. ¿Y los criados?

MARIRRAM. También.  
Dome a Dios si no he de her  
un hecho que sea sonado.—  
Oiga, tras de aquel tejado  
un caramillo ha de haber  
por donde pueda saltar  
para entrar en mi aposento,  
y tenga en las tejas tiento,  
porque las puede quebrar.

Que si sale alborotado  
mi padre y abre la puerta,  
puede contarme por muerta.

D. JUAN. Yo iré con mucho cuidado,  
que el amor me hace advertido  
de prevenidos recatos.

MARIRRAM. Si se quita los zapatos,  
colará con menos ruido.

D. JUAN. Yo voy.

MARIRRAM. Allí hay escalera  
por donde puede bajar.  
Oye, no me ha de enojar.

D. JUN. ¡Calla, necia!

(Vase.)

MARIRRAM. Ya quisiera  
salir desta confusión.  
¿Si me querrá pecilgar?  
¿Mas quién se podrá excusar  
de tanta persecución  
de amor, que es ladrón de casa,  
que si empieza a recortir,  
no deja hablar ni dormir  
hasta que su engaño pasa?  
Ya le siento en el tejado;  
Dios ponga tiento en sus pies.  
Muchas tejas quiebra; él es  
para albañil muy pesado.

(Dentro ALBERTO RAMOS.)

ALBERTO. ¡Ah, María!

MARIRRAM. ¡Yo soy muerta!

ALBERTO. ¡María!

MARIRRAM. ¿Que ha despertado!

ALBERTO. ¿Quién anda en ese tejado?

MARIRRAM. Estoy cerrando la puerta.

ALBERTO. ¡Responde, pesc a mi agüelo!  
¿Vióse descuido mayor?

MARIRRAM. Calle y duerma sin temor,  
que es la gata que anda en celo.

ALBERTO. ¡Qué gata! ¡Reniego della,  
que es mucho el ruido que suena!

MARIRRAM. Hame llevado la cena  
y corrió el gato tras ella.

ALBERTO. María, vente a acostar.

MARIRRAM. ¡No me esté sacrificando!  
¿no ve que estoy recentrando,  
que es hora ya de amasar?

ALBERTO. ¡Válgate el diablo, por gata!  
Jamás tal sueño he tenido.

MARIRRAM. ¡El se quedara dormido!  
Una lámpara de plata  
a Santa Getulia quiero,  
si se duerme, prometer.  
¡Oh, qué miedo ha de tener  
desta vez el caballero!

Ahora bien; quiero animalle,  
mi padre duerme a sabor.  
Si estos lances tiene amor,  
Bercebú puede esperalle.

(Vase, sale el PRÍNCIPE y DON NUÑO.)

D. NUÑO. Mucho temo, gran señor,

que tu padre ha de ofenderse  
de que autorices desvelos  
que a tu calidad se atreven.  
La soledad de la noche  
muchos peligros ofrece,  
por dar pesadumbres al sol,  
por la envidia que le tiene.  
Claridad en los sucesos  
el mismo nombre parece  
que a buen acuerdo los guía.

PRÍNCIPE. Don Nuño, con responderte  
que busco la claridad,  
que busco que el alba alegre  
me anuncie otro sol más claro  
y otro más divino oriente,  
¿te satisfago? ¡Oh, qué locos,  
qué necios, qué impertinentes  
son los que si corre amor  
veloces parejas quieren  
que en medio del curso pare  
y que el gusto atrás se quede,  
para que fiestas del alma  
en funesto fin se truequen!  
Si pasa furioso el aire,  
¿quién bastará a detenerle?  
¿Quién la cometa arrojada  
su veloz curso detiene?  
¿Para el caudaloso río  
en medio de su corriente?  
¿Para el riguroso fuego  
hasta que a su espera llegue?  
Pues si amor nació con alas,  
¿quién bastará a suspenderle  
en la carrera del gusto  
hasta que a alcanzarle llegue?  
Don Nuño, el mejor consejo  
para quien amando muere,  
es ayudarle en los males  
y celebrarle en los bienes.  
En Vargas estamos, y esta  
es la casa, dulce albergue  
de la risa del aurora,  
en cristales transparentes.  
¿Don Juan no me prometió  
de esperarme? ¿Cómo duerme  
descuidado de mi amor?  
Celosa furia, detente.  
Bueno, mis celos llegaron;  
a muy lindo tiempo vienen.  
¡Oh, amor, qué fieros combates  
en mi memoria revuelves!  
Mi padre para casarle

con Jacinta le previene;  
Jacinta me dijo airada  
(¡alto, echada está la suerte!)  
que era espejo de galanes,  
que era ejemplo de cortesés.  
¡Oh, qué de bienes me dijo  
estando don Juan ausente!  
Dirá Jacinta: don Juan,  
¿el Príncipe qué pretende,  
si no ha de ser mi marido?  
¿Fueron de amor justas leyes  
un destierro de la Corte,  
con que mi opinión suspende?  
Tú mi calidad igualas,  
¿pues qué mucho haré en quererte?  
Esto dice la razón  
con mil labios, que el que tiene  
comunicadas las almas  
bien sabrá el fin que pretenden.  
Esta noche —¿quién lo duda?—,  
en la mesa, qué de veces  
los ojos —¡pesia a los ojos,  
que el mal por los ojos viene!—  
se habrán hablado, que amor  
no ha menester más billete  
si en el papel de la vista  
sabe escribir lo que quiere.  
Pues levantadas las mesas  
hablaránse tiernamente,  
que el común trato de amor  
es el más diestro alcagüete.  
Pues cuando se levantara  
para entrar en su retrete,  
¿no le tomaría una mano?  
¡Necio fuera en no atreverse!  
Pues si la mano y los ojos  
con novedad se divierte,  
para llegar a las dichas  
pocas jornadas se pierden.  
Bueno, las puertas cerradas.  
Celos, ¿qué queréis que intente?  
¿Que yo la olvide? ¡Oh, qué mal  
celos y olvido se entienden!  
Daré voces.—¡Ah, Jacinta!  
D. NUÑO. Señor, repórtate. ¿Quieres  
que nos halle aquí su hermano?  
PRÍNCIPE. ¡Hálleme, máteme, llegue!  
¿Quieres que haga su hermano  
lo que mi padre no puede,  
ni yo, ni el mundo? ¡Mal sabes  
con el furor que acometen  
los celos a un desdichado!

Ahora bien; quiero atreverme  
 (que celos son ocasión  
 de olvido en pechos valientes)  
 a no contemplar sus partes,  
 a castigar sus desdenes,  
 a desvelar mi firmeza—  
 y a no hablarla eternamente.  
 Ven acá, siéntate aquí,  
 y un grande gusto has de hacerme:  
 que no nombres a Jacinta  
 si alentar mis glorias quieres,  
 aunque yo te dé ocasión.

D. NUÑO. Antes sabré agradecerte,  
 pues te constituyes sabio,  
 si discreto te diviertes.

PRÍNCIPE. ¡Oh, cómo tienes razón!,  
 que damas Toledo tiene  
 con que pueda divertirme.

D. NUÑO. ¿Búrlaste?

PRÍNCIPE. ¡Qué bien me entiendes!

D. NUÑO. Doña Juana es muy hermosa,  
 y en doña Sol resplandece  
 su mismo nombre en palacio,  
 que rayos del sol suspende.

PRÍNCIPE. ¡Oh, qué bella es doña Sol!

D. NUÑO. Y doña Sancha excelente:  
 canta, danza, parla y viste  
 con gallardía; ésta puede  
 dar celos a la hermosura.

PRÍNCIPE. ¿Y si al lado se pusiese...

D. NUÑO. ¿De quién?

PRÍNCIPE. Al lado de...

D. NUÑO. ¿Qué lado?

PRÍNCIPE. De otras mujeres.

D. NUÑO. ¡Oh, qué perdido que estabas!

PRÍNCIPE. ¿El divertirse es perderse?  
 ¿Cuánto habrá que jugué cañas  
 en Zocodover?

D. NUÑO. Dos meses.

PRÍNCIPE. ¿Qué damas viste, don Nuño,  
 en el balcón de los Reyes?

D. NUÑO. Las que he dicho.

PRÍNCIPE. ¿Y no había más?

D. NUÑO. Doña Aldonza de Meneses,  
 doña Clara y doña Justa.

PRÍNCIPE. ¡Qué poca memoria tienes!

D. NUÑO. Y doña Elvira también.

PRÍNCIPE. ¿No viste más?

D. NUÑO. No me aprietes,  
 que nombraré...

PRÍNCIPE. No la nombres,  
 don Nuño; mas no me niegues

que si estrellas parecían,  
 era el sol cuando amanece  
 doña Jacinta.

D. NUÑO. Perdiste.

PRÍNCIPE. ¡Nombréla!

D. NUÑO. Ven a ponerte  
 a caballo, que es muy tarde.

PRÍNCIPE. Vamos, don Nuño. Si abriese  
 la ventana, ¿no sería  
 gran ventura?

D. NUÑO. Mayor suerte  
 sería no aguardar que el alba  
 con sus rayos nos afrente.  
 Vamos.

PRÍNCIPE. ¿No he de despedirme?  
 Que nunca son descorteses,  
 aunque se enojen, los nobles.

D. NUÑO. ¿De quién?

PRÍNCIPE. De quien me aborrece.—  
 Perdona, Jacinta hermosa,  
 que ya no quiero ofenderte,  
 y vive amor de olvidarte  
 al paso que me aborreces.

(*Vanse, y sale DON JUAN.*)

D. JUAN. No me he visto más perdido  
 en mi vida. ¿Desta suerte  
 es el amor del aldea:  
 matarse un hombre y hacerse  
 escalador de tejados,  
 saltando ajenas paredes?  
 ¡Válgate Dios por María,  
 qué disimuladamente  
 a su amor le dió lugar!  
 Digo que a cuantas mujeres  
 las viere más compungidas,  
 con ojos en tierra siempre,  
 que no creeré en sus melindres  
 ni temeré sus desdenes.

\* (*Sale el PRÍNCIPE y DON NUÑO.*)

D. NUÑO. Señor, que se acerca el día.  
 ¿Otra vez al sitio vuelves?

PRÍNCIPE. ¿Heme de ir sin que don Juan...?  
 Pero escucha, que aquí hay gente.

D. JUAN. ¿Quién va allá?

PRÍNCIPE. ¿Quién es?

D. JUAN. Don Juan.

PRÍNCIPE. El Príncipe viene a verte.

D. JUAN. Príncipe y señor, tu nombre  
 con celebrados laureles  
 le dé envidia la fortuna,



ciñendo tu heroica frente.  
 ¿Cómo tan tarde has venido,  
 que aquí Jacinta, por verte,  
 el alba fué destos prados  
 y la ría destas fuentes?  
 Qué de suspiros le cuestas,  
 secreto con que divierte  
 de su deslumbrado hermano  
 temerosos accidentes.

PRÍNCIPE. Ese cuidado y aviso,  
 don Juan, muy bien me parece;  
 pero escuchad, y advertid  
 que no habéis de responderme.  
 Yo estoy celoso de vos,  
 con razones evidentes:  
 Jacinta, que el cielo guarde  
 para que os estime siémpre,  
 me dijo enojada un día  
 que en tus ojos resplandece  
 de vuestro nombre el agrado,  
 de vuestro talle la suerte.  
 Que os miraba con cuidado,  
 y esto del cuidado tiene  
 un secreto reservado,  
 que sólo el amor le entiende.  
 Díomele a mí con su enojo,  
 que mujer que celos tiene  
 siempre el más estrecho amigo  
 para vengarse apetece.  
 Esto acreditó mi padre:  
 ¿quién duda que aviso fuese  
 de Jacinta con decirme  
 en casaros me desvele?  
 Y que para acreditarme  
 de obstinados pareceres,  
 yo mismo, don Juan, yo mismo  
 al Conde se lo dijese.  
 Yo no se lo he de decir,  
 que no es razón que concuerden  
 mi desprecio y su venganza,  
 porque lo que bien se quiere  
 con dificultad se olvida;  
 y aunque Jacinta me ofende,  
 yo he de ser rey, y no es justo  
 que la sirva con desdenes.  
 Un título os da de Conde  
 mi padre, y es bien que os premie,  
 que quien mereció a Jacinta  
 mayores glorias merece.  
 Mas rogalde de mi parte...  
 Mal digo, que mandar puede  
 quien es dueño de su gusto

que más de mí no se acuerde.  
 Que no me nombre en su vida,  
 y que aunque a su casa llegue,  
 ni me mire ni responda,  
 y que sus lealtades mienten.  
 Que son falsas sus razones,  
 mudables sus pareceres,  
 divertidas sus firmezas  
 y sus glorias aparentes.

D. JUAN. ¿Pues yo, señor?

PRÍNCIPE. No me habléis.

D. JUAN. Señor...

PRÍNCIPE. Quedaos.

D. JUAN. ¡Desta suerte  
 acreditan las lealtades  
 los palacios de los reyes!

### JORNADA TERCERA

(Salen DON JUAN y MARIRRAMOS.)

D. JUAN. Cuidadoso estoy, María,  
 de tu tristeza.

MARIRRAM. Verá,  
 si más de seis meses ha  
 que su voluntad y la mía  
 están a un igual modelo,  
 en algo había de parar.

D. JUAN. Por excusar el enfado  
 del Príncipe, retirado  
 en este humilde lugar,  
 tu agrado me ha divertido.  
 No te quiero mal, que amor  
 no reserva el superior  
 para que ponga en olvido  
 lo agradable a su memoria.

MARIRRAM. Ya, si olvidarme queréis,  
 yo pienso que no podréis.  
 Cuando empezasteis la historia  
 desde malaventurado  
 amor, os quise escuchar  
 soldemente para hablar.  
 ¡Fuego, y cómo habéis habrado!

Por el tejado una vez  
 grosera os mostré el camino,  
 mas tuvisteis tan buen tino,  
 que ya han colado de diez.

Malograda sea la gata  
 que ni una teja dejó  
 sin quebrar.

D. JUAN. Si te obligó

mi afición, ¿no fuera ingrata  
correspondencia el no verte?

MARIRRAM. Sí; pero hay un no sé qué  
que me obliga. El diablo fué  
que...

D. JUAN. Bien puedes atreverte.

MARIRRAM. Mire, so tan vergonzosa,  
que si escucharme le agrada,  
me he de poner colorada.

D. JUAN. Parecerás más hermosa.

MARIRRAM. ¡Oh, quién supiera escribir,  
para dárselo en dibujo!  
Algún demonio le trujo.  
Mas, ¿qué importa resortir  
si ya está hecho? Sabrá  
que el refajo y los corpiños...  
¡Mire qué buenos aliños!

Ni el jubón me alcanza ya,  
la basquiña no me viene,  
el pantuflo se me ve,  
y yo ni alcanzo ni sé  
desto quién la culpa tiene.

D. JUAN. ¡Fuego en ella, mejor sabe  
que está preñada que yo!

MARIRRAM. Un físico me encargó,  
muy presumido y muy grave,  
que nunca estando en la cama  
me levabase a beber,  
que el bazo solía crecer.  
Y si esto bazo se llama,  
muy bien sé cómo se quita,  
y estaré más consolada.

D. JUAN. Lo cierto es que estás preñada,  
y así mi amor resucita.

MARIRRAM. ¡Ay, Jesús, que me ha afrentado!  
¡Mi honestidad se acabó!  
¿Preñada? ¿Quién tal mentó?  
¿Cómo se sana el preñado?

D. JUAN. Pariendo.—¡Fuego de Dios,  
en quien tal puede creer!

MARIRRAM. ¿Sabe qué habemos de hacer?

D. JUAN. ¿Qué?

MARIRRAM. Parirlo entre los dos.

D. JUAN. A lo menos el remedio  
yo lo sé.

MARIRRAM. Si es de casar,  
el novio se ha de enojar  
si hay tolondrón de por medio.

D. JUAN. Yo te pondré en un convento,  
y haré que en Toledo estés  
antes que a tu padre des  
que sospechar.

MARIRRAM. No me siento  
con buena disposición  
para ser monja.

D. JUAN. El secreto  
te dará dichoso efeto,  
que con esto tu opinión  
la dejaré acreditada,  
que con buen dote, María,  
tiempo habrá que llegue el día  
que a tu gusto estés casada.

Yo haré que el Conde te envíe  
a Orgaz con algún achaque.

MARIRRAM. Que de mi padre se aplaque  
el enojo desconfíe.

(Vase.)

D. JUAN. Todo se ha de remediar.

(Sale JACINTA.)

JACINTA. Don Juan, ya estaréis cansado  
de contemplar mi cuidado.

D. JUAN. Más lo estoy de no acertar,  
como deseo, a serviros,  
que quien enojos pasados  
del Príncipe acreditados  
olvidó por divertiros,  
a cualquier lance dispuesto  
reduce su prevención.

JACINTA. Celos no admiten razón.

D. JUAN. Ese desengaño ha puesto  
más aumento a mi cuidado,  
que para desengañarle  
fué forzoso asegurarle  
de mi lealtad obligado.

Díjome un estrecho amigo:

“Don Juan, no os desvanzcáis,  
pues servís y no obligáis.”

Mas yo le respondo, y digo:

Quien satisface enojado  
mal sabe satisfacer,  
pues da su enojo a entender  
que o fué necio, o fué culpado.

Con nobles demostraciones  
del tiempo calificadas  
se ostentan acreditadas  
mal nacidas opiniones.

Que no es amistad fundada  
ni calidad animosa  
la que para sospechosa  
se constituye enojada.

Seis meses de desengaño.  
Yo sé que al Príncipe obligan.

JACINTA. Sí, don Juan, mas no mitigan la oposición para el daño.

Y así advertencias prevengo para poderle olvidar, pero no puedo acertar cómo en el alma le tengo.

Animada a obedecerle con miedos de asegurarle, deseo mucho olvidarle, mas no acierto a aborrecerle.

Que cuando en causas fundadas el alma quiere asistir, halla amor para salir todas las puertas cerradas.

La enfermedad y el amor si al principio no se impiden, no dan lugar que se olviden.

(Sale María.)

MARIRRAM. Oye, aquí viene un señor en una caballería que parece un alcotán, y en lo erguido y lo galán al Príncipe parecía.

D. JUAN. Salgámosle a recibir.

JACINTA. ¡Ay, don Juan, que de mi hermano, temo el rigor inhumano!

D. JUAN. ¿Por qué? ¿No puedes salir a montería? ¿Qué importa?

JACINTA. Sí, don Juan; pero al culpado siempre da el temor cuidado.

(Sale el Príncipe.)

PRÍNCIPE. Con ser la jornada corta un siglo me ha parecido. ¡Qué colérico es amor!

D. JUAN. Vuestra Alteza, gran señor, sea mil veces bien venido.

PRÍNCIPE. Don Juan, qué de obligaciones en mi memoria consigo de tan verdadero amigo.

D. JUAN. En muchas, señor, me pones con vivir desengañado de tus pasados desvelos.

PRÍNCIPE. Es gran cosa fingir celos sin causa quien los ha dado.

D. JUAN. No quiere quien no los tiene.

JACINTA. No estriba en su confianza quien oprime su esperanza con ellos.

D. JUAN. Tu hermano viene.

(Sale el Conde.)

CONDE. Príncipe y señor, tu nombre se constituya en los tiempos con acreditados triunfos, que llame la fama eternos.

PRÍNCIPE. Conde, mucho me obligáis.

CONDE. Con la obligación que tengo no cumplo bien, aunque ánimo la esperanza a los descos. Digo al fin, Príncipe invicto, de toda España lucero, oposición de los astros y de la grandeza espejo, que yo, con injusto nombre, con acelerado acuerdo, con información injusta, con mal nacidos respetos, salí de la Corte honrado, que un rey, aunque sea severo, jamás quita con pasiones a la justicia el derecho. La causa nadie la sabe como yo, pero obedezco remisas ostinaciones, que sólo al alma revelo. Tu padre, que en dicha ufano imite la edad de Néstor, aquí me mandó venir, aquí le sirvo contento, que las lealtades, señor, no se acrisolan viviendo en favorecidas glorias, sino en injustos desprecios. Para echarme de la Corte tomó como afable objeto que le plantase un jardín, que hay delitos jardineros. Este, aunque no está acabado, a Su Majestad ofrezco, que sus esmaltadas flores y sus empinados cedros tanta belleza acrediten y se autoricen tan bellos, que en lisonjeras guirnaldas causen envidia a los cielos. Que obstinadas opiniones en que mi lealtad han puesto consultaré cuidadoso al desengaño supremo. Desto quien está culpado no soy yo, pero a lo menos



he de animar como noble  
la calidad que profeso.  
Dice el Rey, todos lo saben,  
a nadie pienso que ofendo,  
que Vuestra Alteza a Jacinta  
solicita con desvelos.

Amor, para disculparse  
leyes tiene, no lo niego;  
mas no por eso al agravio  
restituye el sentimiento.

Mas como los reyes nacen  
con superior privilegio,  
son las venganzas traiciones,  
como se ven mil ejemplos.

Huyendo, pues, deste nombre  
alcancé un dichoso medio  
para dar a mi Rey gusto  
y quedar yo satisfecho.

Jacinta (con todos hablo)  
no es mi hermana, ni merezco  
tener de sus bellas partes  
tan dichoso parentesco.  
Esta es la misma verdad,  
y con ésta misma advierto  
que en calidad me aventaja,  
como se dirá a su tiempo.  
No de mi amparo la olvido  
ni de mi lado la dejo,  
pero a lo menos limito  
de mi agravio el sentimiento.  
Vuestra Alteza me perdone  
si le he enfadado, advirtiéndole  
que aunque acredito mi honor  
estoy a tus pies sujeto.

PRÍNCIPE. Villano, por disculparte  
buscas tan injustos medios,  
que con nubes de tu engaño  
escureces los luceros  
que al alba le dan envidia  
con engaños lisonjeros,  
para que asuntos del sol  
desperdicien los reflejos.

¡Vive Dios que he de matarte,  
por vano, por falso y necio!

D. JUAN. Señor, detente.—Idos, Conde.

CONDE. Yo te he guardado respeto.

D. JUAN. Idos, Conde.

JACINTA. ¡Señor mío!

PRÍNCIPE. ¡Mataréle, vive el cielo!

CONDE. Verás en tu desengaño  
que te sirvo y no te ofendo.

(Vase.)

PRÍNCIPE. ¿No me dejaréis matarle?

JACINTA. Señor mío, si merezco  
que, suspendiendo tu enojo,  
moderes tu sentimiento,  
vuelve a mirarme los ojos,  
que como airado te veo,  
no siento perder mi hermano,  
sino que tu agrado pierdo.  
Vuelve la daga, señor,  
a su lugar, que te temo,  
y no me he de levantar  
si no te obligo primero  
a que suspendas tu enojo.

(Sale el REY y DON NUÑO.)

D. NUÑO. Aquí ha de estar.

REY. Ya le veo.

PRÍNCIPE. Ya en celebrada alegría,  
Jacinta, mi enojo vuelvo.

REY. Bien entretenido está.

D. JUAN. Señor, tu padre.

PRÍNCIPE. ¿Tan presto  
al abismo de pesares  
las alas bate el contento?

REY. Príncipe, con justa causa  
al campo he salido a veros  
de que sepáis divertiros,  
con mucha razón me alegro.  
¿Por qué no hacéis lo que pide  
Jacinta? No seáis grosero,  
que a vuestros pies una dama,  
tan hermosa y tanto tiempo,  
o os pide cosas injustas,  
o os falta el conocimiento.

PRÍNCIPE. Señor, estaba enojado  
con su hermano.

REY. Yo lo creo.

PRÍNCIPE. Porque en lo que me mandaste,  
que dos veces le he propuesto,  
ha hecho contradicción  
muy enojado, diciendo  
que Jacinta no es su hermana.

REY. Vos seréis culpado en eso.—  
Jacinta, ¿qué decís vos?

JACINTA. Que viendo su sentimiento  
yo le estaba reportando.

REY. Tengo al Conde por discreto  
y al Príncipe. Idos, Jacinta,  
y no os ofendáis, que luego  
os iré a ver.

JACINTA. Yo, señor,  
con mil almas te obedezco.

(Vase.)

REY. Don Juan, llegad. ¿No me habláis?  
Mucho vuestra ausencia siento,  
que en mi memoria asistís.

D. JUAN. Mis pocos merecimientos  
me disculpan, gran señor.

REY. Oís, don Nuño: ¿vinieron  
los soldados de la guarda  
que mandé?

D. NUÑO. Y viene con ellos  
el Capitán.

REY. Retiraos.—  
Príncipe, ya mis consejos  
para poder obligaros  
todas sus fuerzas perdieron.  
Ya el vulgo no os culpa a vos;  
a mí me culpa, diciendo  
que los yerros que intentáis  
los dora el amor que os tengo.  
No son desvelos injustos,  
que como sois mi heredero,  
como padre disimulo  
con vos; como juez no puedo.  
Es muy grande mocedad  
querer bien, yo lo confieso,  
a no ser Rey; mas los reyes  
son padres de los ejemplos.

PRÍNCIPE Cuando yo...

REY. No me habléis; ya  
no hay disculpa de provecho;  
pero quiero que veáis,  
Príncipe, el amor que os tengo,  
pues autorizo el castigo  
y divierto el sentimiento.—  
Don Juan, mirad ese papel  
y haced lo que mando luego:  
pena de traidor.

PRÍNCIPE. Señor,  
si mandas llevarme preso  
manda que un título venga,  
y no un pobre caballero  
a ejercer tu voluntad.

REY. Esto mando.

(Vase.)

D. JUAN. Yo obedezco.

PRÍNCIPE. ¿Que se vaya desta suerte,  
sin escucharme? ¿Yo soy  
su hijo? ¿Yo nombre doy  
de padre a quien me da muerte?  
¿La ejecución asegura  
con tan poca autoridad?  
¿Suspende mi voluntad

y acredita mi locura!

¿Mal haya mi sentimiento,  
poco ha sido, necio soy!  
¿Yo he querido bien? ¿Yo doy  
miedo al alma, furia al viento?

Vive amor, Jacinta hermosa,  
y vives tú, que es mi ciclo,  
a cuya belleza apelo  
como a deidad luminosa,  
de no apartar mi memoria  
ni torcer mi voluntad  
hasta tocar la deidad  
de los triunfos de tu gloria.

D. JUAN. Ya yo he leído el papel.

PRÍNCIPE. Muestra.—¿Qué bravo rigor!

D. JUAN. En mi tristeza, señor,  
verás lo que dice en él.

PRÍNCIPE.

“Don Juan de Zúñiga, conde de Fuentes y  
capitán de mi guarda.”

Bueno, Vuestra Señoría  
lo goce con mucho aumento.

D. JUAN. Excusar tu sentimiento  
fuera mayor gallardía.

PRÍNCIPE.

“Llevaréis al Príncipe mi hijo a mi fuerza  
de Consuegra, donde asistiréis con cien hom-  
bres de guarda. Vaya como preso, que importa  
así satisfacer a mis vasallos.—Yo, el Rey.”

D. JUAN. ¿Por qué estilo he de atreverme  
a pedir, gran señor,  
la espada, si en tal rigor  
animarme es ofenderme?  
¿Qué industria puede valerme?  
¿Qué prevención más costosa?  
Pues si traición rigurosa  
me constituye el Poder,  
¿qué mayor traición que hacer  
nuestra amistad sospechosa?

El título que me ha dado  
de Conde, sin duda ha sido  
para que ponga en olvido  
de nuestro enojo el enfado:  
injustamente animado  
de tales mercedes vivo,  
pues que cuando las recibo  
si me animo en tal pesar  
como el que va a rescatar  
para quedarse cautivo.

PRÍNCIPE. Conde, capitán y amigo,  
bien podéis determinaros:

si es premio el aconsejaros,  
con el que puedo os obligo.  
Yo soy juez, reo y testigo,  
y vista la información  
conozco en vuestra intención  
que es de más seguridad  
el romper una amistad  
que intentar una traición.

Hoy me quiero aventajar  
a la merced que os ha hecho  
mi padre, pues yo sospecho  
el premio que os quiere dar.  
La espada habéis de tomar,  
porque en lealtad animada,  
rendida y acreditada  
del valor que corresponde,  
menos fué el haceros Conde  
que el rendiros yo la espada.

Vamos, Conde valeroso,  
que mi prisión acredito,  
pues al gusto me remito  
de un hombre tan venturoso:  
que quien con nombre de esposo  
de Jacinta se acredita,  
rinda y prenda, pues imita  
al más supremo poder,  
que rendir puede y prender  
quien rayos al sol le quita.

D. JUAN. Señor, corrido y turbado  
en vuestra presencia estoy;  
nada he sido, pues no soy  
de vuestro valor premiado.

PRÍNCIPE. Vos, Conde, estáis disculpado.  
Venid, pues sois el crisol  
de su encendido arrebol,  
con oposición distinta;  
casaréis vos con Jacinta  
y daréis envidia al sol.

(*Vanse. Sale MARIRRAMOS y PELORO.*)

MARIRRAM. ¡Para la mi santiguada  
que me la habéis de pagar!

PELORO. ¿No puede un hombre habrar?

MARIRRAM. ¿Vos sois hombre? ¡Más nonada!  
¿Requiebro me decís vos,  
siendo yo tan recogida?  
Con alguna relamida,  
que de un parejo los dos  
seáis, os entenderéis.

¡Que os quitaré las melenas.

PELORO. Ea, que otras hay tan buenas.

MARIRRAM. ¡Malos años y mal mes!

Alberto Ramos se llama  
mi padre, y Mari Muñoz  
mi madre...

PELORO. Baja la voz.

MARIRRAM. Y en toda Vargas hay fama  
de la caloña en que estamos  
y el solar que descendemos.

PELORO. ¿Quién es, que no lo sabemos?

MARIRRAM. ¿Quién? El Domingo de Ramos.

PELORO. No he visto yo letanía  
en que tal santo estuviese.

MARIRRAM. Pues en verdad, que aunque os pese  
que cae cada año en su día,  
y que es el más señalado,  
pues que tres abades son  
los que cantan el sermón.

PELORO. No os hagáis, que es grande enfado,  
mojigatas, que os dan  
nombre de boba estos días,  
y sabéis más raterías  
que la culebra de Adán.

¿Un requiebro os da cuidado  
para mostraros cruel?

Guardad, no quiebre con él  
las tejas de algún tejado.

MARIRRAM. ¡Ay, que me pierde el respeto!  
Santa Gata, mi abogada,  
de vos me ha de hacer vengada.

PELORO. Y cómo, yo os lo prometo:  
muy cabizbaja, y después,  
cuando a solas ve la suya,  
chilindrón con aleluya.

(*Sale ALBERTO RAMOS.*)

ALBERTO. ¿Bueno es, Peloro, que estés  
con el trigo en los costales  
aquí parado?

MARIRRAM. ¡Es gracioso:  
conjúrase ya mi esposo!

ALBERTO. Como fuérades iguales,  
Peloro es hombre de bien,  
aunque pobre labrador.

PELORO. ¡Ved si suspende el rigor!  
¡Que mal bofetón le den  
de tigre, que tal sería  
que amaneciese preñada  
a lo santo remilgada  
y fuese la culpa mía.

ALBERTO. Veté, Peloro, que es tarde,  
y tengo un poco que hablar.

PELORO. Adiós.—Aquí he de escuchar  
lo que dicen.



ALBERTO.

El te guarde.—

Hija María, ya es tiempo de darte a tu gusto estado, pues el dote lo asegura que para tu aumento guardo. Pero traigo un no sé qué, si no visto, imaginado, si bien que alguna sospecha olvido por tu recato. Pero en habiendo, María, desta gente de Palacio conversación de lisonjas y de presentes agrados, el honor no está seguro, y como nos ocupamos los hombres en la labor, viviendo en silvestres campos, faltamos de la asistencia, y así el honor, reservado a voluntades ajenas, trae con el peligro el daño. Tu rostro, que era una rosa, pálido le miro, y tanto, que lo que luz parecía parece oscuro nublado. Los ojos tienes hundidos, y advirtiendo y contemplando el vestido y la persona, te desconozco y extraño. Si al campo vas, sin aliento moderas los tristes pasos, y cualquiera acción diviertes con impertinente enfado. Puede ser enfermedad; pero entre los ojos traigo que andar las basquiñas cortas y descompuesto el refajo, que es pesada enfermedad.

PELORO. Pregúnteselo al tejado, que no tiene teja sana.

MARIRRAM. Señor, cuando me levanto por las mañanas, confieso que del cántaro o del jarro tales golpes de agua bebo que pueden hacerme daño.

PELORO. ¡Y cómo, fuego de Dios!

MARIRRAM. También...

ALBERTO. Mas, ¿qué comes, barro?

MARIRRAM. Si, señor padre, confieso, que no pensé confesarlo.

ALBERTO. ¡Mire si lo dije yo!

Mira, es sutil el diablo.

Pudiera ser que Peloro (que es notable hechizo el trato) te hubiera desvanecido, y si es así no me espanto, que mozo he sido también. Di la verdad, pues estamos a tiempo, que habrá remedio de encubrirlo y de casaros, sin dar que decir al pueblo.

MARIRRAM. Señor, Peloro es muy falso, y algunas veces...

ALBERTO.

¡Qué bueno!

Nunca yo vivo engañado.—

¿Qué te ha dicho?—¡Ah, manse-  
[dumbre,  
cómo eres capa de engaños!—  
¿Qué te ha dicho?

(Sale PELORO.)

PELORO.

¡Que la lleven

más de cuatrocientos diablos!  
¡Ay tal embuste—! Señor, todo lo he estado escuchando, porque desta enfermedad tengo conocido el daño.

ALBERTO.

¡Y cómo que le tenéis!

PELORO.

Ella vive con cuidado de no darte pesadumbre, y cuando durmiendo estamos, esta gata, que es demonio, tiene el barrio alborotado. Pues ella, porque sosiegues con apacible descanso, mete la gata en la cama, y los pelos de los gatos dicen que dan lamparones; pues como la quiere tanto, sin duda la enfermedad ha crecido al mismo paso.

ALBERTO.

Esos dan en la garganta.

PELORO.

Dices bien; pero fué tanto lo que se aumentó el amor, que se ha pasado a otro barrio la enfermedad. Esto es cierto, y tu disgusto excusado, que sólo tiene la culpa la gata de Marirramos.

ALBERTO.

Peloro, embustes son tuyos.

PELORO.

Pues haga una cosa: vamos a Francia, que la santigüen, y si no viere en pasando nueve meses que está sana,

quiero que me dé mil palos.  
Pregúntele a todo el pueblo,  
si piensa que yo le engaño.

MARIRRAM. Quien no os conoce que os compre.

ALBERTO. Yo pondré remedio. Vamos.

PELORO. Hágalo, que yo le digo  
que el remedio está en la mano.

(Vanse. Sale el REY, el CONDE, DON NUÑO,  
y ELVIRA.)

REY.

De vos, Conde obligado,  
pues de tantos servicios animado  
vuestro nombre acredito,  
divierto el gusto y el pesar limito.  
El campo licencioso  
da gusto al alma, a la quietud reposo.  
¿Vuestra hermana no viene?

CONDE.

En el jardín a solas se entretiene.

ELVIRA.

Bien sabe Vuestra Alteza  
que el nombre y fama de su gran belleza,  
del Conde ejercitado,  
alienta los deseos al cuidado.

REY.

Doña Elvira, a eso vengo;  
gusto de verle tengo.

ELVIRA.

El Conde es tan discreto,  
que a su elección dará dichoso efeto.

REY.

¿Ya, Conde, habrési sabido,  
cómo a don Juan de Zúñiga (advertido  
de calidad tan justa)  
le hice Conde de Fuentes?

CONDE.

Quien se ajusta  
a tu insigne clemencia,  
por méritos le sobra la experiencia.

REY.

Dél me sirvo obligado,  
y su cordura alienta mi cuidado,  
animando a su intento  
justa elección de un noble casamiento;  
y en la Corte no veo  
quien pueda consultarle mi deseo

como Jacinta hermosa.  
¿No lo estimaréis vos?

CONDE.

Fuera dichosa  
suerte, de gloria ufana,  
mas ya he dicho, señor, que no es mi hermana.

DON NUÑO.

¿Hay tal desabrimiento?  
O el Conde es necio, o su rigor violento.

REY.

Conde, si mi cordura  
en vuestra libertad os asegura,  
moderad la violencia,  
reduciendo el enfado a la prudencia.

CONDE.

Sólo tu agrado advierto.  
Ven al jardín, adonde verás cierto  
y en él acreditada  
la verdad de su suerte asegurada.

ELVIRA.

¡Extrañas confusiones!

REY.

Ni entiendo tu jardín ni tus razones.

(Cantan dentro.)

DENTRO. Deténgase el sol si quiere  
lograr sus dorados rizos,  
que rayo a rayo le esperan  
de otros más bellos los giros.  
Torre de auroras se alienta,  
deidad de luz se ha vestido  
Jacinta, diosa del valle,  
de amor general hechizo.  
Su abismo de resplandor,  
tan claros como encendidos,  
almas les daba a las plantas  
y a las flores regocijos.  
Furia tienen sus rayos, su vista fue-  
su gracia viva, [go,  
pues Jacinta a la aurora hurtó la risa.

(Corren una cortina grande y descúbrese un frontis-  
picio lleno de flores y frutas, limones y naran-  
jas, si los hubiere, a manera de jardín, y un dosel  
de hierba en medio con muchas flores, y debaxo  
del, que estará en la mitad, dos sillas, en la mano  
derecha JACINTA, y a la otra el PRÍNCIPE, senta-  
dos, y dadas las manos, y a los lados, tantos de  
una parte como de otra, todos los que puedan.  
y DON JUAN y ALBERTO RAMOS, MARÍA y PELORO,  
arimados que parecerán figuras de hierba, y de la

*manera que estén cuando se corra la cortina, se  
estarán hasta que hable el CONDE, y si pudieren  
tengan todos guirnalda.*

CONDE. Aquí he cifrado, señor,  
con estudioso artificio,  
el jardín que me mandaste,  
tan hermoso como rico.  
Estas Ninfas y estos Fauncs  
que enlazan hermosos mirtos,  
les dió perfección la mano  
del que plantó el Paraíso.  
Y aunque aquí hay fruta vedada  
que al néctar pone en olvido,  
jamás ha habido serpiente  
que le aliente al apetito.

REY. ¿Qué es esto, Conde, qué es esto?  
¿No es el Príncipe mi hijo  
éste que está aquí sentado?  
Y la que a su lado miro,  
¿no es Jacinta?

CONDE. Sí, señor.

REY. ¿Y éste no es don Juan?

CONDE. El mismo.

REY. Pues don Juan, ¿esta traición  
se hace a un Rey? ¿Habrás oído  
tal suceso?

D. JUAN. Yo, señor,  
con mucha lealtad te sirvo.

REY. ¿El Príncipe no iba preso?

D. JUAN. Señor, salíome al camino  
una cazadora, y dióme  
en este curioso anillo  
tu sello y armas: por él  
que tú me mandabas dijo  
que se volviese al momento.

REY. ¿Y adónde está?

JACINTA. Rey invicto,  
la cazadora soy yo.

REY. Esa obligación confirmo,  
dándoos diferente premio;  
mas no limito el castigo  
de estar del Príncipe al lado  
con la libertad que he visto.

JACINTA. Es mi esposo.

REY. ¿Cómo esposo?

CONDE. Otra vez, señor, te he dicho  
que Jacinta no es mi hermana.  
Mientras fué mi padre vivo  
me lo encubrió, y en su muerte  
estas razones me dijo:  
"Sabrás, Pedro, que Jacinta,  
que por tu hermana has tenido,

no es tu hermana, que de Alfonso,  
rey de Portugal invicto,  
es hija, y como los Reyes  
de Portugal han tenido,  
sobre herederos dudosos,  
inconvenientes prolijos,  
siendo heredera del reino  
lígítima, a gran peligro  
su vida inocente estuvo,  
para que heredase un hijo.  
Indeterminado el Rey,  
confuso, triste, afligido,  
a mí, que con embajada  
del de Castilla le asisto,  
me dijo a solas un día,  
no como Rey, como amigo,  
su tristeza y su cuidado;  
yo entonces, agradecido  
a tanto favor, al Rey  
la tierna Infanta le pido  
para tenerla en mi casa;  
y él, lloroso y compasivo,  
huyendo el lance cruel,  
con lágrimas, con suspiros,  
su propia hija me entrega.  
De sus brazos la recibo,  
a mi casa la traslado  
y por tu hermana la crío.  
Esta es la verdad, don Pedro"  
(mi padre entonces me dijo),  
y dejándome confuso,  
pasó deste a mejor siglo.  
Verdad te digo, señor.

PRÍNCIPE. Pues si a mí me daba avisos  
de su igualdad y su sangre,  
el alma con que he vivido  
bien merece perdón.

REY. De Jacinta los servicios  
y obligaciones que tengo,  
mi enojo han puesto en olvido.

D. JUAN. Señor, si he errado perdona.

REY. Para vuestra esposa elijo  
a doña Elvira.

ELVIRA. Tus pies  
beso, señor, que has medido  
mi gusto con mi deseo.

D. JUAN. Yo puedo decir lo mismo.

REY. Conde sois y capitán  
de mi guarda, yo confirmo  
las mercedes que os he hecho.

CONDE. Como de tu mano han sido.

REY. Al Conde también le doy



a Fonseca y a Burguillos,  
por famoso jardinero.

MARIRRAM. Y a María, que ha servido  
de planta en él, ¿no la casa,  
para fin de regocijo?

CONDE. Es hija de Alberto Ramos,  
mi casero.

REY. ¡Honesto brío!

ALBERTO. Su Majestad no la olvide.—  
pasá acá vos.

PELORO. Mas, ¿que vino  
por mi mal a casa el Rey?

ALBERTO. Este mancebo ha vivido  
seis años con gran cuidado  
asistiendo a mi servicio,  
y en verdad que es noble el mozo.

PELORO. Dios se lo pague.

ALBERTO. Hame dicho  
mi hija que la palabra  
le dió de ser su marido.  
Son mozos, no digo más.

REY. Pues qué, ¿no quiere cumplirlo?

MARIRRAM. Señor, no; y me ha requebrado  
cuando vamos al molino.

PELORO. ¡Plega a Dios si tal he hecho,  
que no pase del domingo!

REY. Cásese o cuélguenle luego.

PELORO. Cualquiera cosa es lo mismo.  
Echen por donde quisieren,

como haya menos peligro.

D. JUAN. Yo os daré dos mil ducados  
de dote, que he recibido  
amistad de Alberto Ramos.

CONDE. Y yo a su padre lo mismo,  
por muchas obligaciones.

MARIRRAM. ¿Y cuándo lo ha merecido  
todo junto su linaje?

PELORO. Alto, yo me determino,  
aunque un marido sin ojos  
para ser queso de Pinto  
dicen que es bueno.

MARIRRAM. Y también  
para rallado.

PELORO. Replico  
que si no sana del bazo  
habrá divorcio.

MARIRRAM. ¡Oh, qué lindo!  
¿No sabe mi honestidad?

PELORO. Digo que la he conocido.  
Buenos son dos mil ducados,  
yo no me meto en ruidos  
ni en averiguar cuestiones,  
tomo el dinero y no miro.  
Y aquí *El Jardín de Vargas*,  
si mala comedia ha sido,  
pide perdón de sus yerros;  
yo de los míos le pido.

# JORGE TOLEDANO

## COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA A

JUAN PABLO BONET,

BARLESERVANT DE SU MAJESTAD Y SECRETARIO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR CONDESTABLE DE CASTILLA

Al libro de V. m. *Arte de hacer hablar los mudos*, escribi algunos versos, que van en su principio sirviendo de cortina al tesoro de la cosa más ingeniosa, sutil y inaudita que vieron los siglos pasados, verán los por venir, y tendrán los presentes. Sucédele lo que a los grandes oradores, que por no entendidos les faltan los oyentes, materia tan peregrina, claro está que requería tales entendimientos; los doctos le han dado la debida veneración, y ningún ignorante lo ha sido tanto, que como a persona grave, que sin saber quién es se le hace reverencia, no le haya mirado con humildad y deseo de entenderle. Admiraba la antigüedad la enigma de la Esfinge, de quien hace memoria Silio Itálico, y pinta Claudiano de aquellas tres formas: *Sphinx volucris pennis, pedibus fera, fronte puella*. Y resolvíase toda su dificultad en que era el animal hombre, que obligándola a despeñarse de los altos montes de Tebas, acertó Edipo, como el poeta Homero, a morirle. por lo contrario, no habiendo acertado aquel problema de los pescadores; ¿pues qué hicieran ahora los sabios de aquella edad, si les propusiera por enigma, que había un arte de hacer hablar los mudos? Ni Edipo la entendiera, ni su autor se despeñara; aunque quien llegó hasta los rayos del sol pudiera temerlo, bien que con más seguras plumas que las que le pintó Fausto Sabeo en su *Algalmata Ovidiana*:

*Filiito (ingeminans) medio tutissimus, atae  
Ne urantur flammis,*

pues parece que en el mismo sol intrépido V. m. fijó la suya. Aquí viniera bien haber hurtado Prometeo la llama a los Dioses, pues no es menos que vida restituir a un mudo la lengua, intérprete del alma, por quien dijo bien Claudiano: *Ethaereis miscens terrena Prometheus*.

Pues a quien tan nueva, tan alta, tan peregrinamente halló y escribió, no un arte, sino un milagro, que puede ofrecer mi rudeza en señal de amor y reconocimiento de verdadera amistad? Sola esta memoria responde, el humilde caudal mío; y que lleve esta comedia de las antiguas mías, por disculpa,

que por ser de cosas del Africa, donde V. m. sirvió a su Majestad con tanto cuidado y peligro, no será fuera de su gusto leerla, ni de su obligación el ampararla. Parte es historia, y de lo verisímil lo que constituye al Poeta, hacia el *Jorge Toledano*, aquel insigne representante de Toledo Solano, a quien en la figura del galán, por la blandura, talle y aseo de su persona nadie ha igualado. Roma nos dejó la memoria de sus famosos histriones, no parezca exceso a la modestia y circunspección de muchos alabar estos hombres, pues no los vió semejantes, cuando más su República florecía. Dios guarde a V. m. como deseo y su ingenio y letras merecen.

Su Capellán y aficionado servidor,  
LOPE DE VEGA CARPIO.

### FIGURAS DE LA COMEDIA

|           |                  |
|-----------|------------------|
| ARGÁN.    | CELIMA.          |
| ARAFE.    | EL REY DE ARGEL. |
| SERVIO.   | TOSIRO.          |
| RIBERIO.  | ISMAEL.          |
| ANTONIO.  | CELIMO.          |
| JORGE.    | MALAFÓ.          |
| SOLDADOS. | LEONOR.          |
| LAUDOMIA. | PALADIO.         |
| BELARDO.  |                  |

### Representóla Porras.

### ACTO PRIMERO

(Salen ARAFE, ARGÁN, CELIMO, ISMAEL, TOSIRO y MALAFÓ, moros.)

ARGÁN. Ya, señor, la tierra mides.  
ARAFE. Esto poco diferencio  
a las hazañas de Alcides.

ARGÁN. Entra.

ARAFE. Calla, que el silencio

es capa de los ardides.

ARGÁN. Torna a la playa la plancha,  
no quede estampa ni mancha  
del atrevimiento hecho.

ARAFE. En el lugar más estrecho  
el corazón se me ensancha.

TOSIRO. Volverás a las fragatas  
la barea en que hemos tomado  
tierra y puerto.

ARGÁN. ¿Deso tratas  
habiendo puerto cerrado  
en los peñascos y matas?  
Entre dos peñas la encaja.—  
Y tú, Celimo, trabaja  
que esté todo moro surto;  
y hablen bajo, porque el hurto  
se deleita en la voz baja.

CELIMO. Todos vienen avisados  
y saben que han de callar;  
diestros son y ejercitados,  
que es bueno para la mar  
estar bien acostumbrados.  
Que aquesto de la mareta  
extrañamente inquieta  
y nos dejarán aquí.

ARAFE. ¿Qué señas diste a Alí?

MALAFO. El eeo de una escopeta.

ARAFE. No temo al viento cruel,  
ni mudanzas del mar creo  
por más que luehen con él,  
y más en parte que veo  
las mismas luces de Argel.  
Que me parece que a brazos,  
sin tener por embarazos  
espada, alquicel ni ropa,  
pasase con viento en popa  
en la nave de mis brazos.

ARGÁN. Eso, Arafe, más sería  
por lo que dejas en él  
que de heroica valentía.

ARAFE. ¿Pues qué dejo yo en Argel?  
¿Es Argel la patria mía?  
¿No fuí primero cristiano,  
y no soy napolitano?  
¿Qué puede llevarme, Argán?

ARGÁN. Una cierta piedra imán,  
una eierta hermosa mano  
a sí te llama y te tira  
a su vista, así su amor  
de tu alma el norte mira.

CELIMO. No des ejemplo mayor:  
en oyéndole, suspira.

ARAFE. ¡Basta, que me habéis tratado  
como hombre de otra ley!  
¿Tan falso me habéis hallado  
que de la amiga del Rey  
he de estar enamorado?  
¿Yo a Celima? Yo en mi vida  
he dado ocasión que impida  
a mis lealtades el paso.

ISMAEL. ¡Por Alá, difícil caso  
y afición mal entendida!  
Si eres tú, Arafe, cristiano,  
ella también es cristiana,  
no es pensamiento tan vano

ARAFE. Por la luna soberana,  
que es mi adorado tirano.  
Confieso que bien la quiero  
y que al Rey se la he pedido  
por mujer; pero no espero  
de ser jamás socorrido  
del pensamiento que muero.  
Porque el Rey la quiere bien,  
y ella con tanto desdén  
paga, amigos, mi afición,  
que es amar sin galardón:  
¡mirad con quién y sin quién!  
Pero habemos concertado  
que si salgo con la presa  
que hoy los dos hemos tratado  
y llevo esta dama presa,  
cuya fama le han contado,  
me ha de dar en cambio della,  
¡ay, Dios!, a Celima bella,  
que es el Argel de mi fe (1).

TOSIRO. Arafe, dichosa fué  
para tanto bien tu estrella.  
En buen punto en este risco  
pusiste el pie si el moriseo  
que te avisa no te ha dado  
en este engaño dorado  
ponzoña de basilisco.

ARAFE. Yo sé que es hombre fiel  
y que es por fuerza cristiano;  
ya muere por ir a Argel;  
y es lo menos de su mano  
la fianza de un papel.  
Que un hermano tiene allá,  
que por rehenes me da  
desta empresa a que he venido.

ARGÁN. Hoy a Celima has vencido.—

(1) En la edición de 1622, dice "que es Angel de mi fe".



No es del Rey, que tuya es ya.

¡Por Alá que si este caso  
llega a efeto, que me paso  
el pecho con esta daga,  
porque es de mi alma paga  
y en vivo fuego me abraso!

¿Que el Rey promete a su dama  
en cambio de una mujcr  
que la conoce por fama,  
y que mi alma ha de ver  
en otros brazos quien ama?

Estorbarálo mi mano,  
medio moro y vil cristiano,  
a pesar de tu ventura.

ARAFE. ¿Qué dices?

ARGÁN. Que esta espesura  
eneubre este monte y llano.

No pasemos destas viñas,  
porque no hay mejor celada  
en todas estas campiñas.

ARAFE. Si la prendo, esta preciada  
espada te doy que eiñas.

ARGÁN. ¡Con ésa te mataré  
primero que el Rey te dé  
la eristiana y mora hermosa!  
Arráez.

ISMAEL. ¿Hay alguna cosa?

ARAFE. Gente.

ISMAEL. ¿Qué gente?

ARAFE. De a pie.

ISMAEL. Pues éste es el Capitán

y su gente, que ya van  
la vuelta de Castellón.

¿Son muchos?

ISMAEL. Tres hombres son.

ARAFE. ¿Dónde llegan?

ISMAEL. Cerea están.

(Escóndense y salen el CAPITÁN ANTONIO, PALADIO,  
SERVIO y LAUDOMIA, dama.)

ANTONIO. Vaya Servio por el eoche,  
Laudomia, si te pareee,  
que ya el día se eseureee  
y viene apriesa la noche,  
y por las peñas no pudo  
acerearse hasta la mar.

SERVIO. Aquí no puede llegar,  
ni aun adelante no dudo.

Menester es que te esfuerces  
aunque la arena te eanse.

LAUDOM. Como este freseo no amanse  
iré a pie sin que me esfuerces.

que antes lo tengo por gusto.

ANTONIO. Adonde pudiere llgue,  
que en peñas no se le niegue  
que se camina a disgusto.

En efeto le traerás  
donde llegamos ahora.

SERVIO. Vaya Paladio por Flora,  
que se queda muy atrás.

PALADIO. Quiero volver a buscalla,  
que queda lejos de aquí.

ANTONIO. Sin duda está por ahí.

PALADIO. Flora no está, pues que calla.

ANTONIO. No des voces; ve por ella.

PALADIO. Luego aquí con ella estoy.

SERVIO. Y yo por el eoche voy  
mientras que vienes con ella.

(Vanse SERVIO y PALADIO.)

ANTONIO. ¿Hate agradado la mar  
y su apacible ribera?

LAUDOM. Ninguna cosa pudiera  
mis ojos tanto alegrar.

A la música parece.

ANTONIO. Según eso alegre estás,  
si al alegre alegre más  
y al triste más le entristee.

LAUDOM. Pensarás que yo lo voy  
porque tratas de casarme;  
no en verdad, mas por hallarme  
en tu gracia, como estoy;

que aunque aquesse caballero  
es un honrado marido,  
ha días que le he tenido  
por marido verdadero.

ANTONIO. Decirte sus partes yo  
y ser el tercero en esto  
no se fíe a un padre honesto,  
y en duda digo que no.

Pero baste que te eases,  
como dices, a mi gusto.

LAUDOM. Con eso me viene al justo;  
no es bien que adelante pases.

ARAFE. ¡Ea, Capitán valiente,  
ríndete!

LAUDOM. ¡Ay, Dios! ¡Ay de mí!

ARAFE. ¡Seguilda!

ARGÁN. Déjame a mí.

ANTONIO. ¡Criados, soldados, gente!

ARAFE. Capitán, date a prisión,  
que euantos más llames más  
nuestra presa aumentará.

ANTONIO. ¿Sois más?

ARAFE. Ciento en esquadron.

Dejo en la mar diez fragatas  
de gente y armas lucidas.

ANTONIO. Si tuvieras cien mil vidas  
no las compraras baratas.

ARAFE. Ya conozco tu naci6n;  
mas si comienza a faltar  
gente en tierra, ha de quedar  
despoblado Castell6n,  
aunque yo entrarle pudiera,  
sabe que vienes aqu6  
vendido.

ANTONIO. Cr6olo ans6.—  
¡Ay de ti, si lo supiera!

ARAFE. Tu hija s6lo pretendo,  
que es el fin de mi intenci6n,  
que ni quiero a Castell6n  
ni sus murallas ofendo.

Mi Rey adora su fama  
y no ha visto su persona:  
suya ha de ser la corona  
de lo que hoy Argel se llama.

R6ndeme luego la espada  
si quiere salvar la vida.

ANTONIO. ¿Qu6 m6s vida que rendida  
a una espada tan honrada?

Bien s6, moros, que sois pocos  
para el 6nimo que veis,  
y s6 que all6 nos ten6is  
por valientes o por locos.

Pero ver que ha de morir  
presa mi hija y sin honra,  
lo tengo por m6s deshonra  
que no la espada rendir.

Que dondequiera que fuere  
vida quiero procurar,  
por podella aconsejar  
en lo que mal le estuviere.

Mal la espada me pedistes,  
y mi persona cercastes,  
que la espada me quitastes  
cuando mi hija prendistes.

All6, en fin, ten6is mi espada:  
6sta os doy por no perdella,  
que en no poder defendella  
la doy limpia y no manchada.

Sin sangre os la doy, en fin,  
porque la que all6 llev6is  
de otra sangre no ti6ais,  
aunque no la tiene ruin.

ARAFE. Ya tus l6grimas la ba6an.

ANTONIO. Las l6grimas de coraje

no hacen al honor ultraje,  
antes su fuerza acompa6an.

Como padre lloro aqu6,  
y porque al fin no pelco  
como padre.

ARAFE. Yo lo creo  
que t6 lo hicieras as6.

Camina a la mar ahora  
y de razones te deja.

ANTONIO. ¡Tarde el que mal se aconseja  
se arrepiente, y presto llora!—

Aguarda, traer6n mi hija.

ARAFE. Ya es ido por ella Arg6n.

ANTONIO. Pues donde mis ojos van  
no habr6 dolor que me aflija.

(*Vanse, y sale LAUDOMIA y ARG6N.*)

ARG6N. ¿Pues qu6érote yo matar?

LAUDOM. No huye de ti mi vida,  
sino la honra querida,  
que s6 que me has de quitar.

ARG6N. No corras m6s; est6 queda  
y aseg6rate de m6.

LAUDOM. Basta; yo f6o de ti  
lo que un justo temor pueda.

ARG6N. ¿Qu6 me dar6s si te llevo  
segura hasta Castell6n?

LAUDOM. No tiene comparaci6n:  
la vida y alma te debo.

Pero querr6sme enga6ar.

ARG6N. Eso no, que aunque soy moro  
soy noble.

LAUDOM. Esos pies adoro;  
a tus pies me quiero echar.

ARG6N. Si acaso por detenerme  
en ir, como voy, contigo  
viniese alg6n enemigo,  
digo cristiano, a ofenderme,  
mira que le has de decir  
que yo tu vida guard6.

LAUDOM. Que cres mi due6o dir6,  
y a qu6en t6ngo que servir.

Dir6 que tu vida es m6a,  
y que soy tu humilde esclava.

ARG6N. Mi alma tuya bastaba,  
aunque es menor cortes6a.

Y pues a la villa vamos  
contarte la causa quiero  
de haber yo sido el primero  
de los que aquesto intentamos;  
que aunque ent6nces fu6 inter6s,  
yo s6 que agora es piedad:

LAUDOM.

vence el amor y amistad.

ARGÁN.

¡Y pura nobleza es!

Tiene el Rey de Argel famoso,  
bella cristiana, que guarde  
el que tan bella te hizo,  
de peligros semejantes,  
una hermosa renegada,  
natural de los Algarbes,  
que agora llaman Celima  
y antes se llamó Violante.

Discreta por todo extremo,  
y al fin tan llena de partes  
que hasta hoy la vieron ojos  
cuya alma no lo pague.  
Esta quiere y a ésta adora  
este renegado Arafe,  
con tal pena que en el mundo  
yo sólo puedo imitarle.  
Pidióla al Rey por mujer,  
siendo del Rey alma y sangre,  
confiando en la privanza,  
que no hay cosa que no alcance.

Un valenciano cautivo,  
en estos medios o antes,  
contóle de tu hermosura,  
discreción, gracia y donaire.  
Fueron las palabras obras;  
la fama, vista bastante;  
la privación, apetito;  
el imposible, amor grande.  
Pidióle el Rey a este moro  
que esta empresa procurase,  
porque gozar pretendía  
a Laudomia por Violante.  
Un morisco le dió aviso,  
que hacéis un yerro notable  
en tener entre vosotros  
este maldito linaje.

Sabiendo, pues, que venías  
a la mar algunas tardes,  
de las fragatas salimos  
los moros más principales:  
Mahometo y Ismael,  
Celimo y aqueste Arráez  
y yo, que me llamo Argán:  
si soy noble ya lo sabes.  
Una barca entre dos peñas  
dejamos para que aguarde  
la presa que ya no llevan,  
aunque harta presa es tu padre.  
Yo, porque el Rey no le diese  
a Celima si llevase

la que agora va conmingo,  
fuí ligero en alcanzarte.  
Tu libertad procuré  
porque aquéste no se case  
con aquella hermosa fiera,  
con aquella fiera y ángel.  
Aqueste fué mi principio;  
mas ya quiere Amor que ablande  
mi nobleza y tu hermosura  
inconvinientes más grandes.  
Gente viene, gente suena:  
mira si es justo que guardes  
deste peligro mi vida  
o si es razón que me maten.

(Salen RIBERIO, PALADIO, SERVIO y JORGE.)

RIBERIO.

Cuando supe que había salido al campo  
quise, amigos, salir a recebille,  
aunque cansado del camino vengo.

PALADIO.

Si el Capitán supiera que venías  
él te hubiera ganado por la mano.  
Salió esta tarde con su bella hija  
orilla al mar a pasearse un poco.

RIBERIO.

¿Dónde ha quedado?

PALADIO.

Aquí junto a estas peñas  
mientras que fuimos acercar el coche  
y una doncella que ya en él dejamos.

JORGE.

¿Es moro aquéste?

PALADIO.

¡Ay, Cielo!, ¿no es Laudomia  
la que viene con él?

RIBERIO.

¡Extraño caso!—

Detente, moro.

LAUDOMIA.

Detén las manos,  
que obligados estáis a honrar las tuyas  
en sabiendo el suceso desdichado  
del Capitán, mi padre, que ya llevan,  
herido, preso o muerto, a Argel cosarios.

RIBERIO.

¿Cautivo el Capitán?



SERVIO.

¿De qué te admiras,  
si estaban en celada entre estas ramas?

LAUDOMIA.

Esta vida le debo a aqueste moro,  
que me dió libertad y me ha traído  
de la suerte que veis; y aunqu mi padre  
va preso y fuera justo acompañarle,  
siendo mujer estoy desobligada,  
por el peligro que en su honra pongo.

RIBERIO.

¡Triste suceso, y para mí más triste,  
que soy, señora, el que pensé esta noche  
no menos merecer que vuestra mano!  
Riberio soy, aquel que vuestro padre  
concertaba de daros por marido.  
A aqueste efeto, sólo por sus cartas,  
contento ayer salí de Barcelona,  
y por la posta vine a ver mi muerte.  
Pero vanas palabras me detienen,  
donde será mejor mostrar con obras  
la fe que debo a un verdadero amigo.  
En Flandes, en España y en Italia  
esta espada no más, aquésta sola,  
ha de comprar su vida por mi muerte.

ARGÁN.

No te aconsejo que a la empresa vayas,  
que es notorio el peligro en que te pones.  
Lo que podrás hacer será llevarme,  
diciendo que los tres me habéis vencido  
y me la habéis quitado de las manos.

RIBERIO.

El moro dice bien. Venid vosotros,  
que sabéis el camino de la playa,  
que Jorge quedará, pues de paz vamos,  
con Laudomia: aguardando, poco a poco,  
a Castellón se volverá.

SERVIO.

Camina.

LAUDOMIA.

Si no tardáis aquí quiero esperaros.

ARGÁN.

Alá quede con vos, señora mía.  
Tenedme en la memoria por si acaso  
volviero a veros otra vez.

LAUDOMIA.

El Cielo

te pague tanto bien, y porque puedas  
tenerme por mujer agradecida,  
llévate de camino esta cadena.

ARGÁN.

Por Alá que la tomo por ser vuestra,  
que no por interés.

RIBERIO.

¿No vienes?

ARGÁN.

Vamos.

(*Vanse, y queda JORGE y LAUDOMIA.*)

JORGE. No sé qué desdicha ha sido,  
Riberio, más peligrosa,  
la tuya en perder tu esposa  
o yo en haberme perdido.

A ti te queda esperanza  
y a mí deste bien ninguna,  
y así quiere mi fortuna  
más áspera la mudanza.

Tú te veniste a casar  
y yo me vine a perder,  
pero en ti queda el poder  
y en mí sólo el esperar.

Di, fiera imaginación:  
¿quién ha sido el basilisco  
que en medio de aqueste risco  
me ha robado el corazón?

Que ojos bellos, honestos (1),  
enseñados a matar,  
tal fuego pueden criar,  
tristes, humildes y honestos.

¿Qué hicieran con alegría  
ojos que matan llorando,  
pues tristes van abrasando  
los hielos del alma mía?

¿Qué boca divina es ésta  
donde lágrimas caían  
que vueltas cristal salían  
a dar al ciclo respuesta?

¿Qué milagro, qué testigo  
de lo que Dios puede obrar?

LAUDOM. ¿Has acabado de hablar  
y de hacer cuenta contigo?

JORGE. No es posible que yo acabe  
si a loaros comencé  
lo que en vos la tierra ve

(1) Así en los textos; pero quizá deba leerse  
aquí: "¿Qué ojos bellos modestos."

de lo más que el cielo sabe.

Dentro en Toledo nací,  
donde su Corte ha tenido  
la hermosura, y ha vivido  
sin poder salir de allí.

Donde ni en huerta ni en fiesta  
cosa he visto que os iguale.

LAUDOM. Bien de propósito sale,  
Jorge amigo, tu respuesta.  
¿Tiempo en que falta consuelo,  
es tiempo para burlar?

JORGE. En todo tiempo han de dar  
los hombres gracias al cielo.

Y este tiempo, esta ventura,  
a alaballa me obligó,  
pues es tiempo en que vi yo,  
señora, vuestra hermosura;

que quien ve lo que merece  
y alabanza no le da,  
al bien que mirando está  
ingratísimo parece.

LAUDOM. ¿Cuánto ha que de Italia vino  
tu señor?

JORGE. Jurara yo  
que nunca en Italia vió  
donaire más peregrino.

LAUDOM. No te pregunto yo eso,  
sino cuánto ha que estuvo  
en Italia.

JORGE. En cuanto anduve  
tuve libertad y seso.

Nunca, señora, me vi  
poder conmigo tan poco.

LAUDOM. ¡Este debe de ser loco!

JORGE. Loco soy, mas cuerdo fuí.

Ya por los ojos me han dado  
veneno que al alma toca  
y de estar el alma loca  
traigo el seso alborotado.

Vos lloráis padre perdido;  
yo lloro el alma, que es más.

LAUDOM. ¿Y dondequiera que estás  
tienes tan poco sentido?

¿No adviertes que estás hablando  
con un igual como yo?

JORGE. De vos la causa nació  
del daño que estoy llorando.

Con vos misma os enojad,  
que a no haber tan bella sido  
nunca yo fuera vencido.

Vos me distes libertad,  
libertad para decir

las partes que Dios os dió,  
y si alguna me quedó  
fué sólo para morir.

Pero no tengáis en poco,  
que para vuestro consuelo  
os envía ahora el Cielo  
las libertades de un loco.

Porque conmigo podáis  
divertir este dolor  
mientras vive mi señor,  
de quien el vuestro esperáis.

Que hablar en vuestra alabanza  
no es más yerro que ser poco,  
y basta quedar por loco  
para castigo y venganza.

(Salen RIBERIO, PALADIO, SERVIO y ARGÁN.)

RIBERIO.

¡Bastaba ser mi desdichada mano  
la que intentaba el fin deste remedio!

ARGÁN.

Salió, en efeto, mi esperanza en vano.

RIBERIO.

Armas y ruegos son inútil medio:  
rompiendo van las rocas (1) el mar cano,  
y del golfo la playa queda en medio.

LAUDOMIA.

¡Su intención, mi esperanza y tus enojos  
con justa causa llorarán mis ojos!

RIBERIO.

Llegamos a la orilla al tiempo cuando  
la negra barca del infierno vemos  
entre peñas y mar desencallando,  
tocando a tierra y agua los extremos,  
y luego, como pájaro volando,  
alzar las velas y mover los remos,  
donde dejaba el alma, el sol, el día,  
y el mar llorando con dolor crecía.

Yo puse en la contera desta espada  
un lienzo blanco, levantando en alto,  
daba agua al mar, al viento voz cansada;  
mas desto ni uno ni otro estaba falto:  
estaba ya la barca sosegada  
y en medio de su curso hicieron alto,  
movidos de saber lo que querían  
las señas y palabras que decían,  
cuando un fiero huracán airado emprende

(1) Quizá deba decir "barcas".

la barca, y las fragatas deja rotas,  
que a sólo el remo cada cual atiende  
y de las velas larga las escotas.  
Ligera entonces por las ondas hiende,  
tan presto, que en un punto las remotas  
naves parece que tocar querían,  
que al trasponer del sol resplandecían.

Tanto furor entonces me provoca,  
que para hacerlos todos mil pedazos  
quise tomar la espada con la boca  
y detener la barca con los brazos.  
Detuvo Argán, en fin, mi empresa loca,  
y el buen Paladio y Servio hicieron lazos  
de sus valientes brazos a mi cuello  
y la pendiente vida de un caballo.

ARGÁN.

Pues que la mar, señor, lugar no ha dado,  
no ha de faltar remedio por la tierra:  
haz cuenta que en rehenes se ha quedado,  
aunque preso de paz, y no de guerra.

SERVIO.

Y tu remedio y nuestro bien destierra.  
Dineros han de hacer este rescate,  
si no es que Argán aqueste engaño trate.

LAUDOMIA.

El que me dió la libertad presumo  
negociará la de mi padre presto.

ARGÁN.

En solo una palabra me resumo,  
que su hierro en mi alma queda puesto.

PALADIO.

De las vecinas sierras que en lo sumo  
la luna toca y queda el sol traspuesto,  
de la otra parte deste mar de Oriente  
vamos, señor, a recoger la gente.

LAUDOMIA.

¿Está muy cerca el coche?

SERVIO.

Aquí te aguarda,  
detrás de aquellos álamos sombríos.

(*Vanse, y queda RIBERIO y JORGE.*)

RIBERIO.

¿Qué te parece, Jorge, no es gallarda?

JORGE.

¡No han visto cosa igual los ojos míos!  
Si en más se ha de estimar el bien que tarda

y los ojos de amor son desvaríos,  
no te pese que agora se dilate  
hasta que a efeto venga su rescate.

Sufre, alégrate, espera, vive ufano,  
pues a los ojos de tu dama asistes.

RIBERIO.

Dé sus consejos al enfermo el sano  
y los ojos alegres a los tristes.  
Si dilatando el hado el bien que gano,  
¿para qué en este punto me pusistes?

JORGE.

Frágiles esperanzas de los hombres,  
según razón será que tú la nombres.

RIBERIO.

¡El coche, Jorge, apríscalo, corre;  
da voces a Tristán, pide el caballo!

JORGE.

Sentado queda al pie de aquesta torre,  
si le tomas podrás presto alcanzallo.—  
Amor, si ahora tu favor socorre  
tu humilde esclavo y tu menor vasallo,  
poco será con himnos y cantares  
quemar incienso y mirra en tus altares.

(*Vanse, y sale CELIMA y el REY DE ARGEL.*)

REY.

A quien de amor no muriera  
presto enfermaran de amores  
las bellas plantas y flores  
deste jardín y ribera.

Contemplando el azucena,  
el lirio, mirto y la palma,  
parece que siente el alma  
una cierta alegre pena.

Y de nuevo enamorada  
con tal deseo se enciende,  
que parece que pretende  
juntarse a la cosa amada.

Y así, yo que tengo en mí  
más de atrás este deseo,  
cuando aquestas cosas veo  
deseo esto mismo en ti.

Miro que estas yedras luego  
nos enseñan a enlazar  
que hasta los golpes del mar  
con ser agua encienden fuego.

No hay piedra aquí, mi Celima,  
que no esté brotando amor,  
que a su bello resplandor  
todo se queja y lastima.

Dichoso yo que tan cerca



tengo mi bien y remedio,  
sin que haya mar de por medio,  
alto muro y gruesa cerca.

Que hasta tu rara beldad  
no hay, mi gloria, desde aquí  
otros muros para mí  
que tu misma voluntad.

CELIMA. Esa, mi Rey y señor,  
es tuya como mi vida,  
por tantas causas debida  
a tu nobleza y amor.

Perdí mi luz por quererte,  
que es lo más que aventuré,  
porque creo que dejé  
la vida por larga muerte.

Bien sospecho que me debes,  
aunque con amor me pagas;  
mas porque te satisfagas  
mira si hay en qué me pruebes,  
verás que con esta roca  
competirá mi firmeza.

REY. ¡Lo que vencen mi nobleza  
humildades de tu boca!

Mas, ¿cuándo yo, ni aun del aire,  
celos, mi vida, te hice?

¿Cuándo no me satisface  
de tu hermosura y donaire?

¿Cuándo no fueron mis dueños  
esos ojos enojados,  
y esos tus gustos prestados  
sombras que imaginan sueños?

¿Cuándo mi verdad no fuiste?  
¿Cuándo a fuerza destos brazos  
se deshicieron los lazos  
que en mi cuello entretejiste?

¿Tienes algo contra mí  
de que te puedas quejar?  
Dilo, que el cielo y la mar  
solo nos oyen aquí.

CELIMA. No quiera Dios que interrompa  
tu gusto y le ponga pausa,  
que tiempo habrá que esta causa  
el aire llorando rompa;

que a mí me bastan los cielos  
para vengarme de ti.

REY. ¿Desamor has visto en mí  
ni cosa que toque en celos?

¡Por vida de aquea boca  
que lo has de decir!

CELIMA. No es justo  
que hoy, señor, tengas disgusto  
por cosa que a mí me toca.

REY. ¡Por Alá que pierdo el seso  
si tan dudoso me dejas!

Mira que en vano te quejas.

CELIMA. No me engañarás con eso.

REY. Di, por tu vida, lo que es.

CELIMA. ¿Por qué cristiana enviaste  
a Arafe ayer tarde?

REY. Baste:  
no es amor, sino interés.

CELIMA. ¿Cómo interés y no amor,  
si sé yo que has prometido  
de dármele por marido?

REY. ¡Por mi vida, eso es mejor!

Arafe, Celima hermosa,  
por haber servido bien  
es de los moros a quien  
tengo obligación forzosa,  
es tal, que con cuatro alarbes  
de Denia a Alicante admira,  
ha saqueado Algecira  
y tiemblan dél los Algarbes.

De allí te trajo cautiva;  
pidióte en premio de todo,  
que éste, amiga, ha sido el modo  
por donde conmigo priva.

Y así como vino fama  
desta valenciana bella,  
me prometió de traella  
en premio de lo que ama.

Y como estoy informado  
que un imposible emprendió,  
prometí de darte yo,  
que es como haberte negado.

Yo no he visto esa mujer,  
mira si la puedo amar  
y si me puede obligar  
a lo que no puede ser.

CELIMA. En ser, por desdicha mía,  
no dudes que ella vendrá:  
¿qué imposible lo será  
adonde el amor porfía?

Y sucederán dos cosas,  
de habello tu prometido:  
tener yo infame marido  
y tú otras manos hermosas,  
que harán el efeto en ti  
que hacen las novedades,  
y tus fingidas verdades  
las del arsénico en mí.

¡Írasceme al corazón!

REY. A risa en parte me obligas,  
que desde agora castigas

mi propia imaginación.

¿Yo por qué la he de querer  
o por qué te he de olvidar?

CELIMA. ¿Que así me pretendes dar  
a un esclavo por mujer?

¡Efetos de Rey y tuyos,  
que de lo que ya gozaron  
desobligados quedaron  
con darlo a criados suyos!

Pésame de que hayas sido  
de cuerpo y alma, señor:  
del alma, por el amor  
que a tus cosas he tenido;  
del cuerpo, por ser cautivo;  
porque, en efeto, querrás  
dos cuerpos y almas, que es más  
que un esclavo fugitivo.

Mas no pienses que podrás  
dar más del cuerpo de mí.  
¡Oyeme, escucha!

REY.

CELIMA. ¿Yo a ti?  
¡Ya no más, por no ver más!

REY. ¡Celima!

CELIMA. Ya te desamo.

REY. ¡Celima, mi amor estima!

CELIMA. Ya no me llamo Celima.

REY. ¿Pues qué?

CELIMA. Violante me llamo;  
cristiana soy.

REY. Eres mora;  
aunque te pese, mi esclava.

CELIMA. El cuerpo, que el alma acaba  
de ser de otro dueño agora.

(Vase CELIMA.)

REY. Si a un rey no fuera bajeza  
que otro rey fuera mayor,  
aunque con el rey Amor  
nada iguala su grandeza,  
siguiendo a mi esclava fuera (1)  
con lágrimas de humildad,  
tanto su riguridad  
me fuerza, oprime y altera.

Aunque ¿quién por ella vive  
tan cobarde y retirado  
que del son de Marte airado  
enojo y pena recibe?

¿Quién pudiendo tener mucha  
de su valor se despoja?

¿Quién del pífaro se enoja

y el blando instrumento escucha?

¿Qué sirve que bravo y fiero  
rinda en pequeña ocasión  
su cobarde corazón,  
que fué otro tiempo de acero?

Mal hice en no la seguir.

Pero, ¿qué gente es aquesta?

(Sale ARAFE y gente con él, y ARGÁN, CELIMO y ANTONIO, capitán.)

TOSIRO. ¿Sin salva entraste y sin fiesta?

ARAFE. Como tengo de venir.

No se toquen añafles  
ni se dispare escopeta,  
que cuando Argel se inquieta  
no es para hazañas tan viles.

¿Desembarcó aquel esclavo?

CELIMO. Ya el esclavo viene aquí.

REY. ¡Si es éste Arafe!

ANTONIO. ¡Ay de mí,  
hoy mi triste vida acabo!

ARAFE. Magnánimo general  
del gran señor, ya es llegado  
tu humilde esclavo y criado.

REY. Arafe, amigo leal,  
¿qué hay del reino de Valencia?  
¿Cómo queda Castellón?

ARAFE. No queda en esta ocasión  
muy alegre con mi ausencia.

Sólo quedan alteradas  
sus riberas de mis furias,  
que no han recibido injurias  
de nuestras armas y espadas.  
Porque después de la presa  
de Laudomia, aquea dama  
que tiene el Amor por fama  
dentro de tu alma impresa,

Llevándola yo a embarcar,  
Argán, que entre todos falta,  
la mar a los cielos alta,  
hizo al fin como la mar:

alteróse de manera  
que estando el padre embarcado  
dejamos al desdichado  
en la enemiga ribera.

Al fin, los árboles rotos,  
las velas, jarcias y entenas,  
vieron de Argel las almenas  
los remeros y pilotos:

Unos muertos del rebenque,  
otros de mi voz cansados,  
que de tablones quebrados

(1) En los textos, por errata, "fiera".

se puede hacer un palenque,  
porque en tres horas o menos  
habemos corrido el mundo,  
visto el cielo, el mar profundo  
y de Neptuno los senos.

REY. ¿Que cautivado no habías  
a Laudomia?

ARAFE. Dió 'a correr  
con flaqueza de mujer,  
temiendo las fuerzas mías.

Siguióla Argán, y nosotros  
trajimos al viejo al mar.

REY. ¿Quién os mandaba embarcar  
a los unos sin los otros?

ARAFE. ¿Y peor, señor, no fuera  
quedarnos todos allá,  
cuanto y más que tiempo habrá  
de volver a su ribera?

Yo cobraré lo perdido,  
que buena prenda me tengo.

REY. A tener respeto vengo,  
pero a lo que me has servido;

que yo hiciera, por Alá,  
eolgarte de una mesana;

no por ser la empresa vana,  
que ésa en tu mano no está,

sino por haberte así,

habiéndola cautivado,  
como eobarde embareado,  
sólo mirando por ti;

y que no estando avisados  
se pudo entrar Castellón.

ARAFE. ¡Bien muestra su condición  
la Fortuna con privados!

¿Por una falta pequeña  
tantos servieios olvidas?

¡Privanzas mal adquiridas,  
tesoro son de quien sueña.

¿Poea presa te parece  
haber el padre traído,  
de mil vientos impelido  
el mar, que bramando creee?

Y teniendo Argán la culpa,  
que fué quien quedó con ella,  
que quizá por gozar della  
le prendieron sin disculpa.

Plega Alá que no lo hagas  
para negarme a Celima  
si acaso te desanima  
y con tu gusto me pagas.

Pero lo que fuere sea:  
tu palabra has obligado

y por Laudomia trocado  
la que mi alma desea.

Rey eres y has de cumplilla;  
yo iré a Valencia y vendré,  
o moriré y dejaré  
teñida en sangre la orilla.

(Vase.)

ISMAEL. ¡Oh, cómo parte cruel!  
¡Plega a Alá que vuelva así!

REY. ¿Qué haeéis vosotros ahí,  
que no vais todos eon él?  
¡Salid luego del jardín!

ISMAEL. ¡Por extremo está enojado!

TOSIRO. Vamos, que éste es Rey airado  
y vil genízaro, en fin.

REY. ¡Qué soberbio y enojado  
contra Arafe me he fingido,  
y aunque Rey, arrepentido  
de la palabra que he dado!

Que por lo que nunca vi  
no es bien que mis ojos den  
toda la gloria que ven,  
hermosa Celima, en ti.—

Di, buen viejo, ¿eres el padre  
desa Laudomia?

ANTONIO. Yo soy.

REY. ¿Tienes mujer?

ANTONIO. Ha que estoy  
diez años ya sin su madre.

REY. ¿Es hermosa?

ANTONIO. Antes es fea.

REY. No dice aqueso la fama,  
que luna el moro la llama  
y el cristiano Angel y Dea.

¿Por qué hablas temeroso?  
¿Qué eres allí?

ANTONIO. Capitán  
de los caballos que están  
en la eosta.

REY. ¡Cargo honroso!

¿Adónde está el rey Fernando?

ANTONIO. En Nápoles está agora.

REY. ¿Y la Reina tu señora?

ANTONIO. En Castilla gobernando.

REY. ¿Cómo te llaman?

ANTONIO. Antonio.

REY. ¿Triste estarás sin tu hija?

ANTONIO. De que es razón que me aflija  
ser padre da testimonio.

REY. Todo es guerra, no enternescas  
tus ojos por cosas vanas,



ni aquesas honradas canas  
con tierno llanto humedezcas;  
que mañana es otro día:  
mañana será mejor.

(Sale CELIMA como cristiana.)

CELIMA. ¡Mira si es vano el temor  
que de tus cosas tenía!  
Ya que no te traen la dama  
con su padre te consuelas.  
¿Qué miras? ¿Qué te recelas?  
¡Celima!

REY. ¡A Celima llama?  
CELIMA. Violante me has de llamar;  
cristiana soy, no soy mora.

REY. ¡Qué buena vienes agora,  
no hay más bien que desear!  
Pensaste darme disgusto  
y me has dado gran placer;  
en tu vida podrá ser  
que no me des mayor gusto.  
¡Qué hermosa te hace el traje,  
que, en efeto, es natural!

CELIMA. Que me asiente bien o mal  
no importa.

REY. ¡Extraño coraje!

CELIMA. Diga, perro, ¿concertaba  
de darte su hija al Rey?

ANTONIO. ¿En un hombre de mi ley  
eso tu Alteza pensaba?

CELIMA. No soy Alteza, no soy  
sino una esclava como él.  
¿Pensó hacer reina de Argel  
a su hija?

ANTONIO. Sí, en eso estoy.

REY. Por tu vida que te engañas,  
que no hablaba con él deso.

CELIMA. ¡Con eso más pierdo el seso!  
¿Para qué me desengañas?

¿Soy cosa tuya, por dicha?

ANTONIO. ¡Ay, desventurado Antonio,  
sin duda que este demonio  
nació para mi desdicha!

CELIMA. Pero no sois del Rey, no;  
mío sois, volved acá.  
En mis manos está ya  
quien mi enemigo engendró.

Yo os echaré una cadena  
y os pondré en una tahona.

ANTONIO. Para mí será corona  
y cama de flores llena.  
¿Qué más gusto que servirlos?

CELIMA. ¡Que no conmigo humildades!  
Soy discreta, hablad verdades.  
¿Qué respondéis?

ANTONIO. Doy suspiros.

CELIMA. ¡Entrad, perro, entrad!

ANTONIO. Ya entro.

CELIMA. ¡Hola, herrad aqueso esclavo!

ANTONIO. Mujer enojada al cabo;  
presto volverá a su centro.

(Vanse, y sale JORGE y ARGÁN.)

JORGE.

Eres, Argán, de tan hidalgo trato,  
tienes tan peregrino entendimiento,  
aunque a los cielos deste bien ingrato,  
que con ninguna cosa mi tormento  
descansa más que el que he tenido hablando  
con quien vive del mismo pensamiento.

Estoy siempre mi mal comunicando  
con estas piedras, si me faltan hombres,  
que solas me oyen cuando estoy llorando.

ARGÁN.

Jorge, tan solamente que amor nombres  
no tengo a mucho que la tierra, el cielo,  
la gente, el mar, el fuego, el aire asombres.

¿Ha dado azote igual el cielo al suelo,  
por más que por su causa el mundo viva,  
crezca la planta, esparza el ave el vuelo?

Celso estoy de mi Celima altiva  
más que la más helada y alta sierra,  
y a imitación del viento, fugitiva,  
toda la paz de mi amorosa guerra,  
todo el remedio de mi muerta vida  
ahora vive en tu morisca tierra.

Allá está mi esperanza, que perdida  
desa otra parte de la mar pelea  
por el remedio donde estaba asida;

y aunque a los dos la ley común no sea,  
ya lo es la amistad, y el amor grande,  
y el bien que el uno al otro se desea.

Que como nuestro mundo inferior anda  
al movimiento celestial sujeto  
y sólo puede hacer lo que le mande,  
moviéronse las almas, en efeto,  
en poco tiempo a amarse con la fuerza  
de las estrellas, que es amor perfecto.

Y éste la nuestra de manera fuerza  
a una inferior virtud, que pruebo y sigo,  
sin que sus pasos mi albedrío tuerza,  
que no hay hoy en el mundo, Jorge amigo,  
cosa para tu bien que no inventase:  
vivo soy tuyo, y moriré contigo.

Tanto, que si tu fuerza me obligase a mudarme en la ley con que he vivido, sospecho que hasta el alma me mudase.

Dime: ¿qué tiene Argel o qué ha tenido que sea a tu esperanza de provecho?

JORGE.

Largo el amor y corto el tiempo ha sido.

Ya sabes de la suerte que mi pecho se abrasa por Laudomia, mi señora: llámola así porque es negocio hecho, y según mi señor la ama y adora, tarde o temprano harás el casamiento, por quien mi alma se atormenta y llora.

El la aconseja (aunque es rogar al viento) que se case con él, y le asegura que el Capitán recibirá contento.

Mas ella una y mil veces dice y jura que es imposible que remedio espere mientras su padre vive en cárcel dura.

Y que a cualquier que libertad le diere, como sea hidalgo le dará la mano, o pobre, o rico, o como Dios le hiciere.

Yo, aunque pobre, soy hidalgo, hermano; que por ser de la piedra de Toledo al Jorge me añadieron Toledano.

Que otra cosa saber de mí no puedo si no es lo que Riberio me ha contado, por no saber el padre a quien heredo;

que la piedra es lugar donde fui echado de ocultos padres cuando fui nacido, y en paños pobres desde allí criado.

ARGÁN.

Tu intento, hidalgo noble, he conocido de tus razones, y acudiendo a todo por el amor jurado y prometido,

digo que es fácil de buscar el modo como traer al Capitán cautivo, y escucha de qué modo lo acomodo.

JORGE.

¡Oh, buen Argán, por ti diré que vivo!

ARGÁN.

Es fuerza que los dos a Argel pasemos.

JORGE.

Iré hasta el clima ardiente y excesivo, tocaré de la Scitia los extremos y el mar en cuya arena no han tocado humanas plantas ni ligeros remos.

ARGÁN.

En traje de cautivo disfrazado y de cautivo mío he de llevarte.

JORGE.

Pues vamos luego, que pasarte a nado en hombros quiero; bien podré llevarte, que el agua hará lugar a tanto fuego que no podrá vencer la menor parte el amistad que entre los dos se jura; será en mi alma eterna y perdurable por cuanta edad el sol se extiende y dura.

ARGÁN.

Y en la mía estará firme y estable. Toca esa mano.

JORGE.

Aquí Riberio viene. Eso se calle, en lo demás se hable.

ARGÁN.

Llave es la lengua y cebo el alma tiene.

(Sale RIBERIO.)

RIBERIO. ¿No será posible, Argán, que tratemos el rescate de nuestro buen Capitán?

ARGÁN. ¿Quién lo estorba que se trate con los que vienen y van?

Escríbele de tu mano al renegado cristiano; que aunque a sus negocios cuadre dar la hija por el padre, es pensamiento muy vano, que en ley de piedad y amor, repeto y naturaleza, dar el hijo era mejor; mas hija y de tal belleza es crueldad y ciego error.

Mayormente para intento tan cruel y tan sangriento, que del bien honesto pasa.

RIBERIO. No en balde toda la casa alaba tu entendimiento.

El oro y perlas que ves, si mi hacienda no bastare, pienso poner a sus pies.

ARGÁN. No hayas miedo que repare en ese humilde interés.

A Laudomia es la que quiere, que con ella sola adquiere a Celima, a quien desea.

RIBERIO. Pues eso menos lo crea:

por un imposible muere,  
que Laudomia es mujer mía.

JORGE. Cómo, señor, ¿ya venciste  
su inexpugnable porfía?

RIBERIO. Jorge amigo, bien dijiste,  
que aún no es llegado ese día.

JORGE. En saliendo de prisión  
el Capitán, nadie puede  
quitarte la posesión.

(Sale SERVIO.)

SERVIO. Mira si es justo que quede  
puesto en armas Castellón.

RIBERIO. ¿Cómo así?

SERVIO. Con razón velas.

RIBERIO. ¿Pues qué ha habido?

SERVIO. Trece velas  
se miran desde la playa.

RIBERIO. ¿No hace fuego la atalaya?

SERVIO. ¿Que se descuida recelas?

RIBERIO. ¿Si es Arafe el que ha venido  
a tratar deste rescate?

JORGE. El puede ser que haya sido.

SERVIO. Del fresco viento y embate  
navega favorecido.

Tal, que se tiene por cierto  
que podrían tomar puerto  
si se atreven a saltar.

RIBERIO. La condición de la mar  
es no tener tiempo cierto.

Con todo eso, en Castellón  
estará la gente alerta  
y en la plaza el escuadrón,  
los caballos a la puerta  
y con buena guarnición.

Esta noche en partes varias  
haréis poner luminarias  
para salir y correr.

JORGE. Ahora puedes hacer  
otras cosas necesarias.

RIBERIO. ¿Cómo?

JORGE. Hacer que vaya Argán  
a ver si éstos son de Argel,  
que mejor se entenderán  
y podrán tratar con él  
de cosas del Capitán.

RIBERIO. Dices muy bien, Argán vaya  
y mire desde la playa  
si es acaso ese traidor,  
pues él le hablará mejor  
del mejor medio que haya.

¿Pero quién irá contigo?

ARGÁN. Jorge.

RIBERIO. Pues, Jorge amigo,  
vete con él.

JORGE. Vamos luego,  
que apenas punto sosiego  
hasta ver a mi enemigo.

ARGÁN. La playa apenas veremos  
y del mar el movimiento  
cuando de un barco saltemos  
y demos velas al viento  
y al mar los pintados remos.

SERVIO. Temo que este renegado  
no ha de venir a concierto.

RIBERIO. Bueno será estar armado  
por si acaso toma puerto,  
que es moro y determinado.

SERVIO. Ya la villa se alborota.

RIBERIO. Entrame por una cota  
y a Tristán mi yegua encarga,  
y tráeme lanza y adarga  
y aquella imagen devota.

SERVIO. Laudomia está a la ventana.

RIBERIO. ¡Mi bien!

(Asómase LAUDOMIA a la ventana.)

LAUDOM. ¿Qué alboroto es éste?

RIBERIO. Es un arma falsa y vana  
porque la gente se apreste  
y ande briosa y lozana;  
porque salgan los caballos  
a dar en aquellos perros,  
perezosos de no usallos,  
y se les limpien los hierros  
que ciñen los duros callos.

LAUDOM. ¿Cómo, si desde una almena  
he visto ya la mar llena  
de velas y de enemigos?

RIBERIO. Pues con tan buenos testigos,  
verdad es lo que se suena:  
Arafe dicen que viene  
y con nueva estratagema;  
defenderos os conviene.

LAUDOM. ¡Que este perro a Dios no tema!

RIBERIO. No teme lo que no tiene.

A hablarle he enviado a Argán:  
Jorge y él, señora, van,  
que traerán presto las nuevas.

LAUDOM. ¿Y con qué obligalle pruebas?

RIBERIO. De vuelta nos lo dirán.

LAUDOM. Luego de las arcas saco  
lo que él quisiere pedir.

RIBERIO. No soy de pecho tan flaco.



LAUDOM. ¿Pensáis al campo salir?  
 RIBERIO. Aguardando estaba un jaeo.  
 LAUDOM. Pues subid primero acá  
 y una reliquia os pondréis  
 que ha heecho milagros ya.  
 RIBERIO. Con el que en dárme la hacéis  
 para vencer bastará.

(Sale SERVIO.)

SERVIO. Aquí están las armas; ven.  
 RIBERIO. Haz que una yegua me den.  
 SERVIO. Ya estaba aquí el alazán.  
 RIBERIO. ¿Quién trae el jaeo?  
 SERVIO. Tristán.  
 RIBERIO. ¿Adarga y lanza?  
 SERVIO. También.

## ACTO SEGUNDO

(Salen ARGÁN y JORGE, de cautivo.)

ARGÁN. Ya, Jorge, estás en Argel;  
 ya has visto su playa y mar.  
 JORGE. Lo que he venido a buscar  
 me falta de ver en él.  
 Sus torres, sus edificios,  
 sus muros, su fortaleza,  
 de su buen sitio y grandeza  
 ofreee claros indicios.  
 Todo me suena a bonanza  
 por ser lugar de contento,  
 donde está tu nacimiento  
 y donde está mi esperanza.  
 Aqueste Aleázar me agrada;  
 mucho más el Albaicín:  
 es cosa del Rey, en fin.  
 ARGÁN. Merece ser estimada,  
 que en efeto veo ya en ella  
 aquella cristiana mora  
 que tanto mi alma adora  
 cuanto más se abraza en ella.  
 Donde verás admirarse  
 la misma naturaleza,  
 viendo su mayor grandeza  
 en solo un rostro cifrarse.  
 Verás unos ojos bellos  
 que si no dieran enojos  
 del sol pudieran ser ojos  
 y arderse el mundo con ellos.  
 Verás una boca hermosa,  
 tesoro del bien de amor,

que puede prestar color  
 a la más carmesí rosa.

Verás un cuello arrogante,  
 de su perfección tan loco,  
 que quiere tener en poco  
 el que ha sustentado Atlante.

Verás también unos pechos  
 a quien sólo Amor se atreve,  
 que pensaras que eran nieve  
 a no ser de fuego hechos.

Verás unas manos largas,  
 aunque no para hacer bien,  
 y un dulee todo por quien  
 paso mil muertes amargas.

Y porque costumbre tiene  
 este mi desdén esquivo  
 de hacer por cualquier cautivo  
 que de España a Africa viene,  
 te he traído a este lugar,  
 pues diciendo que eres mío  
 por fuerza este mármol frío  
 en mis cosas vendrá a hablar.

Porque es tan soberbia y loca  
 que el alma apenas mereee  
 que este nombre que aborreee  
 tome una vez en la boca.

JORGE. ¿De suerte que tu intención  
 es que diga que soy tuyo?

ARGÁN. Y di también que soy suyo  
 si te viniere ocasión.

Dirásle algún bien de mí,  
 aunque testimonio sea,  
 que como eselavo te vea  
 te dará crédito a ti.

JORGE. Ese buen consejo alabo,  
 que arguye mi fe te empeño  
 grande virtud en el dueño  
 tenelle amor el eselavo.

Yo quedo bien instruido  
 y deseoso de ver  
 esa inveneible mujer  
 que vencerte ha merecido.

Desenida, que aqueste oficio  
 haré con tanto primor  
 que pueda poner Amor  
 a mi cuenta este servieio.

Que tú con sólo mandarme  
 me haces mereed.

ARGÁN. Yo creo  
 que conoces mi deseo;  
 no hay de nuevo que obligarme.  
 Yo te daré libre a Antonio

JORGE. o perderé aquí esta vida.  
De la que tengo ofrecida  
dará el tiempo testimonio.

ARGÁN. Voime, que Celima baja.  
¿No lo ves en estas fuentes,  
que sus hermosas corrientes  
corren con mayor ventaja?  
¿No lo ves en estas flores,  
que a naturaleza fuerzan  
y sus colores esfuerzan,  
pues que vencen sus colores?  
Voime.

JORGE. ¡Pasión amorosa!

ARGÁN. Jorge, ¿detenerme he más?

JORGE. Vete.

ARGÁN. Después me dirás  
si es Laudomia tan hermosa.  
(*Vase.*)

JORGE. ¿Qué importa que te lo diga,  
si tú no lo has de creer?  
(*Sale CELIMA, como mora.*)

CELIMA. ¡Mal se puede entretener  
una celosa fatiga!  
Son celos fimera ardiente,  
que aunque es verdad que se pasa,  
el tiempo que dura abrasa  
el corazón que la siente.  
Son un secreto dolor  
que no se puede callar,  
basilisco en el mirar  
que engendra el mismo temor.  
Caídas que da el amante  
para poder correr más,  
y pasos dados atrás  
para pasar adelante.  
Aunque en mí no es esta ley  
tan forzosa y general,  
que ya voy queriendo mal  
las condiciones del Rey.  
No sólo me hace sufrir  
lo que aquí tiene presente,  
pero con lo que está ausente  
presume hacerme morir.  
Mas, ¡ay, Dios!, ¿quién me ha es-  
[cuchado?

¿Este esclavo estaba aquí?  
¡Ah, perro! ¿Qué haces ahí?  
¿Con qué licencia has entrado?

JORGE. Envióme aquí mi señor  
a que unas hierbas cogiese,  
para que dellas hiciese

remedio a cierto dolor,  
que ha gran tiempo que padece  
de humor colérico y triste.

CELIMA. A que español pareciste,  
y al talle se lo agradece;  
no salieras del jardín  
sin que la vida dejaras.

CELIMA. ¡Qué bellas manos mancharas  
en mi sangre humilde; en fin,  
que era hacer ofensa al sol,  
a la nieve y a las rosas!

CELIMA. ¡Qué palabras amorosas!  
Bien pareces español.  
El regalo que éstos tienen  
en cualquier cosa que dicen,  
más, ¡qué presto le desdicen  
si acaso a las obras vienen!  
Siempre esta gente se ve  
apacible a quien la trata,  
sino que es un poco ingrata  
a los de contraria fe.  
¡Tan bellas manos mancharas  
en mi sangre humilde, en fin!

JORGE. No entrara yo en el jardín  
a pensar que te enojaras.  
O a lo menos a saber  
que venían esas plantas  
a hacer otras flores tantas  
como pisas, renacer.  
Fuí tan venturoso en verte,  
que la gloria recibida  
cueste mil veces la vida  
por la causa de tal muerte.  
Digo la vida que vivo,  
que en poder tuyo ganara;  
mas cuando Dios me criara  
un rey, no un civil cautivo.  
Mía fuera la victoria  
y tú la vencida fueras,  
si en tus hazañas pusieras  
tan vil muerte por memoria.

CELIMA. No en balde yo me incliné  
a no enojarme contigo  
y a refrenar el castigo  
que de darte imaginé.  
Yo te perdono la muerte  
como en tu delito parte,  
por el gusto de escucharte;  
y así no quiero ofenderte.  
¿De dónde eres?

JORGE. Soy de España.

CELIMA. ¿De qué lugar?

JORGE. De Toledo.

CELIMA. ¿Tu nombre?

JORGE. Nombre que puedo matar con él una araña.

CELIMA. ¿Es Jorge?

JORGE. ¿De qué lo sabes?

CELIMA. Entiendo un poco tu ley; mas hame forzado un Rey a ciertos delitos graves.

JORGE. ¿Adónde te cautivaron?

CELIMA. En el Reino de Valencia.

JORGE. ¿Eres soldado?

CELIMA. En ausencia de muchos que allí faltaron.

JORGE. No traes hierro ni cadena, ¿dante acaso buena vida?

CELIMA. Mi señora, a mí escogida; mas él no la pasa buena.

JORGE. Desta suerte sus esclavos le adoramos y queremos, que hasta en el alma traemos las señales de sus clavos.

CELIMA. Y es lástima ver un hombre tan bizarro y tan valiente a manos de un accidente olvidando fama y nombre.

JORGE. Toda la noche suspira, todo el día pierde el seso; no se ha visto igual exceso.

CELIMA. ¿A tan alta estrella mira?

JORGE. Si me guardaseis secreto os diré quién es, señora, la bella mora que adora.

CELIMA. Eso yo te lo prometo.

JORGE. Pues tiene cierta cristiana que se ha vuelto mora hermosa el Rey en lugar de esposa, que es su divina tirana.

CELIMA. Dicen que su discreción y su sobrada hermosura han hecho amor y locura su grandeza y condición.

JORGE. Porque entre otras partes mil de su ilustre nacimiento alaban su estendimiento por peregrino y sutil.

CELIMA. Esta dicen que le olvida de las costumbres de Marte, y que le asegura en parte que le ha de costar la vida.

JORGE. Pues desta entre muchas almas que el cielo a su cuenta pone,

aunque el amor la corone por interés de mil palmas, está la de mi señor, tan quejosa y mal preciada cual digna de ser premiada si fuera el que debe Amor.

CELIMA. Pero ni en él hay verdad ni en las mujeres concierto, ni en hebrero tiempo cierto, ni freno en la voluntad.

JORGE. ¡Ay del que estando perdido se tiene por tan ganado, que no trocara su estado por el más aborrecido!

CELIMA. Porque dicen que el desdén por una causa tan buena convierte en gloria la pena y todo su mal en bien.

JORGE. ¿Hasta en la lengua es galán!— Ya sé quién es la cruel; ¿puedo saber quién es él?

CELIMA. ¿Pues no?

JORGE. Di su nombre.

CELIMA. Argán.

JORGE. ¿Argán es el bien perdido?

CELIMA. Agora su talle alabo, que dueño de tal esclavo bien merece ser querido.

JORGE. Porque basta ser señor de lo mucho que hay en ti, para que merezca en mí tener amparo y favor.

CELIMA. Y por eso quiero amalle.

JORGE. ¿Que tanto en tu gracia estoy?

CELIMA. Aficionadilla soy a los hombres de tu talle.

JORGE. Pero una palabra sola quiero que sepas de mí: que lo estimaré por ti: ¡bella nación la española!

CELIMA. Dondequiera halla favor, aunque odiosa a toda gente.

JORGE. En mí siento un accidente que casi parece amor.

CELIMA. ¡Válgame el cielo, qué agrado tiene este hombre!

JORGE. (A parte.) Ya la perra hace leña y fuego encierra, a pesar del pecho helado.

CELIMA. No nos faltarán enojos si crece la enfermedad,



que la enferma voluntad  
ya muestra el fuego en los ojos;  
y aun sería mi desdicha  
si la he parecido bien.

CELIMA. Albricias, Jorge, te den  
tus amigos de tu dicha.

Aficionada te estoy,  
y estoy tan aficionada  
y de afición tan turbada...

¡Ay, Alá, turbada estoy!

¿A quien tanto oro desprecia  
puede rendille un cautivo?

¡Ay, Alá, cuán triste vivo!  
Jorge, mi afición te precia.

Mira cuál estoy por ti;  
remedia el mal de que muero.

JORGE. Señora, volverme quiero,  
si no es que te sirvo aquí.

Que está mi enfermo muy malo,  
que he de hacer de aquestas hierbas  
epítimas y conservas  
para su gusto y regalo.

CELIMA. ¿Y cuáles piensas coger?

JORGE. Todas serán de esperanza,  
que en el bien que no se alcanza  
es glorioso el pretender.

CELIMA. ¿Qué esperanza quieres dar  
a quien tú mismo la quitas,  
pues el bien que solicitas  
hoy te ha salido a buscar?

Yo soy Celima, esa dama  
que Argán quiere y es cruel;  
pero no le quiere a él,  
que a su esclavo adora y ama.

Esclavo noble y muy digno  
destas y demás esclavas,  
que ahora empiezas y acabas  
mi vida y mi desatino.

¿De qué cielo, de qué infierno  
con tanto fuego y belleza  
saliste a vencer la alteza  
deste mi desdén eterno?

¿Pero qué te digo? Advierte,  
Oye, que no hablo contigo.

JORGE. Bien conozco que conmigo  
no hablaras de aquesa suerte.

Huelgo que Celima seas  
y de haberte aquí contado  
de Argán el mísero estado  
porque sus desdichas creas.

Y ese mostrarme afición  
quiero que alcance contigo,

que acabes ya su castigo  
y empieces su galardón.

Duélete, por Dios, señora,  
de un hombre que ha tantos años  
que resiste desengaños  
y que desdenes adora.

CELIMA. Lo que jamás mereció  
por su persona y por sí  
hoy merecerá por ti,  
que quiero obligarte yo.

Dile si quiere obligarme  
no hay hoy socorro en el mundo  
a tu persona segundo,  
que a ti mismo ha de enviarme;  
que no quiero más de ti,  
que quiero yo que seas mío.

JORGE. Yo por él a ti me envío.  
¿Qué me mandas? Vesme aquí;

mándame lo que quisieres,  
que mucho mejor y más  
en su hacienda mandarás,  
pues de su dueño lo eres.

CELIMA. Esto le dirás primero;  
y porque el Rey viene, adiós.

JORGE. Del coloquio de los dos  
reírme despacio quiero.

Pero mal he negociado;  
que si Argán me da por suyo,  
con mi libertad concluyo,  
esclavo soy confirmado.

Pues bueno será que venga  
a librar el Capitán  
y que me cautive Argán  
donde remedio no tenga.

(Sale el REY y ARAFE.)

REY. No hay para qué hacerme alarde  
de jornadas ni servicios.

ARAFE. Mejor Mahoma te guarde,  
que han sido aquestos indicios  
presumir que eres cobarde.

Si estamos solos aquí,  
volveré, señor, por ti.—  
Hola, cristiano, sal fuera.

REY. ¿Quién es éste?

JORGE. Quien quisiera  
ya no ser si te ofendí.

REY. Un esclavo soy de Argán.

REY. ¿Es aqueste aquel cautivo  
que me alabas de galán?

ARAFE. Por él envidioso vivo  
y algunos moros lo están.

Después de ser cual le ves,  
asentado en el bauprés  
sercnaba el mar y el cielo  
con música que en el suelo  
música del ciclo es.

Es valiente y es discreto,  
y armado a pie y a caballo  
un caballero perfecto.

REY. ¿Cómo pudo cautivarlo?

ARAFE. Por un engaño, en efecto.

REY. ¿Hasle visto ejercitar  
esas cosas?

ARAFE. Y probar  
otras muchas que no digo.  
Trátale Argán como amigo.

REY. Bien merece ese lugar.—

¿Cómo has nombre?

JORGE. A tu servicio  
es Jorge, señor, mi nombre.

REY. Das de quien cres indicio.—  
Por mi fe que es gentil hombre.

ARAFE. Hale dado honroso oficio.

Sus caballos le regala,  
y en el mejor se pasea.

REY. Ya no es la presa tan mala.

ARAFE. Justo es que el Rey te posea,  
pues ningún dueño le iguala.

REY. Dile a Argán que digo yo  
que gustaré de tenerle.

JORGE. Aunque a otro me ofreció  
te servirá de la suerte  
que hasta ahora te sirvió.

Yo vendré luego a servirte.

(Vase.)

REY. Pues con eso puedes irte,  
galán esclavo.

ARAFE. ¡Extremado!  
Ya, pues, que solo has quedado,  
quiero otra vez persuadirte.

No con ponerte delante  
las veces que por Argel  
me has visto entrar arrogante,  
ni con las presas fiel,  
poderoso ni triunfante.

No quiero contarte hazañas  
en tierras propias ni extrañas,  
aunque estén mal satisfechos  
moros que envidian mis hechos  
y de quien tú te acompañas.

No que te he dado en tres años  
un millón de esclavos y oro,

de que están llenos tus baños;  
ni que a tu causa soy moro  
y defensor de tus daños.

Sino que porque concluya  
vueltas el hacienda suya  
al que la pierde y estima:  
dame, señor, a Celima,  
pues sabes que no era tuya.

Si te pido lo que es mío,  
¿a qué grandeza te obliga  
este amor y desvarío?  
Un año ha sido mi amiga,  
y yo...

REY. Paso, no más brío.

La privanza no ha de ser  
causa de la libertad,  
que entonces es menester  
más respeto y humildad  
que el disfavor puede hacer.

Por Alá que andas tan necio  
que mereces mi desprecio.  
¿Es nadie dueño ni hay ley  
que obligue al gusto de un rey  
en lo que no tiene precio?

Cuando me diste a Celima  
era más que mujer baja,  
sino es que el valor anima;  
pues vuélveme la ventaja  
de lo que por mí se estima.

¿Dísteme más?

ARAFE. Has hablado  
como rey, y rey airado.  
Mal puedo satisfacerte.

REY. ¿Cómo puedo yo volverte  
aquello que no me has dado?

Dísteme una mujer llana;  
pregunta quién es ahora:  
reina, alteza, loca y vana.  
¿Y puedo volverte mora  
la que me diste cristiana?

Y aunque sé que esta es picdad,  
¿Qué me darás si te vuelvo  
por la alteza y calidad?

ARAFE. Ya con rabia me resuelvo,  
Rey, a decirte verdad;

que aunque la he dicho tan tarde  
quiero hacer de las costumbres  
de aquesta tu reina alarde,  
para que el ingenio alumbres  
que en otra lumbre se arde.

REY. ¿Puedesme decir mal della?

ARAFE. Semíramis, Mesalina,

- no se comparan con ella;  
mira si de un rey es dina.
- REY. ¡Oh, perro, en cosa tan bella!  
¿La que por mujer deseas  
y no alcanzas como indino  
tan bajamente la afeas,  
y mi amor casi divino  
en cosa tan baja empleas?  
¿Con quién? ¿Cómo? ¡Habla!  
[¿Enmudeces?
- ARAFE. Tanto su amor encareces,  
que lo que vieras negaras.
- REY. ¡Ciego estoy si en esto paras!
- ARAFE. A lo menos lo parecees.  
¿No basta que yo te lleve  
donde veas cómo mira,  
cómo habla, cómo mueve,  
cómo sesteas y suspira  
y a qué bajezas se atreve?
- REY. ¿Dónde? ¿Cómo?
- ARAFE. No en la calle;  
¿mas lugar puede faltalle  
a una mujer cuando quiere?
- REY. ¿Con quién trata? ¿Por quién mue-
- ARAFE. Con cristianos de buen talle. [re?
- REY. ¡Vive Alá que estos enojos,  
vil cristiano y moro infame,  
te han de salir a los ojos,  
y que he de hacer que derrame  
tu sangre si son antojos!  
¡Guarda que verdad no sea!
- ARAFE. Cuando tu Alteza no vea  
lo que digo, aquí está el cuello.
- REY. ¡Y mi alma en un cabello  
cuando tal desdicha sea!
- (Salen ARGÁN y JORGE.)
- ARGÁN. ¡Qué dichoso, Jorge, has sido  
en ir tan bien empleado!
- JORGE. A gran ventura he tenido  
haber tal dueño ganado  
para despertar su olvido.  
¿Pero cómo saldrás bien  
desto del Rey?
- ARGÁN. No te den  
pena esos miedos agora:  
mi alma a Celima adora,  
mi rey Celima es también.
- REY. Entrate por esos ramos;  
no quiero que Argán te vea;  
del negocio que tratamos  
no quiero que nadie sea
- testigo.
- ARAFE. Pues entra.
- REY. Vamos.
- (Vanse el REY y ARAFE.)
- ARGÁN. Es, como digo, Celima  
lo más que mi alma estima.  
A Celima he de agradar,  
que puede dar y quitar  
la vida al pecho que anima.
- JORGE. En fin, de Celima soy.
- ARGÁN. Y yo tuyo.
- JORGE. Tengo miedo  
si una vez con ella estoy,  
que esclavo en Argel me quedo  
para siempre desde hoy.
- ARGÁN. ¿Eso presumes de mí  
y de la fe que te di?
- ¿Es esto más de querer  
ablandar esta mujer?
- JORGE. ¿Qué importa serlo por ti?
- Quando esclavo aquí me quede  
por tu causa, ¿qué otro bien  
mejor darme el cielo puede?
- ARGÁN. Pues, Jorge, el premio te den  
que a la amistad se concede.
- Ninguna cosa le da  
al hombre más rico Alá  
ni la hay en el universo  
si en lo próspero y adverso  
igual y conforme está.
- En lo incierto he conocido  
como eres amigo cierto  
y un español bien nacido.
- JORGE. Su esclavo seré encubierto  
de quien tu alma lo ha sido.
- Tratemos lo que hace al caso,  
que en el resto desta empresa  
verás lo que por ti paso.
- ARGÁN. Parece, Jorge, que cesa  
este fuego en que me abraso.
- Ya que te doy y presento  
a Celima como esclavo,  
escucha un honrado intento.
- JORGE. De tu intento estoy al cabo,  
y es un galán pensamiento.
- Querrás que vaya vestido  
ricamente porque he sido  
prenda ofrecida a sus manos.
- ARGÁN. En dos pechos tan hermanos  
un pensamiento ha nacido.
- Ve a casa y de los despojos



de las cristianas batallas  
mide, Jorge, tus antojos,  
que esas manos quiero honrallas  
después de agradar sus ojos.

Dos cofres hay, de do saques,  
cuanto tu gusto no aplaques  
con tocas y tornasoles,  
de vestidos españoles  
del saco de los Alfaques.

JORGE. Más a mi gusto vendré  
gallardo y a la española.

ARGÁN. Por aquí te aguardaré.

JORGE. ¿Hay plumas?

ARGÁN. La fénix sola  
falta, porque no se ve.

No hallará el pensamiento  
varia color que presumas  
que no tengas una y ciento,  
que toda la casa es plumas  
como es la esperanza viento.

Mas, ¡oh, Alá!, ¿qué es lo que veo?  
¿No es el fin de mi deseo  
y el principio de mi mal  
este infierno celestial  
y esta mentira que creo?

(Sale CELIMA.)

CELIMA. Aquí, donde me perdí,  
presumo poder hallarme,  
sino es que aquel bien que vi  
en mí pretenda dejarme  
para vengarse de mí.

Pero ya mis ojos dan  
con la presencia de Argán  
aguardando su luz bella,  
porque ésta ha de ser la estrella  
del sol que adorando están.—

Argán.

ARGÁN. ¡Dulce gloria mía!  
¿Posible es que en vuestra boca  
sueña su nombre este día  
sin que el alma vuelva loca  
aquesta indigna alegría?

¿Es posible que no asombre  
este favor a tal hombre,  
siendo indicio de su amor  
oír el siervo al señor  
llamar como tú su nombre?

Tu esclavó, hermosa tirana,  
en fe de que yo lo soy,  
se aperciba el bien que gana;  
haz cuenta que a mí me doy,

y aun esto es verdad más llana.

Que el cuerpo sólo apercibo  
que te ofrezco mi cautivo  
de pensar que es justa cosa,  
yo cuerpo y alma envidiosa  
del bien que por él recibo.

Pero huélgome que entiendas  
que del verdadero esclavo  
tiene señales y prendas.

CELIMA. Tu liberal pecho alabo  
y la fe que me encomiendas,

y te quedo agradecida,  
Argán, por toda mi vida.

ARGÁN. Mira qué quieres de mí,  
que el esclavo te ofrecí  
y te ofreceré la vida.

Tuyo es, goce tu presencia,  
que estará bien empleado,  
que es la mejor preeminencia  
y el linaje más honrado,  
porque es la virtud su ciencia.

Cualquier soldado que ves  
hijo de sus obras es,  
y las obras gran nobleza,  
que la heredada grandeza  
pónela el fuerte a los pies.

Sobre nobleza heredada  
viene el valor como piedra  
sobre sortija esmaltada.

CELIMA. Ya he sabido lo que medra,  
tu nobleza por tu espada.

Yo sé muy bien lo que vales,  
y sé cuando entras y sales  
en Argel con mil vitorias,  
engrandeciendo las glorias  
de extraños y naturales.

Tu fe con tus obras creo,  
y agora por prenda tuya  
sólo este esclavo deseo.

ARGÁN. No me encargan cosa suya;  
lo que es tuyo en ti lo empleo.

Y por si cuando viniere  
este esclavo no te diere,  
alma en el cuerpo queda:  
esta mi alma vendrá,  
que es alma que en pena muere.

CELIMA. ¿Quiéresme hacer un placer?  
De ir por él.

ARGÁN. Eso es lo menos.—  
De celos me siento arder.  
¡Oh, sentidos de amor llenos,  
o mal fácil de creer!

En vestille desta suerte  
creo que más me divierte;  
será el vestido mortaja  
y esta mi sospecha baja  
el cuchillo de su muerte.

CELIMA. Tal fuerza contra el desdén  
pone el bien recién venido,  
que apenas mis ojos ven  
que este amor aborrecido  
quiero mal y trato bien.

¡Ay, mi dulcísimo esclavo,  
si has de ser mi dueño al cabo,  
porque este nombre te doy,  
ponme ya, pues tuya soy,  
hasta en el alma *ese* y *clavo*.

(Sale el REY y ARAFE.)

REY.

¿Celima dices que es?

ARAFE.

Celima es, cierto.

REY.

Arrímate a las yedras deste muro,  
veremos en qué piensa o se entretiene.

ARAFE.

Ponte, señor, detrás destes jazmines,  
que hacen sombra aquestas frescas fuentes,  
y gozarás de su descuido un rato,  
que la mujer hermosa estando a solas  
tiene grande secreto en su descuido.

REY.

Dices muy bien que su descuido goce.  
¡Por Alá que es hermosa descuidada,  
que más bien pareciera en Chipre Venus  
que ahora entre estas flores su hermosura!

ARAFE.

Y más si un Rey cual tú la está adorando,  
que tan poco de Marte diferencia.

REY.

¿Lo que hizo Marte es mucho que yo imite,  
un Jason valeroso, Aquiles y Hércules?

ARAFE.

Imítalos en sólo lo que es bueno,  
que el sabio nunca imita lo que es malo.

REY.

Sabios eran aquéllos y valientes;  
tú eres parte, no vales por testigo.

CELIMA.

¡Oh, frescas fuentes!, ¿dónde está mi esclavo?  
¿Dónde el bello español que me ha rendido?  
Decídmelo vosotras, dulces aves;  
formad en vuestro canto no aprendido  
las dulces letras de su amado nombre.  
¡Mas ay!, ¿a quién pregunto tanta gloria?  
¡Oh, mi esclavo!, oh, mi dueño de alma y vida!

(Sale JORGE muy galán.)

JORGE.

No llegues, reina, tan hermosos brazos  
a la bajeza de mi indigno pecho;  
que si te fuerza, por ventura, el traje,  
no es más que haber dorado la corteza  
para ofrecer un tronco a tu servicio,  
desnudo de valor, flor, fruto y ramas.

REY.

Por el supremo Alá, de cuya mano  
está pendiente el mundo, Arafe amigo,  
que ha querido la infame cuando menos  
abrazar al esclavo que me envía  
Argán en rico traje presentado.

ARAFE.

¿Yo no te he dicho los intentos desta?  
¿No te he pintado ya sus condiciones?  
¿Debo más a fiel y buen privado  
que decirte verdad, contra tu gusto,  
y huir de la mentira y la lisonja?

REY.

Escucha un poco a ver en lo que para,  
que aquí muy bien se oye cuanto dice.

CELIMA.

Industria, Jorge, debe de haber sido  
haberte puesto aqueso rico traje,  
aunque si me venciste con anejo  
sin ocasión procuras otras armas,  
que el que matar a su contrario puede  
con sola espada, en balde se apercibe  
de fieras y no vistas municiones.  
Con todo eso me regalo en verte  
en traje principal de caballero,  
porque mejor mis pensamientos justos  
puedan mirarse en ti como en espejo.  
Vuélveme a dar tus brazos, no te huyas,  
que eso parece ya falta de ingenio,  
que el hombre indigno es necio si es pesado,  
porque el ruego le hace benemérito.

JORGE.

Celima hermosa, cuando yo no fuera esclavo vil y de hombre que lo es tuyo, sino el moro más rico, noble y grave de los que tiene el Rey en su consejo, bastaba ser como eres prenda suya, bastaba ser de un Rey y Rey tan noble, para que donde tú los pies pusieras osara apenas yo poner mis ojos. Por Dios, si eres cristiana, te suplico que no pongas tus ojos engañados, quitándolos del Rey, en un vil hombre, que el que mirando está del sol los rayos y baja luego al suelo bien conoce que hizo agravio a lo que vió primero.

REY.

¿Qué te parece del honrado esclavo?

ARAFE.

Ninguno hasta su fin loar se puede; el fin prueba, señor, todas las cosas: ¿mujer no le conquista?, pues no dudes vencerle ha la mujer, que en fin es hombre.

REY.

Estoy por no aguardar a tanto extremo.

ARAFE.

Espérate, veamos a qué llega el intento de aquesta vil genízara.

CELIMA.

Amor es una fuerza del sentido que priva a la razón y el miedo vence, suele rendir los más robustos hombres; mira tú, Jorge, lo que hará en mi pecho, compuesto de flaqueza y cobardía: rindióme ya, yo estoy determinada; vencióme tu hermosura, ya soy tuya. ¿Por qué me dejas y desprecias tanto la que olvida así a un Rey?

REY.

¡Y Rey tan necio!

ARAFE.

¿Pues esas voces das? Calla la boca.

REY.

¿No quieres que dé voces?

ARAFE.

¡Calla un poco!

Ponte esa toca en esa boca.

REY.

¡Ah, cielo, pondréme aquestas manos; pero es yerro, porque de rabia comeré las manos y saldránse las voces que detengo.

JORGE.

Con triste agüero, con siniestras plantas en palacio me puso la Fortuna, pues van tan lejos del intento mío los sucesos que ofrece mi esperanza, y más poniendo agora en contingencia mi mucha lealtad, firmeza y honra.

ARAFE.

Parece que se ablanda.

JORGE.

¡Oh, vana sombra, que a mi firme propósito te atreves! Mil veces muera yo primero que una a un Rey tan noble tal ofensa intente. Celima, no te canses con un mármol, no aflijas con palabras al resuelto ni al obstinado con rogar ablandes; ni por Argán lo dejo, ni temiendo el peligro que dello me resulta, sino por ser el Rey tan noble y bueno y a quien soy por extremo aficionado, y a Dios pluguiera que su esclavo fuera y no de una mujer que...

CELIMA.

Paso, paso.

Que no me quieres, vaya en hora buena; mas que me afrentes, no, que eso no es justo; para quererte yo, como un rey eres; para afrentarme tú, como un esclavo.

JORGE.

Pues si soy un esclavo no me quieras.

CELIMA.

Voime si no te obligas a mi gusto, que aquesta noche te daré la muerte.

REY.

¿Qué te parece?

JORGE.

Suéltame, no importa que muera yo si el gusto del Rey vive.

REY.

Yo te defenderé, por Alá santo.



CELIMA.

Amigo, ¿dónde vas? Detente un poco.  
¡Ah, Jorge! ¡Ah, mi español!

JORGE.

¡Déjame, suelta!

CELIMA.

Para una hazaña vil tuviste manos.

JORGE.

Sierpe dirás, y no de pocas fuerzas.

CELIMA.

Sosiegate, que soy mujer, y aún menos,  
que no son nada los que están rendidos.

JORGE.

¡Daré gritos, por Dios!

CELIMA.

¿Gritos los hombres?  
¡Eso de gritos hacen las mujeres!

JORGE.

¡Acaba, suelta!

CELIMA.

¡Oh, perro, vive el cielo  
de no soltarte mientras tenga vida!

(*Salen el REY y ARAFE.*)

REY. ¡Sí soltarás, vil esclava,  
y por dicha con tu muerte!

JORGE. Señor, mi inocencia advierte,  
que yo excusándome estaba.

REY. Ya lo tengo conocido.—  
¡Ah, Celima!, ¿qué es aquesto?

CELIMA. Quiero responderte presto:  
ser mujer y haberlo sido.

REY. Mujer fuiste, y mujer baja,  
que jamás acierta en cosa.  
¿Eres tú aquella celosa  
que a mi fe hiciste ventaja?

¡Oh, cómo el mal pensamiento  
cuando está en mayor certeza  
suele mostrar la bajeza  
de su infame nacimiento!

¿A un esclavo por un Rey?  
Pero poco te engañabas,  
que a un Rey en obras amabas  
sólo diferente en ley.—

Español, ya eres mi amigo,  
no mi esclavo ni de Argán;  
desde esta playa hasta Orán  
parto la mitad contigo.

Dame esos honrados brazos,  
de tan buena sangre llenos;  
quizá pensamientos buenos  
me pegarán tus abrazos.

Quizá que me enseñarán  
a huir desta cruel:  
vengue este pecho, que en él  
bajezas de esclavo están.

No rehuyas, está quedo.

JORGE.

REY.

Llega ya:  
hoy en Argel, por Alá,  
reina un hombre de Toledo.

Tuyo es mi cetro y corona,  
cuando no por tu lealtad,  
por la mucha calidad  
de tu nobleza y persona;

que quien así despreció  
prenda de un Rey y tan cara,  
señal es, y señal clara,  
que es mucho mejor que yo.

¿Dónde detienes el hielo  
con que su fuego venciste?  
¿De qué montaña naciste?  
¿Hacia qué parte o qué cielo?  
¿Es posible?

ARAFE.

No lastimes  
con tus palabras, señor,  
pecho de tanto valor  
ni tanto un esclavo estimes.

REY. ¿Esclavo? El rey le verás,  
por Mahoma, si soy vivo.

JORGE. Yo, señor, soy tu cautivo,  
que no es razón que sea más.

REY. ¿Mi cautivo? Eres mi rey.  
¿Cómo mi rey? Mi Mahoma.

ARAFE. ¡Con bravo enojo lo toma!  
REY. ¡Oh, mujer, y al fin sin ley!

CELIMA. Yo me forzaré a dejarte  
de veras, y mudaré  
este traje y volveré  
a mi ley para olvidarte.

¡Oh, Rey, que ya te desamo,  
que celos ni Rey estima,  
que no me llamo Celima,  
que ya Violante me llamo!

REY. No eran esos nombres vanos,  
que con razón te llamabas  
Violante, ¡perra!, si andabas  
perdida por los cristianos.

Que el tiempo que fuiste mía  
de ser mía te preciaste,

pero ya que te trocaste  
volvió a la ley que solía.  
Por una mujer decías,  
que nunca vi, te dejaba;  
y tú a mí, ¿por quién, esclava,  
dejarme agora querías?  
¿No hablas?

CELIMA. ¿Yo, por qué?  
No dudes, aunque así estoy,  
cristiana en el alma soy,  
que aún no he perdido la fe;  
y así, do quiera que veo  
cosas de mi ley, las amo.

REY. ¿Que tu sangre no derramo  
y el fuego de tu deseo!

¿Con esa razón encubres  
tan lascivo amor? ¡Oh, Alá!  
Paso, Rey, que en eso ya  
más amor que ira descubres.

Yo la llevaré de aquí  
mientras cesan los enojos.  
REY. ¿No la vean más mis ojos!  
¡Vaya presa!

CELIMA. ¿Presa a mí?  
¿Por qué, si soy tu mujer?

ARAFE. Anda y calla.  
REY. Esté a recado.

ARAFE. ¿Y cómo! Pierde cuidado.  
¿Ella no está en mi poder?

(Llévala.)

REY. ¿Quieres, español galán,  
dejar tu ley por la mía,  
y verás desde este día  
lo que estos brazos te dan?

JORGE. Antes, si acaso te agrada  
mi servicio, ínclito Rey,  
el día que mude ley  
no te sirvas de mí en nada,  
que mal te puedes fiar  
de un hombre que así dejó  
la ley misma en que vivió  
en ningún tiempo y lugar,  
pues esto arguye incostancia,  
bajeza y mal nacimiento.

REY. Es honrado pensamiento,  
y para mí de importancia.  
Pero si estás en tu ley  
¿podréme servir de ti  
contra los tuyos?

JORGE. Yo sí,  
mientras te tengo por Rey.

REY. ¿Y no los ayudarás?  
JORGE. Ejemplos antiguos tienes  
cuando hacerme bien ordenes  
por el camino que vas.

Alfonso, rey de Castilla,  
sirvió al Moro de Toledo,  
sin otros que decir puedo  
para ejemplo y maravilla,  
que sus palabras guardaron  
puesto que en su ley vivían,  
y así el bien que les hacían  
con justo premio pagaron.

Lo que podré sólo hacer  
es tomar moro vestido,  
para no ser conocido  
y servirte a mi placer.

REY. Pues, Jorge, mudando el traje,  
eres, aunque eres mi igual,  
mi capitán general  
y el mejor de tu linaje.

JORGE. Dame, señor, esos pies.  
REY. Ven conmigo.

JORGE. ¿Y bien pagado!

REY. No detrás, ven a mi lado.

JORGE. ¡Eso no!

REY. Mi gusto es.

(Vanse.)

(Salen ARAFE, CELIA y MALAFO.)

ARAFE. En este peligro estás:  
el Rey me manda que mueras.

CELIMA. ¿A mí el Rey? ¿Por qué?  
ARAFE. No quieras  
saber de los reyes más.

Su gusto es, Celima, ley,  
aunque ahora es ley injusta,  
que, en fin, quien al Rey disgusta  
bien puede matarle el Rey.

Malafo es el mensajero  
de tu muerte y de la mía.

CELIMA. ¿Qué mejor premio podía  
esperar de un Rey tan fiero?

¿A muerte me ha sentenciado?

¡Bárbaro debe de ser!

¿No basta ser yo mujer,  
y una mujer que ha gozado?

ARAFE. Culpa tiene tu flaqueza,  
que es mucha desigualdad  
de quererle por lealtad  
o adorarle por belleza.

Al Rey vencióle virtud,  
pero a ti el deleite y vicio,

y así ha dado justo indicio  
de su ingenio y rectitud.

De tu mal salió tu bien,  
y de tu bien, por igual  
sale, Celima, tu mal.

Mira de quién y por quién.

MALAFO. ¿Mandas, Arafe, que venga  
el que ejecute su muerte?

CELIMA. ¿Que he de morir desta suerte,  
sin que en ti remedio tenga?

¿Era aquesta, Arafe amigo,  
la fe del pasado amor?

ARAFE. ¿He de ser a un Rey traidor  
por quien lo ha sido conmigo?

Ya no hay amor, todo es rabia,  
volvióse el amor crueldad,  
que no hay que esperar piedad  
la que sin ofensa agravia.

CELIMA. Los actos de la nobleza  
y su excelencia y virtud  
en sola la ingratitud  
pueden mostrar su grandeza.

Ser noble con el que es noble  
es un ordinario trato,  
ser noble con el ingrato  
arguye nobleza al doble.

Como mujer pude hacer  
ese agravio a tu paciencia,  
mira tú la diferencia  
que hay del hombre a la mujer.

Lo que más que a mí te dió  
el cielo en poco no tengas,  
que si como yo te vengas  
serás mujer como yo.

No son las armas iguales,  
los sujetos no lo son.

ARAFE. En tan flaco corazón,  
¿qué no harán lágrimas tales?

Por Alá que me ha vencido.  
Malafo, ¿qué te parece?

MALAFO. Que ella se te ofrece  
con la industria que has tenido.

Bueno ha sido levantalle  
al Rey que matalla quiere.

ARAFE. Más miedo que amor requiere  
tal desdén para ablandalle.

Por aquí la obligaré  
a llevarla donde quiero,  
que a pesar del mar espero  
poner en España el pie.

CELIMA. ¿Envías ya, por ventura,  
por el fiero ejecutor?

ARAFE. Celima, no hayas temor;  
el pensamiento asegura.

Ya que estoy enternecido  
de tu llanto y de mi amor,  
al Rey he de ser traidor  
y a ti como siempre he sido.

El Rey perdóne esta vez;  
de la muerte he de librarte,  
que en amor todos son parte  
y ninguno es buen juez.

¿Irás a España conmigo?

CELIMA. ¿Y qué otra cosa desco?

ARAFE. Con seis fragatas me veo  
y el brazo de un buen amigo.

A Nápoles ha llegado  
el rey Fernando, español;  
allá enderezo el farol  
de mi nave y mi cuidado.

Quiérole hacer un presente  
de cuatrocientos cautivos,  
y toda española gente.  
remeros y fugitivos

Volverémonos cristianos,  
y en su gracia quedaremos  
el día que le besemos  
aquellas invictas manos.

CELIMA. Has dado traza conforme  
a nuestra necesidad;  
no hay en toda la ciudad  
que por salir de prisión  
seguro queda el secreto.

ARAFE. Malafo, amigo perfeto,  
los buenos para esto son.

Mientras que a Celima embarco  
los que gusta les avisa.

MALAFO. Yo haré que acudan aprisa;  
apresta a la orilla un barco.

ARAFE. Vamos, mi bien.

CELIMA. ¿Voy contigo  
segura deste traidor?

ARAFE. Vas con las alas de amor  
a la fe de un buen amigo.

MALAFO. Aquesta ventura alabo.  
Iré a España, y con tal guía  
seré cristiano este día.

ARAFE. Calla, que viene un esclavo.

(Sale ANTONIO, cautivo.)

ANTONIO.

¡Qué cara eres de ver, oh, dulce España,  
donde me vi tan lleno de alegría  
y por quien lloro ausente en tierra extraña!



Cuando la larga edad cansada mía  
era razón que descansase, llo-ro  
el bien perdido que tener solía;  
aquí, cautivo de un alarbe moro,  
la hija llo-ro que perdida de-jo,  
de vida y honra singular tesoro.

Lleno de mal y falto de consejo  
todo es suspiros, y llorar es todo.

MALAFÓ.

Quiero avisar a este pobre viejo;  
mas gente sale, y es mejor el modo  
que de tener en librarme intente.

ANTONIO.

Sólo a llorar desdichas me acomodo.  
¡Oh, mi Laudomia! ¡Oh, sol resplandeciente  
de honestidad, ingenio y hermosura!

(Sale JORGE y dice:)

JORGE.

Por moro, en fin, me tiene ya la gente,  
y Dios sabe mejor lo que procura  
mi corazón, que de su fe se esmalta,  
invencible, inviolable, eterna y pura.

ANTONIO.

La sangre se me hiela y sobresalta.  
¿Qué tiene aqueste moro, que por ella  
sólo al mirarle corre un hielo frío?

JORGE.

Buscarle quiero porque hablemos della.—  
¿Conocéis, por ventura, padre mío,  
en vuestro baño un esclavo honrado  
de nobles canas y de hidalgo brío  
que cautivó en Valencia un renegado,  
en un lugar que Castellón se nombra?

ANTONIO.

¿Cómo se llama?

JORGE.

Antonio.

ANTONIO.

¡Ah, desdichado!

Del que buscas, señor, yo soy la sombra.

Yo soy el que temiendo el vituperio  
ausente de mi tierra estoy difunto.  
¿Por qué lo preguntáis?

JORGE.

No sin misterio.

Dame esos brazos.

ANTONIO.

El por qué os pregunto,  
siendo vos moro y yo cristiano.

JORGE.

Dadme esos brazos, abrazadme al punto.  
Yo soy un caballero toledano  
que sólo a libertaros he venido,  
aunque al principio pensamiento vano.

Casarse vuestra hija ha prometido  
con quien os diere libre, y a este efecto  
me dejé cautivar, y esclavo he sido;  
y por cierta lealtad el Rey discreto  
su general me ha hecho y su privado,  
con que su traje me vestí en efecto.

Yo os daré libertad, ¡oh, padre amado!,  
si a Laudomia me dais en casamiento.

ANTONIO.

Poco premio a trabajo tan honrado.

Digo, señor y amigo, que consiento  
en la palabra que ella dió, y recibo  
de veros tan hidalgo gran contento;  
que quien por mí se ofrece a ser cautivo  
y quiere darme libertad, merece  
más alta fama y premio más altivo.

Ahora sí que el alma misma ofrece  
los brazos que antes os negaba en vano  
el pecho, que mi espíritu agradece.

Laudomia es vuestra.

JORGE.

Dadme aque-sa mano,  
que sois mi padre y mi señor.

ANTONIO.

No es justo,  
que yo por yerno y por mi hijo os gano.

Decidme agora, para tanto gusto,  
adónde vistas a Laudomia.

JORGE.

Creo  
que es público en el mundo tu disgusto.

Estaban de Tortosa en el Aseo  
una tarde tratando deste caso  
los caballeros con igual desco.

Pasaba yo de Barcelona acaso  
y quise, por gozar de su hermosura,  
verla, pues era de Castilla el paso.

.....(1).  
Mi vida he puesto por librar la vuestra.

(1) Falta un verso después de éste que concierte  
con "hermosura" y "procura".

ANTONIO.

¡Por qué camino Dios mi bien procura!  
Será grande de hoy más la amistad nuestra  
porque tratar podamos la partida.

JORGE.

En poco tengo la Fortuna dicstra,  
su rucda tengo con el brazo asida:  
la libertad afirmo y aseguro.

ANTONIO.

Yo dejo en vuestras manos honra y vida.

JORGE.

No nos vean hablar.

ANTONIO.

Eso procuro.

JORGE.

Id en buen hora.

ANTONIO.

Adiós, hijo querido.

JORGE.

Adiós, mi padre.

ANTONIO

Que lo soy os juro.

JORGE.

¡Con qué sutil engaño le he traído  
a que piense que soy gran caballero  
y no quien paje de su yerno ha sido!

Aquello de la piedra encubrir quiero,  
que es piedra que en el pie mi vuclo abaja  
cuando tocan el círculo postrero.

Disimularme quiero, que el Rey baja.

(*Salen el REY, ARGÁN, TOSIRO, ISMAEL y CELIO.*)

REY.

¿Qué aqueso pasa, Argán?

ARGÁN.

Y que ya el perro

llevará cuatro millas de ventaja.

REY.

Si tales sierpes en mi pecho encierro,  
¿de qué me admiro?

JORGE.

Gran señor, ¿qué es esto?

REY.

¡Oh, en cuánto dar mi alma a esclavos yerro!

JORGE.

¿Quién en tal punto tu grandeza ha puesto?

REY.

Arafe, que me lleva el alma mía.  
Socorro, Jorge; a socorrerme presto  
ve tras Celima. Tú cobra a Celima (1);  
con mis fragatas hasta España corre.

JORGE.

¿Por dónde lleva la derrota y vía?

TOSIRO.

A Italia va.

JORGE.

Primero que la torre  
descubra de Marsella el vil cautivo,  
si no es que el viento en popa le socorre,  
yo daré caza al perro fugitivo.  
Ea, valientes moros, ¿quién se embarca?

ARGÁN.

Ya sabes que a servirte me apercibo.

REY.

Yo te haré si le vencas gran monarca.

JORGE.

¿Qué fragatas habrá?

ARGÁN.

Seis.

JORGE.

Caminemos.—

¡A costa, a costa, Amir, daca la barca!

ISMAEL.

Con tan buen capitán todos iremos.

JORGE.

Municiones y gente se aperciba;  
rompa velas el aire, el agua remos.

REY.

¡Ay, Celima, mi bien! ¡Ay, mi cautiva!

~~~~~

### ACTO TERCERO

(*Tocan cajas y salen en orden, con banderas, cautivos cristianos presos, ARAFE atado, MALAFO y CELIMO, ARGÁN, ISMAEL, JORGE y CELIMA detrás de todos.*)

JORGE. Dad una vuclta a palacio  
aunque el pueblo nos desca,  
y para que el Rey me vca

(1) "Celima" es rima imperfecta de "mía" y "vía".

tocad la caja despacio.  
 ARGÁN. Mas ya con el sobresalto  
 se sueña que sale a verte.  
 JORGE. Hagan alto desá suerte.  
 CELIMA. Junto al balcón harán alto.  
 (*Sale el REY y acompañamiento.*)  
 REY. A tan fuerte y gran soldado  
 con los brazos le recibo.  
 JORGE. Yo, señor, soy tu cautivo  
 y hechura a quien ser has dado.  
 Inflúyesme como el sol  
 esta virtud que en mí crece.  
 REY. ¡Qué bien, Jorge, se parece  
 que sois, en fin, español!  
 ¿Defendióse el enemigo?  
 JORGE. Antes luego conocí  
 que era, Rey, tu esclavo yo.  
 REY. Confieso que eres mi amigo.  
 ¿Qué se hizo la cruel?  
 JORGE. Deste caso arrepentida  
 viene a ofrecerte alma y vida.  
 REY. ¿Y Arafe, qué hiciste dél?  
 JORGE. Vesle allí, señor, atado.  
 REY. ¿Pues allá faltaba entena,  
 que a buscar vienes almena  
 de donde quede colgado?  
 JORGE. Antes por merced te pido  
 que a los cautivos y a él  
 des libertad.  
 REY. ¿A un cruel  
 que como ves me ha vendido  
 y a mil fugitivos perros?  
 JORGE. Dales libertad, señor,  
 si este yerro es por amor,  
 dé amor quien castiga yerros.  
 En poco a Celima estima  
 quien culpa a este loco pone,  
 pues no hay maldad que no abone  
 el ser la causa Celima.  
 Mira, señor, qué hicieras  
 en el peligro en que está.  
 REY. Discreto eres, por Alá;  
 cuerdamente consideras.  
 Pero entre tanto que advierto  
 lo que yo hiciera por ella  
 si la viera ingrata y bella  
 y a mí desdeñado y muerto,  
 pongan su cuerpo en un palo  
 de ese traidor.  
 JORGE. ¡Eso no!,  
 tu mismo amor le venció,

contigo mismo le igualo.  
 Aquesto has de hacer por mí  
 en premio desta jornada.  
 REY. No puedo negarte nada,  
 esto y más haré por ti.  
 Que si moro como el traje  
 ese pecho heroico fuera,  
 por Alá que el mundo viera  
 Rey de Argel de tu linaje.  
 Casárate con mi hermana,  
 y quedaras mi heredero.  
 JORGE. Ser tu esclavo, señor, quiero  
 y seguir mi ley cristiana,  
 que mi deseo es vivir  
 sin premio y por voluntad.  
 REY. ¡Alto! Ya os doy libertad.  
 CELIMO. Ya todos os podéis ir.  
 CAUT. 1.º ¿Gentil libertad a fe  
 volvernos a la prisión!  
 CAUT. 2.º ¿De la vida no es razón?  
 CAUT. 3.º ¿De vida a muerte, por qué?  
 ISMAEL. ¿De Arafe qué mandas?  
 REY. Dalde.  
 libertad.—Y tú, mi ingrata,  
 dásela a un Rey y desata  
 el lazo que hiciste en balde.  
 ¿Para qué me haces tiros,  
 y de qué sirve alejarte  
 de un Rey que puede alcanzarte,  
 a lo menos con suspiros?  
 ¿Dónde te llevan las velas  
 contra las de mis cuidados?  
 ¿Qué pensamientos osados  
 te dieron alas y espuelas?  
 ¿A qué tierra mejor ibas  
 que ésta que ahora dejabas?  
 ¿Tierra extranjera buscabas  
 y de la propia te privas?  
 Si por ser Rey no merezco  
 y andas a buscar tu igual,  
 el alma que miras mal  
 ¿con qué mejor lo parezco?  
 Que como de esclavos veo  
 que andas siempre tan amiga,  
 quiero que esclava se diga  
 y ser esclavo deseo.  
 CELIMA. Si me faltaba tu amor,  
 ¿con qué me puedes culpar?  
 Si me quisiste matar,  
 ¿no es bien que tenga temor?  
 Si me sentencias a muerte,  
 ¿es mucho guardar la vida,



cosa natural y asida  
al alma en nudo tan fuerte?  
Si ya me traen el cuchillo,  
¿es mucho rehuír el cuello?  
REY. Pues yo no me acuerdo dello,  
no te acuerdes de decillo.  
CELIMA. Son efetos de la ira,  
que pasada se arrepiente.  
REY. ¿Yo matarte?  
CELIMA. Llanamente,  
diga Arafe si es mentira.  
ARAFE. Yo pensé que lo mandabas.  
como tal causa tenías.  
REY. ¿En mi alma te metías?  
¿Mis pensamientos juzgabas?  
¡Muera, Jorge, ese villano!  
JORGE. Tente, que le has perdonado;  
tu palabra has obligado,  
sosiega otra vez la mano.  
REY. ¡Oh, Jorge, qué no podrás!  
CELIMA. Basta, ya estoy satisfecha;  
el yerro con la sospecha  
hizo en creérselo más.  
REY. ¿De mi mucho amor pensaste  
tal crueldad?  
CELIMA. Díome ocasión...  
JORGE. Ea, cese la quistión.  
Si te fuiste, ya tornaste:  
Nunca el amor es mayor  
que después de algún engaño,  
porque dura todo el año  
la paz de aquel desamor.  
Celima, el Rey se arrepiente;  
Celima, el Rey se engañó;  
ya que soy tercero yo,  
sed amigos llanamente;  
que entrambos lo deseáis,  
o yo no entiendo de ojos:  
mejor trataréis de enojos  
donde a solas os veáis.  
REY. Dile, Jorge, dile deso,  
que estoy muy enamorado.  
CELIMA. Y está conmigo acabado.  
REY. Y conmigo, ¡bueno es eso!  
JORGE. ¡Ea, vuélvanse a enojar  
en agravio del tercero!  
REY. ¡Por Alá, Jorge, que muero,  
no dejes de porfiar!  
CELIMA. Mañana me matará  
por otra igual niñería.  
REY. Viendo aquesta compañía  
mañana otra vez se irá.

JORGE. Bien puedes fiar de mí.  
Haz que aquesto se concluya.  
CELIMA. Ea, señor, yo soy tuya.  
¿Qué me quieres? Vesme aquí.  
REY. Quiero abrazarte y quererte;  
a mi amor te restituyo.  
Digo, mi bien, que soy tuyo.  
CELIMA. Y yo tuya hasta la muerte.  
REY. Vamos luego, que los tres  
hemos de comer juntos.  
JORGE. ¿Yo, señor?  
REY. Dejemos puntos.  
JORGE. Basta; yo estoy a tus pies.

ARGÁN.

¿Qué os parece de aquesto?

ARAFE.

¡Estoy suspenso!

ARGÁN.

¿Puédote hablar?

ARAFE.

Malafo (1) nos escucha,  
leal amigo y de fiel secreto,  
que los demás al Rey acompañaron.

(*Vanse todos; quedan ARGÁN, ARAFE y MALATO.*)

ARGÁN.

Traje a este perro en nombre de cautivo  
para que librra de Laudomia el padre  
y casarse pudiera con Laudomia,  
ya te acuerdas, de aquella valenciana.  
Solicitarne prometió a Celima,  
que sabes tú lo que a Celima quiero.  
Es el perro sagaz, diestro y astuto,  
es español y de Toledo.

ARAFE.

Basta,  
no lo encarezcas más, conocí a Jorge.

ARGÁN.

Hizo aquella invención por donde ha sido  
la privanza del Rey, su vida propia.  
Al fin es novedad que ahora sigue  
y que por otra dejará mañana.

ARAFE.

Ya temo tu caída.

ARGÁN.

Siempre es cierta,

(1) En el original dice, por errata, "Paladio".

porque el menor descuido entre los príncipes lleva tras sí mil años de servicio.  
 Pedí a Jorge en haciendo aquesta empresa que al Rey de tal manera desviase del amor de Celima, que tuviesen en su desprecio premio mis trabajos; halo hecho cual ves el falso amigo, extraño en ley, extraño al fin, en todo; mas no se logrará con su privanza, que yo procuraré quitarle della.

ARAFE.

Si hubiese modo, Argán, de mí confía, que es poco aventurar la vida sola.

ARGÁN.

Yo lo tengo pensado.

ARAFE.

¿De qué suerte?

ARGÁN.

Este español, Arafe, este cristiano, como dice el proverbio, tiene asida la punta de los cuernos de la luna y ha de morir hasta subir sobre ella. Es aquesta nación tan arrogante, que me admiro mil veces que Alejandro fuese de Macedonia y no de España, porque es muy de españoles la soberbia de no se contentar con todo el mundo. Emprendamos los dos a dalle un tiento sobre si quiere ser rey nuestro y dalle al Rey la muerte, que otros muchos reinos han dado la codicia y tiranía, que tan grande interés y su soberbia no dudes de qué hará muy buen efeto.

MALAFO.

El efeto de aquesto está seguro, que yo le he visto ciertas ocasiones que no promete menos altiveza. Mas, ¿qué piensas hacer cuando él consienta?

ARGÁN.

Darle al Rey cuenta y acabar su vida.

ARAFE.

Bien dices. ¡Rara industria!

MALAFO.

¡Extraño caso!

ARAFE.

¡Bello discurso!

ARGÁN.

Aquí, Malafo, quede para avisar a los demás amigos.

ARAFE.

¿Habrà comido el Rey?

ARGÁN.

Si se recoge, es la ocasión mejor, porque en la sala intentaremos el primer asalto.

ARAFE.

¿Qué habrá que por reinar un hombre intente?

ARGÁN.

Dices verdad, y más aquesta gente.

(*Vanse; queda MALAFO.*)

MALAFO. Si éste tiene la fortuna tan firme que no ha de haber jamás menguante en su luna, en su firmeza ha de ser esta máquina ninguna.

Pero cuando estuvo queda no ha habido quien tanto pueda que pudiese echalla un clavo, mal podrá con un esclavo y quebrarle la rueda.

(*Sale el REY y CELIMA.*)

REY. Saquen un estrado aquí, pues te agrada el corredor.

CELIMA. Bien estaremos así.

REY. ¿Es Malafo?

MALAFO. Sí, señor.

¿En qué te sirves de mí?

REY. Haz retirar esa gente y ninguno entrar intente hasta que demos aviso, que estoy en mi paraíso después de un año de ausente.

CELIMA. Contento me da escucharte y verte, señor, tan tierno.

REY. Quien tiene en tu gloria parte después de un año de infierno, ¿qué menos tierno ha de hablarte?

No sé en qué están tus contentos, que adoro tus pensamientos por esas manos ingratas; con tus crueldades me matas, que no con recogimientos

CELIMA. Pues yo para mi intención te quisiera riguroso,

no fácil de condición,  
que por ser tan amoroso  
no agradezco tu pasión.

Tienes amor repartido,  
y así no es agradecido,  
que a todos tienes amor.

REY. Ese es, mi alma, tu error;  
sólo tu amor he tenido.

CELIMA. ¿Quieres ver tu condición  
y mucha facilidad?  
Que a un esclavo, sin razón,  
das en hacer amistad,  
contra tu reputación.

REY. Alza esa mano, mi vida,  
que en haberle yo estimado  
yo pienso que eres servida.

CELIMA. ¿Por qué?

REY. Por haberle amado  
quien es de mí tan querida.

Como quererle te vi,  
luego al punto conocí  
que era el quererle yo justo,  
por no despreciar el gusto  
de quien quiero más que a mí.

CELIMA. Tráesme aquesas memorias  
no más de para afrentarme.

REY. Antes cuento tus vitorias,  
que en matarme y deshonrarme  
crecen mi amor y tus glorias.

Por esos tiros te adoro,  
que a guardarme tú el decoro  
no te quisiera tan bien;  
mucho amartela un desdén,  
de un agravio me enamoro.

(Sale JORGE.)

JORGE. Traigo un negocio importante,  
señor, que tratar contigo.

REY. ¿Será Celima testigo?

CELIMA. No quiero yo estar delante  
de un hombre tan mi enemigo.

REY. Espera.

JORGE. Quiéreme mal;  
no volverá.

REY. ¿Pues qué quieres?

JORGE. Es tan propio y natural  
como ser tú, Rey, quien eres,  
ser yo tu esclavo leal.

REY. ¿Cómo?

JORGE. Rey quieren hacerme  
los moros de tu privanza  
y esa corona poncrme.

¡Presto hizo su mudanza  
Fortuna para perderme! (1)

Si de veras lo han tratado,  
tanto soy más desdichado,  
y no conviene a este nombre  
tener en tu casa a un hombre  
para esto ocasionado.

Desdichado del que priva,  
que con tantos hace chanzas,  
aunque como un ángel viva:  
acorta sus esperanzas  
esta envidia vengativa.

Mira y juzga que les di  
la vida, y en contingencia  
la mía ponen aquí.

Dame, gran señor, licencia  
y que cese aquesto así,

que quiero partirme a España  
y volverme a ser quien soy.

REY. ¡Por Mahoma, cosa extraña,  
y que tengo de ver hoy  
quién te busca o quién te engaña!

Y mira lo que te advierto:  
que del mismo español puerto  
a los baños donde estás  
te haré volver si te vas,  
o preso, o por fuerza, o muerto.

Que yo estimo tu lealtad,  
y cuando te vayas quiero  
que te vea esta ciudad  
y que salgas como espero  
y muy con mi voluntad.

JORGE. ¿Deso recibes enojos?  
Quebraréme yo los ojos  
primero que te los dé:  
yo vengo a empeñar mi fe  
y a ofrecerte estos despojos.

Y juro de no me ir  
sin licencia tuya un paso,  
ni aun del palacio salir.

REY. Mucho he sentido este caso,  
y es caso para sentir.

¿Cómo podré estar presente  
a lo que intenta esta gente?

JORGE. De esa cortina te encubre,  
y verás lo que descubre  
su envidia y su pecho siente.

Verás su poca amistad  
y mi lealtad, que, en efeto,  
es invencible lealtad,

(1) En el original, por errata, "prenderme".



y entre su oscuro respeto  
resplandece mi verdad.

Verás cual lo veo yo  
en la privanza adorada,  
mar que espuma me crió  
para convertirme en nada,  
como de nada nació.

Y verás con mi inocencia  
la envidia y mala conciencia  
del autor de aquesta hazaña:  
para que me vuelva a España  
tú propio me das licencia.

REY. Jorge, yo no me detengo  
en que tu persona abones,  
ni he menester ni prevengo  
abono de tus razones,  
pues de tus obras le tengo.

Yo sé que a peligro estás  
porque envidia a todos. das  
de lo que Dios hizo en ti;  
pero guárdate de mí  
si sin licencia te vas.

Cuando no fuera dichoso  
ese tu valor que asombra,  
hiciera a un rey envidioso,  
porque la envidia es la sombra  
de la luz del virtuoso.

¿Quién como tú rige un freno  
del más soberbio caballo?  
¿Quién como tú más sereno  
sabe corcello y parallo  
y imita en su curso al trueno?

¿Quién todas las armas juega?  
¿Quién por la mar que navega  
o por la tierra que anda  
mejor vence, rige y manda  
ni a Celima el rostro niega?

Pero tórnote a avisar  
que no te has de ir sin licencia,  
que me podrás enojar.

JORGE. No haré de tu tierra ausencia  
mientras te diere pesar.

Sin licencia no saldré,  
señor, de palacio un pie.  
Pero escóndete, camina.  
¿No escuchas?

REY. Desta cortina  
cubierto, Jorge, estaré.

*(Escóndese el REY y salen ARGÁN, ARAFE y moros de  
acompañamiento que traen la corona y cetro.)*

ARGÁN.

Esta corona es digna, español fuerte,

de tus ilustres sienes, y este cetro  
desas reales e invencibles manos.

ARAFE.

Hoy serás nuestro Rey, y darás muerte  
al que es de Argel y de la vida indigno.

CELIMO.

¡Viva mil años, caballeros! ¡Viva  
el nuevo Rey de Argel!

Todos.

¡Viva mil años!

REY.

¡Oh, infames moros, bárbaros genízaros,  
mal nacidos, cobardes e infieles,  
injustos, atrevidos, codiciosos!  
¿Ansí matáis a vuestro Rey legítimo  
y dais el reino a un extranjero mozo?  
¿He sido yo tirano, por ventura,  
o fué este cetro de Celín, mi abuelo,  
y cuatro siglos antes descendiente  
de padre a hijo, de real linaje?

ARGÁN.

Para dar a entender lo que le amas  
y conocer mejor su pensamiento,  
o por mejor decir saber el suyo,  
se ha hecho la invención que estás mirando;  
que apenas él dijera: "Yo lo aceto",  
cuando luego supieras todo el caso.

REY.

¡Cuán presto confesasteis vuestra envidia!  
Pero en efeto son misterios altos,  
reservados al orbe de los ciclos,  
que éste era digno de ser Rey, y el hado,  
aunque de burlas, no le niega el cetro,  
yo me huelgo de verle en este punto.  
Llegad todos allí; besad sus manos  
y obedecedle como a mi persona.

ARAFE.

Danos las manos, pues que el Rey lo quiere.

JORGE.

Mejor será que las besemos todos  
al Rey airado, porque no os castigue.—  
Perdonad, gran señor, aquesta gente,  
que nunca el león castiga a los humildes.

REY.

Alzad del suelo, que por serlo tanto  
podrás hacer un imposible fácil,

y hallar puerta a mi enojo sin la muerte  
de quien tan bien la tuvo merecida.—  
¡Idos todos de aquí, perros cobardes;  
salíos luego del palacio presto!

ARAFE.

Intento es vano, moros, por Mahoma,  
contrastar (1) la ventura deste paje.

ARGÁN.

¡Desesperado voy!

ARAFE.

¡Yo voy corrido!

REY.

¡Que de tantas maneras eres bueno,  
que aun bien procuras a quien mal te hace!

JORGE.

Es de cobardes, aunque sea muy justo,  
la venganza, señor, por mano ajena,  
y en estos es infame la venganza;  
¿y qué mayor venganza que su envidia?

REY.

Bien dices, Jorge. Pídeme mercedes,  
que hoy no pienso negarte cosa alguna:  
escoge oro, piedras, plata, grana,  
y todo lo que no es Celima pide.

JORGE.

Sólo pido, señor, humildemente,  
des libertad a dos cautivos pobres  
que de allá de la patria los conozeo  
y me han pedido esta merced con lágrimas,  
que en efeto en España tienen prendas.

REY.

¿Dos cautivos no más? Dóitelos luego.  
Aun en pedir a un Rey eres humilde.  
Mira, Jorge, si quieres otra cosa.

JORGE.

No más de que los veas y conozcas  
y a que te besen esas reales manos  
en prendas del favor que les has hecho.

REY.

Diles que vengan luego.

JORGE.

Voy por ellos,  
que se han de holgar de verte y tú de vellos.

(Vase JORGE.)

(1) En el original, por errata, "conquistar".

REY.

¡Qué justa es la privanza  
del virtuoso en los reales pechos!  
¡Dichoso el Rey que alcanza  
fiel servicio y no tiranos pechos,  
que no hay tesoro, digo,  
como el consejo del discreto amigo!

El bien comunicado,  
es propiamente bien, que este gobierno  
quiere de su cuidado  
hablar tal vez con el amigo tierno.  
Y por decir verdades,  
las privanzas, ¿qué son sino amistades?

El hombre sabio y dino,  
el hombre venturoso, cuerdo y fuerte,  
es un rey no divino  
que del trabajo temporal advierte.  
Mas, ¿quién te pondrá freno,  
¡oh, envidia!, de que el mundo está tan lleno?  
(Sale JORGE con santambarca y calzones de angeo  
como cautivo y el capitán ANTONIO.)

JORGE. Los dos cautivos, señor,  
vienen a besar tus pies  
por el presente favor.

REY. Jorge, ¿qué es esto?

JORGE. Esto es  
tu palabra y tu valor.

Sin licencia prometí  
que no saldría de aquí.  
Licencia, señor, me has dado.

REY. ¿Yo licencia? Hasme engañado,  
que dos esclavos te di.

JORGE. El uno dellos soy yo,  
si dos esclavos me diste.

REY. ¡Por Alá, que me engañó!—  
¡Oh, Jorge, cuanto supiste  
la libertad te enseñó!

Pero hacerte yo mi igual,  
mi amigo, mi general,  
¿no es libertad?

JORGE. Bien lo fuera  
si yo libertad tuviera  
de otro poder celestial.

Rey, no es mi patria ocasión  
para perder tu amistad,  
aunque era justa razón,  
porque aunque ésta es libertad  
tiene valor de prisión;  
sino un amor insensible (1),

(1) "Insensible" no parece calificativo propio;  
quizá debería decir "increíble", "indecible" u otro  
semejante.

que con un fuego invencible  
me tiene el pecho abrasado,  
y aunque lo he disimulado  
ya, señor, es imposible.

Sé que tienes de mi dama,  
por Arafe y por Argán,  
de todo noticia y fama.

REY. ¿Es tu hija, Capitán,  
la que Laudomia se llama?

ANTONIO. Mi hija es, Rey, como sabes,  
y éste que por ella ha hecho  
hoy las hazañas más graves  
que han visto en humano pecho  
de amor los ojos suaves.

Que viendo que preto vivo  
en hábito de cautivo,  
me ha venido a libertar.

REY. ¡Oh, buen Jorge, hasta en amar  
eres valiente y altivo!

Por otra causa ninguna  
te diera aquesta licencia,  
por la soberana luna,  
ni permitiera tu ausencia,  
que me ha de ser importuna.

Pero di: si te la doy,  
¿no me volverás a ver?

JORGE. Harélo a fe de quien soy,  
so pena de no lo ser.

REY. Basta; satisfecho estoy.

Bien al alma me ha llegado;  
mas por ser cosa de amor  
conmigo estás excusado:  
Rey dejas por rey mayor,  
de servicio vas medrado.

Pero mira cuán de asiento  
y con qué gusto y contento  
a tus virtudes me inclino,  
que quiero ser el padrino  
de tu alegre casamiento.

Ir contigo es cosa clara.

JORGE. A permitillo mi ley  
no dudes que lo acetara,  
que ya yo me he visto rey,  
y era bien que un Rey me honrara  
para mí y aun para él.

REY. ¿Quieres mejor Rey de Argel  
que aquel que en mi pecho reina?  
Mi hermana pierde el ser reina  
y tú de reinar en él.

Mucho esa tu ley te debe.

JORGE. Para reinar por mal modo  
ningún interés me mueve.

REY. Pues mira, Jorge, de todo  
lo que más tu gusto apruebe  
para llevar a Valencia,  
que sólo soy mayordomo  
de tu hacienda en esta ausencia.

JORGE. Solo, señor, tu licencia  
De toda tu hacienda tomo.

REY. Pues quieres que yo te dé,  
ciento y veinte mil ducados  
en monedas te daré,  
y seis bajeles cargados  
de cuanto en Argel se ve.

JORGE. Truécame aqueso dinero  
en esclavos, gran señor,  
que soy cristiano y no quiero  
que España llame traidor  
a su hijo más verdadero;

Que como sabes quité  
a Arafe cuantos llevaba  
y a tu alcázar los torné.  
REY. ¿Cuántos a España pasaba?  
JORGE. Hasta trecientos conté.

REY. Pues dente el mismo dinero,  
y quinientos los mejores;  
cama también darte quiero,  
alcatífas de colores  
y un cofre de ropa entero.

Y a tu esposa de mi mano  
llevarás un león albano,  
con un collar de diamantes,  
símbolos bien semejantes  
al valor de tal cristiano.

Y aun con esto no restauro  
lo que debo a tu valor,  
digno de corona y lauro.  
JORGE. ¡Oh, invicto pecho, mayor  
que el de Alejandro y Escauro!

Nuevo Alfonso y nuevo Augusto,  
dame aquesos pies, que es justo.

REY. ¡Oh, Capitán, qué hijo cobras!

ANTONIO. Ya he visto, señor, sus obras.

REY. ¿Qué rey no envidia tu gusto?

Mas Laudomia lo merece,  
porque a tan gran hermosura  
muy justamente se ofrece.

ANTONIO. Con todo, es mucha ventura  
lo que a los dos enriquece.

REY. Yo te quiero acompañar,  
que pienso verte embarcar.

JORGE. No quiero contradecirte,  
que obedecerte es servirte.

REY. Ya te comienzo a abrazar.



(*Vanse, y salen SERVIO y RIBERIO.*)

RIBERIO. No pienses que ha sido poco, Servio, el haber conquistado este puerto y monte helado, que a tanta humildad provoco.

No pienses que poco ha sido con sufrimiento tan cuerdo haber recibido acuerdo este riguroso olvido.

No pienses que poco fué haberse movido un tigre a tiempo en que no peligre entre mi vida y mi fe.

Ni pienses que poco estimo haber puesto en sujeción su rebelde corazón para el bien a que me animo.

Mía, en fin, será la joya.

SERVIO. A proverbio singular, tardóse Troya en tomar, pero al fin tomóse Troya.

RIBERIO. Quien tal posesión alcanza, bien conquista, bien porfía (1).

SERVIO. En fin, ¿qué ha dicho de ti?

RIBERIO. Para la boda ha faltado no haber mi hermana llegado, que hoy pienso que llega aquí, que ha diez días y no más que partió de Barcelona.

SERVIO. Es muy digna tu persona del bien que esperando estás; que en el tiempo que has vivido y esta casa gobernado, muy poco menos se ha echado su antiguo señor perdido.

Todos tenemos en ti el buen Capitán presente, y te amamos igualmente.

RIBERIO. ¡Quiera Dios que vuelva aquí!

Ya he dado un grande rescate a los padres Mercenarios, con los medios necesarios para que luego se trate, y llevan también aviso del presente desposorio.

SERVIO. Bien es que le sea notorio, aunque él lo pidió y lo quiso.

(*Entra PALADIO de camino.*)

PALADIO. ¡Dame albricias!

RIBERIO. ¡En buen hora!

Seas, Paladio, bien venido.

Mucho os habéis detenido.

¿No viene buena Leonora?

PALADIO. Buena viene, y vive Dios que tengo por cosa llana que es ángel en forma humana. Mucho os parecéis los dos.

Gran viaje hemos traído, aunque he dado en bandoleros.

RIBERIO. ¿Bandoleros?

PALADIO. Y aunque fieros tu nombre los ha vencido.

RIBERIO. ¡Brava cosa! ¿Y dónde queda?

PALADIO. Con Laudomia queda ya.

RIBERIO. ¿Que dentro de casa está?

PALADIO. Tu humildad y ingenio hereda.

No quiso que te avisara para excusar que saliera Laudomia del pueblo afuera y el mundo se alborotara.

RIBERIO. ¡Hame hecho gran placer!

PALADIO. A verte vienen las dos.

(*Sale LEONORA de camino, y con ella LAUDOMIA.*)

RIBERIO. ¡Mal galán hago, por Dios!; con vos solíalo ser.

Perdón os quiero pedir antes que os pida los brazos.

LEONORA. La gloria destos abrazos hasta aquí me hacen venir.

Conmigo estáis excusado, porque cuando de tal prenda es razón que la defienda sin dejarla de su lado.

LAUDOM. Quien a vuestro hermano ya y a su discreción no pudo hallar defensa ni escudo, ¿ahora con vos qué hará?

Apenas me defendía de uno; ¿qué haré de dos, y más, Leonora, con vos, que sois toda cortesía?

LEONORA. La vuestra, Laudomia hermosa, es dese nombre capaz.

RIBERIO. Bueno será poner paz en vuestra guerra amorosa.

Entremos donde se traten con tal huésped nuestras bodas, para que se acaben todas las que ahora me combaten.

Que sola vuestra presencia,

(1) Faltan dos versos a esta redondilla.

que ya, mi Leonora, veo,  
al bien de un largo deseo  
ha quitado la paciencia.

LEONORA. Péame que yo haya sido  
la que lo haya dilatado.

RIBERIO. Antes vos lo habéis doblado  
con haberla diferido.

LAUDOM. Eso sí: decíos los dos;  
sólo escucharos me agrada,  
que yo como desposada  
estoy muy necia, por Dios.

Huélgome que haya venido  
de quien vos os defendáis.

RIBERIO. Y por quien vos no podáis  
dilatár el bien que os pido.

Servio, aderece la cena  
y apreste (1) aposento luego.

SERVIO. Bien puedes tener sosiego.

RIBERIO. No le ha de tener mi pena.

(*Vanse.*)

(*Sale JORGE de moro, ANTONIO de esclavo,  
BELARDO de cautivo.*)

ANTONIO.

Llegado habemos, Jorge, a salvamento.

JORGE.

El atalaya pienso que ha sentido  
de la barra el ligero movimiento  
y los usados fuegos encendido.

ANTONIO.

¡Oh, amada España, qué mayor contento  
que haberme yo en tus brazos acogido!  
Tu playa beso: hoy tanto me provoca,  
que cuento tus arenas con la boca.

JORGE.

El mar adentro quedan las fragatas,  
y pues los tres no más salido habemos  
por entre estos escollos, hierba y matas,  
hacia la villa caminar podemos.

ANTONIO.

Ya que de hacerles este engaño tratas  
y que a mi hija sobresalto demos,  
vaya de paz Belardo a prevenilla  
y no te alejes tú de aquesta orilla.

BELARDO.

¿Qué quieres que le diga?

(1) En el original dice "apercibe", que no hace sentido y alarga el verso.

ANTONIO.

Que ha llegado  
un general del Rey de Argel al puerto  
con el perdido padre que ha llorado  
para tratar con ella del concierto,  
y que de su palabra asegurado  
y de la fe de su remedio cierto,  
irá en persona propia a lo que digo  
y que la llevará a vivir consigo.

que con esto los dos podremos vella  
pidiéndole un rescate encarccido;  
a cuya pena, que es forzosa en ella,  
yo la diré como eres su marido.

JORGE.

¡Oh, mi padre y señor, muero por ella!  
Tu esclavo soy, humilde y encogido;  
todo el tesoro que el Argel me ha dado  
para Laudomia está depositado.

Toma aqúese dinero, todo es tuyo;  
saquea esas fragatas a dos manos;  
cubre de perlas y oro el cuello suyo;  
dales tú libertad a esos cristianos;  
a ti como a su dueño restituyo  
esos tesoros de la tierra vanos.  
Dame aquel ángel de Laudomia sola,  
que es oro en que mi alma se acrisola.

ANTONIO.

Hijo, Laudomia, yo y mi pobre hacienda  
y cuanto el Rey te ha dado tuyo es todo;  
pues eres dueño de la mejor prenda,  
de aquésta lo serás del mismo modo.  
Belardo parta, y lo que digo entienda.

BELARDO.

Con el viento mis plantas acomodo.

ANTONIO.

Vente a la barca a descansar conmigo.

JORGE.

¡Oh, padre! ¡Oh, suegro! ¡Oh, mi señor y ami-  
go!

(*Vanse; salen RIBERIO y LAUDOMIA.*)

RIBERIO. De la gloria deste día  
no sé a quién le debo más:  
a ti, que ese bien me das,  
o a mi esperanza y porfía.

Que aunque todo a ti se debe,  
lo que he pasado y sufrido  
medio e instrumento ha sido  
de la piedad que te mueve.

Porque según es la gloria  
del haberte merecido,  
aún es poco lo sufrido  
para tan alta vitoria.

LAUDOM. No ha sido mi desamor  
la dilación deste día,  
que no es menester porfía  
de un amor para otro amor;  
sino el padre ausente y preso  
de quien has dado el rescate.

RIBERIO. Yo espero en Dios que se trate  
muy presto su buen suceso.  
y que te ha de agradecer  
el casamiento que has hecho,  
pues sólo tendrá en su pecho  
verte sola y ser mujer.

Míralo en los parabienes  
que todo el lugar te da.

LAUDOM. Eso, mi señor, será  
por los méritos que tienes.

Que antes a toda la gente  
mal indicio había causado  
el haberme yo casado  
estando mi padre ausente.

No ha sido consejo sabio  
no aguardar su parecer,  
que me tuvo por mujer  
y hago a su ausencia agravio.

Mas, ¿quién ha de resistir  
la conquista que me has hecho?

RIBERIO. ¡Hoy quieres romper mi pecho  
y le quieres consumir.

¿Hoy hablas, mi bien, de agravios?

¿Hoy, que gozo tus despojos,  
lágrimas veo en tus ojos  
y lástimas (1) en tus labios?

¿De dos horas de casada  
te muestras arrepentida?

LAUDOM. Eso no; en toda mi vida  
vi cosa tan bien pensada.

Que al que es breve casamiento  
y no se previene así,  
luego, tras el mismo sí,  
viene el arrepentimiento.

Mas yo, que en un año firme  
vi, pensé y hice experiencia  
de tu amor, honra y prudencia,  
¿cómo puedo arrepentirme?

RIBERIO. No sé si es buen pensamiento

decir, aunque te avergüences,  
que con verdad no me vences,  
sino con entendimiento.

No sé si me quieres bien,  
mas bien lo sabes decir.

LAUDOM. Gran yerro fuera fingir  
y engañarme a mí también.

(Sale SERVIO.)

SERVIO.

No hay seguro placer en este mundo,  
que presto al sol del bien y del contento  
cubre el nublado de pesar y llanto,  
y en la apacible música del tálamo  
suenan las voces del lloroso túbulo.

¡Oh, gran Riberio, el día de tus bodas  
se ha cubierto de luto el Himeneo!

El General de Argel está en la playa  
con un famoso ejército de alarbes,  
en que ya por lo menos son seis velas,  
sin las que en alta mar no se habrán visto.

(Sale PALADIO.)

PALADIO.

No es tanto el alboroto como suena.  
Todas las velas, General y moros  
que sobre Castellón dicen que vienen,  
se ha resuelto, señor, en que un cautivo  
pide licencia para entrar a verte.

LAUDOMIA.

¿Cautivo? ¡Ay, Dios, pues entre!

RIBERIO.

Dile que entre,  
que el corazón me dice que es tu padre.

(Sale BELARDO y dice:)

BELARDO.

El General de Argel, Laudomia bella,  
y de Selín, su rey, el gran privado,  
pide licencia para tomar tierra  
y venirte a besar las bellas manos  
a intento de tratarte del rescate  
del capitán Antonio, padre tuyo,  
que dice que también traerá consigo.

LAUDOMIA.

¿Mi padre? ¡Ay, Dios! Riberio, señor mío,  
permítele que venga y que le traiga,  
pues que de ningún daño causa ser te puede.

RIBERIO.

Ve, cautivo, en buen hora y dile luego

(1) En el original dice "y lástimas veo en tus labios", donde se alarga el verso sin necesidad.



al General que como venga solo  
podrá tener por huésped a Laudomia  
y descansar del mar en esta casa,  
donde será de todos regalado  
lo poco que aleanzaren nuestras fuerzas;  
mas que no ha de saltar hombre nacido,  
pena de que saldremos con las armas,  
como quien justamente traición piensa.

BELARDO.

Seguro queda, y tú también, señora,  
que no os amaneció jamás tal día,  
porque de aquesta vista se os espera  
el bien más alto que en la edad presente  
el cielo ha dado a pensamiento humano,  
que a la imaginación excede y vence  
y no es capaz de tan suprema gloria.

LAUDOMIA.

¡Y cómo si lo es el ver mi padre!  
Ve, cautivo, por Dios, y de mi parte  
al General mi casa le asegura,  
y si por dicha quiere algún rescate  
cien hombres le daré que en la mar tenga.

BELARDO.

No quiere ahora más de tu palabra.  
Yo le voy llamar.

(Vase.)

RIBERIO.

¡Grande nobleza!

Pero con todo eso, este hombre es moro,  
y fuera yerro confiar de un bárbaro.—  
Ve, Servio amigo, y tóquense las cajas,  
pónganse a punto los soldados todos  
y estén en escuadrón treinta caballos  
por la puerta que entrare, y luego ciérrese.  
Fuera deso, también el pueblo alerta;  
con las armas estén siempre en las manos,  
que quien el daño por venir previene  
segura tiene la defensa.

SERVIO.

En todo  
quiero seguir tu mandamiento y orden.

RIBERIO.

Jamás la confianza acertó en cosa,  
ni a nadie fué la prevención dañosa.

(Sale LEONORA.)

LEONORA. ¿Qué estruendo de armas y espas  
es este, hermano, que suena? [das

¿Qué caja que el pueblo atruena  
y qué piezas asentadas  
por entre almena y almena?

¿Ansí celebras tus bodas

RIBERIO. Regocijense aquí todas  
las honras con esta fiesta:  
es playa y frontera aquesta.

LEONORA. ¡A buen lugar te acomodas!

¿Y es el General de Argel  
este que temiendo están?

RIBERIO. Tal nueva ahora me dan,  
y que ha venido con él  
mi señor el Capitán.

LEONORA. ¿Pues qué quiere?

RIBERIO. Reseatalle,  
porque en todo aqueste valle,  
desde Almenara a Valencia,  
hacen esta conveniencia,  
y a veces suelen trocalle.

Cautivar ha acontecido  
y alzar luego una bandera,  
para ver si hay quien quiera  
rescatar lo que ha perdido.  
Esto en la mar, que no afuera.

LEONORA. Pues ya cesó el interés  
sobre que ésta prisión es.

LAUDOM. Ya debe de haber cesado,  
que era intento mal ganado  
y dió consigo al través.

(Sale SERVIO.)

SERVIO. Ya está todo apercebido;  
veráslo si a verlo bajas,  
con otras nuevas ventajas.  
¿No oyes aquel ruido  
de los pífaros y cajas?

Bravos mozos, bravos talles  
se apareiben a espantalles  
cuando a seguilles aprietes,  
y ya los bravos jinetes  
desempedrando las calles.

Todos van con esperanzas  
de vencer si los aleanzas.  
Hasta las flacas mujeres,  
por conservar sus haberes,  
hacen eseuos y lanzas.

RIBERIO. Ello queda a mi contento;  
bien es prevención igual.

LEONORA. Es discreto pensamiento.

RIBERIO. Aquí viene el General.—

¡Hola!, apercibí un asiento.

PALADIO. ¿Ha de ser silla o estrado,

que a esto viene acostumbrado?

RIBERIO. Dale silla a la cristiana.

LAUDOM. ¿Qué suena en la barbacana?

SERVIO. Gran ruido.

LAUDOM. Pues ya han entrado.

*(Salen con arcabuces, y cajas, y trompetas de dos en dos, los soldados que pudieren, y alabardas y picas, y detrás de todos JORGE de moro, muy galán, y ANTONIO de esclavo, y BELARDO.)*

JORGE. ¡Extremada es esta villa,  
y su gente belicosa  
y gallarda a maravilla!  
No sé cómo llegar osa  
hombre de Argel a su orilla.  
¡Oh, generosos cristianos!

LAUDOM. Dadme, General, las manos  
y por vuestra me tened.

JORGE. Vengo a recibir merced,  
y no a cumplimientos vanos.

SERVIO. ¡Qué bien habla!

PALADIO. Es muy ladino.

JORGE. Que sois Laudomia me advierte,  
dama, ese rostro divino.  
Manos que a tantos dan muerte  
no soy de besarlas dino.

A vuestro padre abrazad.

LAUDOM. ¡Padre mío!

ANTONIO. ¡Ay, hija bella!

JORGE. ¡Oh, padre, imprimid en ella  
mi abrasada voluntad!

Decilde luego quién soy.

RIBERIO. A besar sus manos voy.—  
Dadme, General, la mano.

JORGE. ¿Quién es aqueste cristiano?  
¡Oh, cielos, temblando estoy!

ANTONIO. ¿Es Riberio?

RIBERIO. Sí, y tu yerno,  
que por tu pena cruel  
hace sentimiento eterno,  
y te sacará de Argel  
y de cuanto no es infierno.

Yo hice lo que es posible.

JORGE. ¿Cómo yerno? ¿Está casada  
Laudomia? ¡Oh, caso terrible!  
¿Luego a Antonio la fe dada  
cumplirle será imposible?

RIBERIO. ¿Qué es lo que dice este moro,  
o qué palabra te pide?

ANTONIO. ¿Tú casada? Aqueso ignoro.  
¿Cómo, Laudomia, así impide  
la ausencia el guardar decoro?

¿En mi ausencia te has casado?

LAUDOM. Esta misma noche he dado  
el sí; mas dime: ¿en qué erré?

JORGE. Una noche hemos errado.

¡Oh, por qué término breve  
perdí mi bien!

ANTONIO. ¡Triste yo,

que soy quien sentirlo debe!

RIBERIO. ¿Pues en qué Laudomia erró,  
que a tanto cnojo te mueve?

¿No soy yo tan bueno, Antonio,  
como tú?

ANTONIO. A serlo, Riberio,  
como es claro testimonio  
antes deste cautiverio  
hice aqueste matrimonio.

Pero el que ves me ha traído,  
me ha librado y defendido  
porque palabra le he dado  
de darle el bien que has ganado  
y él y yo habemos perdido.

Sin eso, trae un tesoro  
que es el de Midas segundo,  
de diamantes, piedras y oro.

RIBERIO. ¿Qué importa que traiga el mundo,  
Capitán, si en fin es moro?

ANTONIO. No es sino un un gran caballero,  
muy antiguo y muy cristiano.

JORGE. Descubrirme a todos quiero,  
que ya no será en mi mano  
no morir del mal que muero.

¡Ah, maldito pensamiento  
con que a Argel pasé contento!  
¡La ocasión, la causa y todo,  
y el pecho del mismo modo,  
la fragata, el mar y el viento!

¡Maldita sea la privanza  
y el tesoro que saqué,  
la porfiada esperanza,  
pues en tanto bien hallé  
tan súbita la mudanza!

¡Oh falso bien de la tierra,  
vario, inconstante y mudable,  
salga el fuego que se encierra  
en un pecho miserable,  
lleno de envidia y de guerra!

¡Vaya este vestido triste  
fuera de mí, donde asiste,  
que bien merece este ultraje  
cristiano que deja el traje  
de quien la Iglesia le viste!

¡Vaya fuera este turbante,

del que le ofende y condena  
señal propia y semejante!  
Desnudaréme la pena,  
mas no es el amor bastante.

Véisme aquí donde he quedado  
cristiano, aunque como moro  
castigado y abrasado,  
quizá porque un dios adoro  
que de Dios me ha desviado.

Ya, pues, que desnudo estoy,  
¿quién pensáis todos que soy?

ANTONIO. Cosa que algún daño forje.

JORGE. Jorge soy.

RIBERIO. ¿Quién dices?

RIBERIO. Jorge.

ANTONIO. ¿Jorge? ¡Oh, que de aquí me voy!

JORGE. Yo soy Jorge, tu criado,  
el de la piedra en Toledo.

ANTONIO. ¡Jorge, hijo mío amado,  
vuelve en tu acuerdo, está quedo!

JORGE. ¿Qué queréis vos, padre honrado?

ANTONIO. Si amor el seso te sana,  
mira, hijo, que es tu hermana  
Laudomia.

JORGE. ¡Válame Dios!  
¿Y que sois mi padre vos?

LAUDOM. ¿Este es Jorge?

RIBERIO. ¡Cosa es llana!

ANTONIO. Hijo, cuando yo en Toledo  
pequeñuelo te criaba,  
a su madre tuve miedo  
de Laudomia, y la engañaba  
con la afición deste enredo.

Que eras siempre la decía  
de la piedra, y que quería  
serte por lo menos padre.  
Pero fué entonces tu madre  
la mitad del alma mía.

Después, por venir aquí,  
a Riberio te encargué,  
y como a paje te di.

JORGE. No en vano, padre, os busqué,  
os libré y os traje así.

Es la sangre piedra imán

adonde las almas van  
buscando su centro propio;  
el fin, mi amor es impropio,  
pero no en balde mi afán.

De Laudomia enamorado,  
viniendo Riberio aquí,  
intenté desesperado  
lo que ha pasado por mí:  
vos sabéis lo que ha pasado.

El estar de aquesto cierto  
la llama del fuego ha muerto.  
¡Viva el amor fraternal,  
que en mi razón natural  
mis deseos toman puerto!

Dadme, Laudomia, un abrazo  
y vos, que es un mismo lazo,  
pues sois mi hermano también,  
y los amigos me den  
hasta la sangre del brazo.

LEONORA. Tenedme a mí por hermana,  
que de Riberio lo soy.

JORGE. Mis brazos, señora, os doy.

RIBERIO. Trataros pienso mañana  
el pensamiento en que estoy.

ANTONIO. ¿Es, por ventura, casar  
a Jorge con mi Leonora?  
Si es esto, agora hay lugar.

JORGE. ¡Yo soy dichoso, señora,  
cuanto puedo imaginar!

LEONORA. Más yo lo seré con vos.

RIBERIO. Pues si es que los junta Dios,  
el hombre no los aparte.

JORGE. Quiero otra vez abrazarte.

ANTONIO. Bien parecéis dos a dos.

JORGE.

Sáquese luego esa riqueza toda  
y por tu larga mano se reparta,  
y esto de los cristianos acomoda  
para que libre cada cual se parta,  
que mañana de aquesto y de mi boda  
al Rey de Argel escribiré una carta,  
y aquí dió fin de su inventor la mano  
a la historia de *Jorge Toledano*.



LA GRAN COMEDIA  
DE  
EL JUEZ EN SU CAUSA  
POR  
LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

LEONIDA, *reina*.  
ALBANO, *rey*.  
OCTAVIO, *su hermano*.  
FABIA, *dama*.  
FLORELO.  
ERGUASTO.  
SILVANO.  
CLAVELA, *pescadora*.

ROSARDO, *capitán*.  
FINEO, *caballero*.  
LIRANO.  
TIBERIO, *caballero*.  
ARMINDA, *infanta*.  
REINALDO, *caballero*.  
FABIO, *caballero*.  
FENISO, SILVIO.

Dos CAZADORES.  
FLORO, } *pastores*.  
SILVANO, }  
LUCINDO, *caballero*.  
Un CAPITÁN.  
Un PILOTO.  
ELISO, *pastor*.  
RICARDO, *rey viejo de Escocia*.

JORNADA PRIMERA

(Sale la reina LEONIDA y FABIA, dama.)

FABIA. A ti te falta prudencia.  
LEONIDA. Déjame, Fabia, que amor  
ni tiene en celos valor,  
ni entendimiento en auseneia.

Amar por breve accidente  
aún hace alegre el vivir,  
¿pero quién podrá sufrir  
que toda el alma se ausente?

Si la mitad piensas que es  
mi esposo el Rey, y que tengo  
otra mitad, con que vengo  
a quedar viuda después,  
engañaste, porque en él  
está todo de tal suerte,  
que se ha de seguir mi muerte  
en apartándome dél.

Si aquello que nos anima  
es alma, el Rey vive en mí  
por alma.

FABIA. Ya viene aquí.

LEONIDA. ¿Quién ha de haber que reprima  
la fuerza de los enojos?

(Salen de camino el rey ALBANO, y OCTAVIO,  
su hermano.)

ALBANO. Veros quisiera excusar,

mas pudo el alma obligar  
la persuasión de los ojos.

Los vuestros me dieen ya  
cuán bien excusado fuera,  
pues con ser fuego su esfera  
lloviendo perlas está.

Dejad la tristeza aparte:  
mirad, mi bien, que el aurora  
al salir del sol las llora,  
pero no euando se parte.

LEONIDA. En esto veréis que soy  
noche, a quien sin vos dejáis.  
¿Ya, en fin, de partida estáis?

ALBANO. De muerte, mi vida, estoy;  
que si el morir es partir,  
euando de lo que es la vida  
se parte, esta partida  
debe llamarse morir.

El Rey de Escocia, señora,  
vuestro padre y mi señor,  
da a Octavio, por su valor,  
a vuestra hermana Teodora;  
y quiere que yo presente,  
estos conciertos se aeaben.  
Los cielos, Leonida, saben  
lo que siento en verme ausente.

Pero consolar me debe  
y dar a mi mal paciencia,  
que será breve la ausencia,

si amando hay ausencia breve,  
y a vos la seguridad  
de este sentimiento mío.

LEONIDA. Todo lo creo y confío  
de vuestra justa lealtad.  
Que si no me consolara  
el saber que le tenéis,  
lo que es la vida que veis  
menos que el partir durara.

Esto, y saber que mi hermana  
merezca a Octavio y que vos  
los amparéis a los dos,  
mil imposibles allana  
que esta partida ofrecía.  
Mirad que de mí tengáis  
la memoria que dejáis  
tan estampada en la mía.

Y que si fuera posible  
con vos traigáis a Teodora.

ALBANO. Eso postrero, señora,  
parece a Octavio imposible;  
porque el Rey no ha de querer  
verse ausente de los dos.

LEONIDA. Sí hará queriéndolo vos  
y por hacerme placer.

OCTAVIO. A mi hermano he suplicado  
que pida al Rey mi señor  
nos haga tanto favor  
luego que yo tome estado,  
que sé lo que gustaréis  
de que esté con vos Teodora.

LEONIDA. Si en la soledad de agora  
darme consuelo podéis,  
es solamente el seguro  
desta palabra.

OCTAVIO. Esta doy,  
segura está por quien soy,  
lo que cumplirla procuro;  
y voy con gran confianza  
que el Rey mi señor la dé.

LEONIDA. Pues con eso haréis que esté  
toda verde mi esperanza.

Persuadidla a la venida.

ALBANO. Poco será menester,  
porque en siendo su mujer  
será cierta la partida.

La nuestra se acerca ya;  
venid a verme partir.

LEONIDA. Yo voy a ver dividir  
la vida que en vos está.

Estoy porque os vais sin veros,  
por no sentir el dejaros,

si es bien pudiendo miraros  
anticiparse a perderos.

Al fin voy a ver que os vais  
sin mí.

ALBANO. Yo quedo con vos,  
que siendo un alma los dos  
estoy donde vos estáis;  
no creáis que se divida.

LEONIDA. En vuestra salud allá  
veréis cómo vive acá  
ésta que dejáis sin vida.

(*Vanse, y salgan de una isla LIRANO y FLORELO, pescadores.*)

LIRANO. ¿Está cocida (1) la red?

FLORELO. Al sol queda todavía  
para pedirle merced.

LIRANO. Que despachemos querría.  
La mesa en tanto poned.

FLORELO. Dejad cocer el pescado,  
que aún en el agua colea.

LIRANO. Allá el señor delicado,  
Florelo, el fresco desea,  
y acá se estima el salado.

FLORELO. Tienen poca estimación  
las cosas por la abundancia.

LIRANO. ¿Echaste al barco el resón?

FLORELO. Atado no es de importancia  
dance de la mar al son.

LIRANO. ¿Qué pescado está cociendo?

FLORELO. Un congrio y cuatro lampugas.

LIRANO. ¿Trujiste verdura?

FLORELO. Entiendo  
que trujo Erguasto lechugas  
y que está ensalada haciendo  
para vinagre y aceite.  
Tiende en esta verde alfombra,  
en tanto que abril la afeite,  
los manteles a esta sombra,  
que aún es agora deleite.

Dos o tres corchos refresca  
en aquella fuente fresca.

LIRANO. Saca el vino del tonel,  
porque se escabeche en él  
dentro del cuerpo la pesca.

FLORELO. Todo está a punto, Lirano.

LIRANO. Ni cuidado me fastidia  
ni ambición de oficio vano.  
Malhaya quien tiene envidia  
al más galán cortesano.

(1) Así en el original: quizá quiera decir "cosida".  
El texto dice literalmente "cozida".

(Sale ERGUASTO, pescador.)

ERGUASTO. ¿Es hora ya de comer?

FLORELO. Aquí dicen que ha de ser.

ERGUASTO. Hombre de la mar ha sido de tan loco parecer.

FLORELO. Aquí dicen que ha de ser.

LIRANO. ¿Cómo?

ERGUASTO. No quisiera estar de aquí a un hora dentro el mar, que este sol fuerte amenaza que por su salada plaza quieren los vientos rifar.

¿Aquellas nubes no veis?

¿No veis aquellos delfines?

LIRANO. Pues alto: no comencéis, para tener tristes fines, la fiesta que pretendéis.

Comed en el cabañal, que ya cubre aquel nublado la lámpara celestial.

FLORELO. El cielo se ha rebozado, ¡cuán cierta fué la señal!

LIRANO. Ya se levanta mareta, ya toda la mar se inquieta.

ERGUASTO. ¡Ay de la nave, Florelo, que entre las aguas y el cielo viene a los vientos sujeta.

(Sale SILVANO, pescador.)

SILVANO. Ha llegado por acá el espantoso aguacero.

LIRANO. No más estarse esperando.

SILVANO. A daros aviso vengo que tenéis un convidado. Por eso despachad presto, aunque las redes dejéis, los plomos y los anzuelos, las palangres y la ropa de aquesta ribera en medio, porque la divina Arminda —Arminda digo, no es menos que Arminda, no presumáis que pude engañarme en esto—, princesa de aquestas islas, con un venablo y dos perros, temiendo la tempestad, viene de su furia huyendo. En vuestra cabaña queda; allí sentada la dejo mientras os vengo a buscar.

LIRANO. ¿Hay más notable suceso?  
¿La Princesa destas islas

en nuestra cabaña, cielos?

¿Pero cuándo de las cosas resulta a los reyes menos?

Dale gracias que en la tierra, y suya, la coge el tiempo, que si estuviera en la mar de la suerte que le veo, apenas supiera darle ni consuelo ni remedio.

¡Mísera de aquella nave que por sus aguas corriendo hace experiencia del daño que desde la tierra vemos!

FLORELO. Parece que a tomar tierra, arrojada de los vientos, forceja una nave triste.

ERGUASTO. Bien dices, no viene lejos; pero que llegue a la orilla por imposible lo tengo, que parece que la mar quiere estrellarla en el cielo. Como toro que algún hombre tiene en los fogosos cuernos quiere arrojarla de sí.

LIRANO. Coge las redes, Florelo, y vamos el monte arriba.

FLORELO. ¡Oh, tierra, principio nuestro!

(Vanse todos, y sale ARMINDA con un venablo de caza, y CLAVELA, pescadora.)

CLAVELA. Aquí podrá Vuestra Alteza entretenerse mejor.

ARMINDA. Qué, ¿también sabéis de amor?

CLAVELA. Amor es naturaleza, y si está en los mismos peces, ¿cuánto mejor podrá estar en los hombres de la mar?

ARMINDA. Bien dices, que muchas veces los peces enamorados, sintiendo de amor los tiros, han salido a dar suspiros de las aguas a los prados.

¿Tú, en efeto, te casaste con este tu pescador?

CLAVELA. Mi padre era labrador deste lugar que dejaste.

A la falda desta sierra Silvio de pescar vivía; Silvio de la mar un día puso la pesca en la tierra.

Llegué a comprar, y compré el pez marido, pues creo



que allí nació su deseo  
y allí mi remedio hallé.

De suerte que transformó  
amor en carne el pescado,  
y los peces y el ganado  
a una misma red juntó.

Yo guardo aquellas ovejas  
y él sale al mar en su barca,  
y así viven en un arca  
los anzuelos y las rejas.

Pero cuando el sol se baña  
nos venimos a juntar,  
yo del monte y él del mar,  
en esta pobre cabaña,

donde creo que una vez,  
ya por gloria, ya por pena,  
me vuelva el amor sirena,  
porque la mitad soy pez.

ARMINDA. Envidia tengo a tu vida.

CLAVELA. Merezco ser envidiada,  
porque contenta casada  
quiero bien y soy querida.

Pero ves, señora, aquí  
de mis bienes la ocasión.

(Sale LIRANO, ERGUASTO y SILVANO.)

LIRANO. Estas sospecho que son.

SILVANO. ¿Es ésta la Infanta?

ERGUASTO. Sí.

SILVANO. Dénos tu Alteza los pies.

ARMINDA. ¡Oh, amigos, bien seáis venidos!

LIRANO. No estamos apercebidos:  
pobre nuestra choza es,  
mas grande la voluntad.  
¿Cómo os dejaron así?

ARMINDA. En el monte me perdí  
con esta gran tempestad;  
mas no tengo por perderme  
el haberme entretenido  
con Clavela, pues ha sido  
holgarme y entretenerme.  
¿Quién es su esposo?

SILVANO. Yo soy.

ARMINDA. Vos estáis bien empleado.

SILVANO. Ya de Vuestra Alteza honrado,  
¿quién dudará que lo estoy?

ARMINDA. Descansad, comed, que quiero  
veros comer.

SILVANO. No es razón,  
porque en aquesta ocasión  
habéis de comer primero.  
¡Oh, quién lo hubiera sabido,

que de tierra no os faltara  
quien el conejo os sacara  
en el vivir escondido.

La parda y roja perdiz,  
con el lazo o con la luz,  
y con el presto arcabuz  
la tórtola y codorniz.

Del mar el sabroso mero,  
el sasio y el verderol,  
el ostión que se abre al sol  
desde que baja el lucero.

La langosta, que cocida  
es un ramo de coral,  
y fruta del tiempo igual  
de aquellos montes cogida

donde el sombrero castaño  
el verde fruto encubierto  
muestra en el erizo abierto  
por los extremos del año.

El nogal de sombra enferma,  
el membrillo y la granada,  
que de otra más regalada  
toda aquesta tierra es yerma.

Mas ya que lo es tanto el suelo  
y os trujo una tempestad,  
comeréis la voluntad,  
que es mesa que agrada al cielo.

(Sale FLORELO.)

FLORELO. Extraños son los efetos  
de una borrasca tan fiera,  
pues igualmente lo han sido  
para la mar y la tierra.  
En la tierra, pues perdida  
de tanta gente Su Alteza,  
honra esta pobre cabaña,  
rica y dichosa en tenerla.  
Para el mar, pues que queriendo  
coger las redes y cuerdas,  
vi una nave derrotada  
acercarse a la ribera:  
roto el bauprés y mesana,  
sin jarcia, escota ni vela,  
sin áncoras y sin cables,  
toda la popa deshecha.  
Dieron voces a la orilla;  
yo, con mi barca pequeña,  
camino, acércome y veo  
que por la primer cubierta  
bajan al barco dos hombres  
de notable gentileza,  
que según su gente dijo

eran los Reyes de Ibernia,  
que yendo a Escocia corrieron  
tan fuerte está gran tormenta,  
que la soberbia del mar  
a nuestras islas los echa.  
Saquélos a tierra; en fin,  
supieron que la Princesa  
nuestro pobre albergue honraba  
y los dos vienen a verla.  
Pero no han osado entrar  
hasta que les des licencia.

ARMINDA. Di que entren.—¡Extraño caso!

LIRANO. Alarga, Silvio, la mesa.

(Sale el rey ALBANO, y OCTAVIO su hermano.)

ALBANO. Dame, señora, los pies,  
que en parte tan desigual  
vuestra presencia real  
está diciendo quien es.

ARMINDA. Si por mujer Vuestra Alteza  
me quiere honrar desta suerte,  
¿cómo no mira y advierte  
mi humildad y su grandeza?

Lo que en la mar le arrojó  
a la tierra donde está,  
a mí donde pienso ya  
que a servirle me inclinó.

No sin causa me perdí,  
pues había de ganar  
el recibiros del mar,  
que os ha derrotado ansí.

ALBANO. Conformas tanto al valor  
la amorosa cortesía,  
que ya la pérdida mía  
es la ganancia mayor.

Mucho le debo a la mar  
por la tormenta, si acierto  
por vos a tan dulce puerto,  
que ha sido errando acertar.

Y pues sois del sacro templo  
a que me debo ofrecer  
la imagen, hoy quiero hacer  
pintar del caso el ejemplo  
y ofrecerlo a vuestro nombre.

ARMINDA. Si yo lo fuera os librara  
del mar antes que llegara  
donde a quien le mire asombre.

¿Quién es este caballero?

ALBANO. Mi hermano, a vuestro servicio.

ARMINDA. Bien lo mostraba el indicio  
de su persona primero,  
y la pregunta excusara

si antes en ella advirtiera.

OCTAVIO. Quien llega a vuestra ribera  
y en vuestro puerto se ampara,  
más le debe a la Fortuna  
por la tormenta que corre,  
donde esta luz le socorre,  
que por bonanza ninguna.

No tengo qué os ofrecer  
donde mi hermano lo está.

CLAVELA. Señora, advierte que es ya  
tiempo de dar a comer  
a los huéspedes y a ti.

ARMINDA. A mí, Clavela, bastara  
vuestra humildad, mas repara  
que están dos Reyes aquí.

CLAVELA. Ya los miro, tan contentos  
de vuestra rara hermosura,  
que comerán su ventura,  
beberán sus pensamientos.

No pondrán a Vuestra Alteza  
la culpa, sino al lugar;  
mas, ¿qué les puede faltar  
donde está vuestra belleza?

ARMINDA. Señores, los dueños son  
desta cabaña animosos,  
y aunque pobres, deseosos  
de que entendáis su afición.

Honradlos comiendo aquí,  
porque hay hasta la ciudad  
una legua.

ALBANO. La humildad  
no está en ellos para mí.

Con vos parece que ha sido,  
que después que en ella estáis  
esa majestad les dais  
con que nos han recibido.

Y pues vos os disponéis,  
¿qué hay que decir de los dos?  
Pues comeremos con vos,  
que al sol convidar podéis.

Pero no, que de envidioso,  
dirá que le dais veneno.

OCTAVIO. ¡Oh mar de sucesos lleno!  
¡Oh mar siempre cauteloso!

Agradable puerto vi  
mirando aquesta mujer;  
pero ya pudiera ser  
más tempestad para mí.

ALBANO. Desde que mi esposa amé  
nunca mujer me agradó  
ni mi alma le quebró  
aquella debida fe.

Y pienso desde que vi  
desta mujer la belleza,  
que ofendiera la firmeza  
con que hasta agora viví.

CLAVELA. Ea, que ya está corrida  
la pobre mesa, señores,  
en la alfombra de las flores  
de aquestos prados tejida.

Entrad, que por varias leyes  
de la fortuna, hoy se goza  
de que tiene en esta choza  
una aventura de reyes.

ALBANO. Vamos, y gocemos della.

OCTAVIO. ¡Oh, Arminda, quién te trocara  
por Teodora!

ALBANO. ¡Oh, quién llegara  
a tal tiempo, Arminda bella,  
que se casara contigo,  
o quién, como Octavio, fuera  
libre!

OCTAVIO. ¡Oh, traidora ribera!  
¡Oh, mar, cuán piadoso amigo  
fueras en haberme muerto,  
pues en tu orilla homicida  
salgo en la mar de la vida  
y tomo en la muerte puerto.

(*Vanse, y entran ROSARDO y FINEO.*)

FINEO.

¿Tan grande atrevimiento,  
tan grande desatino, tal locura  
cabe en tu pensamiento?

ROSARDO.

¿De qué te espantas, si el amor procura  
tener por más hazaña  
la que fuere más bárbara y extraña!

Quando cosas iguales  
se quieren y se abrazan, decir pueden  
que siendo naturales

efectos de su causa no la exceden,  
y que en esta armonía  
más la razón que no el amor nos guía.

Porque a ninguno admira  
cuando por su querido igual esposo  
la tórtola suspira,  
o el ciervo, de los otros temeroso,  
lleno de celos brama  
en el septiembre por la parda gama.

Naturaleza enseña  
esa igualdad en hombres y animales,  
y el amor se desdeña

de reducir así cosas iguales:  
lo desigual le agrada,  
y entonces triunfa de la flecha airada.

Esto muestra, Fineo,  
la antigüedad, que a Júpiter pintaba  
cuando con tal deseo  
siendo divino la belleza amaba  
de la tierra, y ardiendo  
iba del arco del amor huyendo.

¿No has visto una vid nueva  
de nacimiento humilde a un olmo asida,  
y que abrazada prueba  
tener en sus eternos brazos vida?  
Pues ese es el ejemplo  
que de mi desigual amor contemplo.

Partióse el Rey a Escocia,  
dejóme el gobierno de su casa  
mientras allá negocia  
y con Teodora, su cuñada, casa  
aquel su hermano Octavio.  
Bien puede amor hacerle aqueste agravio.

Demás que yo no intento  
violencia alguna con la Reina en tanto  
que vuelve; el pensamiento  
a su hermosura celestial levanto,  
que aun la boca no sabe  
más de que yo como es razón la alabe.

Con esto, no es mi culpa  
tan digna de castigo.

FINEO.

El pensamiento  
ya no tiene disculpa,  
pues es contra su ley atrevimiento.  
Mira que ya te llama  
la infamia desta empresa y no la fama.

Parece que contemplo  
tu amargo fin, para tu vida muerte  
y para el mundo ejemplo.

ROSARDO.

Tarde el temor a la esperanza advierte.

FINEO.

Antes del mal no es tarde.

ROSARDO.

No hay mal por grande bien ni amor cobarde.

(*Entra la reina LEONIDA y TIBERIO.*)

LEONIDA. ¿Adónde habrá sufrimiento  
para tan grande dolor?

TIBERIO. Adonde hubiere valor  
y sobrare entendimiento.



Vuestra Alteza esté segura de que no se habrá perdido.

ROSARDO. Pues, gran señora, ¿qué ha sido?

LEONIDA. ¿Qué ha de ser, mi desventura!

De tres naves en que iba el Rey a Escocia han llegado las dos, la suya ha faltado.

ROSARDO. Con justa razón te priva la nueva, heroica señora, de sufrimiento, pues pudo perderse el Rey.

TIBERIO. Yo lo dudo.

LEONIDA. Yo no, y el alma le llora.

FINEO. Amor es muy temeroso; en algún puerto habrá dado de la tormenta arrojado.

LEONIDA. ¿Y puede ser provechoso, cuando sucediese así, que diese en puerto enemigo?

FINEO. A correr el mar me obligo cuando fiases de mí, señora, esta diligencia.

TIBERIO. Y yo iré por otra parte, porque desco obligarte a esperanza y a paciencia.

LEONIDA. Quedaré tan obligada cuanto en el premio veréis.

ROSARDO. Busear las islas tenéis a la parte más helada.

De la Ibernica rigurosa hacen ciudad en el mar, si él mismo os deja llegar en esta ocasión forzosa.

Porque dicen que en tres meses y en seis suele defender el puerto.

LEONIDA. Bien puede ser que si tomar le pudieses en ellos al Rey hallases, Finco; o que tú, Tiberio, si padece cautiverio desta banda te informases.

En fin, de cualquier manera viviré en vuestra esperanza.

FINEO. Yo parto.

TIBERIO. Y yo, en confianza de que vive.

LEONIDA. ¡Dios lo quiera!

(Vanse FINEO y TIBERIO.)

ROSARDO. Yo no te voy a servir porque soy desconfiado.

LEONIDA. ¿De qué lo estás?

ROSARDO. Del euidado de que pueda el Rey vivir.

Llegan a Escocia sus naves perdidas con la tormenta, que es lo que Tiberio cuenta y que ya por cartas sabes, y la del Rey no parece; luego no es justo creer que el mar ha de obedecer al que la tierra obedece.

No guarda el agua respeto ni puede ser castigada; la más poderosa armada turba en su seno inquieto.

Que aunque el cielo le mandó que a la tierra no pasase, si la tierra en ella entrase poder entonces le dió.

LEONIDA. Pesadamente consuelas.

ROSARDO. Hablo también con temor.

LEONIDA. Bien parece que tu amor no camina entre sus velas.

ROSARDO. El que yo te tengo a ti me ha hecho temer contigo, y al fin lo que temo digo.

LEONIDA. ¿Qué amor me tienes a mí, pues que no me has consolado?

ROSARDO. Creer siempre lo peor es discreción.

LEONIDA. ¿De qué suerte?

ROSARDO. Porque después se convierte en mayor gusto el temor.

Y si lo que fué temido es a la desdicha igual, ya está prevenido el mal, y es menos mal prevenido.

LEONIDA. Antes es sentir el daño dos veces.

ROSARDO. ¿De qué manera?

LEONIDA. La una cuando se espera hasta ver el desengaño, y la otra cuando viene.

ROSARDO. ¿Qué daño puede temer quien debe esperar placer del mismo temor que tiene?

LEONIDA. ¿Yo placer?

ROSARDO. Pues qué, ¿tan mal te puede estar el perder quien no te supo querer con amor al tuyo igual?

¿Cuánto mejor hallarías

en Francia, en Inglaterra  
o en Hungría!

LEONIDA. ¡Oh, infame, cierra  
la boca!

ROSARDO. A verdades mías  
pagas siempre con razones  
ásperas.

LEONIDA. ¿Qué son verdades  
si el daño me persuades  
y en otro mayor me pones?

ROSARDO. Dado que el Rey fuese muerto,  
cosa en la naturaleza  
tan cierta, y en la extrañeza  
del mar suceso tan cierto,  
¿mece mi buen deseo  
que como a infame le nombres  
porque te diga los hombres  
dignos de tan alto empleo?

LEONIDA. ¿Pues es bien que tú me cases  
antes de que viuda sea?

ROSARDO. Esto es hablar quien desea  
que en tu remedio acertases.

Pero debió de enojarte  
haberte dicho que el Rey  
no te ha guardado la ley  
debida a amor en no amarte.

LEONIDA. ¿Pues eso no era razón  
que me enojara?

ROSARDO. ¿Conmigo  
por qué, si verdad te digo  
en la mejor ocasión?

LEONIDA. ¿Verdad? ¿Pues de qué lo sabes?

ROSARDO. De otras muchas aficiones.

LEONIDA. ¿Y esto llamas ocasiones  
no pareciendo sus naves,  
para que yo corra aquí  
la tormenta que él allá?

ROSARDO. Como sé que muerto está,  
a lo menos para mí,  
llamo ocasión más segura  
al hablarte sin temor.

LEONIDA. Ni el Rey me ha sido traidor  
ni su voluntad perjura.

Ni es muerto ni lo ha de ser,  
ni sus naves se han perdido,  
ni yo tendré otro marido  
ni de otro seré mujer.

Ni el cielo dividirá  
dos almas eternamente,  
si por algún accidente  
los cuerpos lo quedan ya.

Ni ha de haber donde yo reino

villanos aduladores,  
ni se han de alegrar traidores  
de tiranizar mi reino.

Ni habrá sospecha tan fuerte  
que de amar al Rey me impida,  
ni le durará la vida  
a quien tratare su muerte.

(Vase la Reina, y queda ROSARDO.)

ROSARDO.

Este es el fin de un loco atrevimiento,  
principio en la tragedia de mi vida;  
mientras callaba, mi esperanza asida  
de un falso engaño, dilatose al viento.

Habló mi amor para mayor tormento,  
el desengaño acrecentó la herida,  
mi propia lengua ha sido mi homicida  
y aun no se declaró mi pensamiento.

Si me entendió, si sabe mi cuidado,  
y a muerte por darme me condena  
y mi vida y amor se han acabado...

¿Mas qué me aflige lo que amor ordena?  
Que más quiero morir habiendo hablado  
que no vivir sin declarar mi pena.

(Vase y sale el rey ALBANO y OCTAVIO.)

ALBANO. He llegado a tal furor  
después, Octavio, que entré  
en esta isla, que fué  
Circe de mi loco amor,  
que temo de su rigor  
que me ha de costar la vida.  
No me acuerdo de Leonida  
más que si jamás la viera,  
que si el alma verla espera  
es para ser su homicida.

Como el alterado mar  
no me ha dejado partir,  
el trato, el ver, el oír,  
el hablar, el desear,  
tanto han podido afirmar  
este pensamiento en mí,  
que hoy le dije y le mentí  
que era muerta mi mujer,  
y que lo había de ser  
como dijese que sí.

Preguntóme de qué suerte  
su muerte había sabido,  
pues por el mar no había sido  
posible saber su muerte.  
Mira lo que amor advierte,  
que le dije que era muerta

cuando de la más incierta  
en sus islas tomé puerto,  
aunque el haberlo encubierto  
de alguna duda la advierta.

Pero dile por razón  
que entonces iba a casarme  
y no quise declararme  
hasta saber su afición.  
Prometíle (¡qué traición!)  
ir a sosegar mi Estado  
y dejarte aquí empeñado  
en mi palabra real,  
hasta volver con igual  
grandeza a quedar casado.

Pero no pude vencer  
aquel casto pensamiento,  
ni bastó mi atrevimiento  
ni hay fuerzas en mi poder.  
De suerte que vino a ser  
concierto que me partiese,  
y que a casarme volviese  
con aparato real,  
y a intentar el mayor mal (1)  
que de traidor se escribiese.

OCTAVIO. ¿Por qué razón? ¿Qué te obliga  
si una vez de aquí te vas?

ALBANO. Octavio, el no haber ya más  
sufrido tanta fatiga.  
¿Qué puede haber que te diga  
más de que muero y la adoro?  
Contra mi real decoro  
no lo quisiera intentar,  
a poder pasarla el mar  
como a Europa el blanco toro.

Pero pues no puede ser  
que la goce de otra suerte,  
yo pienso intentar la muerte  
de la Reina mi mujer,  
que muerta podré volver  
a casarme con Arminda,  
que pues tan lejos alinda  
de aquestas islas mi Estado,  
ha de ser vano cuidado  
que de otra suerte se rinda.

OCTAVIO. Oyendo estoy tus razones  
y dudando si eres quien  
quiso a Leonida tan bien.

ALBANO. Si a considerar te pones,  
Octavio, las confusiones  
en que amor el mundo ha puesto,

verás que es lo menos esto.  
No repliques, que estoy loco  
y todo consejo es poco  
en un corazón dispuesto.

Desde aquí voy a embarcarme  
Tú te queda, Octavio, aquí.

OCTAVIO. ¿Yo para qué, si de ti  
no es justo agora apartarme?

ALBANO. Hasta que vuelva a casarme  
podría haber dilación:  
libres los isleños son;  
por no tener rey extraño  
han de intentar en mi daño  
casarla en esta ocasión.

Es mujer, y sin consejo  
podrá entre tanto casarse;  
mas sabrá que ha de aguardarse  
si aquí por prenda te dejo.

OCTAVIO. Ahora bien, yo no me quejo  
de tu locura y partida,  
que sé que en viendo a Leonida  
has de mudar de opinión,  
que desta loca afición  
será su gusto homicida.

ALBANO. Plega a Dios, hermano Octavio,  
que tanto Leonida pueda,  
y que el cielo le conceda  
fuera de impedir su agravio.

OCTAVIO. Tú mirarás como sabio  
en esta navegación  
la fealdad desta traición.

ALBANO. El sabe que se lo ruego.  
¡Oh, mar, apaga mi fuego,  
si tales tus aguas son.

(Vase el rey ALBANO y queda OCTAVIO.)

OCTAVIO.

¿Hay más extraño amor? ¿Pero qué digo,  
si de la misma hierba estoy tocado?  
Culpo a mi hermano donde soy culpado,  
que amando a Arminda el mismo engaño sigo.

Déjame aquí para leal testigo  
y es fuerza que de mí quede engañado  
del engaño que deja concertado,  
que a tal hermano, tan fingido amigo.

Arminda, plega a Dios que correspondas  
porque viva Leonida siempre esquiva  
y que tu rostro de tu llanto escondas.

Nunca tan fiero mal la fama escriba.  
¡Oh, sacro mar, sepúltale en sus ondas!  
Muera el traidor y el inocente viva.

(1) En el original, "mejor", por errata.



¡Sale ARMINDA y REINALDO, caballero.)

REINALDO.

No quiere que con él vaya mi gente;  
extraño agravio ha hecho a mi deseo;  
con la que tiene aquí se parte solo.  
Díjale tu recado y que yo era  
de aquella gente capitán, y dice  
que te besa las manos, mas que es justo  
que yo quede a servirte con mi gente,  
que él no la ha menester, pues por agora  
no tiene Ibernía público enemigo,  
y que va más seguro con secreto.  
Déjale ya en la barca, y prevenida  
de velas le esperaba aquella nave  
que casi rota vino a nuestro puerto,  
porque está reparada, y de manera,  
que no hay en las islas más ligera.

ARMINDA.

Buen viaje, buen viento y buena dicha.

OCTAVIO.

¿Quién se partió, señora?

ARMINDA.

El Rey tu hermano.

OCTAVIO.

Así me dijo aquí, mas no de suerte  
que creyese tan cerca su partida.

ARMINDA.

Parte, Reinaldo, a recoger la gente.

REINALDO.

¿Cómo ha quedado Octavio en nuestras islas?

ARMINDA.

Después sabrás la causa, parte agora.

REINALDO.

Guárdete el cielo de traición, señora.

(Vase REINALDO.)

ARMINDA.

No quiso, Octavio, el Rey llevar mi gente.

OCTAVIO.

Débelo de importar ir con la suya.

ARMINDA.

Deseo que me digas con quién iba  
a casarse, que ya me ha descubierto  
la causa que le trujo a nuestras islas,  
que el camino de Escocia fué fingido.

OCTAVIO.

El camino de Escocia fué muy cierto,  
y que quiso casarme con Teodora,  
hermana de Leonida, mujer suya,  
que todo lo demás son invenciones  
de un hombre que con loco pensamiento  
intenta tu imposible casamiento.

ARMINDA.

¿Pues no es muerta la Reina?

OCTAVIO.

Si estuviera  
más lejos de las islas y al mar cercano  
las altas velas en golfo diera (1),  
tú vieras la intención del Rey mi hermano.

ARMINDA.

Cuando estuviera agora en la ribera,  
habiendo sido su deseo en vano,  
que venganza me llama o me provoca  
para adelante, si hoy traición me toca.

Y ansí te guarde el cielo, Octavio mío,  
que te fíes de mí.

OCTAVIO.

Si agradecieras

mi justo amor como de ti confío,  
notables cosas de un traidor supieras.  
Digo traidor por este desvarío,  
que si por ser de amor le consideras  
por mil historias le darás disculpa  
en el mismo rigor de tanta culpa.

Sí te diré el suceso, pero temo...  
Mas, ¿qué puedo temer? Advierte un poco,  
y hago testigo al mismo Dios Supremo,  
que sólo por Leonida me provocho:  
el Rey te quiere con tan loco extremo,  
que parte a dar la muerte, como loco,  
a su mujer, hermosa y inocente,  
que en lo que dice de que es muerta, miente.

Tú harás, Arminda, un necio casamiento  
si vuelve el Rey aquí, pues que la mano  
has de tomar de un bárbaro sangriento,  
por más que le disculpe amor liviano.  
Mas temo de que tanto atrevimiento  
temple llegando allá mi loco hermano  
con la vista de aquella Reina hermosa,  
honesta, casta, santa y virtuosa.

Déjame aquí para que yo te impida

(1) Este pasaje está muy alterado. Este verso es corto; el anterior, largo, y ni uno ni otro hacen sentido.

que entretanto te cases y le esperes,  
que da la muerte a la sin par Leonida,  
glorioso honor y ejemplo de mujeres.  
Estas cosas le dije a la partida;  
es incapaz de la razón, ¿qué quieres!  
No le pude vencer, vénzale el cielo.

ARMINDA.

Entre la sangre me discurre un hielo.  
¿Que el rey Albano por casar conmigo  
quiere matar a su inocente esposa?

OCTAVIO.

Parta Reinaldo y sepa lo que digo,  
pues con secreto no es difícil cosa.

ARMINDA.

Dente los cielos bárbaro castigo  
conforme a tu maldad, y rigurosa  
la mar, que ha dado fin a tantas gentes,  
primero te sepulte que lo intentes.

Rómpase el leño donde vas contento  
en un escollo o banco (1) peligroso;  
brame el toro del húmido elemento  
con peligro tan fiero y riguroso;  
caiga de su nubífero aposento  
el tridente de Júpiter fogoso,  
que derribando al corredor de popa  
te abraze el alma sin tocar la ropa.

No llegues para siempre a la ribera  
de tu querida patria, y si el estrago  
del mar te diere ayuda, sea tan fiera,  
que des en un caribe o lotofago.  
Leonida bella, si tu cuello espera  
su espada vil, de tu virtud en pago,  
no soy la culpa yo, sino su suerte,  
que me impide el aviso de tu muerte.

OCTAVIO.

No te aflija ni mueva a dolor tanto  
el pensar la inocencia de Leonida,  
que el Rey, llegando allá, si el mar y el cielo  
tan justas maldiciones no ejecutan,  
templará su rigor sólo en verla,  
porque es digna de honor y de respeto,  
y en viéndola y hablándola ¿quién duda  
que envaine luego la traición desnuda? (2)

Sólo te pido yo que si tus años  
han de elegir esposo conveniente,  
y sabes que yo soy para los daños

de aquestas islas capitán valiente,  
los propios te parezcan más extraños  
y permitas que yo tu guarda intente  
con el nombre que sólo mereciera,  
no quien mi sangre, quien mi amor tuviera.

ARMINDA.

No dudes, no, que te acetara, Octavio,  
en justo matrimonio; pero advierte  
que tengo de pagar todo el agravio  
que de Leonida ha de causar la muerte.  
Si tú das orden, más prudente y sabio,  
que tu hermano cruel trueque la suerte,  
yo te doy la palabra que algún modo  
se puede hallar de remediarlo todo.

OCTAVIO.

Cuando mi hermano con ausencia tanta  
no mude el pensamiento, que estoy cierto  
que no será tan firme, hombre tan malo,  
casado yo contigo, ¿de qué temes  
a Escocia a Inglaterra ni a Alemania?  
¿No sabré yo de todos defenderte?  
¿No sabré yo poner aquestas islas  
en la defensa que otros capitanes?  
Fuera de que si tú no estás casada,  
él es juez y dirá que eres culpada.

ARMINDA.

No dices mal, que si el traidor intenta  
matar su esposa y saben que a casarse  
vuelve a mi tierra, han de pensar que he sido  
culpada en el concierto de la muerte,  
y sabiendo que soy en este medio  
tu mujer no podrán culparme en nada.

OCTAVIO.

Si conoces, señora, mis deseos,  
no dilates el premio.

ARMINDA.

Está seguro  
de que tu bien y mi quietud procuro.

OCTAVIO.

Pues dame en prueba de tu fe la mano.

ARMINDA.

Con la palabra firme de ser tuya,  
para que nuestra boda tenga efeto.

(Danse las manos y entre REINALDO y FABIO.)

REINALDO.

No digas, Fabio, que es amor discreto.

(1) En el original, "barco", por errata.

(2) Extraña octava en que sólo riman los dos últimos versos.

FABIO.  
Díóle la mano.

OCTAVIO.  
¿En eso pones duda?

FABIO.  
No recelaste en vano que este Octavio  
vino a quitarte la esperanza justa.

ARMINDA.  
¿Quién es?

REINALDO.  
Yo soy.

ARMINDA.  
¿Qué quieres?

REINALDO.  
Vine a darte

cuenta de la partida del Rey.

ARMINDA.  
¿Tienes  
que decirme otra cosa?

REINALDO.  
Que la gente  
del Rey de Ibernía va con viento en popa,  
y que acá se quedaron mis deseos.

ARMINDA.  
No te espante si son deseos locos,  
porque de éstos se suelen lograr pocos.—  
Ven, Octavio, conmigo y trataremos  
de que se fortifiquen estas islas.

OCTAVIO.  
Ya sabes mi deseo en tu servicio.

ARMINDA.  
Eres Príncipe, en fin, harás tu oficio.  
(*Vanse.*)

FABIO.  
Los dos se van, y dicen que con ánimo  
de que se fortifique, es lo que tratan.

REINALDO.  
No dices mal. Mas ¿qué mejores fuerzas  
que las de amor, si ya le tiene Octavio,  
y aquí me ha hecho tan notable agravio?

FABIO.  
Agravio no; pero desdén ha sido.

REINALDO.  
¿Matar a Octavio tengo!

FABIO.  
¿De qué suerte?

REINALDO.  
¿Ha de faltar industria?

FABIO.  
¿Y qué has temido?

REINALDO.  
Que ha de reinar y me ha de dar la muerte.

FABIO.  
¿De Arminda piensas que ha de ser marido?

REINALDO.  
¿La mano que le dió no te lo advierte?  
Mas yo haré que la mano se divida  
con la que traigo donde ves ceñida.

## JORNADA SEGUNDA

(*Salen LEONIDA, reina, y FABIA.*)

LEONIDA. ¿Qué tiene el Rey, Fabia mía,  
que después desta jornada  
aun de mirarme se enfada  
con tanta melancolía?

¿Qué tiene el Rey que, en efeto,  
no sabe disimular,  
pues ni en hablar ni en mirar  
guarda el rigor de discreto?

¿Qué tiene el Rey, que conmigo  
usa de tanto rigor?

Pero dijera mejor,  
¡oh, Fabia!, que lo que digo:

¿qué no tiene el Rey?, y fuera  
acertar lo que pregunto,  
y saber el alma junto  
lo que a partes considera.

Fabia, el Rey no tiene amor,  
y como amor no me tiene,  
a tanta tristeza viene  
y yo vengo a tal temor.

Pues si amor no tiene el Rey,  
¿qué me admiro que en el trato  
no guarde a mi amor ingrato  
de amante la justa ley?

Por los ojos, que en efeto  
cristales del alma son,  
muestra amor del corazón  
lo más íntimo y secreto.

Yo he visto que me aborrece.



FABIA. Esos miedos son de amor,  
 porque amando con rigor  
 tales recelos padece.

Verdad es que con cuidado  
 después que ha venido estoy,  
 pero este sentido doy  
 al que a las dos nos ha dado.

Que como tan gran tormenta,  
 como sabes padeció,  
 el trabajo en que se vió  
 hoy en la memoria sienta.

Que pensaría perderte,  
 el reino y vida, y sospecho  
 que este cuidado en el pecho,  
 aunque generoso y fuerte,  
 a un hombre imaginativo  
 pudo este disgusto hacer.

LEONIDA. Sí; mas llegado el placer  
 de verse ya libre y vivo,  
 restituído a su casa,  
 a su esposa, reino y gusto,  
 ¿cómo no templa el disgusto  
 y aquesta memoria pasa?

Que la memoria del mal  
 en los que libres se ven  
 antes acrecienta el bien  
 con placer y gusto igual.

No, Fabia; me han engañado  
 señas del Rey mi señor,  
 o en esta ausencia el amor  
 por otro amor ha trocado.

FABIA. ¡Gracia tienes! ¿En la mar  
 y en las islas donde vino  
 de estar solo y peregrino,  
 pudo olvidarte y amar?

¿A quién querías que amase  
 entre unas peñas?

LEONIDA. No sé;  
 pero sé que en él se ve  
 lo que si yo te contase  
 o en mi honestidad cupiese,  
 conocerías si estoy  
 engañada.

FABIA. Aunque no soy  
 tan discreta que entendiase  
 por conjeturas tu daño  
 ni por favores tu miedo,  
 poco más o menos puedo  
 presumir que es todo engaño.

LEONIDA. Engaño no puede ser,  
 que no se puede engañar  
 el placer por el pesar

ni el pesar por el placer.

El libro de los casados  
 todo en dos hojas se encierra,  
 que es mesa y cama.

FABIA. ¿No yerra,  
 tal vez que tienen cuidados,  
 esa regla general  
 y anda el gusto divertido?

LEONIDA. No, cuando el amor ha sido,  
 Fabia, en los dos igual.

Si tiene pena el marido  
 comunica a la mujer  
 el pesar como el placer,  
 y es igualmente sentido.

Y así están tristes los dos,  
 que uno alegre y otro triste  
 en desigualdad consiste  
 contra lo que ordena Dios.

Pero adviérte que aquí viene,  
 como suele, pensativo.

(Sale el rey ALBANO.)

ALBANO. Quien vive como yo vivo  
 más muerte que vida tiene.

Tales mis tristezas son,  
 que puedo determinarme  
 a una de dos: o a matarme  
 o a tomar resolución.

LEONIDA. ¿No ves qué triste semblante  
 muestra, y que hablando consigo  
 no ve que aquí estoy contigo  
 ni aunque me ponga delante?

¿No ves qué melancolía  
 tan profunda?

ALBANO. Estoy cierto (1),  
 porque no habiéndola muerto  
 no ha de ser vida la mía.

También de la dilación  
 puede resultarme daño;  
 ello ha de ser con engaño.

LEONIDA. ¡Qué notable confusión!

¿No miras cómo entre sí  
 está trazando quimeras?

FABIA. Cuanto en el Rey consideras  
 voy considerando en mí.

Pero de aquella tristeza  
 no es posible que otro amor  
 sea causa, y al propio honor,  
 mayor cuanto más grandeza,  
 se la quiero atribuir.

(1) En el original, "loco", que no rima.

LEONIDA. ¿Al honor por qué razón?

FABIA. Porque sus efectos son  
el no poderlos decir.

LEONIDA. ¿Luego hasta dado a entender  
que está el Rey de mi celoso?

FABIA. En desatino amoroso  
cualquiera lo puede hacer.

Porque, ¿no podría ser  
que quien te quisiese mal  
que le has sido desleal  
quisiese darle a entender?

Las historias están llenas  
de sucesos semejantes,  
tal por envidia de amantes,  
tal por venganzas ajenas.

¿Tienes sospecha de alguno?

LEONIDA. Basta, que en lo cierto has dado.  
Celos es este cuidado;  
no porque de hombre ninguno  
declaradamente sea  
amada; pero bien creo  
que he conocido un deseo  
y sé que mi mal desea.

FABIA. ¿De quién?

LEONIDA. De Rosardo, Fabia.

FABIA. ¿Pues hasse atrevido a ti?

LEONIDA. Estoy por decir que sí,  
puesto que así me agravía.

No tan descubiertamente  
que yo le mostrase enojos,  
pero basta que los ojos  
digan lo que el alma siente.

Y éste, viendo mi virtud  
y que en comenzando a hablar  
jamás le daba lugar,  
trocó la solicitud

de mi gusto en mi dolor,  
y habrá por dicha pensado  
poner el Rey en cuidado  
con sospechas de mi honor.

No quiero hablarle.

FABIA. Pues bien,  
¿qué quieres hacer?

LEONIDA. Pensar.

FABIA. Ya no le dejes de hablar,  
y muéstrale amor también,  
que si te ve sospechosa  
estarálo más de ti.

LEONIDA. Dices bien.—¿Qué haces aquí,  
mi señor?

ALBANO. ¡Oh, reina hermosa!

Cuidados y pensamientos  
del gobierno me divierten,  
que para que en algo acierten  
andan siempre por los vientos.

No falta que imaginar  
a quien sustenta una pobre  
familia, y que falte o sobre  
siempre tiene que pensar.

Pues mirad, a quien gobierna,  
como yo, tan grande Estado,  
cuál ha de ser su cuidado  
y solicitud eterna.

LEONIDA. Mi padre vuelve a escribirme  
de vuestro hermano. ¿Qué haré?  
¿Qué respuesta le daré?

ALBANO. Que estoy en mi intento firme  
y que ya sabemos dél.  
Que iremos, queriendo Dios,  
a Escocia juntos los dos,  
porque tengo de ir con él.

LEONIDA. ¿Pues dónde dicen que está?

ALBANO. Dió en el Asia derrotado:  
tengo aviso que ha llegado  
a Chipre, y que viene ya.

Eso podéis escribir,  
y que luego partiremos.

LEONIDA. Guárdeos el cielo.

ALBANO. ¡Qué extremos  
entre vivir y morir!

LEONIDA. ¿Qué te parece?

FABIA. Que creo  
que el deseo te ha engañado.

LEONIDA. ¡Si el deseo da cuidado,  
no me ha engañado el deseo.

(Vase la Reina y FABIA.)

ALBANO.

Pasan el mar mis tristes pensamientos  
en la nave mortal de mis cuidados,  
entre tantas fortunas arrojados,  
que están más locos que los mismos vientos.

La causa de los grandes movimientos,  
lejos, entre peñascos elevados,  
muestran la luz, que de mirar turbados  
los ojos truécen a los elementos.

Por el agua en que nadan da la lumbre  
y cerca se promete a la esperanza  
desde el puerto a los ojos ofrecida.

Yo digo la verdad por alta cumbre,  
y engañado de ver su semejanza,  
la muerte debo a sombra de la vida.

(Sale ROSARDO.)

ROSARDO.

Tiberio dice que me llamas.

ALBANO.

Pienso,

según tardaste, que tenías hecho,  
Rosardo, aquello para que te llamo.

ROSARDO.

¿Pues es cosa que pude adivinar?

ALBANO.

No, capitán, que no es tan fácil cosa;  
antes me ha parecido tan difícil,  
que podrías tardar en comenzarla  
más que has tardado en el venir a oírla.

ROSARDO.

No hay cosa que lo sea a quien te sirve  
con el gusto y amor que yo te sirvo,  
y admírome que digas que es difícil  
de decírmela, que para hacerla  
mis deseos la tienen por tan fácil.

ALBANO.

No has de decir difícil conociendo  
que te la digo a ti; pero es extraño  
que de su parte sola dificulta  
el poderla decir tan libremente:  
tanta dificultad mi pecho siente.  
Mas conociendo yo...

ROSARDO.

¡Válgame el cielo!

Si la Reina le ha dicho mis intentos,  
que aún no los declararé por el respeto  
debido a la grandeza de su estado,  
el Rey quiere matarme.

ALBANO.

...Conociendo,

Rosardo, tu lealtad...

ROSARDO.

Ello es sin duda:  
la Reina sospechó mis pensamientos  
y los ha dicho al Rey.

ALBANO.

...y tan seguro  
de tu valor, yo fío en ti mi honra.

ROSARDO.

¿Qué aguardo más?

ALBANO.

Por mil respetos justos  
me importa, capitán, matar la Reina.  
Déstos no tengo que informarte.

ROSARDO.

¡Ay, cielo!

¿Matar la Reina?

ALBANO.

¿Por qué no? ¿Te importa  
juzgar a ti de la razón, mas sólo  
ejecutar la muerte?

ROSARDO.

No te espantes  
que me admire, señor, de lo que dices  
y en alguna manera esté turbado.

ALBANO.

No me espanto, Rosardo, que diciéndolo  
estoy turbado yo, y así no es mucho  
que tú lo estés oyéndolo; mas mira  
que como digo, soy juez en esto  
y tú el ejecutor.

ROSARDO.

Tú habrás mirado,  
señor, la causa que te mueve a cosa  
tan extraña y tan fuera de aquel gusto  
que has mostrado en quererla y estimarla  
por tantas excelencias como tiene  
en su virtud, su ingenio y su hermosura.  
Bien me parece grave lo que mandas,  
y sabe Dios, señor, cuánto lo siento;  
mas eres Rey y obedecerte debo,  
que tú no me mandarás cosa injusta  
y obedecerte debo en lo que es justo.

ALBANO.

Yo tengo que ausentarme, que no quiero  
ni puede ser que esté presente.

ROSARDO.

¿Adónde?

ALBANO.

Al monte; sólo ausencia de dos días.

ROSARDO.

¿Pues cómo tengo de intentar su muerte?  
¿Tengo de entrar en forma de Justicia,  
o quieres que la mate con secreto?

ALBANO.

Yo te daré un papel cuando me parta,  
y aquella orden seguirás en todo.



No tengo que advertirte; el mismo caso te dice la importancia. Adiós te queda.

ROSARDO.

¿Cuándo te partirás?

ALBANO.

Luego querría.

ROSARDO.

Pues escribe.

ARMINDA.

Yo voy. Rosardo, advierte que está mi vida y honra en esta muerte.

(*Vase el Rey.*)

ROSARDO. ¡Oh terrible mandamiento!  
¡Oh notable ejecución!  
Mas si tiene el Rey razón,  
¿de qué tiemblas, pensamiento?

¿El no dice que es juez  
y que soy ejecutor?  
¿Pues de qué tengo temor?  
Muera mi amor de una vez  
en la vida de Leonida,  
pues no puedo de otra suerte  
dar a mis sospechas muerte  
y a mis esperanzas vida.

Amé mi muerte en amalla,  
porque si el Rey lo entendiera  
la vida y honra perdiera,  
y éstas dos tendré en matalla.

Mas, ¿cómo será posible  
que mate lo que adoré?  
Pero si a un bárbaro fué  
posible aqueste imposible,  
si Celín turco mató  
por su honor y honesta fama,  
sin otra ofensa, a su dama,  
¿no podré matarla yo?

Demás que corre por cuenta  
del Rey, ¿pues qué puedo hacer  
más justo que obedecer  
lo que él por su agravio intenta?

(*Sale FINEO.*)

FINEO. Todo hoy os ando a buscar,  
y no en Palacio, ni fuera  
os pude hallar.

ROSARDO. No quisiera  
que éste me viniera a hablar.

Pero echaréle de mí.—  
¿Para qué soy menester?

FINEO. De vos quisiera saber  
si hay nuevas de Octavio.

ROSARDO. Sí;  
que el Rey dijo ayer que Octavio  
estaba en Chipre, y venía  
a Ibernia.

FINEO. Escribir querría  
a Escocia, porque este agravio  
de no haber el Rey llegado  
habiéndolo prometido  
de tal manera han sentido,  
que piensan que le han casado  
en Alemania en secreto,  
y que el concierto quebró.

ROSARDO. Que irá presto el Rey sé yo  
y tendrá la boda efeto.  
Y tan presto, cuando llegue  
su hermano.

(*Sale el Rey de camino, con un papel.*)

TIBERIO A todos avisa,  
Lisenio, con mucha prisa,  
puesto que el tiempo la niegue,  
porque quiere el Rey salir  
con tanta, que no hay lugar  
más que de hacer ensillar.

LISENIO. Todo se hará prevenir.

TIBERIO. Pues parte, y a punto estén.

LISENIO. Voy.

TIBERIO. ¡Oh, capitán Rosardo!  
¿Qué hay de nuevo?

ROSARDO. El Rey aguarda.

TIBERIO. Pues podréis hablarle bien,  
si son negocios de guerra,  
de aquí al monte.

ROSARDO. De paz son,  
pues son de mi galardón.

(*Sale el Rey de camino con un papel.*)

ALBANO. Hoy la piedad se destierra  
de todo punto de mí.

TIBERIO. El Rey sale.

ROSARDO. Adiós, Fineo.

FINEO. Hablarte después deseo.  
¿Adónde he de hallarte?

ROSARDO. Aquí.

(*Vanse FINEO, TIBERIO y los dos cazadores.*)

ALBANO. Rosardo.

ROSARDO. Señor.

ALBANO. Advierte  
lo que dice este papel,

y toma esta llave.

ROSARDO. En él  
hallaré de obedecerte  
la ley, y tú, gran señor,  
en el de mi pecho noble  
la obediencia.

ALBANO. No te doble  
piedad, respeto ni amor.

ROSARDO. ¿Para qué es aquesta llave?

ALBANO. Para entrar hasta su cama:  
mi honor, mi vida, mi fama  
sólo en este papel cabe  
y en ese pecho, Rosardo.

ROSARDO. Tú conocerás quién soy.

ALBANO. Llave de mi honor te doy,  
que la restaures aguardo.

(*Vase el Rey.*)

ROSARDO. Cuanto más se va acercando  
la ejecución desta muerte,  
más de su culpa me advierte  
y más temor voy cobrando.

Pues si es culpada ¿qué temo,  
dándome el Rey en su culpa  
para su sangre disculpa?  
Yo paso de extremo a extremo.

Sin miedo proporcionado,  
sin duda cometo error,  
que pasar de tanto amor  
a un odio tan declarado  
no es guardar la proporción  
debida al entendimiento,  
mas destemplan su instrumento  
a la divina razón.

Pero sea lo que fuere,  
la obediencia es justa ley:  
el Rey es Rey; mande el Rey  
y venga lo que viniere.

(*Lee:*)

“Esta noche entrarás con esta llave  
hasta la cama en que la Reina duerme,  
y sin decir a qué, lleva contigo  
a tu amigo Fineo y dale muerte  
con ella, y juntos, en su sangre envueltos,  
déjalos hasta el día, si por dicha  
no lo sienten las damas de su cámara,  
y tú venme a buscar al monte luego,  
donde con pena del suceso aguardo,  
que allá sabrás lo que has de hacer, Rosardo.”

ROSARDO.

¡Fineo muerto con la Reina, cielos!

¿Qué novedad es esta? ¿Cómo o cuándo  
Fineo ha dado al Rey estos desvelos,  
o si él tuvo amor? Mas voy considerando  
que me debía de reñir con celos  
el servir a la Reina, imaginando  
que quien con él ha sido deshonesto  
tampoco fuera con mi amor compuesta.

¡Ah, villano Fineo, quién te oía  
traerme ejemplos y formar castigos!  
Para el amor que él mismo le tenía  
juzgaba en mí los cielos enemigos.  
Pues ya llegó de mi esperanza el día,  
que tal suelen tener falsos amigos  
debida pena. Mas la Reina es ésta.  
En fin mujer, ésta es la Porcia honesta.  
¡Esta es la virtuosa, ésta es la santa!

LEONIDA.

Agora, dulce Albano, he conocido  
que alguna justa persuasión levanta  
contra mi honor el mar de tus sentidos:  
ya mi presencia, ya mi amor te espanta;  
ya huyes a los montes, ya en olvido  
has puesto los regalos que solías:  
gozar las noches y estimar los días.

¿Qué haré? ¿Cómo diré que injustamente  
tratas mi fe?

FABIA.

Feliso llega agora  
con este pliego.

LEONIDA.

Bien venido sea.—  
¿Quién está aquí?

ROSARDO.

Rosardo, a tu servicio.  
Y doite parabién, Reina y señora,  
del pliego, si es de Octavio.

LEONIDA.

No es de Octavio,  
pero es del Rey mi padre y de mi hermana.—  
Muestra un cuchillo del estuche, Fabia,  
cortaré este cordel, que como es grande  
quiso apretalle el secretario.

FABIA.

Corta,  
que ya tengo deseo de ver nuevas,  
si allá las hay de Octavio.

*(Dale el cuchillo, y al cortar hiércese.)*

LEONIDA.

Espera. ¡Ay, triste!

¡Oh, mal haya la prisa y el cuchillo!

Al pasar el cordel pásame el dedo.

ROSARDO.

¡Hay tal desgracia! Espere Vuestra Alteza.

¿Es algo?

LEONIDA.

Con la sangre me he turbado,  
y todo es nada.

ROSARDO.

Aunque es atrevimiento,  
este lienzo suplico que merezca  
apretar esa sangre, porque quede  
la mía honrada con tan gran reliquia.

*(Al sacar el lienzo ROSARDO, saca también el papel  
de lo envuelto en él, y 'désele.)*

LEONIDA.

Lo que te debo, capitán, obliga  
a acetar el servicio.—Mas, ¿qué es esto  
que suena con el lienzo? ¿Hay tal locura?  
Papel me ha dado en él; pues callar quiero,  
no entienda que lo entiendo, pues me obliga  
a hacerle dar la muerte.—Salte afuera,  
Rosardo, que este lienzo que me has dado  
no viene a resistir la sangre mía,  
antes viene a sacarla.

ROSARDO.

¡Santo cielo,  
si adivina que soy quien esta noche  
ha de matarla! Pero, ¿cuándo el alma  
dejó de ser profeta en los peligros?  
Buscar quiero a Fínco y preveniré  
de que esta noche entremos donde lleve  
el castigo que a mí y al Rey le debe.

*(Vase ROSARDO.)*

LEONIDA.

¿Fuése el villano?

FABIA.

Ya, señora, es ido.

LEONIDA.

¿Hase visto jamás atrevimiento  
que iguale al deste bárbaro atrevido?

FABIA.

¿De qué te ha enfadado?

LEONIDA.

Ya no siento  
que el Rey trate mi amor con tanto olvido  
como deste villano el pensamiento.  
Mira si ya está todo declarado.

FABIA.

¿Cómo?

LEONIDA.

En el lienzo este papel me ha dado.

FABIA.

¿Papel a ti?

LEONIDA.

¿Pues no lo ves?

FABIA.

Señora,

hazle luego matar.

LEONIDA.

Tantos pedazos  
cuantos hago el papel.

FABIA.

Detente un poco,  
no le rasgues, veamos lo que dice.

LEONIDA.

No dices mal, sepamos lo que intenta.

FABIA.

Quítate el lienzo, que tu sangre afrenta.

LEONIDA.

¡Válgame el cielo, Fabia!, esta es la letra  
del Rey.

FABIA.

¿Del Rey?

LEONIDA.

¿Pues cómo o a qué efecto  
me da papel del Rey dentro de un lienzo?

FABIA.

Sin duda que al sacarle juntamente  
sacó lienzo y papel.

LEONIDA.

Pues es sin duda,  
que lo que he visto la color me muda.

*(Lea:)*

“Esta noche entrarás con esta llave  
hasta la cama en que la Reina duerme,  
y sin decir a qué, lleva contigo  
a tu amigo Fínco y dale muerte



con ella, y juntos, en su sangre envueltos,  
 déjalos hasta el día, si por dicha  
 no lo sienten las damas de su cámara,  
 y tú venme a buscar al monte luego,  
 donde con pena del suceso aguardo,  
 que allá sabrás lo que has de hacer, Rosardo.”

LEONIDA. Declaróse, Fabia, el Rey,  
 y todo se ha declarado.

FABIA. Basta, que le han engañado.  
 ¡Oh, fiera envidia sin ley!

LEONIDA. Aunque a mí me parecía  
 que este testimonio ha sido  
 déste mismo, que ha querido  
 derribar la virtud mía.

FABIA. ¿Pues cómo el papel te ha dado  
 con que desto te avisó?

LEONIDA. Porque al cielo enterneció  
 la inocencia de mi estado,  
 que no porque él pretendiese  
 avisarme por camino  
 tan extraño y peregrino.

FABIA. ¿Es posible que pudiese  
 persuadirse el Rey, que sabe  
 tu virtud, a tal maldad?  
 ¿Que tanta facilidad  
 en tanta grandeza cabe,  
 que manda matar contigo  
 a Fineo?

LEONIDA. Yo a Fineo  
 en toda mi vida creo  
 que habló palabra conmigo.  
 Ello es fortuna deshecha;  
 necesario es el valor,  
 que para tanto rigor  
 ningún remedio aprovecha.

Yo quiero dejar matarme:  
 mi sangre al cielo le pida  
 venganza.

FABIA. ¿Perder la vida  
 quieres?

LEONIDA. ¿Pues puedo librarme?

FABIA. A lo menos, si turbada,  
 la vida a perder te atreves,  
 por lo que a tu honor le debes  
 estás, señora, obligada  
 a no aventurar tu honor;  
 que si te dejas matar,  
 ¿qué opinión han de dejar  
 de tu perdido valor?

LEONIDA. El cielo vuelve por quien  
 mata el mundo sin razón.

FABIA. En las cosas de opinión  
 muchas desdichas se ven.

Si entra aqueste capitán  
 con una llave a tu cama  
 de noche, tu vida y fama  
 en igual peligro están.

Quizá dará satisfacción (1)  
 de tu inocencia, y lo fundo  
 en que siempre piensa el mundo  
 en las cosas de opinión

más lo malo que lo bueno.

Por eso apruebo el librarte,  
 y lo que es dejar matarte  
 de todo punto condeno.

Huye el peligro, y después  
 verá el Rey el desengaño.

LEONIDA. ¿Y si doy fuerzas al daño?

FABIA. ¿Cómo fuerzas?

LEONIDA. ¿Pues, no ves  
 que la duda que el Rey tiene  
 huyéndome se confirma?

FABIA. Es duda lo que se afirma,  
 pues a ejecutarse viene.

Créeme, que una vez muerta  
 con Fineo, aunque te llame  
 santa el mundo, al vulgo infame  
 dejas abierta la puerta  
 para que con lengua vil  
 se afirme en tu deshonor.

LEONIDA. ¿Que haya en el Rey tal rigor!

FABIA. Una sospecha sutil  
 entra por la más cerrada  
 puerta del alma con celos.

LEONIDA. ¿Esto permiten los cielos?

FABIA. Huye la traidora espada  
 de Rosardo, que tu cuello  
 ya también te amenaza.

LEONIDA. ¿Con qué fuerzas, con qué traza?

FABIA. La ocasión muestra el cabello,  
 que si le dejas agora  
 te has de arrepentir.

LEONIDA. ¿Qué haré?

FABIA. Huírte.

LEONIDA. ¿Cómo podré?

FABIA. Tú muchas veces, señora,  
 la caza has ejercitado:  
 sal por el jardín segura,  
 cuando ya la noche oscura  
 tiende su manto estrellado,  
 en hábito varonil,

(1) Verso largo.

pues lo solías llevar  
y en un caballo igualar  
el curso al viento sutil.

Corred, en fin, hasta el puerto,  
donde podrás embarcarte  
a Escocia, y dándole parte  
al Rey deste desconcierto  
volver a cobrar tu honor.

LEONIDA. Tú me dices lo que importa;  
el tiempo y la dicha es corta,  
no hay sino es mostrar valor.

En forma de hombre saldré.  
Mas, ¿de quién podré fiarme?

FABIA. Bien dices; sin declararme,  
un criado te dará  
que por hombre te acompañe,  
a quien después le dirás  
quién eres.

LEONIDA. ¿Dónde hallarás  
quien aproveche y no dañe?

FABIA. Yo sé que jamás te vió  
este escudero que digo.

LEONIDA. Pues vente, Fabia, conmigo,  
porque, en fin, viviendo yo  
me queda más esperanza  
de cobrar mi honor.

FABIA. Sí harás,  
y espero en Dios que podrás  
tomar del traidor venganza.

*(Vanse, y sale el Rey, TIBERIO y gente de la caza  
con su grito y silbos.)*

TIBERIO.

Seguirle, señor, puedes,  
que se lanzó por estas verdes jaras.

ALBANO.

Tú parte y no te quedes,  
que yo al ruido destas fuentes claras  
quiero sentarme a solas.—  
¡Ardas, mar, con mis inquietas olas!

TIBERIO.

Advierte que anochece  
y no queda lugar.

ALBANO.

Tiberio amigo,  
poco gusto me ofrece  
la caza, el monte, el animal que sigo.  
¿No adviertes mi tristeza?

TIBERIO.

Ya, señor, la he notado en Vuestra Alteza.

Pero como no hay leyes  
de preguntar los súbditos vasallos  
sus cosas a los reyes,  
no me atreviera a hablarte.

ALBANO.

Esos caballos  
arrienda en esos robles.—  
¡Qué congoja que dan los tratos dobles!

Deseo ya la muerte  
de Leonida, mi esposa, y temeroso  
de aquella misma suerte,  
estoy de que no muera deseoso.  
A lo menos quisiera  
que sin matarla yo morir pudiera.

TIBERIO.

Extraños pensamientos  
al Rey combaten, pues hablando solo  
muestra en sus movimientos  
su gran tristeza.

ALBANO.

Esconde el rostro, Apolo;  
date prisa a bañarte  
en el mar donde vas a sepultarte.

Callada noche fría,  
ponte delante con tu niebla oscura  
del resplandor del día,  
no vca vuestra luz serena y pura,  
¡oh, cielos, la violencia  
con que muere a mis manos la inocencia!

Sombras de aquestos montes,  
caed de sus extremos a sus faldas;  
cubrid los horizontes,  
y el manto de las frías espaldas  
no le pintes de estrellas,  
noche vestida de sus luces bellas.

Que no es razón que vean  
esta traición a que el amor me obliga,  
porque después no sean  
testigos contra mí.

TIBERIO.

No sé qué diga,  
señor, de tu tristeza.  
Ya esconde el sol su aurífera cabeza.  
¿Quieres que nos volvamos  
a aquella casería en que la gente  
de servicio dejamos?

ALBANO.

Puro cristal desta serena fuente,  
no me sirva de espejo,

pues infamada tu hermosura dejo.

No retrates la cara  
de un traidor homicida. Noche, tente;  
tu carro helado para,  
apica tus caballos blandamente,  
porque de mi Leonida  
dilates, noche, la inocente vida.

Mas, ¿cómo aquesto digo?  
¿Estoy en mí? ¿Posible es que la empresa  
del alto bien que sigo  
por la piedad cobardemente cesa?  
¿Qué puede haber que rinda  
a quien adora la divina Arminda?

¡Oh, Arminda, si imagino  
en tu rara belleza tu hermosura,  
a mayor desatino  
obliga mi deseo!—Fuente pura,  
en esa blanca plata,  
ya no traidor, amante me retrata.

Animo, pensamiento,  
no estorbe la piedad tan justa empresa;  
con el merecimiento  
de Arminda, todo para, todo cesa.—  
Ven, Tiberio, conmigo.

TIBERIO.

¿Adónde vas?

ALBANO.

Mi pensamiento sigo.

(Vanse, y sale FINEO y ROSARDO.)

FINEO. ¿Dónde, Rosardo, me llevas  
por el palacio del Rey?  
Mira que no es justa ley  
que a tales cosas te atrevas.

ROSARDO. Aquí espera y no te muevas.

FINEO. ¿Quién esta llave te dió?

ROSARDO. La Reina, que me mandó  
que mientras el Rey cazase  
este lugar ocupase  
que para mí amor dejó.

FINEO. ¿Leonida?

ROSARDO. Leonida, pues.

FINEO. ¿Que ha podido ser vencida  
la gran virtud de Leonida?

ROSARDO. Amor la puso a sus pies.

FINEO. ¿Que te quiere?

ROSARDO. ¿No lo ves?

FINEO. ¿Que te dió llave?

ROSARDO. En su pecho.

FINEO. Tiemblo, Rosardo.

ROSARDO. Ya es hecho.

FINEO. ¿Que la venciste?

ROSARDO. Es mujer.

FINEO. Yo me tengo de volver.

ROSARDO. Ya es tarde, y no es de provecho.

FINEO. ¿Cómo?

ROSARDO. Téngote cerrado.

FINEO. ¡Abrirás, o vive Dios  
que nos matemos los dos,  
que soy caballero honrado  
y me has traído engañado,  
que yo soy al Rey leal,  
y no es bien que infamia tal  
ayude ni dé favor.

ROSARDO. En los delitos de amor  
es la fuerza natural.

Culpa a la naturaleza,  
Fineo, que nos forzó.

FINEO. No hizo, pues Dios nos dió  
razón contra su flaqueza.  
Mira la antigua nobleza  
que de tus padres y abuelos  
has heredado.

ROSARDO. ¿Son celos?  
No en balde me han dicho a mí  
que amas la Reina.

FINEO. ¿Yo?

ROSARDO. Sí.

FINEO. ¡Mejor me guarden los cielos!  
Para el respeto debido  
a su virtud y valor  
tendré yo a la Reina amor,  
como siempre lo he tenido.

ROSARDO. ¿Amor dices?

FINEO. ¿Pues no ha sido  
justo siendo con lealtad?

ROSARDO. ¿Pues con esta libertad  
dices que la quieres bien?

FINEO. ¿No tengo de amar a quien  
me manda el cielo?

ROSARDO. Es verdad;  
pero es en agravio mío.

FINEO. Pareces al lobo frío  
cuando dijo que el cordero  
le enturbió el agua del río.  
No mira tu desvarío  
y enfádate mi razón.

ROSARDO. ¿A mi amistad tal traición? (1)  
¡Vive el cielo que es mal hecho!

(1) Aquí hay un pareado (que puede ser principio de una quintilla) entre otras dos.



FINEO. ¿Qué dices?

ROSARDO. ¡No es de provecho

(*Dale de puñaladas, y cae FINEO.*)

satisfacerme, traidor!  
Tú confesaste tu amor,  
yo he de pasarte el pecho.

FINEO. ¡Jesús!

ROSARDO. Lo más acabé,  
que fué matar al amigo:  
el intento del Rey sigo  
y a la Reina mataré.  
Pienso que durmiendo esté;  
pues despierte en la otra vida.

(*Entrase ROSARDO, y dice FINEO revolviendo. con ansias de muerte.*)

FINEO. ¡Oh, fiera mano homicida,  
con cuál ocasión me has muerto!  
Sin duda que fué concierto  
para infamar a Leonida.

Esto pretende el traidor.  
¿Si daré voces? ¿Qué haré? (1)  
¡Mas qué importa que las dé,  
si ha de venir a acabarme!  
Probar quiero a descolgarme  
deste balcón a este huerto,  
que cuando en él caiga muerto  
habrá sabido enterrarme.

(*Torna ROSARDO con el papel en la punta de un puñal.*)

ROSARDO.

¡Oh caso prodigioso! ¡Oh fuerza extraña  
de mi desdicha! ¡Vive el alto cielo  
que se ha entendido por mi propia culpa  
del Rey el homicida pensamiento  
y de mi ejecución su atrevimiento!  
Llegué a la cama, y con la luz que ardía  
pendiente en medio de la cuadra, al tiempo  
que con la daga ejecutaba el golpe,  
veo compuesta la bordada cama,  
y en medio de las ricas almohadas  
esta daga desnuda punta arriba  
y este papel en ella atravesado;  
miro el papel y hallo que es el mismo  
que el Rey me dió, y que yo, sin duda alguna,  
le di a la Reina envuelto en aquel lienzo.  
Ella se huyó con el temor; yo he muerto  
a Fineo. ¿Qué haré? Buscarla quiero,

(1) Antes de este verso debe haber otros dos que completen la quintilla.

que de algún caballero acompañada  
del puerto irá camino, y a Fineo  
pondré en la cama, como el Rey lo manda.  
¿Aquí no le dejé? ¿Qué es esto, cielo,  
pues medio muerto estaba? Si la herida  
le dió lugar a huír, ¿por dónde pudo,  
que las puertas están cerradas todas?  
¿Qué dirá el Rey? ¿Qué encanto es éste, cielo?  
Mas si se echó deste balcón mal hice  
en no acabar del todo aquella vida,  
odiosa al Rey y amada de Leonida.

(*Vase y sale la Reina en hábito de hombre. LUCINDO.*)

LEONIDA. Déjalos pacer un rato;  
cuelguen del arzón los frenos.

LUCINDO. No dudes que será bien  
para que tomen aliento.

LEONIDA. Mucho habemos caminado.

LUCINDO. No hay espuela como el miedo,  
no hay viento como el peligro,  
no hay alas como el recelo.

LEONIDA. ¿Imaginas tú quién soy?

LUCINDO. Díjome que un caballero,  
Fabia, a cuyo padre noble  
los que yo tuve sirvieron.  
Puede haber como tres días  
que del lugar donde pienso  
esconderte por su orden  
vine a la Corte; mas creo  
que debes de ser persona  
con quien trata casamiento,  
y por alguna desgracia  
sales de la Corte huyendo.

LEONIDA. De lo mismo que éste dice,  
cielo, aprovecharme quiero.—  
A ti, pues eres hidalgo,  
y en fin en tu amparo vengo,  
y Fabia su honor te fía,  
quiero decirte el suceso:  
Yo soy lo mejor de Ibernía;  
hice, Lucindo, un torneo  
a honor de Fabia, con quien  
estoy casado en secreto.  
Un príncipe generoso,  
un competidor que tengo,  
un pretendiente de Fabia,  
sin saber que la poseo,  
sobre una toca de plata  
que me dió, dándole el precio  
que había ganado él mismo  
dando envidia a sus descos,  
por mejor lanza y espada,

galas, brío, gracia y cuerpo,  
me desafió esta noche.  
Salí al campo en el overo  
que adonde ves me ha traído  
y halléle solo en el puesto.  
Remitimos a las armas  
las palabras y el suceso;  
tiróme un tajo, y del tajo,  
al diestro revés volviendo,  
hirió su mismo caballo,  
que era un bayo, cabos negros.  
El, con la sangre y el golpe,  
con tanto desasosiego,  
se alteró y se desvió,  
ya saltando y ya corriendo,  
que sintiéndome seguirle  
y a los ojos el acero,  
como un ave se arrojó  
de los borrenes al suelo.  
Al arrojar se quería  
sacar la espada tan presto,  
que sin poder remediarse  
se la metió por el pecho.  
El cómo fué no lo sé;  
sé que el caballo revuelvo  
y vengo a dar cuenta a Fabia,  
que con lágrimas y ruegos  
me ha obligado a que me esconda,  
temerosa que por esto  
no haga el Rey, indignado,  
lo que huyendo excusar puedo.  
Esta es la historia.

**LUCINDO.** Es extraña;  
pero no tengas recelo  
de que serás conocido  
al lugar donde te llevo,  
que es ribcras del mar,  
alto monte y bajo puerto.  
Sus caballos van por agua,  
sus espuelas son los remos;  
mas porque ya de sus ondas  
le ha coronado Febo  
de perlas y de corales,  
y tengo por buen consejo  
que no camines de día,  
ir a esta cabaña quiero,  
que parece de pastores,  
y ver si en ella podemos  
aguardar hasta la noche.

**LEONIDA.** Pues parte, que aquí te espero.

**LUCINDO.** Adiós.

**LEONIDA.** El vaya contigo.

**LUCINDO.** Descansa en tanto que vuelvo.

*(Vayase LUCINDO.)*

**LEONIDA.**

Huyendo voy de todo el bien que tengo,  
no tengo ya más bien que el de que huyo;  
huyo porque me tiene por mal suyo,  
y como mal del bien huyendo vengo.

No es gusto de la vida que entretengo  
sino saber, mi bien, que es gusto tuyo,  
pues viendo que el honor te restituyo  
en medio del camino me detengo.

Ven a matarme si a tu honor provoca  
de algún traidor el loco desvarío,  
celos o amor de alguna mujer loca.

No huyo por vivir, pues desconfío  
de la vida sin ti, mas porque toca  
a tu precioso honor guardar el mío.

*(Entra ROSARDO.)*

**ROSARDO.** El relincho de un caballo  
me ha guiado adonde estoy;  
fuera de camino voy,  
uno he buscado y dos hallo.

Sin duda el uno dellos  
es del Rey, y aun el mejor;  
pero ya siento el rumor:  
¿Si viene el dueño por ellos?

**LEONIDA.** Gente es aquesta, ¡ay de mí!

*(Rebózase LEONIDA con una banda.)*

**ROSARDO.** ¡Ah, caballero! ¿Quién va?

**LEONIDA.** ¿Quién lo pregunta?

**ROSARDO.** Aquí está  
quien lo pregunta.

**LEONIDA.** Y yo aquí.

**ROSARDO.** ¿En busca vengo de un hombre:  
quítale el rebozo luego.

**LEONIDA.** Que paséis delante os ruego.

**ROSARDO.** Si me decís vuestro nombre.

**LEONIDA.** Albano me llamo.

**ROSARDO.** ¿Albano?

Suplícoos que me mostréis  
el rostro.

**LEONIDA.** Que vos paséis  
vuestro camino es más llano,  
sin tanta curiosidad.

**ROSARDO.** Yo os he de ver, caballero.

**LEONIDA.** Ya os he dicho que no quiero.  
Id en buen hora y callad,  
que viene gente conmigo

que si os siente os matará.  
ROSARDO. Veros tengo.

LEONIDA. ¡Quita allá,  
bárbaro!

ROSARDO. Si sois quien sigo  
tengo de ver, y advertid  
que soy Rosardo, de quien  
tiembla este Reino.

LEONIDA. Está bien.  
Vuestro camino seguid,  
que no soy quien vos pensáis.

ROSARDO. Con la espada lo veré.

*(Aquí echan mano a las espadas.)*

LEONIDA. ¡Hola, gente!

ROSARDO. No podré  
dejar de veros, no huyáis.

LEONIDA. ¡Muerta soy!

ROSARDO. Cayó en el suelo;  
quiero quitalle el rebozo.

LEONIDA. ¡Ah, traidor!

ROSARDO. ¡Oh, eterno gozo!

LEONIDA. ¡Castigue tu infamia el cielo!

ROSARDO. La Reina herí, y aun lo está  
de muerte.

LEONIDA. ¡Ay triste de mí!

*(Dicen dentro FLORO y SILVANO, pastores, y LUCINDO.)*

FLORO. ¿Por adónde?

LUCINDO. Por aquí.—

Silvano, echa por acá.

ROSARDO. Gente viene, y es su gente.

Ellos son, meterme quiero  
por estos robles; primero  
veré si respira o siente.—

¿Vives, Leonida?—No tiene  
habla ni respiración.

Quiero con esta ocasión,  
si Albano del monte viene,  
decir que ya la maté  
con Fineo, y que es mejor  
guardar secreto a su honor.

*(Váyase y entren LUCINDO, FLORO, SILVANO y ELISO.)*

LUCINDO. Pienso que a buscarme fué.

SILVANO. No parece en todo el prado  
la persona que decís.

ELISO. Aquí desta fuente sola  
siento el cristal discurrir.

LUCINDO. ¡Cielos, aquí le dejé!  
Arboles, restituíd  
la prenda que os di a guardar.

Mas gran culpa cometí,  
que sois robles y villanos:  
¿quién duda que haréis, en fin,  
como quien sois?

SILVANO. Subir quiero  
el monte arriba.

LEONIDA. ¡Ay de mí!

FLORO. Quedo, aquí suena una voz.

SILVANO. Verdad es, que yo la oí.

LEONIDA. En fin, por tu gusto muero.  
Nunca, mi bien, te ofendí,  
si no es ofensa, señor,  
venir huyendo de ti.

LUCINDO. Pastores, el caballero  
es éste.

FLORO. ¿Está herido?

LEONIDA. Sí.

LUCINDO. ¡Florante amigo!

LEONIDA. ¿Es Lucindo?

LUCINDO. Yo soy; ¿qué es esto?

LEONIDA. A morir  
me trujo a un monte la suerte.

LUCINDO. ¡Ay, triste, la culpa fuí!

LEONIDA. Luego que aquí me dejaste,  
vino un caballero aquí  
hermano del que ya sabes,  
y obligándome a reñir  
con palabras injuriosas,  
saqué la espada y perdí  
la vida.

LUCINDO. ¿Por dónde fué?

LEONIDA. Ya no le podréis seguir.

LUCINDO. Llevad este caballero,  
pastores, y presumid  
que es de lo mejor de Ibernia.

FLORO. Vos erráis si le seguís,  
porque el monte es muy espeso,  
y vos solo.

LEONIDA. Si por mí  
has de hacer alguna cosa,  
sólo es curarme.

LUCINDO. ¡Que oís,  
cielos, aquesta crueldad,  
y no baja a confundir  
este injusto un rayo vuestro!

ELISO. Vos habláis como sentís;  
pero curadle la herida  
si le amáis, que con vivir  
podéis vengaros.

LEONIDA. ¡Ay, cielos!

ELISO. Venid, señor, por aquí.

SILVANO. ¡Por qué pequeña distancia



entra la muerte sutil!  
 FLORO. ¿Qué vida tiene defensa  
 si Dios la manda venir?

(Váyanse todos.)

### JORNADA TERCERA

(Sale OCTAVIO y ARMINDA.)

OCTAVIO. No se entiende, Arminda mía,  
 con un recién desposado,  
 eso que llamas enfado.

ARMINDA. Amor teme.

OCTAVIO. Amor confía.

Este que yo puse en ti  
 de la patria me olvida,  
 que el bien es la más querida (1),  
 y éreslo tú para mí.

No tengas miedo que vuelva,  
 ni como temes te deje,  
 que no hay amor que aconseje  
 que a enojarte me resuelva.

Ya tengo mi patria en ti  
 después de mi casamiento,  
 porque dice el pensamiento  
 que nací donde te vi.

En estas islas te vieron  
 mis ojos, aquí he nacido,  
 que desde ser tuyo he sido,  
 tal ser tus manos me dieron.

Deja de mostrar tristeza  
 con celos de mi partida,  
 que tú, mi bien, me das vida,  
 la patria naturaleza.

No tengo qué desear,  
 contento vivo por ti.

ARMINDA. De mi desdicha temí  
 que te habías de ausentar.

Pero si soy tan dichosa  
 que aquí te quedas, mi bien,  
 déme este mar parabién  
 de que soy tu amada esposa.

Que como dél soy señora,  
 ya estaba temiendo el día  
 en que pasarte tenía  
 donde refieres agora.

Siéntate en su orilla fresca  
 o entra si quieres en él  
 en ese hermoso bajel

para que goces su pesca.

Si no quieres alejarte  
 aquí hay barco, en que a su orilla  
 verás cubierta la quilla  
 de peces para alegrarte.

Si más te alegra la tierra,  
 por todo aqueste horizonte  
 se cubre de caza el monte,  
 cosa imagen de la guerra.

Aquí el oso, aquí el venado,  
 aquí el jabalí furioso,  
 el conejo temeroso  
 que mide a saltos el prado  
 te convidan y te llaman.

O por las verdes riberas  
 de aquel río las ligeras  
 aves, que los bosques aman.

Tira al águila en las peñas,  
 en el monte a la perdiz,  
 reclama la codorniz  
 con falsos silbos y señas.

Y si quieres que alcancemos  
 de los olmos ruiseñores,  
 o que dos nidos de azores  
 de aquella peña bajemos,  
 te podrás entretener  
 después, mi vida, en criallos,  
 porque también de enseñallos  
 puedes recibir placer.

Esto, mi bien, por el día,  
 que las noches no podrás  
 entretenerte si estás  
 cansado en mi compañía;  
 pero como no lo estés  
 y estés contento casado,  
 patria y mujer has hallado.

OCTAVIO. Beso mil veces tus pies.

No quiero entretenimiento  
 sin ti, que fuera agraviarte,  
 porque no puede haber parte  
 mayor que mi pensamiento,  
 y ése todo vive en ti,  
 sin discurrir a lugar  
 que sin ti le pueda hallar.

ARMINDA. Ya viene Reinaldo aquí.

(Sale REINALDO.)

OCTAVIO. Tú seas tan bien venido  
 como has sido deseado.  
 ¿Qué hay de Ibernica? ¿Qué hay del  
 [Rey?  
 ¿Qué hay de Leonida y mi hermano?

(1) Así en el original: pasaje incorrecto.

REINALDO. Primero quiero, señor,  
que me digas si casado  
estás con la Infanta.

OCTAVIO. Estoy  
en posesión de sus brazos.

REINALDO. Quiero darte el parabién  
antes que decirte el caso,  
que es para bien tuyo y nuestro:  
tuyo, porque el bien es tanto,  
y nuestro, porque serás  
de nuestras islas amparo.—  
¡Ay de mí, no sin razón  
temí en ausencia este daño!  
¡Casóse Arminda! ¿Qué haré?

OCTAVIO. ¿No prosigues?

REINALDO. Si dilato  
la nueva no fué sin causa,  
porque tras haberte dado  
el parabién, viene mal  
referirte tristes casos.

OCTAVIO. Ya con decir que son tristes  
me lo refieres tan claro,  
que callando hablaste más  
que pude entenderte hablando.

REINALDO. Llegó el Rey tu hermano a Ibernía,  
entró por su casa Albano,  
Leonida le recibió  
en su pecho alegre y casto.  
Pero llevando en el suyo  
el rigor determinado  
de dar muerte a su inocencia,  
mostró señales de agravio.  
Y en fin, partiéndose a un monte,  
dejó a un capitán mandado,  
no sé si diga su nombre,  
que fuera mejor callarlo,  
como el de Erostrato fiero,  
que abrasó el templo sagrado  
de Diana; mas si al fin  
la fama ha de publicarlo,  
bien pienso que le conoces,  
porque se llama Rosardo.  
Este, entrando en su aposento  
por orden del Rey tirano  
y dando muerte sin culpa  
a un caballero gallardo,  
que se llamaba Fineo,  
por dar fuerzas al engaño,  
no halló la Reina; mas luego  
la fué siguiendo, y hallando  
nuevas dicen que la dió  
la muerte en medio de un campo.

Vino de la caza el Rey,  
y aunque los cuerpos no hallaron  
publicó la muerte al pueblo,  
sin luto y con rostro airado.  
Escribió a todos sus grandes  
y a sus ciudades el caso;  
mas ni las ciudades, ni ellos,  
ni el hidalgo, ni el villano,  
dieron crédito al succso,  
antes, con funesto llanto,  
las obsequias de Leonida  
en secreto celebraron.  
Desde allí a muy pocos días  
propuso el reino a tu hermano  
que estaba sin heredero,  
y ellos mismos le rogaron  
que se casase muy presto,  
y él, muy necio y confiado,  
les dijo que ya lo estaba,  
con Arminda, declarando  
con grandes fiestas a Arminda  
por reina, y de su retrato  
debe de haber en Ibernía  
a estas horas mil traslados.  
Bien es verdad que murmuran  
algunos, pero pensando  
el peligro dicen bien,  
bien de un mal tan declarado.  
¡Oh qué vi de lisonjeros  
aquello mismo aprobando  
que en secreto maldiciendo  
en los patios de palacio.  
Al fin Leonida murió,  
sin honra y sin culpa, Octavio,  
que tanto puede un deseo  
en un pensamiento ingrato.  
Con esto y algunos días  
vino hermoso el tiempo, cuando  
corre la dorada aurora,  
con manos de marfil blanco,  
las orientales cortinas  
por donde asoma sus rayos  
el sol, que durmió la noche  
en la cama del ocaso.  
Se vió la mar coronada  
de naves, urcas y barcos,  
todos cubiertos de velas  
y tendales de damasco.  
de las entenas pendientes  
tantos estandartes varios,  
que de lejos parecían  
un ejército formado.

Las cajas y las trompetas  
daban ecos al mar cano,  
que de bullir con la espuma  
encanean los peñascos.  
Aquí el Rey entró contento,  
de galas y armas gallardo,  
para casarse, galán;  
para guardarse, soldado.  
El viene con este intento,  
y llegando al desengaño  
si Arminda las manos niega,  
habrá menester las manos.  
Mirad lo que habéis de hacer,  
pues decís que estáis casado,  
que un poderoso ofendido  
querrá castigar su agravio.

ARMINDA. ¿Que a casarse viene el Rey?

OCTAVIO. ¿Que mató mi fiero hermano  
a la inocente Leonida?

REINALDO. Ya es tarde para pensallo;  
tomar las armas importa  
para defenderle el paso,  
que antes que se acueste el sol  
querrá tomar puerto, Octavio.

OCTAVIO. No te entristezcas, esposa,  
fía de mis fuertes brazos,  
pues que fiaste la vida,  
la tierra que está a mi cargo.

ARMINDA. Contigo no tengo miedo  
si fuera Albano Alejandro.

OCTAVIO. ¡Armas, caballeros nobles!  
¡Al arma, isleños hidalgos!

REINALDO. Yo pienso, enemigo fiero,  
ponerte presto en sus manos,  
pues que no pude matarte  
cuando estaba concertado;  
que no has de gozar de Arminda,  
por cuyos celos me abraso.

ARMINDA. Trompetas suenan; ya llega.—  
¡Al arma, al arma, vasallos,  
no tome puerto en la isla  
el león sangriento Albano!

(*Vanse, y entran ROSARDO y TIBERIO.*)

TIBERIO. Sosiega un poco.

ROSARDO. No puedo,  
porque me aprietan de suerte  
tristezas, que de mi muerte  
viene a ser la sombra el miedo.

TIBERIO. ¿No quedaste a gobernar  
a Ibernía, su Rey ausente?  
¿Qué te entristece?

ROSARDO.

La gente,  
el ver, Tiberio, el hablar.

Como he visto que va el Rey  
a casarse tan contento  
y que aqueste casamiento  
es injustísima ley

en un hombre de valor,  
pues apenas seca está  
la sangre a quien tuvo ya  
obligación, si no amor,

he dado en pensar que fué  
muerta la Reina sin culpa,  
con mentirosa disculpa  
de que fué ingrata a su fe.

Y con este pensamiento,  
por haber ejecutado  
su muerte, a tiempo he llegado  
que nadie me da contento.

¡Ay, Tiberio, qué de cosas  
resultan de un loco amor!

TIBERIO. No carecen de temor  
historias tan sospechosas.

Y si te digo verdad,  
la santidad de la Reina  
de todo este reino reina  
en la común voluntad.

No hay hombre de condición  
tan vil que no haya sentido  
su muerte injusta, y tenido  
a su virtud compasión.

Porque en los reinos extraños,  
que no saben su valor,  
los engaños de su honor  
no los tendrán por engaños.

Esta tristeza, Rosardo,  
el temor hizo encubrilía,  
que aun para sólo decilla  
Dios sabe que me acobardo.

Pero como tú la tienes  
atrevimiento me dió  
para hablar, que bien sé yo  
que sin tener culpa vienes

a ser malquistado de todos,  
pues que deste Rey mandado,  
como mandado forzado,  
y seguro de mil modos,

diste la muerte a Leonida.

ROSARDO. Para saber que fué injusta  
su muerte y disculpa justa  
de aquella inocente vida,

¿qué más testigos que ver  
los miedos desde aquel día



que aflojan el alma mía?  
Pues cuando llego a comer  
parece que su cabeza  
sangrienta en el plato está,  
de que temblando me da  
esta congoja y tristeza.

Si duermo, sueño que estoy  
matándola, y si despierto,  
como veo que la he muerto,  
llanto en disculpa le doy.

¿Qué haré?

(*Entra FENISO, caballero.*)

FENISO. ¿Qué hacéis desta suerte,  
con tanto descuido aquí?

ROSARDO. No hay voz, Tiberio, que a mí  
no me parezca la muerte.—

¿Qué hay, Feniso?

FENISO. Que ha llegado  
del Rey de Escocia la armada  
al puerto, y de armada amada  
pienso que el nombre ha trocado,  
porque de todos ha sido  
recibida de manera  
como si el Rey mismo fuera  
que en otra a casarse ha ido.

Y desto dan por razón  
que fué muerta injustamente  
la Reina, y que el Rey, ausente,  
mandó matarla a traición.

En fin, tantos se han juntado,  
Rosardo, al Rey escocés,  
que mayor número es  
que el que se ha desembarcado.

El marchó, y da por tu vida  
cien mil escudos, pregón,  
aunque injusto, con razón,  
por ser padre de Leonida.

Si aguardas, ¡triste de ti!

ROSARDO. ¿Ves, Tiberio, claramente  
que era Leonida inocente  
y que viene contra mí?

¿Ves como el Rey me engañó?

¿Ves como es mi tristeza  
justa, y que el castigo empieza?

¡Que por él padezca yo!

¿Qué me aconsejas?

TIBERIO. Que huyas  
en hábito disfrazado;  
defenderte es excusado,  
pocas son las fuerzas tuyas.

Y en fin, te falta razón,

que es el mejor capitán.

FENISO. El consejo que te dan  
es tu vida y opinión.

Déjale el reino al de Escocia;  
venga el Rey, y de su culpa  
proponga al reino disculpa.

ROSARDO. Si en tanto que el Rey negocia  
su casamiento pudiera  
defenderle esta ciudad,  
siquiera de mi lealtad  
el digno ejemplo se viera.

Pero no pudiendo ser,  
vuestro consejo me anima.

TIBERIO. La vida, Rosardo, estima;  
deja que venza el poder.

ROSARDO. Venid conmigo.

FENISO. Contigo,  
Rosardo, iremos los dos.

ROSARDO. La inocente sangre a Dios  
está pidiendo castigo.

(*Vanse, y tocan dentro arma, y salgan ARMINDA en  
corto, con bastón, y OCTAVIO, y soldados huyendo.*)

ARMINDA. ¡Tomó puerto a mi pesar!

OCTAVIO. No lo pude resistir.

ARMINDA. ¿Qué habemos de hacer?

OCTAVIO. Morir  
en la ribera del mar.

ARMINDA. ¿Para morir qué importaba  
huír y dejarle el puerto?

OCTAVIO. Porque un hombre en siendo muerto  
con su obligación acaba.

ARMINDA. La gente es poca, esto fué.

OCTAVIO. Gran gente ha desembarcado,  
el lugar está cercado,  
el lugar defenderé.

Que quien por ti dió la muerte  
a su mujer tan tirano,  
mejor la dará a su hermano,  
por gozarte desta suerte.

El viene marchando ya.—

¡Alto a la ciudad, soldados!

ARMINDA. El muro es fuerte.

OCTAVIO. ¡Qué airados  
vienen!

ARMINDA. Cierra.

OCTAVIO. Ya lo está.

(*Vanse, y sale el rey ALBANO y gente suya, desnudas  
las espadas.*)

ALBANO. Animo, soldados míos.

¡Mueran, mueran los cobardes,

que de infame capitán  
también es la gente infame!  
No quede un tosco piloto,  
no quede un paje en las naves,  
todos me seguid, que a todos  
quiero dar premios iguales.  
¿Hay semejante traición?  
¿Hay desdicha semejante?  
¿Arminda casada, cielos?  
¿Era mujer, fué mudable!  
Pero yo, ¿de quién me quejo,  
si he dado la muerte a un ángel?  
Mejor mi traición ha sido,  
hoy quiere Dios castigarme.  
¿Quién duda que clama al cielo  
aquella inocente sangre,  
derramada injustamente  
por mis manos desleales?  
Presente a los ojos tengo  
aquella sangrienta imagen;  
aquellos honestos ojos,  
dulces, castos, agradables.  
¿Oh qué mal hice! ¿Oh qué feo  
retrato a mis culpas hace  
el vano arrepentimiento,  
que llega a los daños tarde!  
¿Oh, fiero hermano cruel!  
¿Cómo pudiste casarte,  
sabiendo lo que me cuesta  
esta mujer arrogante?  
Y tú, fiera, ¿cómo fuiste  
en mis conciertos tan grave  
y tan fácil en los suyos?  
¿Ah, cielos! ¿Que te casaste?  
¿Que te casaste, enemiga,  
más que la mar libre y fácil?  
¿Arminda casada, cielos?  
¿Era mujer, fué mudable!  
¿Quién supiera esta desdicha  
cruel para reportarse  
en tan extraño delito,  
en desatino tan grande!  
¿Con qué gusto me embarqué!  
¿Qué tranquilo y qué tratable  
estuvo el mar, y los vientos  
qué blandos y qué suaves.  
Parece que la Fortuna  
para gobernar la nave  
en la bitácora puesta  
llevó la aguja delante.  
El favor y el buen suceso,  
asentados por los cables,

parece que a la faena  
holgaban de levantarse.  
Salva la hicieron los peces,  
y de perlas y corales  
las ninfas del mar vestidas  
salieron a visitarme.  
Dábanme mil parabienes  
mar, peñascos, peces, aires;  
hasta el cielo se alegró  
con templanza favorable.  
Sola tú, triste enemiga,  
quieres que en la tierra pase  
la tormenta que en la mar  
permite amor que me falte.  
Cruel Octavio, ¿qué es esto?  
¿Tú hermano, y tú me engañaste?  
¿Arminda casada, cielos?  
¿Era mujer, fué mudable!

(*Aparecen en el muro ARMINDA, OCTAVIO y gente.*)

CAPITÁN. Señor, al muro se han puesto.

¿No conoces a los dos?

Llega, acércate presto.

ALBANO. ¿Dices la verdad, por Dios!

¿Ah, fiero hermano!, ¿qué es esto?

¿Ah, fiera Arminda cruel!

¿Tú con Octavio?

ARMINDA. ¿Qué quieres?

Caséme y estoy con él.

ALBANO. ¿Eso tenéis las mujeres!

Mas quiero quejarme dél,

que pedirte a ti lealtad

es pedir al mar quietud,

a la venganza piedad,

a la hermosura virtud

y a la lisonja verdad.—

Di, fiero hermano, si aquí

para guarda te dejé

de Arminda en tanto que fuí

donde a Leonida maté

por ella, ingrato, y por ti,

¿qué te ha podido mover

para escurecer tu nombre,

que de ti debo tener

queja, que al fin eres hombre,

que Arminda al fin es mujer?

¿Cómo te casaste, ingrato?

¿Es de hermanos este trato?

¿Es de nobles? ¿Es de amigos?

OCTAVIO. No, Rey, sino de enemigos,

nombre con que yo te trato.

Que desde que injustamente

fuiste a dar muerte, inhumano,  
a tu mujer inocente  
juré de no ser tu hermano,  
ni de serlo eternamente.

Fuera desto, presumí  
que nunca lo ejecutaras,  
que llegando allá creí  
que el pensamiento mudaras  
tan mal engendrado aquí.

Y dime cuál fué mayor  
deste mío o de tu error,  
si entrambos amor los hace:  
¿el que dese injusto nace,  
o el que de mi justo amor?

Tú has dado muerte a una santa,  
casta y honesta mujer,  
cosa que en decirla espanta;  
y yo, libre, a pretender  
para mi mujer la Infanta.

Tú sangriento, yo galán;  
tú casado, libre yo,  
responde, ¿a cuál culparán?  
Ella lo cierto escogió;  
todos contentos están.

Demás que no será cierto  
que a tu mujer hayas muerto,  
y es fácil de imaginar,  
pues te ha dejado la mar  
tomar en las playas puerto.

Que si allá muerto la hubieras  
nunca a estas islas pasaras,  
porque entre sus ondas fieras  
eterno sepulcro hallaras  
antes de ver sus riberas.

Pero ya que estás aquí,  
que sea muerta o no lo sea,  
¿qué es lo que esperas de mí?  
Casado estoy, ¿qué desea  
tu crueldad?

ALBANO. ¡Mostrarla en ti!

OCTAVIO. ¿En mí? ¿Cómo puede ser?

ALBANO. Quitándote esa mujer,  
que pienso llevar conmigo.

OCTAVIO. Y yo a ti darte castigo  
de tu loco proceder.

ALBANO. ¡Salid, infames!

OCTAVIO. ¡Valiente,  
espera, que ya saldremos!

ARMINDA. ¡Y yo a matarte, insolente!

OCTAVIO. Ven, Arminda, y nuestra gente  
para salir aprestemos.

(*Quítanse del muro los dos.*)

ALBANO.

¡Salid, villanos, y veréis el pago  
que doy a vuestro loco atrevimiento!

(*Sale REINALDO.*)

REINALDO.

Disculpa tengo, pues por celos hago  
esta traición.

CAPITÁN.

¿Quién va?

REINALDO.

Quien tiene intento  
de dar al Rey de Ibernía su enemigo.

CAPITÁN.

¿Oyes este soldado?

ALBANO.

Estoy atento.

REINALDO.

Haré, como tú quieras, lo que digo.

ALBANO.

¿Pues qué puedo querer más justamente  
que dar a este villano su castigo?

REINALDO.

Ven conmigo si quieres que lo intente,  
que aquesta noche a la ciudad y Octavio  
tendrás en tu poder.

ALBANO.

Al arma, gente,  
que ya vuelven los cielos por mi agravio.

(*Vanse y salen ELISO y SILVANO, pastores; LUCINDO  
y la reina LEONIDA en su hábito de hombre, con  
espada.*)

ELISO. ¿Quién dejará de mostrar  
sentimiento en tu partida?

LEONIDA. Quien ha estimado la vida  
que el cielo me quiso dar;  
quien me vió mortal, amigos,  
y ya con salud me ve.

SILVANO. Plegue a Dios que firme esté,  
y que a vuestros enemigos  
les falte siempre, a lo menos  
contra vos, y pues tenéis  
vida, mirad que tratéis;  
señor Florante, con buenos.

Huíd el rostro de amigos  
falsos, para el bien inciertos,  
que los amigos más ciertos



son fáciles enemigos.

No os fiéis de lisonjeros,  
de ambiciosos y arrogantes,  
que más valen ignorantes  
humildes y verdaderos.

Hablad poco, y advirtiéndolo  
delante de quién lo habláis;  
haced y no respondáis,  
que es levantarse perdiendo.

Delante de los criados  
no hagáis cosa que os importe;  
de favores de la corte  
nunca vistáis los cuidados,  
porque es vestirlos de viento;  
las promesas señoriles  
tened por plumas sutiles,  
que esto no es atrevimiento.

No escribáis que no miréis  
seis veces lo que firmáis,  
y aunque al amigo escribáis,  
del enemigo no habléis.

Vuestro secreto guardalle,  
sin darle a nadie a entender,  
especialmente a mujer,  
porque es echarle en la calle.

Que con este atrevimiento,  
aunque de errado villano,  
en este mar cortesano  
llevaréis en popa el viento.

LEONIDA. No fué, Silvano, mi herida  
por mi culpa.

SILVANO. Así lo creo,  
y os hablo con el deseo  
que tengo de vuestra vida.

Recibid la voluntad,  
y pues os vais a la guerra,  
desta choza y desta sierra,  
aunque humilde, os acordad;  
y el cielo vaya con vos.

LEONIDA. Ese mismo os satisfaga.  
Esta cadena, aunque es paga  
humilde, tomad, y adiós.

ELISO. Señor Lucindo, mirad  
por la vida de Florante.

LUCINDO. No hay cosa más importante  
para mi amor y amistad.

El cielo os pague el cuidado  
que os ha dado su salud.

ELISO. Habláis de vuestra virtud  
y entendimiento enseñado.

Ea, buen viaje, y a Dios  
que os libre de hombre fingido.

LEONIDA. No os quejaréis de mi olvido,  
si vivo, Eliso, los dos.—

(*Vanse los pastores.*)

¡Qué buena gente!

LUCINDO. ¡Y qué tal!

Yo te juro que en ciudades  
no viven estas verdades.

LEONIDA. Allá no hay cosa leal.

LUCINDO. ¿Qué es lo que piensas hacer?

LEONIDA. Haber, Lucindo, sabido  
que el Rey de Escocia ha venido  
y que tomó puerto ayer,  
me obliga a seguir la guerra,  
y en su ejército he pensado  
ser de una ocasión soldado  
que tanta piedad encierra:  
porque todo el mundo dice  
que era la Reina inocente.

LUCINDO. El se mueve justamente.

LEONIDA. Tanto siempre satisface  
mi vountad de la fama  
y costumbres de Leonida,  
que a vengar su honesta vida  
justa inclinación me llama.

LUCINDO. ¿De quién se quiere vengar  
su padre, el de Ibernica ausente?

LEONIDA. De aquel traidor insolente  
que ha quedado a gobernar  
su reino en ausencia suya,  
que fué quien, ciego de amor,  
dió causa al Rey su señor  
de que esta sospecha arguya.

LUCINDO. ¿Y si el Rey viene casado  
con Arminda, que es por quien  
dicen que es ido?

LEONIDA. También  
quedará del Rey vengado  
cuando sin reino se vea.

LUCINDO. ¿Pues sus vasallos querrán?

LEONIDA. Tan lastimados están,  
que cada cual lo desea.  
Cajas suenan.

LUCINDO. Por aquí  
debe de marchar Ricardo.

LEONIDA. ¡Oh, qué ejército gallardo!

LUCINDO. ¿Trae luto?

LEONIDA. Pienso que sí,  
y de armas negras sobre el  
armado cuerpo.

LUCINDO. Piedad  
de padre.

LEONIDA. Dices verdad,  
muestra el sentimiento en él.

No trae blanca otra cosa  
que la barba y el cabello.

LUCINDA. A lágrimas mueve el vello  
en venganza tan piadosa.

Negras trae las banderas,  
aun no hay pluma de color.—  
¿Lloras?

LEONIDA. Soy tierno en amor.—  
¿Qué justa venganza esperas!

*(Salen soldados marchando, vestidos de luto, y bandera negra, y RICARDO, rey viejo de Escocia, y FINEO, el que hirió ROSARDO.)*

RICARDO.

Estimo haberte visto.

FINEO.

¡A Dios pluguiera  
que como yo viví de aquella herida  
tu santa hija, gran señor, viviera!

RICARDO.

¿Que fuiste el caballero cuya vida  
pretendieron quitar injustamente  
con la inocente y santa de Leonida?

FINEO.

Yo fuí aquel mismo que engañosamente  
metió Rosardo en su aposento a darme  
la muerte, sabe Dios cuán inocente.

RICARDO.

Darme satisfacción es enojarme.  
Si es voz de Dios la que es de un reino todo,  
no quiero del delito consolarme.  
De su muerte quisiera de algún modo;  
mas, ¿qué puede ser más que la venganza  
a que por ley de padre me acomodo?

FINEO.

Tú puedes ir con justa confianza,  
que la ciudad te aguarda sin defensa.

RICARDO.

Pierda el traidor Albano la esperanza  
del reino que ha perdido por la ofensa  
que ha hecho al cielo y a mi honor, si acaso  
volver casado y restaurarle piensa.

FINEO.

Justicia tienes, y por ley divina  
y humana puedes darle por castigo,  
y no es poco piadoso, que no vuelva

eternamente a restaurar su reino.

RICARDO.

Mi capitán te nombro y restituyo  
en mi lugar, y te prometo, amigo,  
honrarte en el lugar que a mi heredero  
y darte el precio que mereces.

FINEO.

Sólo

tengo por premio haber acompañado  
con mi sangre, señor, a la inocente  
Reina, aunque sabe Dios cuánta fatiga  
pasé toda una noche desangrado  
entre las flores del jardín oculto.  
Al alba tuve esfuerzo, y poco a poco  
me fuí del jardinero al aposento,  
que aquella noche me llevó a mi casa,  
donde pude curarme con secreto.

RICARDO.

El alma me enterneces escuchándote.—  
¡Ay, mísera Leonida, solamente  
quisiera hallar tu cuerpo.

FINEO.

No es posible,  
por mucho que se ha hecho diligencia.

RICARDO.

Aquí te queda, en tanto que prevengo  
una trompeta que diga de mi parte  
a la ciudad que si por armas entro  
daré licencia al saco a los soldados.

FINEO.

Yo sé muy bien que ya de paz te esperan.—  
Ea, soldados, hagan alto en tanto  
que escribe el Rey.

LUCINDO.

Ahora es tiempo, llega.

LEONIDA.

Manda, señor, pues general te ha hecho  
el Rey, que nos alisten por soldados.

FINEO.

¡Cielos, si de Leonida hubiera sido  
el homicida, presumiera ahora  
que con su sombra y semejanza misma  
me amenazaba!

LEONIDA.

¡Ay, cielos! ¿No es aquéste  
Fineo, el que Rosardo muerto había?  
¿Pero cómo es capitán del Rey mi padre?

Mas bien será disimular agora,  
que adoro a Albano, aunque traidor conmigo,  
y querría impedir tanto castigo.

FINEO.

¿Tú de dónde eres?

LUCINDO.

Yo, señor, de Ibernía.

FINEO.

¿Y ése tu amigo?

LEONIDA.

Espera, no respondas.—

¿De dónde puede ser, si soy su hermano?  
El se llama Lucindo, y yo Florante;  
venimos a servir al Rey de Escocia,  
como otros muchos, de piedad movidos  
de la Reina inocente, cuya sangre  
pide venganza al cielo.

FINEO.

Si Leonida  
no fuera muerta, como todos saben,  
yo pensara, mancebo generoso...  
No lo quiero decir; pero al honor suyo  
y por veneración del rostro tuyo...

LEONIDA.

Prosigue. ¿Qué me miras?

FINEO.

Yo te nombro  
mi alférez, y a tu hermano hago sargento.

LEONIDA.

Por mí y por él los pies te beso.

FINEO.

Vamos,  
para que el Rey te vea, por consuelo  
de su desdicha.

LEONIDA.

Albano ingrato, agora  
conocerás en defender tu vida  
quién es Leonida.

FINEO.

¡Cielos, si es Leonida!

(*Vanse.*)

(*Sale ROSARDO y un PILOTO.*)

ROSARDO. ¿Luego no podré embarcarme?

PILOTO. Bien embarcar os podéis;  
mas si al Rey buscar queréis

y queréis crédito darme,  
aguardad, Rosardo, aquí  
a que salga de la mar,  
que hoy piensa desembarcar.

ROSARDO. ¿Desembarcar?

PILOTO. Señor, sí.

ROSARDO. ¿Luego trae a su mujer  
adonde es mejor que huya?

PILOTO. Arminda trae, y no suya.

ROSARDO. ¿No suya?

PILOTO. Ni puede ser.

ROSARDO. ¿Pues de qué modo?

PILOTO. Partió  
el Rey a las islas.

ROSARDO. Bien.

PILOTO. Llegó aquélla en que también  
su hermano Octavio dejó  
para guardar a su esposa,  
y halló que la había guardado  
tan bien, que estaba casado  
con ella.

ROSARDO. ¡Notable cosa!

PILOTO. Pensó el Rey morir de pena.  
Tomó puerto a su pesar,  
hizo la ciudad cercar,  
y cuando el asalto ordena,  
un caballero que amaba  
a Arminda, a envidia movido  
de verse puesto en olvido  
y que Octavio la gozaba,  
se los entregó a traición,  
y él, embarcado con ellos,  
hizo a su tierra traellos  
en una nave en prisión.

Yo vine a dar el aviso  
a las aguas deste puerto,  
donde hay más daño encubierto,  
donde la fortuna quiso  
que sus vasallos traidores  
al de Escocia se entregasen  
y la obediencia negasen  
a sus antiguos señores.

El de Escocia, por venganza  
de su hija, sin razón  
muerta, y dicen que a traición,  
hoy tan segura la alcanza,  
que si toma puerto Albano  
será preso o será muerto.

ROSARDO. Pues ya Albano toma puerto,  
y será el aviso en vano.—

¡Triste de mí! ¿Qué he de hacer  
entre tantas confusiones?



PILOTO. A gran peligro te pones.

ROSARDO. Yo no tengo que temer.  
Adonde mi Rey muriere  
quiero morir.

PILOTO. ¿No es mejor  
que huyas?

ROSARDO. Lealtad y amor  
me mandan, Fabio, que espere.

*(Vanse, y desembarca el rey ALBANO y REINALDO  
con soldados, y traen a OCTAVIO y ARMINDA presos.)*

ALBANO.

Traed los presos.

REINALDO.

Aquí están los presos.

ALBANO.

¡Oh, Arminda hermosa, y cómo está en tu mano  
el dar próspero fin a tus sucesos!

ARMINDA.

¿Yo puedo?

ALBANO.

Sí, con despreciar mi hermano.

ARMINDA.

¿De qué manera a mi marido puedo?

OCTAVIO.

Consejos locos de un poder tirano.

ALBANO.

¿Tirano soy si con poder no excedo  
de la común piedad dándote muerte?

OCTAVIO.

Seguro del honor muriendo quedo.

Que muerto yo, si fuere tal mi suerte,  
que Arminda casta a tu poder se rinda,  
no puede ser mi deshonor tan fuerte.

ARMINDA.

Pues no lo temas, que antes que me rinda  
padeceré mil muertes.

ALBANO.

No deseo  
tu muerte yo, sino tu vida, Arminda.

*(Sale ROSARDO.)*

ROSARDO.

Dame tus pies.

ALBANO.

¿Quién es?

ROSARDO.

Rosardo.

ALBANO.

Creo  
que mi amor a este tiempo te ha traído.—  
¿Qué guarda es ésta que en el puerto veo?

ROSARDO.

Del Rey tu suegro.

ALBANO.

¿El Rey?

ROSARDO.

Sí, que ha venido  
a vengar a Leonida.

ALBANO.

¿Y tomó puerto?

ROSARDO.

¿Y luego no lo has visto?

ALBANO.

Ni aun oído.

ROSARDO.

Tomó puerto tan libre y descubierto,  
que hasta tu misma corte, a pie seguro,  
llegó Ricardo, de vengarse cierto.

ALBANO.

¿Nadie le defendió puerta ni muro?

ROSARDO.

La virtud de Leonida lo ha causado,  
delito contra el cielo atroz y duro.

Yo vengo a hablarte así desesperado,  
pues fuí quien la dió muerte injustamente,  
de tus falsos papeles engañado.

ALBANO.

¡Ah falsa, desleal, traidora gente!  
¿Las armas contra mí, vasallos míos?  
¿No soy yo vuestro Rey? Estuve ausente.—  
¿Qué justo fin de tantos desvaríos!  
En las islas a Arminda hallé casada  
cuando apenas llegué con mis navíos,  
y agora aquí mi tierra alborotada  
contra mí por la muerte de Leonida.  
¿Qué gente es ésta?

ROSARDO.

Gente rebelada.

*(Ven a FINEO y cuatro arcabuceros y gente.)*

FINEO.

Daos todos a prisión.

ALBANO.

Hombre, ¿qué dices?

FINEO.

Que el Rey nuestro señor de Escocia manda que os deis rendidos a prisión, o luego os quitemos las vidas.

ROSARDO.

¡Cielo santo!

¿No es aqueste Fineo?

ALBANO.

Di, Rosardo,

¿no me dijiste que en mi propia cámara mataste este traidor que aquí me prende?

ROSARDO.

Señor, secretos son del justo cielo.

FINEO.

Soldados, caminemos a la Corte, y al que resistiere dadle muerte.

OCTAVIO.

Fineo, ¿en qué soy yo culpado?

FINEO.

Octavio,

ésta es orden del Rey.

OCTAVIO.

Reserva a Arminda.

FINEO.

A los dos se tendrá justo respeto, y al Rey también.

ALBANO.

¡Ay, cielos, que ya veo que os da voces allá la casta vida de Leonida!

FINEO.

Caminen.

ALBANO.

¡Ay, Leonida!

(*Vanse, y sale el Rey de Escocia y LEONIDA.*)

RICARDO. Recibo tanto consuelo Sólo en ver su semejanza, que en tempestad de venganza eres el arco del cielo.

No te querría apartar sólo un punto de mis ojos.

LEONIDA. Antes, señor, tus enojos mi rostro puede aumentar; que si parezco a Leonida tanto como me encareces, a mayor dolor te ofreces de aquella inocente vida.

RICARDO. Es verdad que das aumento al dolor, pero en razón de consuelo y de afición recibe alivio el tormento.

La que te tengo, Florante, desde que tu rostro vi me obliga a saber de ti en qué te soy importante.

Elije del reino todo el mejor oficio.

LEONIDA. Tengo, aunque en este traje vengo, diferente hábito y modo.

Porque has de saber, señor, que soy letrado, y la guerra luego que tomaste tierra, me dió a las armas amor.

Ya que no hay que pelear y en paz este reino tienes, pues hacerme merced vienes, mis letras puedes honrar.

RICARDO. Huélgome saber, Florante, que tan estudiante seas; mira qué oficio deseas para tus letras bastante, que a ninguno como a ti.

LEONIDA. En Ibernia la nobleza tiene un juez; tu grandeza mostrarás, señor, en mí con darme ese oficio.

RICARDO. Digo que de los nobles te hago juez.

LEONIDA. Tus pies beso.

RICARDO. En pago de tener lealtad conmigo, pues tus hábitos dejaste y me viniste a servir, y así los puedes vestir, pues la guerra en paz trocaste.

LEONIDA. Ya con tu licencia voy; juez soy de la nobleza.

RICARDO. Aunque aumentas mi tristeza, tu ausencia sintiendo estoy.

(Vase LEONIDA, y entra FINEO.)

FINEO.

Albricias puedes darme.

RICARDO.

¿Tomó puerto,

Fineo, aquel traidor?

FINEO.

Para su daño.

RICARDO.

¿Prendístele?

FINEO.

Y a Octavio, que venía  
preso por él.

RICARDO.

¿Albano preso a Octavio?

FINEO.

Dejóle en guarda de su dama Arminda  
en tanto que a Leonida muerte daba.  
Volvió, y casados los halló.

RICARDO.

¿Qué dices?

¿Luego no viene el Rey casado?

FINEO.

Viene

desesperado el Rey.

RICARDO.

¡Notables nuevas!

No quiso el cielo, que el traidor gozase  
de Arminda.

FINEO.

Pues mejor es el suceso.

RICARDO.

¿Cómo?

FINEO.

Rosardo viene también preso.

RICARDO.

¿Rosardo?

FINEO.

El mismo que mató a la Reina  
y a mí me hirió.

RICARDO.

Secretos son del cielo.

FINEO.

¿Qué haré del Rey?

RICARDO.

Justificar la causa,

y si merece muerte, darle muerte;  
que sin probanza y satisfecho el mundo  
de su maldad, no es justo que lo intente.

FINEO.

Nombra juez.

RICARDO.

Hoy hice a un estudiante  
juez de la nobleza.

FINEO.

¿Quién?

RICARDO.

Florante.

FINEO.

¿Qué te movió?

RICARDO.

No más de parecerse  
tanto a Leonida.

FINEO.

Es permisión del cielo,  
porque juzgue su muerte aquella vida  
que más parece al rostro de Leonida.  
¿Hallaráste a la vista deste pleito?

RICARDO.

Aunque excusar quisiera el ver la cara  
de mi yerno cruel y de Rosardo,  
será fuerza, pues soy la parte.

FINEO.

¿Cuándo

será la primer vista?

RICARDO.

Luego al punto,  
porque della resulte prisión fuerte  
al Rey si le culparen desta muerte.

FINEO.

Capitán.

CAPITÁN.

¿Qué me mandas?

FINEO.

Traed los presos  
y llamad al juez de la nobleza.

CAPITÁN.

Voy a servirte.

RICARDO.

¡Ya mi pena empieza!



(*Entra LEONIDA con capa, y gorra, y vara, y LUCINDO de relator.*)

LEONIDA. Vengo a besarte los pies  
por la merced recibida.

RICARDO. ¡Cielos, que ésta no es Leonida!

FINEO. No, mas su retrato es.

LEONIDA. Aqueste hidalgo he nombrado,  
señor, para relator.

LUCINDO. Dadme los pies, gran señor.

RICARDO. A muy buen tiempo has llegado.—  
Toma esa silla, Florante,  
verás un pleito.

LEONIDA. Aquí en pie,  
si te sirves le veré.

RICARDO. Es pleito muy importante  
y requiere grande espacio.  
Haz lo que te mando.

LEONIDA. Quiero  
obedecerte: ya espero  
pleito de asiento en Palacio.—  
¿Qué es esto, cielo?

CAPITÁN. Aquí están  
los presos.

RICARDO. Aquí me siento,  
y sabe Dios lo que siento.

LEONIDA. Cielos, ¿qué presos serán?

(*Siéntase LEONIDA en alto, LUCINDA abajo, y el Rey de Escocia a un lado, y entren OCTAVIO, ARMINDA, ROSARDO y el rey ALBANO.*)

ALBANO. ¿Es aquél el Rey?

ROSARDO. El es.

ALBANO. ¿Y el juez el que está allí?

ROSARDO. Sin duda.

ALBANO. ¿Juez aquí?

ROSARDO. ¿Estrado y vara no ves?

ALBANO. ¿A juicio me han traído  
en mi reino y en mi casa?

RICARDO. Tiemblo de verle.

ALBANO. ¿No pasa  
entre bárbaros!

RICARDO. Si ha sido  
tan infame tu delito,  
¿cómo te han de recibir?

ALBANO. ¿Aquí me mandas venir?  
¿Qué es lo que tienes escrito?  
¿No basta haber usurpado  
mi reino estando yo ausente?

RICARDO. El juez tienes presente.  
Si queda determinado  
lo que imagino de ti,

la espada será respuesta.

ALBANO. Vasallos, ¿alcald es ésta?  
¿Esto sufris contra mí?

LEONIDA. Decid la causa de Albano,  
relator.

LUCINDO. Esta es la causa  
como la refiere Ibernía,  
porque no hay otra probanza.

LEONIDA. El Rey, queriendo casarse  
con Arminda, hermosa infanta  
de las islas deste mar,  
donde llegó con su armada  
cuando iba a casar a Octavio  
a Escocia, a Rosardo llama,  
y escribiéndole un papel,  
que mate a la Reina manda  
con Fineo, a quien jamás  
habló a la Reina palabra.  
Conviene todos que fué  
inocentísima y casta,  
y un ejemplo de mujeres  
heroicas.

ALBANO. Verdad es llana  
que yo la mandé matar,  
porque supe de unas guardas  
que hablaba secretamente  
a Fineo.

LEONIDA. Albano, calla,  
hasta que Arminda nos diga  
si allá concerto matalla  
esa tu mano cruel.

ARMINDA. Sí concertó.

ALBANO. Cosa clara  
que porque soy su enemigo  
lo que dice me levanta.

ARMINDA. Yo digo verdad.

LEONIDA. Pues di,  
¿no te contentas con darla  
tan fiera y injusta muerte  
sino que ya muerta tratas  
que pierda aquella inocente  
la honra, prenda más alta  
que la vida y que mil vidas?

OCTAVIO. Aunque mi hermano te llamas,  
obliga tu cruel intento,  
viendo que una santa agravias,  
a culparte de su muerte.—  
Juez, quedando yo en guarda  
de Arminda trató la muerte  
de Leonida, ilustre y santa,  
el Rey.

LEONIDA. Si tu hermano

te condena, ¿qué probanza más cierta?

ALBANO. Es traidor conmigo, y su información es falsa.

LEONIDA. Di, Rosardo, ¿qué razón te dió el Rey para matarla?

ROSARDO. Un papel que por descuido di a la Reina desdichada; mas para mí bien sé yo que está inocente.

RICARDO. ¿Qué aguardas en sentenciarle a la muerte?

LEONIDA. Fineo, ¿diste la causa al Rey de celos jamás?

FINEO. Si hablé a la Reina palabra aquí me castigue el cielo.

ALBANO. Oye, Juez, ¿qué te cansas? Ya no puedo yo sufrir ver que todos cuantos hablan mi noble mujer abonen, que aunque he dicho que es culpada es por la vida o la afrenta que a mi sangre y a mi casa resultara de su muerte.

‘No pruebes más, esto basta. Yo estoy tan arrepentido y siento tanto en el alma haber dado muerte a un ángel, que antes que este pleito vaya a la sentencia debida por términos y probanzas quiero sentenciarme yo, y así digo que mañana mandes cortar mi cabeza en una pública plaza.

Vesme aquí, Rey, a tus pies.

RICARDO. ¿Quién ha de mirar tu cara?

ALBANO. Sólo te pido, señor,

que para mayor venganza de la Reina este juez trueque la vara en espada, y por lo que le parece ejecute el golpe.

LEONIDA. Para; no te aflijas.

ALBANO. ¿Qué he de hacer, si eres ángel que esta vara tomaste en forma de aquella cuya sangre al cielo clama?

LEONIDA. Rey, perdona a un Rey que llora.

RICARDO. Ese imposible se iguala con resucitar Leonida.

LEONIDA. ¿Y si vive?

RICARDO. ¿Qué pesadas esperanzas!

LEONIDA. Si la doy viva, ¿son ciertas o falsas?

RICARDO. Si ella vive, yo perdono al Rey.

LEONIDA. Pues yo soy, que sana de aquella mortal herida esta ocasión aguardaba para que a Albano perdones, que, en fin, le adoro.

RICARDO. ¿Qué ingrata has sido en sufrir mi pena!

ALBANO. Temblando un traidor te abraza.

LEONIDA. ¡Oh cuánto, esposo, me debes!

OCTAVIO. Todo lo demás que falta a senado tan discreto no es bien decirlo, que cansan premios, sentencias, perdones cuando la historia se acaba, que su autor, para servirlos, llamó *El Juez de su causa*.

FIN





## ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

PÁG. COL. LÍN.

6	2	32 y 33	Estos dos versos dirían: "Más lo estoy yo por el que   es muy perfecto cristiano".
7	2	16	Este verso quizá deba decir: "que yo, por poder miralla,"
7	2	40	Así en el texto; pero debe ser "por acá".
8	1	última	Portuguesismo. Diría: "que aun desto trató verdad."
8	2	12	Otro lusitanismo. Diría: "pues aguardá en este puesto" y no "neste".
16	2	26	"ensañamiento". Debe ser "enseñamiento".
19	1	13	"que le hizo". Debe ser "que se hizo".
19	1	46	"en lo divino". Debe ser "en el divino".
21	2	28	Para que conste el verso deberá decir: "con tan grande falsedad."
22	2	27	"a ayudaros". Debe ser "de ayudaros".
26	2	43	"Pues si a la gloria me mudo". Deberá ser "Pues si me mudo a la gloria."
32	1	23	"aldeando". Debe ser "haldeando".
56	1	42	"mares, agora". Debe ser "mares, agota".
61	2	4	"trujo aquesta". Debe ser "trujo a aquesta".
66	1	21	"porque el más". Debe ser "porque es el más".
87	2	16	Este verso lo debe decir DON DIEGO.
105	2	26	"cualquiera". Debe ser "cualquier".
120	2	49	"¿Pues qué ha". Debe ser "¿Pues de qué ha".
121	1	42 y 43	Estos dos versos deben leerse: "Pensé en él con tanto afeto,   que de pensar vine a amar."
150	1	37	Este verso quizá se escribiría "quiso pasar una siesta" y no "dar".
157	1	42	"moro, Nuño". Debe leerse: "moro a Nuño."
216	1	26	"pedirle Alfreda". Debe leerse: "pedirle a Alfreda".
247	1	21	"Alfreda, mirá". Debe leerse: "Alfreda, mire."
249	1	14	"Si para mí buscar bien". Debe leerse: "Si para mí buscas bien."
250	2	29	"sacra tea". Debe leerse "sacra dea".

PÁG. COL. LÍN.

277	1	10	"procura matarla". Debe leerse "sa- "sacra dea".
277	1	10	"procura matarla". Debe leerse "procuraba matarla".
285	1	39	"hablar con un terrado". Debe leer- se "hablar en un terrado".
314	2	35	Este verso y los dos siguientes los dice también ALBANO.
327	1	45	Este verso deberá leerse: "En au- sencia y en presencia."
330	1	34	"feo Capochó". Debe ser "seo Ca- poche".
338	1	46	"De confesión." Debe ser "De con- fusión."
344	1	25	"y esa quien fuere". Debe ser "y sea quien fuere".
350	1	22	"tan' hembras". Debe leerse "tan- to hembras".
351	2	43	"doradas plantas". Debe leerse "do- rada planta".
352	2	29	"Enrique". Debe leerse "Carlos".
370	1	18	"o si su piedad". Debe leerse "O si tu piedad".
392	1	10	Este verso se deberá leer: "cetro goza del laurel".
392	1	13	El manuscrito dice: "tiene hemis- ferio mayor".
393	2	2	"de tan noble favor". Debe ser "de tan notable favor", según el ms.
394	2	41	"Eusenio". Debe ser "Ausonio".
394	2	43	"casamiento". Debe ser "matrimo- nio".
395	1	41	"sonorosa salva". Según el ms., "honrosa y rica salva".
396	1	8	"la faz me lo dice". Debe ser "la fama lo dice".
396	1	9	"si honrarme quiere". El ms. dice: "si ven honrarme."
396	2	8 y 9	El ms. refunde estos dos versos en uno que dice: "soy, y vuestro esclavo humilde."
396	2	37	"que no esté". Debe ser "que yo esté".
396	2	44	"haya venido". Debe ser "hoy ha venido".
397	1	14	Después de este verso, añade el ms. con acierto este otro: "o la fineza que encubre."
397	1	22	"los sujetos". Debe ser: "los efe- tos."
397	1	31	Después de este verso, añade el ms. "de suerte que las oía".

PÁG. COL. LÍN.

- 397 I 41 "gloria dichosa". Debe ser: "glorias dichosas."
- 397 I 41 El ms. lo pone así: "¿Por aquesto no podía."
- 398 I 16 "Cuando en." El ms. dice: "Lo que en."
- 398 I 37 "si ha de venir." El ms.: "si he de venir."
- 398 I 39 "vistas de mejor". El ms.: "vistas de mayor."
- 398 I 45 "Aguardarle." El ms.: "a aguar-darle."
- 398 I 47 "los cielos". El ms.: "los celos."
- 398 2 5 "Ya que eso". El ms.: "¿Y aqueso."
- 398 2 17 El ms. pone este verso así: "se ha de descubrir aquí." La quin-tilla que sigue falta en el ms., el cual, en lugar de ella, intercala estos versos:
- y descubiert, señor,  
presumirá que has sabido  
algo en mengua de tu honor;  
y el darte por entendido  
hace la afrenta mayor.  
Bien sé que de la Condesa  
puedes vivir confiado  
porque tu lealtad profesa;  
mas si el Rey tanto te ha  
el deshacerte interesa. [dado
- CONDE. Eso mismo anima aquí  
a mi sospecha forzosa,  
pues si ello es claro así  
que nace el honrrame a mí  
de ser la Condesa hermosa,
- 398 2 última "y está." El ms.: "tu esposa."
- 399 I 4 El ms. no trae este verso.
- 399 2 5 El ms. trae este pasaje así:
- Fuése, y tras de sí las puertas  
cerró por mi bien, Valón.  
VAL. Ella es noble y muy discreta:  
admirome, por quien soy,  
de ver mujer tan discreta.
- 399 2 8 "a la oscura." El ms.: "a lo es-curo."
- 399 2 13 "tu dorada." El ms.: "tu tiz-nada."
- 399 2 38 Falta este verso en el ms.; y, en cambio, pone éstos:
- VAL. Tú ¿de qué fabricas ésto?  
COND. De pensar que ha dado el Rey  
de pretender esta prenda,  
donde mi amor ha fundado  
mil torres de amor soberbias.
- 400 I 23 "Usadas con las." El ms.: "usa-das de los."
- 401 I 5 "siempre señor fuí." El ms.: "siempre fénix fuí".
- 401 I 48 "solos pues". El ms.: "soles pues."

PÁG. COL. LÍN.

- 401 2 2 Este verso dice en el ms.: "haza-ña a cualquier efeto."
- 401 2 41 "Lipona." En el ms.: "Hispona."
- 402 I 18 "esta quietud." En el ms.: "esta inquietud."
- 402 I 32 "muerto al viento." En el ms.: "muerto Eduardo."
- 403 I 22 "Lipona." En el ms.: "Lispona."
- 404 I 39 y 40 En el ms. estos dos versos dicen: "hechas cecina | las partes que se juntan con la posta.
- 405 I 27 "que haya una". En el ms.: "que hay una."
- 405 I 27 "que vería". El ms.: "que le cría."
- 405 2 29 El ms. pone "navigados", que tam-poco es buena lección.
- 407 2 47 "a mi persona". Debe ser: "o mi persona."
- 408 I 30 "por vos, hijos." El ms.: "por-cios hijos."
- 410 I 14 Después de este verso, el ms. in-tercala éstos:
- VAL. Me quiero hacer...  
PORCIA. Di.  
VAL. ¡Ay, que tengo  
vergüenza, Porcia hermosa;  
porque no hay cosa en mis huesos,  
quando estos palos recuerdo...
- PORCIA. ¿Qué quieres hacer de ti,  
que tengo priesa.
- 410 2 20 En lugar de este verso, pone el ms. este otro: "que en las mercedes que su rey le ha hecho."
- 410 2 21 "ciertas." El ms.: "inciertas."
- 410 2 25 "hablan." El ms.: "ablanden."
- 410 2 29 "halló." El ms.: "abrió."
- 411 I 1 "que si". El ms.: "que así."
- 411 I 4 "¿Sabe." El ms.: "Sabad."
- 411 I 24 "grande gusto." El ms.: "gran de-fecto."
- 411 I 42 "no por vos." El ms.: "no por rey."
- 411 I 43 "saber." El ms.: "favor."
- 411 I 48 "mía." El ms.: "prima."
- 411 I 49 "Consultado." El ms.: "Consul-tadlo."
- 412 I 7 "pretenden fin." Debe ser: "pre-tende en fin."
- 412 I última. "que el señor." El ms.: "que el ho-nor."
- 413 2 4 Este verso y el que sigue están en el ms. así:
- LAURENC. ¿Estás sin culpa?  
CONDE. Mi honor,  
que os sabe imitar es llano.
- 413 2 8 y 9 Estos dos versos dicen en el ms.: "el que por alcaide voy | del Conde.
- 413 2 12 "ha de ver." El ms.: "he de ver."
- 413 2 13 "¿de qué pudo ser." El ms.: "que ha podido ser."

PÁG. COL. LÍN.

- 413 2 35 Después de este verso el ms. intercala éste: "digno de castigo, no..."
- 414 1 5 En lugar de este verso, el ms. pone éstos: "se opondrá con falso trato | como a Roma Viriato."
- 414 1 16 "menos privado." El ms.: "menospreciado."
- 415 1 25 "que a error." Debe ser: "que al error."
- 415 1 30 "da la inquietud." Léase: "de la inquietud."
- 415 1 35 "los secretos." El ms.: "los efetos."
- 416 1 28 Después de este verso prosigue el romance en el ms., así:

Era doña Sol casada  
y en tanto estimó su honor  
que a los combates del rey  
invencible se mostró."

CONDE. Parece que va cantando  
mi misma historia esta voz;  
pues si esto pasó en España  
en Hungría pasa hoy.  
Atento quiero escuchar  
en qué esta historia paró,  
que tanto imita la mía,  
si me deja la pasión.

Mús. "Viendo su rigor el rey,  
para obligarla mejor  
metió a su esposo inocente  
en una oscura prisión,  
y dijo que le daría  
la muerte, si ella a su amor  
no le daba agradecida  
vida con su posesión.  
Mas afeó su hermosura,  
Sol, viendo que esto causó  
y enseñóse al Rey, llagada,  
por quien su intento dejó."

CONDE. ¡Oh, valerosa española,  
tan digna de eternizarse  
y en las memorias quedarse  
por fénix del honor sola!  
Pero cantar a mi oído  
agora aquesta canción,  
tan cerca desta prisión  
algún misterio ha tenido.  
Si es ya público el agravio  
que el Rey ha intentado darme  
y aqueste ejemplo cantarme  
quiso aquí algún hombre sabio,  
que Margarita lo oyera  
hoy a mi honor importara,  
porque antes se abrasara  
que a mi honor ofendiera.  
Pero mujer que cortar  
quiso una mano besada,  
si se ve más apretada  
también la sabrá quemar.  
¡Ay de mí! Mi esposa ha en-

[trado;

PÁG. COL. LÍN.

- que duermo quiero fingir;  
mas ¿cómo podrá dormir  
quien tiene tanto cuidado?  
(Hace el CONDE que duerme y sale MARGARITA.)
- MARG. Mil puertas, Pórcia, quebrara  
y cien mil puertas rompiera  
para ver al Conde.
- PORCIA. ¡Oh, fiera  
intención, aunque fué rara!  
¿La lealtad tuvo, señora,  
padre que a un hijo metió  
en tal prisión?
- MARG. El cumplió  
con la ley de honor agora.  
Mas, aunque el Rey ha llevado  
las llaves de la prisión,  
la fragua de mi afición  
otras, amiga, ha forjado.
- PORCIA. Mi señor durmiendo está.
- MARG. ¡Ay, dulce prenda querida!  
¡Mal haya, mi bien, la vida  
que aquesta inquietud nos da!  
¡Vos preso!, ¡vos con cadena!  
De un padre fué la lealtad;  
mas también fuera crueldad,  
pues que vió de culpa ajena  
la vuestra. Pero si honor  
de otra suerte os aprisiona  
para honrar vuestra persona  
cadenas tiene mi amor.  
Ellas unirán de suerte  
la vuestra, Conde querido,  
que antes que se vea ofendido  
vuestro honor, jure mi muerte.  
(Entre sueños el CONDE.)
- Pretenderle defender  
del Rey con tanto valor  
dice el mundo que es error...
- MARG. Eso ¿cómo puede ser?
- PORCIA. El Conde hablando está  
y duerme, señora mía.
- MARG. Honor en su fantasía  
mil quimeras fundará.
- CONDE. Porque es señor natural,  
y el que en su real presencia  
hace en nada resistencia  
desdice de ser leal...
- MARG. Sí, mas lo que él intenta  
es contra derecho y ley,  
¿se ha de querer, porque es Rey?
- CONDE. Aunque nazca dello afrenta.
- MARG. Despierto diréis que no.
- CONDE. Siempre se ha visto vencer  
al mayor muro el poder...
- MARG. No hará mientras viva yo.
- CONDE. Yo soy el Rey y enviaré  
soldados y artillería...
- MARG. Yo Condesa, que este día  
todo lo resistiré.
- CONDE. General, será el favor



PÁG. COL. LÍN.

			con el agravio embozado...
	MARG.		Para vencer tal soldado
			hay sangre noble y valor.
	CONDE.		Infantes, serán suspiros
			que a ablandar irán delante...
	MARG.		Siendo mi pecho diamante,
			resistirá aqueos tiros.
	CONDE.		La bala de un marquesado
			se tirará la primcra...
	MARG.		El reino en que amor impera
			sólo el honor tiene estado.
	CONDE.		De un mayordomo mayor
			irá embistiendo el oficio...
	MARG.		Como es cargo que da el vicio
			hará más peso a mi honor.
	CONDE.		Partirás el Rey a dar,
			soberbio, a esta guerra efeto.
	MARG.		Aunque el Rey mueve a respe-
			el Rey no tendrá lugar; [to,
			y si no probad mis brazos,
			como que vos sois, señor,
			y veréis si mi valor
			no os hace, por Rey, pedazos.
	CONDE.		Ya voy.
	MARG.		Venid.
			<i>(Entre sueños hace que abraza</i>
			<i>al viento y abraza la CONDE-</i>
			<i>SA y despierta abrazado della.)</i>
	CONDE.		Esperad.
	MARG.		Despertad, bien de mi vida.
	CONDE.		¡Ay, Margarita querida!
			la victoria incierta está;
			pues cuando intento vencer,
			aun en sueño imaginado,
			mi mayor fuerza he hallado
			en brazos de una mujer.
	MARG.		No dudéis de su valor,
			que al Rey sabrá resistir;
			si en sueños le hice fingir,
			despierto mucho mejor.
			Pero, mi bien, ¿cómo estáis?;
			¿qué rigor de injusta estrella
			a nuestro amor atropella?
416	1	37	"¡Crueldad ha sido!" El ms.:
			"¡gran crueldad ha sido!"
416	1	48	"¿Quién el alma." El ms.: "¿Quién
			es alma."
417	1	11 y 12	Estos dos versos en el ms. dicen:
			"no lo niegues, pues lo siente   ya
			mi cuello."
417	1	32	"¡Mira, mira el cordel." Debe leer-
			se: "¡Mira el cordel."
417	1	36	"quiere saber." Debe ser: "quieres
			saber."
417	2	penúlt.	"De haber muerto." Debe ser: "De
			ver muerto."
418	2	21	"le está aquel." Debe decir: "le
			está a aquel."
418	2	40	Desde este verso el ms. sigue con
			estas variantes:

PÁG. COL. LÍN.

			y no hallaba quien le diese.
	PORCIA.		¡Ah, Margarita, ah, mi bien!
	MARG.		¿Quién por mí te ha preguntado?
	VAL.		El Conde, mi señor, es,
			que esta[ba] en aquesta hilera;
			bien lo debes conocer.
418	2	47	"entre estos establos?" El ms.:
			"entre estos estaba?"
419	1	36	"Florena." Debe decir: "Lorena."
419	1	38	"ha en nubes." Debe decir: "ha en
			vos."
419	2	36	Después de este verso sigue el ms.:
			A donde Vuestra Alteza
			ha de pasar la noche, este es el cuarto,
			caja desa belleza.
	REINA.		Adiós, que a recogerme, duque, parto
			y apenas en la fría
			noche hasta ver del Rey el claro día,
420	1	27	"aunque tirano." Debe ser: "aun-
			que a tirano."
420	2	18	El ms. pone este verso así: "dis-
			creto en esto de honores."
422	1	8	"me he fingido." Debe decir: "me
			ha fingido."
422	2	44 y 45	Estos dos versos en el ms. dicen:
			"a pedirme eso que estaba   mi
			pecho ya arrepentido."
424	2	18	Este verso en el ms. dice: "me hi-
			rió, que a nadie perdona."
465	2	36	"que tal ha venido." Debe ser:
			que tal has venido."
500	1	7	"hay lo mismo." Debe decir: "hay
			la misma."
506	1	4	"le dan precisos." Debe ser: "le
			dan preciosos."
506	1	8	"INFANTA." Debe ser: "ISABEL."
512	2	35	"crisol." Debe decir: "cristal."
519	2	4	"mal me sucediese." Debe decir:
			"mal te sucediese."
533	2	4	Después de este verso, los tres que
			siguen deben leerse por este or-
			den: "Como me vió peregrino,
			con razonable persona,   que la
			nobleza embozada."
539	2	26	"a pedirla." Debe leerse: "a pe-
			dírosla."
540	1	29	"y le quiso matar." Debe ser: "y
			la quiso matar."
549	1	21	"que peregrina." Debe leerse: "que
			peregrino."
549	2	3	"En casa de." Debe ser: "En cas
			de."
550	1	25	"Mis hermoso." Debe leerse: "Mis
			hermosos."
550	2	12	"ese no sé que llevas." Debe ser:
			"ese no sé qué que llevas."
554	encabezado	7	"Un Indio." Debe decir: "Un Ju-
			dío."
557	2	5	"¿dejaste de conocer." Debe ser:
			"¿dejástete conocer."

PÁG. COL. LÍN.

PÁG. COL. LÍN.

- 558 I 42 a 49 Pasaje muy alterado: faltan dos versos.
- 560 I 49 "a casa que falte." Deberá ser: "a casa en que falte."
- 561 2 29 "Falta un verso después de éste.
- 561 2 39 "Otras tan infames." Deberá ser: "Obras tan infames."
- 562 2 18 "mis venganzas iguale." Quizá deba ser: "mis venganzas aguante."
- 562 2 42 "el premio de autoridad." Debe ser: "el premio da autoridad."
- 565 I 16 "os ha quitado." Debe decir: "os han quitado."
- 566 I 5 Falta un verso después de éste, para el pareado.
- 572 2 45 "y un INDIO." Debe decir: "y un Judío."
- 574 2 30 "BÁRBULA." Debe ser: "LEONOR."
- 576 I 30 Entre este verso y el que sigue faltan dos versos para formar décima.
- 577 I 16 Faltan dos versos a esta décima.
- 583 2 23 "literas ten." Debe ser: "literas son."
- 587 I 44 "Señor," Debe decir: "Sí, señor,"
- 587 2 37 "memorias." Debe ser: "Memoria", para consonar con "gloria".
- 595 I 31 "a su espera." Debe decir: "a su esfera."
- 623 I 17 "Mi señora." Debe ser: "Mi señor."
- 623 2 49 Este verso se leerá: "hace fuego y leña encierra."
- 625 2 26 y 27 Estos versos deben escribirse con interrogante.
- 632 2 29 Falta un verso después de éste para la redondilla.
- 641 I 15 "que preto vivo." Debe ser: "que preso vivo."

VARIANTES DE LA COMEDIA *El Juez en su casa*, en la Parte XXVIII de *Varios autores*. Huesca, 1634.

El encabezado (folio 109) dice: "El Juez de su causa. Comedia famosa. De Lope de Vega Carpio.—Representóla Avendaño.

Hablan en ella las personas siguientes:

<i>Leonida, Reyna.</i>	<i>Albano, Rey.</i>	<i>Reynaldo.</i>
<i>Fabia, dama.</i>	<i>Octavio.</i>	<i>Lucindo.</i>
<i>Algunos pescadores.</i>	<i>Tiberio.</i>	<i>Eliso y Feniso.</i>
<i>Arminda.</i>	<i>Rosardo, Capitán.</i>	<i>Ricardo, Rey de Escocia.</i>
<i>Clavela.</i>	<i>Fineo.</i>	

PÁG. COL. LÍN. (DE ESTE VOLUMEN). VARIANTES.

- 648 I 14 a quedar viva después.
- " 2 11 En eso veréis que soy.
- " " 12 a quien sin vos dejáis.
- " " 23 y quiero.
- " " 26 siento el verme.
- " " 29 el ausencia.
- 649 I 36 de la palabra.

- " " 37 esa doy.
- " " 44 Persuadilda.
- " " 47 está cierta.
- " 2 8 salud está.
- " " 10 esto que dejáis.
- " " 13 ¿Está cogida la red? (Lirano y Floro que hablan aquí no figuran en la lista de personas.)
- " " 32 Ergasto.
- " " 54 saca vinagre.
- 649 2 46 de oficio humano. (Ergasto no figura en la lista.)
- 650 I 2 Después de este verso, hay éste: LIRANO. Pues no, y aun de haber comido.
- " " 6 Falta este verso.
- " " 18 en la Cabañal.
- " " 24 todo el mar se inquiete. (Falta el "ya".)
- " 2 2 de las cazas.
- " " 3 resuelta.
- " " 4 De las gracias.
- " " 6 que si tuviera en el mar.
- " " 10 Miseria de aquella nave.
- " " 28 y 29 *Vanse y sale Arminda con venablo de caza y Clavela pastora.*
- " " 34 y hasta en los mismos peces.
- " " 42 te criaste.
- " " 48 salió de la mar un día.
- 651 I 25 *Salen los pescadores.*
- " 2 14 y fruta a este tiempo.
- " " últ. la gente.
- 652 I 8 triste albergue.
- " " 22 (Faltan este verso y los tres que le siguen.)
- " " 36 triste puerto.
- " " 39 a quien me debo.
- " 2 3 y en vuestra fuerza se.
- " 2 11 dar de comer.
- " " 18 comerán sin ventura.
- 653 I 41 amor las guía.
- " " 44 la tortolilla suspira.
- " 2 17 déjome en el gobierno.
- 654 I 21 si acaso fías de mí.
- 655 I 14 del mar fuese tan cierto.
- " 2 3 de tiranizarle el reino.
- " " 10 Este es el fin de un loco atrevido.
- " " 34 espera ser.
- 656 I 1 cuando de la mar incierta.
- " " 23 mayor mal.
- " " 33 a poder pasar el mar.
- " " 43 ha de haber vano.
- " 2 33 apaga tu fuego.
- " " 41 (Este cuarteto está así:)

Déjame aquí para leal testigo del engaño que deja comenzado y es fuerza que de mí quede engañado, que a tal hermano, tan fingido amigo.

- " " 47 de su llanto.
- " " 49 en tus ondas.
- 657 I 3 (Este verso y el siguiente los dice

PÁG. COL. LÍN.

			Arminda: el tercero lo dice ya Reinaldo.)
"	"	30	vuestras islas.
"	2	12	al mar cano.
"	"	13	en el golfo.
"	"	28 y 29	(Estos dos versos están así:) en el mismo rigor de tanta culpa   pero de mil historias le darás disculpa.
658	1	19	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	"	29	te diere alguna.
"	"	36	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	2	16	ausencia tuya.
"	"	25	el escocés dirá que eres culpada.
659	1	36	fortifique lo que.
659	1	38	mayores fuerzas.
659	2	20	(Faltan éste y los 17 siguientes versos.)
660	1	4	(Faltan este verso y los siete que le siguen.)
"	"	28	(Faltan este verso y los 39 que le siguen.)
"	2	34	Esto es lo cierto.
661	1	4	(Faltan este verso y los 36 siguientes a él.)
"	2	19	A Escocia presto.
"	"	últ.	la muerte bebo.
662	1	9	adivinarla.
"	"	43	mi honor.
"	2	30	si yo lo siento.
663	1	14	notable confusión.
"	"	46	viniera a hablar.
664	1	11	mi honor, mi honra, mi fama.
"	"	15	La llave de mi honor te doy.
"	"	22	pues si es culpa de que temo.
"	"	23	con su culpa.
"	"	26	Sin medio proporcionado.
"	2	3	ni él tuvo amor.
"	"	7	(Falta este verso, que deja incompleta la octava.)
"	"	8	Ea, villano Fineo, quien te vía.
"	"	12	de mi venganza.
"	2	18	alguna injusta.
"	"	26	(Después de esta línea hay una acotación que dice:) <i>Sale Fabia con un pliego de cartas.</i> )
665	1	1	(Falta esta acotación.)
666	1	11	(Faltan este verso y los 24 que le siguen.)
"	"	50	(Faltan este verso y los tres que le siguen.)
"	2	7	(Faltan éste y los 16 que le siguen.)
667	1	2	caballo y guardar.
"	"	4	correle.
"	"	33	(Faltan este verso y los cinco siguientes.)
"	2	19	su tristeza.
"	"	30	(Faltan este verso y los cinco siguientes.)

PÁG. COL. LÍN.

"	"	36	No es razón que vean. (Falta el "Que" del principio.)
668	1	8	(Faltan éste y los 11 versos que siguen.)
"	2	41	lobo fiero.
669	1	3	(Falta esta acotación.)
"	"	23	si ha de volver.
670	1	1	alas, brío.
"	"	21	sacar la daga.
"	2	28	Gente es ésta.
"	"	29	(Falta esta acotación.)
671	1	13	(Falta esta acotación.)
"	"	30	Gente viene, si es.
"	2	9	Verdad es, y yo la oí.
"	"	36	FLORO.
"	"	44	a consumir.
672	1	12	el de la pratica olvida.
"	"	13	que el bien es la malquerida.
"	"	18	que a dejarte.
"	"	23	(Faltan éste y los nueve versos que le siguen.)
"	"	41	pasarte te vía.
"	2	22	(Faltan éste y los nueve versos que le siguen.)
"	"	30	para el día.
673	1	37	(Este verso y los tres siguientes, faltan.
"	2	14	propuso al reino tu hermano.
674	1	4	encaneció los peñascos.
675	1	1	afligen.
"	"	20	y de armada a armada.
"	"	33	al que es ha desembarcado.
"	"	49	de defenderte excusado.
"	2	6	proponga el pleito y disculpa.
676	1	11	(Faltan este verso y los 27 que le siguen.)
"	"	40	tal desdicha.
"	2	24	(En lugar de este verso, dice:) ¿Vióse mudanza tan presto?
"	"	45	y Arminda.
677	1	4	ni decillo eternamente.
"	"	11	y de tu error.
"	2	últ.	que los enemigos ciertos.
678	1	18	No escribáis sin que miréis.
"	"	26	advertimiento.
"	1	41	LEONIDA y no LUCINDO.
"	2	13	(Faltan este verso y los 28 que le siguen.)
"	"	42	LUCINDO. Cajas suenan, por aquí.
679	2	8	(Faltan esta palabra "Solo" y los 12 versos siguientes.)
"	"	24	(Este verso lo dice RICARDO, así como los cuatro que siguen.)
"	"	28	(Después de "soldados", dice la acotación:) " <i>Vase.</i> "
"	"	últ.	Pues cómo.
580	1	3	y quisiera impedir.
"	"	40 y 41	(Esta dice:) " <i>Vanse, y desembarque el rey ALBANO, OCTAVIO, ARMINDA y REINALDO, y algunos soldados.</i> "
"	"	42	(Faltan este verso y todos los que



PÁG. COL. LÍN.

			siguen hasta la acotación de la página 681, columna 1. <sup>a</sup> , líneas 9 y 10.)
681	1	34	padecerá mi muerte.
"	2	15	(Estas palabras las dice también ROSARDO.)
"	"	17	que luego.
682	2	17	Elije en mi reino todo.
"	"	50	(Después del verso, dice:) " <i>Vase.</i> "
683	1	31	Pues mejórase el suceso.
684	1	21	(Después de esta línea hay la aco- tación que dice:) " <i>Sale el Capi- tán.</i> "
684	2	9	(Falta la palabra "LEONIDA", de

PÁG. COL. LÍN.

			modo que este verso y los 12 si- guientes hasta la palabra "heroi- cas", y ésta también las sigue di- ciendo LUCINDO.
"	2	38	contentas de darla.
"	"	penúlt.	Conmigo el Rey.
685	1	26	(Falta este verso y los 11 siguien- tes. Sigue, pues, hablando ALBA- NO y no hay este nombre en la última línea de esta columna.)
"	2	7	no llores.
"	"	8	¿Pues, qué he de hacer?
"	"	15	¿Y vive?







K 44473



## Date Due








PQ6438 .A1 1916 t.6

Vega Carpio, Lope F.

Obras.

DATE	ISSUED TO
	49983

49983

PQ  
6438  
A1  
1916  
t.6

Vega Carpio, Lope Félix de  
Obras. Nueva ed.

Trent  
University

